

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

William H. Prescott

Introducción de Juan Miralles

PAPELES DEL TIEMPO

Anti Machado Libros PAPELES DEL TIEMPO

PAPELES DEL TIEMPO



www.machadolibros.com

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉXICO

William H. Prescott

Traducción de
Rafael Torres Pabón



PAPELES DEL TIEMPO

Número 2

Mapas realizados por Juan Pando de Cea

© Machado Grupo de Distribución, S.L.

C/ Labradores, 5

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (MADRID)

machadolibros@machadolibros.com

www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-161-7

CREATIVE COMMONS 

Madrid, 2001

Índice

[Mapas](#)

[Introducción](#)

[Nota del traductor](#)

[Prefacio](#)

[LIBRO I. Introducción. Visión general de la civilización azteca](#)

[Capítulo I. México antiguo. Clima y producción. Razas primitivas. El imperio azteca](#)

[Capítulo II. Sucesión a la corona. La nobleza azteca. Sistema judicial. Leyes y recaudación. Instituciones militares](#)

[Capítulo III. Mitología mexicana. El estamento sacerdotal. Los templos. Sacrificios humanos](#)

[Capítulo IV. Los jeroglíficos mexicanos. Manuscritos. Aritmética. Cronología. Astronomía](#)

[Capítulo V. Agricultura azteca. Artes mecánicas. Mercaderes. Costumbres domésticas](#)

[Capítulo VI. Los texcocanos. Su edad de oro. Príncipes hábiles. Decadencia de su monarquía](#)

[LIBRO II. Descubrimiento de México](#)

[Capítulo I. España bajo el reinado de Carlos V. Evolución del descubrimiento. Política colonial. Conquista de Cuba. Expediciones al Yucatán. 1516-1518](#)

[Capítulo II. Hernando Cortés. Sus primeros pasos. Visita al nuevo mundo. Su estancia en Cuba. Dificultades con Velázquez. Armada a las órdenes de Cortés. 1518](#)

[Capítulo III. Celos de Velázquez. Cortés embarca. Equipamiento de su flota. Su persona y carácter. Cita en La Habana. Fuerza de su armamento](#)

Capítulo IV. Viaje a Cozumel. Conversión de los nativos. Jerónimo de Aguilar. El ejército llega a Tabasco. Gran batalla con los indios. Introducción del cristianismo. 1519

Capítulo V. Viaje por la costa. Doña Marina. Los españoles toman tierra en México. Entrevista con los aztecas. 1519

Capítulo VI. Consideraciones sobre Montezuma. Situación de su imperio. Extraños pronósticos. Embajada y presentes. Campamento español. 1519

Capítulo VII. Problemas en el campamento. Plan de una colonia. Manejos de Cortés. Marcha a Cempoala. Acciones con los nativos. Fundación de Vera Cruz. 1519

Capítulo VIII. Nueva embajada azteca. Destrucción de los ídolos. Despachos enviados a España. Conspiración en el campamento. El hundimiento de la flota. 1519

LIBRO III. Marcha a México

Capítulo I. Sucesos en Cempoala. Los españoles ascienden a la meseta. Paisaje pintoresco. Negociaciones con los nativos. Embajada a Tlaxcala

Capítulo II. La república de Tlaxcala. Sus instituciones. Sus comienzos. Discusiones en el senado. Batallas desesperadas. 1519

Capítulo III. Victoria decisiva. Consejo Indio. Ataque nocturno. Negociaciones con el enemigo. Héroe de Tlaxcala. 1519

Capítulo IV. Descontento en el ejército. Espías tlaxcaltecas. Paz con la república. Embajada de Montezuma. 1519

Capítulo V. Los españoles entran en Tlaxcala. Descripción de la capital. Intento de conversión. Embajada azteca. Invitación a Cholula. 1519

Capítulo VI. La ciudad de Cholula. El gran templo. Marcha

a Cholula. Recepción de los españoles. Conspiración detectada. 1519

Capítulo VII. Terrible masacre. Tranquilidad reestablecida. Reflexiones sobre la masacre. Acciones posteriores. Enviados de Montezuma. 1519

Capítulo VIII. Reanudación de la marcha. Ascensión al gran volcán. Valle de México. Impresión de los españoles. Conducta de Montezuma. Descenso al valle. 1519

Capítulo IX. Entorno de México. Entrevista con Montezuma. Entrada en la capital. Acogedora recepción. Visita al emperador. 1519

LIBRO IV. Estancia en México

Capítulo I. El lago de Texcoco. Descripción de la capital. Palacios de Montezuma. La familia real. Modo de vida de Montezuma. 1519

Capítulo II. El mercado de México. El gran templo. Santuarios interiores. Los cuarteles españoles. 1519

Capítulo III. Inquietud de Cortés. Arresto de Montezuma. Trato recibido de los españoles. Ejecución de sus oficiales. Montezuma con grilletos. Reflexiones. 1519

Capítulo IV. El comportamiento de Montezuma. Su vida en los cuarteles españoles. Planes de insurrección. Atrapado el señor de Texcoco. Posteriores medidas de Cortés. 1520

Capítulo V. Montezuma jura lealtad a España. Los tesoros reales. Su división. Culto cristiano en el Teocalli. Descontento de los aztecas. 1520

Capítulo VI. Suerte de los emisarios de Cortés. Medidas en la corte castellana. Preparativos de Velázquez. Narváez desembarca en México. Diplomática conducta de Cortés. Salida de la capital. 1520

Capítulo VII. Cortés desciende la meseta. Negocia con Narváez. Se prepara para asaltarle. El campamento de

Narváez. Atacado por la noche. Derrota de Narváez. 1520

Capítulo VIII. Descontento de las tropas. Insurrección en la capital. Regreso de Cortés. Signos generales de hostilidad. Masacre de Alvarado. Alzamiento de los aztecas. 1520

LIBRO V. Expulsión de México

Capítulo I. Desesperado ataque al campamento. Furia de los mexicanos. Escapada de los españoles. Montezuma se dirige al pueblo. Herido de gravedad. 1520

Capítulo II. Asalto al gran templo. Espíritu de los aztecas. Angustia en el campamento. Duros combates en la ciudad. Muerte de Montezuma. 1520

Capítulo III. Consejo de guerra. Los españoles evacúan la ciudad. Noche triste. Terrible matanza. Alto nocturno. Alcance de las bajas. 1520

Capítulo IV. Retirada de los españoles. Penurias del ejército. Pirámides de Teotihuacan. Gran batalla de Otumba. 1520

Capítulo V. Llegada a Tlaxcala. Recepción amistosa. Descontento del ejército. Envidia de los tlaxcaltecas. Embajada de México. 1520

Capítulo VI. Guerra con las tribus vecinas. Éxito de los españoles. Muerte de Maxixca. Llegada de los refuerzos. Regreso triunfante a Tlaxcala. 1520

Capítulo VII. Guatemozin, emperador de los aztecas. Preparaciones para la marcha. Código militar. Los españoles cruzan la sierra. Entrada en Texcoco. Príncipe Ixtlilxochitl. 1520

LIBRO VI

Capítulo I. Preparativos en Texcoco. Saqueo de Iztapalapa. Ventajas de los españoles. Sabia política de Cortés. Transporte de los bergantines. 1521

Capítulo II. Cortés hace un reconocimiento de la capital.

Ocupa Tacuba. Escaramuzas con el enemigo. Expedición de Sandoval. Llegada de refuerzos. 1521

Capítulo III. Segunda expedición de reconocimiento. Encuentros en la sierra. Toma de Cuernavaca. Batallas en Xochimilco. Cortés escapa por poco. Entra en Tacuba. 1521

Capítulo IV. Conspiración en el ejército. Botadura de los bergantines. Asamblea de las fuerzas. Ejecución de Xicotécatl. Marcha del ejército. Comienzo del asedio. 1521

Capítulo V. Derrota de la flotilla india. Ocupación de las calzadas. Ataques desesperados. Quema de los palacios. Espíritu de los asediados. Barracones para las tropas. 1521

Capítulo VI. Asalto general de la ciudad. Derrota de los españoles. Su desastrosa situación. Sacrificio de los cautivos. Deserción de los aliados. Constancia de las tropas. 1521

Capítulo VII. Éxitos de los españoles. Infructuosas ofertas a Guatemozin. Derribo de los edificios. Terrible hambruna. Las tropas toman la plaza del mercado. Catapulta. 1521

Capítulo VIII. Terribles sufrimientos de los asediados. Espíritu de Guatemozin. Sangrientos ataques. Captura de Guatemozin. Evacuación de la ciudad. Fin del asedio. Reflexiones. 1521

LIBRO VII. Conclusión. Posterior carrera de Cortés

Capítulo I. Tortura de Guatemozin. Rendición del país. Reconstrucción de la capital. Misión a Castilla. Quejas contra Cortés. Se ve confirmado en su autoridad. 1521-1522

Capítulo II. México moderno. Colonización del país. Condiciones de los nativos. Misioneros cristianos. Cultivo del terreno. Viajes y expediciones. 1522-1524

Capítulo III. Deserción de Olid. Terrible marcha a Honduras. Ejecución de Guatemozin. Doña Marina. Llegada a Honduras. 1524-1526

Capítulo IV. Tumultos en México. Regreso de Cortés.

Desconfianza de la Corte. Cortés regresa a España. Muerte de Sandoval. Brillante recepción de Cortés. Se le confieren honores. 1526-1530

Capítulo V. Cortés visita México de Nuevo. Se retira a sus estados. Sus viajes de descubrimiento. Regreso final a Castilla. Fría recepción. Muerte de Cortés. Su carácter. 1530-1547

APÉNDICE

Nota preliminar

PARTE I. Origen de la civilización mexicana. Analogías con el viejo mundo

Bibliografía utilizada por Prescott

EXPEDICIONES DE HERNÁN CORTÉS

5 de agosto de 1519. Hernán Cortés es nombrado Capitán General y Justicia Mayor, por lo que se desliga de la autoridad de D. Velázquez, gobernador de Cuba

1520. Hernán Cortés atrae a su causa a la expedición de Pánfilo Narváez

7 de julio de 1520. Hernán Cortés derrota a los aztecas

5 de septiembre de 1519. Hernán Cortés derrota a los tlaxaltecas y consigue su alianza

8 de noviembre de 1519. Hernán Cortés entra en Tenochtitlán. Los españoles la abandonan en la llamada Noche Trista (30 de junio al 1 de julio de 1520). El 13 de agosto de 1521 Cortés la conquista

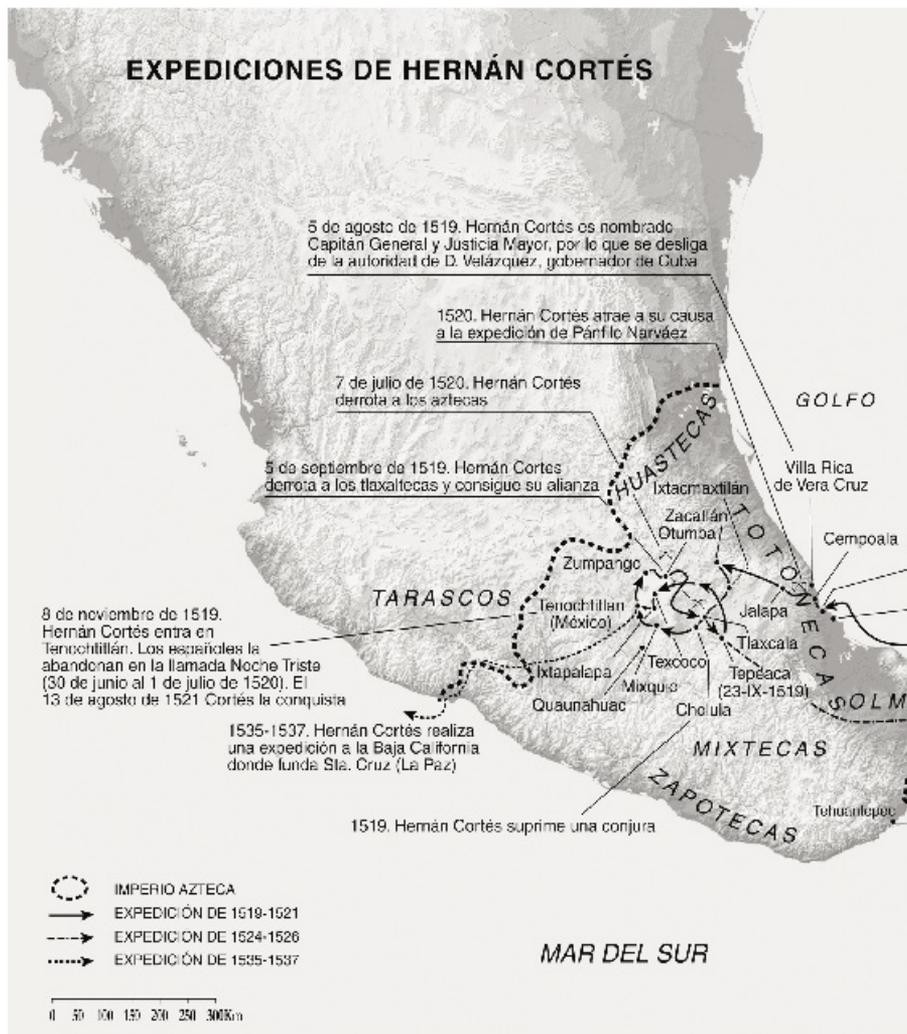
1535-1537. Hernán Cortés realiza una expedición a la Baja California donde funda Sta. Cruz (La Paz)

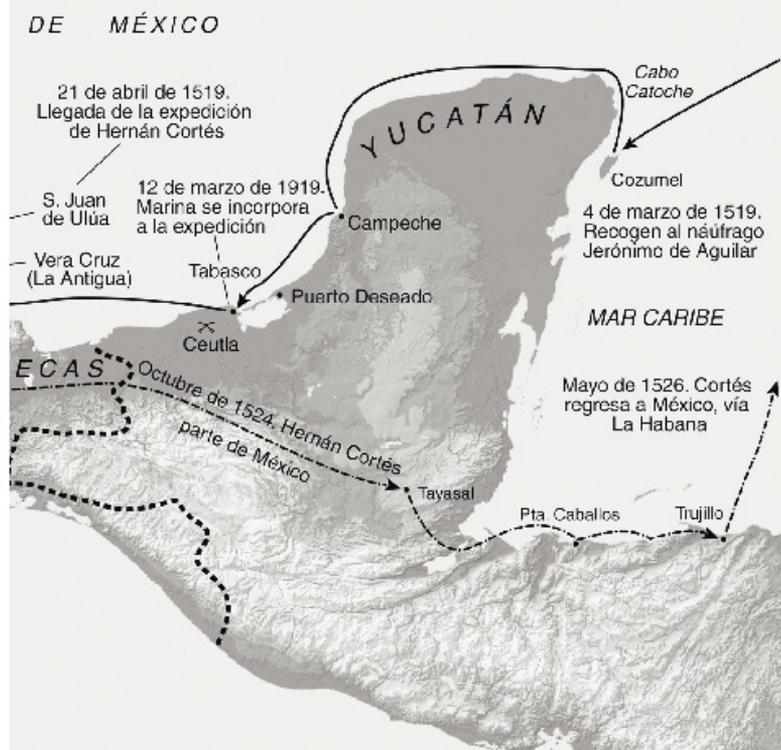
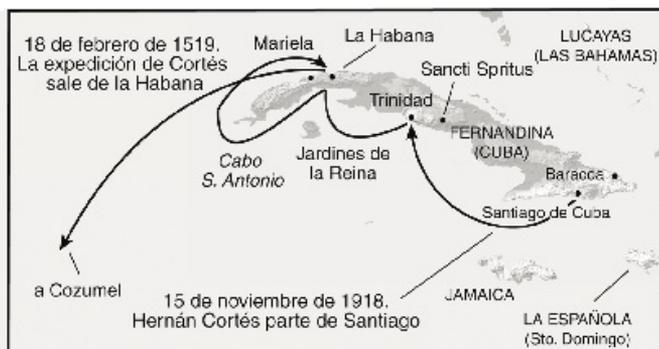
1519. Hernán Cortés suprime una conjura

-  IMPERIO AZTECA
-  EXPEDICIÓN DE 1519-1521
-  EXPEDICIÓN DE 1524-1526
-  EXPEDICIÓN DE 1535-1537

0 50 100 150 200 250 300km

MAR DEL SUR

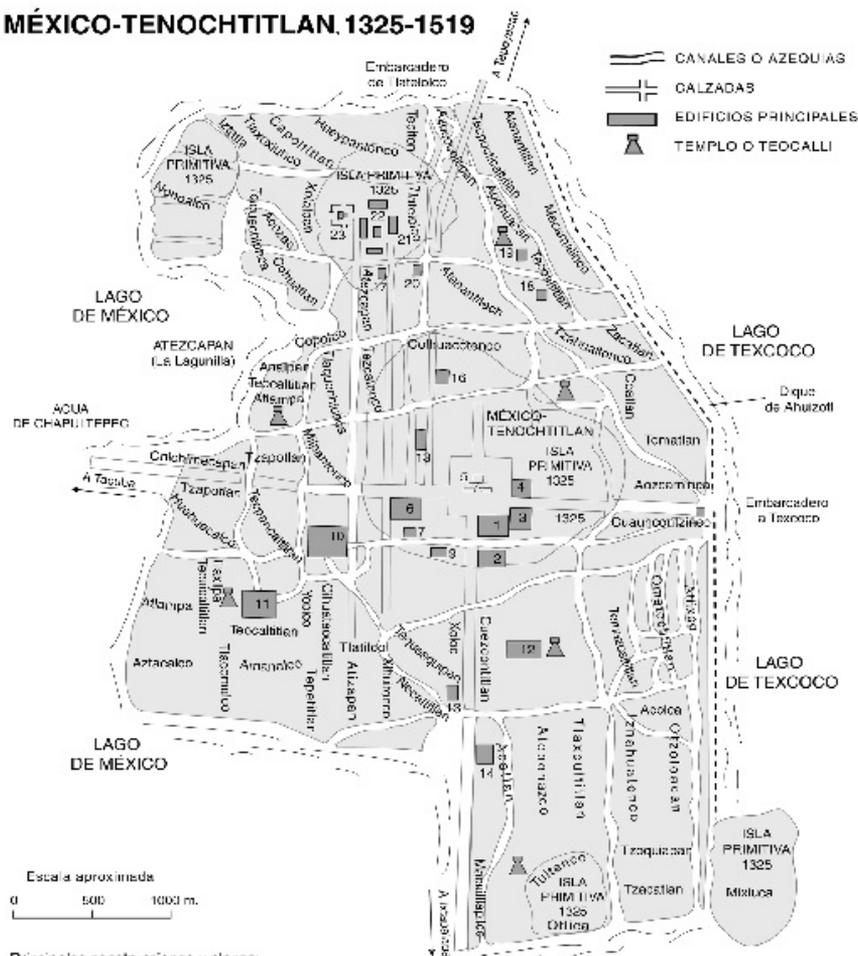




VALLE DE MEXICO EN LA ÉPOCA DE LA CONQUISTA



MÉXICO-TENOCHTITLAN. 1325-1519



Principales construcciones y plazas:

- | | | |
|----------------------------|-------------------------------|--|
| 1. Palacio de Montezuma II | 8. Palacio de Tilarcanqui | 17. Palacio de Yacalco |
| 2. Plaza de El Volador | 10. Casa de las Fieras | 18. Tlacochoalco o (teocalli) |
| 3. Casa de las Aves | 11. Tianguis de Moyotla | 19. Apahualtlan o Azagualtla (teocalli) |
| 4. Tepochcalli | 12. Huitznahuac | 20. Atonantitlan o Tetonamitl (teocalli) |
| 5. Templo Mayor | 13. Xoloco (teocalli) | 21. Xicotitlan o Chustocpan |
| 6. Palacio de Axayácatl | 14. Templo de Toci (teocalli) | 22. Tianguis o mercado de Tlatelolco |
| 7. Culcacalco | 15. Palacio de Cuauhtémoc | 23. Templo Mayor de Tlatelolco |
| 8. Plaza Principal | 16. Tzontliemacoyan | |

Introducción

El lector tiene entre sus manos la nueva edición de *La Conquista de México*, de William Hickley Prescott, editada por la editorial Antonio Machado Libros. Se trata de la reimpresión de una obra que vio la luz por primera vez en octubre de 1843, razón por la que se impone una relectura cuidadosa, ya que los años no pasan en balde. La revisión histórica es un proceso dinámico y el libro de Prescott es ya un clásico y, por eso, antes de leerlo, no estará por demás decir dos palabras sobre el autor y de las circunstancias en que escribió.

William Hickley Prescott nació en 1796 en Salem, Massachussets, en el seno de una familia acomodada, que más tarde se estableció en Boston, ciudad a cuya sociedad se integró; en la adolescencia sufrió un traumatismo que vino a marcarlo de por vida: ocurrió que en el comedor del colegio se suscitó un bullicio juvenil y uno de sus condiscípulos le arrojó un trozo de pan duro que le hirió en un ojo. Se le envió a casa y después de unos días de reposo absoluto parecía haberse recuperado, retornó a la escuela pero a las pocas semanas reapareció la infección, ahora en el otro ojo. Y así daría comienzo un calvario que lo martirizaría por el resto de sus días: problemas con la visión de manera recurrente, con sus mejorías y recaídas. Para consultar en Londres a los más afamados oculistas de Inglaterra, a los diecinueve años emprendió el primero de los dos viajes que realizaría a Europa. Ya sus problemas de visión eran serios. En compañía de John Quincy, el ministro de Estados Unidos ante la corte de Saint James, recorre distintos lugares,

conoce a numerosas personalidades y visita museos, bibliotecas y librerías. Pasa a Francia, recorre París y varias ciudades para trasladarse luego a Italia, donde realiza un amplio recorrido por ciudades del norte para incluir a Roma y descender a Nápoles. Retorno a París y traslado a Inglaterra. En Liverpool embarca en viaje a Estados Unidos. Ese invierno tiene serios problemas con los ojos y su hermana menor le lee diariamente durante largas horas. Cumple veintidós años y estudia idiomas –francés, italiano, alemán y, al registrar escasos progresos en este último, lo sustituye por el español–. Contrae matrimonio en 1820, y cuando tiene veintiocho años nace la primera de los tres hijos que tendrá. Para entonces tiene ya un secretario italiano que le lee (éste será el primero de los cuatro que tendrá). En 1830 comienza a trabajar sobre su historia de los Reyes Católicos y se presentan los primeros achaques de artritis reumatoide, pero en cambio experimenta una mejoría en la visión, lo cual le permite leer hasta tres horas diarias. Concluye su *Historia del reinado de Fernando e Isabel*, con la cual sienta fama de historiador, y en función del éxito obtenido, cuando en 1835 concluye la *Historia de la Conquista de México*, no tuvo la menor dificultad en encontrar editor.

En mayo de 1850 emprende su segundo viaje a Europa, que durará hasta septiembre. A su llegada a Londres se encuentra en la cima de la fama; se trata de un período en que se codea con lo más alto de la aristocracia inglesa, se llena de honores académicos y obtiene el doctorado en derecho civil en la Universidad de Oxford. Cena de gala en honor de la reina Victoria y el príncipe Alberto, con quienes sostiene una animada conversación. Cruza el Canal de la Mancha para visitar París, Bruselas, Amberes, Rotterdam y Amsterdam para luego retornar a Londres. Visita Edimburgo y se aloja en varios castillos de aristócratas que lo invitan

como huésped de honor. Sin que los honores se le suban a la cabeza, con su acostumbrada modestia, visita centros culturales y regresa a Estados Unidos. Sorprende un poco que, siendo un autor que trabajaba el tema hispánico, no incluyera España en su recorrido.

La Conquista de México fue libro de éxito inmediato; en cuatro meses fueron vendidos los cuatro mil ejemplares de la primera edición, hecha en Nueva York, que sería sucedida por la impresión realizada en Inglaterra, y en México en el breve espacio de dos años se harían dos traducciones; vendría luego la traducción al alemán. Un éxito editorial no sólo para su tiempo, sino que, en términos actuales, se le catalogaría como un *best seller*; figuró entre los títulos más vendidos en Estados Unidos en su día, en época anterior a la electricidad, cuando las rotativas funcionaban a vapor y los grandes periódicos aparecían diariamente en tiradas de decenas de miles de ejemplares. Y fue esa prensa la gran promotora del libro al dedicarle amplias reseñas en sus páginas. Es indudable que el respaldo publicitario contribuyó a su difusión instantánea, pero ello no significa que el éxito fuera producto de la publicidad. La obra se impuso por su calidad, pues se trata de un libro muy bien escrito, ampliamente documentado y que presenta la singularidad de que, por vez primera en lengua inglesa, se presentara en un solo volumen la historia de la conquista de México. Existían relatos fragmentarios, pero ninguno que diese una visión de conjunto, y sobre todo con la percepción con que el bostoniano aborda el tema; propiamente hablando se trataba de una revisión histórica. Por entonces las conquistas españolas en América habían pasado a englobarse con la actuación del duque de Alba en Flandes y la opinión en el mundo anglosajón se había quedado anclada en la *Leyenda Negra*. El nombre de España era sinónimo de inquisidores, hogueras y despotismo. Por todas partes por

donde habían pasado los españoles dejaron tras de sí un rastro de muerte y destrucción. En el Nuevo Mundo, culturas avanzadas sucumbieron ante la codicia de un puñado de aventureros. Ese, a grandes rasgos, era el estado de la cuestión en esos momentos, pero Prescott pensaba diferente, como nos lo hace sentir en el prefacio de su libro: «Entre las heroicas proezas ejecutadas por los españoles en el siglo dieciséis, ninguna es más sorprendente que la conquista de México». Esas líneas ponen de manifiesto su ideología.

En orden cronológico, el primer historiador del tema viene a ser el propio Cortés a través de sus *Cartas de relación*, a las cuales se ha querido parangonar con la *Guerra de las Galias* de Julio César, pero, aunque muy bien escritas, las cartas vienen a ser un alegato político presentando los hechos al Emperador de la manera que mejor favorezcan a sus intereses; además, están sumamente resumidas, sin abarcar el proceso completo de la conquista; el primer libro que sí trata el tema en su integridad fue el de Francisco López de Gómara, cuya *Conquista* apareció en 1552, obra de gran aliento que alcanzó gran notoriedad a causa de la prohibición casi instantánea que siguió a su publicación, «porque no conviene que se lea», reza la cédula que ordena además la recogida de los ejemplares que se encontrasen en manos de los libreros y en posesión de los particulares que los hubiesen adquirido. Nunca se aclararon los motivos. A este libro siguió el de Bernal Díaz del Castillo, quien, al arremeter indignado con la obra de Gómara, tituló al suyo como *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, implicando con ello que *la Conquista de México* no reflejaba la verdad de lo ocurrido; se trató de un libro de memorias en el que el autor se volcó en cuerpo y alma, lo que lo vuelve muy emotivo, razón que explica que desplazara a todos los demás escritos y pasara a convertirse en la historia de la

conquista por antonomasia; en apoyo de ello estaba la circunstancia de que el autor fuese a la vez testigo directo de los hechos que narra. Hubo otros soldados y cronistas que se ocuparon de reseñar la conquista, pero se trató de relatos parciales en la mayor parte de los casos y que tuvieron escasa repercusión. Don Antonio de Herrera, quien se desempeñó como Cronista de Indias durante el final del reinado de Felipe II y parte del de Felipe III, ocupándose de reseñar la historia de la conquista, pero con el inconveniente de que no constituye libro aparte, sino que se encuentra intercalada dentro de su extensa obra *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, cuyo título ya anticipa lo que es: lectura para especialistas. Y por esa misma vía discurre la *Monarquía indiana* que el franciscano fray Juan de Torquemada dio a la imprenta en 1617. Ese era el estado de la cuestión cuando en 1684 el erudito literato y a la vez cronista de Indias don Antonio de Solís publicó su *Historia de la Conquista de México*, libro muy considerado en su día dentro del ámbito de habla hispana, escrito en elegante estilo, pero a la par que glorifica a Cortés no pierde ocasión para derogar al indio, presentándolo como un salvaje. Una apología de la conquista española. Tan parcial es el libro que nada extraño es que hoy día prácticamente no se lea; no obstante, Prescott lo tuvo en gran estima, según lo menciona en el prefacio de su obra. El erudito Solís, con su pulida prosa barroca, es muy dado a fantasear; describe con la mayor naturalidad los interiores de los palacios, dándoles una suntuosidad que ninguno de aquellos que fueron testigos oculares menciona, y pone en labios de sus personajes extensas e imaginarias conversaciones. Pero, pese a esos inconvenientes, Prescott lo valora y en algo se deja influir por él, quizá sólo por tratarse de un libro bien escrito. Otro autor al que hace alusiones es Francisco Javier Clavijero, el jesuita mexicano que partió al

exilio al alcanzarlo la orden de expulsión dictada por Carlos III, quien escribió y publicó en Bolonia su *Storia Antica del Messico*, en 1780; algo que no deja de llamar la atención es la poca mella que parece haberle hecho este texto, altamente valorado en nuestros días.

En 1846 Prescott concluye su *Historia de la Conquista del Perú*, y al año siguiente, al ser invadido México por Estados Unidos, se da el caso de que buen número de oficiales norteamericanos cargasen en sus mochilas su libro sobre la conquista de México, a manera de una guía del país en el que se internaban. La vieja ruta de Hernán Cortés sería estudiada por la oficialidad del contingente al mando de Winfield Scott, desembarcado en Veracruz. Se lanza entonces al ambicioso proyecto de escribir su *Historia de Felipe II*, y al describir la batalla de Lepanto, con la mano derecha tullida por la artritis, dice luchar como Cervantes en la famosa acción. En marzo de 1558 sufre un ataque de apoplejía que lo mantiene en cama y en la oscuridad; en cuanto se recupera examina las dos ediciones mexicanas de su *Historia de la Conquista de México*, ocupándose de revisarlas y hacerles adiciones. Alcanza a sacar de prensa el tercer volumen de la *Historia de Felipe II*, y muere el 28 de enero de 1859, a los sesenta y un años.

Para enjuiciar a Prescott, lo primero será asomarnos a su tiempo. Estamos frente a un historiador erudito y muy sólido, pero que no termina de desprenderse de la influencia romántica. Por un lado, el historiador científico y, por otro, con un pie en el romanticismo. Una característica muy acusada de los historiadores románticos fue la tendencia a idealizar un pasado que no existió, una desvirtuación de la realidad. Ese fue el sello de los Chateaubriand, los Walter Scott, seguidos de Washington Irving, quienes están más cerca de la novela o, para ser más precisos, lo que hacen es novela con un sesgo histórico. Prescott embellece su relato

aderezándolo con anécdotas imaginarias; pero, pese a todos los adornos que introduce, predomina en él la faceta del historiador descriptivo. Su erudición impresionante, máxime cuando la mayor parte de los textos le debían ser leídos, según su visión se debilitaba, al grado de que –como él mismo lo cuenta– debía valerse del noctógrafo, un artilugio que permitía escribir a los ciegos, pero sin poder leer lo que hacían, y no le fue posible leer las pruebas de imprenta de *La Conquista de México*. Pese a sus limitaciones tan grandes para la lectura manejó todas las crónicas existentes y rastreó todos los manuscritos cuya existencia conocía o sospechaba, escritos además en un idioma que aprendió, pero que no era el suyo. Hoy, un investigador en cualquier biblioteca consulta el fichero y solicita que le fotocopien el documento que le interesa, y se tiende a pasar por alto las condiciones en que se trabajaba en el pasado; por principio de cuentas, por ejemplo, lo primero era cartearse con eruditos de otros países para preguntarles si poseían el manuscrito que le interesaba, y, en caso afirmativo, solicitarles que se encargase a un amanuense la tarea de copiarlo. Para esa recopilación a Prescott le resultó de gran ayuda la colaboración del presidente de la Real Academia de la Historia, don Martín Fernández de Navarrete, quien dispuso que se le facilitasen copias de todo el material que solicitase, e, igualmente, el apoyo de que le prestó el erudito español don Pascual Gayangos, quien se puso a sus órdenes para proporcionarle todo lo que se le ofreciese. Y de manera semejante mantuvo contacto con otros eruditos de España, México, Inglaterra, Italia y otros países; entre los muchos con quienes se carteaba figuró el barón Alexander von Humboldt. En México sus más destacados correspondientes fueron don Lucas Alamán, varias veces secretario de Relaciones Exteriores, organizador del Archivo de la Nación y a su vez autor de las *Disertaciones*, valiosa obra histórica

que se ocupa también de la conquista; otro de sus corresponsales fue don Joaquín García Icazbalceta. Eso en cuanto a los grandes nombres. A grandes rasgos puede decirse que manejó toda la documentación existente en nuestros días, al menos la más importante, la que realmente cuenta, a excepción de la *Crónica de la Nueva España*, de Francisco Cervantes de Salazar, ya que el hallazgo de este manuscrito es de fecha posterior. Según refiere, llegó a reunir ocho mil páginas en folio concernientes a las conquistas de México y el Perú.

Es preciso destacar que la obra de Prescott se encuentra presidida por el buen sentido, lo cual hace que en su relato no se escape ningún aspecto fundamental, y ello es importante, porque en una narración relativamente breve tienen cabida desde los orígenes del pueblo azteca hasta la muerte de Hernán Cortés, asignándose a todo un cuidadoso balance para destacar su importancia. Un lector no especializado, o alguien que parte prácticamente de cero, podrá tener una idea de cómo ocurrió la conquista, algo que no puede decirse de otros textos que abultan excesivamente unos hechos y pasan por alto otros. Y cabe destacar que en este autor concurren la calidad de ser un historiador muy sólido a la vez que escritor de muy amena pluma, dos circunstancias que no siempre se dan juntas; en cuanto a ideología, su posición es clara: siente una admiración inmensa por Cortés, a quien ve como un héroe digno de equipararse con el más grande que haya existido, y para él el tema no admite discusión: la civilización azteca se encontraba ya sentenciada, y no podía ser de otra manera por las bases en que se sustentaba. Sacrificios humanos y canibalismo. Pero como es hombre inteligente, para no aparecer como un incondicional apologista de Cortés (a la manera de Solís) busca enaltecer aspectos del mundo indígena, como es el caso de la administración de justicia, la

cual, según él, estaría en manos de tribunales altamente cualificados (lo cual es inexacto), y lo mismo ocurre cuando habla de la existencia de hospitales destinados a la curación de enfermos y asilo permanente de los guerreros. Un dato que no deja de llamar la atención, por lo imaginativo, consiste en señalar que las sentencias de muerte se indicaban por una línea trazada con una flecha sobre un dibujo trazado sobre una tela de henequén que pretendía ser el retrato del acusado. Es posible que haya escrito eso inspirado en la costumbre china de estampar una gota de tinta roja junto al nombre del sentenciado cuando se trataba de condenas a muerte, lo cual ha derivado en la raya roja con que se cruza el nombre en la tablilla que los sentenciados llevan atada a la espalda. Por otra parte asevera que los pueblos indígenas reconocían la existencia de un supremo creador del universo, o sea, que concibieron la idea de Dios, lo cual es inexacto. En el panteón prehispánico se adoraba una pluralidad de dioses y diosas, unos más poderosos que otros, pero ni por asomo llegaron a plantearse la idea de un creador del universo. Y ese afán de buscar equilibrar su relato lo lleva con frecuencia a decir despropósitos, inocentes en la mayoría de las veces, pero que no dejan de ser fantasías; a raíz de la consumación de la independencia de México, en un afán por configurar la identidad de la nueva nación que accedía a la vida independiente, comenzaron a fraguarse una serie de especies que hoy circulan como moneda corriente que por primera vez aparecen en Prescott, y que si no fue él quien las inventó, sí fue el encargado de divulgarlas. Por ejemplo, hasta el presente se menciona en México con toda rotundidad que a la mesa de Moctezuma se servía pescado sacado del mar el mismo día, lo cual se afirma sin demasiada reflexión, pues se pasa por alto que cualquier envío que se realizase por mensajeros relevándose a lo largo de la ruta

tomaba de tres a cuatro días como mínimo. Y buena parte del recorrido transcurría por tierra caliente. Un margen de riesgo muy alto de que Moctezuma hubiese muerto intoxicado por comer pescado en mal estado. Una arraigadísima tradición en México quiere que Cortés, durante la retirada de la *Noche triste*, se detuviera a llorar bajo las ramas de un ahuehuete. Se trata del famoso árbol de la *Noche Triste*, el cual, rodeado de una verja de hierro, era reverenciado como un símbolo patrio. Hoy el árbol se ha secado y está completamente muerto, ya que resultaron inútiles todos los esfuerzos realizados para mantenerlo con vida. Muerto el árbol resulta menos doloroso desechar la historia como un mito; queda por ver cómo se originó, ya que ningún cronista contemporáneo habla de que Cortés se apease del caballo durante la retirada (lo cual difícilmente hubiera podido hacer, ya que, por traer destrozados dos dedos de la mano izquierda, al no poder empuñar la rienda la traía atada a la muñeca). El primer indicio que encontramos está igualmente en Prescott, quien señala que en ese sitio Cortés desmontó y se sentó en los escalones de un templo que allí supuestamente habría existido, y al ver pasar a sus hombres maltrechos y cobrar conciencia de los muchos que habían muerto, se cubrió la cara con las manos y lloró. Aquí parece encontrarse el antecedente que dio origen a la leyenda. Y siempre por ese camino, incorpora una serie de informaciones que, aunque no afectan el curso de la historia, no dejan de ser parte de una imaginación romántica. Cuenta, por ejemplo, que la noche en que Cortés hace su entrada en Tenochtitlan los españoles celebraron el acontecimiento disparando salvas de artillería, hecho harto improbable. Un adorno retórico que en nada altera el curso de la historia. Vemos que allí donde los cronistas señalan que se libró una batalla reñida, sin aportar detalles, él reseña toda suerte de movimientos de las tropas, redobles de

tambor y actuaciones heroicas; en fin, siente el tema y le pone emoción. El desenlace de la acción viene a ser el mismo, pero enriqueciéndolo con su fantasía. Son tantos los añadidos fantasiosos que alguno podría preguntarse si no estaría incursionando en la novela histórica, extremo que debe desecharse pues no altera ninguno de los episodios fundamentales, y en cambio en obsequio al lector ofrece un relato más ameno que el de muchos prestigiosos historiadores que vinieron a continuación, muy solventes, pero que en la actualidad son escasamente leídos

Pero el acto de este autor que mayor trascendencia ha tenido es el de haber bautizado a México como la *nación azteca*. Cuauhtémoc, Moctezuma y todo su pueblo murieron sin saber que un día serían llamados *aztecas*. Es notable la forma en que este apelativo hizo fortuna, máxime cuando se introdujo en fecha tan tardía. La voz no aparece en ninguno de los cronistas originales, mientras que Prescott la utiliza desde la primera página de su libro. Cortés se refiere a ellos como los de Colhúa; Pedro Mártir de Anglería, Fernández de Oviedo, Gómara, Bernal Díaz del Castillo, Andrés de Tapia, Francisco de Aguilar, Motolinia, fray Diego Durán, fray Bartolomé de Las Casas, fray Juan de Torquemada, los llaman indistintamente los de Colhúa o los mexicanos; y así llegamos a finales del siglo, cuando en la crónica de Alvarado Tezozomoc, por primera vez, hay tímidos balbucesos, empleando en cuatro ocasiones la voz «aztlantlaca» (muy acertada por cierto, pues se refiere a hombres procedentes de Aztlán) y en una la de «azteca». Durante el siglo XVII, solamente fray Antonio Tello emplea en varias ocasiones la voz «azteca», pero su manuscrito no trascendió, pues tardó muchos años en darse a la imprenta. En la segunda parte de esta centuria aparece el libro de Solís, y siguen siendo *mexicanos*. Y a finales del XVIII, el respetado Clavijero emplea el vocablo *mexicanos* a lo largo de su

escrito y es hacia el final cuando en cuatro ocasiones desliza el término azteca, que no llegó a trascender y es así como observamos que ya muy entrado el siglo XIX Lucas Alamán en sus *Disertaciones* siempre se refiere a ellos llamándolos mexicanos, hasta finales de siglo, en que todavía observamos que historiadores de renombre continúan con el mismo término. Sería ya en el siglo XX cuando el vocablo extendido en el extranjero se adoptase en México.

Renglón aparte lo constituyen las erratas, que en este punto el libro tiene lo suyo. Comienza por hacer al plátano como oriundo de México; a Melchorejo –el indio yucateco que fungiría como incipiente intérprete– lo hace llevado a Cuba por Grijalva, siendo en el viaje de Hernández de Córdoba cuando fue capturado. Errores geográficos se detectan varios, algunos de mucho bulto, como el decir que Texcoco distaba media legua del lago, cuando se encontraba en el borde mismo, dándose el caso de que algunas casas estaban edificadas sobre pilotes en el agua. Y otro tanto ocurre al señalar que Cortés extrajo plata en abundancia de las minas de Zacatecas, cuando la realidad es que la Audiencia de Nueva Galicia informó al rey en carta de agosto de 1557 que Juanes de Tolosa recién había descubierto las minas de Zacatecas. Ello ocurría cuando estaban próximos a cumplirse diez años del fallecimiento de Cortés. Y cuando habla de las hijas legítimas de éste, habidas en el matrimonio con la marquesa doña Juana de Zúñiga, escribe que las tres «se casaron muy ventajosa y brillantemente», lo cual es inexacto, pues Catalina murió soltera. Pero en favor de Prescott hay que destacar que a pesar de encontrarse casi ciego poseía una mirada penetrante, ya que ha sido el primero en destacar que Cortés, al retorno de su primer viaje a España, llevó a su madre a México, circunstancia omitida por autores de mucho fuste. Y hay que tener presente que el libro se ajusta

al título, o sea, no constituye una biografía de Cortés, sino que se ciñe a la conquista.

La importancia de la obra de Prescott podría establecerse diciendo que durante muchos años no apareció ningún otro libro que rivalizara con el suyo, como si él hubiese dicho la última palabra y ya no hubiera nada más que agregar; si bien es cierto que Lucas Alamán le hizo llegar sus *Disertaciones*, obra de amplísimo alcance en la que incluye la conquista, ésta fue escrita casi simultáneamente sin que el uno influyese en el otro; es más, Alamán ya tenía concluidos los primeros volúmenes antes de que apareciese el libro de éste, los mismos que le remitió junto con las dos traducciones de su *Historia* que para diciembre de 1845 ya habían sido hechas en México, lo cual pone de relieve el inmenso interés despertado por su trabajo. Sigue un período de silencio en que ningún autor importante se ocupa del tema, pues ahí estaba el libro de Prescott, donde estaría dicho todo. Durante poco más de medio siglo será el autor indiscutido de la conquista de México, situación que se prolongará hasta 1888, año que don Manuel Orozco y Berra dio a la imprenta su *Historia Antigua y de la Conquista de México*, docto y amplísimo trabajo en cuatro tomos, el último de los cuales corresponde a la conquista. La orientación de este libro es ya opuesta a la sostenida por Prescott, pues a la par que enaltece el pasado indígena se muestra crítica hacia Cortés y los conquistadores. Al término de la Revolución Mexicana surge una línea de exaltación nacionalista e indigenista que rechaza lo español por considerarlo como un cuerpo extraño que se introdujo en el ser nacional. Esta tendencia encuentra su máxima expresión cuando los pintores se apropian del tema y narran la historia con sus pinceles, siendo su máximo exponente Diego Rivera, quien, con sus murales que adornan muros de escaleras y corredores del Palacio Nacional, viene a ser la

antítesis del pensamiento de Prescott. La Conquista en México es un tema vivo que todavía no entierra a sus muertos.

La aparición de una nueva edición del libro de Prescott siempre es novedad bibliográfica por tratarse de una obra de presencia obligada en los anaqueles de la biblioteca de toda persona con gusto por la historia, y sigue siendo lectura sugerida para aquel lector en busca, sobre todo, de un libro legibilísimo, divertido y ágil, más que de una obra que cumpla con la doxografía científica contemporánea. En estas páginas encontrará un relato muy fresco que le hará vivir todas las peripecias de la conquista sin que se escape ningún episodio esencial; existen algunos errores, es cierto (qué obra no los tiene), pero obtendrá dos cosas que muy difícilmente podría hallar en una obra: un concepto claro de los acontecimientos y una narración sumamente disfrutable.

Nota del traductor

Desde el punto de vista de la traducción este es un libro curioso, que ofrece algunas dificultades y no pocos retos. El primero y más peliagudo de ellos ha sido trasladar el lenguaje de un escritor norteamericano de mediados del siglo XIX, a un castellano moderno sin que se pusiera en el camino ese estilo decimonónico que lo caracteriza. Pero, más allá del estilo, se trata de un libro de historia que se ocupa de unos hechos ocurridos trescientos años antes de que fueran relatados y unos quinientos vistos desde nuestros días. Se encuentra por tanto a medio camino entre la historia que relata y el lector actual. Es cierto que en casi todos los aspectos científicos las posteriores investigaciones han superado los temas de los que se ocupó Prescott, de tal manera que ahora podría parecer que éstas han perdido el interés científico. Pero más que el valor como historiador, estimo que su interés actual radica en la peculiar visión que Prescott, un norteamericano del XIX, nos ofrece sobre la España del siglo XV y la América recién descubierta. Que el libro de historia sea a su vez, en sí mismo, historia.

Probablemente el lector se sorprenda al encontrar en muchas de las notas a pie de página prácticamente el mismo texto que aparece citado entre comillas en el cuerpo de la narración. Esta repetición se debe a otra de las curiosidades del libro. El tema que le ocupa está directamente ligado a México y a España, la mayor parte de las fuentes en las que se basa Prescott están escritas en español, mientras que él escribe para un público anglosajón, de tal manera que cuando utiliza una cita y la engarza dentro del curso de su

narración se ve obligado a traducirla al inglés. En muchos casos pone tan sólo una referencia, a pie de página, sobre la obra de donde proviene, pero en muchos otros incluye además el párrafo original. Resultaría imposible desmontar la estructura de la narración para «incrustar» el texto original dentro, sin que éste perdiera su coherencia (sin tener en cuenta que en muchas de las citas no está el original), pero además me ha parecido que sería interesante para el lector poder constatar la cita en castellano con la traducción de Prescott, o mejor dicho, con mi traducción de la traducción de Prescott.

Otro problema difícil de resolver de forma plenamente satisfactoria es la transcripción de los nombres aztecas. He intentado mantener la forma fijada actualmente en castellano, aunque esto sea difícil, ya que la transcripción de las palabras aztecas tiene enormes variaciones en su paso al castellano, dependiendo de los diferentes autores o las diferentes épocas. En el caso de Montezuma, sin embargo, ha decidido mantener la transcripción del autor, ya que éste, en nota a pie de página, explica el porqué de su elección. En todos los demás casos he tratado que fuera lo más clara posible y que compaginara los criterios de fidelidad al original azteca y de respeto al uso establecido.

Como la obra está escrita obviamente para un público angloparlante, todas las medidas de longitud, de peso o de espacio están expresadas en el sistema inglés. Para que el lector pueda hacerse una idea de las descripciones que hace el autor, le ofrezco aquí una tabla en la que se muestran los equivalentes de estas medidas en el sistema métrico decimal.

Medida inglesa

*Traducción al
español*

*Equivalente en el sistema
métrico*

Longitud

1 inch	Pulgada	0,0254 m
1 foot	Pie	0,3048 m
1 yard	Yarda	0,9144 m
1 statute mile	Milla terrestre	1.609,3 m
1 nautic mile	Milla náutica	1.853 m
1 league	Legua	4.827,9 m
1 rod	Vara	5,03 m

Espacio

1 square foot	Pie cuadrado	0,0929 m ²
1 acre	Acre	0,4047 hectáreas

Peso

1 pound	Libra	0,4536 kg
1 ounce	Onza	28,35 g
1 mark	Marco de oro	Marco de oro

Prefacio

Habiéndose ocupado ya de la conquista de México las plumas de Solís y Robertson, dos de los historiadores más capaces de sus respectivas naciones, podría parecer que, hoy en día, queda poco que recabar para el investigador histórico. Pero la narración de Robertson es breve por necesidad, ya que forma parte de un trabajo mucho más extenso y ni el autor británico ni el castellano disponían en su momento, para relatar este acontecimiento, de los importantes materiales que los eruditos españoles han recopilado laboriosamente desde entonces. El estudioso que lideró estas investigaciones fue don Juan Bautista Muñoz, el célebre historiógrafo de las Indias a quien, por edicto real, se le concedió libre acceso a los archivos nacionales y a la totalidad de las bibliotecas públicas, privadas y monásticas de todo el reino y sus colonias. El resultado de su largo trabajo fue un vasto corpus de material, del que desgraciadamente no pudo cosechar los beneficios en vida. Sus manuscritos fueron depositados tras su muerte en los archivos de la Real Academia de la Historia en Madrid. Esta colección se vio aumentada posteriormente con los manuscritos de don Vargas Ponce, presidente de la Academia, obtenidos, como los de Muñoz, de diferentes lugares, pero en especial del Archivo de Indias de Sevilla.

En 1838, al solicitar permiso a la Academia para copiar la parte de esta inestimable colección relacionada con México y Perú, me fue concedido libre acceso junto a un eminente erudito alemán y nombraron a uno de sus miembros para supervisar la recopilación y transcripción de los manuscritos,

todo esto, debe añadirse, antes de que tuviera ninguna queja sobre la cortesía de este respetable cuerpo. Esta conducta muestra el avance del espíritu liberal en la península desde la época del doctor Robertson, quien se queja de que se le negara el acceso a los depósitos públicos más importantes. El favor con el que se contempló mi solicitud, sin embargo, debe ser principalmente atribuido a los buenos oficios del venerable presidente de la Academia, don Martín Fernández de Navarrete, un estudioso que gracias a su carácter ha conseguido en casa la misma alta consideración que con sus trabajos literarios en el extranjero. Le debo aún más a esta eminente persona por el libre uso que me ha permitido hacer de sus propios manuscritos, fruto de una vida de recopilación y base de esas valiosas publicaciones, con las que en diferentes ocasiones ha ilustrado la historia colonial española.

De estas tres magníficas colecciones, el resultado de medio siglo de cuidadosas investigaciones, he obtenido un corpus de documentos inéditos, relacionados con la conquista y la colonización de México y Perú, que componen en total unas ocho mil páginas. Entre ellos figuran instrucciones de la Corte, diarios militares y privados, correspondencia de los principales protagonistas de los hechos, documentos legales, crónicas contemporáneas y demás, extraídos de los principales lugares del extenso imperio colonial español, así como de los archivos públicos de la península.

He enriquecido aún más la colección recogiendo materiales del mismo México que habían sido pasados por alto por mis ilustres predecesores en estas investigaciones. Éstos se los debo a la cortesía del conde Cortina y aún más a la de don Lucas Alamán, ministro de Asuntos Exteriores de México, pero sobre todo a mi excelente amigo don Ángel Calderón de la Barca, último ministro plenipotenciario de la

Corte de Madrid ante ese país, un caballero cuyas altas y estimables cualidades, más que su condición, le valieron la confianza pública y le facilitaron libre acceso a todos los lugares de interés e importancia en México.

También quiero reconocer a los amabilísimos ayudantes asignados a mi persona por el conde Camaldoni en Nápoles, por el duque de Serradifalco en Sicilia, un noble cuya ciencia presta lustre adicional a su rango, y por el duque de Monteleone, el actual heredero de Cortés, quien me ha abierto amablemente los archivos familiares para poder inspeccionarlos. A estos nombres se debe también añadir el de Sir Thomas Phillips, baronet, cuya valiosa colección de manuscritos probablemente sobrepasa en tamaño la de cualquier caballero de Gran Bretaña si no de Europa; el de mons. Ternaux-Compans, propietario de la valiosa colección literaria de don Antonio Uguina, incluyendo los papeles de Muñoz, cuyos frutos está dando al mundo en sus magníficas traducciones, y, finalmente, el de mi amigo y paisano el señor don Arthur Middleton, antiguo *Chargé d'Affaires* de los Estados Unidos de América en la Corte de Madrid, por la eficiente ayuda que me ha proporcionado para llevar a cabo mis investigaciones en la capital.

Además de este conjunto de documentos originales de estas diferentes fuentes, me he provisto diligentemente de todo material publicado que estuviera relacionado con el tema, incluyendo las magníficas publicaciones que han aparecido, tanto en Francia como en Inglaterra, sobre el patrimonio histórico de México, que por su coste y sus colosales dimensiones parecen más convenientes para una biblioteca pública que para una privada.

Habiendo expuesto la naturaleza de mis materiales y las fuentes de las que provienen, me queda añadir unas pocas observaciones sobre el plan general de composición del trabajo. Entre los logros notables de los españoles en el siglo

XVI, no hay ninguno más impactante para la imaginación que el de la conquista de México. La destrucción de un gran imperio por un puñado de aventureros junto con todos los extraños y pintorescos hechos que la rodean, posee más el aire de una novela romántica que de sobria historia y no es fácil tratar un tema así siguiendo las severas reglas prescritas para la crítica histórica. Pero, a pesar de lo seductor del tema, me he esforzado conscientemente por distinguir los hechos de la ficción y establecer la narración sobre la base, tan amplias como ha sido posible, de testimonios contemporáneos y me he tomado el trabajo de corroborar el texto con amplias citas de autoridades, generalmente en el original, ya que pocas de ellas son accesibles para el lector. En estos extractos me he ajustado escrupulosamente a la ortografía antigua, por otro lado obsoleta e incluso bárbara, antes que dañar en cualquier grado la integridad del documento original.

Aunque el objeto del trabajo es en realidad tan sólo la conquista de México, lo he introducido con una visión general de la civilización de los antiguos mexicanos que permita al lector entrar en contacto con el carácter de esta extraordinaria raza y le haga posible entender las dificultades con que se encontraron los españoles en su dominación. Esta parte introductoria del trabajo junto con el ensayo en el Apéndice I, que en realidad pertenece a la Introducción, a pesar de que tan sólo hacen la mitad de un volumen, me han costado tanto trabajo y casi tanto tiempo como el resto de la historia. Si he conseguido dar al lector una idea ajustada de la verdadera naturaleza y alcance de la civilización que los mexicanos alcanzaron, no será un trabajo en vano.

La historia de la conquista termina con la caída de la capital. Sin embargo, he preferido continuar la narración hasta la muerte de Cortés, basándome en el interés que

podía suscitar en el lector el desarrollo de su personalidad en su carrera militar. No soy insensible al peligro que corro por ese camino. La mente, previamente dedicada a una gran idea, la de la destrucción de la capital, puede sentir que la prolongación de la historia más allá sea superflua si no tediosa y puede encontrar difícil, después de la emoción que le ha provocado el ser testigo de una gran catástrofe nacional, interesarse en las aventuras de un individuo particular. Solís tomó el camino más diplomático de concluir su narración con la caída de México y por tanto deja a sus lectores con la impresión viva de ese memorable acontecimiento en sus mentes. Prolongar la narración es exponer al historiador al error tan censurado por los críticos franceses en algunas de sus obras teatrales más célebres, donde el autor por un *dénouement* prematuro estropea el interés de la obra. Es el defecto que se une necesariamente, aunque en un grado mayor, a la historia de Colón, en la que unas insignificantes aventuras en unas islas sirven de colofón a una vida que se abrió con el magnífico descubrimiento de un mundo. Un defecto, en pocas palabras, que ha requerido de todo el genio de Irving y el mágico encanto de su estilo para ser superado con éxito.

A pesar de estas objeciones, me he decidido a continuar la narración, en parte por deferencia a la opinión de algunos estudiosos españoles que consideran que la biografía de Cortés no había sido mostrada en su totalidad y en parte por el hecho de tener a mi disposición tal corpus de material original para esta biografía. Y no lamento haber tomado ese camino, ya que, por mucho brillo que la conquista pueda reflejar sobre los logros militares de Cortés, no da más que una idea incompleta de su espíritu ilustrado y de su genio polifacético y versátil.

Para el ojo del crítico puede parecer cierta incongruencia un plan que combina objetivos tan distintos como los

abarcados por la presente historia, donde la Introducción, que se ocupa de las antigüedades y el origen de una nación, tiene un carácter ligeramente *filosófico*, mientras que la conclusión es estrictamente *biográfica*, al mismo tiempo que se espera que las dos encajen indistintamente dentro del cuerpo principal o porción *histórica* del trabajo. Pero espero que esas objeciones tengan más peso en la teoría que en la práctica y que, utilizada correctamente, la visión general de la Introducción prepare al lector para los detalles de la conquista y que los grandes acontecimientos públicos que en ella se narran abran sin violencia, el camino para el resto de la historia personal del héroe que conforma el alma de la misma. Cualquier otra incongruencia que pueda haber, espero que respete la *unidad de interés*, la única unidad a la que la crítica moderna da importancia.

Puede esperarse que la distancia de la época actual con el período de la narración salve al historiador de un excesivo prejuicio de parcialidad. Sin embargo, a los lectores americanos e ingleses, que reconocen una norma moral tan lejana de la del siglo XVI, puede que les parezca excesivamente indulgente con los errores de los conquistadores, mientras que a un español, acostumbrado a los panegíricos puros y duros de Solís, puede parecerle que son tratados con demasiada dureza. Sobre esto sólo puedo decir que mientras que por un lado no he dudado en exponer con sus colores más fuertes los excesos de los conquistadores, por otro le he otorgado el beneficio de reflexiones mitigadoras sugeridas por las circunstancias de la época en la que vivieron. Me he esforzado no sólo por ofrecer un retrato verdadero en sí mismo, sino por iluminarlo de forma adecuada, y situar al espectador en una posición desde la cual tenga la mejor visión posible. Me he esforzado, a costa de algunas repeticiones, por envolverle en el espíritu de la época y en una palabra, convertirle, si me

puedo expresar así, en un contemporáneo del siglo XVI. Si lo he conseguido y hasta qué punto, es algo que debe decir él mismo.

Hay una cosa, antes de concluir, para la que puedo razonablemente solicitar la indulgencia del lector. Debido al estado de mis ojos, me he visto obligado a usar un escritorio portátil para ciegos, que no permite al escritor ver su propio manuscrito. Tampoco he corregido nunca, ni siquiera he leído, mi propio manuscrito original. Como la quirografía, bajo estas circunstancias, ha sido a menudo descuidada y oscura, deben haber surgido errores ocasionales a pesar del extremado cuidado de mi secretaria en la transcripción, aumentados en cierto modo por la bárbara fraseología proveniente de mis autoridades mexicanas. No puedo esperar que estos errores hayan sido todos detectados siquiera por el ojo vigilante y la crítica perspicaz de aquellos a los que se les han encomendado las pruebas de imprenta.

En el prefacio de la *Historia de Isabel y Fernando*, me lamentaba de que mientras estaba ocupado en este tema, dos de sus partes más atractivas habían atrapado la atención del autor americano más popular, Washington Irving. Por una curiosa casualidad, ha sucedido algo parecido, aunque al contrario, con la composición de la presente historia y me he encontrado sin saberlo tomando un terreno que él se estaba preparando para ocupar. Hasta que no me hallé en posesión de la rica colección de materiales, no supe de este hecho y si él hubiera mantenido su proyecto, hubiera abandonado el mío sin dudarlo, si no por cortesía, al menos por diplomacia, porque aun armado con las armas de Aquiles no tendría ninguna esperanza de ganar en batalla al mismo Aquiles. Pero en cuanto este distinguido escritor fue informado de los preparativos que yo había realizado, con el gentil espíritu que no sorprenderá a nadie que tenga el placer de conocerle, al punto me anunció su intención de abandonar el tema por

mí abierto. Al tiempo que con esta afirmación no hago más que justicia con el señor Irving, siento el perjuicio que me hace con el inútil pesar que provocho en el pecho del lector.

No puedo finalizar este Prefacio, prolongado ya en demasía, sin unas palabras de reconocimiento para mi amigo el señor don George Ticknor, amigo de muchos años, por su paciente revisión de mi manuscrito, un trabajo amoroso cuyo valor sólo pueden estimar aquellos que conozcan su extraordinaria erudición y su buen gusto crítico. Si he reservado su nombre para el final de aquellos con los que estoy en deuda por su buen hacer, seguro que no es porque valore menos sus servicios.

William H. PRESCOTT

Boston, 1 de octubre de 1843

LIBRO I
Introducción. Visión general de la
civilización azteca

Capítulo I

México antiguo. Clima y producción. Razas primitivas. El imperio azteca

De todo el extenso imperio que un día reconoció la autoridad de España en el nuevo mundo, no hay parte, por interés e importancia, que pueda compararse con México. Y esto es así tanto si consideramos la variedad de terrenos y climas, las inagotables reservas de riqueza mineral, sus magníficos y pintorescos paisajes sin igual, el carácter de sus antiguos habitantes, que no sólo superaban en inteligencia a las demás razas del norte de América, sino que nos recordaban con sus monumentos a las antiguas civilizaciones de Egipto y del Indostán; como si tenemos en cuenta las peculiares circunstancias de su conquista, aventurera y romántica como una leyenda de caballería inventada por un bardo italiano o normando. El propósito de la presente narración es mostrar la historia de esta conquista y la del extraordinario hombre que la realizó.

Pero, para que el lector pueda entender mejor la materia, sería bueno, antes de adentrarnos en ella, hacer un repaso general de las instituciones políticas y sociales de las razas que ocupaban esta tierra en el momento de su descubrimiento.

El país de los antiguos mexicanos, o aztecas como eran llamados, ocupaba tan sólo una pequeña parte de los enormes territorios que conforman la moderna República de México¹. Sus fronteras no pueden delimitarse con claridad. Aumentaron enormemente en los últimos días del imperio, momento en el cual se puede considerar que llegaban desde

más o menos los 18 grados norte a los 21 en el Atlántico y desde los 14 a los 19, incluyendo una franja muy estrecha, en el Pacífico². En su lugar más ancho no pudo exceder cinco grados y medio, disminuyendo a medida que llegaba a su límite sudeste hasta un mínimo de dos. Cubría probablemente menos de dieciséis mil leguas cuadradas³. Sin embargo, es tan admirable la composición de este país que, a pesar de no ser más que dos veces mayor que Nueva Inglaterra, poseía todos los climas y era capaz de producir prácticamente todo tipo de fruta que se encontrara entre el Ecuador y el círculo polar ártico.

A lo largo de toda la costa atlántica, el país está bordeado por una ancha banda llamada *tierra caliente*^{*}, que tiene las usuales altas temperaturas de las tierras del ecuador. Planicies reseca y arenosas se entremezclan con otras de exuberante fertilidad, prácticamente impenetrables por los setos de matorrales aromáticos y flores silvestres entre los que se alzan árboles de impresionante altura, como sólo se encuentran en los trópicos. En esta dulce espesura merodea la *malaria*, producida, probablemente, por la descomposición de excesivas sustancias vegetales en el húmedo y cálido suelo. La temporada de las fiebres biliosas (*vómito*^{**} como se le denomina) que azotan estas costas, dura desde la primavera al equinoccio de otoño, cuando es frenada por los vientos fríos que descienden de la bahía de Hudson. En la estación de invierno estos vientos frecuentemente arrecian, convirtiéndose en tempestades que, barriendo la costa atlántica y el curvo golfo de México, explotan con la furia de un huracán en sus orillas desprotegidas y en las vecinas islas de las indias orientales. Estos son los poderosos maleficios con los que la naturaleza ha rodeado esta tierra encantada, como para proteger los dorados tesoros encerrados en su seno. El ingenio y el empuje de los hombres han demostrado ser más poderosos que los hechizos de la naturaleza.

Después de recorrer unas veinte leguas por esta región ardiente, el viajero se encuentra ascendiendo a una atmósfera más pura. Sus miembros recuperan la elasticidad. Respira con mayor facilidad porque sus sentidos no están oprimidos por los calores sofocantes y los tóxicos perfumes del valle. El aspecto de la naturaleza ha cambiado también y su mirada ya no se deleita entre la alegre variedad de colores con que más abajo se había pintado el paisaje. La vainilla, el índigo y los florecientes setos de cacao desaparecen a medida que avanza en su camino. La caña de azúcar y los plataneros de hojas brillantes todavía lo acompañan y cuando ha ascendido alrededor de unos cuatro mil pies, ve en el inmutable verdor y en el rico follaje del árbol del ámbar, que ha llegado a las alturas donde se asientan las nubes y las brumas en su paso por el golfo de México. Esta es la región de la humedad perpetua, pero el viajero la recibe con placer, ya que anuncia su huida de la influencia del mortal *vómito*⁴. Ha entrado en la *tierra templada*^{***}, que se parece a la zona templada del globo. Los rasgos del paisaje se hacen majestuosos e incluso terribles. Su carretera serpentea rodeando la base de impresionantes montañas, que antaño brillaban con fuegos volcánicos y que todavía resplandecen con sus mantos de nieve, sirviendo de faro al marinero leguas mar adentro. Durante todo el camino contempla restos de su vieja combustión, a medida que su camino atraviesa vastas extensiones de lava que se eriza en las innumerables y fantásticas formas en las que quedó modelado el fiero torrente de fuego por los obstáculos que se encontró en su camino. Quizá en el mismo momento en que mira en el fondo de una empinada pendiente o de un insoldable barranco al borde de la carretera, ve en las profundidades la rica floresta y la vegetación esmaltada de los trópicos. ¡Así son los singulares contrastes que se muestran simultáneamente a los sentidos en esta pintoresca

región!

Ascendiendo aún más, el viajero se encarama a otros climas que favorecen otros tipos de cultivo. El amarillo maíz, o grano indio*, le ha acompañado continuamente desde el nivel más bajo, pero ahora ve por primera vez campos de trigo y otros cereales europeos traídos al país por los conquistadores. Mezclados con éstos, ve las plantaciones de aloe o maguey (*Agave Americana*), a la que los aztecas le daban tantos y tan importantes usos. Los robles adquieren aquí una altura más recia y los oscuros bosques de pinos anuncian que ha entrado en la *tierra fría***, la tercera y última de las terrazas en las que está dividido el país. Cuando ha ascendido a una altura de entre siete y ocho mil pies, el cansado viajero planta el pie en la cima de la cordillera de los Andes (la colosal cordillera que, después de atravesar Sudamérica y el istmo de Darién, se extiende según entra en México, por el vasto tablero de la altiplanicie, que mantiene una elevación de más de seis mil pies durante casi más de doscientas leguas, hasta que finalmente desciende en las latitudes más altas del norte)⁵.

A lo largo de este terraplén montañoso se extiende en dirección oeste una cadena de colinas volcánicas, de dimensiones todavía más formidables, que conforman de hecho algunas de las tierras más altas del globo. Sus picos cerca de los límites de las nieves perpetuas esparcen un agradable frescor sobre las elevadas mesetas inferiores. Estas últimas disfrutan de un clima que, aunque llamado «frío», tiene una temperatura media que nunca es inferior a la de Italia central⁶. El aire es extremadamente seco; el suelo, aunque bueno por naturaleza, pocas veces está cubierto con la exuberante vegetación de las regiones inferiores. De hecho, frecuentemente tiene un aspecto reseco y árido, debido en parte a la gran evaporación que tiene lugar en estos elevados llanos a causa de la baja presión atmosférica y

en parte, sin duda, a la falta de árboles que protejan la tierra de la fiereza del sol estival. En tiempos de los aztecas el altiplano estaba densamente cubierto de alerces, robles, cipreses y otros árboles y las dimensiones extraordinarias de algunos de los que han llegado hasta nuestros días muestran que el proceso de desertificación en los últimos tiempos es más culpa del hombre que de la naturaleza. De hecho, los primeros españoles emprendieron una indiscriminada guerra contra el bosque, como hicieron nuestros puritanos ancestros, aunque los primeros con mucha menos razón. Una vez conquistado el país, no tenían que temer emboscadas de los sumisos y semicivilizados indios y no tuvieron, como nuestros antepasados, que mantener la guardia durante un siglo. Sin embargo, se ha dicho que esta devastación de la tierra se hizo para satisfacer su imaginación, ya que les recordaba las llanuras de su propia Castilla, la meseta de Europa⁷, donde la desnudez del paisaje se convierte en la esencia del lamento de todo viajero que visite el país.

A medio camino a través del continente, un poco más cerca del Pacífico que del océano Atlántico, a una altura de casi siete mil quinientos pies, se encuentra el célebre valle de México. Tiene una forma oval, de unas sesenta y siete leguas de circunferencia⁸, rodeada por un elevado farallón de roca pórvida, con el que la naturaleza parece haberle dotado, aunque de forma ineficaz, como protección ante la invasión.

El terreno, en un tiempo cubierto con un bello verdor y salpicado por todas partes de majestuosos árboles, a menudo se encuentra desnudo en muchos lugares, blanco por las costras de sal debido al drenaje de las aguas. Cinco lagos se esparcen por el valle, ocupando una décima parte de su superficie⁹. En orillas opuestas de la mayor de estas cuencas, muy reducidas en sus dimensiones¹⁰ desde los tiempos de los aztecas, se levantaban las ciudades de México y Texcoco, las

capitales de los dos estados más potentes y florecientes de Anáhuac, cuya historia, junto con la de las misteriosas razas que les precedieron en el país, pone de manifiesto algunas de las mayores aproximaciones a la civilización que se puede encontrar en la antigüedad en el continente norteamericano.

De estas razas la más destacada fue la de los toltecas. Avanzando desde regiones norteñas, aunque la región concreta sea incierta, entraron en el territorio de Anáhuac¹¹, probablemente antes del final del siglo séptimo. Por supuesto, poco se puede deducir con certeza de una gente cuyos registros escritos han desaparecido y de los que sabemos tan sólo a través de leyendas tradicionales de las naciones que los sucedieron¹². En cualquier caso, según el común acuerdo de éstas, los toltecas conocían bien la agricultura y muchas de las artes mecánicas más útiles, eran buenos trabajadores del metal, inventaron la compleja distribución temporal adoptada por los aztecas y fueron, en pocas palabras, la verdadera fuente de la civilización que distinguiría posteriormente a esta parte del continente¹³. Establecieron su capital en Tula, al norte del valle de México, y en la época de la conquista todavía debían distinguirse allí los restos de los enormes edificios¹⁴. Las nobles ruinas de edificios religiosos y de otro tipo que aún pueden contemplarse en diversas partes de Nueva España se relacionan con este pueblo, cuyo nombre, tolteca, se ha convertido en sinónimo de *arquitecto*¹⁵. Su oscura historia nos recuerda a esas razas primitivas que precedieron a los egipcios en el curso de la civilización y que hoy en día al ver fragmentos de sus monumentos incorporados a los edificios de los propios egipcios, hacen parecer a estos últimos, casi construcciones modernas¹⁶.

Después de un período de cuatro siglos los toltecas, que habían extendido su dominio sobre las más remotas fronteras del Anáhuac¹⁷, y después de haber disminuido

enormemente, según se dice, por el hambre, las pestes y guerras perdidas, desaparecieron de la tierra tan silenciosa y misteriosamente como habían llegado. Algunos de ellos permanecieron, pero la gran mayoría probablemente se esparció por la región de América Central y las islas vecinas y el viajero hoy en día especula sobre si las majestuosas ruinas de Mitla y Palenque no serán obra de esta gente extraordinaria¹⁸.

Después de un lapso de otros cien años, una tribu ruda y numerosa, llamada los chichimecas, entró en el terreno desértico proveniente de las regiones del lejano noroeste. Fueron rápidamente seguidos por otras razas de mayor civilización, quizá de la misma familia que los toltecas, cuya lengua al parecer hablaban. Los más notables de entre éstos fueron los aztecas o mexicanos y los acolhuas. Estos últimos, más conocidos últimamente con el nombre de texcocanos por su capital, Texcoco¹⁹, en la orilla oriental del lago mexicano, estaban especialmente capacitados, por su comparativamente suave religión y educación, para recibir el tinte de civilización que pudiera venir de los pocos toltecas que todavía quedaran en el país. Éstos, a su vez, se lo comunicaron a los bárbaros chichimecas, muchos de los cuales se amalgamaron con los nuevos pobladores formando una nación²⁰.

Aprovechándose de la fuerza derivada no sólo del aumento de su número, sino también de su superior refinamiento, los acolhuas extendieron gradualmente su imperio sobre las tribus más rudas en el norte; mientras que su capital se llenaba de una numerosa población, ocupada en muchas de las más útiles e incluso refinadas artes de una comunidad civilizada. En este estado de gloria fueron asaltados súbitamente por sus belicosos vecinos, los tepanecas, de su misma familia y habitantes del mismo valle. Invadieron sus provincias, derrotaron a sus ejércitos,

asesinaron a su rey y la floreciente ciudad de Texcoco se convirtió en el botín de guerra. Partiendo de esta abyecta condición, las habilidades poco comunes del joven príncipe Nezahualcóyotl, el legítimo heredero a la corona, apoyado por la eficiente ayuda de sus aliados mexicanos, a la larga salvaron al estado y abrieron una nueva etapa de prosperidad incluso más brillante que la anterior²¹.

Los mexicanos, a los que está dedicada principalmente nuestra historia, llegaron también, como hemos visto, de las remotas regiones del norte, el bullicioso lugar de origen de naciones en el nuevo mundo, como lo ha sido en el viejo. Llegaron a las fronteras de Anáhuac a principios del siglo XIII, poco después de que sus razas hermanas ocuparan esta tierra. Durante mucho tiempo no se establecieron permanentemente en ninguna residencia, sino que continuaron trasladando su asentamiento por diferentes partes del valle de México, soportando todas las desgracias y durezas de la vida migratoria. En una ocasión fueron esclavizados por una tribu más poderosa, pero su ferocidad pronto les hizo temibles para sus amos²². Después de una serie de vagabundeos y aventuras, que no quedan empequeñecidas en comparación con las leyendas más extravagantes de los heroicos tiempos de la antigüedad, finalmente se detuvieron en la orilla sudeste del lago principal en el año 1325. Allí observaron, encaramada a un tunal que sobresalía de la grieta de una roca lavada por las olas, un águila real de extraordinario tamaño y belleza, con una serpiente en sus garras y las anchas alas abiertas al sol del amanecer. Aclamaron el prometedor augurio anunciado por el oráculo como indicador del lugar de su futura ciudad y colocaron sus cimientos hundiendo pilares en las orillas, ya que las ciénagas bajas estaban parcialmente hundidas en el agua. Sobre éstos elevaron sus ligeras construcciones de juncos y cañizo y sobrevivieron precariamente de la pesca y

de las aves salvajes que frecuentaban las aguas, así como del cultivo de plantas simples que pudieran cultivar en sus jardines flotantes. El lugar fue llamado Tenochtitlan, en recuerdo de su milagroso origen, aunque los europeos sólo lo conocieron por su otro nombre: México, procedente de su dios de la guerra, Mexitli²³. La leyenda de su fundación se conmemora todavía con el emblema del águila y el tunal, que conforman el escudo de la moderna República de México. Así fueron los humildes comienzos de la Venecia del nuevo mundo²⁴.

La desesperada condición de los nuevos colonos se hizo todavía más difícil debido a disputas domésticas. Una parte de los ciudadanos se separaron del cuerpo principal y formaron una comunidad independiente en las ciénagas vecinas. Así divididos, pasaría mucho tiempo hasta que pudieran aspirar a adquirir terreno en tierra firme. Incrementaron, sin embargo, gradualmente su número debido a varias mejoras en su política y en su disciplina militar, al tiempo que se creaban una reputación de coraje y crueldad en la guerra, que hizo que su nombre fuera temido por todo el valle. En los primeros años del siglo quince, casi cien años después de la fundación de la ciudad, tuvo lugar un hecho que provocó una completa revolución en las circunstancias y, hasta cierto punto, en el carácter de los aztecas. Este hecho fue el derrocamiento ya mencionado de la monarquía de los texcocanos por parte de los tepanecas. Cuando la opresiva conducta de los vencedores a la larga hizo surgir un espíritu de resistencia, su príncipe, Nezahualcóyotl, consiguió, después de increíbles peligros y huidas, reunir una fuerza suficiente como para, con la ayuda de los mexicanos, enfrentarse a sus enemigos. En dos batallas sucesivas, éstos fueron derrotados con gran mortandad, su jefe asesinado y su territorio, por uno de esos reveses inesperados que caracterizan las guerras de los

estados menores, pasó a manos de los conquistadores, siendo adjudicado a México en pago de sus importantes servicios.

Fue entonces cuando se formó esa notable alianza, que de hecho no tiene ningún paralelismo en la historia. Entre los estados de México, Texcoco y el pequeño reino vecino de Tlacopan, acordaron que se apoyarían mutuamente en sus guerras, ofensivas y defensivas, y que en el reparto del botín un quinto debería asignarse a Tlacopan y el resto dividido, no se sabe en qué proporción, entre los otros poderes. Los escritores texcocanos afirman que era a partes iguales con los aztecas. Pero esto no parece verse corroborado por el enorme crecimiento del territorio del que poco a poco se apropiaron estos últimos. Se puede explicar cualquier ventaja que se les hubiera concedido en el tratado, basándose en la suposición de que, por muy inferiores que pudieran ser en un principio, en el momento de firmarlo se encontraban en una posición más favorable que la de sus aliados, destrozados y desalentados por una larga opresión. Más extraordinaria que el mismo tratado, sin embargo, es la fidelidad con la que se mantuvo. Durante el siglo de guerra continuada que siguió no hubo ningún caso en el que las dos partes discutieran sobre la división del botín, lo que tan a menudo hace que naufraguen confederaciones similares entre estados civilizados²⁵.

Los aliados por un tiempo tuvieron sus armas lo suficientemente ocupadas en su propio valle, pero pronto sobrepasaron sus propias murallas rocosas, y a mediados del siglo XV, bajo el primer Montezuma, se habían extendido por los bordes del altiplano hasta los límites del golfo de México. Tenochtitlan, la capital azteca, evidenciaba la prosperidad pública. Sus endebles casas fueron sustituidas por estructuras sólidas de calicanto. Su población aumentó rápidamente. Se resolvieron sus antiguas rencillas. Los

ciudadanos que se habían escindido fueron unidos bajo un mismo gobierno junto con el cuerpo principal y el barrio que ocupaban fue conectado permanentemente con la ciudad madre, cuyas dimensiones, aunque cubría el mismo terreno, eran mucho mayores que las de la moderna capital de México²⁶.

Afortunadamente, el trono fue ocupado por una sucesión de príncipes capaces que supieron aprovechar sus nuevos y ampliados recursos y el entusiasmo marcial de la nación. Año tras año los veían volver a la capital cargados con el botín de las ciudades conquistadas y con multitud de cautivos consagrados para el sacrificio. Ningún estado podía resistirse durante mucho tiempo a la fuerza unificada de los confederados. A comienzos del siglo XVI, justo antes de la llegada de los españoles, el dominio azteca cruzaba el continente del Pacífico al Atlántico y, bajo el audaz y sangriento Ahuitzotl, habían llevado sus armas mucho más allá de los límites anteriormente señalados como territorio permanente, hasta el último rincón de Guatemala y Nicaragua. La extensión de este Imperio, limitado sin embargo en comparación a la de otros muchos estados, es realmente maravillosa, considerándola como la adquisición de un pueblo cuya población y recursos estaban circunscritos hasta hacía poco a las murallas de su propia y pequeña ciudad y teniendo en cuenta, además, que el territorio conquistado estaba densamente poblado por varias razas, expertas en las armas como los mexicanos, y poco inferiores a ellos en organización social. La historia de los aztecas sugiere algunos fuertes puntos de comparación con la de los antiguos romanos, no sólo en su éxito militar, sino en la política que les llevó a lograrlos²⁷.

La contribución más importante, en los últimos años, a la primera historia de México es la *Historia Antigua* del licenciado don Mariano Veytia, publicada en la ciudad de

México en 1836. Este estudioso, nacido en 1718, pertenece a una antigua y muy respetable familia de Puebla. Al terminar su educación académica, se fue a España, donde fue calurosamente recibido en la Corte. Después visitó varios países europeos, trabó conocimiento con otras lenguas y regresó a casa bien pertrechado con los frutos de una observación sagaz y un diligente estudio. Dedicó el resto de su vida a las letras, especialmente a ilustrar la historia y el patrimonio histórico nacional. Como albacea del desafortunado Boturini, con quien había intimado en Madrid, obtuvo acceso a su valiosa colección de manuscritos en México y, a partir de ellos y de cualquier otra fuente que su posición en sociedad y su eminente personalidad le abriera, compuso varias obras, ninguna de las cuales, a excepción de la que tenemos frente a nosotros, ha tenido el honor de llegar a la imprenta. El editor no nos da la fecha de su muerte, pero probablemente no sea más allá de 1780.

La historia de Veytia cubre todo el período desde la primera ocupación de Anáhuac a la mitad del siglo XV, cuando su trabajo quedó desgraciadamente interrumpido por la muerte. En la primera parte ha intentado rastrear los movimientos migratorios y los anales históricos de las principales razas que entraron en el país. Cada página testimonia la extensión y la fidelidad de sus investigaciones, y si no sentimos más que una confianza moderada en los resultados, es más justo echarle la culpa a lo oscuro y dudoso de la materia que a él. A medida que descende a épocas posteriores, se ocupa más de la fortuna de los texcocanos que de la de la dinastía azteca, lo que ha sido ampliamente discutido por otros compatriotas suyos. El prematuro fin de su trabajo le impidió, probablemente, prestarle la atención que merecen, como el tema más importante de investigación del historiador, a las instituciones internas de las gentes que describe. La

deficiencia ha sido suplida por su juicioso editor, Ortega, a partir de otras fuentes. En las primeras partes de su trabajo, Veytia explicó el sistema cronológico de los aztecas, pero como muchos escritores anteriores al preciso Gama, con un éxito mediocre. Como crítico, es seguro que quedó mucho más alto que los analistas que le precedieron y, cuando su propia religión no se ve involucrada, muestra un juicio sagaz. Cuando sí lo está, traiciona una buena parte de la credibilidad, que todavía mantiene su gancho en demasiados de sus compatriotas, incluso de los bien informados. El editor del trabajo ofrece una carta muy interesante del abad Clavijero a Veytia, escrita cuando este último era un pobre y humilde exiliado y en el tono de alguien que se dirige a una persona de alto rango y una eminencia literaria. Ambos estaban embarcados en la misma tarea. Los escritos del pobre abad, publicados una y otra vez y traducidos a varias lenguas, han extendido su fama por Europa, mientras que el nombre de Veytia, cuyos trabajos han quedado limitados a su primitivo manuscrito, es casi desconocido fuera de las fronteras de México.

Notas al pie

¹ Realmente grandes si debemos creer al arzobispo Lorenzana, quien nos dice: «No se sabe si el país de la Nueva España no tiene fronteras con *Tataria* y Groenlandia; ¡por California con el primero y por Nuevo México con el segundo!»., *Historia de Nueva España* (México, 1770), p. 38, nota.

² Me he ajustado a los límites establecidos por Clavijero. Probablemente, ha examinado el tema con más rigurosidad y fiabilidad que la mayoría de sus compatriotas, que difieren de él y que asignan una extensión mucho más liberal a la monarquía [véase su *Storia Antica del Messico* (Cesena, 1780), *dissert.* 7]. El abad, sin embargo, no ha informado a sus lectores de los endeble cimientos sobre los que reposan sus conclusiones. Para calcular la extensión del Imperio Azteca se debe recurrir a escritos de los historiadores a partir de la llegada de los españoles y de las matrículas de los tributos pagados por las ciudades conquistadas, ambas fuentes extremadamente vagas y defectuosas. Véanse los manuscritos de la colección Mendoza en la magnífica edición de Lord Kingsborough (*Antiquities of Mexico*, incluyendo *Facsimiles of Ancient Paintings and Hieroglyphics*, junto con los *Monuments of New Spain*, Londres, 1830). La dificultad de la investigación se agrava enormemente por el hecho de que las conquistas fueran realizadas, como se verá más adelante, por las armas unidas de tres poderes, por lo que no siempre es fácil saber a qué parte correspondían finalmente. El asunto está rodeado de tanta incertidumbre que Clavijero, a pesar de las sólidas afirmaciones que hace en su texto, no se aventura a definir en su mapa los límites precisos del imperio, tanto por el norte, donde se confunde con el imperio texcocano, como por el sur, donde realmente cayó en el enorme error de afirmar que al mismo tiempo que el territorio mexicano llegaba al paralelo catorce no incluía ninguna parte de Guatemala (véase tom. I, p. 29, y tom. IV, *dissert.* 7). El cronista texcocano Ixtlilxochitl reivindica vigorosamente la importancia del imperio de su propia nación. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 39, 53, *et alibi*.

* — En español en el original. (N. del T.)

** — En español en el original. (N. del T.)

*** — En español en el original. (N. del T.)

³ Entre dieciocho y veinte mil, según Humboldt, quien cree que el territorio mexicano se correspondía con las actuales intendencias de México, Puebla, Vera Cruz, Oaxaca y Valladolid [*Essai Politique sur le Royaume de Nouvelle Espagne* (París, 1825), tom. I, p. 196]. Este último, sin embargo, se encontraba por completo, o casi por completo, dentro del reino rival de Michoacán, como él mismo afirma en otra parte de su trabajo, comp. tom. II, p. 164.

⁴ El viajero que se interne en el país a través de las monótonas colinas arenosas de Vera Cruz difícilmente reconocerá la veracidad de la anterior descripción. Deberá buscarla en otras partes de la *tierra caliente*. Entre los turistas recientes ninguno ha ofrecido una visión más maravillosa de las impresiones que le

causaron a los sentidos estas soleadas regiones que Lantrobe, quien llegó a la costa en Tampico (*Rambler in Mexico* (Nueva York, 1836), cap. I), un viajero, se puede añadir, cuyas descripciones del hombre y la naturaleza en nuestro propio país, donde podemos juzgar, se distinguen por una sobriedad e imparcialidad que le otorga confianza a la hora de describir otros países.

* Nombre que se le da en Estados Unidos al maíz. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

⁵ Esta larga extensión del país varía en elevación de 5.570 a 8.856 pies, igualando la altura de los pasos del Monte Cenis o el Gran St. Bernard. La altiplanicie se extiende todavía trescientas leguas más antes de descender hasta los 2.624 pies. Humboldt, *Essai Politique*, tom. I, pp. 157, 255.

⁶ Alrededor de los 62° Fahrenheit, o 17° Réamur (Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. I, p. 273). Las mesetas más elevadas del altiplano, como el valle del Toluca, alrededor de los 8.500 pies sobre el nivel del mar, tienen un clima duro en el que el termómetro, durante gran parte del día, raramente sube de los 45° F., *idem* (*loc. cit.*), y Malte-Brun (*Universal Geography*, traducción inglesa, book 83), quien realmente en esta parte de su libro no es nada más que un eco del anterior escritor.

⁷ La altura de las Castillas, de acuerdo con la autoridad citada repetidamente, es de unos 350 toises o unos 2.100 pies sobre el océano (*dissert.* de Humboldt, *apud* Laborde, *Itinéraire Descriptif de l'Espagne* (París, 1827), tom. I, p. 5). Es difícil encontrar en Europa llanos de tanta altura.

⁸ El arzobispo Lorenzana estima el perímetro del valle en noventa leguas, corrigiendo al mismo tiempo las afirmaciones de Cortés, que lo sitúa en setenta, muy cerca de la verdad, según parece por el resultado de las mediciones de M. de Humboldt, citadas en el texto. Su longitud es de más o menos dieciocho leguas por doce y media de anchura (Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, p. 29. Lorenzana, *Historia de Nueva España*, p. 101). El mapa de Humboldt del valle de México es el tercero en su *Atlas Geographique et Physique*, y el viajero, el geólogo o el historiador lo encontrarán, como todos los demás en la colección, de inestimable valor.

⁹ Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, pp. 29, 44-49. Malte Brun, book 85. Este último geógrafo asigna sólo 6.700 pies para el nivel del valle, contradiciéndose a sí mismo (comp. libro 83) o más bien a Humboldt, cuyas páginas utiliza *plenis manibus*, de manera un tanto demasiado liberal, si tenemos en cuenta las escasas referencias a pie de página.

¹⁰ Torquemada explica, en parte, esta disminución, suponiendo que de la misma manera que ¡Dios que permitió a las aguas, que cubrieron la totalidad de la tierra, retirarse después de que la humanidad fuera casi exterminada por sus pecados, también permitió a las aguas del lago mexicano retirarse en señal de buena voluntad y reconciliación, después de que las idólatras razas de la tierra

fueran destruidas por los españoles! (*Monarchia Indiana* (Madrid, 1723), tom. I, p. 309). Una explicación igualmente probable, si bien no tan ortodoxa, se puede encontrar en la activa evaporación de estas altas regiones y en la construcción de un inmenso drenaje en tiempos del buen padre, para reducir las aguas del lago principal y proteger a la capital de la inundación.

¹¹ Anáhuac, de acuerdo con Humboldt, comprende tan sólo el territorio entre los 14 y los 21 grados de latitud norte (*Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. I, p. 197). Según Clavijero, incluye todo lo que desde entonces se conoció como Nueva España (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 27). Veytia lo utiliza también como un sinónimo de Nueva España [*Historia Antigua de Méjico* (Méjico, 1836), tom. I, cap. 12]. El primero de estos escritores probablemente es tan poco permisivo en sus fronteras como generosos los últimos. Ixtlilxochitl dice que se extendía cuatrocientas leguas al sur del país de los otomíes (*Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 73). La palabra Anáhuac significa *cerca del agua*. Probablemente se aplicó primero al territorio circundante a los lagos del valle de México y gradualmente se extendió a regiones más remotas ocupadas por los aztecas y otras razas semicivilizadas. También es posible que el nombre, como sugiere Veytia (*Historia Antigua de Méjico*, lib. I, cap. I), quisiera denotar la tierra entre las aguas del Atlántico y el Pacífico.

¹² Clavijero dice que Boturini escribió «sobre la fe de los historiadores toltecas» (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 128). Pero ese estudioso no pretende haberse encontrado nunca él mismo con un manuscrito tolteca, sino que tan sólo había oído sobre uno en posesión de Ixtlilxochitl [véase su *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional* (Madrid, 1746), p. 110]. Este último nos cuenta que su relato de las razas tolteca y chichimeca «provino de la interpretación» (probablemente de las pinturas texcocanas) «y de las tradiciones de los ancianos»; pobre autoridad para hechos que habían sucedido hacía cientos de años. De hecho reconoce que sus relatos estaban tan llenos de absurdos y falsedades que se vio obligado a rechazar nueve décimas partes (véase sus *Relaciones*, manuscrito, n.º 5). La causa de la verdad tampoco hubiera sufrido mucho si hubiera rechazado nueve décimos del resto.

¹³ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 2. *Idem*, *Relaciones*, manuscrito, n.º 2. Sahagún, *Historia General de las Cosas de Nueva España* (México, 1829), lib. 10, cap. 29. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. I, cap. 27.

¹⁴ Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, lib. 10, cap. 29.

¹⁵ *Idem*, *ubi supra*. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. I, cap. 14.

¹⁶ *Description d'Egypte* (París, 1809), *Antiquités*, tom. I, cap. 1. Veytia ha seguido las migraciones de los toltecas con suficiente diligencia, poco recompensada por el poco crédito de los resultados, *Historia antigua de Méjico*, lib. 2, caps. 21-33.

¹⁷ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 73.

¹⁸ Veytia, *Historia antigua de Méjico*, lib. I, cap. 33. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 3. *Idem*, *Relaciones*, manuscrito, n.º 4, 5. El Padre Torquemada (quizá malinterpretando los jeroglíficos texcocanos) ha explicado esta misteriosa desaparición de los toltecas mediante exageradas historias de gigantes y demonios, mostrando un apetito por lo maravilloso idéntico a cualquiera de su vocación. Véase su *Monarchia Indiana*, lib. I, cap. 14.

¹⁹ *Texcoco* significa «lugar de detención», ya que se dice que varias de las tribus que ocuparon sucesivamente Anáhuac pararon algún tiempo en ese lugar. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 10.

²⁰ El historiador habla, en una página, de que los chichimecas cavaban cuevas o como mucho vivían en cabañas de paja, y en la siguiente habla con gravedad de sus señoras, infantas y caballeros ! *Ibid.*, cap. 9, et seq. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, caps. 1-10. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

²¹ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 9-20. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, caps. 29-54.

²² Estos eran los culhuacanos, no los acolhuas, con los que Humboldt, y la mayoría de los autores posteriores, los han confundido. Véase su *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. I, p. 414; II, p. 37.

²³ Clavijero da buenas razones para preferir la etimología de México indicada anteriormente a otras (véase su *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 168, nota). El nombre de Tenochtitlan significa *tunal* (un cactus) *sobre una roca*. Explicación de la Col. de Mendoza, *apud Antiquities of Mexico*, vol. IV.

²⁴ «Datur hæc venia antiquitati», dice Livio, «ut, miscendo humana divinis, primordia urbium augustiora faciat», *Hist., Præf.* Véase para el párrafo anterior, Col. de Mendoza, ilustración I, *apud Antiquities of Mexico*, vol. I. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 10. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 8. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, cap. 15. Clavijero, después de un minucioso examen, fija las siguientes fechas para algunos de los principales eventos indicados en el texto. No hay dos autoridades que estén de acuerdo con ellas, lo cual no es extraño, considerando que Clavijero, el más inquisitivo de todos, no siempre está de acuerdo consigo mismo (compare sus fechas para la llegada de los acolhuas; tom. I, p. 147, y tom. IV, *dissert.* 2).

D.C

Los toltecas llegan a Anáhuac	648
Abandonan el país	1051
Llegada de los chichimecas	1170
Los acolhuas llegan alrededor del	1200
Los mexicanos llegan a Tula	1196

Véase su *dissert.* 2, sec. 12. En la última fecha, la más importante, es confirmado por el erudito Veytia, que disiente en todas las demás de él, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, cap. 15.

²⁵ El leal cronista texcocano reclama la dignidad suprema para su propio soberano, sino la parte mayor del botín, por este pacto imperial (*Historia de la nación Chichimeca*, cap. 32). Torquemada, por otra parte, afirma que la mitad de toda la tierra conquistada era para México (*Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 40). Todos están de acuerdo en asignar un quinto a los tlacopan, y tanto Veytia (*Historia Antigua de Méjico*, lib. 3, cap. 3) como Zurita [*Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne* (París, 1840), p. 11], ambos críticos muy competentes, coinciden en una división a partes iguales entre los dos estados principales de la confederación. Una oda, que todavía existe, de Nezahualcóyotl en su versión castellana, ofrece testimonio de la singular unión de los tres poderes:

«sólo se acordarán en las Naciones
lo bien que gobernáron
los tres Cabezas que el Imperio honráron»
Cantares del Emperador Nezahualcóyotl, manuscrito.

²⁶ Véanse los planos de la antigua y de la moderna capital en la primera edición del *Mexico* de Bullock. El original del plano antiguo fue conseguido por este viajero de la colección del infortunado Boturini; si, como parece probable, es el indicado en la página 13 de su *Catálogo*, no encuentro ninguna base para la aseveración de Bullock de que es el mismo preparado para Cortés por orden de Montezuma.

²⁷ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, lib. 2. Torquemada, *Monarchia Indiana*, tom. I, lib. 2. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 146. Col. de Mendoza, parte I y Códice Telleriano-Remensis, *apud Antiquities of Mexico*, vols. I y VI.

Maquiavelo ha señalado, como una importante causa del éxito militar de los romanos, «que se asociaron, en sus guerras, con otros estados como la parte principal», y expresa su sorpresa por el hecho de que otras repúblicas ambiciosas tras ellos no hayan adoptado la misma política en tiempos posteriores [véase sus *Discorsi sopra T. Livio*, lib. 2, cap. 4; *apud Opere* (Génova, 1789)]. Este, como hemos visto anteriormente, fue exactamente el curso que siguieron los mexicanos.

Capítulo II

Sucesión a la corona. La nobleza azteca. Sistema judicial. Leyes y recaudación. Instituciones militares

La forma de gobierno difería en los distintos estados de Anáhuac. En el caso de los aztecas y los texcocanos se trataba de una monarquía prácticamente absoluta. Las dos naciones eran tan parecidas en cuanto a sus instituciones políticas, que uno de sus historiadores ha señalado, de manera demasiado rotunda de hecho, que todo lo que se dice de una se puede entender siempre como aplicable a la otra²⁸. Encaminaré mis investigaciones hacia el sistema político mexicano, tomando prestada de vez en cuando una ilustración del reino rival.

El gobierno era una monarquía electiva. El cuerpo electoral lo constituían cuatro de los nobles principales, elegidos a su vez por su propio organismo en el reinado precedente, a los que se añadían, si bien con rango puramente honorario, los dos aliados reales de Texcoco y Tlacopán. El soberano era elegido de entre los hermanos del príncipe muerto o, a falta de éstos, de entre sus sobrinos, por lo que la elección siempre quedaba restringida a la misma familia. El candidato elegido debía haberse distinguido en la guerra, aunque en el caso del último Montezuma se trataba de un religioso²⁹. Esta singular manera de abastecer al trono tenía algunas ventajas. Los candidatos recibían una educación que los preparaba para la dignidad real, al mismo tiempo que la edad a la que eran elegidos no sólo aseguraba a la nación contra los demonios de la minoría de edad, sino

que proporcionaba al cuerpo de electores amplios datos para estimar su competencia. El resultado, en cualquier caso, era favorable, puesto que el trono, como ya se ha señalado, fue ocupado por una sucesión de príncipes hábiles, bien preparados para gobernar sobre un pueblo guerrero y ambicioso. El modelo de elección, aunque defectuoso, presenta un sistema político más refinado y calculado de lo que cabría esperar de una nación bárbara³⁰.

El nuevo monarca era investido de su dignidad real con una gran pompa de ceremonial religioso, pero sólo una vez que, mediante una campaña militar victoriosa, hubiera obtenido un número suficiente de prisioneros para honrar su entrada triunfal en la capital y proporcionar víctimas para los oscuros y sangrientos ritos que teñían la superstición azteca. Rodeado de toda esta pompa de sacrificio humano, era coronado. El señor de Texcoco, el más poderoso de los aliados reales, imponía sobre su cabeza la corona, que se asemejaba a una mitra y estaba profusamente ornamentada con oro, gemas y plumas. El título de *Rey*, con el que los primeros escritores españoles describen a los príncipes aztecas, es sustituido por el de *Emperador* en los últimos reinados, insinuando quizá su superioridad sobre las monarquías confederadas de Tlacopán y Texcoco³¹.

Los príncipes aztecas, especialmente hacia el final de la dinastía, vivían rodeados de una fastuosidad primitiva, verdaderamente oriental. Sus espaciosos palacios disponían de salas para los diferentes consejos que ayudaban al monarca a resolver los asuntos. El principal de todos ellos era una especie de consejo privado, compuesto en parte, probablemente, por los cuatro electores nombrados por los nobles después de la coronación; sus puestos, al quedar vacantes por fallecimiento, eran inmediatamente reemplazados de la misma manera. Era función de este cuerpo, a decir de la poca información que se puede reunir a

partir de las vagas referencias sobre el mismo, asesorar al monarca respecto al gobierno de las provincias, la administración de los ingresos y, en realidad, respecto a todos los grandes asuntos de interés público³².

En los edificios reales también había acomodo para la numerosa guardia del soberano, compuesta a partir de la nobleza principal. No es fácil determinar con precisión en estos gobiernos bárbaros los límites de las diferentes clases sociales. Se sabe que había una clase definida de nobles, con grandes posesiones de tierra, que mantenían los puestos más importantes cerca de la persona del príncipe y acaparaban la administración de las provincias y de las ciudades³³. Muchos de estos nobles podían rastrear su ascendencia hasta los fundadores de la monarquía azteca. De acuerdo con algunos escritores de autoridad, había treinta grandes *caciques*^{*}, que tenían su residencia, al menos parte del año, en la capital y que podían congregar cien mil vasallos cada uno en su propio estado³⁴. Aun sin confiar en afirmaciones tan exageradas, queda claro a partir del testimonio de los conquistadores que el país estaba ocupado por numerosos caciques poderosos, que vivían como príncipes independientes en sus dominios. En caso de que fuera cierto que los reyes fomentaban o incluso exigían la residencia de estos nobles en la capital y requerían rehenes en su ausencia, sería evidente que su poder debe haber sido formidable³⁵.

Sus propiedades parecen haber estado sujetas a distintas formas jurídicas de propiedad y a diferentes tipos de restricciones. Algunas de ellas, ganadas por el servicio de sus buenas espadas o recibidas como recompensa por sus servicios públicos, no tenían ninguna limitación en la propiedad, con la única excepción de que el propietario no podía venderlas a un plebeyo³⁶. Otras estaban vinculadas al primogénito varón y a falta de éste la propiedad revertía a la

corona. Al parecer la mayoría de ellos soportaban como carga la obligación de servicios castrenses. Los principales jefes de Texcoco, según su cronista, estaban expresamente obligados a apoyar a su príncipe con vasallos armados, a presentarse ante su Corte y a ayudarle en el Consejo. Algunos en lugar de estos servicios tenían que proveer para la reparación de los edificios del príncipe y mantener en orden sus propiedades, además de una ofrenda anual de frutas y flores a modo de tributo. Era corriente, si creemos a los historiadores, que en la coronación de un nuevo rey éste confirmara la investidura de las propiedades provenientes de la corona³⁷.

No se puede negar que en todo esto se reconocen algunas características del sistema feudal que, sin duda, se ven realizadas en manos de los escritores españoles, por la inclinación de éstos a rastrear analogías con las instituciones europeas. Pero estas analogías llevan a veces a conclusiones muy erróneas. Por ejemplo, el principio más esencial de un *feudo*, la obligación del servicio militar, parece exigirse de manera natural por todo gobierno a sus súbditos. En cuanto a los puntos menores de semejanza, están lejos de ese armonioso sistema de servicio recíproco y protección que abarcaba en suave gradación todas las clases sociales de la monarquía feudal. Los reinos de Anáhuac fueron por naturaleza despóticos, acompañados ciertamente de muchas circunstancias atenuantes desconocidas en los despotismos del este, pero es quimérico buscar mucho en común (más allá de unas pocas formas y ceremonias accidentales) con las instituciones aristocráticas de la Edad Media, que hacían de la Corte del más insignificante barón una precisa imagen en miniatura de la de su soberano.

El poder legislativo, tanto en México como en Texcoco, residía completamente en el monarca. Este rasgo de despotismo, sin embargo, era en cierta medida

contrarrestado por la constitución de tribunales judiciales, de mayor importancia entre gente ruda que los legislativos, ya que es más fácil hacer buenas leyes para una comunidad de tales características que hacerlas respetar, y las mejores leyes mal administradas no son más que una pantomima. En cada una de las ciudades principales, incluidos sus territorios dependientes, había un juez supremo designado por la corona, con jurisdicción original y final tanto en casos civiles como penales. No había apelación contra su sentencia ante ningún otro tribunal, ni siquiera ante el rey. Su cargo era vitalicio y todo aquel que usurpara su enseña era castigado con la muerte³⁸.

Por debajo de este magistrado había un tribunal con base en cada provincia y compuesto por tres miembros, con jurisdicción coincidente con la del juez supremo en causas civiles, aunque en las penales la apelación se presentaba ante el juez supremo. Además de estos tribunales, existía un cuerpo de jueces inferiores, distribuidos a lo largo del país, elegidos por el mismo pueblo en los distritos. Su autoridad se limitaba a causas menores, mientras que las más importantes recaían en los tribunales superiores. Había también otra clase de oficiales subordinados, elegidos igualmente por el pueblo, cada uno de los cuales tenía que vigilar la conducta de un determinado número de familias y denunciar ante las autoridades superiores cualquier incumplimiento o violación de las leyes³⁹.

En Texcoco la organización judicial tenía un carácter mucho más refinado⁴⁰ y la gradación de tribunales terminaba finalmente en una asamblea o parlamento general, compuesto por todos los jueces del reino, mayores y menores, que se celebraba cada ocho días en la capital, presidido por el rey en persona. Este órgano resolvía todas las causas que los tribunales inferiores, bien por su importancia o por su dificultad, habían reservado para su

consideración. Hacía las veces, además, de Consejo de Estado, que ayudaba al monarca en la tramitación de los asuntos públicos⁴¹.

Estas son las vagas e imperfectas informaciones que con respecto a los tribunales aztecas se pueden extraer de las pinturas jeroglíficas que se conservan y de los escritores españoles más acreditados. Éstos, a menudo eclesiásticos, han mostrado mucho menos interés en esta materia que en las cuestiones relacionadas con la religión. Encuentran cierta disculpa, por cierto, en la temprana destrucción de la mayoría de las pinturas indias de las que debería haberse obtenido parcialmente la información.

Sin embargo, se debe suponer que, en general, los aztecas estaban lo suficientemente desarrollados como para evidenciar una preocupación por los derechos de la propiedad y de las personas. La ley, al autorizar una apelación ante la instancia judicial más alta únicamente en las cuestiones penales, muestra su interés por la seguridad personal, que se hace aún más necesaria debido a la extrema severidad de su código penal, lo que naturalmente les haría más cautos a la hora de dictar una sentencia errónea. La existencia de un número de tribunales coordinados, sin uno central de autoridad superior para controlar el conjunto, debe haber provocado interpretaciones discordantes de la ley en diferentes distritos. Pero este es un mal que compartían con la mayoría de las naciones de Europa.

La disposición de que los jueces superiores fueran completamente independientes de la corona era digna de gente ilustrada y resultaba la mayor barrera que una simple constitución se podía permitir contra la tiranía. No se debe suponer, ciertamente, que en un gobierno, por lo demás tan despótico, no se pudieran encontrar maneras de influir sobre los magistrados. Pero fue un gran paso proteger su autoridad sancionándola con la ley y ningún monarca

azteca, que yo sepa, fue acusado de violarla.

Recibir regalos o sobornos, ser culpable de colusión de cualquier tipo con un inculpado, era castigado en un juez con la muerte. Quién o qué decidía su culpabilidad no aparece registrado. En Texcoco lo realizaba el resto del tribunal. Pero el rey presidía este organismo. El príncipe de Texcoco, Nezahualpilli, que raramente suavizaba la justicia con la compasión, condenó a muerte a un juez por recibir un soborno y a otro por resolver causas en su casa, un delito que también se castigaba con la pena capital según la ley⁴².

Los jueces de los tribunales superiores eran mantenidos con la producción de una parte de las tierras de la corona, destinadas a este fin. Igual que el juez supremo, estos jueces también ostentaban sus puestos de manera vitalicia. Los procedimientos en los tribunales se desarrollaban con honradez y orden. Los jueces vestían un traje apropiado y resolvían casos por la mañana y por la tarde, comiendo siempre, para ir más rápido, en un aposento del mismo edificio donde llevaban a cabo las sesiones, un método muy elogiado por los cronistas españoles, para quienes la rapidez no era muy familiar en sus propios tribunales. Los funcionarios mantenían el orden y llamaban a las partes conduciéndolas ante el tribunal. No había abogado y las partes exponían su propio caso y lo apoyaban con sus testigos. Se admitía como prueba el juramento del acusado. La exposición del caso, el testimonio y los procedimientos del proceso eran recogidos en pinturas jeroglíficas por un secretario que los entregaba al tribunal. Las pinturas se realizaban con tanta precisión que en todos los casos relacionados con los bienes raíces se admitieron como prueba en los tribunales españoles mucho después de la conquista y en 1553 se estableció una cátedra en México para su estudio e interpretación que desde entonces ha compartido el destino de tantas otras instituciones para el

aprendizaje en ese desgraciado país⁴³.

La condena a la pena capital se indicaba con una línea trazada con una flecha sobre el retrato del acusado. En Texcoco, donde el rey presidía el tribunal, según el cronista nacional esto se realizaba con una ceremonia extraordinaria. Transcribo su descripción, de tinte un tanto poético, en sus propias palabras: «En el palacio real de Texcoco había un patio, en cuyos lados opuestos se encontraban los dos palacios de justicia. En el principal, llamado “tribunal de Dios”, se levantaba un trono de oro puro, con incrustaciones de turquesas y otras piedras preciosas. En una silla enfrente había una calavera humana, coronada con una inmensa esmeralda de forma piramidal y rematada por un airón de brillantes plumas y piedras preciosas. La calavera reposaba sobre un montón de armas, escudos, aljabas, arcos y flechas. Las paredes estaban decoradas con tapices realizados con pelaje de diferentes animales, de ricos y variados colores, adornados con anillos de oro y bordados con figuras de pájaros y flores. Sobre el trono había un dosel de abigarrado plumaje, de cuyo centro brotaban resplandecientes rayos de oro y joyas. El otro tribunal, llamado “de los reyes”, estaba también rematado por espléndidos doseles de plumas adornados con las armas reales. Aquí el soberano celebraba audiencia pública y comunicaba sus despachos. Pero, cuando resolvía causas importantes o confirmaba una pena de muerte, se trasladaba al “tribunal de Dios”, asistido por catorce grandes caballeros del reino ordenados según su rango. Después, colocándose su corona mitrada, incrustada con piedras preciosas y sosteniendo en su mano izquierda una flecha de oro a modo de cetro, colocaba la diestra sobre la calavera y pronunciaba el veredicto»⁴⁴. Debe reconocerse que todo esto parece demasiado refinado para un tribunal de justicia. Pero lo cierto es que los texcocanos, como veremos más adelante, poseían tanto los materiales como la habilidad

necesaria para trabajarlos de esa manera. Si hubieran estado un poco más desarrollados en refinamiento uno podría dudar que tuvieran el mal gusto para hacerlo.

Las leyes de los aztecas eran registradas y expuestas al público en pinturas jeroglíficas. La mayor parte de ellas, como en cualquier nación imperfectamente civilizada, están más relacionadas con la seguridad de las personas que con la de la propiedad. Todos los grandes delitos contra la sociedad eran punibles con la pena de muerte. Incluso el asesinato de un esclavo era condenado con la pena capital. Los adúlteros, como entre los judíos, eran lapidados hasta la muerte. El robo, dependiendo del grado del delito, se castigaba con la esclavitud o con la muerte. Sin embargo, los mexicanos difícilmente podrían darse cuenta de este delito, ya que las entradas a sus moradas no estaban protegidas por cerraduras o cierres de ningún tipo. Quitar las lindes de las tierras de cualquier persona o alterar las medidas establecidas eran delitos que se castigaban también con la muerte, como lo era igualmente para un guardián no poder responder de forma satisfactoria de los bienes de la estancia vigilada. Esta normativa evidencia el interés por la equidad en los tratos y por los derechos privados, lo que habla de un considerable avance en la civilización. Los despilfarradores que dilapidaban su patrimonio eran castigados de manera similar, una sentencia severa, ya que el delito ya traía consigo su debido castigo. La ebriedad, que constituía la esencia, en mayor o menor grado, de las homilías religiosas, sufría las penas más severas, como si hubieran descubierto en ella el cáncer que posteriormente les devoraría, tanto a ellos como a otras razas indias. En los jóvenes estaba castigada con la muerte y en la gente mayor con la pérdida del rango y la confiscación de la propiedad. Sin embargo, no estaba proscrita una alegría decente en las fiestas y se lo podían permitir con un suave licor fermentado llamado

pulque, que sigue siendo popular, no sólo entre la población india del país, sino también entre la europea⁴⁵.

Los ritos de casamiento se celebraban con tanta ceremonia como en cualquier país cristiano y la institución se tenía en tanta estima que se constituyó un tribunal con el solo propósito de determinar cuestiones relacionadas con ella. El divorcio no se podía obtener hasta que este tribunal lo autorizara mediante una sentencia, previa paciente escucha de las partes.

Pero la parte más sorprendente del código azteca era aquella referida a la esclavitud. Existían varios tipos de esclavos: prisioneros tomados en la guerra, que casi siempre eran reservados para el espantoso destino del sacrificio; delincuentes, deudores públicos, personas que debido a la extrema pobreza renunciaban voluntariamente a su libertad y niños que eran vendidos por sus propios padres. En este último caso, generalmente originado también por la pobreza, era común que los padres sustituyeran sucesivamente al esclavo, con el consentimiento del amo, por otros de sus hijos a medida que crecían, distribuyendo de esta manera la carga de la forma más igualitaria posible entre los diferentes miembros de la familia. La buena disposición de los hombres libres para incurrir en castigos de este tipo, se explica por la forma tan suave en que se daba la esclavitud. El contrato de venta se realizaba en presencia de, por lo menos, cuatro testigos. Los servicios exigidos se delimitaban con gran precisión. El esclavo podía tener su propia familia, propiedades e incluso otros esclavos. Sus hijos eran libres. Nadie podía nacer en esclavitud en México⁴⁶, una diferencia muy honrosa, desconocida creo en todos los países civilizados que han sancionado la esclavitud⁴⁷. Los esclavos no eran vendidos por sus amos a no ser que se vieran obligados a ello por pobreza. A menudo se les liberaba al morir y a veces, como no existía una repugnancia natural

fundada en la sangre y la raza, se casaban con ellos. Sin embargo, un esclavo conflictivo o salvaje podía ser llevado al mercado con un collar al cuello, lo que daba a entender su mal carácter, y allí ser vendido públicamente y en una segunda venta podía ser reservado para el sacrificio⁴⁸.

Estas son algunas de las características más impactantes del código azteca, con el que el texcocano guardaba una gran semejanza⁴⁹. Con algunas excepciones, está acuñado con la severidad, es más, la ferocidad de gente ruda, endurecida por la familiaridad con escenas de sangre y que se apoya más en los medios físicos que en los morales para la corrección del mal⁵⁰. Al mismo tiempo evidencia un profundo respeto por los grandes principios de la moralidad y una percepción de estos principios tan clara como se pueda encontrar en cualquier nación cultivada.

Los ingresos públicos provenían de diversas fuentes. Las tierras de la corona, que al parecer eran extensas, pagaban en especie. Las zonas cercanas a la capital estaban obligadas a proporcionar trabajadores y materiales para la construcción y reparación de los palacios del rey. También debían proporcionar combustible, provisiones y todo lo que fuera necesario para cubrir los gastos cotidianos domésticos, que seguramente no se escatimaban⁵¹. Las ciudades principales, que tenían numerosos pueblos y territorios bajo su dominio, estaban distribuidas en distritos y cada uno con una parte de las tierras adjudicadas para su abastecimiento. Los habitantes pagaban una parte estipulada de su producción a la corona. Los vasallos de los grandes jefes abonaban también una parte de sus ganancias al tesoro público, una disposición que no coincide para nada con el espíritu de las instituciones feudales⁵².

Además de este impuesto sobre la producción agrícola del reino, había otro sobre los productos manufacturados. La naturaleza y la variedad de los tributos quedará más clara

con una enumeración de algunos de los artículos principales: vestidos de algodón y mantos de plumas de realización exquisita; armaduras ornamentadas; vasijas y platos de oro; polvo de oro, bandas y brazaletes; jarras y copas esmaltadas, de cristal y chapadas de oro; campanas, armas y utensilios de cobre; resmas de papel; maíz, frutas, copal, pastillas de liquidámbar, cochinilla, cacao, animales y pájaros salvajes, madera, cal, esterillas, etc.⁵³. Resulta curioso que en esta curiosa mezcla de los artículos más cotidianos y los elegantes excesos del lujo no se haga mención a la plata, posteriormente el principal producto del país y cuyo uso era conocido por los aztecas con toda seguridad⁵⁴.

En las grandes ciudades, probablemente también en las distantes y en las recientemente conquistadas, se establecieron guarniciones para sofocar las revueltas y para hacer cumplir el pago de los tributos⁵⁵. Los recaudadores de impuestos también estaban distribuidos por todo el reino, y eran reconocibles por las insignias oficiales, siendo temibles por el rigor sin compasión de sus acciones. Por una severa ley, los que defraudaban podían ser apresados y vendidos como esclavos. La capital contaba con amplios graneros y almacenes para la recepción de los tributos. El recaudador general, que vivía en palacio, tenía que presentar una relación exacta de los diferentes tributos y vigilar la conducta de sus subordinados, quienes eran castigados de forma sumaria por la mínima malversación. Este funcionario estaba provisto de un mapa de todo el imperio con una minuciosa relación de los impuestos asignados a cada parte. Estos impuestos, moderados durante los reinados de los primeros príncipes, llegaron a ser tan onerosos bajo los reinados finales de la dinastía que provocaron desafección a lo largo del territorio y prepararon el camino para la conquista española⁵⁶.

Se mantenía comunicación con las partes más remotas del

país por medio de correos. Había casas de postas en las carreteras principales a unas dos leguas de distancia una de otra. El correo, que llevaba el mensaje en forma de una pintura jeroglífica, corría con él hasta la primera estación, donde lo recogía otro mensajero para llevarlo al siguiente y así sucesivamente hasta llegar a la capital. Estos correos, entrenados desde la infancia, viajaban a una velocidad increíble, no a cuatro o cinco leguas por hora, como nos quería hacer creer un antiguo cronista, pero sí con la velocidad suficiente para que los mensajes recorrieran de una a doscientas millas en un día⁵⁷. En la mesa de Montezuma se servía a menudo pescado fresco a las veinticuatro horas de haber sido pescado en el Golfo de México, a doscientas millas de la capital. De la misma manera se llevaba rápida noticia de los movimientos del ejército real a la Corte y el traje del correo, que indicaba con su color el de las noticias que portaba, extendía el júbilo o la consternación en las ciudades por las que pasaba⁵⁸. Pero la gran meta de las instituciones aztecas, hacia la que se encaminaban tanto la disciplina privada como los honores públicos, era la carrera de las armas. En México, como en Egipto, el soldado compartía con el sacerdote la mayor consideración. El rey, como ya hemos visto, debía ser un guerrero experto. La deidad protectora de los aztecas era el dios de la guerra. Un importante objetivo de sus expediciones militares era reunir hecatombes de cautivos para sus altares. El soldado caído en batalla era llevado inmediatamente a la región de la dicha inefable en las radiantes mansiones del sol⁵⁹. Todas las guerras, por tanto, se convertían en una cruzada y el guerrero, animado por un entusiasmo religioso como el del primer sarraceno o el cruzado cristiano, no sólo se elevaba a un desprecio del peligro, sino que lo buscaba para obtener la imperecedera corona del mártir. De esta manera encontramos el mismo

impulso actuando en los lugares más opuestos del globo y tanto el asiático como el europeo o el americano, invocando de todo corazón el santo nombre de la religión para perpetrar una carnicería humana.

Las cuestiones de la guerra se discutían en el Consejo del rey y sus nobles principales. Antes de la declaración se enviaban embajadores exigiendo al Estado hostil que aceptara los dioses aztecas y que pagara el habitual tributo. La figura del embajador era considerada sagrada en todo el Anáhuac. Se les alojaba y agasajaba en las grandes ciudades con cargo al erario público y en todo lugar se les recibía con cortesía mientras no se desviarán de las carreteras de su ruta. Si la embajada no obtenía éxito, se enviaba un desafío o una declaración de guerra, se cobraba una cuota de las provincias conquistadas, que además estaban sujetas al servicio militar y al pago de impuestos, y el ejército real, normalmente con el rey a la cabeza, comenzaba su marcha⁶⁰.

Los príncipes aztecas utilizaban el mismo incentivo que los monarcas europeos para provocar la ambición de sus seguidores. Creaban diferentes órdenes militares, cada una con sus privilegios y su insignia característica. También parece que existió una especie de orden de caballería de grado inferior. Era la recompensa menor por las proezas marciales y nadie que no la hubiera alcanzado podía usar ornamentos en sus armas o en su persona, estando obligado a llevar un paño basto de color blanco fabricado de hebras de aloe, llamado *nequen*. Ni siquiera los miembros de la familia real estaban exentos de esta ley, que recuerda una de las prácticas ocasionales de los reyes cristianos, de llevar armadura lisa o escudos sin ningún emblema hasta que no hubieran realizado alguna valiente hazaña de caballería. A pesar de que las órdenes militares estaban abiertas a todos, es probable que se compusieran principalmente de personas de rango, quienes por su preparación y conexiones podían

llegar al campo en una situación especialmente ventajosa⁶¹.

El traje de los grandes guerreros era pintoresco y a menudo espléndido. Sus cuerpos estaban cubiertos de una camisa ceñida de algodón acolchada, tan gruesa que era impenetrable para los ligeros proyectiles del armamento indio. Esta prenda era tan ligera y resistente que los españoles la adoptaron. Los jefes más ricos a veces vestían, en lugar de esta malla de algodón, una coraza de finas placas de oro o de plata. Por encima se echaban una túnica de guerra adornada con trabajo de plumas, en cuya fabricación destacaban⁶². Sus cascos eran a veces de madera, con tallas de cabezas de animales salvajes, y otras veces de plata, sobre los que ondeaba un penacho de plumas jaspeadas salpicado de piedras preciosas y ornamentos de oro. También llevaban collares, brazaletes y pendientes de los mismos materiales nobles⁶³.

Sus ejércitos se dividían en cuerpos de ocho mil hombres y éstos a su vez en compañías de trescientos o cuatrocientos, cada una con su propio comandante. El emblema nacional, que ha sido comparado al de la antigua Roma, mostraba en su bordado de oro y plumas los símbolos heráldicos del Estado. Los estandartes tenían relación directa con su nombre, que, como los nombres de personas y lugares procedían de algún objeto material, era fácilmente expresable en símbolos jeroglíficos. Las compañías y los grandes jefes también tenían sus correspondientes estandartes y emblemas y los brillantes colores de sus abigarradas plumas aportaban un deslumbrante esplendor al espectáculo.

Sus tácticas eran las propias de una nación, para la que la guerra, aunque un oficio, no se encontraba en el rango de ciencia. Avanzaban cantando y gritando alaridos de guerra, cargando con brío contra el enemigo, retirándose rápidamente y utilizando emboscadas, repentinas sorpresas

y breves refriegas típicas de la guerra de guerrillas. Sin embargo, su disciplina se ganó los encomios de los conquistadores españoles. «Era un bello espectáculo», dice uno de ellos, «verles ponerse en marcha, todos moviéndose hacia adelante tan alegres y en un orden tan admirable»⁶⁴. En la batalla no buscaban tanto matar a sus enemigos como tomarles prisioneros y nunca arrancaban la cabellera, como otras tribus de Norteamérica. El valor de un guerrero se medía por el número de prisioneros y no había rescate que sirviera para salvar a los cautivos consagrados⁶⁵.

Su código militar tenía las mismas características de dureza que el resto de sus leyes. La desobediencia a las órdenes se castigaba con la muerte, al igual que el abandono de sus colores por parte del soldado, atacar al enemigo antes de que se diera la señal o robar una remesa de prisioneros de otro. Uno de los últimos príncipes texcocanos, en el espíritu de los antiguos romanos, condenó a muerte a dos hijos, una vez curadas sus heridas, por violar esta última ley⁶⁶.

No debo dejar de mencionar aquí una institución cuya introducción en el viejo mundo se considera como uno de los caritativos frutos de la cristiandad. Se fundaron hospitales en las principales ciudades, para la cura de enfermos y el refugio permanente de los soldados inválidos, donde trabajaban cirujanos, «que estaban tan avanzados con respecto a los de Europa», dice un antiguo cronista, «que no prolongaban la cura para incrementar la paga»⁶⁷.

Este es el breve esbozo de la política civil y militar de los antiguos mexicanos, menos perfecto de lo deseable en lo referente a lo primero, debido a la imperfección de las fuentes de donde se ha extraído. Todo aquel que haya tenido ocasión de explorar los orígenes de la historia de la Europa moderna se habrá podido percatar de lo vaga e insatisfactoria que es la información que puede recabarse a partir del chismorreo de los monjes que los analizaban. ¡La

dificultad es aún mayor en este caso!, ya que la información se recogió originariamente en la dudosa lengua de los jeroglíficos; se tradujo a otra lengua que los cronistas españoles conocían de manera imperfecta, al mismo tiempo que hablaba de instituciones de las que su experiencia pasada no les permitía hacerse una clara idea. Entre tanta luz incierta, no se puede esperar una gran precisión en el detalle. Todo lo que puede hacerse es intentar un esbozo de las características más importantes, para que se produzca en la mente del lector, hasta donde pueda llegar, una impresión correcta.

De todas formas se ha dicho lo suficiente como para mostrar que las razas texcocana y azteca tenían una civilización mucho más avanzada que las tribus nómadas de Norteamérica⁶⁸. El grado de civilización que alcanzaron por lo que se deduce de sus instituciones políticas quizá pueda considerarse no muy alejado del que disfrutaron nuestros antepasados sajones bajo Alfredo el grande*. En cuanto a su naturaleza, sería mejor compararlos a los egipcios, y el examen de sus relaciones sociales y su cultura sugiere todavía puntos de coincidencia más fuertes con los pueblos de la edad antigua.

A aquellos que estén familiarizados con los modernos mexicanos les será difícil imaginar que la nación fuera alguna vez capaz de concebir la inteligente política de la que hemos estado hablando. Pero deberían recordar que en los mexicanos actuales tan sólo ven una raza conquistada, tan diferentes de sus antecesores como los modernos egipcios de aquellos que construyeron, no voy a decir las pirámides sin gusto, pero sí los templos y palacios cuyas magníficas ruinas se esparcen por las orillas del Nilo, en Luxor y Karnac. Es prácticamente la misma diferencia que hay entre el antiguo griego y su degenerado descendiente que vagabundea entre las obras maestras de arte sin sensibilidad artística para

admirarlas, hablando la lengua de aquellos todavía más imperecederos monumentos literarios que a duras penas comprende. Sin embargo, respira la misma atmósfera, se calienta con el mismo sol, se alimenta de los mismos paisajes que aquellos que cayeron en Maratón y ganaron los trofeos olímpicos. La misma sangre corre por sus venas. Pero sobre él han pasado años de tiranía, pertenece a una raza conquistada.

El indio americano tiene algo especialmente sensible en su naturaleza. Se estremece instintivamente ante el rudo contacto de una mano extranjera. Incluso cuando esta influencia viene en forma de civilización, parece que se hunde y languidece bajo ella. Esto es lo que ha sucedido con los mexicanos. Bajo la dominación española su número se consumió lentamente. Sus energías están agotadas. Ya no pisan la tierra de los altiplanos con la independencia consciente de sus antecesores. En su paso titubeante y en su aspecto sumiso y melancólico leemos las tristes señales de la raza conquistada. La causa de la humanidad, sin embargo, ha ganado. Viven bajo un sistema de leyes mejor, su tranquilidad está mejor garantizada y tienen una fe más pura. Pero todo esto no sirve de nada. Su civilización es del carácter duro que caracteriza al mundo salvaje. Poseen todas las fieras virtudes de los aztecas. Se negaron a someterse a la cultura europea, a insertarse en otro linaje. Su forma exterior, su semblante, sus facciones son sustancialmente las mismas. Pero las características morales de la nación, todo lo que constituía su individualidad como raza, se ha borrado para siempre.

Dos de las principales autoridades de este capítulo son Torquemada y Clavijero. El primero, provincial de la orden franciscana, llegó al nuevo mundo más o menos a mediados del siglo XVI. Como todavía no había pasado la generación

de los conquistadores, tuvo muchas oportunidades de recabar los detalles de su empresa de sus propios labios. Los cincuenta años que permaneció en el país le llevaron a conocer las tradiciones y costumbres de los nativos y le permitieron recopilar la historia de éstos a partir tanto de los primeros misioneros como de los monumentos que el fanatismo de sus compatriotas todavía no había destruido. A partir de estas abundantes fuentes compiló sus voluminosos tomos, que comienzan, según el estilo reinante entre los antiguos cronistas castellanos, con la creación del mundo y abarcan todo el campo de las instituciones políticas, religiosas y sociales mexicanas, desde los períodos más antiguos hasta sus días. En el tratamiento de estos sabrosos temas, el respetable padre ha mostrado una buena dosis de la intolerancia propia de su orden en ese período. Todas las páginas están cargadas de ilustraciones de las sagradas escrituras o de la historia profana, que forman un caprichoso contraste con el fondo salvaje de su historia, cayendo además en serios errores debido a una idea falsa del sistema cronológico de los aztecas. Pero, a pesar de estos enormes defectos en la escritura del trabajo, el estudiante que sea consciente de las carencias del autor, encontrará pocos guías mejores que Torquemada para rastrear el hilo de la verdad histórica hasta su origen; tal es su manifiesta integridad y tales son las facilidades de información sobre los puntos más curiosos de la antigüedad mexicana. Ningún otro trabajo, por tanto, ha sido tan consultado y copiado, incluso por algunos que, como Herrera, han demostrado conceder poco valor a las fuentes de las que se ha obtenido esa información (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 6, lib. 6, cap. 19). *La Monarquía Indiana* fue publicada por primera vez en Sevilla en 1615 [Nic. Antonio, Biblioteca Nova (Matriti, 1783), tom. II, p. 787] y, posteriormente, en un mejor estilo, en tres volúmenes folio, en Madrid, en 1723.

La otra autoridad que se cita con frecuencia en las páginas precedentes es la *Storia Antica del Messico*, del abad Clavijero. Fue impresa originalmente hacia finales del siglo pasado*, en italiano y en Italia, donde el autor, nativo de Vera Cruz y miembro de la orden de los jesuitas, se retiró tras la expulsión de su orden de América en 1767. Durante su residencia de treinta y cinco años en su propio país, Clavijero había llegado a conocer muy de cerca sus antigüedades mediante un cuidadoso examen de las pinturas, manuscritos y otro tipo de restos que se podían encontrar en sus días. El esquema de su trabajo es tan integral como el de su predecesor Torquemada, pero el período posterior y más cultivado en el que lo escribe queda evidenciado en el mejor tratamiento que hace de este complicado tema. En las elaboradas disquisiciones de su volumen final realizó un gran trabajo a la hora de rectificar la cronología y las distintas inexactitudes de los escritores precedentes. De hecho, un objetivo declarado de su trabajo era reivindicar a sus paisanos frente a lo que él consideraba malas interpretaciones de Robertson, Raynal y De Pau. En relación con estos dos últimos su éxito fue total. Un diseño tan claro puede sugerir, naturalmente, ideas desfavorables de imparcialidad. Pero en general parece haber llevado la polémica con buena fe y si se ha dejado arrastrar por el fervor nacional al recargar la descripción con colores brillantes se le encontrará mucho más templado en su relato que aquellos que le precedieron, al mismo tiempo que ha aplicado sólidos principios de criticismo, cosa de la que éstos eran incapaces. En pocas palabras, la diligencia de sus investigaciones, ha hecho convergir en un punto las informaciones diseminadas de tradición y conocimientos arqueológicos, liberadas en buena medida de las nieblas de superstición que oscurecían las mejores producciones del período anterior. Por estas razones, el trabajo, a pesar de su

ocasional prolijidad y el desagradable aspecto que le da la profusión de toscos nombres en ortografía mexicana que inundan todas las páginas, ha encontrado el merecido favor del público y ha creado algo parecido a un interés popular por el tema. Poco después de su publicación en Cesena en 1780, fue traducido al inglés y bastante después al español y al alemán.

Notas al pie

²⁸ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 36.

²⁹ Esta fue una excepción. En Egipto también el rey era elegido frecuentemente de entre la casta militar, aunque se le obligaba posteriormente a instruirse en los misterios del sacerdocio: «ὁ δὲ ἐκ μαχμῶν ἀποδεδειγμῆ ἐνός εἰθίς ἐγένετο τῶν ἱέρ», Plutarco, *de Isir. et Osir.*, sec. 9.

³⁰ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 18; lib. II, cap. 27. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 112. Acosta, *Naturall and Morall Historie of the East and West indies*, traducción inglesa (Londres, 1604).

Según Zurita, la elección por parte de los nobles sólo tendría lugar en caso de que el monarca muerto no tuviera descendencia (*Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 15). La minuciosa investigación histórica de Clavijero pesa más que esta aseveración genérica.

* En español en el original. (N. del T.)

³¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, caps. 9, 10, 14; lib. 8, caps. 31, 34. Véase también Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 20-23.

Ixtlilxochitl reclama con firmeza esta supremacía para su nación (*Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 34). Sus afirmaciones están en desacuerdo con los hechos expuestos por él mismo en todos los demás sitios y no son aceptados por ningún otro escritor de los que he consultado.

³² Sahagún, que sitúa el poder electivo en un cuerpo mucho mayor, habla de cuatro senadores que formaban el Consejo de Estado (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 30). Acosta aumenta el Consejo a más del número de electores (lib. 6, cap. 26). No hay dos escritores que se pongan de acuerdo.

³³ Zurita enumera cuatro grados de jefes, todos ellos exentos de impuestos y que disfrutaban de importantes privilegios. No distingue los diversos rangos con demasiada precisión. *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 47, *et seq.*

³⁴ Véase en particular a Herrera, *Historia General de los Hechos castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (Madrid, 1730), dec. 2, lib. 7, cap. 12.

³⁵ *Carta de Cortés*, ap. Lorenzana, *Historia de Nueva España*, p. 110. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 89; lib. 14, cap. 6. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 121. Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 48, 65.

Ixtlilxochitl (*Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 34) habla de treinta grandes jefes feudales, algunos de ellos texcocanos y tlacopanés, a quienes llama «¡Grandes del Imperio!». No dice nada del gran séquito de cien mil vasallos de cada uno, mencionado por Torquemada y Herrera.

³⁶ *Macegual*, un equivalente de la palabra francesa *roturier*. Tampoco podían los plebeyos originalmente poseer feudos en Francia. Véase *Middle Ages*, de Hallam (Londres, 1918), vol. II, p. 207.

³⁷ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, *ubi supra*. Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, *ubi supra*. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 122-124. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 14, cap. 7. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 199, ap. Barcia, tom. II.

Boturini (*Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 165) lleva el origen de los feudos en Anáhuac al siglo XII. Carli dice, «Le système politique y étoit féodal». En la página siguiente nos cuenta: «¡La distinción de la nobleza dependía únicamente de los méritos personales!» [*Lettres Américaines*, traducción francesa (París, 1788), tom. I, let. II]. Carli era un escritor con una imaginación muy viva.

³⁸ Este juez, llamado *cihuacóatl*, también debía auditar las cuentas de los recaudadores de impuestos en su distrito (Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 127. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. II, cap. 25). La colección de Mendoza contiene una pintura de los tribunales de justicia, bajo Montezuma, que introdujo grandes cambios en las mismas (*Antiquities of Mexico*, vol. I, fig. 70). Según el intérprete, en ciertos casos estos tribunales presentaban una apelación ante el Consejo del Rey. *Ibid.*, vol. VI, p. 79.

³⁹ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 127, 128. Torquemada, *Monarchia Indiana*, *ubi supra*.

Esta organización de los jueces más humildes nos recuerda a los *hundreds* y *tithings* anglosajones, especialmente a los últimos, cuyos miembros debían vigilar la conducta de las familias en sus distritos y llevar a los infractores ante la justicia. Los mexicanos no conocían las duras exigencias de la responsabilidad mutua.

⁴⁰ Zurita, tan moderado normalmente en su lenguaje, observa que en la capital «Había instituidos tribunales comparables en su organización a las Audiencias Reales de Castilla» (*Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 93). Sus observaciones se basan principalmente en las Cortes texcocanas que en sus procedimientos, dice, eran similares a las aztecas (*loc. cit.*).

⁴¹ Boturini, *Idea*, p. 87. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. II, cap. 26.

Zurita compara este órgano con las Cortes de Castilla. Parecería, sin embargo, según lo que dice, que constaba sólo de doce jueces principales, además del rey. Su significado es un poco dudoso (*Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 94, 101, 106). M. de Humboldt, en su relación de los tribunales aztecas, los ha confundido con los texcocanos, comp. *Vues del Cordillères et Monument des Peuples Indigènes de l'Amérique* (París, 1810), p. 55, y Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 128, 129.

⁴² «¡Ah! ¡Si ésta se repitiera hoy, qué bueno sería!», exclamaba el editor

mexicano de Sahagún. *Historia General de las cosas de la Nueva España*, tom. II, p. 304, nota. Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 102. Torquemada, *Monarchia Indiana*, ubi supra. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 67.

⁴³ Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 95, 100, 103. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, loc. cit. Humboldt, *Vues del Cordillères et Monument des Peuples Indigènes de l'Amérique*, pp. 55, 56. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. II, cap. 25.

Clavijero dice que el acusado se podía liberar por juramento, «Il reo poteva purgarsi col giuramento» (*Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 129). ¿Qué delincuente podría ser encarcelado entonces?

⁴⁴ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 36.

Todos estos objetos tienen un significado simbólico según Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 84.

⁴⁵ Pinturas de la colección de Mendoza, Pl. 72, e Interpretación, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 87. Torquemada, *Monarchia Indiana*, ab. 12, cap. 7. Clavijero, *Storia Antica de Messico*, tom. II, pp. 130-134. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

Difícilmente podían haber sido un pueblo bebedor con estas duras penas pendientes sobre sus cabezas. De hecho, Zurita da testimonio de que los españoles que pensaban que lo eran estaban terriblemente equivocados (*Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 112). La traducción de Mons. Ternaux del pasaje del Conquistador anónimo, «aucun peuple n'est aussi sobre» [*Recueil de Pièces Relatives à la Conquête du Mexique*, ap. *Voyages*, etc. (París, 1838), p. 54], puede que dé una impresión más favorable que la que pretende dar el original, cuyo comentario se limita a la abstinencia en el comer. Véase la *Relatione*, ap. Ramusio, *Raccolta delle Navigazioni et Viaggi* (Venetia, 1554-1565.)

⁴⁶ En el antiguo Egipto el hijo de un esclavo nacía libre, si los padres eran libres (Diodorus, *Bibl. Hist.*, lib. I, sec. 80). Esto, aunque más liberal que el código de muchos países, se quedaba corto para los mexicanos.

⁴⁷ En Egipto se castigaba igual el asesinato de un esclavo que el de un hombre libre (*ibid.*, lib. I, sec. 77). Robertson habla de una clase de esclavos en tan poca consideración para la ley mexicana que uno podía matarlos impunemente [*History of America* (ed. Londres, 1776), vol. III, p. 164]. Sin embargo, esto no era en México, sino en Nicaragua (véase su propia autoridad, Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, des. 3, lib. 4, cap. 2), un país distante, que no formaba parte del Imperio mexicano y con leyes e instituciones muy diferentes de las de los anteriores.

⁴⁸ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 12, cap. 15; lib. 14, caps. 16, 17. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 14. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 134-136.

⁴⁹ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 38, y *Relaciones*, manuscrito.

De hecho, el código texcocano, según lo recopiló el gran Nezahualcóyotl, formaba las bases del mexicano en los últimos días del Imperio. Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 95.

⁵⁰ En esto al menos no se parecían a los romanos, de quienes su compatriota podía alardear, «Gloriari licet, nulli gentium mitiores placuisse poenas», Livio, *Hist.*, lib. I, cap. 28.

⁵¹ Los ingresos texcocanos se pagaban, igualmente, con la producción del campo. Las diferentes partidas del gasto real eran costeadas por ciudades y distritos especiales y todas las disposiciones de éstos y de México guardaban un enorme parecido con la organización fiscal del Imperio persa, tal y como lo relatan los escritores griegos (véase Herodoto, *Clio*, sec. 192), con la diferencia de que las ciudades de la misma Persia no tenían que pagar tributos como las ciudades conquistadas. *Idem*, Talía, sec. 97.

⁵² Lorenzana, *Historia de Nueva España*, p. 172. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 89; lib. 14, cap. 7. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 166. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 13.

La gente de las provincias estaba distribuida en *calpulli*, o tribus que poseían en común las tierras del municipio. Funcionarios, elegidos por ellos mismos, dividían estas tierras entre las diversas familias del *calpulli* y en caso de extinción o traslado de esa familia sus tierras pasaban a ser de propiedad común para ser de nuevo distribuidas. El propietario individual no tenía poder para enajenarlas. Las leyes que regulaban esta materia eran muy precisas y existieron desde la ocupación del país por los aztecas. Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 51-62.

⁵³ Los siguientes objetos de tributo proporcionados por diferentes ciudades darán una idea más precisa de su naturaleza: 20 cofres de chocolate molido; 40 piezas de armadura con un emblema; 2.400 cargas de mantos grandes de paño; 800 cargas de mantos pequeños ricamente adornados; 5 piezas de armadura de ricas plumas; 60 piezas de armadura de plumas comunes; una canasta de habas; una canasta de *chian*; una canasta de maíz; 8.000 resmas de papel de maguey; asimismo, 2.000 panes de sal muy blanca, refinada con la forma de un molde para el consumo exclusivo de los señores de México; 8.000 medidas de copal sin refinar; 400 canastas pequeñas de copal blanco refinado; 100 cabezas de hacha de cobre; 80 cargas de cacao rojo; 800 *jícaras*, de las que bebían el chocolate; un pequeño recipiente de pequeñas turquesas; 4 cofres de madera llenos de maíz; 4.000 cargas de cal; tabletas de oro del tamaño de una ostra y del grosor de un dedo; 40 bolsas de cochinilla; 20 bolsas de polvo de oro de la mejor calidad; una diadema de oro de un modelo determinado; 20 bezotes de ámbar claro ornamentados con oro; 200 cargas de cacao; 100 tinajas o tarros de liquidámbar; 8.000 *puñados* de ricas plumas

escarlata; 40 pieles de tigre; 1.600 balas de algodón, etc. Col. de Mendoza, parte 2, ap. *Antiquities of Mexico*, vols. I, VI.

⁵⁴ Mapa de Tributos, ap. Lorenzana, *Historia de Nueva España*. Matrícula de tributos, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. I, e *Interpretación*, vol. VI, pp. 17-44.

La Colección Mendoza en la Biblioteca Bodleiana de Oxford contiene un listado de las ciudades del imperio mexicano con los tributos específicos que se les exigía. Es una copia hecha después de la conquista, a lápiz, en papel europeo (véase la *Foreign Quarterly Review*, n.º XVII, art. 4). Había una pintura original de la misma matrícula en el museo Boturini. Lorenzana nos ha transmitido unos grabados de ésta en la que se completan las lagunas de la copia de Oxford, aunque algo toscamente. Clavijero considera las explicaciones de la edición de Lorenzana muy poco precisas (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 25), un juicio que confirma Aglio, que transcribió la colección entera de los papeles de Mendoza, en el primer volumen de las *Antigüedades de México*. Hubiera facilitado mucho las referencias a sus placas si hubieran estado numeradas, ¡una extraña omisión!

⁵⁵ Los caciques que se subordinaban a las fuerzas aliadas eran normalmente mantenidos en su puesto y se permitía a los lugares conquistados mantener sus leyes y costumbres (Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 67). Las conquistas no siempre se dividían, sino que, bastante a menudo, eran gobernadas conjuntamente por los tres poderes. *Ibid.*, p. II.

⁵⁶ Col. de Mendoza, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 17. *Carta de Cortés*, ap. Lorenzana, *Historia de Nueva España*, p. 110. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 14, España, lib. 8, caps. 18, 19.

⁵⁷ El honorable C. A. Murray, cuyo imperturbable buen humor atravesando problemas reales contrasta con la sensibilidad, bastante chocante, de algunos de sus predecesores frente a los imaginarios, nos cuenta entre otras maravillas, que un indio de su partida viajó cien millas en veinticuatro horas [*Travel in North America* (Nueva York, 1839), vol. I, p. 193]. El griego que, según Plutarco, trajo las noticias de la Victoria de Plataea, ciento veinticinco millas en un día, sigue siendo todavía mejor viajero. Buffon ha reunido algunos datos interesantes sobre las capacidades pedestres del hombre en estado salvaje, llegando a la conclusión, bastante realista, de que «L'homme civilisé ne connait pas ses forces» (*Histoire Naturelle*, De la Jeunesse).

⁵⁸ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 14, cap. I.

Las mismas necesidades llevaron a las mismas soluciones en la antigua Roma y en la más antigua Persia. «Nada se transporta más rápidamente», dice Herodoto, «que los mensajes de los correos persas». Lo que su comentarista Valckenaer matiza prudentemente con la excepción de la paloma mensajera (Herodoto, *Hist., Urania*, sec. 98, nec non Admont. Ed. Schweighäuser). Marco Polo da noticia de correos en China en el siglo XIII. Sus estaciones estaban tan sólo a tres millas de distancia y recorrían cinco días de viaje en uno (*Viaggi di Marco Polo*, lib. 2, cap. 29, ap. Ramusio, tom. II). Una organización similar de postas en este país provoca

hoy en día la admiración del viajero moderno [Anderson, *British Embassy to China* (Londres, 1796), p. 282]. En todos estos casos las postas eran tan sólo para uso del gobierno.

⁵⁹ Sahagún, *Historia de Nueva España*, lib. 3, apénd., cap. 3.

⁶⁰ Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 68, 120. Col. de Mendoza, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. I, Pl. 67; vol. VI, p. 74. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 14, cap. I.

El lector encontrará un asombroso parecido entre estos usos militares y aquellos de los primeros romanos. Comp. Liv., *Hist.*, lib. I, cap. 32; lib. 4, cap. 30, et *alibi*.

⁶¹ *Ibid.*, lib. 14, caps. 4, 5. Acosta, lib. 6, ch. 26. Colec. de Mendoza, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. I, Pl. 65; vol. VI, p. 72. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁶² «Their mail, if mail it can be called, was woven

Of vegetable down, like fines flax,

Bleached to the whiteness of new-fallen snow

...

Others of higher office, were arrayed

In feathery breastplates, of more gorgeous hue

Than the gay plumage, of the mountain-cock,

Than the pheasant's glittering pride. But what were these,

Or what the thin gold hauberk, when opposed

To arms like ours in battle?»

MADOC, P. I, canto 7.

¡Un bonito retrato! Uno, sin embargo, puede dudar de lo correcto del alarde del galés, antes del uso de las armas de fuego.

⁶³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, cap. 27; lib. 8, cap. 12. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, p. 305. Torquemada, *Monarchia Indiana*, *ubi supra*.

⁶⁴ *Relatione d'un gentil' huomo*, *ubi supra*.

⁶⁵ Col. de Mendoza, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. I, Pl. 65, 66; vol. VI, p. 73. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 12. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 7. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 14, cap. 3. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, *loc. cit.*

El cortar la cabellera puede reclamar una gran autoridad, o al menos gran antigüedad. El padre de la historia da cuenta de ella entre los escitas, mostrando

que realizaban la operación y llevaban encima el horrible trofeo, de la misma manera que nuestros indios de Norteamérica (Herodoto, *Hist., Melpómene*, sec. 64). Restos de la misma costumbre salvaje se encuentran en las leyes de los visigodos, entre los francos e incluso entre los anglosajones. Véase Guizot, *Cours d'Histoire Moderne* (París, 1829), tom. I, p. 283.

⁶⁶ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 67.

⁶⁷ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 12, cap. 6; lib. 14, cap. 3. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 36.

* Alfredo el grande (849-887 d.C.), rey que unificó Inglaterra derrotando a los invasores daneses y que unificó el código de leyes que, por primera vez, no hacía diferencias entre sajones y daneses. [Nota del traductor.]

⁶⁸ Zurita se muestra indignado ante el epíteto de *bárbaros* que se le adjudica a los aztecas, un epíteto como dice, «que no puede venir de nadie que tenga conocimiento personal de la capacidad de la gente o sus instituciones y que en cierto modo es también bien merecido por las naciones europeas» (*Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, p. 200, *et seq.*). Esto son palabras mayores. Pero nadie tenía mejores medios para conocerlo que este eminente jurista, que durante diecinueve años ocupó un puesto en las *Audiencias reales* en Nueva España. Durante esta larga residencia en el país tuvo buena oportunidad de conocer sus costumbres, tanto por medio de la observación personal como por el trato con los nativos y con los primeros misioneros que llegaron después de la conquista. A su vuelta a España, probablemente alrededor del 1560, se dedicó a buscar una respuesta a preguntas que el gobierno había formulado sobre el carácter de las leyes y las instituciones aztecas y sobre las modificaciones introducidas por los españoles. Gran parte de su tratado se refiere a esta última cuestión. En lo que se refiere a la primera es más escueto de lo que sería deseable, debido, quizá, a la dificultad de obtener información completa y satisfactoria en lo que respecta a los pormenores. De cualquier forma, hasta donde se puede juzgar por lo que escribe, manifiesta un juicio sólido y sagaz. Pocas veces se traiciona con la expresión extravagante tan palpable en escritores de la época y esta moderación, combinada con sus fuentes de información poco comunes, convierte a su trabajo en una de las mayores autoridades dentro del limitado tema que abarca. El manuscrito original fue consultado por Clavijero y de hecho ha sido utilizado por otros escritores. El trabajo está ahora al alcance de todos en una de las series de traducciones de la pluma del infatigable Ternaux.

* Evidentemente el autor se refiere al siglo XVIII. [Nota del traductor.]

Capítulo III

Mitología mexicana. El estamento sacerdotal. Los templos. Sacrificios humanos

La estructura de la sociedad azteca está tan íntimamente ligada con su religión, que sin entender esta última es imposible formarse una idea correcta sobre su gobierno o sus instituciones sociales. Pasaré por alto, por el momento, algunas notables tradiciones que tienen un singular parecido con las que se encuentran en las sagradas escrituras, para intentar presentar un breve boceto de su mitología y de las cuidadosas disposiciones para mantener el rito nacional.

La mitología puede considerarse como la poesía de la religión o, mejor aún, como el desarrollo poético en una época primitiva del principio religioso. Es el esfuerzo del hombre no instruido por explicar los misterios de la existencia y los secretos medios por los que se producen los fenómenos de la naturaleza. A pesar de que surja en estadios similares de civilización, el carácter de la mitología variará necesariamente según las características propias de las rudas tribus en las que se origine, de tal manera que el feroz godo que bebe hidromiel de las calaveras de sus enemigos, tendrá una mitología muy diferente de la del afeminado nativo de La Española, que pierde el tiempo en despreocupados pasatiempos bajo la sombra de los bananos.

En un período posterior y más refinado, a veces encontramos estas antiguas leyendas combinadas en un sistema normalizado bajo la dirección de un poeta y vemos el rudo esbozo moldeado en formas de belleza ideal, que en

edades crédulas son objeto de adoración y se convierten en la delicia de las generaciones siguientes. Así sucedió con las bellas creaciones de Hesiodo y Homero, «quien», según dice el padre de la historia, «creó la teogonía de los griegos», una afirmación que no se debe tomar de forma demasiado literal, ya que difícilmente nadie puede crear un sistema religioso para su nación⁶⁹. Tan sólo completaron el difuso perfil de la tradición con los brillantes toques de su propia imaginación, hasta vestirlos en un traje de belleza que prendiera en la imaginación de los demás. El poder del poeta, de hecho, puede sentirse igualmente en un momento mucho más maduro de la sociedad. Por no decir nada de la *Divina Comedia*, ¿quién puede salir del examen de *El Paraíso perdido* sin sentir que sus propias convicciones sobre la jerarquía de los ángeles se han acrecentado gracias a las del inspirado artista y que imágenes que antes flotaban oscuras e indefinidas frente a él adquieren una forma nueva y palpable?

Al último período mencionado le sigue el de la filosofía, que renunciando igualmente a las leyendas de la edad primitiva y a los embellecimientos poéticos de la siguiente, busca protegerse de la acusación de impiedad dando una interpretación alegórica de la mitología popular y, por tanto, reconciliar a esta última con las deducciones genuinas de la ciencia.

La religión mexicana surgió del primero de los períodos que hemos estado examinando y, a pesar de tener pocas influencias poéticas, había recibido un carácter peculiar por parte de los sacerdotes, quienes habían compendiado un ceremonial tan pesado y minucioso como nunca había existido en ninguna nación. Además, habían corrido el velo de la alegoría sobre la tradición originaria e investido a sus deidades con atributos mucho más parecidos a las grotescas concepciones de las naciones orientales del viejo mundo que

a las frívolas ficciones de la mitología griega, en la que las características humanas, aunque exageradas, nunca se abandonaron del todo⁷⁰.

Al observar el sistema religioso de los aztecas uno se queda impresionado por su aparente incongruencia, como si una parte de él hubiera emanado de un pueblo relativamente refinado, abierto a altas influencias, mientras que el resto exuda un espíritu de ferocidad no mitigada. Esto sugiere naturalmente la idea de dos orígenes distintos y autoriza la creencia de que los aztecas habrían heredado de sus predecesores una fe más suave, sobre la que se engarzó posteriormente su propia mitología. Esta última finalmente se convirtió en la dominante, tiñendo con su oscuro colorido el credo de las naciones conquistadas (que los mexicanos, como los antiguos romanos, parecían bien dispuestos a asimilar a las suyas) hasta asentarse sobre las fronteras más lejanas del Anáhuac la misma fúnebre superstición.

Los aztecas reconocían la existencia de un creador supremo señor del universo. Se dirigían a él en sus oraciones como «el dios por el que vivimos», «omnipresente, que piensa todos los pensamientos y otorga todos los dones», «sin el que el hombre es como la nada», «invisible, incorpóreo, un dios, de *perfecta perfección* y pureza», «bajo cuyas alas encontramos reposo y segura protección». Estos atributos sublimes infieren una concepción del dios verdadero no del todo insuficiente. Pero la idea de unidad (de un ser con quien la voluntad es acto que no tiene necesidad de ministros inferiores para ejecutar sus designios) era demasiado simple o demasiado vasta para su entendimiento y buscaron alivio, como de costumbre, en una pluralidad de deidades que gobernaban los elementos, los cambios de las estaciones y las diversas ocupaciones humanas⁷¹. Había trece de estas deidades principales y más de doscientas inferiores, a cada cual se le consagraba un día

especial o una festividad apropiada⁷².

Al frente de todos se encontraba el terrible Huitzilopochtli, el Marte mexicano, aunque sería hacerle una injusticia al heroico dios de la guerra de la antigüedad identificarle con este monstruo sanguinario. Este era el dios patrón de la nación. Su fantástica imagen estaba cargada de costosos ornamentos. Sus templos eran los más majestuosos y augustos de los edificios públicos y sus altares hedían con la sangre de los sacrificios humanos en todas las ciudades del imperio. La influencia de esta superstición debió ser realmente inmensa en el carácter de la gente⁷³.

Un personaje mucho más interesante de su mitología era Quetzalcóatl, dios del aire, una divinidad que durante su residencia en la tierra enseñó a los nativos el uso del metal, la agricultura y las artes del gobierno. Era uno de esos benefactores de su especie, a quien la posteridad, sin duda, divinizó en agradecimiento. Bajo su reino, la tierra estaba repleta de frutas y flores sin los esfuerzos del cultivo. Las mazorcas de maíz eran tan grandes que un hombre sólo podía llevar una. El algodón, a medida que iba creciendo, tomaba por su propia voluntad las ricas tinturas del artificio humano, el aire rebosaba con perfumes embriagadores y con la dulce melodía de los pájaros. En pocas palabras, eran los días idílicos que aparecen en los sistemas mitológicos de tantas naciones del viejo mundo. Era la *edad dorada* de Anáhuac.

Por alguna razón, que no queda clara, Quetzalcóatl, provocó las iras de uno de los dioses principales y fue obligado a abandonar el país. En su camino se detuvo en la ciudad de Cholula, donde había un templo dedicado a su culto, cuyas enormes ruinas todavía forman una de las reliquias más interesantes de la antigüedad que hay en México. Cuando llegó a la orilla del golfo de México se despidió de sus seguidores, prometiéndoles que él y sus

descendientes volverían para visitarles en el futuro y después, entrando en su esquife mágico hecho de piel de serpiente, embarcó hacia el gran océano, hacia la mítica tierra de Tlapallan. Se decía que era alto de estatura, de piel blanca, pelo negro y largo y bien barbado. Los mexicanos confiaban en el regreso de la benevolente deidad, y esta curiosa tradición, que se mantuvo en lo más profundo de sus corazones, preparó el camino, como veremos más adelante, para el futuro éxito de los españoles⁷⁴.

No disponemos de suficiente espacio como para profundizar en el tema de las deidades mexicanas. Muchas de ellas tenían atributos muy definidos y descendían en una gradación regular hasta los *penates* o dioses del hogar, cuyas pequeñas imágenes se encontraban hasta en la morada más humilde.

Los aztecas sentían esa curiosidad típica del hombre, en prácticamente cualquier etapa de la civilización, de levantar el velo que cubre el misterioso pasado y el más espantoso futuro. Igual que las naciones del viejo continente intentaban librarse de la opresiva idea de eternidad, dividiéndola en diferentes ciclos o períodos de tiempo, cada uno de ellos dividido a su vez en varios miles de años de duración. Había cuatro de estos ciclos, y al final de cada uno de ellos, por acción de los elementos, la familia humana era arrasada de la faz de la tierra y el sol desaparecía de los cielos para encenderse de nuevo⁷⁵.

Imaginaban tres estados diferenciados de la existencia en la vida futura. El malvado, que incluía a la mayor parte de la humanidad, debería expiar sus pecados en un lugar de oscuridad eterna. Otra clase, que no tenía más mérito que haber muerto de determinadas enfermedades caprichosamente seleccionadas, disfrutaría de una existencia negativa de indolente satisfacción. El lugar más alto estaba reservado, como en la mayor parte de las naciones

guerreras, para los héroes caídos en batalla o en sacrificio. Pasaban directamente a presencia del sol, a quien acompañaban con canciones y bailes corales en su brillante camino por los cielos, y pasados algunos años sus espíritus iban a dar vida a las nubes y a los pájaros cantores de brillantes plumajes y a deleitarse entre los suntuosos capullos y aromas de los jardines del paraíso⁷⁶. Este era el cielo de los aztecas, de carácter más refinado que el de los más elegantes paganos, cuyo Elíseo reflejaba sólo deportes marciales o gratificaciones sensuales de esta vida⁷⁷. También descubrimos parecidos indicios de refinamiento en el destino que le asignan a los malvados, ya que la ausencia de todo tipo de tortura física crea un contraste muy llamativo con las doctrinas de sufrimiento tan ingeniosamente concebidas por las fantasías de las naciones más iluminadas⁷⁸. En todo esto, tan contrario a la idea general de la ferocidad de los aztecas, vemos evidencias de una civilización más elevada, heredada de sus predecesores en la tierra.

Nuestros límites nos permiten sólo una breve alusión a una o dos de sus ceremonias más interesantes. Al morir una persona, se vestía a su cadáver con los atuendos específicos de su deidad protectora, se esparcían a su alrededor trozos de papel que servían de amuleto contra los peligros del oscuro camino que tenía que recorrer. Si era rico, se sacrificaba en sus exequias una multitud de esclavos. Su cuerpo se incineraba y las cenizas, recogidas en una copa, se guardaban en una de las habitaciones de su casa. Aquí tenemos sucesivamente los usos de los católicos romanos, de los musulmanes, de los tártaros y de los antiguos griegos y romanos, curiosas coincidencias que deberían mostrarnos lo cautelosos que deberíamos ser a la hora de adoptar conclusiones basadas en la analogía⁷⁹.

En la ceremonia del bautizo puede rastrearse otra coincidencia aún más extraordinaria, con los ritos cristianos.

Los labios y pecho del niño se salpicaban con agua, y «se imploraba a dios que permitiera que las gotas sagradas limpiaran la culpa que recibió antes de la fundación del mundo, para que el niño pudiera volver a nacer»⁸⁰. Más de uno de sus rezos, en los que usaban fórmulas preestablecidas, nos recuerda también la moral cristiana. «¿Nos destruirás para siempre, oh, señor? ¿Este castigo tiene como fin nuestra destrucción y no nuestra reforma?» De nuevo, «Impártenos, de tu gran misericordia, los dones que no somos dignos de recibir por nuestros méritos». «Mantén la paz para todos», dice otra plegaria, «lleva las injusticias con humildad; Dios, que todo lo ve, te vengará». Pero el paralelismo más impactante con las sagradas escrituras se encuentra en la sorprendente declaración de que «aquel que mira con ojos demasiado curiosos a una mujer, comete adulterio con la vista». Es cierto que estas máximas puras y elevadas se mezclan con otras pueriles e incluso de carácter brutal, expresando esa confusión de las percepciones morales, que acompaña al amanecer de la civilización. Uno no esperaría, sin embargo, encontrar en un estadio social como éste, doctrinas tan sublimes como las inculcadas por los iluminados códigos de la filosofía antigua⁸¹.

Pero, a pesar de que la mitología azteca no poseía ninguna de las bellas invenciones del poeta, ni de los refinamientos de la filosofía, tenía una gran deuda, como ya he señalado, con los sacerdotes que se empeñaron en deslumbrar la imaginación del pueblo con el ceremonial más formal y pomposo. La influencia de la clase sacerdotal debe ser mayor en un estado imperfecto de civilización, donde acapara la escasa ciencia de la época. Esto sucede en concreto cuando la ciencia es esa falsa ciencia que se preocupa menos de los fenómenos reales de la naturaleza que de las descabelladas quimeras de la superstición humana. Tales son las ciencias

de la astrología y la adivinación, en las que los sacerdotes aztecas estaban bien iniciados, y mientras que pareció que poseían las llaves del futuro impresionaron a la gente ignorante con sentimientos de sobrecogimiento supersticioso más allá de lo que probablemente ha existido nunca en ningún otro país, incluido el antiguo Egipto.

El estamento sacerdotal era muy numeroso, como se puede deducir del hecho de que cinco mil sacerdotes estaban, de una manera o de otra, relacionados con el templo principal de la capital. Los diferentes grados y funciones de este cuerpo multitudinario estaban minuciosamente definidos. Aquellos mejor instruidos en la música tenían a su cargo los coros. Otros preparaban las fiestas de acuerdo con el calendario. Algunos supervisaban la educación de los jóvenes y otros se encargaban de las pinturas jeroglíficas y de las tradiciones orales, mientras que los funestos ritos del sacrificio estaban reservados para los principales dignatarios de la clase. A la cabeza de toda la organización se encontraban dos sumos sacerdotes, elegidos, al parecer, de entre todos los componentes del cuerpo, por el rey y los nobles principales, sin consideraciones de nacimiento, sino tan sólo por los méritos que mostraba su conducta previa en puestos subordinados. Eran iguales en dignidad e inferiores tan sólo frente al rey, que raramente actuaba sin su consejo en materias de peso o de interés público⁸².

Cada uno de los sacerdotes estaba consagrado al servicio de una deidad y tenían habitaciones reservadas dentro del espacioso recinto de su templo, al menos mientras vivieran en él prestando servicio, ya que tenían derecho a casarse y a crear su propia familia. En las residencias monásticas vivían bajo la adusta severidad de la disciplina monacal. Eran llamados al rezo tres veces al día y una vez por la noche. Realizaban con frecuencia abluciones y vigiliyas y

mortificaban la carne ayunando y con crueles penitencias; extrayendo sangre de sus cuerpos mediante flagelación o perforándose con agujas de aloe, en pocas palabras, practicando todas las austeridades a las que ha recurrido el fanatismo (para utilizar el duro lenguaje del poeta) en todas las edades del mundo,

«Con la esperanza de merecerse el cielo haciendo de la tierra un infierno»⁸³.

Las grandes ciudades estaban divididas en distritos, que se asignaban a una especie de cura parroquial, quien regulaba todos los actos religiosos dentro de los límites de ésta. Es digno de señalar que administraban los ritos de confesión y absolución. Los secretos de la confesión eran inviolables y las penas se imponían más o menos de la misma manera que en la iglesia romana católica. Había dos peculiaridades del ceremonial azteca. La primera era que, como la repetición de una ofensa, una vez que ya había sido expiada, era considerada imperdonable, la confesión se hacía una vez en la vida y generalmente se aplazaba hasta un período tardío de la misma, cuando el penitente aliviaba su conciencia y pagaba los largos atrasos de su iniquidad. Otra peculiaridad era que la absolución del sacerdote se admitía en lugar del castigo legal de los delitos y proporcionaba la absolución en caso de arresto. Mucho tiempo después de la conquista, los simples nativos, cuando caían bajo el brazo de la ley, intentaban escapar mostrando un certificado de confesión⁸⁴.

Una de las tareas más importantes de la clase sacerdotal era la educación, para la que se destinaban ciertos edificios dentro del recinto del templo principal. Aquí se enviaba a los jóvenes de ambos sexos de las clases altas y medias a muy tierna edad. Las jóvenes quedaban a cargo de las sacerdotisas, ya que las mujeres podían ejercer funciones sacerdotales, excepto las del sacrificio⁸⁵. En estas

instituciones se instruía a los muchachos en la rutina de la disciplina monástica, decoraban los santuarios del dios con flores, alimentaban los fuegos sagrados y tomaban parte en los cantos y las fiestas religiosas. Aquellos que estaban en la escuela superior (el *Calmécac*, como se le denominaba) eran iniciados en sus disciplinas tradicionales, los misterios de los jeroglíficos, las bases del gobierno y todas las ramas de la astronomía y las ciencias naturales que entraban dentro del espectro del sacerdocio. Las muchachas aprendían algunas ocupaciones femeninas, especialmente a tejer y a bordar las ricas telas que cubrían los altares de los dioses. Se prestaba gran atención a la disciplina moral de ambos sexos. Dominaba el más perfecto decoro y los delitos se castigaban con extremo rigor, en algunos casos incluso con la muerte. El terror y no el amor, era la fuente de la educación entre los aztecas⁸⁶.

A la edad apropiada para el casamiento o para entrar en el mundo se despedía a los pupilos del convento con mucha ceremonia y con la recomendación del director se colocaba a los más competentes en puestos de responsabilidad en la vida pública. Esta era la hábil política de los sacerdotes mexicanos, que, al reservarse para sí mismos las funciones de la educación, podían moldear las jóvenes y maleables mentes de acuerdo con sus deseos y enseñarla de forma temprana a reverenciar implícitamente la religión y sus ministros. Una reverencia que todavía mantenía su fuerza en la dura naturaleza del guerrero, mucho después de que los demás vestigios de educación hubieran desaparecido por el duro oficio al que se dedicaba.

Todos los templos principales poseían tierras dedicadas al mantenimiento de los sacerdotes. Estas posesiones se incrementaron gracias a la devota política de los sucesivos príncipes, hasta alcanzar, bajo el último Montezuma, una enorme extensión que cubría todos los distritos del imperio.

Los sacerdotes dirigían el trabajo de sus tierras directamente y parece que trataron a sus arrendatarios con la característica indulgencia de las instituciones monásticas. Además de la gran cantidad de provisiones que se obtenían de esta fuente, la orden religiosa se veía enriquecida por las primeras frutas y otras ofrendas similares que dictaba la piedad o la superstición. El excedente de lo que se requería para el sostenimiento del rito nacional era distribuido como limosna entre los pobres, una obligación enérgicamente prescrita por su código moral. De tal manera que encontramos a la misma religión, por un lado, inculcando lecciones de pura filantropía y por otro, como pronto veremos, de exterminio despiadado. Para aquellos que conozcan la historia de la iglesia católica romana durante los primeros años de la Inquisición, esta inconsistencia no resultará increíble⁸⁷.

Los templos mexicanos (*teocallis*, «casas de dios», como se les llamaba) eran muy numerosos. Había varios cientos en cada una de las ciudades importantes, muchos de ellos sin duda edificios humildes. Se trataba de sólidas masas de arena, protegidas con ladrillo o piedra, que recordaban en su forma las estructuras piramidales del antiguo Egipto. Las bases de algunos de ellos medían más de cien pies cuadrados de superficie y alcanzaban cotas todavía más altas. Estaban distribuidos en tres o cuatro pisos, cada uno menor que el anterior. Se ascendía por un tramo de escaleras que comenzaba en un ángulo de la pirámide en el exterior y que conducía a una especie de terraza o galería en la base del segundo piso que casi rodeaba el edificio hasta llegar a otro tramo de escaleras que comenzaba en el mismo ángulo de la pirámide que el anterior y justo encima del mismo, que a su vez llevaba a una terraza similar. De esta manera había que recorrer el perímetro del templo varias veces, antes de llegar a la cima. En algunos casos, la escalera subía directamente

por el centro de la cara oeste del edificio. La parte superior era una zona ancha sobre la que se erigían una o dos torres, de cuarenta o cincuenta pies de altura, los santuarios en los que se alzaban las imágenes sagradas de las deidades a las que estaba dedicado el templo. Frente a estas dos torres se levantaba la terrible piedra del sacrificio y dos majestuosos altares, en los que el fuego se mantenía vivo de forma tan inextinguible como el del templo de Vesta. Se decía que había seiscientos de estos altares en edificios más pequeños dentro del recinto del gran templo de México, que junto con los de otros edificios sagrados en otras partes de la ciudad arrojaban una brillante iluminación sobre las calles de la ciudad en la noche más oscura⁸⁸.

Gracias a la estructura de sus templos, todos los servicios religiosos eran públicos. Las largas procesiones de sacerdotes, girando alrededor de los inmensos costados a medida que ascendían hacia la cima y los funestos ritos de sacrificio que se realizaban allí, eran visibles desde los rincones más remotos de la capital, grabando en la mente del espectador una veneración supersticiosa hacia los misterios de la religión y de los terroríficos sacerdotes que los interpretaban.

Esta imagen se mantenía con fuerza gracias a las numerosas celebraciones. Cada mes estaba consagrado a una deidad protectora y cada semana, si no cada día del calendario, estaba destinado a una celebración apropiada, por lo que es difícil entender cómo podía compatibilizarse el cotidiano quehacer de la vida con las exigencias de la religión. Muchas de sus ceremonias eran de corte colorista y alegre, consistiendo en canciones y bailes nacionales, en las que participaban los dos sexos. Se hacían procesiones de niños y mujeres coronados con guirnaldas y portando ofrendas de frutas, maíz maduro o el dulce incienso del copal y otras resinas olorosas, mientras que los altares de la deidad

no se manchaban más que de la sangre de los animales⁸⁹. Estos eran los pacíficos ritos heredados de sus predecesores toltecas, sobre los que los fieros aztecas engarzaron una superstición demasiado detestable para ser mostrada en toda su desnudez y sobre la que, con gusto, correría un velo tapándola por entero, si no fuera porque ello dejaría al lector en la ignorancia de su institución más impactante y una de las que tenía más influencia a la hora de la formación del carácter nacional.

Los aztecas adoptaron los sacrificios humanos a principios del siglo catorce, unos doscientos años antes de la conquista⁹⁰. Poco comunes en un principio, se fueron haciendo más frecuentes a medida que aumentaba el imperio, hasta que finalmente toda fiesta se clausuraba con esta cruel abominación. Estas ceremonias religiosas se organizaban normalmente de tal manera que se respetaran las circunstancias más importantes del carácter o de la historia de la deidad que conmemoraba el festejo. Un simple ejemplo será suficiente.

Una de las fiestas más importantes era la que se hacía en honor del dios Tezcatlipoca, que sólo era inferior en rango al Ser Supremo. Era llamado «el alma del mundo» y se suponía que había sido su creador. Se le representaba como un hombre hermoso, dotado de eterna juventud. Un año antes del futuro sacrificio, se elegía un cautivo de especial belleza y sin mácula en su cuerpo, para representar a la deidad. Unos tutores se encargaban de él, instruyéndole en la interpretación de su papel con la apropiada gracia y dignidad. Se le ataviaba con un espléndido traje, se le perfumaba con incienso y con una profusión de flores de dulce perfume, a las que los antiguos mexicanos eran tan aficionados como sus descendientes hoy en día. Cuando salía era atendido por un cortejo de pajes reales y cuando se detenía en la calle para tocar su melodía preferida el gentío

se postraba ante él, rindiéndole homenaje como representante de su propia deidad. De este modo vivía una vida fácil y llena de lujos hasta más o menos un mes antes de su sacrificio. Se elegía a cuatro bellas muchachas, que tenían los nombres de las principales diosas, para compartir los honores de su cama y con ellas continuaba viviendo en un ocioso coqueteo, agasajado en los banquetes de los nobles principales, que le rendían todos los honores de una divinidad.

Finalmente llegaba el día del sacrificio. El período de su breve gloria tocaba a su fin. Se le despojaba de sus brillantes atavíos y decía adiós a las hermosas compañeras de sus jolgorios. Una de las barcas reales le llevaba al otro lado del lago hasta un templo que se elevaba en la orilla a una milla más o menos de la ciudad. Hasta allí acudían los habitantes de la capital para presenciar la consumación de la ceremonia. A medida que la triste procesión rodeaba los costados de la pirámide, la infeliz víctima arrojaba sus alegres coronas de flores y rompía en pedazos los instrumentos musicales con los que se solazaba en sus horas de cautiverio. En la cima le recibían seis sacerdotes, cuyas largas y enmarañadas melenas flotaban en desorden sobre sus togas azabache cubiertas de escrituras jeroglíficas de significado místico. Le llevaban hasta la piedra de sacrificio, un enorme bloque de jaspe con la superficie un poco convexa. Aquí se estiraba al prisionero. Cinco sacerdotes atenazaban su cabeza y sus miembros, mientras que el sexto vestido con un manto escarlata, emblema de su sangriento oficio, abría diestramente el pecho de la desdichada víctima con una hoja afilada de *itztli* (una sustancia volcánica dura como el sílex) e insertando su mano en la herida arrancaba el corazón palpitante. El ministro de la muerte, mostrándolo primero al sol, objeto de adoración a lo largo de todo el Anáhuac, lo lanzaba a los pies de la deidad a la que estaba

dedicado el templo, mientras que las multitudes abajo se postraban en humilde adoración. Los sacerdotes exponían la trágica historia de este prisionero como ejemplo del destino humano que, brillante en su inicio, tan a menudo acaba en dolor y desastre⁹¹.

Tal era la forma de sacrificio humano que practicaban normalmente los aztecas. Es la misma que a menudo se encontraban los indignados ojos de los europeos a medida que avanzaban por el país y la terrible muerte de la que ellos mismos no estaban exentos. Había, de hecho, algunas ocasiones en las que se infligían torturas preliminares de un tipo más refinado (con las que no es necesario impresionar al lector), pero todas terminaban en la sangrienta ceremonia descrita anteriormente. Debería señalarse, sin embargo, que dichas torturas no eran una muestra de crueldad espontánea, como en el caso de los indios de Norteamérica, sino que estaban rigurosamente prescritas en el ritual azteca y sin duda eran infligidas a menudo con la misma escrupulosa dedicación que un devoto allegado al Santo Oficio puede experimentar a veces al ejecutar sus severos decretos⁹². Algunas veces, también se reservaba a las mujeres, al igual que al otro sexo, para el sacrificio. En ocasiones, especialmente en época de sequía, en el festival del insaciable Tláloc, el dios de la lluvia, se ofrecían niños, en su mayor parte bebés. Mientras eran conducidos en literas abiertas, vestidos con su traje de gala y adornados con los brotes nuevos de la primavera, conmovían hasta el corazón más duro, aunque sus llantos se ahogaban en el salvaje canto de los sacerdotes, quienes leían en sus lágrimas augurios favorables para sus peticiones. Los sacerdotes generalmente compraban estas víctimas inocentes a padres pobres, quienes reprimían la llamada de la naturaleza probablemente menos por la pobreza que por una espantosa superstición⁹³.

Queda por contar la parte más repugnante de la historia,

la forma en que se deshacían del cuerpo del cautivo sacrificado. Se le enviaba al guerrero que lo había capturado en batalla y, después de aderezarlo, él mismo lo servía en un festín junto a sus amigos. Esta no era una burda comida de hambrientos caníbales, sino un banquete repleto de deliciosas bebidas y delicadas viandas, preparadas con arte y a las que asistían los dos sexos, que, como veremos más adelante, se comportaban con todo el decoro de una vida civilizada. ¡Seguro que nunca el refinamiento y el barbarismo estuvieron tan cerca el uno del otro!⁹⁴.

Los sacrificios humanos han sido practicados por otras naciones, sin exceptuar a las naciones más refinadas de la antigüedad⁹⁵, pero nunca por ninguna en una escala comparable a la del Anáhuac. La cantidad de víctimas inmoladas en sus execrables altares haría tambalearse la fe del menos escrupuloso de los creyentes. Prácticamente ningún autor calcula los sacrificios anuales a lo largo del imperio en menos de veinte mil y algunos llevan las cifras a cincuenta mil⁹⁶.

En las grandes ocasiones, como la coronación del rey o la consagración de un templo, el número es mucho más terrible. En la inauguración del gran templo de Huitzilopochtli, en 1486, se trajeron prisioneros, que habían sido reservados para este propósito durante varios años, de todos los barrios de la capital. Se les ordenó en filas, formando una procesión de cerca de dos millas. La ceremonia duró varios días y se dice que ¡setenta mil prisioneros murieron en el santuario de esta horrible deidad! Pero, ¿quién puede creerse que un grupo tan grande de gente hubiera permitido ser conducido sin resistencia como ovejas al matadero? O, ¿cómo se pudieron deshacer de los cuerpos, demasiados para consumirlos de la manera habitual sin atraer la peste a la capital? Sin embargo, el acontecimiento era de fecha reciente y está atestiguado de

forma inequívoca por los historiadores mejor informados⁹⁷. Un hecho puede considerarse cierto; era costumbre guardar las calaveras de los sacrificados en edificios destinados a este propósito. Los compañeros de Cortés contaron ciento treinta y seis mil en uno de estos edificios⁹⁸. Sin intentar hacer un cálculo preciso, por tanto, se puede afirmar con tranquilidad que anualmente se sacrificaban por miles en los sangrientos altares de las divinidades mexicanas en las ciudades del Anáhuac⁹⁹.

Realmente, el gran objetivo de la guerra para los aztecas era tanto extender su imperio como reunir víctimas para sus sacrificios. Era ésta pues la razón por la que nunca se asesinaba al enemigo en la batalla, si se le podía capturar vivo. Los españoles debieron a esta circunstancia su salvación en repetidas ocasiones. Cuando le preguntaron a Montezuma «por qué había permitido que la República de Tlaxcala se mantuviera independiente en sus fronteras», respondió que «¡para que pudiera proporcionar víctimas para sus dioses!». A medida que el suministro comenzaba a fallar, los sacerdotes, los dominicos del nuevo mundo, bramaban pidiendo más e instaban a su supersticioso soberano con la ira celestial. Al igual que los combativos religiosos del cristianismo en la Edad Media, se mezclaban entre las filas y destacaban en lo más reñido de la batalla, por su terrible aspecto y sus gestos frenéticos. ¡Es extraño que en todos los países las pasiones más endiabladas del corazón humano hayan sido aquellas encendidas en el nombre de la religión!¹⁰⁰.

La influencia de estas prácticas en el carácter de los aztecas era tan desastrosa como se pueda imaginar. La familiaridad con los sangrientos ritos del sacrificio endureció el corazón contra la compasión humana y engendró una sed por la matanza, como la que provocaban en los romanos los espectáculos del circo. La constante

repetición de ceremonias en las que la gente participaba asoció la religión con sus asuntos más íntimos y extendió la oscuridad de la superstición sobre el hogar, hasta que el carácter de la nación adquirió el grave e incluso melancólico aspecto que es típico de sus descendientes hasta el día de hoy. La influencia de la clase sacerdotal, por supuesto, llegó a no tener límites. El soberano se sentía honrado de que se le permitiera asistir a los servicios del templo. Lejos de limitar la influencia de los sacerdotes a las cuestiones espirituales, a menudo sometía su opinión a la de éstos, en los casos en los que eran menos competentes para darla. Fue su oposición la que evitó la capitulación final que hubiera salvado la capital. La nación entera, desde el campesino hasta el príncipe, inclinaba su cabeza ante el peor tipo de tiranía, la del fanatismo ciego.

Reflexionando sobre las horribles costumbres atestiguadas anteriormente, uno encuentra difícil reconciliar su existencia con nada parecido a una forma de gobierno regular o una civilización avanzada. Sin embargo, los mexicanos tienen muchos puntos para constituir una comunidad civilizada. Puede que se entienda mejor la anomalía, reflexionando sobre la situación en el siglo XVI de algunos de los países más refinados de Europa, después de la fundación de la Inquisición moderna, una institución que anualmente destruía a miles, con una muerte mucho más dolorosa que la de los sacrificios aztecas, que armaba la mano del hermano contra el hermano y que poniendo sobre los labios su ardiente sello hizo más para detener la marcha de los avances que ninguna otra confabulación que haya concebido el ingenio humano.

El sacrificio humano, con toda su crueldad, no contiene nada degradante para sus víctimas. Se puede incluso decir que los ennoblece al consagrarlos a los dioses. A pesar de ser tan terrible entre los aztecas, a veces era voluntariamente

abrazado por éstos, como la muerte más gloriosa, que abría de forma segura las puertas del paraíso¹⁰¹. La Inquisición, por otro lado, marcaba a sus víctimas con infamia en este mundo y los condenaba a la perdición eterna en el siguiente.

Un rasgo detestable de la superstición azteca, sin embargo, la situaba mucho más baja que la cristiana. Ésta era el canibalismo, aunque realmente los mexicanos no eran caníbales en la estricta definición del término. No se alimentaban de carne humana para satisfacer meramente su apetito animal, sino como obediencia a su religión. Sus banquetes se hacían con las víctimas cuya sangre había sido derramada en el altar del sacrificio. Esta es una diferencia que merece la pena resaltar¹⁰². Aun así, el canibalismo, bajo cualquier forma o sanción, no puede sino tener una influencia fatal sobre una nación acostumbrada a él. Sugiere ideas tan odiosas, tan degradantes para el hombre, para su naturaleza espiritual e inmortal, que es imposible que la gente que la practique haga ningún progreso en su cultura moral o intelectual. Los mexicanos no proporcionan ninguna excepción a esta afirmación. La civilización que poseían, descendía de los toltecas, una raza que nunca mancilló sus altares y menos aún sus banquetes con la sangre humana. Todo lo que merecía el nombre de ciencia en México venía de esta fuente y las ruinas desmoronadas de los edificios que se les atribuyen, todavía existentes en varias partes de Nueva España, muestran una clara superioridad en su arquitectura sobre las demás razas del Anáhuac. Es cierto que los mexicanos eran muy competentes en muchas de las artes mecánicas y sociales, en esa cultura material (si la puedo llamar así), el crecimiento natural de la opulencia que se preocupa de la gratificación de los sentidos. En el puro progreso intelectual estaban por detrás de los texcocanos, cuyos sabios soberanos adoptaron los ritos de sus vecinos con renuencia y los practicaban en una escala mucho más

moderada¹⁰³.

En este estado de las cosas, la providencia quiso caritativamente que la tierra fuera entregada a otra raza, que la rescatara de la salvaje superstición que se extendía día a día, con una amplitud de imperio¹⁰⁴. Las degradantes instituciones de los aztecas proporcionaron la mejor apología para su conquista. Es cierto que los conquistadores trajeron con ellos la Inquisición. Pero también trajeron el cristianismo, cuyo benigno resplandor todavía estará vivo cuando las fieras llamas del fanatismo se extingan, disipándose aquellas oscuras formas del horror que habían anidado tanto tiempo sobre las hermosas tierras del Anáhuac.

La autoridad más importante en el capítulo precedente y, de hecho, en todo lo concerniente a la religión azteca, es Bernardino de Sahagún, un fraile franciscano, contemporáneo a la conquista. Su gran trabajo, *Historia Universal de Nueva España*, ha sido impreso hace poco por primera vez. Las circunstancias relativas a su compilación y posterior destino forman uno de los capítulos más extraordinarios en la historia de la literatura.

Sahagún nació en un lugar del mismo nombre en la vieja España. Fue educado en Salamanca y, habiendo tomado los votos de San Francisco, fue como misionero a México en el año de 1529. Allí se distinguió por su celo, la pureza de su vida y sus incansables esfuerzos por extender las grandes verdades de la religión entre los nativos. Fue tutor de varios conventos sucesivamente, hasta que renunció a esta tarea para dedicarse con menos trabas a predicar y compilar varios trabajos, con la intención de ilustrar los restos arqueológicos de los aztecas. Para estos trabajos literarios encontró ciertas facilidades en el puesto que continuó ocupando de lector o profesor en la Universidad de Santa

Cruz en la capital.

La *Historia Universal* fue preparada de una manera singular. Para poder asegurarse la mayor autoridad posible, pasó varios años en la ciudad de Texcoco, donde consultaba diariamente con un número de respetables nativos desconocidos por los castellanos. Les planteaba preguntas que ellos, después de deliberación, respondían en su habitual método de escritura, con pinturas jeroglíficas. Luego pasaba éstas a otros nativos que habían sido educados bajo su propia tutela en la Universidad de Santa Cruz y estos últimos, después de consultarlo entre ellos, le daban forma escrita en la lengua mexicana de los jeroglíficos. Repitió este proceso en alguna parte de México y sometió el resultado a una revisión todavía mayor por un tercer cuerpo en otra región. Finalmente, ordenó los resultados obtenidos en una historia regular en la forma que tiene hoy en día, componiéndola en la lengua mexicana, que podía tanto hablar como escribir con gran precisión y elegancia, mayor de hecho que ningún otro español de la época.

El trabajo exponía una masa de información curiosa, que atrajo mucho la atención entre sus hermanos. Pero éstos temían que su influencia pudiera mantener viva entre los nativos una reminiscencia demasiado fresca de las mismas supersticiones que conformaban el gran objetivo a erradicar de los clérigos cristianos. Sahagún tenía unas ideas más liberales que las de los miembros de su orden, cuya fe ciega hubiera eliminado con gusto todo monumento artístico y del ingenio humano que no hubiera sido producido bajo la influencia del cristianismo. Le negaron la ayuda necesaria para transcribir los papeles que había pasado tantos años preparando, bajo el pretexto de que el coste era demasiado grande para la orden. Esto ocasionó un retraso de varios años. Peor aún, su provincial se apoderó de los manuscritos, que fueron rápidamente diseminados por las diferentes casas

religiosas del país.

En este estado de desamparo, Sahagún redactó un breve informe sobre la naturaleza y el contenido de su trabajo y lo envió a Madrid. Cayó en manos de don Juan de Ovando, presidente del Consejo de las Indias, que quedó tan interesado en el tema que ordenó que se devolvieran los manuscritos a su autor con la petición de que se pusiera inmediatamente a traducirlos al castellano, lo cual hizo. Sus papeles fueron recuperados, aunque no sin la amenaza de la censura eclesiástica, y el octogenario autor comenzó el trabajo de traducción del mexicano, en el que habían sido originariamente escritos por él mismo treinta años antes. Tuvo la satisfacción de completar la tarea, colocando la versión española en una columna paralela al original y añadiendo un glosario explicando los términos y frases difíciles del azteca, al mismo tiempo que el texto se completó con las numerosas pinturas en las que se basaba. En esta forma, haciendo dos voluminosos paquetes de folios, fue enviado a Madrid. Se diría que no debiera haber más razón para posponer su publicación, de cuya importancia no se podía dudar. Pero a partir de este momento desaparece y no oímos nada de ella durante más de dos siglos, más que como un trabajo valioso que alguna vez existió y que probablemente yacía enterrado en uno de los numerosos cementerios del saber que abundan en España.

A la larga, hacia el final del siglo, el infatigable Muñoz consiguió desenterrar el manuscrito tanto tiempo desaparecido del lugar que le había asignado la tradición, la biblioteca del convento de Tolosa en Navarra, en el norte de España. Con su habitual ardor, transcribió todo el trabajo con sus propias manos y lo añadió a su inapreciable colección, de la que, ¡desgraciadamente!, estaba destinado a no sacar todo el beneficio él mismo. A partir de esta transcripción, lord Kingsborough pudo conseguir la copia que

fue publicada en 1830 en los seis volúmenes de su magnífica compilación. En ella expresa una honesta satisfacción de ser el primero en mostrar el trabajo de Sahagún al mundo. Pero en esta suposición se equivocaba. Justo el año anterior apareció en México una edición con anotaciones en tres volúmenes octava. Fue preparada por Bustamante (un erudito con quien su país tiene una enorme deuda por su actividad editorial) a partir de una copia del manuscrito de Muñoz que llegó a sus manos. Así, este extraordinario trabajo, al que se le negaron los honores de la imprenta en vida del autor, después de pasar por el olvido, reapareció en la distancia de casi tres siglos, no sólo en su propio país, sino en tierras extranjeras a gran distancia una de la otra y casi simultáneamente. La historia es extraordinaria, aunque desgraciadamente no tan extraordinaria en España como lo sería en cualquier otro sitio.

Sahagún dividió su historia en doce libros. Los once primeros se ocupan de las instituciones sociales de México y el último de la conquista. Es especialmente detallado en la religión del país. Su principal objetivo era, naturalmente, ofrecer una visión clara de su mitología y del oneroso ritual del que formaba parte. La religión estaba tan íntimamente ligada con los asuntos y usos más íntimos de los aztecas que el trabajo de Sahagún debería ser el libro de texto de cualquier estudioso de su historia. Torquemada aprovechó una copia del manuscrito, que cayó en sus manos antes de ser enviada a España, para enriquecer sus propios pasajes, una circunstancia más afortunada para sus lectores que para la reputación de Torquemada, cuyo trabajo, ahora que este otro ha sido publicado, pierde mucho de la originalidad y el interés que tendría de otra manera. Por un lado es inapreciable al mostrar una completa colección de las diversas formas de rezo usadas por los mexicanos adecuadas a todo tipo de emergencia. A menudo están adornadas de

una lengua digna y bella, mostrando que sublimes principios especulativos son bastante compatibles con las prácticas más degradantes de la superstición. Es lamentable que no tengamos los dieciocho himnos incluidos por el autor en el libro, que tendrían un interés particular como el único ejemplar conservado de poesía devota de los aztecas. Las pinturas jeroglíficas, que acompañaban al texto, también han desaparecido. Si han escapado a las manos del fanatismo, puede que ambas reaparezcan en el futuro.

Sahagún escribió otros trabajos de carácter filológico y religioso. Algunos de éstos eran voluminosos, pero ninguno ha sido publicado. Vivió hasta una edad muy avanzada, cerrando una vida de actividad y utilidad en 1590, en la capital de México. Sus restos fueron seguidos hasta la tumba por una numerosa concurrencia de sus propios paisanos y de nativos que con su muerte lamentaban la pérdida de una piedad sencilla, benevolencia y conocimiento.

Notas al pie

⁶⁹ «ποιήσαντεςθεως θεογοίην “Ἑλλησι» Herodoto, *Euterpe*, sec. 53. Heeren aventura un comentario igualmente duro con respecto a los poetas indios, «quienes», dice, «han proporcionado los diferentes dioses que ocupan su panteón», *Historical Researches*, traducción inglesa (Oxford, 1833), vol. III, p. 139.

⁷⁰ El honorable Mountstuart Elphinstone cayó en la misma dinámica, en una comparación entre la mitología griega y la hindú, en su *History of India*, publicada después de que aparecieran las anotaciones en el texto (véase libro I, cap. 4). El mismo capítulo de este trabajo verdaderamente filosófico sugiere algunos puntos en común con las instituciones aztecas que puede proporcionar una ilustración pertinente a las mentes que se ocupan de rastrear las afinidades entre las razas asiáticas y americanas.

⁷¹ Ritter ha mostrado, con el ejemplo del sistema hindú, cómo la idea de unidad sugiere por sí misma la de pluralidad. *History of Ancient Philosophy*, traducción inglesa (Oxford, 1838), libro 2, cap. I.

⁷² Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, *passim*. Acosta, lib. 5, cap. 9. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 8, *et seq.* Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. I. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

Los mexicanos, según Clavijero, creían en un espíritu del mal, enemigo de la raza humana, cuyo bárbaro nombre significaba «Búho Racional» (*Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 2). El coadjutor Bernaldez habla del Demonio bordado en los trajes de los indios colombinos con la apariencia de un búho (*Historia de los Reyes Católicos*, manuscrito, cap. 131). Éste no se debe confundir con el espíritu del mal de la mitología de los indios de Norteamérica (véase el *Account*, ap. *Transactions of the American Philosophical Society de Heckewelder*, Philadelphia, vol. I, p. 205) y menos aún con el principio del mal de las naciones orientales del viejo mundo. Tan sólo era una más de las deidades, ya que el mal se encontraba muy a menudo mezclado libremente en las naturalezas de la mayoría de los dioses aztecas (igual que en los griegos), como para admitir su personificación en uno.

⁷³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 3, cap. I, *et seq.* Acosta, lib. 5, cap. 9. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 6, cap. 21. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, pp. 27, 28.

Huitzlopotchli se compone de dos palabras, que significan «colibrí» e «izquierda», porque su imagen tiene plumas de este pájaro en el pie izquierdo (Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 17), una etimología sorprendentemente benigna para una deidad tan malvada. Las formas fantásticas de los ídolos mexicanos eran altamente simbólicas. Véase la sabia exposición de Gama acerca de los artefactos que hay sobre la estatua de la diosa encontrada en la Gran Plaza de México (*Descripción de las Dos Piedras* (México, 1832), parte I, pp. 34-44). La tradición relacionada con el origen de este dios, o al menos su aparición

sobre la tierra, es curiosa. Nació de una mujer. Su madre, una persona devota, un día al ir al templo vio una bola de plumas de brillantes colores flotando frente al templo. La cogió y se la colocó en el pecho. Poco después se quedó embarazada y la terrible deidad nació, viniendo al mundo (como Minerva) completamente armado, con una lanza en la mano derecha y un escudo en la izquierda y su cabeza coronada por una cresta de plumas verdes (véase Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 19, *et seq.*). Entre la gente de la India más allá del Ganges, de China y del Tibet existía una noción similar con respecto a la encarnación de su deidad principal. «Buda», dice Milman en su docto y luminoso trabajo sobre la historia de la cristiandad, «según la tradición conocida en el Oeste, nació de una virgen. También lo fueron el Fohi de China y el Schakaof del Tibet, sin duda lo mismo, sea un personaje mítico o real. Los jesuitas en China, dice Barrow, se consternaron al descubrir en la mitología de este país el homólogo de Virgo Deipara» (vol. I, p. 99, nota). La existencia de ideas religiosas similares en regiones remotas, habitadas por diferentes razas, es un tema interesante de estudio, que aporta uno de los eslabones más importantes en la gran cadena de comunicación que pone en relación las distantes familias de naciones.

⁷⁴ *Códice Vaticano*, pl. 15, y el *Códice Telleriano-Remensis*, parte 2, pl. 2, ap. *Antiquities of Mexico*, vols. I, VI. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 3, caps. 3, 4, 13, 14. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 6, cap. 24. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. I. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 222, ap. Barcia, *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales* (Madrid, 1749), tom. II.

Quetzalcóatl significa «la serpiente alada». La última sílaba significa, además, un «gemelo», lo que proporcionó un argumento al doctor Sigüenza para identificar a este dios con el apóstol Tomás (Didymus significa también gemelo), quien, según él supone, llegó a América a predicar el evangelio. En esta conjetura bastante sorprendente se ve apoyado por algunos de sus devotos paisanos, que parecen tener tan pocas dudas sobre el hecho como del advenimiento de Santiago, con propósitos similares, a la madre patria. Véanse varias autoridades y argumentos expuestos con la apropiada gravedad en la disertación del doctor Mier en la edición de Bustamante de Sahagún (lib. 3, suplemento), y Veytia (tom. I, pp. 160-200). Nuestro ingenioso compatriota McCulloh lleva al dios azteca hasta una antigüedad todavía más respetable, al identificarlo con el patriarca Noé. *Researches, Philosophical and Antiquarian, concerning the Aboriginal History of America* (Baltimore, 1829), p. 233.

⁷⁵ *Códice Vaticano*, pl. 7-10, ap. *Antiquities of Mexico*, vols. I, VI. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. I.

M. de Humboldt se ha esforzado por rastrear la analogía entre la cosmogonía azteca y la de Asia Oriental. Ha intentado, aunque en vano, encontrar un múltiplo que pudiera servir como llave para los cálculos del anterior (*Vues del Cordillères et Monument des Peuples Indigènes de l'Amérique*, pp. 202-212). En realidad, parece haber una discordancia material en las afirmaciones mexicanas, tanto con relación

al número de revoluciones como a su duración. Un manuscrito de Ixtlilxochitl que obra en mi poder los reduce a tres antes del momento actual del mundo y admite sólo 4.394 años para cada uno (*Sumaria Relacion*, manuscrito, n.º I). Gama, confiando en un antiguo manuscrito indio en el catálogo Boturini (VIII, 13), sitúa la rotación todavía más baja (*Descripción de las Dos Piedras*, parte I, p. 49, *et seq.*), mientras que los ciclos de las pinturas del Vaticano ocupan cerca de 18.000 años. Es interesante observar cómo las *conjeturas* más locas de una edad ignorante han sido confirmadas por los más recientes *descubrimientos* en geología, haciendo probable que la tierra haya sufrido una serie de convulsiones, probablemente con miles de años de diferencia entre ellas, que han eliminado a las razas que existían entonces y que han dado un nuevo aspecto al globo.

⁷⁶ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 3, apénd. *Códice Vaticano*, ap. *Antiquities of Mexico*, pl. 1-5. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 48.

El último escritor nos asegura que, «en lo que decían los aztecas de que iban al infierno, tenían razón, porque al morir ignorantes de la verdadera fe, todos, sin lugar a duda, han ido a sufrir castigo eterno». *Ubi supra*.

⁷⁷ Da una pobre idea de estos placeres, que la sombra de Aquiles pueda decir que «antes sería esclavo del hombre más mezquino de la tierra, que soberano entre los muertos» (*Odisea*, A. 488-490). Los mahometanos creen que las almas de los mártires pasan después de la muerte a los cuerpos de los pájaros que frecuentan las dulces aguas y ramas del Paraíso [*Corán* de Sale (Londres, 1825), vol. I, p. 106]. El cielo mexicano nos puede recordar al de Dante, en su *divertimientos* materiales, en que ambos están hechos de luz, música y movimiento. También debemos recordar que el sol era una noción espiritual para los aztecas:

«Ve con otros ojos distintos a los suyos, donde
contempla un sol, descubre una deidad.»

⁷⁸ Es digno de mención que el bardo toscano, mientras que agotaba su invención ideando modalidades de tortura corporal en su *Inferno*, haya hecho tan poco uso de las fuentes *morales* de la miseria. El hecho de que no las haya utilizado se podría ver como una prueba convincente de lo tosco de la época, si no nos encontráramos con ejemplos de lo mismo pasado el tiempo, cuando un serio y sublime escritor, como el doctor Watts, no desdeña usar la misma burda artimaña para conmovir la conciencia del lector.

⁷⁹ *Carta del Lic. Zuazo* (nov. 1521), manuscrito. Acosta, lib. 5, cap. 8. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 45. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 3, apénd.

A veces el cuerpo era enterrado entero, con valiosos tesoros si el difunto era rico. El *Conquistador Anónimo*, como se le llama, vio sacar oro por valor de 3.000 castellanos de una de estas tumbas. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio,

⁸⁰ Este interesante rito, normalmente solemnizado con gran formalidad en presencia de los amigos y familiares reunidos, es minuciosamente detallado por Sahagún (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. 37) y por Zuazo (*Carta*, manuscrito), ambos testigos presenciales. Para una versión de la relación de Sahagún, véase apéndice, parte I, nota 26.

⁸¹ «¿Es posible que este azote y este castigo no se nos da para nuestra corrección y enmienda, sino para total destrucción y asolamiento?» (Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. I). «Y esto por sola vuestra liberalidad y magnificencia lo habéis de hacer, que ninguno es digno ni merecedor de recibir vuestras larguezas por su dignidad y merecimiento, sino por vuestra benignidad» (*ibid.*, lib. 6, cap. 2). «Sed sufridos y reportaros, que Dios Bien os ve y responderá por vosotros, y él os vengará (á) sed humildes con todos y con esto os hará dios merced y también honra» (*ibid.*, lib. 6, cap. 17). «Tampoco mires con curiosidad el gesto y disposición de la gente principal, mayormente de las mugeres, y sobre todo de las casadas, porque dice el refrán que él que curiosamente mira á la muger adultera con la vista» (*ibid.*, lib. ?, cap. 22).

⁸² Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, apénd.; lib. 3, cap. 9. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 8, cap. 20; lib. 9, caps. 3, 56. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 215, ap. Barcia, tom. II. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 4.

Clavijero dice que el gran sacerdote tenía que ser necesariamente una persona de rango (*Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 37). No encuentro ninguna autoridad para esto, ni siquiera en su maestro, Torquemada, que dice expresamente, «No hay garantía para la afirmación, por muy probable que sea el hecho» (*Monarchia Indiana*, lib. 9, cap. 5). Le contradice Sahagún, a quien he seguido como la más alta autoridad en estas materias. Clavijero no tiene más conocimiento del trabajo de Sahagún que lo que se filtró a través de los escritos de Torquemada y los autores posteriores.

⁸³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, *ubi supra*. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 9, cap. 25. Gómara, *Crónica de Nueva España*, ap. Barcia, *ubi supra*. Acosta, lib. 5, caps. 14, 17.

⁸⁴ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. I, cap. 12; lib. 6, cap. 7.

La alocución que hacía al sacerdote, en estas ocasiones, contiene cosas demasiado llamativas como para omitirlas. «Oh dios piadoso», dice en su rezo, «tú que conoces los secretos de todos los corazones, permite que el perdón y el favor descendan como agua pura del cielo para que borren las manchas de nuestra alma. Tú que sabes que este *pobre hombre ha pecado, no por su propia voluntad*, sino por la influencia del sino bajo el que ha nacido» Después de una larga exhortación al penitente, imponiéndole una variedad de mortificaciones y ceremonias minuciosas como penitencia y urgiéndole especialmente a la

necesidad de conseguir un *esclavo inmediatamente para el sacrificio* de la deidad, el sacerdote concluía inculcando caridad para los pobres. «Viste al desnudo y alimenta al hambriento, no importa las privaciones que te cueste; pues recuerda que *su carne es como la tuya y son hombres como tú* ». Tal es la extraña mezcla de verdadera benevolencia cristiana y abominaciones paganas que domina sobre la liturgia azteca, uniendo orígenes completamente distintos.

⁸⁵ Los dioses egipcios también eran servidos por sacerdotisas (véase Herodoto, *Euterpe*, sec. 54). Se han relatado cuentos similares a los que los griegos hicieron circular con respecto a éstas, sobre las vírgenes aztecas [véase la disertación de Le Noir, ap. *Antiquités Mexicaines* (París, 1834), tom. II, p. 7, nota]. Los primeros misioneros, lo suficientemente crédulos seguro, no sancionan dichos informes, y el padre Acosta, por el contrario, exclama: «Verdaderamente es muy extraño ver que esta falsa opinión de la religión tuviera tanta fuerza sobre estos jóvenes muchachos y muchachas de México, que servían al Demonio con tanto rigor y austeridad, como muchos de nosotros no lo hacemos en el servicio del dios más alto, lo cual es una gran vergüenza y confusión», traducción inglesa, lib. 5, cap. 16.

⁸⁶ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 9. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, apénd.; lib. 3, caps. 4-8. Zurita, *Rapport sur les Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne*, pp. 123-126. Acosta, lib. 5, caps. 15, 16. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 9, caps. 11-14, 30, 31.

«Se les enseñaba», dice el buen padre antes citado, «a abstenerse del vicio, y ser fiel a la virtud, *de acuerdo con sus nociones de la misma*; concretamente a abstenerse de la ira, de ofrecer violencia y de hacer mal a ningún hombre, en pocas palabras, a realizar simplemente las obligaciones indicadas por la religión natural».

⁸⁷ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 8, caps. 20, 21. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

Es imposible no sorprenderse por el gran parecido, no sólo en algunas formas vacuas, sino en toda su forma de vida, entre los sacerdotes mexicanos y los egipcios. Compárese Herodoto (*Euterpe*, *passim*) y Diodoro (lib. I, secs. 73, 81). El lector inglés puede consultar con el mismo fin Heeren (*Historical Researches*, vol. V, cap. 2), Wilkinson (*Manners and Customs of the Ancient Egyptians* (Londres, 1837), vol. I, pp. 257-279), especialmente el último escritor, quien ha contribuido más que nadie a abrirnos el interior de la vida social de este interesante pueblo.

⁸⁸ *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 307. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Acosta, lib. 5, cap. 13. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 80, ap. Barcia, tom. II. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 4. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito.

Este último escritor, que visitó México inmediatamente después de la conquista, en 1521, asegura que algunos de los templos o pirámides, más pequeños, estaban llenos de tierra impregnada con resinas olorosas y oro, lo

último, a veces, en tal cantidad que probablemente valiera ¡un millón de castellanos! (*Ubi supra*). ¡Estos eran realmente los templos de Mamón! Pero no encuentro confirmación para estos informes sobre el oro.

⁸⁹ *Códice Telleriano-Remensis*, pl. I, y *Códice Vaticano*, *passim*, ap. *Antiquities of Mexico*, vols. I, VI. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 10, cap. 10, *et seq.* Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, *passim*.

Entre las ofrendas se deben señalar especialmente las codornices por la increíble cantidad de ellas sacrificadas y consumidas en las fiestas.

⁹⁰ Las tradiciones sobre su origen tienen, de alguna manera, un tinte de fábula. Pero, sean verdaderas o falsas, son igualmente indicativas de la ferocidad sin parangón de un pueblo que pudo convertirse en el argumento de las mismas. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 167, *et seq.*, también Humboldt (que no parece ponerlas en duda), *Vues del Cordillères et Monument des Peuples Indigènes de l'Amérique*, p. 95.

⁹¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, caps. 2, 5, 24, *et alibi*. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 16. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 7, cap. 19; lib. 10, cap. 14. *Relatione d'un gentil huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 307. Acosta, lib. 5, caps. 9-21. *Carta de Lic. Zuazo*, manuscrito. *Relación por el Regimiento de Vera Cruz* (julio 1519), manuscrito.

Seguramente pocos lectores simpatizarán con la sentencia de Torquemada, quien concluye su relato de congoja despidiendo «al alma de la víctima, que se va a dormir con las de sus falsos dioses, en el infierno», lib. 10, cap. 23.

⁹² Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, caps. 10, 29. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 219, ap. Barcia, tom. II. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, caps. 6-11.

El lector encontrará un aceptable retrato de la naturaleza de estas torturas en el vigésimo primer canto de *Inferno*. Las creaciones fantásticas del poeta florentino se llevaban a cabo de forma prácticamente idéntica, por bárbaros de un mundo desconocido, al mismo tiempo que él las escribía. Merece la pena mencionar un sacrificio de carácter menos repugnante. Los españoles lo llamaban el «sacrificio de gladiadores» y puede recordar uno de los sangrientos juegos de la antigüedad. Un cautivo distinguido era, a veces, pertrechado con armas y enfrentado contra un número de mexicanos en sucesión. Si vencía a todos, como sucedía ocasionalmente, se le permitía escapar. Si era derrotado, se le arrastraba hasta el bloque y se le sacrificaba de la manera habitual. El combate se mantenía en una enorme piedra circular, frente a la capital reunida. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, cap. 21. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

⁹³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, caps. I, 4, 21, *et alibi*. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 10, cap. 10. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 76, 82.

⁹⁴ *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 7, cap. 19. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 17. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 2, cap. 21, *et alibi*. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 2.

⁹⁵ Por no decir nada de Egipto, donde, a pesar de las indicaciones en los monumentos, hay serias razones para dudarlos (comp. Herodoto, *Euterpe*, sec. 45). Sucedió frecuentemente entre los griegos, como sabe cualquier escolar. En Roma era tan común como para que tuviera que ser prohibido expresamente por una ley, menos de cien años antes de la era cristiana, una ley registrada en un tono de júbilo muy honesto por Plinio (*Historia Natural*, lib. 30, secs. 3, 4), a pesar de la cual se pueden percibir restos de la existencia de estas prácticas en períodos muy posteriores. Véase, entre otros, Horacio, *Epod.*, *In Canidiam*.

⁹⁶ Véase Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 49.

El obispo Zumarraga, en una carta escrita pocos años después de la conquista, afirma que 20.000 víctimas eran asesinadas en la capital anualmente. Torquemada lo convierte en 20.000 niños (*Monarchia Indiana*, lib. 7, cap. 21). Herrera, siguiendo a Acosta, dice 20.000 víctimas en un día concreto del año, a lo largo del reino (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 2, cap. 16). Clavijero, más cauto, deduce que este número puede ser sacrificado anualmente a lo largo del Anáhuac (*Ubi supra*). Las Casas, sin embargo, en su respuesta a la afirmación de Sepúlveda, de que nadie que hubiera visitado el nuevo mundo sitúa el número de sacrificios anuales en menos de 20.000, declara que «este es el número aproximado de bandoleros, que quieren encontrar perdón por sus atrocidades y que el número real ¡no era mayor de 50!» [Évres, ed. Llorente (París, 1822), tom. I, pp. 365, 386]. Probablemente la aritmética del buen obispo, aquí, como en otros casos, vino más de su corazón que de su cabeza. Con tantos datos sueltos y contradictorios, está claro que cualquier número concreto es pura especulación, que no merece el nombre de cálculo.

⁹⁷ Me encuentro dentro de ciertos límites. Torquemada establece el número, de forma precisa, en 72.344 (*Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 63). Ixtlilxochitl, con igual precisión en 80.400 (*Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito). ¿Quién sabe?, añado este último, si los prisioneros masacrados en la capital en el curso de aquel año memorable ¡superaron los 100.000! (*loc. cit.*). Uno, sin embargo, tiene que leer un poco más, para darse cuenta de que la ciencia de los números (al menos cuando la parte no era testigo presencial) es de todo menos una ciencia exacta para estos antiguos cronistas. El Códice Telleriano-Remensis, escrito unos cincuenta años después de la conquista, reduce la cantidad a 20.000 (*Antiquities of Mexico*, vol. I, pl. 19; vol. VI, p. 141, Eng. Note). Incluso este número difícilmente justifica al interprete español al llamar a Ahuizotl un hombre de «*benigna y templada condición*», *ibid.*, vol. V, p. 49.

⁹⁸ Gómara ofrece el número basándose en la autoridad de dos soldados, cuyos nombres da, que se tomaron el trabajo de contar los sonrientes horrores en uno de

estos Gólgotas donde estaban colocados de tal manera que causaran el efecto más horroroso. La existencia de estos almacenes es atestiguada por todos los escritores de la época.

⁹⁹ El *Conquistador Anónimo* nos asegura, como un hecho más allá de toda disputa, que el demonio se introducía en los cuerpos de los ídolos y persuadía a los estúpidos sacerdotes de que ¡su dieta era únicamente de corazones humanos! Proporciona una solución muy satisfactoria para su mente, de la frecuencia de los sacrificios humanos en México. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 307.

¹⁰⁰ Los sacerdotes texcocanos hubieran persuadido de buen grado al buen rey Nezahualcóyotl, en el tiempo de la peste, de que apaciguara a los dioses con el sacrificio de sus propios súbditos, en lugar de sus enemigos, con la excusa de que no sólo eran más fáciles de obtener, sino que serían víctimas más frescas y más aceptables (Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 41). Este escritor menciona un frío tratado presentado por los monarcas aliados a la república de Tlaxcala y sus confederados. Se marcó un campo de batalla, en el que las tropas de las naciones hostiles deberían luchar en temporadas establecidas y así proveerse de sujetos para el sacrificio. El grupo victorioso no buscaba ventajas en la invasión del territorio del otro y deberían mantener, en todo lo demás, las mejores relaciones (*Ubi supra*). El historiador que siga el rastro del cronista texcocano encontrará a menudo ocasión de protegerse como Ariosto, con

«Bettendolo Turpin, lo metto anch'io.»

¹⁰¹ *Relatione d'un gentile huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 307.

Entre otros ejemplos, está el de Chimalpopoca, tercer rey de México, que se condenó a sí mismo a muerte junto con algunos de sus nobles, para borrar una humillación sufrida por un hermano rey (Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 28). Esta era la ley de honor entre los aztecas.

¹⁰² Voltaire, sin duda, tiene esto en mente cuando dice, «Ils n'étaient point anthropophages, comme un très-petit nombre de peuplades Américaines» (*Essai sur les Mœurs*, cap. 147).

¹⁰³ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 45, *et alibi*.

¹⁰⁴ Sin duda la ferocidad de carácter engendrada por sus ritos sanguinarios facilitó enormemente la conquista. Maquiavelo atribuye una causa similar, en parte, al éxito militar de los romanos (*Discorsi sopra T. Livio*, lib. 2, cap. 2). El mismo capítulo contiene algunas ingeniosas reflexiones (mucho más ingeniosas que cándidas) sobre las tendencias opuestas del cristianismo.

Capítulo IV

Los jeroglíficos mexicanos. Manuscritos. Aritmética. Cronología. Astronomía

Es un alivio pasar de las sombrías páginas del capítulo anterior a una faceta más luminosa del panorama y contemplar a la misma nación en su generosa lucha por elevarse a sí misma por encima del estado de nación bárbara y adquirir el rango de nación civilizada. No es menos interesante el hecho de que estos esfuerzos se produjeran en un escenario completamente nuevo, lejos de las influencias que operaban en el viejo mundo, cuyos habitantes, que forman una gran hermandad de naciones, están entrelazados por afinidades que hacen que la más débil chispa de conocimiento surgida en cualquier parte se extienda gradualmente hasta derramar una alegre luz sobre los lugares más remotos. Es curioso observar la mente humana desde esta nueva perspectiva, ajustándose a las mismas leyes que en el viejo continente y tomando una misma dirección en sus primeras investigaciones en pos de la verdad, tan parecidas de hecho, como para, sin poder asegurar quizá la idea de la imitación, sí sugerir al menos la de un origen común.

En el hemisferio oriental, encontramos algunas naciones, como los griegos, por ejemplo, tocados de forma temprana por tal amor por la belleza como para no querer vivir sin ella, incluso en los más profundos trabajos científicos, y otras naciones, por otro lado, que se fijaban a sí mismas un objetivo mucho más severo, al que se supeditaba incluso la imaginación y el arte elegante. La producción de estos

pueblos no debe juzgarse según las reglas comunes del gusto, sino por su adaptación al fin concreto para el que fueron diseñadas. Así eran los egipcios en el viejo mundo¹⁰⁵ y los mexicanos en el nuevo. Ya hemos tenido ocasión de señalar el parecido entre las dos naciones en su estructura religiosa. Nos sorprenderá todavía más el parecido en la cultura científica, especialmente en su escritura jeroglífica y en su astronomía.

Describir acciones y acontecimientos delineando objetos visibles parece ser una sugestión natural y lo practican, en cierta manera, los salvajes más rudimentarios. El indio de Norteamérica graba una flecha en la corteza de los árboles para mostrar a los que le siguen la dirección de su marcha y algún otro signo para indicar el éxito de su expedición. Pero pintar series consecutivas inteligibles de estas acciones, formando lo que Warburton ha denominado felizmente *escritura pictórica*¹⁰⁶, requiere una combinación de ideas que constituye un esfuerzo intelectual considerable. Más adelante, cuando el objeto del pintor, en lugar de estar limitado al presente, debe introducirse en el pasado y recoger de este oscuro recoveco lecciones para la instrucción de las generaciones venideras, nos hallamos ante el amanecer de una cultura literaria y reconocemos ya sólo con el intento, por muy imperfecto que sea, la prueba de una civilización decidida. La imitación literal de objetos ya no sirve frente a este plan más extenso y complicado. Ocuparía demasiado espacio y tiempo en su ejecución. Se hace necesario, pues, condensar las imágenes, confinar los dibujos a los contornos o a partes prominentes de los volúmenes delineados que puedan sugerir rápidamente el conjunto. Esta es una escritura representativa o figurativa, que conforma el estadio más bajo de los jeroglíficos.

Pero hay cosas que no tienen representación en el mundo material, ideas abstractas que sólo pueden representarse

mediante objetos visibles a los que se les supone alguna cualidad análoga con la idea buscada. Esto constituye la escritura simbólica, la más difícil de todas para el intérprete, ya que la analogía entre los objetos materiales y los inmateriales es a menudo puramente caprichosa o local en su aplicación. ¿Quién podría, por ejemplo, sospechar la asociación que hizo que un escarabajo representara el universo para los egipcios o que una serpiente tipificara el tiempo para los aztecas?

La tercera y última división es la fonética, en la que los signos representan sonidos o palabras enteras o partes de una palabra que constituye el mayor acercamiento de las series jeroglíficas a esa bella invención que es el alfabeto, mediante el cual se descompone el lenguaje en sus sonidos elementales, un instrumento que facilita la expresión fácil y precisa de los más delicados matices del pensamiento.

Los egipcios eran grandes expertos en los tres tipos de jeroglíficos. Pero, aunque sus monumentos públicos muestren el primer tipo, hoy en día está asumido que en sus relaciones escritas habituales confiaban casi únicamente en los caracteres fonéticos. Es extraño que habiendo atravesado la delgada línea que les separaba del alfabeto, sus últimos monumentos no muestren, con respecto a los primeros, ningún acercamiento hacia éste¹⁰⁷. Los aztecas también conocían varios tipos de jeroglíficos. Pero confiaban infinitamente más en el figurativo que en cualquier otro. Los egipcios estaban en lo más alto de la escala y los aztecas en lo más bajo.

Al recorrer con la vista un manuscrito mexicano o mapa, como se le llama, uno se sorprende ante las grotescas caricaturas de figuras humanas que muestra, cabezas monstruosas y demasiado grandes sobre enclenques cuerpos deformados, que son duros y angulosos en sus contornos y sin la más mínima habilidad en la composición. En una

inspección más detallada, sin embargo, es obvio que no es tanto un rudimentario intento de delinear la naturaleza, sino un signo convencional para expresar una idea de la manera más clara y convincente posible, del mismo modo que las piezas de igual valor en el ajedrez, al mismo tiempo que se parecen entre sí, tienen poco parecido, generalmente, con los objetos que representan. Las partes de la figura trazadas de forma más clara, son las más importantes. De la misma manera, el colorido, en lugar de las delicadas gradaciones de la naturaleza, muestra tan sólo contrastes violentos y chillones para provocar una impresión más vívida. «Porque incluso los colores», como observa Gama, «hablan en los jeroglíficos aztecas»¹⁰⁸.

Pero en la ejecución de todo esto los aztecas eran muy inferiores a los egipcios. Los dibujos de estos últimos, son ciertamente extremadamente defectuosos, cuando se les critica según las reglas del arte, ya que ignoraban la perspectiva tanto como los chinos y sólo mostraban la cabeza de perfil con el ojo en el centro y carente de toda expresión. Pero manejaban el lápiz con más gracia que los aztecas, eran más fieles a las formas naturales de los objetos y, sobre todo, mostraban una gran superioridad al condensar la figura original dibujando sólo el contorno, o un rasgo característico o esencial. Esto simplificaba el proceso y facilitaba la comunicación del pensamiento. Un texto egipcio tiene prácticamente la apariencia de una escritura alfabética, debido a los trazos regulares de sus minuciosas figuras. Un texto mexicano tiene generalmente la apariencia de una colección de pinturas, cada una de ellas objeto de un estudio independiente. Esto sucede especialmente en el caso de las representaciones mitológicas, en las que la historia se narra mediante la aglomeración de símbolos, que recuerdan más a los misteriosos anaglifos esculpidos en los templos egipcios, que a sus documentos escritos.

Los aztecas tenían varios símbolos para expresar cosas, que por su naturaleza, el pintor no podía representar directamente, como, por ejemplo, los años, los meses, los días, las estaciones, los elementos, los cielos y cosas por el estilo. Una «lengua» indicaba hablar, una «huella» viajar, un «hombre sentado en el suelo» un terremoto. Estos símbolos eran a menudo muy arbitrarios, variando a capricho del escritor y se requiere un buen discernimiento para interpretarlos, ya que un ligero cambio en la forma o en la posición de la figura daba a entender un significado muy diferente¹⁰⁹. Un ingenioso escritor afirma que los sacerdotes idearon caracteres simbólicos secretos para la anotación de sus misterios religiosos. Es posible. Pero las investigaciones de Champollion llegaron a la conclusión de que una opinión similar, que anteriormente se mantenía con respecto a los jeroglíficos egipcios, no tenía fundamento¹¹⁰.

Por último, como ya se ha dicho anteriormente, utilizaban signos fonéticos, aunque éstos se reservaban principalmente a los nombres de personas y lugares, que al ser derivados de alguna circunstancia o cualidad característica se acomodaban al sistema jeroglífico. Así, por ejemplo, el nombre de la ciudad *Cimatlan* se componía de *cimatl*, una «raíz», que crecía en los alrededores, y *tlan*, que significa «cerca»; *Tlaxcallan* significaba «el lugar del pan», por sus ricos campos de grano; *Huejotzinco*, «un lugar rodeado de sauces». Los nombres de persona generalmente tenían relación con sus aventuras o logros. El nombre del gran príncipe texcocano Nezahualcóyotl significaba «zorro hambriento», insinuando su sagacidad y las penurias que pasó al principio de su vida¹¹¹. Los símbolos de estos nombres sugerían inmediatamente en la mente de cualquier mexicano la persona y el lugar deseado y cuando se pintaban en su escudo o se bordaba en sus banderas, se convertían en el blasón por el que se distinguía a la ciudad o

al jefe, como en Europa en la época de la caballería¹¹².

Pero, aunque los aztecas conocían todas las variedades de la pintura jeroglífica, recurrían principalmente al torpe método de la representación directa. Si su imperio hubiera durado varios miles de años, como el egipcio, en lugar de los breves doscientos años que duró, hubieran avanzado, sin duda, como ellos, hacia el uso más frecuente de la escritura fonética. Pero antes de que pudieran conocer las posibilidades de su propio sistema, la conquista española, al introducir el alfabeto europeo, proveyó a sus estudiosos de un utensilio mucho más perfecto para expresar el pensamiento, que pronto suplantó el antiguo carácter pictórico¹¹³.

Sin embargo, a pesar de su torpeza, la escritura pictórica azteca parece haber sido adecuada a las necesidades de la nación en su estado imperfecto de civilización. Gracias a ella se recogían todas las leyes e incluso las reglamentaciones de la economía doméstica, sus matrículas de tributos que especificaban las imposiciones de cada ciudad, su mitología, calendarios y rituales, los anales políticos, que se remontaban hasta un período muy anterior a la fundación de la ciudad. Compendiaron un completo sistema cronológico y podían especificar con precisión las fechas de los acontecimientos más importantes en su historia, el año quedaba indicado en el margen frente al hecho registrado. Es cierto que la historia realizada de este modo tiene que ser necesariamente vaga y fragmentada, ya que únicamente podían exponerse algunos incidentes destacados. Pero en esto no se diferenciaba mucho de las crónicas monacales de la Edad Media, que a menudo resumían los años en unas breves frases. En cualquier caso, bastante largos para los anales de unos bárbaros¹¹⁴.

Para poder valorar correctamente la escritura pictórica de los aztecas se debe tener en cuenta su relación con la

tradición oral, de la que era auxiliar. En las universidades de los sacerdotes, se instruía a los jóvenes en astronomía, historia, mitología, etc., y a aquellos que iban a seguir la profesión de pintor de jeroglíficos, se les enseñaba la aplicación de los caracteres apropiados para cada una de estas disciplinas. En un trabajo de historia uno se ocupaba de la cronología, otro de los acontecimientos. De este modo, cada parte del trabajo se distribuía mecánicamente¹¹⁵. Se instruía a los alumnos en todo lo ya conocido en las diferentes ramas y de esta manera estaban preparados para extender más allá los límites de su imperfecta ciencia. Los jeroglíficos servían como una especie de taquigrafía, una colección de notas que sugerían a los iniciados mucho más de lo que se podía transmitir por una interpretación literal. Esta combinación de lo escrito y lo oral comprende lo que se puede llamar la literatura de los aztecas¹¹⁶.

Sus manuscritos estaban confeccionados de diferentes materiales, de tela de algodón o de pieles bien preparadas, de una composición de seda y goma, pero la mayor parte de las veces se elaboraban a partir de una fina tela de hojas del aloe, *agave Americana*, llamada por los nativos *maguey*, que crece de forma exuberante en las mesetas de México. De ella se hacía una especie de papel, que recordaba en cierta manera al papiro egipcio¹¹⁷, que una vez que ha sido propiamente preparado y limpiado, se dice que es mucho más suave y bello que el pergamino. Algunos de los ejemplares que todavía existen muestran su frescura original y las pinturas en ellos realizadas mantienen todo el esplendor de sus colores. A veces se hacían en rollos, pero era más frecuente que fuera en volúmenes de tamaño medio, en los que el papel se guardaba en una carpeta a modo de biombo, con una hoja o una tabla de madera en cada extremo, que daba al total, una vez cerrado, la apariencia de un libro. La longitud de las tiras se determinaba por pura

conveniencia. Como las páginas se podían leer y enviar por separado, este método tenía obvias ventajas sobre los pergaminos de los antiguos¹¹⁸.

En la época de la llegada de los españoles se almacenaban en el país grandes cantidades de estos manuscritos. Había muchas personas que se dedicaban a pintarlos, y la destreza de sus operaciones provocó el asombro de los conquistadores. Desgraciadamente, se mezclaba con otros sentimientos menos dignos. Los caracteres extraños y desconocidos provocaron sospechas. Se les consideró como pergaminos mágicos y fueron juzgados bajo la misma luz que los ídolos y los templos, como símbolos de una mortal superstición que debía ser extirpada. El primer arzobispo de México, don Juan de Zumarraga (un nombre que debería ser tan inmortal como el de Omar), recolectó estas pinturas de todos los rincones, especialmente de Texcoco, la capital más cultivada en el Anáhuac y la gran depositaria de los archivos nacionales. Después hizo que los apilaran en un «cúmulo» (como le llaman los mismos escritores españoles) en el mercado de Tlatelolco, y ¡que los redujeran a cenizas!¹¹⁹. Su compatriota más importante, el arzobispo Jiménez, había celebrado un *auto-da-fe** similar con manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Nunca el fanatismo logró dos triunfos tan señalados por la aniquilación de tantos monumentos curiosos del ingenio y del aprendizaje humano¹²⁰.

Los soldados iletrados no se quedaron a la zaga imitando el ejemplo de su prelado. Todo mapa o volumen que caía en sus manos era destruido sin ningún miramiento, de tal manera que cuando los estudiosos de una época posterior y más iluminada buscaron con ansia recuperar algunos de estos monumentos de la civilización, prácticamente todos habían desaparecido y los pocos que habían sobrevivido eran celosamente guardados por los nativos¹²¹. Sin embargo,

gracias a los infatigables esfuerzos de un particular, finalmente se depositó una considerable colección en los archivos de México, pero allí se le prestó tan poca atención que algunos fueron robados, otros se descompusieron poco a poco por la humedad y el moho y otros incluso fueron utilizados ;como papel de deshecho!¹²². Contemplamos con indignación las crueldades infligidas por los primeros conquistadores. Pero la indignación se convierte en desprecio cuando los vemos pateando sin piedad la chispa del conocimiento, el bien común y propiedad de toda la humanidad. Podemos justamente dudar sobre quién tiene más derecho a ser llamado civilizado, el vencedor o el vencido.

Unos pocos manuscritos mexicanos han podido llegar a través del tiempo hasta Europa y se conservan cuidadosamente en las bibliotecas públicas de sus capitales. Están todos recopilados en el magnífico trabajo de Lord Kingsborough, pero en él no hay ninguno de España. El más importante de todos ellos, por la luz que arroja sobre las instituciones aztecas, es el Códice Mendoza, que, después de su misteriosa desaparición de más de un siglo, ha reaparecido finalmente en la biblioteca Bodleiana de Oxford. Ha sido grabado varias veces¹²³. El más brillante en colorido es probablemente el de la colección Borgia en Roma¹²⁴. El más curioso, sin embargo, es el Códice de Dresde, que ha atraído menos la atención de lo que se merece. Aunque normalmente clasificado entre los manuscritos mexicanos, tiene poco parecido con ellos en su ejecución, la forma de los objetos está dibujada con más delicadeza y los caracteres, al contrario que en los mexicanos, parecen ser puramente arbitrarios y son probablemente fonéticos¹²⁵. Su colocación simétrica es bastante parecida a la de los egipcios. El conjunto sugiere una civilización muy superior a la azteca y ofrece abundante alimento para las especulaciones

curiosas¹²⁶.

Unos pocos de estos mapas tienen interpretaciones anexas, que se obtuvieron de los nativos después de la conquista¹²⁷. La mayor parte no tienen ninguna y no se pueden descifrar. Si los mexicanos hubieran utilizado más libremente el alfabeto fonético podía haber sido en un principio fácil, dominando los signos que se emplean en este tipo de comunicación, que son comparativamente menos en número, encontrar una llave válida para el conjunto¹²⁸. Una breve inscripción ha aportado una clave para el vasto laberinto de los jeroglíficos egipcios, pero los caracteres aztecas, que representan a personas concretas, o al menos a especies, requieren una interpretación independiente, una tarea imposible para la que se puede esperar poca ayuda a juzgar por el tenor vago y genérico de las pocas interpretaciones que existen hoy en día. Había, como ya se ha mencionado anteriormente, hasta casi finalizado el siglo pasado, un profesor de la Universidad de México especialmente dedicado al estudio de la escritura pictórica nacional. Pero, como lo hacía con la vista puesta en los procedimientos legales, su información probablemente estaba encaminada a descifrar los títulos de propiedad. En menos de cien años después de la conquista, el conocimiento de los jeroglíficos había declinado tanto que un diligente escritor texcocano se queja de que sólo pudo encontrar en el país a dos personas, ambas muy mayores, que pudieran interpretarlos¹²⁹.

No es probable, por tanto, que el arte de la lectura de esta escritura pictórica se recupere nunca, circunstancia ciertamente lamentable. No tanto porque los registros de una gente medio civilizada puedan contener ninguna nueva verdad o descubrimiento para el confort o el progreso humano, sino porque sería difícil que no arrojaran algo de luz sobre la historia previa de la nación y sobre el refinado

pueblo que ocupaba el país antes que ellos. Esto sería aún más probable si se hubiera conservado alguna reliquia literaria de sus predecesores toltecas, y si los informes fueran ciertos existía una importante compilación de este origen en la época de la invasión que puede que engrosara el holocausto de Zumarraga¹³⁰. No es fantasear demasiado suponer que dichos registros podrían revelar los lazos sucesivos en la enorme cadena de migración de las razas primitivas y llevándonos hasta el origen de sus posesiones en el viejo mundo, solucionar el misterio del asentamiento y civilización del nuevo que durante tanto tiempo ha dejado perplejos a los estudiosos.

Además de los mapas jeroglíficos, las tradiciones del país quedaban recogidas en las canciones y los himnos, que, como ya hemos mencionado, se enseñaban cuidadosamente en los colegios. Había varios que contenían las leyendas míticas de una edad heroica, los logros militares de los suyos y otros cuentos más dulces de amor y placer¹³¹. Muchos de ellos eran compuestos por eruditos y personas de rango y son citados como si proporcionasen el registro más auténtico de los acontecimientos¹³². El dialecto mexicano era rico y expresivo, aunque inferior al texcocano, el más refinado de los idiomas del Anáhuac. No ha sobrevivido ninguna de las composiciones aztecas, pero podemos hacer una valoración del estado general de la cultura poética a partir de las odas que nos han llegado de la casa real de Texcoco¹³³. Sahagún nos ha aportado traducciones de su prosa más elaborada, que consisten en rezos y discursos públicos que ofrecen una idea favorable de su elocuencia y muestran que prestaban mucha atención al efecto retórico. Dicen que tenían también algo parecido a las representaciones teatrales parecidas a las pantomimas, en las que los rostros de los actores estaban cubiertos por máscaras, que con frecuencia representaban figuras de

pájaros y animales, una imitación a la que quizá les habría llevado la familiaridad con el diseño de objetos tales como los jeroglíficos¹³⁴. En todo esto vemos los albores de una cultura literaria, superada sin embargo por sus logros en los caminos más severos de la ciencia matemática.

Desarrollaron un sistema de anotación suficientemente simple en su aritmética. Los primeros veinte números se expresaban mediante un número de puntos correspondiente. Los primeros cinco tenían nombres específicos, después de los cuales se representaban combinando el quinto con uno de los cuatro precedentes, como cinco más uno para seis, cinco más dos para siete y así sucesivamente. El diez y el quince tenían cada uno un nombre independiente, que también se combinaba con los cuatro anteriores para expresar una cantidad mayor. Estos cuatro eran, por tanto, los caracteres radicales de su aritmética oral, de la misma manera que lo eran en la escrita para los romanos, una ordenación más simple probablemente que ninguna de las que existían entre los europeos¹³⁵. El veinte se expresaba con un jeroglífico independiente, una bandera. Las sumas más grandes se calculaban por veintenas y en la escritura repitiendo el número de banderas. El cuadrado de veinte, cuatrocientos, tenía un signo aparte, una pluma, así como el cubo de veinte u ochocientos, que se indicaba con un monedero o saco. Este era todo el aparato aritmético de los mexicanos, con el que podían, combinándolo, indicar cualquier cantidad. Para mayor rapidez, solían indicar las fracciones de las sumas más grandes dibujando sólo una parte del objeto. De tal manera que media pluma o tres cuartos de pluma o de un monedero representaba esa porción de sus sumas respectivas¹³⁶. Con todo esto, la maquinaria nos parecerá muy extraña a los que realizamos nuestras operaciones tan fácilmente con la numeración árabe o mejor dicho india. No es mucho más extraño, sin

embargo, que el sistema aplicado por los grandes matemáticos de la antigüedad, que desconocían la brillante invención que dio un nuevo aspecto a la ciencia matemática, de determinar el valor en gran parte por la posición relativa de las cifras.

En la medida del tiempo los aztecas ajustaban su año civil al año solar. Lo dividían en dieciocho meses de veinte días cada uno. Tanto los días como los meses se expresaban con jeroglíficos especiales, los de estos últimos a menudo tenían relación con la estación del año, como los meses franceses del período de la revolución. Se añadían cinco días complementarios, como en Egipto¹³⁷, para completar el número justo de trescientos sesenta y cinco. No pertenecían a ningún mes y se los tenía por especialmente nefastos. Un mes se dividía en cuatro semanas de cinco días cada una, en la última de las cuales se encontraba la feria pública o el día de mercado¹³⁸. Esta división, diferente a la de las naciones del viejo continente, tanto de Europa como de Asia¹³⁹, tiene la ventaja de que da el mismo número de días a cada mes y de abarcar semanas enteras, sin fracción tanto dentro de los meses como de los años¹⁴⁰.

Como el año tiene casi seis horas más que los trescientos sesenta y cinco días, todavía quedaba un excedente, que, como otras naciones que han elaborado un calendario, arreglaban por intercalación, desde luego no cada cuatro años, como los europeos¹⁴¹, sino en intervalos mayores de tiempo, como algunos asiáticos¹⁴². Esperaban hasta la expiración de los cincuenta y dos años vagos para intercalar trece días o doce y medio, ya que éste era número que quedaba atrasado. Si hubieran insertado trece habría sido demasiado, ya que el excedente anual sobre trescientos sesenta y cinco es unos once minutos menos de seis horas. Pero como su calendario, en el momento de la conquista, coincidía con el europeo (teniendo en cuenta la posterior

reforma gregoriana), parecería que aceptaron el período más corto de doce días y medio¹⁴³, que los llevó, en una fracción prácticamente inapreciable, a la longitud exacta del año tropical, como ha quedado establecido por las observaciones más precisas¹⁴⁴. De hecho, la intercalación de veinticinco días en cada ciento cuatro años muestra un mejor ajuste del tiempo civil al tiempo solar que el que representa cualquier calendario europeo, ya que deben pasar más de cinco siglos para perder un día completo¹⁴⁵. Tal era la asombrosa precisión en estos cálculos tan difíciles que desarrollaron los aztecas o quizá sus más avanzados predecesores, los toltecas, que han desconcertado, hasta un período relativamente reciente, a las naciones más instruidas de la cristiandad¹⁴⁶.

El sistema cronológico de los mexicanos, por el que determinaban la fecha de un acontecimiento concreto, era también sorprendente. La época a partir de la que calculaban se corresponde con el año 1091 de la era cristiana. Fue un período de reforma de su calendario, poco después de la migración de Aztlán. Organizaron los años, como se ha señalado anteriormente, en grandes ciclos de cincuenta y dos años cada uno, que llamaron «haces» o «fajos» y que se representaban por una cantidad de juncos atados con una cuerda. Cada vez que este jeroglífico aparece en sus mapas muestra el número de medio siglo. Para poder especificar un año en concreto dividían el gran ciclo en cuatro ciclos menores o indicciones de trece años cada uno. Después adoptaron dos series periódicas de signos, una consistente en sus puntos numéricos, hasta trece, y la otra de cuatro jeroglíficos de los años¹⁴⁷. Esto último lo repetían en sucesión regular colocando frente a cada uno el número de las correspondientes series de puntos, continuada también en sucesión regular hasta trece. El mismo sistema se seguía en las cuatro indicciones, que, como se puede observar, comenzaba siempre con un jeroglífico de año diferente al del

precedente, y de esta manera cada uno de los jeroglíficos se hacía combinar sucesivamente con cada uno de los signos numéricos, pero nunca dos veces con el mismo, ya que cuatro y trece, los factores de cincuenta y dos (el número de años de un ciclo), sólo puede admitir las combinaciones que sean iguales a su producto. De esta manera cada año tenía su símbolo apropiado por el que se le reconocía inmediatamente. Y este símbolo precedido por el número correspondiente de «haces», indicando los medios siglos, mostraba el tiempo preciso que había pasado desde el inicio de su calendario nacional en 1091¹⁴⁸. El ingenioso artilugio de unas series periódicas, en lugar del pesado sistema de la anotación jeroglífica, no es específico de los aztecas y se encuentra en varios pueblos del continente asiático, el mismo en principio, aunque variando materialmente en su distribución¹⁴⁹.

El calendario solar, descrito anteriormente, puede que haya solucionado todas las exigencias de la nación, pero los sacerdotes decidieron construir otro para ellos. Éste fue llamado el «cálculo lunar», aunque no parece acomodarse de ninguna manera a las revoluciones de la luna¹⁵⁰. También estaba formado por dos series periódicas, una de ellas compuesta de trece signos numéricos o puntos, la otra de los veinte jeroglíficos de los días. Pero, como el producto de estas combinaciones sólo daría 260 y como podría surgir alguna confusión de la repetición de los mismos términos para los restantes 105 días del año, se inventaron una tercera serie, que constaba de nueve jeroglíficos adicionales, que, alternando con las dos series precedentes, hacía imposible que las tres pudieran coincidir dos veces en el mismo año o de hecho en menos de 2.340 días, ya que $20 \times 13 \times 9 = 2.340$ ¹⁵¹. El trece era un número místico de uso frecuente en sus tablas¹⁵². Por tanto, no resulta muy clara la razón por la que recurrieron en esta ocasión al nueve¹⁵³.

Este segundo calendario genera una santa indignación en los primeros misioneros españoles y el padre Sahagún lo condena a voz en grito como «tremendamente profano, ya que no se basa ni en la razón natural, ni en la influencia de los planetas, ni en el verdadero curso del año, sino que ¡es llanamente la obra de la nigromancia y el fruto de un pacto con el demonio!»¹⁵⁴. Uno puede dudar si la superstición de los que inventaron el sistema era mayor que la de los que lo impugnaban. En cualquier caso podemos encontrar, sin tener que recurrir a la intervención sobrenatural, suficiente explicación para su origen en el corazón humano, en el amor por el poder que ha llevado a la clase sacerdotal de cualquier fe a adoptar un misterio del que sólo ellos poseían la llave.

Mediante este calendario, los sacerdotes aztecas llevaban sus propios registros, regulaban las fiestas y el momento del sacrificio y hacían todos sus cálculos astrológicos¹⁵⁵. La falsa ciencia de la astrología es propia de un estado de sociedad parcialmente civilizado, donde la mente, impaciente ante el lento y cauto examen por el que únicamente se puede llegar a la verdad, se lanza inmediatamente hacia las regiones de la especulación e intenta precipitadamente levantar el velo, el impenetrable velo que se ha corrido sobre los misterios de la naturaleza. Es característica propia de la verdadera ciencia discernir los límites infranqueables, aunque no demasiado obvios, que dividen las provincias de la razón de las de la especulación. Este tipo de conocimiento llega con retraso. ¡Cuántas edades han pasado en que se han desperdiciado las fuerzas, que, dirigidas correctamente, podían haber descubierto las grandes leyes de la naturaleza, en brillantes pero yermos ensueños alquímicos y astrológicos!

La astrología es un estudio más propio de una edad primitiva, cuando la mente, incapaz de llegar al increíble descubrimiento de que miríadas de diminutas luces brillando en el firmamento son los centros de sistemas tan gloriosos

como el nuestro, se ve abocada naturalmente a especular sobre sus posibles usos y a conectarlos de alguna manera con el hombre, para cuya conveniencia parece haberse creado todo objeto del universo. A medida que la mirada de un simple hijo de la naturaleza observa durante las largas noches la majestuosa marcha de los cuerpos celestes y ve a las brillantes huestes venir una detrás de otra y cambiar con el devenir de las estaciones del año, los relaciona naturalmente con esas estaciones, como períodos sobre los que tienen una misteriosa influencia. De la misma manera, conecta su apariencia con un acontecimiento interesante de la época y explora en sus flamígeros rasgos los destinos del recién nacido¹⁵⁶. Tal es el origen de la astrología, cuyas falsas luces han continuado engañando y desconcertando a la humanidad, desde las más tempranas edades, antes de caer ante la superior iluminación de un período relativamente cercano.

El esquema astrológico de los aztecas se basaba menos en las influencias de los planetas que en las de los signos arbitrarios que habían adoptado para los meses y los días. Las características del signo dominante en cada ciclo lunar de trece días le daban su carácter al conjunto, aunque ello se veía matizado, hasta cierto grado, por los signos de los días y también por los de las horas siguientes. Era precisamente en el ajuste de estas fuerzas opuestas donde se mostraban las grandes artes del adivinador. En ningún país, ni siquiera en el antiguo Egipto, eran tan respetados los sueños del astrólogo. Cuando nacía un niño se le llamaba inmediatamente. Se establecía con precisión la hora del suceso y la familia aguardaba en temblorosa incertidumbre mientras el ministro del cielo realizaba el horóscopo del bebé y desplegaba el oscuro libro volumen del destino. El mexicano reconocía la influencia del sacerdote con el primer aliento que respiraba¹⁵⁷.

Sabemos poco más de los logros filosóficos de los aztecas. Es evidente que conocían la causa de los eclipses, por la representación en sus mapas del disco de la luna proyectado sobre el del sol¹⁵⁸. No está claro si establecieron un sistema de constelaciones, aunque es evidente que reconocían algunas de las más comunes, como las Pléyades, ya que por ellas regulaban sus fiestas. No sabemos que utilizaran ningún instrumento astrológico, a excepción del cuadrante¹⁵⁹. Un inmenso bloque circular, desenterrado en 1790 en la Gran Plaza de México, ha proporcionado a un agudo y erudito estudioso medios para establecer algunos hechos interesantes en lo que respecta a la ciencia azteca¹⁶⁰. Este fragmento colosal en el que está grabado el calendario muestra que tenían los medios para establecer las horas del día con precisión, el período de los solsticios y equinoccios y el del paso del sol sobre el cenit de México¹⁶¹.

No podemos más que contemplar con asombro la ciencia astronómica de los mexicanos, tan desproporcionada con su progreso en otros caminos de la civilización. El conocimiento de alguno de los principios más obvios de la astronomía está al alcance de los pueblos más rudos. Con un poco de interés pueden aprender a conectar los cambios regulares de las estaciones con los de la situación del sol en el amanecer y en el crepúsculo. Pueden seguir la marcha de los grandes cuerpos celestes a través de los cielos contemplando las primeras estrellas que resplandecen en su paseo vespertino o las que antes se desvanecen en la mañana. Pueden medir una revolución de la luna, marcando las fases, e incluso pueden formarse una idea general del número de estas revoluciones en un año solar. Pero que pudieran ajustar con precisión sus fiestas por los movimientos de los cuerpos celestes y que establecieran la verdadera longitud del año tropical con una precisión desconocida para los grandes filósofos de la antigüedad sólo

pudo ser el resultado de una larga serie de buenas y pacientes observaciones, lo que manifiesta un considerable progreso en la civilización¹⁶². Pero, ¿de dónde pudieron los rudos habitantes de estas regiones montañosas haber obtenido esta curiosa erudición? No de las hordas bárbaras que deambulaban por las latitudes más septentrionales, ni de las razas más avanzadas del continente sureño, con quienes es evidente que no tenían relaciones. Si en nuestra confusión nos encaminamos como el mayor astrónomo de nuestra era, a buscar la solución entre las comunidades civilizadas de Asia, seguiremos quedándonos perplejos al comprobar que dentro del parecido general en los principales rasgos hay suficientes discrepancias en los detalles como para reivindicar la opinión de muchos de la originalidad azteca¹⁶³.

Terminaré este relato sobre la ciencia mexicana con la extraordinaria fiesta que celebraban los nativos al terminar el gran ciclo de cincuenta y dos años. Hemos hablado, en el capítulo anterior, de sus tradiciones sobre la destrucción del mundo cada cuatro épocas consecutivas. Estaban seguros de que al final del ciclo sucedería otra catástrofe similar, momento en que el sol desaparecería de los cielos, la raza humana de la tierra y en la que la oscuridad y el caos se asentaría sobre el globo. El ciclo terminaría en la última parte de diciembre y a medida que se acercaba la sombría temporada del solsticio de invierno y la tenue luz del día presagiaba melancólicamente su pronto final, aumentaban sus temores, y con la llegada de los cinco días «funestos» que cerraban el año se abandonaban a la desesperación¹⁶⁴. Rompían en pedazos las pequeñas imágenes de sus dioses del hogar, en los que ya no confiaban. Los fuegos sagrados se sacaban de los templos y no se encendía ninguno en sus moradas. Se destruían el mobiliario y los utensilios domésticos, sus prendas se hacían jirones y todo se arrojaba en desorden, para la llegada del genio malvado que iba a

descender sobre la tierra desolada.

En la tarde del último día una procesión de sacerdotes, adoptando la vestimenta y los adornos de sus dioses, marchaban de la capital hacia una montaña elevada a unas dos leguas de distancia. Llevaban con ellos a una víctima noble, la flor de sus cautivos y lo necesario para encender el *fuego nuevo*, cuyo éxito constituía un augurio de la renovación del ciclo. Al alcanzar la cima de la montaña, la procesión se detenía hasta la medianoche, cuando, coincidiendo con el ascenso al cenit de la constelación de las Pléyades¹⁶⁵, se encendía el nuevo fuego mediante la fricción de palos colocados en el pecho herido de la víctima¹⁶⁶. La llama se pasaba rápidamente a un túmulo funerario, sobre el que se arrojaba el cuerpo del prisionero asesinado. A medida que la luz se extendía hacia el cielo, brotaban gritos de alegría y triunfo de la incontable multitud que cubría las colinas, las terrazas de los templos y los tejados de las casas con los ojos posados ansiosamente sobre el monte del sacrificio. Los correos, mediante antorchas prendidas en el centelleante faro, lo transmitían rápidamente a todas partes del país y el alentador elemento se podía ver sobre el altar y el hogar, en un radio de varias leguas mucho antes de que el sol, surgiendo en su recorrido habitual, confirmara que un nuevo ciclo había comenzado su andadura y que las leyes de la naturaleza no iban a alterarse para los aztecas.

Los siguientes trece días se dedicaban a la celebración. Se limpiaban y blanqueaban las casas, se sustituían las vasijas rotas por otras nuevas. La gente vestía sus trajes más alegres y se coronaba con guirnaldas y coronas de flores, apiñados en una alegre procesión para depositar sus oblações y ofrendas en los templos. Se iniciaban danzas y juegos que simbolizaban la regeneración del mundo. Era el carnaval de los aztecas o más bien el jubileo nacional, la gran fiesta secular, como la de los romanos o los antiguos etruscos, que

pocos que estuvieran vivos habían visto antes o podían esperar volver a ver¹⁶⁷.

M. de Humboldt señaló hace muchos años, «sería deseable que algún gobierno publicara de su bolsillo los restos de la antigua civilización americana, ya que sólo a través de la comparación de varios monumentos podemos conseguir descubrir el significado de estas alegorías, que son en parte astronómicas y en parte místicas». Este inteligente deseo ha sido realizado ahora no por ningún gobierno, sino por un particular, lord Kingsborough. El gran trabajo publicado bajo sus auspicios y tan citado en esta introducción apareció en Londres en 1830. Una vez completo llegará a los nueve volúmenes, siete de los cuales están ya a disposición del público. Para que todo aquel que no lo conozca se pueda hacer una idea de su magnificencia, basta decir que las copias se vendían a 175 £ con grabados en color y a 120 £ sin color. El precio se ha reducido enormemente desde entonces. Ha sido planeada para mostrar una visión completa de los manuscritos antiguos aztecas, junto con las pocas traducciones que existen; los bellos dibujos de Castañeda de América Central con los comentarios de Dupaix, la historia no publicada del padre Sahagún y, por último, aunque no lo menos importante, las anotaciones de su ilustrísima.

No hay palabras para comentar la realización mecánica del libro, la excelente tipografía, la evidente fidelidad y delicadeza de los dibujos y la suntuosa calidad de los materiales. Sin embargo, se le hubiera ahorrado un gasto superfluo al comprador y muchas inconveniencias al lector si la impresión tipográfica se hubiera hecho en volúmenes de tamaño normal. Pero no es extraño, en trabajos con una planificación tan magnífica, que se sacrifique la utilidad a favor del espectáculo.

La colección de los manuscritos aztecas, aunque no es

totalmente completa, es muy extensa y acredita enormemente la diligencia y el trabajo de investigación del compilador. Llama, sin embargo, la atención como una cosa extraña que ninguno de los ejemplares se haya obtenido de España. Pedro Mártir habla de algunos que se habían traído allí en su época (*De Insulis nuper Inventis*, p. 368). El marqués Spineto examinó uno en El Escorial, que era el mismo que hay en el Códice Mendoza, y quizá el original, ya que el de Oxford no es sino una copia (*Lectures*, lec. 7). Mr. Waddilove, el capellán de la embajada británica en España, le comentó al doctor Robertson concretamente sobre la existencia de uno que había visto en la misma biblioteca que él consideraba un calendario azteca. En realidad, es poco probable que los viajeros en sus frecuentes viajes al nuevo mundo no hayan proporcionado a la madre patria abundantes ejemplares de este rasgo tan interesante de la cultura azteca. Tampoco deberíamos temer que el actual gobierno liberal esconda estos tesoros del estudio de los eruditos.

No se puede decir mucho a favor de la organización de estos Códices. En algunos de ellos, como el Códice Mendoza, las ilustraciones no están siquiera numeradas y cualquiera que quiera estudiarlas por la correspondiente traducción, a menudo se desesperará entre el laberinto de jeroglíficos, sin una clave para guiarse. Tampoco hay ningún intento por ilustrarnos sobre el verdadero valor y la autenticidad de los respectivos documentos o siquiera sobre su historia anterior, más allá de una insulsa referencia a la biblioteca concreta que lo ha prestado. Poca luz se puede esperar, realmente, en estas materias, pero no es tan escasa. El defecto en la organización también es imputable a otras partes del trabajo. Así, el libro sexto de Sahagún se ha llevado del cuerpo de la historia a la que pertenece, a un volumen precedente, mientras que la grandilocuente hipótesis de su ilustrísima, para la que se ha inventado el trabajo, se encuentra

apretujada en notas, anexa a pasajes al azar, con bastante menos conexión que las historias de la reina Serezade en las «Noches de Arabia», aunque no tan entretenida.

El rumbo de las especulaciones de lord Kingsborough está enfocado a demostrar la colonización de México por los israelitas. Hacia esto se dirige toda la batería de su lógica y su conocimiento. Para esto se descifran los jeroglíficos, se comparan los manuscritos, se delinean los monumentos. Su teoría, sin embargo, sean cuales sean sus méritos, tiene pocos visos de ser popular, ya que en lugar de exponerse de una forma clara y comprensible, que pueda asimilarse de manera rápida por la mente, se extiende a lo largo de un número infinito de notas, atestadas de citas en lenguas antiguas y modernas, hasta que el cansado lector, manteniéndose a flote en un mar de fragmentos sin luz que le guíe, se siente como el demonio de Milton, atravesando el caos:

«Neither sea,

Nor good dry land; night founded, on the fares.»

Sería injusto, sin embargo, no admitir que el noble autor, si bien no tiene siempre una lógica convincente, muestra mucha agudeza a la hora de encontrar analogías, familiaridad con el tema y una profunda erudición, aunque a menudo desperdiciada, y que sean cuales sean los defectos de organización ha reunido una rica colección de materiales no publicados, que ilustran los restos arqueológicos aztecas y en un sentido más amplio los americanos y que gracias a esta espléndida empresa, que probablemente ningún gobierno y muy pocos particulares hubieran realizado, se ha merecido la gratitud eterna de cualquier amigo de la ciencia.

Otro escritor, cuyos trabajos deben consultarse de manera diligente por todo estudiante de la antigüedad mexicana, es Antonio de Gama. Su vida contiene tan pocos incidentes

como la de la mayoría de los eruditos. Nació en México, en 1735, en una familia respetable, y estudió leyes. Pronto mostró una preferencia por los estudios matemáticos, consciente de que su carrera dependía de su fuerza. En 1771, comunicó sus observaciones sobre el eclipse de ese año al astrónomo francés M. de Lalande, quien las publicó en París con grandes elogios para el autor. La creciente reputación de Gama atrajo la atención del gobierno que le empleó en varios trabajos científicos de importancia. Su gran pasión, sin embargo, era el estudio de los restos arqueológicos indios. Entró en contacto con la historia de las razas nativas, sus tradiciones, sus lenguas y hasta donde le fue posible con sus jeroglíficos. Tuvo oportunidad de mostrar los frutos de su preparación preliminar y sus habilidades como arqueólogo, con el descubrimiento de la gran piedra calendario en 1790. Escribió un tratado magistral sobre este y otros monumentos aztecas, explicando el objetivo para el que estaban diseñados, derramando un haz de luz sobre la ciencia astronómica de los aborígenes, su mitología y su sistema astrológico. Posteriormente continuó sus investigaciones por el mismo camino, escribiendo tratados sobre el astrolabio, los jeroglíficos y la aritmética de los indios. Éstos, sin embargo, no se mostraron al público hasta pasados unos años, cuando se publicaron, junto con una reimpresión del anterior trabajo, bajo los auspicios del laborioso Bustamante. Gama murió en 1802, dejando tras de sí una reputación de gran valía en su vida privada, en la que el fanatismo que tan frecuentemente parece entrar en el carácter de los hispano-mexicanos quedaba templado por los sentimientos liberales de un hombre de ciencia. Su reputación como escritor queda alta por su paciente aprendizaje, precisión y agudeza. Sus conclusiones no están ni envueltas en el amor por la teoría tan común entre los filósofos, ni en la fácil credulidad tan natural en el

arqueólogo. Tantea su camino con la precaución de un matemático cuyos pasos son demostraciones. M. de Humboldt está en amplia deuda con su primer trabajo, como ha reconocido enfáticamente. Pero, a pesar de los elogios de este popular escritor y sus propios méritos, los tratados de Gama raramente se encuentran fuera de Nueva España, y su nombre difícilmente puede decirse que tenga una reputación trasatlántica.

Notas al pie

¹⁰⁵ «Un templo egipcio», dice Denon, de forma chocante, «es un volumen abierto, en el que quedan grabadas las enseñanzas de la ciencia, la moralidad y las artes. Todo parece hablar el mismo idioma y respirar el mismo aliento». El pasaje es citado por Heeren, *Historical Researches*, vol. V, p. 178.

¹⁰⁶ *Divine Legation*, ap. Works (Londres, 1811), vol. IV.b.4, sec. 4.

El obispo de Gloucester, en su comparación de varios sistemas jeroglíficos del mundo, muestra su característica sagacidad y audacia anunciando opiniones con poco crédito en su momento, pero que a partir de entonces quedaron asentadas. Afirmaba la existencia de un alfabeto egipcio, pero no se daba cuenta de las propiedades fonéticas de los jeroglíficos, el gran descubrimiento literario de nuestra época.

¹⁰⁷ Parece que los jeroglíficos en los monumentos más recientes de Egipto no contienen mayor número de caracteres fonéticos que los que existían dieciocho siglos antes de Cristo, no mostrando ningún avance a este respecto ¡en dos mil doscientos años! [véase Champollion, *Précis du Système Hiéroglyphique des Ancients Egyptiens* (París, 1824), pp. 242, 281]. Puede parecer más extraño que el alfabeto demótico, mucho más cómodo, no haya sido sustituido. Pero los egipcios estaban familiarizados con sus jeroglíficos desde la infancia, haciéndose además muy populares entre los más iletrados, probablemente de la misma manera que nuestros hijos son atraídos y enseñados por los abecedarios de dibujos en el cuadernillo de caligrafía.

¹⁰⁸ *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras* (México, 1832), parte 2, p. 39.

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 32, 44. Acosta, lib. 6, cap. 7.

La continuación del trabajo de Gama, editada recientemente por Bustamante en México, contiene, entre otras cosas, algunas observaciones interesantes sobre los jeroglíficos aztecas. El editor ha prestado un buen servicio al continuar con la publicación de los escritos de este estimable erudito, que ha hecho más que ningún otro de sus compatriotas por explicar los misterios de la ciencia azteca.

¹¹⁰ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, p. 32.

Warburton, con su habitual perspicacia, rechaza la idea de misterios en los jeroglíficos figurativos (*Divine Legation*, b. 4, sec. 4). Si hubiera algún misterio reservado para los iniciados, Champollion piensa que este tenía que ser el sistema de anaglifs (*Précis*, p. 360). ¿Por qué no puede ser esto igualmente cierto con las monstruosas combinaciones simbólicas que representaban a las deidades mexicanas?

¹¹¹ Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, pp. 77-83. Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, pp. 34-43.

Heeren no está al tanto o no cree que los mexicanos usaran caracteres

fonéticos de ningún tipo (*Historical Researches*, vol. V, p. 45). De hecho invirtieron el proceso y, en lugar de adaptar el jeroglífico al nombre del objeto, acomodaron el nombre del objeto al jeroglífico. Esto, por supuesto, no admitiría una gran extensión. Encontramos caracteres fonéticos, sin embargo, aplicados en ciertos casos a nombres comunes y propios.

¹¹² Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional, ubi supra*.

¹¹³ Clavijero ha facilitado un catálogo de los historiadores mexicanos del siglo XVI (algunos de los cuales se citan en esta historia), lo que aporta un honorable testimonio del ardor literario y la inteligencia de las razas nativas. *Storia Antica del Messico*, tom. I, pref. También, Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, *passim*.

¹¹⁴ El comentario de M. de Humboldt de que los anales aztecas desde el final del siglo XI «muestran un increíble método y un asombroso detalle» (*Vues des Cordillères*, p. 137) debe tomarse con cierta reserva. El lector difícilmente comprenderá a partir de este comentario que no hay más de uno o dos hechos anotados en cada año y a veces ni siquiera uno en una docena de años o más. La obligatoria vaguedad e incertidumbre de estos registros históricos queda patente en los comentarios del intérprete español del Códice Mendoza, quien nos dice que los nativos a los que se les mostró tardaron mucho en llegar a un acuerdo sobre la significación concreta de las pinturas. *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 87.

¹¹⁵ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, p. 30. Acosta, lib. 6, cap. 7.

«Tenían para cada género», dice Ixtlilxochitl, «sus escritores, unos que trataban de los Anales, poniendo por su orden las cosas que acaecían en cada un año, con día, mes, y hora; otros tenían á su cargo las Genealogías, y descendencia de los Reyes, Señores, y Personas de linaje, asentando por cuenta y razon los que nacían, y borran los que morían con la misma cuenta. Unos tenían cuidado de las pinturas, de los términos, límites, y mojoneras de las Ciudades, Provincias, Pueblos, y Lugares, y de las suertes, y repartimiento de las tierras cuyas eran, y á quien pertenecían; otros de los libros de Leyes, ritos, y seremonias que usaban.» *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, Prólogo.

¹¹⁶ Según Boturini, los antiguos mexicanos conocían, junto con los peruanos, el método de registrar acontecimientos por medio del *quipu* (cuerdas anudadas de varios colores), que después fue reemplazado por las pinturas jeroglíficas (*Idea*, p. 86). De todas formas, tan sólo pudo descubrir una sola muestra, que encontró en Tlaxcala y que estaba casi deshecha por los años. McCulloh sugiere que podía haber sido tan sólo un cinturón *wampum*, típicos entre los indios de Norteamérica (*Researches*, p. 201). La conjetura es lo suficientemente plausible. Estos últimos utilizaban cuerdas de *wampum* de varios colores con el mismo objeto de registrar acontecimientos. El hecho aislado registrado por Boturini es escasamente suficiente (sin apoyo, que yo sepa, de ningún otro testimonio) para establecer la existencia de *quipu* entre los aztecas, quienes tenían muy poco en común con los

peruanos.

¹¹⁷ Plinio, quien ofrece una detallada relación del junco del papiro de Egipto, da cuenta de los diferentes productos que obtenían de él, como cuerdas, tela, papel, etc. También servía como cobertura para los tejados de las casas y como comida y bebida para los nativos (*Hist. Nat.*, lib. II, caps. 20-22). Es curioso que el agave americano, una planta tan completamente diferente, también se haya aplicado para todos estos usos.

* En español en el original.

¹¹⁸ Lorenzana, *Historia de Nueva España*, p. 8. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 96. Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 52. Pedro Mártir de Anglería, *De Orbe Novo* (Compluti, 1530), dec. 3, cap. 8; dec. 5, cap. 10.

Mártir ha ofrecido una detallada descripción de los mapas indios, enviada a casa poco después de la invasión de Nueva España. Su inquisitiva mente quedó sorprendida con la prueba de una verdadera civilización que ofrecían. Ribera, el amigo de Cortés, trajo a su regreso una historia que decía que las pinturas se diseñaban como patrones para bordados y joyas. Pero Mártir había estado en Egipto y no dudó en situar los dibujos indios dentro de la misma clase que los que había visto en los obeliscos y los templos de ese país.

¹¹⁹ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, Prólogo. *Idem*, *Sum. Relac.*, manuscrito.

Los escritores no se ponen de acuerdo en si la deflagración tuvo lugar en la plaza de Tlatelolco o en Texcoco. Comp. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 188, y el pref. de Bustamante a Ixtlilxochitl, *Cruantés des Conquérens*, trad. de Ternaux, p. xvii.

¹²⁰ Ha sido mi obligación registrar estas dos muestras del padecimiento humano tan humillante para el orgullo del intelecto. Véase la *History of Ferdinand and Isabella*, parte 2, cap. 6.

¹²¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 10, cap. 27. Bustamante, *Mañanas de Alameda* (México, 1836), tom. II, Prólogo.

¹²² El inteligente gobernador, según Bustamante, don Lorenzo Zavala vendió al peso los documentos en los archivos de la Audiencia de México ¡a farmacéuticos, tenderos y fabricantes de cohetes! A la noble colección de Boturini no le fue mucho mejor.

¹²³ La historia de esta famosa colección es conocida por todos los estudiosos. Fue enviada al emperador Carlos V, poco después de la conquista, por el virrey Mendoza, marqués de Mondéjar. El navío cayó en manos de un barco francés y el manuscrito fue llevado a París. Después lo compró el capellán de la embajada inglesa y, después de entrar en posesión del anticuario Purchas, éste lo grabó, *in extenso*, en el tercer volumen de su *Pilgrimage*. Después de su publicación, en 1625, el original azteca perdió su importancia y cayó en un olvido tan completo que,

cuando finalmente la curiosidad del público se interesó por su destino, no se pudo encontrar ningún rastro. Los estudiosos especularon mucho al respecto, tanto aquí como en el extranjero, y el doctor Robertson zanjó la cuestión de su existencia en Inglaterra declarando que no había ninguna reliquia mexicana en el país a excepción de una copa de oro de Montezuma [*History of America* (Londres, 1796), vol. III, p. 370]. Sin embargo, a partir de entonces se ha encontrado el mismo Códice y varias pinturas mexicanas en la biblioteca Bodleiana. Este hecho ha traído cierto desprestigio para el historiador, quien, mientras investigaba en las colecciones de Viena y El Escorial, estaba tan ciego hacia las que tenía ante sus propios ojos. El descuido no parecerá tan extraordinario para un coleccionista de pura sangre, ya sea de manuscritos, de medallas o de cualquier otra curiosidad. El Códice Mendoza es, después de todo, una copia toscamente realizada con lápiz en papel europeo. Existió otra copia en la colección Boturini a partir de la cual el arzobispo Lorenzana grabó sus matriculas de tributos en México. Una tercera está en El Escorial, según el marqués de Spineto [*Lectures on the Elements of Hieroglyphics* (Londres), lect. 7]. Éste puede que sea probablemente el dibujo original. El Códice completo, copiado de los mapas bodleianos, con su interpretación española e inglesa, está incluido en la noble compilación de lord Kingsborough (vols. I, V, VI). Está distribuido en tres partes, que comprenden la historia civil de la nación, los tributos pagados por las ciudades y la economía doméstica y la disciplina de los mexicanos, y por lo completo de la interpretación es de gran importancia en relación con estos temas.

¹²⁴ Perteneció anteriormente a la familia Giustiniani, pero se le tenía tan mal cuidado que cayó en manos de los niños, que intentaron quemarlo varias veces. Afortunadamente, estaba pintado en piel de venado y, aunque un poco dañado, no fue destruido (Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 89, *et seq.*). Es imposible contemplar este brillante conjunto de formas y colores sin sentir cuán inútil es intentar recuperar la llave para los símbolos mitológicos aztecas, que están distribuidos aquí con la simetría y las interminables combinaciones de un calidoscopio. Se encuentra en el tercer volumen del trabajo de lord Kingsborough.

¹²⁵ Humboldt, que ha copiado algunas de sus páginas en su *Atlas Pittoresque*, no tiene ninguna duda sobre su origen azteca (*Vues des Cordillères*, pp. 266, 267). M. Le Noir incluso llega a leerlo en una exposición de mitología azteca con ocasionales analogías con la de Egipto y el Indostán (*Antiquités Mexicaines*, tom. II, Introd.). Las formas fantásticas de los símbolos jeroglíficos proveen de analogías para casi cualquier cosa.

¹²⁶ La historia de este Códice, grabado por entero en el tercer volumen de *Antiquities of Mexico*, no va más allá de 1739, cuando fue comprado en Viena por la biblioteca de Dresden. Está realizado en agave americano. Las figuras pintadas sobre él tienen poco parecido, tanto en los rasgos como en la forma, con las mexicanas. Están rematadas por una especie de casco que se parece de alguna manera a una moderna peluca. En la barbilla de uno de ellos podemos apreciar una barba, un signo a menudo usado, después de la conquista, para denotar a un

europeo. Muchas de las personas se sientan con las piernas cruzadas. Los perfiles de las caras y todo el contorno de las extremidades han sido dibujados con un espíritu y una libertad muy distinta de los contornos duros y angulosos de los aztecas. Los caracteres también están delicadamente delineados, generalmente en una forma irregular, aunque circular, y son muy detallados. Están distribuidos como los egipcios, tanto horizontal como perpendicularmente, más comúnmente de esta última forma, y por la dirección predominante de los perfiles parece que se leía de derecha a izquierda. Ya sea fonético o ideográfico, son de ese tipo compacto y puramente convencional que pertenece a un sistema bien asimilado para la comunicación del pensamiento. Uno no puede sino lamentar que no exista ninguna pista de la zona donde se obtuvo este manuscrito, quizá alguna parte de Centroamérica, de la región de las misteriosas razas que construyeron los monumentos de Mitla y Palenque. Aunque en realidad se parece un poco más a los símbolos de los bajorrelieves de Palenque que a las pinturas aztecas.

¹²⁷ Hay tres de éstos: el Códice Mendoza, el Telleriano-Remensis (anteriormente propiedad del arzobispo Tellier) en la biblioteca real de París y el manuscrito Vaticano n.º 3738. La interpretación de este último tiene señales evidentes de su origen reciente, probablemente como muy tardío del final del siglo XVI o principios del XVII, cuando los jeroglíficos se leían más con el ojo de la fe que con el de la razón. Quiquiera que fuera el comentarista (comp. *Vues des Cordillères*, pp. 203, 204, y *Antiquities of Mexico*, vol. VI, pp. 155, 222) ofrece una visión que muestra a los antiguos aztecas tan cristianos ortodoxos como cualquier súbdito del Papa.

¹²⁸ El número total de jeroglíficos egipcios descubierto por Champollion es de 864 y de éstos sólo 130 eran fonéticos, aunque este tipo de carácter se usa mucho más frecuentemente que los otros. *Précis*, p. 263, también Spineto, *Lectures*, lect. 3.

¹²⁹ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, Dedic.

Boturini, que viajó a través de todo el país, a mediados del siglo pasado, no pudo encontrar a nadie que pudiera siquiera darle una clave para los jeroglíficos aztecas; tan completamente borrado estaba cualquier vestigio de su antigua lengua de la memoria de los nativos (*Idea*, p. 116). Si debemos creer a Bustamante, sin embargo, existe una clave total para todo el sistema que se encuentra actualmente en algún lugar de España. Se llevó a casa durante el proceso contra el padre Mier, en 1795. El nombre del Champollion mexicano que lo descubrió es Borunda. Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, tom. II, p. 33, nota.

¹³⁰ Teoamoxtli, «el libro divino», como se le denomina. Según Ixtlilxochitl, fue compuesto por un doctor texcocano llamado Huématzin, a finales del siglo XVII (*Relaciones*, manuscrito). Daba constancia de las migraciones de su nación desde Asia, de las varias paradas de su viaje, de sus instituciones sociales y religiosas, de su ciencia, arte, etc., demasiado para un solo libro, *Ignotum pro magnifico*. Nunca lo ha visto un europeo. Se dice que los cronistas texcocanos poseían una copia cuando la toma de su capital [Bustamante, *Crónica Mexicana* (México, 1822), carta 3]. Lord Kingsborough, que puede oler el aroma de una raíz judía por muy

enterrada que esté, ha descubierto que el Teoamoxtlil era el Pentateuco. Por lo que, ¡ *teo* significa «divino»; *amotl*, «papel» o libro, y *moxtlil* «parece ser Moisés»! «Divino libro de Moisés», *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 204, nota.

¹³¹ Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, pp. 90-97. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 174-178.

¹³² «Los cantos con que las observaban Autores muy graves en su modo de ciencia y facultad, pues fueron los mismos Reyes, y de la gente mas ilustre y entendida, que siempre observaron y adquirieron la verdad, y esta con tanta, y razon, quanta pudieron tener los mas graves y fidedignos Autores», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, Prólogo.

¹³³ Véase cap. 6 de esta Introducción.

¹³⁴ Véase una relación de estos actores en Acosta (lib. 5, cap. 30), también en Clavijero (*Storia Antica del Messico, ubi supra*). A veces se encuentran modelos de máscaras de piedra entre las ruinas indias y hay grabados de las mismas tanto en el trabajo de Lord Kingsborough como en las *Antiquités Mexicaines*.

¹³⁵ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, apénd. 2.

Gama, comparando la lengua de la anotación mexicana con el sistema decimal de los europeos y el ingenioso sistema binario de Leibntz, confunde la aritmética oral con la escrita.

¹³⁶ *Ibid., ubi supra*.

Este erudito mexicano ha proporcionado un tratado muy satisfactorio sobre la aritmética de los aztecas en su segunda parte.

¹³⁷ Herodoto, *Euterpe*, sec. 4.

¹³⁸ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, apénd.

Según Clavijero, las ferias se hacían en los días que llevaban el signo del año. *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 62.

¹³⁹ La gente de Java, según sir Stamford Raffles, regulaban sus mercados también por una semana de cinco días. Tenían además nuestra semana de siete días (*History of Java* (Londres, 1830), vol. I, pp. 531, 532). Esta última división del tiempo, de uso generalizado por Oriente, es el monumento existente más antiguo de ciencia astronómica. Véase La Place, *Exposition due Système du Monde* (París, 1808), lib. 5, cap. I.

¹⁴⁰ Veytia, *Historia Antigua de Méjico* (Méjico, 1806), tom. I, caps. 6, 7. Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, pp. 33, 34, *et alibi*. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, pp. 4, 44, *et seq.* Códice Telleriano-Remensis, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 104. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 5.

¹⁴¹ Sahagún alberga dudas sobre esto. «Otra fiesta hacian de cuatro en cuatro años á honra del fuego, y en esta fiesta es *verosímil*, y *hay congeturas* que hacian su visiesto contando seis días de *nemontemi* », así se llamaban los cinco días funestos complementarios (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, apénd.). Pero este autor, aunque muy buena autoridad en cuanto a sus supersticiones, no tiene mucha importancia en la ciencia de los mexicanos.

¹⁴² Los persas tenían un ciclo de ciento veinte años de trescientos sesenta y cinco días cada uno, al final del cual intercalaban treinta días (Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 177). Esto era lo mismo que trece después del ciclo de cincuenta y dos de los mexicanos, pero era menos preciso que su probable intercalación de doce días y medio. Obviamente, es indiferente, en cuanto a precisión se refiere, qué múltiplo de cuatro se elige para formar el ciclo, aunque cuanto más corto el intervalo de intercalación menor será, por supuesto, la desviación temporal del tiempo real.

¹⁴³ Esta es la conclusión a la que llega Gama, después de una cuidadosa investigación sobre el tema. Él presupone que los «haces» o ciclos, de cincuenta y dos años (por los que, como veremos, los mexicanos computaban el tiempo), terminaban alternativamente en mediodía y medianoche (*Descripción*, parte I, p. 52, *et seq.*). Encuentra cierta confirmación de esto en los cálculos de Acosta (lib. 6, cap. 2), aunque le contradice Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 5, cap. 33), y según parece, Sahagún (cuyo trabajo sin embargo Gama nunca vio) (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 7, cap. 9), que sitúan el final del año en la medianoche. La hipótesis de Gama se ve confirmada por una circunstancia que no he visto señalada. Además de los «haces» de cincuenta y dos años, los mexicanos tenían un ciclo mayor de ciento cuatro años, llamado «un año viejo». Como éste no se utilizaba en sus estimaciones, que se hacían por «haces», parece altamente probable que fuera ideado para indicar un período que llevaría el comienzo de los ciclos menores a la misma hora y en el que se pudieran incluir sin fracciones los días intercalados, que ascendía a veinticinco.

¹⁴⁴ Esta longitud, según ha calculado Zach, de 365 d., 5 h., 48 m., 48 s., es sólo 2 m. y 9 s. mayor que la mexicana, que corresponde con el célebre cálculo de los astrónomos del califa Almamon, que se quedó dos minutos corta del tiempo real. Véase La Place, *Exposition due Système du Monde*, p. 350.

¹⁴⁵ «El corto exceso de 4 h., 38 m., 40 s., que hay de más de los 25 días en el período de 104 años, no puede componer un día entero, hasta que pasen mas de cinco de estos períodos máximos o 538 años» (Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, p. 23). Gama calcula el año solar en 365 d., 5 h., 48 m., 50 s.

¹⁴⁶ Los antiguos etruscos organizaron su calendario en ciclos de 110 años solares, calcularon el año en 365 d., 5 h., 40 m., al menos esto parece posible, dice Niebuhr [*History of Rome*, traducción inglesa (Cambridge, 1828), vol. I, pp. 113, 328]. Los primeros romanos no disponían de los conocimientos necesarios para

procurarse este preciso cálculo, que se quedaba a nueve minutos del tiempo real. La reforma juliana, que asumía la longitud del año en 365 d., 51/2 h., erró lo mismo o casi más por el otro lado. Y cuando los europeos, que aceptaron este calendario, llegaron a México, su cálculo era de once días por delante del tiempo exacto o, en otras palabras, del cálculo de los bárbaros aztecas, un hecho sorprendente.

Las investigaciones de Gama llevan a la conclusión de que el año del nuevo ciclo comenzaba para los aztecas el noveno día de enero, una fecha considerablemente anterior a la que normalmente asignan los escritores mexicanos (*Descripción*, parte I, pp. 49-52). Al posponer la intercalación al final de los cincuenta y dos años, la pérdida anual de seis horas hacía que cada cuatro años comenzara un día antes. Por tanto, el ciclo que comenzaba el nueve de enero comenzaba al quinto año el ocho y al noveno año el siete, etc., de tal manera que el último día de las series de cincuenta y dos años caía el veintiséis de diciembre, cuando la intercalación de trece días rectificaba la cronología y llevaba de nuevo el comienzo del año al nueve de enero. Torquemada, confundido por la irregularidad de la fecha de año nuevo, afirma que los mexicanos no conocían el exceso anual de seis horas y que, por tanto, ¡nunca lo intercalaban! (*Monarchia Indiana*, lib. 10, cap. 36). El intérprete del Códice Vaticano ha caído en una serie de errores en el mismo tema, todavía más ridículos (*Antiquities of Mexico*, vol. VI, pl. 16). ¡Había caído en el olvido demasiado pronto la ciencia azteca después de la conquista!

¹⁴⁷ Estos jeroglíficos eran: un «conejo», un «junco», un «pedernal» y una «casa». Se les daba la simbología de los cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra, según Veytia (*Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 5). No es fácil ver la conexión entre los términos «conejo» y «aire» que iniciaba las dos series.

¹⁴⁸ La siguiente tabla de dos de las cuatro indicciones de trece años cada uno, hará más claro el texto. La primera columna muestra el año actual del gran ciclo o «atadura». La segunda, los puntos numerales usados en su aritmética. La tercera está compuesta de sus jeroglíficos para conejo, junco, pedernal y casa en orden.

Si se continúan las combinaciones a lo largo de las restantes dos indicciones, se verá que nunca coincidirá el mismo número de puntos con el mismo jeroglífico.

Estas tablas se representan generalmente en forma de ruedas, como lo son también las de los meses y las de los días, creando un bello efecto. Se han publicado varias, en diferentes momentos, a partir de las colecciones de Sigüenza y Boturini. La rueda del gran ciclo de cincuenta y dos años está rodeada por una serpiente, que era también el símbolo de «una era», tanto para los persas como para los egipcios. El padre Toribio parece malinterpretar la naturaleza de estas ruedas cronológicas; «tenían rodela y escudos, y en ellas pintadas las figuras y armas de sus Demonios con su blasón». *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 4. Aquí viene una tabla de la numeración.

¹⁴⁹ Entre los chinos, los japoneses, los mongoles, los manchús y otras familias de la raza tártara. Sus series se componen de símbolos de los cinco elementos y de los doce signos del zodíaco, haciendo un ciclo de sesenta años de duración. Sus varios sistemas se muestran en conexión con el mexicano en las brillantes páginas

de Humboldt (*Vues des Cordillères*, p. 149), quien extrae importantes consecuencias de la comparación, a las que tendremos ocasión de volver más adelante.

¹⁵⁰ En este calendario, los meses del año tropical estaban distribuidos en ciclos de trece días, que, repitiéndose veinte veces (el número de días de un mes solar), completaban el año lunar o astrológico de 260 días, cuando el cómputo comenzaba de nuevo. «Mediante la treta de estas *trecenas* (plazo de trece días) y el ciclo de cincuenta y dos días», dice Gama, «formaban un período luni-solar, más exacto para fines astronómicos» (*Descripción*, parte I, p. 27). Añade que estas trecenas provenían de los períodos en los que la luna es visible antes y después de la conjunción. (*Loc. cit.*) Parece difícilmente posible que una gente capaz de construir un calendario tan preciso sobre los principios verdaderos del tiempo solar errara de manera tan burda como para suponer que en este cálculo realmente «representaban las revoluciones diarias de la luna». «Todo el mundo oriental», dice el erudito Niebuhr, «ha seguido la luna en su calendario, la libre división científica de una vasta porción de tiempo es específica de occidente. Conectado con el oriente, está ese mundo primitivo extinguido que llamamos nuevo». *History of Rome*, vol. I, p. 239.

¹⁵¹ Se las llamó «compañeros» y «señores de la noche» y se suponía que presidían la noche, al igual que los otros el día. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 57.

¹⁵² Por tanto, su año astrológico estaba dividido en meses de trece días, había trece años en sus indicciones que contenían cada uno trescientos sesenta y cinco períodos de trece días, etc. Es un hecho curioso que el número de meses lunares de trece días, incluido en un ciclo de cincuenta y dos años junto con la intercalación, se corresponda precisamente con el número de años en el gran período sótico de los egipcios, concretamente 1491, un período en el que las estaciones y las fiestas volvían a producirse en el mismo lugar en el año. La coincidencia puede ser accidental. Pero en un pueblo que emplea series periódicas y cálculos astrológicos, suelen darle un significado a los números que seleccionan y a las combinaciones a las que éstos conducen.

¹⁵³ Según Gama (*Descripción*, parte I, pp. 75, 76), porque 360 puede ser dividido por nueve sin fracción, los nueve «compañeros» no serían dependientes de los cinco días complementarios. Pero 4, un número místico mucho más usado en sus combinaciones aritméticas, habría respondido igualmente a ese propósito. Con respecto a esto, McCulloh observa, con mucha sagacidad que, «parece imposible que los mexicanos, tan cuidadosos en la construcción de su ciclo, lo terminaran abruptamente con 360 revoluciones, cuyo período natural de terminación es 2.340». Y supone que los nueve «compañeros» eran utilizados en conexión con los ciclos de 260 días, para proyectarlos a ciclos mayores de 2.340, ocho de los cuales con un noveno de 260 días, establece que es igual al gran período solar de cincuenta y dos años (*Researches*, pp. 207, 208). Esto es muy plausible. Pero de hecho las combinaciones de las dos primeras series, que forman el ciclo de 260 días, siempre eran interrumpidas al final de año, ya que cada año nuevo

comenzaba con el mismo jeroglífico de los días. La tercera serie de los «compañeros» era interrumpida, como se ha dicho anteriormente, durante los cinco días nefastos que cerraban el año para que, si debemos creer a Boturini, el primer día del año solar pudiera tener junto a él al primero de los nueve «compañeros», que quería decir «señor del año» (*Idea*, p. 57), un resultado que se podría haber asegurado igualmente sin ninguna intromisión en absoluto, cogiendo el 5, otro número favorito, en lugar del 9 como divisor. De cualquier modo, tal y como era el ciclo en lo que se refiere a la tercera serie, terminaba con 360 revoluciones. El tema es desconcertante y difícilmente puedo esperar haberlo presentado de una forma que lo haga completamente claro al lector.

¹⁵⁴ *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, Introd.

¹⁵⁵ «Dans le pays les plus différentes», dice Benjamin Constant, concluyendo con unas sensatas reflexiones sobre las fuentes del poder de la clase sacerdotal, «chez les peuples de mœurs les plus opposées, le sacerdoce a dû au culte des éléments et des astres un pouvoir dont aujourd'hui nous concevons á peine l'idée», *De la Religión* (Paris, 1825), lib. 3, cap. 5.

¹⁵⁶ «It is a gentle and affectionate thought,

That, in immeasurable heights above us

At our first birth the wreath of love was woven

With sparkling stars for flowers»

Coleridge, traducción de Wallenstein, act. 2, sec. 4.

Schiller es más fiel a la poesía que a la historia cuando nos dice, en el hermoso pasaje al que este verso pertenece, que el culto a las estrellas vino de la mitología clásica. Existía ya mucho antes.

¹⁵⁷ Gama nos ha legado un almanaque completo del año astrológico, con los correspondientes signos y divisiones, mostrando con qué habilidad científica se adaptaba a sus varios usos (*Descripción*, parte I, pp. 25-31, 62-76). Sahagún ha dedicado un libro entero a explicar el valor y la importancia mística de estos signos, con una minuciosidad tal que permitiría hacerse el horóscopo a uno mismo (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4). Es evidente que creía completamente en las maravillas mágicas que contaba. «Era un arte engañoso», dice, «perniciosa e idólatra, y no fue nunca ideado para la razón humana». El buen padre no era ciertamente un filósofo.

¹⁵⁸ Véase, entre otros, el Códice Telleriano-Remensis, parte 4, pl. 22, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. I.

¹⁵⁹ «Difícilmente se puede dudar», dice lord Kingsborough, «que los mexicanos conocían muchos instrumentos científicos de extraña invención, comparados con los nuestros, no se sabe si el telescopio se encontraba entre ellos, pero el grabado decimotercero de los *Monuments* de M. Dupalix, parte segunda, que representa a un hombre sosteniendo cerca de sus ojos, algo de una naturaleza similar, aporta razones para suponer que conocían cómo mejorar los poderes de la

visión» (*Antiquities of Mexico*, vol. VI, p.15, nota). El instrumento al que alude está rudamente tallado en una roca cónica. No se eleva por encima del cuello de la persona que lo sujeta y se parece más, en mi opinión, a un mosquete que a un telescopio, aunque no inferiría de esto el uso de armas de fuego entre los aztecas (véase vol. IV, pl. 15). El capitán Dupaix, sin embargo, en sus comentarios al dibujo ve más o menos lo mismo que lord Kingsborough. *Ibid.*, vol. V, p. 241.

¹⁶⁰ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, sec. 4; parte 2, Apénd.

Además de este colosal fragmento, Gama conoció otros, diseñados probablemente para usos científicos similares en Chapoltepec. Antes de que tuviera tiempo de examinarlos, sin embargo, fueron despedazados ¡para construir un horno! Una suerte parecida a la que han sufrido demasiado a menudo los monumentos artísticos del viejo mundo.

¹⁶¹ En su segundo tratado sobre la piedra cilíndrica, Gama trata en mayor profundidad el tema de su construcción científica como un reloj de sol vertical, para disipar las dudas de algunos tercos escépticos sobre este punto (*Descripción*, parte 2, apénd. I). El día civil se distribuía para los mexicanos en dieciséis partes, y comenzaba, como los de muchas naciones asiáticas, con el amanecer. M. de Humboldt, que probablemente nunca vio el segundo tratado de Gama, sólo acepta ocho intervalos. *Vues des Cordillères*, p. 128.

¹⁶² «Un calendrier», exclama el entusiasta Carli, «qui est réglé sur la révolution annuelle du soleil, non seulement par l'addition de cinq jours tous les ans, mais encore par la correction du bessextille, doit sans doute éter regardé comme une opération déduite d'une étude réfléchie, et d'une grande combinación. Il faut donc supposer chez ces peuples une suite d'observations astronomiques, une idée distincte de la sphère, de la déclinaison de l'écliptique, et l'usage d'un calcul concertant les jours et les heures des apparitions solaires». *Lettres Américaines*, tom. I, let. 23.

¹⁶³ La Place, que sugiere la analogía, admite francamente la dificultad. *Système du Monde*, lib. 5, cap. 3.

¹⁶⁴ M. Jomard se equivocó a la hora de situar el *fuego nuevo*, ceremonia con la que concluía realmente el viejo ciclo, en el solsticio de invierno. No era hasta el 26 de diciembre, si Gama no se equivocó. La causa del error de M. Jomard es que la sitúa antes y no después de los cinco días complementarios. Véase su sensata carta sobre el calendario azteca en *Vues des Cordillères*, p. 309.

¹⁶⁵ En el mismo momento de su culminación, tanto según Sahagún (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, apénd.) como Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 10, caps. 33, 36). Pero esto no puede ser, ya que esto sucedía a medianoche, en noviembre, en la época de la última fiesta secular, así que fue al principio del reinado de Moctezuma, en 1507 (Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, p. 50, nota. Humboldt, *Vues des Cordillères*, pp. 181, 182). Cuanto más tarde situemos el comienzo del nuevo ciclo,

mayores deberían ser las discrepancias.

¹⁶⁶ «On his bare breast the cedar boughs are laid;
On his bare breast, dry sedge and odorous gums
Laid ready to receive the sacred spark,
And blaze, to herald the ascending Sun,
Upon his living altar»

Southey Madoc, parte 2, canto 26.

¹⁶⁷ Tomo prestadas las palabras del llamamiento por el que la gente era convocada a la *ludi seculares*, los juegos seculares de la antigua Roma, «*quos nec spectâsset quisquam, nec spectaturus esset* » (Suetonio, *Vita Tib. Claudii*, lib. 5). Los viejos cronistas mexicanos se encienden con algo parecido a la elocuencia en sus descripciones de la fiesta azteca (Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 10, cap. 33. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 5. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 7, caps. 9-12. Véase también Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, pp. 52-54. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 84-86). El lector inglés encontrará una descripción más colorista de la misma escena en el canto de Madoc, citado anteriormente, «On the close of the century».

Capítulo V

Agricultura azteca. Artes mecánicas. Mercaderes. Costumbres domésticas

Es muy difícil que una nación tan avanzada como los aztecas en la ciencia matemática no hubiera alcanzado un considerable progreso en las artes mecánicas, con las que se encuentra tan íntimamente relacionada. En realidad, el progreso intelectual de cualquier tipo implica un grado de refinamiento que requiere a su vez un grado de desarrollo, tanto en las artes útiles como en las elegantes. El salvaje que merodea por el ancho bosque sin protección para la cabeza, ni vestido para la espalda, no conoce otros deseos que los apetitos animales y cuando éstos quedan satisfechos le parece que ha respondido a los únicos fines de su existencia. Pero el hombre, dentro de la sociedad, siente el surgimiento de numerosos deseos y gustos artificiales, adaptados a las diferentes conexiones que le rodean y que espolean constantemente su imaginación para inventar nuevos modos de satisfacerlos.

Hay una enorme diferencia en las habilidades mecánicas de las diferentes naciones, pero esta diferencia se hace aún mayor en el poder de invención que dirige estas habilidades y las hace factibles. Algunas naciones parecen no tener más poder que el de la imitación, o si poseen capacidad de invención, es en tan bajo grado que repiten constantemente la misma idea sin el mínimo atisbo de alteración o mejora, de la misma manera que el pájaro construye el mismo tipo de nido que los de su especie construyen desde el principio del mundo. Tales son, por ejemplo, los chinos, que

probablemente conocen desde hace siglos los gérmenes de algunos descubrimientos, de poco beneficio práctico para ellos mismos, pero que bajo la influencia del genio europeo han llegado a un nivel de excelencia que ha provocado importantes cambios en la constitución de la sociedad.

Lejos de mirar hacia atrás y de construirse esclavizado por el pasado, el intelecto europeo se caracteriza por estar siempre avanzando. Los viejos descubrimientos se convierten en las bases de los nuevos. Avanza de verdad en verdad, uniendo el conjunto mediante una sucesión de eslabones, como si fuera la gran cadena de la ciencia que rodea y mantiene unido al universo. La luz del conocimiento se proyecta sobre las obras de arte. Se abren nuevas avenidas para la comunicación tanto de las personas como del pensamiento. Se crean nuevos servicios para la subsistencia. Las comodidades personales de todo tipo se multiplican de manera inconcebible y se ponen al alcance de los más pobres. Con esta seguridad, los pensamientos viajan a una región más noble que la de los sentidos, y se hacen instrumentos de arte para atender las demandas de un gusto elegante y de una cultura moral más elevada.

Ese mismo espíritu iluminado, al aplicarse a la agricultura, la eleva por encima de una mera monotonía mecánica o una estéril fórmula de preceptos tradicionales, a la dignidad de ciencia. Al analizar la composición de la tierra, el hombre conoce la capacidad del terreno que cultiva y a medida que se va extendiendo su dominio sobre los elementos de la naturaleza, gana el poder de estimularla hasta su más copiosa y variada producción. Podemos volvernos hacia la tierra de nuestros padres con satisfacción, como aquella en la que se ha llevado a cabo el experimento a la mayor escala y concluido con resultados que el mundo nunca antes había presenciado. Es igualmente correcto señalar a la raza anglosajona en ambos hemisferios, como aquella cuyo genio

emprendedor, al aplicar la ciencia a las artes útiles, ha contribuido de manera más esencial a los grandes intereses de la humanidad.

La mayoría de las rudimentarias tribus norteamericanas practicaban de hecho la agricultura de manera muy limitada. Dondequiera que vieran un claro natural en el bosque o una rica franja de *bancales* o se encontraran una verde ladera a lo largo de los ríos, plantaban judías o maíz¹⁶⁸. Dada la forma extremadamente descuidada de atender sus cultivos, éstos no podían asegurar a los desprevenidos nativos contra la repetición de desoladoras hambrunas. Aun así, el solo hecho de que labraran la tierra era una peculiaridad que las distinguía honorablemente de otras tribus de cazadores y los elevaba a un cierto grado en la civilización.

La agricultura en México se encontraba en el mismo estado de desarrollo que las otras artes de la vida social. En pocos países ciertamente ha sido más respetada. Estaba íntimamente imbricada con las instituciones civiles y religiosas de la nación, había deidades específicas que la presidían, los nombres de los meses y de las fiestas religiosas estaban relacionados en mayor o en menor grado con ella, los impuestos públicos, como ya hemos visto, se pagaban a menudo en productos agrícolas. Todos, incluso los habitantes de las ciudades, a excepción de los soldados y los grandes nobles, cultivaban la tierra. El trabajo lo realizaban principalmente los hombres, mientras que las mujeres lanzaban las semillas, pelaban el maíz y participaban sólo en los trabajos más ligeros del campo¹⁶⁹. En esto representaban un honorable contraste con las demás tribus del continente, que imponían la carga de la agricultura, con lo dura que resulta en el norte, a sus mujeres¹⁷⁰. Realmente el sexo era tan tiernamente considerado por los aztecas en este sentido como en la mayoría de las partes de Europa hoy en día.

No había falta de criterio en el aprovechamiento de sus

tierras. Cuando se quedaba un poco exhausta, se le permitía recuperarse, dejándola en barbecho. Su extrema sequedad se aliviaba con canales, mediante los que se irrigaba parcialmente la tierra. Con el mismo fin se impusieron severos castigos contra la destrucción de los bosques, que, como hemos indicado antes, cubrían espesamente el país antes de la conquista. Por último, tenían amplios graneros para las hambrunas, cuya admirable construcción elogiaron los conquistadores. En esta previsión vemos el amanecer del hombre civilizado¹⁷¹.

Entre los artículos más importantes de la agricultura, debemos señalar el plátano, cuyo fácil cultivo y exuberante rendimiento, son tan terribles para los hábitos de una industria sistemática y fuerte¹⁷². Otra planta famosa era el cacao, la fruta de la que se hace el chocolate, del mexicano *chocolatl*, una bebida muy común hoy en día por toda Europa¹⁷³. La vainilla, confinada a un pequeño distrito de la costa, se usaba para el mismo propósito que la usamos nosotros, condimentar la comida y la bebida¹⁷⁴. El alimento básico principal, como en realidad en la mayoría del continente americano, era el maíz o grano indio, que crecía libremente en los valles y por las abruptas laderas de las cordilleras hasta el alto nivel de la meseta. Los aztecas eran tan cuidadosos en su preparación y tan bien instruidos en sus múltiples usos como la más experta ama de casa de Nueva Inglaterra. Sus enormes tallos en estas regiones del equinoccio aportan una materia almibarada que no se encuentra de la misma manera en latitudes más septentrionales y proporcionaba a los nativos un azúcar un poco inferior al de caña, que no fue introducido hasta después de la conquista¹⁷⁵. Pero el milagro de la naturaleza era el gran aloe mexicano o *maguey*, cuyas apiñadas pirámides de flores, vigilantes sobre las oscuras coronas de hojas, se esparcían sobre muchos acres de tierra de la

meseta. Como ya hemos señalado, sus hojas machacadas aportaban pasta para la fabricación de papel¹⁷⁶; su jugo se fermentaba para hacer una bebida alcohólica, el *pulque*, al que los nativos, hasta hoy en día, son extremadamente aficionados¹⁷⁷; más aún, sus hojas proporcionaban una techumbre impenetrable para las casas más humildes, hilo del que se fabricaban productos bastos y de su dura y contrahecha fibra se sacaban fuertes cuerdas; de las espigas y del extremo de sus hojas se hacían alfileres y agujas, y la raíz, cocinada debidamente, se convertía en una comida agradable y nutritiva. El *agave*, en pocas palabras, era carne, bebida, ropa y material de escritura para los aztecas. Seguramente la naturaleza nunca condensó de una forma tan compacta tantos de los elementos del confort y de la civilización humana¹⁷⁸.

Estaría, obviamente, fuera de lugar enumerar en estas páginas todas las variedades de plantas, muchas de ellas con virtudes medicinales, que han sido introducidas en Europa desde México. Menos aún puedo intentar hacer un catálogo de sus flores, que, con sus abigarrados y alegres colores, son la mayor atracción de nuestros invernaderos. Los climas opuestos que conviven en las estrechas latitudes de Nueva España le han dado probablemente la flora más rica y variada que se pueda encontrar en ningún país del globo. Los aztecas, que conocían bien sus propiedades, organizaban todos estos productos de forma sistemática, reuniéndolos en viveros más grandes que cualquiera de los que entonces existían en el viejo mundo. No sería extraño que sugirieran la idea de los «jardines botánicos» introducidos en Europa no muchos años después de la conquista¹⁷⁹.

Los mexicanos conocían los minerales tanto como los tesoros vegetales de su reino. La plata, el plomo y el estaño lo sacaban de las minas de Tasco, el cobre de las montañas de Zacotollan, que no se extraían sólo de las masas en bruto

de la superficie, sino de vetas abiertas en la roca viva, en la que hacían grandes galerías. De hecho estos restos de sus trabajos se convirtieron en las mejores indicaciones para los primeros mineros españoles. El oro, que se encontraba en la superficie o era recogido de los lechos de los ríos, se fundía en barras o bien en forma de polvo y formaba parte de los tributos regulares de las provincias meridionales del imperio. El uso del hierro, del que el terreno estaba impregnado, les era desconocido. A pesar de su abundancia, requiere tantos procesos para poder ser utilizado que generalmente ha sido uno de los últimos metales trabajado para el uso del hombre. La edad de hierro ha seguido a la del bronce tanto en la realidad como en la ficción¹⁸⁰.

Encontraron un sustituto en una aleación de estaño y cobre, y con instrumentos fabricados de este bronce podían cortar no sólo metales, sino que, con la ayuda de un polvo de silicio, incluso sustancias más duras, como el basalto, el pórfido, las amatistas y las esmeraldas¹⁸¹. Estas últimas, que se encontraban de gran tamaño, las trabajaban en formas muy curiosas y fantásticas. También fundían recipientes de oro y plata, tallándolos con sus cinceles metálicos de un modo muy delicado. Algunos de estos recipientes de plata eran tan grandes que un hombre no podía abarcarlos con los brazos. Imitaban bellamente formas de animales y, lo que era extraordinario, podían mezclar los metales de tal manera que las plumas de un pájaro o las escamas de un pez fueran alternativamente de plata u oro. Los orfebres españoles admitían la superioridad de los aztecas en estos ingeniosos trabajos¹⁸².

Utilizaban otro instrumento fabricado de *itztli* u obsidiana, un mineral oscuro y transparente extremadamente duro, que se encuentra en abundancia en sus colinas. Lo convertían en dagas, cuchillas y en sus espadas serradas. Se tallaba un extremo afilado que pronto

se quedaba romo. Con éstos trabajaban las diferentes piedras y alabastros empleados en la construcción de sus obras públicas y edificios nobles. Dejaré para el cuerpo de la narración una descripción más detallada y tan sólo añadiré aquí que las entradas y los ángulos de sus edificios estaban profusamente ornamentados con imágenes, a veces de sus deidades fantásticas y frecuentemente de animales¹⁸³. Estos últimos se realizaban con gran precisión. «Los primeros», según Torquemada, «eran los horribles reflejos de sus propias almas. Y solamente una vez que se convirtieron al cristianismo pudieron modelar la verdadera figura del hombre»¹⁸⁴. Las afirmaciones del viejo cronista están bien fundadas, pensemos lo que pensemos de sus razones. Los fantasmas alegóricos de su religión, sin duda, ofrecían una directiva al artista azteca a la hora de delinear la figura humana y le proporcionaban una belleza imaginaria en la personificación de la misma divinidad. A medida que estas supersticiones fueron perdiendo su fuerza en la mente del artista, éste se abrió a las influencias de un gusto más puro y después de la conquista los mexicanos proporcionaron muchos ejemplos de retratos correctos y algunos de bella factura.

Las imágenes esculpidas eran tan numerosas que los cimientos de la catedral en la *plaza mayor*, la gran plaza de México, se dice que están enteramente contruidos con ellas¹⁸⁵. Este punto realmente puede considerarse como el foro azteca, el gran depósito de los tesoros de la antigua escultura que ahora yacen en sus entrañas. Este tipo de monumentos están desperdigados por toda la capital y es difícil cavar un nuevo sótano o colocar los cimientos de un edificio sin descubrir alguna de estas enmohecidas reliquias del arte bárbaro. Pero se les presta poca atención y si no se las destroza gratuitamente de forma inmediata, se las convierte normalmente en un muro o en el soporte de un

nuevo edificio¹⁸⁶. ¡Dos célebres bajorrelieves del último Montezuma y su padre, grabados en la roca en los bellos bosques de Chapoltepec, fueron destruidos de forma deliberada ya en el siglo pasado por orden del gobierno!¹⁸⁷. Los monumentos de los bárbaros encuentran tanto respeto por parte del hombre civilizado como los del hombre civilizado por parte de los bárbaros¹⁸⁸.

La escultura más notable que se ha desenterrado hasta hoy en día es la gran piedra calendario, indicada en el capítulo anterior. Está hecha de pórfido negro, calculándose que pesaba en sus dimensiones originales al salir de la cantera cerca de cincuenta toneladas. Fue transportada de las montañas más allá del lago Chalco, una larga distancia de muchas leguas a través de un paisaje abrupto atravesado por cursos de agua y canales. Al cruzar un río que pasaba sobre uno de estos últimos en la capital, el apoyo cedió y la gran masa se precipitó al agua, de donde fue recuperada con dificultad. El hecho de que un fragmento tan enorme de pórfido pudiera transportarse de forma tan segura durante leguas, enfrentando esos obstáculos y sin la ayuda de ganado (ya que los aztecas, como hemos dicho anteriormente, no tenían animales de tracción) nos sugiere que su habilidad mecánica y su maquinaria no era nada mala e implica un grado de cultura parecido al demandado por la ciencia geométrica y astronómica que se muestra en las inscripciones de la misma piedra¹⁸⁹.

Los antiguos mexicanos fabricaban utensilios de arcilla para las actividades cotidianas de la vida doméstica, muchos de los cuales todavía existen¹⁹⁰. Hacían copas y vasijas de madera pintada o barnizada, impermeables a la humedad y de brillantes colores. Sus tintes se obtenían tanto de sustancias minerales como vegetales. Entre ellos se encontraba el rojo carmesí de la cochinilla, el rival moderno del afamado púrpura de Tiro. Fue introducido en Europa

desde México, donde el curioso y pequeño insecto era alimentado con gran cuidado en plantaciones de cactus que a partir de entonces cayeron en el descuido¹⁹¹. De esa manera los nativos podían dar un brillante colorido a sus tejidos, que se fabricaban de todos los tipos de calidad, a partir del algodón que se cultivaba en abundancia en las regiones más cálidas del país. Tenían también el arte de entretrejer con éstas el delicado pelaje del conejo y otros animales, lo que hacía un tejido muy cálido y bello, completamente original, sobre el que a menudo trazaban ricos bordados de pájaros, flores o algún otro emblema¹⁹².

Pero el arte en el que más se deleitaban era su *plumaje**. Con éste podían reproducir perfectamente el efecto de un bello mosaico. El magnífico plumaje de los pájaros tropicales, especialmente de la familia de los loros, proporcionaba toda la paleta de colores, mientras que el bello plumaje del colibrí, que se deleitaba en bandadas entre el ramaje de la madreselva de México, les proporcionaba suaves y etéreos matices que prestaban un acabado exquisito al dibujo. Las plumas, empastadas sobre una buena tela de algodón, se convertían en vestidos para los ricos, en tapices para las habitaciones y en ornamentos para los templos. Ninguna de las telas americanas provocó tanta admiración en Europa, donde los conquistadores enviaron muchos ejemplares. Es lamentable que un arte tan elegante haya caído en declive¹⁹³.

No había tiendas en México, sino que los diferentes fabricantes y productores agrícolas se reunían para vender en grandes mercados en las principales ciudades. Las ferias tenían lugar cada cinco días y en ellas se abarrotaba una numerosa concurrencia que venían a comprar o vender desde el campo circundante. Cada tipo de artículo tenía un lugar asignado. Las numerosas transacciones se realizaban sin confusión y con total respeto a la justicia, bajo la

inspección de jueces nombrados para ese propósito. El tráfico se realizaba parte en trueque y parte en moneda regulada de diferentes valores. Ésta consistía en diferentes cañones de plumas transparentes rellenos de polvo de oro, en trozos de estaño cortado en forma de T y en bolsas de cacao que contenían un número concreto de granos. «Bendito dinero», exclamaba Pedro Mártir, «que exime a sus poseedores de la avaricia, ya que no puede esconderse mucho tiempo, ni enterrarse bajo tierra»¹⁹⁴.

No existía en México esa distinción de castas que se encontraba entre los egipcios y las naciones asiáticas. Era normal, sin embargo, que el hijo continuara la profesión del padre. Los diferentes oficios se organizaban en algo parecido a los gremios, teniendo cada uno un barrio concreto de la ciudad destinado a ellos, con su propio jefe, su propia deidad patrona, sus propias fiestas, etc. El comercio se tenía en altísima estima por los aztecas. «Aplicáte, hijo mío», era el consejo del anciano jefe, «a la agricultura o al trabajo de las plumas o a otra vocación honrosa. Así hicieron tus ancestros antes que tú. De otra manera, ¿cómo podrían haber ganado para ellos y los suyos? Nunca se ha oído que sólo la nobleza pudiera mantener a su poseedor»¹⁹⁵. Perspicaces máximas que tienen que haber sonado un poco extrañas a los oídos de los *hidalgos*^{*} españoles¹⁹⁶.

Pero la ocupación especialmente respetada era la de mercader. Era un rasgo tan importante y singular de su economía social, que merecería mucho más interés específico del que ha recibido por parte de los historiadores. El mercader azteca era una especie de comerciante ambulante que viajaba a las fronteras más remotas del Anáhuac y a países aún más lejanos, llevando con él mercancía de ricos productos, joyas, esclavos y otros valiosos bienes. Los esclavos se obtenían en el gran mercado de Azcapotzalco, no muy lejos de la capital, donde se

realizaban con regularidad ferias para vender a estos desgraciados seres humanos. Sus amos les llevaban allí, vestidos con sus ropas más alegres y con instrucciones de cantar, bailar y mostrar su pequeño arsenal de destrezas personales, para venderse a sí mismos al comprador. La profesión de mercader de esclavos era honorable entre los aztecas¹⁹⁷.

Con esta rica carga, el mercader visitaba las diferentes provincias, siempre llevando algún regalo de valor de su propio soberano para los jefes y recibiendo generalmente otros a cambio, junto con un permiso de comercio. En caso de que el permiso fuera denegado, o de que sufriera cualquier humillación o violencia, tenía medios en su poder para resistirse. Hacía sus viajes con un número de compañeros de su mismo rango y un gran cuerpo de ayudantes de rango inferior, contratados para transportar los bienes. La carga normal de un hombre era de cincuenta o sesenta libras. Toda la caravana iba armada y tan bien provista contra hostilidades imprevistas que podían defenderse bien si era necesario, hasta que llegaran refuerzos de casa. En una ocasión, un cuerpo de estos combativos comerciantes mantuvo un asedio de cuatro años en la ciudad de Ayotlán, que finalmente arrebataron al enemigo¹⁹⁸. Su propio gobierno, sin embargo, siempre estaba dispuesto a embarcarse en una guerra por estos motivos, encontrando siempre un pretexto conveniente para expandir el imperio mexicano. No era extraño que se permitiera a los mercaderes reclutar ellos mismos soldados, que eran puestos a sus órdenes. Más aún, era muy común que el príncipe utilizara a los mercaderes como una especie de espías para que le proporcionaran información sobre el estado de los países por los que pasaban y la disposición de los habitantes hacia él¹⁹⁹.

De esta manera, su esfera de acción era mucho más

amplia que la de un modesto comerciante y adquirirían una gran consideración dentro del cuerpo político. Se les permitía que adoptaran insignias y emblemas propios. Algunos de entre ellos constituían lo que los escritores españoles llamaban un consejo de finanzas, al menos así sucedía en Texcoco²⁰⁰. Eran muy consultados por el monarca, quien tenía constantemente a algunos de ellos cerca de su persona, dirigiéndoseles con el título de «tío», lo que nos puede recordar mucho a aquel de «primo» con el que el soberano saluda a los grandes de España. Se les permitía tener sus propios tribunales, en los que se juzgaban casos civiles y penales sin exceptuar los delitos que llevaban aparejada la pena capital, de tal manera que formaban casi una comunidad independiente. Y como sus diferentes comercios les proporcionaban abundantes riquezas, disfrutaban de muchas de las ventajas esenciales de una aristocracia hereditaria²⁰¹.

Constituye ciertamente una anomalía histórica, el hecho de que el comercio se convirtiera en un modo eminente de promoción política en una nación tan sólo parcialmente civilizada, en las que generalmente los únicos títulos de respeto son los de los soldados y los sacerdotes. Crea cierto contraste con el estándar de las monarquías más elegantes del viejo mundo, entre cuyas filas se supone que se deshonra uno menos por una vida de fácil holgazanería o placeres frívolos, que por una de fines activos que promueven igualmente la prosperidad del estado y del individuo. Si bien la civilización corrige muchos prejuicios, se debe reconocer que crea otros nuevos.

Nos formaremos una mejor idea del verdadero refinamiento de los nativos entrando en su vida doméstica y observando la relación entre los sexos. Afortunadamente disponemos de los medios para hacerlo. Encontraremos al feroz azteca desplegando con frecuencia toda la sensibilidad

de una naturaleza cultivada, consolando a sus amigos en horas de aflicción o felicitándoles por su buena suerte, por ejemplo, a la hora del casamiento o del nacimiento o el bautizo de un hijo, donde las visitas se cumplían de forma escrupulosa, llevando como regalos caros vestidos y ornamentos, o una ofrenda más simple de flores que mostraba igualmente sus simpatías. Las visitas en estos momentos, aunque reguladas con toda la precisión de la cortesía oriental, eran acompañadas de expresiones de la más cordial y afectuosa consideración²⁰².

La disciplina de los hijos era extremadamente severa, especialmente en los colegios públicos, como se indicó en el capítulo anterior²⁰³. Pero una vez que había llegado a una edad madura, la doncella azteca era tratada por sus padres con una dulzura, de la que parece haberse desvanecido cualquier reserva. En los consejos a una hija a punto de entrar en la vida, la conminaban a conservar la sencillez, tanto en sus modales como en la conversación, una pulcritud permanente en su atuendo, con estricta atención a la limpieza personal. Le inculcaban la modestia como el gran adorno de una mujer y el respeto incondicional al marido, suavizando sus admoniciones con los epítetos más cariñosos que puede mostrar todo el amor paterno²⁰⁴.

Entre los mexicanos se permitía la poligamia, aunque seguramente confinada a las clases más pudientes²⁰⁵. Y las obligaciones de los votos matrimoniales, que se realizaban con toda la formalidad de una ceremonia religiosa, eran plenamente reconocidas e inculcadas a ambas partes. Los españoles describen a las mujeres como bellas, al contrario de sus desafortunadas descendientes de hoy en día, aunque con el mismo tinte serio y un poco melancólico en el rostro. Su largo y oscuro pelo, cubierto en algunas partes del país por un velo fabricado del fino tejido de la *pita*, podía contemplarse generalmente coronado de flores o, entre los

más ricos, con sartas de piedras preciosas y perlas del golfo de California. Parece que eran tratadas con mucha consideración por parte de sus maridos, y pasaban su tiempo en una tranquilidad indolente o en ocupaciones femeninas como el hilado, el tejido y similares, mientras que las horas de las doncellas transcurrían agradablemente ensayando cuentos y baladas tradicionales²⁰⁶.

La mujer, al igual que los hombres, tomaba parte en las fiestas y entretenimientos sociales, que generalmente se realizaban a gran escala, tanto en cuanto al número de huéspedes como al coste de los preparativos. El banquete lo servían numerosos ayudantes de ambos sexos. Se perfumaban los salones con fragancias y se adornaban los palacios con hierbas olorosas y flores, profusamente distribuidas entre los invitados a medida que llegaban. Cuando iban sentándose a la mesa, se colocaban ante ellos servilletas de algodón y aguamaniles, ya que los aztecas observaban meticulosamente la venerable ceremonia de la ablución²⁰⁷ antes y después de comer²⁰⁸. Posteriormente, se ofrecía a los visitantes tabaco en pipas o en forma de cigarros, mezclado con sustancias aromáticas, insertados en tubos de concha de tortuga o de plata. Apretaban los orificios de la nariz con los dedos mientras inhalaban el humo, que frecuentemente se tragaban. No se nos dice si a las mujeres, que se sentaban en una mesa aparte de la de los hombres, se les permitía disfrutar de la fragante hierba como en los círculos más refinados del México moderno. Es un hecho curioso que los aztecas también tomaran la hoja seca en polvo de rapé²⁰⁹.

La mesa estaba bien abastecida de sustanciosas carnes, especialmente de caza, entre las cuales la que más destacaba era el pavo, que se supone erróneamente originario del Este, como su nombre sugiere* ²¹⁰. Estos platos más consistentes eran acompañados por otros de verduras y frutas de todas

las deliciosas variedades que se encuentran en el continente norteamericano. Las diferentes viandas se preparaban de diversas maneras, con delicadas salsas y condimentos, a los que los mexicanos eran muy aficionados. A continuación agasajaba su paladar con dulces y pastas para las que su harina de maíz y el azúcar proporcionaban materiales más que suficientes. A veces se añadía al banquete otro plato de naturaleza distinta, especialmente cuando la celebración tenía un carácter religioso. En ocasiones así, se sacrificaba un esclavo y su carne cuidadosamente cocinada conformaba uno de los principales adornos del banquete. El canibalismo como ciencia epicúrea se hace todavía más repugnante²¹¹.

Las carnes se mantenían calientes con hornillos. La mesa estaba decorada con vasos de plata y a veces de oro, de delicada artesanía. Las copas para la bebida y las cucharas eran de los mismos materiales costosos, así como de concha de tortuga. La bebida favorita era el *chocolatl*, sazonado con vainilla y otras especies. Tenían una manera de preparar la espuma de éste que lo hacía lo suficientemente sólido como para poder masticarlo y lo tomaban frío²¹². El zumo fermentado del maguey, con una mezcla de dulces y ácidos, proporcionaba también varias bebidas agradables de diferente graduación y constituía la principal bebida de la parte más anciana de la concurrencia²¹³.

En cuanto acababan su ágape, los jóvenes se levantaban de la mesa para finalizar las celebraciones del día con bailes. Bailaban con gracia al son de diferentes instrumentos, acompañando sus movimientos con cantos de carácter agradable aunque quejumbroso²¹⁴. Los invitados más mayores continuaban sentados a la mesa, sorbiendo pulque y charlando sobre otros tiempos, hasta que las virtudes de la estimulante bebida los ponían de buen humor consigo mismos. La embriaguez no era extraña en esta parte de los invitados y, lo que es más extraño, les era excusada, aunque

se castigaba duramente en los jóvenes. El entretenimiento concluía con una generosa distribución de ricos vestidos y adornos entre los invitados, cuando se retiraban, después de medianoche, «algunos elogiando la fiesta y otros condenando el mal gusto o la extravagancia del anfitrión de la misma manera», según el viejo escritor español, «que nosotros»²¹⁵. La naturaleza humana es realmente muy parecida por todo el mundo.

En este extraordinario retrato de costumbres, que he copiado fielmente a partir de los registros de la época más cercana a la conquista, no encontramos ningún parecido con las demás razas indias de Norteamérica. Se puede rastrear algún parecido en el estilo general de la pompa y el lujo asiático. Pero en Asia, en vez de permitir a la mujer una relación abierta con el otro sexo, se la encerraba celosamente dentro de los muros del harén. La civilización europea, que confiere a la parte más deliciosa de la creación su adecuado rango en la escala social, está todavía un paso más allá de algunas de las costumbres más brutales de los aztecas. Es casi inconcebible que con el grado de refinamiento que mostraban en otras cosas, existieran esas costumbres. Sólo puede explicarse como resultado de la superstición religiosa. Una superstición que empaña la percepción moral y pervierte incluso los sentidos naturales, hasta que el hombre, el hombre civilizado, se acostumbra a las cosas más desagradables para la humanidad. Los hábitos y opiniones fundados en la religión no deben tomarse como una evidencia concluyente del verdadero refinamiento de los pueblos.

El carácter azteca era perfectamente original y único. Se componía de incongruencias aparentemente irreconciliables. Fundía en uno las marcadas peculiaridades de diferentes naciones no sólo en la misma fase de civilización, sino en lejanos extremos de barbarismo y refinamiento. Puede

encontrarse un paralelismo adecuado en su maravilloso clima, capaz de producir en unas pocas leguas cuadradas de superficie, las incontables variedades de formas vegetales propias de las regiones heladas del Norte, de las zonas templadas de Europa y de los ardientes cielos de Arabia y del Indostán.

Uno de los trabajos consultados y a los que nos hemos referido repetidamente en esta Introducción es la *Idea de una nueva Historia General de la América Septentrional* de Boturini. Los especiales objetivos que persigue su autor, casi más que los méritos de su libro, han unido su nombre indisolublemente a la historia literaria de México. El caballero Lorenzo Boturini Benaduci era un milanés de nacimiento, perteneciente a una antigua familia y poseía amplios conocimientos. Desde Madrid, donde residía, pasó a Nueva España en 1735, con algún negocio de la condesa de Santibáñez, descendiente directa de Montezuma. Mientras estaba empleado en este asunto, visitó el célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y, siendo una persona de temperamento devoto y entusiasta, se imbuyó del deseo de recopilar testimonios para demostrar el maravilloso hecho de la aparición de la Virgen. En el curso de las excursiones que realizó con este propósito, se encontró con muchos restos aztecas y concibió (lo que parecería mucho más lógico al menos para un protestante) la idea de reunir todos los restos que pudiera encontrar de la antigua civilización del lugar.

A la búsqueda de este doble objetivo, penetró en las partes más remotas del país, viviendo mucho tiempo con los nativos, pernoctando a veces en sus chozas, a veces en cuevas y en lo profundo de los bosques solitarios. A menudo pasaban los meses sin haber podido añadir nada nuevo a su colección, porque los indios habían sufrido demasiado como

para no ser hurraños ante los europeos. Su larga relación con ellos, sin embargo, le dio la oportunidad de aprender su idioma y sus tradiciones populares y finalmente amasar un gran conjunto de materiales que consistía en mapas jeroglíficos en algodón, en pieles y en la fibra del maguey, junto a un considerable corpus de manuscritos indios escritos después de la conquista. A todo ello se deben añadir los preciosos documentos que recopiló con la intención de poner fuera de toda duda la aparición milagrosa de la Virgen. Con este tesoro regresó a la capital después de un peregrinaje de ocho años.

Su fe, mientras tanto, le había llevado a pedir a Roma una bula autorizando la coronación de la sagrada imagen de Guadalupe. La bula, sin embargo, aunque sancionada por la Audiencia de Nueva España, nunca fue aprobada por el Consejo de Indias. Como consecuencia de esta informalidad, Boturini fue arrestado en mitad de sus trabajos, desposeído de sus papeles y como rechazó hacer un inventario de los mismos, encerrado en prisión y ¡recluido en la misma celda con dos criminales! Poco después fue enviado a España. Allí presentó una memoria al Consejo de Indias, exponiendo sus múltiples quejas y solicitando una reparación. Al mismo tiempo redactó su *Idea*, anteriormente citada, en la que desplegó el catálogo de su *museo* en Nueva España, declarando con afectada sinceridad que «no cambiaría estos tesoros por todo el oro y la plata, los diamantes y las perlas de Nuevo Mundo».

Después de algunos retrasos, el Consejo le dio una indemnización, absolviéndole de cualquier violación intencionada de la ley y elogiando enormemente sus méritos. No le devolvieron, sin embargo, sus papeles. Pero su majestad graciosamente se dignó a nombrarle Historiador General de las Indias, con un salario de mil dólares *per annum*. El estipendio era demasiado pequeño como para

permitirle volver a México. Permaneció en Madrid y completó el primer volumen de una *Historia General de Norte América*, en 1749. Falleció poco después de este hecho, antes de la publicación del trabajo. La misma injusticia se continuó con sus hijos y, a pesar de las reiteradas peticiones a su favor, nunca fueron restituidos con la desafortunada colección familiar ni pagados por ella. Lo que fue peor (en lo que concierne al público), esa misma colección fue depositada en las estancias del palacio del virrey de México, tan húmedo que poco a poco se deshicieron y los pocos restos fueron reducidos aún más por los robos de *los curiosos*. Cuando el barón Humboldt visitó México, ¿no quedaba un octavo de este inestimable tesoro!

Me he explayado de esta manera en el relato del infortunado Boturini porque es en sí mismo el mejor ejemplo de los serios obstáculos y persecuciones a los que, por una u otra causa, ha estado expuesta en Nueva España la empresa literaria dirigida por el camino de los restos históricos nacionales.

El volumen manuscrito de Boturini no fue nunca impreso y probablemente nunca lo será, si es que realmente existe, lo cual no constituiría realmente un gran detrimento para la ciencia o para su propia reputación. Era un hombre de temperamento entusiasta, fuertemente inclinado a lo maravilloso, con poca de esa precisión necesaria para penetrar en los intrincados laberintos de la antigüedad o del espíritu filosófico apropiado para sopesar calmadamente sus dudas y dificultades. Su *Idea* proporciona un ejemplo de su peculiar mente. Con un conocimiento abundante, heterogéneo y mal asimilado, es un embrollo de hechos y ficción pueril, detalles interesantes, sueños locos y teorías fantásticas. Pero no es justo juzgar por las estrictas reglas de la crítica un trabajo que, reunido con prisa, como un catálogo de tesoros literarios, fue diseñado por el autor más

para mostrar lo que se podía haber hecho, que el hecho de que lo pudiera hacer él. Es algo extraño ver los talentos de la acción y la contemplación unidos en la misma persona. Boturini estaba enormemente cualificado por su entusiasmo y perseverancia para la recopilación de los materiales necesarios para ilustrar las antigüedades del país. Hace falta una mente más dotada para aprovecharlos.

Notas al pie

¹⁶⁸ Este último grano, según Humboldt, fue encontrado por lo europeos en el nuevo mundo, desde el sur de Chile hasta Pensilvania (*Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, p. 408), podía haber añadido hasta St. Lawrence. Nuestros puritanos padres lo encontraron en abundancia en las costas de Nueva Inglaterra, en todos los lugares donde desembarcaron. Véase Morton, *New England's Memorial* (Boston, 1826), p. 68. Gookin, Massachusetts *Historical Collections*, cap. 3.

¹⁶⁹ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 31.

¡«Admirable ejemplo para nuestro tiempo», exclama el buen padre, «en el que las mujeres no solamente no están incapacitadas para las labores del campo, sino que son demasiado frívolas como para atender su casa»!

¹⁷⁰ Un sorprendente contraste también con los egipcios, con los que algunos anticuarios están dispuestos a identificar a los antiguos mexicanos. Sófocles señala el afeminamiento de los hombres de Egipto, que se quedaban en casa ocupándose del telar, mientras que sus mujeres se ocupaban de las duras tareas fuera de las puertas:

«Ὅ πάντ' ἐκείνω τοῖς ἐν Αἰγύπτῳ νόμοις
Φύσιν κατεικασθέντε καὶ βίου τροφάς.
Ἐκεῖ γὰρ οἱ μὲν γάρσενεςκατὰ στέγας
Θακοῦσιν ἰστουργοῦντες – αἱ δὲ σὺννομος
Τᾶξω βίου τροφεῖα ποσύνουσ' ἀεὶ.»
Sófocles, *Edipo*, Col., v. 337-341.

¹⁷¹ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 32. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 153-155.

«Jamás padecieron hambre», dice este último escritor, «sino en pocas ocasiones». En caso de que estas hambrunas fueran extrañas, eran muy penosas y duraban mucho. Comp. Itxlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 41, 71, *et alibi*.

¹⁷² Oviedo considera la *musa* una planta importada, y Hernández, en su denso catálogo, no hace ninguna mención de ella. Pero Humboldt, que le ha prestado mucha atención, concluye que si algunas especies fueron introducidas en el país, otras eran indígenas (*Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, pp. 382-388). Si debemos creer a Clavijero, ¡el plátano era la fruta prohibida que tentó a nuestra madre Eva! *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 49, nota.

¹⁷³ *Relatione d'un gentile huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 306. Hernández, *De Historiâ Plantarum Novæ Hispana* (Matriti, 1790), lib. 6, cap. 87.

¹⁷⁴ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 13, et alibi.

¹⁷⁵ *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito.

Éste ensalza la miel de maíz, comparándola con la de las abejas (también Oviedo, *Historia Natural de las Indias*, cap. 4, ap. Barcia, tom. I). Hernández, que celebra las múltiples maneras en que se prepara el maíz, busca su origen en la palabra haitiana *Mahiz*. *Hist. Plantarum*, lib. 6, caps. 44, 45.

¹⁷⁶ Y todavía hoy, en un punto al menos, San Ángel, a tres leguas de la capital. Otra fábrica debería haberse fundado en Puebla. Si se ha fundado o no, lo desconozco. Véase *Report of the Committee on Agriculture to the Senate of the United States*, 12 de marzo de 1838.

¹⁷⁷ Antes de la Revolución, los usos del *pulque* eran una parte tan importante de los beneficios, que sólo las ciudades de México, Puebla y Toluca pagaban 17.739 \$ al gobierno (Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, p. 47). A los europeos les lleva tiempo acostumbrarse al peculiar sabor de este licor, sobre el que tienen, por tanto, opiniones dispares. Los nativos son unánimes. El lector inglés encontrará una buena relación de su fabricación en *Mexico* de Ward, vol. II, pp. 55-60.

¹⁷⁸ Hernández, en su erudito trabajo, enumera las diferentes especies de maguey, utilizadas para tan diversos usos, *De Hist. Plantarum* (lib. 7, cap. 71, et seq.). M. de Humboldt las considera todas variedades del *agave americana*, comunes en las zonas meridionales de los Estados Unidos de América y Europa (*Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, p. 487, et seq.). Esta opinión le ha costado una reprimenda un tanto ácida por parte de nuestro compatriota, el difunto doctor Perrine, que las clasifica como especies distintas del agave americano y contempla una de las variedades, la *pita*, de la que se obtiene un buen hilo, como un género completamente distinto (véase el *Report of the Committee on Agriculture*). Sin embargo, el barón puede encontrar autoridad para todas las propiedades que adscribe al maguey en los escritores más acreditados que han residido más o menos tiempo en México. Véase, entre otros, Hernández, *ubi supra*. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 9, cap. 2; lib. II, cap. 7. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 19. *Carta del Licenciado Zuazo*, manuscrito. Este último, hablando del maguey que produce la bebida fermentada, dice expresamente: «De lo que queda de las dichas hojas se aprovechan, como de lino mui delgado, ó de Olanda, de que hacen lienzos mui primos para vestir, é bien delgados». No puede negarse, sin embargo, que el doctor Perrine muestra conocer íntimamente la estructura y los hábitos de las plantas tropicales, que con tan patriótico espíritu propuso introducir en Florida.

¹⁷⁹ El primer establecimiento regular de este tipo, según Carli, fue fundado en Padua en 1545. *Lettres Américaines*, tom. I, cap. 21.

¹⁸⁰ P. Mártir, *De Orbe Novo*, Decades (Compluti, 1530), dec. 5, p. 191. Acosta, lib. 4, cap. 3. Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. III, pp. 114-125. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 34.

«El hombre trabajó el bronce», dice Hesiodo, «cuando el hierro no existía»

El abad Raynal sostiene que el desconocimiento del hierro tiene que haber mantenido a la fuerza a los mexicanos en un estado bajo de civilización, ya que sin él «no podían haber hecho ningún trabajo de metal que mereciera la pena, ni albañilería ni arquitectura, ni grabado ni escultura» (*History of the Indies*, traducción inglesa, vol. III, b. 6). Los egipcios en cualquier caso utilizaban poco el hierro, si es que lo conocían, y sus magníficos monumentos estaban labrados con instrumentos de bronce, mientras que sus armas y utensilios domésticos eran del mismo material, según parece por el color verde que le dan en sus pinturas.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁸¹ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, pp. 25-29. Torquemada, *Monarchia Indiana*, *ubi supra*.

¹⁸² Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 9, caps. 15-17. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 77. Torquemada, *Monarchia Indiana*, *loc. cit.*

Herrera, que dice que también sabían esmaltar, elogia la habilidad de los orfebres mexicanos a la hora de hacer pájaros y animales con miembros y alas móviles de la manera más curiosa (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 15). Sir John Maundeville como de costumbre

«With his hair on end
At his own wonders».

Señala la «gret marvayle» de mecanismos similares, en la Corte del gran Kan de Catay. Véase su *Voiage and Travaille*, cap. 20.

¹⁸³ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. II. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 34. Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, pp. 27, 28.

¹⁸⁴ «Parece, que permitia Dios, que la figura de sus cuerpos se asimilase á la que tenían sus almas, por el pecado, en que siempre permanecían», *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 34.

¹⁸⁵ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 195.

¹⁸⁶ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, p. I. Junto a la plaza mayor, Gama señala la plaza de Tlatelolco como un gran

cementerio de antiguas reliquias. Fue el barrio al que se retiraron los aztecas durante el asedio de la capital.

¹⁸⁷ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 34. Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, pp. 81-83.

Estas estatuas son señaladas repetidamente por los antiguos escritores. La última fue destruida en 1754, cuando la vio Gama, que elogia sin reparos su realización. *Ibid.*

¹⁸⁸ Esta gratuidad de la destrucción provoca la más agria animadversión por parte de Mártir, cuya mente ilustrada respeta los vestigios de civilización dondequiera que sean encontrados. «Los conquistadores», dice, «raras veces reparaban los edificios que eran desfigurados. Preferían saquear veinte majestuosas ciudades que erigir un buen edificio». *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 10.

¹⁸⁹ Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, pp. 110-114. Humboldt, *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, tom. II, p. 40.

Se emplearon diez mil hombres para transportar esta enorme masa según Tezozomoc, cuya narración, junto con todos los prodigios que la acompañan, es minuciosamente transcrita por Bustamante. El licenciado muestra un apetito por lo maravilloso que puede despertar la envidia de un monje de la edad media (véase *Descripción*, nota, *loc. cit.*). El viajero inglés Latrobe acomoda perfectamente las maravillas de la naturaleza a las del arte, sugiriendo que estas grandes masas de piedra fueron transportadas por medio de los mastodontes, cuyos restos son desenterrados ocasionalmente en el valle mexicano. *Ramler in Mexico*, p. 145.

¹⁹⁰ En las vitrinas de la American Philosophical Society en Filadelfia hay depositada una gran colección de vasijas antiguas con otros ejemplares diversos de arte azteca, regalo de Messrs. Pointsett y Keating. Véase el Catálogo, ap. Transactions, vol. III, p. 510.

¹⁹¹ Hernández, *Hist. Plantarum*, lib. 6, cap. 116.

* - En español en el original. (N. del T.)

¹⁹² *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 15. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 77.

Es dudoso hasta qué punto conocían la fabricación de la seda. Carli supone que lo que Cortés llamaba seda era sólo la fina textura del pelo o del plumón mencionado en el texto (*Lettres Américaines*, tom. I, let. 21). Pero es cierto que tenían una especie de gusano, distinto de nuestro gusano de seda, que hilaba un hilo que se vendía en los mercados del antiguo México. Véase el *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne* (tom. III, pp. 66-69), donde M. Humboldt ha recopilado algunos datos interesantes relacionados con la cultura de la seda entre los aztecas. Aun así, el hecho de que el tema de la tela sea una cuestión del todo incierta, muestra que no pudo alcanzar un alto grado de excelencia ni de

distribución.

¹⁹³ *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. Acosta, lib. 4, cap. 37. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 9, caps. 18-21. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 15. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

El conde Carli se queda arrobado con un ejemplar de pintura de plumas que vio en Estrasburgo. «Nunca contemplé nada tan exquisito», dice, «por su brillo y su bella gradación de color y por su diseño. Ningún artista europeo podría haber hecho una cosa así» (*Lettres Américaines*, let. 21, note). Todavía hay un sitio, Pazquaro, donde, según Bustamante, mantienen algún conocimiento sobre este interesante arte, aunque se practica a una escala muy pequeña y a un gran coste. Sahagún, *ubi supra*, nota.

¹⁹⁴ «O felicem monetam, quæ suavem utilemque præbet humano generi potum, et a tartareâ peste avaritiæ suos immunes servat posesores, quod suffodi aut diu servari nequeat!», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 4 (véase también *Carta de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 100, *et seq.* Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 36. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 8. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito). El sustituto del dinero a lo largo del imperio chino era igualmente simple en tiempos de Marco Polo, consistiendo en trozos de papel impreso, hechos de la corteza interior del árbol de morera. Véase *Viaggi di Mecer Marco Polo, gentil'huomo Venetiano*, lib. 2, cap. 18, ap. Ramusio, tom. II.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁹⁵ «Procurad de saber algún oficio honroso, como es el hacer obras de pluma y otros oficios mecánicos [...] Mirad que tengais cuidado de lo tocante á la agricultura [...] En ninguna parte he visto que alguno se mantenga por su nobleza», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. 17.

¹⁹⁶ Col. de Mendoza, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. I, Pl. 71; vol. VI, p. 86. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 41.

¹⁹⁷ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 9, caps. 4, 10-14.

¹⁹⁸ *Ibid.*, lib. 9, cap. 2.

¹⁹⁹ *Ibid.*, lib. 9, caps. 2, 4.

En el Códice Mendoza hay una pintura que representa la ejecución de un cacique y su familia junto con la destrucción de su ciudad, por maltratar a algunos mercaderes aztecas. *Antiquities of Mexico*, vol. I, Pl. 67.

²⁰⁰ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 41.

Ixtlilxochitl ofrece una curiosa historia de un miembro de la familia real de Texcoco que se ofreció junto con otros dos mercaderes para visitar la Corte de un cacique hostil y traerle vivo o muerto a la capital. Se aprovecharon de una fiesta

en la que se bebía, en la que tenían que haber sido sacrificados, para realizar su objetivo. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 62.

²⁰¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 9, caps. 2, 5.

El libro noveno continúa con un relato de los mercaderes, sus peregrinajes, los ritos religiosos de su salida y su suntuosa forma de vida al regreso la vuelta. El conjunto presenta un retrato muy notable, mostrando que disfrutaban de una consideración entre las naciones medio civilizadas del Anáhuac, que no tiene parangón a no ser el que poseían los príncipes mercaderes de una república italiana o nuestros propios príncipes mercaderes.

²⁰² Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, caps. 23-37. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

Estas atenciones complementarias se prestaban en temporadas establecidas incluso durante la gestación. Sahagún ofrece los detalles con mucha gravedad y precisión, llegando a pormenores que su editor mexicano Bustamante, ha excluido por ser demasiado poco reservados para el público. Si lo eran más que algunas de las notas del propio editor, deben haber sido realmente muy expresivos.

²⁰³ Zurita, *Rapport*, pp. 112-134.

La tercera parte de la Colección de Mendoza (*Antiquities of Mexico*, vol. I) muestra la diversidad de ingeniosos castigos creados para los chicos difíciles. El florido camino del conocimiento estaba bien salteado de espinas para el neófito mexicano.

²⁰⁴ Zurita, *Rapport*, pp. 151-160.

Sahagún nos ha transmitido las admoniciones tanto del padre como de la madre a la doncella azteca, a su llegada a la edad del discernimiento. ¿Qué puede ser más tierno que el comienzo de la exhortación de la madre? «Hija mía muy amada, muy querida palomita: ya has oído y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho; ellas son palabras preciosas y que raramente se dicen ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazón en que estaban atesoradas; y tu muy amado padre bien sabe que eres su hija, engendrada de él, eres su sangre y su carne, y sabe Dios nuestro señor que es así; aunque eres muger, é imagen de tu padre ¿que más te puedo decir, hija mía, de lo que ya está dicho?» (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. 19. Estos apéndices no están traducidos por tratarse de traducciones del castellano al inglés.

²⁰⁵ Aunque encontramos la sorprendente declaración en los consejos de un padre a su hijo de que, para la multiplicación de la especie, Dios ordenó un hombre para una sola mujer, «Nota, hijo mío, lo que te digo, mira que el mundo ya tiene este estilo de engendrar y multiplicar, y para esta generación y multiplicación, ordenó Dios que una muger usase de un varón, y un varón de una muger». *Ibid*, lib. 6, cap. 21.

²⁰⁶ *Ibid.*, lib. 6, caps. 21-23; lib. 8, cap. 23. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito.

²⁰⁷ Tan antigua como la heroica edad de Grecia, por lo menos. Podemos imaginarnos sentados a la mesa de Penélope, donde se vertía agua de aguamaniles de oro en vasijas de plata para que los huéspedes se acomodaran antes de comenzar el ágape.

«Χέρνιβα δ' ἀμφίπολος προχόω ἐπέχευε φέρουσα
Καλή, χρυσεΐη, ὑπὲρ ἀργυρέοιο λέβητος,
Νίψασθαι ᾗ παρὰ δὲ ξεστὴν ἐτάνυσσε τράπεζαν.»
ΟΔΥΣΣ. Α.

El festejo tiene muchos más puntos de analogía con el azteca, insinuando un estado similar de civilización en las dos naciones. Sin embargo, sorprende encontrar una mayor profusión de metales preciosos en la yerma isla de Ítaca que en México. Aunque la imaginación del poeta era más rica que cualquier mina.

²⁰⁸ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. 22.

Entre otros excelentes consejos de un padre a su hijo sobre su conducta en general encontramos que al último se le obliga puntillosamente a no sentarse a la mesa hasta haberse lavado las manos y la cara y no abandonarla hasta haber hecho lo mismo, y haberse *lavado los dientes*. Las instrucciones son dadas con una precisión propia de un asiático. «Al principio de la comida labarte has las manos y la boca, y donde te juntares con otras á comer, no te sientes luego; mas antes tomarás el agua y la jícara para que se laben los otros, y echarles agua á las manos, y después de esto, cojerás lo que se ha caído por el suelo y barrerás el lugar de la comida, y también después de comer lavarás te las manos y la boca, y limpiarás los dientes». *Ibid.*, *loc. cit.*

²⁰⁹ *Relatione d'un gentil huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 306. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, cap. 37. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 23. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, 227.

Los aztecas solían fumar después de comer para prepararse para la siesta, de la que disfrutaban tan a menudo como un antiguo castellano. Tabaco, en mexicano *yetl*, proviene de una palabra haitiana, *tabaco*. Los nativos de la Española, al ser los primeros con los que tuvieron contacto los españoles, han proporcionado a Europa los nombres de muchas plantas. El tabaco, de una u otra forma, era utilizado por casi todas las tribus del continente americano, desde la costa noroeste hasta Patagonia (véase McCulloh, *Researches*, pp. 91-94). Hernández hace un amplio panegírico sobre sus múltiples virtudes, tanto sociales como medicinales, en su *Hist. Plantarum*, lib. 2, cap. 109.

* *Turkey* en inglés. (N. del T.)

²¹⁰ Este noble pájaro fue introducido en Europa desde México. Los españoles lo llamaban gallopavo, por su parecido con el pavo real. Véase *Relatione d'un gentil huomo*, ap. Ramusio (tom. III, fol. 306), también Oviedo (*Rel. Sumaria*, cap. 38), el

primer naturalista que ofrece una descripción del pájaro, que vio poco después de la conquista en las indias orientales, a donde había sido llevado, según dice, de Nueva España. Los europeos, sin embargo, perdieron pronto de vista su origen y el nombre de «turkey» insinuó la creencia popular de sus orígenes orientales. Varios eminentes escritores han mantenido su origen asiático o africano, pero no se pudieron imponer al sagaz y más instruido Buffon (véase *Histoire Naturelle*, Art. Dindon). Los españoles vieron inmensas cantidades de pavos en estado doméstico a su llegada a México, donde eran más comunes que ninguna otra ave de corral. Se encontraron en estado salvaje no sólo en Nueva España, sino por todo el continente en los lugares menos frecuentados, desde el territorio noroeste de los Estados Unidos hasta Panamá. El pavo salvaje es mayor, más bello y en todos los aspectos un pájaro incomparablemente mejor que el doméstico. Franklin, con tanta razón como gracia, insiste en su superioridad sobre el águila calva como símbolo nacional (véase sus *Works*, vol. X, p. 63, en la excelente edición de Spark). Se pueden encontrar interesantes reseñas sobre la historia y los hábitos del pavo salvaje en los trabajos de Ornitología, tanto de Buonaparte como de ese amante entusiasta de la naturaleza, Audubon, *vox Meleagris, Gallopavo*.

²¹¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, cap. 37; lib. 8, cap. 13; lib. 9, caps. 10-14. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 23. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

El padre Sahagún ha entrado en detalle sobre la cocina azteca y el modo de preparación de diversos platos sabrosos, que, en conjunto, son una contribución nada despreciable a la noble ciencia de la gastronomía.

²¹² La espuma, delicadamente sazonada con especias y otros ingredientes, se tomaba fría directamente. Tenía una consistencia casi sólida, y el «Conquistador anónimo» tiene mucho cuidado a la hora de inculcar la importancia de «abrir mucho la boca para poder facilitar la deglución, y que la espuma se disuelva gradualmente y descienda imperceptiblemente como si estuviera en el estómago». Era tan nutritiva que una sola copa era suficiente para mantener a un hombre durante un largo día de marcha (fol. 306). El viejo soldado habla de la bebida *con amore*.

²¹³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 4, cap. 37; lib. 8, cap. 13. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 23. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

²¹⁴ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 8. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 14, cap. II.

Los nobles mexicanos albergaban a doncellas en sus casas que componían baladas apropiadas para la época o los logros de su señor, que cantaban acompañadas de instrumentos en las fiestas y los bailes. De hecho, había bailes, más o menos, en todas las fiestas, que se celebraban en los patios de las casas o en las plazas de la ciudad (*ibid.*, *ubi supra*). Los hombres importantes tenían también bufones y juglares a su servicio que les entretenían y que asombraron a los

españoles por sus proezas de destreza y de fuerza (Acosta, lib. 6, cap. 28); también Clavigero (*Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 179-186) ha dibujado diversas representaciones de sus hazañas realmente sorprendentes. Es natural que una gente de refinamiento limitado encontrará diversión en placeres materiales antes que en los intelectuales y por tanto se distinguiera en ellos. Las naciones asiáticas, como los hindúes y los chinos, sobrepasaban a los más refinados europeos en demostraciones de agilidad y prestidigitación.

²¹⁵ «Y de esta manera pasaban gran rato de la noche, y se despedían, é iban á sus casas, unos alabando la fiesta, y otros murmurando de las demasías, y excesos; cosa mui ordinaria en los que á semejantes actos se juntan», Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 13, cap. 23. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 9, caps. 10-14.

Capítulo VI

Los texcocanos. Su edad de oro. Príncipes hábiles. Decadencia de su monarquía

El lector no tendría una idea completa de la civilización del Anáhuac sin un relato de los acolhuas o texcocanos, como generalmente se les denomina, una nación que pertenecía a la misma gran familia que los aztecas, con los que rivalizaron en poder y a los que sobrepasaron en cultura y en el refinamiento social. Afortunadamente, poseemos mucho material sobre este tema, gracias a los registros dejados por Ixtlilxochitl, un descendiente directo de la dinastía real de Texcoco, que creció en el siglo de la conquista. A las oportunidades de información que tuvo, unía las dotes de una gran laboriosidad y talento y, a pesar de que su narrativa tiene el encendido tono de alguien que revive las glorias pasadas de una casa antigua que se encuentra en ruinas, ha sido elogiado unánimemente por su justicia e integridad y le han seguido sin recelos todos los escritores españoles que han tenido acceso a sus manuscritos²¹⁶. Me limitaré a las características más importantes de los dos reinos que puede decirse que agrupan la edad de oro de Texcoco, sin intentar juzgar la fiabilidad de los datos, cosa que dejaré a juicio del lector de acuerdo con su fe.

Los acolhuas llegaron al valle, como ya hemos visto, a finales del siglo XII y construyeron la capital de Texcoco en la orilla oriental del lago, en el lado opuesto a México. Desde este lugar se extendieron gradualmente por la zona norte del Anáhuac, cuando fueron frenados en su carrera por la

invasión de una raza de su misma familia, los tepanecas, quienes, después de una desesperada lucha, consiguieron tomar la ciudad, asesinaron a su monarca y subyugaron completamente el reino²¹⁷. Este hecho tuvo lugar alrededor del 1418 y el joven príncipe Nezahualcóyotl, el heredero de la corona, que tenía entonces quince años, vio cómo asesinaban a su padre ante sus ojos, mientras yacía escondido entre las cómplices ramas de un árbol, que daba sombra sobre el lugar²¹⁸. Su posterior historia está tan llena de coraje romántico y escapadas peligrosas como la del renombrado Scanderbeg o la del «joven Chevalier»²¹⁹.

Al poco tiempo de huir del lugar donde se había derramado la sangre de su padre, el príncipe texcocano cayó en manos del enemigo, siendo llevado en triunfo a su ciudad y arrojado a un calabozo. Sin embargo, logró escapar, gracias a la complicidad del gobernador de la fortaleza, un viejo sirviente de su familia, que se hizo pasar por el fugitivo real y pagó su lealtad con la vida. Finalmente, se le permitió, a través de la intercesión de la familia real de México, que era su aliada, retirarse a esa capital y posteriormente volver a la suya, donde encontró refugio en el palacio de sus antepasados. Allí permaneció tranquilamente durante seis años, continuando sus estudios con su antiguo tutor, que le había cuidado durante su primera infancia y ahora le instruyó en las diversas obligaciones propias de su condición de príncipe²²⁰.

Finalizado este período el usurpador tepaneca murió, legando el imperio a su hijo Maxtla, hombre de carácter fiero y suspicaz. Nezahualcóyotl se apresuró a rendirle tributo en su coronación. Pero el tirano rechazó aceptar la pequeña ofrenda de flores que le puso a sus pies y le dio la espalda en presencia de sus caciques. Uno de sus ayudantes, afecto al joven príncipe, le aconsejó que se retirara del palacio lo más rápidamente posible para protegerse, porque

allí su vida corría peligro. No perdió tiempo, por tanto, en retirarse de la corte hostil y regresó a Texcoco. Maxtla, sin embargo, estaba decidido a destruirle. Contemplaba con envidia los incipientes talentos y el popular estilo de su rival, así como el favor que ganaba día a día entre sus antiguos súbditos²²¹.

Por tanto, preparó un plan para deshacerse de él en una fiesta nocturna. Fue vencido por la vigilancia del tutor del príncipe, que se las ingenió para engañar a los asesinos y colocar otra víctima en lugar de su pupilo²²². El tirano, desconcertado, se quitó la careta y mandó una partida de soldados a Texcoco con órdenes de entrar en el palacio, atrapar a Nezahualcóyotl y acabar con él en el sitio. El príncipe, que supo de la intriga gracias a la atención de su preceptor, en lugar de huir como le aconsejaban, decidió esperar a su enemigo. Cuando llegaron, le encontraron jugando a la pelota en el patio de su palacio. Los recibió con cortesía y los invitó dentro para descansar del viaje. Mientras estaban ocupados en esto, él pasó al salón adyacente, lo que no levantó ninguna sospecha ya que seguía siendo visible a través de las puertas abiertas con las que las estancias se comunicaban. En el pasillo había un incensario ardiendo que, cuando fue alimentado por los sirvientes, lanzó nubes de humo que permitieron oscurecer los movimientos a la vista de los soldados. Tras este velo aliado consiguió escapar por un pasaje secreto que comunicaba con una enorme tubería de tierra antiguamente utilizada para llevar agua al palacio²²³. Allí permaneció hasta el anochecer, cuando, aprovechando la oscuridad, se escabulló por los suburbios buscando refugio en la casa de uno de los vasallos de su padre.

El monarca tepaneca, enfurecido con este repetido contratiempo, ordenó la persecución inmediata. Se prometió la mano de una dama noble junto con un extenso territorio a

quienquiera que le apresara vivo o muerto, por muy humilde que fuera su cuna. Se enviaron tropas de hombres armados a rastrear el país en todas direcciones. Durante la búsqueda entraron en la casa en la que se refugiaba el príncipe. Pero, afortunadamente, evitó ser descubierto escondiéndose bajo un montón de fibra de maguey para la fabricación de tela. Como este sitio no resultaba ya adecuado para ocultarse, intentó retirarse al distrito más montañoso y boscoso que se extiende entre las fronteras de los estados de Tlaxcala y su propio Estado²²⁴.

En este lugar llevó una mísera vida de vagabundeo, expuesto a todas las inclemencias climáticas, escondiéndose entre los arbustos frondosos y en las profundas cavernas y robando por la noche para satisfacer su apetito, al mismo tiempo que estaba en constante alarma por la actividad de sus perseguidores, siempre acechando tras sus pasos. En una ocasión buscó refugio de ellos entre una partida de soldados, que resultaron serle adeptos y le escondieron en un gran tambor alrededor del que estaban bailando. Otra vez consiguió subir la cresta de una colina mientras sus perseguidores comenzaban a escalarla, cuando se encontró con una muchacha que recogía *chian*, una planta mexicana cuya semilla se utiliza mucho en las bebidas del país, convenciéndola para que le cubriera con los tallos que había estado cortando. Cuando sus perseguidores llegaron y le preguntaron si había visto al fugitivo, la muchacha fríamente respondió que sí y señaló un sendero diciendo que era el que había tomado. A pesar de las fuertes recompensas que se ofrecieron, no parece que Nezahualcóyotl corriera riesgo de traición; tal era el afecto general que existía hacia él y su casa. «¿No entregarías al príncipe si te lo encontraras?», le preguntó a un joven campesino que no le conocía en persona. «No», respondió el otro. «¿Cómo! ¿Ni si quiera por la mano de una doncella y la rica dote que la

acompaña?», replicó el príncipe, a lo que el otro sólo meneó la cabeza y se rio²²⁵. En más de una ocasión, su fiel pueblo sufrió torturas e incluso perdió la vida antes que desvelar el lugar de refugio²²⁶.

Por muy gratificantes que estas pruebas de lealtad pudieran ser para sus sentimientos, la situación del príncipe en estas soledades montañosas se hizo cada día más penosa. Sus sufrimientos se agudizaban al presenciar los de sus leales seguidores que habían decidido acompañarle en sus vagabundeos. «¡Abandonadme a mi destino!», les decía, «¿Por qué deberíais desperdiciar vuestras vidas por alguien cuyo destino es no poder nunca liberarse de la persecución?». La mayoría de los caciques texcocanos habían tenido en cuenta sus intereses uniéndose temporalmente al usurpador. Pero algunos todavía eran partidarios del príncipe, prefiriendo ser proscritos o morir antes que abandonarle en su momento más difícil²²⁷.

Mientras tanto, sus amigos en la lejanía estaban ocupados tomando medidas para ayudarle. La opresión de Maxtla y su creciente imperio había causado la alarma general en los estados vecinos, que recordaban el benigno reinado de los príncipes texcocanos. Se creó una coalición, acordándose un plan de operaciones y en el día previsto para un levantamiento general Nezahualcóyotl se vio a la cabeza de una fuerza lo suficientemente poderosa como para enfrentarse a sus adversarios tepanecas. Se produjo un choque en el que estos últimos fueron completamente desbaratados y el príncipe salió victorioso, recibiendo en todas partes el homenaje de sus felices súbditos. Entró en la capital no como un forajido proscrito, sino como el legítimo heredero y volvió a contemplarse nuevamente sentado en el trono en los salones de sus padres.

Poco después unificó sus fuerzas con los mexicanos, que hacía tiempo se hallaban descontentos con la arbitraria

política de Maxtla. Las fuerzas aliadas, tras una serie de sangrientos encuentros con el usurpador, le derrotaron frente a los muros de su propia capital. Huyó a los baños, de donde le sacaron a rastras y le sacrificaron con el habitual y cruel ceremonial de los aztecas. La ciudad real de Azcapotzalco fue arrasada y el desolado terreno se reservó en adelante para el gran mercado de esclavos de las naciones del Anáhuac²²⁸.

A estos hechos les siguió la sorprendente liga entre las tres potencias de Texcoco, México y Tlacopán, a la que ya se ha hecho referencia en un capítulo anterior²²⁹. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre las condiciones concretas de la misma. Los escritores de las dos primeras naciones inciden cada uno sobre su primacía en la coalición. Todos están de acuerdo en la posición subordinada de Tlacopán, un estado que, como los otros, bordeaba el lago. Lo que es seguro es que en las operaciones que a continuación se produjeron, tanto de paz como de guerra, los tres estados tomaron parte en los respectivos Consejos, se embarcaron los unos en las empresas de los otros y se movieron en perfecta coordinación hasta justo antes de la llegada de los españoles.

La primera medida de Nezahualcóyotl cuando volvió a sus dominios fue la concesión de una amnistía general. Su máxima era, «que un monarca puede castigar, pero la venganza es indigna de él»²³⁰. A la hora de la verdad era contrario incluso al castigo y no sólo perdonó sin restricciones a sus nobles rebeldes, sino que confirió a algunos de ellos, que le habían ofendido profundamente, puestos de honor y confianza. Esta conducta era indudablemente diplomática, especialmente porque su alejamiento se había producido probablemente mucho más por miedo al usurpador que por desafección hacia él mismo. Pero hay ciertos actos políticos que sólo un espíritu

magnánimo puede realizar.

Inmediatamente, el monarca restituido comenzó la reparación de los daños cometidos durante el reciente desgobierno y el restablecimiento, o mejor dicho la remodelación, de los diferentes departamentos de gobierno. Formuló un conciso pero exhaustivo Código de leyes. Estaba tan bien adaptado, según se consideraba, a las exigencias de la época, que fue adoptado por los otros dos miembros de la triple alianza. Estaba escrito en sangre y hace al autor acreedor al título del Draco, más que «el Solón de Anáhuac», como le denominan cariñosamente sus admiradores²³¹. La humanidad es uno de los mejores frutos del refinamiento. Únicamente con el avance de la civilización, el legislador estudia la manera de economizar el sufrimiento humano, incluso para los culpables, de idear penas que sirvan no tanto como medio de castigo por el pasado como de reforma para el futuro²³².

Dividió la carga del gobierno entre un número de departamentos como el Consejo de la guerra, el Consejo de finanzas o el Consejo de justicia. Este último era un tribunal de autoridad suprema, tanto en casos civiles como penales y recibía apelaciones de los tribunales inferiores de las provincias, que estaban obligados a presentar ante esta judicatura superior un informe completo de sus propios procesos, cada cuatro meses u ochenta días. En todos estos organismos se permitía que un cierto número de ciudadanos ostentara un escaño junto con los nobles y los dignatarios profesionales. Había sin embargo otro cuerpo, un Consejo de Estado, para ayudar al rey en el despacho de los asuntos y aconsejarle en los que se consideraran de importancia, que era elegido en su totalidad de entre la clase más alta de los caciques. Constaba de catorce miembros, quienes tenían reservados asientos en la mesa real²³³.

Por último, había un tribunal extraordinario, llamado el

Consejo de la música, que, a diferencia de lo que su nombre sugiere, se dedicaba a la promoción de las ciencias y las artes. Se exigía que todos los trabajos de astronomía, cronología, historia o cualquier otra ciencia se presentaran ante el juicio de este Consejo antes de que pudieran hacerse públicos. Esta facultad de censura era bastante importante, al menos en lo que respecta al departamento de historia, donde la deliberada perversión de la verdad se convertía en un delito susceptible de ser castigado con la pena capital, según el sangriento código de Nezahualcóyotl. Sin embargo, un autor texcocano debía ser muy torpe si no podía escapar de una condena tras el nebuloso velo de los jeroglíficos. Este organismo, que era reclutado de entre las personas mejor instruidas del reino, sin tener muy en cuenta el rango, supervisaba toda la producción de arte y de las telas máspreciadas. Decidía sobre la cualificación de los profesores en las diferentes ramas científicas, sobre la precisión de las enseñanzas que impartían a sus alumnos, cuya deficiencia era severamente castigada, y establecía los exámenes de estos últimos. En pocas palabras, se trataba de una junta general de educación para todo el país. En días señalados, los autores de composiciones históricas y poemas que versaban sobre temas morales o tradicionales, recitaban ante la junta. Se destinaban asientos para las tres cabezas coronadas del imperio, que deliberaban junto con los otros miembros sobre los respectivos méritos de las composiciones y repartían premios de valor entre los competidores victoriosos²³⁴.

Tales son los maravillosos relatos que nos han transmitido de esta institución, una institución que ciertamente no se podría esperar entre los aborígenes de Norteamérica. Debería darnos una idea más elevada del refinamiento de esta gente, incluso, que los nobles restos arquitectónicos que todavía cubren algunas partes del continente. La arquitectura es, hasta cierto punto, una gratificación sensual.

Se dirige a la vista y proporciona la mejor posibilidad para mostrar la pompa y el esplendor bárbaro. Es el fin más probable de las ganancias de los pueblos medio civilizados. Estas manos han levantado las muestras más chabacanas y ostentosas, y a veces las más formidables. Es uno de los primeros pasos en la gran marcha de la civilización. Pero esta institución en cuestión supone la evidencia de un refinamiento superior. Era un lujo literario e indica la existencia de un gusto en la nación, que se sirve de placeres de carácter puramente intelectual, para su gratificación.

La influencia de esta academia debe haber sido enormemente favorable para la capital, que se convirtió en el semillero no sólo de ciencias que podían abarcar los estudiosos del momento, sino de las distintas artes útiles y ornamentales. Sus historiadores, oradores y poetas eran célebres en todo el país²³⁵. Sus archivos, para los que se buscó alojamiento en el palacio real, tenían almacenados registros de épocas primitivas²³⁶. Su idioma, más refinado que el mexicano, era de hecho el más puro de todos los dialectos náhuatl y continuó siéndolo mucho tiempo después de la conquista, aquel en el que se componían las mejores obras de las razas nativas. Texcoco reclamaba la gloria de haber sido la Atenas del mundo occidental²³⁷.

Entre los más ilustres de sus bardos se encontraba el mismo emperador, porque los escritores texcocanos reclaman este título para su jefe, como cabeza de la alianza imperial. Sin duda, él mismo compareció como competidor ante la academia donde tan a menudo se sentó como juez. Muchas de sus odas llegaron hasta las generaciones posteriores y quizá se conserven en algún polvoriento almacén de México o de España²³⁸. El historiador Ixtlilxochitl ha dejado una traducción al castellano de uno de los poemas de su real ancestro. No es fácil traducir su versión a la correspondiente rima inglesa sin que se evapore el perfume

del original en esta doble filtración²³⁹. Recuerdan uno de los ricos alientos de la poesía hispano-árabe en el que una ardiente imaginación se ve templada por una melancolía moral no del todo desagradable²⁴⁰. Pero, aunque bastante floridos en dicción, generalmente están libres de los adornos ampulosos y la hipérbole que tiñe a menudo a los trovadores de Oriente. Los temas giran en torno a la vanidad y la mutabilidad de la vida humana, un tema muy natural para un monarca que experimentó él mismo las más extrañas mutaciones de la fortuna. Sin embargo, en el lamento del bardo texcocano se halla mezclada una filosofía epicúrea, que busca alivio de los miedos del futuro en los goces del presente. «Destierra las preocupaciones», dice; «si hay límites para el placer, la vida más triste también ha de acabar. Después teje una corona de flores y canta canciones en honor del dios todopoderoso, porque la gloria de este mundo desaparece rápido. Regójate en el verde frescor de la primavera; porque llegará el día en que suspirarás por estas alegrías en vano; en que el cetro pasará de tus manos, los sirvientes deambularán desolados en la corte, los hijos y los hijos de los nobles beberán los posos de la angustia, y toda la pompa de las victorias y los triunfos vivirá sólo en su recuerdo. Sin embargo las naciones no deberán pasar de largo el recuerdo de los justos y aquello bueno que hicieron debería mantenerse en el respeto. Los bienes de la vida, sus glorias y sus riquezas no son más que un préstamo, su sustancia no es más que una sombra ilusoria, y las cosas de hoy cambiarán la siguiente mañana. Por lo que recoge las flores más bellas de los jardines para ceñírtelas a la frente y aprovecha las joyas del presente, antes de que perezcan»²⁴¹.

Pero el monarca texcocano no pasaba sus horas en ociosos devaneos con las musas, ni en sobrias contemplaciones filosóficas como lo hizo en un período posterior. En la frescura de su juventud y de su temprana mayoría de edad

lideró a las fuerzas aliadas en sus expediciones anuales, que ciertamente consiguieron extender el territorio del imperio²⁴². En los intervalos de paz promovía las artes productivas, que constituyen las fuentes más seguras de la prosperidad pública. Alentó la agricultura sobre todo y prácticamente no quedó un punto tan escabroso o una ladera tan inaccesible que no se rindiera al poder del cultivo. La tierra estaba cubierta de una laboriosa población y los pueblos y ciudades brotaron en lugares hasta entonces desiertos o reducidos a villorrios miserables²⁴³.

A partir de estos nuevos recursos que proporcionaban las conquistas y la industria doméstica, el monarca recolectaba los medios para satisfacer el enorme consumo de su numerosa corte²⁴⁴ y para los costosos trabajos que realizaba para la mejora y embellecimiento de la capital. La llenó de edificios majestuosos para sus nobles, cuya presencia permanente en la corte estaba deseoso de asegurarse²⁴⁵. Levantó un magnífico conjunto de edificios que podían servir tanto como residencia real como para funciones públicas. La amplió, de Este a Oeste, mil doscientas treinta y cuatro yardas y de Norte a Sur novecientas sesenta y ocho. La rodeó con una muralla de ladrillos de adobe y de cemento de seis pies de ancho y de nueve de alto en una mitad de la circunferencia y de quince pies de altura por la otra mitad. Dentro de este perímetro había dos plazas. La exterior se usaba como el gran mercado de la ciudad y siguió siéndolo hasta mucho después de la conquista, si es que de hecho no lo es hoy en día. La interior estaba rodeada por las cámaras del Consejo y los tribunales de justicia. También había residencias para los embajadores extranjeros y un espacioso salón con habitaciones que se abrían al mismo para los hombres de ciencia y los poetas que seguían sus estudios en este retiro o que se reunían para conversar bajo sus pórticos de mármol. En este barrio, también se guardaban los

archivos públicos, que tuvieron mucha mejor suerte bajo la dinastía india que posteriormente bajo sus sucesores europeos²⁴⁶.

Junto a esta plaza se encontraban los aposentos del rey, incluyendo los del harén real, tan generosamente surtido de bellezas como el de un sultán oriental. Sus paredes estaban recubiertas de alabastro y de estuco ricamente pintado o de maravillosos tapices de colorido plumaje. A través de largas galerías y de intrincados laberintos de arbustos, se llegaba a jardines, donde los baños y las centelleantes fuentes descansaban a la sombra de altos bosques de cedros y cipreses. Las pilas de agua estaban bien provistas de peces de varios tipos y las pajareras de pájaros resplandecientes en todos sus chillones plumajes de los trópicos. Muchos pájaros y animales que no podían obtenerse con vida estaban representados en oro y plata con tanta pericia como para servir al gran naturalista Hernández de modelos para su trabajo²⁴⁷.

Cuando los soberanos de México y Tlacopán visitaban la Corte, disponían de alojamientos acordes a su categoría. El total de este conjunto señorial constaba de trescientas habitaciones, algunas de ellas de cincuenta yardas cuadradas²⁴⁸. La altura del edificio no se menciona. Probablemente no era enorme, pero proporcionaba el espacio necesario gracias a la inmensa extensión de terreno que ocupaba. El interior estaba construido indudablemente de materiales ligeros, especialmente de maderas nobles, que en ese país son espléndidas, una vez trabajadas, por su esplendor y variedad de colores. El hecho de que se utilizaran generosamente materiales más sólidos, como la piedra o el estuco, queda probado por los restos al día de hoy, restos que han proporcionado una cantera inagotable para iglesias y otros edificios que desde entonces los españoles han levantado en el solar de la antigua ciudad²⁴⁹.

No tenemos información del tiempo utilizado en la construcción de este palacio. ¡Pero se dice que se emplearon doscientos mil trabajadores!²⁵⁰. Sea como fuere, es cierto que los monarcas texcocanos, como los asiáticos y los del antiguo Egipto, controlaban inmensas masas de hombres y volcaban a veces a toda la población de una ciudad conquistada, incluyendo a las mujeres, en obras públicas²⁵¹. Los monumentos más gigantescos de la arquitectura que el mundo ha contemplado nunca hubieran sido levantados por las manos de hombres libres.

Junto al palacio se situaban los edificios para los hijos del rey, que, debido a sus múltiples esposas, se elevaban a no menos de sesenta hijos y cincuenta hijas²⁵². Aquí se les instruía en todos los ejercicios y destrezas apropiadas para su rango, incluyendo, lo que raramente tendría lugar en la educación real al otro lado del Atlántico, las artes de trabajar los metales, la joyería y el mosaico de plumas. Una vez cada cuatro meses, toda la servidumbre, sin exceptuar a los más jóvenes e incluyendo a todos los oficiales y ayudantes del rey, se reunían en la gran sala del palacio para escuchar el discurso de un orador, probablemente de un sacerdote. Los príncipes en esta ocasión iban vestidos completamente de *nequen*, la tela más basta del país. El predicador comenzaba extendiéndose sobre las obligaciones morales y el respeto a los dioses, especialmente importante en personas a las que su rango confería el peso adicional del ejemplo. Ocasionalmente aderezaba su homilía con una pertinente referencia a su audiencia, en caso de que cualquier miembro de la misma hubiera sido condenado por un delito notorio. Ni siquiera el monarca quedaba exento de esta admonición general y el orador le recordaba sin pudor su principal obligación de mostrar respeto por sus propias leyes. El rey, lejos de ofenderse, recibía la lección con humildad y, según nos afirma, la audiencia se derretía en lágrimas por la

elocuencia del predicador²⁵³. Esta curiosa escena puede recordar a algunas tradiciones similares en los despotismos asiáticos y egipcios, donde el soberano en ocasiones condescendía a renunciar a su posición privilegiada ya que le refrescaran la memoria con la certeza de su condición de mortal²⁵⁴. Calmaba los sentimientos del súbdito encontrarse a sí mismo situado, aunque sólo fuera por un momento, al mismo nivel que su rey, al tiempo que a este último le costaba poco, ya que estaba demasiado alejado de su gente y poco podía sufrir por esta breve familiaridad. Es probable que un acto similar de humillación pública hubiera encontrado menos favor con un príncipe menos absoluto.

La afición de Nezahualcóyotl por la magnificencia quedaba patente en sus numerosas casas de campo, que estaban decoradas con todo lo que pudiera hacer agradable un retiro campestre. Su residencia favorita estaba en Tezcotzinco, una colina cónica a unas dos leguas de la capital²⁵⁵. Estaba distribuida en terrazas o jardines colgantes con un tramo de quinientos veinte escalones, muchos de ellos excavados en el pórfido natural²⁵⁶. En el jardín de la cima había una reserva de agua alimentada por un acueducto que se extendía a través de la colina y el valle, a lo largo de un tramo de varias millas, con enormes contrafuertes de mampostería. En medio de este estanque había una enorme roca, esculpida con jeroglíficos que representaban los años de reinado de Nezahualcóyotl y los principales hechos de cada uno de ellos²⁵⁷. En un nivel inferior se encontraban los otros tres estanques, en cada uno de las cuales se levantaba una estatua de mármol de una mujer, simbolizando los tres estados del imperio. Otro embalse contenía un león alado, tallado en la roca natural, que llevaba en su boca un retrato del emperador²⁵⁸. Se habían realizado retratos en oro, madera, plumas y piedra, pero éste era el único que le agradaba.

Desde estas abundantes reservas, el agua se distribuía a numerosos canales atravesando jardines o se la hacía caer sobre las rocas en cascadas, esparciendo refrescantes gotas sobre las flores y los matorrales olorosos que había más abajo. En las profundidades de esta fragante frondosidad, se habían levantado pórticos y pabellones de mármol y baños excavados directamente en el pórfido, que todavía muestran los ignorantes nativos como los «baños de Montezuma»²⁵⁹. El visitante descendía por unos escalones excavados directamente en la roca y tan brillantemente pulidos como para reflejar como espejos²⁶⁰. Hacia la base de la colina, en medio de los bosques de cedros cuyas ramas gigantescas proyectaban en las estaciones más sofocantes del año, refrescante sombra sobre el verdor²⁶¹, se elevaba la villa real, con sus livianos soportales y espaciosos salones, aspirando los dulces perfumes de los jardines. Aquí el monarca se retiraba a menudo para aliviarse de las cargas del Estado y refrescar su cansado espíritu en compañía de sus esposas preferidas, reposando durante los calores del mediodía en las sombras enramadas de su paraíso o participando en el frescor de la tarde en competiciones deportivas y danzas. Aquí recibía a sus hermanos imperiales de México y Tlacopán y se dedicaban a los placeres más duros de la caza en los nobles bosques que se extendían a lo largo de millas alrededor de la villa, floreciendo en toda su primaveral majestuosidad. Aquí también se retiraba a menudo en los últimos días de su vida cuando la edad había templado su ambición y enfriado el ardor de su sangre, para seguir en soledad los estudios de filosofía y acumular sabiduría de la meditación.

Los extraordinarios relatos sobre la arquitectura texcocana son confirmados, en lo principal, por los restos que todavía cubren la colina de Tetzcotzinco o están medio enterrados en su superficie. Ciertamente atraen poca

atención en el país, donde su verdadera historia ha caído en el olvido hace tiempo²⁶², mientras que el viajero, llevado al lugar por su curiosidad, especula sobre su posible origen y mientras va tropezando con los grandes fragmentos de pórfido y granito esculpido, los relaciona con las razas primitivas que esparcieron su colosal arquitectura sobre el país, mucho antes de la llegada de los acolhuas y de los aztecas²⁶³.

Los príncipes texcocanos solían mantener un gran número de concubinas. Tenían nada más que una mujer legal, sobre cuya descendencia recaía la corona²⁶⁴. Nezahualcóyotl tardó mucho tiempo en casarse. Quedó desilusionado a raíz de una temprana relación, cuando la princesa que había sido educada en privado para ser su pareja en el trono, le dio la mano a otro. El monarca injuriado llevó el asunto al tribunal apropiado. Las partes, sin embargo, probaron que ignoraban el destino de la dama y el tribunal reconoció a la joven pareja con una independencia que refleja un honor igual para los jueces que pueden dictar tal sentencia, como para el rey que puede aceptarla. Esta historia contrasta tristemente con la siguiente²⁶⁵.

El rey consumió su desilusión en la soledad de su bella villa de Tezcotzinco o intentó distraerla viajando. En uno de estos viajes fue hospitalariamente acogido por un poderoso vasallo, el viejo señor de Tepexpan, quien, para hacer mayor honor a su soberano, ordenó que fuera servido en el banquete por una noble dama, que era su prometida y que según la moda del país había sido educada bajo su propio techo. Era de la sangre real de México y, aún más, emparentada de forma cercana con el rey texcocano. Este último, que tenía el temperamento amoroso del Sur, quedó cautivado por la gracia y los encantos personales de la joven Hebe y concibió una violenta pasión por ella. No se la reveló

a nadie, sin embargo, pero a su vuelta a casa, se decidió a satisfacerla, aun a expensas de su propio honor, eliminando el único obstáculo que se interponía en su camino.

Por tanto, envió orden al cacique de Tepexpan de que comandara una expedición a pie contra los tlaxcaltecas. Al mismo tiempo ordenó a dos jefes texcocanos que se mantuvieran cerca de la persona del viejo noble y le llevaran a lo más reñido de la batalla, donde pudiera perder la vida. Les aseguró que este era el pago por un gran delito, pero que en consideración a los antiguos servicios de su vasallo, estaba dispuesto a ocultar su deshonra con una muerte honrosa.

El veterano, que vivía ya desde hacía tiempo retirado en sus estados, se vio, con asombro, súbita y urgentemente llamado a filas, para lo que había tantos hombres más jóvenes mucho mejor preparados que él. Sospechó la causa y en la fiesta de despedida que ofreció a sus amigos pronunció el presentimiento de su triste destino. Sus predicciones se verificaron muy pronto y en sólo unas semanas tuvo a su disposición la mano de la virgen novia.

Nezahualcóyotl pensó que no era prudente destapar públicamente su pasión por la princesa tan poco tiempo después de la muerte de su víctima. Comenzó una correspondencia con ella a través de una pariente, expresándole lo mucho que sentía su pérdida. Al mismo tiempo le tendió el mejor consuelo que estaba a su alcance, ofreciéndole su corazón y su mano. El antiguo novio de la joven era demasiado entrado en años para que permaneciera inconsolable mucho tiempo y ella desconocía el pérfido complot tramado contra su vida, por lo que transcurrido un tiempo decente se mostró dispuesta a cumplir con su deber, poniéndose a disposición de su pariente real.

Para dar un aspecto más natural a los hechos e impedir cualquier sospecha sobre el indigno papel que había

desempeñado, el rey organizó que la princesa se presentara en Tetzcotzinco para presenciar allí alguna ceremonia pública. Nezahualcóyotl estaba de pie en un balcón del palacio cuando ella apareció, y preguntó, como si quedara impresionado por su belleza por primera vez, «quién era la encantadora y joven criatura que estaba en sus jardines». Cuando sus cortesanos le pusieron en conocimiento de su nombre y rango ordenó que se la condujera a palacio para que pudiera recibir todas las atenciones propias de su rango. La entrevista fue rápidamente seguida de una declaración pública de su pasión y el matrimonio se celebró poco después, con gran pompa en la presencia de toda su Corte y de sus monarcas hermanos de México y Tlacopán²⁶⁶.

Esta historia, que ofrece un claro homólogo a la de David y Urías, es relatada con gran detalle tanto por el hijo del rey como por su nieto, de cuyas narraciones lo tomó Ixtlilxochitl²⁶⁷. Todos estigmatizan la acción como la más abyecta en la vida de su gran antecesor. Es realmente demasiado abyecta como para no dejar una mancha indeleble en cualquier personaje, por muy puro y elevado que fuera en otros aspectos.

El rey era estricto en la ejecución de sus leyes, aunque su disposición natural le llevaba a templar la justicia con la clemencia. Se cuentan muchas anécdotas de los benevolentes desvelos que se tomó para con sus súbditos, y de su preocupación por detectar y premiar los méritos incluso de los más humildes. Era normal que paseara entre ellos disfrazado, como el célebre califa de las *Mil y una noches*, entrando libremente en conversación y comprobando su verdadera situación con sus propios ojos²⁶⁸.

En una de estas ocasiones, cuando sólo iba acompañado por un noble, se encontró con un chico que se hallaba en un campo recogiendo ramas para combustible. Le preguntó «por qué no iba al bosque cercano, donde encontraría

muchas más». A lo que éste respondió «que era el bosque del rey y que le castigaría con la muerte si lo hollaba». Los bosques reales eran muy extensos en Texcoco y estaban protegidos por leyes tan severas como las de los tiranos normandos en Inglaterra. «¿Qué tipo de hombre es tu rey?», preguntó el monarca, queriendo saber el efecto de estas prohibiciones en su propia popularidad. «Un hombre muy duro», respondió el chico, «que le niega a su gente lo que Dios les ha dado»²⁶⁹. Nezahualcóyotl le instó a que no se preocupara por leyes tan arbitrarias y que buscara ramas en el bosque ya que no había nadie presente que le pudiera traicionar, pero el muchacho rehusó obstinadamente, acusando directamente al rey disfrazado de ser un traidor y de buscarle problemas.

Nezahualcóyotl al volver al palacio ordenó que trajeran al chico y a sus padres ante su presencia. Recibieron las órdenes con asombro, pero al entrar en su presencia el chico reconoció inmediatamente a la persona con la que había conversado de forma tan poco educada y se llenó de consternación. El bondadoso monarca, sin embargo, alivió sus aprensiones, agradeciéndole la lección que le había dado y al mismo tiempo elogiando su respeto por las leyes y alabando a sus padres por la manera en la que habían educado a su hijo. Después despidió a las partes con generosos regalos, mitigando posteriormente la severidad de las leyes sobre los bosques, para que se permitiera a las personas recoger toda la madera que hubiera caído al suelo, mientras que no tocaran la madera en pie²⁷⁰.

Se cuenta de él otra aventura con un pobre leñador y su mujer, que habían traído su pequeña carga de troncos para vender en el mercado de Texcoco. El hombre se lamentaba amargamente de su vida y de lo difícilmente que se ganaba una desdichada subsistencia, mientras que el señor del palacio ante el que se hallaban vivía una vida sin problemas,

sin trabajos y con todos los lujos del mundo en sus manos.

Seguía lamentándose cuando la buena mujer le detuvo recordándole que podían ser oídos. Así fue, por el mismo Nezahualcóyotl, quien de pie, oculto a la vista tras una celosía que daba al mercado, se entretenía como de costumbre observando a la gente común que regateaba en la plaza. Inmediatamente ordenó que se trajera a su presencia a la quejumbrosa pareja. Aparecieron temblando y con la conciencia intranquila. El rey les preguntó gravemente qué era lo que habían dicho. Como le respondieron la verdad, les dijo que deberían reflexionar sobre el hecho de que si él tenía grandes tesoros en su poder, tenía un destino aún mayor para ellos y que lejos de vivir una vida fácil, sobre él pesaba toda la carga del gobierno y concluyó aconsejándoles «que fueran más cautos en el futuro ya que las paredes tenían oídos»²⁷¹. Después ordenó a sus oficiales que le trajeran una cantidad de tela y una generosa provisión de cacao (la moneda del país) y los despidió. «Id», les dijo, «con lo poco que tenéis ahora seréis ricos, mientras que con todas mis riquezas yo seré pobre»²⁷².

No era su pasión acumular riquezas. Administraba sus ingresos con munificencia, buscando destinatarios o sujetos pobres pero meritorios a quien ofrecérselos. Se fijaba especialmente en los soldados discapacitados y todos aquellos que en general habían sufrido una pérdida en el servicio público y en caso de muerte extendía su asistencia a los familiares que le sobrevivieran. La mendicidad abierta era algo que nunca toleraba, sino que castigaba con un rigor ejemplar²⁷³.

Parecería increíble que un hombre de mente abierta y que poseía las dotes de Nezahualcóyotl consintiera la sórdida superstición de sus paisanos y todavía menos los sangrientos ritos tomados de los aztecas. Realmente su temperamento humano se encogía con estas crueles ceremonias e intentaba

enérgicamente recordar a su gente el culto más puro y más sencillo de los antiguos toltecas. Un hecho produjo un cambio temporal en su conducta.

Llevaba cuatro años casado con la mujer que tan injustamente había obtenido, pero no era bendecido con descendencia. Los sacerdotes interpretaban que se debía al descuido de los dioses del país y que el único remedio era propiciarse su voluntad mediante sacrificio humano. El rey reticente consintió y los altares humearon de nuevo con la sangre de los prisioneros asesinados. Pero todo fue en vano y él exclamó con indignación: «Estos ídolos de madera y piedra no pueden ni oír ni sentir y mucho menos podrían hacer que lo hicieran los cielos, la tierra y el hombre el señor de todos. Esto debe ser obra del dios desconocido todopoderoso, el Creador del universo, en quien únicamente debo confiar para consuelo y apoyo»²⁷⁴.

Acto seguido se retiró a su palacio rural de Tetzcotzinco, donde se quedó cuarenta días, ayunando y rezando a horas establecidas y no ofreciendo más sacrificio que el dulce incienso de copal y de hierbas y resinas aromáticas. Expirado este tiempo, se dice que fue reconfortado por una visión que le aseguró el éxito de su petición. Fuera como fuera, esto fue lo que sucedió, ya que poco después le siguió la alentadora noticia del triunfo de sus armas en una región donde había experimentado algunos reveses humillantes²⁷⁵.

Enormemente fortalecido en sus anteriores convicciones religiosas, profesó abiertamente ahora su fe y fue más concienzudo en hacer abandonar a sus súbditos las degradantes supersticiones y sustituirlas por concepciones de la deidad más nobles y espirituales. Construyó un templo con la habitual forma piramidal y en la cima una torre de nueve pisos de altura que representaba los nueve cielos, levantó un décimo piso que estaba coronado por un tejado pintado de negro y profusamente adornado con estrellas en

el exterior y recubierto por dentro con piedras preciosas. Lo dedicó «al Dios *desconocido, la Causa de causas* »²⁷⁶. Por el emblema de la torre, así como por el cariz de sus versos, como veremos más adelante, parece probable que mezclara el culto astral que existía entre los toltecas con su reverencia por el Supremo²⁷⁷. En lo alto de la torre se colocaban diversos instrumentos musicales y su sonido, acompañado por el repicar de un sonoro metal golpeado por un mazo, convocaba a los fieles a los rezos en períodos regulares²⁷⁸. No se permitía ninguna imagen en el edificio, ya que era inapropiada para el «Dios invisible» y la gente tenía expresamente prohibido profanar los altares con sangre o cualquier otro sacrificio más allá del aroma de las flores y de las resinas dulcemente perfumadas.

El resto de sus días lo pasaba principalmente en la deliciosa soledad de Tetzcotzinco, donde se dedicaba a los estudios astronómicos y probablemente astrológicos y a la meditación sobre su destino inmortal, poniéndole palabras a sus sentimientos en canciones o más bien en himnos de enorme solemnidad y patetismo. Un extracto de uno de ellos dará una idea de sus especulaciones religiosas. La ternura meditativa de los versos citados en la página precedente se ahonda aquí hasta tomar un colorido lastimero e incluso lúgubre, mientras que el espíritu herido, en lugar de buscar alivio en las salidas cordiales de un temperamento joven y ardiente, se vuelve al mundo de ultratumba, en busca de consuelo.

«Todas las cosas en la vida terminan y en el momento de mayor dicha de su vanidad y esplendor su fuerza falla y se convierten en polvo. Todo el redondo mundo no es más que un sepulcro y no hay nada que viva en su superficie que no vaya a ser escondido y sepultado bajo él. Los ríos, los torrentes y los arroyos se mueven hacia su destino. Ninguno fluye hacia atrás hacia su agradable origen. Corren hacia

adelante, apresurándose para enterrarse ellos mismos en el profundo fondo del océano. Las cosas del ayer ya no están hoy, y las cosas de hoy cesarán quizá mañana²⁷⁹. El cementerio está lleno del repugnante polvo de los cuerpos que un día estuvieron animados por almas vivas, que ocuparon tronos, presidieron asambleas, capitanearon ejércitos, subyugaron provincias, se arrogaron el culto para ellos mismos, se hincharon de pompa vanagloriosa y de poder e imperio.

«Pero todas estas glorias han pasado, como el temible humo que brota de la boca de Popocatepetl, sin más recuerdo de su existencia que el registro en una página del cronista.

«Los grandes, los sabios, los valientes, los bellos. ¡Ay! ¿Dónde están ahora? Todos mezclados con la tierra y lo que les ha pasado a ellos nos pasará a nosotros y a los que vengan detrás de nosotros. Pero armémonos de valor, ilustres nobles y caciques, verdaderos amigos y leales súbditos, aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe²⁸⁰. Los horrores de la tumba no son más que la cuna del sol y las oscuras sombras de la muerte son la brillante luz de las estrellas»²⁸¹. La importancia mística de la última frase parece recalcar esa superstición relacionada con las casas del sol que forma tan bello contraste con los oscuros rasgos de la mitología azteca.

Finalmente, alrededor del año 1470²⁸², Nezahualcóyotl, anciano y colmado de años y honores, sintió que llegaba a su fin. Había pasado casi medio siglo desde que ascendió al trono de Texcoco. Había encontrado el reino desmembrado en facciones y doblegado bajo el yugo de un tirano extranjero. Había roto ese yugo, había insuflado nueva vida a la nación, renovado sus antiguas instituciones, extendido ampliamente su dominio, lo había visto florecer en todas las actividades de la industria y la agricultura, recabando

fuerzas de sus recursos aumentados y avanzando diariamente más y más alto en la marcha de la civilización. Había visto todo esto y podía con justicia atribuir una gran parte del mérito a su propio reinado, sabio y caritativo. Sus largos y gloriosos días estaban ahora llegando a su fin y contemplaba este hecho con la misma serenidad que había mostrado bajo las nubes de su esplendor matutino y meridiano.

Poco antes de su muerte, reunió a su alrededor a aquellos de sus hijos en los que más confiaba, a sus principales consejeros, a los embajadores de México y Tlacopán y a su hijo menor, el heredero de la corona, su único vástago con la reina. No tenía todavía ocho años, pero ya había dado, hasta donde puede dar un capullo tan tierno, la rica promesa de su excelencia futura²⁸³.

Tras abrazar tiernamente al niño, el moribundo monarca le colocó las prendas propias del soberano. Después recibió en audiencia a los embajadores y, una vez se hubieron retirado, hizo al niño repetir el contenido de la conversación. Esto fue seguido de consejos adaptados a su comprensión, que cuando los recordara pasados muchos años le servirían de faros para guiarse en el gobierno del reino. Le suplicó que no descuidara el culto al «Dios desconocido», lamentándose de haber sido indigno de conocerle y sugiriendo su convicción de que llegaría un día en el que sería conocido y adorado por toda la tierra²⁸⁴.

A continuación se dirigió a aquel de sus hijos en el que depositaba la mayor confianza, y al que había elegido como guardián del reino. «A partir de este momento», le dijo, «ocuparás el espacio que yo he ocupado como padre para este niño, le enseñarás a vivir como debe y gracias a tus consejos él reinará sobre el imperio. Ocupa su lugar y sé su guía hasta que pueda gobernar por sí mismo». Después, volviéndose hacia sus otros hijos, les aconsejó que vivieran

unidos entre ellos y que mostraran todos lealtad al príncipe, que, aunque niño, ya manifestaba una discreción mucho mayor que la que le correspondía por su edad. «Sedle fieles», añadió, «y él mantendrá vuestros derechos y dignidades»²⁸⁵.

Sintiendo que se acercaba su fin, exclamó, «No me lloréis con inútiles lamentos. Cantad la canción de la alegría y mostrad un espíritu valiente, que las naciones que he subyugado no crean que estáis descorazonados, sino ¡que sientan que cada uno de vosotros es lo suficientemente fuerte como para mantenerles bajo obediencia!». El espíritu intrépido del monarca brilló con fuerza hasta en las agonías de la muerte. Ese corazón robusto, sin embargo, se derritió cuando se despidió de sus hijos y amigos, llorando tiernamente sobre ellos, mientras les daba a cada uno el último adiós. Cuando se hubieron retirado ordenó a los oficiales del palacio que no permitieran entrar a nadie más. Poco después expiró en el septuagésimo segundo año de edad y en el cuadragésimo tercero de su reinado²⁸⁶.

Así murió el monarca más grande y, si ese borrón estúpido pudiera borrarse, quizá el mejor que nunca se sentó en un trono indio. Su carácter es descrito con tolerable imparcialidad por su familiar, el cronista texcocano. «Era sabio, valiente, generoso y cuando consideramos la magnanimidad de su alma, la grandeza y el éxito de sus empresas, su profunda y a la vez osada política, debemos reconocerle que ha superado con mucho a cualquier otro príncipe o capitán de este nuevo mundo. Tenía pocos defectos y castigaba rigurosamente los de los demás. Prefería el interés público al personal, era enormemente caritativo por naturaleza, a menudo compraba artículos al doble de su precio a personas pobres y honestas para regalarlos más tarde a enfermos y ancianos. En períodos de escasez era especialmente pródigo, reduciendo los impuestos

de sus vasallos y satisfaciendo sus necesidades con los graneros reales. No tenía fe en el culto idólatra del país. Estaba bien instruido en la ciencia moral y buscaba, por encima de todas las cosas, obtener luz para conocer al Dios verdadero. Creía en un solo Dios, el creador del cielo y de la tierra, por el que tenemos nuestro ser, que nunca se nos reveló en forma humana ni en ninguna otra, con el que morarán las almas de los justos después de muertos, mientras que los malvados sufrirán dolores inenarrables. Invocaba al más Alto como “Aquel por el que vivimos”, y “el que contiene todas las cosas”. Reconocía en el sol a su padre y en la tierra a su madre. Enseñó a sus hijos a no confiar en ídolos y a respetar su culto externo tan sólo por deferencia a la opinión pública²⁸⁷. Aunque no pudo abolir completamente los sacrificios humanos, tomados de los aztecas, al menos los restringió a los cautivos y a los esclavos»²⁸⁸.

Me he entretenido tanto con este ilustre príncipe, que queda poco para su hijo y sucesor, Nezahualpilli. He pensado que sería mejor, dentro de nuestros estrechos límites, presentar una visión completa de una sola época, la más interesante en los anales texcocanos, que extender las investigaciones sobre un campo más amplio, pero comparativamente más estéril. Aun así, Nezahualpilli, el heredero de la corona, era una extraordinaria persona y su reino contiene muchos hechos que lamento silenciar²⁸⁹.

Tenía en muchos aspectos un gusto similar al de su padre y, como él, desarrolló una profusa magnificencia en su modo de vida y en sus edificios públicos. Era más severo en su moral y en la ejecución de la justicia, severo hasta el punto de sacrificar los afectos naturales. Sobre este punto se cuentan algunos hechos sorprendentes. Entre otros uno relacionado con su hijo mayor, el heredero de la corona, un príncipe muy prometedor. El joven comenzó una correspondencia poética con una de las concubinas de su

padre, la señora de Tula, como se la llamaba, una mujer de orígenes humildes, pero de encantos poco comunes. Escribía versos con facilidad y podía discutir de los temas más profundos con el rey y sus ministros. Tenía unos alojamientos independientes donde vivía con gran boato y adquirió, por su belleza y sus logros, un gran ascendiente sobre su amante real²⁹⁰. Fue con esta favorita con la que el príncipe comenzó a mantener una correspondencia en verso, no se especifica si de carácter amoroso. En cualquier caso el delito era susceptible de ser castigado con la pena capital. Se le llevó ante un tribunal regular que condenó a muerte al desgraciado joven, y el rey, blindando su corazón ante todas las súplicas y la llamada de la naturaleza, permitió que fuera ejecutado. Podemos sospechar en este caso la influencia de las bajas pasiones en su mente, pero no es un hecho aislado de su inexorable justicia hacia aquellos que le eran más cercanos. Tenía la severa virtud de un antiguo romano, careciendo de las gracias más delicadas que hacen la virtud atractiva. Cuando la sentencia se cumplió, se encerró en su palacio durante varias semanas y ordenó que se tapiaran las puertas y ventanas de la residencia de su hijo, para que nunca más pudiera ser ocupada²⁹¹.

Nezahualpilli coincidía con su padre en su pasión por los estudios astronómicos y se dice que tenía un observatorio en uno de sus palacios²⁹². Se dedicó a la guerra en su juventud, pero a medida que pasaron los años se resignó a un modo de vida más indolente y buscó su principal distracción en la práctica de su ciencia preferida o en los delicados placeres de los reclusos jardines de Tetzcotzinco. Esta tranquila vida no era la más apropiada para el carácter turbulento de la época y de su rival mexicano, Montezuma. Las provincias distantes abandonaron su lealtad y el ejército relajó su disciplina, el desafecto se infiltró en sus filas y el astuto Montezuma, en parte mediante violencia y en parte

mediante estratagemas impropias de un rey, consiguió arrebatar a su monarca hermano algunas de las posesiones más valiosas. Fue entonces cuando se arrogó el título y la supremacía de emperador, hasta entonces ostentada por los príncipes texcocanos como cabeza de la alianza. Tal es el relato ofrecido por los historiadores de esta nación, quienes de esta manera explican la reconocida superioridad del soberano azteca, tanto en territorio como en consideración, a la llegada de los españoles²⁹³.

Estas adversidades oprimían fuertemente el espíritu de Nezahualpilli. El efecto se incrementó por ciertos lúgubres pronósticos de una calamidad cercana que había de arrasarse el país²⁹⁴. Se retiró a su refugio para rumiar en secreto sus aflicciones. Su salud declinó rápidamente y en 1515, a la edad de cincuenta y dos, se fue a la tumba²⁹⁵, al menos tuvo la suerte de que, gracias a esta oportuna muerte, no pudo presenciar el cumplimiento de sus propias predicciones, con la ruina de su país y la extinción para siempre de las dinastías indias²⁹⁶.

Al repasar el breve boceto aquí expuesto de la monarquía texcocana, nos quedamos enormemente impresionados por la sensación de su superioridad sobre el resto del Anáhuac en todas las facetas de la civilización. Los mexicanos mostraron una competencia similar, sin duda, en las artes mecánicas e incluso en la ciencia matemática. Pero en la ciencia del gobierno, en la legislación, en las doctrinas especulativas de naturaleza religiosa, en las actividades más elegantes de la poesía, la elocuencia y todo lo que depende del refinamiento del gusto y de un idioma elegante, demostraron ser inferiores al recurrir a sus rivales en busca de instrucción y citando sus trabajos como las obras maestras de su lengua. Todo el mundo reconocía que las mejores historias, los mejores poemas, los mejores códigos de leyes, el dialecto más puro, todos eran texcocanos. Los

aztecas equiparaban a sus vecinos en el esplendor de su vida, e incluso en la magnificencia de sus construcciones. Desplegaron una pompa y un ostentoso fasto, verdaderamente asiáticos. Pero esto era más bien el desarrollo del principio material más que el intelectual. Carecían del refinamiento de modales esencial para un continuo avance en la civilización. Tenían un infranqueable límite en esa sangrienta mitología que lanzaba su tinte devastador sobre el mismo aire que respiraban.

La superioridad sobre los aztecas se debía sin duda en gran medida a la de los dos soberanos cuyos reinos se han descrito. No hay posición que otorgue tantas posibilidades para la mejora de la condición humana, que la ocupada por un gobernante absoluto sobre una nación imperfectamente civilizada. Desde esta posición elevada, controlando todos los recursos de su época, está en su mano difundirlos a lo ancho y a lo largo entre su gente. Puede convertirse en la abundante balsa en la cima de la montaña, que absorbe las gotas de los cielos para después enviarlas convertidas en arroyos fertilizadores, sobre las laderas y los valles inferiores, llenando de belleza incluso a la naturaleza. Así eran Nezahualcóyotl y su ilustre sucesor cuya inteligente política, a lo largo de casi un siglo, tuvo como consecuencia una revolución enormemente saludable sobre las condiciones de su país. Es notable que nosotros, los habitantes del mismo continente, tengamos mayor conocimiento sobre la historia de muchos jefes bárbaros, tanto en el viejo como en el nuevo mundo que sobre la de estos hombres verdaderamente grandes, cuyos nombres van unidos a los períodos más gloriosos de los anales de las razas indias.

No es fácil de determinar hasta dónde llegaba realmente la civilización texcocana con la imperfecta luz de que disponemos. Ciertamente está por debajo de todo lo que

implica la palabra, según los cánones europeos. En algunas artes y en cualquiera de las ramas de la ciencia no pudieron más que comenzar. Pero comenzaron por el buen camino y ya mostraban un refinamiento en el sentimiento y en las maneras, una capacidad para recibir instrucción, que bajo buenos auspicios podría haberles llevado a una mejora indefinida. Desgraciadamente, cayeron muy rápido bajo el dominio de los guerreros aztecas. Y este pueblo pagó los beneficios que les prestaron sus vecinos más avanzados, inculcándoles su feroz superstición, que al caer como el moho sobre la tierra habría arruinado rápidamente sus flores de promesa y hubiera convertido incluso sus frutos en polvo y cenizas.

Fernando de Alva Ixtlilxochitl, que vivió a comienzos del siglo XVI, era natural de Texcoco y descendía en línea directa del soberano de ese reino. La prole real llegó a ser tan numerosa en unas pocas generaciones que era normal verlos rebajados a la extrema pobreza y sobrevivir duramente gracias a las más humildes ocupaciones. Ixtlilxochitl, que descendía de la mujer principal de Nezahualpilli, mantuvo una posición respetable. Ocupó el puesto de intérprete del virrey, al que fue recomendado por su conocimiento de los antiguos jeroglíficos y de las lenguas mexicana y española. Su nacimiento le brindó el acceso a personas del más alto rango en su propia nación, algunos de los cuales ocupaban importantes puestos civiles bajo el nuevo gobierno y, por tanto, podían recopilar grandes colecciones de manuscritos indios, que se le abrieron generosamente. También poseía una extensa biblioteca personal y con estos medios se dedicó diligentemente al estudio de las antigüedades texcocanas. Descifró los jeroglíficos, se convirtió a sí mismo en un maestro de las canciones y tradiciones y fortaleció su narrativa con el

testimonio oral de algunas personas de avanzada edad que habían conocido personalmente a los conquistadores. A partir de fuentes tan auténticas compuso varios trabajos en castellano sobre la historia primitiva de las razas tolteca y texcocana, continuando hasta la destrucción del imperio por Cortés. Estos diferentes relatos recopilados bajo el título de *Relaciones* son, más o menos, repeticiones y resúmenes unos de otros, tampoco es fácil de entender por qué se compusieron de esa manera. La *Historia Chichimeca* es la mejor compuesta y la más completa de todas las series y como tal ha sido la más consultada para las páginas precedentes.

Los escritos de Ixtlilxochitl tienen muchos defectos típicos de la época. A menudo llena la página de episodios de carácter trivial y probablemente incierto. La improbabilidad aumenta con la distancia del período, ya que la distancia que disminuye los objetos al ojo natural, los exagera al mental. Su cronología, como ya he señalado en más de una ocasión, es inextricablemente enmarañada. A veces ha prestado oídos demasiado crédulos a tradiciones y a informes que asustarían al criticismo más escéptico de nuestro tiempo. A pesar de eso, hay una apariencia de buena fe y simpleza en sus escritos, que puede convencer al lector de que cuando yerra no es más que por partidismo nacional. Y desde luego ese partidismo es excusable en el descendiente de una orgullosa línea familiar, a la que le habían arrebatado su antiguo esplendor, y que aliviaba sus sentimientos al revivirlos de nuevo, aunque con algo más del lustro legítimo, en el lienzo de la historia. También debería tenerse en cuenta que si su narrativa es a ratos asombrosa, sus investigaciones se adentran en las misteriosas profundidades de la antigüedad, donde la luz y la oscuridad se encuentran y se funden la una con la otra y donde todo es susceptible de la mayor distorsión, ya que se contempla a través del

nebuloso medio de los jeroglíficos.

Con estas indulgencias nos damos cuenta de que el historiador texcocano tiene todos los méritos para recibir nuestra admiración por la amplitud de sus investigaciones y la sagacidad con la que las llevó a cabo. Nos ha dado a conocer a la gente más culta del Anáhuac, cuyos registros, aunque se hubieran conservado, no podrían haberse entendido pasado un período mucho más largo y con ello ha proporcionado una norma de comparación que eleva en mucho nuestras ideas sobre la civilización americana. Su lenguaje es sencillo y ocasionalmente elocuente y conmovedor. Sus descripciones son muy pintorescas. Abunda la anécdota familiar y la gracia natural de sus maneras a la hora de describir los hechos más impactantes de la historia y las aventuras personales de sus héroes le otorgan el título del «Livio del Anáhuac».

Debería adentrarme ahora en sus méritos literarios, en relación con la conquista, sobre la que es una prominente autoridad. Sus anales anteriores, aunque no se han impreso ninguno de sus manuscritos, han sido diligentemente estudiados por los escritores españoles en México y generosamente transcritos a sus páginas. Y su reputación, como la de Sahagún, ha sufrido indudablemente en el proceso. Su *Historia de la nación Chichimeca* está siendo traducida ahora al francés por M. Ternaux-Compans, entrando a formar parte de esa inestimable serie de traducciones de documentos no publicados, que tanto han ampliado los conocimientos sobre la temprana historia americana. He tenido oportunidad de comprobar los méritos de su versión de Ixtlilxochitl y me alegra dar testimonio de la elegancia y fidelidad con la que se realiza.

NOTA. Era mi intención concluir esta parte de la Introducción del trabajo con una investigación sobre el

Origen de la Civilización Mexicana. «Pero la pregunta genérica sobre los orígenes de los habitantes de un continente», dice Humboldt, «está más allá de los límites establecidos para la historia, quizá ni siquiera sea una pregunta filosófica». «Para la mayoría de los lectores», dice Livio, «el origen y las remotas antigüedades tienen comparativamente poco interés». El criticismo de estos grandes escritores es justo y pertinente y, después de considerarlo, he dejado las observaciones sobre este tema, preparadas con cuidado, para el *Apéndice* (parte I), al que pueden acudir aquellos que tengan suficiente curiosidad sobre el tema antes de comenzar con la narración de la conquista.

Notas al pie

²¹⁶ Para una crítica de este escritor, véase el epílogo de este capítulo.

²¹⁷ Véase el capítulo I de esta Introducción.

²¹⁸ Ixtlilxochitl, *Relaciones*, manuscrito n.º 9. *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 19.

²¹⁹ Las aventuras de este héroe se nos narran en su espíritu original por Sismondi (*Republiques Italiennes*, cap. 79). Para el segundo, al lector inglés casi no le hará falta la referencia a la *History of the Rebellion of 1745* de Chamber, un trabajo que prueba lo sutil que es la línea que divide, en la vida humana, el romance de la realidad.

²²⁰ Ixtlilxochitl, *Relaciones*, manuscrito, n.º 10.

²²¹ *Idem*, *Relaciones*, manuscrito n.º 10. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 20-24.

²²² *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 25. El engaño se llevó a cabo gracias a un extraordinario parecido personal entre las dos partes, un fructífero recurso de la comedia, como sabe cualquier lector de teatro, pero que pocas veces es de interés trágico.

²²³ Era costumbre al entrar en presencia de un gran señor que se arrojaran hierbas al incensario. «Hecho en el brasero incienso, y copal, que era uso y costumbre donde estaban los Reyes y Señores, cada vez que los criados entraban con mucha reverencia y acatamiento echaban sahumero en el brasero; y así con este perfume se obscurecía algo la sala», Ixtlilxochitl, *Relaciones*, manuscrito, n.º 11.

²²⁴ *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 26. *Relaciones*, manuscrito, n.º 11. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, cap. 47.

²²⁵ «Nezahualcoiotzin le dixo, que si viese á quien buscaban, si lo iría á denunciar? Respondió, que no; tornándole á replicar diciéndole, que haría mui mal en perder una muger hermosa, y lo demas, que el rey Maxtla prometia, el mancebo se rió de todo, no haciendo caso ni de lo uno, ni de lo otro», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 27.

²²⁶ *Ibid.*, manuscrito, caps. 26, 27. *Relaciones*, manuscrito, n.º 11. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, caps. 47, 48.

²²⁷ Ixtlilxochitl, manuscritos, *ubi supra*. Veytia, *ubi supra*.

²²⁸ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 28-31. *Relaciones*, manuscrito, n.º 11. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 2, caps. 51-54.

²²⁹ Véase página 40 de este volumen.

²³⁰ «Que venganza no es justo la procuren los Reyes, sino castigar al que lo

mereciere», manuscrito, de Ixtlilxochitl.

²³¹ Véase Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 247.

El código de Nezahualcóyotl consta de ochenta leyes, de las que sólo nos han llegado treinta y cuatro, según Veytia (*Historia Antigua de Méjico*, tom. III, p. 224, nota.) Ixtlilxochitl enumera algunas de ellas. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 38, y *Relaciones*, manuscrito, ordenanzas.

²³² En ningún sitio se mantienen estos principios tan a la vista como en los diferentes escritos de nuestro paisano de adopción, el doctor Lieber, que están más o menos relacionados con la teoría de la legislación. Estos trabajos no podían haberse escrito antes del siglo XIX.

²³³ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 36. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 3, cap. 7.

Según Zurita, los jueces principales, en sus reuniones generales cada cuatro meses, constituían también una especie de parlamento o cortes, para aconsejar al rey en asuntos de estado. Véase su *Rapport*, p. 106; también Ante, p. 45.

²³⁴ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 36. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 137. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 3, cap. 7.

«Concurrían á este consejo las tres cabezas del imperio, en ciertos dias, á oír cantar las poesías históricas antiguas y modernas, para instruirse de toda su historia, y tambien cuando habia algun nuevo intento en cualquiera facultad, para examinarlo, aprobarlo, ó reprobalo. Delante de las sillas de los reyes habia una gran mesa cargada de joyas de oro y plata, pedrería, plumas, y otras cosas estimables, y en los rincones de la sala muchas de mantas de todas las calidades, para premios de las habilidades y estímulo de los profesores, las cuales alhajas repartían los reyes, en los dias que concurrían, á los que se aventajaban en el ejercicio de sus facultades». *Ibid.*

²³⁵ Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. 3, cap. 7. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 247.

Este último autor enumera cuatro historiadores, algunos de mucho prestigio, de la casa real de Texcoco, descendientes del gran Nezahualcóyotl. Véase su *Account of Writers*, tom. I, pp. 6-21.

²³⁶ «En la ciudad de Tezcuco estaban los Archivos Reales de todas las cosas referidas, por haver sido la Metrópoli de todas las ciencias, usos y buenas costumbres, porque los Reyes que fueron de ella se preciaron de esto» (Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, prólogo). Fue a partir de los pobres restos, tan bien guardados en su día por sus ancestros, como el historiador reunió los materiales, según nos informa, para sus propios trabajos.

²³⁷ «Aunque es tenuta la lengua mejicana por materna y la tezcucana por más cortesana y pulida» (Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito). «Tezcuco», dice Boturini, «donde los señores de la tierra embiaban á sus hijos para aprehender lo

mas pulido de la lengua Náhautl, la poesía, filosofía moral, la teología gentilica, la astronomía, medicina, y la historia». *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 142.

²³⁸ «Compuso LX cantares», dice el autor anteriormente citado, «que quizás también habrán perecido en las manos incendiarias de los ignorantes» (*Idea*, p. 79). Boturini tenía traducciones de dos de éstas en su museo (Catálogo, p. 8), y otra ha salido posteriormente a la luz.

²³⁹ A pesar de la dificultad, ha sido realizada por la mano de una buena amiga, que, al mismo tiempo que se mantenía fiel al castellano, ha mostrado una gracia y una flexibilidad en sus movimientos poéticos, de la que no pueden presumir la versión castellana ni probablemente el original mexicano.

²⁴⁰ Varias muestras de esto se pueden encontrar en *Dominación de los árabes en España* de Conde. Ninguno de ellos superior a los tonos quejumbrosos del real Abderramán ante la solitaria palmera, que le recordaba a la agradable tierra de su nacimiento. Véase parte 2, cap. 9.

²⁴¹ «Io tocaré cantando
El músico instrumento sonoro,
Tú de flores gozando
Danza, y festeja á Dios que es poderoso;
O gozemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria»
manuscrito de Ixtlilxochitl.

El poeta inglés Herrick expresa, con una belleza poco común, un sentimiento que es bastante común:

 «Gather the rosebund while you may,
Old Time is still a flying;
The fairest flower that blooms to-day,
To-morrow may be dying»

Y quizá todavía con mayor belleza Racine:

«Rions, chantons, dit cette troupe impie;
De fleurs en fleurs, de plaisirs en plaisirs,
Promenons nos désirs.
Sur l'avenir insensé qui se fie.

De nos ans passagers le nombre est incertain.

Hâtons-nous aujourd'hui de jouir de la vie;

Qui sait si nous serons demain?»

Athalie, Acte 2.

Es interesante ver las diferentes formas bajo las que diversas razas desarrollan los mismos sentimientos y en lenguas diferentes. Es un sentimiento epicúreo ciertamente, pero su universalidad prueba su verdad por naturaleza.

²⁴² Algunas de las provincias y lugares así conquistados fueron controlados conjuntamente por los poderes aliados; Tlacopán, sin embargo, recibía tan sólo un quinto del tributo. Lo más normal era anexionar el territorio vencido al estado más cercano de los dos principales. Véase Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 38. Zurita, *Rapport*, p. II.

²⁴³ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 41. El mismo escritor, en otro trabajo, dice que la población de Texcoco era el doble, en este período, que en la época de la conquista, fundamentando su estimación en los padrones reales y en numerosos restos de edificios todavía visibles en sus días, en lugares ahora despoblados. «Parece en las historias que en este tiempo, antes de que se destruyesen, havia doblado mas gente de la que halló al tiempo que vino Cortés, y los demas españoles: porque yo hallo en los padrones reales, que el menor pueblo tenia 1100 vecinos, y de allí para arriba, y ahora no tienen 200 vecinos, y aun en algunas partes de todo punte see han acabado [...] Como se hecha de ver en las ruinas, hasta los mas altos montes y sierras tenian sus sementeras, y casas principales para vivir y morar». *Relaciones*, manuscrito, n.º 9.

²⁴⁴ Torquemada ha extraído los detalles del gasto anual del palacio, del libro real de cuentas, que llegó a manos del historiador. Las siguientes son algunas de las entradas, principalmente: 4.900.300 fanegas de maíz (una fanega equivale más o menos a cien libras), 2.744.000 fanegas de cacao, 8.000 pavos, 1.300 cestos de sal, junto a una increíble cantidad de caza de todo tipo, verduras, condimentos, etc. (*Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 53.) Véase también Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 35.

²⁴⁵ Había más de cuatrocientas de estas residencias nobiliarias. «Así mismo hizo edificar muchas casas y palacios para los señores y cavalleros, que asistian en su corte, cada uno conforme á la calidad y méritos de su persona, las quales llegaron á ser mas de quatrocientas casas de señores y cavalleros de solar conocido». *Ibid.*, cap. 38.

²⁴⁶ *Ibid.*, cap. 36. «Esta plaza cercada de portales, y tenia así mismo por la parte del poniente otra sala grande, y muchos quartos á la redonda, que era la universidad, en donde asistian todos los poetas, históricos, y filósofos del reyno, divididos en sus claves, y academias, conforme era la facultad de cada uno, y así mismo estaban aquí los archivos reales».

²⁴⁷ Este célebre naturalista fue enviado por Felipe II a Nueva España y dedicó varios años a reunir un voluminoso trabajo sobre sus variados ensayos naturales ilustrado con dibujos. Aunque se dice que el gobierno se gastó sesenta mil ducados en la realización de este gran objetivo, los volúmenes no fueron publicados hasta mucho después de la muerte del autor. En 1651 apareció en Roma una edición mutilada de la parte del trabajo sobre la botánica medicinal. El manuscrito original se supone que quedó destruido en el gran incendio de El Escorial no muchos años después. Afortunadamente, otra copia de la propia mano del autor fue encontrada por el infatigable Muñoz, en la biblioteca del colegio jesuita de Madrid, en la última parte del siglo pasado, siendo publicada una bella edición en la famosa imprenta de Ibarra, en la capital bajo el patronazgo del gobierno en 1790 [*Hist. Plantarum*, Præfatio. Nic. Antonio. Bibliotheca Hispana Nova (Matriti, 1790), tom. II, p. 432].

El trabajo de Hernández es una monumental obra de erudición, la más notable al ser la primera en este difícil tema. Y bajo la luz adicional de la labor de los posteriores naturalistas, todavía mantiene su lugar como un libro de la mayor autoridad, por la perspicacia, fidelidad y meticulosidad con que en él se discuten los más variopintos temas.

²⁴⁸ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 36.

²⁴⁹ «Algunas de las terrazas sobre las que se levantaba», dice Mr. Bullock, hablando de este palacio, «siguen enteras y cubiertas de cemento muy duro e igual en belleza al encontrado en los edificios romanos [...] la gran iglesia, que se levanta cerca, está casi por completo construida con materiales tomados del palacio, muchas de cuyas piedras esculpidas se pueden ver en las paredes, aunque con la mayoría con la ornamentación hacia dentro. Realmente, nuestro guía nos informó, que todo el que construía una casa en Texcoco utilizaba las ruinas del palacio como cantera» (*Six Months in Mexico*, cap. 26.) Torquemada señala la apropiación de materiales para el mismo fin. *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 45.

²⁵⁰ Ixtlilxochitl, manuscrito, *ubi supra*.

²⁵¹ De esta manera, como castigo a los Chalcas por su rebelión, toda la población, tanto hombres como mujeres, fue obligada, según indica el cronista tantas veces citado, a trabajar en los edificios reales, por un total de cuatro años; construyéndose enormes graneros con provisiones para su sustento mientras duró. *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 46.

²⁵² Aunque la gente en general no era muy dada a la poligamia, debe reconocerse que el soberano (y sucedía igual en México, como veremos) compensaba enormemente la abnegación de sus súbditos.

²⁵³ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 37.

²⁵⁴ Los sacerdotes egipcios llevaban la ceremonia en un modo más distinguido y mientras que rezaban para que descendieran sobre el príncipe todo tipo de virtudes reales, echaban la culpa de los delitos a sus ministros, de esta manera

«tentándole hacia un modo de vida honesto, no mediante la inclemencia del reproche, sino mediante los atractivos del elogio». Dice Diodoro, lib. I, cap. 70.

²⁵⁵ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 42.

²⁵⁶ «Quinientos y veynte escalones». Davilla Padilla, *Historia de la Provincia de Santiago* (Madrid, 1596), lib. 2, cap. 81.

Este escritor, que vivió en el siglo XVI, contó los escalones él mismo. Aquellos que no estaban excavados en la roca se estaban cayendo en pedazos, ya que de hecho todo el complejo estaba ya entonces en avanzado estado de ruina.

²⁵⁷ En la cima de la montaña, según Padilla, se levantaba una imagen de un *coyote* (animal parecido a un zorro), que, según la tradición, representaba a un indio famoso por sus ayunos. Fue destruido por ese acérrimo iconoclasta, el obispo Zumárraga, como una reliquia de la idolatría (*Historia de Santiago*, lib. 2, cap. 81). Esta figura era, sin duda, el emblema del mismo Nezahualcóyotl, cuyo nombre, como se ha señalado anteriormente, significa «zorro hambriento».

²⁵⁸ «Hecho de una peña un leon de mas de dos brazas de largo con sus alas y plumas: estaba echado y mirando á la parte del oriente, en cuiá boca asomaba un rostro, que era el mismo retrato del Rey». Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 42.

²⁵⁹ Bullock habla de un «bello estanque, de doce pies de longitud por ocho de anchura, con sus buenos cinco o cuatro pies de profundidad en el centro», etc. No está tan claro si la verdad se encuentra en el fondo de este pozo. Latrobe describe los senderos como «dos extraños estanques únicos, quizá de dos pies y medio de diámetro que no era lo suficientemente grande como para que ningún monarca mayor que Oberón se zambullera en él» (Comp. *Six Months in Mexico*, cap. 26, y *Rambler in Mexico*, let. 7). Ward dice algo muy parecido [*Mexico in 1827* (Londres, 1828), vol. II, p. 296], lo que coincide con los relatos verbales que he recibido del mismo lugar.

²⁶⁰ «Gradas hechas de la misma peña tan bien grabadas y lizas que parecían espejos» (Ixtlilxochitl, manuscrito, *ubi supra*). Los viajeros que acabo de citar tan sólo señalan el bello pulido todavía visible en el pórfido.

²⁶¹ Padilla vio piezas enteras de cedro entre las ruinas de noventa pies de largo y de cuatro de diámetro. Algunos de los inmensos portales, observó, estaban hechos de una sola piedra (*Historia de Santiago*, lib. II, cap. 81). Pedro Mártir observa una enorme viga de madera usada en la construcción de los palacios de Texcoco, que medía ¡ciento veinte pies de largo por ocho pies de diámetro! Los relatos de estas enormes piezas similares de madera eran tan sorprendentes, añade, que no podría haberlos aceptado de no ser porque provenían del testimonio más irrefutable. *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 10.

²⁶² Es lamentable que el gobierno mexicano no se tome un mayor interés por los restos arqueológicos mexicanos. ¡Que no podría lograrse con unas pocas manos reclutadas de los ociosos fuertes de algunas de las ciudades vecinas, si se

emplearan para excavar esta tierra, «el monte palatino», de México! Pero desgraciadamente la época de la violencia ha sido seguida de una de apatía.

²⁶³ «Son sin duda», dice Mr. Latrobe (hablando de lo que él llama, «estas ruinas inexplicables»), «antes de origen tolteca que azteca y quizás sea más probable atribuir las a gente de una edad más remota» (*Rambler in Mexico*, let. 7). «Soy de la opinión», dice Mr. Bullock, «de que estas eran antigüedades antes del descubrimiento de América y fueron levantadas por gente cuya historia se perdió incluso antes de la construcción de la ciudad de México. ¿Quién puede solucionar este problema?» (*Six Months in Mexico, ubi supra*). El lector que tome a Ixtlilxochitl como guía no tendrá grandes problemas en solucionarlo. Aquí encontrará, como probablemente puede que suceda en otros ejemplos, que hay que ir un poco más allá de la conquista, para encontrar el origen de los restos que según afirma son coetáneos a los de Fenicia y el antiguo Egipto.

²⁶⁴ Zurita, *Rapport*, p. 12.

²⁶⁵ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 43.

²⁶⁶ *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 43.

²⁶⁷ *Idem*, *ubi supra*.

²⁶⁸ «En traje de cazador (que lo acostumbraba á hacer muy de ordinario) saliendo á solas, y disfrazado para que no fuese conocido, á reconocer las faltas y necesidad que havia en la república para remediarlas». *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 46.

²⁶⁹ «Un hombresillo miserable, pues quita á los hombres lo que Dios á manos llenas les da». *Ibid.*, *loc. cit.*

²⁷⁰ *Ibid.*, cap. 46.

²⁷¹ «Porque las paredes oían» (*ibid.*). Un proverbio europeo entre los aborígenes americanos parece demasiado extraño como para no sospechar la mano del cronista.

²⁷² «Les dijo, que con aquello poco le bastaba, y viviria bien aventurado; y él, con toda la maquina que le parecia que tenia arto, no tenia nada; y así lo despidió». *Ibid.*

²⁷³ *Ibid.*

²⁷⁴ «Verdaderamente los dioses que io adoro, que son ídolos de piedra que no hablan, ni sienten, no pudieron hacer ni formar la hermosura del cielo, el sol, luna, y estrellas que lo hermocean, y dan luz á la tierra, rios, aguas, y fuentes, árboles, y plantas que la hermocean, las gentes que la poseen, y todo lo criado; algun Dios muy poderoso, oculto, y no conocido es el Criador de todo el universo. El solo es él que puede consolarme en mi aflicción, y socorrerme en tan grande angustia como mi corazon siente». Manuscrito de Ixtlilxochitl.

²⁷⁵ Manuscrito de Ixtlilxochitl.

El manuscrito aquí citado es uno de los numerosos que dejó el autor sobre las antigüedades de su país y forma parte de una voluminosa recopilación hecha en México por el padre Vega, en 1792, por orden del gobierno español. Véase el *Apéndice*, parte 2, n.º 2.

²⁷⁶ «Al Dios no conocido, causa de las causas». Manuscrito de Ixtlilxochitl.

²⁷⁷ Los primeros templos estaban dedicados al sol. Adoraban a la luna como su mujer y a las estrellas como sus hermanas (Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 25). Las ruinas todavía existentes en Teotihuacan, a unas siete leguas de México, son supuestamente templos levantados por este antiguo pueblo en honor de las dos grandes deidades. Boturini, *Idea de una Nueva Historia de América Septentrional*, p. 42.

²⁷⁸ Manuscrito de Ixtlilxochitl.

«Esto era evidentemente un gong», dice Mr. Ranking, que camina con envidiable confianza sobre los «supositos cinerías», por el camino de las antigüedades. Véase sus *Historical Researches on the Conquest of Peru, Mexico, etc., by the Mogols* (Londres, 1827), p. 310.

²⁷⁹ «Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes, y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceleranse con ansia para los vastos dominios de Tlulócá [Neptuno], y cuanto mas se arriman á sus dilatadas márgenes tanto mas van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se afianza que será mañana.»

²⁸⁰ «Aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe.»

²⁸¹ «El horror del sepulcro es lisongera cuna para él, y las funestas sombras brillantes luces para los astros.»

El texto original y la traducción al castellano de este poema aparecieron por primera vez, según creo, en un trabajo de Granados y Gálvez [*Tardes Americanas* (México, 1778), p. 90, *et seq.*]. El original está en lengua otomí y ambos, junto con la versión francesa, han sido incluidos por M. Ternaux-Compans en el apéndice a su traducción de la *Hist. de los Chichimecas* de Ixtlilxochitl (tom. I, pp. 359-367). Bustamante, que ha publicado también la traducción española en su *Galería de Antiguos Príncipes Mejicanos* [Puebla, 1821 (pp. 16, 17)], lo llama la «Oda de la flor», que fue recitada en un banquete de los grandes nobles texcocanos. Sin embargo, si éste fuera el mismo que el mencionado por Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 45) debería estar escrito en texcocano y de hecho no es probable que el otomí, un dialecto indio tan distinto de las lenguas del Anáhuac, aunque bien entendido por el poeta real, fuera entendido por una audiencia variopinta de sus paisanos.

²⁸² Lo más que puede nadie esperar con Ixtlilxochitl es una aproximación a la fecha, ya que ha enredado su cronología hasta un punto que queda fuera de mis

posibilidades desenmarañarla. Así, después de contarnos que Nezahualcóyotl tenía quince años cuando su padre fue asesinado en 1418, dice que murió a la edad de setenta y uno, en 1462. *Instar omnium*. Comp. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 18, 19, 49.

²⁸³ Manuscrito, de Ixtlilxochitl, también *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 49.

²⁸⁴ «no consintiendo que haya sacrificios de gente humana, que Dios se enoja de ello, castigando con rigor á los que lo hicieren; que el dolor que llevo es no tener luz, ni conocimiento, ni ser merecedor de conocer tan gran Dios, el qual tengo por cierto que ya que los presentes no lo conozcan, *ha de venir tiempo en que sea conocido y adorado en esta tierra* », manuscrito de Ixtlilxochitl.

²⁸⁵ *Idem, ubi supra*, también *Historia de la nación Chichimeca*, cap. 49.

²⁸⁶ *Historia de la nación Chichimeca*, cap. 49.

²⁸⁷ «Solía amonestar á sus hijos en secreto que no adorasen á aquellas figuras de ídolos, y que aquello que hiciesen en público fuese *solo por cumplimiento* ». *Ibid.*

²⁸⁸ *Idem, ubi supra*.

²⁸⁹ El nombre de Nezahualpilli significa «el príncipe por quien uno ha ayunado», en alusión, sin duda, al largo ayuno de su padre previo a su nacimiento (véase Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 45). He explicado el significado del, también eufónico, nombre de su padre, Nezahualcóyotl (Ante, cap. 4). Si bien es cierto que

«Cæsar or Epaminodas

Could ne'er without names have been known to us.»

no es menos cierto que los nombres de estos dos príncipes texcocanos, tan difíciles de pronunciar o recordar para un europeo, tienen menos suerte de cara a la inmortalidad.

²⁹⁰ «De las concubinas al que mas privó con el rey, fué la que llamaban la Señora de Tula, no por linaje, sino porque era hija de un mercader, y era tan sabia que competia con el rey y con los mas sabios de su reyno, y era en la poesía muy aventajada, que con estas gracias y dones naturales tenia al rey muy sugeto á su voluntad de tal manera que lo que queria alcanzaba de él, y así vivía sola por sí con grande aparato y majestad en unos palacios que el rey le mandó edificar», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 57.

²⁹¹ *Ibid*, cap. 67.

El historiador texcocano registra varios terribles ejemplos de su severidad, uno en particular en relación con su culpable esposa. Véase también Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 66) y Zurita (*Rapport*, pp. 108, 109). Era el terror, en

concreto, de todos los magistrados injustos. Poco favor podían esperar de un hombre que podía sofocar la voz de la naturaleza en su propio pecho, en obediencia de las leyes. Como Suetonio dijo de un príncipe que no poseía esta virtud, «Vehemens et in coercendis quidem delictis immodicus», *Vita Galbæ*, sec. 9.

²⁹² Torquemada vio los restos de éste o *lo que pasó por tales*, en su día. *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 64.

²⁹³ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 73, 74.

Este repentino traspaso del imperio de los texcocanos, al finalizar los reinados de dos de sus monarcas más capaces, es tan improbable que uno no puede más que dudar si alguna vez la poseyeron, al menos hasta el punto que reclama el patriótico historiador. Véase Ante, cap. I, nota 25, y el correspondiente texto.

²⁹⁴ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 72.

El lector encontrará un relato de estos prodigios, mejor probados que la mayoría de los milagros, en futuras páginas de esta Historia.

²⁹⁵ *Ibid.*, cap. 75. O quizá a la edad de cincuenta, si el historiador tiene razón al situar su nacimiento, como lo hace en el capítulo anterior, en 1465 (véase cap. 46). No es fácil decidir cuál es la verdad, cuando el escritor no se toma la molestia de ser sincero consigo mismo.

²⁹⁶ Sus exequias se celebraron con una pompa sangrienta. Doscientos hombres y cien mujeres, todos ellos esclavos, fueron sacrificados en su tumba. Su cuerpo se consumió entre un montón de joyas, objetos preciosos e incienso, en una pila funeraria, y las cenizas, depositadas en una urna de oro, fueron a parar al gran templo de Huitzilopotchli, por cuyo culto, a pesar de las enseñanzas de su padre, tenía cierta inclinación. *Ibid.*

LIBRO II
Descubrimiento de México

Capítulo I

España bajo el reinado de Carlos V. Evolución del descubrimiento. Política colonial. Conquista de Cuba. Expediciones al Yucatán. 1516-1518

A comienzos del siglo XVI, España ocupaba quizá el lugar más prominente en el escenario europeo. Los numerosos estados en los que había estado dividida durante tanto tiempo se consolidaron en una monarquía. La media luna musulmana, después de haber reinado durante ocho siglos, ya no se divisaba en sus fronteras. La autoridad de la corona no oscurecía, como lo haría posteriormente, a las clases sociales inferiores del estado. El pueblo disfrutaba del inestimable privilegio de la representación política y lo ejercía con valiente independencia. La nación en general podía alardear de un grado de libertad constitucional tan amplio como el de cualquier otra de la época en la cristiandad. Bajo un sistema de leyes beneficiosas y una administración equitativa la seguridad interna estaba garantizada, el crédito público se asentó, comenzaron a florecer el comercio, la industria e incluso las artes más elegantes. Al mismo tiempo una mejor educación daría lugar a los primeros frutos de esa literatura que eclosionaría en una cosecha tan rica antes del fin de siglo. Las armas en ultramar iban a la par con las artes en casa. España vio de pronto cómo su imperio se acrecentaba con importantes adquisiciones en Europa y África, mientras que un nuevo mundo al otro lado del océano vertía en su regazo tesoros de incalculable valor y abría un mundo sin límites para la

honrosa iniciativa.

Este era el estado del reino al finalizar el largo y glorioso reinado de Isabel y Fernando, cuando el 23 de enero de 1516 el cetro pasó a manos de su hija Juana o mejor dicho de su nieto Carlos V, quien reinó en solitario durante la larga y estúpida existencia de su desgraciada madre. Durante los dos años que siguieron a la muerte de Fernando, la regencia, en ausencia de Carlos, fue desempeñada por el cardenal Jiménez, un hombre cuya intrepidez, extraordinarios talentos y capacidad para grandes empresas iban acompañadas de un espíritu altivo, que le hacía no prestar demasiado interés a los medios utilizados para su ejecución. Su administración, por tanto, a pesar de lo recto de sus intenciones, fue, debido a su completo desprecio por las formas, poco favorable para la libertad constitucional, ya que el respeto formal es un elemento esencial de la libertad. Sin embargo, a pesar de todos sus fallos, Jiménez era un español y el objetivo que tenía en su corazón era bueno para su país.

Todo cambió con la llegada de Carlos, quien, tras una larga ausencia, arribó como extranjero a la tierra de sus padres (noviembre de 1517). Sus maneras, sus simpatías e incluso su lengua eran extranjeras, ya que hablaba el castellano con dificultad. Sabía poco sobre su país natal, sobre el carácter de su pueblo o sobre sus instituciones. Parecía que le importaran todavía menos, al mismo tiempo que su reserva natural descartaba una libertad de comunicación que hubiera podido contrarrestar, hasta cierto punto, los defectos de su educación. En pocas palabras, en todo era un extranjero y se resignó a ser dirigido por sus consejeros flamencos con una docilidad que poco auguraba sobre su futura grandeza.

En su entrada en Castilla el joven monarca iba acompañado por un enjambre de sicofantes cortesanos, que

se asentaron como langostas sobre todo puesto de beneficio y honor a lo largo y ancho del reino. Se nombró gran canciller de Castilla a un flamenco, se colocó a otro en la sede arzobispal de Toledo. Incluso se aventuraron a profanar la santidad de las Cortes introduciéndose en sus deliberaciones. Sin embargo, esta institución no se sometió dócilmente a tales usurpaciones, sino que dio rienda suelta a su indignación en un tono apropiado a los representantes de gente libre¹.

La conducta de Carlos, tan diferente de aquella a la que los españoles estaban acostumbrados bajo la benévola administración de Isabel y Fernando, le cerró todos los corazones, y a medida que se fue entendiendo su carácter, en lugar de los espontáneos brotes de lealtad, que normalmente acogen la ascensión al trono de un nuevo y joven soberano, se topó en todos sitios con oposición y disgusto. En Castilla y después en Aragón, Cataluña y Valencia, las Cortes dudaron a la hora de conferirle el título de *Rey* en vida de su madre y, aunque finalmente cedieron en este punto y unieron su nombre al de ella en la soberanía, fueron reacios a conceder los suministros que demandaba, y cuando lo hicieron vigilaron que su asignación fuera apropiada, con un celo que dejaba poco espacio para satisfacer la codicia de los flamencos. El lenguaje de la cámara en estas ocasiones, aunque templado y respetuoso, exuda un espíritu de resuelta independencia que no podría encontrarse probablemente en ningún registro parlamentario de ninguna otra nación del mismo período. No es de extrañar que Carlos se empapara pronto de un desagrado por estas asambleas populares, los únicos organismos donde podían llegar a oídos del soberano verdades tan desagradables². Desgraciadamente, no tenían ninguna influencia sobre su conducta, hasta que el descontento, que se había permitido que creciera en silencio durante mucho tiempo, estalló en la triste guerra de las

*comunidades**, que sacudió el Estado hasta sus cimientos y terminó con la supresión de sus libertades.

La misma perniciosa influencia extranjera se sentía, aunque de forma mucho menos perceptible, en la administración colonial. En el anterior reinado, ésta se había situado, bajo la responsabilidad directa de los dos grandes tribunales, el Consejo de Indias y la *Casa de contratación***, en Sevilla. Sus principales funciones eran avanzar en el progreso del descubrimiento, vigilar los asentamientos incipientes y resolver las disputas que surgieran en ellos. Sin embargo, las licencias otorgadas a aventureros privados hicieron más por la causa del descubrimiento que el patrocinio de la corona o sus funcionarios. La larga paz de la que había disfrutado España, con ligeras interrupciones, en la primera parte del siglo XVI, era un estupendo auspicio para este proceso y el inquieto caballero que ya no podía ganar los laureles en los campos de batalla de África o Europa se volvió con entusiasmo hacia la brillante carrera que se le abría al otro lado del océano.

Es difícil para la gente de nuestra época, tan familiarizada desde la infancia con los lugares más remotos del globo como con los de nuestro propio barrio, hacernos una idea de los sentimientos de los hombres que vivían en el siglo XVII. El aterrador misterio que durante tanto tiempo había existido sobre el gran piélago había desaparecido. Ya no estaba rodeado de horrores indefinidos, como cuando Colón se embarcó en su atrevido bajel hacia sus oscuras y desconocidas aguas. Un nuevo y glorioso mundo se abría de par en par. Pero no tenían más que una vaga y confusa idea sobre dónde se encontraba exactamente ese mundo, sobre sus dimensiones, su historia, si era una isla o un continente. Muchos en su ignorancia aceptaron ciegamente la errónea conclusión a la que había llegado el gran almirante con su superior ciencia, de que los nuevos países formaban parte de

Asia, de tal manera que el marinero que vagabundeaba por las Bahamas o dirigía su carabela cruzando los mares del Caribe, creía estar respirando los ricos aromas de las islas de las especias del océano Índico. De esta manera cada nuevo descubrimiento, al ser interpretado a través de esta ilusión previa, servía para confirmarle su error o al menos para llenar su mente de nueva perplejidad.

La carrera de esta manera iniciada poseía toda la fascinación de un enorme riesgo en el que el aventurero se jugaba todos sus sueños de fortuna, fama y hasta la misma vida. Ciertamente, muy pocas veces lograba el rico premio que tanto codiciaba, pero en caso de no hacerlo podía estar seguro de ganar la recompensa de la gloria, casi tan apreciada por su espíritu caballeresco y, si conseguía volver vivo a casa, tenía maravillosas historias que contar sobre los peligros que había vivido entre los pueblos extraños que había visitado y sobre los ardientes climas cuya gran fertilidad y rica vegetación sólo él había contemplado. Estos relatos añadían nuevo combustible a la imaginación, ya encendida gracias al estudio de aquellos cuentos de caballería que constituían la lectura favorita de los españoles en aquella época. De esta manera el romanticismo y la realidad interactuaban uno sobre el otro de tal modo que el alma del español se exaltó hasta ese punto de entusiasmo que le permitió enfrentarse a las terribles pruebas que se pusieron en el camino del descubridor. La historia de sus aventuras en el nuevo mundo conforma una de las páginas más notables de la historia de la humanidad.

Bajo este emprendedor espíritu caballeresco, el avance del descubrimiento se había extendido, a comienzos del reinado de Carlos V, desde la bahía de Honduras, a lo largo de la sinuosa costa de Darién y por el continente sudamericano hasta el Río de la Plata. Se había escalado la imponente barrera del istmo y Núñez de Balboa había avistado el

Pacífico, superado sólo por Colón en este valiente grupo de «caballería oceánica». Se habían explorado las Bahamas y las islas del Caribe, así como la península de Florida en el continente del norte. Hasta este punto había llegado Sebastián Cabot en su descenso a lo largo de la costa de Labrador en 1497. De tal manera que antes de 1518, el momento en el que comienza nuestra narración, se habían divisado las fronteras orientales de los dos grandes continentes en casi toda su extensión. Sin embargo, las orillas del gran golfo de México, que se combaban en un amplio círculo introduciéndose en el interior, junto con los ricos reinos que se extendían más allá, permanecían aún ocultas a la vista del navegante. Había llegado la hora de su descubrimiento.

La tarea de la colonización había ido pareja a la del descubrimiento. En varias de las islas y en diversas zonas de la tierra firme, así como en Darién, se habían fundado asentamientos, bajo el control de gobernadores que asumieron el rango y la autoridad de virreyes. Se asignaron concesiones de tierra a colonizadores, sobre las que cultivaban productos naturales de la tierra, aunque concediéndole mayor atención a la caña de azúcar importada de las islas Canarias. Realmente, el azúcar, junto con los bellos bosques de palo de tinte propios del país y los metales preciosos, eran prácticamente las únicas materias de exportación en la infancia de las colonias, que todavía no habían introducido esos otros productos del comercio de las Indias Occidentales, que hoy en día constituyen su principal riqueza. Sin embargo, los metales preciosos, extraídos penosamente de unos pocos yacimientos escasos, hubieran dado pocos beneficios de no ser por la mano de obra gratuita de los indios.

El cruel sistema de *repartimientos* o distribución de los indios como esclavos entre los conquistadores había sido

suprimido por Isabel. Aunque posteriormente aceptado por el gobierno, se encontraba sometido a las más cuidadosas limitaciones. Pero es imposible legalizar el delito parcialmente, autorizar la injusticia y esperar regular su cantidad. Las elocuentes protestas de los dominicos (que se dedicaron al buen trabajo de las conversiones en el nuevo mundo con el mismo fervor que tuvieron para la persecución en el otro), pero sobre todo las de Las Casas, impulsaron al regente Jiménez a enviar una comisión con plenos poderes para investigar las quejas alegadas y componerlas. Tenía además autoridad para investigar la conducta de los funcionarios civiles y reparar cualquier abuso en su administración. Esta extraordinaria comisión constaba de tres frailes jerónimos y un eminente jurista, todos hombres de letras y de una intachable piedad.

Llevaron a cabo la investigación de una manera muy objetiva, pero, después de larga deliberación, llegaron a la conclusión más desfavorable para las demandas de Las Casas, quien insistía en la completa libertad de los nativos. Justificaron esta conclusión basándose en que los indios no trabajarían sin obligación y en que a menos que trabajaran no podrían entrar en contacto con los blancos ni ser convertidos al cristianismo. Pensemos lo que pensemos de este argumento, fue sin duda expuesto con sinceridad por sus abogados, cuya conducta a lo largo de su administración sitúa sus motivos fuera de toda sospecha. Lo acompañaron con cuidadosas disposiciones para la protección de los nativos. Pero fue en vano. La gente sencilla, acostumbrada a una vida de indolencia y relajo cotidiana, se hundió bajo la opresión de sus amos y la población se consumió con una velocidad más espantosa que la de los aborígenes en nuestro país bajo la influencia de otras causas. No es necesario que sigamos ahondando en estos detalles, en los que me he adentrado guiado por el deseo de proporcionar al lector una

visión de conjunto sobre la política general y el estado de las cosas en el nuevo mundo en el período en que esta narración comienza³.

De las islas, Cuba fue la segunda en ser descubierta, pero no se había hecho ningún intento de fundar allí ninguna colonia en vida de Colón, quien, después de bordear toda su costa sur, murió en el convencimiento de que era parte del continente⁴. Finalmente, en 1511, Diego, el hijo y sucesor del «Almirante», que todavía mantenía el puesto de gobernador de La Española, viendo que las minas allí existentes estaban exhaustas, propuso ocupar la vecina isla de Cuba o Fernandina, como era llamada en honor del monarca español⁵. Preparó una pequeña fuerza para la conquista, que colocó a las órdenes de don Diego Velázquez, un hombre descrito por un contemporáneo como «en posesión de una considerable experiencia en materia militar, habiendo servido diecisiete años en las guerras europeas, honesto, ilustre por linaje y reputación, codicioso de gloria y algo más codicioso de riqueza»⁶. El retrato fue esbozado por una mano que no le era del todo enemiga.

Velázquez, o mejor dicho, su lugarteniente Narváez, quien asumió él mismo la tarea de batir el país, no se encontró con mucha oposición por parte de los habitantes, de la misma familia que los afeminados nativos de La Española. La conquista, gracias a la piadosa interposición de Las Casas, «el protector de los indios», que acompañó al ejército en su marcha, se realizó sin mucho derramamiento de sangre. Un cacique llamado Hatuey, habiendo huido de Santo Domingo para escapar de la opresión de los invasores, mantuvo una desesperada resistencia, siendo por ello condenado por Velázquez a ser quemado vivo. Fue él quien respondió de forma tan memorable, más elocuente que todo un volumen de invectivas. Cuando, ya en la estaca, se le conminó a abrazar el cristianismo para que su alma pudiera entrar en el

cielo, preguntó si los hombres blancos irían allí. Al contestarle afirmativamente, exclamó: «Entonces no seré cristiano, porque nunca más iré a un sitio donde tenga que encontrar hombres tan crueles»⁷.

Después de la conquista, Velázquez, ahora nombrado gobernador, se ocupó personalmente y de forma diligente de tomar medidas para promover la prosperidad de la isla. Creó un número de asentamientos que llevaban el mismo nombre que las ciudades modernas e hizo de Santiago, en el ángulo sudeste, la sede del gobierno⁸. Invitó a colonos con generosas concesiones de tierra y de esclavos. Les animó a cultivar el terreno y prestó especial atención a la caña de azúcar, un artículo de enorme beneficio económico en los últimos tiempos. Ante todo tenía intención de trabajar las minas de oro, que prometían más beneficios que las de La Española. Los asuntos de su gobierno no le impidieron mientras tanto echar una mirada nostálgica a los avances de la conquista en el continente, anhelando una oportunidad para embarcarse en estas aventuras doradas. La fortuna le brindó la ocasión que deseaba.

Un *hidalgo*^{*} de Cuba llamado Hernández de Córdoba navegó con tres navíos en una expedición a una de las islas vecinas de las Bahamas en búsqueda de esclavos indios (8 de febrero de 1517). Se enfrentó con una serie de fuertes tormentas que le apartaron de su curso y después de tres semanas se encontró en una costa extraña y desconocida. Al tomar tierra y preguntar el nombre del país, los nativos le contestaron «Tectetan», que significa «No te entiendo»; pero los españoles entendieron que era el nombre del lugar, que pronto se corrompió en Yucatán. Algunos escritores indican una etimología distinta⁹. Este tipo de errores no eran extraños entre los primeros descubridores y han sido el origen de muchos nombres en el continente americano¹⁰.

Córdoba había desembarcado en el extremo noreste de la

península, en el cabo Catoche. Se quedó asombrado por el tamaño y los sólidos materiales de los edificios construidos de calicanto, tan diferentes de las frágiles moradas de juncos y carrizos que conformaban las casas de los isleños. También se quedó sorprendido por el mejor cultivo del suelo y por la delicada textura de las prendas de algodón y los adornos de oro de los nativos. Todo indicaba una civilización muy superior a lo hasta entonces visto en el nuevo mundo. Ante todo, observó pruebas de una raza distinta en el espíritu guerrero del pueblo. Quizá les habían precedido rumores de los españoles, ya que les preguntaban repetidamente si venían del este y en cualquier sitio que desembarcaban eran recibidos con la más terrible hostilidad. El mismo Córdoba, en una de las escaramuzas con los indios, recibió más de una docena de heridas y tan sólo uno de su partida resultó ileso. Finalmente, cuando había recorrido la costa hasta Campeche, regresó a Cuba, a donde llegó tras una ausencia de varios meses, después de haber sufrido todos los rigores del infortunio, que estos pioneros del océano estaban llamados a padecer a veces y a los que sólo los de espíritu más valiente podrían sobrevivir. Como resultado, la mitad del contingente original, que constaba de ciento diez hombres, sucumbió, incluido su valiente capitán, que murió poco después del regreso. Los informes que había traído del país y todavía más los ejemplares de oro curiosamente trabajado convencieron a Velázquez de la importancia del descubrimiento y se preparó con toda rapidez para aprovecharlo¹¹.

Consecuentemente, equipó un pequeño escuadrón de cuatro naves para las tierras recién descubiertas y lo puso bajo el mando de su sobrino Juan de Grijalva, un hombre en cuya honradez, prudencia y lealtad hacia su persona sabía que podía confiar. La flota partió del puerto de Santiago de Cuba, el 1 de mayo de 1518¹². Tomó el rumbo que había

seguido Córdoba, pero le llevó algo más al sur, siendo la primera tierra que pisó la isla de Cozumel. De esta parte Grijalva pronto pasó al continente y bordeó la península, tocando los mismos puntos que su predecesor. En todos sitios quedó impresionado, como él, con las pruebas de una civilización más refinada, especialmente en arquitectura. Y bien podía, ya que esta era la región de esos extraordinarios restos que últimamente se han convertido en el centro de tanta especulación. Quedó impresionado también por las enormes cruces de piedra, evidentemente objetos de culto, que encontró en varios lugares. Como estos hechos le recordaban a su propio país, dio a la península el nombre de «Nueva España», un nombre del que posteriormente se apropiaría una porción mucho mayor del territorio¹³.

En todos los sitios donde Grijalva desembarcó experimentó la misma recepción poco amistosa que Córdoba, aunque sufrió menos al estar mejor preparado para enfrentarla. En el *Río de Tabasco* o *Grijalva*, como se lo llama a menudo en su honor, mantuvo una conferencia amistosa con un jefe que le entregó varias placas de oro trabajadas en forma de armadura. Mientras rodeaba la costa mexicana, uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, posteriormente famoso durante la conquista, entró en el río al que también dio nombre. En un arroyo cercano, llamado *Río de Vanderas*, por las insignias desplegadas por los nativos en sus orillas, Grijalva mantuvo la primera comunicación con los mexicanos.

El cacique que gobernaba esa provincia había sido notificado de la llegada de los europeos y de su extraordinario aspecto. Estaba ansioso por recabar toda la información posible relacionada con ellos y los motivos de su visita, para poder transmitírsela a su señor, el emperador azteca¹⁴. Se celebró una conferencia amistosa entre las partes en la orilla, donde Grijalva desembarcó con todas sus fuerzas

para causar una adecuada impresión en la mente del jefe bárbaro. La entrevista duró varias horas, aunque como no había nadie que hiciera de intérprete en ninguno de los dos lados tan sólo se pudieron comunicar por signos. A pesar de todo, intercambiaron regalos y el español tuvo la satisfacción de recibir a cambio de unas baratijas y chucherías sin valor un rico tesoro de joyas, adornos de oro y recipientes de las formas y artesanías más fantásticas¹⁵.

Grijalva en ese momento pensó que con este satisfactorio trato (que superaba con mucho sus expectativas más optimistas) había cumplido el principal objetivo de su misión. Rechazó con firmeza la petición de sus seguidores de fundar una colonia en el lugar, un trabajo nada fácil en un país populoso y poderoso como parecía ser aquél. Él mismo se inclinaba por esta opción, pero juzgó que era contrario a sus instrucciones, que se limitaban a comerciar con los nativos. Por tanto, envió a Alvarado con una de las carabelas a Cuba, junto con el tesoro y toda la información que había recogido del gran imperio del interior y continuó su viaje por la costa.

Llegó a San Juan de Ulúa y a la *Isla de los Sacrificios*^{*}, que él había bautizado con ese nombre, por los restos sangrientos de víctimas humanas que encontraron en uno de los templos. Después mantuvo su curso hasta la provincia de Panuco, donde, al encontrar algunas dificultades al doblar un embravecido cabo, volvió sobre sus pasos, llegando sano y salvo a Cuba después de una ausencia de casi seis meses. Grijalva tiene la gloria de ser el primer navegante que puso pie en tierra mexicana y comenzó las relaciones con los aztecas¹⁶.

Al llegar a la isla se sorprendió al conocer que se había fletado otra expedición militar aún más poderosa para continuar sus descubrimientos y encontrar al mismo tiempo órdenes del gobernador de retirarse inmediatamente a

Santiago, formuladas en un lenguaje no muy cortés. Fue recibido por el mismo gobernador no sólo con frialdad, sino con reproches por haber desperdiciado una oportunidad tan buena de establecer una colonia en el país que había visitado. Velázquez era uno de esos espíritus quisquillosos que cuando las cosas no van exactamente según su voluntad siempre descargan la responsabilidad de los fallos cometidos de sus hombros, donde deberían reposar, a los de los demás. Poseía una naturaleza nada generosa, dice un antiguo escritor, crédula y que fácilmente se movía por la sospecha¹⁷. En este caso fue enormemente injusto. Grijalva, por naturaleza una persona modesta y sencilla, había actuado obedeciendo las órdenes que su comandante le había dado antes de partir y lo había hecho en contra de su propio juicio y de las insistentes demandas de sus seguidores. Su conducta merecía cualquier cosa menos la censura por parte de su patrón¹⁸.

Cuando Alvarado había vuelto a Cuba con su cargamento de oro y las narraciones que habían obtenido de los nativos sobre el rico imperio de México, el corazón del gobernador quedó extasiado viendo sus sueños de avaricia y ambición tan cerca de convertirse en realidad. Impaciente por la larga ausencia de Grijalva, envió una nave en su busca bajo las órdenes de Olid, un caballero que posteriormente tendría una importante participación en la conquista. Finalmente decidió preparar otra expedición en una escala suficiente como para asegurar el dominio del país.

Solicitó previamente autorización de la comisión de jerónimos en Santo Domingo. Después envió a su capellán a España con la parte real del oro traído de México y un relato completo de las informaciones allí recabadas. Expuso sus múltiples servicios y solicitó de la Corte plenos poderes para continuar con la conquista y la colonización de las regiones recién descubiertas¹⁹. Antes de haber recibido una respuesta

comenzó la preparación de una escuadra y lo primero que hizo fue ponerse manos a la obra para encontrar a la persona adecuada con quien compartir los gastos de la misma y que la comandara. Después de ciertas dificultades y retrasos, encontró a la persona apropiada: Hernando Cortés, el hombre mejor preparado para lograr esta gran empresa, el último al que Velázquez se la hubiera encomendado de haber previsto los resultados.

Notas al pie

¹ El siguiente pasaje, uno entre muchos de ese fiel espejo de la época que fue la correspondencia de Pedro Mártir, hace amplia justicia a la intemperancia, avaricia e intolerable arrogancia de los flamencos. El testimonio tiene aún más valor al provenir de alguien que, aun viviendo en España, no era español. «Crumenas auro fulcire inhiant; huic uni studio invigilant. Nec detrectat ju venis Rex. Farcit quancunque posse datur; non satiat tamen. Quæ qualisve sit gens hæc, depingere adhuc nescio. Insufflat vulgus hic in omne genus hominum non arctoum. Minores faciunt Hispanos, quam si nati essent inter eorum cloacas. Rugiunt jam Hispani, labra mordent, submurmurant taciti, fatorum vices tales esse coqueruntur, quod ipsi domitores regnorum ita floccifiant ab his, quórum Deus unicus (sub rege temperato) Bacchus est cum Citherea». *Opus Epistolarum* (Amstelodami, 1610), ep. 608.

² Sin embargo, no todos los nobles eran tan reacios a la hora de manifestar su disgusto. Cuando Carlos otorgó la famosa orden Burgundia del vellocino de oro al conde de Benavente, éste la rechazó, diciéndole con orgullo: «Soy un castellano, no deseo más honores que los de mi propio país, en mi opinión tan buenos o quizá mejores que los de cualquier otro». Sandoval, *Historia de la Vida y Hechos del Emperador Carlos V* (Amberes, 1681), tom. I, p. 103.

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

³ Me tomaré la libertad de remitir al lector que desee conocer con más detalle la administración colonial española y el estado del descubrimiento antes de Carlos V, a la *History of the Reign of Ferdinand and Isabella* (parte 2, cap. 9, 26), donde se trata el tema *in extenso*.

⁴ Véase el curioso documento que atestigua esta teoría, dibujado por orden de Colón, ap. Navarrete, *Colección de los Viajes y de Descubrimientos* (Madrid, 1825), tom. II, Col. Dip., n.º 76.

⁵ Originariamente, Colón nominó Juana a la isla, en honor al príncipe Juan, heredero a la corona castellana. Después de su muerte, recibió el nombre de Fernandina por deseo del rey. El nombre indio ha sobrevivido a los dos. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales, Descrip.*, cap. 6.

⁶ «Eract Didacus, ut hoc in loco de eo semel tantum dicamus, veteranus miles, rei militaris gnarus, quippe qui septem et decem annos in Hispania militan exercitus fuerat, homo probus, opibus, genere et fama clarus, honoris cupidus, pecunia aliquanto cupidior». *De Rebus Gestis Ferdinandi Cortesii*, manuscrito.

* En español en el original. (N. del T.)

⁷ La historia nos es relatada por Las Casas en su terrible narración de las crueldades de sus paisanos en el nuevo mundo, cuya caridad y sentido común nos

librará de creer que el buen padre ha exagerado enormemente. *Brevíssima Relacion de la Destruycion de las Indias* (Venetia, 1643), p. 28.

⁸ Entre los más antiguos de estos asentamientos encontramos Havana, Puerto del Príncipe, Trinidad, San Salvador y Matanzas, así llamado por la masacre de españoles por parte de los indios. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 8.

⁹ Gómara, *Historia de las Indias*, cap. 52, ap. Barcia, tom. II.

Bernal Díaz dice que la palabra proviene de la planta *yuca*, y *tale* el nombre del montículo donde se planta (*Historia de la Conquista*, cap. 6). M. Waldeck encuentra un origen mucho más plausible en la palabra india *Ouyouckatan*, «escucha lo que dicen», *Voyage Pittoresque*, p. 25.

¹⁰ Dos navegantes, Solís y Pinzón, habían divisado la costa en fecha tan temprana como el 1506, según Herrera, aunque no habían tomado posesión de ellas (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. I, lib. 6, cap. 17). Es verdaderamente sorprendente que se hubiera evitado durante tanto tiempo el descubrimiento, considerando que no está a más de dos grados de Cuba.

¹¹ Oviedo, *General y Natural Historia de las Indias*, manuscrito, lib. 33, cap. I. *De Rebus Gestis*, manuscrito. *Carta de Cabido de Vera Cruz* (10 de julio de 1519), manuscrito.

Bernal Díaz niega que el objetivo principal de la expedición, en la que participó, fuera procurar esclavos, aunque Velázquez lo había propuesto (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 2). Pero en esto le contradicen los otros registros contemporáneos anteriormente citados.

¹² *Itinerario de la isola de Iucha than, novamente ritrovata per il signor Joan de Grijalva, per il suo capellano*, manuscrito.

Se puede aceptar la palabra del capellán para la fecha, que normalmente se sitúa en el ocho de abril.

¹³ *De Rebus Gestis*, manuscrito. *Itinerario del Capellano*, manuscrito.

¹⁴ Según las autoridades españolas, el cacique fue enviado con estos regalos por el soberano mexicano, que había recibido noticias anteriores del acercamiento de los españoles. He seguido a Sahagún, que obtuvo sus informaciones directamente de los nativos. *Historia de la Conquista*, manuscrito, cap. 2.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁵ Gómara ha indicado los pros y los contras de esta negociación, en la que el oro y las joyas por valor de quince o veinte mil pesos de oro, se cambiaron por cuentas de cristal, alfileres, tijeras y otras baratijas comunes en un cargamento para salvajes. *Crónica de Nueva España*, cap. 6.

¹⁶ *Itinerario del Capellano*, manuscrito. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

¹⁷ «Hombre de terrible condicion», dice Herrera citando al buen obispo de

Chiapa, «para los que le servian, i ayudaban, i que fácilmente se indignaba contra aquellos», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 3, cap. 10.

¹⁸ Al menos tal es el testimonio de Las Casas, que conocía bien a ambas partes y había conversado a menudo con Grijalva sobre su viaje. *Historia General de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 113.

¹⁹ *Itinerario del Capellano*, manuscrito. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 113.

La narración más detallada sobre la expedición de Grijalva se encontrará en el Itinerario del capellán citado anteriormente. El original se ha perdido, pero todavía existe en la biblioteca de la gran iglesia de Sevilla la copia de una mediocre versión italiana publicada en Venecia en 1522, que perteneció a Fernando Colón. El libro se había convertido en un ejemplar tan raro, sin embargo, que el historiador Muñoz hizo una transcripción de él de su propia mano y de este manuscrito se hizo la copia que obra en mi poder.

Capítulo II

Hernando Cortés. Sus primeros pasos. Visita al nuevo mundo. Su estancia en Cuba. Dificultades con Velázquez. Armada a las órdenes de Cortés. 1518

Hernando Cortés nació en Medellín, una ciudad del extremo sudoriental de Extremadura, en 1485²⁰. Provenía de una antigua y respetable familia y los historiadores han gratificado la vanidad nacional rastreándola hasta los reyes lombardos, cuyos descendientes cruzaron los Pirineos y se establecieron en Aragón bajo la monarquía goda²¹. Esta genealogía real no se encontró hasta que Cortés adquirió un nombre que conferiría distinción a cualquiera de sus descendientes, por más nobles que fueran. Su padre, Martín Cortés de Monroy, era capitán de infantería de renta modesta, pero de honor intachable, y tanto él como su esposa, doña Catalina Pizarro Altamirano, parecen haber sido muy respetados por sus excelentes cualidades²².

Se dice que en su infancia Cortés era de constitución débil, fortaleciéndose a medida que creció. A la edad de catorce años fue enviado a Salamanca, ya que su padre, que albergaba grandes esperanzas en sus rápidas y llamativas capacidades, se propuso educarle para las leyes, una profesión con mejores perspectivas para el joven aspirante que ninguna otra. El hijo, sin embargo, no estaba de acuerdo con este punto de vista. Mostraba poco interés por los libros y después de holgazanear dos años en la universidad volvió a casa para gran disgusto de sus padres. Pero este tiempo no había sido malgastado completamente, ya que había

formado una pequeña reserva de latín y había aprendido a escribir buena prosa e incluso versos «de bastante estimación, teniendo en cuenta», como un antiguo escritor señala curiosamente, «que el autor era Cortés»²³. Pasaba los días holgazaneando de manera infructuosa, como aquel que, demasiado voluntarioso para ser guiado por otros, no se propone él mismo un objetivo. Su espíritu alegre estallaba continuamente en juergas conflictivas y caprichosos estados de ánimo, muy distintos de los ordenados hábitos de la casa paterna. Mostró una particular inclinación por la carrera militar o, mejor dicho, por la vida de aventurero a la que ésta conducía con toda seguridad en esos días. Y cuando a la edad de diecisiete años propuso enrolarse bajo el estandarte del Gran Capitán, sus padres, probablemente pensando que una vida de dificultades y peligros fuera era mejor que una de holgazanería en casa, no pusieron objeción.

El joven caballero, sin embargo, vaciló entre buscar la gloria bajo el victorioso dirigente o en el nuevo mundo, donde se podía ganar oro además de gloria y donde los propios peligros poseían un misterio y un romanticismo increíblemente fascinante para la imaginación de un joven. Era en esta dirección en la que los espíritus fogosos de la época encontraban una salida, especialmente en la parte del país donde vivía Cortés, las regiones cercanas a Sevilla y Cádiz, el centro de la empresa náutica. Se decidió por este último camino y se le ofreció una oportunidad con la magnífica expedición fletada por don Nicolás de Ovando, sucesor de Colón. Un desgraciado accidente truncó los propósitos de Cortés²⁴.

Una noche que estaba escalando un muro que le daba acceso a las habitaciones de una dama con la que tenía un romance las piedras cedieron y cayó con gran violencia, quedando sepultado bajo los escombros. Una grave contusión, aunque curada sin más consecuencias, le obligó a

guardar cama hasta después de la partida de la flota²⁵.

Permaneció dos años más en casa, según parece sacándole poco provecho a la lección recibida. Finalmente, aprovechó otra oportunidad que se le presentó, con la salida de un pequeño escuadrón de navíos con dirección a las islas de las indias. Tenía diecinueve años cuando se despidió de sus costas nativas en 1504, el mismo año en que España perdió a la mejor y más grande de una larga serie de príncipes, Isabel la Católica.

La nave en que Cortés partió iba comandada por un tal Alonso Quintero. La flota hacía parada en las Canarias, como era común en el viaje de ida. Mientras las otras naves estaban detenidas allí aprovisionándose, Quintero se escabulló de la isla en secreto por la noche, con el plan de llegar a La Española y asegurarse el mercado antes de la llegada de sus compañeros. Sin embargo, se encontró con una feroz tormenta, que desarboló su barco viéndose obligado a regresar a puerto para repararlo. El convoy accedió a esperar a su indigno compañero y, tras una breve demora, partieron de nuevo todos juntos. Pero el desleal Quintero, a medida que se acercaban a las islas, se aprovechó una vez más de la oscuridad de la noche para abandonar la escuadra con el mismo propósito. Desgraciadamente para él se encontró con una sucesión de fuertes temporales y vientos de proa que le desviaron de su curso y perdió completamente su rumbo. Durante muchos días la nave fue a la deriva y esto llenó a todos los que estaban a bordo de temor y les provocó no poca indignación contra el autor de estas calamidades. Finalmente, una mañana se alborozaron con la visión de una paloma blanca que cansada de volar se posó en el mástil. Los biógrafos de Cortés hablan de esto como de un milagro²⁶. Afortunadamente no era ningún milagro, sino un hecho muy natural, que les indicaba lo cerca que se encontraban de

tierra firme. En poco tiempo, tomando la dirección del vuelo del pájaro, arribaron a la isla de La Española y al llegar al puerto el honorable maestre tuvo la satisfacción de ver que sus compañeros se habían adelantado y habían vendido todo su cargamento²⁷.

Inmediatamente después de su llegada Cortés se dirigió a casa del gobernador, a quien había conocido personalmente en España. Ovando estaba ausente en una expedición al interior, pero el joven fue amablemente recibido por el secretario, quien le aseguró que no había duda de que conseguiría una concesión generosa de tierra para establecerse. «Pero yo he venido a por oro», respondió Cortés, «no a labrar la tierra, como un campesino».

Al regreso del gobernador, Cortés consintió en abandonar sus ideas de vida errante, al menos por un tiempo, ya que éste consiguió convencerle de que era más probable que realizara sus sueños mediante los lentos, por supuesto, pero seguros beneficios de la agricultura, donde el terreno y la mano de obra eran gratis para el agricultor, que arriesgándose en la lotería de una aventura en la que para cada premio había tantas participaciones. Por tanto, recibió un terreno con un *repartimiento** de indios y fue nombrado notario del asentamiento de Azúa. El tener objetivos más solemnes, sin embargo, no le hizo abandonar las inclinaciones amorosas propias del soleado clima en el que nació, lo que frecuentemente le involucró en asuntos de honor de los que, a pesar de ser un experto espadachín, conservó cicatrices que le acompañaron hasta la tumba²⁸. Por otro lado, ocasionalmente rompía la monotonía de su modo de vida alistándose en expediciones militares que se utilizaban para reprimir insurrecciones de los nativos, bajo las órdenes del lugarteniente de Ovando, Diego Velázquez. En esta escuela el joven aventurero estudió las salvajes tácticas de guerra de los indios, se familiarizó con el trabajo

agotador y el peligro, así como con los hechos de crueldad que han manchado ¡por desgracia! demasiado a menudo el brillante blasón de la caballería castellana en el Nuevo Mundo. Una enfermedad, de lo más afortunada en este caso, le impidió embarcarse en la expedición de Nicuesa, que deparó un relato de infortunio difícil de igualar en los anales del descubrimiento de España. La providencia le reservaba fines más elevados.

Finalmente, en 1511, cuando Velázquez acometió la conquista de Cuba, Cortés abandonó de buen grado su tranquila vida por los apasionantes escenarios que allí se abrían y tomó parte en la expedición. Desplegó en toda la invasión una actividad y coraje que le ganaron la aprobación del comandante, al tiempo que sus modales abiertos y cordiales, su buen humor y vivas agudezas de ingenio le hicieron el favorito de los soldados. «Daba pocas pruebas», dice un contemporáneo, «de las grandes cualidades que después mostró». Es probable que estas cualidades fueran desconocidas para él mismo, mientras que para un observador común sus maneras descuidadas y divertidas agudezas parecerían incompatibles con nada serio o profundo, de la misma manera que la verdadera profundidad del torrente no puede medirse bajo el leve juego de luces de su brillante superficie²⁹.

Después de reducir la isla, Cortés parece que obtuvo gran favor de Velázquez, que había sido nombrado gobernador de Cuba. Según Las Casas, se convirtió en uno de sus secretarios³⁰. Mantuvo el mismo gusto por el galanteo, para lo que su aspecto atractivo suponía obviamente una ventaja, si bien en el pasado ya le había traído problemas más de una vez. Entre las familias que se habían asentado en Cuba, había una con el nombre de Suárez, procedentes de Granada en la antigua España. La familia constaba de un hermano y cuatro hermanas notables por su belleza. De una de ellas,

llamada Catalina, se enamoró el susceptible corazón del joven soldado³¹. Hasta dónde llegó la intimidación no queda muy claro. Pero parece ser que le otorgó promesa de esposarla, una promesa que llegado el momento, quizá porque ya había conseguido lo mejor de la pasión, no mostró ninguna intención de cumplir. Eludió, de hecho, todas las demandas sobre este tema que le hizo la familia de la dama, a la que respaldaba el gobernador, quien sin duda se vio avivado de alguna manera por el especial interés que mostró por una de las bellas hermanas, que, según se dice, no le pagó con ingratitud.

Ya fuera porque la reprimenda de Velázquez o alguna otra causa hirió el pecho de Cortés, a partir de este momento se volvió frío hacia su patrón y se acercó a un grupo desafecto bastante numeroso en la isla. Tenían por costumbre reunirse en su casa y discutir sobre las causas del descontento, que era principalmente, al parecer, lo que consideraban una pobre retribución de sus servicios en la redistribución de las tierras y cargos. Es fácil de imaginar que no debía ser una tarea sencilla para el gobernante de una de estas colonias, por muy discreto y bien intencionado que fuera, satisfacer las ansias indefinidas de especuladores y aventureros que, como arpías hambrientas, se apiñaban en el camino del descubrimiento del nuevo mundo³².

Los descontentos decidieron exponer sus quejas ante la autoridad superior de La Española, de quien Velázquez había recibido su comisión. El viaje era bastante peligroso, ya que debía hacerse en un bote abierto, cruzando un brazo de mar de dieciocho leguas de anchura, y determinaron que Cortés, de quien todos conocían su espíritu temerario, sería el mejor hombre para hacerlo. La conspiración fue descubierta y antes de que el enviado partiera llegó a oídos del gobernador, quien ordenó inmediatamente que se le apresara y esposara, poniéndole bajo estricta custodia. Se

dice incluso que lo hubiera colgado de no ser por la intervención de sus amigos, lo que no resulta increíble³³. Los gobernadores de estos pequeños territorios, al tener un completo control sobre los destinos de sus súbditos, disfrutaban de una autoridad mucho más despótica que la del mismo soberano. Eran generalmente hombres de rango y consideración personal, su distancia de la madre patria evitaba que su conducta fuera investigada a fondo y cuando esto ocurría normalmente tenían suficientes intereses y medios de corrupción a sus órdenes como para protegerse del castigo. La historia colonial española en sus etapas iniciales contiene llamativos ejemplos de extraordinarios abusos y tomas de poder por parte de estos pequeños potentados, y el triste caso de Vasco Núñez de Balboa, el ilustre descubridor del Pacífico, aunque es el más llamativo, no es en modo alguno el único ejemplo de que los mayores servicios podían pagarse con persecución y una muerte ignominiosa.

El gobernador de Cuba, aunque irascible y suspicaz por naturaleza, no parece haber sido vengativo ni especialmente cruel. En este caso, la verdad es que se puede dudar si no sería más justo culpar a las infundadas expectativas de sus seguidores que a él mismo.

Cortés no duró mucho en prisión. Se las ingenió para abrir uno de los grilletes y después de liberar a sus miembros forzar una ventana con los hierros, abriéndola lo suficiente como para pasar su cuerpo por ella. Estaba recluido en el segundo piso del edificio y pudo descender hasta el suelo sin lesionarse y sin que nadie le viera. Después se abrió paso hasta una iglesia vecina, donde pidió el derecho de asilo.

Velázquez, aunque indignado, tenía miedo de violar la santidad del lugar empleando la fuerza, por lo que únicamente situó una guardia en el vecindario, con órdenes

de apresar al fugitivo, por si en un descuido abandonaba el santuario, lo que sucedió en unos días. Mientras Cortés estaba despreocupadamente fuera de los muros, frente al edificio, un *alguacil*^{*} apareció repentinamente por detrás y le inmovilizó los brazos, mientras otros se apresuraron a detenerle. Este hombre, que se llamaba Juan Escudero, fue colgado posteriormente por Cortés por un delito en Nueva España³⁴.

El desgraciado prisionero fue encadenado de nuevo y embarcado en una nave que partiría al día siguiente hacia La Española, para que le juzgaran allí. La fortuna le favoreció una vez más. Consiguió, después de muchas dificultades y no poco dolor, pasar sus pies por los anillos de los grilletes en los que estaban apresados. Después se acercó cautelosamente a la borda y, a cubierto de la oscuridad de la noche, se escabulló silenciosamente por el costado del barco hasta un bote que flotaba a su lado. Lo empujó apartándolo del navío tan silenciosamente como pudo. A medida que se acercaba a la orilla la corriente se hizo más rápida y turbulenta. No quería abandonar el bote a merced de la corriente y como era un excelente nadador se preparó para enfrentarla él solo, lanzándose valientemente al agua. La corriente era fuerte, pero el brazo de un hombre luchando por sobrevivir, lo es más. Después de bracear en las olas hasta la extenuación, consiguió llegar a tierra, buscando asilo en el mismo santuario que le había protegido anteriormente. La facilidad con que Cortés se escapó por segunda vez puede hacer dudar sobre la fidelidad de sus guardias, que quizá le veían como víctima de una persecución y estaban influenciados por sus maneras populares, que parecen haberle ganado amigos en cualquier círculo donde se desenvolviera³⁵.

Por alguna razón no explicada, tal vez diplomática, en este momento abandonó sus objeciones al matrimonio con

Catalina Suárez, asegurándose con ello la intermediación por parte de la familia. Poco después el gobernador se ablandó y se reconcilió con su poco afortunado enemigo. En relación con este hecho se cuenta una extraña historia. Se dice que su orgulloso espíritu rechazó aceptar las ofertas de reconciliación que le hizo Velázquez y que una tarde, abandonando el santuario, se presentó inesperadamente ante éste en sus propias habitaciones, cuando se hallaba en una excursión militar a alguna distancia de la capital. El gobernador, asombrado por la repentina aparición de su enemigo, completamente armado delante de él, le preguntó con cierta preocupación por el objeto de la visita. Como respuesta, Cortés insistía en dar una explicación completa de su anterior conducta. Después de una acalorada discusión, la entrevista terminó de forma amistosa, las partes se abrazaron y cuando llegó el mensajero para anunciar la escapada de Cortés, le encontró en los aposentos de su excelencia, donde habiéndose retirado los dos para descansar, ¡estaban incluso durmiendo en la misma cama! La anécdota es repetida confiadamente por más de un biógrafo de Cortés³⁶. Sin embargo, no parece muy probable que un hombre altanero e irascible como Velázquez diera pruebas tan poco comunes de condescendencia y familiaridad a alguien tan inferior en rango, con el que había estado hasta hacía tan poco en contienda mortal. Ni que por otro lado Cortés hubiera cometido la estúpida temeridad de enfrentarse al león en su guarida, donde con un solo gesto hubiera ido a la horca y esto con tan poco reparo o miedo por las consecuencias como el que hubiera sentido por la ejecución de un esclavo indio³⁷.

La reconciliación con el gobernador, como quiera que se diera, fue permanente. Cortés, aunque no llegó a ser reestablecido en su cargo de secretario, recibió un generoso *repartimiento* de indios y un amplio territorio en los

alrededores de Santiago, del que pronto fue hecho *alcalde*^{*}. Ahora vivía prácticamente todo el tiempo en sus propiedades, dedicándose a la agricultura con mayor celo que antes. Introdujo en su parcela diferentes variedades de ganado, algunas de las cuales trajo él por primera vez a Cuba³⁸. Trabajó también las minas de oro que entraban en su lote y que en esta isla prometían mejor rendimiento que las de La Española. Trabajando de esta manera se vio en unos pocos años dueño de dos o tres mil *castellanos*^{**}, una gran suma para alguien de su condición. «Dios, que es el único que sabe a qué coste de vidas de indios se consiguió, tomará nota de ello», exclama Las Casas³⁹. Sus días transcurrían apaciblemente en estas tranquilas ocupaciones y en la compañía de su bella esposa, que, aunque no fuera la mejor elección por sus relaciones al ser inferior en condición, parece que cumplía todas las relaciones de una pareja leal y afectuosa. De hecho se le oyó decir en esta época varias veces, como el buen obispo citado anteriormente señala, «que vivía tan feliz con ella como si fuera la hija de una duquesa». El destino le permitió posteriormente verificar la veracidad de su afirmación⁴⁰.

Tal era el estado de las cosas cuando Alvarado volvió con las nuevas de los descubrimientos de Grijalva y los ricos frutos de su comercio con los nativos. Las noticias se esparcieron como la pólvora por toda la isla, porque todos vieron en ellas la promesa de beneficios más importantes que los obtenidos hasta la fecha. El gobernador, como ya se ha señalado, decidió continuar las huellas de los descubrimientos con una expedición mayor y buscó a la persona apropiada para repartir los costes y para que la tomara bajo su mando.

Se presentaron varios *hidalgos*^{*}, pero los rechazó uno detrás de otro, bien por falta de preparación bien porque temía que se independizaran de su patrón. Había dos

personas en Santiago en las que depositaba gran confianza: Amador de Lares, el *contador*^{**} 41 o tesorero real y su propio secretario, Andrés de Duero. Cortés también era muy cercano a estas dos personas y se aprovechó de esta circunstancia para convencerles de que le recomendaran como la persona apropiada para encargarse de la expedición. Se dice que apoyó su propuesta prometiendo una parte muy sustanciosa de los beneficios. Sea como fuere, los mencionados animaron al gobernador a elegirle, con toda la elocuencia de que eran capaces. Este oficial conocía perfectamente las capacidades y el coraje del candidato. También sabía que había adquirido una fortuna que le permitía contribuir materialmente a la preparación de la expedición. Su popularidad en la isla atraería rápidamente seguidores para su estandarte⁴². Hacía tiempo que habían enterrado pasadas animosidades en el olvido y la confianza que le iba a entregar ahora le aseguraría su fidelidad y gratitud. Prestó oído por tanto a las recomendaciones de sus consejeros y mandó buscar a Cortés anunciándole su propósito de hacerle capitán general de la armada⁴³.

Cortés había logrado finalmente el objeto de sus deseos, el objetivo por el que su alma había suspirado desde que había puesto pie en el Nuevo Mundo. Ya no quedaría condenado a una vida de duro trabajo mercenario, ni enclaustrado dentro de los límites de una insignificante isla, sino que iba a situarse en un escenario completamente nuevo y ante su mirada se abría una perspectiva sin límites, que podía satisfacer no sólo las ansias más desenfundadas de avaricia, sino, para un espíritu valeroso como el suyo, las ansias aún mayores de la ambición. Era completamente consciente de la importancia de los últimos descubrimientos y los interpretaba como pruebas de la existencia de un gran imperio en el lejano oeste, del que de vez en cuando llegaban hasta las islas oscuras insinuaciones y del que los que habían

arribado al continente habían podido vislumbrar alguna idea. Este era el país que se le había insinuado al «Gran Almirante» en su visita a Honduras en 1502 y al que podía haber llegado si hubiera seguido hacia el Norte, en lugar de virar hacia el Sur en búsqueda de un imaginario estrecho. Tal y como sucedieron las cosas, «no había hecho más que abrir una puerta», para usar su propia amarga expresión, «para que los demás entraran». Por fin había llegado el momento de adentrarse en él, y el joven aventurero, cuya lanza mágica debería deshacer el hechizo que tanto tiempo había pendido sobre estas misteriosas regiones, estaba preparado para asumir la empresa.

A partir de este momento la conducta de Cortés parece haber sufrido un cambio. Sus pensamientos, en lugar de evaporarse en frivolidades vacuas o en inútiles estallidos de alegría, estaban concentrados por completo en el gran objetivo al que se había consagrado. Apareció su espíritu flexible a la hora de animar y estimular a sus compañeros en sus duras tareas, convirtiéndose en un generoso entusiasmo del que, incluso aquellos que mejor le conocían, no le habían pensado capaz. Utilizó inmediatamente todo el dinero de sus posesiones para fletar la expedición. Reunió más dinero hipotecando sus posesiones y traspasando sus créditos a unos mercaderes ricos del lugar, quienes dependían para recuperarlo del éxito de la expedición, y cuando su propio crédito se agotó se aprovechó del de sus amigos.

Los recursos que obtuvo de esta manera los utilizó para comprar navíos, provisiones y pertrechos militares, al tiempo que invitaba a los reclutas ofreciendo ayuda a aquellos demasiado pobres para mantenerse y con la promesa adicional de una generosa parte de los beneficios previstos⁴⁴.

Todo era movimiento y agitación en la pequeña ciudad de Santiago. Unos estaban ocupados en la reparación de barcos,

preparándolos para el viaje, otros consiguiendo repuestos para los barcos o tratando de convertir sus propiedades en dinero para poderse equipar ellos mismos. Todo el mundo parecía ansioso por contribuir de una u otra manera al éxito de la operación. Ya se habían adquirido seis barcos, algunos de ellos de gran calado, y trescientos reclutas se habían enrolado en el curso de unos pocos días, ansiosos de buscar fortuna bajo la bandera de este temerario y popular jefe.

Hasta qué punto contribuyó el gobernador a los gastos de estos preparativos, no queda muy claro. Si debemos creer a los amigos de Cortés, prácticamente todo el peso recayó sobre éste, ya que mientras que él abastecía a la escuadra sin remuneración, el gobernador le vendió muchas de sus provisiones a un precio desorbitado⁴⁵. Sin embargo, no parece muy probable que con tantos medios a su disposición hubiera echado sobre su segundo el peso de la expedición, ni que este último hubiera podido cubrir los gastos, que ascendían, según nos dicen, a más de veinte mil ducados de oro. Aun así, no se puede negar que un hombre ambicioso como Cortés, que cosecharía toda la gloria de la empresa, fuera naturalmente mucho menos propenso a contar las ganancias que su patrón, quien, inactivo en casa y no teniendo ningún laurel que ganar, debería ver los beneficios en dinero como su única recompensa. La cuestión provocó algunos años después un furioso litigio entre las dos partes, con el que no es necesario ahora mismo incomodar al lector.

Se debe a Velázquez que las instrucciones impartidas para la realización de la expedición no puedan ser tachadas de estrechez de miras o de un espíritu mercenario. El primer objetivo del viaje era encontrar a Grijalva, tras lo cual los dos comandantes deberían seguir juntos. Córdoba, al regresar de su primera visita al Yucatán, había traído informes sobre seis cristianos que se decía estaban cautivos en el interior del país. Se supuso que podían pertenecer al

grupo del desgraciado Nicuesa y se dieron órdenes de que se les encontrara si era posible y se les devolviera la libertad. Pero el gran objetivo de la expedición era comerciar con los nativos. Con este fin se tomó especial cuidado en que no recibieran ningún daño, sino que fueran tratados con amabilidad y humanidad. Cortés debía mantener presente por encima de todo que el principal objetivo del monarca español era la conversión de los indios. Debía impresionarles con la grandeza y la bondad de su real señor, para invitarles «a que le ofrecieran su lealtad y a que la manifestaran regalándole buenos presentes de oro, perlas y piedras preciosas que, al mostrar así su buena voluntad, asegurarían su favor y su protección». Tenía que realizar una investigación precisa de la costa, sondeando sus bahías y ensenadas para beneficio de futuros viajes. Debía, igualmente, investigar sobre los productos naturales del país, el carácter de las diferentes razas, sus instituciones y el avance de su civilización y debía enviar a casa detallados informes de todo ello junto con los artículos que obtuviera en sus relaciones con ellos. Finalmente, debía poner *el más exquisito cuidado* en no omitir nada que pudiera redundar en beneficio de Dios y su soberano⁴⁶.

Tal es el tenor general de las instrucciones que le dio a Cortés, y se debe admitir que atendían a los intereses de la ciencia y de la humanidad, así como aquellos relacionados únicamente con la especulación comercial. Puede parecer extraño, considerando el descontento que mostró Velázquez con su primer capitán, Grijalva, por no colonizar, que en este documento no se estipulara nada en este sentido. Pero todavía no había recibido de España el permiso para investir a sus representantes con tales poderes, y el que había recibido de los padres jerónimos en La Española sólo concedía el derecho a comerciar con los nativos. La comisión al mismo tiempo reconoció la autoridad de Cortés como

capitán general de la expedición⁴⁷.

Notas al pie

²⁰ Gómara, *Crónica*, cap. I. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 203. No encuentro información más precisa sobre la fecha de su nacimiento, excepto de Pizarro y Orellana, quienes nos cuentan que «Cortés llegó al mundo el mismo día en que aquella *bestia infernal, el falso y herético Lutero*, entró en él, a modo de compensación, sin duda, ya que los trabajos de uno para destruir la fe verdadera fueron contrarrestados por los del otro para mantenerla y ampliarla» [*Varones Ilustres del Nuevo Mundo* (Madrid, 1639), p. 66]. Pero esta aseveración del buen caballero, que sitúa el nacimiento de nuestro héroe en 1483 parece más un celo por «la fe verdadera» que por la historia.

²¹ Argensola en concreto le ha dedicado grandes esfuerzos a la *prosapia* de la casa de Cortés, que rastrea, sin dudarle, hasta Narnes Cortés, rey de Lombardía y Toscana. *Anales de Aragón* (Zaragoza, 1630), pp. 621-625. También Caro de Torres, *Historia de las Órdenes Militares* (Madrid, 1629), fol. 103.

²² *De Rebus Gestis*, manuscrito.

²³ Argensola, *Anales*, p. 220.

Las Casas y Bernal Díaz aseguran que fue licenciado en leyes en Salamanca (*Hist. de las Indias*, manuscrito, *ubi supra*. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 203). El grado le fue otorgado posteriormente, seguramente, cuando la Universidad podía enorgullecerse de nombrarle entre sus hijos.

²⁴ *De Rebus Gestis*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. I.

²⁵ *De Rebus Gestis*, manuscrito. Gómara, *ibid*.

Argensola señala la causa de su retraso con la suficiente precisión: «Suspendió el viaje, por enamorado y por quartanario», *Anales*, p. 621.

* En español en el original. (N. del T.)

²⁶ Algunos pensaron que era el espíritu santo en forma de esta paloma: «Sanctum esse Spiritum, qui, in illius alitis specie, ut mœstos et afflictos solaretur, venire erat dignatus» (*De Rebus Gestis*, manuscrito). Una conjetura que parece muy razonable para Pizarro y Orellana, ya que la expedición debía «redundar en la expansión de la fe católica y de la monarquía castellana», *Varones Ilustres del Nuevo Mundo*, p. 70.

²⁷ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 2.

²⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 203.

²⁹ *De Rebus Gestis*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 3, 4. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 27.

³⁰ *Hist. de las Indias*, manuscrito, *loc. cit*.

«Res omnes arduas difficilesque per Cortesium, quem in dies magis magisque amplectebatur, Velasquius agit. Ex eo ducis favore et gratiâ magnâ Cortesio

invidia est orta», *De Rebus Gestis*, manuscrito.

³¹ Solís ha encontrado una patente de nobleza para esta dama también, «doncella noble y recatada» [*Historia de la Conquista de Méjico* (París, 1838), lib. I, cap. 9]. Las Casas la trata con menos ceremonia: «Una hermana de un Juan Suarez, gente pobre », *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 17.

³² Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 4. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, *ubi supra*. *De Rebus Gestis*, manuscrito. *Memorial de Benito Martínez, capellán de D. Velázquez, contra H. Cortés*, manuscrito.

* En español en el original. (N. del T.)

³³ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, *ubi supra*.

³⁴ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, *loc. cit.* *Memorial de Martínez*, manuscrito.

³⁵ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 4.

Herrera cuenta una estúpida historia de que, al no saber nadar, se tiró a un madero, que, después de ser llevado al mar abierto, fue arrastrado a la orilla con la marea. *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. I, lib. 9, cap. 8.

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

³⁶ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 4.

«Cœnat cubatque Cortesius cum Velasquio eodem in lecto. Qui postero die fugæ Cortesii nuntius venerat, Velasquium et Cortesium justa accubantes intuitus miratur». *De Rebus Gestis*, manuscrito.

³⁷ Las Casas, que recordaba a Cortés en esta época «tan pobre y humilde que hubiera recibido con alegría cualquier favor del menor de los ayudantes de Velázquez», trata la historia de la bravuconada con desprecio. «Por lo qual si él [Velázquez] sintiera de Cortés una puncta de alfiler de cerviguillo ó presunción, ó lo ahorcara ó á lo menos lo echara de la tierra y lo sumiera en ella sin que alzara cabeza en su vida», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 27.

³⁸ «Pecuariam primus quoque habuit, in insulamque induxit, omni pecorum genere ex Hispania petito», *De Rebus Gestis*, manuscrito.

³⁹ «Los que por sacarle el oro murieron Dios abrá tenido mejor cuenta que yo», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 27. El texto es una traducción libre.

⁴⁰ «Estando connigo, me lo dixo que estava tan contento con ella como si fuera hija de una Duquessa», *Hist. de las Indias*, manuscrito, *ubi supra*. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 4.

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

⁴¹ El tesorero se jactaba de que había pasado unos veintidós años en las guerras de Italia. Era un personaje astuto y Las Casas, en la opinión de que ese país era una escuela moral de poco fiar, advirtió al gobernador, según dice, más de una vez «que se cuidase de veintidós años en Italia», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 113.

⁴² «Si él no fuera por Capitan, que no fuera la tercera parte de la gente que con él fué», *Declaración de Puertocarrero*, manuscrito (Coruña, 30 de abril de 1520).

⁴³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 19. *De Rebus Gestis*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 7. Las Casas, *Hist. General de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 113.

⁴⁴ *Declaración de Puertocarrero*, manuscrito. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. *Probanza en la Villa Segura*, manuscrito (4 de octubre de 1520).

⁴⁵ La carta de la municipalidad de Veracruz, después de afirmar que Velázquez cubrió tan sólo un tercio de los gastos originales, añade: «Y sepan Vras. Majestades que la mayor parte de la dicha tercia parte que el dicho Diego Velázquez gastó en hacer la dicha armada fué, emplear sus dineros en vinos y en ropas, y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha mas cantidad de lo á él le costó, por manera que podemos decir que entre nosotros los Españoles vasallos de Vras. Reales Altezas ha hecho Diego Velázquez su rescate y granosea de sus dineros cobrándolos muy bien» (*Carta de Vera Cruz*, manuscrito). Puertocarrero y Montejo hablan también en sus declaraciones tomadas en España, que Cortés proveyó dos tercios del coste de la flotilla [*Declaración de Puertocarrero*, manuscrito. *Declaración de Montejo*, manuscrito (29 de abril de 1520)]. La carta de Vera Cruz fue preparada, sin embargo, a la vista de Cortés, y los dos últimos eran sus oficiales confidentiales.

⁴⁶ Autores que nunca lo vieron se remiten frecuentemente al documento como el Acuerdo entre Cortés y Velázquez. En realidad son sólo las instrucciones que dio este último a su oficial, que no era una parte del mismo.

⁴⁷ *Declaración de Puertocarrero*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 7.

Velázquez recibió poco después la autoridad de la corona para colonizar los nuevos países, con el título de *adelantado* sobre ellos. El documento fue fechado en Barcelona, el 13 de noviembre de 1518 (Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 3, cap. 8). ¡Vanos privilegios! Las Casas ofrece una cáustica etimología del título de *adelantado*, otorgado tan a menudo a los descubridores españoles. «Adelantados porque se adelantaran en hazer males y daños tan gravísimos á gentes pacíficas», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 117.

Capítulo III

Celos de Velázquez. Cortés embarca. Equipamiento de su flota. Su persona y carácter. Cita en La Habana. Fuerza de su armamento

La importancia que Cortés le concedió a su nueva posición y quizá una conducta un tanto más altanera, fueron gradualmente causando intranquilidad en el temperamento suspicaz de Velázquez, quien comenzó a temer que su oficial, al verse lejos con el poder en sus manos, pudiera también decantarse por liberarse de su obediencia. En este momento, una circunstancia casual incrementó estas suspicacias. Un sujeto loco, su bufón, uno de esos ingenios chiflados (medio inteligentes, medio locos), que constituían en esos días un apéndice común de la Corte de cualquier hombre importante, gritó al gobernador cuando daba su habitual paseo matutino con Cortés hacia el puerto: «¡Tenga cuidado, maese Velázquez, o algún día tendremos que salir a cazar a este mismo capitán suyo!» «¿Has oído lo que este pícaro dice?», exclamó el gobernador a su compañero. «No le hagas caso», contestó Cortés, «es un bellaco insolente y se merece unos azotes». Las palabras, sin embargo, calaron hondo en la mente de Velázquez, tan hondo como sólo las bromas de verdad pueden hacerlo.

No faltaban personas alrededor de su excelencia que avivaran las ascuas latentes de la envidia hasta convertirlas en llama. Estos respetables hombres, algunos de ellos familiares de Velázquez, que probablemente sintieron sus propios méritos caer en cierto modo ensombrecidos por la

fortuna en alza de Cortés, le recordaron al gobernador su antigua disputa con este oficial y la poca probabilidad de que afrentas que en su momento fueron tan profundas pudieran olvidarse nunca. Estas y otras insinuaciones, junto con malas interpretaciones de la actual conducta de Cortés, llevaron las pasiones de Velázquez a tal punto que decidió confiar la expedición a otra persona⁴⁸.

Comunicó su decisión a sus consejeros confidenciales Lares y Duero y estos leales personajes informaron sin dilación a Cortés, aunque «un hombre con la mitad de su perspicacia», dice Las Casas, «podía haberlo adivinado fácilmente a partir del comportamiento alterado del gobernador»⁴⁹. Los dos funcionarios aconsejaron a su amigo que acelerara las cosas todo lo posible y que no perdiera tiempo en preparar la flota para zarpar si quería mantener el control. Cortés mostró la misma decisión en esta ocasión que posteriormente en más de una crisis similar marcó la dirección de su destino.

Todavía no había conseguido todos los hombres ni los navíos que necesitaba, y estaba muy mal surtido de provisiones de todo tipo. Pero decidió levar anclas esa misma noche. Reunió a sus oficiales, les informó de su propósito y probablemente de las causas del mismo, y a medianoche, cuando la ciudad dormía en silencio, subieron todos calladamente a bordo y la pequeña escuadra descendió por la bahía. Antes de esto, sin embargo, Cortés había visitado a la persona cuyo negocio abastecía al pueblo de carne llevándose todos los animales que tenía, pese a sus quejas de que al día siguiente la ciudad no tendría carne, dejándole en pago una cadena maciza de oro de mucho valor que llevaba al cuello⁵⁰.

Grande fue la sorpresa de los buenos ciudadanos de Santiago, cuando al amanecer vieron que la flota, que ellos sabían tan mal preparada para el viaje, había abandonado

sus atracaderos y estaba poniéndose en marcha afanosamente. Pronto llegaron las noticias a oídos de su Excelencia, quien, saltando de la cama y vistiéndose a la carrera, montó en su caballo y, seguido de su comitiva, galopó hasta el puerto. Cortés, en cuanto divisó su llegada, subió a un bote armado y se acercó a una distancia de la orilla a la que pudieran hablar. «¡Y es así que partís!», exclamó Velázquez, «una manera verdaderamente galante de despedirse». «Ruego me perdone», respondió Cortés, «el tiempo apremia y hay ciertas cosas que se deben hacer antes incluso de pensarlas. ¿Tiene su excelencia alguna orden?». Pero el mortificado gobernador no tenía ninguna orden que dar y Cortés, despidiéndose con educación, volvió al barco y la pequeña flota partió inmediatamente con dirección al puerto de Macaca, a unas quince leguas de distancia (18 de noviembre de 1518). Velázquez cabalgó de regreso a casa para digerir su disgusto lo mejor que pudo, satisfecho, probablemente, de no haber cometido al menos dos errores, uno nombrando a Cortés comandante y el otro intentando destituirle. Porque si bien es verdad que al dar la confianza a medias difícilmente podemos esperar conseguir algún amigo, es igualmente cierto que quitándola una vez que la hemos entregado haremos un enemigo seguro⁵¹.

Esta partida clandestina de Cortés ha sido severamente criticada por algunos escritores, especialmente por Las Casas⁵². Sin embargo, se puede reivindicar con fuerza su conducta. Había sido nombrado comandante por voluntad del gobernador y dicho nombramiento había sido ratificado totalmente por las autoridades de La Española. Había dedicado inmediatamente todos sus medios a la tarea, incurriendo además en una onerosa deuda. Y se le quería arrebatar su misión sin probar o al menos alegar contra él ninguna falta. Algo así le hubiera hundido en la más irreparable ruina, por no hablar de los amigos a los que

había pedido prestado tanto dinero y de los seguidores que habían arriesgado sus fortunas en la expedición confiando en que él la comandaba. Probablemente hay pocas personas que bajo estas circunstancias se sintieran llamadas a asistir mansamente al sacrificio de sus esperanzas por un capricho infundado y arbitrario. Lo más que se podía esperar de Cortés era que se sintiera obligado a cuidar fielmente los intereses de su patrón en el curso de la empresa. Hasta qué punto sentía la fuerza de esta obligación lo veremos a continuación.

Desde Macaca, donde Cortés se aprovisionó de todos los víveres que pudo obtener de las granjas reales y de los que dijo que «consideraba un préstamo del rey», pasó a Trinidad, una ciudad más importante en la costa sur de Cuba. Aquí desembarcó, y plantando su estandarte frente a su acuartelamiento, lanzó una proclama con generosas ofertas para todos los que se le unieran a la expedición. Los voluntarios venían a diario y entre ellos más de un centenar de los hombres de Grijalva, que acababan de regresar del viaje y estaban deseosos de continuar con el descubrimiento bajo un líder más emprendedor. La fama de Cortés atrajo también a varios caballeros de familia y distinción, algunos de los cuales, habiendo acompañado a Grijalva, aportaron mucha información valiosa para esta expedición. Entre estos hidalgos se puede mencionar a Pedro de Alvarado y sus hermanos, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de León, un pariente cercano del gobernador, Alonso Hernández de Puertocarrero y Gonzalo de Sandoval, todos ellos hombres que tuvieron una importante participación en la conquista. Su presencia fue de gran importancia, ya que le dio consideración a la empresa, y cuando entraron en el pequeño campamento de los aventureros, éstos se volvieron para darles la bienvenida entre vivos acordes de música y alegres salvas de artillería.

Cortés mientras tanto se dedicaba a comprar equipamiento militar y provisiones. Cuando supo que un barco mercante cargado con grano y otros bienes para las minas se encontraba en mar abierto, ordenó que una de sus carabelas lo interceptara y lo trajera a puerto. Pagó al patrón con pagarés tanto por el cargamento como por el barco, e incluso convenció a este hombre, llamado Sedeño, que era rico, para que uniera su destino al de la expedición. También envió a uno de sus oficiales, Diego de Ordaz, en busca de otro barco del que había tenido noticias, con órdenes de apresarlo de la misma manera y de reunirse con él y el barco en el cabo de San Antonio, el punto más occidental de la isla⁵³. De esta manera se quitó de encima a Ordaz, familiar del gobernador y un espía poco conveniente de sus acciones.

Mientras se hallaba ocupado en todo esto, el comandante de Trinidad recibió cartas de Velázquez exigiéndole que encontrara a Cortés y le apresara, ya que había sido depuesto como comandante de la flota y se había nombrado a otro en su lugar. Este funcionario comunicó sus instrucciones a los oficiales principales de la expedición, que le aconsejaron que no lo intentara, ya que sin duda provocaría un alboroto entre los soldados que podría terminar con la ciudad convertida en cenizas. Verdugo consideró prudente seguir el consejo⁵⁴.

Como Cortés estaba deseoso por reforzarse todavía con más tropas, ordenó a Alvarado que cruzara el país marchando con un pequeño pelotón de hombres hasta La Habana, mientras él rodeaba con la escuadra el cabo oeste de la isla, reuniéndose en ese punto. En este puerto desplegó de nuevo su estandarte y lanzó la proclama de costumbre. Ordenó que se llevaran a la orilla los cañones grandes y que se pasara revista junto con las armas pequeñas y las ballestas. Como la región abundaba en algodón, hizo que se acolcharan fuertemente los jubones de los soldados para

defenderse de las flechas indias, con las que las tropas habían sufrido gravemente en las anteriores expediciones. Distribuyó a sus hombres en once compañías, cada una bajo las órdenes de un oficial experimentado y pudo observarse que, aunque varios de los caballeros a su servicio eran amigos personales e incluso familiares de Velázquez, parecía tratarlos con total confianza.

Su estandarte principal era de terciopelo negro bordado en oro y con el blasón de una cruz roja rodeada de llamas azules y blancas, y bajo éstas, su lema en latín: «Hermanos, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella conquistaremos». Ahora había adquirido un estatus más elevado en su persona y forma de vida, introduciendo un gran número de sirvientes y empleados en su entorno y poniéndose en el camino de convertirse en un hombre de alta condición, lo que mantuvo el resto de su vida⁵⁵.

Cortés tenía entonces treinta y tres o treinta y cuatro años. Era algo más alto de la media, pálido de rostro, con grandes ojos negros que daban una expresión de gravedad a su semblante que nadie esperaría de un temperamento jovial como el suyo. Era delgado, al menos hasta que tuvo bastante edad, pero su pecho era ancho, sus hombros amplios, su cuerpo musculoso y bien proporcionado. Poseía una combinación de agilidad y vigor que le permitía sobresalir en la esgrima, la hípica y en todos los ejercicios de la caballería. Era comedido en su dieta, sin importarle lo que comiera y bebía poco, al tiempo que parecía completamente indiferente a los trabajos pesados y a las privaciones. Su atuendo resaltaba su gallardía, ya que no desdeñaba la impresión que pudieran causar ayudas tan adventicias, ni llamativa, ni chocante, pero sí rica. Llevaba pocos adornos y generalmente los mismos, aunque de gran valor. Sus modales, francos y castrenses, ocultaban un espíritu calculador y frío. Con su humor más alegre se mezclaba una

firme apariencia de resolución que hacía que aquellos que se le acercaban sintieran que debían obedecer e infundía algo parecido a la reverencia en el apego de sus seguidores más devotos. Esta combinación en la que el amor se templaba por la autoridad, probablemente estaba perfectamente calculada para inspirar devoción en los rudos y turbulentos espíritus con los que iba a compartir su suerte.

Parece que el carácter de Cortés sufrió cambios al modificarse las circunstancias o, para hablar con más propiedad, el nuevo entorno en el que se situó hizo surgir las cualidades que dormían latentes en su pecho. Existen naturalezas duras que necesitan de los calores de la acción para desplegar sus energías, como las plantas que, encerradas bajo la suave influencia de una latitud templada, llegan a su pleno crecimiento y ofrecen sus frutos tan sólo en la ardiente atmósfera de los trópicos. Tal es el retrato que de este extraordinario hombre nos han dejado sus contemporáneos, el instrumento elegido por la providencia para sembrar el terror entre los monarcas bárbaros del mundo occidental y convertir sus imperios en polvo⁵⁶.

Antes de que se completaran las preparaciones en La Habana, el comandante de la plaza, don Pedro Barba, recibió despachos de Velázquez ordenándole que prendiera a Cortés y que evitara que partiera con sus navíos, junto con otra epístola de la misma fuente dirigida a Cortés, pidiéndole que pospusiera su viaje hasta que el gobernador pudiera verle en persona, como se proponía. «Nunca», exclama Las Casas, «he visto tan poco conocimiento de las cosas como en esta carta de Diego Velázquez, ¡imaginar que un hombre que tan recientemente le había hecho tal afrenta, retrasaría la partida a petición suya!»⁵⁷. Realmente era como querer detener con una palabra el vuelo de una flecha, una vez que ha abandonado el arco.

El capitán general, sin embargo, durante su breve estancia

había conciliado completamente la buena voluntad de Barba. Y aunque este oficial hubiera tenido la inclinación de cumplir las órdenes de su patrón, sabía que no tenía la fuerza suficiente frente a una soldadesca resuelta, encendida ante esta persecución mezquina de su comandante, y «todos ellos», en palabras del honesto cronista Bernal Díaz, que tomó parte en la expedición, «oficiales y privados, hubieran ofrecido sus vidas alegremente por él»⁵⁸. Barba se contentó, por tanto, con explicar a Velázquez la imposibilidad de llevar a cabo ese intento esforzándose al mismo tiempo por calmar su temor, asegurándole su confianza en la fidelidad de Cortés. Este último añadió una comunicación suya, formulada en «los suaves términos que tan bien sabía usar»⁵⁹, en la que imploraba a su excelencia que confiara en la devoción a sus intereses y concluía con la confortante convicción de que él y toda la flota partirían la siguiente mañana.

Por tanto, el 10 de febrero de 1519, la pequeña escuadra zarpó y dirigió su rumbo hacia el cabo San Antonio, el punto de reunión acordado. Cuando todos se reunieron, resultó que los navíos eran once, uno de ellos, en el que iba Cortés, era de cien toneladas de carga, otros tres de entre setenta y ochenta, el resto carabelas y bergantines abiertos. El conjunto se puso bajo la dirección como piloto jefe de Antonio de Alaminos, un navegante veterano que había sido piloto en el último viaje de Colón, y de Córdoba y Grijalva en las anteriores expediciones al Yucatán.

Al desembarcar en el Cabo y reunir sus fuerzas, Cortés comprobó que ascendían a ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, incluyendo treinta y tres ballesteros y trece arcabuceros, junto a doscientos indios de la isla y unas pocas indias para el servicio. Disponía de diez cañones pesados, cuatro piezas ligeras llamadas falconetes, así como una buena provisión de municiones⁶⁰. Además,

tenía dieciséis caballos. Éstos eran muy difíciles de conseguir en las islas, debido a la dificultad de transportarlos a través de océano en las endeble embarcaciones de la época, lo que los hacía escasos e increíblemente caros⁶¹. Pero Cortés estimó correctamente la importancia de la caballería, por muy escasa que fuera, tanto para su servicio en el campo como para aterrorizar a los salvajes. ¡Se embarcó en la conquista con unas fuerzas tan escasas que incluso su recio corazón se hubiera encogido de intentarlo con tales medios, si hubiera previsto la mitad de las verdaderas dificultades!

Antes de embarcar, Cortés se dirigió a sus soldados con una arenga corta pero vehemente. Les dijo que estaban a punto de iniciar una noble empresa, una empresa que haría sus nombres famosos por los siglos de los siglos. Los conducía a los países más vastos y opulentos que hubiera visitado europeo alguno. «Os ofrezco un premio glorioso», continuó el orador, «pero sólo se obtendrá con incesantes trabajos. Las grandes cosas sólo se consiguen con grandes esfuerzos y la gloria no fue nunca recompensa de los perezosos⁶². Si he trabajado duramente y me he jugado todas mis posesiones en esta empresa es por amor de ese renombre que constituye la más noble recompensa del hombre. Pero si alguno de entre vosotros codicia más las riquezas, sed sinceros conmigo como yo seré sincero con vosotros y con el momento, y os haré señores de lo que nuestros paisanos ni siquiera han alcanzado a soñar. Sois pocos en número, pero fuertes en arrojo y si esto no nos falta, no dudéis que el Todopoderoso, que nunca ha abandonado al español en su lucha contra el infiel, os protegerá aunque estéis rodeados de una nube de enemigos, porque vuestra causa es una causa justa y vais a luchar bajo el estandarte de la cruz. Avanzad pues», concluyó, «con prontitud y confianza y llevad a un glorioso desenlace el trabajo que comenzó bajo tales auspicios»⁶³.

La brusca elocuencia del general, tocando las cuerdas de la ambición, la avaricia y la fe religiosa provocó un estremecimiento en los pechos de su marcial audiencia y recibéndola con aclamaciones parecieron dispuestos a continuar hacia adelante con un jefe que no les guiaba a una batalla, sino al triunfo.

Cortés estaba satisfecho al encontrar su propio entusiasmo compartido en tal medida por sus seguidores. Se celebró entonces una misa con las solemnidades típicas entre los marineros españoles al comenzar sus viajes de descubrimiento. La flota se puso bajo la inmediata protección de San Pedro, el santo patrón de Cortés, y levando anclas partió el día dieciocho de febrero de 1519 hacia la costa del Yucatán⁶⁴.

Notas al pie

⁴⁸ «Deterrebat», dice el biógrafo anónimo, «eum Cortesii natura imperii avida, fiducia sui ingens in classe parandâ. Timere itaque Velasquius cœpit, si Cortesius cum eâ classe irte, nihil ad se vel honoris vel lucri rediturum», *De Rebus Gestis*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 19. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 114.

⁴⁹ «Cortes no avía menester mas para entendello de mirar el gesto á Diego Velázquez según su astuta viveza y mundana sabiduría», *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 114.

⁵⁰ Las Casas obtuvo directamente la historia de boca de Cortés. *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 114. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 7. *De Rebus Gestis*, manuscrito.

⁵¹ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 114. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 3, cap. 12.

Solís, que sigue a Bernal Díaz al decir que Cortés se separó abiertamente y de manera amistosa de Velázquez, parece considerar una gran calumnia al carácter de este último suponer que quería romper con el gobernador tan pronto, cuando había recibido tan poca provocación (*Conquista*, lib. I, cap. 10). Pero no hace falta suponer que Cortés no pretendía una ruptura con su patrón con esta maniobra clandestina, sino tan sólo asegurarse el mando. En cualquier caso, el texto se ajusta en todos los detalles a la afirmación de Las Casas, quien, conociendo a las dos partes y habiendo residido en la isla en esa época, tenía amplios medios de información.

⁵² *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 114.

⁵³ Las Casas también obtuvo esto de los labios de Cortés posteriormente. «Todo esto me dixo el mismo Cortés, con otras cosas çerca dello después de Marques [...] reindo y mofando é con estas formales palabras, *Á la mi fée anduve por alli como un gentil corsario* », *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 115.

⁵⁴ *De Rebus Gestis*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 8. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, caps. 114, 115.

⁵⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 24. *De Rebus Gestis*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 8. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 115.

La leyenda en el estandarte estaba inspirada sin duda en aquella otra en el *labarum*, el estandarte sagrado de Constantino.

⁵⁶ Las informaciones más detalladas de la persona y las costumbres de Cortés se pueden encontrar en la narrativa del viejo caballero Bernal Díaz, que sirvió tanto tiempo bajo sus órdenes y de Gómara, el capellán del general. Véase en concreto el último capítulo de la *Crónica* de Gómara y el cap. 203 de la *Historia*

verdadera de la Conquista de la Nueva España.

⁵⁷ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 115.

⁵⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 24.

⁵⁹ *Ibid.*, loc. cit.

⁶⁰ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 26.

Hay alguna discrepancia entre las autoridades, con relación a los números del ejército. La carta de Vera Cruz, que debería ser exacta, habla en números redondos de tan sólo cuatrocientos soldados (*Carta de Vera Cruz*, manuscrito). El mismo Velázquez, en una comunicación al Justicia mayor de La Española, establece el número en seiscientos (*Carta de Diego Velázquez al Lic. Figueroa*, manuscrito). He tomado las estimaciones de Bernal Díaz, quien en su largo servicio, parece haber conocido muy personalmente a todos sus compañeros, a ellos y a sus historias personales.

⁶¹ Increíblemente caros en realidad, ya que en los artículos que contiene las *Disposiciones de Villa Segura* aparece que el coste de los caballos de la expedición era entre cuatrocientos y quinientos *pesos de oro* ¡cada uno! «Si saben que de caballos que el dicho Señor Capitan General Hernando Cortés ha comprado para servir en la dicha Conquista, que som diez é ocho, que le han costado á quatrocientos cinquenta é á quinientos pesos ha pagado, é que deve mas de ocho mil pesos de oro dellos» (*Provanza en Villa Segura*, manuscrito) La estimación de estos caballos queda lo suficientemente demostrada con la detallada información que Bernal Díaz ha creído oportuno dar de cada uno de ellos, lo suficientemente detallada para las páginas de un almanaque deportivo. Véase *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 23.

⁶² «Io vos propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos; pero la virtud no quiere ociosidad» (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 9). Es el mismo pensamiento que Thomson expresa de forma tan delicada:

«For sluggard's brow the laurel never grows;
Renown is not the child of indolent repose.»

⁶³ El texto es un resumen muy concentrado del discurso original de Cortés, o de su capellán, como puede ser el caso. Véase en Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 9.

⁶⁴ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, cap. 115. Gómara, *Crónica*, cap. 10. *De Rebus Gestis*, manuscrito.

«Tantus fuit armorum apparatus», exclama el autor de este último trabajo, «quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius concuit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carolo facit; aperitque omnium primus Hispanæ genti

Hispaniam novam!»). El autor de este trabajo es desconocido. Parece haber formado parte de una gran compilación, *De Orbe Novo*, escrita probablemente con la estructura de una serie de bocetos biográficos, ya que la introducción habla de la vida de Colón, que precede a esta de Cortés. Fue escrita, según afirma, cuando muchos de los antiguos conquistadores todavía vivían y está dirigida al hijo de Cortés. El historiador, por tanto, tenía amplios medios para verificar la verdad de sus propias afirmaciones, aunque a menudo traicionan, en su parcialidad por el héroe, la influencia del patronazgo bajo el que se realizó el trabajo. Se adentra en una prolijidad de detalles que, aunque tediosa, tiene su utilidad al ser un documento contemporáneo. Desgraciadamente, sólo se terminó el primer libro o al menos es el único que ha sobrevivido, terminando con los hechos de este capítulo. Está escrito en latín, en un estilo puro y perspicuo y se cree con cierto fundamento que sea el trabajo de Calvet de Estrella, Cronista de las Indias. El original se encuentra en el archivo de Simancas, donde fue descubierto y transcrito por Muñoz, copia de la que extraje la obra que hay en mi biblioteca.

Capítulo IV

Viaje a Cozumel. Conversión de los nativos. Jerónimo de Aguilar. El ejército llega a Tabasco. Gran batalla con los indios. Introducción del cristianismo. 1519

Se dio orden a los barcos de que se mantuvieran lo más cerca posible los unos de los otros y de que tomaran el rumbo de la *capitanía*^{*}, que por la noche llevaba el faro en la popa. Pero el tiempo, que había sido favorable, cambió poco después de su partida y se declaró una de esas tempestades que en estas épocas del año son tan típicas en las latitudes de las Indias Occidentales. Cayó con terrible fuerza sobre la pequeña armada, desorganizándola, desarbolando algunos de los barcos y llevándolos a todos considerablemente más al sur de su original destino.

Cortés, que se había demorado para escoltar a un navío inutilizado, alcanzó finalmente la isla de Cozumel. Al desembarcar, supo que uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, había aprovechado el poco tiempo que había estado allí, para entrar en los templos, desvalijarlos de sus adornos y con su violenta conducta aterrorizar de tal manera a los nativos que éstos habían huido al interior de la isla buscando refugio. Cortés, enormemente indignado ante lo precipitado de estos métodos, tan contrarios a la política que se había propuesto, no se pudo refrenar y reprendió severamente a su oficial en presencia del ejército. Ordenó que se trajera a su presencia a dos indios cautivos apresados por Alvarado y que se les explicara el fin pacífico de su visita. Esto lo hizo con la asistencia de su intérprete,

Melchorejo, un nativo del Yucatán que había traído Grijalva a su regreso y que durante su residencia en Cuba había aprendido algo de castellano. Después los despidió cargados de regalos y con una invitación a sus paisanos para que volvieran a sus hogares sin miedo a ser molestados de nuevo. Esta política tan humana tuvo éxito. Los fugitivos, tranquilizados, no tardaron en volver y se estableció un intercambio amistoso en el que se intercambiaron las baratijas y chucherías españolas por los adornos de oro de los nativos, una transacción de la que cada parte se felicitó, un filósofo pensaría que con igual motivo, de haber engañado a la otra.

El primer objetivo de Cortés era recabar noticias sobre los desafortunados cristianos que, según se había oído, todavía estaban en cautiverio en el vecino continente. A través de algunos mercaderes de la isla, obtuvieron confirmación de estos informes, por lo que envió a Diego Ordaz con dos bergantines a la costa opuesta del Yucatán con órdenes de quedarse allí durante ocho días. Algunos indios fueron en los navíos como mensajeros y consintieron en llevar una carta a los cautivos informándoles de la llegada de sus paisanos a Cozumel, junto con un generoso rescate para su liberación. Mientras tanto el general propuso hacer una incursión a las diferentes partes de la isla, para poder ocupar los inquietos espíritus de los soldados y determinar los recursos del país.

Estaba pobre y escasamente poblada. Pero por todas partes reconoció vestigios de una civilización superior a la que había observado en las islas indias. Algunas de las casas eran grandes y a menudo construidas de calicanto. Le sorprendieron especialmente los templos, en los que había torres construidas de esos mismos materiales sólidos y que se alzaban hasta varios pisos de altura. En el patio de uno de éstos quedó admirado al ver una cruz de calicanto de unos

diez palmos de altura. Era el emblema del dios de la lluvia. Su apariencia provocó las conjeturas más disparatadas no sólo entre los soldados iletrados, sino también posteriormente en el erudito europeo, que especuló sobre las características de las razas que habían introducido allí el signo de la cristiandad, aunque, como veremos posteriormente, no hay garantías para llegar a esa conclusión⁶⁵. Sin embargo, es un hecho curioso que la cruz fuera venerada como objeto de culto religioso tanto en el nuevo mundo como en algunas regiones del viejo donde nunca ha brillado la luz del cristianismo⁶⁶.

El primer objetivo de Cortés era sacar a los nativos de su burda idolatría y sustituirla por un culto más puro. Para realizar esto estaba dispuesto a utilizar la fuerza, si medidas más suaves resultaran infructuosas. No había nada que el gobierno español tuviera más sinceramente en el corazón que la conversión de los indios. Es una constante en todas sus órdenes y revistió a las expediciones militares en este hemisferio occidental de algo parecido a un aire de cruzada. El caballero que se embarcaba en ellas se introducía completamente en estos sentimientos caballerescos y devotos. No se tenía ninguna duda sobre la eficacia de las conversiones por muy repentino que fuera el cambio o por violentos que fueran los medios. La espada era un buen argumento cuando la lengua fallaba y el avance del mahometismo había demostrado que las semillas sembradas por la mano de la violencia, lejos de perecer en la tierra, surgían y daban fruto pasado el tiempo. Si esto ocurría en una causa mala, cuanto más lo sería en una buena. El caballero español sentía que tenía una alta misión que cumplir como soldado de la cruz. Por muy desautorizada o injusta que nos parezca la guerra en la que se había embarcado, para él era una guerra santa. Estaba en armas contra el infiel, y no preocuparse por el alma de su ignorante

enemigo significaba poner en peligro la suya propia. La conversión de una sola alma podía cubrir una multitud de pecados. No se preocupaba por la moral, sino por *la fe*. Ésta, aunque entendida en el sentido más literal y limitado, incluía todo el universo de la moralidad cristiana. Cualquiera que muriera en la fe, por muy inmoral que hubiera sido su vida, podía decirse que moría en el Señor. Tal era el credo del caballero castellano de esos días, como enseñaban los sermones desde los púlpitos, los claustros y las universidades en casa y los de los monjes y misioneros en ultramar, de todos excepto de uno, Las Casas, cuya devoción surgía de una fuente más pura y al que, desgraciadamente, no se le permitió proyectar su luz dentro de la espesa oscuridad que le rodeaba⁶⁷.

Nadie participó más completamente de estos sentimientos que Hernán Cortés. Era realmente el perfecto espejo de la época en la que vivía, reflejando sus variopintas características, su devoción especulativa y su licenciosa práctica, aunque con una intensidad totalmente propia. Se escandalizó enormemente con la exhibición de las prácticas idólatras de la gente de Cozumel, aunque no estaban mancilladas, según parece, con sacrificios humanos. Se dedicó a persuadirles de que abrazaran una fe mejor, mediante la intervención de dos eclesiásticos que participaron en la expedición, el licenciado Juan Díaz y el padre Bartolomé de Olmedo. El último de estos hombres de Dios era un raro ejemplo (raro en cualquier época), de unión de ferviente fe y caridad, al mismo tiempo que ilustraba bellamente con su propia conducta los preceptos de su enseñanza. Se mantuvo con el ejército a lo largo de toda la expedición y gracias a sus sabios y benevolentes consejos consiguió mitigar a menudo las crueldades de los conquistadores y apartar el filo de la espada de los desafortunados nativos.

Estos dos misioneros se esforzaron en vano para que la gente de Cozumel renunciara a sus abominaciones y permitieran que se tiraran y demolieran los ídolos indios, en los que los cristianos reconocían los rasgos de Satán⁶⁸. Los sencillos nativos, aterrorizados ante la profanación que se les proponía, exclamaron que estos eran los dioses que les enviaban la luz y la tormenta y que si se les infringía alguna violencia se vengarían con seguridad enviando sus rayos sobre las cabezas de aquellos que lo perpetraran.

Cortés seguramente no tenía demasiado de polemista. En cualquier caso, en esta ocasión prefirió la acción a la discusión y pensó que la mejor manera de convencer a los indios de su error era probarles la falsedad de su predicción. Consecuentemente, sin más ceremonia ordenó que las imágenes veneradas rodaran por las escaleras del gran templo, entre los gruñidos y lamentaciones de los nativos. Rápidamente se construyó un altar, se colocó encima una imagen de la Virgen y el Niño y el padre Olmedo y su reverendo compañero celebraron misa por primera vez dentro de los muros de un templo en Nueva España. Los pacientes ministros intentaron una vez más arrojar un poco de luz del evangelio sobre los ignorantes entendimientos de los isleños y exponer los misterios de la fe católica. El intérprete indio tiene que haber ofrecido un dudoso canal de comunicación para tan complicadas doctrinas. Pero finalmente encontró el favor de sus oyentes, quienes intimidados por el valeroso comportamiento de los invasores o convencidos de la impotencia de unas deidades que no podían proteger sus propios santuarios de la violación, consintieron en abrazar el cristianismo⁶⁹.

Mientras Cortés estaba ocupado por tanto en los triunfos de la cruz, recibió noticias de que Ordaz había vuelto del Yucatán sin noticias sobre los cautivos españoles. Aunque muy decepcionado, el general decidió no posponer más su

partida de Cozumel. Los amistosos habitantes de la isla habían aprovisionado a la flota, así que a principios de marzo embarcando sus tropas, Cortés partió de las hospitalarias orillas. Sin embargo, la escuadra no llegó muy lejos antes de que una vía de agua en uno de los barcos les obligara a volver al mismo puerto. El retraso tuvo importantes consecuencias, tantas realmente que un escritor de la época ve en ella «un gran misterio y un milagro»⁷⁰.

Poco después de tomar tierra se avistó una canoa con algunos indios acercándose desde las vecinas orillas del Yucatán. Al llegar a la isla, uno de los hombres le preguntó en mal castellano «si se encontraba entre cristianos», y al responderle afirmativamente, se puso de rodillas y dio gracias al cielo por su envío. Se trataba de uno de los desgraciados cautivos por cuyo destino se habían preocupado tanto. Su nombre era Jerónimo de Aguilar, nativo de Écija en la vieja España, donde había sido educado dentro de una de las órdenes de la Iglesia. Se había establecido con la colonia de Darién y en un viaje desde ese lugar a La Española, hacía ocho años, naufragó cerca de la costa del Yucatán. Escapó con algunos de sus compañeros en el bote del barco, donde algunos murieron de hambre y congelación mientras que otros fueron sacrificados al llegar a tierra por los nativos caníbales de la península. Aguilar se salvó de sufrir el terrible destino escapando al interior, donde cayó en las manos de un poderoso cacique, que, aunque le perdonó la vida, le trató al principio con gran rigor. La paciencia del cautivo, sin embargo, y su especial humildad tocaron los mejores sentimientos del jefe, quien intentó convencer a Aguilar de que tomara a una de entre los suyos como esposa. Pero el eclesiástico rechazó con firmeza la propuesta en obediencia a sus votos. Esta admirable decisión provocó la desconfianza del cacique, que puso su virtud a prueba de forma severa, sometiéndole a

varias tentaciones, muchas de la misma clase que aquellas con las que se dice que el demonio asaltó a San Antonio⁷¹. Sin embargo, salió ileso, como su espiritual predecesor, de estas pruebas de fuego. La continencia es una virtud demasiado rara y escasa entre los bárbaros como para no provocar su veneración, y su práctica ha creado la reputación de más de un santo en el viejo y en el nuevo mundo. A Aguilar se le encomendó entonces el cuidado de la casa del patrón y de sus numerosas esposas. Era un hombre discreto, así como virtuoso, y sus consejos se juzgaron tan saludables, que era consultado sobre todos los temas importantes. En pocas palabras, Aguilar se convirtió en alguien importante entre los indios.

Por tanto, su patrón recibió con gran pesar las propuestas de devolvérselo a sus compatriotas, a lo que nada a excepción del tesoro de cuentas de cristal, cascabeles de cetrería y otras joyas de semejante valor enviadas como rescate le hubiera inducido a dar su consentimiento. Cuando Aguilar alcanzó la costa todo se había retrasado tanto que los bergantines ya habían zarpado y sólo gracias a la afortunada vuelta de la flota a Cozumel pudo unirse a ella.

Al presentarse ante Cortés, el pobre hombre le saludó a la manera india, tocando la tierra con su mano y llevándosela a la cabeza. El comandante, levantándole, le abrazó afectuosamente cubriéndole al mismo tiempo con su propio abrigo, ya que Aguilar estaba vestido únicamente con la ropa del país, un poco escasas para una mirada europea. Pasó mucho tiempo realmente hasta que los gustos que había adquirido en la libertad de los bosques se reconciliaran con las limitaciones tanto en el vestir como en las maneras impuestas por las formas artificiales de la civilización. La larga estancia de Aguilar le había familiarizado con el dialecto maya del Yucatán y a medida que reavivaba el castellano fue adquiriendo una importancia capital como

intérprete. Cortés vio la ventaja de esto desde el principio, pero no podía prever en su totalidad todas las consecuencias que surgirían de ello⁷².

Una vez completada la reparación de los navíos, el comandante español se despidió de nuevo de los amistosos nativos de Cozumel y zarpó el 4 de marzo. Manteniéndose lo más cerca posible de la costa del Yucatán, dobló el cabo Catoche y a gran velocidad atravesó la amplia bahía de Campeche, jalonada de los ricos palo de tinte que desde entonces han proporcionado un artículo de comercio tan importante con Europa. Pasó Potonchan, donde Córdoba había experimentado una poco amistosa recepción por parte de los nativos y poco después alcanzó la boca del *Río del Tabasco, o Grijalva*, en el que este navegante había llevado a cabo un comercio tan lucrativo. Aunque consciente del gran objetivo de su viaje (la visita a los territorios aztecas), estaba deseoso de conocer él mismo los recursos de este país y decidió remontar el río y visitar la gran ciudad en sus orillas.

Las aguas, debido a la acumulación de arena en la boca del arroyo, eran tan poco profundas que el general se vio obligado a dejar los barcos anclados y embarcarse en los botes con sólo una parte de sus fuerzas. Las orillas estaban espesamente cubiertas de manglares que, con sus raíces elevándose y entrelazándose unas con otras, formaban una especie de pantalla o red impenetrable tras la cual se veían las oscuras formas de los nativos, moviéndose rápidamente de un lado para otro con aspecto y gestos amenazadores. Cortés, muy sorprendido por estas demostraciones hostiles, tan diferentes de lo que hubiera esperado, prosiguió cautelosamente arroyo arriba. Al llegar a un lugar abierto, donde se encontraban reunidos un gran número de indios, pidió permiso a través del intérprete para tomar tierra, explicando al mismo tiempo sus intenciones amistosas. Pero los indios, blandiendo sus armas, respondieron enfadados

con gestos amenazadores. Aunque muy disgustado, Cortés pensó que era mejor no acelerar más el asunto esa tarde y se retiró a una isla vecina, donde sus tropas tomaron tierra, resuelto a efectuar un desembarco la mañana siguiente.

Cuando rompió el día, los españoles vieron la orilla opuesta alineada con un contingente mucho más numeroso que el de la tarde anterior, al mismo tiempo que las canoas a lo largo de la orilla estaban llenas de guerreros armados. Cortés se preparó para el ataque. Primero desembarcó un destacamento de cien hombres bajo las órdenes de Alonso de Ávila, en un punto un poco más apartado arroyo abajo, protegido por un denso macizo de palmeras, desde donde sabía que salía una carretera a la ciudad de Tabasco, dando órdenes a sus oficiales de marchar inmediatamente sobre el lugar, mientras que él avanzó para asaltarlo de frente⁷³.

Después, embarcando al resto de sus tropas, Cortés cruzó el río frente al enemigo, aunque antes de comenzar las hostilidades y para poder «actuar con respeto a la justicia y en obediencia de las órdenes del Consejo Real»⁷⁴, primero hizo proclamar, a través del intérprete, que tan sólo deseaba paso libre para sus soldados y que proponía reanudar las relaciones amistosas que existían anteriormente entre sus compatriotas y los nativos. Aseguró que si se derramaba sangre, la culpa recaería sobre sus cabezas y que resistirse sería inútil, ya que estaba decidido, a pesar de todos los peligros, a tomar residencia en Tabasco. Esta proclama, pronunciada en un tono suave y debidamente recogida por el notario, fue respondida por los indios, que bien podían haber entendido una de cada diez palabras, con gritos de amenaza y una lluvia de flechas⁷⁵.

Cortés, habiendo cumplido ahora con todos los requisitos de un caballero leal y habiendo traspasado la responsabilidad de sus hombros a los del Consejo Real, acercó sus botes a las canoas indias. Se enzarzaron

fieramente y ambas partes estuvieron pronto en el agua que les llegaba por encima del cinturón. La refriega no fue larga, aunque sí desesperada. Prevalció la fuerza superior de los europeos y forzaron al enemigo a retroceder hasta la orilla, donde, sin embargo, fueron apoyados por sus paisanos, que lanzaron una lluvia de dardos, flechas y estacas de madera en llamas sobre las cabezas de los invasores. Las orillas eran suaves y resbaladizas y los soldados a duras penas conseguían mantenerse en pie. Cortés perdió una sandalia en el fango pero continuó luchando descalzo, exponiéndose gravemente, ya que los indios pronto le identificaron como el líder y se gritaron: «¡Disparad al jefe!»

Finalmente, los españoles ganaron la orilla y lograron recuperar algo parecido al orden, momento en el que hicieron fuego con sus arcabuces y ballestas. El enemigo, sobrecogido por el estruendo y el brillo de las armas de fuego, de las que no tenían ninguna experiencia, cayeron de espaldas y se retiraron detrás de un parapeto de madera extendido en el camino. Los españoles, en el calor de la persecución, pronto tomaron estas rudimentarias defensas y empujaron a los tabasqueños hacia la ciudad, donde de nuevo buscaron refugio detrás de las empalizadas.

Mientras tanto Ávila había llegado desde la dirección opuesta y los nativos tomados por sorpresa no intentaron resistirse más, sino que abandonaron el lugar a los cristianos. Anteriormente se habían llevado a sus familias y bienes. Algunas provisiones cayeron en manos de los vencedores, pero poco oro, «circunstancia», dice Las Casas, «que no les satisfizo especialmente»⁷⁶. Se trataba de un lugar muy poblado. La mayoría de las casas eran de barro, las mejores de calicanto, dando pruebas en los habitantes de un refinamiento superior al encontrado en los isleños, así como su firme resistencia había evidenciado un superior valor⁷⁷.

Cortés, habiéndose hecho señor de la ciudad, tomó

posesión formal de ella para la corona de Castilla. Hizo tres cortes con su espada en un enorme árbol *ceiba* que crecía en el lugar y proclamó en voz alta que tomaba posesión de la ciudad en nombre y representación de los soberanos católicos y que la mantendría y defendería con la espada y la rodela contra cualquiera que la reclamara. La misma declaración jactanciosa se hizo por parte de los soldados y toda ella ha quedado debidamente registrada y atestiguada por el notario. Esta era la habitual forma, simple pero caballerosa, con la que los caballeros españoles reivindicaban el dominio real de los territorios conquistados en el nuevo mundo. Era un buen título sin duda contra las reclamaciones de cualquier otro potentado europeo.

El general tomó alojamiento esa noche en el patio del templo principal. Apostó sus centinelas y adoptó todas las precauciones propias de la guerra con un enemigo civilizado. Realmente tenía razones para hacerlo. Un sospechoso silencio parecía reinar sobre el lugar y sus alrededores, llegaron noticias de que el intérprete Melchorejo había huido dejando su traje español colgando de un árbol. Cortés se inquietó con la desertión de este hombre, que no sólo informaría a sus paisanos del pequeño número de los españoles, sino que les disiparía cualquier ilusión que hubieran albergado sobre su naturaleza superior.

La mañana siguiente, como no se encontraron señales del enemigo, Cortés preparó un destacamento bajo las órdenes de Alvarado y otro bajo las de Francisco de Lugo, para efectuar un reconocimiento. Este último oficial no había avanzado una legua cuando se encontró con las posiciones de los indios que le atacaron con tal fuerza que tuvo suerte de encontrar resguardo en un gran edificio de piedra donde fue cercado. Afortunadamente, los fuertes aullidos de los asaltantes, con los que la mayoría de las naciones bárbaras intentan aterrorizar, llegaron a oídos de Alvarado y sus

hombres, que rápidamente avanzaron para liberar a sus compañeros, permitiéndoles abrirse paso entre el enemigo. Las dos partidas se retiraron, perseguidas de cerca, hasta la ciudad, donde Cortés, marchando para apoyarles, obligó a los tabasqueños a retirarse.

Se tomaron algunos prisioneros en esta escaramuza. Gracias a ellos Cortés se enteró de que sus peores temores se habían hecho realidad. El país entero se había levantado en armas. Se había reunido una fuerza compuesta por varios miles, provenientes de las provincias vecinas y estaban decididos a realizar un ataque general al día siguiente. Ante las preguntas del general sobre por qué les habían recibido de manera tan distinta a la de su predecesor Grijalva, le contestaron que «la conducta de los tabasqueños en ese momento había ofendido enormemente a las otras tribus indias, que les habían acusado de traición y cobardía, de tal manera que habían prometido que cuando volvieran los hombres blancos los resistirían de la misma manera que sus vecinos habían hecho»⁷⁸.

En este momento, Cortés bien se podía haber arrepentido de haberse desviado del objetivo principal de su empresa y de verse enredado en una dudosa guerra que no podía llevar a ningún fin provechoso. Pero era demasiado tarde para ello. Había dado el paso y no tenía más alternativa que seguir hacia adelante. Retirarse hubiera descorazonado a sus propios hombres nada más empezar, habría dañado su confianza en él como líder y ratificado la arrogancia de sus enemigos, ya que las noticias de su derrota podían precederle en su viaje y preparar así el camino para mayores derrotas y sufrimientos. No dudó sobre el camino a seguir, de tal manera que, reuniendo a sus oficiales, les anunció su intención de presentar batalla la siguiente mañana⁷⁹.

Envió a los bajeles a todos aquellos que estaban impedidos por sus heridas y ordenó al resto de las fuerzas que se

reunieran en el campamento. También se sacaron de los barcos seis de los cañones pesados, junto con todos los caballos. Los animales estaban ateridos y torpes por el largo confinamiento a bordo, pero unas pocas horas de ejercicio les devolvieron su fuerza y espíritu habitual. Le entregó la dirección de la artillería (si puede ser digna de tal nombre) a un soldado llamado Mesa, que tenía alguna experiencia como ingeniero de las guerras italianas. La infantería la puso bajo las órdenes de Diego de Ordaz y él se encargó de la caballería, compuesta por algunos de los más valientes caballeros de su pequeño grupo, entre los que se puede mencionar a Alvarado, Velázquez de León, Ávila, Puertocarrero, Olid y Montejo. Habiendo realizado pues todos los preparativos y habiendo establecido el plan de batalla, se retiró para descansar, pero no a dormir. Su febrilmente, como bien podemos imaginar, estaba llena de ansiedad por el día siguiente, ya que éste podía decidir el destino de su expedición y, como era su costumbre en estas ocasiones, se le veía a menudo durante la noche dar vueltas y visitar a los centinelas, para comprobar que no había nadie en su puesto que durmiera.

Con el primer resplandor de luz convocó al ejército y declaró su propósito de no resistir el asalto del enemigo encerrado en la ciudad, sino marchar inmediatamente contra ellos. Porque sabía perfectamente que los espíritus se elevan con la acción y que un grupo atacando reúne una confianza desde el primer momento que no siente el que espera el asalto pasivo y quizá con ansiedad. Se pensaba que los indios estaban acampados en una explanada a unas millas de distancia de la ciudad llamada la planicie de Centla. El general ordenó que Ordaz marchara con los hombres a pie, incluida la artillería, cruzando directamente el terreno llano y los atacara de frente, mientras que él buscaría un recorrido circular con el caballo y atacaría su flanco cuando hubieran

entablado combate o caería por su retaguardia.

Cuando se completaron estos preparativos, el pequeño ejército escuchó misa y después salió de las murallas de madera de la ciudad. Era el día de la Anunciación, el veintiuno de marzo, largamente recordado en los anales de Nueva España. El territorio que rodeaba la ciudad estaba cubierto por rectángulos de campos de maíz y en niveles más bajos de plantaciones de cacao, que proporcionaban la bebida y probablemente la moneda del país como en México. Como estas plantaciones requieren irrigación constante eran alimentadas por numerosos canales y reservas de agua de tal manera que el terreno sólo se podía cruzar con grandes trabajos y dificultad. Sin embargo, estaba atravesado por un estrecho sendero o paso elevado por el que se podía arrastrar el cañón.

Las tropas avanzaron más de una legua en su laboriosa marcha sin divisar al enemigo. El tiempo era bochornoso, pero pocos soldados eran incomodados por la pesada cota de malla que llevaban los caballeros europeos de la época. Sus chaquetas de algodón, espesamente acolchadas, ofrecían una protección tolerable contra las flechas de los indios y dejaban libertad de movimientos, esencial en una vida de aventura en la espesura.

Finalmente divisaron los amplios planos de Centla y contemplaron las oscuras líneas del enemigo alargándose, hasta donde llegaba la vista, por el horizonte. Los indios habían demostrado cierta sagacidad al elegir la posición y a medida que los cansados españoles se acercaban lentamente, tambaleándose por la ciénaga, los tabasqueños lanzaron sus espantosos gritos de guerra y descargaron andanadas de flechas, piedras y otros proyectiles que resonaron como el granizo sobre los escudos y cascos de los asaltantes. Muchos quedaron gravemente heridos antes de poder llegar a tierra firme, donde pronto liberaron un espacio y abrieron fuego

de artillería y mosquetería a discreción sobre las apretadas columnas del enemigo, que presentaba una letal diana para las balas. Con cada descarga eran muchos los que quedaban arrasados, pero los bravos bárbaros, lejos de desanimarse, echaron polvo y hojas para cubrir sus bajas y haciendo sonar sus instrumentos de guerra, dispararon nuevas oleadas de flechas como respuesta.

Incluso presionaron a los españoles acercándose más, momento en el que éstos les rechazaron con una vigorosa carga; rápidamente volvieron y se replegaron como las olas del océano, parecían dispuestos a arrollar al pequeño grupo, gracias a su número. Encerrados de esa manera, los españoles no tenían prácticamente espacio para realizar las evoluciones necesarias, ni tan siquiera para utilizar sus armas de fuego con efectividad⁸⁰.

El enfrentamiento no había durado más de una hora, y los españoles, fuertemente presionados, esperaban con gran ansiedad la llegada de los caballos (que debían verse retenidos por algún impedimento incomprensible) para aliviarles de su peligrosa situación. En este momento crítico se vio como las últimas columnas del ejército indio se agitaban y se producía un desorden que pronto se extendía a todo el conjunto. No tardaron mucho los oídos de los cristianos en percibir el alborozado grito de guerra de «¡Santiago y San Pedro!» y contemplar cómo los brillantes cascos y espadas de la caballería castellana relampagueaban con los rayos del sol de mañana, a medida que avanzaban entre las líneas enemigas, golpeando a diestro y siniestro y esparciendo la desesperación a su alrededor. ¡La mirada de la fe bien podía haber discernido al mismísimo santo patrón de España montado en su caballo de guerra gris, dirigiendo el rescate y pisoteando los cuerpos de los infieles caídos!⁸¹.

La llegada de Cortés se había retrasado mucho por la naturaleza accidentada del terreno. Cuando llegó, los indios

estaban tan enzarzados en el combate que cayó sobre ellos antes de que le vieran acercarse. Ordenó a sus hombres que dirigieran las lanzas a las caras de sus oponentes⁸² (quienes quedaron aterrorizados por la monstruosa aparición al suponer que jinete y caballo, que nunca antes habían visto, eran una misma cosa)⁸³ y fueron presa del pánico. Ordaz se aprovechó de ello para ordenar una carga general sobre la línea y los indios, muchos tirando sus armas, huyeron sin ofrecer mayor resistencia.

Cortés estaba demasiado contento con esta victoria como para preocuparse de continuarla empapando su espada en la sangre de los fugitivos. Alineó a sus hombres junto a un bosquecillo de palmeras que bordeaba el lugar y bajo un ancho dosel los soldados dieron gracias al Todopoderoso por la victoria que se les había concedido. El campo de batalla se convirtió en el solar de una ciudad llamada, en honor del día, Santa María de la Victoria, mucho después capital de la provincia⁸⁴. El número de los que lucharon y cayeron en este enfrentamiento es, sin embargo, dudoso. No hay nada más dudoso realmente que las estimaciones numéricas de los bárbaros. Y no ganan nada en probabilidad cuando provienen, como en este caso, de los informes de sus enemigos. La mayoría de los relatos se ponen de acuerdo, sin embargo, en que las fuerzas indias constaban de cinco escuadrones de ochocientos hombres cada uno. Hay mayor discrepancia en cuanto al número de los asesinados, que van de mil ¡a treinta mil! Ante la monstruosa discordancia, la común disposición a exagerar puede llevarnos a buscar la verdad cerca del número más bajo. Las pérdidas de los cristianos fueron mínimas, no excediendo (si aceptamos sus propios informes que, probablemente por las mismas causas, disminuyen enormemente la verdad), ¡dos muertos y menos de cien heridos! Podemos entender rápidamente los sentimientos de los conquistadores cuando declaraban que

«el cielo debe haber luchado de su parte, ya que sus fuerzas nunca podrían haber vencido a una multitud de enemigos tal»⁸⁵.

Se tomaron algunos prisioneros en la batalla, entre ellos dos jefes. Cortés les dio la libertad y envió un mensaje a través de ellos para sus compatriotas, «que olvidaría el pasado, si se acercaban inmediatamente y ofrecían su sumisión. En caso de que no fuera así cabalgaría sobre su tierra y ¡pasaría por la espada a todo ser viviente, hombres, mujeres y niños!». Con esta formidable amenaza resonando en sus oídos, partieron los enviados.

Pero los tabasqueños no tenían ganas de nuevas hostilidades. Un grupo de jefes inferiores apareció el día siguiente, vestidos con oscuros trajes de algodón, como reflejo de su abatimiento e imploraron permiso para enterrar a sus muertos. El general se lo otorgó, asegurándoles su buena disposición, pero al mismo tiempo les dijo que esperaba a los principales caciques, ya que no trataría con ningún otro. Éstos se presentaron pronto, acompañados por un numeroso séquito de vasallos, que los seguían con curiosa timidez al campamento de los cristianos. Entre los regalos propiciatorios que les trajeron había veinte esclavas, hecho que, debido a la personalidad de una de ellas, resultó tener una influencia infinitamente mayor de la que, tanto españoles como tabasqueños, podían anticipar. Pronto se reestableció la confianza, a lo que siguió un encuentro amistoso y el intercambio de chucherías españolas por rudimentarias mercancías del país, artículos de comida, algodón y algunos ornamentos de oro de poco valor. Cuando se les preguntó de dónde se obtenía el preciado metal, señalaron al oeste y respondieron «Culhua», «México». Los españoles vieron que este no era un buen lugar para comerciar o para quedarse mucho tiempo. Aunque aquí se encontraban a pocas leguas de distancia de una poderosa y

opulenta ciudad o lo que una vez lo fue, la antigua Palenque. Pero puede que su gloria hubiera ya pasado y su nombre hubiera sido olvidado por las naciones circundantes.

Antes de su partida el comandante español no olvidó realizar uno de los grandes objetivos principales de la expedición, la conversión de los indios. Primero explicó a los caciques que había sido enviado allí por un poderoso monarca al otro lado del mar, para el que ahora tenía el derecho de exigir su alianza. Después ordenó a los reverendos Olmedo y Díaz que iluminaran sus mentes tanto como pudieran en lo relacionado a las grandes verdades de la revelación, conminándoles a que las aceptaran en lugar de sus propias abominaciones paganas. Los tabasqueños, cuya percepción estaba sin duda significativamente avivada por el castigo sufrido, no ofrecieron más que una ligera resistencia a las dos propuestas. El día siguiente era domingo de ramos y el general decidió celebrar su conversión con uno de esos pomposos ceremoniales de la iglesia que debería dejar una huella duradera en sus mentes.

Se formó una solemne procesión de todo el ejército, con los eclesiásticos a la cabeza, cada soldado portando una palma en la mano. La comitiva se vio engrosada por miles de indios de ambos sexos que seguían con curiosa sorpresa el espectáculo. Las largas hileras se curvaban por las floreadas praderas que rodeaban el asentamiento, hasta el templo principal, donde se había erigido un altar y se había quitado la imagen de la deidad que lo presidía, para hacer sitio a la de la Virgen con el Infante Salvador. Celebró la misa el padre Olmedo y los soldados que podían se unieron al solemne canto. Los nativos escucharon en profundo silencio y, de creer al cronista del suceso que estaba presente, se deshicieron en lágrimas al tiempo que en sus corazones entraba un sobrecogimiento reverencial por el dios de esos horribles seres que parecían blandir en sus manos el trueno

y el rayo⁸⁶.

Debe reconocerse que la confesión católica romana tiene algunas ventajas claras con respecto a la protestante, en lo que respecta al proselitismo. La deslumbrante pompa de sus servicios y su conmovedor llamamiento a la sensibilidad afectan la imaginación del rudo hijo de la naturaleza con mucha más fuerza que las frías abstracciones del protestantismo que, dirigidas a la razón, exigen un grado de refinamiento y cultura mental en la audiencia para ser comprendidas. Más aún, el respeto mostrado por los católicos a las representaciones materiales de la divinidad, facilita enormemente el mismo objetivo. Es cierto que dichas representaciones se utilizan sólo como incentivos, no como objetos de adoración. Pero esta distinción se pierde para el salvaje que encuentra estas formas de adoración demasiado análogas a las suyas propias como para que provoquen una gran violencia en sus sentimientos. Sólo necesita transferir su adoración a la imagen de Quetzalcóatl, la benevolente deidad que caminó entre ellos, a la de la Virgen Redentora, de la Cruz, a la que ha rendido culto como símbolo del dios de la lluvia, a la misma cruz como símbolo de salvación.

Estas solemnidades concluyeron y Cortés se preparó para retornar a sus barcos, satisfecho con la impresión causada a los recién convertidos, así como con las conquistas conseguidas para Castilla y la cristiandad. Los soldados, despidiéndose de sus amigos indios, subieron a los botes con las hojas de palma en las manos y, descendiendo el río, volvieron a embarcar a bordo de sus navíos, que estaban anclados en su desembocadura. Soplabla una brisa favorable y la pequeña armada, desplegando las velas para recibirla, se puso pronto de nuevo en camino hacia las doradas orillas de México.

Notas al pie

* En español en el original. (N. del T.)

⁶⁵ Véase *Apéndice*, parte 1, nota 27.

⁶⁶ *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 25, et seq. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 10, 15. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 115. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 4, cap. 6. Mártir, *De Insullis nuper inventis* (Colonia, 1547), p. 344.

Cuando estas páginas estaban pasando por la imprenta, aunque no más de dos años después de haberse escrito, aparecieron los importantes e interesantes volúmenes de Mr. Stephens, que contenían el relato de la segunda expedición al Yucatán. En la última parte del trabajo describe su visita a Cozumel, ahora una isla desierta cubierta con bosques impenetrables. Cerca de la orilla vio los restos de las antiguas estructuras indias, que piensa pudieron ser los mismos que contemplaron Grijalva y Cortés y que le sugieren algunas deducciones interesantes. Reflexiona más profundamente sobre la existencia de la cruz como objeto de adoración entre los isleños [*Incidents of Travel in Yucatán* (Nueva York, 1843), vol. II, cap. 20]. Como la discusión sobre estos temas me llevaría demasiado lejos del curso de la narración, volveré sobre ello más adelante, cuando hable sobre los restos arquitectónicos del país.

⁶⁷ Véase el boceto biográfico del buen obispo Las Casas, el «protector de los indios», en el epílogo al final de este libro.

⁶⁸ «Fuese que el Demonio se les aparecía como es, y dejaba en su imaginación aquellas especies; con que sería primorosa imitación del artífice la fealdad del simulacro», Solís, *Conquista*, p. 39.

⁶⁹ *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 13. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 4, cap. 7. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 78.

Las Casas, cuyas iluminadas opiniones sobre la religión harían honor a esta época, insiste en la futilidad de estas conversiones forzadas, en las que se propone apartar a los hombres en unos pocos días de la idolatría que se les ha enseñado a reverenciar desde la cuna. «La única manera de conseguirlo», dice, «es mediante larga, asidua e incondicional predicación, hasta que el pagano reúna algunas ideas de la verdadera naturaleza de la deidad y de las doctrinas que va a abrazar. Sobre todo las vidas de los cristianos deben ser tales que ejemplifiquen la verdad de estas doctrinas de tal modo, que al ver esto los pobres indios puedan glorificar al padre y reconocerle, a él que tiene tales adoradores, como dios verdadero y único».

⁷⁰ «Muy gran misterio y milagro de Dios», *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

⁷¹ Fueron enumeradas por Herrera con un detalle que merece al menos el mérito de dar una noción mucho más alta de la virtud de Aguilar que las insulsas

generalidades del texto (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 4, caps. 6-8). La historia es bellamente relatada por Washington Irving, *Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus* (Londres, 1883), p. 263, *et seq.*

⁷² Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Oviedo, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 33, cap. 1. Mártir, *De Insulis*, p. 347. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 29. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, caps. 115, 116.

⁷³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 31. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 18. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 118. Mártir, *De Insulis*, p. 348.

Hay algunas discrepancias entre las afirmaciones de Bernal Díaz y la Carta de Vera Cruz, dos partes que estaban presentes.

⁷⁴ *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 31.

⁷⁵ «Véase», exclama el obispo de Chiapas en su cáustico tono, «lo razonable de “esta petición” o para hablar más correctamente, la locura e insensibilidad del Consejo Real, que encontraba en la negación de los indios a recibirlos un buen pretexto para la guerra» (*Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 118). En otro pasaje lanza una animada invectiva contra la iniquidad de aquellos que ocultaron estas hostilidades bajo esta vacía forma de palabras, cuyo significado era completamente incomprensible para los bárbaros (*ibid.*, lib. 3, cap. 57). La famosa fórmula usada por los conquistadores españoles en esta ocasión fue redactada por el doctor Palacios Reubios, hombre de letras y miembro del Consejo Real. «Pero me río de él y de sus cartas», exclama Oviedo, «si pensaba que los iletrados indios podían comprender una sola palabra de ellas» (*Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 29, cap. 7). El Manifiesto habitual *requirimiento*, se puede encontrar traducido en las últimas páginas del *Voyages of the Companions of Columbus* de Irving.

⁷⁶ «Halláronlas llenas de maiz é gallinas y otros vestimentos, oro ninguno, de lo que ellos no recibieron mucho plazer», *Hist. de las Ind.*, manuscrito, *ubi supra*.

⁷⁷ Pedro Mártir hace una brillante descripción de esta capital india. «Ad Fluminis ripan protetum dicunt esse oppidum, quantum non ausim dicere: mille quingentorum passuum, ait Alaminus nauclerus, et domorum quinque ac viginti millium: stringunt alij, ingens tamen fatentur et celebre. Hortis intersecantur domus, quæ sunt egregiè lapidibus et calce fabrefactæ, maximâ industriâ et architectorum arte » (*De Insulis*, p. 349). Con su habitual espíritu inquisidor, recabó todos los detalles del viejo piloto Alaminos y de los dos oficiales de Cortés que visitaron España en el curso de ese año. Tabasco estaba cerca de esas ciudades en ruinas del Yucatán, que últimamente han sido el centro de tanta especulación. Los elogios de Mártir no son tan notables como la apatía de los otros cronistas contemporáneos.

⁷⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 31, 32. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 18. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, caps. 118, 119. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca* manuscrito, caps. 78, 79.

⁷⁹ Según Solís, quien cita el discurso de Cortés en esta ocasión, convocó un consejo de sus capitanes para que le aconsejaran sobre el camino que tenía que seguir (*Conquista*, cap. 19). Es posible, pero no encuentro ninguna garantía de ello en ningún sitio.

⁸⁰ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 119. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 10, 20. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 4, cap. II. Mártir, *De Insulis*, p. 350. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 79. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 33, 36. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

⁸¹ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 79.

«Cortés supuso que era su propio santo patrón, San Pedro», dicen Pizarro y Orellana, «pero la opinión indudable y general es que era el glorioso apóstol Santiago, el baluarte y salvaguarda de nuestra nación» (*Varones Ilustres del Nuevo Mundo*, p. 73). «Como pecador que soy», exclama el honesto Bernal Díaz, en un tono más escéptico, «no me fue permitido ver a ninguno de los dos apóstoles en esta ocasión», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 34.

⁸² Es la misma orden, como recordará el lector, que dio César a sus seguidores en su batalla con Pompeyo:

«Adversosque jubet ferror confundere vultus.»

LUCAN, *Pharsalia*, lib. 7, v. 575.

⁸³ «Equites», dice Paolo Giovio, «unum integrum Centaurorum specie animal esse existimarent», *Elogia Virorum Illustrium* (Basilea, 1696), lib. 6, p. 229.

⁸⁴ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. II.

⁸⁵ «Crean Vras. Reales Altezas por cierto, que esta batalla fué vencida mas por voluntad de Dios que por nras. Fuerzas, porque para con quarenta mil hombres de guerra, poca defensa fueran quatrocientos que nosotros eramos» (*Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 20. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 35). Es Las Casas el que, regulando sus matemáticas como de costumbre por sus sentimientos, calcula las pérdidas indias en la exorbitante cantidad citada en el texto. «Esta», concluye secamente, «fue la primera predicación del Evangelio de Cortés en Nueva España!», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 119.

⁸⁶ Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 21, 22. *Carta de Vera Cruz*,

manuscrito. Mártir, *De Insulis*, p. 351. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, *ubi supra*.

Capítulo V

Viaje por la costa. Doña Marina. Los españoles toman tierra en México. Entrevista con los aztecas. 1519

La flota mantuvo su curso tan cerca de la orilla que se podía ver a los habitantes y, a medida que recorrían los curvados límites del golfo, los soldados que habían estado en la anterior expedición con Grijalva mostraron a sus compañeros los puntos memorables en la costa. Aquí se encontraba el *Río de Alvarado*, nombrado así en honor al valiente aventurero que también estaba presente en esta expedición, allí el *Río de Vanderas*, en el que Grijalva había realizado un comercio tan lucrativo con los mexicanos y más allá la *isla de los Sacrificios*, donde los españoles vieron por primera vez los vestigios de sacrificios humanos en la costa. Puertocarrero, al escuchar estos recuerdos de los marineros, repitió las palabras de la vieja balada de Montesinos, «Aquí está Francia, allí está París y allí las aguas del Duero»⁸⁷, etc. «Pero os aviso», añadió volviéndose hacia Cortés, «que busquéis sólo las tierras ricas y la mejor manera de gobernarlas». «No temas», respondió su comandante, «si la fortuna me sonrío como le hizo a Orlando y tengo hombres tan gallardos como vosotros compañeros míos, me entenderé muy bien»⁸⁸.

La flota había llegado de San Juan de Ulúa, una isla así llamada por Grijalva. El clima era templado y sereno y muchedumbres de nativos se habían reunido en la orilla del lado del continente para contemplar el extraño fenómeno, a medida que los navíos se deslizaban a medio trapo sobre la

suave superficie de las aguas. Era la tarde del martes de la semana de pasión. Soplaban una agradable brisa de la orilla y Cortés, gustándole el lugar, pensó que podría anclar seguro al abrigo de la isla, que le protegería de los *nortes** que barrían estos mares con fatal violencia en invierno, y algunas veces a finales de primavera.

No llevaban los barcos mucho tiempo anclados cuando una piragua ligera, llena de nativos, partió del cercano continente y se dirigió hacia el barco del general, que se distinguía por el emblema real de Castilla ondeando en el mástil. Los indios subieron a bordo con manifiesta confianza, inspirados por los relatos que sus compatriotas, que habían comerciado con Grijalva, habían propagado sobre los españoles. Traían regalos de fruta y flores y pequeños ornamentos de oro que alegremente intercambiaron por las habituales baratijas. Cortés quedó frustrado en sus intentos de establecer una conversación con sus visitantes a través del intérprete, Aguilar, que no conocía la lengua, ya que los dialectos mayas que él hablaba tenían poca similitud con el azteca. Los nativos suplieron esta deficiencia hasta donde fue posible por la vivacidad y la expresividad poco común de sus gestos (los jeroglíficos del habla), pero el comandante español vio con disgusto las dificultades que encontraría en el futuro por carecer de un medio más perfecto de comunicación⁸⁹. Estando en este dilema, se le informó que una de las esclavas que les habían entregado los jefes tabasqueños era nativa de México y entendía su lengua. Su nombre (el que le habían dado los españoles) era Marina y ya que influiría enormemente en sus destinos es necesario dar a conocer al lector algo de su carácter e historia.

Había nacido en Painalla, en la provincia de Coatzacoalcos, en el límite sudeste del imperio mexicano. Su padre, un cacique rico y poderoso, murió cuando era muy

joven. Su madre, habiéndose casado de nuevo y habiendo tenido un hijo, concibió la infame idea de asegurar el derecho de sucesión de Marina para el hijo de su segunda unión. Consecuentemente fingió que ésta estaba muerta, pero en secreto la puso en manos de unos comerciantes itinerantes de Xicallanco. Al mismo tiempo se aprovechó de la muerte del hijo de unos esclavos para sustituir el cuerpo de su propia hija y celebrar las exequias con fingida solemnidad. Estos detalles los relata el honesto y viejo soldado Bernal Díaz, que conoció a la madre y presencié el generoso trato que le brindó Marina posteriormente. Los mercaderes vendieron de nuevo la doncella india al cacique de Tabasco, quien se la entregó, como hemos visto, a los españoles.

Por su lugar de nacimiento conocía bien la lengua mexicana, que según se dice hablaba con gran elegancia. Su estancia en Tabasco la había familiarizado con los dialectos de ese país, de tal manera que podía mantener una conversación con Aguilar, quien posteriormente la vertía al castellano. De esta manera a Cortés se le abrió un camino un tanto tortuoso para comunicarse con los aztecas, un hecho de la mayor importancia para el éxito de su empresa. No pasó mucho tiempo sin embargo antes de que Marina, que tenía un vivo ingenio, dominara de tal manera el castellano que no necesitara la ayuda de ningún otro lingüista. La aprendió más rápido, ya que para ella era la lengua del amor.

Cortés, que apreció el valor de sus servicios desde el primer momento, la convirtió en su intérprete, después en su secretaria y, vencido por sus encantos, en su amante. Tuvo con ella un hijo, don Martín Cortés, *commendador*^{*}, de la orden militar de Santiago, menos destacado por su nacimiento que por sus inmerecidas persecuciones.

Marina se encontraba entonces en los albores de la vida. Se decía que poseía unos encantos personales poco

comunes⁹⁰ y sus rasgos francos y expresivos indicaban un temperamento generoso. Siempre se mantuvo fiel a sus compatriotas de adopción, y su conocimiento de la lengua y de las costumbres mexicanas y a menudo de sus dibujos le permitieron sacar a los españoles, en más de una ocasión, de las situaciones más engorrosas y peligrosas. Tuvo sus errores, como ya hemos visto, pero éstos deberían más bien achacarse a los defectos de su primera educación y a la diabólica influencia de aquel al que en la oscuridad de su espíritu ella miraba con sencilla confianza buscando la luz que le guiara. Todos coinciden que estaba llena de excelentes cualidades y los importantes servicios que prestó a los españoles han hecho que su recuerdo sea merecidamente querido para éstos. Al mismo tiempo, el nombre de Malinche, por el que todavía se la conoce en México, era pronunciado con amabilidad por las razas conquistadas, por cuyo destino mostró siempre una compasión inalterable⁹¹.

Con la ayuda de estos dos inteligentes intérpretes, Cortés entabló conversación con sus visitantes indios. Supo que eran mexicanos, o mejor dicho, súbditos del gran imperio mexicano, del que su propia provincia era una de las conquistas comparativamente más recientes. Su país estaba gobernado por un poderoso monarca llamado Moctheuzoma, generalmente conocido para los europeos como Montezuma⁹², que habitaba en las planicies montañosas del interior, a casi setenta leguas de la costa, su provincia estaba gobernada por uno de sus nobles, llamado Teuhtlile*, cuya residencia se encontraba a ocho leguas de distancia. Cortés a su vez les dio a conocer las amigables intenciones por las que visitaba su país y su deseo de entrevistarse con el gobernador azteca. Después los despidió cargados de regalos, habiéndose asegurado antes de que había abundancia de oro en el interior, del mismo tipo que los

ejemplares que le habían traído.

Cortés, encantado por las maneras de la gente y los importantes informes del país, decidió establecer su cuartel general en este lugar a partir de ese momento. La siguiente mañana, el 21 de abril, que era viernes santo, tomó tierra con todas sus fuerzas en el mismo sitio donde ahora se levanta Vera Cruz. Difícilmente podía imaginar el conquistador que la desolada playa en la que puso pie por primera vez estaría un día cubierta por una floreciente ciudad, el gran mercado del comercio europeo y oriental, la capital comercial de Nueva España⁹³.

Era una explanada ancha y nivelada, excepto allí donde la arena se había amontonado en colinas a causa del viento del *norte*. En estas colinas arenosas montó su pequeña batería de cañones, para conseguir el control de la región. Después puso a las tropas a cortar pequeños árboles y arbustos que crecían cerca para proporcionar un refugio de las inclemencias. En esta tarea colaboró la gente del país, enviada, según parece, por el gobernador del distrito para ayudar a los españoles. Con su ayuda se clavaron firmemente estacas en la arena que se cubrieron de ramas y alfombras de algodón, que los amigables nativos traían consigo. De esta manera consiguieron en un par de días una buena defensa contra los abrasadores rayos del sol, que golpeaban con intolerable fiereza sobre la arena. El lugar estaba rodeado por pantanos estancados, cuyas exhalaciones avivadas por el calor y convertidas en malaria han ocasionado últimamente una mortalidad más amplia entre los europeos que todos los huracanes en la costa. Los problemas biliosos, hoy en día el terrible azote de *tierra caliente*^{*}, eran poco conocidos antes de la conquista. Las semillas del veneno parecen haber sido esparcidas por la mano de la civilización, ya que basta sólo con fundar una ciudad y reunir en un mismo lugar a una laboriosa población

de europeos para atraer la maldad de la ponzoña que hasta entonces acechaba inocua en la atmósfera⁹⁴.

Mientras estaban en marcha estos preparativos, los nativos acudieron desde el distrito vecino en el interior, que era bastante populoso, atraídos en gran número por la natural curiosidad de ver a los maravillosos extranjeros. Trajeron con ellos frutas y verduras, flores en abundancia, caza y muchos platos cocinados a la manera del país junto con pequeños artículos de oro y otros ornamentos. Les dieron algunos como regalos y cambiaron otros por las mercaderías de los españoles, de tal manera que el campamento, abarrotado con una variopinta muchedumbre de todas las edades y sexos, tenía el aspecto de una feria. Por medio de algunos de los visitantes supo Cortés la intención del gobernador de recibirle el día siguiente.

Este era el domingo de pascua. Teuhtlile llegó, como había anunciado, antes del mediodía. Iba acompañado de un cortejo muy numeroso y fue recibido por Cortés, que le condujo con gran ceremonia a su tienda, donde se encontraban reunidos sus principales oficiales. El jefe azteca devolvió los saludos con cortesía, aunque con cierta formalidad. El padre Olmedo celebró una misa y Teuhtlile y sus ayudantes escucharon el servicio con amable veneración. Posteriormente se sirvió una colación en la que el general agasajó a sus invitados con vinos y dulces españoles. Se introdujo entonces a los intérpretes y comenzó la conversación entre las partes.

Las primeras preguntas de Teuhtlile fueron sobre el país de los extranjeros y el propósito de su visita. Cortés le contó que «él era el súbdito de un poderoso monarca más allá de los mares, que gobernaba sobre un inmenso imperio y tenía reyes y príncipes como vasallos, que habiendo oído sobre la grandeza del emperador mexicano, su señor, había deseado ponerse con contacto con él y le había ordenado que fuera

como enviado suyo para visitar a Montezuma y presentarle un regalo en señal de buena fe y un mensaje que debería entregarle en persona». Terminó preguntando a Teuhtlile cuándo podría ser recibido a presencia del soberano.

A esto el noble azteca respondió con cierta altanería: «¿Cómo es que estando aquí sólo dos días exiges ver al emperador?». Después añadió con más cortesía que «estaba sorprendido de saber que había otro monarca tan poderoso como Montezuma, pero que si así era, no tenía duda de que su señor estaría contento de comunicarse con él. Enviaría a sus correos con el regalo real que había traído el comandante español y en cuanto supiera la voluntad de Montezuma se la comunicaría».

Teuhtlile ordenó a sus esclavos que trajeran el regalo para el general español. Constaba de diez cargas de algodón fino, varios mantos de ese curioso trabajo de plumas cuyos tonos ricos y delicados podían competir con las pinturas más bellas y una cesta de mimbre llena de adornos de oro labrado, todo pensado para provocar en los españoles grandes ideas sobre la riqueza y el ingenio mecánico de los mexicanos.

Cortés recibió estos regalos con el reconocimiento debido y ordenó a sus propios ayudantes que presentaran ante el jefe los artículos pensados para Montezuma. Estos eran un sillón ricamente labrado y pintado, un capote de tela carmesí con un medallón de oro estampado con San Jorge y el dragón y un número de collares, brazaletes y otros adornos de cristal tallado, que en un país donde no se conocía el cristal podían tener el valor de gemas verdaderas y sin duda pasaron por tales para los inexpertos mexicanos. Teuhtlile observó a un soldado en el campamento con un brillante casco dorado sobre su cabeza que dijo le recordaba al que llevaba el dios Quetzalcóatl en México y mostró su deseo de que Montezuma lo viera. La llegada de los españoles, como

podrá ver pronto el lector, se asoció con algunas tradiciones de esta misma deidad. Cortés expresó su buena disposición para que se enviara el casco al emperador, insinuando la esperanza de que se le devolviera repleto del polvo de oro del país, para que pudiera ¡comparar su calidad con el de su propio país! Le dijo al gobernador, según nos cuenta su capellán, «¡que los españoles estaban aquejados de un mal del corazón para el que el oro era un remedio específico!»⁹⁵. «En resumen», dice Las Casas, «se las ideó para dejar muy claro al gobernador su deseo de oro»⁹⁶.

Mientras que sucedía todo esto, Cortés observó a uno de los ayudantes de Teuhtlile ocupado con un lápiz, aparentemente delineando algún objeto. Al mirar su trabajo se dio cuenta que se trataba de un boceto en lienzo de los españoles, sus trajes, sus armas y en resumidas cuentas los diferentes objetos de interés, dándole a cada uno su color y forma apropiados. Se trataba de la célebre escritura pictórica de los aztecas y, según le informó Teuhtlile, este hombre estaba encargado de retratar los diferentes objetos para la vista de Montezuma, que de este modo se haría una idea más real de su apariencia que con cualquier descripción con palabras. A Cortés le gustó la idea y, como sabía lo mucho que se ampliaba el efecto al convertir la naturaleza muerta en activa, ordenó a la caballería que formara en la playa, cuyas arenas húmedas proporcionaban un apoyo firme para los caballos. Los briosos y rápidos movimientos de las tropas mientras realizaban sus ejercicios militares, la aparente facilidad con que manejaban a los fieros animales sobre los que montaban, el brillo de sus armas y el estridente sonido de la trompeta llenaron a los espectadores de asombro, pero cuando escucharon el tronar del cañón, que Cortés ordenó disparar al mismo tiempo, y presenciaron las volutas de humo y llamas que salían de estos terribles inventos y el silbante sonido de las balas estrellándose contra los árboles

del bosque vecino, destrozando las ramas en pedazos, se llenaron de una consternación de la que el mismo jefe azteca no quedó exento.

Los pintores no perdieron detalle de todo esto y registraron fielmente con su estilo todos los detalles, sin omitir los barcos, «las casas del agua» (como las llamaban) de los extranjeros que con sus oscuros cascos y sus velas blancas reflejadas en el agua se balanceaban perezosamente ancladas en el tranquilo seno de la bahía. Todo fue retratado con una fidelidad que provocó a su vez la admiración de los españoles, quienes, sin duda, al no estar preparados para esta demostración de habilidad, sobreestimaron enormemente los méritos de esta ejecución.

Después de terminar todos estos asuntos, Teuhtlile se retiró con sus ayudantes de las habitaciones de los españoles con la misma ceremonia con la que había entrado, dando órdenes a su gente de que proveyera a las tropas con provisiones y otros artículos requeridos para su acomodo, hasta próxima orden de la capital⁹⁷.

Notas al pie

* En español en el original. (N. del T.)

⁸⁷ «Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero
Do van á dar en la mar.»

Son palabras de una antigua balada popular, publicada por primera vez en el Romancero de Amberes y posteriormente por Durán, *Romances Caballerescos é Históricos*, parte I, p. 82.

⁸⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 37.

* En español en el original. (N. del T.)

⁸⁹ Las Casas señala que la expresividad de los gestos indios implica una mayor imaginación. «Señas é meneos con que los Yndios mucho mas que otras generaciones entienden y se dan á entender, por tener muy vivos los sentidos exteriores y tambien los interiores, mayormente ques admirable su imaginación», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120.

⁹⁰ «Hermosa como Diosa», dice Camargo de ella (*Historia de Tlaxcala*, manuscrito). Un poeta moderno dedica a sus encantos el siguiente tributo nada despreciable:

«Admira tan lúcida cabalgada
Y espectáculo tal Doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina.

* * *

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo;
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo,
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en ayroso nudo;
Reyna parece de la Indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.»
Moratín, *Las Naves de Cortés Destruídas*.

* También conocido como Teudile. (N. del T.)

⁹¹ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 25, 26. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, pp. 12-14. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*. Ixtlixochitl, *Historia Chichimeca*, manuscrito, cap. 79. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 37, 38.

Hay algún desacuerdo en las informaciones sobre los primeros años de la vida de Marina. He seguido a Bernal Díaz, que por sus medios de observación es la mejor autoridad. Felizmente no hay diferencia en la estimación de sus singulares méritos y servicios.

⁹² El nombre del monarca azteca, como los de la mayoría de personas y lugares en Nueva España, ha sido deformado en todas las variedades posibles de la ortografía. Los historiadores modernos españoles normalmente le llaman Montezuma. Pero, como no hay razón para suponer que esto es correcto, he preferido remitirme al nombre por el que se le conoce comúnmente entre los lectores ingleses. Es el adoptado por Bernal Díaz y por ningún otro contemporáneo hasta donde yo sé.

⁹³ Ixtlixochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 79. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 16.

Nueva Vera Cruz, como se llama la ciudad actual, es distinta, como veremos más adelante, de la que fundó Cortés, y no fue fundada hasta finales del siglo dieciséis por el conde de Monterrey, virrey de México. Recibió sus privilegios de Felipe III en 1615. *Ibid.*, tom. III, p. 30, nota.

* En español en el original. (N. del T.)

⁹⁴ M. de Humboldt muestra que la epidemia de la *matlazahuatl*, tan terrible para los aztecas, es esencialmente diferente de la del *vómito*, o fiebre biliosa de nuestros días. La verdad es que los primeros conquistadores y colonizadores no observaron esta enfermedad y Clavijero afirma que no era conocida en México hasta 1725 (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 117, nota). Humboldt, sin embargo, argumentando que las mismas causas físicas deberían producir resultados similares, lleva la enfermedad hasta una antigüedad mucho mayor, para lo que percibe algunos vestigios tradicionales e históricos. «Il ne faut pas confondre l'époque», observa con su habitual perspicacia, «á l'aquelle une maladie a été décrite pour la première fois, parce qu'elle a fait de grands ravages dans un court espace de temps, avec l'époque de sa première apparition», *Essai Politique*, tom. IV, p. 161, *et seq.*, y 179.

⁹⁵ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 26.

⁹⁶ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 119.

⁹⁷ Ixtlixochitl, *Relaciones*, manuscrito, n.º 13. *Idem*, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 79. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 25, 26.

Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 38.
Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 4. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, caps. 13-15.
Tezozomoc, *Crón. Mexicana*, manuscrito, cap. 107.

Capítulo VI

Consideraciones sobre Montezuma. Situación de su imperio. Extraños pronósticos. Embajada y presentes. Campamento español. 1519

Abandonamos el campamento español en *tierra caliente** y nos transportamos a la distante capital de México, donde la llegada a la costa de los maravillosos extranjeros había despertado una enorme sensación. El trono azteca estaba ocupado en ese momento por Montezuma segundo, sobrino del último monarca y nieto del precedente. Había sido elegido para la dignidad real en 1502 en detrimento de sus hermanos por su superior preparación, tanto como soldado como sacerdote, una combinación de oficios que se encuentra de vez en cuando en los candidatos mexicanos, como lo era también, y aún con más frecuencia, entre los egipcios. En su primera juventud había participado activamente en las guerras del imperio, aunque posteriormente se había dedicado casi en exclusividad a los servicios del templo, siendo escrupuloso a la hora de atender el pesado ceremonial del culto azteca. Mantenía una actitud grave y reservada, hablando poco y con prudente deliberación. Su conducta estaba bien calculada para inspirar la idea de una santidad superior⁹⁸.

Cuando se le comunicó su elección, se encontraba limpiando las escaleras del gran templo del dios nacional de la guerra. Recibió a los mensajeros con la humildad apropiada, manifestando su incapacidad para un puesto de tanta responsabilidad. Su pariente Nezauhalpilli, el sabio rey

de Texcoco, fue el que en esta ocasión pronunció el discurso que se hacía habitualmente en estas ocasiones⁹⁹. Afortunadamente, se ha conservado y ofrece un buen ejemplo de la elocuencia india. Cerca del final, el orador exclama: «¿Quién puede dudar que el imperio azteca ha alcanzado la cima de su grandeza, si el Todopoderoso ha colocado en su trono a alguien cuya sola presencia llena de veneración a todo aquel que le observe? Regocijaos, pueblo alegre, de que tenéis ahora un soberano que será para vosotros una firme columna de apoyo, un padre en la angustia, más que un hermano en la ternura y en la compasión, uno cuyo elevado espíritu desdeñará todos los placeres libertinos de los sentidos y la devastadora indulgencia de la pereza. Y por eso, ilustre joven, no dudes que el Creador, que ha depositado sobre ti una carga tan pesada, también te dará la fuerza para soportarla, que Él, tan generoso en el pasado, derramará bendiciones todavía más abundantes sobre tu cabeza y te mantendrá firme en tu asiento real durante muchos y gloriosos días». Estos dorados pronósticos, que deshicieron al oyente real en lágrimas, no estaban destinados a realizarse¹⁰⁰.

Montezuma desplegó toda la energía y toda la iniciativa que se le había predicho en los comienzos de su reinado. Su primera expedición contra una provincia rebelde en las cercanías fue coronada con el éxito y retornó triunfante con una multitud de cautivos para los sangrientos sacrificios que debían honrar su coronación, que se celebró con una pompa poco común. Los juegos y las ceremonias religiosas continuaron durante varios días y entre los espectadores que acudieron desde los rincones más distantes había algunos nobles tlaxcaltecas, los enemigos ancestrales de México. Iban disfrazados, con la esperanza de no ser descubiertos. Se les reconoció, sin embargo, y se informó al monarca. Pero éste tan sólo utilizó la información para ofrecerles una honrosa

recepción y un buen lugar para observar los juegos, lo que constituye un acto de magnanimidad, considerando la larga hostilidad mantenida entre sus naciones.

En sus primeros años, Montezuma estuvo constantemente involucrado en guerras y con frecuencia lideraba personalmente sus ejércitos. Los estandartes aztecas se vieron en las provincias más lejanas del golfo de México y en las distantes regiones de Nicaragua y Honduras. Las expediciones salían generalmente victoriosas y los límites del imperio se extendieron más lejos que en cualquier período precedente.

Mientras tanto el monarca no desatendía los asuntos internos del reino. Realizó algunos cambios importantes en los tribunales de justicia y vigilaba cuidadosamente el cumplimiento de las leyes, que aplicaba con dura severidad. Tenía por costumbre patrullar las calles de su capital disfrazado, para conocer personalmente los abusos en su aplicación. Y en una política más cuestionable, se dice que a veces probaba la integridad de sus jueces tentándoles con enormes sobornos para desviarles de su deber y después convocar a aquel que delinquía a rendir estrictas cuentas por ceder ante la tentación.

Recompensaba generosamente a todos los que servían. Mostraba un espíritu igualmente magnánimo en sus obras públicas, construyendo y embelleciendo los templos, trayendo agua a la capital con un nuevo canal y fundando un hospital o asilo para los soldados inválidos en la ciudad de Culhuacán¹⁰¹.

Estas acciones, tan dignas de un príncipe, se vieron contrapesadas por otras de distinto carácter. La humildad que mostró tan ostentosamente antes de su coronación dio paso a una intolerable arrogancia. Asumió una pompa desconocida por sus predecesores en sus casas de recreo, en su palacio y en su forma de vida. Se retiró de la vista del

pueblo o cuando salía a la calle exigía que se le rindiera un homenaje servil, mientras que en palacio era servido únicamente, incluso en los cargos más ínfimos, por personas de rango. Más aún, destituyó a varios plebeyos, principalmente soldados pobres con méritos, de los puestos que ocupaban cerca de su predecesor, al considerar su servicio como un deshonor a la realeza. En vano su consejero más antiguo y sabio protestó sobre una conducta tan poco diplomática.

Al mismo tiempo que disgustó a sus súbditos con su comportamiento altivo, alejó el afecto de los mismos estableciendo unos gravosos impuestos, que se hicieron necesarios a causa del fastuoso gasto de su Corte y que recaían con especial intensidad sobre las ciudades conquistadas. Esta opresión provocó insurrecciones y resistencias frecuentes y los últimos años de su reinado muestran un panorama de hostilidades continuas, en las que las fuerzas de una mitad del imperio se empleaban en sofocar las conmociones de la otra. Desgraciadamente, no había ningún principio de unidad por el que las nuevas adquisiciones pudieran incorporarse a la antigua monarquía como partes de un todo. Sus intereses, así como sus simpatías, eran diversos. De esta manera, cuanto más se extendía el imperio azteca más débil se hacía, asemejándose a un enorme y desproporcionado edificio cuyos deshilvanados materiales, al no tener ninguna amalgama y tambaleándose bajo su propio peso, parecía a punto de caer con la primera embestida de la tormenta.

En 1516 murió el rey texcocano Nezahualpilli, con quien Montezuma perdió a su más sagaz consejero. La sucesión se dirimió entre sus dos hijos, Cacama e Ixtlilxochitl. El primero de ellos estaba apoyado por Montezuma. El segundo, el más joven de los príncipes, valeroso y ambicioso, apelando al sentimiento patriótico de su nación,

quería convencerlos de que su hermano estaba demasiado influido por los intereses mexicanos para ser fiel a su país. Como consecuencia se desató una guerra civil que terminó con un compromiso por el que una mitad del reino con la capital quedó en manos de Cacama, siendo la parte norte para su ambicioso rival, Ixtlilxochitl, quien con el tiempo se convirtió en enemigo mortal de Montezuma¹⁰².

La pequeña república de Tlaxcala, que se extendía a medio camino entre el valle de México y la costa, constituía un enemigo todavía más formidable. Había mantenido su independencia durante más de dos siglos contra las fuerzas aliadas del imperio. Sus recursos estaban intactos, su civilización era apenas menor que sus grandes estados rivales y gracias al coraje y a las habilidades militares se había creado un nombre que no quedaba por debajo de ninguna de las naciones del Anáhuac.

Tal era el estado de la monarquía azteca a la llegada de Cortés, la gente disgustada con la arrogancia de su soberano, las provincias y las ciudades distantes indignadas con las exacciones fiscales, mientras que poderosos enemigos en la vecindad mantenían la guardia esperando el momento en que pudieran saltar sobre su formidable rival con posibilidades. Aun así, el reino era fuerte en recursos internos, en la voluntad de su monarca, en la larga y acostumbrada deferencia a su autoridad, en pocas palabras, en el terror de su nombre y en el valor y en la disciplina de sus ejércitos, que tenía amplia experiencia en el servicio activo y que estaba bien instruido en todas las tácticas castrenses indias. Había llegado el momento de que las tácticas imperfectas y las toscas armas de los bárbaros se enfrentaran con la ciencia y la ingeniería de las naciones más civilizadas del globo.

Durante los últimos años de su reinado, Montezuma había participado muy poco en las expediciones militares, que

cedía a sus capitanes, ocupándose principalmente de sus funciones sacerdotales. Bajo ningún otro príncipe había disfrutado el sacerdocio de mayor consideración e inmunidad. Las fiestas y ritos religiosos se celebraban con una pompa sin precedentes. Se consultaba a los oráculos en las ocasiones más triviales y se abastecía a las sanguinarias deidades de holocaustos de víctimas que eran arrastradas triunfalmente a la capital, desde las provincias conquistadas y rebeldes. La religión, o para hablar más correctamente, la superstición de Montezuma, demostró ser una de las causas principales de sus calamidades.

En un capítulo anterior he señalado las tradiciones populares con respecto a Quetzalcóatl, aquella deidad de tez clara y bien barbada, tan distinta de la fisonomía india, quien, después de completar su misión de benevolencia entre los aztecas, se embarcó en el mar Atlántico hacia las misteriosas costas de Tlapallan¹⁰³. Al partir, prometió volver en el futuro con su descendencia y reanudar la posesión de su imperio. Se aguardaba ese día con esperanza o con aprensión, según los intereses del creyente, pero con gran certidumbre a lo largo de las anchas fronteras del Anáhuac. Incluso después de la conquista se mantuvo entre las razas indias, quienes lo valoraban enormemente, como el advenimiento del rey Sebastián entre los portugueses o el del Mesías entre los judíos¹⁰⁴.

Parece que se imponía un sentimiento general en tiempos de Montezuma de que la hora del retorno de la deidad y el cumplimiento de su promesa estaba cerca. Se dice que esta convicción ganó terreno con varios hechos sobrenaturales, relatados, con más o menos detalle, por prácticamente todos los historiadores antiguos¹⁰⁵. En 1510, el gran lago de Texcoco, sin tempestad o terremoto ni ninguna otra causa visible, se agitó violentamente, se desbordó y, derramándose por las calles de México, arrasó muchos edificios con la furia

de sus aguas. En 1511, una de las torretas del gran templo se prendió fuego, igualmente sin causa aparente, y continuó ardiendo a pesar de todos los intentos por apagarla. En los años siguientes se vieron tres cometas y poco antes de la llegada de los españoles surgió una extraña luz en el este. Se esparcía por el horizonte con una ancha base y ascendía en forma piramidal estrechándose a medida que llegaba al cenit. Parecía una enorme hoja o avalancha de fuego que despedía chispas o, como lo expresa un antiguo escritor, «parecía que estaba espesamente espolvoreada de estrellas»¹⁰⁶. Al mismo tiempo se oían tenues voces en el aire y lúgubres lamentos como anunciando una extraña y misteriosa calamidad. El monarca azteca, aterrorizado por las apariciones en los cielos, pidió consejo a Nezahualpilli, maestro en la sutil ciencia de la astrología. Pero el real sabio arrojó una nube más densa sobre su espíritu, leyendo en estos prodigios la pronta caída del imperio¹⁰⁷.

Tales son las extrañas historias remitidas por los cronistas en las que no es imposible detectar gérmenes de la verdad¹⁰⁸. Habían pasado casi treinta años desde el descubrimiento de las islas por parte de Colón y más de veinte desde su visita al continente americano. Los rumores más o menos claros de la maravillosa apariencia de los hombres blancos, que llevaban en sus manos el trueno y el rayo, tan parecidos en muchas cosas a las tradiciones de Quetzalcóatl, se extenderían naturalmente a lo largo y a lo ancho de las naciones indias. Estos rumores, sin duda, encontraron su camino hasta la gran planicie, mucho antes del desembarco de los españoles en México, llenando las mentes de los hombres con expectativas de la pronta llegada de un período en el que la gran deidad volvería y tomaría de nuevo lo que era suyo.

En el excitado estado de su imaginación, los prodigios se convirtieron en un hecho familiar. O más bien, hechos no muy comunes por sí mismos, vistos a través del descolorido

crystal del miedo, se magnificaban con facilidad convertidos en prodigios y la crecida accidental del lago, la aparición de un cometa y el incendio de un edificio se interpretaban como augurios especiales del cielo¹⁰⁹. Eso es lo que sucede en esas grandes convulsiones políticas que sacuden los cimientos de la sociedad, los imponentes acontecimientos que proyectan su sombra antes de llegar. Es en estos momentos cuando la atmósfera se agita con suaves murmullos proféticos con los que la naturaleza, tanto en el mundo moral como en el físico, anuncia la llegada de un huracán:

«when from the shores
and forest-rustling mountains comes a voice,
that, solemn sounding, bids the world prepare!»

El año anterior, cuando trajeron noticias a la capital del desembarco de Grijalva en la costa, el corazón de Montezuma se llenó de consternación. Sintió como si el destino que tanto tiempo había pendido sobre la línea real de México fuera a realizarse y el cetro abandonaría su casa para siempre. Aunque algo aliviado por la partida de los españoles, ordenó que se establecieran centinelas en las alturas y cuando los europeos volvieron bajo Cortés recibió sin duda inmediata notificación del inoportuno acontecimiento. Sin embargo, la recepción tan hospitalaria que había preparado para ellos el gobernador de la provincia se debió a una orden suya. El informe jeroglífico de estos extraños visitantes, enviado ahora a la capital, reavivó todos sus temores. Convocó sin demora a sus principales consejeros, incluyendo a los reyes de Texcoco y Tlacopán y les expuso el asunto¹¹⁰.

Al parecer, en la reunión se produjo mucha división de opiniones. Algunos proponían oponer una resistencia inmediata a los extranjeros, mediante engaño o directamente

por la fuerza. Otros sostenían que si eran seres sobrenaturales, tanto el engaño como la fuerza serían igualmente inútiles. Si, como pretendían, eran embajadores de un príncipe extranjero, esa política sería cobarde e injusta. Que no era de la familia de Quetzalcóatl se podía deducir por el hecho de que se habían mostrado hostiles a su religión, ya que, al parecer, las noticias del comportamiento de los españoles en Tabasco habían llegado ya a la capital. Entre los que estaban a favor de darles una recepción amistosa y honrosa estaba el rey texcocano Cacama.

Pero Montezuma, dejándose aconsejar por unos temores poco definidos, prefirió un camino intermedio, que, como sucede siempre, era el menos político. Decidió enviar una embajada a los españoles con un regalo tan magnífico como para impresionarles con su grandeza y sus recursos, mientras que al mismo tiempo prohibiría su acercamiento a la capital. Esto revelaría al mismo tiempo su riqueza y su debilidad¹¹¹.

Mientras que la Corte azteca se encontraba así de agitada con la llegada de los españoles, éstos pasaban su tiempo en *tierra caliente*, un poco molestos por el calor excesivo y la sofocante atmósfera del arenoso desierto en el que acampaban. Experimentaron todos los alivios que se podían conseguir de las atenciones de los amistosos nativos. Éstos, por orden del gobernador, habían construido más de mil cabañas, tanto de ramas como de esteras, que ocupaban en las inmediaciones del campamento. Aquí preparaban diversos artículos de comida para la mesa de Cortés y de sus oficiales, sin ningún pago, mientras que los soldados comunes obtenían fácilmente las provisiones ellos mismos, cambiándolas por las bagatelas que habían traído para el trueque. De esta manera el campamento estaba generosamente provisto de carne y pescado aderezado de muchas maneras sabrosas, con tartas de maíz, bananas,

piñas y variedad de exquisitas verduras de los trópicos, hasta entonces desconocidas por los españoles. Los soldados se las ingeniaron además para conseguir de los nativos trozos de oro, de no mucho valor en realidad, un comercio que contrariaba mucho a los partidarios de Velázquez, que lo consideraban una invasión de sus derechos. Cortés, sin embargo, no consideró prudente en este caso obstaculizar las inclinaciones de sus seguidores¹¹².

Al pasar siete u ocho días como mucho, la embajada mexicana se presentó en el campamento. Parecería un espacio de tiempo increíblemente corto, considerando que la distancia hasta la capital era de cerca de setenta leguas. Pero debemos recordar que las noticias llegaban allí por correo, como ya se ha señalado, en el breve espacio de veinticuatro horas¹¹³, y cuatro o cinco días eran suficientes para que los enviados descendieran hasta la costa, acostumbrados como estaban los mexicanos a los viajes largos y rápidos. En cualquier caso, ningún escritor fija el tiempo que tardaron los emisarios indios en esta ocasión en más del tiempo mencionado.

La embajada, que constaba de dos nobles aztecas, iba acompañada por el gobernador Teuhtlile y por cien esclavos, que portaban los principescos regalos de Montezuma. Uno de los enviados había sido elegido por el gran parecido que, a juzgar por la representación pintada del campamento, tenía con el comandante español. Y es una prueba de la fidelidad de la pintura, que los soldados reconocieron el parecido y siempre distinguían al jefe por el nombre de «el Cortés Mexicano».

Al entrar en el pabellón del general, los embajadores le saludaron a él y a sus oficiales con los usuales gestos de reverencia para personas de gran consideración, tocando la tierra con sus manos y llevándoselas después a la cabeza, mientras el aire se llenaba de nubes de incienso que se

elevaban de los incensarios portados por sus ayudantes. Se desplegaron algunas esterillas del país delicadamente bordadas (*petates*) y sobre ellas los esclavos extendieron los diferentes artículos que habían traído, que eran de lo más variopinto: escudos, cascos y corazas repujadas con chapas y adornos de puro oro, collares y brazaletes del mismo metal, sandalias, abanicos, *panaches* y cimeras de variadas plumas, entremezcladas con hilo de oro y plata y cuajadas de perlas y piedras preciosas, imitaciones de pájaros y animales en oro y plata labrada y fundida, de exquisita artesanía, cortinas, cobertores y abrigos de algodón fino como la seda, de ricos y variados tonos entretejido con plumaje que rivalizaba con la delicadeza de la pintura¹¹⁴. Además, había más de treinta cargas de tela de algodón. Entre los artículos se encontraba el casco español enviado a la capital, que ahora volvía repleto hasta el borde con pepitas de oro. Pero lo que excitó más la admiración de los españoles fueron dos rodela circular de oro y plata, «tan grandes como ruedas de carreta». Una, que representaba al sol, estaba ricamente grabada con plantas y animales, sin duda señalando el siglo azteca. Tenía treinta palmos de circunferencia y estaba valorada en veinte mil *pesos de oro*^{*}. La rodela de plata, del mismo tamaño, pesaba cincuenta marks¹¹⁵.

Los españoles no pudieron ocultar su arrobamiento ante la exhibición de tesoros que superaban con mucho todos los sueños que se hubieran permitido, ya que, pese a la riqueza de los materiales, éstos quedaron sobrepasados (según el testimonio de aquellos que vieron los objetos posteriormente en Sevilla donde pudieron examinarse más fríamente) por la belleza y riqueza de su manufactura¹¹⁶.

Cuando Cortés y sus oficiales completaron el reconocimiento, los embajadores rindiendo pleitesía entregaron el mensaje de Montezuma: «Le daba gran placer a su señor», dijeron, «mantener esta comunicación con un

monarca tan poderoso como el rey de España, por el que sentía el más profundo respeto. Lamentaba mucho no poder disfrutar de una entrevista con los españoles, pero la distancia de su capital era demasiado grande, ya que el camino estaba lleno de dificultades y con demasiados peligros de formidables enemigos para hacerlo posible. Todo lo que se podía hacer, por tanto, era que los extranjeros volvieran a su propia tierra con las pruebas que se les habían entregado de su amistosa disposición».

Cortés, aunque muy contrariado por esta contundente negativa de Montezuma a admitir su visita, ocultó su mortificación lo mejor que pudo y educadamente expresó su opinión sobre la magnificencia del emperador. «Sólo le hacía más deseoso», dijo, «de mantener una entrevista con él. Sentía que era imposible presentarse ante su soberano sin haber realizado este gran objetivo de su viaje, y alguien que ha cruzado más de dos mil leguas de océano tenía en poco los peligros y fatigas de un viaje tan corto por tierra». Les pidió que fueran de nuevo portadores de este mensaje para su señor, junto con un pequeño símbolo adicional de su respeto.

Se trataba de unas cuantas delicadas camisas holandesas, una copa florentina dorada y curiosamente esmaltada, junto con algunos juguetes de pequeño valor, una pobre respuesta a la importante magnificencia del presente real. Puede que los embajadores pensaran lo mismo. Al menos no mostraron presteza en cargar con el regalo ni con el mensaje y al abandonar los aposentos españoles aseguraron de nuevo que la petición del general sería infructuosa¹¹⁷.

El espléndido tesoro, que yacía ahora resplandeciendo ante la mirada de los españoles, provocó en sus pechos emociones muy diferentes, dependiendo de las distintas personalidades. En algunos estimuló el ardiente deseo de lanzarse inmediatamente hacia el interior y apoderarse del

país que bullía con unos depósitos tan inagotables de riqueza. Otros lo contemplaban como la demostración de un poder demasiado formidable para enfrentarlo con su insignificante fuerza. Pensaban, por tanto, que lo más prudente era volver e informar de sus acciones al gobernador de Cuba, donde se podrían realizar preparativos acordes a una empresa tan vasta. No puede haber mucha duda en cuanto a la impresión que causó en el audaz espíritu de Cortés, en el que las dificultades siempre operaban como incentivos antes que como desaliento para la acción. Pero prudentemente no dijo nada, al menos en público, prefiriendo que un movimiento tan importante saliera de la determinación de todo su ejército antes que de su propio impulso individual.

Mientras tanto los soldados sufrían enormemente de los inconvenientes de su posición entre las arenas ardientes y el pestilente efluvio de los pantanos vecinos, mientras que los venenosos insectos de estas regiones cálidas no les daban descanso ni de día ni de noche. Treinta de ellos ya habían enfermado y muerto, una pérdida que no se podía permitir el pequeño grupo. Para más problemas, la frialdad de los jefes mexicanos se había extendido a sus seguidores y las provisiones para el campamento no sólo disminuyeron muchísimo, sino que los precios que se pedían por ellas eran desorbitados. La situación era igualmente desfavorable para los barcos, que se encontraban en una rada abierta, expuesta a la furia del primer *norte** que barriera el golfo mexicano.

El general se vio obligado por estas circunstancias a enviar dos navíos, bajo las órdenes de Francisco de Montejo, con el experimentado Alaminos como piloto, a explorar la costa en dirección norte y ver si se podía encontrar un puerto más seguro y un lugar donde acampar más cómodo para el ejército.

Pasados diez días regresaron los enviados mexicanos.

Entraron en los alojamientos españoles con la misma formalidad de la anterior visita, trayendo consigo un regalo adicional; ricos objetos y ornamentos metálicos, que, aunque de inferior valor que los anteriores, se estimaron en tres mil onzas de oro. Junto a esto había cuatro piedras preciosas, de un tamaño considerable, parecidas a esmeraldas, llamadas por los nativos *chalchihuites*, cada una de las cuales, aseguraron a los españoles, valía más que una carga de oro y estaba pensada como un signo de especial respeto para el monarca español¹¹⁸. Desgraciadamente no valían esas onzas de tierra en Europa.

La respuesta de Montezuma era esencialmente la misma que anteriormente. Contenía una prohibición explícita para los extranjeros de avanzar hacia la capital y expresaba la confianza de que ahora que habían obtenido lo que más deseaban, volverían a su propio país sin retrasos innecesarios. Cortés recibió esta desagradable respuesta con cortesía, aunque con cierta frialdad, y volviéndose hacia sus oficiales, exclamó: «Este es realmente un príncipe rico y poderoso, pero por muy difícil que sea ¡le haremos una visita en su capital algún día!».

Mientras estaban hablando sonó la campana para vísperas. Ante ese repique los soldados se arrojaron de rodillas, ofreciendo sus oraciones ante la enorme cruz de madera plantada en la arena. Mientras los jefes aztecas los contemplaban con curiosa sorpresa, Cortés pensó que era un buen momento para impresionarles con lo que consideraba uno de los objetivos principales de su visita al país. En consecuencia, el padre Olmedo expuso, tan clara y brevemente como pudo, las grandes doctrinas del cristianismo, tocando la expiación, la pasión y la resurrección para concluir asegurando a su asombrada audiencia que era su intención extirpar las prácticas idólatras de la nación y sustituirlas por el puro culto del dios

verdadero. Después puso entre sus manos una pequeña imagen de la Virgen con el Infante Redentor, pidiéndoles que la colocaran en sus templos en lugar de sus sanguinarias deidades. Hasta qué punto los señores aztecas comprendieron los misterios de la fe, transmitidos a través de la doble versión de Aguilar y Marina o hasta qué punto percibieron las sutiles diferencias entre sus imágenes y las de la Iglesia Católica, no se nos ha dicho. Hay razones, sin embargo, para temer que la semilla cayera en tierra baldía, ya que cuando la homilía del buen padre terminó, se retiraron con un aire de reserva dubitativa, muy diferente de los gestos amistosos de su primera entrevista. Esa misma noche todas las cabañas fueron abandonadas por los nativos y los españoles se vieron de pronto sin suministro en medio de la desolada naturaleza. El movimiento tenía una apariencia tan sospechosa, que Cortés temió que se produjera un ataque contra sus cuarteles y tomó precauciones al respecto. Pero no se había planeado nada.

El ejército se alegró enormemente con el regreso de Montejo de su expedición de exploración, tras una ausencia de doce días. Había descendido por el golfo hasta Panuco, donde había sufrido unas tormentas tan fuertes al intentar doblar el cabo, que se vio obligado a retroceder y casi se había ido a pique. En todo el trayecto de su viaje sólo había encontrado un lugar lo suficientemente protegido de los vientos del norte. Afortunadamente el país vecino, bien abastecido de arroyos de agua fresca proporcionaba una posición favorable para el campamento y, tras alguna deliberación, se determinó retirarse allí¹¹⁹.

Notas al pie

* En español en el original. (N. del T.)

⁹⁸ Su nombre acompañaba su naturaleza, Montezuma, según Las Casas significa en mexicano «hombre triste o severo», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 70. Acosta, lib. 7, cap. 20. *Col. de Mendoza*, pp. 13-16; *Códice Telleriano-Remensis*, p. 143; ap. *Antiquities of Mexico*, vol. VI.

⁹⁹ Para una información completa de este príncipe, véase el libro I, cap. 6.

¹⁰⁰ El discurso es ofrecido en su totalidad por Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 3, cap. 68), que llegó al país poco menos de medio siglo después de que se pronunciara. Ha sido recientemente publicado por Bustamante, *Texcoco en los Últimos Tiempos* (México, 1826), pp. 256-258.

¹⁰¹ Acosta, lib. 7, cap. 22. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, prólogo, et cap. I. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 3, caps. 73, 74, 81. *Col. de Mendoza*, pp. 14, 85, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. VI.

¹⁰² Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, pp. 267, 274, 275. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, caps. 70-76. Acosta, lib. 7, cap. 21.

¹⁰³ Ante, libro I, csp. 3, pp. 54-56 y nota 6.

¹⁰⁴ Tezozomoc, *Crón. Mexicana*, manuscrito, cap. 107. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. I. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 14; lib. 6, cap. 24. *Códice Vaticano*, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. vi. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 7. *Ibid.*, manuscrito, lib. 12, caps. 3, 4.

¹⁰⁵ «Tenía por cierto», dice Las Casas de Montezuma, «segun sus prophetas ó agoreros le avian certificado, que su estado é riquezas y prosperidad avia de perecer dentro de pocos años por ciertas gentes que avian de venir en sus dias, que de su felicidad lo derrocasse, y por eso vivia siempre con temor y en tristeza y sobresaltado», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120.

¹⁰⁶ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. El traductor del Códice Telleriano-Remensis sugiere que este fenómeno centelleante era probablemente nada más que una erupción de uno de los grandes volcanes de México. *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 144.

¹⁰⁷ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. I. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Acosta, lib. 7, cap. 23. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 5. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 74.

¹⁰⁸ Omite el milagro más extraordinario de todos, aunque se presentaron ante la Corte de Roma testimonios legales sobre su veracidad (véase Clavijero, *Storia*

Antica del Messico, tom. I, p. 289), concretamente la resurrección de la hermana de Montezuma, Papatzin, cuatro días después de su entierro, para advertir al monarca de la llegada de la ruina de su imperio. ¡Encuentra crédito en al menos un escritor en el siglo diecinueve! Véase la nota del corrector mexicano de Sahagún, Bustamante, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, tom. II, p. 270.

¹⁰⁹ Lucan ofrece una detallada enumeración de dichos prodigios presenciados en la capital romana en una excitación similar (*Pharsalia*, lib. I, v. 523, *et seq.*) La pobre naturaleza humana es más o menos la misma en todos sitios. Maquiavelo pensaba que el tema merecía un capítulo a parte en sus discursos. El filósofo insinúa una creencia incluso en la existencia de inteligencias benéficas que envían estos portentos como una especie de premonición para advertir a la humanidad de las tempestades venideras. *Discorsi sopra Tito Livio*, lib. I, cap. 56.

¹¹⁰ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 80. *Idem*, *Relaciones*, manuscrito. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, caps. 3, 4. Tezozomoc, *Crón. Mexicana*, manuscrito, cap. 108.

¹¹¹ Tezozomoc, *Crón. Mexicana*, manuscrito, *loc. cit.* Camargo *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 80.

¹¹² Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 39. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 27, ap. Barcia, tom. II.

¹¹³ Ante, *Libro I*, cap. 2, p. 44.

* En español en el original. (N. del T.)

¹¹⁴ Del diseño a cuadros de estos algodones teñidos, Pedro Mártir deduce ¡que los indios conocían el ajedrez! Señala una curiosa tela hecha de pelo de animales, plumas e hilo de algodón entretrejido. «Plumas illas et concinnant Inter. Cuniculorum villos interque gosampij stamina ordiuntur, et intexunt operose adeo, ut quo pacto id faciant non bene intellexerimus», *De Orbe Novo* (Parisiis, 1587), dec. 5, cap. 10.

¹¹⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 39. Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 27, ap. Barcia, tom. II. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 5.

Robertson dice que Bernal Díaz calcula el valor de la rodela de plata en 20.000 pesos o unas 5.000 £ (*History of America*, vol. II. note 75). Pero Bernal Díaz habla tan sólo del valor de la rodela de oro, que estima en 20.000 pesos de oro, una cosa muy diferente de los pesos, dólares u onzas de plata con los que los confunde el historiador. Como se recurrirá a menudo a la mención del peso de oro en estas páginas, estará bien dar a conocer al lector su valor aproximado.

No hay nada más difícil que determinar el valor actual de una moneda de una

época distante, concurren muchas circunstancias que dificultan el cálculo además de la depreciación general de los metales preciosos, como la adulteración de monedas específicas y cosas parecidas.

El señor Clemencín, el secretario de la Real Academia de la Historia, en el sexto volumen de sus *Memorias*, ha calculado con gran precisión el valor de las diferentes denominaciones de la moneda española a finales del siglo quince, el período inmediatamente precedente a la conquista de México. No hace mención al *peso de oro* en sus tablas. Pero calcula el valor preciso del ducado de oro, que también servirá al propósito (*Memorias de la Real Academia de la Historia* (Madrid, 1821), tom. VI, ilustr. 20). Oviedo, un contemporáneo de los conquistadores, informa que un *peso de oro* y el castellano tenían el mismo valor y que era exactamente un tercio mayor que el valor del ducado [*Hist. del Ind.*, lib. 6, cap. 8, ap. Ramusio, *Navigazioni et Viaggi* (Venetia, 1565), tom. III]. Llegados a este punto, el ducado según aparece en Clemencín, reducido a nuestra moneda sería igual a ocho dólares y setenta y siete centavos. *El peso de oro, por tanto, era igual a once dólares con sesenta y siete centavos, o dos libras, doce chelines y seis peniques esterlinas*. Manteniendo esto en mente, será fácil para el lector calcular el valor real en pesos de oro de cualquier cantidad que se mencione a partir de ahora.

¹¹⁶ «Cierta cosas de ver!» exclama Las Casas, quien los vio con el emperador Carlos V en Sevilla en 1520. «Quedáron todos los que viéron aquestas cosas tan ricas y tan bien artifiçadas y ermosísimas como de cosas nunca vistas», etc. (*Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 120). «Muy hermosas»; dice Oviedo, quien las vio en Valladolid y describe las grandes rodelas más detalladamente; «todo era mucho de ver!» (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, loc. cit.). El inquisitivo Mártir, que las examinó cuidadosamente, resalta aún más enfáticamente, «Si quid unquam honoris humana ingenia i huiuscenmodi artibus sunt adepta, principatum iure merito ista consequentur. Aurum, gemmasque non admiror quidem, quâ industriâ, quó studio superet opus materiam, stupeo. Mille figuras et facies mille prospexi quæ scribere nequeo. Quid oculos hominum suâ pulchritudine æque possit allicere meo iudicio vidi nunquam», *De Orbe Novo*, dec. 4, cap. 9.

¹¹⁷ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 39. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 80. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 27, ap. Barcia, tom. II.

* En español en el original. (N. del T.)

¹¹⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 40.

El padre Sahagún describe estas piedras como tan valiosas en México que su uso estaba prohibido a todos menos a los nobles. «Las Chalchuites son verdes y no transparentes mezcladas de blanco, usanlas mucho los principales, trayéndolas á las muñecas atadas en hilo, y aquello es señal de que es persona noble el que las trae», *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. II, cap. 8.

¹¹⁹ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 40, 41. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 6. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 29, ap. Barcia, tom. II.

Capítulo VII

Problemas en el campamento. Plan de una colonia. Manejos de Cortés. Marcha a Cempoala. Acciones con los nativos. Fundación de Vera Cruz. 1519

No hay situación que ponga tanto a prueba la paciencia y la disciplina de un soldado como la inactividad en el campamento, donde sus pensamientos, en lugar de volcarse sobre la campaña y la acción, se centran en sí mismo y en las inevitables privaciones y peligros de su condición. Esto fue exactamente lo que sucedió en esta ocasión, donde, además de los males de la frugal existencia, las tropas sufrieron de un calor excesivo, de enjambres de insectos venenosos y de otros inconvenientes propios del sofocante clima. Por si fuera poco, estaban muy lejos de poseer el carácter de fuerzas regulares, entrenadas para la subordinación bajo las órdenes de un comandante a quien se les hubiera enseñado durante mucho tiempo a reverenciar y obedecer. Eran soldados de fortuna, embarcados con él en una aventura en la que todos parecían tener el mismo interés y miraban a su capitán (el capitán del día) como poco más que a un igual.

Había un descontento creciente entre los hombres por su larga estancia en una tierra extraña. Estaban aún más descontentos al conocer la intención del general de retirarse a la zona del puerto descubierto por Montejo. «Es hora de volver», decían, «e informar al gobernador de Cuba de lo que se ha hecho y no de entretenerse en estas costas desiertas hasta que traigan a todo el imperio mexicano sobre

sus cabezas». Cortés eludió sus insistentes ruegos lo mejor que pudo, asegurándoles que no había razón para el desaliento. «Todo había marchado de manera próspera hasta ese momento y, una vez que hubiéramos tomado una mejor posición, no había razón para dudar que podrían continuar el beneficioso comercio con los nativos».

Mientras esto sucedía, una mañana aparecieron en el campamento cinco indios y fueron conducidos a la tienda del general. Sus trajes y su aspecto en general eran diferentes de la de los mexicanos. Llevaban anillos de oro y alhajas de una piedra azul brillante en las orejas y nariz, mientras que en el labio inferior llevaban un bezote en forma de hoja de oro delicadamente trabajado. Marina no podía comprender su lengua pero al hablarles en azteca se comprobó que dos de ellos podían conversar en esa lengua. Decían que eran nativos de Cempoala, la ciudad principal de los totonacas, una poderosa nación que había llegado a la meseta hacía muchos siglos y que, descendiendo por la vertiente este, se habían asentado en la sierra y en las amplias llanuras que jalonan el golfo de México hacia el norte. Su país era una de las recientes conquistas de los aztecas y habían experimentado tales opresiones vejatorias por parte de sus conquistadores que no soportaban más el yugo. Informaron a Cortés de estos y otros detalles. La fama de los españoles había llegado a su amo, quien había enviado a estos mensajeros para solicitar la presencia de los maravillosos extranjeros en su capital.

El general que, quien como se recordará, no disponía de los hechos expuestos ante el lector sobre la situación interna de reino, del que no tenía razón alguna para suponer otra cosa que no fuera su fortaleza y unidad escuchó la comunicación con entusiasmo. En este momento relampagueó una importante verdad en su cabeza, ya que su rápida mente vio en este espíritu de descontento una

poderosa palanca con cuya ayuda podía abrigar la esperanza de derrocar este bárbaro imperio. Recibió a la misión de los totonacas de la forma más gentil y, después de informarse, hasta donde era posible, sobre su disposición y recursos, les despidió con presentes, prometiéndoles devolver pronto la visita a su señor¹²⁰.

Mientras tanto sus amigos personales, entre los que se podría mencionar especialmente a Alonso Hernández Puertocarrero, Cristóbal de Olid, Alonso de Ávila, Pedro de Alvarado y sus hermanos, estaban muy ocupados persuadiendo a las tropas de que tomaran las medidas necesarias para que Cortés pudiera seguir adelante con sus ambiciosos planes, para los que no tenía ninguna garantía de los poderes de Velázquez. «Regresar ahora», decían, «era abandonar en su comienzo, una empresa que bajo este líder les conduciría a la gloria y a incalculables riquezas. Retornar a Cuba sería rendir ante el ávido gobernador las pequeñas ganancias que habían conseguido. La única salida era convencer al general de que estableciera una colonia permanente en el país, cuyo gobierno tomaría la dirección de los asuntos en sus manos y velaría por los intereses de sus miembros. Ciertamente era que Cortés no tenía autorización de Velázquez. Pero los intereses de los Soberanos, que estaban por encima de todos lo demás, lo exigían de forma imperiosa».

Estas conversaciones, aunque se hicieran por la noche, no podían llevarse tan en secreto como para que no llegaran a oídos de los seguidores de Velázquez¹²¹, quienes se quejaron contra estas acciones tildándolas de insidiosas y desleales. Acusaron al general de instigarlas y le pidieron que tomara medidas sin demora para el retorno de las tropas a Cuba, anunciando su propia intención de partir con todos los seguidores que se mantuvieran fieles al gobernador.

Cortés, en lugar de ofenderse por estas acciones

prepotentes o ni tan siquiera contestar en el mismo tono altanero, respondió suavemente, «que no había nada más lejos de su deseo que excederse en sus órdenes. Él realmente prefería quedarse en el país y continuar su beneficioso intercambio con los nativos. Pero ya que el ejército pensaba de otra manera, debería respetar su opinión y dar órdenes de volver como deseaban». A la mañana siguiente se realizó una proclama para que las tropas estuvieran preparadas para subir inmediatamente a bordo de la flota, que partiría hacia Cuba¹²².

Grande fue la sensación causada por la orden del general. Incluso muchos de los que antes vociferaban por ello, con el habitual capricho de hombres cuyos deseos son demasiado fácilmente gratificados, ahora lo lamentaban. Los partidarios de Cortés se quejaban en voz alta. «Habían sido traicionados por el general», gritaban, y reuniéndose frente a su tienda, le pidieron que diera la contraorden. «Vinimos aquí», decían, «con la esperanza de fundar un asentamiento, si el estado del país lo permitía. Ahora parece que no tienes permiso del gobernador para hacerlo. Pero hay intereses más altos que los de Velázquez que lo exigen. Estos territorios no son de su propiedad, sino que fueron descubiertos para los soberanos¹²³ y es necesario fundar una colonia para vigilar sus intereses en lugar de malgastar el tiempo en comercio inútil o peor aún en volver, tal y como estaban las cosas, a Cuba. Si lo rechazas», concluyeron, «protestaremos por tu conducta desleal ante su alteza».

Cortés recibió estas quejas con el aire avergonzado de alguien que no lo esperaba en absoluto. Modestamente pidió tiempo para deliberar y prometió dar una respuesta al día siguiente. A la hora acordada, reunió a las tropas y se dirigió a ellas brevemente. «No había nadie», dijo, «si conocía su propio corazón, más dedicado que él mismo al bien de sus soberanos y la gloria del nombre español. No sólo había

gastado todas sus posesiones, sino que había incurrido en cuantiosas deudas para enfrentarse a los gastos de la expedición y había esperado resarcirse continuando el comercio con los mexicanos. Pero si los soldados pensaban que era aconsejable tomar otra dirección, estaba dispuesto a posponer su propio beneficio por el bien del Estado»¹²⁴. Concluyó declarando su disposición a tomar medidas para establecer una colonia *en nombre de los soberanos españoles* y nombrar funcionarios para que la gobernaran¹²⁵.

Como *alcaldes*^{*} eligió a Puertocarrero y Montejo, el primer caballero era un buen amigo suyo y el segundo amigo de Velázquez, ambos elegidos exactamente por esa razón, un golpe político que funcionó a la perfección. Posteriormente se eligieron los *regidores*^{**}, el *alguacil* y otros funcionarios, todos de entre sus amigos personales y sus adeptos. Juraron sus cargos como de costumbre y la nueva ciudad recibió el título de *Villa Rica de Vera Cruz*, un nombre que, según se consideró, aunaba felizmente la unión de los intereses espirituales y temporales a los que se debían dedicarse los aventureros españoles¹²⁶. De esta manera, de un plumazo, como verdaderamente fue, el campamento se transformó en una comunidad civil y se organizó la estructura e incluso el título de la ciudad, antes de que se decidiera su localización.

Apenas se había constituido el nuevo ayuntamiento cuando Cortés se presentó con el gorro en la mano, frente al augusto organismo y, poniendo los poderes de Velázquez sobre la mesa, ofreció respetuosamente la renuncia a su cargo de Capitán general, «que realmente», dijo, «había necesariamente prescrito, ya que la autoridad del gobernador había sido sustituida por la del gobierno de Villa Rica de Vera Cruz». Después, con una profunda reverencia, abandonó la habitación¹²⁷.

El Consejo, tras pasar un buen tiempo deliberando, requirió de nuevo su presencia. «No había nadie», dijeron,

«que tras madura reflexión, les pareciera tan bien preparado para encargarse de los intereses de la comunidad, tanto en la paz como en la guerra, como él mismo y unánimemente le nombraban, en nombre de su alteza católica, Capitán General y Justicia Mayor de la colonia». Se le concedieron además poderes para separar a cuenta propia un quinto del oro y la plata de lo que se obtuviera de aquí en adelante en el comercio o conquista con los indios¹²⁸. De esta manera investido del poder supremo de la jurisdicción civil y de la militar, Cortés no dudó en ejercer su autoridad. Pronto encontró una ocasión para ello.

Las negociaciones descritas anteriormente se habían sucedido con tanta rapidez que los partidarios del gobernador parecían haber sido tomados por sorpresa y no habían podido elaborar un plan para oponerse. Cuando se llevó a cabo la última operación, sin embargo, estallaron en las invectivas más indignantes e ignominiosas, denunciándolo todo como una conspiración sistemática contra Velázquez. Estas acusaciones llevaron a recriminaciones de los soldados del otro bando, hasta que de las palabras casi se pasa a los golpes. Algunos de los principales caballeros, entre ellos Velázquez de León, familia del gobernador, Escobar, su paje, y Diego Ordaz fueron tan activos instigando estos turbulentos movimientos que Cortés tomó la audaz medida de encadenarlos y enviarlos a bordo de los barcos. Después desperdigó a los soldados rasos, destacando a muchos de ellos con una partida fuerte, bajo las órdenes de Alvarado, a una incursión en el país vecino para traer provisiones al desabastecido campamento.

Durante su ausencia, se utilizaron todos los argumentos que la codicia o la ambición pudieran sugerir para ganarse a los reticentes a sus puntos de vista. Se prodigaron generosamente las promesas, e incluso, según se dice, el oro, hasta que, gradualmente, sus mentes se abrieron a una

visión más clara de los méritos de la causa. Y cuando la partida regresó de la incursión con abundantes aves de corral y verduras y los rugidos de los estómagos (ese gran laboratorio de desafecto tanto en el campamento como en la capital) se apaciguaron, el buen humor volvió con alegría y las facciones rivales se abrazaron unas a otras como compañeros de armas entregados a una misma causa. Ni siquiera los ardientes hidalgos que estaban a bordo de los barcos pudieron resistir mucho tiempo la ola general de reconciliación y uno tras otro prestaron su adhesión al nuevo gobierno. Lo más destacable es que esta conversión forzada no fue vacua, sino que desde este momento en adelante algunos de estos mismos caballeros se convirtieron en los más firmes y devotos partidarios de Cortés¹²⁹.

¡Tal fue la destreza de este hombre extraordinario y tal la ascendencia que había adquirido en unos pocos meses sobre estos salvajes y turbulentos espíritus! Gracias a esta ingeniosa transformación de una comunidad militar en una civil, había afianzado una nueva y efectiva base de operaciones para el futuro. Ahora podía avanzar sin miedo de ser frenado o controlado por un superior, al menos por nadie superior salvo la corona, única bajo la que se encontraba su misión. Al conseguir esto, en lugar de incurrir en la acusación de usurpación o de sobrepasar sus poderes legítimos, traspasó en gran medida la responsabilidad a aquellos que le habían impuesto la necesidad de acción. Más aún, mediante este paso, unió los destinos de sus seguidores de forma indisoluble con el suyo. Se habían arriesgado con él y para bien o para mal tenían que atenerse a las consecuencias. Ahora ya no estaba limitado a los estrechos confines del miserable comercio, sino que, seguro de su cooperación, podía meditar con atrevimiento y revelar gradualmente los elevados planes que había concebido en su pecho para la conquista de un imperio¹³⁰.

Habiéndose reestablecido la armonía, Cortés envió sus armas pesadas a bordo de la flota y ordenó que costeara a lo largo de la orilla hacia el norte hasta Chiahuitztlá, la ciudad cercana al que había de ser el puerto de la nueva ciudad, proponiéndose a sí mismo, a la cabeza de las tropas, visitar Cempoala por el camino. La carretera transcurría durante algunas millas cruzando las lóbregas planicies cercanas a la moderna ciudad de Vera Cruz. En este arenoso desierto la vista no encontraba signos de vegetación, aunque sin embargo se veía aliviada por fugaces visiones del azul Atlántico y por la distante visión del imponente Orizaba, coronando con su límpida diadema de nieve, mucho más alta que sus colosales hermanos de los Andes¹³¹. A medida que avanzaban, el terreno iba tomando gradualmente un aspecto más verde y rico. Cruzaron un río, probablemente un afluente del *Río de la Antigua*^{*}, con dificultad, sobre balsas y algunas canoas rotas que estaban en la orilla. En este momento contemplaron un paisaje completamente diferente, amplias y onduladas planicies cubiertas con un rico tapiz de verdor y moteado de plantas de cacao y ligeras palmeras, entre cuyos altos y estilizados tallos se veían ciervos y otros animales salvajes que los españoles no conocían. Algunos de los jinetes persiguieron a los ciervos y los hirieron, aunque no consiguieron matarlos. También vieron faisanes y otros pájaros, entre ellos el pavo salvaje, el orgullo de los bosques americanos, que los españoles describieron como una especie de urogallo¹³².

En su camino atravesaron algunos pueblos desiertos, en los que había templos indios, donde encontraron incensarios y otros utensilios sagrados y manuscritos de fibra de *agave*, que contenían una escritura pictórica en la que se recogían probablemente sus ceremonias religiosas. Contemplaron en este momento el horroroso espectáculo, con el que luego se familiarizaron tanto, de los cuerpos mutilados de las

víctimas que habían sido sacrificadas a las execrables deidades de la tierra. Los españoles apartaron la vista con aversión e indignación de esa carnicería que creaba un contraste tan lúgubre con las bellas escenas de la naturaleza que les rodeaba.

Mantuvieron el rumbo a lo largo de la orilla río arriba cuando se toparon con doce indios enviados por el cacique de Cempoala para indicarles el camino a su residencia. Por la noche durmieron al aire libre en un claro abierto donde sus nuevos amigos les suministraron provisiones. Abandonaron el arroyo la siguiente mañana y, dirigiéndose hacia el norte a través del país, llegaron a una amplia extensión de llanuras exuberantes de bosques, que brillaba en todo el esplendor de la vegetación tropical. Las ramas de los majestuosos árboles estaban alegremente engalanadas con racimos de uvas de color púrpura oscuro, convólvulos jaspeados y otros parásitos florales de los tonos más brillantes. El sotomonte de espinoso aloe, enmarañado con rosas silvestres y madreSelva, convertían algunos sitios en un impenetrable matorral. Entre esta espesura de brotes y capullos fragantes revoloteaban numerosos pájaros de la familia de los loros y nubes de mariposas, cuyos alegres colores, que no son en ningún lugar tan magníficos como en la *tierra caliente*, rivalizaban con los de la creación vegetal, mientras que los pájaros de exquisito canto, el cardenal escarlata y los maravillosos ruiseñores que resumen en sus notas toda la melodía de un bosque, llenaban el aire con una melodía deliciosa. Los corazones de los rudos conquistadores no eran muy sensibles a las bellezas de la naturaleza, pero los encantos mágicos del panorama arrancaron francas expresiones de deleite y a medida que andaban a través de este «paraíso terrenal», como lo llamaron, lo comparaban con cariño con las regiones más bellas de su propia tierra soleada¹³³.

A medida que se acercaban a la ciudad india, vieron abundantes signos de agricultura en los elegantes jardines y huertos que se alineaban a ambos lados de la carretera. Ahora se encontraban con partidas de nativos de ambos sexos, que aumentaban en número con cada paso que avanzaban. Las mujeres, así como los hombres, se mezclaban sin miedo con los soldados, portando ramos y coronas de flores con las que adornaban el cuello del corcel del general, y colgaron una guirnalda de rosas sobre su casco. Las flores eran el deleite de esta gente. Dedicaban mucho tiempo a su cultivo, en el que les secundaba un clima en el que se alternaban el calor y la humedad, estimulando el terreno para la espontánea producción de todo tipo de forma vegetal. El mismo gusto refinado existía, como veremos, entre los guerreros aztecas y ha sobrevivido a la degradación de la nación hasta sus descendientes de hoy en día¹³⁴.

Muchas de las mujeres parecían ser, por sus vestidos más ricos y por los numerosos ayudantes, mujeres de rango. Iban vestidas con trajes de algodón fino cuidadosamente teñido que llegaba desde el cuello (en las clases más bajas a partir de la cintura) hasta los tobillos. Los hombres vestían una especie de mantón de la misma tela, *á la Morisca**, sobre sus hombros y cinturones o fajas sobre sus caderas. Ambos sexos llevaban joyas y adornos de oro en el cuello, mientras que sus orejas y narices estaban perforadas con anillos del mismo metal.

Justo antes de entrar en la ciudad, algunos jinetes que se habían anticipado, regresaron con la asombrosa noticia de «que se habían acercado lo suficiente como para mirar dentro de las puertas y habían visto ¡que las casas estaban recubiertas de plata bruñida!». Al entrar en el lugar se vio que la plata no era otra cosa que una brillante capa de estuco con la que estaban recubiertos los principales edificios de la ciudad, un hecho que produjo gran mofa entre los soldados a

costa de sus crédulos compañeros. Esta pronta credulidad es prueba de lo exaltadas que estaban sus imaginaciones, lo que les hacía estar dispuestos a ver oro y plata en cualquier objeto que les rodeara¹³⁵. Los mejores edificios eran de calicanto o de adobe; los más pobres, de arcilla y barro. Todos estaban techados con hojas de palma, que aunque, aparentemente, parece un techo endeble para tales estructuras, estaban tan bien entretejidas que creaban una protección muy efectiva contra las inclemencias.

Se dice que la ciudad contenía entre veinte mil y treinta mil habitantes. Este es el cómputo más moderado y no del todo improbable¹³⁶. Lenta y silenciosamente el pequeño ejército caminó a través de las estrechas y ahora repletas calles de Cempoala, provocando en los nativos no menos admiración que la que éstos provocaban en ellos ante el despliegue de una política y un refinamiento tan superior a todo lo que habían presenciado en el nuevo mundo¹³⁷. El cacique salió a la puerta de su residencia para recibirles. Era un hombre alto y muy corpulento y avanzaba apoyándose en dos de sus sirvientes. Recibió a Cortés y a sus seguidores con gran amabilidad y, después de un breve intercambio de cortesías, asignó al ejército su asentamiento en un templo vecino, en el espacioso patio al que daban numerosas habitaciones, que proporcionaban excelente acomodo para la soldadesca.

Aquí se les entregaron provisiones a los españoles, carne cocinada a la manera del país y maíz preparado en tortitas. El general recibió también un regalo de considerable valor de parte del cacique, que consistía en adornos de oro y finos algodones. A pesar de estas demostraciones de amistad, Cortés no relajó su habitual vigilancia ni descuidó ninguna de las precauciones de un buen soldado. Durante la ruta, de hecho, había marchado en formación de batalla, bien preparado para cualquier sorpresa. En los actuales aposentos

apostó centinelas con el mismo cuidado, situó una pequeña artillería para dominar la entrada y prohibió a los soldados que abandonaran el campamento sin órdenes, bajo pena de muerte¹³⁸.

A la mañana siguiente, Cortés, acompañado de cincuenta de sus hombres, visitó al señor de Cempoala en su propia residencia. Era un edificio de calicanto, que se levantaba en una terraza alta de tierra, al que se llegaba a través de una escalinata de piedra. Puede que tuviera alguna similitud en su estructura con algunos de los antiguos edificios encontrados en América Central. Cortés, dejando a los soldados en el patio, entró en la mansión con uno de sus oficiales y su bella intérprete, doña Marina¹³⁹. A continuación mantuvo una larga conferencia, de la que el general español obtuvo mucha información sobre el estado del país. Primero anunció al jefe que era súbdito de un gran monarca que moraba allende los mares, que había llegado a las orillas aztecas para abolir el culto inhumano que reinaba allí y para introducir el conocimiento del dios verdadero. El cacique replicó que sus dioses, que les enviaban la luz y la lluvia, eran suficientemente buenos para ellos, que también él era tributario de un poderoso monarca, cuya capital se encontraba en un lago, lejano entre las montañas, un príncipe severo, despiadado en sus exacciones y que en caso de resistencia, o de cualquier ofensa, era seguro que sembraría la venganza llevándose a sus jóvenes y doncellas para ser sacrificados a sus deidades. Cortés le aseguró que nunca consentiría esas atrocidades; había sido enviado por su soberano para reparar abusos y castigar al opresor¹⁴⁰, y si los totonacas le eran fieles les permitiría sacudirse el detestado yugo de los aztecas.

El cacique añadió que el territorio totonaca contenía unas treinta ciudades y pueblos y que podía congregarse a unos cien mil guerreros, un número enormemente exagerado¹⁴¹.

Había otras provincias del imperio, dijo, donde el gobierno azteca era igualmente odiado, y entre ellos y la capital se encontraba la guerrera república de Tlaxcala, que siempre había mantenido su independencia de México. La fama de los españoles les había precedido y conocía bien su terrible victoria en Tabasco. Pero todavía veía con duda y alarma una ruptura con el «gran Montezuma», como siempre le nombraba, cuyos ejércitos, a la menor provocación, descenderían de las regiones montañosas del oeste y, precipitándose sobre las llanuras, como un remolino, barrerían a su pobre pueblo hacia la esclavitud y el sacrificio.

Cortés intentó calmarle, diciéndole que un solo español era más fuerte que una horda de aztecas. Al mismo tiempo, era deseable saber qué naciones podrían colaborar con él, no tanto en su propio beneficio, como en el de ellos, para que pudiera distinguir a enemigos de aliados y saber a quién podía evitar esta guerra de exterminio. Habiendo conseguido la confianza del admirado jefe gracias a su cómodo y político alarde, se despidió afectuosamente, asegurándole que volvería en breve a concertar las medidas para sus futuras operaciones, una vez que hubiera visitado sus barcos en el vecino puerto y asegurado allí un asentamiento permanente¹⁴².

La información que había obtenido Cortés le dio enorme satisfacción. Confirmaba sus opiniones anteriores y mostraba de hecho que el interior de la monarquía se encontraba en un estado mucho más trastornado del que había supuesto. Si antes, con tan sólo su brazo, apenas se había retraído a la hora de atacar al imperio azteca, en el verdadero espíritu de un caballero andante, ¿qué tenía ahora que temer, cuando podía dirigir a media nación contra la otra? En la excitación del momento su espíritu optimista se encendió con un entusiasmo que superaba cualquier

obstáculo. Comunicó sus sentimientos a los oficiales que le rodeaban y antes de asestar un solo golpe, ¡ya sentían que los pendones de España ondeaban triunfantes en las torres de Montezuma! Pero debía librarse más de una sangrienta batalla, enfrentarse a muchos peligros y privaciones, antes de que se pudiera consumir.

Abandonando a los hospitalarios indios al día siguiente, los españoles tomaron el camino de Chiahuitztlá¹⁴³, a unas cuatro leguas de distancia, cerca del puerto descubierto por Montejo, donde los barcos estaban ahora anclados. El cacique les proveyó de cuatrocientos porteadores indios, *tamanes*, como eran llamados, para transportar el equipaje. Estos hombres cargaban con facilidad cincuenta libras de peso durante cinco o seis leguas al día. Se utilizaban en todo el imperio mexicano y fueron un gran servicio para los españoles de aquí en adelante, para aliviar a sus tropas de parte de su trabajo. Cruzaron una comarca tan rica y voluptuosa como la que habían atravesado hacía poco y llegaron a la ciudad india por la mañana del día siguiente. La ciudad estaba colgada como una fortaleza sobre un marcado promontorio que dominaba el golfo. La mayoría de los habitantes habían huido, pero quedaban quince de los hombres principales, que los recibieron de manera amistosa ofreciéndoles los habituales regalos de bienvenida de flores e incienso. La gente del lugar, perdiendo su miedo, fue regresando gradualmente. Mientras conversaban con los jefes, se unió a los españoles un respetable cacique de Cempoala, portado por sus hombres en una litera. Tomó parte en las deliberaciones con entusiasmo. La información que Cortés obtuvo aquí, confirmó los hechos que ya había recabado sobre los sentimientos y los recursos de la nación totonaca.

En medio de la conferencia fueron interrumpidos por un movimiento entre la gente y poco después cinco hombres

entraron en la gran plaza del mercado donde se encontraban de pie. Por su altivo porte y los peculiares y mucho más ricos vestidos, no parecían ser de la misma raza que estos indios. Su pelo oscuro y brillante iba atado en un nudo sobre la cabeza. Tenían ramos de flores en sus manos e iban seguidos de varios ayudantes, algunos de ellos llevando bastones con cuerdas, otros abanicos con los que apartaban de sus señores las moscas y los insectos. Mientras cruzaban la plaza, estas personas lanzaron una altiva mirada a los españoles dignándose apenas a devolverles el saludo. De inmediato se les unieron, enormemente confundidos, los totonacas, que parecían ansiosos por conciliarles mediante todo tipo de atenciones.

El general, muy asombrado, preguntó a Marina que qué significaba todo eso. Ella le informó que eran los nobles aztecas, apoderados para recibir el tributo de Montezuma. Poco después los jefes volvieron con la desesperación dibujada en sus rostros. Confirmaron las aseveraciones de Marina, añadiendo que los aztecas estaban muy molestos por las atenciones ofrecidas a los españoles sin el permiso del emperador y que exigían, a modo de expiación, veinte hombres y mujeres jóvenes para el sacrificio de los dioses. Cortés mostró la mayor indignación ante esta insolencia. Pidió a los totonacas no sólo que rechazaran la exigencia, sino que arrestaran a los recaudadores y los arrojaran a una prisión. Los jefes vacilaron, pero él insistió tanto y de forma tan imperiosa que finalmente aceptaron y los aztecas fueron atrapados, atados de pies y manos y colocados bajo vigilancia.

Por la noche, el general español provocó la huida de dos de ellos y los hizo traer en secreto ante su presencia. Les expresó su disgusto ante la indignidad que habían sufrido de manos de los totonacas, les dijo que les proporcionaría medios para que escaparan y que al día siguiente intentaría

obtener la libertad de sus compañeros. Deseaba que informaran a su señor, asegurando el gran respeto que los españoles le profesaban, a pesar de su comportamiento poco generoso al dejarles que murieran de hambre en una costa desierta. Después envió a los nobles mexicanos al puerto, de donde se les trasladó a otra parte de la costa por mar, por miedo a la violencia de los totonacas. Éstos estaban muy indignados ante la huida de los prisioneros y hubieran sacrificado al resto inmediatamente de no ser porque el comandante español mostró el más absoluto horror ante la propuesta y ordenó que fueran enviados a bordo del barco para mayor seguridad. Poco después se les permitió reunirse con sus compañeros. Esta ingeniosa estratagema, tan característica de la política de Cortés, tuvo, como veremos más adelante, todo el efecto deseado sobre Montezuma. No puede ser elogiada, ciertamente, como propia del verdadero espíritu de la caballería, aunque ¡no le han faltado panegiristas entre los historiadores nacionales!¹⁴⁴.

Por orden de Cortés se enviaron mensajeros a las ciudades totonacas informando lo que se había hecho, haciéndoles un llamamiento para que no pagaran más el tributo a Montezuma. Pero no había necesidad de mensajeros. Los asustados ayudantes de los señores aztecas habían huido en todas direcciones llevando las noticias del temerario insulto que se le había hecho al rey de México y éstas se extendieron como el fuego por todo el país. Los asombrados indios, entusiasmados ante la dulce esperanza de recuperar su antigua libertad, acudieron en masa a Chiahuitztlá para ver a los formidables extranjeros y conferenciar con ellos. Los más pusilánimes, que desfallecían ante la idea de enfrentarse al poder de Montezuma, recomendaron una embajada para mitigar su descontento con concesiones temporales. Pero los hábiles manejos de Cortés les habían comprometido demasiado como para permitirles tener

ninguna esperanza razonable de indulgencia. Por tanto, tras cierta vacilación, se decidió aceptar la protección de los españoles y realizar un atrevido esfuerzo por recuperar la libertad. Los jefes juraron su alianza a los soberanos españoles, lo que fue debidamente registrado por Godoy, el notario real. Cortés, satisfecho con la importante adquisición de tantos vasallos para la corona, partió poco después hacia el puerto de destino, no sin antes haber prometido una nueva visita a Cempoala, donde su quehacer estaba a medio terminar¹⁴⁵.

El punto elegido para la nueva ciudad estaba a tan sólo media legua de distancia, en una amplia y fértil llanura, que proporcionaba un aceptable puerto para la navegación. Cortés no tardó mucho en delimitar el perímetro de las murallas y los emplazamientos del fuerte, el granero, el ayuntamiento, el templo y otros edificios públicos. Los amigables indios ayudaron entusiastas, trayendo materiales, piedra, cal, madera y adobe. Todos los hombres se pusieron manos a la obra. El general trabajó como el último de los soldados, estimulando su esfuerzo tanto con el ejemplo como con su voz. En unas pocas semanas, se concluyó la tarea y surgió una ciudad que, aunque no muy merecedora del ambicioso nombre que llevaba, respondía a la mayoría de las necesidades para las que se había construido. Servía como un buen *point d'appui** para futuras operaciones, un lugar de retiro para los heridos, así como para el ejército en caso de reveses, un almacén para las reservas y para los artículos que se fueran recibiendo o enviando a la madre patria, un puerto de navegación y una posición con fuerza suficiente como para intimidar al territorio circundante¹⁴⁶.

Fue la primera colonia, el fructífero antecesor de tantas otras, en Nueva España. Fue saludada con satisfacción por los simples nativos, que esperaban descansar seguros bajo su sombra protectora. ¡Ay! No podían leer el futuro, de otra

manera no hubieran encontrado ninguna razón para el gozo en este presagio de una revolución mucho más tremenda que cualquiera de las predichas por sus bardos y profetas. No era el buen Quetzalcóatl el que había vuelto para reclamar lo suyo, trayendo la paz, la libertad y la civilización consigo. Ciertamente rompería sus cadenas y vengaría ampliamente las afrentas sobre la orgullosa cabeza del azteca. Pero ello sería gracias a ese fuerte brazo que doblaría tanto al opresor como al oprimido. La luz de la civilización se derramaría sobre la tierra, pero sería la luz de un fuego devorador, ante el que la gloria de los bárbaros, sus instituciones, su misma existencia y nombre como nación se marchitaría y dejaría de existir. Su maldición estaba sellada cuando el hombre blanco puso pie en su tierra.

Notas al pie

¹²⁰ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 41. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 28.

¹²¹ La carta del Cabildo de Vera Cruz no dice nada de estas reuniones nocturnas. Bernal Díaz, que tenía conocimiento de ellas, es autoridad suficiente. Véase *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 42.

¹²² Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 30. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 80. Bernal Díaz, *ibid.*, loc. cit. *Declaración de Puertocarrero*, manuscrito.

La declaración de una persona respetable como Puertocarrero, tomada durante el año siguiente después de su regreso a España, es un documento de gran autoridad.

¹²³ A veces vemos que los escritores españoles se refieren a «los soberanos», a veces al «emperador», en el primer caso se refieren a la reina Juana, la madre loca de Carlos V, así como a él mismo. Realmente todas las leyes y ordenanzas públicas se dictaban en el nombre de ambos. El título de «su alteza», que hasta el reinado de Carlos V había sido utilizado normalmente para el soberano [no de forma uniforme, como imagina Robertson (*History of Charles V*, vol. II, p. 59)], dio paso gradualmente al de «Majestad», que Carlos V adoptó después de su elección al trono imperial. El mismo título se encuentra ocasionalmente en la correspondencia del Gran Capitán y otros cortesanos del reino de Fernando e Isabel.

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

¹²⁴ Según Robertson, Cortés les dijo a sus hombres que había propuesto hacer una colonia en la costa antes de adentrarse en el país, pero abandonó el plan ante sus súplicas de que partieran inmediatamente de expedición. En la página siguiente, le encontramos organizando esa misma colonia (*History of America*, vol. II, pp. 241, 242). El historiador se hubiera evitado esta inconsistencia si hubiera seguido a cualquiera de las autoridades que cita, Bernal Díaz o Herrera o la *Carta de Vera Cruz*, de la que poseía una copia. Todas coinciden en lo que indica el texto.

¹²⁵ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. *Declaración de Montejo*, manuscrito. *Declaración de Puertocarrero*, manuscrito.

«Nuestro general después de cierta insistencia consintió», dice el directo y viejo soldado Bernal Díaz, «porque como dice el proverbio “Tu me lo ruegas, é yo me lo quiero”», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 42.

¹²⁶ Según Bernal Díaz, el título de «Vera Cruz» pretendía conmemorar su desembarco en viernes santo. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 42.

¹²⁷ Solís, cuyo gusto por los discursos podía haber satisfecho incluso al abad Mably (véase su Tratado *De la Manière d'écrire l'histoire*), ha puesto una arenga muy florida en esta ocasión en boca de su héroe, de la que no hay ningún vestigio en las narraciones contemporáneas (*Conquista*, lib. 2, cap. 7). El doctor Robertson la ha trasladado a sus propias y elocuentes páginas, sin citar su autor, quien considerando que vivió un siglo y medio después de la conquista, debe reconocerse que no es el mejor garante, especialmente cuando es el único de este hecho.

¹²⁸ «Lo peor de todo que le otorgámos», dice Bernal Díaz, un poco irritado, era, «que le dariamos el quinto del oro de lo que se huuiesse, después de sacado el Real quinto» (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 42). La carta de Vera Cruz no dice nada de este quinto.

¹²⁹ *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 30, 31. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 80. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 42. *Declaraciones de Montejo y Puertocarrero*, manuscritos.

En el proceso de Narváez contra Cortés, este último es acusado de estar poseído por el demonio, ya que sólo Lucifer podía haberse ganado de esa manera los afectos de la soldadesca (*Demanda de Narváez*, manuscrito). Solís, por otro lado, no ve nada más que buena fe y lealtad en la conducta del general, que actuó ¡por un sentimiento del deber! (*Conquista*, lib. 2, caps. 6, 7). Solís es un apologista todavía más firme de su héroe que su propio capellán Gómara o los valiosos gobernantes de Vera Cruz. Un testimonio más imparcial que ningún otro probablemente puede recabarse del honesto Bernal Díaz, citado tan a menudo. Aunque era un fuerte campeón de la causa, no estaba de ningún modo ciego a los defectos y los méritos de su líder.

¹³⁰ Esto puede parecer una lógica bastante indiferente para aquellos que consideren que Cortés nombró al mismo organismo que a su vez le nombró comandante. Pero el respeto de las formas legales le daba un ligero barniz a sus acciones que le servía, al menos por el presente, para sus planes con las tropas. Para el futuro, confiaba en su buena estrella (en otras palabras, en el éxito de su empresa) para reivindicar su conducta ante el Emperador. En esto no se equivocó.

¹³¹ No se da el nombre de la montaña y probablemente no era conocido, pero la detallada descripción en el manuscrito de Vera Cruz no deja lugar a dudas de que es el que aparece en el texto. «Entre las cuales así una que excede en mucha altura á todas las otras y de ella se vee y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta, que si el dia no es bien claro, no se puede divisar ni ver lo alto de ella, porque de la mitad arriba está toda cubierta de nubes; y algunos veces, cuando

hace muy claro día, se vee por cima de las dichas nubes lo alto de ella, y está tan blanco, que lo jusgamos por nieve» (*Carta de Vera Cruz*, manuscrito). Este enorme volcán era llamado *Citlaltepetl*, o «montaña de la estrella» por los mexicanos, quizá por el fuego que alguna vez salió de su cima cónica, mucho más alta que las nubes. Se encuentra en la intendencia de Vera Cruz y se eleva según las mediciones de Humboldt, hasta la enorme altura de 17.368 pies, por encima del nivel del océano (*Essai Politique*, tom. I, p. 265). Es el segundo pico más alto en toda la cordillera mexicana.

¹³² *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 44.

* En español en el original. (N. del T.)

¹³³ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 32, ap. Barcia, tom. II. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 8. Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I.

«Mui hermosas vegas y riberas tales y tan hermosas que en toda España no pueden ser mejores así de apacibles á la vista como de fructíferas» (*Carta de Vera Cruz*, manuscrito). El siguiente apóstrofe poético de lord Morpeth, del paisaje de Cuba, igualmente aplicable al de *tierra caliente*, le dará al lector una imagen más animada de las glorias de estos climas soleados que mi propia prosa. Los versos, que nunca han sido publicados, dejan entrever el generoso sentimiento característico de su noble autor.

«Ye tropic forests of unfading green,
Where the palm tapers and the orange glows,
Where the light bamboo weaves her feathery screen,
And her far shade the matchless *ceiba* throws!

«Ye cloudless ethers of unchanging blue,
Save where the rosy steaks of eve give way
To the clear sapphire of your midnight hue,
The burnished azure of your perfect day.

«Yet tell me nor my native skies are bleak,
That flushed with liquid wealth no cane fields wave;
For virtue pines and Manhood dares not speak,
And Nature's glories brighten round the slave.»

¹³⁴ «El mismo amor por las flores», señala uno de los viajeros actuales más deliciosos, «se distingue en los nativos hoy como en los tiempos de Cortés. Y

constituye una enorme anomalía», añade con su actual agudeza, «que este amor por las flores haya existido junto con su culto sanguinario y sus sacrificios bárbaros», Madam Calderón de la Barca, *Life in Mexico*, vol. I, let. 12.

* En español en el original. (N. del T.)

¹³⁵ «Con la imaginacion que llevaban, i buenos deseos, todo se les antojaba plata i oro lo que relucia», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 32, ap. Barcia, tom. II.

¹³⁶ Esta es la estimación de Las Casas (*Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121). Torquemada vacila entre veinte mil, cincuenta mil y ciento cincuenta mil, citando cada una en momentos diferentes (Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 26, nota). El lugar fue gradualmente abandonado después de la conquista probablemente por otros lugares mejor situados para el comercio. Sus ruinas se podían visitar a finales del siglo pasado. Véase Lorenzana, *Historia de Nueva España*, p. 39, nota.

¹³⁷ «Porque viven mas política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta oy en estas partes se ha visto», *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

¹³⁸ Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 33, ap. Barcia, tom. II. Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I.

¹³⁹ Los cronistas españoles dan habitualmente el educado título de doña a esta hábil india.

¹⁴⁰ «No venia, sino á deshacer agravios, i favorecer los presos, aiudar á los mezquinos, i quitar tiranías» (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 33, ap. Barcia, tom. II). ¿Estamos leyendo las aventuras (de hecho ese es el lenguaje) de *Don Quijote* o del *Amadis de Gaula* ?

¹⁴¹ *Ibid.*, cap. 36.

Cortés en su segunda carta al emperador Carlos V estima el número de hombres aptos para la lucha en 50.000. *Relación Segunda*, ap. Lorenzana, p. 40.

¹⁴² Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 121. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 81. Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I.

¹⁴³ El historiador, con la ayuda de Clavijero, él mismo mexicano, puede rectificar frecuentes errores en escritores anteriores en la ortografía de los nombres aztecas. Tanto Robertson como Solís deletrean el nombre de este lugar como Quiabislán. Los errores en una nomenclatura tan bárbara deben ser admitidos y son fácilmente perdonables.

¹⁴⁴ «¡Grande artífice», exclama Solís, «de medir lo que disponia con lo que recelaba; y prudente capitán él que sabe caminar en alcance de las contingencias!», *Conquista*, lib. 2, cap. 9.

¹⁴⁵ Ixtlilxohitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 81. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 40. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 34-36, ap. Barcia, tom. II. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 46-47. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, caps. 10, 11.

* En francés en el original. (N. del T.)

¹⁴⁶ *Carta de Vera Cruz*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 48. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I. *Declaración de Montejo*, manuscrito.

A pesar de las ventajas de su situación, La Villa Rica fue abandonada en unos pocos años por una posición vecina en el sur, no muy lejos de la desembocadura de Antigua. Este segundo asentamiento fue conocido por el nombre de *Vera Cruz Vieja*. A principios del siglo diecisiete este lugar también fue abandonado por la actual ciudad, Nueva Vera Cruz (véase Ante, cap. 5, nota 7). No conocemos la verdadera causa de estas sucesivas migraciones. Si, como se pretende, fue a causa del *vómito*, es de suponer que los habitantes no ganaron mucho con el cambio (véase Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 210). La falta de atención sobre estos cambios ha provocado a una enorme confusión e imprecisión en los mapas antiguos. Lorenzana no los ha evitado en su carta y relación topográfica de la ruta de Cortés.

Capítulo VIII

Nueva embajada azteca. Destrucción de los ídolos. Despachos enviados a España. Conspiración en el campamento. El hundimiento de la flota. 1519

Mientras los españoles estaban ocupados con su nuevo asentamiento, fueron sorprendidos por la aparición de una embajada de México. El relato del arresto de los recaudadores reales se había extendido rápidamente por el país. Cuando llegó a la capital, todos se llenaron de asombro ante la osadía sin precedentes de los extranjeros. Dentro de Montezuma todo sentimiento, incluido el del miedo, quedó superado por el de la indignación. Su habitual energía quedó patente en los enérgicos preparativos que realizó inmediatamente para castigar a los vasallos rebeldes y vengar la afrenta infringida. Sin embargo, cuando los oficiales aztecas liberados por Cortés llegaron a la capital y le informaron del amable tratamiento que habían recibido del comandante español, el enfado de Montezuma se mitigó y sus supersticiosos miedos, recuperando su influencia, le indujeron a retomar su anterior política pusilánime y conciliadora. Por tanto, envió una embajada que constaba de dos jóvenes, sus sobrinos y cuatro ancianos nobles de su Corte, al campamento de los españoles. Les proveyó, con su habitual espíritu espléndido, de una donación principesca de oro, mercancías de rico algodón y bellos mantos de *plumaje*. Los enviados, al llegar ante Cortés, le presentaron los artículos ofreciéndole al mismo tiempo el reconocimiento de su señor por la cortesía que había mostrado al liberar a sus

nobles cautivos. Sin embargo, su señor se hallaba sorprendido y afligido de que los españoles hubieran ayudado a sus desleales súbditos en la rebelión. No tenía duda de que eran los extranjeros cuya llegada había sido anunciada hacía tanto tiempo por los oráculos y que pertenecían a su mismo linaje¹⁴⁷. Por deferencia a ellos perdonaría a los totonacas mientras estuvieran presentes. Pero ya llegaría el tiempo para la venganza.

Cortés recibió a los jefes indios con franca hospitalidad. Simultáneamente, se preocupó de hacer un despliegue tal de sus recursos, que, al mismo tiempo que distraía sus mentes, produjera una profunda impresión de su poder. Después de unos regalos sin importancia, les despidió con un mensaje conciliador para su señor y con la garantía de que pronto le devolvería los respetos en su capital, donde todo el malentendido entre ellos quedaría resuelto inmediatamente.

Los aliados totonacas difícilmente podían dar crédito a sus sentidos cuando entendieron la naturaleza de la entrevista. A pesar de la presencia de los españoles, habían contemplado con temor las consecuencias de su precipitado acto y sus sentimientos de admiración se convirtieron en respeto ante unos extranjeros que podían ejercer a distancia una influencia tan misteriosa sobre el terrible Montezuma¹⁴⁸.

Poco después los españoles recibieron una petición del cacique de Cempoala para que le ayudaran en una disputa con una ciudad vecina. Cortés marchó con parte de sus fuerzas para ayudarle. En el camino, un tal Morla, un soldado común, le robó a un nativo un par de aves de corral. Cortés, indignado ante esta violación de sus órdenes en su propia cara y consciente de la importancia de mantener la reputación de buena fe entre sus aliados, ordenó que se colgara al hombre inmediatamente en el borde del camino ante todo el ejército. Afortunadamente para el infortunado, se hallaba presente Pedro de Alvarado, el futuro

conquistador de Quiché, quien se atrevió a cortar la cuerda, cuando todavía le quedaba un poco de vida en el cuerpo. Probablemente pensó que ya bastaba como ejemplo y que la innecesaria pérdida de una vida era más de lo que el pequeño grupo se podía permitir. La anécdota es característica de la estricta disciplina mantenida por Cortés sobre sus hombres y de la libertad asumida por sus capitanes, que le trataban en términos casi de igualdad, como un compañero de aventuras. Estos sentimientos de compañerismo provocaron un espíritu de insubordinación entre ellos, que convirtió su puesto de comandante en uno de lo más delicado y difícil.

Al llegar a la ciudad hostil, a tan sólo unas leguas de la costa fueron recibidos de forma amistosa, y Cortés, acompañado de sus aliados, tuvo la satisfacción de reconciliar a estas ramas de la familia totonaca sin derramamiento de sangre. Después volvió a Cempoala, donde fue recibido con alegría por el pueblo, impresionado ahora con una opinión tan favorable por su moderación y justicia como lo habían estado por su valor. En muestra de su gratitud, el cacique indio envió al general ocho doncellas indias ricamente ataviadas, con collares y adornos de oro, con un número de esclavas para servir las. Eran hijas de los principales jefes y el cacique pidió que los capitanes españoles las tomaran como esposas. Cortés recibió a las damas cortésmente, pero indicó al cacique que primero deberían ser bautizadas, ya que los hijos de la Iglesia no tendrían relaciones con idólatras¹⁴⁹. Después declaró que era un objetivo principal de su misión sacar a los nativos de sus abominaciones paganas y suplicó al señor totonaca que permitiera que se derribaran sus ídolos y que se pusieran en su lugar los símbolos de la verdadera fe.

A esto el otro respondió como anteriormente, que sus dioses eran lo suficientemente buenos para él. Ni la

persuasión del general ni la prédica del padre Olmedo lograron inducirle a consentir. Mezcladas con su politeísmo tenía concepciones de un ser superior e infinito, creador del universo y su oscurecido entendimiento no podía comprender cómo un ser así podía condescender a tomar forma humana, con sus padecimientos y enfermedades y errar por la tierra, víctima voluntaria de la persecución de manos de aquellos mismos a los que había insuflado el aliento vital¹⁵⁰. Directamente les dijo a los españoles que se opondría a cualquier ofensa cometida contra sus dioses, que de hecho ellos mismos se vengarían destruyendo inmediatamente a sus enemigos.

Pero el fervor de los cristianos se había elevado demasiado como para enfriarse por cualquier protesta o amenaza. Durante su estancia en aquella tierra habían presenciado en más de una ocasión los bárbaros ritos de los nativos, sus crueles sacrificios de víctimas humanas y sus desagradables festines caníbales¹⁵¹. Con el alma enferma ante estas abominaciones apoyaron como una sola voz a su general, cuando les dijo que «el cielo nunca sonreiría sobre su empresa si consentían tales atrocidades y que por su parte estaba decidido a destrozarse los ídolos indios esa misma hora aunque le costara la vida». Posponer el trabajo de la conversión era un pecado. En el entusiasmo del momento, los dictados de la diplomacia y el sentido común fueron igualmente desoídos.

Sin apenas esperar sus órdenes, los españoles se lanzaron hacia uno de los *teocallis* o templos principales, que se elevaba en lo alto de una pirámide y que tenían unas empinadas escaleras de piedra en el centro. El cacique, adivinando su propósito, inmediatamente convocó a sus hombres a las armas. Los guerreros indios se reunieron de todos los lugares entre estridentes gritos y choque de armas, mientras que los sacerdotes, con sus oscuras ropas de

algodón y despeinados mechones manchados de sangre, que flotaba salvajemente sobre sus hombros se lanzaron desesperadamente entre los nativos instándoles a proteger a sus dioses de la violación. Todo era confusión, tumulto y amenaza de guerra donde hasta hacía tan poco existía sólo paz y dulce hermandad entre las naciones.

Cortés tomó sus habituales medidas decididas y rápidas. Hizo que sus soldados arrestaran al cacique y a algunos de los habitantes y sacerdotes principales. Después les ordenó que tranquilizaran a la gente, ya que si se disparaba una flecha contra un español, les costaría a todos la vida. Marina al mismo tiempo explicó la locura que significaba la resistencia y le recordó al cacique que si se distanciaba del afecto de los españoles se quedaría sin protector contra la terrible venganza de Montezuma. Estas consideraciones temporales parecen haber tenido más peso sobre el jefe totonaca que las de naturaleza más espiritual. Se cubrió el rostro con las manos, exclamando que los dioses se vengarían por sus agravios.

Los cristianos no perdieron tiempo en aprovecharse de su tácito consentimiento. A una señal del general, cincuenta soldados saltaron a la gran escalinata del templo, entraron en el edificio de la cima cuyas paredes estaban negras de sangre humana, arrancaron los enormes ídolos de madera de sus bases y los arrastraron hasta el borde de la terraza. Sus fantásticas formas y rasgos, que transmitían un significado simbólico que los españoles no entendían, representaban a sus ojos tan sólo las espantosas facciones de Satán. Con gran presteza tiraron rodando los colosales monstruos por las escaleras de la pirámide, entre los gritos triunfantes de sus propios compañeros y los gemidos y lamentaciones de los nativos. Después lo consumaron quemándolos en presencia de la multitud.

Posteriormente surgió el mismo efecto que en Cozumel.

Los totonacas, viendo que sus deidades eran incapaces de impedir o incluso castigar esta profanación de sus santuarios, se hicieron una pobre idea de su poder, en comparación con el de los misteriosos y formidables extranjeros. Posteriormente, por orden de Cortés, se limpió el suelo y las paredes de los *teocalli* de sus hediondas impurezas y los albañiles indios pusieron una capa fresca de estuco. Se levantó un altar coronado por una cruz majestuosa y se colgaron guirnaldas de rosas. Después se formó una procesión en la que algunos de los principales sacerdotes totonacas, cambiando sus oscuros mantos por trajes blancos, portaban velas en las manos, mientras que se transportaba en alto una imagen de la Virgen, medio cubierta por las flores que, una vez subidas las escalinatas del templo, se colocó en el altar. El padre Olmedo celebró una misa y el impresionante carácter de la ceremonia y la apasionada elocuencia del buen padre tocaron los sentimientos de la variopinta concurrencia, hasta que tanto los indios como los españoles, si debemos creer al cronista, se deshicieron en lágrimas y en sonoros sollozos. El misionero protestante busca iluminar el entendimiento de su convertido con la fría luz de la razón. Pero el católico más atrevido, encendiendo el espíritu con el esplendor del espectáculo y con el ardoroso retrato de un redentor agonizante, se pasea en sus oyentes entre una tempestad de pasión, que ahoga cualquier cosa parecida a la reflexión. Sin embargo se asegura a su converso, sujetándolo por sus sentimientos, una manera más fácil y poderosa de atrapar al inculto salvaje que la razón.

Un viejo soldado llamado Juan de Torres, inválido por dolores corporales, accedió a quedarse y hacer guardia ante el santuario e instruir a los nativos sobre los servicios. Después, Cortés abrazó a sus aliados totonacas, ahora hermanos tanto de religión como de armas, salió de nuevo

hacia Villa Rica, donde tenía algunas cosas que completar antes de su marcha a la capital¹⁵².

Se sorprendió cuando se enteró de que en su ausencia había llegado un barco español con doce soldados y dos caballos a bordo. Estaba bajo las órdenes de un capitán llamado Saucedo, un caballero del océano, que había seguido la pista de Cortés en busca de aventura. Aunque no muy grande, constituía un grupo muy oportuno de reclutas para el pequeño ejército. A través de estos hombres supieron que Velázquez, el gobernador de Cuba, había recibido hacía poco un permiso del gobierno español para fundar una colonia en las tierras recién descubiertas.

Cortés decidió en este momento poner en acción un plan que llevaba algún tiempo meditando. Sabía que todo lo realizado en la colonia, así como su propia autoridad, caería por tierra sin una sanción real. Conocía también que los intereses de Velázquez en la Corte, que eran grandes, se dedicarían por completo, en cuanto supiera de su secesión, a burlarle y destruirle. Decidió anticiparse a sus movimientos y enviar un barco a España con informes dirigidos al mismo emperador, anunciándole la naturaleza y extensión de sus descubrimientos y obteniendo, si fuera posible, la confirmación de sus acciones. Para conciliar la buena voluntad de su señor se proponía además enviarle tal regalo que le sugiriera las más elevadas ideas sobre la importancia de sus propios servicios a la corona. Para esto, consideraba que el quinto real era insuficiente. Conferenció con sus oficiales y les persuadió para que renunciaran a su parte de los tesoros. Por instancia suya, éstos hicieron la misma petición a los soldados, haciéndoles ver que era el verdadero deseo del general, quien dio ejemplo renunciando a su propio quinto, igual a la parte de la corona. No se le pidió a cada hombre más que una pequeña parte, pero el total haría un presente digno del monarca al que se le

enviaba. Mediante este sacrificio, esperaban asegurarse su indulgencia por el pasado y su favor para el futuro, un sacrificio temporal que sería pagado con creces con la seguridad de las ricas posesiones que les esperaban en México. Se hizo pasar un papel entre los soldados en el que deberían firmar todos aquellos que estuvieran dispuestos a renunciar a su parte. Se deberían respetar las opiniones de aquellos que rechazaran la oferta y deberían recibir la parte que se les debía. Ninguno se negó a firmar, dando así otro ejemplo del extraordinario poder que había obtenido Cortés sobre estos espíritus codiciosos, que ante su solicitud renunciaban a sus tesoros, el gran objetivo de su arriesgada empresa¹⁵³.

Acompañó los regalos con una carta al emperador en la que le daba completa cuenta de todo lo que le había sucedido desde su partida de Cuba, de sus varios descubrimientos, batallas y de su comercio con los nativos, sus conversiones a la cristiandad, sus extraños peligros y sufrimientos, muchos detalles relacionados con las tierras visitadas y todo lo que pudo recabar en relación con la monarquía mexicana y su soberano. Expuso sus dificultades con el gobernador de Cuba, las acciones de su ejército relacionadas con la colonización y suplicó al emperador que ratificara sus actos, así como su propia autoridad, expresando su absoluta confianza en que sería capaz, con la ayuda de sus valientes seguidores, de poner a la corona de Castilla en posesión de este gran imperio indio¹⁵⁴.

Esta es la célebre *primera carta*, como se ha llamado, de Cortés, que ha eludido hasta ahora toda búsqueda realizada en las bibliotecas europeas¹⁵⁵. Su existencia está plenamente atestiguada mediante referencias tanto en sus posteriores cartas como en los escritos de los contemporáneos¹⁵⁶. Su propósito general lo enuncia su capellán Gómara. La importancia de este documento ha sido sin duda

enormemente sobrevalorada y en caso de que alguna vez saliera a la luz probablemente se vería que añade poco de interés al material que contiene la *Carta de Vera Cruz*, que ha constituido la base de la parte precedente de nuestra narración. No tenía más fuentes de información que las que tenían los autores del último documento. Sería incluso menos franco y completo en sus comunicaciones, si fuera verdad que suprimió toda noticia de los descubrimientos de sus dos predecesores inmediatos¹⁵⁷.

Los regidores de Villa Rica en su epístola trataron el mismo tema que Cortés, concluyendo con una enfática protesta sobre la mala conducta de Velázquez, cuya venalidad, extorsión y egoísta devoción a sus intereses personales, excluyendo los de sus soberanos, así como los de sus seguidores, expusieron bajo una luz muy clara y para nada envidiable¹⁵⁸. Imploraban al gobierno que no sancionara su interferencia con la nueva colonia, lo que resultaría fatal para su bienestar, sino que encomendara la empresa a Hernando Cortés, como el hombre más capacitado, por su experiencia y conducta, para llevarla a un final glorioso¹⁵⁹.

Con esta carta iba también otra en nombre de los ciudadanos soldados de Villa Rica, ofreciendo su respetuosa sumisión a los soberanos y pidiendo que confirmaran sus acciones, ante todo la de Cortés como su general.

La selección de los agentes para la misión era un tema delicado, ya que del resultado dependería el futuro de la colonia y de su comandante. Cortés se la encomendó a dos caballeros en los que podía confiar: Francisco de Montejo, el antiguo partidario de Velázquez, y Alonso Hernández de Puertocarrero. Este último oficial era un pariente del conde de Medellín, con lo que confiaba en asegurarse una influencia favorable en la Corte gracias a sus altas conexiones.

Junto con el tesoro, que parecía confirmar la afirmación de que «la tierra estaba repleta de oro en tanta abundancia como aquella de dónde Salomón sacó el mismo metal para su templo»¹⁶⁰, se enviaron algunos manuscritos indios. Algunos eran de algodón, otros de agave mexicano. Sus ininteligibles caracteres, dice el cronista, levantaron poco interés en los conquistadores. Sin embargo, como evidencia de una cultura intelectual conformaban objetos de más elevado interés a la mente filosófica que aquellas caras telas que probaban sólo el ingenio mecánico de la nación¹⁶¹. Se añadieron cuatro esclavos indios como ejemplares de los nativos. Habían sido rescatados de las jaulas en las que estaban confinados para el sacrificio. Se eligió uno de los mejores navíos de la flota para el viaje, tripulado por cincuenta marineros, y se puso bajo las órdenes del piloto Alaminos. Se le encargó que mantuviera el curso atravesando el canal de Bahamas, al norte de Cuba o Fernandina, como era llamada entonces, y que bajo ninguna circunstancia tocara esa isla o cualquier otra del océano indio. Con estas instrucciones el buen barco partió el 26 de julio, cargado con los tesoros y los buenos deseos de la comunidad de Villa Rica de Vera Cruz.

Tras un rápido viaje, los emisarios llegaron a la isla de Cuba e incumpliendo directamente las órdenes anclaron frente a Mariel, en la costa norte de la isla. Esto se hizo para satisfacer a Montejo, que deseaba visitar una plantación que poseía en las inmediaciones. Una vez fuera del puerto un marinero llegó a tierra y, cruzando la isla hasta Santiago, la capital, extendió por todos sitios las noticias de la expedición, hasta que llegaron a oídos de Velázquez. Era la primera noticia que se tenía de la expedición desde su partida y no sería fácil describir las entremezcladas emociones de curiosidad, asombro y rabia que se agitarían en el pecho del gobernador mientras escuchaba la relación.

En un primer arranque de pasión, lanzó una tormenta de invectivas sobre las cabezas de su secretario y de su tesorero, los amigos de Cortés que se lo habían recomendado como líder de la expedición. Al rato, habiéndose descargado de esta manera, envió dos barcos rápidos a Mariel con órdenes de tomar el barco rebelde y en caso de que hubiera partido seguirlo hasta alcanzarlo.

Pero antes de que los barcos pudieran llegar al puerto, el pájaro había volado y estaba ya lejos, en medio del Atlántico. Irritado por la mortificación de este nuevo revés, Velázquez escribió cartas de indignada protesta al gobierno en España y a los padres jerónimos en La Española, exigiendo una reparación. Obtuvo poca satisfacción de estos últimos. Resolvió, sin embargo, tomar el asunto en sus manos iniciando formidables preparativos para otra escuadra, que debía ser aún mayor que la de su oficial rebelde. Fue infatigable en sus esfuerzos, visitando cada rincón de la isla y exprimiendo sus recursos para realizar su propósito. Los preparativos por su escala se prolongaron muchos meses.

Mientras tanto, el pequeño barco surcaba raudo los mares y, después de tomar tierra en las Azores, llegó salvo al puerto de San Lúcar el mes de octubre. Sin embargo, aunque para la perfeccionada ciencia náutica de nuestra época pueda parecer un viaje muy largo, se debe juzgar como un buen viaje para aquella. Dejaré para un capítulo futuro el relato de lo que les ocurrió a los comisionados a su llegada, de su recepción en la Corte y de la sensación causada por sus noticias¹⁶².

Poco después de la partida de los comisionados ocurrió un hecho de lo más desagradable. Un número de personas, con el cura Juan Díaz a la cabeza, descontentos por una u otra causa con la administración de Cortés, o ante la peligrosa expedición que les aguardaba, urdieron un plan para

capturar uno de los barcos y abrirse camino hasta Cuba con la intención de informar al gobernador sobre el destino de la expedición armada. Se realizó con tanto secreto que el grupo ya tenía las provisiones, el agua y todo lo necesario a bordo sin haber sido detectados cuando uno de los suyos que se arrepintió de su participación traicionó a la conspiración la misma noche de su partida. El general ordenó que se detuviera inmediatamente a los implicados. Se inició una investigación, demostrándose la culpabilidad de los participantes. Se condenó a muerte a dos de los cabecillas; otro, el piloto, fue condenado a perder sus pies, y otros, a ser azotados. Al sacerdote, probablemente el más culpable de todos, se le permitió escapar alegando los privilegios de su ministerio. Uno de los condenados a la horca se llamaba Escudero, el mismo alguacil que, como recordará el lector, detuvo a hurtadillas a Cortés anteriormente en su santuario en Cuba¹⁶³. Al firmar las sentencias de muerte se escuchó al general exclamar: «¡Ójala nunca hubiera aprendido a escribir!» Se recalcó que no era ésta la primera vez que se le escuchaba murmurar la misma exclamación en circunstancias similares¹⁶⁴.

Habiendo finalizado los preparativos en Villa Rica, Cortés envió por delante a Alvarado con una parte grande del ejército a Cempoala, donde él se reunió poco después con el resto. El último acto de conspiración parece haber causado una honda impresión en su mente. Le puso de manifiesto que en el campamento había espíritus timoratos en los que no podía confiar y temía que pudieran extender las semillas del desafecto entre los compañeros. Hasta los más resueltos, en un futuro, podían flaquear en su propósito en un momento de disgusto o decepción y apoderarse de los navíos abandonando la empresa. Ésta era ya demasiado grande y la desproporción con los enemigos era tan formidable como para poder pensar en cualquier esperanza de éxito con una

disminución en los números. La experiencia le demostraba que esta disminución era un riesgo a tener siempre en cuenta, mientras hubiera medios a mano para escapar¹⁶⁵. La mejor manera de obtener el éxito era cortar de raíz estos medios, por lo que tomó la arriesgada decisión de destruir la flota sin que lo supiera el ejército.

Cuando llegó a Cempoala comunicó su plan a unos pocos de sus seguidores más fieles, que aceptaron sus puntos de vista con entusiasmo. A través de ellos rápidamente convenció a los pilotos, con esos argumentos de oro que pesan más que ningún otro en las mentes sencillas, para que hicieran un informe de la condición de la flota que sirviera para su propósito. Los barcos, dijeron, estaban gravemente tocados por las fuertes tormentas con las que se habían encontrado, y lo que era peor, la carcoma había comido parte de sus costados y fondo hasta tal punto que muchos de ellos no valían para navegar y algunos, de hecho, difícilmente se mantenían a flote.

Cortés recibió la comunicación con sorpresa, «porque podía disimular muy bien», observa Las Casas en su habitual comentario amistoso, «cuando le interesaba». «De ser así», exclamó, «debemos aprovecharlo, ¡Gracias al cielo!»¹⁶⁶. Después ordenó que se desmantelaran cinco de los que estaban en peores condiciones, que se trajera a la orilla el cordaje, las velas, el hierro y todo lo que se pudiera mover y que se hundieran. Se inspeccionaron los demás y con el mismo informe, cuatro más fueron condenados de la misma manera. ¡Sólo quedó un pequeño bajel!

Al llegar las noticias de todo esto a las tropas de Cempoala, causaron una gran consternación. Se vieron de golpe separados de sus amigos, familia y país. Los corazones más duros temblaron ante la idea de quedarse abandonados en una costa hostil, un puñado de hombres contra un formidable imperio. Cuando llegaron las noticias de la

destrucción de los cinco primeros barcos condenados, lo tomaron como una medida necesaria, conociendo la maliciosa actividad de los insectos en estos mares tropicales. Pero cuando fueron seguidas de la pérdida de los otros cuatro, aparecieron en sus mentes sospechas de la verdad. Sintieron que habían sido traicionados. Los murmullos, al principio en voz baja, se hicieron más y más altos, amenazando con un motín abierto. «¡Su general», decían, «los había conducido como ganado al matadero!»¹⁶⁷. El asunto tomó un tinte más alarmante. En ninguna situación se expuso Cortés a un peligro mayor por parte de sus soldados¹⁶⁸.

Su presencia de espíritu no le abandonó en esta crisis. Reunió a sus hombres y, empleando tonos de persuasión más que de autoridad, les aseguró que la inspección de los barcos mostraba que no eran aptos para el servicio. Si había ordenado que los destruyeran, deberían considerar también que era un gran sacrificio, ya que eran de su propiedad, en realidad, todo lo que poseía en este mundo. Las tropas, por otro lado, sacarían una gran ventaja de todo esto, al sumarse cien hombres hábiles, que antes eran necesarios para tripular los barcos. Pero, aunque se hubiera salvado la flota, hubiera sido de poca ayuda en la presente expedición, ya que no la necesitarían si vencían, al tiempo que se adentrarían demasiado en el interior para aprovecharse de ella si fracasaban. Les pidió que dirigieran sus pensamientos hacia otras cosas. Estar calculando de esa manera posibilidades y medios de escapada era indigno de espíritus valientes. Se habían puesto manos a la obra, echar la vista atrás mientras avanzaban sería su ruina. Sólo tenían que retomar su anterior confianza en sí mismos y en su general y el éxito estaba asegurado. «En cuanto a mí», concluyó, «he elegido mi destino. Me quedaré aquí, mientras al menos uno me acompañe. Si hay alguien tan pusilánime como para

amedrentarse a la hora de compartir los peligros de nuestra gloriosa empresa, que se vaya a casa en el nombre de Dios. Todavía queda un navío. Que se lo lleve y vuelva a Cuba. Allí podrán contar cómo desertaron de su comandante y de sus compañeros y esperar pacientemente a que volvamos cargados con el botín de los aztecas¹⁶⁹.

El político orador había tocado la cuerda correcta en el pecho de los soldados. A medida que hablaba, desapareció paulatinamente el resentimiento. Reavivadas por su elocuencia, las olvidadas visiones de futuras riquezas y de gloria flotaron ante sus imaginaciones. En un primer momento de sorpresa se sintieron avergonzados de su desconfianza temporal. Revivió el entusiasmo por el líder, ya que sentían que bajo su estandarte tan sólo podía esperarles la victoria, y en cuanto terminó le testimoniaron la repulsa que sentían por sus sentimientos anteriores haciendo que el aire vibrara con sus gritos, «A México, a México».

La destrucción de su propia flota por Cortés es quizá el pasaje más notable de la vida de este admirable hombre. La historia, verdaderamente, ofrece ejemplos de estratagemas similares en emergencias en cierto modo parecidas, pero en ninguna eran tan precarias las posibilidades de victoria ni la derrota podía ser tan desastrosa¹⁷⁰. En caso de que hubiera fallado, bien podría parecer un acto de locura. Pero era el fruto de un cálculo meditado. Había apostado todo, la fortuna, la fama y la misma vida y debía atenerse a las consecuencias. No había más alternativa en su mente que vencer o morir. La medida adoptada aumentó enormemente sus posibilidades de éxito. Pero llevarla a cabo frente a una soldadesca encendida fue un acto de resolución que tiene pocos paralelismos en la historia¹⁷¹.

Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, cuya *Historia de las Indias* es una importante autoridad para las páginas precedentes, fue uno de los hombres más notables

del siglo XVI. Nació en Sevilla, en 1474. Su padre acompañó a Colón en su primer viaje al nuevo mundo y adquirió la suficiente riqueza gracias a su oficio como para enviar a su hijo a la Universidad de Salamanca. Durante su residencia allí, era atendido por un paje indio que su padre había traído de La Española. De esta manera el inflexible abogado de la libertad comenzó su carrera como propietario de un esclavo. Pero no se mantuvo así mucho tiempo, ya que su esclavo fue uno de esos a los que posteriormente liberaron las generosas órdenes de Isabel.

En 1498 completó sus estudios en leyes y teología, se licenció, y en 1502 acompañó a Oviedo en la más brillante armada que se había equipado para el mundo occidental. Ocho años después tomó las órdenes sacerdotales de Santo Domingo, un hecho memorable en cierto modo, ya que fue la primera persona consagrada en el santo oficio en las colonias. En la ocupación de Cuba por los españoles, Las Casas se trasladó a esa isla, donde obtuvo una coadjutoría en un pequeño asentamiento. Sin embargo, pronto se hizo conocer por el gobernador Velázquez, por la fidelidad con que desempeñaba sus funciones y especialmente por la influencia que le procuró su suave y benevolente enseñanza entre los indios. Mediante su intimidad con el gobernador, Las Casas tenía medios para mejorar las condiciones de la raza conquistada, y a partir de este momento se puede decir que consagró todas sus energías a este gran objetivo. En este período el sistema de *repartimientos*, introducido poco después del descubrimiento de Colón, estaba completamente operante y la población aborigen de las islas estaba desapareciendo rápidamente bajo un sistema de opresión que ha sido raras veces igualado en los anales de la humanidad. Las Casas, indignado por esta exhibición diaria de crimen y miseria, volvió a España para obtener alguna reparación del gobierno. Fernando murió poco después de su

llegada. Carlos estaba ausente, pero los reinos eran gobernados por el regente Jiménez, quien escuchó las quejas del benévolo misionero, y con su característico vigor instituyó, como ya se ha relatado anteriormente en el texto, una comisión de tres frailes jerónimos con plena autoridad, para reformar los abusos. Las Casas fue honrado por sus esfuerzos con el título de «Protector General de los Indios».

Los nuevos comisionados se comportaron con mucha discreción. Pero su misión era de suma dificultad, ya que se necesitaba tiempo para introducir cambios importantes en las instituciones establecidas. El ardiente y tempestuoso carácter de Las Casas, rechazando toda consideración a la prudencia, desdeñó estos obstáculos y se irritó ante lo que consideraba una política tibia y dilatoria por parte de los comisionados. Como no hacía esfuerzos por ocultar su desagrado, pronto las dos partes entraron en disputa y Las Casas regresó de nuevo a la madre patria para estimular al gobierno, si era posible a fin de que tomara medidas más eficaces para la protección de los nativos.

Encontró el país bajo la administración de los flamencos, que mostraron desde el principio una aversión completa ante los abusos practicados en las colonias y que, en pocas palabras, parecían inclinados a no tolerar más desfalco o extorsión que el suyo. Admitieron sin mucha dificultad las recomendaciones de Las Casas, que proponía liberar a los nativos enviando labriegos castellanos e importando esclavos negros a las islas. Esta última propuesta ha traído mucho vilipendio sobre la cabeza de su autor, que ha sido gratuitamente acusado de haber introducido de esta manera la esclavitud negra en el nuevo mundo. Otros con la misma inconsistencia han intentado vindicar su memoria negando que propusiera la medida en absoluto. Desgraciadamente para la última afirmación, Las Casas, en su *Historia de las Indias*, confiesa con gran arrepentimiento y humillación su

consejo en aquella ocasión, fundado en opiniones de lo más erróneo, como afirma sinceramente, ya que, para usar sus propias palabras, «la misma ley se aplica por igual al negro y al indio». Pero lejos de haber introducido esta medida en las islas, la importación de negros allí data de principios de siglo. Fue recomendada por algunas de las personas más sabias y benévolas de la colonia como medio para disminuir la cantidad de sufrimiento humano, ya que los africanos estaban más dotados físicamente por su constitución para resistir el clima y el duro trabajo impuesto sobre el esclavo que el débil y afeminado isleño. Era una sugerencia dictada por la humanidad, por muy errónea que fuera y considerando las circunstancias en las que se dio y la época, bien puede ser perdonada en Las Casas, especialmente teniendo en cuenta que no tardó en testimoniar su arrepentimiento y que aconsejó las medidas sin conocimiento de causa.

El experimento recomendado por Las Casas se realizó desganadamente por la apatía de Fonseca, presidente del Consejo de Indias, y fracasó. El buen misionero propuso entonces otro plan mucho más audaz. Pidió que se le cediera una gran extensión del país en tierra firme, en la vecindad de las famosas pesquerías de perlas, con el propósito de establecer allí una colonia y de convertir a los nativos al cristianismo. Pidió que no se permitiera a ninguna de las autoridades de la isla y especialmente a la fuerza militar interferir en sus movimientos. Se comprometió a realizar únicamente por medios pacíficos todo lo que en otros sitios se había hecho por la violencia. Lo único que solicitó fue un cierto número de labriegos, atraídos por recompensas del gobierno, para que le ayudaran y además poder estar acompañado de cincuenta dominicos, que deberían distinguirse como él mismo por un traje peculiar, lo que induciría a los nativos a identificarles con una raza de

hombres diferente a la de los españoles. La propuesta fue denunciada como quimérica y fantástica por ciertas personas cuyas oportunidades de observación les daban el derecho a juzgar al respecto. Estos hombres declararon que los indios por su naturaleza eran incapaces de civilización. La polémica era tan candente que Carlos V ordenó que la discusión se produjera en su presencia. Se escuchó en primer lugar al oponente de Las Casas. Cuando el buen misionero contestó, alentado por la noble causa que iba a defender y sin amilanarse por la augusta presencia ante la que se encontraba, se condujo con una ferviente elocuencia que fue directamente a los corazones de la audiencia. «La religión cristiana», concluyó, «opera de igual modo y se acomoda a todas las naciones del globo. No priva a nadie de su libertad, no viola ninguno de sus derechos inherentes con el argumento de que es un esclavo por naturaleza, como se pretende y bien le convendría a su Majestad eliminar una opresión tan monstruosa de sus reinos en el comienzo de su reinado, para que el Todopoderoso lo haga largo y glorioso».

Finalmente, Las Casas se impuso. Se le proporcionaron los hombres y los medios para establecer su colonia, y en 1520 embarcó para América. Pero el resultado fue un lamentable fracaso. El terreno que se le había asignado quedaba cerca de un asentamiento español, en el que ya se habían cometido actos de violencia contra los nativos. Para sofocar a estos últimos, alborotados en ese momento, se envió una fuerza armada por el joven «Almirante» de La Española. La misma gente entre las que Las Casas debería aparecer como enviado de paz estaba por tanto involucrada en una lucha a muerte con sus paisanos. El enemigo se le había adelantado. Mientras que esperaba a que terminara este turbulento episodio, los labriegos que había llevado consigo se dispersaron desesperados por realizar su cometido. Y después de un intento de continuar con sus leales hermanos

dominicos el trabajo de colonización, otras circunstancias les obligaron a abandonar totalmente el proyecto. Su desafortunado autor, abrumado por la decepción, se refugió en un monasterio dominico en la isla de La Española. El fracaso de la empresa se debería achacar en parte sin duda a circunstancias que estaban fuera del control de su artífice. Pese a ello, es imposible no ver en el conjunto del proyecto y en la realización del mismo la mano de una persona mucho más familiarizada con los libros que con los hombres, que en la reclusión de su claustro había meditado y madurado sus benévolos planes, sin estimar en su totalidad los obstáculos que había en el camino y que, con un exceso de confianza, contaba con encontrar en los demás el mismo entusiasmo generoso que brillaba en su pecho.

En su desgracia halló un gran consuelo y compasión en los hermanos dominicos, que le apoyaron como el campeón declarado de los indios en todas las ocasiones y se mostraron tan devotos a la causa de la libertad en el nuevo mundo como fueron hostiles a ella en el viejo. Las Casas pronto se convirtió en un miembro de su orden y en su retiro monástico se aplicó durante muchos años a realizar sus labores espirituales y a componer sus diferentes trabajos, todos dirigidos en mayor o menor grado a vindicar los derechos de los indios. Aquí también comenzó su gran trabajo, la *Historia General de las Indias*, que continuó en momentos de ocio desde 1527 hasta pocos años antes de su muerte. Su tiempo, sin embargo, no estaba completamente absorbido en estos trabajos y encontraba formas de involucrarse en varias laboriosas misiones. Predicó el evangelio entre los nativos en Nicaragua y en Guatemala, y en esta última provincia logró convertir y reducir a la obediencia a algunas tribus salvajes que habían desafiado las armas de sus paisanos. En todos estos trabajos píos era apoyado por los hermanos dominicos. Finalmente, en 1539

cruzó de nuevo los mares para buscar más ayuda y reclutar personas entre los miembros de su orden.

El Consejo que ahora presidía el departamento colonial había sufrido un gran cambio. Había muerto Fonseca, hombre frío y estrecho de mente, que durante su larga administración bien se puede decir que se había mostrado enemigo de todo gran nombre y de toda buena medida relacionada con los indios. Su puesto como presidente en el Consejo de Indias lo ocupaba Loaisa, el confesor de Carlos. Este funcionario, general de los dominicos, dio pronto audiencia a Las Casas y mostró buena voluntad para con sus planes de reforma. Carlos, ahora más maduro, también parecía sentir más profundamente la responsabilidad de su rango y la necesidad de reparar los males, tolerados durante demasiado tiempo, sobre sus súbditos americanos. El estado de las colonias se convirtió en un tema común de discusión no sólo en el Consejo, sino en la Corte y las descripciones de Las Casas causaron una honda impresión, lo que se manifestó en un cambio de sentimiento más claro cada día, que él promovió con la publicación de algunos de sus escritos en este momento y especialmente de su *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, en la que exponía ante al lector las múltiples atrocidades cometidas por sus paisanos en las diferentes partes del nuevo mundo, en la consecución de la conquista. Es un relato trágico, se puede decir que cada línea del trabajo está escrita con sangre. Pero por muy buenos que fueran los motivos de su autor, es de lamentar que se escribiera el libro. Tenía derecho a no exculpar a sus compatriotas, a mostrar sus fechorías en sus verdaderos tonos y mediante este terrible retrato (ya que tal habría sido) a recordar a la nación y a aquellos que la gobernaban, que debían tomar conciencia de la carrera inicua que se seguía en el otro lado del océano. Pero, para producir un efecto más impactante prestó oídos a todo relato

de violencia y de rapiña y magnificó la cantidad hasta un grado que roza en el ridículo. La salvaje extravagancia de sus estimaciones numéricas, por regla general, es suficiente por sí misma para debilitar la confianza en la precisión de sus afirmaciones. Sin embargo, la verdad desnuda era lo suficientemente alarmante como para no necesitar la ayuda de la exageración. El libro encontró enorme favor entre los extranjeros, fue rápidamente traducido a varias lenguas y adornado con dibujos característicos que parecen poner en acción todas las atrocidades registradas en el texto. Provocó de alguna manera diferentes sentimientos en sus compatriotas, especialmente entre la gente de las colonias, que se consideraron objeto de una grave, aunque involuntaria, mal interpretación y en su posterior trato con ellos contribuyó sin duda a disminuir su influencia y consecuentemente su utilidad, por el sentimiento de alejamiento e incluso de resentimiento que generaba.

Las honestas intenciones de Las Casas, sus ilustradas opiniones y su larga experiencia le ganaron el crédito en casa. Esto se pudo ver en las importantes normativas aprobadas en esta época para un mejor gobierno de las colonias y en concreto en relación con los aborígenes. Se aprobó un código de leyes, *Las Nuevas Leyes*, con el objetivo declarado de la liberación de la desgraciada raza y en la sabiduría y humanidad de sus disposiciones es fácil reconocer la mano del protector de los indios. La historia de la legislación de la España colonial es la historia de las impotentes luchas del gobierno por los nativos, contra la avaricia y la crueldad de sus súbditos. Prueba que un imperio poderoso en casa (y España entonces lo era) puede extenderse tanto que su autoridad difícilmente se sienta en sus extremos.

El gobierno reconoció el valor de los importantes servicios de Las Casas promoviéndole a obispo de Cuzco,

una de las sedes más ricas de las colonias. Pero el desinteresado espíritu del misionero no ansiaba obtener riquezas ni ascensos. Rechazó la dignidad que se le ofrecía sin dudarle, aunque no pudo rechazar el arzobispado de Chiapas, una región que, a causa de la pobreza y la ignorancia de sus habitantes, le ofrecía un buen campo para sus labores espirituales. En 1544, aunque con la avanzada edad de setenta años, aceptó estas obligaciones y embarcó por quinta y última vez hacia las costas de América. Su fama le precedía. Los colonos esperaban su llegada con aprensión, contemplándole como el verdadero autor del nuevo código que atacaba sus antiguas inmunidades y que probablemente aplicaría literalmente. En todos sitios fue recibido con frialdad. En algunos lugares se le amenazó con violencia. Pero la venerable presencia del prelado, sus fervientes objeciones, que provenían de manera tan evidente de la convicción y su generosa entrega, que tan poco tenía en cuenta las consideraciones personales, le evitaron esta humillación. Sin embargo, no mostró ninguna disposición a conciliar a sus oponentes con lo que él consideraba una concesión indigna y alargó el brazo de la autoridad hasta negar los sacramentos a cualquiera que mantuviera todavía a un indio esclavo. Esta prepotente medida no sólo indignó a los colonos, sino que incurrió en la desaprobación de su propia hermandad en la iglesia. Sucedieron tres años de desagradables altercados sin que se llegara a ninguna decisión. Los españoles, para tomar su fraseología al uso en estas ocasiones, «obedeciendo la ley pero sin cumplirla», apelaron por escrito al Tribunal para que les diera instrucciones, y el obispo, sin el apoyo de su propia congregación, frustrado por las autoridades coloniales y ultrajado por la gente, renunció a un puesto donde su presencia ya no podía ser muy útil y regresó para pasar el resto de sus días en la tranquilidad del hogar.

Pero, aunque retirado a su convento dominico, no pasaba las horas en perezosa reclusión. De nuevo volvió a aparecer como el campeón de la libertad de los indios en la famosa controversia con Sepúlveda, uno de los estudiosos más agudos de la época y que superaba con mucho a Las Casas en elegancia y corrección de composición. Pero el obispo de Chiapas era superior en argumentos al menos en esta discusión, donde tenía el derecho y la razón de su parte. En sus «treinta proposiciones», como se denominan, en las que resume los diferentes puntos de su caso, mantiene que la circunstancia de infidelidad en la religión no puede privar a una nación de sus derechos políticos, que la Santa Sede, en su concesión del nuevo mundo a los soberanos católicos, tan sólo se proponía conferir el derecho de convertir a sus habitantes al cristianismo y de esta manera ganar una pacífica autoridad sobre ellos y que ninguna autoridad puede ser válida si se fundamenta en otros principios. Esto atacaba directamente la raíz del imperio colonial, tal y como lo asumía Castilla. Pero las desinteresadas opiniones de Las Casas, el respeto que albergaba por sus principios y puede que la convicción en la fuerza de sus argumentos evitó que el Tribunal se ofendiera por su significado o por presionarles hacia su legítima conclusión. Mientras que se prohibió la publicación de los escritos de su adversario, él tuvo la satisfacción de ver los suyos impresos y circulando por todos los rincones.

En esta época su tiempo se distribuía entre sus obligaciones religiosas, sus estudios y la composición de sus trabajos, especialmente su Historia. Su constitución, de excelente naturaleza, se había visto fortalecida por su vida de moderación y trabajo y mantuvo sus facultades en perfecto estado hasta el final. Murió después de una breve enfermedad, en julio de 1566, a la avanzada edad de noventa y dos años, en su monasterio de Atocha en Madrid.

El carácter de Las Casas se puede deducir de su carrera. Era uno de esos hombres a quienes su mente privilegiada les revela las gloriosas verdades morales, que, como las luces del cielo, se mantienen fijas e inalterables para siempre, pero que, aunque ahora sean familiares, estaban ocultas a todos, excepto a unos pocos intelectos sagaces, por la oscuridad general del tiempo en el que vivían. Era un reformador y poseía las virtudes y los errores de un reformador. Estaba inspirado por una idea grande y gloriosa. Esta era la llave de todos sus pensamientos, de todo lo que dijo y escribió, de cada acto de su larga vida. Era esto lo que le impulsaba a levantar la voz de reprimenda en presencia de príncipes, a enfrentar las amenazas del populacho enfurecido, a cruzar mares, atravesar montañas y desiertos, a provocar el alejamiento de amigos, la hostilidad de los enemigos, a soportar el oprobio, el insulto y la persecución. Era esto también lo que le hacía infatigable frente a los obstáculos, lo que le llevaba a contar con demasiada confianza en la cooperación de los demás, lo que le animaba en la discusión, agudizaba su invectiva, demasiado a menudo elevaba su pluma con la rabia de la injuria personal, lo que le llevaba a la exageración absurda y a recargar sus afirmaciones, así como a una ciega credulidad en el mal, que le convertía en un mal consejero y que le hacía tener poco éxito en las cuestiones de la vida cotidiana. Sus motivos eran puros y elevados, pero su manera de ponerlos en práctica no era siempre encomiable. Esto se puede deducir no sólo del testimonio de los colonos en general, quienes como partes interesadas se puede suponer que tienen prejuicios, sino de los miembros de su propia profesión, personas de alto rango y de integridad más allá de toda duda, sin contar a los misioneros que se ocuparon del mismo trabajo que él. Éstos, en cartas y conversaciones que han sido registradas, acusaban al obispo de Chiapas de un temperamento

arrogante, poco caritativo, que se engañaba en su juicio y daba rienda suelta en una injustificable incriminación de todo lo que se resistiera a sus proyectos o difiriera de su opinión. Las Casas, en pocas palabras, era un hombre. Pero si tenía los errores propios de la humanidad, tenía virtudes que raramente la acompañan. El mejor comentario de su carácter es la estimación que obtuvo en la Corte de su soberano. Se le asignó una generosa pensión después de su regreso de América, que gastó principalmente en obras de caridad. No se tomaba ninguna medida de importancia relacionada con los indios sin su consejo. Vivió para ver los frutos de sus esfuerzos en la mejora real de su condición y en la admisión popular de esas grandes verdades cuyo descubrimiento había constituido el objeto de su vida. Y quién podría decir cuántos esfuerzos y argumentos realizados con éxito desde entonces en favor de la humanidad perseguida pueden rastrearse hasta el ejemplo y los escritos de este ilustre filántropo.

Sus composiciones fueron numerosas, muchas de ellas no muy largas. Algunas se imprimieron en su época, otras han aparecido desde entonces, especialmente en la traducción francesa de Llorente. Su gran trabajo, que le ocupó, aunque con intervalos más de treinta años, la *Historia General de las Indias*, todavía está en manuscrito. Se encuentra en tres volúmenes, divididos en otras tantas partes y abarca la historia colonial desde el descubrimiento del país por Colón hasta el año 1520. El estilo del trabajo, como el de todos sus escritos, es poco elegante, deslavazado y excesivamente difuso, abunda en repeticiones, digresiones irrelevantes y citas pedantes. Pero está preñado de pasajes de diferente carácter y cuando se enciende con el deseo de mostrar alguna grave injusticia sobre los nativos, su lenguaje simple se prende de elocuencia y expone esos grandes e inmutables principios de la justicia natural, que en sus días eran tan

poco entendidos. Su defecto como historiador es que escribió historia, como todo lo demás, bajo la influencia de una idea dominante. Siempre está alegando en favor de la causa de los perseguidos nativos. Esto confiere un colorido a los acontecimientos que sucedieron ante sus propios ojos y una confianza demasiado liberal en los informes que recababa de otros. Muchos de los párrafos anteriores de nuestra narración que tienen que ver con los acontecimientos de Cuba deben haber sucedido ante su presencia. Pero parece incapaz de desprenderse de su deferencia previa hacia Velázquez, que, como ya hemos señalado anteriormente, le trató con especial confianza cuando era un pobre coadjutor en la isla. Por Cortés, por otro lado, parece haber sentido un profundo desdén. Presenció el comienzo de su carrera, cuando se encontraba con la gorra en la mano, frente a la orgullosa puerta del gobernador, agradecido por una simple sonrisa de reconocimiento. Las Casas recordaba todo esto y cuando vio al conquistador de México elevarse a la gloria y al reconocimiento que arrojó a su antiguo señor a la sombra (de la forma más injusta, según pensaba Las Casas, a expensas de su señor) el buen obispo no pudo contener su indignación ni hablar de él más que con desprecio, como de un aventurero advenedizo.

Por defectos como éste, y por miedo a la mala interpretación que probablemente producirían, se ha evitado tanto tiempo la publicación de su Historia. A su muerte la dejó en el convento de san Gregorio, en Valladolid, con indicaciones de que no debía ser publicada durante cuarenta años, ni ser vista durante este tiempo por ningún laico o miembro de la hermandad. A Herrera, sin embargo, se le permitió consultarla y transcribió generosamente sus contenidos a sus propios volúmenes, que aparecieron en 1601. La Real Academia de la Historia revisó el primer volumen de Las Casas unos años después, con vistas a la

publicación del trabajo completo. Pero el estilo indiscreto e imaginativo de su composición, según Navarrete, y la consideración de que los hechos más importantes ya eran conocidos a través de otros canales, llevaron a este cuerpo a abandonar el proyecto. Con respeto a sus valoraciones, lo estimo un error. Las Casas, por mucho que se le quite, es uno de los mejores escritores de la nación, grande por las importantes verdades que observaba cuando nadie más podía verlas y por el coraje con que las proclamó al mundo. Éstas están esparcidas por su Historia como en sus demás escritos. No lo están, sin embargo, en los pasajes transcritos por Herrera. Nadie podrá tampoco impugnar su integridad a la hora de narrar los hechos a pesar de su parcialidad y sus prejuicios y, como contemporáneo ilustrado, su testimonio es de innegable valor. Se le debe a la memoria de Las Casas que si su trabajo se ofrece al público, no baste con unos tergiversados extractos de alguien que no era un intérprete justo de sus opiniones. Las Casas no habla por sí mismo en las corteses páginas de Herrera. Sin embargo, la Historia no debiera publicarse sin un comentario apropiado para iluminar al estudioso y protegerle ante cualquier prejuicio excesivo del escritor. Es de esperar que algún día se ofrezca al mundo el manuscrito completo bajo los auspicios de este distinguido organismo, que ya ha hecho tanto en este camino por la ilustración de los anales nacionales.

La vida de Las Casas se ha escrito varias veces. Las dos memorias más dignas de reseñar son las de Llorente, anterior secretario de la Inquisición, antepuesta a la traducción francesa de los escritos de las controversias del obispo, y la de Quintana, en el tercer volumen de sus *Españoles Célebres*, que ofrece un ejemplo verdaderamente noble de composición biográfica, enriquecida con un criticismo literario tan agudo como cándido. He alargado tanto esta nota, debido al interesante carácter de este

hombre y lo poco que el lector inglés conoce de él. También he colocado un pasaje de su trabajo en el original al *Apéndice*, para que el estudioso español se pueda hacer una idea de su estilo de composición. A partir de aquí deja de ser para nosotros una autoridad, ya que su relato de la expedición de Cortés termina con la destrucción de la flota.

Notas al pie

¹⁴⁷ «Teniendo respeto á que tiene por cierto, que somos los que sus antepasados les auian dicho, que auian de venir á sus tierras, é que deuemos de ser de sus linajes», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 48.

¹⁴⁸ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 37. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 82.

¹⁴⁹ «De buena gana recibirían las Doncellas como fuesen Cristianos; porque de otra manera, no era permitido á hombres, hijos de la Iglesia de Dios, tener comercio con idólatras», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 13.

¹⁵⁰ *Ibid.*, dec. 2, lib. 5, cap. 13. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122.

Herrera ha colocado en boca de Cortés una arenga muy edificante en esta ocasión que tiene mucho más de cura que de soldado. ¿Acaso le confunde con el padre Olmedo?

¹⁵¹ «Esto habemos visto», dice la *Carta de Vera Cruz*, «algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la mas terrible y la mas espantosa cosa de ver que jamas han visto». Bernal Díaz habla con un tono más fuerte (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 51). La carta calcula que había cincuenta o sesenta personas asesinadas en cada uno de los *teocallis* cada año, con un consumo anual en los países que los españoles habían visitado de tres mil o cuatro mil víctimas (*Carta de Vera Cruz*, manuscrito). Por muy floja que sea esta aritmética la realidad general es atroz.

¹⁵² Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 51, 52. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 43. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, caps. 13, 14. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83.

¹⁵³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 53. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 82. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

En la *Carta de Vera Cruz* hay un inventario más completo de los artículos recibidos de Montezuma. Los siguientes son algunos de los objetos.

Dos collares de oro y pedrería.

Cien onzas de mineral de oro, para que su alteza pudiera ver en qué estado se sacaba el oro de las minas.

Dos pájaros de plumaje verde con sus pies y picos y ojos de oro, que se ponen en una pieza de las de oro que parecen caracoles.

Una enorme cabeza de caimán de oro.

Un pájaro de plumas verdes con patas, pico y ojos de oro.

Dos pájaros hechos de hilo y trabajo de plumas con cañamones en sus alas y cola, sus patas, ojos y la punta de los picos de oro, sobre juncos cubiertos de oro que se levantaban sobre bolas de plumaje y bordado de oro, una blanca y otra amarilla con siete borlas de plumaje colgando de cada una de ellas.

Una enorme rodela de plata que pesaba cuarenta *marks*, y varias más de menor tamaño del mismo metal.

Una caja de plumaje adornada de cuero con una enorme placa de oro que pesaba setenta onzas en el medio.

Dos piezas de tela tejidas con plumas, otra con colores variados y otra con figuras blancas y negras.

Una enorme rodela de oro con figuras de extraños animales y trabajada con penachos de hojas que pesaba tres mil ochocientas onzas.

Un abanico de variado trabajo de plumas, con treinta y siete de las varillas chapadas de oro.

Cinco abanicos de plumas variadas, cuatro de los cuales tienen diez y los otros trece de las varillas repujadas con oro.

Dieciséis escudos de piedras preciosas, con plumas de variados colores colgando de los bordes.

Dos piezas de algodón trabajado ricamente con bordado negro y blanco.

Seis escudos, cada uno cubierto con una placa de oro, con algo parecido a una mitra de oro en el centro.

¹⁵⁴ «Una muy larga Carta», dice Gómara en su impreciso análisis de la misma. *Crónica de Nueva España*, cap. 40.

¹⁵⁵ El doctor Robertson afirma que la Biblioteca Imperial de Viena fue examinada en búsqueda de este documento a petición suya, pero sin éxito (*History of America*, vol. II, nota 70). No he sido más afortunado en las investigaciones que he hecho en el Museo Británico, la Biblioteca Real de París y en la Academia de la Historia de Madrid. Esta última posee un enorme depósito de documentos históricos coloniales, pero tras una inspección muy minuciosa de sus papeles queda claro que éste no se encuentra en la colección. Como el emperador la recibió en vísperas de embarcarse para Alemania y la *Carta de Vera Cruz*, enviada al mismo tiempo, está en la biblioteca de Viena, éste parecía ser, después de todo, el lugar más probable para encontrarla.

¹⁵⁶ «En una nao», dice Cortés en la primera frase de su segunda carta al emperador, «que de esta Nueva España de Vuestra Sacra Majestad despaché á 16 de Julio de el año 1519 embié á Vuestra Alteza muy larga y particular Relación de las cosas hasta aquella sazón después que yo á ella vine en ella sucedidas» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 38). «Cortés escriuió», dice Bernal Díaz, «segun él nos dixo, con recta relacion, mas no vimos su carta» (*Historia*

verdadera de la Conquista de la Nueva España, cap. 53). (También Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I, y Gómara, *ut supra*.) Si no fuera por estos testimonios concluyentes, uno podría suponer que la *Carta de Vera Cruz* hubiera sugerido una carta *imaginaria* de Cortés. Realmente, la copia de este anterior documento, que pertenece a la Academia Española de la Historia, y quizá el original de Viena, llevan el erróneo título de «Primera Relación de Cortés».

¹⁵⁷ Esta es una imputación de Bernal Díaz, citada de habladurías, ya que admite que nunca vio la carta él mismo. *Ibid.*, cap. 54.

¹⁵⁸ «Fingiendo mill cautelas», dice Las Casas, educadamente, de esta parte de la carta, «y afirmando otras muchas falsedades é mentiras», *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122.

¹⁵⁹ Este documento es del mayor interés y valor, viniendo como lo hace de las personas mejor instruidas del campamento. Presenta un registro elaborado de todo lo que se sabía de los países visitados hasta entonces y de los principales movimientos del ejército hasta la fundación de Villa Rica. Los escritores concilian nuestra confianza por el tono circunspecto de su narración. «Querer dar», dicen, «á Vuestra Magestad todas las particularidades de esta tierra y gente de ella, podría que en algo se errase la relacion, porque muchas de ellas no se han visto mas de por informaciones de los naturales de ella, y por esto no nos entremetemos á dar mas de aquello que por muy cierto y verdadero Vras. Relaes Altezas podrán mandar tener». El relato que dan de Velázquez, sin embargo, debe considerarse como un testimonio *ex parte* y como tal admitido con gran reserva. Era esencial para sus propias reivindicaciones reivindicar a Cortés. La carta no se ha impreso nunca. El original se encuentra, como se ha dicho anteriormente, en la Biblioteca Imperial de Viena. La copia en mi posesión, que ocupa más de sesenta páginas tamaño folio, ha sido tomada de la Academia de la Historia de Madrid.

¹⁶⁰ «Á nuestra parecer se debe creer, que ai en esta tierra tanto quanto en aquella de donde se dize aver llevado Salomón el oro para el templo», *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

¹⁶¹ Pedro Mártir, prominente entre sus contemporáneos por los iluminados puntos de vista que tomó ante los nuevos descubrimientos, dedica medio capítulo a los manuscritos indios, en los que reconoce la evidencia de una civilización análoga a la del Egipto. *De Orbe Novo*, dec. 4, cap. 8.

¹⁶² Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 54-57. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 40. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 14. *Carta de Vera Cruz*, manuscrito.

La copiosa información de Mártir viene principalmente de sus conversaciones con Alaminos y los dos enviados a su llegada a la Corte. *De Orbe Novo*, dec. 4, cap. 6, *et alibi*; también *idem*, *Opus Epistolarum* (Amstelodami, 1670), ep. 650.

¹⁶³ Véase Ante, p. 165.

¹⁶⁴ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 57.

Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 2. Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122. *Demanda de Narváez*, manuscrito. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 41.

Era la exclamación de Nerón, según informa Suetonio. «Et cum de suplió cujusdam capite damnati ut ex more subscriberret, admoneretur, “Quam vellem”, inquit “nescire literas!”», lib. 6, cap. 10.

¹⁶⁵ «Y porque», dice Cortés, «demas de los que por ser criados y amigos de Diego Velázquez tenían voluntad de salir de la Tierra, habia otros, que por verla tan grande, y de tanta gente, y tal, y ver los pocos Españoles que eramos, esta ban del mismo propósito; creyen do, que si allí los navíos dejasse, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaria casi solo».

¹⁶⁶ «Mostró quando se lo dixéron mucho sentimiento Cortés, porque savia bien haçer fingimientos quando le era provechoso, y rrespondióles que mirasen vien en ello, é si no estaban para navegar que diesén gracias á Dios por ello, pues no se podia hacer mas», Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122.

¹⁶⁷ «Decían, que los querían meter en el matadero», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 42.

¹⁶⁸ «Al cavo lo oviéron de sentir la gente y ayna se le amotinaron muchos, y esta fué uno de los peligros que pasaron por Cortés de muchos que para matallo de los mismos Españoles estuvo», Las Casas, *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122.

¹⁶⁹ «Que ninguno seria tan cobarde y tan pusilánime que queria estimar su vida mas que la suya, ni de tan debil corazon que dudase de ir con él á México, donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno de dejar de hacer este se podia ir bendito de Dios á Cuba en el navío que había dexado, de que antes de mucho se arrepentiria, y pelaria las barbas, viendo la buena ventura que esperaba le sucederia», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 82.

¹⁷⁰ Quizá el más notable de estos ejemplos es el de Juliano, quien en su desafortunada invasión de Asiria, quemó la flota que le había llevado Tigris arriba. La historia es contada por Gibbon, que muestra de manera bastante satisfactoria que la flota hubiera sido más un estorbo que una ayuda para el emperador en su ulterior progreso. Véase *History of the Decline and Fall* (vol. IX, p. 177), en la excelente edición de Milman.

¹⁷¹ El relato que se ofrece en el texto de la destrucción de la flota, no es el de Bernal Díaz, quien afirma que no sólo fue realizado con el conocimiento, sino con la aprobación del ejército, aunque a sugerencia de Cortés (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 58). Esta versión es sancionada por el doctor Robertson (*History of America*, vol. II, pp. 253, 254). Se debe tener mucho cuidado al apartarse del honesto registro del viejo soldado, especialmente cuando se confirma por el exigente juicio del historiador de América. Pero Cortés declara

explícitamente en su carta al emperador, que ordenó que los barcos fueran hundidos sin el conocimiento de sus hombres, temiendo que si los medios de escape quedaban abiertos, los timoratos y desafectos pudieran en un momento futuro aprovecharse de ellos (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 41). Los caballeros Montejo y Puertocarrero, en su visita a España, afirmaron en sus declaraciones que el general destruyó la flota basándose en la información recibida de los pilotos (*Declaraciones*, manuscritos). Narváez, en su acusación contra Cortés, y Las Casas, habla del hecho en términos de reprobación sin restricciones, culpándole además de sobornar a los pilotos para que hicieran agujeros en el fondo de los barcos, para poder inutilizarlos (*Demanda de Narváez*, manuscrito. *Hist. de las Indias*, manuscrito, lib. 3, cap. 122). El mismo relato del hecho, aunque con un comentario muy diferente sobre sus méritos es repetido por Oviedo (*Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 2), Gómara (*Crónica de Nueva España*, cap. 42) y Pedro Mártir (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. I), todos ellos tenían acceso a las mejores fuentes de información.

El asunto, tan notable como acto de un individuo, se convierte en algo completamente increíble, cuando lo consideramos como el resultado de muchas voluntades independientes. No es improbable que Bernal Díaz, por su conocida devoción a la causa, fuera uno de los pocos a los que Cortés confió su propósito. El veterano, al escribir su narración, muchos años después, puede que confundiera una parte por el todo y en su celo por asegurar al ejército la parte de gloria que se merecía por la expedición, apropiada en demasía por el general (uno de los principales propósitos de su historia como nos cuenta), puede haber distribuido entre sus camaradas el crédito de una hazaña que, en este caso al menos, le pertenecía concretamente al comandante. Cualquiera que fuera la causa de la discrepancia, es difícil mantener su único testimonio contra el peso de la evidencia contemporánea de tan competentes fuentes.

LIBRO III
Marcha a México

Capítulo I

Sucesos en Cempoala. Los españoles ascienden a la meseta. Paisaje pintoresco. Negociaciones con los nativos. Embajada a Tlaxcala

Mientras estaba en Cempoala, Cortés recibió un mensaje de Escalante, su comandante en Villa Rica, informándole de que había cuatro barcos extraños rondando la costa que no hacían caso de sus repetidas señales. Esta información alarmó enormemente al general, que temía fuera una escuadra enviada por el gobernador de Cuba para interferir en sus movimientos. Rápidamente salió a la cabeza de unos hombres a caballo y, ordenando a un grupo de infantería ligera que le siguiera, partió rápidamente hacia Villa Rica. Dejó el resto del ejército a cargo de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval, un joven oficial que había empezado a mostrar las cualidades poco comunes que posteriormente le han asegurado un puesto tan distinguido entre los conquistadores de México.

Cuando llegó a la ciudad, Escalante intentó convencerle de que descansara y le dejara a él ir en busca de los extranjeros. Pero Cortés replicó con el proverbio casero «Cabra coxa no tenga siesta»^{*} y sin parar para tomar un descanso ni él ni sus hombres siguió tres o cuatro leguas al Norte, donde entendió que estaban anclados los barcos. Por el camino, se encontró con tres españoles que acababan de desembarcar de ellos. Al preguntarles ansiosamente por su procedencia, éstos respondieron que pertenecían a una escuadra organizada por Francisco de Garay, gobernador de

Jamaica. Este hombre, el año anterior había visitado la costa de Florida y había obtenido de España (donde tenía conexiones en la Corte) autoridad sobre los países que pudiera descubrir en la vecindad. Los tres hombres, entre los que había un notario y dos testigos, habían sido enviados a la costa para advertir a sus paisanos bajo las órdenes de Cortés que desistieran de lo que consideraba una invasión de los territorios de Garay. Probablemente, ni el gobernador de Jamaica ni sus oficiales tenían una noción muy precisa de la geografía y los límites de estos territorios.

Cortés vio inmediatamente que no había nada que temer de esta parte. Sin embargo, de haber podido, le hubiera gustado convencer por cualquier medio a la tripulación de los barcos para que se unieran a su expedición. No encontró ninguna dificultad en persuadir al notario y a sus compañeros. Pero cuando estuvo a la vista de los navíos, la gente a bordo, desconfiando de las buenas relaciones en las que sus compañeros parecían estar con los españoles, rechazaron enviar sus botes a tierra. En este dilema, Cortés recurrió a una estratagema.

Ordenó a tres de sus hombres que intercambiaran las ropas con los recién llegados. Después sacó a su pequeño grupo a la vista de los buques, fingiendo que regresaban a la ciudad. Por la noche, sin embargo, volvió al mismo sitio y permanecieron emboscados y cuando rompió la mañana y podía distinguírseles, indicó a los españoles disfrazados que hicieran señales a los que estaban a bordo. La estratagema funcionó y un bote lleno de hombres armados descendió, saltando tres o cuatro a tierra firme. Pero pronto detectaron el engaño y Cortés, saliendo de su escondite, los hizo prisioneros. Sus compañeros en el bote, alarmados, se retiraron inmediatamente a los navíos, que se pusieron pronto en marcha, abandonando a los de la orilla a su destino. De esta manera terminó este capítulo. Cortés volvió

a Cempoala habiendo reclutado a media docena de personas hábiles y, lo que era más importante, habiendo aliviado en su mente el temor de que interfirieran en sus operaciones¹.

Después de esto comenzó los preparativos para partir inmediatamente de la capital totonaca. Las fuerzas acumuladas para la expedición ascendían a un total de cuatrocientos hombres de a pie y quince a caballo, con siete piezas de artillería. También obtuvo mil trescientos guerreros indios y mil *tamanes* o porteadores del cacique de Cempoala, para arrastrar los cañones y transportar el equipaje. Tomó además como rehenes a cuarenta de sus hombres principales para que le sirvieran de guías para el camino y de consejeros entre las tribus extranjeras que iba a visitar. De hecho, le prestaron un servicio esencial a lo largo de la marcha².

El resto de las fuerzas españolas las dejó en la guarnición de Villa Rica de Vera Cruz, cuya dirección encargó al alguacil, Juan de Escalante, un oficial afecto a sus intereses. La elección fue juiciosa. Era importante colocar allí a un hombre que pudiera resistir una interferencia hostil de sus rivales europeos por un lado y por otro, mantener las actuales relaciones amistosas con los nativos. Cortés recomendó a los jefes totonacas que recurrieran a este oficial en caso de cualquier dificultad, asegurándoles que mientras se mantuvieran leales a su nuevo soberano y a su religión encontrarían protección segura en los españoles.

Antes de partir, el general dirigió unas palabras de aliento a sus hombres. Les dijo que era en ese momento cuando comenzaban seriamente la empresa que constituía el objetivo principal de sus deseos y que el bendito Salvador les llevaría victoriosos a través de todas las batallas contra sus enemigos. «Realmente», añadió, «esta convicción debe ser nuestro pilar, ahora no tenemos más refugio que el que nos proporcionen la Providencia de Dios y nuestros propios

fuertes corazones»³. Terminó comparando sus logros a aquellos de los antiguos romanos, «en frases de melosa elocuencia, más allá de cualquier cosa que yo pueda repetir», dice Bernal Díaz, el valiente y sencillo cronista que las escuchó. Cortés realmente poseía esa elocuencia que llegaba a los corazones de los soldados, porque las afinidades de ellos eran las suyas y compartía ese romántico espíritu que les caracterizaba. «Estamos preparados para obedecerte», gritaron como una sola voz. «Nuestra suerte, para bien o para mal, está unida a la tuya»⁴. Abandonando, por tanto, a sus hospitalarios amigos indios, el pequeño ejército, repleto de grandes esperanzas y elevados planes de conquista comenzó la marcha hacia México.

Era el dieciséis de agosto de 1519. Durante el primer día, su camino atravesaba la *tierra caliente*^{*}, la bella tierra donde se habían entretenido tanto tiempo, la tierra de la vainilla, la cochinilla, el cacao (que sólo posteriormente fue de la naranja y la caña de azúcar), productos que, propios de México, se han convertido en lujos en Europa; la tierra donde las frutas y las flores se persiguen en un ciclo ininterrumpido durante todo el año, donde los vendavales van cargados de perfumes tan dulces que hacen daño a los sentidos y las arboledas están repletas de pájaros multicolores e insectos cuyas esmaltadas alas centellean como diamantes bajo el brillante sol de los trópicos. Tales son los mágicos esplendores de este paraíso de los sentidos. Sin embargo, la naturaleza actúa aquí según el espíritu de compensación que tanto la caracteriza, ya que el mismo sol ardiente que da vida a estas glorias del reino animal y vegetal, llama a la pestilente *malaria*, con su séquito de afecciones biliosas, desconocidos para los fríos cielos del Norte. La temporada en la que los españoles llegaron ahí, los meses lluviosos del verano son precisamente aquellos en los que el *vómito*^{*} ruge con mayor furia cuando el extranjero

europeo difícilmente se aventura a poner su pie en la orilla, menos aún a pasar un día allí. No encontramos ninguna mención de ello en los registros de los conquistadores, ni a decir verdad ningún comentario sobre una mortalidad especial. El hecho corrobora, sin duda, la teoría de aquellos que posponen la aparición de la fiebre amarilla hasta mucho después de que los blancos ocuparan el país. Prueba al menos que, de existir, debía ser en forma mucho más mitigada.

Tras algunas leguas de viaje por caminos, prácticamente intransitables debido a las lluvias de verano, las tropas comenzaron el ascenso gradual (más gradual en el Este que en las laderas occidentales de la cordillera), que conducía a la meseta de México. Al final del segundo día llegaron a Jalapa, un lugar que todavía mantiene su nombre azteca, el mismo que ha transmitido al fármaco que se cultiva en sus alrededores, por cuyas virtudes medicinales es ahora conocido en todo el mundo⁵. Esta ciudad se encuentra a medio camino de la larga ascensión, a la altura en la que los vapores del océano chocan, en su ruta hacia el Oeste, manteniendo un rico verdor durante todo el año. Aunque un poco infectado por estas nieblas marinas, el aire es normalmente limpio y salubre. Los habitantes ricos de las regiones más bajas se retiran aquí por seguridad en los meses de verano y el viajero agradece sus bosquecillos de robles con placer, pues anuncian que ya se encuentra por encima de la mortal influencia del *vómito*⁶. Desde este delicioso lugar, los españoles disfrutaron de uno de los panoramas más impresionantes de la naturaleza. Frente a ellos se encontraba la empinada ascensión (mucho más empinada a partir de este punto) que tenían que subir. A la derecha se elevaba *Sierra Madre*, rodeada de su oscuro cinturón de pinos y sus largas líneas de colinas sombreadas, extendiéndose en la distancia. Al Sur, en un brillante

contraste, se elevaba el impresionante Orizaba, con su blanco manto de nieve descendiendo por los lados, dominando en su solitaria grandeza, el gigantesco espectro de los Andes. Tras ellos contemplaban desplegada a sus pies la magnífica *tierra caliente*, con su alegre confusión de praderas, arroyos y florecientes bosques salpicada de brillantes aldeas indias, mientras que una tenue línea en el límite del horizonte les indicaba donde se encontraba el océano, tras el que estaban los familiares y el país, que muchos de ellos nunca más verían.

Continuando en su ascensión, con un paisaje y una temperatura muy diferente de aquella de las regiones inferiores, el ejército atravesó asentamientos que contenían unos cientos de habitantes cada uno. Al cuarto día llegaron a una «ciudad fuerte», como la llama Cortés, sobre un peñasco rocoso, que se supone que era la que hoy se conoce por el nombre mexicano de Naulinco. Aquí fueron hospitalariamente recibidos por los habitantes, amigos de los totonacas. Cortés se esforzó, a través del padre Olmedo, por impartirles algún conocimiento de las verdades cristianas que fueron amablemente recibidas por los nativos, permitiéndose a los españoles erigir una cruz en el lugar para la futura adoración de los nativos. Realmente podría trazarse la ruta del ejército por estos emblemas de la salvación del hombre elevados en cualquier lugar donde una población india deseosa les invitaba, sugiriendo una idea muy diferente de la que esos mismos monumentos provocan en el viajero de estas soledades montañosas hoy en día⁷.

Las tropas se internaron en el escarpado desfiladero, *el Paso del Obispo*⁸, apto para una fácil defensa contra un ejército. Muy pronto experimentaron un cambio de clima de lo menos bienvenido. Los fríos vientos de las montañas, mezclados con lluvia y, a medida que ascendían más alto, con aguanieve y granizo, empaparon sus ropas y parecía

metérseles en los mismos huesos. Los españoles, parcialmente cubiertos por la armadura y sus gruesas chaquetas de algodón acolchado, estaban mejor preparados para resistir el clima, aunque su larga estancia en las ardientes regiones del valle les habían hecho enormemente sensibles a las molestias. Pero los pobres indios, nativos de tierra caliente, con poca protección para cubrirse, se hundieron ante el duro asalto de los elementos y varios de ellos perecieron en el camino.

El aspecto del país era tan salvaje y lóbrego como el clima. Su ruta serpenteaba a lo largo del ramal del enorme Cofre de Perote, que toma su nombre tanto en castellano como en mexicano de la roca con forma de cofre que hay en su cima⁹. Es uno de los mayores volcanes de Nueva España. En realidad hoy en día no muestra ningún vestigio de cráter en su cima, pero hay abundantes restos de acción volcánica en su base, donde acres de lava, escoria ennegrecida y cenizas proclaman las convulsiones de la naturaleza, mientras que numerosos arbustos y mohosos troncos de enormes árboles entre las grietas atestiguan la antigüedad de estos episodios. El camino, que se abría paso con dificultad entre este paisaje de desolación, a menudo les llevaba por el borde de precipicios, en cuyas abruptas profundidades de dos o tres mil pies el ojo entrecerrado podía contemplar otro clima y ver cómo la encendida vegetación de los trópicos llenaba el fondo de los barrancos.

Después de tres días de este fatigoso viaje, el ejército, cansado por el mismo, salió a otro desfiladero, el *Sierra de Agua*¹⁰. Pronto llegaron a un terreno abierto, con un agradable clima como el de las latitudes templadas del sur de Europa. Habían alcanzado el nivel superior a los siete mil pies por encima del océano, donde la enorme llanura de la meseta se extiende durante cientos de millas a lo largo de los picos de la cordillera. La región denotaba signos de un

cuidadoso cultivo, pero los productos eran en su mayoría desconocidos para los españoles. Se veían por todos sitios los campos y los setos de las diferentes familias del cactus, el imponente órgano y las plantaciones de áloes con sus racimos de flores amarillas sobre los tallos alargados, que proporcionaban bebida y vestido a los aztecas. Las plantas de las zonas tórridas y templadas habían desaparecido, una detrás de otra, al ir ascendiendo a estas elevadas regiones. El lustroso banano de hojas oscuras, el principal alimento de las tierras más bajas, por ser el más barato, había desaparecido hacía tiempo del paisaje. La dorada cosecha del resistente maíz, sin embargo, reflejaba con orgullo su cultivo como el alimento básico por excelencia tanto en las terrazas más altas como en las más bajas de la meseta.

Súbitamente, las tropas llegaron a lo que parecían los alrededores de una populosa ciudad, que, según entraban, parecía superar incluso a la de Cempoala tanto en tamaño como en la solidez de sus edificios¹¹. Eran de calicanto, muchos de ellos espaciosos y bastante altos. Había trece *teocallis* en el lugar y en las afueras habían visto un almacén en el que, según Bernal Díaz, se almacenaban cien mil calaveras de víctimas humanas, todas apiladas y alineadas. El número que da, según él, proviene de su propio recuento¹². Sea cual sea la fe que tengamos en la precisión de sus cifras, el resultado es igualmente asombroso. Los españoles estaban destinados a familiarizarse con este horroroso espectáculo a medida que se acercaban a la capital azteca.

El señor de la ciudad gobernaba sobre veinte mil vasallos. Era tributario de Montezuma y había una fuerte guarnición mexicana acuartelada en el lugar. Probablemente había sido advertido de la llegada de los españoles y dudaba de hasta qué punto sería bienvenida por su soberano. En cualquier caso les ofreció una fría recepción, enormemente

desagradable después de los extraordinarios sufrimientos de los últimos días. A las preguntas de Cortés de si era súbdito de Montezuma, respondió con sorpresa real o fingida: «¿Quién no es vasallo de Montezuma?»¹³. El general le respondió con bastante énfasis que él no lo era. Después le explicó de dónde y por qué había venido, asegurándole que servía a un monarca que tenía por vasallos príncipes tan poderosos como el mismo monarca azteca.

El cacique a su vez no se quedó corto en el despliegue pomposo de grandeza y recursos del emperador indio. Le dijo a su huésped que Montezuma podía convocar a treinta grandes vasallos, cada uno señor de cien mil hombres¹⁴. Sus ingresos eran inmensos, ya que todo súbdito, por muy pobre que fuera, pagaba algo y todo se gastaba en su magnífica Corte y en mantener sus ejércitos. Éstos estaban constantemente en el campo de batalla, al tiempo que se mantenían guarniciones en la mayoría de las grandes ciudades del imperio. Más de veinte mil víctimas, el fruto de sus guerras, se sacrificaban anualmente en los altares de sus dioses. Su capital, dijo el cacique, se encontraba en un lago, en el centro de un amplio valle. El lago estaba dominado por los barcos del emperador y el acceso a la ciudad se hacía a través de calzadas de varias millas de longitud, conectadas en ciertos puntos por puentes de madera, que cuando se alzaban cortaban toda comunicación con el país. Añadió algunas cosas más respondiendo a las preguntas de su huésped, en las que, como puede imaginar el lector, el astuto o crédulo cacique barnizó la verdad con un vivo color novelesco. Los españoles no podían discernir si era novela o realidad. La información que habían recabado no era precisamente tranquilizadora y puede que hiciera detenerse a corazones menos valerosos que los suyos antes de continuar. Pero nada más lejos de su intención. «Las palabras que escuchamos», dice el rudo y viejo caballero, tan

a menudo citado, «por mucho que nos llenaran de admiración, nos infundieron más deseos (tal es el temperamento del español) de probar la aventura, por muy desesperada que pudiera parecer»¹⁵.

En una conversación posterior, Cortés preguntó al jefe si en su país abundaba el oro e insinuó el deseo de llevarse algo a casa como muestras para su soberano. Pero el señor indio se negó a darle nada, diciendo que podía disgustar a Montezuma. «En caso de que lo ordenara», añadió, «mi oro, mi persona y todo lo que poseo estaría a tu disposición». El general no presionó más.

Los extraños trajes, armas, caballos y perros de los españoles provocaron naturalmente la curiosidad de los nativos. Marina, respondiendo a sus preguntas, aprovechó la ocasión para magnificar el poder de sus compatriotas de adopción, explayándose en sus hazañas y victorias y afirmando las extraordinarias muestras de respeto que habían recibido por parte de Montezuma. Esta información parece que tuvo su efecto, ya que poco después el cacique le dio algunas curiosas baratijas de oro, de no mucho valor en realidad, como testimonio de su buena voluntad. También le envió algunas esclavas para que prepararan pan para las tropas y proporcionó medios para el refrigerio y el descanso, más importante para ellos en las circunstancias actuales que todo el oro de México¹⁶.

El general español, como de costumbre, no desaprovechó la ocasión para inculcar las grandes verdades de la revelación a su anfitrión y mostrar la atrocidad de la superstición india. El cacique escuchó con una indiferencia educada aunque fría. Cortés, viendo que no se conmovía, se volvió bruscamente a sus soldados, exclamando que ¡era momento de levantar una cruz! Éstos secundaron su pía proposición con entusiasmo y probablemente se hubieran repetido las mismas escenas que en Cempoala, quizá con

resultados muy diferentes, de no haber sido por el padre Olmedo, que con mejor juicio se interpuso. Explicó que introducir la cruz entre los nativos, en su presente estado de ignorancia e incredulidad, sería exponer al símbolo sagrado a la profanación en cuanto los españoles dieran la espalda. Lo único que se podía hacer era esperar pacientemente el momento en que con más tiempo se pudiera inculcar en sus mentes un conocimiento de la verdad. El sobrio razonamiento del buen padre prevaleció sobre las pasiones de los entusiastas militares.

Cortés tuvo suerte de que Olmedo no fuera uno de esos frailes fanáticos, capaz de avivar en este tipo de ocasiones su fiero temperamento convirtiéndolo en fuego. Podía haber tenido una desastrosa influencia en sus destinos, ya que Cortés tenía en poco las consecuencias temporales en comparación con la gran labor de la conversión, para cuya consecución la mente poco escrupulosa del soldado, entrenada para la severa disciplina del campamento, hubiera empleado la fuerza cuando medios más correctos se mostraran infructuosos¹⁷. Pero Olmedo pertenecía a ese tipo de misioneros benevolentes de los que la iglesia católica, para su crédito, ha proporcionado tantos ejemplos, que se apoyan en las armas espirituales para la gran tarea de inculcar esas doctrinas de amor y piedad que mejor pueden tocar las sensibilidades y ganar el afecto de su ruda audiencia. Éstas, realmente, son las verdaderas armas de la iglesia, las armas empleadas en la época primitiva con las que se han extendido sus pacíficos estandartes sobre las regiones más apartadas del globo. No eran, sin embargo, los medios utilizados por los conquistadores de América, quienes, en lugar de adoptar la política de los victoriosos musulmanes en sus primeros años, llevaban consigo la espada en una mano y la Biblia en la otra. Imponían obediencia sobre los vencidos en las cuestiones de fe, no

menos que en las de gobierno, poco preocupados por si la conversión era sincera, mientras que cumpliera las exigencias externas de la iglesia. Sin embargo, las semillas arrojadas incesantemente hubieran perecido de no ser por los misioneros de su propia nación que posteriormente trabajaron el mismo terreno, viviendo entre los indios como hermanos y gracias a su largo y paciente cultivo, permitieron que los gérmenes de la verdad prendieran y fructificaran en sus corazones.

El comandante español permaneció en la ciudad cuatro o cinco días para que sus fatigadas y hambrientas fuerzas se recuperaran, y los modernos indios todavía señalan, o señalaban a finales del siglo pasado, un venerable ciprés bajo cuyas ramas estaba atado el caballo del *Conquistador*^{*}, como se le denominaba a Cortés *par excellence*^{**} ¹⁸. Su camino atravesaba ahora a un amplio y verde valle, regado por un noble arroyo, una circunstancia no demasiado frecuente en la reseca meseta de Nueva España. El terreno estaba bien protegido por bosques, algo todavía más extraño hoy en día, ya que los invasores, poco después de la conquista, talaron la magnífica vegetación que cubría la meseta en tiempos de los aztecas y que rivalizaba con la de los estados del Sur y del Oeste en variedad y en belleza¹⁹.

Las dos orillas del río estaban cubiertas por una línea continua de moradas indias, «tan cerca unas de otras que casi se tocaban», lo que argumenta una población mucho más densa que hoy en día²⁰. Sobre una tierra desigual y en pendiente se levantaba una ciudad que podía contener cinco o seis mil almas, dominada por una fortaleza que con sus muros y trincheras les pareció a los españoles bastante «cercana a construcciones similares en Europa». Aquí las tropas hicieron de nuevo un alto y recibieron un trato amistoso²¹.

Cortés decidió en este momento su futura línea de

marcha. En su última parada los nativos le habían aconsejado que tomara la ruta de la antigua ciudad de Cholula, cuyos habitantes, súbditos de Montezuma, eran un pueblo afable, dedicado a las artes mecánicas y otras igualmente pacíficas y que seguramente les acogerían con amabilidad. Sus aliados cempoaltecas, sin embargo, aconsejaron a los españoles que no confiaran en los cholultecas, «una gente falsa y pérfida», sino que tomaran la carretera de Tlaxcala, la pequeña y valiente república que había mantenido tanto tiempo su independencia contra las armas de México. Eran un pueblo franco, ya que no tenían miedo, y justo en sus tratos. Siempre habían tenido relaciones de concordia con los totonacas, lo que les garantizaba su disposición amistosa en esta ocasión.

Los argumentos de los aliados indios prevalecieron sobre el comandante español, que decidió propiciar la buena voluntad de los tlaxcaltecas con una embajada. Para esto eligió a cuatro de los principales cempoaltecas y enviando con ellos un regalo marcial, una capa de tela carmesí, junto con una espada y una ballesta, armas que, como había podido comprobar, provocaban la admiración general entre los nativos. Añadió una carta, en la que pedía permiso para atravesar su país. Expresó su admiración por el valor de los tlaxcaltecas y por su larga resistencia frente a los aztecas, cuyo orgulloso imperio se proponía humillar²². No se esperaba que esta epístola compuesta en buen castellano fuera muy legible para los tlaxcaltecas, por lo que Cortés comunicó su contenido a los embajadores. Sus misteriosos caracteres podían impresionar a los nativos sugiriéndoles una inteligencia superior, al mismo tiempo que cumplía la función de esas misivas jeroglíficas que eran las habituales credenciales de un embajador indio²³.

Los españoles se quedaron tres días en este hospitalario lugar, una vez que los enviados partieron, antes de reanudar

su camino. Aunque se encontraban en un país amistoso, marchaban siempre como si estuvieran en tierra enemiga; los caballos y las tropas ligeras en la vanguardia con las armas pesadas y el equipaje en la retaguardia, todos en uniforme de campaña. Nunca estaban sin armadura, tumbándose con las armas a su lado tanto al levantarse como al acostarse. Esta vigilancia constante y sin descanso era quizá más opresiva para sus espíritus que la fatiga física. Pero confiaban en su superioridad en justa batalla y sentían que el mayor peligro que podían temer de la guerra con los indios era la sorpresa. «Somos pocos contra muchos, valientes compañeros», les diría Cortés, «estad preparados, pues, no para ir a la batalla, sino como si estuvierais en ella»²⁴.

El camino que habían tomado los españoles era el mismo que actualmente lleva a Tlaxcala, que gira considerablemente al Sur en dirección a Puebla, cerca de la antigua ciudad de Cholula, aunque no es el que normalmente se toma para ir desde Vera Cruz a la capital. En más de una ocasión vadearon el arroyo que serpentea por esta bella planicie, entreteniéndose varios días en su camino con la esperanza de recibir una respuesta de la república india. El inesperado retraso de los mensajeros era inexplicable y causaba cierta inquietud.

Mientras caminaban por un país cada vez más agreste y vigoroso, su avance fue detenido súbitamente por una notable fortificación. Se trataba de un muro de piedra de nueve pies de altura y veinte de grosor, con un parapeto de un pie y medio de ancho que se alzaba en su parte superior para proteger a los que lo defendían. Sólo tenía una abertura en el centro formada por dos líneas semicirculares de muro que se superponían una a la otra por espacio de cuarenta pasos y que proporcionaba un corredor entre medias de diez pasos de ancho, tan bien diseñado que era perfectamente

dominado por la muralla interna. Esta fortificación, que se extendía por un espacio de más de dos leguas, se apoyaba en sus dos extremos en los sólidos contrafuertes naturales de la sierra. El trabajo estaba hecho de inmensos bloques de piedra perfectamente unidos sin cemento²⁵, y los restos que todavía existen, entre los que se encuentran rocas de todo el ancho de la muralla, dan fe de su solidez y tamaño²⁶.

Esta singular estructura marcaba los límites de Tlaxcala y estaba ideada, según les contaron los nativos a los españoles, como barrera contra las invasiones mexicanas. El ejército se detuvo, lleno de admiración ante la visión de este ciclópeo monumento, que naturalmente sugería la fuerza y los recursos de la gente que lo había levantado. También les causaba una honda preocupación los posibles resultados de su misión en Tlaxcala y, por consiguiente, su recepción allí. Pero eran demasiado optimistas como para permitir que incómodas conjeturas como éstas ocuparan demasiado tiempo su mente. Cortés se colocó al frente de su caballería y gritando «adelante soldados, la Santa Cruz es nuestro estandarte y bajo él conquistaremos», guió a su pequeño ejército a través del paso sin defender y al poco tiempo estaba hollando el suelo de la república libre de Tlaxcala²⁷.

Notas al pie

* [N. del T.]

* En español en el original. (N. del T.)

¹ Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 42-45. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 59, 60.

² Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 44. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 61.

El número de los ayudantes indios indicado en el texto es mucho mayor que el admitido tanto por Cortés como por Díaz. Pero estos dos protagonistas del drama muestran un deseo demasiado obvio de magnificar su propia habilidad, exagerando los números de sus enemigos y disminuyendo los propios, como para ser dignos de demasiada confianza en sus estimaciones.

³ «No teníamos otro socorro, ni ayuda sino el de Dios; porque ya no teníamos nauíos para ir á Cuba, salvo neustro buen pelear, y coraçones fuertes», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 59.

⁴ «Y todos á vna respondímos, que haríamos lo que ordenasse, que echada estava la suerte de la buena, ó mala ventura», *loc. cit.*

* En español en el original. (N. del T.)

⁵ Jalap, *Convolvulus jalapae*. La x y la J son consonantes convertibles en castellano.

⁶ Las alturas de Jalapa están coronadas con un convento dedicado a San Francisco, erigido en los últimos días de Cortés, que muestra en su solidez un diseño militar tanto como religioso, como otros del período construidos bajo los mismos auspicios, según dice un agradable viajero. *Travels in North America*, de Tudor (Londres, 1834), vol. II, p. 186.

⁷ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 40. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 44. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83.

«Cada cien yardas de nuestra ruta», dice el viajero citado anteriormente, hablando de esta misma región, «estaba marcada con la melancólica erección de una cruz de madera, denotando, según la costumbre del país la comisión de algún horrible crimen en el lugar donde estaban plantadas», *Travels in North America*, vol. II, p. 188.

⁸ Cortés lo llamó *Puerto del Nombre de Dios*. *Viaje*, ap. Lorenzana, p. ii.

⁹ El nombre azteca es Nauhcampatepetl, de nauhcampa, «cualquier cosa cuadrada», y tepetl, «montaña». Humboldt, que caminó atravesando bosques y

nieves hasta la cima, estima su altura en 4.089 metros o 13.414 pies por encima del nivel del mar. Véase su *Vues des Cordillères*, p. 234, y *Essai Politique*, vol. I, p. 266.

¹⁰ El mismo mencionado por Cortés en la Carta como el *Puerto de la leña*. *Viaje*, ap. Lorenzana, p. iii.

¹¹ Conocida hoy en día por el eufónico nombre indio de Tlatlauqnitepec (*Viaje*, ap. Lorenzana, p. iv). Es el *Cocotlan* de Bernal Díaz (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 61). Los viejos conquistadores hicieron un triste trabajo con los nombres aztecas, tanto de lugares como de personas, aunque pueden ser ampliamente perdonados.

¹² «Puestos tantos rimeros de calaueras, que se podian bien contar, segun el concierto con que estauan puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil». *Ibid.*, *ubi supra*.

¹³ «El qual casi admirado de lo que preguntaba, me respondió, diciendo; ¿que quien no era vasallo de Muctezuma? Queriendo decir, que allí era Señor del Mundo», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 47.

¹⁴ «Tiene mas de 30 Príncipes á sí sujetos, que cada uno dellos tiene cient mill hombres é mas de pelea» (Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. I). Este maravilloso cuento es repetido con gravedad por más de un escritor español, en sus relatos de la monarquía azteca, no como una afirmación de uno de sus jefes, sino como un dato veraz de estadística. Véase, entre otros, Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 12; Solís, *Conquista*, lib. 3, cap. 16.

¹⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 61.

Hay un leve fondo de glorificación en la narrativa del capitán, que puede provocar la sonrisa, sin sorna, ya que está mezclada con demasiado coraje real y sencillez de carácter.

¹⁶ Para las páginas anteriores, además de las autoridades ya citadas, véase a Pedro Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. I. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 44. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 26.

¹⁷ El general pertenecía claramente a la iglesia militante, mencionada por Butler:

«Such as do build faith upon
The holy text of pike and gun;
And prove their doctrines orthodox
By apostolic blows and knocks.»

* En español en el original. (N. del T.)

** — En francés en el original. (N. del T.)

¹⁸ «Arbol grande, diche ahuhuete» (*Viaje*, ap. Lorenzana, p. iii). El *cupressus disticha* de Lineo. Véase Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 54, nota.

¹⁹ Es el mismo gusto que ha hecho de las Castillas, la meseta de la Península, un lugar tan desnudo de bosques. Parece que también influyeron en Nueva España razones prudenciales además de las estéticas. Un amigo en una visita a una noble *hacienda*, extraordinariamente carente de árboles, fue informado por el propietario de que los cortaban para evitar que los perezosos indios de la plantación perdieran el tiempo ganduleando bajo la sombra.

²⁰ Confirma la observación de M. de Humboldt: «Sans doute lors de la première arrivée des Espagnols, toute cette côte, depuis la rivière de Papaloapan (Alvarado) jusqu'à Huaxtecan, était plus habitée et mieux cultivée qu'elle ne l'est aujourd'hui. Cependant à mesure que les conquérans montèrent au plateau, ils trouvèrent les villages plus rapprochés les uns des autres, les champs divisés en portions plus petites, le peuple plus policé», Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 202.

²¹ El nombre indio correcto de la ciudad *Yxtacamaxtitlan*, el *yztacmastitan* de Cortés, es difícil de reconocer en el Xalacingo de Díaz. La ciudad fue trasladada en 1601 de la cima al llano. En el solar original todavía se pueden ver restos de piedras talladas de grandes dimensiones, que atestiguan la elegancia de la antigua fortaleza o palacio del cacique. *Viaje*, ap. Lorenzana, p. v.

²² «Estas cosas y otras de gran persuasión contenía la carta, pero como no sabían leer no pudieron entender lo que contenía», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

²³ Para una relación de los usos diplomáticos de los pueblos del Anáhuac, véase *Ante*, pp. 45-46.

²⁴ «Mira, señores y compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos, y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hazer cuenta que estamos ya en batalla con ellos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 62.

²⁵ Según el último autor citado, las piedras estaban unidas por un cemento tan duro que los hombres difícilmente lo podían romper con sus picas (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 62). Pero la afirmación contraria en la carta del general se ve confirmada por el aspecto actual de la muralla. *Viaje*, ap. Lorenzana, p. vii.

²⁶ *Viaje*, ap. Lorenzana, p. vii.

Los intentos del arzobispo de identificar la ruta de Cortés han tenido un enorme éxito. Es una pena que en su mapa ilustrando el itinerario no tenga ningún valor.

²⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 44, 45. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 3. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 2. Pedro Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. I.

Capítulo II

La república de Tlaxcala. Sus instituciones. Sus comienzos. Discusiones en el senado. Batallas desesperadas. 1519

Antes de continuar con el relato de los españoles en territorio de Tlaxcala, sería bueno resaltar algunos rasgos del carácter y las instituciones de esta nación, en muchos aspectos, la más notable del Anáhuac. Los tlaxcaltecas pertenecían a la misma familia que los aztecas²⁸. Llegaron a la gran meseta más o menos al mismo tiempo que otras tribus de la misma familia, a finales del siglo XII, y se asentaron en las fronteras occidentales del lago de Texcoco. Aquí se dedicaron muchos años a las actividades típicas de un pueblo parcialmente civilizado. Por alguna causa, quizá debido a su temperamento turbulento, provocaron la enemistad de las tribus circundantes. Se formó una coalición contra ellos y se libró una sangrienta batalla en las llanuras de Poyauhtlán, de la que los tlaxcaltecas salieron completamente victoriosos.

Sin embargo, descontentos por vivir rodeados de naciones entre las que encontraban tan poco favor, el pueblo conquistador decidió migrar. Se separaron en tres grupos, el mayor de los cuales, dirigiéndose hacia el Sur por el gran *volcán* de México, rodeó la antigua ciudad de Cholula y finalmente se asentó en el distrito protegido por la sierra de Tlaxcala. Los cálidos y fructíferos valles, encerrados en los recovecos de este escarpado conjunto de montañas, proporcionaban los medios de subsistencia para un pueblo agricultor, al mismo tiempo que las prominentes eminencias

de la sierra ofrecían posiciones seguras para sus ciudades.

Pasado un lapso de varios años, las instituciones de la nación sufrieron un cambio importante. La monarquía se dividió primero en dos y luego en cuatro estados diferentes, unidos por una especie de unión federal, probablemente no muy bien definida. Cada estado tenía su señor o jefe supremo, independiente en sus propios territorios, y poseían una autoridad coordinada con los demás en lo relativo a toda la república. Los asuntos de gobierno, especialmente aquellos relacionados con la paz y la guerra, se decidían en un Senado o Consejo, que constaba de los cuatro señores con sus nobles inferiores.

Los dignatarios menores recibían de sus superiores, cada uno en su distrito, una especie de propiedad feudal, estando obligados a proveer su mesa y a ayudarle a mantener su estado en paz, así como a servirle en la guerra²⁹. A cambio disfrutaba de la ayuda y protección de su señor feudal. Entre él y sus seguidores, entre los que estaban distribuidos sus propios territorios, existían las mismas relaciones³⁰. De esta manera se establecieron una serie de dependencias feudales, que si bien no estaban ideadas con todo el arte y los refinamientos legales de sus instituciones análogas en el viejo mundo, desplegaba sus características más prominentes: las obligaciones del servicio militar por un lado y la protección por otro. Esta forma de gobierno, tan diferente de la de las naciones circundantes, sobrevivió hasta la llegada de los españoles. Y ciertamente demuestra una considerable civilización el hecho de que una política tan compleja haya continuado tanto tiempo sin ser interrumpida por violencia o disputa en los estados confederados y que haya sido capaz de proteger los derechos de su pueblo y al país de la invasión extranjera.

Sin embargo, la casta más baja del pueblo no parece haber disfrutado de mayores derechos que bajo los gobiernos

monárquicos y su rango quedaba claramente marcado por unas ropas adecuadas y por su exclusión de la insignia de las órdenes aristocráticas³¹.

La nación, de costumbres agrícolas, al igual que muchas otras naciones primitivas (y desgraciadamente también civilizadas), reservaba sus más altos honores a las habilidades militares. Para que pudieran entrenarse en los trabajos de la guerra, se instituyeron juegos públicos y se decretaron premios para aquellos que destacaran en tan varoniles y atléticos ejercicios. El general victorioso tenía asegurado el recibimiento, entrando en la ciudad, delante del botín y de una procesión de prisioneros, mientras que sus hazañas se conmemoraban en canciones nacionales y se erigía su efigie en los templos, en madera o en piedra. Era realmente digno del espíritu marcial de la Roma republicana³².

Se introdujo una institución, muy parecida a la que existía entre los aztecas y que no era muy diferente de la caballería. El aspirante a los honores de esta bárbara orden velaba sus armas y ayunaba cincuenta o sesenta días en el templo, después escuchaba un solemne discurso sobre las obligaciones de su nueva profesión. Posteriormente se celebraban diversas ceremonias atávicas en las que se le devolvían sus armas, siendo luego guiado en solemne procesión por las calles y la investidura concluía con banquetes y fiestas públicas. Al nuevo caballero se le distinguía a partir de entonces con ciertos privilegios peculiares, así como por una insignia que indicaba su rango. Merece la pena reseñar que este honor no sólo estaba reservado al mérito militar, sino que era también la recompensa por servicios públicos de otro tipo, como sabiduría en el consejo o sagacidad y éxito en el comercio. Porque el comercio se tenía en tan alta estimación entre lo tlaxcaltecas como entre el resto de los pueblos del

Anáhuac³³.

El clima templado de la meseta proporcionaba los medios necesarios para el comercio distante. Lo fructífero del terreno quedaba indicado por el nombre del país, ya que *Tlaxcala* significa «tierra del pan». Sus amplias llanuras, que llegaban hasta las faldas de las rocosas colinas, se agitaban con amarillas cosechas de maíz y abundantes cosechas de maguey, una planta que, como ya hemos visto, proporcionaba materiales para algunos tejidos importantes. Con éstos y con los productos de la industria agrícola, el mercader descendía el camino que bordeaba la cordillera hasta su base, trayendo de vuelta los lujos que la naturaleza les había negado en su propia tierra³⁴.

Las diferentes artes de la civilización iban parejas al mismo ritmo que la creciente riqueza y prosperidad pública, aparentemente estas artes se cultivaron hasta el mismo grado que entre los otros pueblos del Anáhuac. La lengua tlaxcala, dice el historiador nacional, simple como corresponde a una región montañosa, era tosca comparada con el refinado texcocano o el popular dialecto azteca y, por tanto, no tan bien dotada para la composición. Pero tuvieron igual competencia que sus pueblos hermanos en los rudimentos de la ciencia. Su calendario tenía la misma planificación. Su religión, su arquitectura, muchas de las leyes y los usos sociales eran idénticos, lo que argumenta un origen común de todos ellos. Su deidad protectora era el mismo feroz dios de la guerra de los aztecas, aunque con otro nombre, sus templos estaban empapados igualmente de la sangre de víctimas humanas y sus mesas crujían con los mismos banquetes caníbales³⁵.

Aunque no deseaban conquistar otras provincias, la prosperidad de los tlaxcaltecas, con el tiempo, provocó la envidia de sus vecinos y especialmente del opulento estado de Cholula. Surgieron frecuentes hostilidades entre ellos, en

las que la ventaja estuvo casi siempre del lado de los primeros. En los últimos tiempos había surgido un enemigo todavía más formidable con la aparición de los aztecas, quienes difícilmente podían tolerar la independencia de Tlaxcala, una vez que las naciones circundantes, una detrás de otra, habían reconocido su influencia o su imperio. Bajo el ambicioso Axayácatl, exigieron a los tlaxcaltecas el mismo tributo y obediencia que les rendían los demás pueblos del país. Si rechazaban, los aztecas arrasaban sus ciudades hasta los cimientos y entregarían la tierra a sus enemigos.

A este imperioso ultimátum, la pequeña república respondió orgullosamente que: «Ni ellos ni sus ancestros habían pagado nunca tributo ni homenaje a un poder extranjero y nunca lo harían. Si su país era invadido, sabrían cómo defenderlo y derramarían su sangre tan profusamente en defensa de su propia libertad, como sus padres lo hicieron antaño, cuando expulsaron a los aztecas de los llanos de Poyauhtlán»³⁶.

Esta resuelta respuesta atrajo sobre ellos las fuerzas de la monarquía, produciéndose seguidamente una batalla campal en la que los tenaces republicanos salieron victoriosos. A partir de este período, las hostilidades entre las dos naciones continuaron con más o menos intensidad, pero con implacable ferocidad. Todo cautivo era sacrificado de forma despiadada. Los niños aprendían desde la cuna a odiar a muerte a los mexicanos, e incluso en los breves intervalos pacíficos no se producían esos matrimonios mixtos entre la gente de las dos naciones, que unían con lazos sociales a la mayoría de las razas hermanas del Anáhuac.

En esta lucha los tlaxcaltecas recibieron un importante apoyo con la llegada de los othomis u otomíes, como generalmente lo escriben los escritores castellanos, una raza salvaje y guerrera que se extendió originariamente por la meseta al norte del valle de México. Una parte de ellos logró

un asentamiento en la república y fueron rápidamente incorporados al ejército. Su coraje y su fidelidad a la nación de adopción demostraron que eran dignos de confianza y se les encomendaron los puestos fronterizos. Las barreras montañosas, entre las que se encuentra Tlaxcala, proporcionan muchas posiciones fuertes naturales para defenderse de la invasión. El país se abría al Este, donde un valle de unas seis millas de ancho invitaba al acercamiento del enemigo. Pero fue aquí donde los celosos tlaxcaltecas erigieron la formidable muralla que había provocado la admiración de los españoles, dotándola de un destacamento de otomíes.

Después de la coronación de Montezuma se renovaron los esfuerzos, a mayor escala, para subyugarlos. Sus ejércitos victoriosos se habían extendido hasta las estribaciones de los Andes en las distantes provincias de Vera Paz y Nicaragua³⁷ y su altivo espíritu estaba irritado por la oposición del pequeño estado, cuya extensión territorial no excedía diez leguas de anchura y diecinueve de largo³⁸. Envió un ejército contra ellos comandado por su hijo favorito. Sus tropas fueron derrotadas y su hijo asesinado. El enfurecido y mortificado monarca se lanzó a preparativos aún mayores. Alistó las fuerzas de las ciudades que bordeaban a su enemigo junto con las del imperio y con un ejército formidable arrasó los deseados valles de Tlaxcala. Pero los audaces montañeros se retiraron a los escondites en sus colinas y, esperando fríamente su oportunidad, se lanzaron como un torrente sobre los invasores y los rechazaron de sus territorios con una terrible masacre.

Sin embargo, a pesar de la ventaja que habían obtenido sobre el enemigo en el campo de batalla, los tlaxcaltecas estaban duramente oprimidos por la lucha con un enemigo que les superaba enormemente en número y en recursos. Los ejércitos aztecas se encontraban entre ellos y la costa,

cortando toda comunicación con esa prolífica región y por tanto limitando sus suministros a los productos de su propia tierra y que pudieran producir. Durante más de medio siglo no tuvieron ni algodón, ni cacao, ni sal. La verdad es que su gusto se había visto tan afectado por la larga ausencia de estos artículos, que hizo falta un período de varias generaciones después de la conquista para reconciliarles con el uso de la sal en las comidas³⁹. Durante los breves intervalos de la guerra, se dice que los nobles aztecas, en el verdadero espíritu de la caballería, enviaban a los jefes tlaxcaltecas suministros de estos artículos, como regalos, junto con muestras de respeto. Este intercambio, según nos asegura el cronista indio, no provocaba sospechas en el pueblo. Ni llevaba a ninguna correspondencia posterior, añade, entre las partes, que fuera perjudicial para las libertades de la república, «que mantuvo sus costumbres y buen gobierno inviolable, así como el culto a sus dioses»⁴⁰.

Tal era la situación de Tlaxcala a la llegada de los españoles, llevando, según parece, una precaria existencia bajo la sombra de un poder formidable que parecía estar suspendido como una avalancha sobre sus cabezas, pero aun así disponían de suficientemente fuerza en sus propios recursos y más fuertes aún en el indómito temperamento de su gente, que tenían una reputación por todo el país de buena fe y moderación en la paz y de valor en la guerra, mientras que su inflexible espíritu de independencia les aseguraba el respeto incluso de sus enemigos. Con tales cualidades de carácter y con una animosidad agudizada por largas y mortales hostilidades con México, su alianza parecía obviamente de la mayor importancia para los españoles en su presente empresa. No fue fácil asegurársela⁴¹.

Los tlaxcaltecas sabían del avance y de la victoriosa carrera de los cristianos, noticias que se habían extendido a lo largo y ancho de la meseta. Pero no parecen haber

previsto el acercamiento de los extranjeros a sus propias fronteras. Se sintieron pues muy incómodos con la embajada que les pedía paso a través de sus territorios. El gran consejo estaba reunido y entre sus miembros imperaba una considerable diferencia de opiniones. Algunos, adoptando la superstición popular, suponían que los españoles podían ser los hombres blancos y barbudos que habían profetizado los oráculos⁴². En cualquier caso, eran los enemigos de México y como tales tal vez cooperaran con ellos en su lucha contra el imperio. Otros argumentaban que los extranjeros podían no tener nada en común con ellos. Su marcha a través del país podía rastrearse por las imágenes rotas de los dioses indios y los templos profanados. ¿Cómo podían los tlaxcaltecas estar seguros siquiera de que eran enemigos de Montezuma? Habían recibido sus embajadas, aceptado sus regalos y se dirigían en compañía de los vasallos de éste a la capital.

Estas últimas eran las reflexiones de un anciano jefe, uno de los cuatro que presidía la república. Su nombre era Xicotécatl. Era prácticamente ciego, habiendo vivido, según se dice, más allá de los límites de la centuria⁴³. Su hijo, un joven impetuoso con el mismo nombre, comandaba un poderoso ejército de guerreros tlaxcaltecas y otomíes cerca de la frontera oriental. Sería mejor, dijo el anciano, caer con esta fuerza inmediatamente sobre los españoles. Si salieran victoriosos, estarían en su poder. Si eran derrotados, el senado siempre podía renegar de la acción como una acción del general, no de la república⁴⁴. El astuto consejo del jefe encontró favor entre sus oyentes, aunque no cabe duda de que no estaba dentro del espíritu de la caballería, ni de la buena fe por la que eran célebres sus compatriotas. Pero para un indio, la fuerza y la estrategia, el coraje y el engaño eran igualmente admisibles en la guerra como lo eran entre los bárbaros de la antigua Roma⁴⁵. Los enviados cempoaltecas debían ser retenidos bajo el pretexto de que

iban a asistir a un sacrificio religioso.

Mientras tanto, Cortés y su valiente grupo, como habíamos dicho en el capítulo anterior, habían llegado a la muralla de roca en los confines orientales de Tlaxcala. Por una u otra causa, no estaba protegida por su guarnición de otomíes y los españoles la cruzaron, como ya hemos visto, sin resistencia. Cortés cabalgaba a la cabeza de su cuerpo de caballería y, ordenando a la infantería que se acercara a un buen paso, se adelantó para hacer un reconocimiento. Después de avanzar tres o cuatro leguas, divisó a un pequeño grupo de indios, armados con espada y rodela, a la manera del país. Huyeron al acercarse Cortés. Éste les hizo señales de que se detuvieran, pero al ver que sólo conseguía que huyeran más rápido, él y sus compañeros clavaron las espuelas a sus caballos y pronto les alcanzaron. Los indios, al comprender que no tenían escapatoria posible, les encararon y, en lugar de mostrar el habitual terror de los nativos ante el extraño y terrible aspecto de un soldado de caballería, iniciaron un furioso ataque sobre los caballeros. Éstos, sin embargo, eran demasiado fuertes para ellos y hubieran destrozado a su enemigo en pedazos sin mucha dificultad, de no ser porque un cuerpo de varios miles de indios apareció acercándose enérgicamente a apoyar a sus compatriotas.

Cortés, al verles, envió a uno de su partida a toda prisa para que acelerara la marcha de la infantería. Los indios, después de descargar sus proyectiles, cayeron con furia sobre el pequeño grupo de españoles. Intentaron arrancarles las lanzas de las manos y tirar a los jinetes de sus monturas. Tiraron a un caballero por tierra, que posteriormente murió de las heridas recibidas, y mataron dos de los caballos, cortándoles el cuello con sus fuertes espadas, si debemos creer al cronista, ¡de un solo mandoble!⁴⁶. En la narración de estas campañas a veces no hay más que un paso y muy corto entre la historia y la novela. Cortés, quien hubiera preferido

prescindir de la vida del mejor jinete de la tropa, sintió enormemente la pérdida de los caballos, tan importantes y tan pocos en número.

La refriega fue dura. Pero las proporciones eran tan apabullantes como cualquiera de las que cuentan los españoles en sus propios romances, donde un puñado de caballeros se enfrenta contra legiones de enemigos. Las lanzas de los cristianos hicieron un terrible trabajo también aquí, pero hubieran necesitado la lanza mágica de Astolfo, que derribaba a miríadas de un solo toque, para guiarles sanos y salvos en un combate tan desigual. Por ello contemplaron con gran satisfacción la llegada de sus compañeros para ayudarles.

En cuanto el cuerpo principal llegó al campo de batalla, formaron rápidamente y vertieron tal descarga de sus mosquetes y ballestas que dejaron helado al enemigo. Asombrados más que intimidados, por el terrible estallido de las armas de fuego, que se escuchaba por primera vez en estas regiones, los indios no hicieron más intentos de continuar la lucha y se retiraron ordenadamente, dejando el camino abierto a los españoles. Éstos, que estaban suficientemente satisfechos por haberse librado de la molestia como para preocuparse de perseguir al enemigo en retirada, continuaron la marcha.

Su ruta les condujo en este momento a través de un territorio salpicado de cabañas indias, entre los florecientes campos de maíz y maguey, lo que indicaba una agricultura industriosa y próspera. Aquí fueron interceptados por dos enviados tlaxcaltecas, acompañados de dos de los cempoaltecas. Los primeros, presentándose ante el general, renegaron del ataque de sus tropas, diciendo que era una acción desautorizada y le aseguraron una recepción amistosa en su capital. Cortés recibió la comunicación educadamente, mostrando tener más confianza en su buena

fe de la que probablemente sentía.

Ya se estaba haciendo tarde y los españoles aceleraron la marcha ansiosos por llegar a un terreno favorable donde acampar antes de la caída de la noche. Encontraron un lugar apto en la margen de un arroyo que serpenteaba perezosamente por la llanura. Junto a las orillas se levantaban unas pocas cabañas abandonadas y los fatigados y hambrientos soldados las registraron en busca de comida. Todo lo que pudieron encontrar fueron unos pocos animales domésticos, parecidos a los perros. Los mataron y cocinaron sin ceremonia, aderezando su insípida comida con la fruta de la *tuna*, la higuera india, que crecía silvestre en los alrededores; consiguieron apaciguar su apetito. Cortés mantuvo una cuidadosa vigilancia, y compañías de cien hombres cada una se turnaban para montar guardia durante la noche. Pero no hubo ningún ataque. Las hostilidades nocturnas eran contrarias a las tácticas indias⁴⁷.

Al romper el día la mañana siguiente, que era el dos de septiembre, las tropas estaban armadas. Además de los españoles, el número total de ayudantes indios ascendía a tres mil, ya que Cortés, en su camino, había añadido refuerzos de los lugares amigos, trescientos en el último sitio. Después de escuchar misa, reanudaron la marcha. Se movían en formación cerrada, el general les había advertido anteriormente que no se retrasaran y que no se separaran de las filas ni un momento, ya que los rezagados quedarían sin duda cortados del grueso de las tropas por su furtivo y vigilante enemigo. Los jinetes cabalgaban de tres en tres, la mejor formación para apoyarse mutuamente, y Cortés les ordenó que en el calor de la batalla se mantuvieran juntos y que nunca cargaran solos. Les enseñó cómo cargar con las lanzas para que los indios, que lo intentaban constantemente, no se las pudieran arrancar de las manos. Por la misma razón debían evitar dar estocadas y en su lugar

debían apuntar sus armas firmemente hacia los rostros de sus enemigos⁴⁸.

No habían avanzado muy lejos cuando fueron interceptados por los otros dos enviados cempoaltecas, quienes con miradas de terror informaron al general que habían sido atrapados a traición y encerrados, para ser sacrificados en la cercana fiesta de los tlaxcaltecas, pero que por la noche habían conseguido escapar. También les dieron las noticias poco gratificantes de que una enorme fuerza de nativos se estaba ya reuniendo para enfrentarse al avance de los españoles.

Poco después, vieron a un grupo de indios, unos mil aparentemente, todos armados y blandiendo sus armas en señal de amenaza a medida que los cristianos se acercaban. Cortés, cuando estuvo a una distancia audible, ordenó a los intérpretes que proclamaran que no tenía intenciones hostiles y que tan sólo deseaba que se le permitiera el paso a través de su país, al que había entrado como amigo. Ordenó a Godoy, el notario real, que recogiera esta declaración inmediatamente para que en caso de que hubiera derramamiento de sangre no pudiera ser achacado a los españoles. Esta pacífica proclama fue recibida, como era habitual en estas ocasiones, con una andanada de dardos, piedras y flechas que cayeron como una lluvia sobre los españoles, resonando contra sus duros arneses y llegando hasta la piel en algunos casos. Irritados por el escozor de sus heridas, instaron al general para que los guiara en la carga, hasta que éste gritó el famoso grito de batalla, «Santiago y a ellos»⁴⁹.

Los indios mantuvieron el terreno durante un tiempo con brío, hasta que se retiraron con precipitación, aunque no en desorden⁵⁰. Los españoles, con la sangre caliente por el encuentro, aprovecharon su ventaja con más fervor que prudencia, propiciando que el astuto enemigo les arrastrara

hasta una estrecha cañada o desfiladero, cruzada por un pequeño arroyo, donde el terreno accidentado era impracticable para la artillería, así como para los movimientos de la caballería. Presionando con entusiasmo, para salir de su peligrosa posición, descubrieron con desesperación que al girar un abrupto ángulo del desfiladero estaban en presencia de un numeroso ejército, que bloqueaba la garganta del valle y que se extendía lejos, más allá de las llanuras que había detrás. A la asombrada mirada de Cortés parecieron cien mil hombres, aunque ningún recuento los calcula en menos de treinta mil⁵¹.

Constituían una confusa amalgama de cascos, armas y multitud de coloridas plumas, que relucían brillantes al sol de la mañana, mezcladas con los estandartes sobre los que orgullosamente ondeaba uno que llevaba como emblema la garza sobre la roca. Era la bien conocida insignia de la casa de Titcala, y que junto con las rayas blancas y amarillas de los cuerpos y los mismos colores de la cota de plumas de los indios, indicaba que eran guerreros de Xicoténcatl⁵².

En cuanto aparecieron los españoles, los tlaxcaltecas lanzaron un espantoso grito de guerra, o más bien un silbido, que taladraba el oído con su estridencia y que, junto con el retumbar de sus lúgubres tambores, que podían escucharse a media legua o más⁵³, bien podían llenar de consternación el corazón más valiente. Esta formidable hueste avanzó en masa contra los cristianos, como para arrollarlos por su número. Pero el valeroso grupo de guerreros, estrechamente apretados unos contra otros y protegidos bajo sus fuertes panoplias, recibieron el golpe imperturbables, mientras que las deslavazadas masas del enemigo, chocando y gritando tumultuosamente a su alrededor, parecían retirarse tan sólo para volver con nuevas y mayores fuerzas.

Cortés, como de costumbre frente al peligro, se esforzó en

vano a la cabeza de la caballería por abrir un pasillo para la infantería. A pesar de esto, sus hombres, tanto los de a pie como los de caballería, mantuvieron unidas sus filas, sin ofrecer un punto débil al enemigo. Sin embargo, un cuerpo de tlaxcaltecas, actuando conjuntamente, asaltaron a un soldado llamado Morán, uno de los mejores jinetes de la tropa, consiguiendo derribarle de su caballo, al que mataron con miles de golpes. Los españoles de a pie hicieron un desesperado intento por rescatar a su camarada de las manos del enemigo, y del terrible destino del cautiverio. Comenzó entonces una espantosa lucha sobre el cuerpo del caballo caído. Diez de los españoles resultaron heridos, hasta que por fin consiguieron rescatar al desafortunado caballero de sus asaltantes, aunque en tan terrible estado que murió al día siguiente. El caballo fue arrastrado en triunfo por los indios y sus restos despedazados, enviados como un extraño trofeo a las diferentes ciudades de Tlaxcala. Este hecho preocupaba al comandante español, ya que desposeía al animal del terror sobrenatural con que le había rodeado habitualmente la superstición de los nativos. Para evitar esto, había ordenado que se enterraran inmediatamente y en secreto los dos caballos muertos el día anterior.

El enemigo comenzó ahora a ceder terreno gradualmente, al ser empujado por los jinetes y pisoteado por las pezuñas de los caballos. Durante todo este violento encuentro, los aliados indios fueron de gran ayuda a los españoles. Se lanzaron al agua y lucharon con el enemigo con la desesperación de hombres que sentían que «la única seguridad era perder la seguridad»⁵⁴. «No veo más que la muerte para nosotros», exclamó el jefe cempoalteca a Marina, «nunca atravesaremos el paso con vida». «El Dios de los cristianos está con nosotros», respondió la intrépida mujer, «y Él nos llevará adelante sanos y salvos»⁵⁵.

Entre el estruendo de la batalla se oyó la voz de Cortés

animando a sus soldados. «Si fracasamos ahora», gritó, «la cruz de Cristo no será plantada nunca en esta tierra. ¡Adelante compañeros! ¿Cuándo se ha oído que un castellano le diera la espalda al enemigo?»⁵⁶. Animados por las palabras y el heroico comportamiento de su general, los soldados, con desesperados esfuerzos, consiguieron finalmente forzar un pasillo entre las oscuras columnas del enemigo, y salieron del desfiladero a la llanura que se extendía detrás.

Aquí rápidamente recuperaron la confianza gracias a su superioridad. Los caballos rápidamente abrieron camino para que maniobrara la artillería. Las cerradas filas de sus antagonistas ofrecían un blanco seguro y los truenos de la artillería, vomitando torrentes de fuego y humo sulfuroso, la gran desolación causada entre sus filas y los cuerpos de los caídos, extrañamente destrozados, llenaron a los bárbaros de consternación y horror. No tenían armas para enfrentarse a estas terribles maquinarias y sus toscos proyectiles lanzados desde manos inseguras parecían caer inofensivamente sobre las cabezas hechizadas de los cristianos. Se añadía a sus dificultades el deseo de sacar a los muertos y a los heridos del campo de batalla, una práctica generalizada entre la gente del Anáhuac, pero que necesariamente les exponía, mientras la realizaban, a pérdidas mayores.

Ocho de los jefes principales habían caído, y Xicoténcatl, viéndose completamente incapaz de hacer frente a los españoles en campo abierto, ordenó la retirada. Lejos de retirarse en la confusión de una muchedumbre atrapada por el pánico, tan común entre los bárbaros, las fuerzas tlaxcaltecas se retiraron del terreno con el orden de un ejército bien disciplinado. Cortés, igual que el día anterior, estaba suficientemente satisfecho con su actual ventaja como para continuar. Quedaba una hora para la puesta de sol y estaba ansioso por asegurarse antes de que cayera la

noche una buena posición, donde recuperar a sus tropas heridas y hacer un vivaque durante la noche⁵⁷.

Reuniendo a sus heridos, se detuvo sin más demora, y antes del anochecer llegó a una prominencia rocosa, llamada *Tzompachtepetl*, o «la colina de *Tzompach* ». Estaba coronada por una especie de torre o templo, cuyos restos son todavía visibles⁵⁸. Su primera preocupación fue para los heridos, tanto hombres como caballos. Afortunadamente, se encontraron abundantes provisiones en unas cabañas cercanas y los soldados, al menos todos los que no estaban heridos, celebraron la victoria del día con fiesta y regocijo.

En cuanto al número de muertos y heridos en cada bando, ha sido objeto de las más alocadas conjeturas. Los indios debieron haber sufrido gravemente, pero la práctica de alejar a los muertos del campo de batalla hizo imposible saber hasta qué punto. Los daños recibidos por los españoles parecen haber estado principalmente en el número de heridos. El gran objetivo de los nativos de Anáhuac en las batallas era hacer prisioneros para engalanar sus triunfos y proporcionar víctimas para el sacrificio. A esta brutal superstición le deben los cristianos, en buen grado, haber sobrevivido. Si tomamos los informes de los españoles, sus propias bajas en acción eran siempre desdeñables. Pero cualquiera que haya tenido ocasión de consultar las antiguas crónicas de España en relación con sus guerras con el infiel, tanto árabe como americano, no depositará mucha confianza en sus cifras⁵⁹.

Los acontecimientos del día le habían proporcionado a Cortés mucho material para una dolorosa reflexión. En ningún sitio había encontrado una resistencia tan resuelta dentro de las fronteras del Anáhuac, en ningún sitio se había encontrado con tropas nativas tan formidables en armas, disciplina y valor. Lejos de manifestar el tercer supersticioso que sentían los demás indios ante las extrañas armas y el

aspecto de los españoles, los tlaxcaltecas se habían enfrentado valerosamente al enemigo y sólo habían cedido ante la inapelable superioridad de su ciencia militar. ¡Qué importante sería la alianza con un pueblo así en la lucha contra los de su propia raza, por ejemplo, contra los aztecas! ¿Pero cómo podría conseguir esa alianza? Hasta este momento, habían rechazado con desdén todos los intentos y parecía probable que cada paso en su avance por este poblado país iba a ser fieramente combatido. Su ejército, especialmente los indios, celebraron los acontecimientos del día con fiestas y bailes, canciones de júbilo y gritos de triunfo. Cortés los animó, sabiendo lo importante que era mantener el espíritu de sus soldados. Pero los sonidos de jolgorio se desvanecieron finalmente y en las tranquilas guardias de la noche, la mente del general debía estar bullendo con ansiosos pensamientos, mientras su pequeño ejército estaba enterrado en el sueño en el campamento que rodeaba la colina india.

Notas al pie

²⁸ El cronista indio Camargo considera a su nación una rama de los chichimecas (*Historia de Tlaxcala*, manuscrito). También lo hace así Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 3, cap. 9). Clavijero, que ha investigado cuidadosamente las antigüedades del Anáhuac, la llama una de las siete tribus náhuatl (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 153, nota). El hecho no es de gran importancia, ya que todas eran razas afines, que hablaban la misma lengua y probablemente emigraron de su país en el lejano norte al mismo tiempo.

²⁹ Los descendientes de estos nobles menores le otorgaban tanto valor a sus linajes como cualquier vizcaíno o asturiano en la vieja España. Mucho tiempo después de la conquista, rechazaban, por muy necesitados que estuvieran, deshonorar su nacimiento recurriendo a ocupaciones mecánicas o plebeyas de cualquier tipo, *oficios viles y bajos*. «Los descendientes de estos son estimados por hombres calificados, que aunque sean pobríssimos no usan oficios mecánicos ni tratos bajos ni viles, ni jamas se permiten cargar ni cabar con cosas y azadones, diciendo que son hijos Idalgos en que no han de aplicarse á estas cosas soeces y bajas, sino servir en guerras y fronteras, como Idalgos, y morir como hombres peleando», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

³⁰ «Cualquier Tecuhtli que formaba un Tecalli, que es casa de Mayorazgo, todas aquellas tierras que le caian en suerte de repartimiento, con montes, fuentes, rios, ó lagunas tomase para la casa principal la mayor y mejor suerte ó pagos de tierra, y luego las demas que quedaban se partian por sus soldados amigos y parientes, igualmente, y todos estos están obligados á reconocer la casa mayor y acudir á ella, á alzarla y repararla, y á ser continuos en re conocer á ella de aves, caza, flores, y ramos para el sustento de la casa del Mayorazgo, y el que lo es está obligado á sustentarlos y á regalarlos como amigos de aquella casa y parientes de ella». *Ibid.*, manuscrito.

³¹ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

³² «Los grandes recibimientos que hacian á los capitanes que venian y alcanzaban victoria en las guerras, las fiestas y solenidades con que se solenizaban á manera de triunfo, que los metian en andas en su puebla, trayendo consigo á los vencidos; y por eternizar su hazañas se las cantaban públicamente, y así quedaban memoradas y con estatuas que les ponian en los templos». *Ibid.*, manuscrito.

³³ Toda la ceremonia de investidura parece tener especial relación con los caballeros mercaderes.

³⁴ «Ha nel paese», dice el Conquistador Anónimo, hablando de Tlaxcala, en la época de la invasión, «di pianure et montagne, et è provincia popolosa et vi si raccoglie molto pane», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, p. 308.

³⁵ El historiador nacional ofrece una relación completa de los modales, las

costumbres y de la política interna de Tlaxcala, que arroja mucha luz sobre los otros estados del Anáhuac, cuyas instituciones sociales parecen haber sido fundidas en el mismo molde.

³⁶ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 2, cap. 70.

³⁷ Camargo (*Historia de Tlaxcala*, manuscrito) indica la extensión de las conquistas de Montezuma, un campo de debate para el historiador.

³⁸ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 3, cap. 16. Solís dice: «el territorio de Tlaxcala era de cincuenta leguas de circunferencia, diez de largo de este a oeste y cuatro de ancho de norte a sur» (*Conquista de Méjico*, lib. 3, cap. 3). ¡Tiene que haber sido realmente una curiosa forma geométrica!

³⁹ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁴⁰ «Los señores Mejicanos y Tezcucanos en tiempo que ponian treguas por algunas temporadas enviaban á los señores de Tlaxcalla grandes presentes y dádivas de oro, ropa, y cacao, y sal, y de todas las cosas de que carecían, sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debian: mas con todos estos trabajos la órden de su república jamas se dejaba de gobernar con la rectitud de sus costumbres guardando inviolablemente el culto a sus Dioses.» *Ibid.*, manuscrito.

⁴¹ El cronista de Tlaxcala ve en este arraigado odio de México la mano de la providencia, que proporcionó importantes medios para derrocar el imperio azteca. *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁴² «Si bien os acordais, como tenemos de nuestra antigüedad como han de venir gentes á la parte donde sale el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos; y que han de ser blancos y barbudos». *Ibid.*, manuscrito.

⁴³ ¡Hasta la larga edad de ciento cuarenta! Si tenemos que creer a Camargo. Solís, que confunde a este veterano con su hijo, ha puesto una florida arenga en la boca de este último, que constituiría una rara gema de elocuencia india... de no ser castellana. *Conquista*, lib. 2, cap. 16.

⁴⁴ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 3. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 27.

Hay bastante contradicción, así como oscuridad en las actas remitidas del consejo, que no es fácil de conciliar con los eventos posteriores.

⁴⁵ «Dolus an virtus, quis in hosta requirat?»

⁴⁶ «I les mataron dos Caballos, de dos cuchilladas, i segun algunos, que lo vieron, cortaron á cercen de un golpe cada pescuezo, con riendas, i todas», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 45.

⁴⁷ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 50. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 62. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 45. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 3, 41. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 10.

⁴⁸ «Que quando rompiésemos por los esquadrones, que lleuassen las lanças por las caras, y no parasen á dar lançadas, porque no les echasen mano dellas», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 62.

⁴⁹ «Entonces dixo Cortés, ‘Santiago y á ellos’». *Ibid.*, cap. 63.

⁵⁰ «Una gentil contienda», dice Gómara de esta escaramuza. *Crónica de Nueva España*, cap. 46.

⁵¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 51. Según Gómara (*Crónica de Nueva España*, cap. 46), el enemigo reunió 80.000. También Ixtlilxochitl (*Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83). Bernal Díaz dice que eran más de 40.000 (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 63). Pero Herrera (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 5) y Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 20) los reducen a 30.000. Es más fácil contar las hojas de un árbol que el número de una multitud de bárbaros en movimiento. Ya que éste era tan sólo uno de los ejércitos que los tlaxcaltecas habían levantado, la última cantidad es probablemente demasiado grande. La población total del estado, según Clavijero, quien no es muy probable que la subestimara, no pasaba del medio millón en la época de la invasión. *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 156.

⁵² «La divisa y armas de la casa y cabecera de Titcala es una garza blanca sobre un peñasco» (Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito). «El capitán general», dice Bernal Díaz, «que se dezia Xicotenga, y con sus diuisas de blanco y colorado, porque aquella diuisa y librea era de aquel Xicotenga», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 63.

⁵³ «Llaman Teponaztle ques de un trozo de madero concavado y de una sola pieza rollizo y, como decimos, heco por de dentro, que suena algunas veces mas de media legua y con el atambor hace estraña y suave consonancia» (Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito). Clavijero, que ofrece un dibujo del mismo tambor, dice que todavía es usado por los indios y puede oírse a dos o tres millas. *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 179.

⁵⁴ «Una illis fuit spes salutis, desperâsse de salute» (P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. I, cap. I). Expresado con la energía clásica de Tácito.

⁵⁵ «Respondióle Marina, que no tuviese miedo, porque el Dios de los Cristianos, que es muy poderoso, i los queria mucho, los sacaria del peligro», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 5.

⁵⁶ *Ibid.*, *ubi supra*.

⁵⁷ Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, lib. 33, caps. 3, 45. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscritos, cap. 83. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 51. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 63. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 40.

⁵⁸ *Viajes de Cortés*, ap. Lorenzana, p. ix.

⁵⁹ Según Cortés, ¡no cayó ningún español, aunque muchos fueron heridos, en esta acción tan fatal para el infiel! Díaz concede uno. En la famosa batalla de Navas de Tolosa, entre los españoles y los árabes, en 1212, igualados en ciencia militar en esa época, cayeron en el campo 200.000 de estos últimos, y para equilibrar esta sangrienta lista, ¡tan sólo veinticinco cristianos! Véase la estimación en la carta veraz de Alfonso IX, ap. Mariana (*Historia de España*, lib. 2, cap. 24). Las cifras oficiales de los antiguos cruzados castellanos, tanto en el viejo como en el nuevo mundo, son poco más fiables que el boletín *imperial* francés de nuestros días.

Capítulo III

Victoria decisiva. Consejo Indio. Ataque nocturno. Negociaciones con el enemigo. Héroe de Tlaxcala. 1519

Los españoles pudieron descansar el día siguiente sin que nadie les molestara y recuperar fuerzas después de la fatiga y la dura lucha del día anterior. Sin embargo, encontraron ocupación suficiente en reparar y limpiar sus armas, reponer su disminuida reserva de flechas y poner todo en orden para futuras hostilidades, en caso de que la grave lección que habían infligido al enemigo no fuera suficiente para desanimarle. El segundo día, como Cortés no recibiera ninguna tentativa de acercamiento por parte de los tlaxcaltecas, decidió enviar una embajada a su campamento, proponiendo un cese de las hostilidades y expresando la intención de visitar su capital como amigo. Eligió a dos de los principales jefes apresados en el último encuentro como portadores del mensaje.

Mientras tanto, no queriendo dejar a sus hombres en el peligroso estado de inactividad, que pudiera ser interpretado por el enemigo como falta de coraje o agotamiento, se puso a la cabeza de la caballería y las tropas ligeras más aptas para el servicio e hizo una incursión en el territorio circundante. Era una región montañosa, formada por una ramificación de la gran sierra de Tlaxcala, con verdes pendientes y valles que bullían de maíz y plantaciones de maguey, mientras que las prominencias estaban coronadas con populosas ciudades y aldeas. En una de éstas, nos dice que encontró tres mil moradas⁶⁰. En algunos lugares se

encontró con una decidida resistencia, tomando en estas ocasiones amplia venganza, arrasando el país a fuego y espada. Tras el éxito de la expedición volvió cargado de forraje y provisiones y llevando delante de él varios cientos de cautivos indios. Sin embargo, al llegar al campamento los trató amablemente, esforzándose por hacerles entender que estos actos de violencia no venían dictados por sus propios deseos, sino por la política poco amistosa de sus compatriotas. De esta manera esperaba poder impresionar a la nación convenciéndoles por un lado de su poder y de sus intenciones amistosas, si era correspondido, por otro.

Al llegar a sus cuarteles, vio que los dos enviados habían regresado del campamento tlaxcalteca. Se habían encontrado con Xicotécatl a unas dos leguas de distancia, donde estaba acampado con una poderosa fuerza. El cacique les dio audiencia al frente de sus tropas. Les dijo que volvieran con la respuesta de «que ¡los españoles podían pasar tan pronto como quisieran a Tlaxcala y que cuando llegaran les arrancarían la carne de los huesos como sacrificio a los dioses! Si preferían quedarse en sus campamentos, iría allí a visitarles al día siguiente»⁶¹. Los embajadores añadieron que el jefe tenía un inmenso ejército con él, compuesto de cinco batallones de diez mil hombres cada uno. Eran la flor y nata de los guerreros tlaxcaltecas y otomíes, reunidos bajo los estandartes de sus respectivos líderes por orden del senado que estaba decidido a jugarse la fortuna del estado en una batalla campal y asestar un golpe decisivo para exterminar a los invasores⁶².

Este atrevido desafío cayó duramente sobre los oídos de los españoles, que no estaban preparados para un espíritu tan pertinaz en su enemigo. Habían tenido amplias pruebas de su coraje y de su formidable habilidad. Ahora tenían que enfrentarse, en condiciones disminuidas, con un despliegue todavía más terrible de efectivos. También la guerra, por el

terrible destino que amenazaba a los vencidos, poseía un aspecto siniestro, que oprimía fuertemente sus espíritus. «Temíamos a la muerte», dice el bravo corazón de Díaz, con su habitual sencillez, «porque éramos hombres». No hubo prácticamente nadie en todo el ejército que no se confesara al reverendo padre Olmedo, que estuvo ocupado casi toda la noche administrando la absolución y realizando el resto de los solemnes oficios de la iglesia. Armado con los santos sacramentos, el soldado católico se tumbó tranquilamente a descansar, preparado para cualquier destino que le pudiera acaecer bajo el estandarte de la cruz⁶³.

Ya que la batalla era inevitable, Cortés decidió salir al encuentro del enemigo en el campo. Esto supondría una muestra de confianza, que podía tener el doble resultado de intimidar a los tlaxcaltecas y de estimular a sus propios hombres, cuyo entusiasmo podía perder algo de su calor si se veían obligados a esperar el ataque de sus antagonistas, inactivos, en sus propias trincheras. El sol se elevó brillante la mañana siguiente, el 5 de septiembre de 1519, un día crucial en la historia de la conquista española. El general revisó las tropas y antes de la marcha les dirigió unas palabras de ánimo y consejo. A la infantería se le ordenó que confiara más en la punta que en el filo de su espada y que tratara de atravesar a sus enemigos. Los jinetes debían cargar a media velocidad, con las lanzas dirigidas a los ojos de los indios. La artillería, los arcabuceros y los ballesteros debían apoyarse entre sí, unos cargando mientras los otros descargaban sus piezas, para que hubiera un fuego constante durante toda la acción. Sobre todo, debían mantener cercanas y cerradas las filas, ya que de esto dependía su supervivencia.

No habían avanzado un cuarto de legua, cuando vieron al ejército tlaxcalteca. Su densa formación se extendía a lo ancho y a lo largo de una vasta llanura o pradera, de unas

seis millas cuadradas. Su apariencia justificaba el informe que les habían dado sobre sus números⁶⁴. No podía haber nada más pintoresco que el aspecto de estos batallones indios, los cuerpos desnudos de los soldados rasos brillantemente pintados, los fantásticos cascos de los jefes resplandeciendo con el oro y las piedras preciosas y las brillantes panoplias de trabajo de plumas que decoraban sus cuerpos⁶⁵. Innumerables lanzas y dardos terminados en puntas de transparente *itztli* o de ardiente cobre, centelleaban brillantes bajo el sol de la mañana, como reflejos fosforescentes jugando sobre la superficie de un mar agitado, mientras que la retaguardia de las poderosas huestes quedaba ensombrecida por los estandartes, en los que estaban bordados los blasones de los grandes jefes tlaxcaltecas y otomíes⁶⁶. Entre éstos destacaba la garza blanca sobre la roca, el símbolo de la casa de Xicoténcatl y todavía más el águila dorada con las alas abiertas, a la manera del *signum* romano, ricamente adornado con esmeraldas y platería, el gran estandarte de la república de Tlaxcala⁶⁷.

Los soldados rasos no llevaban más protección que una faja alrededor de los riñones. Sus cuerpos estaban pintados con los colores del jefe cuya bandera seguían. La cota de plumas que exhibían los guerreros de mayor nivel también tenía idénticos colores con el mismo fin, igual que el color del tartan indica un clan particular de *highlanders*⁶⁸. Los caciques y los principales guerreros iban vestidos con una túnica de algodón acolchada, de dos pulgadas de grosor, que ajustándose al cuerpo protegía también los muslos y los hombros. Sobre ésta, los indios más ricos vestían corazas de una fina plancha de oro o de plata. Protegían sus piernas con botas o sandalias de cuero, ribeteadas de oro. Pero la parte más brillante de su atuendo era su rico manto de *plumaje*, bordado con delicado arte y que tenía cierto parecido con las

magníficas túnicas de guerra que llevaban los caballeros europeos sobre la armadura en la edad media. Este elegante y pintoresco vestido iba coronado por un fantástico casco de madera o de cuero, que representaba la cabeza de un animal salvaje y que generalmente mostraba una formidable hilera de dientes. Con esta protección, el guerrero se protegía la cabeza produciendo un efecto terrible y enormemente grotesco⁶⁹. Por encima de todo esto flotaba un espléndido penacho del rico y variado plumaje de los trópicos, indicando con su forma y su color el rango y la familia del portador. Para completar esta armadura, llevaban escudos o broqueles, a veces de madera cubiertos de cuero, pero más a menudo preferían otros de una ligera estructura de juncos acolchada con algodón, por ser más resistentes y romperse menos a menudo que los anteriores. Tenían otras rodela en las que el algodón estaba recubierto por una sustancia elástica que permitía que se cerraran en una forma más compacta, como si fuera un abanico o un paraguas. Estos escudos estaban decorados con adornos llamativos según el gusto y la riqueza del portador y ribeteados con unos bellos pendientes de plumaje.

Disponían de ondas, arcos y flechas, jabalinas y dardos. Eran consumados arqueros y podían disparar dos o tres flechas a la vez. Pero destacaban especialmente lanzando la jabalina. Especialmente temida por los españoles, era un tipo de jabalina con una correa atada que permanecía en la mano del lanzador para poder recuperarla. Todas estas armas terminaban en hueso o en mineral de *itztli* (obsidiana), la sustancia vítrea y dura que ya hemos mencionado, que se podía afilar como una cuchilla, pero que se quedaba roma con facilidad. Sus lanzas y flechas también terminaban a menudo en cobre. En lugar de espada, llevaban una vara de dos manos, de unos tres pies y medio de largo, en la que había insertadas transversalmente a distancias regulares

afiladas hojas de *itztli*, un arma formidable, que, según nos asegura un testigo presencial, había visto derribar un caballo de un solo golpe⁷⁰.

Así era el traje del guerrero tlaxcalteca y en realidad el de toda esa gran familia de naciones que ocupaban la meseta de Anáhuac. Algunas partes como los broqueles y la cota de algodón o *escaupil*, como la llamaban los castellanos, eran tan útiles que fueron adoptadas por los españoles, ya que eran igual de efectivas que las suyas en protección y superiores en cuanto a ligereza y comodidad. Eran lo suficientemente fuertes como para detener una flecha o un golpe de jabalina, aunque inútiles como defensa frente a las armas de fuego. ¿Pero qué armadura no lo es? Aun así, probablemente no sea una exageración decir que en comodidad, elegancia y fuerza, las armas del guerrero indio no eran nada inferiores a las de las refinadas naciones de la antigüedad⁷¹.

Tan pronto como los castellanos aparecieron, los tlaxcaltecas lanzaron su grito de desafío, que se elevó por encima de la bárbara música de caracolas, timbales y trompetas con los que proclamaban su triunfante victoria sobre las mezquinas fuerzas de los invasores. Cuando estos últimos llegaron a distancia de tiro de arco, los indios arrojaron una lluvia de proyectiles que oscureció el sol por un instante como una nube pasajera, sembrando la tierra alrededor de montones de piedras y flechas⁷². Lenta y pacientemente la pequeña banda de españoles mantuvo su camino entre la lluvia de flechas hasta que llegaron a lo que parecía una buena distancia para disparar con todo su efecto. Cortés entonces ordenó detenerse y formando rápidamente a las tropas abrió un fuego bien dirigido contra toda la línea. Cada disparo enviaba su mensaje de muerte y las filas de los indios eran segadas con mayor rapidez de lo que sus compañeros de la retaguardia podían recoger, como

era su costumbre, los cuerpos del campo. Las balas a su paso por las atestadas filas, arrastrando consigo esquiras de arneses rotos y miembros destrozados de los guerreros, esparcieron la confusión y la desolación por donde pasaban. La muchedumbre de bárbaros se quedó petrificada, llena de consternación, hasta que, finalmente, con una rabia que rayaba en la desesperación por el insoportable sufrimiento, lanzaron simultáneamente su grito de ataque y se abalanzaron impetuosamente sobre los cristianos.

Cayeron sobre ellos como una avalancha o un torrente de montaña, haciendo temblar la tierra y arrasando cualquier obstáculo en su camino. El pequeño ejército de españoles opuso un frente fuerte ante la abrumadora masa. Pero no había fuerza que pudiera resistirlo. Flaquearon, cedieron, fueron arrastrados por ésta hasta que sus filas se rompieron y desordenaron. En vano les llamaba el general para que cerraran filas y se reagruparan, su voz quedó ahogada por el estruendo de la lucha y los fieros gritos de los asaltantes. Por un momento, pareció que todo estaba perdido. La marea de la batalla se había vuelto contra ellos y el destino de los cristianos estaba decidido.

Pero cada uno de los hombres tenía en su pecho algo que hablaba más alto que la voz de un general. La desesperación otorgó una energía sobrenatural a su brazo. El cuerpo desnudo del indio no presentaba resistencia al afilado acero toledano, y con sus buenas espadas la infantería española finalmente consiguió resistir al torrente humano. Las armas pesadas tronaban a distancia sobre los flancos de los asaltantes, que, agitados por la tempestad de hierro, cayeron en desorden. La misma multitud incrementó la confusión, ya que empujaba a las masas hacia delante. Los caballos mientras tanto, cargando valientemente bajo las órdenes de Cortés, aprovecharon la ventaja y finalmente obligaron a la bullente multitud a retirarse con mayor precipitación y

desorden del que habían avanzado.

Más de una vez en el curso de esta acción, los tlaxcaltecas intentaron un asalto similar, pero cada vez con menos aliento y mayores pérdidas. Eran demasiado deficientes en la ciencia militar como para sacar partido de su vasta superioridad numérica. Estaban distribuidos en compañías, cada una sirviendo bajo las órdenes de su propio jefe y estandarte, es cierto, pero no estaban organizados por rango y filas y se movían como una masa confusa, amontonados promiscuamente. No sabían cómo concentrar sus efectivos en un punto o cómo mantener un asalto empleando sucesivos destacamentos para apoyarse y relevarse. Tan sólo una pequeña parte de su formación podía entrar en contacto con un enemigo inferior en número. El resto del ejército, inactivo en la retaguardia y peor que inútil, servía sólo para presionar tumultuosamente sobre el avance y entorpecer los movimientos por el simple peso de números, mientras que a la menor alarma cundía el pánico y todo el grupo se convertía en una inextricable confusión. Era, nuevamente, en pocas palabras, el combate de los antiguos griegos y persas.

Aun así, la gran superioridad numérica de los indios podía haberles permitido, al gran coste de sus vidas, agotar con el tiempo la constancia de los españoles, mermados por las heridas y la incesante fatiga. Pero, afortunadamente para éstos, surgieron desacuerdos entre el enemigo. Un jefe tlaxcalteca, que comandaba una de las grandes divisiones, se había ofendido ante el altivo comportamiento de Xicotécatl, que le había acusado de mala conducta y cobardía en la última acción. El cacique injuriado retó a su rival a un combate individual, que no tuvo lugar. Pero, ardiendo de resentimiento, eligió ese mismo momento para tomarse satisfacción, retirando sus fuerzas, que ascendían a diez mil hombres, del campo. También persuadió a otros

comandantes para que siguieran su ejemplo.

En esta situación, reducida casi a la mitad su fuerza original y ésta enormemente mermada por las pérdidas del día, Xicoténcatl no pudo mantener el terreno frente a los españoles. Después de disputar el campo durante cuatro horas con admirable coraje, se retiró y lo cedió al enemigo. Los españoles estaban demasiado agotados y había demasiados heridos como para poder perseguirles y Cortés, satisfecho con la decisiva victoria que había obtenido, volvió a su posición en la colina de Tzompach.

El número de los muertos entre sus filas fue muy pequeño, a pesar de las graves pérdidas infligidas al enemigo. Cuidadosamente enterró a los que murieron donde no pudieran ser descubiertos, con la intención de ocultar no sólo el número de los muertos, sino el mismo hecho de que los blancos eran mortales⁷³. Pero la gran mayoría de los hombres, así como todos los caballos, estaban heridos. El problema de los españoles se incrementaba enormemente por la falta de muchos artículos importantes para ellos en sus actuales dificultades. No tenían ni aceite, ni sal que, como ya hemos señalado anteriormente, no se podía conseguir en Tlaxcala. Su ropa, adecuada a un clima más suave, estaba mal adaptada al rudo aire de las montañas y los arcos y las flechas, como señala sarcásticamente Bernal Díaz, son mala protección contra las inclemencias del tiempo⁷⁴.

Aun así tenían muchas razones para alegrarse por los acontecimientos del día y podían sacar de ellos un buen argumento para confiar en sus propias fuerzas, que difícilmente podía haber ofrecido ninguna otra experiencia. No es que los resultados autorizaran nada parecido al desprecio por su enemigo indio. Individualmente, y con las mismas armas, podía haber resistido a los españoles⁷⁵. Pero el éxito del día establecía la superioridad de la ciencia y la

disciplina sobre el simple coraje físico y los números. Era, como ya hemos señalado, revivir de nuevo la vieja batalla de europeos y asiáticos. Sin embargo, se debe recordar que el puñado de griegos que empujó a las huestes de Jerjes y Darío no tenía una ventaja tan clara en las armas como la que disfrutaban los españoles en estas guerras. El uso de armas de fuego les dio una supremacía que no es fácil calcular, una supremacía tan grande que un combate entre naciones con igual grado de civilización, de darse en condiciones similares en todo lo demás a las que existieron entre españoles y tlaxcaltecas, probablemente terminaría con igual resultado. A todo esto se debe añadir el efecto producido por la caballería. Las naciones del Anáhuac no habían domesticado animales grandes y no conocían bestias de carga. Su imaginación se desconcertó al contemplar la extraña aparición de un caballo y su jinete moviéndose al unísono y obedeciendo a un único impulso, como si poseyera una misma naturaleza, y al ver al terrible animal con el cuello «vestido de trueno» derribando sus escuadrones y pisoteándoles en el polvo, no es de extrañar que le contemplaran con el misterioso terror que se siente por los seres sobrenaturales. Una pequeña reflexión sobre los diversos terrenos, tanto físicos como morales, en los que los españoles eran superiores en esta contienda explicará seguramente la cuestión, sin ningún menosprecio al coraje o la capacidad de sus oponentes⁷⁶.

Cortés, pensando que la ocasión era favorable, continuó el importante golpe que había asestado con una nueva embajada a la capital, que llevara un mensaje con el mismo contenido que el que recientemente había enviado al campamento. Pero el senado no estaba todavía lo suficientemente humillado. La última derrota había causado, realmente, una consternación general. Maxixcatzin, uno de los cuatro grandes señores que presidían la república, reiteró

con mayor fuerza los argumentos que anteriormente había defendido de aceptar la alianza que les brindaban los extranjeros. Los ejércitos del Estado habían sido vencidos demasiado a menudo como para permitir una esperanza razonable de resistir con éxito y explayándose sobre la generosidad, tan poco común en el Anáhuac, que había mostrado el diplomático conquistador hacia sus prisioneros, como un motivo adicional para una alianza con unos hombres que sabían igualmente ser amigos y enemigos.

Pero estos puntos de vista fueron rechazados por el partido de la guerra, cuya animosidad se había agudizado, más que apagado, por el último revés. El joven Xicoténcatl, que ardía en deseos de tener una nueva oportunidad para reparar su vergüenza y borrar la mancha que había caído por primera vez sobre las armas de la República, exasperó aún más estos sentimientos hostiles.

En su perplejidad, pidieron la ayuda de los sacerdotes, cuya autoridad solicitaban frecuentemente en sus deliberaciones los jefes americanos. Estos últimos preguntaron, con alguna simpleza, a estos interpretadores del destino, si los extranjeros eran seres sobrenaturales u hombres de carne y hueso como ellos mismos. Los sacerdotes, después de consultarlo, se dice que dieron la extraña respuesta de que los españoles, aunque no eran dioses, eran hijos del sol, que sacaban su fuerza de este astro y que cuando sus rayos se retiraran sus poderes también decaerían. Recomendaron el ataque nocturno, por tanto, como el que tendría más posibilidades de éxito. Esta respuesta aparentemente infantil puede que tuviera más astucia que credulidad. Es bastante probable que la sugiriera el mismo Xicoténcatl, o los caciques interesados en reconciliar a la gente con una medida contraria a los usos militares, en realidad a la ley pública, del Anáhuac. Tanto si fue fruto del artificio como de la credulidad, se impuso y se

autorizó al general tlaxcalteca a la cabeza de un destacamento de diez mil guerreros para ver el efecto que producía un asalto nocturno al campamento cristiano.

La expedición se llevó a cabo con tanto secreto, que no llegó a oídos de los españoles. Pero su general no era de esos que permitía que le sorprendieran en su puesto ni dormido ni despierto. Afortunadamente, la noche señalada estaba iluminada por los rayos de la luna de otoño y uno de los vigías, gracias a la luz, vio a una considerable distancia un gran grupo de indios moviéndose hacia las líneas cristianas. Rápidamente dio la alarma a la guarnición.

Los españoles dormían, como ya se ha comentado, con las armas a su lado, mientras que los caballos, amarrados cerca de ellos, estaban ensillados, con las bridas colgando de la silla. En cinco minutos todo el campamento estaba en armas cuando divisaron las oscuras columnas de los indios avanzando con cautela a través de la llanura, con las cabezas sobresaliendo ligeramente por encima del maíz que cubría parcialmente la tierra. Cortés decidió no esperar el asalto atrincherado, sino salir a su encuentro y golpear al enemigo cuando llegara a la falda de la colina.

Los indios avanzaban lenta y furtivamente, mientras que el campamento cristiano, rodeado de un profundo silencio, parecía estar profundamente dormido. Pero en cuanto llegaron a la elevación del terreno fueron sorprendidos por el profundo grito de batalla de los españoles, seguido por la inmediata aparición de todo el ejército saliendo de detrás de sus defensas y lanzándose por los lados de la colina. Blandiendo en alto sus armas, parecieron a los ojos angustiados de los tlaxcaltecas un grupo de espectros o demonios corriendo hacia ellos por el aire, al mismo tiempo que la incierta luz magnificaba su número y aumentaba el tamaño de jinete y caballo hasta unas dimensiones sobrehumanas.

Casi sin esperar al choque con el enemigo, los aterrorizados bárbaros lanzaron una débil andanada de flechas y, sin ofrecer resistencia, huyeron rápida y tumultuosamente atravesando la llanura. La caballería alcanzó con facilidad a los fugitivos derribándolos y cortándolos en pedazos sin compasión, hasta que Cortés, harto de la matanza, llamó a sus hombres dejando el campo lleno de los sangrientos trofeos de la victoria⁷⁷.

El día siguiente, el comandante español, como solía hacer con su habitual política después de haber asestado un golpe decisivo, envió una nueva embajada a la capital tlaxcalteca. Los enviados recibieron sus instrucciones a través de la intérprete Marina. Esa extraordinaria mujer había atraído la admiración del general por la constancia y alegría con la que soportaba todas las privaciones del campamento. Lejos de revelar la natural debilidad y timidez de su sexo, no se había retirado de adversidad alguna y había hecho mucho por fortalecer los caídos ánimos de los soldados, al mismo tiempo que había empleado su compasión activamente, cuando se ofrecía la ocasión, en mitigar las calamidades de sus compatriotas indios⁷⁸.

A través de su leal intérprete, Cortés comunicó los términos de su mensaje a los enviados tlaxcaltecas. Hizo las mismas ofertas de amistad que antes, prometiendo perdón por todas las injurias pasadas, pero si esta oferta era rechazada, visitaría su capital como conquistador, demolería todas y cada una de las casas y ¡pasaría a todos sus habitantes por la espada! Acto seguido despidió a los embajadores con los simbólicos regalos de una carta en una mano y una flecha en la otra.

Los enviados recibieron respetuosa audiencia en el Consejo de Tlaxcala, al que encontraron sumergido en profundas reflexiones debido a sus recientes reveses. El fracaso de su ataque nocturno había consumido toda chispa

de esperanza en sus corazones. Sus ejércitos habían sido derrotados una y otra vez tanto en campo abierto como en la emboscada secreta. La estratagema y el coraje, todos sus recursos, habían demostrado ser igual de inútiles contra un enemigo cuya mano nunca se cansaba y cuyo ojo nunca se cerraba. No quedaba nada más que rendirse. Eligieron a cuatro caciques principales a los que encargaron la misión de ir al campamento cristiano. Deberían asegurar a los extranjeros un paso seguro a través del país y una amistosa recepción en la capital. La amistad ofrecida por los españoles fue cordialmente aceptada, junto con torpes excusas por el pasado. Los enviados debían pasar por el campamento tlaxcalteca en su camino e informar a Xicoténcatl de sus decisiones. Debían pedirle, al mismo tiempo, que se abstuviera de más hostilidades y que proporcionara al hombre blanco suficientes provisiones y suministros.

Pero los delegados tlaxcaltecas, al llegar a los cuarteles de este jefe, no le encontraron en un humor como para cumplir sus órdenes. Sus repetidos enfrentamientos con los españoles o quizá su coraje innato le hizo inaccesible a los vulgares terrores de sus compatriotas. Veía a los extranjeros no como seres sobrenaturales, sino como hombres iguales a él. La animosidad del guerrero se había convertido en odio mortal por los sufrimientos que había padecido a sus manos y su cabeza bullía de planes para recuperar su honor perdido y vengarse de los invasores de su país. Rechazó desmovilizar ninguna de las tropas bajo sus órdenes, que todavía eran formidables, ni enviar provisiones a los cuarteles del enemigo. Después ordenó que se retuviera a los embajadores en su campamento e impidió que visitaran a los españoles. Estos últimos, por tanto, desconocían los movimientos a su favor que habían tenido lugar en la capital de Tlaxcala⁷⁹.

La conducta de Xicoténcatl es condenada por los escritores castellanos como la de un feroz y sanguinario

bárbaro. Es natural que la contemplen así. Pero aquellos que no tienen prejuicios nacionales que deformen su juicio puede que lleguen a una conclusión distinta. Quizá encuentren mucho que admirar en ese espíritu altivo e inconquistable, que como una orgullosa columna se alzaba solitaria entre los fragmentos y las ruinas que la rodeaban. Puede que vean pruebas de una sagacidad clarividente, que penetrando más allá de la apariencia de insidiosa amistad ofrecida por los españoles y adentrándose en el futuro, percibió los sufrimientos futuros de su país, el noble patriotismo de alguien que estaría dispuesto a salvar a su país a toda costa y entre la oscuridad reinante infundir su propio espíritu intrépido a los corazones de su nación para animarles en la última lucha por la independencia.

Notas al pie

⁶⁰ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 52.

Oviedo, que utilizó libremente los manuscritos de Cortés, escribe treinta y nueve casas (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 3). Esto quizá se pueda explicar por el signo de mil en la notación española, que tiene gran parecido a la cifra 9. Mártir, que también tuvo acceso a los manuscritos del conquistador, confirma la cifra más alta y *a priori* la menos probable.

⁶¹ «Que fuésemos á su pueblo adonde está su padre, q allá harian las pazes cõ hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dioses con nuestros coraçones, y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 64.

⁶² Más de un escritor repite la historia de que el general tlaxcalteca envió una buena cantidad de provisiones, en este momento, al hambriento ejército de los españoles, para llenarles el estómago para la lucha (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 46. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83). Esta demostración ultracaballerosa por parte de los bárbaros no es demasiado probable y el relato del propio Cortés sobre su exitosa incursión explica mucho mejor la abundancia que reinaba en su campamento.

⁶³ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 52. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 46, 47. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 3. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 64.

⁶⁴ A través de la lente de aumento de Cortés, parecen ser 150.000 hombres (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 52), número que generalmente eligen los escritores posteriores.

⁶⁵ «Not half so gorgeous, for their May-day mirth

All wreathed and ribanded, our youths and maids,

As these stern Tlascalans in war attire!

The golden glitterance, and the feathermail

More gay than glittering gold; and round the helm

A coronal of highupstanding plumes,

Green as the spring grass in a sunny shower;

Or scarlet bright, as in the wintry wood

The clustered holly; or of purple tint;

Whereto shall that be likened? To what gem

Indiademed, what flower, what insect's wing?

With war songs and wild music they came on;

We, the while kneeling, raised with one accord

⁶⁶ Los mexicanos llevaban los estandartes en el centro, los de Tlaxcala en la retaguardia del ejército (Clavijero, *Storia Antica del Messico*, vol. II, p. 145). Según el Conquistador Anónimo, el bastón del estandarte estaba amarrado a la espalda del abanderado de tal manera que era imposible quitárselo. «Ha ogni cōpagnia il suo Alfiere con la sua insegna inhastata, et in tal modo ligata sopra le spalle, che non gli da alcun disturbo di poter combattere ne far ciò che vuole, et la porta così ligata bene al corpo, che se nõ fanno del suo corpo pezzi, non se gli puo sligare, ne togliela mai», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

⁶⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 6. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 46. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 64. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 45.

Los últimos dos autores hablan del emblema de la república como el de «un pájaro blanco como un avestruz». Evidentemente, lo han confundido con el del general indio. Camargo, que ha dado todos los emblemas heráldicos de las grandes familias de Tlaxcala, señala el de la garza blanca como el de Xicoténcatl.

⁶⁸ Los relatos del cronista tlaxcalteca son confirmados por el Conquistador Anónimo y por Bernal Díaz, ambos testigos presenciales, aunque este último declara francamente que de no haberlas visto con sus propios ojos nunca hubiera creído la existencia de órdenes e insignias entre los bárbaros, como las que se veían entre las naciones civilizadas de Europa. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 64, et alibi. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. II, fol. 305.

⁶⁹ «Portano in testa», dice el Conquistador Anónimo, «per difesa una cosa come teste di ser p-eti, ò di tigri, ò di leoni, ò di lupi, che ha le mascelle, et è la testa dell'huomo messa nella testa di qsto animale com se lo boléese diurare: sono di legno, et sopra vi è a p-ena, et di piastra d'oro et di pietre preciose copte, che è cosa marauigliosa da vedere», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

⁷⁰ «Io viddi che c-obatt-edosi un dì, diede un Indiano una cortellata a un caualllo sopra il qual era un caualliero c-o chi c -obatteua, nel peto, che glielo aperse fin alle -iteriora, et cadde ic -otan-ote morto, et il medesimo giorno viddi che un altro Indiano diede una altra cortellata a un altro caualllo su el collo che se lo gettó morto a i piedi», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

⁷¹ Se puede encontrar una descripción más detallada de los trajes y del equipamiento militar de las tribus americanas de la meseta en Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 101, et seq. Acosta, lib. 6, cap. 26. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305,

et auct. al.

⁷² «¡Que granizo de piedra de los honderos! Pues flechas todo el suelo hecho parva de varas todas de á dos gajos, que passan cualquier arma, y las entrañas adonde no ay defensa», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* cap. 65.

⁷³ Eso dice Bernal Díaz, quien al mismo tiempo, utilizando los epítetos de *los muertos, los cuerpos*, contradice abiertamente su anterior alarde de que sólo había caído un cristiano en la batalla (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 65. Cortés no concede la gracia siquiera de reconocer uno).

⁷⁴ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 3. *Relación Segunda, de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 52. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 6. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, 32. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 65, 66.

El cálido y caballeresco sentimiento que como un aura colorea la ruda composición del último cronista, le convierte en un mejor pintor que sus rivales, más correctos y clásicos. Y si hay un tono demasiado condescendiente sobre el *quórum pars magna fui* en sus escritos, puede excusarse en el héroe de más de cien batallas y casi tantas heridas.

⁷⁵ El Conquistador Anónimo ofrece un enfático testimonio sobre el valor de los indios, especificando momentos en los que había visto a un solo guerrero defenderse durante largo rato de dos e incluso cuatro españoles: «Sono fra loro di valientissimi huomini et che ossano morir ostinatiddimamente. Et io ho veduto un d'essi difendersi valientemente ad duoi caualli leggieri, et un altro da tre, et quattro», *Relatione d'un gentil huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

⁷⁶ El apabullante efecto de la caballería sobre los nativos recuerda un poco a la confusión que causaron en las legiones romanas la extraña aparición de los elefantes en sus primeros encuentros con Pirro, según relata Plutarco en la vida de este príncipe.

⁷⁷ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 53, 54. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib 33, cap. 3. P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 2, cap. 2. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 32. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 8. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 66.

⁷⁸ «Digamos como Doña Marina, con ser muger de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenia, que con oír cada día que nos auian de matar, y comer nuestras carnes, y auernos visto cercados en las batallas passadas, y que ahora todos estauamos heridos, y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muger», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 66.

⁷⁹ *Ibid.*, cap. 67. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Ixtlilxochitl,

Capítulo IV

Descontento en el ejército. Espías tlaxcaltecas. Paz con la república. Embajada de Montezuma. 1519

Deseoso de mantener el terror del nombre castellano no dándole respiro al enemigo, Cortés el mismo día que envió la embajada a Tlaxcala, se puso a la cabeza de un pequeño cuerpo de caballería y de tropas ligeras para hacer una batida por los terrenos vecinos. Estaba entonces tan enfermo de fiebre⁸⁰, que se mantenía con dificultad en la silla, ayudado por un tratamiento médico. Era un terreno accidentado y los acerados vientos de las heladas alturas de las montañas atravesaban el escaso abrigo de las tropas, congelando tanto a los hombres como a los caballos. Cuatro o cinco de los animales se agotaron y el general, alarmado por su seguridad, los envió de vuelta al campamento. Los soldados, desanimados por este mal augurio, quisieron persuadirlo para que volviera. Pero él contestó, «Luchamos bajo el estandarte de la cruz, Dios es más poderoso que la naturaleza»⁸¹, y continuó su marcha.

Atravesaban ese paisaje accidentado de escarpadas colinas y planicies cultivadas que ya se ha descrito, que estaba bien cubierto de ciudades y aldeas, algunas de ellas puestos fronterizos ocupados por los otomíes. Practicando la máxima romana de indulgencia para el enemigo sumiso, descargó toda su venganza sobre aquellos que se resistían, y como encontraba resistencia demasiado a menudo dejó su paso marcado con fuego y desolación. Después de una corta ausencia, retornó sano y salvo, cargado con el botín de una

expedición llena de éxito. Le hubiera honrado más haberse comportado con menos rigor. Los excesos son imputados por Bernal Díaz a los aliados indios, a quienes, en el calor de la victoria, era imposible contener⁸². Parece haberle causado poca intranquilidad al general sobre quién recaía la culpa, ya que declara en una carta al emperador Carlos V, «Como luchábamos bajo el estandarte de la cruz⁸³, por la verdadera fe y al servicio de Su Alteza, el cielo coronó nuestras armas con tal éxito que mientras multitudes de infieles fueron asesinadas, los castellanos sufrieron pocas pérdidas»⁸⁴. Los conquistadores españoles, a juzgar por sus escritos, indiferentes a cualquier motivo mundano que anidara en sus pechos, se consideran a sí mismos como soldados de la Iglesia, luchando por la gran batalla de la cristiandad y la mayoría de los historiadores de épocas pasadas los contemplan bajo esa misma edificante y confortable luz⁸⁵.

A su regreso al campamento, Cortés encontró un nuevo motivo de inquietud en el descontento surgido entre la soldadesca, cuya paciencia estaba agotada por una vida de peligros que parecían no tener fin. Las batallas que habían ganado en condiciones tan poco favorables no les habían hecho avanzar un ápice. La idea de llegar a México, dice el viejo soldado citado tan a menudo, «era vista como una broma por todo el ejército»⁸⁶ y la indefinida perspectiva de hostilidades con el feroz pueblo entre el que se encontraban arrojaba una profunda sombra sobre sus ánimos.

Entre los malcontentos había un número de gente ruidosa, de esos bravucones que se encuentran en todos los campamentos, de quienes se puede estar seguro que ascenderán hasta la superficie como burbujas vacías para hacerse ver en momentos de agitación. En su mayoría pertenecían a la antigua facción de Velázquez y tenían fincas en Cuba, a las que dirigían miradas nostálgicas a medida que se iban alejando de la costa. Esperaban al general, no con

ánimo amotinado de resistencia, porque recordaban la lección de Villa Rica, sino con la intención de hablarle con franqueza, como a un hermano aventurero en una causa común⁸⁷. El tono de familiaridad que adoptaron era muy característico de la relación de igualdad en la que se mantenían las partes en la expedición.

Sus sufrimientos, le dijeron, eran demasiado grandes como para soportarlos. Todos los hombres habían recibido una y la mayoría de ellos dos o tres heridas. Más de cincuenta habían muerto de una u otra manera desde que partieron de Vera Cruz. No había bestia de carga que viviera una vida peor que la suya, ya que éstas cuando caía la noche, podían descansar de sus trabajos, pero ellos, luchando o vigilando, no tenían descanso ni de día ni de noche. En cuanto a conquistar México, la sola idea era una locura. Si habían encontrado tal oposición de la pequeña república de Tlaxcala, ¿qué podían esperar del gran imperio de México? Ahora había una suspensión temporal de las hostilidades. Deberían aprovecharla para desandar sus pasos hasta Vera Cruz. Es cierto que la flota estaba destrozada y con este acto de irreflexión sin parangón, incluso en los anales romanos, el general se había convertido en responsable del destino de todo el ejército. Pero todavía quedaba un barco. Podían enviarlo a Cuba para pedir refuerzos y provisiones y cuando éstas llegaran continuar las operaciones con alguna perspectiva de éxito.

Cortés escuchó esta singular objeción con perfecta compostura. Conocía a sus hombres y, en lugar de una reprimenda o medidas duras, replicó con la misma franqueza y el mismo tono soldadesco que ellos habían empleado.

Había mucho de cierto, concedió, en lo que habían dicho. Los sufrimientos de los españoles habían sido grandes, mayores que los registrados de cualquier héroe de la historia griega o romana. Tanto más grande sería su gloria. A

menudo se había llenado de admiración al ver a su pequeña hueste rodeada por miríadas de bárbaros y había sentido que nadie excepto los españoles hubieran podido conseguir un triunfo en una situación tan desfavorable. Ni siquiera ellos, de no haberles protegido el brazo del Todopoderoso. Y era razonable esperar su protección en adelante, porque, ¿acaso no era Su causa por la que luchaban? Se habían enfrentado a peligros y dificultades, era cierto. Pero no habían venido aquí esperando una vida de ocioso devaneo y de placeres. La gloria, como les había dicho a la partida, se iba a ganar con trabajos y peligros. Le harían la justicia de reconocer que en ningún momento había evitado su parte ni de la una ni de la otra. «Esto era una verdad», añade el honrado cronista que oyó el diálogo e informa sobre el mismo, «que nadie podía negar». Pero si se habían enfrentado a privaciones, continuó, habían salido victoriosos. Incluso ahora gozaban de sus frutos en la abundancia que reinaba en el campamento. Y pronto verían a los tlaxcaltecas, humillados por sus últimos reveses, pidiendo la paz bajo las condiciones que fuera. Regresar ahora era imposible. Las mismas piedras se levantarían contra ellos. Los tlaxcaltecas les perseguirían triunfantes hasta el mar. Y cómo se regocijarían los mexicanos ante este desgraciado episodio, de sus vanagloriosas jactancias. Sus antiguos amigos se volverían enemigos y los totonacas, para evitar la venganza de los aztecas, de quienes los españoles ya no les podían defender, se unirían al grito general. No había más alternativa que seguir adelante en su camino. Y les rogó que silenciaran sus escrúpulos pusilánimes y en lugar de volver sus ojos hacia Cuba, los fijaran en México, el gran objetivo de su empresa.

Mientras tenía lugar esta singular conferencia, otros muchos soldados se habían ido reuniendo alrededor y el grupo de descontentos, envalentonado por la presencia de sus camaradas, así como por la tolerancia del general,

replicó que estaban muy lejos de estar convencidos. Otra victoria como la anterior sería su ruina. Iban a México sólo para ser asesinados. Hasta que finalmente la paciencia del general se agotó y zanjó la discusión citando un verso de una antigua canción que sugería que era mejor morir con honor que vivir en deshonra, un sentimiento que tuvo amplio eco entre la mayor parte de su audiencia, quienes, a pesar de los ocasionales murmullos, no tenían intención de abandonar la expedición y menos aún a su comandante, de quien eran devotos. Los descontentos, desconcertados por esta reprimenda, se escabulleron hacia sus tiendas, murmurando imprecaciones por lo bajo sobre el líder que había proyectado esta empresa, los indios que le habían guiado y sus propios compatriotas que lo apoyaban⁸⁸.

Tales eran las dificultades que se encontraban en el camino de Cortés: un enemigo feroz y astuto, un clima incierto a menudo malsano, su propia enfermedad enormemente agravada por la ansiedad por la manera en que sería recibida su actitud por parte de su soberano y lo último, pero no lo menos importante, el desafecto entre sus propios soldados en cuya constancia y unión confiaba como base para sus operaciones, la gran palanca con la que derrocaría al imperio de Montezuma.

La mañana posterior a este acontecimiento, el campamento se sorprendió con la aparición de un pequeño grupo de tlaxcaltecas, decorados con insignias cuyo color blanco sugería paz. Traían un cargamento de provisiones y algunos ornamentos de poca calidad, que, dijeron, eran enviados por el general tlaxcalteca que, cansado de la guerra, deseaba un acuerdo con los españoles. Pronto se presentaría para arreglarlo en persona. Las noticias esparcieron una alegría general y los emisarios tuvieron un recibimiento amistoso.

Pasados uno o dos días, y mientras unos pocos del grupo

dejaron el campamento español, el resto que permaneció, unos cincuenta, provocó la desconfianza en el pecho de Marina. Le comunicó a Cortés sus sospechas de que fueran espías. Éste ordenó, por tanto, que varios de ellos fueran arrestados e interrogados por separado, confirmando que habían sido enviados por Xicotécatl para informarle del estado del campamento cristiano, preparando un meditado asalto, para el que estaba reuniendo sus fuerzas. Cortés, satisfecho con esta explicación, decidió dar tal ejemplo a los delincuentes que intimidara a su enemigo a la hora de volverlo a intentar. Ordenó que se les cortaran las manos y que en ese estado fueran enviados a sus compatriotas con el mensaje de «que los tlaxcaltecas podían venir de día o de noche, que encontrarían a los españoles esperándoles preparados»⁸⁹.

El triste espectáculo de sus compañeros retornando mutilados de esa forma llenó el campamento indio de horror y consternación. El altivo emblema del jefe había sido humillado. A partir de este momento perdió su habitual aplomo y confianza. Sus soldados, llenos de un miedo supersticioso, se negaron a servir más contra un enemigo que podía leer sus pensamientos y adivinar sus planes antes incluso de que estuvieran maduros para ser realizados⁹⁰.

El castigo infligido por Cortés bien puede conmocionar al lector por su brutalidad. Pero debe considerarse como atenuante que las víctimas del mismo eran espías y que como tales, por las leyes de la guerra, tanto entre las naciones civilizadas como entre las salvajes, habían incurrido en pena de muerte. La amputación de miembros era un castigo más leve y estaba reservado para los delitos menores. Si sentimos revulsión ante la bárbara naturaleza de la sentencia, deberíamos reflexionar sobre el hecho de que no era una práctica rara en la época, realmente no menos común que fustigar o marcar con un hierro ardiente lo eran

en nuestro propio país a comienzos de este siglo o que lo era cortar las orejas en el siglo pasado. Es verdad que una civilización superior rechaza ese tipo de castigos como perniciosos por sí mismos y degradantes para la humanidad. Pero en el siglo XVI estaban abiertamente reconocidos por las leyes de las naciones más avanzadas de Europa. Y parece demasiado pedir a un hombre, menos aún a uno criado en el oficio de hierro de la guerra, ir por delante de su época en cuanto a refinamiento. Debemos contentarnos si en circunstancias tan poco favorables para la humanidad no cae por debajo de ella.

Habiendo abandonado todo pensamiento de ulterior resistencia, se les permitió a los cuatro delegados de la república de Tlaxcala continuar con su misión. Rápidamente les siguió el mismo Xicotécatl, acompañado de un numeroso grupo de ayudantes militares. A medida que se acercaron a las líneas españolas, se les reconoció fácilmente por los colores blanco y amarillo de sus uniformes, los colores de la casa de Titcala. La alegría del ejército fue enorme ante este claro indicio del fin de las hostilidades y Cortés tuvo dificultad para conseguir que los hombres se calmaran y mantener la fingida indiferencia debida en presencia del enemigo.

Los españoles observaron con curiosidad al valiente jefe que había mantenido a sus fuerzas a raya y que avanzaba ahora con el paso firme y sin miedo de alguien que venía más bien a desafiar que a pedir la paz. Era un poco más alto de la media, con espaldas anchas y una estructura muscular que indicaba gran actividad y fuerza. Su cabeza era grande y su semblante estaba marcado por las arrugas debidas más al duro servicio que a la edad, ya que sólo tenía treinta y cinco años. Cuando estuvo en presencia de Cortés, hizo el típico saludo tocando el suelo con su mano y llevándosela a la cabeza, mientras que el dulce incienso de resinas olorosas se

esparcía en nubes desde los incensarios que llevaban los esclavos.

Lejos de un pusilánime intento de echar la culpa al Senado, asumió toda la responsabilidad de la guerra. Había considerado a los hombres blancos enemigos, dijo, porque venían con los aliados y vasallos de Montezuma. Amaba a su país y deseaba proteger la independencia que se había mantenido durante sus largas guerras con los aztecas. Había sido derrotado. Era posible que fueran los extranjeros quienes, según se había predicho hacía tanto tiempo, vendrían del este para tomar posesión del país. Esperaba que utilizaran su victoria con moderación y que no pisotearan las libertades de la República. Venía ahora en el nombre de su nación, para ofrecer su obediencia a los españoles, asegurándoles que encontrarían en sus compatriotas tanta lealtad en la paz como firmeza en la guerra.

Cortés, lejos de ofenderse, estaba lleno de admiración por el elevado espíritu que de esa manera despreciaba rebajarse ante el infortunio. Un hombre valiente sabe cómo respetar la valentía en otro hombre. Sin embargo, adoptó un aspecto severo mientras reprendía al jefe por haber persistido tanto tiempo en las hostilidades. Si Xicoténcatl hubiera creído la palabra de los españoles y aceptado antes la oferta de amistad, le habría ahorrado mucho sufrimiento a su pueblo, que bien se lo merecía por su determinación. Pero era imposible, continuó el general, reparar el pasado. Estaba dispuesto a enterrarlo en el olvido y a recibir a los tlaxcaltecas como vasallos del emperador, su señor. Si demostraban ser leales encontrarían en él siempre una columna firme donde apoyarse, si eran falsos se vengaría de ellos tal y como habían amenazado hacer con la capital en caso de que no se hubieran rendido rápidamente. Demostró ser una amenaza premonitoria para el jefe al que iba dirigida.

El cacique entonces ordenó que sus esclavos trajeran algunos ornamentos de oro y plumaje de poca calidad como regalos. Eran de poco valor, dijo con una sonrisa, porque los tlaxcaltecas eran pobres. Tenían poco oro, ni siquiera algodón ni sal. El emperador azteca no les había dejado nada más que su libertad y sus armas. Ofreció este regalo sólo como una muestra de buena fe. «Como tal los recibo», respondió Cortés, «y el que venga de los tlaxcaltecas le da más valor que si viniera de ningún otro sitio, aunque fuera una casa llena de oro», una contestación diplomática así como magnánima, ya que iba a ser gracias a la ayuda de esta buena voluntad como iba a ganar el oro de México⁹¹.

De esta manera terminó la sangrienta guerra con la fiera república de Tlaxcala, durante el curso de la cual más de una vez había estado cerca de zozobrar el destino de los españoles. Si hubiera continuado un poco más hubiera terminado en confusión y ruina para ellos, exhaustos como estaban por las heridas, las vigías y las fatigas y con las semillas del desafecto entre sus filas. Tal y como sucedió, salieron del temible duelo con una gloria sin mancha. Para el enemigo parecían invulnerables, poseyendo vidas protegidas por hechizo a prueba igualmente de los accidentes de la fortuna como de los ataques de los hombres. No es de extrañar que ellos mismos se permitieran un concepto similar en sus propios corazones y que el español más humilde se imaginara como objeto de una especial intercesión de la providencia, que le escudaba en la hora de la batalla y le reservaba un destino más alto.

Mientras que los tlaxcaltecas estaban todavía en el campamento, se anunció una embajada de Montezuma. Las noticias de las hazañas de los españoles se habían extendido a lo largo y ancho de la meseta. El emperador, en concreto, había observado cada paso de su avance a medida que escalaban los altos de las cordilleras y avanzaban sobre la

ancha meseta de su cima. Los había visto con gran satisfacción tomar la carretera de Tlaxcala, confiando en que si eran mortales encontrarían allí su tumba. Grande fue su desesperación cuando correo tras correo le traían noticias de sus éxitos, de que los más terribles guerreros de la meseta habían sido desbandados como el ganado por las espadas de un puñado de extranjeros.

Sus miedos supersticiosos volvieron con toda su fuerza. Vio a los españoles como «los hombres del destino», que tomarían posesión de su cetro. En su alarma e inseguridad envió una nueva embajada al campamento cristiano. Constaba de cinco grandes nobles de su Corte, atendidos por un séquito de doscientos esclavos. Traían con ellos un regalo, como de costumbre, dictado en parte por el miedo y en parte por la natural magnificencia de su disposición. Constaba de tres mil onzas de oro, en grano o en diferentes artículos manufacturados, con varios cientos de mantos y vestidos de algodón bordado y del pintoresco plumaje. A medida que ponían éstos a los pies de Cortés, le contaron que habían venido a felicitarle de parte de su señor por las últimas victorias de los hombres blancos. El emperador se lamentaba tan sólo de no poderles recibir en su capital, donde la numerosa población era tan ingobernable que su seguridad se pondría en peligro. La simple insinuación de los deseos del emperador azteca de la forma más remota hubiera bastado entre las naciones indias. Tenía muy poco peso sobre los españoles, y los enviados, viendo que esta pueril expresión suya era poco efectiva, recurrieron a otro argumento, ofreciendo un tributo al soberano castellano en nombre de su señor, siempre que los españoles renunciaran a su visita a la capital. Esto fue un error todavía mayor, por un lado mostraba el rico cofre y por el otro que era incapaz de defenderlo. Sin embargo, el autor de esta pusilánime política, la infortunada víctima de la superstición, era un

monarca reconocido entre las naciones indias por su intrepidez e iniciativa, ¡el terror del Anáhuac!

Cortés, al mismo tiempo que alegaba las órdenes de su propio soberano como razón para no satisfacer los deseos de Montezuma, pronunciaba frases del más profundo respeto por el príncipe azteca y declaraba que si por el momento no tenía los medios de corresponder a su magnificencia como deseaba, confiaba *en poder pagarle en algún día futuro con buenos trabajos*⁹².

Los embajadores mexicanos no quedaron muy contentos al enterarse de que la guerra había terminado y que sus mortales enemigos se habían reconciliado con los españoles. El desagrado mutuo entre los dos pueblos era demasiado grande como para reprimirlo incluso en presencia del general, quien contempló con satisfacción la evidencia de una envidia que, socavando la fuerza del emperador indio, iba a demostrar ser la fuente más segura de su propio éxito⁹³.

Dos de los componentes de la misión azteca regresaron a México, para comunicar al soberano el estado de las cosas en el campamento español. Los otros se quedaron con el ejército, ya que Cortés deseaba que fueran espectadores directos de la deferencia que le mostraban los tlaxcaltecas. Aun así no aceleró su partida a la capital tlaxcalteca, no porque creyera en las injuriosas insinuaciones de los mexicanos con respecto a su buena fe. Pero sí que quería probarla durante un período más largo y al mismo tiempo reestablecer enteramente su propia salud antes de la visita. Mientras tanto, llegaban diariamente de la ciudad mensajeros, urgiendo su viaje y finalmente fueron seguidos por algunos de los ancianos gobernadores de la República, impacientes por la larga demora de Cortés, acompañados de un numeroso séquito. Traían con ellos un grupo de quinientos *tamanes* u hombres de carga, para arrastrar el cañón y liberar a sus fuerzas de esta fatigosa parte de su

tarea. Era imposible retrasar su salida más tiempo, y después de la misa y de una solemne acción de gracias al gran Ser que había coronado sus armas con el triunfo, los españoles se despidieron del campamento que habían ocupado durante casi tres semanas en la colina de Tzompach. La fuerte torre o *teocalli* que la dominaba fue llamada en conmemoración de su residencia «la torre de la victoria», y unas pocas piedras que todavía sobreviven de sus ruinas indican a la vista del viajero un punto para siempre recordado en la historia por el coraje y la constancia de los primeros conquistadores⁹⁴.

Notas al pie

⁸⁰ El efecto de la medicina, aunque era una dosis bastante fuerte, según el preciso Bernal Díaz, desapareció durante los activos esfuerzos del general. Gómara, sin embargo, no lo considera un milagro (*Crónica de Nueva España*, cap. 49). El padre Sandoval, sí (*Historia de la Vida y Hechos del Emperador Carlos V*, tom. I, p. 127). Solís, después de una concienzuda investigación sobre este desconcertante hecho, decide, por extraño que parezca, ¡en contra del padre!, *Conquista*, lib. 2, cap. 20.

⁸¹ «Dios es sobre natura», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 54.

⁸² *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 64.

No así Cortés, quien dice directamente, «Quemé mas de diez pueblos» (*ibid.*, p. 52). Su reverendo comentador especifica las localidades de las ciudades indias destruidas por él, en sus incursiones. *Viaje*, ap. Lorenzana, pp. ix-xi.

⁸³ El famoso estandarte del conquistador, con la cruz bordada, se ha guardado en México hasta nuestros días.

⁸⁴ «É como trayamos la Bandera de la Cruz, y puñabamos por nuestra Fe, y por servicio de Vuestra Sacra Majestad, en su muy Real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matámos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 52.

⁸⁵ «Y fué cosa notable», exclama Herrera, «con quanta humildad, i devoción bolvian todos alabando á Dios, que tan milagrosas victorias les daba; de donde se conocia claro que los favorecia con su Divina asistencia».

⁸⁶ «Porque entrar en México, teníamoslo por cosa de risa, á causa de sus grandes fuerças», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 66.

⁸⁷ Díaz, indignado, niega la idea del motín, que Gómara le da a este episodio. «Las palabras que le dezian era por via de ac -osejarle, y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra via, porque siempre le siguiéron muy bien, y lealmete; y no es mucho que en los exércitos algunos buenos soldados aconsejen á su Capitan, y mas si se ven tan trabajaídos como nosotros andauamos». *Ibid.*, cap. 71.

⁸⁸ Esta conferencia ha quedado registrada, con algunas variaciones en realidad, por prácticamente todos los historiadores (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 55. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 3. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 51, 52. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 80. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 9. P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 2). He condensado la versión de Bernal Díaz, quien, a pesar de no ser una de las partes del diálogo, estaba presente entre el público y por esa razón es la mejor autoridad.

⁸⁹ Díaz dice sólo que diecisiete perdieron las manos, el resto los pulgares

(*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 70). Cortés no se estremece al confesar que fueron las manos de todos los cincuenta. «Los mandé tomar á todos cincuenta, y cortarles las manos, y los embié, que dixessen á su Señor, que de noche, y de dia, y cada, y quando él viniessen, verian quienes eramos», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 53.

⁹⁰ «De que los tlaxcaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendia sus pensamientos», Ixtlilxocitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83.

⁹¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 56, 57. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 3. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 53. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 71, et seq. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 11.

⁹² «Cortés recibió con alegría aquel presente, y dixo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al señor Montezuma en buenas obras», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 73.

⁹³ Se extiende sobre este punto en su carta al Emperador. «Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no huve poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podria tener manera de mas a'yna sojuzgarlos, é aun acordéme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne Regnum in seipsum divisum desolabitur*; y con los unos maneaba, y á cada uno en secreto le agradecia el aviso, que me daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 61.

⁹⁴ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 10. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 4. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 54. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 2. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 72-74. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83.

Capítulo V

Los españoles entran en Tlaxcala. Descripción de la capital. Intento de conversión. Embajada azteca. Invitación a Cholula. 1519

La ciudad de Tlaxcala, capital de la república del mismo nombre, se encontraba a una distancia de más de seis leguas del campamento español. La carretera atravesaba una región montañosa, mostrando en cada parcela arable la evidencia de un laborioso cultivo. Sobre una profunda *barranca* o quebrada cruzaron un puente de piedra que según la tradición (resbaladiza autoridad), es el mismo que todavía se mantiene y fue construido originariamente para el paso del ejército⁹⁵. En su ruta atravesaron algunas ciudades importantes, donde experimentaron en buena medida la hospitalidad india. A medida que avanzaban, se adivinaba la cercanía de una ciudad populosa por las multitudes que acudían a ver y a dar la bienvenida a los extranjeros, hombres y mujeres en sus pintorescos trajes, con ramos y coronas de rosas, que les daban a los españoles o que ajustaban al cuello y a la armadura de sus caballos, de la misma manera que en Cempoala. Los sacerdotes, con sus túnicas blancas y sus largas cabelleras enmarañadas flotando a su alrededor, se mezclaban con la multitud, esparciendo cantidades de incienso que brotaba de sus ardientes incensarios. De esta manera la multitudinaria y variopinta procesión desfiló por las puertas de la antigua capital de Tlaxcala. Era el veintitrés de septiembre de 1519, fecha que se celebra cada año por los habitantes de la ciudad como el

día del aniversario⁹⁶.

La presión llegó en este momento a ser tan grande que la policía de la ciudad a duras penas pudo abrir camino para el ejército, mientras que las *azoteas** estaban cubiertas de espectadores, ansiosos por ver fugazmente a los fabulosos extranjeros. Las casas estaban engalanadas con adornos de flores y en las calles se habían colocado arcos de ramas verdes entrelazadas con rosas y madreselva. Toda la población se abandonó al regocijo y canciones y gritos de triunfo cruzaban el aire mezclados con la salvaje música de los instrumentos nacionales, lo que podía haber provocado temor en los corazones de los soldados, de no ser porque Marina les convenció de su significado pacífico y por los alegres rostros de los nativos.

Con estos acompañamientos, la procesión avanzó por las calles principales hasta la mansión de Xicoténcatl, el anciano padre del general tlaxcalteca y uno de los cuatro gobernadores de la República. Cortés desmontó de su caballo para recibir el abrazo del viejo jefe. Era prácticamente ciego y satisfizo hasta donde pudo una curiosidad natural con respecto a la persona del general español, pasando la mano por sus rasgos. Después los guió a una espaciosa sala en su palacio, donde había servido un banquete para el ejército. Por la tarde, se les enseñaron sus habitaciones en los edificios y el campo abierto que rodeaba uno de los principales *teocallis*, mientras que a los embajadores mexicanos, por deseo de Cortés, se les dieron apartamentos cercanos a los suyos, para que pudiera velar mejor por su seguridad en esta la ciudad de sus enemigos⁹⁷.

Tlaxcala era una de las ciudades más importantes y pobladas de la meseta. Cortés, en su carta al emperador, la compara con Granada, afirmando que era mayor y más fuerte y más populosa que la capital mora cuando la conquista y casi tan bien construida⁹⁸. Pero, a pesar de que el

escritor más respetable de finales del siglo pasado nos confirma que sus restos justifican la afirmación⁹⁹, deberemos tener cautela para creer que sus edificios podían haber rivalizado con esos monumentos de magnificencia oriental, cuyas formas ligeras y livianas todavía provocan, pasados los años, la admiración de todo viajero con sensibilidad y gusto. La verdad es que Cortés, como Colón, vio los objetos a través del cálido prisma de su propia y complaciente imaginación, elevándoles el tono de color y dándoles unas dimensiones mayores de las que podía permitir el hecho en sí. Era natural que el hombre que había hecho tan extraños descubrimientos magnificara inconscientemente sus méritos a sus propios ojos y a los de los demás.

Las casas estaban construidas en su mayoría de barro o tierra, las mejores de calicanto o adobe. No tenían puertas ni ventanas, pero en las aberturas que hacían esta función colgaban esteras con flecos de piezas de cobre o cualquier cosa que por su sonido tintineante avisara al entrar alguien. Las calles eran estrechas y oscuras. La población debe haber sido considerable y como Cortés asegura treinta mil almas se reunían a menudo en el mercado en un día público. Estas reuniones constituían una especie de feria, que se celebraban como era normal en todas las grandes ciudades, cada cinco días y a las que asistían los habitantes de los pueblos vecinos, quienes traían para vender todo tipo de productos domésticos y manufacturas que se conocían. Destacaban especialmente en la cerámica, que se consideraba al mismo nivel que la mejor de Europa¹⁰⁰. Una prueba mayor de los hábitos civilizados fue que los españoles descubrieran que los habitantes usaban comúnmente barberías y baños, tanto de vapor como de agua caliente. Una prueba aún mayor de refinamiento puede encontrarse en una vigilante policía que reprimía cualquier cosa parecida al desorden entre la gente¹⁰¹.

La ciudad estaba dividida en cuatro distritos, que bien podían considerarse cuatro ciudades distintas, ya que habían sido construidas en épocas diferentes y estaban separadas unas de otras por altas murallas de piedra que definían sus límites respectivos. Sobre cada uno de estos distritos gobernaba uno de los grandes jefes de la República, ocupando su propia y espaciosa mansión y rodeado por sus propios vasallos más cercanos. Una organización extraña (¡y más extraño que haya sido compatible con el orden social y la tranquilidad!). La antigua capital a través de la cual, por uno de sus distritos, cruzaba el rápido torrente del Zahuatl, se extendía a través de las cumbres y las laderas de las colinas, en cuya base se amontonan ahora los miserables restos de la población que floreció en tiempos¹⁰². Muy lejos, hacia el sudeste, se extendía la llamativa sierra de Tlaxcala y el inmenso Malinche, coronado con la habitual diadema de plata de los más altos Andes, con sus agrestes laderas vestidas con bosques verde oscuro de abetos, gigantescos plátanos y robles cuyos altos troncos se elevaban sin una rama la altura de cuarenta o cincuenta pies. Las nubes provenientes del lejano Atlántico se juntaban alrededor de los altos picos de la sierra y, convirtiéndose en torrentes, se precipitaba sobre las llanuras en las cercanías de la ciudad, lo que las transformaba, en ciertas temporadas, en pantanos. Las tormentas eléctricas, más frecuentes y terribles aquí que en cualquier otro lugar de la meseta, se arrastraban por las laderas de las montañas y estremecían las frágiles moradas de la ciudad hasta los cimientos. Pero, aunque los inhóspitos vientos de la sierra le daban una austeridad al clima, muy distinta de los soleados cielos de maravillosa temperatura de las regiones más bajas, era mucho más favorable para el desarrollo tanto de las energías físicas como morales. En los recovecos de las colinas se desarrollaba una atrevida y dura agricultura, que permitía igualmente cultivar la tierra en

tiempos de paz como defenderla en la guerra. Al contrario que los mimados hijos de la naturaleza, que reciben de su mano pródiga tales facilidades de subsistencia, que pueden evitar el esfuerzo de su parte, el tlaxcalteca ganaba su pan con el sudor de su frente de un terreno, que a decir verdad no era desagradecido. Llevaba una vida de templanza y trabajo. Aislado, debido a sus largas guerras con los aztecas, del intercambio comercial, el tlaxcalteca se vio abocado principalmente a las labores agrícolas, la ocupación más propicia para la pureza de la moral y la vigorosa fuerza de constitución. Su honesto pecho resplandecía con el patriotismo o cariño al terruño, fruto de su diligente cultivo, al mismo tiempo que se elevaba, gracias a una orgullosa conciencia de independencia, el derecho de nacimiento de los hijos de la montaña. Así era la raza con la que Cortés se había asociado en este momento para completar su gran trabajo.

Los españoles dedicaron varios días a las celebraciones, en los que fueron sucesivamente recibidos por las hospitalarias mesas de los cuatro grandes nobles, en sus respectivos distritos de la ciudad. Entre estas demostraciones de amistad, sin embargo, el general nunca relajó ni por un momento su habitual vigilancia o la estricta disciplina del campamento y tuvo cuidado de tomar precauciones para asegurar la tranquilidad de los ciudadanos prohibiendo, bajo severas penas, que ningún soldado abandonara sus cuarteles sin autorización expresa. Esa misma severidad de disciplina provocó el reproche de más de uno de sus oficiales como una precaución superflua y los jefes tlaxcaltecas se ofendieron por ella, entendiendo que insinuaba una desconfianza infundada hacia ellos. Pero cuando Cortés la explicó como una obediencia a un sistema militar establecido, le mostraron su admiración y el ambicioso y joven general de la República propuso introducirla si era

posible entre sus propias filas¹⁰³.

El comandante español, habiéndose asegurado la lealtad de sus nuevos aliados, se propuso posteriormente realizar uno de los grandes objetivos de su misión: su conversión al cristianismo. Por consejo del padre Olmedo, siempre opuesto a precipitar las medidas, había retrasado esto hasta que se presentara una ocasión para introducir el tema. Esta llegó cuando los jefes del estado propusieron fortalecer la alianza con los españoles mediante un matrimonio entre sus hijas, y Cortés y sus oficiales. Éste les dijo que no podía ser mientras que continuaran en la oscuridad de la infidelidad. Después, con la ayuda del buen padre, expuso lo mejor que pudo las doctrinas de la fe y, exhibiendo la imagen de la Virgen con el Infante Redentor, les dijo que ahí estaba el Dios en cuyo culto únicamente encontrarían la salvación, mientras que el de sus falsos dioses les hundiría en la perdición eterna.

No hace falta cargar al lector con una recapitulación de su homilía, que contenía, probablemente, dogmas casi tan incomprensibles para el iletrado indio como cualquiera de los que se encontrara en su propia rudimentaria mitología. Pero, aunque no pudo convencer a su público, éste le escuchó con un sobrecogimiento deferente. Cuando hubo terminado, respondieron que no tenían ninguna duda de que el dios de los cristianos debía ser un dios bueno y grande y que como tal estaban dispuestos a otorgarle un lugar entre las divinidades de Tlaxcala. El sistema politeísta de los indios, como el de los antiguos griegos, era de ese tipo acomodaticio que podía admitir, sin violentarse, dentro de sus elásticos límites las deidades de cualquier religión¹⁰⁴. Pero cada nación, continuaron, debe tener sus propias deidades protectoras. Tampoco podían a su edad abjurar del servicio de aquellos que les habían protegido desde la juventud. Esto conllevaría la venganza de sus dioses y de su

propia nación, que estaba tan íntimamente unida a su religión como a sus libertades y defendería ambas hasta la última gota de sangre.

Era claramente inoportuno presionar más el tema en este momento. Pero el celo de Cortés, como de costumbre, encendiéndose ante la oposición, se había elevado demasiado como para calcular los obstáculos, ni se hubiera achicado probablemente ante el martirio en tan buena causa. Pero, afortunadamente, al menos para el éxito de esta causa temporal, esta no era la corona que le estaba reservada.

El buen monje, su consejero espiritual, viendo el curso que tomaban las cosas, se interpuso con mejor juicio para evitarlo. No deseaba, dijo, contemplar de nuevo las mismas escenas que en Cempoala. No confiaba en las conversiones forzadas. Difícilmente podían ser duraderas. Lo que crecía en una hora bien podía morir en una hora. ¿De qué servía derribar el altar si el ídolo se mantenía entronizado en el corazón? ¿O destruir el mismo ídolo, tan sólo para colocar otro en su lugar? Mejor era esperar con paciencia a que el tiempo y las enseñanzas surtieran efecto, ablandaran el corazón y abrieran el entendimiento, sin lo que no se podía asegurar una conversión sólida y permanente. Estas opiniones racionales fueron reforzadas por las protestas de Alvarado, Velázquez de León y aquellos a los que Cortés otorgaba mayor confianza, hasta que apartado de su propósito original el polemista militar consintió en renunciar por el momento a su intento de conversión y frenar la repetición de las escenas, lo que, considerando el diferente temple de la población, bien podía haber terminado con resultados muy diferentes de los de Cozumel y Cempoala¹⁰⁵.

En el curso de nuestra narración, hemos tenido ocasión de presenciar más de una vez los buenos efectos de la intercesión del padre Olmedo. Realmente no sería demasiado

decir que su discreción en materias espirituales contribuyó tan esencialmente al éxito de la expedición como lo hizo la sagacidad y el coraje de Cortés en las temporales. Era un verdadero discípulo de la escuela de Las Casas. Su corazón no había sido tocado por el fiero fanatismo que abrasa y endurece todo aquello a lo que se acerca, sino que lo suavizaba con el cálido resplandor de la caridad cristiana. Había llegado al nuevo mundo como un misionero entre los infieles y no se achicó ante ningún sufrimiento, excepto el del bienestar del pobre e ignorante rebaño a quienes consagró sus días. Si seguía los estandartes del soldado era para mitigar la ferocidad de la guerra y para convertir los triunfos de la cruz en algo bueno para los mismos nativos mediante la labor espiritual de la conversión. Ofrece un ejemplo poco común (que realmente no se esperaría de un monje español del siglo XVI) de entusiasmo controlado por la razón, una fe despierta templada por el suave espíritu de tolerancia.

Pero, aunque Cortés abandonó por el momento el tema de la conversión, obligó a los tlaxcaltecas a romper las cadenas de las desgraciadas víctimas reservadas para el sacrificio, un acto de humanidad que desgraciadamente sólo tuvo efectos pasajeros, ya que, a su partida, las prisiones se llenaron de nuevas víctimas.

También obtuvo permiso para que los españoles llevaran a cabo sin problemas los oficios de su propia religión. Se erigió una enorme cruz en uno de los patios o plazas. Se celebraba misa todos los días en presencia del ejército y de multitud de nativos que, si bien no comprendían el completo significado, fueron tan edificadas que aprendieron a reverenciar la religión de los conquistadores. La intercesión directa del Cielo, sin embargo, trajo más conversiones que la mejor homilía de ningún cura o soldado. Apenas los españoles habían abandonado la ciudad (la historia la cuenta

una autoridad muy respetable), cuando una nube fina y transparente descendió y se asentó como una columna sobre la cruz y rodeándola con sus pliegues luminosos continuó emitiendo un suave y celestial resplandor durante toda la noche, ¡proclamando de esta manera el carácter sagrado del símbolo sobre el que se había derramado el halo de divinidad!¹⁰⁶.

Habiéndose establecido el principio de tolerancia en materia religiosa, el general español consintió en recibir a las hijas de los caciques. Cinco o seis de las más bellas doncellas indias fueron asignadas a otros tantos de los principales oficiales, después de ser purificadas de la mancha de infidelidad por las aguas del bautismo. Recibieron, como era habitual en esta ocasión, buenos nombres castellanos en lugar de la bárbara nomenclatura de su propia lengua¹⁰⁷. Entre ellas se encontraba la hija de Xicoténcatl, doña Luisa¹⁰⁸, como la conocemos después del bautismo, era una princesa de la más alta estima y autoridad en Tlaxcala. Fue entregada por su padre a Alvarado y su descendencia se casó con las familias más nobles de Castilla. El comportamiento franco y jovial de este caballero le convirtió en el gran favorito de los tlaxcaltecas, y su brillante y abierto rostro, su tez clara y sus mechones rubios le dieron el nombre de *Tonatiuh*, el «Sol». Los indios a menudo gustaban de dar un sobrenombre o algún epíteto característico a los españoles. Como Cortés siempre era acompañado en los acontecimientos públicos por doña Marina, o Malinche, como era llamada entre los nativos, le distinguieron por el mismo nombre. Mediante estos epítetos otorgados originariamente en Tlaxcala, se designaba popularmente a los dos capitanes españoles entre las naciones indias.

Mientras todo esto tenía lugar, llegó otra embajada de la corte de México. Venía cargada, como era habitual, con el costoso donativo de una vajilla repujada de oro y ricas

prendas bordadas de algodón y plumaje. Los términos del mensaje bien podrían indicar un temperamento vacilante y tímido en el monarca, de no enmascarar una política más profunda. Invitaba ahora a los españoles a visitar su capital, asegurando un recibimiento cordial. Les rogaba que no se aliaran con los viles y bárbaros tlaxcaltecas y les invitaba a que tomaran la ruta de la ciudad amiga de Cholula, donde se habían realizado preparativos para su recibimiento, siguiendo sus órdenes¹⁰⁹.

Los tlaxcaltecas veían con profundo pesar la visita que se proponía realizar el general a México. Sus informes confirmaron completamente todo lo que había oído hasta el momento sobre el poder y la ambición de Montezuma. Sus ejércitos, decían, se extendían por todos los rincones del continente. Su capital era un lugar de enorme fuerza y por su posición insular podía fácilmente cortarse toda comunicación con el territorio vecino; los españoles, una vez atrapados allí, estarían a su merced. Su política, le contaron, era tan insidiosa como su ambición ilimitada. «No creas ninguna de sus buenas palabras», le dijeron, «sus cortesías ni sus regalos. Sus declaraciones son vacías y su amistad falsa». Cuando Cortés señaló que esperaba traer un mejor entendimiento entre ellos y el emperador, le replicaron que sería imposible, por muy suaves que fueran sus palabras les odiaría de corazón.

Protestaron calurosamente contra el hecho de que el general tomara la ruta de Cholula. Sus habitantes, que no eran valientes en campo abierto, eran más peligrosos por su perfidia y sus artimañas. Eran los juguetes de Montezuma y harían lo que él deseara. Los tlaxcaltecas parecían mezclar su desconfianza con un terror supersticioso por la antigua ciudad, el centro de la religión del Anáhuac. Fue allí donde el dios Quetzalcóatl sostuvo el prístino trono de su imperio. Su templo era célebre en todo el país y se creía con firmeza que

los sacerdotes tenían el poder, como ellos mismos alardeaban, de hacer brotar una inundación de los cimientos de su santuario, que enterraría a sus enemigos en el diluvio. Los tlaxcaltecas le recordaron además a Cortés que mientras que tantos otros lugares distantes le habían enviado embajadas a Tlaxcala testificando su buena voluntad y ofreciéndole la alianza a sus soberanos, Cholula, a tan sólo seis leguas de distancia, no lo había hecho. Este último indicio le chocó al general con más fuerza que ninguno de los precedentes. Inmediatamente envió un llamamiento a la ciudad exigiendo que presentaran formalmente su sumisión.

Entre las embajadas de los distintos lugares que se habían presentado ante el comandante español mientras se encontraba en Tlaxcala, había una de Ixtlilxochitl, el hijo del gran Nezahualpilli y el fallido competidor con su hermano mayor por la corona de Texcoco, como ya se ha comentado en una parte anterior de nuestra narración¹¹⁰. Aunque derrotado en sus pretensiones, había obtenido una parte del reino, sobre la que reinaba con un temible sentimiento de animosidad contra su rival y contra Montezuma, que había apoyado a éste. Ahora ofrecía sus servicios a Cortés, pidiendo a cambio su ayuda para colocarle en el trono de sus ancestros. El diplomático general envió una respuesta al ambicioso y joven príncipe que pudiera alentar sus expectativas y atraerle a sus intereses. Su objetivo era fortalecer su causa, atrayendo toda partícula de desafección que flotara en el ambiente.

No pasó mucho tiempo hasta que llegaron los enviados de Cholula, profusos en sus expresiones de buenas intenciones e invitando a los españoles a su capital. Los mensajeros eran de bajo rango, muy lejos del rango habitual de los embajadores. Esto fue indicado por los tlaxcaltecas y Cortés lo interpretó como una nueva humillación. En consecuencia envió un nuevo llamamiento declarando que si no le

enviaban inmediatamente una representación de sus hombres principales trataría con ellos como rebeldes a su propio soberano, el señor legítimo de estos reinos¹¹¹. La amenaza surtió el efecto deseado. Los cholultecas no estaban dispuestos a oponerse, al menos por el momento, a sus grandiosas pretensiones. Apareció otra embajada en el campamento, que constaba de algunos de los nobles más importantes, quienes repitieron la invitación a los españoles para que visitaran su ciudad y excusaron su tardanza diciendo que temían por su seguridad personal en la capital de sus enemigos. La explicación era plausible y fue admitida por Cortés.

Los tlaxcaltecas se oponían ahora más que nunca a su proyectada visita. Habían sabido que un fuerte contingente azteca se encontraba en las inmediaciones de Cholula y que la gente estaba preparando activamente la ciudad para la defensa. Sospechaban algún insidioso plan preparado por Montezuma para destruir a los españoles.

Estas insinuaciones enturbiaron la mente de Cortés, pero no le apartaron de su propósito. Sentía una curiosidad natural por ver la venerable ciudad, tan célebre en la historia de las naciones indias. Además había llegado ya muy lejos como para echarse atrás, o al menos para hacerlo mostrando miedo, lo que podía insinuar desconfianza en sus propias fuerzas y no podía más que tener un mal efecto sobre sus enemigos, sus aliados y sus propios hombres. Después de consultarlo brevemente con sus propios hombres, decidió seguir la ruta de Cholula¹¹².

Ya habían pasado tres semanas desde que los españoles se habían asentado dentro de las amistosas murallas de Tlaxcala y casi seis desde que entraron en su territorio. Habían sido recibidos en el umbral como un enemigo con la más decidida hostilidad. Ahora iban a partir con la misma gente como amigos y aliados, nuevos amigos que iban a

estar a su lado, codo con codo, durante toda su ardua lucha. El resultado de su visita, por tanto, fue de la mayor importancia, ya que de la cooperación de estos bravos y belicosos republicanos dependería enormemente el resultado final de la expedición.

Notas al pie

* En español en el original. (N. del T.)

* En español en el original. (N. del T.)

⁹⁵ «A distancia de un cuarto de legua caminando á esta dicha ciudad se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar un *Puente de cal y canto de bóveda*, y es tradición en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos días, que estuvo allí Cortés para que pasasse» (*Viaje*, ap. Lorenzana, p. xi). Si se pudiera determinar la antigüedad de este puente de piedra con arco quedaría zanjada una larga discusión sobre la arquitectura india. Pero la construcción de un trabajo tan sólido en tan poco tiempo es un hecho que requiere una comprobación mejor que la de los aldeanos de San Salvador.

⁹⁶ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 53.

«Recibimiento el mas solene y famoso que en el mundo se ha visto», exclama el entusiasta historiador de la república añade que «más de cien mil hombres acudieron a recibir a los españoles, ¡algo que parece cosa imposible!». Realmente, sí lo parece. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁹⁷ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. II. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 59. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 54. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. II.

⁹⁸ «La qual ciudad es tan grande, y de tanta admiración, que aunque mucho de lo, que de ella podria decir, dexé, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy mas fuerte, y de tan bueno Edificios y de muy mucha mas gente, que Granada tenia al tiempo que se ganó», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 58.

⁹⁹ «En las ruinas, que aun hoy se vén en Tlaxcala, se conoce, que no es ponderación». *Ibid.*, p. 58. Nota del editor, Lorenzana.

¹⁰⁰ «Nullum est fictile vas apud nos, quod arte superet ab illis vasa formata», P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 2.

¹⁰¹ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 59. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 4. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 83.

Este último historiador enumera tal número de autoridades indias contemporáneas para su narración, que por sí mismo ya implica un grado considerable de civilización entre este pueblo.

¹⁰² Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 12.

La población de un lugar, que Cortés pudo comparar con Granada, había disminuido a principios de este siglo a 3.400 habitantes, de los que menos de mil eran de estirpe india. Véase Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 158.

¹⁰³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 11. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 54, 55. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 13. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 75.

¹⁰⁴ Camargo señala esta elástica propiedad en las religiones del Anáhuac. «Este modo de hablar y decir que les querrá dar otro Dios, es saber que cuando estas gentes tenían noticia de algún Dios de buenas propiedades y costumbres que le recibiesen admitiéndole por tal, porque otras gentes advenedizas trujéron muchos ídolos que tuvieron por Dioses, y á este fin y propósito decían, que Cortés las traía otro Dios», *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

¹⁰⁵ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 84. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 56. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 76, 77.

Esta no es la versión de Camargo. Según él, Cortés se salió con la suya, los nobles guiaron a los demás abrazando el cristianismo, y se rompieron los ídolos (*Historia de Tlaxcala*, manuscrito). Pero Camargo era él mismo un indio cristianizado, que vivió en la siguiente generación después de la conquista y bien puede haber sentido tantos deseos de liberar a su nación del reproche de la infidelidad, como el moderno español de quitar la mancha (*mala raza y mancha*) de linaje moro o judío de su blasón.

¹⁰⁶ El milagro es registrado por Herrera (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 15) y creído por Solís. *Conquista de Méjico*, lib. 3, cap. 5.

¹⁰⁷ Para evitar la dificultad de la elección, era común que los misioneros dieran el mismo nombre a todos los indios bautizados el mismo día. De tal manera que un día quedaba reservado a los Juanes otro a los Pedros, etc., un método ingenioso más conveniente para el clero que para los convertidos. Véase Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

¹⁰⁸ *Ibid.*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 74, 77.

Según Camargo, los tlaxcaltecas le dieron al comandante español trescientas doncellas para servir a Marina y el amable trato e instrucción que recibieron las damiselas, llevó a algunos de los jefes a entregar a sus propias hijas, «con propósito de que si acaso algunas se empañasen quedase entre ellos generacion de hombres tan valientes y temidos».

¹⁰⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 80. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 60. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 2.

Cortés tan sólo habla de una embajada azteca, mientras que Díaz habla de tres. El primero, por brevedad, queda muy corto de la verdad, y el último, por olvido

quizá, va tan lejos que no siempre es fácil decidir entre los dos. Díaz no compiló su narración hasta unos cincuenta años después de la conquista, un lapso de tiempo que puede excusar muchos errores, pero que debe afectar a nuestra confianza en la minuciosa precisión de sus detalles. Un conocimiento más detallado de esta crónica no refuerza esta confianza.

¹¹⁰ *Ante*, p. 204.

¹¹¹ «Si no viniessen, iria sobre ellos, y los destruiria, y procederia contra ellos como contra personas rebeldes; diciéndoles, como todas estas Partes, y otras muy mayores Tierras, y Señoríos eran de Vuestra Alteza» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 63). «Rebelión» era un término muy conveniente, imputado de la misma manera por los compatriotas de Cortés a los moros, por defender las posesiones que habían mantenido durante ocho siglos en la Península. Justificaba represalias muy rigurosas (Véase la *History of Ferdinand and Isabella*, part. I, cap. 13, *et alibi*).

¹¹² *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 62, 63. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 4. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 84. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 58. P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 2. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 18. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 11.

Capítulo VI

La ciudad de Cholula. El gran templo. Marcha a Cholula. Recepción de los españoles. Conspiración detectada. 1519

La antigua ciudad de Cholula, capital de la república del mismo nombre, se encontraba a seis leguas al sur de Tlaxcala y a unas veinte al este o más bien al sudeste de México. Cortés dijo que contenía veinte mil casas dentro de sus murallas y otras tantas en sus alrededores¹¹³, aunque ahora se ha quedado reducida a una población de menos de dieciséis mil almas¹¹⁴. Cualquiera que fuera su número real de habitantes, era incuestionablemente, en el momento de la conquista, una de las ciudades más populosas y florecientes en Nueva España.

Era de enorme antigüedad y fue fundada por las antiguas razas que se extendieron por esta tierra antes que los aztecas¹¹⁵. Conocemos pocos detalles sobre su forma de gobierno, que parece haber estado organizada con un modelo republicano similar al de Tlaxcala. Éste funcionó tan bien que el estado mantuvo su independencia hasta un período muy tardío en que, si bien no estaba reducida al vasallaje por los aztecas, se hallaba bajo su control de tal modo que disfrutaba de pocos de los beneficios de una existencia política independiente. Su conexión con México hizo que los cholultecas entraran en frecuente conflicto con sus vecinos y hermanos, los tlaxcaltecas. Pero, a pesar de ser muy superiores a ellos en refinamiento y en las diferentes artes de la civilización, no suponían un rival en la guerra para los valientes montañeros, los suizos del Anáhuac. La

capital Cholula era el gran emporio comercial de la meseta. Los habitantes destacaban en varias artes mecánicas, especialmente en el trabajo de los metales, la fabricación de telas de algodón y de agave y el delicado tipo de cerámica que según se decía rivalizaba en belleza con la de Florencia¹¹⁶. Pero tanta atención a las artes en una comunidad refinada y pacífica los indisponía para la guerra y los descalificaba para enfrentarse con aquellos que hacían de la guerra la gran ocupación de la vida. Se acusaba a los cholultecas de afeminamiento y se distinguían menos (es la acusación de sus rivales) por su coraje que por su astucia¹¹⁷.

Pero la capital, tan destacada por su refinamiento y su gran antigüedad, era incluso más venerable por las tradiciones religiosas de las que estaba investida. Fue aquí donde el dios Quetzalcóatl se detuvo en su camino hacia la costa y se quedó veinte años enseñando a los habitantes toltecas las artes de la civilización. Les dio a conocer mejores formas de gobierno y una religión más espiritual, en la que los únicos sacrificios eran de flores y frutas de temporada¹¹⁸. No es fácil determinar sus enseñanzas, ya que sus lecciones han sido enormemente mezcladas con los dogmas licenciosos de sus propios sacerdotes y los comentarios místicos de los misioneros cristianos¹¹⁹. Es probable que fuera uno de esos seres extraños y dotados, que disipando las tinieblas de la época con la iluminación de su propio genio, son deificados por una posteridad agradecida y colocados entre las luces del cielo.

En honor de esta benevolente deidad se erigió el formidable túmulo, que el viajero todavía contempla con admiración como la construcción más colosal de Nueva España, rivalizando en sus dimensiones y con cierto parecido en la forma con las estructuras piramidales del antiguo Egipto. La fecha de su erección es desconocida, ya que los aztecas lo encontraron allí cuando entraron en la

meseta. Tenía la típica forma de los *teocallis* mexicanos, la de una pirámide truncada, con sus cuatro costados orientados hacia los cuatro puntos cardinales y dividido en el mismo número de terrazas. Sus formas originales, sin embargo, han sido erosionadas por la acción del tiempo y de los elementos, al mismo tiempo que la exuberante vegetación de arbustos y de flores silvestres que cubren su superficie, le dan la apariencia de una de esas elevaciones simétricas alzada por capricho de la naturaleza, más que por las manos del hombre. Realmente se duda si no será el interior una colina natural, aunque no parece improbable que sea una composición artificial de piedra y tierra, profundamente incrustada, como de hecho lo está en todos sitios, con estratos alternados de ladrillo y arcilla¹²⁰.

La altura perpendicular de la pirámide es de ciento setenta y siete pies. Su base es de mil cuatrocientos veintitrés pies de largo, el doble que la gran pirámide de Keops. Puede dar una idea de sus dimensiones el que su base, que es cuadrada, cubre unos cuarenta y cuatro acres y que la plataforma de su cima truncada cubre más de uno. Nos recuerda a aquellos colosales monumentos de ladrillo que todavía se ven en ruinas en las orillas del Eúfrates y, mucho mejor conservados, en las del Nilo¹²¹.

En la cima se levantaba un suntuoso templo, en el que se encontraba la imagen de la deidad mística, «dios del aire» con rasgos de ébano, distinta de la tez clara que poseía en la tierra, llevando una mitra en la cabeza en la que se agitaban *plumas de fuego*, con un resplandeciente collar de oro al cuello, pendientes con mosaico de turquesa en las orejas, un cetro enjorjado en una mano y un escudo cuidadosamente pintado, el emblema de su reino sobre los vientos, en la otra¹²². La santidad del lugar, consagrada por una vetusta tradición y la magnificencia del templo y de sus servicios lo convertían en un objeto de veneración por toda la tierra, y

peregrinos de los rincones más remotos del Anáhuac venían a ofrecer su devoción en el santuario de Quetzatcōatl¹²³. El número de éstos era tan grande como para darle un aire de mendicidad a la variopinta población de la ciudad, y Cortés, sorprendido por la novedad, nos dice que vio multitud de mendigos como pueden encontrarse en las avanzadas capitales de Europa¹²⁴, un criterio enigmático de civilización, que debe situar a nuestras prósperas tierras un poco bajas en la escala.

Cholula no sólo era el lugar de reunión de los devotos indigentes. Muchas de las razas hermanas tenían templos propios en la ciudad, de la misma manera que algunas naciones cristianas los tienen en Roma, y cada templo poseía sus propios ministros para el servicio de la deidad a la que estaba consagrado. En ninguna ciudad se veía tanta concurrencia de sacerdotes, tantas procesiones, tanta pompa de ceremonial, sacrificios y fiestas religiosas. Cholula era, en pocas palabras, lo que la Meca es entre los mahometanos, o Jerusalén entre los cristianos, era la Ciudad Santa del Anáhuac¹²⁵.

Los ritos religiosos, sin embargo, no se realizaban con el espíritu puro que originalmente había prescrito su deidad protectora. Sus altares, así como los de los numerosos dioses aztecas, estaban manchados con sangre humana, y seis mil víctimas se ofrecían anualmente, según se dice, en sus sanguinarios santuarios¹²⁶. El gran número de éstos se puede calcular por la declaración de Cortés de que contó cuatrocientas torres en la ciudad¹²⁷ y eso que ningún templo tenía más de dos y muchos sólo una. Muy por encima del resto se elevaba la gran «pirámide de Cholula», con sus fuegos eternos que enviaban su resplandor a lo largo y ancho de la capital proclamando a las naciones que allí se encontraba el culto místico de la bondadosa deidad que un día volvería y retomaría su dominio sobre el país, aunque

¡desgraciadamente! corrompido por la crueldad y la superstición.

No había nada que pudiera ser más grandioso que la vista que se ofrecía a la mirada desde la zona sobre la cima truncada de la pirámide. Hacia el oeste se extendía la abrupta barrera de roca pórfida que la naturaleza ha levantado alrededor del valle de México, con el inmenso Popocatepetl y el Iztaccíhuatl elevándose como dos colosales centinelas guardando la entrada a la región encantada. A lo lejos al este se veía la cabeza cónica del Orizaba irguiéndose alto entre las nubes, y más cerca, Sierra de Malinche, yerma aunque de bella forma, proyectando su ancha sombra sobre las llanuras de Tlaxcala. Tres de éstos son volcanes más altos que el pico montañoso más alto de Europa y están cubiertos de nieve que nunca se derrite bajo el fiero sol de los trópicos. A los pies del espectador se encuentra la ciudad sagrada de Cholula con sus brillantes torres y pináculos centelleando al sol, reposando entre jardines de verdes setos, que entonces tachonaban densamente los alrededores cultivados de la capital. Tal era el magnífico espectáculo que encontró la vista de los conquistadores y puede encontrar la del viajero moderno con ligeros cambios, ya que desde la plataforma de la gran pirámide su mirada recorre la mayor parte de la bella meseta de Puebla¹²⁸.

Pero es hora de volver a Tlaxcala. En la mañana señalada, el ejército español inició su marcha a México por la ruta de Cholula. Fue seguido por muchedumbres de ciudadanos, llenos de admiración ante la intrepidez de hombres que, tan pocos en número, se aventuraban a hacer frente al gran Montezuma en su capital. Pese a ello, un inmenso grupo de guerreros se ofreció a compartir los peligros de la expedición, Cortés, sin embargo, al tiempo que mostraba su gratitud por su buena voluntad, seleccionó sólo seis mil de los voluntarios para que le acompañaran¹²⁹. No quería

cargarse con una fuerza pesada que pudiera impedirle los movimientos y probablemente no se atrevió a ponerse tan en manos de unos aliados cuya lealtad era demasiado reciente para garantizar suficientemente su fidelidad.

Después de cruzar una parte de terreno áspero y con colinas, el ejército entró en la amplia llanura que se extiende durante millas alrededor de Cholula. A una altura de más de seis mil pies sobre el nivel del mar, contemplaron los ricos productos de climas diferentes creciendo juntos, campos de alto maíz, el jugoso aloe, el chile o pimiento azteca y grandes plantaciones del cactus en el que se cría la brillante cochinilla. No había ni una sola parcela sin cultivar¹³⁰, y el terreno, algo poco común en la meseta, estaba irrigado por numerosos arroyos y canales y bien protegido por bosques que han desaparecido ante el violento hacha de los españoles. Hacia la tarde alcanzaron un pequeño arroyo, en cuya orilla Cortés decidió plantar el campamento para la noche, por no querer perturbar la tranquilidad de la ciudad introduciendo una fuerza tan grande a una hora tan intempestiva.

Aquí se le unieron pronto un grupo de caciques de Cholula y sus ayudantes, que venían a ver a los extranjeros y a darles la bienvenida. Sin embargo, cuando vieron a sus enemigos tlaxcaltecas en el campamento mostraron signos de disgusto e insinuaron el temor de que su presencia en la ciudad pudiera provocar desórdenes. La protesta le pareció razonable a Cortés y en consecuencia ordenó a sus aliados que se mantuvieran en sus actuales cuarteles y se le unieran cuando abandonara la ciudad en su camino a México.

A la mañana siguiente entró en Cholula a la cabeza de su ejército, seguido tan sólo por los indios de Cempoala y un puñado de tlaxcaltecas ocupados del equipaje. Sus aliados al partir le precavieron con respecto a la gente que iba a visitar, quienes, al mismo tiempo que declaraban el

desprecio que les tenían como nación de mercaderes, empleaban las peligrosas armas de la perfidia y la astucia. A medida que las tropas se acercaban a la ciudad, la carretera se llenó de enjambres de gente de ambos sexos y de todas las edades, viejos tambaleándose inseguros, mujeres con niños en brazos, todos ansiosos por ver a los extranjeros, cuyas personas, armas y caballos provocaban una intensa curiosidad a miradas que hasta ahora no se los habían encontrado en batalla. Los españoles a su vez se llenaron de admiración ante el aspecto de los cholultecas, muy superiores en el vestido y en la apariencia general a las naciones que habían visto hasta el momento. Les sorprendió especialmente el vestido de las clases altas, que llevaban mantos finamente bordados, parecidos al elegante *albornoz*, o *capa mora*, en la textura y en el estilo¹³¹. Mostraban el mismo gusto delicado por las flores que las otras tribus de la meseta, adornándose con ellas y lanzando guirnaldas y ramos entre los soldados. Un inmenso número de sacerdotes andaba entre la muchedumbre, balanceando sus incensarios aromáticos, mientras que la música de diferentes instrumentos ofrecía una animada recepción a los visitantes y le daba a toda la escena un encanto alegre y desconcertante. Si no tenía el aire de una procesión triunfal como en Tlaxcala, donde la melodía de los instrumentos era ahogada por los gritos de la multitud, les aseguraba un sentimiento de hospitalidad y amistad no menos agradable.

Los españoles también quedaron impresionados por la limpieza de la ciudad, la amplitud y la gran regularidad de las calles, que parecían haberse edificado con un plan preestablecido, por la solidez y el número de las casas y el tamaño de los templos piramidales. En el patio de uno de éstos y en sus edificios colindantes establecieron el campamento¹³².

Pronto fueron visitados por lo nobles principales del

lugar, quienes parecieron solícitos a la hora de proporcionarles alojamiento. Abastecieron abundantemente su mesa y en pocas palabras recibieron las atenciones calculadas para disipar sus sospechas e imputar las de sus amigos tlaxcaltecas al prejuicio y a la vieja hostilidad nacional.

En unos pocos días el escenario cambió. Llegaron mensajeros de Montezuma, quienes, después de una desagradable sugerencia a Cortés de que su avance ocasionaba mucha inquietud en su señor, mantuvieron conversaciones por separado con los embajadores mexicanos que aún quedaban en el campamento castellano y después partieron llevándose a uno de estos últimos con ellos. A partir de este momento el comportamiento de los anfitriones cholultecas sufrió una alteración visible. Ya no visitaban el campamento como antes y cuando eran invitados a hacerlo se excusaban fingiendo estar enfermos. Se restringió el suministro de provisiones, con la excusa de que tenían poco maíz. Estos síntomas de cambio, aparte de la incomodidad temporal, causaron una seria alarma sobre el futuro en el pecho de Cortés. Sus temores no se disiparon por los informes de los cempoaltecas, quienes le contaron que en sus paseos por la ciudad habían visto varias calles con barricadas, las *azoteas* cargadas con enormes piedras y otros proyectiles como preparadas para un asalto y en algunos lugares habían encontrado agujeros cubiertos con ramas y estacas plantadas dentro como para dificultar los movimientos de la caballería¹³³. Algunos tlaxcaltecas que entraron del campamento también informaron al general que se había ofrecido un gran sacrificio, principalmente de niños, en un barrio distante de la ciudad para propiciar el favor de los dioses, aparentemente para alguna empresa futura. Añadieron que habían visto a muchos ciudadanos abandonando la ciudad con sus mujeres y sus hijos como

sacándolos del lugar por seguridad. Estas noticias confirmaban las peores sospechas de Cortés, que no tenía duda de que se estaba preparando algún plan hostil. Si tenía alguna duda, el descubrimiento de Marina, el buen ángel de la expedición, las hubiera convertido en certezas.

Las maneras afables de la muchacha india le habían granjeado la consideración de la mujer de uno de los caciques que repetidamente urgía a Marina a visitar su casa, insinuando oscuramente que de esta manera escaparía del destino que les esperaba a los españoles. La intérprete, viendo inmediatamente la importancia de obtener más información, simuló estar contenta con la proposición y fingió, al mismo tiempo, un gran descontento con los hombres blancos, quienes la tenían cautiva. De esta manera, bajando la guardia de la crédula cholulteca, Marina se ganó gradualmente su confianza, tan profundamente como para arrancarle todo el relato de la conspiración.

Había sido planeada, dijo ella, por el emperador azteca, que había enviado ricos sobornos a los grandes caciques, y a su esposo entre ellos, para conseguir su apoyo. Debían atacar a los españoles cuando salieran de la capital, mientras estaban perdidos en sus calles, en las que se colocarían numerosos obstáculos para desbandar a la caballería. Una fuerza de veinte mil mexicanos estaba ya acuartelada a no mucha distancia de la ciudad, para apoyar a los cholultecas en su ataque. Se confiaba en que los españoles, entorpecidos de esa manera en sus movimientos, serían una fácil presa ante la fuerza superior de sus enemigos. Un número suficiente de prisioneros debía reservarse a la gracia del sacrificio en Cholula y el resto enviados encadenados a la capital de Montezuma.

Mientras que esta conversación tenía lugar, Marina se ocupó de guardar artículos de valor y ropas como si se dispusiera a partir con ella esa misma tarde, cuando pudiera

escapar sin ser vista de los cuarteles españoles a la casa de su amiga cholulteca, que la ayudó en la operación. Dejando a su visitante empleada en esto, Marina encontró oportunidad de escaparse por unos momentos y yendo a las habitaciones del general le informó de sus descubrimientos. Inmediatamente, éste hizo que detuvieran a la mujer del cacique, y al ser interrogada ésta confirmó las afirmaciones de su dama india.

La información que recabó le llenó de la más profunda alarma. Había caído limpiamente en la trampa. Luchar o huir parecía igualmente difícil. Estaba en una ciudad de enemigos, donde cada casa se podía convertir en una fortaleza y donde se habían puesto tantas dificultades en su camino que hacían prácticamente impracticables las maniobras de su artillería y su caballería. Además de los astutos cholultecas, debían enfrentarse bajo todas estas desventajas con los temibles guerreros de México. Era como un viajero que hubiera perdido el camino en la oscuridad entre los precipicios donde cualquier paso le podría destrozar en pedazos y donde la retirada y el avance serían igualmente peligrosos.

Estaba deseoso de obtener mayor confirmación y detalles de la conspiración. De tal manera que indujo a dos de los sacerdotes del barrio, uno de ellos una persona de gran influencia en el lugar, a visitar sus aposentos. Tratándoles cortésmente y con generosos obsequios que sacó de los ricos presentes recibidos de Montezuma (volviendo así a los regalos contra el que se los había regalado), extrajo de ellos la confirmación completa del anterior informe. El emperador se había encontrado en un estado de lamentable vacilación desde la llegada de los españoles. Sus primeras órdenes para los cholultecas fueron que recibieran a los extranjeros amablemente. Había consultado recientemente sus oráculos de nuevo obteniendo como respuesta que Cholula sería la

tumba de sus enemigos, ya que los dioses se mantendrían firmes a la hora de ayudarle a vengarse del sacrilegio que se había hecho a la ciudad sagrada. Tan seguros estaban los aztecas del éxito que en el lugar se encontraban ya numerosos grilletes o mástiles con correas que servían para lo mismo, con el fin de retener a los prisioneros.

Cortés, sintiendo que ahora se hallaba en posesión de todos los datos, despidió a los sacerdotes con órdenes casi innecesarias de que guardaran silencio. Les dijo que su propósito era abandonar la ciudad a la mañana siguiente y pidió que hicieran que algunos de los principales caciques le concedieran una entrevista en sus habitaciones. Después convocó un consejo de sus oficiales, aunque según parece ya estaba determinado el curso que iba a tomar.

Los miembros del consejo quedaron afectados de manera distinta, según su diferente carácter, por las sorprendentes noticias. Los más tímidos, desanimados ante la perspectiva de los obstáculos que parecían multiplicarse a medida que se acercaban a la capital mexicana, estaban por retomar sus pasos y buscar refugio en la amiga ciudad de Tlaxcala. Otros más perseverantes, pero prudentes, estaban por tomar la ruta norte, originariamente recomendada por sus aliados. La mayor parte apoyaba al general, que siempre era de la opinión de que no tenían más alternativa que avanzar. La retirada sería su ruina. Las medidas a medio camino no eran mucho mejores e insinuarían una falta de coraje que les desacreditaría tanto ante sus amigos como ante sus enemigos. Su auténtica política era depender de sí mismos, asestar tal golpe que intimidara a sus enemigos y les mostrara que los españoles no podían ser burlados por triquiñuelas ni aplastados por el peso de los números o el coraje en campo abierto.

Cuando los caciques, convencidos por los sacerdotes, aparecieron ante Cortés, se contentó con reprocharles

amablemente su falta de hospitalidad y les aseguró que los españoles no serían más una carga para la ciudad ya que se proponían abandonarla temprano a la mañana siguiente. Solicitó además que le proporcionaran unos refuerzos de dos mil hombres para transportar su artillería y equipaje. Los jefes, después de consultarlo algún tiempo, aceptaron una solicitud que podía de alguna manera favorecer sus propios planes.

A su partida, el general mandó llamar ante él a los embajadores mexicanos. Brevemente les comunicó el descubrimiento de la intriga para destrozarse su ejército, cuya preparación les dijo era imputada a su señor Montezuma. Le apenaba enormemente, añadió, encontrar al emperador implicado en un plan tan nefando y que los españoles ahora deberían marchar como enemigos contra el príncipe al que habían deseado visitar como un amigo.

Los embajadores, protestando enérgicamente, defendieron su total ignorancia de la conspiración y su creencia de que Montezuma era igualmente inocente de un delito que imputaban únicamente a los cholultecas. Claramente la política de Cortés era la de mantener buenas relaciones con el monarca indio para beneficiarse durante el mayor tiempo posible de sus buenos oficios y para aprovecharse de la seguridad que él se imaginaba (o los sentimientos de seguridad que pudiera inspirar el general en él) para cubrir sus propias operaciones futuras. Por tanto, hizo ver que creía las afirmaciones de los enviados y declaró que no estaba dispuesto a dar crédito a que un monarca que había ofrecido a los españoles tantos despachos amistosos, lo coronara todo con un hecho de una bajeza incomparable. El descubrimiento de su doblez, añadió, había agudizado su resentimiento contra los cholultecas, sobre los que se vengaría de tal manera que repararía tanto las injurias cometidas contra Montezuma como contra los españoles.

Después despidió a los embajadores, cuidándose de que, a pesar de su muestra de confianza, fueran puestos bajo fuerte vigilancia para evitar la comunicación con los ciudadanos¹³⁴.

Fue una noche de profunda ansiedad para el ejército. Parecía que la tierra sobre la que se encontraban cediera bajo sus pies y cualquier momento podía ser el señalado para su destrucción. El vigilante general tomó todas las precauciones posibles para su seguridad, aumentando el número de centinelas y colocando cañones de tal manera que protegieran los accesos al campamento. Es de suponer que no cerrara los ojos en toda la noche. Todos los españoles se acostaron armados y todos los caballos quedaron ensillados y con los arneses puestos, preparados para el servicio inmediato. Pero los indios no planeaban ningún ataque y la quietud del momento no fue interrumpida más que por los sonidos ocasionales que se escuchan en una populosa ciudad, incluso cuando está profundamente dormida y por los roncós gritos de los sacerdotes desde las torres de los *teocallis*, proclamando con sus trompetas las guardias de la noche¹³⁵.

Notas al pie

¹¹³ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 67.

Según Las Casas, el lugar contenía 30.000 *vecinos*, o alrededor de unos 150.000 habitantes [*Brevísima Relazione della Distrutione dell' Indie Occidentale* (Venetia, 1643)]. Este último, siendo el cálculo más pequeño, es *a priori* el más creíble, especialmente, un hecho raro, encontrándose en las páginas del buen obispo de Chiapas.

¹¹⁴ Humboldt, *Essai Politique*, tom. III, p. 159.

¹¹⁵ Veytia lleva atrás en el tiempo la fundación de la ciudad a los olmecas, un pueblo que precedió a los toltecas (*Historia Antigua de Méjico*, tom. I, caps. 13, 20). Como estos últimos, después de ocupar la tierra durante varios siglos, no han dejado probablemente ni un documento escrito de su existencia, será difícil desmentir las afirmaciones del licenciado y todavía más difícil probarlo.

¹¹⁶ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 2.

¹¹⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 58. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 3, cap. 19.

¹¹⁸ Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 15, *et seq.* Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. I, cap. 5; lib. 3.

¹¹⁹ Teólogos posteriores han encontrado en estas enseñanzas del dios o sumo sacerdote tolteca los gérmenes de alguno de los grandes misterios de la fe cristiana, como los de la encarnación y el de la trinidad, por ejemplo. En el mismo maestro veían ni más ni menos que a Santo Tomás, ¡el apóstol! Véase la disertación del irrefutable doctor Mier, con un edificante comentario del señor Bustamante, ap. Sahagún (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, tom. I. Suplemento). El lector encontrará más información sobre esta materia en el *Apéndice*, parte I, de esta Historia.

¹²⁰ Tal parece ser en general el juicio de M. de Humboldt, que ha examinado este interesante monumento con su habitual cuidado (*Vues des Cordillères*, p. 27, *et seq.* *Essai Politique*, tom. II, p. 150, *et seq.*). La opinión obtiene una fuerte confirmación por el hecho de que una carretera que se abrió hace unos años a través de los túmulos dejó abierta una sección grande del mismo en la que se pueden ver claramente las capas de ladrillo y arcilla (*ibid.*, *loc. cit.*). La apariencia actual del monumento, cubierto por una masa verde de vegetación de siglos, excusa el escepticismo del viajero más superficial.

¹²¹ Varias de las pirámides de Egipto y las ruinas de Babilonia son, como es bien sabido, de ladrillo. Una inscripción en una de las primeras lo a este material como superior a la piedra (Herodoto, *Euterpe*, sec. 136). Humboldt proporciona una acertada ilustración del tamaño del *teocalli* mexicano, comparándolo a una masa de ladrillos que cubren una plaza cuatro veces mayor que la *place Vendôme* y dos veces más alto que el Louvre. *Essai Politique*, tom. II, p. 152.

¹²² El padre Sahagún, que vio a los dioses aztecas antes de que los brazos de los cristianos conversos los derribara de su «posición preferente», da una descripción minuciosa del vestido y la insignia de Quetzatcóatl. Véase *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. I, cap. 3.

¹²³ Venían desde una distancia de doscientas leguas, según Torquemada. *Monarchia Indiana*, lib. 3, cap. 19.

¹²⁴ «Hay mucha gente pobre, y que piden entre los Ricos por las Calles, y por las Casas, y Mercados, como hacen los Pobres en España, y en otras partes que hay *Gente de razon* », *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 67, 68.

¹²⁵ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 3, cap. 19. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 61. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

¹²⁶ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 2. Torquemada, *Monarchia Indiana*, *ubi supra*.

¹²⁷ «É certifico á Vuestra Alteza, que yo conté desde una Mezquita quatrocientas, y tantas Torres en la dicha Ciudad, y todas son de Mezquitas», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 67.

¹²⁸ La ciudad de Puebla de los Ángeles fue fundada por los españoles poco después de la conquista en el emplazamiento de una insignificante villa en el territorio de Cholula, unas millas al este de la capital. Es, quizá, la ciudad más importante en Nueva España, después del mismo México, con la que rivaliza en belleza. Parece haber heredado la preeminencia religiosa de la antigua Cholula, distinguiéndose, como ésta, por el número y el esplendor de sus iglesias, lo multitudinario de su clero y la magnificencia de sus ceremonias y fiestas. Todo esto está plenamente representado en las páginas de viajeros que han atravesado el lugar en la habitual ruta de Vera Cruz a la capital (véase en particular, el *Mexico* de Bullock, vol. I, cap. 6). Los alrededores de Cholula, todavía irrigados como en días de los aztecas, son igualmente destacables por la feracidad del suelo. Las mejores tierras de grano, según una autoridad muy respetable, producen en una proporción de ocho por uno. *Mexico*, de Ward, vol. II, p. 270. Véase también Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 158; tom. IV, p. 330.

¹²⁹ Según Cortés, ¡cien mil hombres ofrecieron sus servicios en esta ocasión! «É puesto que yo ge lo defendiese, y rogué que no fuesen, porque no habia necesidad, todavía me siguieron hasta cien mil Hombres muy bien aderezados de Guerra, y llegaron con migo hasta dos leguas de la Ciudad: y desde allí, por mucha importunidad mia se volvieron, aunque todavía se quedáron en mi compañía hasta cinco ó seis mil de ellos» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 64). Esto, que debe haber sido prácticamente toda la fuerza militar de la república, no sorprende a Oviedo (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, cap. 4) ni a Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 58.

* - En español en el original. (N. del T.)

¹³⁰ Las palabras del conquistador son todavía más fuertes. «Ni un palmo de tierra hay, que no esté labrada», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 67.

¹³¹ «Los honrados ciudadanos de ella todos trahen albornoces, encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela y los rapacejos son muy semejables», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 67.

¹³² *Ibid.*, p. 67. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 84. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 4. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 82.

Los españoles compararon Cholula a la bella Valladolid según Herrera, cuya descripción de la entrada es muy animada. «Saliéronle otro día á recibir mas de diez mil ciudadanos en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves, i frutas, i mucha música. Llegaban vn esquadron á dar la bien llegada á Hernando Cortés, i con buena órden se iban apartando, dando lugar á que otro llegase [...] En llegando á la ciudad, que pareció mucho á los Castellanos, en el asiento, i en perspectiva, á Valladolid, salió la demas gente, quedando mui espantada de ver las figuras, talles, i armas de los Castellanos. Saliéron los sacerdotes con vestiduras blancas, como sobrepellices, i algunas cerradas por delante, los braços defuera, confluencos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de ídolos en las manos, i todos iban cantando, i llegaban á encensar á los Castellanos. Con esta pompa entraron en Chulula», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. I.

¹³³ Cortés de hecho ya había notado estas señales alarmantes al entrar en la ciudad, lo que sugiere la idea de una traición premeditada. «Y en el camino topámos muchas señales, de las que los Naturales de esta Provincia nos habian dicho: por que hallámos el camino real cerrado, y hecho otro, y algunos hoyos aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapiadas, y muchas piedras en todas las Azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso, y á mayor recaudo», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 64.

¹³⁴ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 83. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 59. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 65. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 39. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 83, cap. 4. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 2. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. I. Argensola, *Anales*, lib. I, cap. 85.

¹³⁵ «Las horas de la noche las regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin, ciertos instrumentos como vocinas, con que hacian conocer al pueblo el tiempo», Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte I, p. 14.

Capítulo VII

[Terrible masacre. Tranquilidad reestablecida. Reflexiones sobre la masacre. Acciones posteriores. Enviados de Montezuma. 1519](#)

Con el primer rayo de luz de la mañana se vio a Cortés a caballo dirigiendo los movimientos de su pequeño grupo. Sacó el grueso de sus fuerzas al gran cuadrado de la plaza principal, rodeado, como se ha señalado antes, en parte de edificios y en parte por una alta muralla. Había tres puertas de entrada, en cada una de las cuales se situó una fuerte guardia. Apostó al resto de las tropas, con sus grandes cañones, fuera del recinto de tal manera que pudiera controlar las avenidas e impedir que los que se encontraban dentro fueran interrumpidos en su sangriento trabajo. Se habían dado órdenes la noche anterior a los jefes tlaxcaltecas de mantenerse preparados para marchar contra la ciudad y unirse a los españoles a una señal concertada.

Los preparativos estaban apenas terminados cuando aparecieron los caciques cholultecas, liderando un grupo de tropas, *tamames*, incluso mayor que el que se les había pedido. Inmediatamente se les condujo a la plaza, controlada, como hemos visto, por la infantería española, que se reunió bajo las murallas. Cortés condujo a algunos de los caciques a un lado. Con un aire severo les acusó sin rodeos de conspiración, mostrando que estaba bien al tanto de los detalles. Había visitado su ciudad, dijo, por invitación del emperador, había venido como amigo, había respetado a sus habitantes y sus propiedades, y para evitar cualquier

ofensa había dejado la mayor parte de sus tropas fuera de las murallas. Se le había recibido con muestras de amabilidad y de hospitalidad y en respuesta a éstas había caído en una trampa y descubierto que la amabilidad era sólo una máscara que cubría la perfidia más negra.

Los cholultecas se quedaron petrificados con la acusación. Un sobrecogimiento indefinido cayó sobre ellos mientras miraban a los misteriosos extranjeros y se sentían en presencia de seres que parecían tener el poder de leer los pensamientos que apenas se habían formado en sus pechos. No tenía sentido mentir o negarlo ante tales jueces. Confesaron todo e intentaron excusarse echándole la culpa a Montezuma. Cortés, asumiendo un aire de mayor indignación ante la respuesta, les aseguró que el pretexto no servía, porque, aunque fuera bien fundado, no serviría como justificación y que ahora, a causa de su traición, para que sirvieran como ejemplo, les castigaría de tal manera ¡que el relato de tal castigo resonaría a lo largo y a lo ancho de las fronteras del Anáhuac!

Se dio la señal fatal, la descarga de un arcabuz. En un instante todos los mosquetes y ballestas apuntaron a los desgraciados cholultecas del patio y una espantosa descarga llovió sobre ellos mientras estaban apelonados en el centro como un rebaño de ciervos. Les cogió por sorpresa, porque no habían oído el diálogo precedente con los jefes. No ofrecieron prácticamente ninguna resistencia a los españoles, que siguieron a la descarga de sus piezas lanzándose sobre ellos con sus espadas y, como los cuerpos semidesnudos de los nativos ofrecían poca protección, los segaron con facilidad, como la cosechadora siega el grano maduro en la época de la cosecha. Algunos se esforzaron por escalar las murallas, pero tan sólo ofrecieron una diana más fácil para los arcabuceros y los arqueros. Otros se tiraron a las puertas, pero fueron recibidos por las largas picas de los

soldados que las guardaban. Algunos pocos tuvieron más suerte escondiéndose bajo las pilas de los muertos que pronto llenaron la tierra.

Mientras este trabajo de muerte seguía adelante, desde fuera, los compatriotas de los indios asesinados, atraídos por el ruido de la masacre, habían comenzado un furioso asalto sobre los españoles. Pero Cortés había colocado sus baterías pesadas en una posición que dominaba las avenidas y barrió las filas de los asaltantes mientras éstos se lanzaban al ataque. En los intervalos entre descargas, que, en el imperfecto estado de la ciencia de esa época eran mucho más largas que hoy en día, forzó hacia atrás la presión cargando con la caballería contra la multitud. Los corceles, los cañones, las armas de los españoles, todo era nuevo para los cholultecas. Los desesperados indios presionaron para tomar las posiciones de sus camaradas caídos, a pesar de la novedad del terrorífico espectáculo, el relámpago de las armas de fuego mezclándose con el rugido ensordecedor de la artillería mientras que sus truenos resonaban entre los edificios.

Mientras tenía lugar este fiero enfrentamiento, los tlaxcaltecas, escuchando la señal concertada, habían avanzado con paso rápido hacia la ciudad. Se habían atado, por orden de Cortés, guirnaldas de esparto alrededor de sus cabezas, para que pudieran distinguirlos de los cholultecas con más seguridad¹³⁶. Llegando al lugar más caliente del enfrentamiento, cayeron sobre la retaguardia desprotegida de los hombres de la ciudad, quienes, atrapados entre las pezuñas de la caballería castellana por un lado y acosados por sus vengativos enemigos por el otro, no pudieron mantener por más tiempo su posición. Cedieron terreno, algunos refugiándose en los edificios más cercanos, que al ser parcialmente de madera, se incendiaron rápidamente. Otros huyeron a los templos. Un poderoso grupo, con un

número de sacerdotes a la cabeza, tomó posesión del gran *teocalli*. Había una tradición popular, a la que ya hemos hecho alusión, que afirmaba que al quitar parte de las murallas, el dios enviaría una inundación que anegaría a sus enemigos. Los supersticiosos cholultecas consiguieron con gran dificultad arrancar algunas de las piedras de los muros del edificio. Pero el resultado fue polvo y no agua. Su falso dios les abandonó en la hora de la necesidad. Desesperados se lanzaron dentro de las torretas de madera que coronaban el templo y arrojaron piedras, jabalinas y flechas ardientes sobre los españoles mientras éstos subían por la enorme escalera que, con un tramo de ciento veinte escalones, ascendía por la fachada de la pirámide. Pero la fiera lluvia caía inofensiva sobre los cascos de acero de los cristianos, quienes además aprovecharon las saetas ardientes para quemar los torreones de madera, donde el fuego prendió rápidamente. Aun así, la fortaleza resistió y aunque, según se dice, se ofreció clemencia, sólo un cholulteca se benefició de ella. El resto se lanzó de cabeza desde el parapeto o pereció miserablemente entre las llamas¹³⁷.

Llegado este punto todo era confusión y griterío en la bella ciudad que tanto tiempo había reposado en seguridad y en paz. Los gemidos de los moribundos, las desesperadas súplicas de compasión de los derrotados, se mezclaban con los potentes gritos de batalla de los españoles mientras cabalgaban contra su enemigo y con el estridente silbido de los tlaxcaltecas, que dieron rienda suelta al rencor largamente guardado de la antigua rivalidad. El tumulto se incrementaba por el incesante traqueteo de los mosquetes y el desplome de maderas que enviaban llamaradas más brillantes que la rojiza luz del amanecer, convirtiendo al conjunto en una espantosa confusión de visiones y sonidos que hizo de la ciudad sagrada un pandemónium. A medida que la resistencia cedía, los vencedores entraban

violentamente en las casas y en los lugares sagrados, saqueándolos de cualquier cosa de valor que hubiera en ellos, vajillas, joyas, que se encontraban en cantidades considerables, ropas y provisiones, estas dos últimas codiciadas incluso más que las anteriores por los sencillos tlaxcaltecas, lo que facilitó una división del botín que satisfizo mucho a sus confederados cristianos. Entre este descontrol universal, merece la pena resaltar que las órdenes de Cortés se cumplieron hasta tal punto que no se ejerció ninguna violencia sobre mujer o niño alguno, aunque éstos, así como muchos hombres, fueron hechos prisioneros por los tlaxcaltecas para servir como esclavos¹³⁸. Estas escenas de violencia habían durado ya varias horas, cuando Cortés, conmovido por las súplicas de algunos jefes cholultecas, que se habían salvado de la masacre, junto con los ruegos de los enviados mexicanos, consintió en detener a los soldados y poner fin lo mejor que pudo a más atrocidades, por respeto, según dijo, hacia estos últimos, los representantes de Montezuma. También se permitió a dos de los caciques acercarse a sus compatriotas con la garantía de perdón y protección para todos los que volvieran a la obediencia.

Estas medidas surtieron efecto. Gracias a los esfuerzos conjuntos de Cortés y los caciques, el tumulto fue apaciguado con mucha dificultad. Los atacantes, españoles e indios, reunidos bajo sus respectivos estandartes, y los cholultecas, confiando en las promesas de sus jefes, gradualmente volvieron a sus hogares.

El primer acto de Cortés fue convencer a los jefes tlaxcaltecas de que liberaran a los cautivos¹³⁹. Tal era la deferencia hacia el comandante español que accedieron, aunque no sin murmuraciones, contentándose como mejor pudieron con el rico botín arrancado a los cholultecas, que contenía elementos de lujo desconocidos desde hacía tiempo en Tlaxcala. Su siguiente preocupación fue limpiar la ciudad

de las repugnantes impurezas, especialmente de los cuerpos de los muertos esparcidos en montones por las calles y en la gran plaza. El general en su carta a Carlos V admite tres mil muertos, la mayoría de las versiones dicen que seis y algunas lo aumentan incluso más. Como el mayor y principal de los caciques estaba entre los muertos, Cortés ayudó a los cholultecas a nombrar a un sucesor en su lugar¹⁴⁰. Con estas medidas pacíficas se restauró gradualmente la confianza. La gente de los alrededores, tranquilizada, se dirigió hacia la capital para ocupar el lugar de la disminuida población. Los mercados abrieron de nuevo y se retomaron las actividades propias de una comunidad ordenada e industriosa. Sin embargo, las grandes pilas de ruinas negras y chamuscadas indicaban el huracán que hacía tan poco había pasado sobre la ciudad y las murallas que circundaban la escena de la matanza en la gran plaza, que se mantuvieron cincuenta años después del acontecimiento, contaban la triste historia de la masacre de Cholula¹⁴¹.

Este pasaje en su historia es uno de esos que han dejado una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. Tampoco podemos contemplarlo hoy en día sin estremecernos; la situación de esta bella y floreciente capital invadida así en su privacidad y entregada a los excesos de una soldadesca ruda y despiadada. Pero para juzgar la acción de manera justa, debemos transportarnos a la época en la que sucedió. La primera dificultad con que nos encontramos es la justificación del propio derecho de conquista. Pero debería recordarse que la infidelidad religiosa, en este período y hasta mucho después, se consideraba (sin tener en cuenta que estuviera fundada en la ignorancia o en la educación, o fuera hereditaria o adquirida, herética o pagana) como un pecado castigado con fuego y hoguera en este mundo y el sufrimiento eterno en el siguiente. Esta doctrina, siendo tan monstruosa como lo es, era el credo de

la iglesia romana, en otras palabras, de la iglesia cristiana, la base de la Inquisición y otros tipos de persecuciones religiosas que han manchado los anales, en una época u otra, de casi todas las naciones de la cristiandad¹⁴². Bajo este código, el territorio de los paganos, dondequiera que se encontrara, se contemplaba como una especie de huérfano religioso que, a falta de propietario legal, era reclamado por la Santa Sede, que tomaba posesión del mismo y más tarde la cabeza de la Iglesia lo entregaba libremente al soberano temporal que quisiera y que asumiera el peso de la conquista¹⁴³. De esta manera, Alejandro sexto otorgó generosamente una enorme porción del hemisferio occidental a los españoles y del oriental a los portugueses. Estas elevadas pretensiones de los sucesores de un humilde pescador de Galilea, lejos de ser simbólicas, eran aceptadas y solicitadas como concluyentes en controversias entre naciones¹⁴⁴.

Con este derecho de conquista concedido venía también la obligación, sobre la que se puede decir que estaba fundado, de salvar de la perdición eterna a las naciones que se encontraban en la oscuridad. Esta obligación era reconocida por los mejores y por los más valientes, el abogado en su gabinete, el misionero y el guerrero en la cruzada. Por mucho que se haya degradado por motivos temporales y mezclado con consideraciones mundanas de ambición y avaricia, todavía seguía activo en la mente del conquistador cristiano. Hemos visto lo crucial que era en el pecho de Cortés, en todo cálculo de interés personal. La concesión del Papa, pues, se asumía como base, fundamentaba el derecho de conquista y reforzaba el cumplimiento imperativo de la tarea de la conversión¹⁴⁵ y, teniendo en cuenta los temores de aquella época, era ésta una sólida base¹⁴⁶.

Este derecho no podía interpretarse como una autorización para un acto de violencia innecesaria sobre los

nativos. La presente expedición, hasta el momento al que hemos llegado, se había manchado con menos actos de este tipo, probablemente, que ninguna empresa similar de los descubrimientos españoles en el nuevo mundo. A lo largo de la campaña, Cortés había prohibido todo daño gratuito a los nativos, sobre sus personas o sus propiedades y había castigado a los culpables de éstas con severidad ejemplar. Había sido fiel a sus amigos y, quizá con una sola excepción, no había sido inmisericorde con sus enemigos. Ya sea por política o por principios debería apuntársele el mérito, aunque es probable que como toda mente sagaz sintiera que los principios y la política van juntos.

Había entrado en Cholula como amigo, a invitación del emperador indio, con todas las demostraciones de buena voluntad, cuando sin ofensa ninguna por su parte o la de sus seguidores se entera de que van a ser las víctimas de una insidiosa conjura, que se encontraba sobre una mina que podía estallar en cualquier momento y enterrarlos a todos en sus ruinas. Su seguridad, como acertadamente consideró, no le dejaba más alternativa que adelantarse al golpe de sus enemigos. Sin embargo, ¿quién puede dudar que el castigo que se infligió fue excesivo, que el mismo fin podía haberse obtenido dirigiendo un golpe contra los jefes culpables, en lugar de dejar que cayera contra la plebe ignorante, que sólo obedecía órdenes de sus señores? Pero, ¿cuándo se ha visto que el miedo armado con el poder sea escrupuloso en su ejercicio? O ¿que las pasiones de los fieros soldados, inflamadas por los daños conscientes, puedan regularse en el momento de su explosión?

Quizá deberíamos pronunciarnos más imparcialmente sobre la conducta de los conquistadores, si la comparamos con la de nuestros propios contemporáneos bajo circunstancias algo similares. Las atrocidades de Cholula no fueron tan terribles como las infligidas sobre los

descendientes de estos mismos españoles en la posterior guerra de la Península por las naciones más refinadas de nuestra época, por los británicos en Badajoz, por ejemplo, o en Tarragona y otros cientos de lugares por los franceses. La carnicería gratuita, el destrozo de la propiedad y, sobre todo, esas atrocidades peores que la muerte, de las que la parte femenina de Cholula quedó protegida, muestran un catálogo de enormidades tan negro como el imputado a los españoles y sin la misma apología del resentimiento, sin ninguna apología de hecho, más que la proporcionada por la brava y patriótica resistencia. La consideración de estos hechos, que por su familiaridad causan poca impresión a nuestros sentidos, nos debería hacer más indulgentes en nuestros juicios sobre el pasado, mostrando, como lo hacen, que el hombre, salvaje o civilizado, en un estado de excitación, es más o menos lo mismo en todas las edades. Nos puede enseñar (es una de las mejores lecciones de la historia) que ya que tales son los *inevitables* males de la guerra, incluso entre los pueblos más refinados, aquellos que manejan el destino de las naciones, tanto legisladores como gobernantes, deberían someterse a cualquier sacrificio, excepto el del honor, antes de autorizar una llamada a las armas. La solicitud extrema para evitar estas calamidades, mediante la ayuda de congresos pacíficos y mediación imparcial, es en general la prueba más fuerte, más fuerte que la que ofrece el progreso en la ciencia y el arte, de nuestro cacareado avance en la civilización.

Lejos de mi intención reivindicar las crueles acciones de los antiguos conquistadores. Dejemos que vivan con ellos sobre sus cabezas. Eran una raza de hierro, que arriesgó la vida y la fortuna por una causa y, como no prestaban mucha atención al peligro y al sufrimiento propio, tenían poca compasión para derrochar con sus desafortunados enemigos. Pero, para juzgarles con justicia, no debemos hacerlo a la luz

de nuestro siglo, sino trasportarnos al suyo y adoptar el punto de vista que permitía la civilización de su tiempo. Tan sólo de esta manera podemos llegar a la crítica imparcial revisando las generaciones que han pasado. Debemos hacer extensiva para ellos la misma justicia que tendremos ocasión de pedir de la posteridad, cuando bajo la luz de una mayor civilización, se investiguen los pasajes oscuros o dudosos de nuestra propia historia, que difícilmente llaman la atención al contemporáneo.

Pero se piense lo que se piense de este suceso desde el punto de vista moral, como golpe político fue incuestionable. Las naciones del Anáhuac habían contemplado con admiración mezclada con sobrecogimiento al pequeño grupo de guerreros españoles avanzar sin cesar por la meseta enfrentando todo obstáculo, derrotando ejército tras ejército aparentemente con tanta facilidad como un buen barco aparta las furiosas olas de sus costados o casi como la lava que rueda desde el volcán y mantiene su curso imparable por obstáculos, rocas, árboles o edificios, arrastrándolos o destrozándolos y consumiéndolos en su camino de fuego. El poderío de los españoles, «los dioses blancos», como eran llamados¹⁴⁷, les hizo pensar que eran invencibles. Pero hasta su llegada a Cholula no aprendieron los nativos lo terrible que podía ser su venganza, ¡y temblaron!

Nadie tembló más que el emperador azteca en su trono entre las montañas. Leyó en estos acontecimientos los oscuros designios trazados por el dedo del destino¹⁴⁸. Sentía que su imperio se deshacía como la niebla de la mañana. Tenía razones para sentirlo. Algunas de las ciudades más importantes cercanas a Cholula, intimidadas por el destino de la capital, mandaron enviados al campamento castellano, ofreciendo su alianza y propiciando el favor de los extranjeros con ricos presentes de oro y esclavos¹⁴⁹. Montezuma, alarmado ante estos signos de deserción, tomó

consejo de nuevo de sus impotentes deidades, pero, a pesar de que los altares humearon con hecatombes frescas de víctimas humanas, no obtuvo ninguna respuesta alentadora. Decidió, por tanto, enviar una nueva embajada a los españoles, negando cualquier participación en la conspiración de Cholula.

Mientras tanto Cortés pasaba el tiempo en la capital. Pensó que la impresión producida por las últimas escenas y por el actual reestablecimiento de la tranquilidad le ofrecían una excelente oportunidad para el buen trabajo de la conversión. En consecuencia, urgió a los ciudadanos a abrazar la cruz y a abandonar a los falsos guardianes que les habían abandonado en sus penurias. Pero las tradiciones seculares descansaban sobre la ciudad santa, proyectando en ella un halo de gloria como «el santuario de los dioses», la capital religiosa de Anáhuac. Era demasiado esperar que la gente renunciara voluntariamente a esta preeminencia y descendiera al nivel de una comunidad normal. Aun así, Cortés podía haber presionado el tema, por muy desagradable que fuera, de no ser de nuevo por la interposición del sabio Olmedo, quien le persuadió para posponerlo hasta que se redujera a todo el país¹⁵⁰.

El general español, sin embargo, tuvo la satisfacción de romper las jaulas donde estaban encerradas las víctimas para el sacrificio y de devolver a los temblorosos reclusos la libertad y la vida. También tomó el gran *teocalli* y dedicó una parte del edificio, que por ser de piedra había escapado de la furia de las llamas, a los propósitos de la iglesia cristiana, mientras que un crucifijo de calicanto de dimensiones inmensas, extendiendo sus brazos sobre la ciudad, proclamaba que la población estaba bajo la protección de la cruz. En el mismo sitio hoy se levanta un templo bajo la sombra de oscuros cipreses de antigüedad desconocida y dedicado a Nuestra Señora de los Remedios.

Lo preside una imagen de la Virgen, que según se dice fue dejada por el mismo conquistador¹⁵¹ y un indio eclesiástico, descendiente de los antiguos cholultecas, celebra los pacíficos oficios de la comunión católica romana en el mismo sitio donde sus ancestros celebraban los sanguinarios ritos del místico Quetzalcóatl¹⁵².

Mientras ocurrían estos hechos, llegaron enviados de México. Venían cargados, como de costumbre, con un rico regalo de vajillas y adornos de oro, entre otros de pájaros artificiales imitando a pavos con plumas del mismo preciado metal. A éstos se añadían quince mil trajes de algodón de delicada tela. El emperador incluso expresaba su lamento por la catástrofe de Cholula, se excusaba de cualquier participación en la conspiración, que según dijo había recibido la retribución merecida sobre las cabezas de los autores y explicaba la existencia de una fuerza azteca en las cercanías, diciendo que era necesaria para reprimir algunos desórdenes allí¹⁵³.

Uno no puede contemplar esta conducta pusilánime de Montezuma más que con sentimientos mezclados de lástima y desprecio. No es fácil compaginar su asumida inocencia en la trama con muchas circunstancias conectadas con ella. Pero se debe recordar aquí y siempre que su historia ha sido recopilada exclusivamente por escritores españoles y aquellos nativos que florecieron después de la conquista, cuando el país se había convertido en una colonia de España. Ni un registro azteca de la época primitiva ha sobrevivido en forma alguna que pueda interpretarse¹⁵⁴. Es el duro destino de este infortunado monarca deber su retrato a la pluma de sus enemigos.

Habían pasado ya más de dos semanas desde la llegada de los españoles a Cholula y Cortés decidió reanudar sin más pérdida de tiempo la marcha hacia la capital. Sus rigurosas represalias habían intimidado tanto a los cholultecas, que se

sentía seguro de que no dejaba un enemigo activo en la retaguardia que le pudiera crear problemas en caso de retirada. Tuvo la satisfacción, antes de su partida, de restañar la enemistad (al menos en su apariencia externa) que existía entre la ciudad santa y Tlaxcala y que después de la revolución que, tan pronto, cambiaría los destinos del país, nunca revivió.

En este momento recibió con cierta intranquilidad la petición de sus aliados cempoaltecas de que se les permitiera retirarse de la expedición y volver a sus casas. Habían incurrido demasiado profundamente en el resentimiento del emperador azteca, insultando a sus recaudadores y cooperando con los españoles, como para aventurarse en su capital. Cortés intentó en vano tranquilizarles prometiéndoles su protección. No podían superar su desconfianza y temor habitual al «gran Montezuma». El general lamentó su decisión porque habían sido de infinita utilidad en la causa, por su fidelidad incondicional y su coraje. Todo esto hizo que le fuera más difícil aceptar su razonable petición. Recompensó sin embargo liberalmente sus servicios de los cofres y tesoros del emperador y despidió a sus leales seguidores, antes de partir él mismo de Cholula. Aprovechó su vuelta para enviar cartas a Juan de Escalante, su lugarteniente en Veracruz, informándole del exitoso avance de la expedición. Urgía a este oficial a que reforzara las fortificaciones del lugar, para resistir mejor cualquier interferencia hostil de Cuba, un hecho del que Cortés estaba siempre pendiente, y a que sofocara las revueltas de los nativos. Encomendaba especialmente a los totonacas a su protección como aliados cuya fidelidad a los españoles les exponían en no poco grado a la venganza de los aztecas¹⁵⁵.

Notas al pie

¹³⁶ «Usaron los de Tlaxcalla de un aviso muy bueno y les dió Hernando Cortés porque fueran conocidos y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y divisas eran casi de una manera [...] y así se pusieron en las cabezas unas guirnaldas de esparto á manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parcialidad que no fué pequeño aviso», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

¹³⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 4, 45. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 40. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 84. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 60.

¹³⁸ «Mataron casi seis mil personas sin tocar á niños ni mugeres, porque así se les ordenó», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 2.

¹³⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 83. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, *ubi supra*.

¹⁴⁰ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 83.

Los descendientes del cacique principal de Cholula viven hoy en día en Puebla, según Bustamante. Véase Gómara, *Crónica de Nueva España, traducción de Chimalpain* (México, 1826), tom. I, p. 98, nota.

¹⁴¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, 66. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 84. Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 4, 45. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 83. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 60. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. II.

Las Casas, en el tratado que se imprimió sobre la Destrucción de las Indias, adorna su relación de estos hechos con algunos detalles adicionales y algo sorprendentes. Según él, ¡Cortés ordenó que más de cien de los caciques fueran empalados o quemados en una estaca! Añade el informe que mientras tenía lugar la masacre en la plaza, el general español repitió un párrafo de un antiguo romance, que describía a Nerón regocijándose ante el fuego de las ruinas de Roma:

«Mira Nero de Tarpeya,
Á Roma como se ardia.
Gritos dan niños y viejos,
Y él nada se dolía.»
(*Brevísima Relacion*, p. 46.)

¡Este es el primer caso registrado, sospecho, en que nadie ambicionara

encontrar un paralelo de sí mismo con ese emperador! Bernal Díaz, que ha visto la «interminable narración», como la llama, de Las Casas, la trata con gran desprecio. Su propia versión, una de las que el presente texto ha seguido principalmente, fue corroborada por el informe de los misioneros que después de la conquista visitaron Cholula e investigaron el hecho con la ayuda de los sacerdotes y algunos viejos supervivientes que lo habían presenciado y se confirma en los detalles sustanciales por otros relatos contemporáneos. El excelente obispo de Chiapas escribió con el confesado propósito de conmovir la compasión de sus compatriotas a favor de los oprimidos nativos, un propósito generoso, ciertamente, pero también ha desviado demasiado a menudo su juicio de la estricta línea de la imparcialidad histórica. No fue un testigo presencial de los hechos de Nueva España y estaba demasiado deseoso de aceptar todo lo que sirviera a su causa y de pintar de un rojo demasiado intenso, si podemos decirlo así, su argumento con tantos detalles de sangre y asesinato que en su propia extravagancia llevan su refutación.

¹⁴² Para ilustrar lo señalado anteriormente se remite al lector a las páginas finales del capítulo 7, parte II, de la *History of Ferdinand and Isabella*, donde me he esforzado en mostrar lo arraigadas que estaban estas convicciones en España en el período que nos ocupa. El mundo ha ganado poco en liberalidad desde la época de Dante, quien podía despachar fríamente al gran dios de la antigüedad en uno de los círculos del infierno, porque (ciertamente no es culpa suya) habían llegado al mundo demasiado pronto. Los versos memorables, como tantos otros del inmortal bardo, son una prueba inmediata de las fuerzas y las debilidades del entendimiento humano. Pueden citarse como un buen exponente del sentimiento popular a comienzos del siglo XVI.

«Ch'ei non peccaro, e, s'egli hanno mercedi,
Non basta, perch'e' non ebber battesmo,
Ch'è porta della fede che tu credi.
E, se furon dinanzi al Cristianesimo,
Non adorar debitamente Dio;
E di questi cotai son io medesimo
Per tai diffeti, e non per altro rio,
Semo perduti, e sol di tanto offesi
Che sanza speme vivemo in disio»
Inferno, canto 4.

¹⁴³ En el mismo espíritu las leyes de Olerón, el código marítimo de tanta autoridad en la edad media, dejan la propiedad del infiel junto con la de los piratas ¡como botín justo para el verdadero creyente! «S'ilz sont piratees, pilleurs, ou escumeurs de mer, ou Turcs, et autres contraries et ennemis de nostredicte foy catholicque, chascun peut prendre sur telles manieres de gens, comme sur chiens, et

peut l'on les desrober et spolier de lurs bins sans pugnition. C'est le judgement», Jugemens d'Oleron, art. 45, ap. Collection de Lois Maritimes, par J. M. Pardessus (ed. Paris, 1828), tom. I, p. 351.

¹⁴⁴ La famosa bula de repartición se convirtió en la base del tratado de Tordesillas, por el que los gobiernos castellano y portugués trazaron la frontera entre sus respectivos descubrimientos, una línea que les aseguró a estos últimos el vasto imperio de Brasil, que por prioridad de ocupación debería haber pertenecido a sus rivales. Véase la *History of Ferdinand and Isabella*, part. I, cap. 18; part. II, cap. 9; las páginas finales de cada uno de ellos.

¹⁴⁵ Es la condición inequívocamente expresada y reiterada sobre la que Alejandro VI, en sus famosas bulas del 3 y del 4 de mayo de 1493, transfiere a Fernando e Isabel derecho completo y absoluto sobre todos los territorios del mundo occidental que no hayan sido ocupados previamente por príncipes cristianos. Véase los preciosos documentos, *in extenso, apud* Navarrete, *Collecion de los Viages y descubrimientos* (Madrid, 1825), tom. II, n.º 17, 18.

¹⁴⁶ La justificación por la que las naciones protestantes reivindican el derecho natural a los frutos de sus descubrimientos en el nuevo mundo es muy diferente. Consideran que la tierra ha sido pensada para el cultivo y que la providencia nunca dispuso que las hordas de nómadas salvajes ocuparan un territorio mucho mayor que el necesario para su propio mantenimiento, si de esta manera excluía al hombre civilizado. Puede pensarse, en lo que se refiere a mejora del suelo, que este argumento no nos proporcionaría derecho sobre una gran parte de nuestro territorio, desocupado y sin cultivar, que excede con mucho lo que se exige para nuestro mantenimiento presente y futuro. En cuanto al derecho fundado en la diferencia de civilización, es obvio que éste es todavía un criterio más incierto. Hay que reconocer a nuestros puritanos ancestros que no se aprovecharan de tal interpretación de la ley natural y menos aún que dependieran de los poderes concedidos por la patente del rey James, que otorgaba derechos tan absolutos prácticamente como los reclamados por la sede romana. Por el contrario, establecieron su título de la tierra por compra justa a los aborígenes, creando de esta manera un honorable contraste con la política seguida por demasiados de los colonos de los continentes americanos. Debe señalarse que cualquier diferencia de opinión que pueda haber existido entre los católicos romanos (o mejor las naciones española y portuguesa) y el resto de Europa en cuanto a la verdadera base de sus títulos desde el punto de vista moral, sus controversias siempre se han solucionado fundándolas exclusivamente en prioridad de descubrimiento. Para una breve visión de la discusión, véase Batel (*Droit des Gens*, sec. 209) y especialmente Kent (*Commentaries on American Law*, vol. III, lec. 51), donde se trata con mucha perspicacia y elocuencia. El argumento, tal y como se encuentra en la ley de naciones, se puede encontrar en el célebre caso de *Jonson v. McIntosh* (Wheaton, *Reports of Cases in the Supreme Court of the United States*, vol. VIII, p. 543, *et seq.*). Si no tratara el importante tema demasiado a la ligera, remitiría al lector a la *History of Nueva York* del renombrado Diedrich Knickerbocker (lib. I,

cap. 5), por su luminosa disquisición sobre esta peliaguda cuestión. En cualquier caso encontrará allí los argumentos populares sometidos a la prueba del ridículo, una prueba que muestra mejor que cualquier razonamiento cuanto, o mejor lo poco, que valen realmente.

¹⁴⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 40.

¹⁴⁸ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. II.

En un antiguo discurso azteca, que se leía con motivo de la coronación de un príncipe, encontramos la siguiente predicción tan sorprendente. «Quizás os desaniméis ante la perspectiva de las terribles calamidades que un día os abrumaran, calamidades previstas y predichas, aunque nunca sentidas por nuestros padres! [...] Cuando la destrucción y la desolación del imperio llegue, todos nos zambulliremos en la oscuridad, cuando la hora llegue en que nos hagan esclavos en la tierra y seamos condenados a los trabajos más bajos y degradantes!» (*ibid.*, lib. 6, cap. 16). Esta profecía al azar, que he reproducido literalmente, muestra lo fuerte y asentado que estaba el temor de una inminente revolución.

¹⁴⁹ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 3.

¹⁵⁰ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 83.

¹⁵¹ Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 13.

¹⁵² Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 32.

¹⁵³ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 69. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 63. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 84.

¹⁵⁴ El lenguaje del texto puede parecer demasiado poco cualificado, considerando que existen tres códices aztecas con interpretaciones (véase *Ante*, vol. I, pp. 81, 82). Pero contienen muy pocas alusiones y todas generales sobre Montezuma y éstas además pasadas por el filtro de los comentarios de los monjes españoles, a menudo manifiestamente irreconciliables con las nociones aztecas genuinas. Incluso escritores como Ixtlilxochitl y Camargo, de quienes, considerando su origen indio, podríamos esperar más independencia, parecen menos solícitos a mostrar esto, que su lealtad a la nueva fe y al nuevo país de adopción. Quizá el registro azteca más honesto del período se pueda obtener de los volúmenes del padre Sahagún, el libro doce en particular, que plasma las tradiciones de los nativos poco después de la conquista. Esta parte del gran trabajo fue reescrita por su autor haciendo considerables cambios en un período tardío de su vida. Aun así, se puede dudar de si la versión reformada refleja las tradiciones del país más fielmente que el original, que todavía se encuentra en manuscrito y que ha sido el que he seguido principalmente.

¹⁵⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 84, 85. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 67. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 60. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5.

Capítulo VIII

Reanudación de la marcha. Ascensión al gran volcán. Valle de México. Impresión de los españoles. Conducta de Montezuma. Descenso al valle. 1519

Habiéndole devuelto la calma a Cholula, el ejército aliado de españoles y tlaxcaltecas, con los ánimos altos, reanudó la marcha a México. La carretera atravesaba las bellas sabanas y las exuberantes plantaciones que se extienden durante varias leguas en todas direcciones. En su marcha encontraron ocasionalmente embajadas de los lugares vecinos, ansiosos por pedir la protección de los hombres blancos y por proporcionarles regalos, especialmente de oro, del que ya todo el país conocía su apetito.

Algunos de estos lugares eran aliados de los tlaxcaltecas y todos mostraban mucho descontento con el opresivo dominio de Montezuma. Los nativos advirtieron a los españoles que no se pusieran en sus manos entrando en su capital y como prueba de su disposición hostil les dijeron que había ordenado que se bloqueara la carretera directa para que los extranjeros se vieran obligados a elegir otra que por sus estrechos pasos y fuertes posiciones le permitiría sorprenderles en desventaja.

La información no fue tomada en vano por Cortés, que mantuvo una estricta vigilancia sobre los enviados mexicanos y redobló sus propias precauciones contra las sorpresas¹⁵⁶. Alegre y activo, estaba siempre donde se necesitaba su presencia, algunas veces en la vanguardia y otras en la retaguardia, animando a los débiles y

estimulando a los lentos, luchando por encender en los pechos de los demás el mismo espíritu valiente que brillaba en el suyo. Por la noche nunca olvidaba pasarse por las rondas, para comprobar que cada hombre estuviera en su puesto. En una ocasión, su vigilancia estuvo a punto de resultarle fatal. Se acercó tanto a un centinela que el hombre, incapaz de distinguirlo en la oscuridad, le apuntó con su ballesta, cuando afortunadamente una exclamación del general que dio el santo y seña de la noche detuvo el movimiento que de otra manera hubiera podido llevar la campaña a su fin y dar un respiro durante algo más de tiempo al imperio de Montezuma.

El ejército llegó finalmente al lugar mencionado por los indios aliados, donde la carretera se bifurcaba; por un lado se vio que, como le habían indicado, estaba cortada por enormes troncos de árboles y piedras esparcidas a lo largo. Cortés preguntó el significado de esto a los embajadores mexicanos. Dijeron que se había hecho por orden del emperador, para evitar que tomaran una ruta que a poca distancia encontrarían prácticamente impracticable para la caballería. Reconocieron, sin embargo, que era la carretera más directa, y Cortés declarando que esto era suficiente para decidirse por ella, porque los españoles no le hacían caso a los obstáculos, ordenó que se apartara los restos. Muchos años después, según nos dice Bernal Díaz, algunos de los troncos podían verse todavía a un lado de la carretera. Este hecho dejó pocas dudas en la mente del general sobre la traición premeditada de los mexicanos. Pero era demasiado político como para revelar sus sospechas¹⁵⁷.

A medida que la carretera rodeaba la escarpada sierra que separa las grandes mesetas de México y Puebla, iban abandonando el paisaje de agradable campiña. El aire, a medida que ascendían, se tornaba penetrante y cortante y las ráfagas, que barrían las laderas heladas de las montañas,

hicieron estremecerse a los soldados dentro de sus gruesos abrigos de algodón y entumeció los miembros de caballos y hombres.

Estaban pasando entre dos de las montañas más altas del continente norteamericano, Popocatepetl, «la colina que humea», y el Iztaccihuatl, o «mujer blanca»¹⁵⁸, un nombre sugerido sin duda por el brillante manto de nieve que se extiende sobre su ancha y accidentada superficie. Una pueril superstición de los indios interpretaba estas célebres montañas como dioses y a Iztaccihuatl como la mujer de su más formidable vecino¹⁵⁹. Una tradición de un carácter más elevado describía el volcán norteño como la morada a donde iban los espíritus de los gobernantes malvados, cuyas ardientes agonías, en su prisión, causaban los terribles rugidos y convulsiones en tiempos de erupción. Era la clásica fábula de la antigüedad¹⁶⁰. Estas leyendas supersticiosas habían investido al volcán de un misterioso horror que hacía a los nativos echarse atrás a la hora de intentar el ascenso, que de hecho era de increíble dificultad por cuestiones obvias de esfuerzo.

El gran *volcan*¹⁶¹, como era llamado el Popocatepetl, se elevaba hasta la enorme altura de 17.852 pies sobre el nivel del mar, más de 2.000 pies por encima del «monarca de las nubes», la elevación más alta de Europa¹⁶². Durante el siglo actual, pocas veces ha dado pruebas de su origen volcánico y «la colina que humea» prácticamente ha perdido el derecho a ese apelativo. Pero durante la conquista estaba frecuentemente activo y rugía con furia poco común mientras que los españoles se encontraban en Tlaxcala, un mal presagio según pensaron los nativos del Anáhuac. Su cabeza, con la forma de un cono regular debido a la sedimentación de sucesivas erupciones, tenía la forma habitual de las montañas volcánicas cuando no son alteradas por la caída del cráter. Podía verse remontando hacia el cielo

con su plateada capa de nieves eternas a lo largo y ancho de las amplias llanuras de México y Puebla, siendo el primer objeto que el sol de la mañana saludaba al salir y el último donde sus rayos vespertinos se demoraban, derramando un glorioso resplandor sobre su cabeza, que contrastaba de forma chocante con el yermo desierto de arena y lava que había inmediatamente debajo y la espesa hilera de fúnebres pinos que envolvían su base.

Estos terrores misteriosos que pendían sobre el lugar y el salvaje amor a la aventura hicieron que algunos de los caballeros españoles quisieran intentar una ascensión que los nativos declaraban que ningún hombre podría realizar y sobrevivir. Cortés les animó en la empresa, deseoso de mostrar a los indios que ningún logro superaba el intrépido coraje de sus seguidores. Por tanto, uno de sus capitanes, Diego Ordaz, con nueve españoles y algunos tlaxcaltecas animados por su ejemplo, emprendieron la ascensión. Se hizo con más dificultades de las que se habían previsto.

La región inferior estaba cubierta de un espeso bosque, tan densamente poblado que en algunos lugares era prácticamente impenetrable. Sin embargo, se hacía menos denso a medida que avanzaban, disminuyendo gradualmente y convirtiéndose en una desordenada y atrofiada vegetación, hasta que desaparecía súbitamente a una altura aproximada de trece mil pies. Los indios que habían aguantado hasta aquí, les abandonaron, intimidados por los extraños ruidos subterráneos del volcán, todavía entonces en estado de combustión. La senda se abría sobre una superficie negra de vidriosa arena volcánica y lava, cuyos fragmentos rotos, que habían adoptado mil formas fantásticas en su proceso hirviente, suponían constantes impedimentos a su avance. Entre éstos la enorme roca que se elevaba hasta una altura de ciento cincuenta pies, el *pico del Fraile*^{*}, una llamativa formación vista desde abajo que les obligó a dar un enorme

rodeo. Pronto llegaron a los límites de las nieves perpetuas, donde se les presentaron más dificultades, ya que el traidor hielo ofrecía mal apoyo y un paso en falso podía precipitarlos a los abismos helados que se abrían alrededor. Para aumentar el peligro, la respiración en estas regiones tan altas se hizo tan difícil que cualquier esfuerzo se hacía con grandes dolores en la cabeza y en los miembros. Aun así siguieron hasta que, acercándose al cráter, las entrañas ardientes vomitaban tales cantidades de humo, chispas y cenizas que descendían por los lados de la montaña, que casi les sofocaron y cegaron. Era demasiado incluso para sus resistentes constituciones y, aunque muy reticentes, se vieron obligados abandonar el intento la víspera de su consecución. Al regresar trajeron consigo como trofeo de su logro algunos enormes carámbanos, una visión curiosa en estas regiones tropicales, que, aunque imperfecto, fue suficiente para llenar la mente de los nativos de admiración, mostrando que para los españoles los peligros más terribles y misteriosos sólo constituían pasatiempos. La empresa era muy característica del valiente espíritu del caballero de esa época, que, no contento con los peligros que había en su camino, parecía cortejarlos por mero amor quijotesco a la aventura. Se transmitió un informe de la aventura al emperador Carlos V y se permitió a la familia Ordaz conmemorar la hazaña tomando una montaña ardiente como blasón¹⁶³.

El general no quedó satisfecho con el resultado. Dos años más tarde envió otro equipo, bajo Francisco Montaña, un caballero decidido y resolutivo. El objeto era conseguir azufre para la fabricación de pólvora para el ejército. La montaña estaba tranquila en esta época y la expedición tuvo más éxito. Los españoles, cinco en número, escalaron hasta el mismo borde del cráter, que presentaba una elipsis irregular en su boca, de más de una legua de circunferencia. Su

profundidad puede que fuera de ochocientos a mil pies. Una llama refulgente ardía lúgubrementemente en el fondo, enviando un vapor sulfúrico que, enfriándose al ascender, se precipitaba a ambos lados de la cavidad. El grupo se lo jugó a suertes y le tocó al mismo Montaña descender en una cesta dentro del espantoso abismo, donde sus compañeros le bajaron hasta una profundidad ¡de cuatrocientos pies! Esto se repitió varias veces, hasta que el aventurero caballero recolectó una cantidad de azufre suficiente para las necesidades del ejército. Esta valiente empresa provocó la admiración del general en ese momento. Cortés concluye su informe al emperador con la juiciosa reflexión de que sería menos inconveniente, en general, importar la pólvora desde España¹⁶⁴.

Pero ya va siendo hora de volver de nuestra digresión, que quizá pueda ser excusada, como excepcionalmente ilustradora del quimérico espíritu emprendedor que brillaba en el pecho del caballero español en el siglo XVI, no menor que el de sus propios romances de caballería.

El ejército mantuvo su marcha a través de las intrincadas gargantas de la sierra. La ruta era prácticamente la misma que la que sigue hoy en día el correo, de la capital a Puebla, por el camino de Amecameca¹⁶⁵. No era la que generalmente toman los viajeros desde Veracruz, que siguen una carretera que da más vuelta alrededor de la base septentrional del Iztaccihuatl y es menos fatigosa que la otra, aunque inferior en paisajes pintorescos y miradores románticos. Los vientos helados que barrían ahora las faldas de las montañas traían una tempestad de punzante aguanieve y nieve, con la que los cristianos sufrieron más que los tlaxcaltecas, criados desde la infancia entre las salvajes soledades de sus propias colinas nativas. Con la llegada de la noche, los sufrimientos se hicieron insoportables, pero afortunadamente encontraron refugio en los espaciosos edificios de piedra que

el gobierno mexicano había situado a intervalos establecidos a lo largo de las carreteras, para el acomodo del viajero y de sus propios correos. Difícilmente podía imaginar que estaba proporcionando protección a sus enemigos.

Las tropas, refrescadas por el descanso nocturno, consiguieron a primera hora del día siguiente alcanzar la cresta de la sierra de Ahualulco, que se extiende como una cortina entre las dos grandes montañas en el norte y en el sur. Su avance era ahora comparativamente fácil y marcharon con paso optimista, al sentir que estaban pisando el suelo de Montezuma.

No habían recorrido mucho trecho cuando, al rodear un ángulo de la sierra, se encontraron súbitamente con una vista que recompensaba con mucho los esfuerzos realizados el día anterior. Era la del valle de México o Tenochtitlan, como lo llamaban más comúnmente los nativos, que con su pintoresca mezcla de agua, bosque y planicies cultivadas, sus relucientes ciudades y las sombreadas colinas, se extendía como un alegre y espléndido panorama frente a ellos. En la atmósfera altamente rarificada de estas regiones altas, incluso los objetos remotos tienen una brillantez de colorido y una claridad de líneas que parecen aniquilar la distancia¹⁶⁶. Extendiéndose a lo lejos, a sus pies, se veían los nobles bosques de robles, plátanos y cedros y más allá amarillos campos de maíz y de alto maguey se mezclaban con huertos y florecientes jardines, porque las flores, tan demandadas para sus fiestas religiosas, eran incluso más abundantes en este poblado valle que en otras partes del Anáhuac. En el centro de la gran cuenca se veían los lagos, que ocupaban entonces una parte mucho mayor de su superficie que en el presente, sus fronteras densamente cubiertas de ciudades y de aldeas y en la niebla (como una emperatriz india coronada de perlas), la bella ciudad de México con sus blancas torres y templos piramidales, reposando, por así

decirlo, en el fondo de sus aguas, la afamada «Venecia de los aztecas». Por encima de todas sobresalía la colina real de Chapultepec, la residencia de los monarcas mexicanos, coronada con la misma arboleda de cipreses gigantes que hoy lanza sus amplias sombras sobre la tierra. En la distancia detrás de las azules aguas del lago y casi oculta por el follaje se veía una mancha brillante, la capital rival de Texcoco, y todavía más allá el oscuro cinturón de pórfido, que ceñía el valle como un rico escenario que la naturaleza había diseñado para la más bella de sus joyas.

Tal era la bella visión que estalló en los ojos de los conquistadores. Y todavía hoy, cuando la escena ha sufrido un cambio tan triste, cuando se han derribado los majestuosos bosques y el terreno, desprotegido ante la fiera radiación del sol tropical, está abandonado en muchas partes a la esterilidad, cuando las aguas se han retirado dejando un ancho y cadavérico margen blanco con incrustaciones de sales, mientras que las ciudades y aldeas de sus orillas se han convertido en ruinas, incluso ahora que la desolación habita sobre el paisaje, son tan indestructibles las líneas de belleza que la naturaleza ha trazado sobre sus rasgos que ningún viajero, por muy frío que sea, puede contemplarlas con otra emoción que la de asombro y arrobamiento¹⁶⁷.

Cuáles no serían pues las emociones de los españoles cuando, después de abrirse camino trabajosamente hasta las alturas, el nublado tabernáculo se abrió ante sus ojos y contemplaron estas hermosas escenas en toda su prístina magnificencia y belleza. Era como el espectáculo sobre el que posó la vista Moisés desde la cima del Pisga y en la cálida luz de sus sentimientos gritó: «¡es la tierra prometida!»¹⁶⁸.

Pero estos sentimientos de admiración fueron pronto seguidos por otros de carácter muy diferente, al ver en todo esto las pruebas de una civilización y un poder muy superior

a todo lo que se habían encontrado hasta ahora. Los más tímidos, descorazonados ante la perspectiva, se achicaron ante un combate tan desigual y exigieron, como ya habían hecho en situaciones anteriores, regresar a Veracruz. No fue ese el efecto que produjo en el sanguíneo espíritu del general. Su avaricia se vio azuzada por el despliegue del deslumbrante botín a sus pies, y si sintió una ansiedad natural ante la formidable desproporción, su confianza se renovó cuando contempló las líneas de sus veteranos, cuyos semblantes golpeados por el clima y sus abolladas armaduras hablaban de batallas ganadas y de dificultades superadas, al mismo tiempo que sus audaces bárbaros, con el apetito avivado ante la visión del país de sus enemigos, parecían águilas en las montañas, preparadas para lanzarse sobre su presa. Argumentando, suplicando y amenazando, consiguió restaurar el coraje vacilante de los soldados, urgiéndoles a no pensar en la retirada ahora que habían llegado a la meta por la que habían suspirado y las doradas puertas estaban abiertas para recibirles. En estos esfuerzos le apoyaron los bravos caballeros que tenían el honor en tan alta estima como la fortuna, hasta que los espíritus más desanimados se contagiaron de algo del entusiasmo de sus líderes y el general tuvo la satisfacción de ver a sus dubitativas columnas marchar de nuevo bajando las laderas de la sierra, con su habitual paso optimista¹⁶⁹.

Con cada paso que avanzaban, los bosques se hacían más abiertos, las parcelas de terreno cultivado más frecuentes y se veían aldeas en los rincones protegidos. Sus habitantes salían a recibirles dándoles buena recepción. En todos sitios escuchaba quejas de Montezuma, especialmente del modo insensible con que se llevaba a sus jóvenes para los ejércitos y a las doncellas para su harén. Estos síntomas de descontento fueron recibidos con satisfacción por Cortés, que veía que la «montaña trono» de Montezuma, como era

llamada, se asentaba realmente sobre un volcán, con los elementos de combustión tan activos en el interior que parecía que en cualquier momento se presenciara la explosión. Animó a los descontentos nativos a que confiaran en su protección para reparar sus afrentas. Se aprovechó, además, de su disposición favorable para esparcir entre ellos los destellos de luz espiritual que el tiempo y las prédicas del padre Olmedo permitían.

Avanzaba en etapas fáciles, retrasado un poco por la muchedumbre de curiosos habitantes que se reunía en las carreteras principales para ver a los extranjeros y deteniéndose en cada lugar de interés y de importancia. Por el camino se topó con otra embajada de la capital. Constaba de varios nobles aztecas cargados como de costumbre con ricos obsequios de oro y ropas de delicado pelaje y plumas. El mensaje del emperador estaba formulado en los mismos términos de desaprobación que anteriormente. Incluso condescendía a sobornar la vuelta de los españoles, prometiendo en este caso cuatro cargas de oro al general y una a cada uno de los capitanes¹⁷⁰, junto con un tributo anual a su soberano. ¡De manera tan eficaz se había subyugado el espíritu altivo y de naturaleza valiente del bárbaro monarca bajo la influencia de la superstición!

Pero el hombre que no se había amilanado con despliegue hostil de ejércitos no iba a retirarse de su propósito por unos llantos de mujer. Recibió la embajada con su habitual cortesía, declarando, como antes, que no tendría justificación ante su propio soberano si volvía sin haber visto al emperador en su capital. Sería mucho más fácil arreglar las cosas en una entrevista personal que mediante una negociación a distancia. Los españoles venían en espíritu de paz. Montezuma se daría cuenta, pero en caso de que su presencia le supusiera una carga, les sería fácil librarle de la misma¹⁷¹.

El monarca azteca, mientras tanto, era presa de los temores más sombríos. Estaba previsto que la embajada citada anteriormente alcanzara a los españoles antes de que hubieran cruzado las montañas. Cuando supo que ya habían logrado esto y que los temibles extranjeros marchaban cruzando el valle, el mismísimo portal de su capital, la última chispa de esperanza murió en su pecho. Como alguien que de pronto se encuentra al borde de un abismo oscuro y enorme, estaba demasiado apabullado como para poder organizar sus pensamientos o siquiera comprender la situación. Era víctima de un destino inapelable contra el que ninguna previsión o precaución le podía salvar. Era como si los extraños seres que habían invadido así sus costas hubieran caído de algún planeta distante, eran tan diferentes a todo lo que había visto, en apariencia y modales, tan superiores en fuerza y ciencia y en todo el temible aparejo bélico (aunque fueran tan sólo un puñado) a las naciones unidas del Anáhuac. Ahora se encontraban en el valle. Habían superado la enorme pantalla montañosa, que la naturaleza tan generosamente había colocado a su alrededor para su defensa. La dorada ilusión de seguridad y reposo de la que tanto tiempo había gozado, el dominio señorial recibido de sus ancestros, sus amplios dominios imperiales, todo estaba destinado a desaparecer. Parecía un terrible sueño, del que ahora, ¡desgraciadamente!, iba a despertar a una realidad todavía más terrible.

En un paroxismo de desesperación se encerró en su palacio, rechazó comida y buscó alivio en la oración y en el sacrificio. Pero los oráculos estaban mudos. Acto seguido tomó la decisión, más conveniente, de reunir al Consejo de sus nobles principales y más ancianos. En éste había la misma división de opinión que antes había imperado. Su sobrino Cacama, el joven príncipe de Texcoco, le aconsejó recibir a los españoles cortésmente, como los embajadores

de un príncipe extranjero que ellos mismos decían ser. Cuitláhuac, el hermano más guerrero de Montezuma, le instó a reunir sus fuerzas instantáneamente y expulsar a los invasores de su capital o morir en su defensa. Pero el monarca encontró difícil reunir fuerzas para esta lucha final. Con la mirada baja y el semblante alicaído exclamó, «¡De qué sirve resistirse, cuando los dioses se han declarado contra nosotros!¹⁷². Aun así, me lamento por los viejos y enfermos, las mujeres y los niños, demasiado débiles para luchar o huir. Porque yo y los valientes hombres que me rodean debemos presentar nuestro pecho a la tormenta y enfrentarla como podamos». Tales fueron los afligidos y compasivos tonos en los que se dice que el emperador profirió la amargura de su dolor. Hubiera realizado un papel más glorioso si hubiera puesto su capital a la defensiva y se hubiera preparado como el último de los paleólogos a enterrarse bajo sus ruinas¹⁷³.

Inmediatamente se preparó para enviar la última embajada a los españoles con su sobrino, el señor de Texcoco, a la cabeza para darles la bienvenida a México.

El ejército cristiano mientras tanto había avanzado hasta Amecameca, una ciudad bien construida, de varios miles de habitantes. Fueron amablemente recibidos por el cacique y alojados en grandes y cómodos edificios de piedra y a su partida obsequiados, entre otras cosas, con oro hasta una cantidad de tres mil *castellanos*¹⁷⁴. Habiéndose detenido allí un par de días, descendieron entre las florecientes plantaciones de maíz y de maguey, al que podría denominarse el viñedo azteca, hacia el lago de Chalco. Su primer lugar de descanso fue Ayotzinco, una ciudad de considerable tamaño, sostenida en gran parte sobre pilares en el agua. Era el primer ejemplo que veían los españoles de esta arquitectura marítima. Los canales que cruzaban la ciudad en lugar de calles, mostraban una escena muy

animada por el número de barcas que se deslizaban arriba y abajo cargadas de provisiones y otros artículos para los habitantes. Los españoles quedaron especialmente impresionados por el espacioso estilo de las estructuras de las casas, construidas principalmente de piedra y por el aspecto general de riqueza e incluso elegancia que imperaba allí.

Aunque recibidos con las mayores muestras de hospitalidad, Cortés encontró ocasión para desconfiar del entusiasmo manifestado por la gente para ver a los españoles y acercarse a ellos¹⁷⁵. No contentos con mirarlos en el camino, algunos incluso se colaron furtivamente en los cuarteles españoles y los centinelas dispararon a quince o veinte pobres indios como espías. Sin embargo, parece, por lo que podemos juzgar con esta distancia de tiempo, que no había razones reales para tal sospecha. La manifiesta envidia de la Corte y las advertencias recibidas de los aliados, al tiempo que pusieron en guardia al general, como tenía que ser, parecen haber dado una agudeza poco natural, al menos en este caso, a sus aprensiones¹⁷⁶.

La siguiente mañana, temprano, cuando el ejército se estaba preparando para abandonar el lugar, llegó un correo pidiendo al general que pospusiera su partida hasta después de la llegada del rey de Texcoco, quien avanzaba para encontrarse con él. Al poco apareció portado en un palanquín o litera, ricamente decorado con placas de oro y piedras preciosas, con pilares cuidadosamente labrados que sostenían un dosel de verdes plumas, color muy apreciado entre los príncipes aztecas. Iba acompañado de un numeroso séquito de nobles y de ayudantes de inferior rango. Al llegar a presencia de Cortés, el señor de Texcoco descendió del palanquín y los obsequiosos oficiales barrieron el suelo por el que avanzaba. Parecía ser un hombre joven, de unos veinticinco años, con una buena presencia, erguido y

majestuoso en su comportamiento. Hizo el saludo mexicano dedicado generalmente a personas de alto rango tocando la tierra con su mano derecha y llevándosela a la cabeza. Cortés lo abrazó al levantarse y el joven príncipe le informó que había venido como representante de Montezuma para ofrecer a los españoles la bienvenida a su capital. Después le regaló al general tres perlas de tamaño y lustre poco común. Cortés a cambio puso sobre el cuello de Cacama una cadena de cristal cortado, que en un lugar donde el cristal era tan raro como los diamantes se puede admitir que tenía tanto valor real como el otro regalo. Tras este intercambio de cortesías y después de las declaraciones de amistad y respeto de Cortés, el príncipe indio se retiró, dejando a los españoles enormemente impresionados con la superioridad de su rango y comportamiento por encima de todo lo que habían visto hasta entonces en el país¹⁷⁷.

Reanudando su marcha, el ejército continuó a lo largo de la frontera sur del lago de Chalco, ensombrecido en aquella época por nobles bosques y huertas que brillaban con frutos otoñales de nombres desconocidos, pero de tonos ricos y tentadores. Ahora pasaba con más frecuencia a través de campos cultivados, que se ondulaban con el amarillo de la cosecha e irrigados por canales introducidos del cercano lago. Todo ello demostraba una agricultura cuidadosa y económica, esencial para el mantenimiento de una gran población.

Dejando tierra firme, los españoles llegaron a un gran dique o calzada, que se extendía unas cuatro o cinco millas a lo largo y que dividía el lago Chalco del de Xochicalco en el oeste. Tenía una lanza de anchura en la parte más estrecha y en algunos lugares era lo suficientemente ancha como para que ocho jinetes cabalgaran costado con costado. Era una estructura sólida de calicanto que atravesaba directamente el lago y sorprendió a los españoles como uno de los trabajos

más admirables que habían visto en el país.

A medida que cruzaban contemplaron el alegre espectáculo de multitudes de indios corriendo arriba y abajo con sus piraguas ligeras, ansiosos por ver a los extranjeros o transportando los productos del país a las ciudades vecinas. Quedaron sorprendidos también con la visión de las *chinampas*, o jardines flotantes (esas islas errantes de verdor a las que ya tendremos ocasión de volver más adelante) llenos de flores y plantas y que se movían como balsas sobre las aguas. Por toda la orilla y ocasionalmente a lo lejos, dentro del lago, contemplaron pequeñas ciudades y villas, que medio escondidas entre el follaje y agrupadas en blancos racimos junto a la orilla, semejaban en la distancia manadas de cisnes salvajes nadando tranquilamente sobre las olas. Una escena completamente nueva y maravillosa llenó sus corazones de admiración. Parecía un encantamiento y no pudieron encontrar nada con que compararlo más que con los retratos mágicos en el *Amadís de Gaula*¹⁷⁸. Pocas descripciones realmente en éste o en otra leyenda de caballería podían sobrepasar las realidades de sus propias experiencias. La vida de un aventurero en el nuevo mundo era novela puesta en acción. No es de extrañar pues que el español de esos días, alimentando su imaginación con sueños de encantamientos en casa y con realidades fuera, desplegara un entusiasmo quijotesco, un carácter de exaltación romántica que no pueden comprender los espíritus más fríos de otras tierras.

A medio camino, cruzando el lago, el ejército paró en la ciudad de Cuitláhuac, un lugar de tamaño medio, pero que se distinguía por la belleza de sus edificios, los más bellos, según Cortés, que había visto en ese país¹⁷⁹. Después de refrescarse algo en este lugar, continuaron su marcha por el dique. Aunque más ancho en su sección norte, las tropas lo encontraron mucho más incómodo por la muchedumbre de

indios que, no contentos con mirarles desde los botes, escalaron el dique y se alinearon a los lados de la calzada. El general, temiendo que sus filas se desordenaran y que demasiada familiaridad pudiera disminuir el beneficioso respeto de los nativos, se vio obligado a recurrir no sólo a las órdenes, sino a las amenazas para despejar el paso. A medida que avanzaba, notó un considerable cambio en los sentimientos que mostraba la gente hacia el gobierno. Sólo escuchó hablar sobre la pompa y la magnificencia de Montezuma, sin hacer ninguna referencia a la represión. En contra de lo habitual, parecía que el respeto por la corte era mayor en sus territorios inmediatos.

Desde el dique, el ejército descendió a ese estrecho punto de tierra que divide las aguas del lago de Chalco de las del de Texcoco, que en aquel entonces estaba anegado por muchas millas y que ahora está yermo¹⁸⁰. Atravesando esta península entraron en la residencia real de Iztapalapa, un lugar que contenía doce o quince mil casas, según Cortés¹⁸¹. Estaba gobernada por Cuitláhuac, el hermano del emperador, quien para hacer mayor honor al general había invitado a los nobles de la casa real de México, como él mismo, de algunas ciudades vecinas, para que asistieran a la entrevista. Ésta se llevó a cabo con mucha ceremonia y después del habitual regalo de oro y ropas delicadas¹⁸², se sirvió una colación a los españoles en una de las grandes salas del palacio. La excelente calidad de la arquitectura aquí también provocó la admiración del general, que no duda entusiasmado en declarar algunos de los edificios iguales a los mejores de España¹⁸³. Eran de piedra y las amplias habitaciones tenían techos de olorosa madera de cedro, mientras que las paredes estaban cubiertas con finos algodones teñidos de brillantes colores.

Pero el orgullo de Iztapalapa, en el que el señor había prodigado libremente todo su cuidado y sus ingresos, eran

sus célebres jardines. Cubrían una inmensa porción de terreno, estaban organizados en cuadrados regulares y las sendas que los cruzaban estaban bordeadas de emparrados que sostenían enredaderas y arbustos aromáticos que cargaban el aire con sus perfumes. Los jardines estaban provistos de frutales, importados de distantes lugares y de la chillona familia de flores a la que pertenece la flora mexicana, científicamente organizados y creciendo de manera exuberante con la temperatura estable de la meseta. La sequedad natural de la atmósfera se contrarrestaba mediante acueductos y canales que llevaban agua a todos los rincones de las tierras.

En una parte había una pajarera, repleta de numerosos tipos de aves, notables en esta región tanto por el brillo de sus plumajes como por su canto. Un canal que comunicaba con el lago de Texcoco y de tamaño suficiente para que entraran las barcas, atravesaba los jardines. Pero la pieza más elaborada era una enorme reserva de agua, rellena hasta una altura considerable, bien surtida con diferentes clases de peces. Esta presa tenía dieciséis pasos de circunferencia y estaba rodeada de un camino, también realizado en piedra, lo suficientemente ancho para que cuatro personas fueran hombro con hombro. Los lados estaban cuidadosamente esculpidos y un tramo de escaleras llevaba al borde del agua, a un nivel inferior, que alimentaba los acueductos citados anteriormente o recolectada en fuentes esparcía una humedad continua.

Tales son los relatos que nos han llegado de estos célebres jardines en un período en el que centros hortícolas similares eran desconocidos en Europa¹⁸⁴ y bien podríamos dudar de su existencia en esta tierra semicivilizada de no haber sido un tema de tanta notoriedad en la época y no hubiera quedado tan explícitamente atestiguado por los invasores. Pero apenas había pasado una generación después de la

conquista, cuando estas escenas tan bellas sufrieron un triste cambio. La ciudad en sí quedó desierta y las ruinas de edificios que una vez fueron el adorno y la gloria del lago, se esparcieron por sus orillas. Los jardines compartieron el destino de la ciudad. Las aguas al retirarse se llevaron el elemento con el que se cuidaban, convirtiendo las llanuras floridas en una nauseabunda y fea ciénaga, hogar de horribles reptiles y las aves acuáticas construyeron sus nidos ¡en lo que un día fueron los palacios de príncipes!¹⁸⁵.

En la ciudad de Iztapalapa, Cortés se alojó durante la noche. Podemos imaginar la cantidad de ideas que invadirían la mente del conquistador, rodeado de estas pruebas de civilización, preparándose para entrar con su puñado de seguidores en la capital de un monarca que, como ya tenía abundantes razones para creer, le miraba con desconfianza y aversión. Esta capital estaba ahora a tan sólo unas millas de distancia, pudiéndose ver con claridad desde Iztapalapa. Y a medida que sus largas líneas de deslumbrantes edificios temblaban sobre las aguas azul oscuro del lago al ser golpeados los rayos del sol de la tarde, parecía más una creación mágica que el trabajo de manos mortales. Esta era la ciudad de encantamiento en la que Cortés se disponía a hacer su entrada la siguiente mañana¹⁸⁶.

Notas al pie

¹⁵⁶ «Andavíamos», dice Díaz con el campechano pero expresivo proverbio español, «la barba sobre el ombro», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 86.

¹⁵⁷ *Ibid.*, *ubi supra*. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 70. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 41.

¹⁵⁸ «Llamaban al volcán Popocatepetl, y á la sierra nevada Iztaccihuatl, que quiere decir sierra que humea, y la blanca muger», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

¹⁵⁹ «La sierra nevada y el volcán los tenían por dioses; y que el volcán y la Sierra nevada eran marido y muger». *Ibid.*, manuscrito.

¹⁶⁰ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 62.

«Ætna Giganteos nunquam tacitura triumphos,
Enceladi bustum, qui saucia terga revinctus
Spirut inexhustum flagranti pectore sulphur»
Claudian, *De Rapt. Pros.*, lib. I, V. 152.

¹⁶¹ Los antiguos españoles llamaban a la alta montaña por ese nombre, aunque nunca ha tenido signos de combustión. De esta manera el Chimborazo fue llamado *volcán de nieve* (Humboldt, *Essai Politique*, tom. I, p. 16), y ese emprendedor viajero, Stephens, señala el *volcán de agua*, en las cercanías de Antigua Guatemala. *Incidents of Travel in Chiapas, Central America and Yucatán* (Nueva York, 1841), vol. I, cap. 13.

¹⁶² El Mont Blanc, según M. de Saussure, tiene 15.670 pies de altura. Para la estimación del Popocatepetl, véase el elaborado comunicado en la *Revista Mexicana*, tom. II, n.º 4.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁶³ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 70. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 78.

Este último habla de la ascensión cuando el ejército se encontraba en Tlaxcala y del intento como perfectamente exitoso. La carta del general, escrita poco después del hecho, sin ningún motivo para tergiversarlo, es mejor autoridad. Véase, también, Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 6, cap. 18. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, p. 308. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 62.

¹⁶⁴ *Relación Tercera y Cuarta de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 318, 380. Herrera,

Historia General de las Indias Occidentales, dec. 3, lib. 3, cap. I. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 41.

M. de Humboldt duda del hecho de que Montaña descendiera dentro del cráter, pensando que lo más probable sería que lo obtuvieran de alguna grieta lateral en la montaña (*Essai Politique*, tom. I, p. 164). No se ha realizado ningún otro intento, al menos con éxito, de alcanzar la cima, desde este de Montaña hasta el presente siglo. En 1827 lo alcanzaron dos expediciones y de nuevo en 1833 y en 1834. Una relación muy completa del último, que contiene mucha información interesante y observaciones científicas, fue escrita por Federico de Gerolt, miembro de la expedición, y publicado en la revista anteriormente citada (*Revista Mexicana*, tom. I, pp. 461-482). Desde el pico más alto que dominaba una vista completa del más bajo Iztaccihuatl, el grupo no vio vestigios de un cráter en esa montaña en contra de la opinión normalmente aceptada.

¹⁶⁵ Humboldt, *Essai Politique*, tom. IV, p. 17.

¹⁶⁶ El lago de Texcoco, sobre el que se levanta la capital de México, está a 2.277 metros, casi 7.500 pies, sobre el nivel del mar. Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 45.

¹⁶⁷ No es necesario referirse a las páginas de los viajeros modernos, que por mucho que puedan distinguirse en gusto, talento o sentimiento todos coinciden en las impresiones que les produjo la visión de este bello valle.

¹⁶⁸ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 41.

Puede que recuerde al lector la memorable visión de las hermosas llanuras de Italia que Aníbal mostró a sus hambrientos bárbaros, después de una marcha similar a través de los agrestes pasos de los Alpes, tal y como lo recoge el príncipe de los pintores históricos. Livio, *Hist.*, lib. 21, cap. 35.

¹⁶⁹ Torquemada, *Monarchia Indiana*, *ubi supra*. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 3. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 64. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5.

¹⁷⁰ Una carga para un *tamame* mexicano eran unas cincuenta libras u ochocientas onzas. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 69, nota.

¹⁷¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 12. *Relación Segunda de Cortés*, ap., cap. 64. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 87.

¹⁷² Este no fue el sentimiento del héroe romano.

«Victrix causa Diis placuit, sed victa Catón!»

LUCAN, lib. I, V. 128.

¹⁷³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib.

12, cap. 13. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 44. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 63.

¹⁷⁴ «El señor de esta provincia y pueblo me dió hasta quarenta esclavas, y tres mil castellanos; y dos días que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 74.

¹⁷⁵ «De todas partes era infinita la gente que de un cabo é de otro concurrían á mirar á los Españoles, é maravillábanse mucho de los ver. Tenían grande espacio é atención en mirar los caballos; decían, “Estos son Teules,” que quiere decir Demonios», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 45.

¹⁷⁶ Cortés cuenta el hecho lo suficientemente frío al emperador. «É aquella noche tuve tal guarda, que assí de espías, que venían por el agua en canoas, como de otras, que por la sierra abajaban, á ver si había aparejo para executar su voluntad, amanecieron casi quince, o veinte, que las nuestras las habían tomado, y muerto. Por manera que pocas bolviéron á dar su respuesta de el aviso que venían á tomar», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 74.

¹⁷⁷ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 75. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 64. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5.

«Llegó con el mayor fausto, y grandeza que ningún señor de los Mexicanos auíamos visto traer, [...] y lo tuuímos por muy gran cosa: y platicamos entre nosotros, que quando aquel Cacique traía tanto triunfo, que haría el gran Montezuma?», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

¹⁷⁸ «Nos quedamos admirados», exclama Bernal Díaz, con sencillez asombro, «y decíamos que parecía á las casas de encantamento, que cuentan en el libro de Amadis!» (*ibid.*, *loc. cit.*). Una edición de este célebre romance en su versión castellana ya había aparecido, ya que el prólogo a la segunda edición de 1521 habla de una anterior en el reino de los «Católicos Soberanos». Véase Cervantes, *Don Quijote*, ed. Pellicer (Madrid, 1797), tom. I, discurso preliminar.

¹⁷⁹ «Una ciudad, la mas hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habíamos visto, assí de muy bien obradas Casas, y Torres, como de la buena orden, que en el fundamento de ella había por ser armada toda sobre Agua» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 76). Los españoles le dieron a esta ciudad acuática el nombre de Venezuela o pequeña Venecia. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 2, cap. 4.

¹⁸⁰ M. de Humboldt ha señalado con puntos los límites posibles del antiguo lago en su admirable mapa del valle mexicano (*Atlas Géographique et Physique de la Nouvelle Espagne* (París, 1811), carte 3). A pesar de su gran cuidado, no es fácil reconciliar su topografía con el itinerario de los conquistadores, tanto ha sido alterado el rostro del país por causas naturales y artificiales. Es aún menos posible reconciliar sus narraciones con los mapas de Clavijero, López, Robertson y otros

que desafían igualmente a la topografía y a la historia.

¹⁸¹ Varios escritores señalan una visita de los españoles a Texcoco de camino a la capital (Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 42. Solís, *Conquista*, lib. 3, cap. 9. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 4. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 74). Este improbable episodio, que debe señalarse, ha llevado a estos autores a algunas perplejidades geográficas por no decir errores de bulto, es en conjunto demasiado importante para pasarlo en silencio, en la detallada relación de Bernal Díaz y en la de Cortés, ninguno de los cuales lo relata.

¹⁸² «É me dieron», dice Cortés, «hasta tres, ó quatro mil Castellanos, y algunas Esclavas, y Ropa, é me hicieron muy buen acogimiento», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 76.

¹⁸³ «Tiene el Señor de ella unas Casas nuevas, que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas». *Ibid.*, p. 77.

¹⁸⁴ La primera constancia de un jardín de plantas en Europa se dice que fue en Padua en 1545, Carli, *Lettres Américaines*, tom. I, let. 21.

¹⁸⁵ *Relación Segunda de Cortés, ubi supra*. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 44. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 13. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 87.

¹⁸⁶ «There Aztlan stood upon the farther shore;

Amid the shade of trees its dwellings rose,

Their level roofs with turrets set around,

And battlements all burnished white, which shone

Like silver in the sunshine. I beheld

The imperial city, her far-circling walls,

Her garden groves and stately palaces,

Her temples mountain size, her thousand roofs;

And when I saw her might and majesty,

My mind misgave me then»

Southey's *Madoc*, part. I, canto 6.

Capítulo IX

Entorno de México. Entrevista con Montezuma. Entrada en la capital. Acogedora recepción. Visita al emperador. 1519

Con la primera débil luz del amanecer, el general español ya estaba en pie reuniendo a sus seguidores. Se congregaron bajo sus respectivos pendones, sus corazones latiendo con fuerza, mientras que la trompeta esparcía sus emocionantes notas por encima de las aguas y los bosques, hasta que sus distantes ecos murieron entre las montañas. Las llamas sagradas en los altares de los innumerables *teocallis*, que apenas se divisaban a través de las grises nieblas de la mañana, indicaban la ubicación de la capital, hasta que paulatinamente el templo, la torre y el palacio se revelaron en toda su plenitud bajo la gloriosa iluminación que el sol, a medida que se elevaba sobre la barrera oriental, derramaba sobre el hermoso valle. Era el ocho de noviembre de 1519, un día destacable en la historia, por ser aquel en el que los europeos pusieron por primera vez pie en la capital del mundo occidental.

Cortés con su pequeño grupo de caballería formó una especie de guardia avanzada para el ejército. Después venía la infantería española, que en la campaña de verano había adquirido la disciplina y el aspecto curtido de los veteranos. El equipaje ocupaba el centro y la retaguardia iba cerrada por las oscuras filas de guerreros tlaxcaltecas. El número total debe haber sido algo menos de siete mil, de los que menos de cuatrocientos eran españoles¹⁸⁷.

Durante una breve distancia, el ejército se mantuvo por la estrecha lengua de tierra que divide las aguas de Texcoco de las de Chalco, cuando entra en el gran dique que, a excepción de un ángulo cerca del comienzo, se extiende en perfecta línea recta cruzando las salinas inundadas de Texcoco hasta las puertas de la capital. Era la misma calzada, o mejor dicho las bases de aquella que todavía conforma la gran avenida sur de México¹⁸⁸. Los españoles tuvieron ocasión, más que nunca, de admirar la ciencia mecánica de los aztecas, en la precisión geométrica con que el trabajo estaba realizado, así como en la solidez de su construcción. Estaba compuesta de enormes piedras bien asentadas en cemento y lo suficientemente anchas, en toda su extensión, como para que diez jinetes cabalgaran uno junto al otro.

Vieron, a medida que atravesaban, varias ciudades grandes que descansaban sobre pilares y se adentraban en el agua, un tipo de arquitectura muy difundida entre los aztecas, y que imitaba la de su metrópolis¹⁸⁹. La hacendosa población obtenía un buen sustento con la producción de sal, que extraían de las aguas del gran lago. Los impuestos sobre el tráfico de este artículo eran una considerable fuente de ingresos para las arcas de la corona.

En todos sitios los conquistadores contemplaron pruebas de una populosa y floreciente población, que excedía todo lo que habían visto anteriormente. Los templos y los edificios principales de las ciudades estaban cubiertos de un estuco blanco y duro que brillaba como el esmalte con los rayos planos de la mañana. Las márgenes de la gran cuenca estaban más espesamente engarzadas con ciudades y aldeas que las de Chalco¹⁹⁰. El agua se oscurecía con las miríadas de canoas llenas de indios¹⁹¹, que trepaban por los lados de la calzada y contemplaban con curioso asombro a los extranjeros. Aquí también observaron esas bellas islas de flores, alguna que otra vez bajo la sombra de árboles de

tamaño considerable, elevándose y cayendo al ritmo de la suave ondulación de las olas. A una distancia de media legua de la capital encontraron una sólida construcción o cortina de piedra que atravesaba el dique. Medía doce pies de altura, estaba reforzada por torres en los extremos y en el centro había un portalón almenado que abría el paso a las tropas. Se llamaba el Fuerte de Xoloc y se hizo famoso posteriormente como la posición que tomó Cortés en su famoso asedio de México.

Aquí fueron recibidos por varios cientos de jefes aztecas, que salieron para anunciarles que se aproximaba Montezuma y para dar la bienvenida a su capital a los españoles. Iban vestidos con el imaginativo traje de gala del país, con el *maxtlatl*, o fajín de algodón alrededor de la cintura, y un amplio manto del mismo material o de brillante plumaje, flotando con gracia por detrás de sus espaldas. Sobre los cuellos y brazos desplegaban collares y brazaletes de mosaico de turquesas, con el que el delicado plumaje estaba artísticamente mezclado¹⁹², mientras que sus orejas, los labios inferiores y ocasionalmente las narices estaban adornadas con pendientes hechos de piedras preciosas, o medias lunas de fino oro. Como cada cacique hizo al general el usual saludo formal del país por separado, la tediosa ceremonia retrasó la marcha más de una hora. Después de esto, el ejército no experimentó más interrupción hasta que llegaron a un puente cerca de las puertas de la ciudad. En un principio fue construido de madera y posteriormente reemplazado por uno de piedra y se proyectaba a lo largo de una abertura del dique, que proporcionaba una salida para las aguas cuando las agitaba el viento o se elevaban en la época de lluvias por una repentina subida. Era un puente levadizo y los españoles al cruzarlo sintieron hasta qué punto se estaban poniendo realmente a merced de Montezuma, quien cortando sus comunicaciones con el país

podía hacerlos prisioneros en su capital¹⁹³.

Enfrascados en estas reflexiones poco agradables, contemplaron el brillante séquito del emperador surgiendo de la gran calle que llevaba hasta ellos, como todavía lo hace, a través del corazón de la ciudad¹⁹⁴. Entre una multitud de nobles indios, precedido por tres funcionarios que portaban varas de oro¹⁹⁵, vieron el palanquín real resplandeciente de oro pulido. Era llevado a hombros por nobles y sobre él un dosel de alegre plumaje, cuajado de joyas y con flecos de plata, sostenido por cuatro ayudantes del mismo rango. Iban descalzos y andaban con paso lento y medido, los ojos bajos. Cuando la comitiva llegó a una distancia conveniente, se detuvo y Montezuma, descendiendo de su litera, se acercó apoyándose en los hombros de los señores de Texcoco e Iztapalapa, su sobrino y hermano, que como hemos visto ya conocían los españoles. A medida que el monarca avanzaba bajo el dosel, los obsequiosos ayudantes desplegaron una alfombra de algodón, para que sus imperiales pies no se contaminaran con el áspero suelo. Sus súbditos de bajo y alto grado, que se alineaban a ambos lados de la calzada, se inclinaron con los ojos fijos en el suelo mientras él pasaba y algunos de las clases más bajas se postraron ante él¹⁹⁶.

Tal era el homenaje rendido al déspota indio, lo que demuestra que las serviles formas de la adulación oriental se encontraban entre los primitivos habitantes del mundo occidental.

Montezuma llevaba la faja y amplia capa cuadrada, *tilmali*, de su nación. Estaba hecha del algodón más fino con los extremos bordados atados en un nudo alrededor de su cuello. Sus pies estaban protegidos por sandalias con suelas de oro y los cordones de cuero con las que se ataban, bordados del mismo metal. Tanto la capa como las sandalias estaban llenas de perlas y piedras preciosas, entre las que llamaban la atención la esmeralda y el *Chalchuite* (una

piedra verde de mayor estima que ninguna otra entre los aztecas). Sobre la cabeza no llevaba más ornamento que el *penacho* de plumas verde real que caía por su espalda, una insignia militar más que de su rango real.

En este momento tenía unos cuarenta años. Era una persona alta y delgada, pero no mal formada. Su pelo, negro y liso, no era muy largo, llevarlo corto se consideraba indecoroso en personas de rango. Su barbilla fina, su tez algo más clara de lo que se encuentra normalmente entre su raza morena o más bien cobriza. Sus rasgos, aunque serios en expresión, no tenían el aspecto de melancolía, incluso de desánimo que caracteriza su retrato y que probablemente se le asentaría en un período posterior. Se movía con dignidad y todo su comportamiento, templado por una expresión de benevolencia que no se le hubiera supuesto a partir de los informes que circulaban sobre su carácter, era digno de un gran príncipe. Tal es el retrato que nos ha quedado del célebre emperador indio en esta primera entrevista con el hombre blanco¹⁹⁷.

El ejército se detuvo a medida que se acercaba. Cortés, desmontando, entregó las riendas a un paje y, seguido por algunos de sus caballeros principales, avanzó para encontrarse con él. La entrevista debe haber sido de un interés extraordinario para ambos. En Montezuma, Cortés contemplaba al señor de los amplios reinos que había atravesado, cuya magnificencia y poder habían sido la constante en todas las bocas. En el español, por otro lado, el príncipe azteca veía al extraño ser cuya historia parecía tan misteriosamente conectada con la suya propia, el que habían predicho en sus oráculos, cuyos logros le proclamaban algo más que humano. Pero, cualesquiera que hubieran sido los sentimientos del monarca, se sobrepuso a ellos para recibir a su invitado con cortesía principesca y para expresar su satisfacción por verle personalmente en su capital¹⁹⁸. Cortés

respondió con las expresiones más profundas de respeto, mientras que reconoció ampliamente las sustanciales pruebas que el emperador les había dado de su munificencia. Después colgó del cuello de Montezuma una centelleante cadena de cristal coloreado, acompañando esto con un movimiento como para abrazarle, momento en el que fue detenido por dos de los nobles aztecas, impactados ante la amenaza de profanación de la persona sagrada de su señor¹⁹⁹. Después del intercambio de estas cortesías, Montezuma designó a su hermano para que condujera a los españoles a su residencia en la capital y entrando de nuevo en la litera fue conducido entre las multitudes postradas de la misma forma en que le habían traído. Los españoles le siguieron rápidamente y con pendones ondeando y la música sonando pronto hicieron su entrada en el barrio sur de Tenochtitlan²⁰⁰.

Aquí igualmente encontraron nuevos motivos de admiración en la grandiosidad de la ciudad y en el superior estilo de su arquitectura. Las moradas de las clases más pobres eran principalmente de barro y juncos, pero la gran avenida por la que marchaban ahora estaba bordeada con las casas de los nobles obligados por el emperador a hacer de la capital su residencia. Estaban construidas de una roca porosa roja extraída de las canteras de los alrededores y, aunque pocas veces elevaban un segundo piso, a menudo ocupaban un amplio espacio de terreno. Los techos planos, *azoteas**, estaban protegidos por parapetos de piedra, de tal manera que cada casa era una fortaleza. A veces estos tejados parecían parterres de flores de lo espesamente que estaban cubiertos de éstas, pero era más frecuente que las flores se cultivaran en amplios jardines con terrazas entre los edificios²⁰¹. Ocasionalmente aparecía una gran plaza o mercado, rodeada de sus pórticos de piedra y estuco o un templo piramidal levantaba su bulto colosal coronado con

sus estrechos santuarios y altares ardiendo con fuegos eternos. La gran calle que daba a la calzada del sur, al contrario que muchas otras del lugar, era ancha y se extendía por varias millas prácticamente en línea recta, como se ha dicho antes, por el centro de la ciudad. Un espectador que estuviera en uno de sus extremos podría distinguir el otro a medida que su ojo recorría la profunda perspectiva de templos, terrazas y jardines, con las azules montañas en la distancia, que en la atmósfera transparente de la meseta parecían estar casi en contacto con los edificios.

Pero lo que más impresionó a los españoles fueron las muchedumbres de gente que se apelotonaban por las calles y en los canales, llenando cada entrada y ventana y abarrotando los tejados de los edificios. «Recuerdo bien el espectáculo», exclama Bernal Díaz; «parece ahora, después de tantos años, tan presente en mi mente, como si fuera ayer»²⁰². Pero, ¡cuáles deben haber sido las sensaciones de los aztecas, al mirar el portentoso desfile! ¡Al oír por primera vez el pavimento bien revestido tintinear bajo el hierro de los caballos (los extraños animales que el miedo había investido de tan sobrenaturales terrores), al mirar a los hijos de oriente, adivinando su origen celestial en su tez clara, al ver las brillantes espadas y cascos de acero, un metal desconocido para ellos, resplandeciendo como meteoros bajo el sol, mientras los sonidos de música sobrenatural (al menos una que sus rudos instrumentos nunca habían producido) sonaban en el aire! Pero todas las demás emociones se convirtieron en odio mortal cuando contemplaron a sus detestados enemigos, los tlaxcaltecas, desfilando desafiantes como si fueran por sus calles y lanzando alrededor miradas de ferocidad y asombro, como un animal salvaje del bosque que se ha perdido por casualidad de su territorio y que ha caído en la civilización²⁰³.

A medida que descendían por la espaciosa calle, las tropas

atravesaban repetidamente puentes suspendidos sobre canales, por los cuales vieron las barcas indias deslizarse suavemente con sus pequeños cargamentos de frutas y verduras para los mercados de Tenochtitlan²⁰⁴. Finalmente pararon delante de una zona amplia cerca del centro de la ciudad, donde se elevaba una enorme mole piramidal dedicada al dios patrón de la guerra de los aztecas, segunda no sólo en tamaño, sino en santidad, después del templo de Cholula y ocupando el mismo terreno que hoy ocupa en parte la gran catedral de México.

Encarando la puerta oeste del recinto del templo, se levantaba una baja serie de edificios de piedra, que se extendían por una amplia extensión de terreno, el palacio de Axayácatl, el padre de Montezuma, construido por el monarca unos cincuenta años antes²⁰⁵. Fue destinado para servir de barracones para los españoles. El emperador mismo estaba en el patio, esperando para recibirles. Al acercarse Cortés, tomó de un jarrón de flores que le acercó uno de sus esclavos un enorme collar en el que las conchas de una especie de cangrejo, muy apreciado por los indios, estaban engarzadas en oro y unidas por pesados eslabones del mismo metal. De esta cadena pendían ocho adornos, también de oro, hechos a semejanza de la misma concha, de un palmo de longitud cada una y de delicada factura²⁰⁶, ya que es algo aceptado que los orfebres aztecas habían mostrado una habilidad en su oficio no inferior a la de los de su gremio en Europa²⁰⁷. Mientras colgaba el magnífico collar al cuello del general, Montezuma dijo: «Este palacio te pertenece a ti, Malinche»²⁰⁸ (el epíteto con el que siempre se dirigió a él) «y a tus hermanos. Descansad después de vuestras fatigas, pues lo necesitáis mucho, y en breve te visitaré de nuevo». Diciendo esto, se retiró con sus ayudantes, mostrando con este acto una delicada consideración que no se esperaba en un bárbaro.

La primera preocupación de Cortés fue inspeccionar sus nuevos cuarteles. El edificio, aunque espacioso, era bajo, constando de una planta, excepto, en el centro, donde se elevaba un piso adicional. Los apartamentos eran de gran tamaño y proporcionaban acomodo, según el testimonio de los mismos conquistadores, ¡a todo el ejército!²⁰⁹. Los duros montañeros de Tlaxcala probablemente no eran demasiado escrupulosos y pudieron encontrar refugio fácilmente en los edificios exteriores o bajo los toldos temporales en los amplios patios. Los mejores apartamentos estaban decorados con alegres tapices de algodón, los suelos estaban cubiertos de alfombras o esteras. Había también mesas bajas hechas de piezas únicas de madera minuciosamente talladas y en la mayoría de las habitaciones, camas hechas de hojas de palma, tejidas en una espesa manta, con cobertores y a veces doseles de algodón. Estas mantas eran las únicas camas que usaban los nativos, ya fueran de alto o bajo grado²¹⁰.

Después de una rápida inspección de esta gigantesca mole, el general asignó a sus tropas sus respectivos alojamientos y tomó las precauciones de vigilancia para su seguridad, como si esperara un asedio en lugar de una recepción amistosa. El lugar estaba rodeado de una muralla de piedra de considerable espesor, con torres o toscas almenas a intervalos, que proporcionaba buenos medios de defensa. Plantó su cañón de manera que dominara los accesos, situando sus centinelas a lo largo de los muros y, en pocas palabras, hizo respetar una disciplina militar tan estricta como habían observado durante la marcha. Como conocía bien la importancia para su pequeño grupo, al menos por el presente, de conciliar la buena voluntad de los ciudadanos y de evitar cualquier posibilidad de colisión, prohibió a todos los soldados abandonar los cuarteles sin órdenes, bajo pena de muerte. Habiendo tomado estas precauciones permitió a sus hombres tomar parte en el

copioso banquete que les habían preparado.

Habían estado lo suficiente en el país como para resignarse, si no apreciar, la peculiar cocina de los aztecas. El apetito del soldado no es delicado generalmente y en la presente ocasión es indudable que los españoles harían justicia a los sabrosos platos de la cocina real. Durante la comida fueron servidos por numerosos esclavos mexicanos que estaban distribuidos por el palacio dispuestos a recibir las órdenes de los extranjeros. Después de terminar el banquete y haberse echado la *siesta*, no menos importante para el español que la comida en sí, se anunció de nuevo la presencia del emperador.

Montezuma iba atendido por algunos de sus nobles principales. Fue recibido con mucha deferencia por Cortés y, después de que las partes tomaran asiento, comenzó una conversación entre ellos gracias a la ayuda de doña Marina, mientras que los caballeros y los jefes aztecas se mantenían de pie en un respetuoso silencio.

Montezuma hizo muchas preguntas concernientes al país de los españoles, sobre su soberano, la naturaleza de su gobierno y especialmente sobre sus motivos para visitar el Anáhuac. Cortés explicó estos motivos con el deseo de ver a monarca tan distinguido y declararle la verdadera fe profesada por los cristianos. Con extraña discreción, se contentó con dejar caer esta insinuación por el momento, permitiendo que madurara en la mente del emperador, hasta una futura conferencia. Éste preguntó si aquellos hombres que el año anterior habían desembarcado en la costa oriental de su imperio eran sus compatriotas. Mostró estar bien informado de las acciones de los españoles desde su llegada a Tabasco hasta el momento, información que le había ido llegando regularmente en pinturas jeroglíficas. Tenía curiosidad también por saber el rango de sus visitantes en su propio país, preguntando si eran familiares del soberano.

Cortés replicó que eran familiares y súbditos de un gran monarca que los tenía a todos en especial estima. Antes de su partida, Montezuma preguntó los nombres de los principales caballeros y la posición que ocupaban en el ejército.

Al concluir la entrevista, el príncipe azteca ordenó a sus ayudantes que trajeran los regalos preparados para sus invitados. Consistían en trajes de algodón, ¡como para proporcionar vestido, según se dice, a todos los hombres, incluidos los aliados!²¹¹. Y no se olvidó de añadir los habituales acompañamientos de cadenas de oro y otros adornos, que distribuyó con profusión entre los españoles. Después se retiró con la misma ceremonia con que había entrado, dejando a todos profundamente impresionados con su magnificencia y su afabilidad, tan diferentes de lo que habían esperado habiendo escuchado, lo que ahora pensaban, era una invención del enemigo²¹².

Esa tarde los españoles celebraron su llegada a la capital mexicana con una descarga general de artillería. Los truenos de la artillería resonaron entre los edificios y agitándolos hasta los cimientos, con el hedor de los vapores sulfurosos extendiéndose en volutas por encima de los muros del campamento, que recordaban a los habitantes las explosiones del gran *volcán*, llenaron los corazones de los supersticiosos aztecas de consternación. ¡Les proclamaba que su ciudad contenía en su interior a esos temibles seres cuyo camino estaba marcado por la desolación y que podían invocar los rayos para consumir a sus enemigos! Era indudable que la política de Cortés era reforzar este sentimiento supersticioso todo lo posible e impresionar a los nativos desde el principio, con un saludable sobrecogimiento ante los poderes sobrenaturales de los españoles²¹³.

A la mañana siguiente, el general solicitó permiso para devolver la visita al emperador, visitándole en su palacio.

Éste fue rápidamente concedido y Montezuma envió a sus oficiales para que condujeran a los españoles ante su presencia. Cortés se vistió con el vestido más rico y dejó los cuarteles a las órdenes de Alvarado, Sandoval, Velázquez y Ordaz, junto con cinco o seis de las filas comunes.

Los aposentos reales no estaban a gran distancia. Se elevaban en un terreno al sudeste de la catedral, cubierto después en parte por la *Casa del Estado*^{*}, el palacio de los duques de Monteleone, los descendientes de Cortés²¹⁴. Era una mole vasta e irregular de edificios bajos de piedra, como aquel en el que se acuartelaban los españoles. Era tan espacioso que, como uno de los conquistadores nos asegura, aunque lo visitó más de una vez con ese expreso propósito, siempre quedó demasiado cansado de deambular por las habitaciones, como para verlo en su totalidad²¹⁵. Estaba construido en la piedra porosa del país, *tetzontli*, y decorado con mármol, y en la fachada de la entrada principal estaban esculpidas las armas y la divisa de Montezuma, un águila llevando un ocelote en sus garras²¹⁶.

En los patios por los que atravesaron los españoles sonaban fuentes de agua cristalina, alimentadas por las copiosas reservas en la distante colina de Chapoltepec y que a su vez proporcionaban el agua para más de cien baños en el interior del palacio. Multitud de nobles aztecas paseaban arriba y abajo en estas plazas y salas exteriores, holgazaneando durante sus horas de asistencia a la Corte. Los apartamentos eran inmensos, aunque no muy elevados. Los techos eran de varios tipos de maderas olorosas ingeniosamente tallados, los suelos cubiertos de mantas o de hojas de palma. Las paredes estaban cubiertas de algodones ricamente teñidos, con pieles de animales salvajes o con maravillosos tapices de plumaje tejidos como si fueran pájaros, insectos y flores con un bello arte y un brillante resplandor de colores comparable a los de Flandes. Nubes de

incienso se elevaban de los incensarios y distribuían sus embriagadores olores por las habitaciones. Los españoles bien se pudieron imaginar dentro de los voluptuosos límites de un harén oriental, en lugar de pasear entre los muros de un salvaje jefe bárbaro en el mundo occidental²¹⁷.

Al llegar al salón de audiencias, los oficiales mexicanos se quitaron las sandalias y cubrieron su alegre atuendo con un manto de *nequen*, una tela basta hecha de las fibras del maguey, que vestían sólo las clases más pobres. Este acto de humillación se le imponía a todos aquellos que se acercaban al soberano, excepto a los miembros de su propia familia²¹⁸. De esa manera, descalzos, con los ojos bajos y con reverencia formal, dejaron entrar a los españoles en la presencia real.

Encontraron a Montezuma sentado en el extremo final de un espacioso salón y rodeado de unos pocos de sus jefes favoritos. Los recibió amablemente y poco después, Cortés, sin mucha ceremonia, entró en la materia que más le ocupaba el pensamiento. Era plenamente consciente de la importancia de ganar un converso real, cuyo ejemplo tendría tanta influencia en la conversión de su gente. El general, por tanto, se preparó para desplegar todas las reservas de su ciencia teológica, con las más seductoras artes de la retórica que pudiera dominar, mientras que la interpretación fue transmitida a través de los argénteos tonos de Marina, tan inseparable para él en estos casos como su sombra.

Expuso, de forma tan clara como pudo, las ideas que sostenía la Iglesia en relación con los santos misterios de la trinidad, la encarnación y la expiación. De ahí se remontó al origen de las cosas, la creación del mundo, la primera pareja, el paraíso y la caída del hombre. Aseguró a Montezuma que los ídolos que adoraba eran Satán bajo diferentes formas. Una prueba suficiente de esto eran los sangrientos sacrificios que imponía, que comparó con el rito simple y puro de la

misa. Su adoración le hundiría en la perdición. Precisamente para salvar su alma y el alma de su pueblo del fuego eterno, introduciéndoles a una nueva fe, habían venido a su tierra los cristianos. Y le aconsejó encarecidamente que no desatendiera la ocasión, sino que asegurara su salvación abrazando la cruz, el gran signo de la redención humana.

El predicador desperdició su elocuencia en el insensible corazón de su real oyente. Sin duda, perdió algo de su eficacia, sometida a la interpretación de una neófita tan reciente como la dama india. Pero las doctrinas eran demasiado abstrusas en sí mismas para ser comprendidas a primera vista por el rudo intelecto de un bárbaro. Y Montezuma puede haber pensado quizá que no era más monstruoso alimentarse de la carne de una criatura hermana que de la del mismo creador²¹⁹. Además estaba empapado de las supersticiones de su país desde la cuna. Había sido educado en la secta más severa de su religión, él mismo había sido sacerdote antes de su elección al trono y ahora era la cabeza tanto de la religión como del estado. Había pocas probabilidades de que un hombre así estuviera abierto a los argumentos o la persuasión, incluso de los labios de un polemista más experimentado que el comandante español. ¿Cómo podía abjurar de la fe que estaba entretejida con los más profundos afectos de su corazón y los mismísimos elementos de su ser? ¿Cómo podía serle desleal a los dioses que le habían elevado a tal prosperidad y honores y cuyos santuarios estaban encomendados a su especial cuidado?

Escuchó, sin embargo, con silenciosa atención, hasta que el general concluyó su homilía. Después respondió que sabía que los españoles mantenían este discurso por dondequiera que habían estado. No dudaba que su dios fuera un ser benigno. Sus dioses también lo eran para él. Sin embargo, lo que su visitante decía de la creación del mundo era como lo que le habían enseñado a creer²²⁰. No merecía la pena

discutir más el tema. Sus ancestros, dijo, no eran los propietarios originales de la tierra. La habían ocupado hace tan sólo unos años y habían sido colocados allí por un gran Ser que, después de haberles dado las leyes y haber gobernado sobre la nación por un tiempo, se había retirado a las regiones donde nace el sol. Había declarado a su partida que él o sus descendientes volverían a visitarles y a retomar su imperio²²¹. Las maravillosas hazañas de los españoles, su tez clara y la región de la que provenían, todo indicaba que eran sus descendientes. Si Montezuma se había resistido a que visitasen su capital era porque había oído historias de sus crueldades, que enviaban la luz para consumir a su gente o los destrozaban en pedazos bajo los duros pies de los feroces animales sobre los que montaban. Ahora estaba convencido de que éstos eran cuentos frívolos, que los españoles eran de naturaleza amable y generosa, eran mortales, realmente, de una raza distinta de la azteca, más sabia, más valiente y que por esto les honraba.

«A ti también», añadió, con una sonrisa, «te habrán contado quizá que soy un dios y que moro en palacios de oro y plata²²². Pero ya ves que es falso. Mis casas, aunque grandes, son de piedra y madera como las demás y en cuanto a mi cuerpo», dijo, desnudando su brazo moreno, «ves que es de carne y hueso como el tuyo. Es cierto, tengo un gran imperio heredado de mis antecesores, tierras, así como oro y plata. Pero tu soberano más allá de los mares es, lo sé, el legítimo propietario de todo. Gobierno en su nombre. Tú, Malinche, eres su embajador, tú y tus hermanos debéis compartir estas cosas conmigo. Descansad ahora de vuestras fatigas. Os encontráis en vuestra propia casa y se os proveerá de todo para vuestra subsistencia. Me ocuparé de que vuestros deseos se cumplan como si fueran los míos»²²³. Cuando el monarca hubo terminado estas palabras unas pocas lágrimas espontáneas inundaron sus ojos, mientras

que la imagen de su antigua independencia le cruzaba quizá la mente²²⁴.

Cortés, al mismo tiempo que alentaba la idea de que su propio soberano era el gran Ser indicado por Montezuma, se esforzaba por reconfortar al monarca asegurándole que su señor no tenía deseos de interferir con su autoridad, más que en efectuar su conversión al cristianismo, por pura preocupación de su bienestar. Antes de despedir a los visitantes el emperador mostró su espíritu generoso, como de costumbre, distribuyendo ricas telas y baratijas de oro entre ellos, de tal manera que el soldado más pobre, dice Bernal Díaz, uno de la partida, recibió al menos dos pesados collares del precioso metal en su parte. Los corazones de hierro de los españoles se conmovieron ante la emoción desplegada por Montezuma, así como con su principesco espíritu de liberalidad. A medida que pasaban frente a él, los caballeros con el casco en mano le hicieron la más profunda reverencia y «de camino a casa», continúa el mismo cronista, «no podíamos discutir de nada más que de la gentil crianza y la cortesía del monarca indio, y del respeto que abrigábamos por él»²²⁵.

En la mente del general debían estar presionando especulaciones de carácter más grave, al ver a su alrededor las evidencias de una civilización y consecuentemente un poder para el que ni siquiera los exagerados informes de los nativos (desacreditados por su aparente exageración) le habían preparado. En la pompa y el pesado ceremonial de la Corte, veía el buen sistema de subordinación y profunda reverencia al monarca, que caracterizaba a los imperios semicivilizados de Asia. En la apariencia de la capital, su monumental aunque elegante arquitectura, sus lujosos edificios públicos, sus actividades comerciales, reconocía las pruebas de progreso intelectual, la habilidad mecánica y enormes recursos de una antigua y opulenta comunidad,

mientras que las muchedumbres en las calles demostraban la existencia de una población capaz de sacarle el mejor partido a todo ello.

En los aztecas contemplaba a un pueblo distinto tanto de los rudos y republicanos tlaxcaltecas como de los afeminados cholultecas, pero combinando el coraje de los unos con el refinamiento de los otros. Se encontraba en el corazón de la antigua capital, que parecía una enorme fortificación con sus diques y sus puentes levadizos, donde cada casa se podía convertir fácilmente en un castillo. Su posición insular separada del continente, gracias a la cual al menor gesto del soberano, se podía cortar toda comunicación y toda la población guerrera de la ciudad precipitarse a una sobre él y su puñado de seguidores. ¿Qué podía hacer una ciencia superior contra tal desproporción?

[226](#).

En cuanto a derrocar el imperio de Montezuma ahora que le había visto en su capital, debe haberle parecido una tarea mucho más dudosa que nunca. El reconocimiento que el príncipe azteca había hecho de la supremacía feudal, si lo podemos llamar así, del soberano español, no debía tomarse demasiado literalmente. Por muchas muestras de deferencia que estuviera dispuesto a ofrecerles, bajo la influencia de su actual, quizá temporal, ilusión, no había por qué suponer que renunciara tan fácilmente a sus actuales poderes y posesiones o que su pueblo lo consintiera. Realmente, su susceptibilidad con relación a este tema en concreto, al llegar los españoles eran suficiente prueba de la tenacidad con la que se aferraba a su autoridad. Es cierto que Cortés tenía una fuerte palanca para futuras operaciones en la supersticiosa reverencia que sentían tanto el príncipe como el pueblo hacia su persona. Su política era indudablemente mantener este sentimiento inalterable en ambos el mayor tiempo posible²²⁷. Pero antes de trazar ningún plan de

acción, era necesario conocer personalmente la topografía y las ventajas de la capital, el carácter de su población y la naturaleza y la cantidad real de sus recursos. Con esta intención pidió permiso al emperador para visitar los principales edificios públicos.

Antonio de Herrera, el célebre cronista de las Indias, nació en una respetable familia de Cuéllar en la vieja España en 1549. Después de pasar por el habitual curso de disciplinas académicas en su propio país, fue a Italia, a cuya tierra de artes y letras recurría a menudo la juventud española de aquella época para completar su educación. Allí conoció a Vespasiano Gonzaga, hermano del duque de Mantua, y entró a su servicio. Continuó con este príncipe después de que fuera nombrado rey de Navarra y éste le tenía en tan alta estima que en su lecho de muerte le encomendó de todo corazón a la protección de Felipe II. Este perspicaz monarca pronto discernió las excelentes cualidades de Herrera y le elevó al puesto de Historiador de las Indias, un nombramiento por el que España está en deuda con Felipe. De esta manera, provisto de un generoso salario y todas las facilidades para realizar las investigaciones históricas a las que su inclinación le llevaba, la vida de Herrera transcurría pacíficamente en las constantes pero silenciosas ocupaciones de un hombre de letras. Continuó manteniendo el puesto de historiador de las colonias durante todo el reinado de Felipe II y bajo sus sucesores, Felipe III y IV, hasta que en 1625 murió a la avanzada edad de setenta y cinco años, dejando tras de sí una elevada imagen por su valor moral e intelectual.

Herrera escribió varios trabajos, principalmente históricos. El más importante, sobre el que se asienta su reputación es su *Historia General de las Indias Occidentales*. Se extiende desde 1492, la fecha del descubrimiento de

América, hasta 1554, y está dividido en ocho décadas. Cuatro de ellas fueron publicadas en 1601 y el resto en 1615, constando de cinco volúmenes en folio. El trabajo fue posteriormente reeditado en 1730 y ha sido traducido a la mayoría de las lenguas de Europa. El traductor inglés Stevens se ha tomado grandes libertades con el original, abreviando u omitiendo fragmentos, pero la ejecución del trabajo es en general superior a la mayoría de las versiones en inglés antiguo de los cronistas castellanos.

El vasto tema de Herrera incluye todo el imperio colonial español en el nuevo mundo. El trabajo está redactado en forma de anales y los variopintos hechos ocurridos en las distantes regiones de las que se ocupa están todos distribuidos refiriéndose exclusivamente a la cronología y desarrollados *pari passu*. Con esta distribución tan insulsa, se corta constantemente el hilo de interés, el lector se ve arrastrado rápidamente de una escena a la siguiente sin oportunidad de completar su investigación en ninguna. Su paciencia se agota y su mente se queda confusa con las breves visiones parciales y dispersas, en lugar de acumular nueva luz a medida que va avanzando con el desarrollo de una hábil narración, continua y bien digerida. Este es el gran defecto de una planificación basada en una adhesión esclava a la cronología. El defecto se hace más serio cuando el trabajo, como en el caso presente, es de un margen vasto y abarca una gran variedad de detalles, que tienen poca relación entre sí. En un trabajo como este nos damos cuenta de la superioridad de una planificación como la que ha seguido Robertson en su *History of America*, donde a cada sujeto se le permite ocupar su propio lugar independiente, en relación con su importancia, y de esa manera provocar una impresión distinta e individual en el lector.

La posición de Herrera le dio acceso a las contestaciones oficiales de las colonias, documentos de estado y todo tipo

de documento que existía en las oficinas públicas que pudiera ilustrar la historia colonial. Entre estas fuentes de información había varios manuscritos que no eran fáciles de ver, como, por ejemplo, la memoria de Alonso de Ojeda, uno de los seguidores de Cortés, que ha escapado a mis investigaciones tanto en España como en México. Otros escritos, como los del padre Sahagún, de mucha importancia en la historia de la civilización india, eran desconocidos para el historiador. Herrera hizo un uso muy libre de todos los manuscritos que cayeron en sus manos. De los escritos de Las Casas, en concreto, tomó prestado sin ninguna ceremonia. El obispo dejó ordenado que su *Historia de las Indias* no fuera publicada hasta al menos cuarenta años después de su muerte. Antes de que este período hubiera pasado Herrera había comenzado sus trabajos y, como tenía acceso a los papeles de Las Casas, se aprovechó de ellos para trasladar de la manera menos escrupulosa páginas, si no capítulos enteros, de la narración de éste a su propio trabajo. Al hacer esto, realizó una mejora decidida sobre el estilo del original, redujo sus pesadas y enredadas frases a un castellano puro, omitió su ampulosa declamación y sus invectivas poco razonadas. Pero, al mismo tiempo, también excluyó los pasajes que eran más duros con la conducta de sus compatriotas y aquellos repletos de indignante elocuencia, que mostraba una sensibilidad moral en el obispo de Chiapa que le elevaba tan por encima de su época. Gracias a esta especie de reencarnación, si así se puede decir, el buen misionero pasó en la letra que no en espíritu a las páginas de Herrera, con lo que la publicación de la historia de Las Casas se hizo, en cierta medida, superflua y esta circunstancia ha sido sin duda una de las razones por las que se ha mantenido tanto tiempo en manuscrito.

Sin embargo, admitiendo todos los errores debidos a la composición rápida y al pedante sistema cronológico

seguido por Herrera, debe admitirse que su trabajo posee un extraordinario mérito. Despliega ante el lector todo el avance de la conquista y la colonización española en el nuevo mundo, durante los primeros sesenta años después del descubrimiento. Las acciones individuales de su complicada historia, aunque agrupadas sin habilidad, están desplegadas en un estilo puro y sencillo, apropiado para la gravedad de su tema. Si a primera vista puede parecer quizá demasiado dispuesto a magnificar los méritos de los primeros descubridores y a arrojar un velo sobre sus excesos, puede perdonarse al provenir no de la insensibilidad moral, sino del sentimiento patriótico que le hacía deseoso, hasta donde se pudiera, de limpiar cualquier mancha sobre el escudo de su nación, en aquel orgulloso período que le dio renombre. Es natural que el español, que vivía en este período, estuviera demasiado deslumbrado por el despliegue de sus gigantescos esfuerzos como para sopesar escrupulosamente el carácter moral o los méritos de la causa por la que se hacían. Sin embargo, la parcialidad nacional de Herrera nunca le hace apologista del crimen y con las indulgencias que se le pueden conceder con justicia tiene derecho a los elogios que se le hacen a menudo de candor e integridad.

No se debe olvidar que, además de la narración de los primeros descubrimientos de los españoles, Herrera ha reunido una vasta cantidad de información con respecto a las instituciones y los usos de los pueblos indios, recopiladas a partir de las fuentes más fidedignas. Esto le da a su trabajo un carácter muy completo, más allá de lo que se puede hallar en cualquier otro sobre el mismo tema. Es realmente un noble monumento de sagacidad y erudición, y el estudiante de historia, y más aún el investigador histórico, encontrará que es imposible dar un paso entre los primeros asentamientos coloniales del nuevo mundo sin hacer

referencia a las páginas de Herrera.

Otro escritor de México, consultado a menudo en el curso de la presente narración, es Toribio Benavente, o Motolinía, como es llamado más frecuentemente, por su sobrenombre indio. Fue uno de los doce misioneros franciscanos que, a petición de Cortés, fueron enviados a Nueva España inmediatamente después de la conquista en 1523. El atuendo humilde de Toribio, sus pies desnudos y, en pocas palabras, su aspecto de pobreza estricta propio de su orden, frecuentemente arrancaba de los nativos la exclamación Motolinía, u «hombre pobre». Fue la primera palabra azteca cuyo significado aprendió el misionero y quedó tan satisfecho con ella, como indicador de su propia condición, que de aquí en adelante la asumió como nombre. Toribio se dedicó con celo junto con sus hermanos al gran objetivo de su misión. Viajó a pie por varias partes de México, Guatemala y Nicaragua. Por todos los sitios por los que fue no escatimó esfuerzos para arrancar a los nativos de su oscura idolatría y verter en sus mentes la luz de la revelación. Mostró incluso un delicado respeto hacia sus necesidades temporales, así como las espirituales, y Bernal Díaz testifica que conoció el hecho de que entregó su propia ropa para vestir a un indio indigente que sufría. Sin embargo, este caritativo fraile, tan manso y concienzudo en el cumplimiento de sus labores cristianas, era uno de los oponentes de Las Casas y envió a casa una protesta contra el obispo de Chiapas, formulada en términos de lo más insultantes y sarcásticos. Esto ha llevado al biógrafo del obispo, Quintana, a sugerir que el hábito del fraile descalzo puede haber encubierto algo de orgullo mundano y envidia. Puede que así sea. Sin embargo, también nos puede llevar a desconfiar de la discreción de Las Casas, quien tal vez llevó a cabo medidas con mano tan dura como para provocar tales implacables animadversiones de sus propios colaboradores

hermanos en la viña.

Toribio fue hecho prior guardián de un convento franciscano en Texcoco. En esta situación continuó activo realizando buenas labores y en este lugar y en sus diferentes peregrinajes se dice que bautizó a más de cuatrocientos mil nativos. Su eficaz piedad queda demostrada por varios milagros. Uno de los más notables fue cuando los indios estaban sufriendo de una gran sequía que amenazaba con aniquilar la cosecha próxima. El buen padre recomendó una solemne procesión de los nativos hasta la iglesia de Santa Cruz, con rezos y vigorosa flagelación. El efecto fue pronto visible en forma de copiosas lluvias que aliviaron completamente a la gente de sus temores y que finalmente hicieron la temporada inusualmente fructífera. La contraparte de este prodigio la proporcionó unos años más tarde, mientras el país trabajaba bajo lluvias excesivas, cuando con un remedio similar frenó el mal y se ejerció igualmente una propiciadora influencia sobre la temporada. La exhibición de tales milagros edificó enormemente a la gente, dice su biógrafo, y los amarró firmemente a la fe. Probablemente la vida ejemplar y la conversación de Toribio, ilustrando los principios que enseñaba, hicieron tanto por la buena causa como sus milagros.

De esta manera pasando sus días en los habituales trabajos píos y pacíficos del misionero cristiano, el valioso eclesiástico desapareció finalmente de la escena de su peregrinaje terrestre, no se sabe en qué año, pero a una avanzada edad, porque sobrevivió a todo el pequeño grupo de misioneros que le habían acompañado a Nueva España. Murió en el convento de San Francisco en México y su panegírico es así pronunciado enfáticamente por Torquemada, un hermano de su propia orden: «Era un verdadero hombre apostólico, un gran maestro de la cristiandad, bello en el ornamento de toda virtud, celoso de

la gloria de Dios y amigo de la pobreza evangélica, muy fiel a la observancia de su regla monástica y celoso en la conversión de paganos».

El largo contacto del padre Toribio con los mexicanos y el conocimiento de su lengua, que dominó tras muchos esfuerzos, le abrieron todas las fuentes de información relacionadas con ellos y con las instituciones que existían en la época de la conquista. Reunió cuidadosamente los resultados en el trabajo tantas veces citado en estas páginas, la *Historia de los Indios de Nueva España*, haciendo un volumen de folio manuscrito. Está dividido en tres partes: 1. La religión, ritos y sacrificios de los aztecas. 2. Su conversión al cristianismo y su manera de celebrar las fiestas de la iglesia. 3. El genio y el carácter de la nación, su cronología y astrología, junto con otras noticias de las principales ciudades y las principales producciones del país. A pesar de la ordenación metódica del trabajo, está escrito a la manera intrincada e inconexa de un libro intrascendente, en el que el autor ha arrojado al azar informaciones de las materias que más le interesaban en su inspección del país. Su propia misión está siempre a la vista y abandona rápidamente el tema inmediato de discusión, sea de la naturaleza que sea, para mostrar un suceso o una anécdota que pueda ilustrar sus labores eclesiásticas. Las ocurrencias más extraordinarias son recogidas con toda la crédula gravedad que generalmente suele ganar el crédito del pueblo y el historiador atestigua diligentemente un cúmulo de milagros más que suficiente para proveer las necesidades de las incipientes comunidades religiosas de Nueva España.

Sin embargo, entre toda esta masa de pía *incredibilia*, el investigador de las antigüedades aztecas encontrará mucha información curiosa y sustancial. Las largas y cercanas relaciones de Toribio con los nativos le pusieron en posesión de todo un cargamento de teología y ciencia, y como sus

maneras, aunque algo prolijas, son sencillas, llanas y poco afectadas, no hay oscuridad en la comunicación de sus ideas. Sus conclusiones, coloreadas por las supersticiones de la época y la peculiar naturaleza de su profesión, pueden ser recibidas a menudo con desconfianza. Pero como su integridad y sus medios de información eran incuestionables, su trabajo se convierte en una autoridad de primera magnitud con relación a las antigüedades del país y de su estado en la época de la conquista. Como hombre educado, podía penetrar más profundamente que los iletrados soldados de Cortés, hombres dados a la acción más que a la especulación. Sin embargo, el manuscrito de Toribio, valioso como lo es para el historiador, nunca ha sido imprimido y contiene pocas cosas de interés popular, como para que llegue a serlo nunca. Gran parte de su contenido ha encontrado su camino de varias formas en posteriores compilaciones. El trabajo en sí es muy difícil de encontrar. El doctor Robertson tenía una copia, según parece por el catálogo de manuscritos publicado con su *History of America*, aunque el nombre del autor no está antepuesto a él. No hay copia, creo, en la biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, y en cuanto a la que está en mi poder se la debo a la amabilidad de ese curioso bibliógrafo, Mr. O. Rich, ahora cónsul de los Estados Unidos en Menorca.

Pietro Martire de Anglería, o Peter Martyr (Pedro Mártir), como le llaman los escritores ingleses, pertenecía a una antigua y respetable familia de Arona en el norte de Italia. En 1487 fue convencido por el conde de Tendilla, el embajador español en Roma, para que volviera con él a Castilla. Mártir, que había sido educado por la iglesia, fue persuadido por la reina para que se ocupara de la instrucción de los nobles jóvenes en la Corte. De esta manera trabó una amistad con algunos de los hombres más ilustres de la nación, que parecen haber conservado una

cálida consideración por él durante el resto de sus días. Los Reyes Católicos le emplearon en varios asuntos de interés público, fue enviado en una misión a Egipto y posteriormente elevado a un puesto distinguido en la catedral de Granada. Pero continuó pasando mucho tiempo en la Corte, donde disfrutaba de la confianza de Fernando e Isabel y de su sucesor, Carlos V, hasta que en 1525 murió a la edad de setenta años.

El carácter de Mártir combinaba cualidades que no se encuentran a menudo en la misma persona, un ardiente amor por las letras, con una sagacidad práctica que sólo puede ser el resultado la familiaridad con los hombres y sus asuntos. Aunque pasó sus días en la alegre y deslumbrante sociedad de la capital, mantuvo los gustos simples y el temperamento digno de un filósofo. Su correspondencia, así como sus escritos más elaborados, si el término elaborado puede aplicarse a alguno de sus escritos, manifiesta progresismo y a menudo un espíritu independiente, aunque uno estaría más satisfecho si hubiera sido lo suficientemente independiente como para condenar la intolerancia religiosa. Pero Mártir, aunque filósofo, tenía lo suficiente de cortesano como para mirar indulgentemente los errores de los príncipes. A pesar de estar profundamente imbuido en el aprendizaje de la antigüedad y ser un erudito de corazón, no tenía ninguno de los sentimientos del ermitaño, sino que se tomaba el más vivo interés por los sucesos que pasaban a su alrededor. Sus numerosos escritos, incluyendo su copiosa correspondencia, son por esta razón el mejor espejo de la época en la que vivió.

Su mente inquisitiva estaba especialmente interesada en los descubrimientos que se estaban llevando a cabo en el nuevo mundo. Tenía derecho a estar presente en las sesiones del Consejo de Indias, cuando se hacía alguna comunicación de importancia en él, y posteriormente fue nombrado

miembro del mismo. Todo lo relacionado con las colonias pasaba por sus manos. La correspondencia de Colón, Cortés y los otros descubridores con la Corte de Castilla fue sometida a su examen. Conoció personalmente a estas personas ilustres cuando volvieron a casa y frecuentemente, como podemos ver en sus propias cartas, se sentaron a su mesa. Con estas ventajas, su testimonio se queda a un paso del de los mismos protagonistas del gran drama. Hay un aspecto en el que son superiores, ya que está libre de los prejuicios y las pasiones que puede provocar el interés personal. El testimonio de Mártir es el de un filósofo que hace un reconocimiento claro y exhaustivo del terreno, con las luces de un conocimiento previo para guiarse como no podría esperarse de ninguno de los descubridores y conquistadores. Es cierto que esto no le evita caer ocasionalmente en errores, los errores de la credulidad, pero no de la credulidad fundada en la superstición, sino de la que surge de la naturaleza incierta del tema, donde se revelaban por primera vez fenómenos tan distintos de cualquier cosa con la que estuviera familiarizado con el descubrimiento de un nuevo mundo.

Puede ser más justamente acusado de imprecisiones de otro tipo, que surgen de la prisa y la descuidada composición. Pero incluso aquí debemos ser compasivos, ya que confiesa sus pecados con un candor que desarma la crítica. La verdad es que escribía rápido y con la prisa del momento. Se echó atrás a la hora de publicar sus trabajos cuando se lo propusieron y sus *Décadas De Orbe Novo*, que abarcaban los resultados de sus investigaciones con respecto a los descubrimientos americanos, no fueron publicadas completas hasta después de su muerte. La edición más valiosa y completa de este trabajo, aquella a la que nos referimos en estas páginas, es la edición de Hakluyt, publicada en París en 1587.

Los trabajos de Mártir están todos en latín y no precisamente el más puro, una circunstancia bastante singular, considerando su familiaridad con los modelos clásicos de la antigüedad, aunque evidentemente dominaba las lenguas muertas con la misma facilidad que las vivas. Cualquiera que sean los defectos que se le puedan echar en cara sobre su estilo, en la selección y el manejo de los temas muestra la superioridad de su genio. Pasa por encima de los detalles triviales, que tan a menudo estorban en las narraciones literarias de los viajeros españoles y fija su atención en los grandes resultados de sus descubrimientos, los productos del país, la historia y las instituciones de las razas, su carácter y su avance en la civilización. Sus escritos son especialmente valiosos en un punto. Muestran el sentimiento predominante en la Corte de Castilla durante el avance del descubrimiento. Proporcionan, en pocas palabras, el reverso de la moneda y cuando hemos seguido a los conquistadores españoles en su maravillosa carrera de aventura en el nuevo mundo sólo tenemos que tomar las páginas de Mártir para ver el efecto que producía en las mentes avanzadas del viejo. Este punto de vista es necesario para completar el retrato histórico.

Si el lector tiene curiosidad por saber más de este estimable erudito encontrará los detalles en *The History of Ferdinand and Isabella* (Part I, cap. 14, Postscript, y cap. 19), donde su voluminosa correspondencia proporciona los materiales más fidedignos para la ilustración de su reinado.

Notas al pie

¹⁸⁷ Tomó unos 6.000 guerreros de Tlaxcala y algunos de los cempoaltecas y otros aliados indios continuaron con él. La fuerza española al abandonar Veracruz ascendía a unos 400 a pie y 15 a caballo. En las protestas de los soldados descontentos después de los mortales combates de Tlaxcala, hablan de haber perdido cincuenta hombres de sus filas desde el principio de la campaña. *Ante*, vol. I, p. 245.

¹⁸⁸ «La calzada d'Iztapalapan est fondée sur cette même digue ancienne, sur laquelle Cortéz fit des prodiges de valeur dans ses rencontres avec les assiégés», Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 57.

¹⁸⁹ Entre estas ciudades había algunas que contenían de tres a cinco o seis mil moradas, según Cortés, cuya bárbara ortografía en los nombres propios no sería fácilmente reconocible ni por los mexicanos ni por los españoles. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 78.

¹⁹⁰ El padre Toribio Benavente no escatima en su panegírico al hablar de los alrededores de la capital, que vio en toda su gloria. «Creo, que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos á la redonda de sí y tan bien asentados», *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

¹⁹¹ No es necesario, sin embargo, adoptar la versión de Herrera de 50.000 canoas, que, según dice, ¡estaban constantemente empleadas en el aprovisionamiento de suministros para la capital! (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 14). El poeta y cronista Saavedra es más modesto en su estimación.

«Dos mil y mas canoas cada día
Bastecen el gran pueblo Mexicano
De la mas y la menos niñería
Que es necesario al alimento humano»
EL PEREGRINO INDIANO, canto II.

¹⁹² «Usaban unos brazaletes de musaico, hechos de turquezas con unas plumas ricas que salian de ellos, que eran mas altas que la cabeza, y bordadas con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro, que subian con las plumas», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. 9.

¹⁹³ Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito, parte I, cap. 24. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 65. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 88. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 78, 79. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85.

¹⁹⁴ El cardenal Lorenzana dice que la calle en cuestión era probablemente la que cruza la ciudad desde el Hospital San Antonio (*Relación Segunda de Cortés*, p. 70, nota). Esto es confirmado por Sahagún: «Y así en aquel trecho que está desde la Iglesia de San Antonio (que ellos llaman Xuluco) que va por cave las casas de Alvarado, hacia el Hospital de la Concepción, salió Moctezuma á recibir de paz á D. Hernando Cortés», *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 16.

¹⁹⁵ *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito.

¹⁹⁶ «Toda la gente que estaba en las calles se le humiliaba y hacian profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos á le mirar, sino que todos estaban hasta que él era pasado, *tan inclinados como frayles en Gloria Patri* », Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

¹⁹⁷ Para la versión anterior del séquito y la apariencia de Montezuma, véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 88; *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito; Iztlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85; Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 65; Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, *ubi supra*, et cap. 45; Acosta, lib. 7, cap. 22; Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 16; Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

El noble castellano, o más bien bardo mexicano, Saavedra, que perteneció a la generación posterior a la conquista ha introducido muchos de los detalles en su crónica rimada. El siguiente ejemplar será probablemente suficiente para el lector.

«Yva el gran Moteçuma atauiado
De manta açul y blanca con gran falda,
De algodón muy sutil y delicado,
Y al remate vna concha de esmeralda:
En la parte que el nudo tiene dado
Y una tiara á modo de guirnalda,
Zapatos que de oro son las suelas
Asidos con muy ricas correhuelas»
EL PEREGRINO INDIANO, canto II.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁹⁸ «Satis vultu læto», dice Mártir, «an stomacho sedatus, et an hospites per vim quis unquam libens susceperit, experti loquantur», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3.

¹⁹⁹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 79.

²⁰⁰ «Entraron en la ciudad de Méjico á punto de guerra, tocando los atambores,

y con banderas desplegadas», etc. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 15.

²⁰¹ «Et giardini alti et bassi, che era cosa maravigliosa da vedere», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

²⁰² «¿Quien podrá», exclama el viejo soldado, «decir la multitud de hombres, y mugeres y muchachos, que estauan en las calles, é açuteas, y en Canoas en aquellas acequias, que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escriuiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera quando esto passó», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 88.

²⁰³ «Ad spectaculum», dice el agudo Mártir, «tandem Hispanis placidum, quia diu optatum, Tenustiatanis prudentibus forte aliter, quia verentur fore, vt hinospites quitem suma Elysiam veniant perturaturi; de populo secus, qui nil sentit æque delectabile, quam res novas ante oculos in presentiarum habere, de futuro nihil anxius», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3.

²⁰⁴ El eufónico nombre de Tenochtitlan se deriva comúnmente de las palabras aztecas que significan «la *tuna*, o cactus, en una roca», cuya apariencia, como recordará el lector, determinó el emplazamiento de la futura capital (Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, parte 3, cap. 7. Explic. de la Colec. de Mendoza, ap. *Antiquities of Mexico*, vol. IV). Otra etimología deriva la palabra de *Tenoch*, el nombre de uno de los fundadores de la monarquía.

²⁰⁵ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 78.

Ocupaba lo que es ahora la esquina de las calles, «Del Indio Triste» y «Tacuba». Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 7, et seq.

²⁰⁶ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 88. Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito, parte I, cap. 24.

²⁰⁷ Boturini dice que más aún por el reconocimiento de los mismos orfebres. «Los plateros de Madrid, viendo algunas Piezas, y Brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los Reyes, y Capitanes Indianos, confesaron, que eran inimitables en Europa» (*Idea*, p. 78). Y Oviedo, hablando de su trabajo de joyería, señala, «Io ví algunas piedras aspes, calcidonias, jacintos, corniolas, é plasmadas de esmeraldas, é otras de otras especies labradas é fechas, cabezas de Aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia quien las supiera hacer con tanta perficion», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 11.

²⁰⁸ *Ante*, vol. I. p. 306.

* En español en el original. (N. del T.)

²⁰⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 88. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 80.

²¹⁰ Bernal Díaz, *ibid.*, *loc. cit.* Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 16.

* En español en el original. (N. del T.)

²¹¹ «Muchas y diversas Joyas de Oro, y Plata, y Plumajes, y con fasta cinco ó seis mil Piezas de Ropa de Algodon muy ricas, y de diversas maneras texida, y labrada» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 80). Incluso esto queda corto a la verdad, según Díaz, «Tenia apercebido el gran Montecuma muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dió á nuestro Capitan, é assí mismo á cada vno de nuestros Capitanes dió cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada vno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor» (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 89). «Sex millia vestium, aiunt qui eas vidêre», Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3.

²¹² Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 66. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 6. Bernal Díaz, *Ibid.*, *ubi supra*. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5.

²¹³ «La noche siguiente jugaron la artillería por la solemnidad de haber llegado sin daño a donde deseaban; pero los Indios como no usados á los truenos de la artillería, mal edor de la pólvora, recibieron grande alteración y miedo toda aquella noche», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 17.

²¹⁴ «C'est là que la famille construisit le bel édifice dans lequel se trouvent les archives del Estado, et qui est passfi avec tout l'heritage au duc Napolitain de Monteleone» (Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 72). Los habitantes del México moderno le deben mucho a este inquisitivo viajero, por el trabajo que se tomó en identificar las localidades memorables de su capital. No sucede a menudo que un tratado filosófico sea también un buen *manuel du voyageur*. (En francés en el original.)

²¹⁵ «Et io entrai più di quatro volte en una casa del gran Signor non per altro effetto che per vederla, et ogni volta vi camminauo tanto che mi stancauo, et mai la fini di vedere tutta», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

²¹⁶ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 71. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 9.

Las autoridades lo llaman «tigre», un animal desconocido en América. Me he aventurado a sustituirlo por el «ocelote», *tlaocelotl* de México, un animal que, siendo de la misma familia, pudo ser fácilmente confundido con el tigre del viejo continente.

²¹⁷ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 9. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 71. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 91. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 5, 46. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 111-114.

²¹⁸ «Para entrar en su palacio, á que ellos llaman Tecpa, todos se descalzaban, y los que entraban á negociar con él habian de llevar mantas groseras encima de sí, y si eran grandes señores ó en tiempo de frio, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas, ponian una manta grosera y pobre; y para hablarle, estaban muy humiliados y sin levantar los ojos» (Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7). No hay mejor autoridad que este valioso misionero, para los usos de los antiguos aztecas, de los que tuvo un enorme conocimiento personal.

²¹⁹ El ridículo efecto (si el tema fuera menos grave como para justificar la expresión) de una creencia literal en la madre patria de la doctrina de la transubstanciación, incluso hoy en día, es bien ilustrada por Blanco White, *Letters from Spain* (Londres, 1822), let. I.

²²⁰ «Y en esso de la creación del mundo assí lo tenemos nosotros creído mucos tiempos passados» (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 90). Para algunos puntos de semejanza entre las tradiciones hebrea y azteca, véase libro I, cap. 3 y *Apéndice*, parte I, de esta Historia.

²²¹ «É siempre hemos tenido, que de los que de él descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como á sus Vasallos», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 81.

²²² «Y luego el Montezuma dixo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascalá, con quien tanta amistad aueis tomado, que soy como Dios, ó Teule, que quanto ay en mis casas es todo de oro, é de plata, y piedras ricas», Bernal Díaz, *ibid.*, *ubi supra*.

²²³ «É por tanto Vos sed cierto, que os obedeceremos, y ternémos por señor en lugar de esse gran señor, que decís, y que en ello no habia falta, ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo, que en la que en mi Señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que Vos de ello quisieredes disponer», *Relación Segunda de Cortés*, *ubi supra*.

²²⁴ Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 66. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. Gonzalo de las Casas, manuscrito, parte I, cap. 24.

Cortés, en sus breves notas sobre estos hechos, habla sólo de la entrevista con Montezuma en los cuarteles españoles, haciéndolo en el escenario del diálogo anterior. Bernal Díaz lo traslada al siguiente encuentro en el palacio. En el único hecho de importancia, el diálogo en sí, ambos coinciden sustancialmente.

²²⁵ «Assí nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuimos á nuestros

aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é criança que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuuiessemos mucho acato, é con las gorras de armas conchadas quitadas, quando delante dél pasásemos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 90.

²²⁶ «Y assí», dice Toribio de Benavente, «estaba tan fuerte esta ciudad, que parecia no bastar poder humano para ganarla; porque ademas de su fuerza y municion que tenia, era cabeza y Señoría de toda la tierra, y el Señor de ella (Moteczuma) gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchedumbre de sus vasallos», *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 8.

²²⁷ «Muchos son de la opinión», dice el padre Acosta, «que si los españoles hubieran continuado el curso que comenzaron, hubieran podido disponer fácilmente de Montezuma y su reino, e introducido la ley de Cristo, sin mucho derramamiento de sangre», lib. 7, cap. 25.

LIBRO IV
Estancia en México

Capítulo I

El lago de Texcoco. Descripción de la capital. Palacios de Montezuma. La familia real. Modo de vida de Montezuma. 1519

La antigua ciudad de México cubría el mismo lugar que ocupa ahora la capital moderna. Las grandes calzadas la tocaban en los mismos lugares, las calles corrían prácticamente en la misma dirección, casi de Norte a Sur y de Este a Oeste, la catedral en la *Plaza mayor*^{*} se levanta en el mismo lugar que antes ocupaba el templo del dios azteca de la guerra y los cuatro barrios principales de la ciudad todavía son llamados por los indios por sus antiguos nombres. Sin embargo, un azteca de los días de Montezuma, de poder contemplar la moderna metrópolis, no reconocería el entorno como el de su propio Tenochtitlan, ya que ésta estaba rodeada por las aguas saladas del Texcoco, que corrían a través de amplios canales por toda la ciudad, mientras que el México de hoy en día se levanta alto y seco sobre tierra firme, casi a una legua desde el centro de las aguas. La causa de este visible cambio en su posición es la disminución del lago, que gracias a la rapidez con que se evapora el agua en estas elevadas regiones ya se había hecho perceptible antes de la conquista, pero que desde entonces se ha acelerado enormemente por causas artificiales¹.

El nivel medio del lago de Texcoco hoy en día es cuatro pies más bajo que el de la gran plaza de México². Es considerablemente más bajo que las otras grandes cuencas de agua que hay en el valle. Con las grandes crecidas que a veces provocaban las prolongadas y excesivas lluvias, el

caudal de estas últimas se vertía sobre el lago Texcoco, que elevándose con el volumen de agua acumulado superaba los diques y se derramaba sobre las aguas de la capital, inundando las partes bajas de los edificios con su marea. Este era comparativamente un mal menor, ya que las casas estaban levantadas sobre pilares tan altos que las barcas podían pasar por debajo, las calles eran canales y el medio más común de transporte era el agua. Pero se convirtió en algo más desastroso cuando estos canales, llenos de los restos de la destruida ciudad india, fueron sustituidos por calles de tierra y se sacaron gradualmente los cimientos de la capital del elemento acuático. Para prevenir este alarmante desastre, se abrió, a un enorme precio, el famoso drenaje de Huehuetoca a comienzos del siglo XVII, y México, después de repetidos desbordamientos, se ha puesto finalmente fuera del alcance de las inundaciones³. Pero lo que se ganó en utilidad, en este caso como en tantos otros, se ha conseguido a costa de la belleza. Con este retroceso de las aguas, las brillantes ciudades y aldeas que un día bañaban han quedado varias millas en el interior, al mismo tiempo que una franja de tierra yerma, desagradable por las incrustaciones de sal que se han formado en la superficie ha tomado el lugar de la esplendorosa vegetación que un día cubría, como el esmalte, las orillas del lago y de los oscuros bosques de robles, cedros y plátanos que proyectaban sus sombras sobre el fondo.

Las *chinampas*, ese archipiélago de islas errantes que nos llamó la atención en el capítulo anterior, también han desaparecido casi por completo. Tuvieron su origen en masas de tierra que se desprendían de las orillas, aunque seguían manteniéndose unidas por las raíces fibrosas que las atravesaban. Los antiguos aztecas, debido a su carencia de tierra, se aprovecharon de esta sugerencia de la naturaleza. Construyeron balsas de juncos, carrizos y otros materiales fibrosos, que atados fuertemente formaban una superficie

suficiente para el sedimento que sacaban del fondo del lago. Gradualmente se crearon islas de doscientos o trescientos pies de largo y de tres o cuatro pies de profundidad, con un suelo ricamente estimulado sobre el que los ahorradores indios cultivaban sus verduras y flores para los mercados de Tenochtitlan. Algunas de estas *chinampas* eran lo suficientemente firmes para permitir que crecieran pequeños árboles y para soportar una pequeña cabaña para que habitara la persona que se encargaba de ella, quien apoyando una larga vara sobre las orillas o el fondo de la cuenca poco profunda, podía cambiar la posición de su pequeño territorio a placer, y podía vérselas con su cargamento vegetal moviéndose como islas encantadas por encima de las aguas⁴.

Los antiguos diques eran tres. El de Iztapalapa, por el que habían entrado los españoles, se acercaba a la ciudad por el Sur. El de Tepejacac, por el Norte, que al continuar la calle principal se puede decir que era una continuación de la primera calzada. Finalmente, el dique de Tlacopán, que conectaba la ciudad isla con el continente por el Oeste. Esta última calzada, memorable por la desastrosa retirada de los españoles, medía dos millas de longitud. Todas estaban construidas básicamente de la misma manera; de calicanto, defendidas por puentes levadizos y eran lo suficientemente anchas para que diez o doce caballos cabalgaran uno junto a otro⁵.

Los primitivos fundadores de Tenochtitlan construyeron sus frágiles cimientos de juncos y carrizos en el conjunto de pequeñas islas que hay en la parte occidental del lago. Con el paso del tiempo, éstas fueron sustituidas por edificios más sólidos. Se abrió una cantera en los alrededores de una roca amigdaloide roja y porosa, el *tetzontli*, y sacaron de allí una piedra ligera y quebradiza que se trabajaba con poca dificultad. Construyeron sus edificios de esta roca con cierta

solidez arquitectónica, si no elegancia. México, como ya se ha señalado, era la residencia de los grandes jefes, a quienes el soberano animaba, o mejor dicho obligaba, por obvias razones políticas, a pasar parte del año en la capital. También era la morada de los grandes señores de Texcoco y Tlacopán, que compartían, al menos nominalmente, la soberanía del imperio⁶. Las mansiones de estos dignatarios y de los nobles principales estaban construidas en una escala de tosca magnificencia correspondiendo con su rango. Eran bajas ciertamente, pocas veces de más de un piso y nunca de más de dos. Sin embargo, se extendían sobre una extensa zona, estaban distribuidas en una forma cuadrangular con un patio en el centro y rodeadas de pórticos embellecidos con pórfido y jaspe que se encontraba con facilidad en la zona y no pocas veces, una fuente de aguas cristalinas en el centro esparcía un agradable frescor por la atmósfera. Las moradas del pueblo común también se hacían sobre cimientos de piedra que se elevaban hasta la altura de unos cuantos pies, a los que seguían unas filas de adobe, cruzados ocasionalmente por vigas de madera⁷. La mayoría de las calles eran pequeñas y desagradables. Algunas, sin embargo, eran anchas y de gran longitud. La calle principal, que llevaba de la gran calzada del Sur, entraba en línea recta atravesando toda la ciudad y proporcionaba una noble visión en la que las largas hileras de edificios bajos de piedra se intercalaban en ocasiones por jardines elevándose en terrazas que desplegaban toda la pompa de la horticultura azteca.

Numerosos canales cruzaban las calles grandes, cubiertas de un cemento duro. Algunos estaban flanqueados por un camino sólido que servía como acera para los viandantes y como atracadero donde los botes podían descargar su cargamento. A ciertas distancias se construyeron edificios que servían como puestos de observación para los

funcionarios de hacienda que recaudaban las tasas sobre los diferentes artículos de mercancía. Los canales estaban atravesados por numerosos puentes, muchos de los cuales podían elevarse, proporcionando así la posibilidad de cortar la comunicación entre las diferentes partes de la ciudad⁸.

Estos relatos de la antigua capital recuerdan a las ciudades acuáticas del viejo mundo, cuya situación había sido elegida por razones similares de economía y defensa, sobre todo a Venecia⁹ (si no fuera desconsiderado comparar la ruda arquitectura de los indios americanos con los palacios y templos de mármol), aunque, ¡desgraciadamente, sin el esplendor que coronaba la que un día fue la señora del Adriático!¹⁰. El ejemplo de la metrópolis pronto fue seguido por las otras ciudades vecinas. En lugar de plantar los cimientos en *terra firma*, se les veía avanzar dentro del lago, cuyas aguas poco profundas en algunas partes no exceden los cuatro pies de profundidad¹¹. De esta manera se abría un medio de comunicación fácil y la superficie de este «mar» de islas, como lo denomina Cortés, se veía oscurecida con miles de canoas¹² (un término indio) que se afanaban laboriosamente en el comercio entre estas pequeñas comunidades. ¡Qué alegre y pintoresco debe haber sido el aspecto del lago en esos días, con sus resplandecientes ciudades y sus florecientes isletas lanzando, como si dijéramos, un ancla en el bello fondo de sus aguas!

Los cálculos sobre la población de Tenochtitlan en la época han sido muy distintos. Ningún escritor contemporáneo la calcula en menos de sesenta mil casas, lo que por las leyes naturales del cálculo nos daría trescientas mil almas¹³. Si, como se dice, una casa albergaba a varias familias la cantidad aumentaría considerablemente¹⁴. No hay nada más incierto que las estimaciones entre las comunidades bárbaras, que necesariamente viven de una forma más promiscua y confusa que las civilizadas y entre

las que no se adopta un sistema regular para calcular la población. El testimonio confluyente de los conquistadores, la extensión de la ciudad, que según se dice abarcaba casi tres leguas de circunferencia¹⁵, el inmenso tamaño del gran mercado, las largas hileras de edificios, de los que todavía se pueden encontrar vestigios de sus ruinas en las afueras, a millas de la ciudad moderna¹⁶, la fama de la metrópolis por todo el Anáhuac, que por otro lado podía jactarse de tantas otras ciudades pobladas y grandes, y finalmente la económica agricultura y los ingeniosos artilugios para extraer alimento de las fuentes menos prometedoras¹⁷, todo ello atestigua una numerosa población, mucho mayor que la de la actual capital¹⁸.

Una policía cuidadosa se ocupaba de la salud y la limpieza de la ciudad. Se dice que se empleaba a mil personas todos los días en regar y barrer las calles¹⁹, de tal manera que un hombre «podía andar (utilizando las palabras de un antiguo español) por ellas con tanto peligro de mancharse los pies como las manos»²⁰. El agua, en una ciudad que estaba bañada por todos lados por aguas marinas, era extremadamente salobre. Sin embargo, se traía una generosa cantidad de este puro elemento de Chapoltepec, «la colina de los saltamontes», a menos de una legua de distancia, a través de una conducción de barro a lo largo de un dique construido para ese propósito. Para que no faltara un artículo tan esencial cuando se estaban haciendo reparaciones, había un segundo juego de conducciones. De esta manera se transportaba una columna de agua del tamaño de un cuerpo humano al corazón de la capital, donde alimentaba las fuentes y aljibes de las principales mansiones. En los lugares en los que el acueducto cruzaba los puentes se hicieron aberturas y de esa manera se proporcionaba un suministro a las canoas que había debajo, mediante las cuales se distribuía a toda la ciudad²¹.

Al mismo tiempo que Montezuma alentaba en sus nobles el gusto por la magnificencia arquitectónica, él mismo contribuía al embellecimiento de la ciudad. Fue durante su reinado cuando se transportó la famosa piedra calendario, que probablemente pesaba, en su estado primitivo, casi cincuenta toneladas, desde su cantera nativa, a muchas leguas de distancia, hasta la capital, donde todavía conforma uno de los monumentos más elaborados de la ciencia azteca. Realmente cuando reflexionamos sobre las dificultades de tallar una masa tan impresionante de su dura cama basáltica sin la ayuda de instrumentos de hierro y sobre las dificultades de transportar por una distancia tan grande cruzando tierra y agua sin la ayuda de animales, bien podemos sentir admiración ante el ingenio mecánico y la audacia de la gente que lo realizó²².

No contento con la espaciosa residencia de su padre, Montezuma erigió otra de proporciones aún más magníficas. Ocupaba, como ya se ha mencionado antes, el terreno que cubren parcialmente las viviendas privadas de un lado de la *plaza mayor** de la ciudad moderna. Este edificio o, para denominarlo más correctamente, grupo de edificios, se extendía a lo largo de una zona de terreno tan vasta que, como nos asegura uno de los conquistadores, la terraza de su techo tenía espacio suficiente para que treinta caballeros hicieran carreras en un torneo normal²³. Ya he señalado su decoración interior, sus creativos tapices, sus techos decorados con cedro y otras maderas olorosas, unidos sin clavos y probablemente sin conocimiento del arco²⁴ y sus numerosos y espaciosos apartamentos que Cortés, con entusiasta hipérbole, no duda en declarar superiores a cualquier cosa parecida en España²⁵.

Junto al edificio principal había otros dedicados a diferentes tareas. Uno de ellos era la armería, llena de armas y de los trajes militares que llevaban los aztecas, todo

mantenido en perfecto orden, preparado para su uso inmediato. El emperador era un experto en el manejo del *maquahuitl*, o espada india, y se deleitaba enormemente contemplando los ejercicios atléticos y las representaciones mímicas de la guerra que hacían sus nobles jóvenes. Otro edificio se utilizaba como granero y otros como almacenes para los diferentes artículos de alimentación y vestido entregados por los diferentes distritos encargados de mantener la casa real.

También había edificios apropiados para otras tareas bien distintas. Uno de éstos era el inmenso aviario en el que se reunían pájaros de espléndido plumaje de todas partes del imperio. Aquí estaba el escarlata cardenal, el dorado faisán, la interminable familia del loro con sus tonos multicolores (predominando el verde real) y ese diminuto milagro de la naturaleza, el colibrí, que gusta de disfrutar entre las ramas de la madreselva de México²⁶. Trescientos ayudantes estaban encargados de este aviario, conociendo la cantidad precisa de comida de sus internos, que a menudo se conseguía a un enorme precio, y en la temporada de muda recogían cuidadosamente el bello plumaje, que con sus multicolores tonos proporcionaban materiales para el pintor azteca.

Había unos edificios independientes reservados para los fieros pájaros de presa, las voraces familias de los buitres y las águilas de enorme tamaño, que moraban en las soledades de los Andes. No menos de quinientos pavos, la carne más barata en México, se proporcionaban diariamente para el consumo de estos tiranos de la familia emplumada.

Adyacente a este aviario existía una colección de animales salvajes, recogidos de los bosques de montaña e incluso de los remotos pantanos de *tierra caliente*. El parecido de las diferentes especies con las del viejo mundo, con las que, sin embargo, ninguna era idéntica, inducía constantemente a la confusión en la nomenclatura de los españoles, como lo ha

hecho desde entonces en la de los naturalistas mejor instruidos. La colección se completaba con un gran número de reptiles y serpientes notables por su tamaño y sus propiedades venenosas, entre las que los españoles contemplaron al pequeño y fiero animal «con castañuelas en la cola», el terror de la naturaleza americana²⁷. Las serpientes estaban encerradas en unas largas cajas forradas con plumón o plumas o en zanjias de barro y agua. Las bestias y los pájaros de presa tenían espacio suficiente para moverse y estaban rodeados por un fuerte enrejado a través del que podían entrar libremente la luz y el aire. Todo el conjunto estaba a cargo de una multitud de cuidadores que conocían los hábitos de sus prisioneros y les proporcionaban confort y limpieza. ¡Con qué profundo interés hubiera contemplado un ilustrado naturalista de esa época (un Oviedo o un Mártir, por ejemplo) esta magnífica colección en la que diferentes especies que deambulaban por la naturaleza occidental, las razas desconocidas de un mundo desconocido, se hallaban reunidas en un mismo lugar! ¡Cómo hubieran disfrutado estudiando las particularidades de estas nuevas especies comparándolas con las de su propio hemisferio y de esta manera haber llegado a cierta comprensión de las leyes generales por las que actúa la naturaleza en todas sus obras! Los rudos seguidores de Cortés no se molestaron con especulaciones tan refinadas. Contemplaron el espectáculo con una vaga curiosidad mezclada con sobrecogimiento y escuchando los salvajes gritos de los feroces animales y los silbidos de las serpientes, se creían en las regiones infernales²⁸.

No debo olvidar señalar una extraña colección de monstruos humanos, enanos y otras personas desgraciadas en cuya creación la naturaleza se había desviado caprichosamente de sus propias leyes. Estas horribles anomalías eran consideradas por los aztecas como una

honrosa muestra de rango. Se dice incluso que eran en ciertos casos el resultado de medios artificiales, empleados por padres desnaturalizados deseosos de asegurarle un futuro a su progenie cualificándoles para conseguir un lugar en el museo real²⁹.

En los alrededores de estos edificios, se extendían enormes jardines repletos de arbustos y flores olorosas y especialmente de plantas medicinales³⁰. Ningún país ha proporcionado más especies de estas últimas que Nueva España y sus virtudes eran perfectamente conocidas por los aztecas, entre quienes se puede decir que la ciencia de la botánica médica se estudió como una ciencia. Entre este laberinto de setos de suaves esencias, se podían ver fuentes de agua pura lanzando sus brillantes chorros que esparcían un refrescante rocío sobre las flores. Diez grandes estanques, bien provistos de peces, proporcionaban en sus márgenes un refugio para las diferentes especies de aves acuáticas, cuyo hábitat se conocía con tanto detalle que algunas de estas reservas eran de agua salada por ser la que más gustaban frecuentar. Un pavimento teselado de mármol rodeaba los amplios estanques cubiertos por imaginativos pabellones que permitían la entrada de las perfumadas brisas de los jardines y ofrecían un agradable refugio para el monarca y sus concubinas en los tórridos calores del verano³¹.

Pero la residencia más lujosa del monarca azteca en esa estación era la colina real de Chapoltepec, un lugar consagrado además por las cenizas de sus ancestros. Se encontraba en dirección Oeste desde la capital y en aquella época su base estaba bañada por las aguas del Texcoco. En su elevada cima de roca pórvida se eleva hoy el magnífico, aunque desolado, castillo erigido por el virrey Gálvez a finales del siglo XVII. La vista desde sus ventanas es una de las mejores en los alrededores de México. El paisaje en esta parte no está desfigurado como en muchas éstas por los

parches blancos y yermos tan ofensivos para la vista, sino que recorre una continua extensión de praderas y campos de cultivo, que ondean con ricas cosechas de grano europeo. Los jardines de Montezuma se extendían varias millas alrededor de la base de la colina. Las estatuas del monarca y de su padre, talladas en bajorrelieve en el pórfido se salvaron hasta mediados del siglo pasado³² y la tierra sigue cubierta de gigantescos cipreses, de más de cincuenta pies de circunferencia, que ya eran centenarios en tiempos de la conquista. El lugar es ahora una espesura enmarañada de arbustos silvestres, donde el mirto mezcla sus hojas oscuras y brillantes con los rojos frutos y el delicado follaje del árbol del pimentero. Probablemente, no hay ningún lugar mejor para provocar la meditación sobre el pasado, ninguno donde el viajero, al sentarse bajo esos majestuosos cipreses, grises con el musgo de siglos, pueda meditar tan apropiadamente sobre el triste destino de las razas indias y del monarca que un día celebró sus fiestas cortesanas bajo la sombra de sus ramas.

La familia de Montezuma estaba en la misma escala de esplendor bárbaro que todo lo que le rodeaba. Podía jactarse de tener tantas mujeres como cualquier harén de un sultán oriental³³. Estaban alojadas en sus propios aposentos y disponían de todas las comodidades para el confort personal y la limpieza según ellos las entendían. Dedicaban su tiempo a las habituales labores femeninas de tejer y bordar, especialmente el elegante plumaje, para el que el aviario real proporcionaba los ricos materiales. Se comportaban con un estricto decoro, bajo la supervisión de unas ancianas que realizaban la misma respetable función de dueñas que hacían en las casas religiosas adyacentes a los *teocallis*. El palacio estaba provisto de numerosos baños y Montezuma daba ejemplo con frecuentes abluciones. Se bañaba al menos una vez al día y se cambiaba de ropa, según se dice, cuatro

veces³⁴. Nunca se ponía el mismo traje dos veces, sino que se lo daba a sus ayudantes. La reina Elisabeth, con un gusto similar por los trajes, mostraba un espíritu menos principesco acumulando los trajes descartados. Su guardarropa era probablemente algo más caro que el del emperador indio.

Además de su séquito femenino, las salas y antecámaras estaban llenas de nobles que le atendían constantemente, haciendo las veces de guardia personal. Había sido normal que los plebeyos de mérito ocuparan ciertos cargos en el palacio, pero el altivo Montezuma rechazó ser servido por nadie que no fuera de noble cuna. A menudo eran hijos de los grandes jefes y permanecían como rehenes en ausencia de sus padres, cumpliendo así el doble propósito de seguridad y rango³⁵.

El emperador comía solo. El suelo bien alfombrado de un enorme salón era cubierto de cientos de platos³⁶. El mismo Montezuma, aunque generalmente lo hacía su camarero, indicaba los elegidos que se mantenían calientes poniéndolos sobre un anafre³⁷. El menú real comprendía, además de animales domésticos, caza de los lejanos bosques y pescado ¡que el día anterior estaba nadando en el golfo de México! Se preparaban de múltiples maneras, ya que los *artistes** aztecas, como hemos tenido ocasión de señalar, se habían adentrado profundamente en los misterios de la ciencia culinaria³⁸.

Las carnes eran servidas por los nobles camareros que después cedían la labor de atender al monarca a doncellas elegidas por su gracia y belleza personal. Una pantalla de madera ricamente tallada y repujada en oro se desplegaba a su alrededor para ocultarlo de los ojos vulgares durante su comida. Se sentaba sobre un cojín y la comida se le servía sobre una mesa baja cubierta con un paño de delicado algodón. Los platos eran de la vajilla más delicada de

Cholula. Tenía un servicio de oro que se utilizaba en celebraciones religiosas. Ciertamente no hubiera sido muy conveniente su uso en situaciones ordinarias, ni siquiera con sus principescos ingresos, cuando no se permitía que nada de lo que se pusiera en su mesa volviera a utilizarse otra vez, sino que se entregaba a sus ayudantes. El salón estaba iluminado con antorchas de una madera resinosa que lanzaba un dulce olor y, probablemente, no poco humo al arder. Mientras comía tenía junto a él a cinco o seis de sus ancianos consejeros, quienes se mantenían de pie a una respetuosa distancia, contestando a sus preguntas y ocasionalmente se servían algunas de las viandas de su mesa que éste les ofrecía.

Este plato de comida fuerte era seguido de otro de dulces y bollería, por las que los cocineros aztecas, provistos de los importantes requisitos de la harina de maíz, huevos y el rico azúcar de aloe, eran famosos. Dos doncellas se ocupaban de preparar en un extremo de la habitación durante la comida finas tortitas y bollos con los que adornaban la mesa de vez en cuando. El emperador no tomaba más bebida que *chocholatl*, un brebaje de cacao aderezado con vainilla y otras especies, y preparado de tal manera que la espuma tomaba la consistencia de la miel y se disolvía gradualmente en la boca. Esta bebida, si se puede llamar así, se servía en copas de oro, con cucharas del mismo metal o de concha de tortuga finamente labrada. El emperador era extremadamente aficionado a ella, a juzgar por la cantidad, no menos de cincuenta jarras o recipientes que se preparaban diariamente para su consumo personal³⁹. Se preparaban otros dos mil para el consumo de la casa real⁴⁰.

La disposición general de la comida no parece ser muy distinta de la de los europeos. Pero ningún príncipe en Europa podía jactarse de un postre que se pudiera comparar con el del emperador azteca. Porque se recogía de los climas

más opuestos y su mesa mostraba los productos de su propia región templada y de las deliciosas frutas de los trópicos, recogidas el día anterior en los verdes bosques de la *tierra caliente** y transportadas con la velocidad del vapor, mediante correos hasta la capital. Era como si un amable duende finalizara nuestros banquetes con los sabrosos productos que ayer mismo estaban creciendo en una isla soleada de los lejanos mares indios.

Después de que se apaciguara el apetito real, las ayudantes le acercaban agua en un aguamanil de plata, de la misma manera que lo habían hecho antes al comenzar su comida, ya que los aztecas eran tan constantes en sus abluciones en esta época, como cualquier nación oriental. Se traían entonces pipas, hechas de una rica madera barnizada, de las que inhalaba, a veces a través de la nariz y otras a través de la boca, los humos de la embriagadora hierba «llamada *tabaco* »⁴¹, mezclada con liquidámbar. Mientras que el suave proceso de fumigación tenía lugar, el emperador disfrutaba de las exhibiciones de sus malabaristas y saltimbanquis, de los que había un cuerpo constantemente en el palacio. Nadie, ni siquiera los de China o los del Indostán, superaron a los aztecas en hazañas de agilidad y de prestidigitación⁴².

A veces se entretenía con su bufón, porque el monarca indio tenía bufones como sus hermanos más refinados de Europa en esa misma época. De hecho, a menudo decía que se podía aprender más de ellos que de hombres más sabios, porque se atrevían a decir la verdad. En otras ocasiones presenciaba las delicadas danzas de sus mujeres, o se deleitaba escuchando música, si el rudimentario arte de los mexicanos merece ese nombre, acompañada por canto, en una cadencia lenta y solemne, celebrando los hechos heroicos de los grandes guerreros aztecas o de sus ancestros.

Cuando había descansado lo suficiente su espíritu con

estas diversiones, se preparaba para dormir, porque era tan asiduo a su *siesta** como cualquier español. Al despertarse, recibía en audiencia a los embajadores extranjeros o de sus propias ciudades tributarias o a los caciques que tuvieran que presentarle algún asunto. Los introducían los nobles jóvenes que le servían y fuera cual fuera su rango, excepto en caso de ser de sangre real, estaban obligados a someterse a la humillación de cubrir sus ricos vestidos con un basto manto de *nequem* y entrar descalzos, con la mirada baja, a su presencia. El emperador dirigía pocos y breves comentarios a los pretendientes, contestándoles generalmente a través de sus secretarios y luego se retiraban con el mismo homenaje reverencial, cuidando de mantenerse de cara al monarca. Bien podía Cortés exclamar que nunca ninguna Corte, ya fuera de un gran señor o de cualquier infiel, había desplegado un ceremonial tan pomposo y elaborado⁴³.

Además de la multitud de criados que ya hemos mencionado, la casa real contaba con un ejército de artesanos ocupados constantemente en la construcción y arreglo de edificios, además de un gran número de joyeros y personas hábiles en el trabajo de los metales, que encontraban abundante demanda para sus alhajas entre las bellezas de ojos negros del harén. Los actores y malabaristas imperiales eran también muy numerosos y los bailarines que pertenecían al palacio ocupaban un distrito especial en la ciudad.

El mantenimiento de todo este pequeño ejército de varios miles de personas suponía un enorme gasto, que exigía una contabilidad de una naturaleza complicada que para gente sencilla bien podía ser farragosa. Sin embargo, todo se llevaba en perfecto orden y los diferentes ingresos y gastos quedaban anotados en la escritura pictórica del país. Los caracteres aritméticos eran más refinados y convencionales que los utilizados para fines narrativos y había una

habitación especial llena de libros de cuentas, que ofrecían un relato general de la contabilidad del palacio. Todo esto se encontraba al cuidado de un tesorero, que actuaba como una especie de mayordomo de la casa real y que supervisaba todos sus asuntos. Este puesto de responsabilidad estaba, cuando llegaron los españoles, en manos de un fiel cacique llamado Tapia⁴⁴.

Así es el retrato de la casa de Montezuma y de su modo de vida, tal y como fue descrito por los conquistadores y sus inmediatos seguidores, quienes tenían las mejores fuentes de información⁴⁵, con los tonos demasiado subidos, puede ser, por la prontitud a exagerar que era natural en los que presenciaron por primera vez un espectáculo tan chocante para la imaginación, tan nuevo e inesperado. He pensado que era mejor mostrar todos los detalles, por muy triviales que puedan parecer al lector, para proporcionar un retrato minucioso de costumbres tan superiores en refinamiento a las de otras tribus aborígenes del continente norteamericano. De hecho, no son tan triviales si reflexionamos sobre el hecho de que en estos detalles de la vida privada podemos medir con más fiabilidad la civilización que en los de naturaleza pública.

Al inspeccionarlos, nos recuerdan enormemente a la civilización oriental, no aquella de un tipo más alto intelectualmente, a la que pertenecían los más refinados persas y árabes, sino a aquellas semicivilizadas, entre las que se han distinguido las razas tártaras, en las que el arte e incluso la ciencia han tenido cierto progreso al adaptarse a las necesidades materiales y a la gratificación de los sentidos y, sin embargo, poco con relación a los más altos y más nobles intereses de la humanidad. Es característico de estos pueblos encontrar un pueril placer en una ostentación fastuosa y deslumbrante, deslumbrar como esencia, la pompa vana por el poder, rodear el trono con un ceremonial

yermo y pesado, la falsificación de la verdadera majestad.

Sin embargo, incluso esto era un avance con relación a las costumbres de los primeros mexicanos. El cambio se puede achacar, sin duda, en cierto grado a la influencia personal de Montezuma. En su juventud había templado los fieros hábitos del soldado con la profesión más suave de la religión. Posteriormente se había retirado de los embrutecedores trabajos de la guerra y sus modales adquirieron un tinte de refinamiento, se puede añadir incluso de afeminamiento, desconocido por sus marciales predecesores.

La situación del imperio bajo su reinado también era favorable a este cambio. El desmembramiento del reino de Texcoco a la muerte del gran Nezahualpilli había dejado a la monarquía azteca sin rival y pronto extendió sus colosales brazos hasta los límites más lejanos del Anáhuac. La ambiciosa mente de Montezuma se elevó con la adquisición de riqueza y poder y desplegó la conciencia de una nueva importancia al asumir un rango sin precedentes. Adoptó una reserva desconocida para sus predecesores, se retiró de la vista de los vulgares y se amuralló con una elaborada y elegante etiqueta. Cuando salía era con un séquito y con motivo de alguna celebración pública, normalmente al gran templo para participar en los servicios religiosos, y a medida que pasaba, exigía, como ya hemos visto, que su pueblo le rindiera un homenaje y una adulación digna de un déspota oriental⁴⁶. Su comportamiento altivo hirió el orgullo de sus vasallos más poderosos, especialmente de aquellos que a distancia se sentían prácticamente independientes de su autoridad. Sus exacciones, necesarias para mantener el enorme gasto de su palacio, esparcieron a lo ancho y a lo largo las semillas del descontento y, mientras que el imperio parecía llegar a su momento más álgido y próspero, la gangrena estaba devorando profundamente su corazón.

Notas al pie

* En español en el original. (N. del T.)

¹ El lago, según parece, se había reducido perceptiblemente antes de la conquista de acuerdo con Motilín, quien llegó al país poco después. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 6.

² Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 95.

Cortés supuso que había mareas regulares en este lago (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 101). Esto deja enormemente perplejo a Mártir (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3), como posteriormente a más de un filósofo, lo que ha llevado a especular sobre una comunicación subterránea con el océano! Lo que el general llama «mareas» eran probablemente las crecidas periódicas causadas por el dominio de ciertos vientos regulares.

³ Humboldt ha ofrecido una detallada relación de este túnel, que declara como una de las obras hidráulicas más impresionantes que existen, y cuya finalización, en su actual forma, no data de antes de la segunda parte del siglo pasado. Véase su *Essai Politique*, tom. II, p. 105, *et seq.*

⁴ *Ibid.*, tom. II, p. 87, *et seq.* Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 153.

⁵ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 8.

Cortés habla en realidad de cuatro calzadas (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 102). Puede que contara un brazo de la del sur que lleva a Coyoacán o probablemente el acueducto de Chapultepec.

⁶ *Ante*, vol. I, p. 30.

⁷ Mártir da una descripción concreta de estas casas, lo que muestra que incluso las clases más pobres estaban confortablemente alojadas. «Populares vero domus cingulo virili tenus lapidæ sunt et ipsæ, ob lacunæ incrementum per fluxum aut fluviorum in ea labentium alluvies. Super fundamentis illis magnis, lateribus tum coctis, tum æstivo sole siccatis, immixtis trabibus reliquam molem construunt; uno sunt communes domus contentæ tabulato. In solo parum hospitantur propter humiditatem, tecta non tegulis sed bitumine quodam terreo vestiunt; ad solem captandum commodior est ille modus, brevior tempore consumi debere credendum est», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 10.

⁸ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 8. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 108. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 10, 11. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

⁹ Mártir quedó sorprendido por el parecido. «Uti de illustrissima civitate Venetiarum legitur, ad tumulum in ea sinus Adriatici parte visum, fuisse constructam», Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 10.

¹⁰ ¿Acaso no podemos aplicar, sin mucha violencia, a la capital azteca, el inspirado soneto de Giovanni della Casa, contrastando el origen de Venecia con su gloria meridiana?

«Questi Palazzi e queste loggeor colte
D'ostro, di marmo e di figure elette,
Fur poche e basse case insieme accolte,
Deserti lidi e povere Isolette.
Ma genti ardite d'ogni vizio sciolte
Premeano il mar con picciole barchette,
Che qui non per domar provincie molte,
Ma fuggir servitù s'eran ristrete
Non era ambición ne' petti loro;
Ma'l mentire aborrian più che la morte,
Nè vi rengaba ingorda fame d'oro.
Se'l Ciel v'ha dato più beata sorte,
Non sien quelle virtù che tanto onoro,
Dalle nuove ricchezze oppresse emorte.»

¹¹ «Le lac de Tezcuco n'a généralement que tríos à cinq mètres de profondeur. Dans quelques endroits le fond se trouve même deja à moins d'un meter», Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 49.

¹² «Y cada día entran gran multitud de Indios cargados de bastimentos y tributos, así por tierra como por agua, en acales ó barcas, que en lengua de las Islas llaman Canoas », Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 6.

¹³ «Esta la cibdad de Méjico ó Teneztutan, que será de sesenta mil vecinos» (*Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito). «Tenustitanam ipsam inquit sexaginta circiter esse millium domorum» (Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3). «Era Méjico, quando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas» (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 78). Toribio dice vagamente, «Los moradores y gente era innumerable» (*Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 8). La traducción italiana del *Conquistador Anónimo*, que tan sólo ha sobrevivido en traducción dice «meglio di sessanta mila *habitatori* » (*Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309); debido probablemente a un error al traducir la palabra vecinos, el término habitual en las estadísticas españolas para decir *householder* que corresponde al italiano *fuochi*. Véase también Clavijero (*Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 86, nota). Robertson se apoya únicamente en esta traducción italiana para su estimación (*History of America*, vol. II, p. 281). Ciertamente cita a otras dos autoridades en relación con el mismo hecho: Cortés,

quien no dice nada de la población, y Herrera, quien confirma la afirmación popular de «sesenta mil casas» (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 13). Este hecho tiene bastante importancia.

¹⁴ «En las casas, por pequeñas que eran, pocas veces dexaban de morar dos, quatro y seis vecinos», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 7, cap. 13.

¹⁵ *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

¹⁶ «C'est sur le chemin qui mène à Tanepantla et aux Ahuahuetes que l'on peut marcher plus d'une Eur. Entre les ruines de l'ancienne ville. On y reconnoît, ainsi que sur la route de Tacuba et d'Iztapalapan, combien México, rebati par Cortés, est plus petit que l'était Tenochtitlán sous le dernier des Montezuma. L'énorme grandeur du marché de Tlatelolco, dont on reconnoît encore les limites, prouve combien la population de l'ancienne ville doit être considérable», Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 43.

¹⁷ Una comida común entre las clases bajas era un verdín pegajoso que se encontraba en los lagos que preparaban haciendo una especie de tortita que tenía un sabor parecido al queso (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 92).

¹⁸ Uno se puede convencer comparando los dos mapas al final de la primera edición del *Mexico* de Bullock, uno de la ciudad moderna y el otro de la antigua, tomados ambos del museo de Boturini y que muestran su trazado rectilíneo de calles y canales, tan regular de hecho como un cuadrado de ajedrez.

¹⁹ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 274.

²⁰ «Era tan barrido y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pie fuera tan delicada como la de la mano no recibiera el pie detrimento ninguno en andar descalzo», Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

²¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 108. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

* En español en el original. (N. del T.)

²² Estas inmensas masas, según Mártir, quien recabó su información de testigos, eran transportadas mediante largas filas de hombres que las arrastraban con cuerdas sobre enormes rodillos de madera (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 10). Era el método con el que los egipcios retiraban sus enormes bloques de granito, según se puede deducir de los numerosos relieves esculpidos en sus edificios.

²³ *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

²⁴ «Ricos edificios», dice el Licenciado Zuazo, hablando de los edificios en Anáhuac en general, «excepto que no se halla alguno con *boveda* » (*Carta*, manuscrito). El escritor hace una larga y cuidadosa observación, el año posterior a

la conquista. Su afirmación, de ser aceptada, dejaría zanjada una cuestión muy debatida entre los anticuarios.

²⁵ «Tenia dentro de la ciudad sus Casas de Aposamiento, tales, y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. É por tanto, no me porné en expresar cosa de ellas, mas de que en España no hay su semejable», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 111.

²⁶ El relato de Herrera de estos insectos emplumados, si se los puede llamar así, muestra los imaginativos errores que incluso los hombres de ciencia cometían con relación a las nuevas familias animales que se descubrían en América. «Hay algunos pájaros en el país del tamaño de mariposas, con largos picos, plumaje brillante, muy estimado por los delicados trabajos que con él se hacen. Como las abejas, viven en las flores y del rocío que sobre ellas se deposita y cuando termina la temporada de las lluvias y comienza la temporada seca, se anclan a los árboles con sus picos y pronto mueren. ¡Pero el año siguiente, cuando las nuevas lluvias llegan, vuelven a la vida!», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 21.

²⁷ «Pues mas tenian», dice el honesto capitán Díaz, «en aquella maldita casa muchas Víboras, y Culebras emponçoñadas, que traen en las colas vnos que suenan como cascabeles; estas son las peores Víboras de todas», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 91.

²⁸ «Digamos ahora», exclama el capitán Díaz, «las cosas infernales que hazian, quando bramauan los Tigres y Leones, y aullauan los Adiues y Zorros, y silbauan las Serpes, era grima oirlo, y parecia infierno». *Ibid.*, *loc. cit.*

²⁹ *Ibid.*, *ubi supra*. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 111-113. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 11, 46.

³⁰ Montezuma, según Gómara, no permitía que hubiera frutales, considerándolos inapropiados para tierras de recreo (*Crónica de Nueva España*, cap. 75). Toribio coincide en que «Los Indios Señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sino árboles de floresta, de donde cojan rosas, y adonde se crien aves, así para gozar del canto, como para las tirar con Cerbatana, de la cual son grandes tiradores», *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 6.

³¹ *Ibid.*, *loc. cit.* *Relación Segunda de Cortés*, *ubi supra*. Oviedo, *Historia de las indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. II.

³² Gama, un competente crítico, que las vio justo antes de su destrucción, alaba su realización. Gama, *Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras*, parte 2, pp. 81-83. También *Ante*, vol. I, p. 82.

* - En francés en el original. (N. del T.)

³³ No menos de mil, si debemos creer a Gómara, quien añade la edificante información de que «¡quo huvo, vez, yue tuvo ciento ciento i cincuenta preñadas á un tiempo!».

³⁴ «Vestíase todos lo dias quatro maneras de vestiduras todas nuevas, y nunca mas se las vestia otra vez», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 114.

³⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 91. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 67, 71, 76. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 113, 114. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

«Á la puerta de la sala estaba vn patio mui grande en que habia cien aposentos de 25 ó 30 pies de largo cada vno sobre sí en torno de dicho patio, é allí estaban los Señores principales aposentados como guardas del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los quales á la continua ocupan mas de 600 hombres, que jamas se quitaban de allí, é cada vno de aquellos tenían mas de 30 servidores de manera que á lo menos nunca faltaban 3000 hombre de guerra en esta guarda cotediana del palacio» (Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 46). Este autor ofrece un relato curioso y completo de la servidumbre de Montezuma, tal y como lo recabó de los españoles que lo pudieron contemplar en todo su esplendor. La historia de Oviedo todavía está en manuscrito.

³⁶ Bernal Díaz, *ibid.*, *loc. cit.* *Relación Segunda de Cortés*, *ubi supra*.

³⁷ «Y porque la Tierra es fria, traían debaxo de cada plato y escudilla de manjar un brasero con brasa, porque no se enfriase», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 113.

³⁸ Bernal Díaz nos ha dado algunos platos de la *carte real*. El primer plato era bastante sorprendente, ya que era ¡un fricandó o guiso de niños pequeños!, «*carnes de muchachos de poca edad*». Admite, sin embargo, que esto es en cierto modo apócrifo. *Ibid.*, *ubi supra*.

* En español en el original. (N. del T.)

³⁹ «Lo que yo ví», dice Díaz, hablando de su propia observación, «que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia». *Ibid.*, cap. 91.

⁴⁰ *Ibid.*, *ubi supra*. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 113-114. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 11, 46. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 67.

⁴¹ «Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados, y dorados, y dentro traian liquidámbar, rebuelto con vnas yerbas *que se dize tabaco* », Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 91.

* En español en el original. (N. del T.)

⁴² Los espectáculos de acróbatas y malabaristas eran una de las diversiones

favoritas del gran Kan de China, según nos informa sir John Maundeville (*Voilage and Travaille*, cap. 22). Los saltimbanquis aztecas tenían tanta reputación, que Cortés envió dos de ellos a Roma para que entretuvieran a su Santidad, Clemente VII. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 186.

⁴³ «Ninguno de los Soldanes, ni otro ningun señor infiel, de los que hasta agora se tiene noticia, no creo, que tantas, ni tales ceremonias en servicio tengan», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 115.

⁴⁴ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 91. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, *ubi supra*. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 110-115. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

⁴⁵ Si el historiador desciende una generación para buscar a sus autoridades, puede que encuentre materiales dignos de un capítulo de sir John Maundeville o de las Noches de Arabia.

⁴⁶ «Referre in tanto rege piget superbam mutationem vestis, et desideratas humi jacentium adulationes» (Livio, *Hist.*, lib. 9, cap. 18). Los comentarios del historiador romano que hacen referencia a Alejandro, después de que asumiera las costumbres de Persia, sirven igualmente para el emperador azteca.

Capítulo II

El mercado de México. El gran templo. Santuarios interiores. Los cuarteles españoles. 1519

Cuatro días habían pasado desde que los españoles habían hecho su entrada en México. Su comandante, fuera lo que fuera que tramara en su cabeza, sentía que no podía establecer un plan de operaciones hasta que no hubiera visto más de la capital y hubiera comprobado la naturaleza de sus recursos, inspeccionándolos en persona. Por eso, como se ha señalado al final del libro anterior, pidió permiso a Montezuma para visitar el gran *teocalli* y algunos lugares más en la ciudad.

El cordial monarca consintió sin problemas. Incluso se dispuso a ir él mismo al gran templo para recibir a sus huéspedes allí, puede que con la intención de salvaguardar el santuario de su deidad protectora ante cualquier intento de profanación. Como ya hemos visto, conocía las acciones de los españoles en ocasiones similares durante el curso de su marcha. Cortés se puso a la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería y prácticamente todos los españoles de a pie, como de costumbre, y siguió a los caciques enviados por Montezuma para guiarle. Le propusieron conducirlo primero al gran mercado de Tlatelolco en la parte Oeste de la ciudad.

Por el camino los españoles quedaron impresionados, al igual que les pasó al entrar en la capital, con el aspecto de los habitantes y el estilo y la calidad del vestido, muy superior al de la gente de los países inferiores⁴⁷. Tanto el *tilmatli*, que era una capa que se echaba sobre los hombros y

se ataba al cuello hecha de algodón, que variaba en fineza según la condición del que la llevaba, como la amplia faja alrededor de las caderas, estaban a menudo bordadas con ricas y elegantes figuras y ribeteadas con un profundo fleco o borla. Como el clima se estaba haciendo cada vez más fresco, a veces se sustituían por mantos de piel o del maravilloso plumaje. Este último combinaba la ventaja de su gran calidez con la belleza⁴⁸.

Los mexicanos dominaban también el arte de hilar un fino hilo de pelo de conejo y otros animales, que bordaban en una delicada red que tomaba un tinte permanente.

Las mujeres, como en otras partes del país, parecían pasear tan libremente como los hombres. Vestían varias camisas o enaguas de diferentes largos con unos bordes muy ornamentados y a veces sobre ellos vestidos largos y sueltos que llegaban a los tobillos. Éstos también estaban hechos de algodón bellamente bordado, de una fina textura, para las clases más ricas⁴⁹. No se llevaban velos aquí, como en otras partes del Anáhuac, donde se hacían del hilo del aloe, o de la ligera red de pelo indicada anteriormente. La mujer azteca llevaba la cara al descubierto y su cabello oscuro como ala de cuervo flotaba de forma exuberante sobre sus hombros, revelando rasgos que aunque de un tono oscuro o mejor dicho canela, a menudo eran agradables y tenían ese toque serio, e incluso triste, característico de la fisonomía nacional⁵⁰.

Al acercarse al *tianguetz*, o gran mercado, los españoles se quedaron atónitos ante la multitud de gente que se apelotonaba en la misma dirección y al entrar en el lugar, su sorpresa aumentó aún más al ver la multitud que se reunía allí y las dimensiones del recinto, tres veces más grande que la célebre plaza de Salamanca⁵¹. Aquí se reunían comerciantes de todas partes, con los productos y manufacturas típicas de sus regiones: los orfebres de

Azcapotzalco, los alfareros y joyeros de Cholula, los pintores de Texcoco, los picapedreros de Tenayuca, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitláhuac, los fruteros de los países cálidos, los fabricantes de esteras y sillas de Cuatitlán y los floristas de Xochimilco, todos afanosamente ocupados en recomendar sus respectivos productos y en regatear con los compradores⁵².

La plaza del mercado estaba rodeada por profundos pórticos y cada artículo tenía asignada una sección. Aquí se podía ver algodón apilado en balas o elaborado en vestidos y artículos de uso doméstico como tapices, cortinas, cobertores y cosas por el estilo. Las telas, ricamente teñidas, le recordaron a Cortés a la *alcaicería*^{*} o mercado de la seda de Granada. Había un sector asignado a los orfebres, donde el comprador podía encontrar diferentes artículos de adorno o útiles fabricados con metales preciosos, o curiosos juguetes, como los que ya hemos tenido ocasión de describir, hechos a imitación de pájaros y peces, con escamas y plumas alternativamente de oro y plata y con cabezas y cuerpos móviles. Estas fantásticas chucherías a menudo estaban ornamentadas con piedras preciosas y mostraban un paciente y pueril ingenio en su fabricación, como la de los chinos⁵³.

En el siguiente sector se reunían muestras de cerámica basta y delicada, jarrones de madera tallados con detalle, barnizados o dorados de formas curiosas y a veces elegantes. También había hachas de cobre en una aleación con estaño, el sustituto del hierro y, según ha quedado demostrado, de no mala calidad. El soldado encontraba aquí todos los utensilios de su oficio. Cascos diseñados según el motivo de la cabeza de algún animal salvaje, con sus sonrientes defensas de dientes y su hirsuta cresta teñida con el rico tinte de la cochinilla⁵⁴, *escaupiles* o jubones acolchados de algodón, la rica túnica de cota de plumas, así como armas de

todo tipo: lanzas y flechas con punta de cobre y la ancha *maquahuitl*, la espada mexicana, con sus afiladas cuchillas de *itztli*. Aquí también había cuchillas y espejos de este mismo mineral pulido que entre los aztecas hacía prácticamente las veces del acero⁵⁵. En la plaza también se podían encontrar puestos ocupados por barberos, que usaban estas mismas cuchillas en su oficio. Porque los mexicanos, en contra de las creencias populares y erróneas con respecto a los aborígenes del nuevo mundo, tenían barba, aunque rala. Otras tiendas y puestos las regentaban farmacéuticos bien provistos de medicinas, raíces y diferentes preparados médicos. En otros sitios, se podían ver libros o mapas en blanco para la escritura pictórica de jeroglíficos, doblados como abanicos y hechos de algodón, pieles o más comúnmente de fibras de agave, el papiro azteca.

Bajo algunos de los pórticos vieron pieles curtidas y sin curtir y diferentes artículos para el uso personal y doméstico hechos de cuero. Se vendían animales, tanto salvajes como domesticados, y junto a ellos, quizá, un grupo de esclavos, con collares al cuello, indicando que estaban a la venta, un espectáculo que desgraciadamente no se limita a los mercados bárbaros de México, aunque allí las desgracias de su condición se agravaban por la conciencia de que su vida de degradación podía consumirse en cualquier momento con el terrible destino del sacrificio.

Los materiales de construcción más pesados, como la piedra, la cal, la madera, se consideraban demasiado voluminosos como para colocarlos en la plaza y se depositaban en las calles adyacentes al borde de los canales. Sería aburrido enumerar todos los diferentes artículos, tanto de lujo como de uso cotidiano, que se reunían de todos los rincones en este vasto bazar. Sin embargo, debería mencionar el despliegue de provisiones, uno de los rasgos

más atractivos del *tianguetz*, carnes de todo tipo, aves de corral, caza de las montañas vecinas, pescado de los lagos y arroyos, frutas en toda la deliciosa abundancia de estas regiones templadas, verdes hortalizas y el inefable maíz. También había muchas viandas ya preparadas que enviaba sus sabrosos vapores provocando el apetito del paseante ocioso; dulces, pan de maíz, tartas y confitería⁵⁶. Junto a éstos se podían ver bebidas refrescantes o estimulantes, el condimentado y espumoso *chocolatl*, con su delicado aroma a vainilla y el embriagante *pulque*, el zumo fermentado del aloe. Todo cubierto con flores, mostrando un gusto similar al que despliegan los mercados en el México moderno, aunque a una escala mucho mayor ciertamente. Las flores parecen ser el apéndice natural de este terreno exuberante, que en lugar de las perniciosas malas hierbas, como en otras regiones, está siempre dispuesto a cubrir, sin la ayuda del hombre, su desnudez con esta rica y variada librea de la naturaleza⁵⁷.

Ahorraré al lector la repetición de todos los detalles que enumeran los perplejos españoles, que son de algún interés, como prueba de las habilidades mecánicas y de las refinadas necesidades, más parecidas a aquellas de una comunidad refinada que a las de una nación de salvajes. Se trataba de la civilización *material*, que no pertenece a ninguno de los dos tipos. Los aztecas habían alcanzado claramente ese punto medio que se encuentra tan por encima de las rudimentarias razas del nuevo mundo como es inferior a las comunidades cultivadas del viejo.

En cuanto a la gente que se reunía en el mercado, los cálculos difieren, como de costumbre. Los españoles visitaron a menudo el lugar y ninguno calcula una cantidad ;menor a cuarenta mil! Algunos la elevan a mucho más⁵⁸. Sin depender demasiado de la aritmética de los conquistadores, si es cierto que en esta fecha, que tenía lugar cada cinco días,

la ciudad hervía con una heterogénea multitud de extranjeros, no sólo de los alrededores, sino de muchas leguas a la redonda, las calzadas se abarrotaban y el lago se oscurecía con canoas llenas de mercaderes acudiendo al gran *tianguetz*. Parecía realmente una de las ferias periódicas de Europa, no como existen hoy en día, sino como eran en la edad media, cuando debido a las dificultades de comunicación hacían las veces de gran mercado central para el intercambio comercial, ejerciendo una influencia saludable e importante sobre la comunidad.

Los intercambios se llevaban a cabo en parte mediante trueque, pero más comúnmente en la divisa del país. Ésta consistía en pedazos de estaño estampados con un carácter parecido a una T, bolsas de cacao cuyo valor quedaba regulado por el tamaño y, finalmente, plumas de ave rellenas de polvo de oro. El oro parece ser parte de la moneda regular en ambos hemisferios. Resulta llamativo que no tuvieran conocimiento de las escalas ni los pesos en sus tratos. La cantidad quedaba determinada por las medidas y el número⁵⁹.

Sobre esta vasta reunión reinaba el orden más perfecto. La plaza era patrullada por funcionarios cuyo trabajo consistía en mantener la paz, recaudar impuestos sobre los diferentes artículos de mercancía, comprobar que no se utilizaban falsas medidas ni se producía ningún fraude y llevar a los delincuentes inmediatamente ante la justicia. Un jurado de doce jueces se sentaba en una parte del *tianguetz*, investidos de aquellos amplios y sumarios poderes que en los países despóticos se delegan a menudo incluso en los tribunales más pequeños. La extrema severidad con la que ejercitaban estos poderes en más de una ocasión prueban que no eran papel mojado⁶⁰.

El *tianguetz* de México era naturalmente objeto de gran interés, así como de asombro, para los españoles, ya que en

él vieron converger en un solo foco todos los rayos de civilización esparcidos por la tierra. Aquí contemplaron las diferentes pruebas de habilidad mecánica, de economía interna, los múltiples recursos, de todo tipo, al alcance de los nativos. No podía más que provocar en ellos un alto concepto de la magnitud de estos recursos, así como de la actividad comercial y de la subordinación social con la que se entrelazaba toda la comunidad y su admiración queda completamente evidenciada en lo detallado y enérgico de sus descripciones⁶¹.

De esta animada escena, los españoles tomaron el camino del gran *teocalli*, cercano a sus propios cuarteles. Ocupaba, como ya ha visto el lector, junto con sus edificios dependientes, la gran extensión de tierra que ahora ocupa la catedral, parte del mercado y algunas de las calles adyacentes⁶². Probablemente, era un lugar consagrado a este mismo fin, desde la fundación de la ciudad. El edificio actual, sin embargo, no era muy antiguo, ya que lo había construido Ahuitzotl, quien celebró su inauguración en 1486, con aquella hecatombe de víctimas de la que se encuentran tan increíbles relatos en las crónicas⁶³.

Se elevaba en medio de una vasta zona, rodeado por una muralla de calicanto de unos ocho pies de altura, adornada en su parte exterior con figuras de serpientes, talladas en relieve, lo que le daba el nombre de *coatepantli*, o «muro de las serpientes». Este símbolo era común en la escultura sacra del Anáhuac, así como en la de Egipto. En el muro, que era cuadrangular, se abrían enormes puertas almenadas a las cuatro calles principales de la capital. Sobre cada una de las puertas había una especie de arsenal, repleto de armas y material militar, y si damos crédito a los informes de los conquistadores, había barracones adyacentes, con una guarnición de diez mil soldados, que actuaban como una especie de policía militar para la capital, proporcionando al

emperador un fuerte brazo en caso de tumultos o sedición⁶⁴.

El *teocalli* en sí era una sólida estructura piramidal de tierra y guijarros, cubierta en el exterior con piedras labradas probablemente del tipo ligero y poroso empleado en los edificios de la ciudad⁶⁵. Probablemente era cuadrado con sus caras orientadas a los cuatro puntos cardinales⁶⁶. Estaba dividido en cinco cuerpos o pisos que se iban reduciendo para ser menores que el inmediatamente inferior, era la habitual forma de los *teocallis* aztecas, como ya se ha descrito, que tiene un evidente parecido con algunas de las primitivas estructuras piramidales del viejo mundo⁶⁷. La ascensión se realizaba mediante un tramo de escaleras en el exterior, que llegaba hasta la estrecha terraza o plataforma en la base del segundo piso, rodeando gran parte del edificio, desde donde una segunda escalera conducía a un rellano similar en la base del tercero. La anchura de este pasillo era exactamente el espacio que dejaba el siguiente piso. Debido a este plano de construcción el visitante estaba obligado a rodear todo el edificio cuatro veces para poder llegar a la cima. Esto tenía un efecto de lo más imponente en las ceremonias religiosas, cuando la pomposa procesión de sacerdotes con sus salvajes cantos se deslizaba alrededor de los enormes laterales de la pirámide, elevándose más y más hacia la cima, en presencia de las multitudes que los contemplaban.

No se puede establecer con certeza las dimensiones del templo. Los conquistadores calculaban a ojo, preocupándose pocas veces de hacer cualquier cosa parecida a una medición precisa. Probablemente no tenía mucho menos de trescientos pies cuadrados en la base⁶⁸ y como los españoles contaron ciento catorce escalones, tendría probablemente menos de cien pies de altura⁶⁹.

Cuando Cortés llegó ante el *teocalli*, encontró a dos sacerdotes y a varios caciques a los que Montezuma había

enviado para que le llevaran sobre sus hombros hasta la cima evitándole la fatiga de la ascensión, de la misma manera que lo había hecho el emperador. Pero el general declinó el halago, prefiriendo marchar a la cabeza de sus hombres. Al llegar a la cima comprobaron que era una vasta extensión pavimentada con anchas rocas planas. El primer objeto que encontró su mirada fue un enorme bloque de jaspe, cuya peculiar forma mostraba que era la piedra en la que los cuerpos de las infelices víctimas se estiraban para el sacrificio. Su superficie convexa, al elevar el pecho, permitía al sacerdote realizar la diabólica tarea de arrancarle el corazón con mayor facilidad. En el otro extremo de la extensión había dos torres o santuarios, que tenían tres pisos, el más bajo de ellos era de piedra y estuco, los dos superiores de madera delicadamente tallada. En la división inferior se levantaban imágenes de sus dioses, las habitaciones superiores estaban llenas de utensilios para los servicios religiosos y con las cenizas de algunos de los príncipes aztecas que habían elegido este aéreo sepulcro. Frente a cada santuario se levantaba un altar sobre el que estaba ese fuego impercedero, cuya extinción auguraba tanto mal para el imperio como lo hubiera hecho el de las vestales en la antigua Roma. Aquí también se encontraba el gigantesco tambor cilíndrico hecho de pieles de serpiente que se golpeaba sólo en situaciones extraordinarias en las cuales enviaba un sonido lúgubre que se podía oír a millas de distancia, un sonido que sería posteriormente de congoja para los españoles.

Montezuma, acompañado por el sumo sacerdote, se acercó para recibir a Cortés cuando ascendió a la zona. «Estás cansado, Malinche», le dijo, «por haber escalado nuestro gran templo» Pero Cortés, con un alarde político le aseguró: «¡Los españoles nunca nos cansamos!» Después, tomándole de la mano, el emperador señaló las localidades

cercanas. El templo sobre el que se encontraban, al elevarse por encima de los demás edificios de la capital, ofrecía el punto de vista más elevado, así como el más céntrico. Bajo ellos, la ciudad se extendía como un mapa, con sus calles y canales cruzándose en ángulos rectos, sus tejados con terraza, floreciendo como tantos otros parterres de flores. Todos los rincones parecían vivos con el ajeteo y el bullicio, las canoas se deslizaban arriba y abajo por los canales, las calles estaban repletas de gente en sus alegres y pintorescos atuendos, mientras que desde la plaza del mercado, que habían abandonado hacía tan poco, se elevaba un confuso murmullo de múltiples sonidos y voces⁷⁰. Podían seguir claramente el trazado simétrico de la ciudad, con sus avenidas principales como saliendo de las cuatro puertas del *coatepantli* y conectándose con las calzadas que formaban las grandes entradas a la capital. Esta bella y regular distribución era imitada en muchas de las ciudades inferiores, donde las grandes carreteras convergían en el principal *teocalli* o catedral, como foco principal⁷¹. Pudieron distinguir la posición insular de la metrópolis, bañada en todos sitios por las corrientes saladas del Texcoco y en la distancia las claras y frescas aguas del Chalco, a lo lejos se extendía una amplia perspectiva de campos y bosques ondulantes, con las bruñidas murallas de más de un alto templo elevándose sobre los árboles y coronando las distantes cimas de las colinas⁷². La vista llegaba en una línea ininterrumpida hasta la misma base de la cadena circular de montañas, cuyos picos helados centelleaban como tocados por el fuego del rayo matutino, mientras que largas y oscuras coronas de vapor que se elevaban de la canosa cabeza del Popocateptl, señalaban que el elemento destructivo estaba realmente trabajando en el interior del bello valle.

Cortés quedó lleno de admiración ante este grande y

glorioso espectáculo y expresó sus sentimientos al emperador, el señor de estos florecientes dominios, en un lenguaje animado. Sus pensamientos, sin embargo, pronto tomaron otra dirección y, volviéndose hacia el padre Olmedo, que estaba a su lado, sugirió que la zona ofrecería una posición muy destacable para la cruz cristiana si Montezuma permitiera que se plantara ahí. Pero el discreto eclesiástico, con el buen sentido que en estas ocasiones parece tan escaso en su comandante, le recordó que esa petición en ese momento sería excesivamente inoportuna, ya que el monarca indio no había mostrado todavía una disposición favorable hacia el cristianismo⁷³.

Cortés después le pidió a Montezuma permiso para entrar en los santuarios y contemplar las capillas de sus dioses. Éste, después de una pequeña conversación con los sacerdotes, asintió y condujo a los españoles dentro del edificio. Se encontraron en una habitación espaciosa con las paredes cubiertas de estuco, sobre el que se habían tallado diferentes figuras representando el calendario mexicano, o quizá el ritual sacerdotal. En uno de los extremos del salón había un rincón con un techo de madera ricamente labrado y dorado. Ante el altar en este santuario, se levantaba la colosal imagen de Huitzilopotchli, la deidad protectora de los aztecas y dios de la guerra. Su rostro estaba deformado en horribles facciones de significado simbólico. En su mano derecha blandía un arco y en la izquierda un puñado de flechas doradas, que una leyenda mística había conectado con las victorias de su pueblo. Los enormes pliegues de una serpiente, hecha de perlas y piedras preciosas, le rodeaban las caderas y los mismos materiales preciosos estaban profusamente distribuidos por su cuerpo. En su pie izquierdo se encontraban las delicadas plumas del colibrí, que curiosamente le daba nombre a la terrible deidad⁷⁴. El adorno más llamativo era una cadena de corazones

alternados de oro y plata, que colgaba de su cuello, indicativa del sacrificio que más le deleitaba. Una prueba más inequívoca de esto la proporcionaban tres corazones humanos humeando y casi palpitando, como si hubieran sido arrancados de sus víctimas recientemente y que ahora reposaban frente a él en el altar.

El santuario adyacente estaba dedicado a una deidad más afable. Era Tezcatlipoca, el siguiente en honor después de ese ser invisible, ese Dios supremo que no era representado por ninguna imagen y que no se albergaba en ningún templo. Fue Tezcatlipoca el que creó el mundo y el que lo vigilaba con prudente cuidado. Se le representaba como un hombre joven y su imagen, de una piedra negra y pulida, estaba ricamente adornada con placas y ornamentos de oro, entre los que un escudo, pulido como un espejo, era el emblema más característico, porque en él se veían reflejados todos los hechos del mundo. Pero el homenaje a este dios no era siempre de un carácter más refinado o piadoso que el que se le rendía a su caníbal hermano, porque se veían también, en una bandeja de oro en su altar, cinco corazones sangrientos.

Las paredes de las dos capillas estaban manchadas con sangre humana. «¡El hedor era más insoportable!», exclama Díaz, «que el de los mataderos de Castilla!», y la actitud frenética de los sacerdotes con sus túnicas negras con sangre coagulada, andando de un lado para otro a su alrededor, les parecieron a los españoles ¡los mismísimos ministros de Satán!⁷⁵.

Salieron de esta nauseabunda habitación al aire libre con gusto, cuando Cortés, volviéndose hacia Montezuma, le dijo con una sonrisa: «No comprendo cómo un príncipe sabio y grande como tú puede depositar su fe en tales espíritus malignos como estos ídolos, los representantes del demonio. Si nos permitieras erigir aquí la verdadera cruz y colocar las

imágenes de la bendita María y su hijo en tus santuarios, pronto verías cómo tus falsos dioses se retirarían ante ellos».

Montezuma quedó enormemente sorprendido ante esta sacrílega alocución. «Estos son los dioses», contestó, «que han llevado a los aztecas a la victoria desde que fueron una nación y que enviaron la siembra y la recolección en su momento. Si hubiera pensado que les ibas a ofrecer este ultraje no te hubiera admitido en su presencia».

Cortés, después de algunas muestras de preocupación por haber herido los sentimientos del emperador, se fue. Montezuma se quedó, diciendo que debía expiar, si era posible, el delito de haber expuesto los santuarios de las divinidades a tal profanación por parte de los extranjeros⁷⁶.

Al descender al patio, los españoles hicieron un pausado reconocimiento de los otros edificios del recinto. La zona estaba protegida por un suave pavimento, tan pulido, realmente, que los caballos se mantenían en pie con dificultad. Había otros *teocallis*, contruidos en general según el modelo del grande, aunque de tamaño mucho menor, dedicados a diferentes deidades aztecas⁷⁷. En sus cúspides había altares coronados con llamas eternas, que, junto con los de los numerosos templos en otros barrios de la capital, esparcían una brillante iluminación sobre sus calles durante las largas noches⁷⁸.

Entre los *teocallis* del recinto había uno consagrado a Quetzalcóatl, de forma circular y con una entrada que imitaba la boca de un dragón, erizada de afilados colmillos y chorreando sangre. Al mirar furtivamente los españoles dentro de la garganta de este horrible monstruo vieron reunidos los instrumentos de sacrificio y otras abominaciones de terrible significado. Sus audaces corazones temblaron ante el espectáculo y llamaron al lugar, no del todo erróneamente, «Infierno»⁷⁹.

Otra estructura podía señalarse como característica de la

brutal naturaleza de su religión. Esta era un montículo piramidal de túmulos, con una complicada estructura de madera en su amplia cima. Sobre ella colgaba un inmenso número de calaveras humanas que pertenecían a las víctimas, en su mayoría prisioneros de guerra, que habían perecido sobre la execrable piedra de sacrificio. Uno de los soldados tuvo la paciencia de contar el número de estos horribles trofeos e informó ¡que eran ciento treinta y seis mil!⁸⁰. Costaría mucho creerlo, de no mostrar el viejo mundo una valiosa equivalencia en los Gólgotas piramidales que conmemoraban los triunfos de Tamerlán⁸¹.

Había largas hileras de edificios en el recinto, utilizados como viviendas de los sacerdotes y otras personas encargadas de los oficios de la religión. En total se dice que ascendía a varios miles. Aquí también estaban los principales seminarios para la instrucción de los jóvenes de ambos sexos, extraídos principalmente de las clases más altas y más ricas. Las muchachas eran instruidas por una anciana que oficiaba como sacerdotisa en los templos, una costumbre propia también de Egipto. Los españoles admiten que se mantenía el mayor cuidado con la moral y la conducta más irreprochable en estos centros. El tiempo de los pupilos se dedicaba principalmente, como en la mayoría de estas instituciones, al minucioso y pesado ceremonial de su religión. Los muchachos aprendían igualmente aquellos elementos de la ciencia que conocían sus maestros y las muchachas se adentraban en los misterios del bordar y del tejer, que empleaban en la decoración de los templos. Normalmente, a una edad apropiada salían al mundo exterior para asumir las ocupaciones propias de su condición, aunque algunas se quedaban permanentemente dedicadas a los servicios de la religión⁸².

El lugar también estaba cubierto de edificios de un carácter distinto. Podían encontrarse graneros repletos de la

rica producción de las tierras de la iglesia y de las primeras frutas y otras ofrendas de los fieles. Había una enorme mansión reservada para extranjeros de alto nivel que iban de peregrinaje al gran *teocalli*. El recinto estaba adornado con jardines, oscurecidos por árboles antiguos y regados por fuentes y estanques de los numerosos arroyos de Chapultepec. La pequeña comunidad estaba provista de esta manera de prácticamente todo lo necesario para su mantenimiento y para los servicios del templo⁸³.

Era un microcosmos en sí mismo, una ciudad dentro de la ciudad, y que, según la aseveración de Cortés, ocupaba una parcela de terreno lo suficientemente grande como para albergar quinientas casas⁸⁴. Presentaba en su breve espectro los extremos del barbarismo mezclado con cierta civilización, tan característicos de los aztecas. Los rudos conquistadores vieron sólo la evidencia de lo primero. En los rasgos fantásticos y simbólicos de las deidades, contemplaron los mismísimos rasgos de Satán, en los ritos y en el frívolo ceremonial su propio código de condenación y en el modesto comportamiento y la cuidada educación de los internos del seminario, las trampas mediante las cuales engatusaba a sus confundidas víctimas⁸⁵. Antes de que pasara un siglo, los descendientes de esos mismos españoles distinguían en los misterios de la religión azteca los rasgos oscuros y desfigurados ;de las revelaciones judías y cristianas!⁸⁶. Tales fueron las conclusiones opuestas del soldado iletrado y del erudito. Un filósofo sin mancha de superstición, bien podría dudar sobre cuál de los dos era más extraordinaria.

La visión de las abominaciones indias parece haber encendido en los españoles un sentimiento más vivo de su propia religión, ya que al día siguiente pidieron permiso a Montezuma para convertir una de las salas de su residencia en una capilla para poder celebrar los servicios religiosos

allí. El monarca, en cuyo pecho parecían haber amainado rápidamente los sentimientos de resentimiento, accedió con presteza a su petición y envió algunos de sus propios artesanos para ayudarles en su trabajo.

Mientras que estaba en proceso, algunos de los españoles observaron lo que parecía ser una puerta recientemente clausurada. Era un rumor común que Montezuma todavía guardaba los tesoros de su padre, el rey Axayácatl, en su antiguo palacio. Los españoles, concedores de ese hecho, no sintieron escrúpulos en satisfacer su curiosidad retirando el yeso. Como se esperaba, había una puerta. Al forzarla descubrieron que el rumor no era ninguna exageración. Contemplaron una inmensa habitación repleta de ricos y bellos objetos, artículos de curiosa factura de diferentes tipos, oro y plata en lingotes y en mineral y muchas joyas de valor. Era el tesoro privado de Montezuma, puede que las contribuciones de las ciudades tributarias, en su tiempo propiedad de su padre. «Yo era un hombre joven», dice Díaz, que fue uno de los que pudieron contemplarlo, «¡y me pareció que todas las riquezas del mundo estuvieran en esa habitación!»⁸⁷. Los españoles, a pesar de la euforia por el descubrimiento de este precioso depósito, parecen haber sentido ciertos escrúpulos encomiables por apropiárselos para su uso, al menos por el momento. Y Cortés, después de clausurar el muro como estaba anteriormente, dio estrictas órdenes de que nada se debería decir sobre el asunto, no deseando que llegara a oídos de Montezuma que sus huéspedes tenían conocimiento de su existencia.

Tres días bastaron para terminar la capilla y los cristianos tuvieron la satisfacción de verse en posesión de un templo donde poder adorar a Dios a su manera, bajo la protección de la cruz y de la Virgen bendita. Los padres Olmedo y Díaz decían misa con regularidad, en presencia del ejército, que era de lo más ferviente y ejemplar en sus devociones, en

parte, dice el cronista citado anteriormente, por decoro y en parte por la edificante influencia sobre los ignorantes paganos⁸⁸.

Notas al pie

⁴⁷ «La Gente de esta Ciudad es de mas manera y primor en su vestido, y servicio, que no la otra de estas otras Provincias, y Ciudades: porque como allí estaba siempre el Señor Muteczuma, y todos los Señores sus Vasallos ocurrían siempre á la Ciudad, habia en ella mas manera, y policia en todas las cosas», *Relacion Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 109.

⁴⁸ Zuazo, hablando de la belleza y calidez de esta tela nacional, dice: «Vi muchas de á dos haces labradas de plumas de papos de aves tan suaves, que trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era mas que vna manta zebellina mui bien adobada: hice pesar vna dellas no peso mas de seis onzas. Dicen que en el tiempo del Invierno una abasta para encima de la camisa sin otro cobertor ni mas ropa encima de la cama», *Carta*, manuscrito.

⁴⁹ «Sono lunghe & large, laurate di bellisimi, & molto gentili lauori sparsi per esse, cõ le loro frangie, ò orletti ben lauorati che compariscono benissimo», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

* En español en el original. (N. del T.)

⁵⁰ *Ibid.*, fol. 305.

⁵¹ *Ibid.*, fol. 309.

⁵² «Quivi concorrevano i Pentoai, ed i Giojelieri di Cholula, gli Orefici d'Azcapozalco, i Pittori di Tezcuco, gli Scarpellini di Tenajocan, i Cacciatori di Xilotepec, i Pescatori di Cuitlahuac, i fruttajuoli de' paesi caldi, gli artefici di stuoje, e di scanne di Quauhtitlan, ed i coltivatori de' fiori di Xochimilco», Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 165.

⁵³ «Oro y plata, piedras de valor, con otros plumajes é argenterías maravillosas, y con tanto primor fabricadas que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas» (*Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito). El licenciado, después, enumera varias de estas piezas mecánicas. Cortés no es menos enfático en su admiración: «Contrahechas de oro, y plata, y piedras y plumas, tan al natural lo de Oro, y Plata que no hay platero en el Mundo que mejor lo hiciesse, y lo de las Piedras, que no baste juicio comprender con que Instrumentos se hiciesse tan perfecto, y lo de Pluma que ni de Cera, ni en ningun broslado se podria hacer tan maravillosamente» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 110). Pedro Mártir, un crítico con menos prejuicios que Cortés y que vio y examinó muchos de estos artefactos de oro posteriormente en Castilla, da el mismo testimonio sobre el exquisito carácter de la factura que, según dice, sobrepasaba con mucho el valor del material. *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 10.

⁵⁴ Herrera hace la afirmación sin fundamento, que repite Solís, de que los mexicanos desconocían el valor de la cochinilla, hasta que se lo trajeron los españoles (Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 8, cap. II). Al contrario, los nativos se tomaban enormes trabajos para criar este insecto en

plantaciones de cactus y era uno de los tributos básicos para la corona en ciertos distritos. Véase la matrícula de tributos, ap. Lorenzana, n.º 23, 24. Hernández, *Hist. Plantorum*, lib. 6, cap. 116. También Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 114, nota.

⁵⁵ *Ante*, vol. I, p. 104.

⁵⁶ Zuazo, que parece haber sabido mucho de estos temas, concluye un párrafo sobre las exquisiteces con el siguiente tributo a la *cuisine* azteca. «Vendense huebos asados, crudos, en tortilla, é diversidad de guisados que se suelen guisar, con otras cazuelas y parteles, que en el mal cocinado de Medina, ni en otros lugares de Tlamencos dicen que hai ni se pueden hallar tales trujamanes», *Carta*, manuscrito.

⁵⁷ Se pueden encontrar muchos más detalles, muchos más de los que he considerado necesario dar, sobre el mercado azteca de Tlatelolco, en los escritos de todos los antiguos españoles que visitaron la capital. Entre otros, véase *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 103-105. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7. *Carta del Licenciado Zuazo*, manuscrito. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 92.

⁵⁸ Zuazo la eleva a 80.000 (*Carta*, manuscrito). Cortés, a 60.000 (*Relación Segunda de Cortés, ubi supra*). El cálculo más modesto es el del *Conquistador anónimo*, de entre 40.000 y 50.000. «Et il giorno del mercato, che si fa di cinque in cinque giorni, vi sono da quaranta ò cinquanta mila persone» (*Relatione d'un gentil huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309); una confirmación, por cierto, de que la suposición sobre el cálculo de la población que se encuentra en la versión italiana de este autor es un error de imprenta (véase el capítulo anterior, nota 13). Difícilmente hubiera otorgado el mismo número de habitantes a la ciudad que a todo el mercado.

⁵⁹ *Ante*, vol. I, p. 107.

⁶⁰ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 104. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 10. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, loc. cit.*

⁶¹ «Entre nosotros», dice Díaz, «huuo soldados que auian estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dixéron, que plaça tan bien compasada, y con tanto concierto, y tamaña, y llena de tanta gente, no la auian visto». *Ibid., ubi supra.*

⁶² Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 27.

⁶³ *Ante*, vol. I, p. 67.

⁶⁴ «Et di più v'hauea vna guarnigione di dieci mila uhomini di guerra, tutti eletti per huomini valenti, & questi accompagnauano & guardauano la sua

persona, & quando si faceva qualche rumore o ribellione nella città ò nel paese circumuicino, andauano questi, ò parte d'essi per Capitán», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

⁶⁵ Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 40.

Al pavimentar, no hace tanto, la plaza que rodea la catedral moderna, se encontraron unos enormes bloques de piedra esculpida enterrados entre treinta y cuarenta pies de profundidad en la tierra. *Ibid.*, *loc. cit.*

⁶⁶ Clavijero dice que es oblongo, alegando la autoridad del *Conquistador Anónimo* (*Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 27, nota). Pero éste no dice una sola palabra sobre la forma y su deleznable grabado carece directamente de cualquier tipo de proporción como para dar pistas de ningún tipo (comp. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 307). Torquemada y Gómara dicen ambos que era cuadrado (*Monarchia Indiana*, lib. 8, cap. II; *Crónica de Nueva España*, cap. 80), y Toribio de Benavente, hablando en general de los templos mexicanos, dice que tenían esa forma. *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 12.

⁶⁷ Véase el *Apéndice*, parte I.

⁶⁸ Clavijero, al definirlo como oblongo, adopta para la longitud el cálculo de Torquemada (no el de Sahagún, como pretende, que nunca vio y que no da mediciones del edificio) y el cálculo de Gómara, que es algo menor, para la anchura (*Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 28, nota). Como las autoridades que cita hacen el edificio cuadrado, este espíritu de acomodación parece algo antojadizo. Toribio, que sí midió un *teocalli* del habitual tipo de construcción de la ciudad de Tenayuca, encontró que medía cuarenta brazas o doscientos cuarenta pies cuadrados (*Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 12). El gran templo de México era sin duda mayor y a falta de mejores autoridades debemos aceptar a Torquemada que la hace de algo más de trescientos sesenta toledanos, equivalente a trescientos ocho pies franceses cuadrados (*Monarchia Indiana*, lib. 8, cap. 11). ¿Cómo puede M. de Humboldt hablar de la «gran coincidencia de testimonio» en cuanto a las dimensiones del templo? (*Essai Politique*, tom. II, p. 41). No hay dos autoridades que coincidan.

⁶⁹ Bernal Díaz dice que contó ciento catorce escalones (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 92). Toribio dice que más de una persona que los había contado le habían dicho que pasaban de los cien (*Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 12). Los escalones difícilmente podrían ser menores de ocho o diez pulgadas de altura cada uno, Clavijero asume que medían un pie y que el edificio, por tanto, medía exactamente ciento cuarenta pies de altura (*Storia Antica del Messico*, tom. II, pp. 28, 29). No es muy seguro utilizar otra cosa que *probablemente* en esta historia.

⁷⁰ «Tornámos á ver la gran plaça, y la multitud de gente que en ella auia, vnos compr-ado, y otros vendiendo, que solamente el rumor, y zumbido de las voces, y palabras que allí auia, sonaua mas que de vna legua!», Bernal Díaz, *Historia*

verdadera de la Conquista de la Nueva España, cap. 92.

⁷¹ «Y por honrar mas sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel de una y de dos leguas que era cosa harto de ver, desde lo Alto del principal templo, como venian de todos los pueblos menores y barrios; salina los caminos muy derechos y iban á dar al patio de los teocallis», Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 12.

⁷² «No se contentaba el Demonio con los [Teucales] ya dichos, sino que en cada pueblo, en cada barrio, y á cuarto de legua, tenian otros patios pequeños adonde habia tres o cuatro teocallis, y en algunos mas, en otras partes solo uno, y en cada Mogote ó Cerrejon uno o dos, y por los caminos y entre los Maizales, habia otros muchos pequeños, y todos estaban blancos y encalados, que parecian y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecia que todo estaba lleno de casas, en especial de los patios del Demonio, que eran muy de ver», Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, *ubi supra*.

⁷³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, *ubi supra*.

⁷⁴ *Ante*, vol. I, p. 54.

⁷⁵ «Y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado dello, que en los mataderos de Castilla no auia tanto hedor», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, *ubi supra*. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 105, 106. *Carta del Lic. Zuazo*, manuscrito. Véase también para más información sobre estas deidades, Sahagún, lib. 3, cap. I, *et seq.*; Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 6, caps. 20, 21; Acosta, lib. 5, cap. 9.

⁷⁶ Bernal Díaz, *ibid.*, *ubi supra*.

Quienquiera que examine la gran carta de Cortés al Emperador Carlos V se sorprenderá de encontrar la afirmación de que en lugar de un reconocimiento a Montezuma, derribó los ídolos y erigió los emblemas de la cristiandad en su lugar (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 106). Este fue un suceso muy posterior. El *Conquistador* escribió sus despachos demasiado rápido y de forma demasiado concisa como para tener en cuenta constantemente el momento y la circunstancia exacta. Tendremos las mismas probabilidades de encontrarlas en la prolija y chismosa, aunque, quizá por esa misma razón, inestimable crónica de Díaz.

⁷⁷ «Qarenta torres muy altas y bien obradas», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 105.

⁷⁸ «Delante de todos estos altares habia braçeros que toda la noche hardian, y en las salas tambien tenian sus fuegos», Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 12.

⁷⁹ Bernal Díaz, *ibid.*, *ubi supra*.

Toribio también señala este templo con el mismo epíteto.

«La boca hecha de infierno y en ella pintada la boca de una temerosa Sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunas de estas los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponía gran temor y grima, en especial el infierno que estaba en México, que parecía traslado del verdadero infierno», *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 4.

⁸⁰ Bernal Díaz, *ubi supra*.

«Andres de Tapia, que me to dixo, i Gonçalo de Umbría, las contaron vn Dia, i hallaron ciento i treinta i seis mil Calaveras, en las Vigas, i Gradas», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 82.

⁸¹ ¡Gibbon señala tres colecciones, ordenadas de esta extravagante manera, de estos sonrientes horrores (en total 230.000)! (*Decline and Fall*, ed. Milman, vol. I, p. 52; vol. XII, p. 45). Un erudito europeo elogia «¡la piedad de los conquistadores, su moderación y su justicia!», *Dedication of «Tamerlaine»*, de Rowe.

⁸² *Ante*, vol. I, pp. 60-61.

El deseo de presentar al lector una visión completa del verdadero estado de la capital en el momento de su ocupación por los españoles, me ha llevado a cometer en este capítulo y en el anterior algunas repeticiones de los comentarios sobre las instituciones aztecas del libro introductorio de esta Historia.

⁸³ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 12. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 80. *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

⁸⁴ «Es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una Villa de quinientos Vecinos», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 105.

⁸⁵ «Todas estas mugeres», dice el padre Toribio, «estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses; las unas porque el Demonio las hiciese modestas», etc., *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. 9.

⁸⁶ Véase *Apéndice*, parte I.

⁸⁷ «Y luego lo supimos entre todos lo demas Capitanes, y soldados, y lo entrámos á ver muy secretamente, y como yo lo ví, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo, y no auia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuue por cierto, que en el mundo no deuiera auer otras tantas!», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 93.

⁸⁸ *Ibid.*, *loc. cit.*

Capítulo III

Inquietud de Cortés. Arresto de Montezuma. Trato recibido de los españoles. Ejecución de sus oficiales. Montezuma con grilletes. Reflexiones. 1519

Los españoles llevaban ya una semana en México. Durante este tiempo habían recibido el trato más amistoso por parte del emperador. Pero la mente de Cortés distaba mucho de estar tranquila. No tenía ninguna seguridad de lo que duraría este comportamiento amistoso. Podían ocurrir cientos de circunstancias que lo hicieran cambiar. Mantener a un grupo tan grande podía perfectamente ser demasiado gravoso para su hacienda. La gente de la capital podía sentirse descontenta con la presencia de una fuerza armada tan numerosa dentro de sus murallas. Podían surgir muchas causas de conflicto entre los soldados y los ciudadanos. En verdad era difícil que una soldadesca ruda y licenciosa, como la española, pudiera mantenerse bajo control por mucho tiempo sin ocupaciones físicas⁸⁹. El peligro era aún mayor con los tlaxcaltecas, una raza fiera a la que habían llevado a un contacto diario con la nación a la que detestaban y que les repugnaba. Entre los aliados se habían extendido rumores, con o sin fundamento, de que los mexicanos murmuraban amenazando con levantar los puentes⁹⁰.

Aunque se les permitiera seguir ocupando su emplazamiento actual sin ser molestados, no se avanzaba mucho en el gran objetivo de la expedición. Cortés no se había acercado nada a ganar la capital, algo tan esencial para

sus planes de dominación del país, y cualquier día podía recibir noticias de que la corona o, lo que más temía, el gobernador de Cuba, hubiera enviado tropas de superior fuerza para arrebatarse una conquista alcanzada a medias. Molesto por estas reflexiones llenas de preocupaciones, decidió salir de su incómoda situación con un golpe atrevido. Pero primero sometió el asunto a un consejo de aquellos oficiales en los que más confiaba, deseoso de compartir con ellos la responsabilidad del acto y, sin duda, para interesarles más intensamente en su ejecución, haciéndolo en cierta medida el resultado de todas sus opiniones.

Cuando el general hubo expuesto brevemente los inconvenientes de su situación, el consejo quedó dividido en su opinión. Todos admitieron la necesidad de realizar alguna acción inmediata. Un bando se decantaba por retirarse en secreto de la ciudad y alcanzar la calzada antes de que pudieran interceptar su marcha. El otro aconsejaba que se hiciera abiertamente, con el conocimiento del emperador, de quien habían tenido tantas pruebas de buena voluntad. Pero las dos medidas parecían igualmente poco políticas. Una retirada bajo estas circunstancias y hecha de forma tan abrupta tendría la apariencia de una huida. Sería interpretada como desconfianza en sí mismos, y cualquier cosa que pareciera falta de coraje por su parte, de seguro, no sólo haría que los mexicanos se lanzaran sobre ellos, sino que sus aliados los despreciaran, uniéndose sin duda al grito general.

En cuanto a Montezuma, ¿qué confianza podían depositar en la protección de un príncipe que hacía tan poco era su enemigo y que para cambiar su comportamiento debía haberse dejado aconsejar más por sus miedos que por sus inclinaciones?

Incluso en el caso de que consiguieran llegar a la costa, su

situación no sería mucho mejor. Proclamaría al mundo que después de sus majestuosos alardes, no eran dignos de la empresa. Su única esperanza para conseguir el favor de su soberano y el perdón por sus acciones irregulares, se basaba en el éxito. Hasta el momento tan sólo habían descubierto México, retirarse sería dejar la conquista y los frutos de la misma a otros. En pocas palabras, quedarse y retirarse parecía igual de desastroso.

En este desconcierto, Cortés propuso una solución, que sólo hubieran concebido los espíritus más osados, en la necesidad más desesperada. Ésta consistía en marchar al Palacio Real y traer a Montezuma al puesto de los españoles, por las buenas si podían persuadirle o si no por la fuerza, en cualquier caso, apoderarse de él. Con una garantía como ésa los españoles podían protegerse del ataque de los mexicanos, temerosos de comprometer la seguridad de su príncipe con acciones violentas. Si venía por su propio consentimiento, quedarían privados de toda excusa para hacerlo. Mientras el emperador se quedara entre los españoles sería fácil, permitiéndole que mostrara su soberanía, gobernar en su nombre hasta que pudieran tomar medidas para protegerse a ellos mismos y el éxito de su empresa. La idea de emplear al soberano como instrumento para gobernar su propio reino, aunque era nueva en la época de Cortés, ciertamente no lo es en la nuestra⁹¹.

Una circunstancia de la que Cortés había tenido noticia en Cholula sirvió de pretexto plausible para detener al hospitalario monarca (ya que la acción más descarada siempre busca ocultarse tras alguna muestra de decencia)⁹². Al salir hacia la capital, había dejado, como hemos visto, a un fiel oficial, Juan de Escalante, con una guarnición de ciento cincuenta hombres en Vera Cruz. No llevaba ausente mucho tiempo cuando su lugarteniente recibió un mensaje de un jefe azteca llamado Cuauhpopoca, gobernador de un

distrito al norte del campamento español, declarándole su deseo de acercarse en persona y ofrecer su alianza a las autoridades españolas en Vera Cruz. Solicitó que se enviaran cuatro hombres blancos para protegerle contra unas tribus enemigas por cuyo territorio debía cruzar su camino. Esta no era una petición extraña y no provocó ninguna suspicacia en Escalante, por lo que se envió a los cuatro soldados. A su llegada, dos de ellos fueron asesinados por el falso azteca y los otros dos consiguieron volver a la plaza⁹³.

El comandante marchó inmediatamente con cincuenta de sus hombres y varios miles de sus aliados a vengarse del cacique. Después hubo una batalla campal. Los aliados huyeron de los temibles mexicanos. Los pocos españoles se mantuvieron firmes y, gracias a la ayuda de las armas de fuego y de la bendita Virgen, que fue vista claramente sobre sus filas en la vanguardia, ganaron la batalla a sus enemigos. Les costó caro, sin embargo, ya que siete u ocho de los cristianos fueron asesinados y entre ellos el valiente Escalante en persona, que murió de sus heridas poco después de su llegada al fuerte. Los prisioneros indios capturados en la batalla dijeron que todo el asunto se había realizado por instigación de Montezuma⁹⁴.

Uno de los españoles cayó en manos de los nativos, pero poco después murió de sus heridas. Se le cortó la cabeza, que fue enviada al emperador azteca. Era especialmente grande y cubierta de pelo, y mientras Montezuma contemplaba los feroces rasgos, que la muerte había hecho más horrorosos, pareció leer en ellos las oscuras facciones de los que estaban destinados a destruir su casa. Le dio la espalda estremecido y ordenó que se sacara de la ciudad y que no se ofreciera en el santuario de ninguno de sus dioses.

Aunque Cortés había recibido noticias de este desastre en Cholula, las había ocultado en su propio pecho o las había comunicado a unos pocos de sus oficiales de confianza, por

el temor del mal efecto que pudiera tener en el ánimo de los soldados rasos.

Los caballeros que Cortés había convocado ese día en consejo eran hombres del mismo temple que su líder. Sus audaces y caballerescos espíritus parecían cortejar al peligro por sí mismo. Si uno o dos menos aventureros quedaron perplejos con la proposición que hizo, pronto fueron anulados por los demás, quienes sin duda consideraron que un gran mal necesitaba un gran remedio.

Esa noche se oyó a Cortés deambulando por sus habitaciones arriba y abajo, como un hombre angustiado por sus pensamientos o agitado por una fuerte emoción. Puede que estuviera madurando en su mente el temerario plan del día siguiente⁹⁵. Por la mañana los soldados escucharon misa como de costumbre y el padre Olmedo invocó la bendición de los cielos para su peligrosa empresa. Fuera cual fuera la causa en la que estaba embarcado, el corazón de los españoles se alegraba con la convicción de que los santos estaban de su parte⁹⁶.

Después de pedir audiencia a Montezuma, que les fue rápidamente concedida, el general hizo los preparativos necesarios para la empresa. El grueso principal de sus fuerzas se reunió en el patio y situó un destacamento considerable en las avenidas que conducían al palacio, para vigilar cualquier intento de rescate por parte de la población. Ordenó a veinticinco o treinta de los soldados que pasaran por el palacio, como por casualidad, en grupos de tres o cuatro, mientras se celebraba la reunión con Montezuma. Eligió a cinco caballeros en cuyo coraje y sangre fría tenía la mayor confianza para que le acompañaran: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velázquez de León y Alonso de Ávila, nombres brillantes en los anales de la conquista. Todos iban vestidos, como los soldados rasos, con armadura completa, una circunstancia

que ocurría demasiado a menudo como para que levantara sospechas.

El pequeño grupo fue cortésmente recibido por el emperador, que pronto, con la ayuda de los intérpretes, inició una animada conversación con los españoles, mientras que satisfacía su magnificencia natural haciéndoles regalos de oro y joyas. Le hizo al general español el especial cumplido de ofrecerle una de sus hijas como esposa, un honor que éste rechazó respetuosamente, basándose en que ya estaba casado con una en Cuba y que su religión le prohibía la poligamia.

Cuando Cortés creyó que se había reunido un número suficiente de sus soldados, cambió sus maneras alegres y en un tono serio explicó brevemente a Montezuma las traidoras acciones de *tierra caliente* y la acusación que su autor le hacía. El emperador escuchó las acusaciones con sorpresa y desaprobó el acto que, dijo, sólo le podía haber sido imputado por sus enemigos. Cortés expresó que creía su declaración, pero añadió que para probar que era cierta sería necesario que trajera a Cuauhpopoca y sus cómplices para poder interrogarlos y castigarlos como merecían, a lo que Montezuma no puso ninguna objeción. Tomando de su muñeca, donde la tenía puesta, una piedra preciosa (el sello real), sobre la que había tallada la figura del dios de la guerra⁹⁷, se la dio a uno de sus nobles con órdenes de mostrársela al gobernador azteca y requerir su inmediata presencia en la capital, junto con aquellos que habían sido cómplices en el asesinato de los españoles. Si se resistía, el oficial tenía la potestad de pedir la ayuda de las ciudades vecinas para aplicar el mandato.

Cuando el mensajero se hubo marchado, Cortés aseguró al monarca que el pronto cumplimiento de su petición le convencía de su inocencia. Pero era importante que su propio soberano estuviera igualmente convencido de ella.

Nada provocaría esto tanto como que Montezuma cambiara su residencia al palacio ocupado por los españoles, hasta que con la llegada de Cuauhopoca se investigara completamente el asunto. Un acto tal de condescendencia mostraría por sí mismo una consideración especial por los españoles, incompatible con la vil conducta que se le imputaba y le absolvería completamente de toda sospecha⁹⁸.

Montezuma escuchó esta propuesta y el endeble razonamiento con el que se apoyaba, con miradas de profundo asombro. Se quedó mortalmente pálido, pero al momento su cara se puso colorada de resentimiento y con el orgullo de la dignidad ofendida, exclamó: «¡Cuándo se ha oído que un gran príncipe, como yo, abandone voluntariamente su propio palacio para ser prisionero en manos de extranjeros!»

Cortés le aseguró que no iría como prisionero. No recibiría más que un respetuoso tratamiento por parte de los españoles, estaría rodeado de sus cortesanos y tendría relaciones con su gente como de costumbre. En pocas palabras, que no sería nada más que un cambio de residencia, de un palacio a otro, una circunstancia que ocurría a menudo en su caso. Fue en vano. «Si yo consintiera tal degradación», respondió, «¡mis súbditos nunca lo harían!»⁹⁹. Cuando le presionaron aún más, ofreció entregarles uno de sus hijos y una de sus hijas para que se quedaran como rehenes con los españoles, de tal manera que se le pudiera evitar esta desgracia.

Dos horas pasaron en esta infructuosa discusión, hasta que un caballero de gran entereza, Velázquez de León, impaciente ante el enorme retraso y viendo que el intento y no su realización iba a ser su ruina, gritó: «¿Por qué gastamos palabras con este bárbaro? Hemos ido demasiado lejos como para echarnos atrás ahora. Atrapémosle y si se resiste clavemos nuestras espadas en su cuerpo»¹⁰⁰. El fiero

tono y los gestos amenazadores con que fue pronunciado alarmaron al monarca, que inquirió a Marina sobre lo que decía el enfadado español. La intérprete lo explicó como pudo con sus gentiles modales, rogándole que «acompañara a los hombres blancos a sus cuarteles, donde sería tratado con todo el respeto y la amabilidad, mientras que negarse tan sólo le expondría a la violencia y quizá a la muerte». Marina sin duda le dijo a su soberano lo que pensaba y nadie tenía mejor oportunidad de saber la verdad que ella misma.

Este último llamamiento hizo tambalearse la resolución de Montezuma. El infeliz príncipe miró en vano a su alrededor buscando compasión o apoyo. A medida que sus ojos pasaban por los severos semblantes y las formas férreas de los españoles, sintió que su hora había llegado realmente y con una voz apenas audible por la emoción, consintió en acompañar a los extranjeros y en abandonar el palacio a donde nunca más volvería. Si hubiera tenido el espíritu del primer Montezuma, hubiera llamado a sus guardias y hubiera dejado su sangre y su vida en el umbral antes que atravesarlo cautivo y deshonorado. Pero el coraje se hundió bajo las circunstancias. ¡Sentía que era el juguete de un inapelable destino!¹⁰¹.

En cuanto los españoles tuvieron su consentimiento, se dieron órdenes para que se trajera la litera real. Los nobles que la llevaban y se ocupaban de ella difícilmente podían creer sus sentidos cuando conocieron el propósito de su señor. Pero el orgullo vino ahora en ayuda de Montezuma y, ya que tenía que ir, prefirió que pareciera que era por su propia voluntad. A medida que la comitiva real, escoltada por los españoles, marchaba por la calle con la mirada baja y el semblante abatido, la gente se juntó en grupos y corrió el rumor de que el emperador era llevado a la fuerza a los cuarteles de los hombres blancos. Se hubiera formado un tumulto pronto de no ser por la intervención del propio

Montezuma, que ordenó que la gente se dispersara porque visitaba a sus amigos por su propia voluntad. De esta manera sellaba su ignominia con una declaración que privaba a sus súbditos de la única excusa para la resistencia. Al llegar a los cuarteles españoles, envió a sus nobles con declaraciones parecidas para el pueblo y volvió a ordenar que regresaran a sus casas¹⁰².

Los españoles le recibieron con ostentoso respeto y eligió el conjunto de habitaciones que más le placía. Pronto se le proporcionaron tapices de fino algodón, de plumaje y todas las elegancias de la tapicería india. Fue atendido por aquellos de su servicio que él mismo eligió, sus mujeres y sus pajes y las comidas se le sirvieron con su habitual pompa y lujo. Daba audiencia a sus súbditos como en su propio palacio si bien es cierto que se les llevaba ante su presencia en pequeños grupos, con el pretexto de mayor orden y decoro. Los mismos españoles le trataban con deferencia en las formas. Ninguno, ni siquiera el general, se acercaba a él sin descubrirse y rendirle el tributo propio de su rango. Tampoco se sentaron nunca en su presencia sin ser invitados a hacerlo¹⁰³.

Con toda esta estudiada ceremonia y esta muestra de respeto, algo quedó bien claro para su pueblo, que su soberano era un prisionero. Frente al palacio se estableció una patrulla de sesenta hombres y el mismo número en la parte trasera. Veinte de cada grupo montaban guardia al tiempo, manteniendo una cuidadosa vigilancia, de día y de noche¹⁰⁴. Otro cuerpo bajo el mando de Velázquez de León se estableció en la antecámara real. Cortés castigaba cualquier falta del servicio o relajación en la vigilancia de sus centinelas, con la más extrema severidad¹⁰⁵. Sentía, como seguramente lo sentían todos los españoles, que si ahora escapaba el emperador sería su ruina. Sin embargo, el trabajo de esta guardia constante se añadía penosamente a

sus fatigas. «Mejor que muriera este perro rey», gritó un día un soldado, «que vivamos nuestras vidas así». Las palabras fueron pronunciadas delante de Montezuma, que entendió parte de lo que significaban, y el ofensor fue severamente castigado por orden del general¹⁰⁶. Tales casos de falta de respeto eran muy raros. En realidad, el comportamiento amistoso del monarca, que parecía deleitarse en la compañía de sus carceleros y que nunca permitió que un favor o una atención por parte del más insignificante soldado quedara sin corresponder, inspiraba a los españoles tanta simpatía como pudieran sentir por un bárbaro.

Las cosas estaban en esta situación, cuando se anunció la llegada de Cuauhopoca desde la costa. Iba acompañado de su hijo y de quince jefes aztecas. Había viajado todo el camino, como le correspondía por su alto rango, sobre una litera. Al entrar en presencia de Montezuma, se puso sobre su traje la basta túnica de *nequem* e hizo los habituales gestos de humillación en su honor. La triste parodia de ceremonia cortesana resultaba enormemente chocante en contraste con la actual situación de las partes.

El gobernador azteca fue fríamente recibido por su señor, quien remitió el asunto (¿podía acaso hacer otra cosa?) al examen de Cortés. Sin duda, se llevó a cabo de un modo bastante sumario. A la pregunta del general de si el cacique era súbdito de Montezuma contestó: «¿y a qué otro soberano podía servir?», insinuando que su dominio era universal¹⁰⁷. No negó su participación en la transacción ni buscó protegerse bajo la autoridad real, hasta que se le comunicó la sentencia de muerte a él y a sus seguidores, momento en el que todos culparon de los hechos a Montezuma¹⁰⁸. Fueron condenados a morir quemados en la zona frente al palacio. Las pilas funerarias se hicieron de montones de flechas, jabalinas y otras armas sacadas con el permiso del emperador de los arsenales que rodeaban el *teocalli*, donde

habían sido almacenadas para proporcionar medios defensivos en tiempos de sedición popular o de insurrección. Con esta diplomática precaución, Cortés se proponía eliminar unos medios molestos, ya dispuestos en caso de hostilidades con los ciudadanos.

Mientras se hacían los preparativos para la ejecución, para coronar todos estos actos extraordinarios, Cortés entró en las habitaciones del emperador acompañado de un soldado con unos grilletes en las manos. Con un aspecto severo, acusó al monarca de ser el conspirador originario de la violencia que se les había hecho a los españoles, como había quedado probado por la declaración de sus propios súbditos. Un crimen como ese, que merecería la muerte en un súbdito, no podía pasar sin castigo ni siquiera para un monarca. Diciendo esto, ordenó al soldado que le pusiera los grilletes a Montezuma en los tobillos. Esperó con frialdad hasta que éste terminó y después, dándole la espalda a Montezuma, abandonó la habitación.

Montezuma quedó sin habla ante este último insulto recibido, como alguien que ha recibido un fuerte golpe que le priva de todas sus facultades. No ofreció resistencia. Pero, aunque no dijo una palabra, de vez en cuando unos esporádicos quejidos en tono bajo, difíciles de reprimir, indicaban la angustia de su espíritu. Sus ayudantes, bañados en lágrimas, le ofrecían consuelo. Sostuvieron sus pies y sus brazos con ternura e intentaron, metiendo sus mantones y mantos, aliviarlos de la presión del hierro. Pero no podían alcanzar el hierro que había llegado a su alma. Sentía que ya no era un rey.

Mientras tanto, la ejecución de la terrible condena seguía adelante en el patio. Todas las fuerzas españolas estaban armadas para controlar cualquier interrupción que pudieran ofrecer los mexicanos. Pero no hubo ningún intento. El pueblo la contempló en silencioso asombro, interpretándolo

como la sentencia del emperador. El método de la ejecución también provocaba menos sorpresa, debido a su familiaridad con espectáculos similares, que ciertamente en sus diabólicos sacrificios se veía agravado por horrores adicionales. El señor azteca y sus acompañantes, atados de pies y manos a los pilares ardientes, se sometieron a su terrible destino sin un grito ni una queja. La resistencia pasiva es la virtud del guerrero indio y fue la gloria de los aztecas, como del resto de las razas del continente norteamericano, mostrar cómo el espíritu del hombre valiente triunfa sobre la tortura y las agonías de la muerte.

Cuando terminó la funesta tragedia, Cortés volvió a las habitaciones de Montezuma. Arrodillándose, abrió los grilletes con su propia mano, expresando al mismo tiempo su pesar por la desagradable obligación de infligirle tal castigo que había recaído sobre él. Esta última humillación había destrozado completamente el espíritu de Montezuma, y el monarca, cuyo ceño tan sólo una semana antes hubiera hecho temblar a las naciones del Anáhuac hasta en la frontera más remota, fue ahora tan cobarde como para agradecer la liberación a su libertador como si de un gran e inmerecido favor se tratase¹⁰⁹.

Poco después, el general español, entendiendo que su real prisionero estaba lo suficientemente humillado, le expresó su disposición a que volviera si lo deseaba a su propio palacio. Montezuma lo rechazó, alegando, según se dice, que sus nobles le habían pedido más de una vez que restañara sus heridas tomando las armas contra los españoles y que una vez estuviera entre ellos sería difícil evitarlo o salvar su capital del derramamiento de sangre y la anarquía¹¹⁰. La razón honraba su corazón si fue ésta realmente la que le influenció. Es probable que no quisiera encomendar su seguridad a aquellos temibles y feroces jefes que habían presenciado la degradación de su señor y que debían

despreciar su pusilanimidad como algo improcedente de un monarca azteca. También se dice que cuando Marina tradujo el permiso de Cortés, el otro intérprete, Aguilar, le dio a entender que los oficiales españoles nunca consentirían que lo hiciera¹¹¹.

Fueran cuales fueran sus razones, lo cierto es que declinó la oferta y el general, en un éxtasis fingido o real, le dio un abrazo declarando «que le amaba como a un hermano y que todos y cada uno de los españoles velarían celosamente por sus intereses, ya que se había mostrado tan atento hacia los suyos». Dulces palabras, «que», según dice el astuto y viejo cronista, que estaba presente, «Montezuma fue lo suficientemente sabio como para valorar correctamente».

Los acontecimientos relatados en este capítulo son ciertamente de los más extraordinarios en las páginas de la historia. Que un pequeño grupo de hombres, como el de los españoles, entrara en el palacio de un poderoso príncipe, le capturara en medio de sus vasallos, lo llevara cautivo a sus cuarteles (que condenaran a muerte en su presencia a altos oficiales suyos por ejecutar, probablemente, sus propias órdenes y lo hubieran rematado todo poniéndole grilletes al monarca como a un delincuente común), que esto se le hiciera, no a un estúpido de baba en decadencia, sino a un orgulloso monarca en la plenitud de su poder, en el mismísimo corazón de su capital, rodeado por miles y decenas de miles de personas que temblaban ante un gesto suyo y que hubieran derramado su sangre como el agua en su defensa y que todo esto fuera realizado por un puñado de aventureros, es algo demasiado extravagante y demasiado improbable para las páginas de una novela. Sin embargo, es literalmente cierto. Pero no deberíamos estar dispuesto a contentarnos con los juicios de los contemporáneos que contemplaban estos actos con admiración. Bien podemos desconfiar de cualquier intento por justificar el secuestro de

un monarca amistoso, por parte de las mismas personas que, al mismo tiempo, estaban recibiendo todos los beneficios de sus favores.

Para ver el asunto de una manera diferente debemos tomar el punto de vista de los conquistadores y asumir con ellos el derecho original de conquista. Visto desde esta perspectiva, se desvanecen muchas dificultades. Si la conquista fuera una obligación también sería correcto cualquier acto que se tuviera que realizar para conseguirla. El derecho y lo conveniente son términos relativos. Y difícilmente puede negarse que la captura de un monarca fuera conveniente si los españoles querían mantener su dominio sobre el imperio¹¹².

La ejecución del gobernador azteca sugiere otras consideraciones. Si realmente fuera culpable del pérfido acto que le imputaba Cortés y si Montezuma lo desaprobaba, el gobernador merecía la muerte y el general quedaba justificado por la ley de las naciones al condenarle¹¹³. Lo que no queda de ningún modo tan claro, sin embargo, es por qué se involucró a tantos en su sentencia, la mayoría de los cuales, quizá todos, habían actuado siguiendo sus órdenes. El modo cruel de su muerte asombrará menos a aquellos que estén familiarizados con los códigos penales vigentes en la mayoría de las naciones civilizadas en el siglo XVI.

Pero si el gobernador merecía la muerte, ¿qué pretensión podía haber en ese caso para la humillación de Montezuma? Si el primero era culpable, el segundo seguro que no lo era. Pero, si el cacique sólo actuó obedeciendo órdenes, la responsabilidad pasaba al soberano que había dado las órdenes. Las dos no podían sostenerse en la misma categoría.

Sin embargo, razonar sobre el tema, basándonos en principios abstractos del bien y el mal o suponer que los conquistadores se preocupaban por los refinamientos de la

casuística, es en vano. Su medida del bien y el mal en referencia con los nativos era muy simple. Despreciándolos como una raza fuera de las leyes, sin dios en el mundo, sostenían, de acuerdo con su época, que era su «misión» (para tomar prestada la hipócrita frase de nuestros días) conquistarlos y convertirlos. Las medidas que adoptaron ciertamente facilitaron el primer gran trabajo de la conquista. Con la ejecución de los caciques infundieron el terror no sólo en la capital, sino por todo el país. Proclamaba que no se podía tocar ni un pelo de los españoles con impunidad. Al hacer a Montezuma despreciable a los ojos de sus propios súbditos, Cortés le privó del apoyo de su pueblo y le forzó a apoyarse en el brazo de los extranjeros. Este fue un acto de pura política, que pocos hombres que tengan sensibilidad podrían igualar.

Un buen criterio de la percepción moral de los protagonistas de estos hechos lo proporcionan las reflexiones de Bernal Díaz, plasmadas como se recordará cincuenta años después de los eventos, cuando el fuego de la juventud se había extinguido y la mirada a través de una perspectiva de medio siglo puede suponerse que esté libre de las pasiones y prejuicios que arrojan su niebla sobre el presente. «Ahora que soy viejo», dice el veterano, «a menudo me entretengo reviviendo los hechos heroicos de los tiempos jóvenes, hasta que están tan frescos como los de ayer. Pienso en el rapto del monarca indio, su encadenamiento y la ejecución de sus oficiales, hasta que todas estas cosas parecen estar pasando realmente ante mí. Mientras reflexiono sobre nuestras hazañas, siento que no somos nosotros los que lo conseguimos, sino que fue la providencia de Dios que nos guió. ¡Hay mucho alimento aquí para la meditación!»¹⁴. Lo hay realmente, y para una meditación no muy agradable, si reflexionamos sobre el avance que el siglo diecinueve ha significado, en lo que se

refiere a moral especulativa al menos, con respecto al siglo XVI. Pero, ¿no debería la conciencia de todo esto enseñarnos caridad? ¿No nos debería hacer más recelosos a la hora de aplicar la norma del presente para medir las acciones del pasado?

Notas al pie

⁸⁹ «Los españoles», dice Cortés con franqueza de sus paisanos, «somos algo inoportunos, é importunos», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 84.

⁹⁰ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 83.

Hay razones para dudar sobre la veracidad de estas historias. «Segun una carta original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva España en donde escriben á su Magestad del Emperador Nuestro Señor (que Dios tenga en su Santo Reyno) disculpan en ella á Motecuhzoma y á los Mexicanos de esto, y de lo demas que se les argulló, que lo cierto era que fué invencion de los Tlascaltecas, y de algunos de los Españoles que veian la hora de salirse de miedo de la Ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habian venido á sus manos», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85.

⁹¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 84. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85. P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 6.

Bernal Díaz ofrece un relato muy diferente de este tema. Según él, un número de oficiales y soldados, entre los que estaba él, sugirieron al general capturar a Montezuma, que entró en el plan con dudas (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 93). Esto es contrario al carácter de Cortés, que era un hombre que en estas ocasiones guiaba, no se dejaba guiar. Es contrario a la versión general de los historiadores, aunque hay que confesar que éstas están construidas fundamentalmente sobre la narración del general. Es contrario a la probabilidad anterior, ya que si la concepción parece demasiado desesperada como para haber entrado seriamente en la mente de cualquier hombre, mucho más improbable es que haya surgido de un grupo. Por último, es contrario a la explícita declaración escrita por Cortés al emperador, públicamente conocida, y que circulaba, confirmada de forma impresa por su capellán Gómara, y todo esto mientras estaba fresco y cuando las partes interesadas estaban vivas para poder contradecirle. No podemos más que pensar que el capitán aquí, como en el caso de la quema de los barcos, asume algo más para él y sus compañeros de lo que los hechos garantizarían estrictamente; un descuido para el que medio siglo (por no decir nada de su ansia por demostrar las reclamaciones de estos últimos) pueden proporcionar una disculpa.

⁹² Incluso Gómara tiene el candor de llamarlo un «pretexto» (*achaque*). *Crónica de Nueva España*, cap. 83.

⁹³ Bernal Díaz también describe el asunto de una manera diferente. Según él, el gobernador azteca estaba recaudando el habitual tributo de los totonacas, cuando Escalante, interviniendo para proteger a sus aliados, ahora súbditos de España, fue asesinado en una acción con el enemigo (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 93). Cortés tenía mejores medios para conocer los hechos y lo escribió en el momento. Generalmente no evita confesar su política, por muy

severa que sea, hacia los nativos y he pensado que era justo darle ventaja a su versión de la historia.

⁹⁴ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 5. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 83, 84.

La aparición de la Virgen fue vista sólo por los aztecas, quienes, es cierto, tenían que buscar la mejor defensa de su derrota que pudieran ante Montezuma, una circunstancia sospechosa que sin embargo no sorprendió a los españoles. «Y ciertamente, todos los soldados que passámos con Cortés tenemos muy creído, è assí es verdad, que la misericordia diuina, y Nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 94.

⁹⁵ «Paseóse vn gran rato solo, i cuidadoso de aquel gran hecho, que emprendia, i que aun á él mesmo le parecia temerario, pero necesario para su intento, andando», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 83.

⁹⁶ Díaz dice que estuvieron rezando toda la noche. «Toda la noche estuuimos en oración con el Padre de la Merced, rogando á Dios que fuesse de tal modo, que redundasse para su santo servicio», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 95.

⁹⁷ Según Ixtlilxochitl, era su propio retrato. «Se quitó del brazo una rica piedra, donde está esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello Real)», *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85.

⁹⁸ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 86.

⁹⁹ «Quando Io lo consintiera, los mios no pasarian por ello», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85.

¹⁰⁰ «¿Que haze v. m. ya con tantas palabras? Ó le lleemos preso, ó le daremos de estocadas, por esso tornadle á decir, que si da voces, ó haze alboroto, que le mataréis, porque mas vale que desta vez aseguremos nuestras vidas, ó las perdamos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 95.

¹⁰¹ Oviedo tiene algunas dudas sobre si la conducta de Montezuma debe verse como pusilánime o prudente. «Al cronista le parece, segun lo que se puede colegir de esta materia, que Montezuma era, ó mui falta de ánimo, ó pusilánimo, ó mui prudente, aunque en muchas cosas, los que le vieron lo loan de mui señor y mui liberal; y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio». Sin embargo, se inclina a favor de la pusilanimidad. «Un Príncipe tan grande como Montezuma no se habia de dexar incurrir en tales términos, ni consentir ser detenido de tan poco número de Españoles, ni de otra generacion alguna; mas como Dios tiene ordenado lo que ha de ser, ninguno puede huir de su juicio», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 6.

¹⁰² La historia de la captura de Montezuma puede encontrarse, con las

habituales discrepancias en los detalles, en la *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 84-86; Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 95; Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 85; Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 6; Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 83; Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 8, caps. 2, 3; Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3.

¹⁰³ «Siempre que ante él passauamos, y aunque fuesse Cortés, le quitauamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estauamos armados, y él nos hazia gran mesura, y honra á todos [...] Digo que no se sentauan Cortés, ni ningun Capitan, hasta que el Montecuma les mandaua dar sus assentaderos ricos, y les mandaua assentar», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 95, 100.

¹⁰⁴ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 8, cap. 3.

¹⁰⁵ En una ocasión, tres soldados que abandonaron su puesto sin órdenes fueron sentenciados a ser corridos a golpes, un castigo cercano a la muerte. *Ibid.*, *ubi supra*.

¹⁰⁶ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 97.

¹⁰⁷ «Y despues que confesaron haber muerto a los Españoles, les hice interrogar si ellos eran Vasallos de Mutezuma? Y el dicho Qualpopoca respondiό, que si habia otro Señor, de quien pudiesse serlo? Casi diciendo, que no habia otro, y que si eran», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 87.

¹⁰⁸ «É asimismo les pregunté, si lo que allí se habia hecho si habia sido por su mandado? Y dijeron que no, aunque despues, al tiempo que en ellos se executó la sentencia, que fuessen quemados, todos á una voz dijeron, que era verdad que el dicho Mutezuma se lo habia embiado á mandar, y que por su mandado lo habia hecho». *Ibid.*, *loc. cit.*

¹⁰⁹ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 89. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 6. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 95.

Se puede dudar sobre si predomina la piedad o el desprecio en el relato de Mártir sobre este suceso. «Infelix tunc Mutezuma re adeo noua perculcus, formidine repletur, decidit animo, neque iam erigere caput audet, aut suorum auxilia implorare. Ille vero pœnam se meruisse fassus est, vti agnus mitis. Æquo animo pati videtur has regulas grammaticalibus duriores, imberbibus pueris dictatas, omnia placide fert, ne seditio ciuium et procerum oriator», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3.

¹¹⁰ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 88.

¹¹¹ Bernal Díaz, *ibid.*, *ubi supra*.

¹¹² El arzobispo Lorenzana, en una fecha tan tardía como los finales del siglo pasado, encuentra un garante en las escrituras para los actos de los españoles.

«Fué grande prudencia, y Arte militar haber asegurado á el Emperador, porque sino quedaban expuestos Hernan Cortés, y sus soldados á perecer á trayción, y teniendo seguro á el Emperador se aseguraba á sí mismo, pues los Españoles no se confían ligeramente: Jonathas fué muerto, y sorprendido por haberse confiado de Triphon», *Relación Segunda de Cortés*, p. 84, nota.

¹¹³ Véase Puffendorf, *De Jure Natura et Gentium*, lib. 8, cap. 6, sec. 10. Vattel, *Law of Nations*, lib. 3, cap. 8, sec. 141.

¹¹⁴ «Osar quemar sus Capitanes delante de sus Palacios, y echalle grillos entre tanto que se hazia la Justicia, que muchas vezes aora que soy viejo me paro á considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo passámos, que me parece las veo presentes: Y digo que nuestros hechos, que no los haziamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios [...] Porque ay mucho que ponderar en ello», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 95.

Capítulo IV

El comportamiento de Montezuma. Su vida en los cuarteles españoles. Planes de insurrección. Atrapado el señor de Texcoco. Posteriores medidas de Cortés. 1520

El asentamiento de La Villa Rica de Vera Cruz era de la mayor importancia para los españoles. Era el puerto por el que se comunicarían con España; el punto fuerte al que se retirarían en caso de desastre y que debería dominar a sus enemigos y tranquilizar a sus aliados; el *point d'appui** para todas las operaciones en el país. Era de enorme importancia, por tanto, que su cuidado se pusiera en las manos adecuadas.

Un caballero llamado Alonso de Grado había sido enviado por Cortés para ocupar el puesto que había quedado vacante con la muerte de Escalante. Era una persona de mayor reputación civil que militar y se pensó que sería más apropiado para mantener relaciones pacíficas con los nativos, que una persona de espíritu más beligerante. Cortés hizo, lo que es raro en él, una mala elección. Pronto recibió tales informes de problemas en el asentamiento por las exacciones y la negligencia del nuevo gobernador, que decidió sustituirlo.

En esta ocasión entregó la dirección a Gonzalo de Sandoval, un joven caballero que había desplegado durante toda la campaña una especial intrepidez, además de sagacidad y discreción; al tiempo que el buen humor con el que sobrellevaba las privaciones y sus afables maneras le

hicieron el favorito de los privados y de los oficiales. Sandoval, por tanto, abandonó el campamento en dirección a la costa. Cortés no se equivocó de hombre dos veces.

A pesar de que los españoles ejercían el control a través de su real cautivo, Cortés sintió cierta intranquilidad cuando se dio cuenta de que los nativos podían en cualquier momento cortar su comunicación con las regiones de alrededor y mantenerle prisionero en la capital. Propuso, por tanto, construir dos barcos de tamaño suficiente como para transportar las fuerzas cruzando el lago y hacerse de esa manera independiente de la calzada. Montezuma estaba contento de ver esas magníficas «casas acuáticas» de las que tanto había oído hablar e inmediatamente permitió que se cortara madera de los bosques reales para ese propósito. El trabajo se puso bajo la dirección de Martín López, un experimentado constructor de barcos. También se dieron órdenes a Sandoval de que enviara desde la costa un cargamento de cordaje, velas, hierro y otros materiales necesarios que habían sido juiciosamente guardados cuando la destrucción de la flota¹¹⁵.

El emperador azteca, mientras tanto, pasaba sus días en los cuarteles españoles de una manera que no difería mucho de lo que estaba acostumbrado en su propio palacio. Sus guardias conocían muy bien el valor de su presa y hacían todo lo posible para que estuviera cómodo al mismo tiempo que se lo ocultaban. Pero la cadena irrita aunque esté adornada de rosas. Después del desayuno de Montezuma, que consistía en una ligera comida de verduras y frutas, Cortés o algunos de sus oficiales le atendían normalmente, para saber si tenía alguna petición que hacerles. Después le dedicaba algún tiempo a sus asuntos. Daba audiencia a aquellos de sus súbditos que tenían peticiones que presentar o pleitos que establecer. La declaración de las partes se dibujaba en los pergaminos jeroglíficos, que eran enviados a

un número de consejeros o jueces, que le ayudaban con su consejo en estas ocasiones. También pasaban enviados de países extranjeros o de sus propios estados y ciudades remotas, y los españoles tenían cuidado de que se mantuviera la misma precisión y meticulosidad en la etiqueta hacia el títere real que la que había en la plenitud de su autoridad.

Después de despachar sus asuntos, Montezuma a menudo se entretenía viendo a las tropas castellanas en sus ejercicios militares. Él también había sido un soldado y en sus días más orgullosos comandaba ejércitos en el campo. Era muy natural que se interesara en el novedoso despliegue de tácticas y disciplina europeos. En otras ocasiones retaba a Cortés o a alguno de sus oficiales a jugar a alguno de los juegos nacionales. Uno de sus favoritos se llamaba *totoloque*, se jugaba con bolas de oro dirigidas a una diana o a una marca del mismo metal. Montezuma normalmente se jugaba algo de valor, piedras preciosas o lingotes de oro. Perdía con buen humor, la verdad es que tenía pocas consecuencias el perder o ganar, ya que generalmente repartía sus ganancias entre sus ayudantes¹¹⁶. Tenía realmente un espíritu de lo más munificente. Sus enemigos le acusaban de avaricia. Pero si fuera avaricioso sólo podía haber sido para tener más que dar.

Cada uno de los españoles tenía a varios hombres y mujeres que atendían a sus comidas y a otras tantas tareas personales. Cortés, considerando que el mantenimiento de esta horda de sirvientes era un pesado coste para el tesoro real, ordenó que fueran despedidos, y que se quedara sólo uno por soldado. Montezuma al conocer esto reprochó amablemente al general su cuidadosa economía, como indigna de una casa real y revocando la orden proporcionó alojamiento adicional para los ayudantes y dobló su paga.

En otra ocasión, un soldado robó algunas alhajas de oro

del tesoro que había en la habitación, que desde la llegada de Montezuma a los cuarteles españoles había sido abierta. Cortés hubiera castigado al hombre por robo, pero el emperador interfirió y le dijo: «Tus compatriotas son bienvenidos al oro y a los demás artículos, siempre que no toquéis aquellos destinados a los dioses». Algunos de los soldados, llevando al extremo este permiso, llevaron varios cientos de cargas de fino algodón a sus cuartos. Cuando se le contó esto a Montezuma tan sólo replicó: «Lo que he dado, nunca lo tomo de vuelta»¹¹⁷.

Aunque indiferente a sus tesoros, era extremadamente sensible al desaire o al insulto personal. Una vez que un soldado común le habló con enfado, las lágrimas saltaron a los ojos del monarca, ya que le hizo sentir el verdadero carácter de su condición. Cortés, al conocer los hechos, se indignó tanto que ordenó que se colgara al soldado, pero la intercesión de Montezuma conmutó la severa sentencia por los azotes. El general no estaba dispuesto a que nadie más que él tratara a su cautivo real indignamente. Montezuma deseaba que se mitigara aún más el castigo. Pero Cortés se negó, diciendo, «que si cualquiera de sus súbditos hubiera insultado de la misma forma a Malinche, se hubiera ofendido de igual manera»¹¹⁸.

Estas ocasiones de falta de respeto eran muy pocas. Las maneras amistosas e inofensivas de Montezuma unidas a su liberalidad, la más popular de las virtudes entre el vulgo, le hicieron querido en general entre los españoles¹¹⁹. La arrogancia por la que se había distinguido tanto en sus días prósperos, le abandonó con la caída de su suerte. Su carácter en cautividad parece haber sufrido algo de ese cambio que tiene lugar en los animales salvajes del bosque, cuando son encerrados entre las paredes de la casa de fieras.

El monarca indio conocía el nombre de cada hombre en el ejército, y se preocupaba por diferenciarlos por su propio

rango¹²⁰. Por algunos mostraba una fuerte debilidad. Obtuvo del general un paje de su favor, llamado Orteguilla, que estando constantemente al servicio del emperador, pronto aprendió lo suficiente de la lengua mexicana para ser útil a sus compatriotas. Montezuma también disfrutaba mucho de la compañía de Velázquez de León, el capitán de su guardia y de Pedro Alvarado, *Tonatiuh*, o «el Sol», como era llamado por los aztecas, por su pelo rubio y su rostro resplandeciente. La salida del sol, como los hechos demostraron poco después, podía ser a veces el preludio de una terrible tempestad.

A pesar del cuidado que pusieron en hacerle olvidar el tedio del cautiverio, el prisionero real lanzaba miradas de vez en cuando más allá de las murallas de su residencia hacia los lugares donde antiguamente solía trabajar y disfrutar de los placeres. Insinuó su deseo de ofrecer su devoción en el gran templo, donde antes era tan constante en su culto. La sugerencia asombró a Cortés. Era demasiado razonable, sin embargo, como para oponerse, sin destapar completamente las apariencias que tanto deseaba mantener. Pero se aseguró de la vuelta de Montezuma enviando una escolta de ciento cincuenta soldados bajo los mismos caballeros resueltos que le habían ayudado en su captura. Le dijo que en caso de que hiciera cualquier intento de escapada su vida serviría de pago. Guardado de esta manera, el príncipe indio visitó el *teocalli*, donde fue recibido con la habitual pompa y después de realizar sus devociones retornó a sus habitaciones¹²¹.

Es bien plausible que los españoles no desaprovecharan la oportunidad que les ofrecía su residencia con ellos, para inculcarle algunas nociones de la doctrina cristiana. Los padres Díaz y Olmedo agotaron toda la batería de la lógica y la persuasión para hacer flaquear la fe en sus ídolos, pero fue en vano. De hecho, prestaba la atención más edificante, lo

que prometía mejores resultados. Pero las conferencias siempre se cerraban con la declaración de que «el Dios de los cristianos era bueno, pero los dioses de su propio país eran los dioses verdaderos para él»¹²². Sin embargo, se dice que le arrancaron la promesa de que no participaría en más sacrificios humanos. A pesar de eso, estos sacrificios tenían lugar todos los días en los grandes templos de la capital, y el pueblo estaba demasiado ciegamente atado a sus sangrientas abominaciones como para que los españoles consideraran seguro, por el momento al menos, interferir abiertamente.

Montezuma también mostró una inclinación a unirse a los placeres de la caza, de la que antiguamente disfrutaba sin moderación. Poseía grandes bosques reservados para ese único propósito al otro lado del lago. Como los bergantines españoles ya estaban terminados Cortés propuso transportarle a él y a su séquito a través de las aguas en ellos. Eran de buen tamaño, sólidamente contruidos. El mayor llevaba cuatro falconetes, o pequeños cañones. Estaba protegido con toldos de alegres colores desplegados por la cubierta, y la insignia real de Castilla flotaba orgullosa en el mástil. A bordo de esta nave, Montezuma disfrutó con la oportunidad de presenciar las habilidades náuticas de los hombres blancos, embarcado con un grupo de nobles aztecas y una numerosa guardia de españoles. Una fresca brisa soplaba sobre las aguas, y la nave pronto dejó atrás el enjambre de piraguas ligeras que oscurecían la superficie. A los ojos de los asombrados nativos, les pareció algo con vida, deslizándose con sus nevadas alas, como despreciando la intervención humana, parecía llevada en volandas por el viento, mientras que los truenos de sus costados, que rompían por primera vez el silencio de este «mar interior», mostraban que la hermosa aparición estaba cubierta de terror¹²³.

La caza real quedó bien provista de piezas, algunas de las

cuales las derribó el emperador con flechas y otras fueron dirigidas por los numerosos ayudantes a las redes¹²⁴. En estos ejercicios en el bosque, mientras que atravesaba su dominio salvaje, Montezuma parecía disfrutar de nuevo de las mieles de la libertad. Sin embargo, no era más que la apariencia de la libertad, ya que en sus aposentos, en casa, disfrutaba nada más que de una sombra de la realeza. En casa o fuera, la mirada de los españoles estaba siempre sobre él.

Pero mientras, se resignaba sin resistencia a su deshonoroso destino, había otros que lo miraban con emociones muy distintas. Entre ellos estaba su sobrino Cacama, el señor de Texcoco, un hombre joven de no más de veinticinco años, pero que disfrutaba de una gran consideración por sus altas cualidades personales, especialmente por su carácter intrépido. Era el mismo príncipe que Montezuma había enviado para dar la bienvenida a los españoles cuando entraron en el valle, y que cuando se debatió por primera vez el tema de la recepción de los españoles en el consejo, había aconsejado admitirles honrosamente como embajadores de un príncipe extranjero, y que si probaban ser otra cosa diferente de lo que decían, habría tiempo suficiente para levantarse en armas contra ellos. Ahora pensaba que había llegado el momento.

En una parte anterior de este trabajo, el lector ha conocido la historia antigua de la monarquía acolhua o texcocana, en tiempos orgulloso rival de los aztecas en poder y enormemente superior a ellos en civilización¹²⁵. Bajo su último soberano, Nezahualpilli, se dice que su territorio fue seriamente reducido por las prácticas insidiosas de Montezuma, que fomentó las disensiones y la insubordinación entre sus súbditos. A la muerte del príncipe texcocano, se luchó por la sucesión librándose una

sangrienta guerra entre su hijo mayor, Cacama, y su ambicioso hermano menor, Ixtlilxochitl. A esto siguió la partición del reino, en la que este último jefe mantuvo los distritos montañosos del norte de la capital, dejando el resto a Cacama. Aunque privado de una gran parte de su herencia, la ciudad en sí misma era tan importante que el señor de Texcoco todavía mantenía un alto rango entre los pequeños príncipes del valle. Su capital en la época de la conquista tenía, según Cortés, ciento cincuenta mil habitantes¹²⁶. La embellecían nobles edificios que rivalizaban con los del mismo México, y sus ruinas, que todavía se pueden encontrar en su antigua localización, atestiguan que una vez fue la morada de príncipes¹²⁷.

El joven jefe texcocano contemplaba con indignación y con no poco desprecio la abyecta condición de su tío. Se esforzó porque se portara como un hombre, pero fue en vano. Así que acto seguido se dedicó a formar una liga con varios caciques vecinos para rescatar a su familiar y romper el detestado yugo de los extranjeros. Llamó al señor de Iztapalapa, el hermano de Montezuma, al señor de Tlacopán y a algunos otros de la mayor autoridad, todos los cuales compartieron vehementemente sus puntos de vista. Después urgió a los nobles aztecas para que se le unieran, pero éstos expresaron que no estaban dispuestos a hacer ninguna acción que no fuera sancionada antes por el emperador¹²⁸. Tenían indudablemente un profundo respeto por su señor, pero parece posible que la envidia por los puntos de vista personales de Cacama tuviera alguna influencia en su determinación. Cualquiera que fuera el motivo, lo cierto es que con este rechazo, renunciaron a la mejor oportunidad que se les presentó nunca de recuperar la independencia de su soberano y la suya propia.

Estas intrigas no pudieron ser llevadas tan en secreto que no llegaran a oídos de Cortés, quien, con su característica

prontitud, hubiera marchado inmediatamente sobre Texcoco y pisoteado la chispa de «rebelión»¹²⁹, antes de que tuviera tiempo de convertirse en una llama. Pero fue disuadido de ello por Montezuma, que presentó a Cacama como un hombre apoyado por una poderosa fuerza y que no sería derrotado sin una lucha desesperada. Consintió, por tanto, en negociar y envió un mensaje con amistosas objeciones al cacique. Recibió una altanera respuesta. Cortés replicó en un tono más amenazador, asegurando la supremacía de su propio soberano, el emperador de Castilla. A esto Cacama respondió que «no reconocía tal autoridad, ni él ni su gente sabían nada del soberano español, ni deseaban saber nada de él»¹³⁰. Montezuma no tuvo más éxito en su solicitud a Cacama de que viniera a México y que le permitiera mediar en sus diferencias con los españoles, con quienes le aseguraba al príncipe que vivía como un amigo. Pero el joven señor de Texcoco no iba a ser embaucado de esa manera. Comprendió la posición de su tío y replicó: «que, cuando visitara su capital, sería para rescatarla, así como al emperador y a sus dioses comunes del cautiverio. Vendría no con la mano en el pecho, sino en la espada, para expulsar a los detestados extranjeros que habían traído tal deshonor a su país»¹³¹.

Cortés, encendido ante este tono desafiante, se hubiera puesto en acción para castigarlo de no ser por Montezuma, que se interpuso con sus artes más políticas. Tenía, dijo, a pago a varios de los nobles texcocanos¹³², y sería fácil gracias a ellos atrapar a Cacama y de esa manera romper la confederación inmediatamente sin derramamiento de sangre. El mantenimiento de un cuerpo de asalariados entre las Cortes de los príncipes vecinos era un refinamiento que mostraba que los bárbaros occidentales comprendían la ciencia de la intriga política, así como algunos de sus hermanos reales al otro lado del océano.

Mediante la artimaña de estos nobles desleales, se indujo a Cacama a mantener una reunión, relacionada con la propuesta invasión, en una mansión que sobresalía por encima del lago de Texcoco, no muy lejos de la capital. Como la mayoría de los edificios principales se elevaba lo suficiente como para admitir la entrada de botes por debajo. En medio de la conferencia, Cacama fue atrapado por los conspiradores, rápidamente introducido en un bote preparado para tal propósito y transportado a México. Cuando fue llevado ante la presencia de Montezuma, el brioso jefe no mitigó nada de su orgullo y su comportamiento altivo. Acusó a su tío de perfidia y de una pusilanimidad impropia de su antiguo carácter y de la casa real de la que era descendiente. El emperador le remitió a Cortés, quien teniendo en poco la realeza del príncipe indio lo encadenó¹³³.

Había en ese momento un hermano de Cacama en México, un muchacho mucho más joven que él. A instigación de Cortés, Montezuma, pretendiendo que su sobrino había perdido la realeza por esta última *rebelión*, declaró que quedaba depuesto y nombró a Cuicuitzca en su lugar. Los soberanos aztecas siempre habían tenido una autoridad primordial en cuestiones de sucesión. Pero este caso era un uso de ella de lo más injustificable. Los texcocanos reconocieron, sin embargo, con una ductilidad rápida, que mostraba que la lealtad pesaba poco en ellos o, lo que es más probable, que tenían un respeto reverencial por los españoles, y el nuevo príncipe fue bienvenido con aclamaciones en su capital¹³⁴. Cortés todavía deseaba apresar a los demás jefes que habían entrado en la confederación con Cacama, lo que no fue difícil. La autoridad de Montezuma era absoluta en todos sitios menos en su palacio. Por orden suya los caciques fueron apresados, cada uno en su ciudad y traídos en cadenas a México, donde Cortés los

puso bajo estricta vigilancia junto a su jefe¹³⁵.

Ahora había triunfado sobre todos sus enemigos. Había puesto el pie sobre el cuello de los príncipes y el gran jefe del imperio azteca no era más que un útil instrumento en sus manos para realizar sus propósitos. Su primer uso de este poder fue determinar los recursos de la monarquía. Envió varios grupos de españoles, guiados por nativos, para explorar las regiones donde se obtenía el oro. Se recogía principalmente del fondo de los ríos a varios cientos de millas de la capital.

Su siguiente objetivo fue saber si existían buenas bahías naturales para navegar la costa atlántica ya que la carretera de Vera Cruz no ofrecía protección frente a las tempestades que barrían, en ciertas estaciones, estos mares. Montezuma le mostró un mapa en el que estaban dibujadas las orillas del golfo de México con una precisión suficiente¹³⁶. Cortés, después de una cuidadosa inspección de la misma, envió una comisión compuesta de diez españoles, varios de ellos pilotos y algunos aztecas que descendieron hasta Vera Cruz, e hicieron una cuidadosa investigación de la costa hasta casi sesenta leguas al Sur de ese asentamiento, hasta el gran río Coatzacoalcos, que parecía ofrecer el mejor, en realidad, el único lugar para un puerto seguro y adecuado. Se escogió un punto como emplazamiento de un puesto fortificado, y el general envió un destacamento de ciento cincuenta hombres bajo las órdenes de Velázquez de León para establecer allí una colonia.

También obtuvo la concesión de una enorme extensión de tierra, en la fructífera provincia de Oaxaca, donde se propuso establecer una plantación para la corona. Lo dotó de todo tipo de animales domésticos propios del país y de los granos y plantas indígenas que proporcionaran los mejores artículos para la exportación. Pronto tenía la finca en tal estado de cultivo que aseguró a su señor, el emperador

Carlos V, que valía veinte mil onzas de oro¹³⁷.

Notas al pie

* En francés en el original. (N. del T.)

¹¹⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 96.

¹¹⁶ *Ibid.*, cap. 97.

¹¹⁷ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 84. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 8, cap. 4.

¹¹⁸ *Ibid.*, dec. 2, lib. 8, cap. 5.

¹¹⁹ «En esto era tan bien mirado, que todos le queríamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le víamos hazer», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 100.

¹²⁰ «Y él bien conocía á todos, y sabia nuestros nombres, y aun cualidades, y era tan bueno que á todos nos daua joyas, á otros mantas é Indias hermosas». *Ibid.*, cap. 97.

¹²¹ *Ibid.*, cap. 98.

¹²² Según Solís, el demonio cerró su corazón contra estos buenos hombres, aunque, en la opinión del historiador, no hay evidencia de que este malvado consejero se apareciera o conversara realmente con Montezuma, después de que los españoles desplegaran la cruz en México. *Conquista*, lib. 3, cap. 20.

¹²³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 99. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 88.

¹²⁴ A veces derribaba a su presa con un tubo, una especie de pistola de aire, a través del que disparaba pequeñas balas a los pájaros y a los conejos. «La Caça á que Moteçuma iba por la Laguna, era á tirar á Pájaros, i á Conejos, con Cebratana, de la que era diestro», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 8, cap. 4.

¹²⁵ *Ante*, libro I, cap. 6.

¹²⁶ «É llamase esta Ciudad Tezcuco, y será de hasta treinta mil Vecinos» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 94). Según el licenciado Zuazo, el doble de este número, *sesentamil vecinos* (*Carta*, manuscrito). Es poco probable ya que México no tenía más. Toribio dice que cubría ¡una legua por un lado y seis por otro! (*Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7). Esto debe incluir los alrededores hasta una distancia considerable. El lenguaje de los antiguos cronistas no es de lo más preciso.

¹²⁷ Un testigo presencial nos da esta descripción de la capital en toda su gloria. «Esta Ciudad era la segunda cosa principal de la tierra, y así habia en Tezcuco muy grandes edificios de templos del Demonio, y muy gentiles casas y aposentos de Señores, entre los cuales, fué muy cosa de ver la casa del Señor principal, así la vieja con su huerta cercada de mas de mil cedros muy grandes y muy hermosos,

de los cuales hoy día están los más en pie, aunque la casa está asolada, otra casa tenía que se podía aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque, que por debajo de tierra solían entrar á él con barcas» (Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7). Las últimas reliquias de este palacio se utilizaron en las fortificaciones de la ciudad en la guerra revolucionaria de 1810 (Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 78, nota). Texcoco es ahora un lugar pequeño e insignificante con una población de unos pocos miles de habitantes. Sus restos arquitectónicos que todavía se pueden discernir, parecen haber provocado una impresión más fuerte en Mr. Bullock que en la mayoría de los viajeros. *Six Months in México*, cap. 27.

¹²⁸ «Cacama reprehendió ásperamente á la Nobleza Mexicana porque consentía hacer semejantes desacatos á quatro Estrangeros y que no les mataba, se excusaban con decirles les iban á la mano y no les consentían tomar las Armas para libertarlo, y tomar sí tan gran deshonra como era la que los Estrangeros les habian hecho en prender á su señor, y quemar á Quauhpopocatzin, los demas sus Hijos y Deudos sin culpa, con las Armas y la Municion que tenían para la defenza y guarda de la ciudad, y de su autoridad tomar para sí los tesoros del Rey, y de los Dioses, y otras libertades y desvergüenzas que cada día pasaban, y aunque todo esto vehian lo disimulaban por no enojar á Motecuhzoma que tan amigo y casado estaba con ellos», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 86.

¹²⁹ Es el lenguaje de Cortés. «Y esta señor *se rebeló*, assí contra el servicio de Vuestra Alteza, á quien se habia ofrecido, como contra el dicho Mutezcuma», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 95. Voltaire, con su rápido ojo para el ridículo, señala esta arrogancia en su tragedia *Alzire*.

«Tu vois de ces tyrans la fureur despotique:
Ils pensent que pour eux le Ciel fit l’Amerique,
Qu’ils en sont nés les Rois; et Zamore à leurs yeux,
Tout souverain qu’il fut, n’est qu’un séditieur»
Alzire, Act 4, sc.3.

¹³⁰ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 91.

¹³¹ «I que para reparar la Religión, i restituir los Dioses, guardar el Reino, cobrar la fama, i libretad á él, i a México, iria de mui buena gana, mas no las manos en el seno, sino en la Espada, para matar los Españoles, que tanta mengua, i afrenta havian hecho á la Nacion de Culhúa». *Ibid.*, cap. 91.

¹³² «Pero que él tenía en su Tierra de el dicho Cacamazin muchas Personas Principales, que vivian con él, y les daba su salario», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 95.

¹³³ *Ibid.*, pp. 95, 96. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib.

33, cap. 8. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 86.

Este último autor termina la captura de Cacama con la cómoda reflexión, «que salvó a los españoles de muchos problemas, y facilitó enormemente la introducción de la fe cristiana».

¹³⁴ Cortés llama a este príncipe Cucuzca (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 96). En la ortografía de las palabras aztecas el general se dejaba llevar por su oído.

¹³⁵ La excesiva indulgencia del comandante español en esta ocasión provocó la admiración general, si debemos dar crédito a Solís, por todo el Imperio azteca. «Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los Españoles, porque no esperaban de Motezuma semejante moderación», *Conquista*, lib. 4, cap. 2.

¹³⁶ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 91.

¹³⁷ «Damus quæ dant», dice Mártir, brevemente en referencia a esta valoración (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3). Cortés señala los informes hechos por su gente, de grandes y bellos edificios en la provincia de Oaxaca (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 89). También es aquí donde se pueden todavía ver algunos de los ejemplares más elaborados de la arquitectura india en las ruinas de Mitla.

Capítulo V

Montezuma jura lealtad a España. Los tesoros reales. Su división. Culto cristiano en el Teocalli. Descontento de los aztecas. 1520

Cortés se sentía ahora lo suficientemente seguro como para exigir a Montezuma un reconocimiento formal de la supremacía del emperador español. El monarca indio había intuido su intención de que consintiera en esto desde la primera entrevista. No se opuso, por tanto, a reunir a sus principales caciques con ese propósito. Cuando estaban todos reunidos se dirigió a ellos, exponiendo brevemente el objeto de su reunión. Todos conocían, dijo, la antigua tradición por la que el gran Ser que un día gobernó, declaró a su partida que volvería en el futuro y retomaría su dominio. Ese momento había llegado. El hombre blanco había venido de donde sale el sol, más allá del océano al que se había retirado la buena deidad. Habían sido enviados por su señor para reclamar la obediencia de sus antiguos súbditos. Él estaba dispuesto a reconocer su autoridad. «Me habéis sido fieles vasallos», continuó Montezuma, «durante los muchos años que me he sentado en el trono de mis padres. Ahora espero que me mostréis este último acto de obediencia reconociendo al gran rey más allá de los mares como vuestro rey y rindiéndole tributo de la misma manera que hasta hoy lo habéis hecho conmigo»¹³⁸. Cuando hubo concluido, su voz estaba casi ahogada por la emoción y las lágrimas cayeron veloces por sus mejillas.

Sus nobles, muchos de los cuales por haber venido de muy

lejos no estaban al tanto de los cambios que habían sucedido en la capital, quedaron llenos de asombro al escuchar sus palabras y contemplar la humillación voluntaria de su señor, al que hasta ese momento habían reverenciado como el señor omnipotente del Anáhuac. Quedaron enormemente afectados, por tanto, ante la visión de su angustia¹³⁹. Su deseo, les dijo, siempre había sido ley para ellos. Así debería ser ahora y si él pensaba que el soberano de los extranjeros era el antiguo señor del país, ellos deberían estar dispuestos a reconocerlo así todavía más. Los juramentos de lealtad se realizaron con toda la solemnidad correspondiente, atestiguados por todos los españoles presentes y se levantó un acta completa de los actos por parte del notario real, para enviar a España¹⁴⁰. Había algo profundamente conmovedor en la ceremonia por la que un monarca independiente y absoluto, obedeciendo menos a los dictados del miedo que a los de la conciencia, renunciaba de esa manera a sus derechos hereditarios en favor de un poder misterioso y desconocido. Incluso conmovió a esos hombres duros que sin escrúpulos se estaban aprovechando de esa manera de la confiada ignorancia de los nativos y, aunque «era algo corriente en su oficio», dice el viejo cronista, «no hubo un solo español que pudiera contemplar el espectáculo con los ojos secos»¹⁴¹.

El rumor de estos extraños hechos circuló pronto por la capital y el país. Los hombres veían en ellos la mano de la providencia. Todos estaban familiarizados con la antigua tradición de Quetzalcóatl y allí donde había dormido sin mantenerse apenas en la memoria revivía ahora con muchas circunstancias exageradas. Se decía que era parte de la tradición que la línea real de los aztecas terminaría con Montezuma, y su nombre, que literalmente significaba «señor triste» o «enfadado», fue interpretado como un augurio de su terrible destino¹⁴².

Habiéndose asegurado este gran feudo para la corona de Castilla, Cortés sugirió que sería bueno que los jefes aztecas enviaran a su soberano una gratificación que conciliara su buena voluntad y le convenciera de la lealtad de sus nuevos vasallos¹⁴³. Montezuma consintió en que sus recaudadores visitaran las principales ciudades y provincias acompañados por un número de españoles para recibir los acostumbrados tributos en nombre del soberano de Castilla. En unas pocas semanas la mayoría de ellos habían vuelto trayendo grandes cantidades de oro y plata, ricos paños y las diferentes mercancías en las que habitualmente se pagaban los impuestos.

A esto Montezuma añadió por su propia cuenta el tesoro de Axayácatl, anteriormente mencionado, una parte del cual ya se había dado a los españoles. Era el fruto de un atesoramiento largo y cuidadoso, puede que de la extorsión, por parte de un príncipe que difícilmente podía imaginar su destino final. Cuando lo llevaron a los cuarteles, sólo el oro era suficiente para hacer tres grandes montones. Constaba en parte de granos sin tratar y en parte había sido fundido en barras, pero la mayor parte eran utensilios y varios tipos de ornamentos y juguetes curiosos, junto con imitaciones de pájaros, insectos y flores ejecutados con una verosimilitud y delicadeza poco habitual. También había cantidades de collares, brazaletes, varas, abanicos y otras baratijas, en las que el oro y el plumaje estaban ricamente regados de perlas y piedras preciosas. Muchos de los artículos eran incluso más formidables por su factura que por el valor de sus materiales¹⁴⁴, era tal en realidad (si podemos creer el informe de Cortés a alguien que pronto tendría la oportunidad él mismo de juzgar su veracidad y a quien no sería nada seguro engañar) que ningún monarca en Europa podía jactarse de uno parecido en sus dominios¹⁴⁵.

En su magnificencia, Montezuma expresó su disgusto

porque el tesoro no fuera mayor. Pero lo había disminuido, dijo, por sus anteriores regalos a los hombres blancos. «Tómalo, Malinche», añadió, «y que quede grabado en tus anales que Montezuma envió este regalo a tu señor»¹⁴⁶.

Los españoles contemplaron con ojos avariciosos el despliegue de riquezas¹⁴⁷, que ahora eran suyas, que excedían con mucho todo lo que se había visto hasta ahora en el nuevo mundo y no quedaba muy lejos de El Dorado que sus encendidas imaginaciones habían descrito. Puede ser que se sintieran un poco empequeñecidos por el contraste que su propia avaricia presentaba con la munificencia principesca del jefe bárbaro. Al menos parecen testificar la conciencia de su superioridad a juzgar por el respetuoso homenaje que le ofrecieron mientras derramaba su gratitud¹⁴⁸. No fueron tan escrupulosos, sin embargo, como para manifestar delicadeza alguna al apropiarse del donativo, una pequeña parte del cual llegó a los cofres reales. Exigieron a gritos una división inmediata del botín, que el general hubiera pospuesto hasta que hubieran llegado los tributos de las provincias más lejanas. Se ordenó a los orfebres de Azcapotzalco que deshicieran en piezas los ornamentos más grandes y gruesos, sin tocar los de fabricación más delicada. Este trabajo les ocupó tres días, hasta que los montones de oro fueron fundidos en lingotes y estampados con las armas reales.

Hubo algunas dificultades en la división del tesoro por la falta de balanzas que, por extraño que parezca, considerando su avance en las artes, los aztecas desconocían. Esta deficiencia, sin embargo, quedó pronto solucionada por los españoles con escalas y pesos de su propia fabricación, probablemente no de lo más precisos. Con la ayuda de éstos determinaron el valor del quinto real, que ascendía a treinta y dos mil cuatrocientos *pesos de oro* ¹⁴⁹. Díaz lo aumenta a casi cuatro veces esa cantidad¹⁵⁰. Pero el deseo de asegurarse

el favor del emperador hace poco probable que los españoles hubieran defraudado al tesoro en ninguna parte de lo debido, al mismo tiempo que siendo Cortés el responsable de la suma admitida en su carta, es todavía menos probable que la sobredimensionara. Su estimación se puede tomar por buena.

El total ascendía, por tanto, a ciento sesenta y dos mil *pesos de oro*, sin contar los adornos finos y la joyería, cuyo valor Cortés calcula en quinientos mil ducados más. Además había quinientos marks de plata, principalmente en vajilla, copas de beber y otros artículos de lujo. La desdeñable cantidad de plata con respecto al oro crea un curioso contraste con las proporciones relativas de los dos metales desde la ocupación del país por los europeos¹⁵¹. El volumen total del tesoro, convertido a nuestra propia divisa y añadiendo el cambio de valor del oro desde comienzos del siglo XVI, era de unos seis millones trescientos mil dólares o un millón cuatrocientas setenta mil libras esterlinas, una suma lo suficientemente grande como para mostrar lo incorrecto de la creencia popular de que se encontró poca o ninguna riqueza en México¹⁵². Era realmente pequeña en comparación con la obtenida por los conquistadores en Perú. Pero pocos monarcas europeos de aquel día podían jactarse de un tesoro mayor en sus cofres¹⁵³.

La división del botín fue un trabajo bastante difícil. Una división perfectamente igualitaria entre los conquistadores les hubiera reportado más de tres mil libras esterlinas por cabeza, ¡un magnífico botín! Pero debía deducirse un quinto para la corona. Una porción equivalente se reservaba para el general, de acuerdo con su comisión. Se separó una enorme cantidad para indemnizarles a él y al gobernador de Cuba por los costes de la expedición y la pérdida de la flota. También se separó para la guarnición de Vera Cruz. Se compensó ampliamente a los principales caballeros. La

caballería, los arcabuceros y los ballesteros recibieron todos doble paga. De tal manera que cuando llegó a los soldados rasos no quedaban más de cien *pesos de oro* para cada uno, una suma tan insignificante en comparación con las expectativas que varios de ellos se negaron a aceptarla¹⁵⁴.

Fuertes murmullos se alzaron entre los hombres. «¡Por esto», decían, «hemos abandonado nuestras casas y a nuestras familias, arriesgado nuestras vidas, soportado la fatiga y el hambre y todo por una desdeñable miseria! Mejor haberse quedado en Cuba y contentarnos con las ganancias del comercio seguro y fácil. Cuando cedimos nuestra parte del oro en Vera Cruz era con la seguridad de que seríamos ampliamente correspondidos en México. Verdaderamente hemos encontrado los tesoros que esperábamos, pero en cuanto los hemos visto nos son arrebatados por los mismos hombres que nos suplicaban confianza.» Los descontentos llegaron tan lejos como para acusar a sus líderes de apropiarse varios de los adornos más ricos antes de que se hiciera el reparto, una acusación que tiene cierta argumentación en la disputa que surgió entre Mejía, el tesorero de la corona, y Velázquez de León, un pariente del gobernador y favorito de Cortés. El tesorero acusó a este caballero de hurtar ciertas piezas de vajilla antes de que se enviaran a estampar con el sello real. De las palabras, las partes pasaron a los golpes. Eran buenos espadachines, las dos partes recibieron varias heridas y el escándalo podía haber terminado fatalmente de no ser por la intervención de Cortés, que puso a los dos bajo arresto.

Después utilizó toda su autoridad y su sugerente elocuencia para calmar las pasiones de sus hombres. Era una crisis delicada. Sentía ver, dijo, que habían olvidado hasta tal punto su obligación como leales soldados y caballeros de la cruz, como para pelearse cual bandidos comunes por su botín. La división, les aseguró, se había hecho sobre

principios completamente justos y equitativos. En cuanto a su parte, no era más que lo que le garantizaba su comisión. Sin embargo, si pensaban que era demasiado, estaba dispuesto a renunciar a sus justos derechos y a dividirla con el soldado más pobre. El oro, aunque bien recibido, no constituía el principal objetivo de su ambición. Si para ellos lo era, deberían reflexionar además que este tesoro era pequeño en comparación con lo que les esperaba a partir de ahora, porque, ¿acaso no tenían todo el país y sus minas a su disposición? Tan sólo era necesario que no abrieran un flanco al enemigo con su discordia para que éste les burlara y les destrozara. Con estas almibaradas palabras de las que tenía una buena reserva para cualquier situación posible, según un viejo soldado¹⁵⁵ a quien, en parte, también iban dirigidas, consiguió calmar la tormenta por el momento, al mismo tiempo que en privado tomaba medidas más eficaces, mediante regalos juiciosamente administrados, para mitigar el descontento de los insistentes y obstinados. Y aunque hubo algunos de temperamento más tenaz que se guardaron esto en la memoria para un día futuro, las tropas pronto volvieron a su habitual subordinación. Esta fue una de las coyunturas más críticas que pusieron a prueba toda la habilidad y autoridad personal de Cortés. Nunca las evitaba, sino que en tales ocasiones era fiel a sí mismo. En Vera Cruz persuadió a sus seguidores de que entregaran lo que suponían una fianza para futuras ganancias. Aquí les convenció de que renunciaran a esas mismas ganancias. Era como arrancar la presa directamente de las fauces del león. ¿Por qué no se revolvió y le despedazó?

Para muchos de los soldados, realmente, importaba poco si su parte del botín era mayor o menor. El juego es una pasión profundamente arraigada en el español y la repentina adquisición de riquezas proporcionaba tanto los medios como el motivo para su indulgencia. Se fabricaron

fácilmente naipes con viejos parches de los tambores y en unos pocos días la mayor parte del dinero obtenido con tanto trabajo y sufrimiento había cambiado de manos y muchos de los soldados poco previsores cerraron la campaña tan pobres como la habían comenzado. Es cierto que otros, más prudentes, siguieron el ejemplo de sus oficiales, quienes, con la ayuda de los joyeros reales, convirtieron su oro en cadenas, cubiertos de plata y otros artículos portátiles de ornamento o de uso¹⁵⁶.

Parecía que Cortés había realizado ahora el gran objetivo de su expedición. El monarca indio se había declarado vasallo del español. Su autoridad y sus ingresos estaban a disposición del general. Parecía que se había logrado la conquista de México. Sin embargo, quedaba un paso importante por dar, hacia el que los españoles habían hecho pocos progresos hasta el momento, la conversión de los nativos. A pesar de todos los esfuerzos del padre Olmedo, respaldados por los talentos discursivos del general¹⁵⁷, ni Montezuma ni sus súbditos parecían mostrar ninguna disposición a abjurar de la fe de sus padres¹⁵⁸. Las sangrientas prácticas de su religión, por el contrario, se celebraban con la habitual pompa y solemnidad del sacrificio ante los ojos de los españoles.

No pudiendo soportar más estas abominaciones, Cortés, acompañado por varios de sus caballeros, visitó a Montezuma. Le dijo al emperador que los cristianos no podían consentir por más tiempo que los servicios de su religión estuvieran confinados a las estrechas murallas del cuartel. Deseaban esparcir su luz lejos y permitir que la gente participara abiertamente de las bendiciones de la cristiandad. Para este propósito pidieron que se les entregara el gran *teocalli* como un lugar adecuado donde se pudiera llevar a cabo su culto en presencia de toda la ciudad.

Montezuma escuchó la propuesta con visible

consternación. Acosado por los problemas, se había apoyado en la religión para soportar su destino y ciertamente en obediencia a ella había mostrado tanta deferencia a los españoles como los misteriosos mensajeros predichos por el oráculo. «¿Por qué, Malinche», dijo, «por qué llevas las cosas a un extremo que de seguro traerá la venganza de nuestros dioses y provocará una insurrección entre mi gente, que nunca permitirá esta profanación de sus templos?»¹⁵⁹.

Cortés, viendo lo conmocionado que estaba, hizo una señal a sus oficiales para que se retirasen. Cuando se quedó solo con los intérpretes, le dijo al emperador que usaría su influencia para moderar el celo de sus seguidores y persuadirles de que se contentaran con uno de los santuarios del *teocalli*. Si no se concedía eso se verían obligados a tomarlo por la fuerza y a derribar las imágenes de sus falsos dioses frente a la ciudad. «No tenemos miedo por nuestras vidas», añadió, «porque aunque seamos pocos en número el brazo del Dios verdadero nos protege». Montezuma, muy agitado, le dijo que hablaría con sus sacerdotes.

El resultado de la conferencia fue favorable para los españoles, a quienes se les permitió ocupar uno de los santuarios como lugar de culto. Las noticias trajeron gran alegría al campamento. Ahora podían ir en pleno día y hacer pública su religión ante la capital reunida. No se perdió tiempo en procurarse el permiso. Se limpió el santuario de sus desagradables impurezas y se elevó un altar coronado por un crucifijo y la imagen de la Virgen. En lugar del oro y las joyas que resplandecían en el vecino altar pagano, sus paredes fueron decoradas con guirnaldas frescas de flores y se apostó a un viejo soldado para vigilar la capilla y protegerla de intrusiones.

Cuando se completaron estos arreglos, todo el ejército subió en solemne procesión la curva de la pirámide. Después

de entrar en el santuario y apelonándose en sus portales, escucharon con reverencia el servicio de la misa que celebraron Olmedo y Díaz. Y a medida que el bello *Te Deum* se elevaba a los cielos, Cortés y los soldados, arrodillándose en el suelo, con lágrimas cayéndoles de los ojos, derramaron su gratitud al Todopoderoso por este glorioso triunfo de la cruz¹⁶⁰.

Era un espectáculo chocante, que esos rudos soldados elevaran sus plegarias en la cima de este templo montaña en la misma capital del paganismo, en un lugar especialmente dedicado a sus impíos misterios. ¡Hombro con hombro, el español y el azteca se arrodillaron para rezar y el himno cristiano se mezcló en suaves tonos de amor y misericordia con el salvaje cántico del sacerdote indio en honor del dios de la guerra del Anáhuac! Era una unión antinatural que no podía durar mucho tiempo.

Una nación soportará cualquier humillación antes que la de su religión. Esta es una humillación tanto a sus principios como a sus prejuicios, a las ideas que le han sido inculcadas desde niño, que se han fortalecido al crecer hasta convertirse en parte de su naturaleza, que están relacionadas con sus intereses más elevados en este mundo y con el miedo al más allá. Cualquier violencia a los sentimientos religiosos toca a todos por igual, viejos y jóvenes, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Sobre todo afecta a los sacerdotes, cuya consideración personal descansa sobre la de su religión y que en un estado semicivilizado de la sociedad, normalmente posee una autoridad sin límites. Así pasó con los brahmanes en la India, los magos en Persia, la Iglesia romana en la edad media, los sacerdotes del antiguo Egipto y en México.

El pueblo había soportado con paciencia todas las injurias y afrentas a las que les habían sometido hasta ahora los españoles. Habían visto a su soberano arrastrado como cautivo de su propio palacio, a sus ministros asesinados

frente a sus ojos, les habían visto confiscar y apropiarse de su tesoro, al mismo emperador en cierto modo depuesto de su supremacía real. Todo esto lo habían contemplado sin ofrecer resistencia para evitarlo. Pero la profanación de sus templos tocó un sentimiento más profundo del que los sacerdotes no tardaron en aprovecharse¹⁶¹.

La primera sospecha de este cambio de sentimiento provino del mismo Montezuma. En lugar de su habitual alegría, apareció grave y abstraído, y en vez de buscar, como solía, la compañía de los españoles, parecía rehuirla. También se notó que se reunía más frecuentemente con los nobles y especialmente con los sacerdotes. Montezuma, en contra de lo habitual, no permitió a su pequeño paje, Orteguilla, que había logrado para entonces un aceptable conocimiento del azteca, asistir a estas reuniones. Estas circunstancias no podían más que levantar las aprensiones más incómodas en los españoles.

No pasaron muchos días, sin embargo, antes de que Cortés recibiera una invitación o más bien una llamada del emperador, para que acudiera a sus aposentos. El general acudió con sentimientos de ansiedad y desconfianza, llevando con él a Olid, el capitán de la guardia, y a dos o tres caballeros de confianza. Montezuma le recibió con fría cortesía y volviéndose al general le contó que todas sus predicciones se habían realizado. Los dioses de su país se habían ofendido por la violación de sus templos. Habían amenazado a los sacerdotes con abandonar la ciudad si los sacrílegos extranjeros no eran expulsados de ella o sacrificados en los altares en expiación por sus crímenes¹⁶². El monarca aseguró a los cristianos que les comunicaba esto pensando en su seguridad, y que «si la tenéis en consideración, vosotros mismos», concluyó, «abandonaréis el país sin demora. Tan sólo tengo que levantar mi dedo y hasta el último azteca del país se levantará en armas contra

vosotros». No había razón para dudar de su sinceridad. Porque, por muchos males que le hubieran hecho los hombres blancos a Montezuma, les tenía respeto como una raza más elevada que la suya, al mismo tiempo que, como ya hemos visto, con algunos había creado un vínculo que provenía sin duda de sus atenciones y la deferencia a su persona.

Cortés dominaba demasiado sus sentimientos como para mostrar lo asombrado que había quedado con esta noticia. Replicó con admirable entereza, que le desagradaría mucho abandonar la ciudad tan precipitadamente, cuando no tenía barcos para salir del país. Si no fuera por esto no habría obstáculos para abandonar inmediatamente. También lamentaba otra cosa, a la que se vería abocado de abandonar en esas circunstancias, que tendría que llevarse al emperador con él.

Montezuma quedó evidentemente preocupado con esta última sugerencia. Preguntó cuánto les llevaría construir los barcos y finalmente consintió en enviar un número suficiente de obreros a la costa para trabajar a las órdenes de los españoles; mientras tanto utilizaría su autoridad para contener la impaciencia de su gente, asegurándoles que los hombres blancos abandonarían el país cuando tuvieran los medios necesarios para ello. Mantuvo su palabra. Un gran cuerpo de artesanos aztecas abandonó la capital junto con los constructores de barcos castellanos más experimentados y descendiendo hasta Vera Cruz comenzaron inmediatamente a cortar madera y a construir un número suficiente de barcos como para transportar a los españoles de vuelta a su país. El trabajo avanzó con aparente presteza. Pero se dice que aquellos que lo dirigían recibieron instrucciones privadas del general de interponer tantas demoras como fuera posible, con la esperanza de recibir mientras tanto los refuerzos suficientes de Europa que le

permitieran mantener el terreno¹⁶³.

Todo el panorama había cambiado en los cuarteles españoles. En lugar de la seguridad y el reposo de que las tropas habían disfrutado últimamente, sintieron el sombrío temor del peligro no menos opresivo para el espíritu, al ser prácticamente invisible, como la mota que el viajero de los trópicos apenas divisa sobre el horizonte, y mientras para el ojo común parece sólo una nube de verano, para el experto marino anuncia la llegada de un huracán. Se tomaron todas las precauciones que la prudencia pudiera concebir para enfrentar la situación. El soldado al echarse en el jergón para descansar se dejaba puesta la armadura. Comía, bebía y dormía con todas sus armas junto a él. Su caballo estaba gualdrapado día y noche con las bridas atadas a la silla. Los cañones se situaron cuidadosamente de tal manera que dominaran las grandes avenidas. Se doblaron los centinelas y todos los hombres, con independencia de su rango, se turnaban en las guardias. La plaza estaba en estado de asedio¹⁶⁴. Tal era la incómoda posición del ejército cuando a comienzos de mayo de 1520, seis meses después de su llegada a la capital, llegaron noticias de la costa que alarmaron más a Cortés que la amenazada insurrección de los aztecas.

Notas al pie

¹³⁸ «Y mucho os ruego, pues á todos os es notorio todo esto, que assí como hasta aquí á mí me habeis tenido, y obedecido por Señor vuestro, de aquí adelante tengais, y obedezcáis á este Gran Rey, pues él es vuestro natural Señor, y en su lugar tengais á este su Capitan: y todos los Tributos, y Servicios, que fasta aquí á mí me haciades, los haced, y dad á él, porque yo asimismo tengo de contribuir, y servir con todo lo que me mandaré», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 97.

¹³⁹ «Lo qual todo les dijo llorando, con las mayores lágrimas, y suspiros, que un hombre podia manifestar; é asimismo todos aquellos Señores, que le estaban oiendo, lloraban tanto, que en gran rato no le pudiéron responder». *Ibid.*, *loc. cit.*

¹⁴⁰ Solís considera que esta ceremonia proporciona lo que hasta entonces les faltaba a los españoles en el derecho sobre el país. El comentario es curioso, incluso proviniendo de un casuístico reconocido. «Y siendo una como insinuación misteriosa del título que se debió despues al derecho de las armas, sobre justa provocacion, como lo verémos en su lugar: circunstancia particular, que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de aquel dominio, sobre las demas consideraciones generales que no solo hiciéron lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonables siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio», *Conquista*, lib. 4, cap. 3.

¹⁴¹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 101. Solís, *Conquista*, *loc. cit.* Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 9, cap. 4. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 87.

Oviedo considera el profundo dolor de Montezuma como prueba suficiente de que este homenaje, lejos de ser voluntario, fue arrancado por la necesidad. El historiador parece haber visto el devenir de los hechos con más claridad que alguno de los protagonistas del mismo. «Y en la verdad si como Cortés lo dice, ó escribió, pasó en efecto, mui gran cosa me parece la conciencia y liberalidad de Montezuma en esta su restitucion é obediencia al Rey de Castilla, por la simple ó cautelosa informacion de Cortés, que le podia hacer para ello; Mas aquellas lágrimas con que dice, que Montezuma hizo su oración, é amonestamiento, despojándose de su señorío, é las de aquellos con que les respondieron aceptando lo que les mandaba, y exortaba, y á mi parecer su llanto queria decir, ó enseñar otra cosa de lo que él, y ellos dixéron; porque las obediencias que se suele dar á los Príncipes con riza, é con cámaras; é diversidad de Música, é Leticia, enseñales de placer, se suele hacer; é no con lucto ni lágrimas, é sollozos, ni estando preso quien obedece; porque como dice Marco Varron: Lo que por fuerza se da no es servicio sino robo», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 9.

¹⁴² Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 92. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 256.

¹⁴³ «Pareceria que ellos comenzaban á servir, y Vuestra Alteza tendría mas

concepto de las voluntades, que á su servicio mostraban», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 98.

¹⁴⁴ Pedro Mártir, que desconfiaba de la extravagancia de esta afirmación de Cortés, la encontró completamente confirmada por el testimonio de otros. «Referunt non credenda. Credenda tamen, quando vir talis ad Cæsarem et costri collegii Indici senatores audear exscribere. Adde insuper se multa præmittere, ne tanta recensendo sit molestus. *Idem affirmant qui ad nos inde regrediuntur* », *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 3.

¹⁴⁵ «Las queales, demas de su valor, eran tales, y tan maravillosas, que consideradas por su novedad, y extrañeza, no tenían precio, ni es de creer, que alguno de todos los Príncipes de Mundo de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales, y de tal calidad», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 99. Véase también Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 9. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 104.

¹⁴⁶ «Decidle en vuestros anales y cartas: Esto os embia vuestro buen vasallo Monteçuma», Bernal Díaz, *ubi supra*.

¹⁴⁷ «Fluctibus auri
Expleri calor ille nequit.»
Claudio, *in Ruf.*, lib. I.

¹⁴⁸ «Y qu-ado aquello le oyó Cortés, y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad, y liberalidad el gran Monteçuma, y con mucho acato le quitámos todos las gorras de armas, y le diximos, que se lo teníamos en merced, y con palabras de mucho amor», etc., Bernal Díaz, *ubi supra*.

¹⁴⁹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 99.

Esta estimación del quinto real es confirmada (a excepción de las cuatrocientas onzas) por las declaraciones juradas de un número de testigos citados en nombre de Cortés para mostrar la cantidad del tesoro. Entre estos testigos, encontramos algunos de los nombres más respetables en el ejército, como Olid, Ordaz, Ávila, los padres Olmedo y Díaz, este último se puede añadir, no demasiado amigo del general. El documento, que no tiene fecha, está en la colección de Vargas Ponce. *Probanza fecha á pedimento de Juan de Lexalde*, manuscrito.

¹⁵⁰ «Eran tres montones de oro, y pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata, é otras muchas riquezas», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 104.

¹⁵¹ La cantidad de plata sacada de las minas americanas ha excedido a la del oro en una proporción de cuarenta y seis a uno (Humboldt, *Essai Politique*, tom. III, p. 401). El valor de este último metal, dice Clemencín, que al descubrirse el nuevo mundo era sólo once veces mayor que el de la plata, se ha convertido ahora en dieciséis veces mayor (*Memorias de la Real Academia de la Historia*, tom. VI, Ilustr. 20). Esto no varía sustancialmente de la estimación hecha por Smith pasada

la mitad del siglo pasado (*Wealth of Nations*, book I, cap. II). La diferencia hubiera sido mucho más considerable de no ser por la mayor demanda de plata para objetos de ornamento y de uso.

¹⁵² El doctor Robertson, prefiriendo según parece la autoridad de Díaz, dice que el valor del tesoro era de 600.000 *pesos* (*History of America*, vol. II, pp. 296, 298). El valor del peso es de una onza de plata o dólar, que, sumándole la depreciación de la plata, representaba en tiempos de Cortés casi cuatro veces su valor hoy en día. Pero el del *peso de oro* era casi tres veces esa suma, o lo que es lo mismo, once dólares, sesenta y siete centavos (véase *Ante*, libro II, cap. 6, nota 115). Robertson convierte su cálculo, tan por debajo del de su original, en un argumento para dudar de la existencia de oro o plata en grandes cantidades en el país. Al sostener la escasez del oro en este argumento, cae en el error de afirmar que el oro no era uno de los estándares por los que se valoraban los otros artículos en México. Comp. *Ante*, p. 107.

¹⁵³ Muchos de ellos, realmente, podían jactarse de poco o nada en sus cofres. Maximiliano de Alemania y el más prudente Fernando de España no dejaron casi ni lo suficiente como para sufragar los gastos de su funeral. Incluso en una época tan tardía como los comienzos del siglo siguiente, encontramos a Enrique IV de Francia abrazando a su ministro Sully con éxtasis cuando le informó que gracias a la gran economía tenía unos 36.000.000 de livres, unas 1.500.000 libras esterlinas en su tesoro. Véase *Mémoires du Duc de Sully*, tom. III, lib. 27.

¹⁵⁴ «Por ser tan poco, muchos soldados huuo que no lo quisieron recibir», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 105.

¹⁵⁵ «Palabras muy melifluas; [...] razones mui bien dichas, que las sabia bien proponer». *Ibid*, *ubi supra*.

¹⁵⁶ *Ibid.*, caps. 105, 106. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 93. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 8, cap. 5.

¹⁵⁷ «Ex jureconsulto Cortesius theologus effectus», dice Mártir en su conciso estilo. *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 4.

¹⁵⁸ Según Ixtlilxochitl, Montezuma llegó en el camino de la conversión hasta el *Credo* y el *Ave María*, los cuales podía repetir; pero su bautismo se pospuso y murió antes de poder recibirlo. Es altamente improbable que consintiera recibirlo. Cito las palabras del historiador, en las que comenta el fracaso de las labores del general entre los indios. «Cortés comenzó á dar orden de la conversión de los Naturales, diciéndoles, que pues eran vasallos del Rey de España que se tornasen Cristianos como él lo era, y así comenzáron á Bautizar algunos aunque fuéron muy pocos, y Motecuhzoma aunque pidió el Bautismo, y sabia algunas de las oraciones como eran el Ave María, y el Credo, se dilató por la Pasqua siguiente, que era la de Resurrección, y fue tan desdichado que nunca alcanzó tanto bien y los Nuestros con la dilacion y aprieto en que se viéron, se descuidaron, de que pesó á todos mucho muriese sin Bautismo», *Historia de la nación Chichimeca*,

manuscrito, cap. 87.

¹⁵⁹ «O Malinche, y como nos quereis echar á perder á toda esta ciudad, porque estarán mui enojados nuestros Dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en que pararán», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 107.

¹⁶⁰ Esta operación es narrada con mayor discrepancia de la habitual por los diferentes escritores. Cortés le asegura al emperador que ocupó el templo y derribó los falsos dioses por la fuerza, a pesar de las amenazas de los mexicanos (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 106). La improbabilidad de esta gesta quijotesca asombra a Oviedo quien sin embargo la transcribe (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 10). Realmente, parece que el general estaba demasiado deseoso de mostrar su celo militar para mejorar a los ojos de su señor. La relación de Díaz y de otros cronistas tal y como aparece en el texto parece la más probable. Comp. Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, ubi supra. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 8, cap. 6. Argensola, *Anales*, lib. I, cap. 88.

¹⁶¹ «Para mí yo tengo por marabilla, é grande, la mucha paciencia de Montezuma, y de los Indios principales, que assí viéron tratar sus Templos, é Ídolos: Mas su disimulacion adelante se mostró ser otra cosa viendo, que vna Gente Extrangera, é de tan poco número, les prendió su Señor é porque formas los hacia tributarios, é se castigaban é quemaban los principales, é se aniquilaban y disipaban sus templos, é hasta en aquellos y sus antecesores estaban. Recia cosa me parece soportarla con tana quietud; pero adelante, como dirá la Historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba oculto en todos los Indios generalmente», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 10.

¹⁶² Según Herrera, fue el mismo demonio el que le comunicó esto a Montezuma y ofrece el contenido del diálogo entre las dos partes (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 9, cap. 6). Realmente la aparición de Satán en forma corpórea en esta ocasión es mantenida con firmeza por la mayoría de los historiadores de la época. Oviedo, un hombre de amplios conocimientos en la mayoría de los temas, habla con poca más cualificación sobre este tema. «Porque la Misa y Evangelio, que predicaban y decian los christianos, le [al Diablo] daban gran tormento; y débese pensar, si verdad es, que esas gentes tienen tanta conversacion y comunicacion con nuestro adversario, como se tiene por cierto en estas Indias, que no le podia á nuestro enemigo placer con los misterios y sacramentos de la sagrada religion christiana», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

¹⁶³ «É Cortés proveió de maestros é personas que entendiesen la labor de los Navíos, é dixo despues á los Españoles desta manera: Señores y hermanos, este Señor Montezuma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan Navíos. Id con estos Indios é córtese la madera; é entretanto Dios nos proveerá de gente é socorro; por tanto, poned tal dilacion que parezca que haceis algo y se

haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escrivid éavisad que tales estáis en obra» (Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47). También Gómara (*Crónica de Nueva España*, cap. 95). Díaz niega cualquier orden secreta, alegando que Martín López, el principal constructor, le aseguró que se dieron toda la prisa posible en construir los tres barcos. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 108.

¹⁶⁴ «Puedo decir sin jactancia», observa nuestro viejo cronista de enérgico corazón Bernal Díaz, «que estaba tan acostumbrado a este tipo de vida que desde la conquista del país nunca he podido echarme a dormir desvestido o en una cama y sin embargo duermo tan profundamente como si estuviera sobre las plumas más suaves. Incluso cuando hago las rondas de mi *encomienda*, nunca llevo cama conmigo, a no ser que vaya en compañía de otros caballeros que atribuyan esto a la parsimonia. Pero incluso entonces me echo sobre ella con la ropa puesta. Debo añadir que no puedo dormir largo tiempo por la noche sin levantarme a mirar los cielos y las estrellas y quedarme un rato al raso y esto sin bonete y sin cubrir mi cabeza con nada. Y gracias a Dios, no he recibido de ello daño alguno. Menciono estas cosas para que todo el mundo comprenda de que material estábamos hechos los verdaderos conquistadores y lo bien instruidos que estábamos en las armas y en las guardias», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 108.

Capítulo VI

Suerte de los emisarios de Cortés. Medidas en la corte castellana. Preparativos de Velázquez. Narváez desembarca en México. Diplomática conducta de Cortés. Salida de la capital. 1520

Antes de explicar la naturaleza de las noticias a las que aludimos en el capítulo anterior será necesario echar un vistazo a lo que había sucedido anteriormente. La nave que, como recordará el lector, llevaba a los enviados Puertocarrero y Montejo con las cartas desde Vera Cruz, después de tocar, en contra de las órdenes, la costa norte de Cuba y extender las noticias de los últimos descubrimientos, siguió su camino sin interrupción hacia España, y a principios de octubre de 1519 llegó al pequeño puerto de San Lúcar. Su llegada y las noticias que traían causaron una gran sensación, escasamente inferior a la que creó el descubrimiento de Colón. Porque ahora, por primera vez, todas las magníficas expectativas creadas sobre el nuevo mundo parecían destinadas a realizarse.

Desgraciadamente, se encontraba en ese momento en Sevilla una persona llamada Benito Martín, capellán de Velázquez, el gobernador de Cuba. En cuanto este hombre supo de la llegada de los enviados y de los detalles de su historia, interpuso una reclamación ante la *Casa de Contratación*^{*}, acusando a los que iban a bordo del barco de amotinamiento y rebelión contra las autoridades de Cuba, así como de traición a la Corona¹⁶⁵. Como consecuencia de estas protestas, los funcionarios públicos tomaron posesión

del barco y se prohibió a los que estaban a bordo que retiraran sus efectos personales o cualquier cosa de él. A los enviados ni siquiera se les entregaron los fondos destinados para costear el viaje, ni una considerable suma remitida por Cortés a su padre, don Martín. En esta situación embarazosa no tuvieron más alternativa que presentarse, lo más rápido posible, ante el emperador, entregar las cartas que habían traído de la colonia y buscar reparación para sus propios agravios. Primero buscaron a Martín Cortés, que residía en Medellín, y con él hicieron la mayor parte del camino hacia la Corte.

Carlos V se encontraba entonces en su primera visita a España después de su coronación. No fue una visita muy larga, pero sí lo suficiente para disgustar a sus súbditos y perder, en buena medida, su afecto. Había recibido últimamente noticias de la elección de la corona imperial de Alemania. Desde ese momento sus ojos se habían vuelto hacia esa región. Su estancia en la Península se prolongó tan sólo para poder conseguir los medios necesarios para aparecer con esplendor en el gran teatro de Europa. Cada acto mostraba claramente también que la diadema de sus antecesores tenía poca importancia en comparación con el cetro imperial en el que ni sus compatriotas ni su propia posteridad podían tener el más mínimo interés. El interés era completamente personal.

En contra del uso establecido, había convocado las Cortes de Castilla en Compostela, una remota ciudad del Norte, que no presentaba más ventajas que la de estar cerca de su lugar de embarque¹⁶⁶. En su camino hacia allí se detuvo algún tiempo en Tordesillas, la residencia de su infeliz madre, Juana la loca. Es aquí donde los enviados de Vera Cruz se presentaron ante él en marzo de 1520. Casi al mismo tiempo que los tesoros que habían traído llegaban a la Corte, donde provocaron una admiración sin límites¹⁶⁷. Hasta entonces las

mercancías que habían llegado del nuevo mundo habían sido principalmente productos vegetales que, aunque las más seguras, son las más lentas fuentes de riqueza. Hasta ahora, oro habían visto poco y aun éste, en estado natural o trabajado en las baratijas más rudimentarias. Los cortesanos contemplaban asombrados las grandes cantidades del precioso metal y la delicada manufactura de los diferentes artículos, especialmente del plumaje ricamente teñido. Y a medida que escuchaban los relatos, escritos u orales del gran imperio azteca, sintieron la seguridad de que los barcos castellanos habían llegado finalmente a las doradas indias que hasta ahora parecían haberles huido.

En este favorable estado de ánimo es difícil dudar que el monarca hubiera aceptado la petición de los enviados y confirmado los irregulares procedimientos de los conquistadores, de no ser por la oposición de una persona que se encontraba en el puesto más alto del departamento de Indias. Éste era Juan Rodríguez de Fonseca, anterior deán de Sevilla, ahora obispo de Burgos. Era un hombre de familia noble y se le había encargado la dirección de los asuntos coloniales con el descubrimiento del nuevo mundo. Al fundar Fernando el Católico el Consejo de Indias, se le había hecho presidente del mismo y ocupaba el cargo desde entonces. Su larga presencia en un puesto de gran importancia y dificultad demuestra su capacidad para los negocios. No era raro en aquella época encontrar eclesiásticos en altos puestos civiles e incluso militares. Fonseca parece haber sido una persona activa y eficiente, mejor dotada para una vocación seglar que religiosa. Tenía realmente poco de religioso en su temperamento, rápido para tomar la ofensiva y lento para perdonar. Sus resentimientos parecen haberse alimentado y perpetuado como parte de su naturaleza. Desgraciadamente, su posición le permitió desplegarlos hacia algunas de las personas más

ilustres de su época. Por resentimiento ante un desaire real o imaginado de Colón, había frustrado constantemente los planes del gran navegante. Había mostrado los mismos sentimientos poco amistosos hacia el hijo del almirante, Diego, el heredero de sus honores y ahora a partir de este momento mostró un espíritu similar hacia el conquistador de México. La causa inmediata de esto eran sus relaciones personales con Velázquez, con quien estaba casada una familiar cercana¹⁶⁸.

Mediante las quejas de este prelado, Carlos, en lugar de una respuesta favorable a los enviados, pospuso su decisión hasta que llegaran a La Coruña, su lugar de embarque¹⁶⁹. Pero aquí se vio enormemente presionado por los problemas que su conducta poco diplomática había provocado, así como por los preparativos del viaje. La resolución de los asuntos coloniales que, largamente pospuestos, se habían acumulado en sus manos, estaba reservada a su última semana en España. Pero los asuntos del «joven almirante» consumieron tanto tiempo que no le quedó nada para dedicárselo a los de Cortés, excepto para instruir a la junta de Sevilla que remitieran a los enviados los fondos necesarios para sufragar los costes del viaje. El 16 de mayo de 1520, el impaciente monarca se despidió de su descuidado reino sin intentar dirimir la disputa entre sus beligerantes vasallos en el nuevo mundo y sin un esfuerzo por promocionar la magnífica empresa que le aseguraría la posesión de un imperio. ¡Qué contraste con la política de sus ilustres predecesores Fernando e Isabel!¹⁷⁰.

El gobernador de Cuba, mientras tanto, sin esperar el apoyo de casa, tomó en sus manos las medidas para compensarlo. Hemos visto en un capítulo anterior lo hondamente que le habían alcanzado los informes de las acciones de Cortés y los tesoros que su barco llevaba a España. Su mente estaba llena de rabia, mortificación y

avaricia defraudada. No podía perdonarse haber confiado la aventura en tales manos. La misma semana que Cortés había partido para tomar el mando de la flota, Carlos V había firmado una *capitulación** concediéndole a Velázquez el título de *adelantado**, aumentando sus poderes iniciales¹⁷¹. El gobernador decidió sin pérdida de tiempo enviar una fuerza a la costa azteca que le permitiera reafirmar plenamente su nueva autoridad y vengarse de su oficial rebelde. Comenzó sus preparativos ya en octubre¹⁷². Inicialmente se proponía tomar él mismo el mando. Pero su enorme peso, que le invalidaba para los esfuerzos que acompañaban a una expedición de ese tipo o, según su propia versión, el cariño a sus súbditos indios, que en ese momento estaban siendo mermados por una epidemia, le llevaron a delegar el mando a otro¹⁷³.

La persona que eligió fue un hidalgo castellano llamado Pánfilo de Narváez. Había acompañado a Velázquez en la dominación de Cuba, donde su conducta se caracterizó por su crueldad, que tan a menudo se asocia a los primeros aventureros españoles. Desde esa época siguió ocupando importantes puestos en el gobierno y fue un claro favorito de Velázquez. Era un hombre de cierta capacidad militar, aunque negligente y laxo en su disciplina. Poseía sin duda coraje, pero mezclado con una arrogancia o más bien una confianza desmesurada en sus propios poderes, lo que le hacía sordo a las sugerencias de otros más sagaces que él. En general, le faltaba esa prudencia y visión calculadora necesaria para un líder que tuviera que enfrentarse con un antagonista como Cortés¹⁷⁴.

El gobernador y su lugarteniente no descansaron en sus esfuerzos para reunir un ejército. Visitaron todas las ciudades de tamaño considerable de la isla equipando barcos, almacenando reservas y municiones y animando a voluntarios a que se alistaran con generosas promesas. Pero

la recompensa más efectiva era la garantía de los ricos tesoros que les esperaban en las doradas regiones de México. Tanta confianza tenían en esta expectativa que todas las clases y edades competían entre sí en entusiasmo por embarcar en la expedición, hasta el punto que parecía que toda la población blanca desertaría la isla y se la dejaría a sus antiguos habitantes¹⁷⁵.

Las noticias de estos hechos pronto se extendieron por las islas y atrajeron la atención de la Audiencia Real de Santo Domingo. Este cuerpo tenía a su cargo, en ese momento, no sólo la más alta autoridad judicial en las colonias, sino también la jurisdicción civil, que, como se quejaba «el Almirante», invadían sus propios derechos. El tribunal contempló con alarma la expedición que Velázquez estaba preparando, que, fuera cual fuera el desenlace en cuanto a las partes, no podía más que comprometer los intereses de la corona. Eligieron, por tanto, a uno de ellos, el licenciado Ayllón, un hombre prudente y resuelto, y lo enviaron a Cuba con instrucciones de interponer su autoridad y detener si era posible los preparativos de Velázquez¹⁷⁶.

A su llegada, encontró al gobernador en la parte occidental de la isla muy ocupado en tener la flota preparada para zarpar. El licenciado le explicó el propósito de su misión y la opinión de la Real Audiencia sobre la empresa que se había propuesto. La conquista de un poderoso país como México requería toda la fuerza de los españoles y si una mitad se enfrentaba a la otra no podía provocar nada más que la ruina. Era obligación del gobernador, como buen súbdito, renunciar a cualquier animosidad privada y apoyar a aquellos que estaban ahora dedicados a esa gran tarea, enviándoles los suministros necesarios. Podía, de hecho, proclamar sus propios poderes y exigirles obediencia. Pero si ésta fuera rechazada, debería dejar la resolución de la disputa a los tribunales autorizados y dedicar sus recursos a

continuar el descubrimiento en otra dirección, en lugar de poner todo en peligro con hostilidades con su rival.

La admonición, aunque muy sensata y saludable, no fue nada del agrado del gobernador. Reconoció, de hecho, no tener intención de entrar en hostilidades con Cortés. Sólo pretendía reafirmar su legítima jurisdicción sobre los territorios descubiertos bajo sus propios auspicios. Al mismo tiempo rechazó el derecho de Ayllón o de la Real Audiencia a interferir en la materia. Narváez era aún más obstinado y, como la flota ya estaba preparada, proclamó su intención de zarpar en unas pocas horas. Ante este estado de cosas, el licenciado, frustrada su intención inicial de detener la expedición, decidió acompañarla en persona, para evitar, si era posible, con su presencia, una ruptura abierta de las partes¹⁷⁷.

La escuadra estaba compuesta de dieciocho barcos, grandes y pequeños. Llevaba novecientos hombres, ochenta de los cuales eran caballeros, otros ochenta arcabuceros, ciento cincuenta ballesteros, contaba con un número de armas pesadas y una gran provisión de municiones y reservas militares. Además, había mil indios nativos de la isla que fueron probablemente en calidad de sirvientes¹⁷⁸. Nunca (excepto en un caso)¹⁷⁹ una flota tan majestuosa había surcado los mares indios. Nada comparable se había fletado en el mundo occidental.

Al abandonar Cuba a principios de marzo de 1520, Narváez mantuvo prácticamente el mismo rumbo que Cortés y, rodeando lo que entonces se llamaba la «isla del Yucatán»¹⁸⁰, después de una fuerte tempestad en la que algunos de sus barcos más pequeños se hundieron, ancló el 23 de abril en San Juan de Ulúa. Era también el lugar donde Cortés había desembarcado por primera vez, las arenosas soledades que ahora cubre la ciudad de Vera Cruz.

Aquí el comandante se encontró con un español, uno de

aquellos enviados por el general desde México para determinar los recursos del país, especialmente de sus productos minerales. Este hombre subió a bordo de la flota y a través de él los españoles recabaron los detalles de todo lo que había ocurrido desde que los enviados partieran de Vera Cruz; la marcha hacia el interior, las sangrientas batallas con los tlaxcaltecas, la ocupación de México, el rico tesoro encontrado allí y la captura del monarca, gracias a la cual, concluyó el soldado, «Cortés gobierna la tierra como su soberano, de tal manera que un español puede viajar desarmado de una punta a la otra del país sin insulto ni injuria»¹⁸¹. Su audiencia escuchaba esta maravillosa narración enmudecida de asombro y la leal indignación de Narváez iba creciendo a medida que conocía el valor del tesoro que había sido arrebatado a su patrón.

En ese momento hizo pública abiertamente su intención de marchar contra Cortés y castigarle por su rebelión. Hizo su alarde de forma tan ostensible, que los nativos vinieron en tropel al campamento que se había formado rápidamente en la orilla, comprendiendo enseguida que los recién llegados no eran amigos, sino enemigos de los anteriores. Narváez decidió también, aunque en contra del consejo del español que citó el ejemplo de Cortés, fundar un asentamiento en este lugar poco prometedor y dispuso todo lo necesario para organizar el ayuntamiento. El soldado le informó de la existencia de la vecina colonia de Villa Rica, que se encontraba bajo las órdenes de Sandoval y que tenía algunos heridos que, estaba seguro, se rendirían nada más se les emplazara a ello. Sin embargo, en lugar de marchar contra el lugar decidió enviar una embajada amistosa para demostrar sus poderes y demandar la rendición de la plaza¹⁸².

Estos últimos pasos disgustaron seriamente a Ayllón, quien veía que conducirían inevitablemente al

enfrentamiento con Cortés. Pero en vano se quejó y amenazó con presentar los actos de Narváez ante el gobierno. Éste, irritado por su continua oposición y su agria reprimenda, decidió deshacerse de un compañero que actuaba como un espía sobre sus movimientos. Hizo que se le detuviera y que fuera enviado a Cuba. El licenciado consiguió persuadir al capitán del barco para que cambiara de rumbo a Santo Domingo y cuando llegó allí la Real Audiencia preparó un informe formal de sus acciones, mostrando en fuertes tonos la conducta desleal del gobernador y de su lugarteniente, que fue posteriormente enviado a España¹⁸³.

Sandoval mientras tanto no había dejado de prestar atención a los movimientos de Narváez. Desde el momento de su primera aparición en la costa, este vigilante oficial, desconfiando del objetivo de la flota, le había mantenido vigilado. En cuanto fue informado del desembarco de los españoles, el comandante de Villa Rica envió a los pocos soldados heridos a un lugar seguro cercano. Después puso sus empalizadas en la mejor posición de defensa que pudo y se preparó para resistir en la plaza hasta el último extremo. Sus hombres prometieron resistir con él y, para fortalecer de la forma más eficaz la resolución de cualquiera que pudiera flaquear, ¡ordenó que se levantara una horca en una parte bien visible de la ciudad! La lealtad de sus hombres no se puso en juicio.

Los únicos invasores del lugar fueron un cura y un notario y otros cuatro españoles elegidos por Narváez para la misión antes mencionada. El nombre del eclesiástico era Guevara. Al presentarse ante Sandoval le dirigió una alocución formal en la que pomposamente enumeró los servicios y reclamaciones de Velázquez, acusó a Cortés y a sus seguidores de rebelión y demandó a Sandoval que ofreciera su sumisión como leal súbdito de la nueva

autoridad constituida por Narváez.

El comandante de La Villa Rica estaba tan encendido ante esta mención poco ceremoniosa de sus compañeros de armas, que aseguró al reverendo enviado, que nada más que el respeto por sus hábitos le salvaba del castigo que se merecía. Guevara se irritó a su vez y llamó al notario para que leyera la proclamación. Pero Sandoval se interpuso prometiendo al funcionario que si intentaba hacerlo sin antes presentar una garantía de su autoridad de la corona, sería azotado con dureza. Guevara perdió todo control de sí mismo ante esto y pateando el suelo repitió sus órdenes en un tono más imperioso que antes. Sandoval no era un hombre de muchas palabras. Simplemente señaló que el documento debería ser leído al general en México. Al mismo tiempo ordenó a sus hombres que trajeran unos cuantos *tamames* o portadores indios, robustos, sobre cuyas espaldas el desventurado sacerdote y sus compañeros fueran atados como otros tantos fardos de mercancía. Después se les puso bajo la guardia de veinte españoles y toda la caravana partió hacia la capital. Viajaron noche y día, deteniéndose únicamente para obtener relevos frescos de portadores y, a medida que pasaban por populosas ciudades, bosques y campos labrados, que desaparecían vertiginosamente, los españoles desconcertados por lo extraño de la escena, así como por la novedad del medio de transporte, difícilmente sabían si estaban despiertos o en un sueño. De esta manera, finalizado el cuarto día, llegaron al lago de Texcoco, desde donde se divisaba la capital¹⁸⁴.

Sus habitantes ya habían sido informados de la reciente llegada de hombres blancos a la costa. En realidad, a Montezuma le habían informado directamente de su desembarco, y se dice (lo que no parece probable) que se lo ocultó varios días a Cortés¹⁸⁵. Finalmente, invitándole a una entrevista, le comunicó que no había más obstáculos para

que partiera del país, ya que había una flota lista para él. Ante las preguntas del asombrado general, Montezuma respondió señalando a un mapa jeroglífico que le habían enviado de la costa en el que los barcos, los mismos españoles y todo su equipamiento estaban delineados con detalle. Cortés, borrando cualquier emoción excepto la de placer, exclamó: «¡Bendito sea el Redentor por sus mercedes!». Al volver a sus habitaciones, la noticia fue recibida por las tropas con sonoros gritos, el disparo de un cañón y otras demostraciones de alegría. Miraban a los recién llegados como refuerzos de España. No así su comandante. Desde el primer momento sospechó que los enviaba su enemigo, el gobernador de Cuba. Comunicó sus sospechas a sus oficiales, a través de los cuales llegaron gradualmente hasta los hombres. La ola de alegría se frenó inmediatamente y fue seguida de alarmantes aprensiones, ya que comenzaron a pensar en la probabilidad de que esto fuera así y en la fuerza de los invasores. Sin embargo, su lealtad no les abandonó y se prometieron mantenerse fieles a su causa y enfrentar con su jefe lo que pudiera venir. Fue uno de esos momentos que probaban hasta qué punto tenía influencia Cortés sobre estos salvajes aventureros. Todas las dudas desaparecieron pronto con la llegada de los prisioneros de Villa Rica.

Uno del convoy, dejando al grupo en los suburbios, entró en la ciudad y entregó al general una carta de Sandoval en la que le daba a conocer los detalles. Cortés envió inmediatamente a por los prisioneros, ordenó que fueran puestos en libertad y que se les proporcionaran caballos para entrar en la capital, un medio de transporte más honroso que las espaldas de los *tamames*. A su llegada, los recibió con acentuada cortesía, se excusó por la ruda conducta de sus oficiales y se mostró deseoso, mediante las atenciones más diligentes, de calmar su irritación. Mostró aún más su buena

voluntad prodigándose en regalos a Guevara y a sus adjuntos hasta que gradualmente consiguió tal cambio en su disposición, que de enemigos pasaron a ser amigos, y sonsacó muchos detalles importantes relacionados no sólo con las intenciones de su jefe, sino con los sentimientos de su ejército. Los soldados, en general, dijeron, lejos de desear la ruptura con los de Cortés, cooperarían deseosos con ellos si no fuera por su comandante. No tenían resentimientos que satisfacer. Su objetivo era el oro. La influencia personal de Narváez no era grande y su arrogancia y mísero temperamento habían llegado ya lo suficientemente lejos como para perder el apoyo de sus seguidores. Estas insinuaciones no se le escaparon al general.

Envió una carta a su rival escrita en los términos más conciliadores. Le rogaba que no proclamara su animosidad al mundo y, encendiendo el espíritu de insubordinación en los nativos, desestabilizara todo aquello que se había conseguido hasta ahora. Una colisión violenta sería perjudicial incluso para el vencedor y fatal para ambos. Sólo con la unión podían buscar el éxito. Estaba dispuesto a recibir a Narváez como un hermano de armas para compartir con él los frutos de la conquista y, si presentaba una comisión real, a someterse a su autoridad. Cortés bien sabía que no tenía tal comisión¹⁸⁶.

Poco después de la partida de Guevara y sus camaradas¹⁸⁷, el general decidió mandar un enviado especial de su propia parte. La persona elegida para esta delicada tarea fue el padre Olmedo, quien a lo largo de la campaña había mostrado un práctico sentido común y un talento para las negociaciones, que no siempre se encuentran en personas de su vocación espiritual. Se le confió otra carta a Narváez de contenido similar a la anterior. Cortés escribió también al licenciado Ayllón, de cuya partida nada sabía, y a Andrés Duero, anterior secretario de Velázquez y su amigo personal,

que había venido con la flota. Se le dijo a Olmedo que hablara con estas personas en privado, así como con el primer oficial y con soldados y hasta donde fuera posible les infundiera el espíritu de avenencia. Para darle más peso a sus argumentos se le proporcionó una buena cantidad de oro.

Durante este tiempo, Narváez había abandonado su plan original de establecer una colonia en la costa y había cruzado el país hasta Cempoala, donde había establecido su cuartel general. Aquí estaba cuando Guevara volvió y le entregó la carta de Cortés.

Narváez la miró por encima con gesto de desdén, que cambió a uno de severo disgusto a medida que su enviado se extendía sobre los recursos y el formidable carácter de su rival, aconsejándole, por todos los medios, que aceptara sus ofertas de buenas relaciones. Entre la tropa, que escuchaban con oídos ansiosos los relatos de Cortés, sus modales francos y liberales, que involuntariamente compararon con los de su propio comandante, la riqueza de su campamento, donde el más humilde de los privados podía jugarse su lingote o su cadena de oro, donde todos se deleitaban en la abundancia y la vida del soldado parecían ser unas largas vacaciones, produjo un efecto distinto. A Guevara sólo se le había mostrado la parte brillante del paisaje.

La impresión que causaron estos relatos se vio fortalecida por la presencia de Olmedo. El eclesiástico entregó sus misivas de la misma manera a Narváez, quien recorrió su contenido con sentimientos de enfado que se convirtieron en las invectivas más ignominiosas contra su rival, mientras que uno de sus capitanes, llamado Salvatierra, abiertamente confesaba su intención de cortarle las orejas al rebelde y asarlas para su desayuno¹⁸⁸. Las salidas de tono tan poco comedidas no alarmaron al fraile, de ánimo fuerte, que pronto entró en comunicación con muchos de los oficiales y

soldados, a quienes encontró más inclinados al acuerdo. Su evocadora elocuencia, apoyada por su liberal generosidad, fue gradualmente abriendo el camino de sus corazones y se formó un partido bajo los ojos de su propio jefe, más cercano a los intereses de su rival que a los propios. La intriga no podía llevarse tan en secreto como para esquivar completamente las sospechas de Narváez, quien hubiera arrestado a Olmedo y le hubiera puesto bajo custodia, de no ser por la interposición de Duero. Éste puso fin a las maquinaciones enviándole de vuelta con su señor. Pero el veneno que permaneció haciendo su trabajo.

Narváez repitió el mismo alarde que hizo al desembarcar de su decisión de marchar contra Cortés y prenderle como traidor. Los Cempoaltecas se enteraron con sorpresa de que sus nuevos huéspedes, aunque compatriotas, eran enemigos de los primeros. Narváez también proclamó su intención de liberar a Montezuma de su cautiverio y devolverle el trono. Se dice que recibió un rico presente del emperador azteca y que inició una correspondencia con él¹⁸⁹. Que Montezuma le tratara con su habitual munificencia, suponiéndole un amigo de Cortés, es muy probable. Pero que hubiera entrado en comunicación secreta, hostil a los intereses del general, es demasiado incoherente con el tenor general de su conducta como para admitirlo a la ligera.

Estas acciones no escaparon de la vigilante mirada de Sandoval, quien a partir de los desertores que huyeron a Villa Rica y de sus propios agentes que vestidos de nativos se introdujeron en el campamento del enemigo, recabó noticias que después envió a Cortés, dándole a conocer la creciente deserción de los indios y urgiéndole a que tomara rápidas medidas para la defensa de Villa Rica, si no quería verla caer en manos del enemigo. El general sintió que era el momento de actuar.

Sin embargo, la elección del rumbo que debería seguir era

extremadamente complicada. Si se quedaba en México y esperaba allí el ataque de su rival, le daría tiempo a éste a reunir a su alrededor todas las fuerzas del imperio, incluyendo las de la misma capital, todos deseosos sin duda de servir bajo el estandarte del jefe que proponía la liberación de su señor. El riesgo era demasiado grande como para asumirlo.

Si marchaba contra Narváez, debía o abandonar la ciudad y al emperador, el fruto de todos sus trabajos y triunfos o, dejando la guarnición para que mantuvieran el respeto que les tenían, disminuir su fuerza, que ya era demasiado escasa como para enfrentarse a su adversario. Sin embargo, este fue el rumbo que tomó. Quizá confió menos en un encuentro armado abierto que en la influencia de su habilidad personal y las anteriores intrigas para conseguir una solución amistosa. Pero se preparó para cualquier resultado.

En el capítulo anterior, se mencionó que Velázquez de León había sido enviado con ciento cincuenta hombres para establecer una colonia en uno de los grandes ríos que desembocan en el golfo de México. Cortés, al saber de la llegada de Narváez, había enviado un mensajero a su oficial, para informarle del hecho y para que detuviera cualquier avance. Pero Velázquez ya había recibido una nota del mismo Narváez, quien en una carta escrita poco después de su llegada le había ordenado en nombre de su pariente, el gobernador de Cuba, que abandonara el estandarte de Cortés y que fuera junto a él. Este oficial, sin embargo, había enterrado hacía tiempo los sentimientos de resentimiento que había albergado en un tiempo contra su general, de quien ahora era un completo devoto y quien le había honrado a lo largo de la campaña con especial atención. Cortés había visto pronto la importancia de asegurarse a este caballero para sus intereses. Sin esperar órdenes, Velázquez abandonó su expedición y comenzó una

contramarcha hacia la capital, cuando recibió las órdenes del general de esperarle en Cholula.

Cortés también había ordenado que vinieran unos refuerzos de dos mil nativos de la distante provincia de Chinantla, situada al sudeste de Cholula. Eran una valiente raza, enemigos de los mexicanos y que le habían ofrecido sus servicios desde que residía en la metrópolis. En batalla utilizaban una lanza larga, más larga en realidad que la que llevaba la infantería española o alemana. Cortés ordenó que le prepararan trescientas de estas lanzas de doble punta) y que llevaran puntas de cobre en lugar de *itztli*. Con esta arma formidable se proponía detener la caballería de su enemigo.

La dirección de la guarnición en su ausencia fue confiada a Pedro de Alvarado, el *Tonatiuh* de los mexicanos, un hombre que poseía muchas cualidades de mando, espíritu intrépido aunque un poco arrogante y su propio y sincero amigo personal. Le pidió moderación y paciencia. Debía mantener una estrecha vigilancia sobre Montezuma, ya que en la posesión del rey se encontraba toda la autoridad sobre la tierra. Debía mostrarle la deferencia que merecía su alto rango y que exigía la política. Igualmente, debía prestar el mismo respeto a los usos y prejuicios del pueblo, recordando que aunque su pequeña fuerza era lo suficientemente grande como para vencerles en tiempos de tranquilidad, en caso de que se levantaran sería arrasada como una paja en un torbellino.

De Montezuma obtuvo la promesa de mantener las mismas relaciones amistosas con su lugarteniente que había tenido con él. Lo cual, dijo Cortés, le agradecería mucho su propio señor, el soberano español. En caso de que el príncipe azteca hiciera de otro modo y se permitiera cualquier movimiento hostil, podía estar seguro de que sería la primera víctima de ello.

El emperador le aseguró que su buena voluntad continuaría. Sin embargo, estaba extremadamente perplejo ante los últimos acontecimientos. ¿Quiénes eran los verdaderos representantes de su soberano, los españoles en su Corte o los que acababan de desembarcar? Cortés, que hasta entonces había mantenido cierta reserva sobre el tema, le contó ahora que estos que acababan de llegar eran en realidad sus compatriotas, pero que eran traidores a su señor. Como tales, era su doloroso deber marchar contra ellos, y cuando hubiera castigado su rebelión volvería, antes de su partida del país, en triunfo hasta la capital. Montezuma ofreció cinco mil guerreros aztecas para apoyarle, pero el general declinó la oferta, no deseando rodearse de un cuerpo de ayudantes dudosos y quizá desafectos.

Dejó en la plaza, a las órdenes de Alvarado, ciento cuarenta hombres, dos tercios de todas sus fuerzas¹⁹⁰. Con ellos se quedó toda la artillería, la mayor parte del pequeño cuerpo de caballería y la mayoría de los arcabuceros. Se llevó con él tan sólo setenta soldados, pero eran los hombres de mayor entereza en todo el ejército y sus seguidores más incondicionales. Iban con armas ligeras y con el menor equipamiento posible. Todo dependía de su rapidez de movimientos.

Montezuma, en su litera real llevada a hombros de sus nobles, y escoltado por toda la infantería española, acompañó al general hasta la calzada. Allí, abrazándose de la manera más cordial, se separaron con muestras externas de mutua consideración. Estaban casi a mediados de mayo de 1520, habían pasado ya más de seis meses desde la llegada de los españoles a México. Durante este tiempo habían controlado el país con absoluto dominio. Ahora abandonaban la capital en formación de batalla no contra el enemigo indio, sino contra sus propios compatriotas. Era el principio de una larga carrera de calamidades, interrumpida,

es verdad, por ocasionales triunfos, que todavía se tenía que recorrer antes de poder completar la conquista¹⁹¹.

Notas al pie

* - En español en el original. (N. del T.)

¹⁶⁵ En la colección de manuscritos, hecha por don Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia de la Historia, hay un Memorial de este mismo Benito Martín al emperador, exponiendo los servicios de Velázquez y la ingratitud y revuelta de Cortés y sus seguidores. El documento no tiene fecha, escrito después de la llegada de los enviados, probablemente a finales de 1519 o a comienzos del año siguiente.

¹⁶⁶ Sandoval, ciertamente da una razón singular, la de estar cerca de la costa para permitir a Chièvres y a otros chupasangres flamencos escapar repentinamente del país, si había necesidad, con sus mal logrados tesoros. *Historia de Carlos Quinto*, tom. I, p. 203, ed. Pamplona, 1634.

¹⁶⁷ Véase la carta de Pedro Mártir a su noble amigo y pupilo el marqués de Mondéjar, escrita dos meses después de la llegada del barco de Vera Cruz. *Opus Epist.*, ep. 650.

¹⁶⁸ Zúñiga, *Anales Eclesiásticos y Seculares de Sevilla* (Madrid, 1677), fol. 414. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 5, cap. 14; lib. 9, cap. 17, *et alibi*.

¹⁶⁹ Parece que Velázquez había enviado una relación de las acciones de Cortés y del barco que se detuvo en Cuba con los tesoros, en una fecha tan temprana como octubre de 1519. *Carta de Velázquez al Lic. Figueroa*, manuscrito, 17 nov. de 1519.

* - En español en el original. (N. del T.)

¹⁷⁰ «Con gran música», dice Sandoval, agriamente, «de todos los ministriles y clarines, recogiendo las áncoras, diéron vela al viento con gran regozijo, desando á la triste España cargada de duelos, y desventuras», *Historia de Carlos Quinto*, tom. I, p. 219.

¹⁷¹ El documento fue fechado en Barcelona, el 13 de nov. de 1518. Cortés partió de Santiago el 18 del mismo mes. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 3, cap. 11.

¹⁷² Gómara (*Crónica de Nueva España*, cap. 96) y Robertson (*History of America*, vol. II, pp. 304, 466) consideran que la nueva dignidad de *adelantado* estimuló al gobernador a esta empresa. Por una carta de su puño y letra, en la colección de Muñoz, parece que comenzó las operaciones algunos meses antes de recibir la noticia de su nombramiento. *Carta de Velázquez al Lic. Figueroa*, manuscrito, 17 de nov. de 1519.

¹⁷³ *Carta de Velázquez al Lic. Figueroa*, manuscrito, 17 de nov. de 1519.

¹⁷⁴ Díaz describe así de enigmáticamente a Narváez: «era alto de robustos

miembros, con una enorme cabeza y de barba roja, una agradable presencia una voz profunda y sonora como si surgiera de una caverna. Era un buen y valiente jinete», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 205.

¹⁷⁵ El peligro de que sucediera algo así es recalcado en un memorando del licenciado Ayllón. *Carta al Emperador*, Guaniguanico, 4 de marzo de 1520, manuscrito.

¹⁷⁶ *Proceso y Pesquiza hecha por la Real Audiencia de la Española*, Santo Domingo, 24 de diciembre de 1519, manuscrito.

¹⁷⁷ *Parecer del Lic. Ayllón al adelantado Diego Velázquez*, Isla Fernandina, 1520, manuscrito.

¹⁷⁸ *Relación del Lic. Ayllón*, Santo Domingo, 30 de agosto de 1520, manuscrito. *Proceso y Pesquiza por la Real Audiencia*, manuscrito.

Según Díaz, la artillería ascendía a veinte cañones. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 109.

¹⁷⁹ La gran flota de Ovando, 1501, en la que Cortés quiso embarcar para el nuevo mundo. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. I, lib. 4, cap. II.

¹⁸⁰ «De allí seguimos el viage por toda la costa de la Isla de Yucatán», *Relación del Lic. Ayllón*, manuscrito.

¹⁸¹ «la cual tierra sabe é ha visto este testigo, que el dicho Hernando Cortés tiene pacífica, é le sirven é obedecen todos los Indios; é que cree este testigo que lo hacen por cabsa que el dicho Hernando Cortés tiene preso á un Cacique que dicen Montezuma, que es Señor de lo mas de la tierra, á lo que este testigo alcanza, al cual los Indios obedecen, é facen lo que les manda, é los Cristianos andan por toda esta tierra seguros, é un solo Cristiano la ha atravesado toda sin temor», *Proceso y Pesquiza por la Real Audiencia*, manuscrito.

¹⁸² *Relación del Lic. Ayllón*, manuscrito. *Demanda de Zavillos en nombre de Narváez*, manuscrito.

¹⁸³ Este informe se puede encontrar entre los manuscritos de Vargas Ponce, en los archivos de la Real Academia de la Historia. Ocupa ciento diez páginas en folio y tiene por título *El Proceso y Pesquiza hecha por la Real Audiencia de la Española é tierra nuevamente descubierta. Para el Consejo de su Majestad*.

¹⁸⁴ «É iban espantados de que veian t-atas ciudades y pueblos grandes, que les traian de comer, y vnos los dexaban, y otros los to mavan, y andar por su camino. Diz - e que iban pensando si era encantamiento, ó sueño», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. III. *Demanda de Zavillos*, manuscrito.

¹⁸⁵ «Ya auia tres dias que lo sabia el Monteçuma, y Cortés no sabia cosa ninguna», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap.

110.

¹⁸⁶ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. *Relación segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 117-120.

¹⁸⁷ «Nuestro comandante les dijo tantas cosas agradables», dice Díaz, «y ungió sus dedos con tanto oro, que aunque vinieron como leones rugientes, se fueron a casa perfectamente mansos», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 111.

¹⁸⁸ *Ibid.*, cap. 112.

¹⁸⁹ *Ibid.*, cap. 111.

Oviedo dice que Montezuma reunió a un consejo de sus nobles en el que se decidió dejar que las tropas de Narváez entraran en la capital y después destrozarlos de un golpe junto con las de Cortés (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47). Considerando el respeto que tenían los mexicanos por los últimos, no se podría haber inventado un cuento más improbable. Pero nada es demasiado improbable para la historia, aunque, según la máxima de Boileau, puede que lo sea para la ficción.

¹⁹⁰ En la edición mexicana de las cartas de Cortés, se dice que fueron quinientos hombres (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 122). Pero esto era más que el total de las fuerzas españolas. En la versión de Ramusio de la misma carta, impresa no antes de 1565, el número es el mismo que en el texto (*Navigazioni et Viaggi*, fol. 244). En un documento sin fecha, que incluía las declaraciones juradas de ciertos testigos sobre la gestión del quinto real por parte de Cortés, se dice que en el campamento quedaron ciento cincuenta soldados bajo las órdenes de Alvarado (*Provanza fecha en la nueva España del mar océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde, en nombre de Hernando Cortés*, manuscrito). El recuento de la edición mexicana es sin duda un error.

¹⁹¹ *Carta de Villa de Vera Cruz á el Emperador*, manuscrito. Esta carta sin fecha fue probablemente escrita en 1520. Véase, también para las páginas precedentes, *Probanza fecha á pedimento de Juan Ochoa*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 9, caps. I, 21; lib. 10, cap. 1. *Relación segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 119, 120. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 112-115. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

Capítulo VII

Cortés desciende la meseta. Negocia con Narváez. Se prepara para asaltarle. El campamento de Narváez. Atacado por la noche. Derrota de Narváez. 1520

Atravesando la calzada Sur, por la que habían entrado a la capital, el pequeño grupo pronto se encontró marchando a través del hermoso valle. Escalaron la pantalla montañosa que la naturaleza había desplegado de forma tan ineficaz, pasaron entre los enormes volcanes que como desleales perros guardianes en sus puestos se han hundido en un profundo sueño desde entonces, se abrieron paso entre los intrincados desfiladeros donde anteriormente habían experimentado un clima tan inhóspito y tempestuoso y, saliendo por el lado contrario, descendieron la ladera occidental que se abre sobre la ancha extensión de la feraz llanura de Cholula.

Prestaron poca atención a lo que vieron en su rápida marcha, ni al hecho de si hacía frío o calor. La ansiedad de sus mentes les hacía indiferentes a las inclemencias externas y afortunadamente no tenían ninguna oposición que encontrar por parte de los nativos, porque el nombre de los españoles era en sí un amuleto, una protección mejor que el yelmo o la rodela para el que lo llevaba.

En Cholula, Cortés tuvo la inexpresable satisfacción de encontrar a Velázquez de León con los ciento veinte soldados que habían sido puestos bajo sus órdenes para la fundación de la colonia. Este leal oficial había estado algún tiempo en Cholula esperando la llegada del general. En caso

de que él hubiera fallado, la empresa de Cortés también lo habría hecho¹⁹². La idea de resistir con su propio puñado de seguidores hubiera sido quimérica. Tal y como sucedieron los hechos, su pequeño grupo se triplicó y adquirió una confianza proporcional.

Abrazando cordialmente a sus compañeros de armas, que ahora estaban más unidos que nunca por el sentimiento del peligro común, las tropas unificadas atravesaron con paso ligero las calles de la ciudad sagrada donde más de un montón de ruinas hablaban de la desastrosa visita del otoño anterior. Siguieron la calzada hasta Tlaxcala y a no muchas leguas de distancia de la capital se encontraron con el padre Olmedo y sus compañeros, que volvían del campamento de Narváez, al que como se recordará habían sido enviados. El eclesiástico traía una carta de ese comandante, en la que hacía un llamamiento a Cortés y sus seguidores para que se sometieran a su autoridad como capitán general del país, amenazándoles con un merecido castigo en caso de rechazo o demora. Olmedo le dio una información muy detallada sobre el estado del campamento enemigo. A Narváez lo describió como henchido por la autoridad y negligente en la toma de precauciones contra un enemigo al que despreciaba. Estaba rodeado de un número de oficiales pomposos y engreídos que se ocupaban de su vanidad y cuyos tonos fanfarrones el buen padre, que tenía facilidad para ridiculizar, imitó para gran diversión de Cortés y de los soldados. Muchas de las tropas, dijo, no mostraban gran afición por su comandante y no se sentían nada inclinadas al conflicto con sus compatriotas, un estado enormemente propiciado por las historias que habían oído sobre Cortés, por sus propios argumentos y promesas y por la liberal distribución de oro con la que les había provisto. Además de esto, Cortés reunió importante información con respecto a la posición de las fuerzas del enemigo y de su plan general de

operaciones.

En Tlaxcala los españoles fueron recibidos con franca y amistosa hospitalidad. No se dice, sin embargo, si les habían acompañado alguno de los aliados tlaxcaltecas desde México. Si lo hicieron no fueron más allá de su ciudad natal. Cortés pidió un refuerzo de seiscientas tropas frescas para que le acompañasen en la expedición. Se le concedió rápidamente, pero antes de que la expedición hubiera recorrido muchas millas en su ruta, los ayudantes indios fueron descolgándose uno tras otro y volviendo a su ciudad. No tenían sentimientos personales de animosidad que satisfacer en esta ocasión como en la guerra contra México. También puede que fuera porque, aunque intrépidos en la guerra contra las razas indias más bravas, habían tenido una experiencia demasiado mala con las habilidades de los hombres blancos como para querer medir espadas de nuevo con ellos. En cualquier caso, desertaron en tal número que Cortés despidió al resto inmediatamente diciendo con buen humor que: «Prefería despedirse de ellos ahora que en el momento de la verdad».

Las tropas pronto entraron en ese salvaje distrito cercano a Perote, regado con los restos de materia volcánica, que forma un contraste tan singular con la tónica general de belleza que marca el lugar. No pasó mucho tiempo antes de que su vista fuera reconfortada por la aproximación de Sandoval y unos sesenta soldados de la guarnición de Vera Cruz, incluyendo a varios desertores del enemigo. Era un refuerzo de la máxima importancia, no tanto por el número de los hombres como por el carácter del comandante, en todos los sentidos uno de los capitanes más hábiles en servicio. Se había visto obligado a dar la vuelta par evitar caer en manos del enemigo y se había abierto camino a través de densos bosques y salvajes pasos de montaña hasta que afortunadamente había llegado al punto acordado de

encuentro sin accidentes y se había puesto una vez más bajo el estandarte de su jefe¹⁹³.

En el mismo lugar, Cortés también se encontró con Tobillos, el español que había mandado para recoger las lanzas de Chinantla. Estaban realizadas a la perfección, según el patrón que se les había dado, lanzas de doble punta, acabadas en cobre y de gran longitud. Tobillos instruyó a los hombres en la utilización de esta arma, cuyos formidables usos, especialmente contra el caballo, habían quedado completamente comprobados a finales del último siglo por parte de los batallones suizos en su encuentro con los caballero burgundios, los mejores de Europa¹⁹⁴.

Cortés en este momento pasó revista a su ejército, si una fuerza tan mísera puede ser así llamada y descubrió que eran doscientos sesenta y seis, de los cuales sólo cinco iban montados. Entre ellos había desperdigados unos pocos mosquetes y ballestas. En armas defensivas eran tristemente deficientes. En su mayor parte iban protegidos con el jubón acolchado del país densamente repleto de algodón, el *escaupil*, recomendado por su mayor ligereza, pero que, aunque capaz de rechazar una flecha de los indios, era ineficaz contra una bala de mosquete. La mayor parte de estas armaduras estaba extremadamente mal cuidadas, evidenciando, en sus antiestéticos huecos, el duro servicio y los fuertes golpes. La mayoría, en esta emergencia, hubieran dado cualquier cosa (lo mejor de las cadenas de oro que llevaban en un espectáculo de mal gusto sobre sus pobres atuendos) por un casco de acero o coraza en lugar de su propia armadura golpeada y maltrecha¹⁹⁵.

Bajo esta tosca cubierta, sin embargo, portaban unos corazones fuertes y valerosos como nunca han latido en pecho humano. Porque eran los héroes, todavía invictos en muchos duros campos de batalla, donde las desproporciones contra ellos habían sido incalculables. Tenían amplia

experiencia del país y de los nativos, conocían bien el carácter de su propio comandante, bajo cuya mirada se habían entrenado, hasta que cada movimiento era en obediencia a él. Todo el cuerpo parecía constituir un individuo en cuanto a la unidad de intención y de acción. Por eso su fuerza real efectiva se veía increíblemente aumentada y, lo que no era menos importante, el soldado más humilde lo sentía así.

Las tropas reiniciaron entonces su marcha a través de la meseta, hasta que llegaron a la ladera este, aligerando su esfuerzo, ya que descendían hacia las anchas llanuras de la *tierra caliente*, que se extendían como un infinito océano verde bajo ellos. A unas quince leguas de distancia de Cempoala, donde Narváez, como se ha dicho, había establecido el campamento, encontraron otra embajada de ese comandante. La formaban el padre Guevara, Andrés de Duero y dos o tres más. Duero, el leal amigo de Cortés, había sido la persona, en un principio, más decisiva en la obtención del permiso de Velázquez. Ahora se saludaron con un cálido abrazo y hasta que no conversaron largamente sobre asuntos privados, no le reveló el secretario el objetivo de su visita.

Portaba una carta de Narváez, formulada en términos un poco diferentes de la precedente. Ese oficial exigía ciertamente el reconocimiento de su autoridad como principal en el territorio, pero ofrecía sus barcos para transportar a todos los que lo desearan junto con sus tesoros y efectos fuera del país, sin vejaciones ni procesos. El tenor más liberal de estos términos se debía sin duda a la influencia de Duero. El secretario urgió fuertemente a Cortés a que los aceptara como lo más favorable que podía obtener y como la única alternativa que le permitía una posibilidad de salvarse en su desesperada situación. «Porque, por muy valiente que sean tus hombres, ¿cómo

pueden esperar», preguntó, «enfrentarse a una fuerza tan superior en número y en equipamiento como la de su adversario?». Pero Cortés se lo había jugado todo a una carta y no era un hombre que se echara atrás. «Si Narváez lleva una comisión real», respondió, «me someteré inmediatamente a él. Pero no ha mostrado ninguna. Es un segundo de mi rival, Velázquez. En cuanto a mí, soy un sirviente del rey, he conquistado el país para él, yo y mis valientes seguidores lo defenderemos, puedes estar seguro, hasta la última gota de sangre. Si caemos, será suficiente gloria haber perecido en el desempeño de nuestro deber»¹⁹⁶.

Su amigo puede que se quedara algo perplejo al comprender que la autoridad de Cortés se basaba en un argumento distinto del de Narváez y que si ambos tenían el mismo superior, el gobernador de Cuba, ¿por qué este dignatario no podía tener poderes para reemplazar a su propio oficial en caso de estar insatisfecho y designar uno nuevo?¹⁹⁷. Pero Cortés aquí cosechó todo el beneficio de esa ficción legal, si se puede llamar así, por la que su comisión, a la que renunció con la autofundación de la municipalidad de Vera Cruz, fue entregada de nuevo a ese organismo por la corona. La estratagema era demasiado obvia como para imponerse a nadie más que a los que decidieron quedarse ciegos. La mayor parte del ejército pertenecía a este grupo. Parecía darles más confianza, de la misma manera que un tramo de lienzo pintado, al ser sustituido, como se ha hecho en alguna ocasión, por el parapeto verdadero de piedra, ha demostrado no sólo imponerse sobre el enemigo, sino dar una especie de coraje artificial a los defensores que se ocultan detrás de él¹⁹⁸.

Duero había acordado con su amigo en Cuba, cuando tomó el mando de la expedición, que recibiría una parte generosa de los beneficios. Se dice que Cortés confirmó el acuerdo en esta reunión y que dejó claro que para sus

intereses debía imponerse en su lucha con Narváez. Este era un punto importante, considerando la posición del secretario¹⁹⁹. De esta buena fuente el general obtuvo mucha información con respecto a las intenciones de Narváez, que habían escapado del conocimiento de Olmedo. Cuando los enviados partieron, Cortés les confió una carta para su rival, una respuesta a la que había recibido de él. Esta muestra de negociación insinuaba un deseo por su parte de posponer, si no evitar, las hostilidades que en el mejor caso podrían hacer que Narváez bajara la guardia. En la carta hacía un llamamiento a ese comandante y a sus seguidores para que se presentaran ante él sin falta y a que reconocieran su autoridad como representante del soberano. ¡En caso contrario se vería obligado a marchar contra ellos como rebeldes a la Corona!²⁰⁰. Con esta misiva, cuyo tono de alarde iba tanto dirigido al enemigo como a sus propias tropas, Cortés despidió a los enviados. Volvieron y extendieron entre sus camaradas su admiración por el general y por su ilimitada liberalidad, para lo que se tomó buen cuidado que contaran con una buena prueba, comentando largamente las riquezas de sus seguidores, quienes sobre su rasgado atuendo mostraban con ostentación profusión de joyas, ornamentos de oro, collares y enormes cadenas que rodeaban varias veces sus cuellos y cuerpos, el rico expolio del botín de Montezuma.

El ejército entonces comenzó su marcha a través de las llanuras de *tierra caliente*, en la que la naturaleza había derrochado todas las maravillas de la creación; estaba cubierta, más espesamente en aquel entonces que ahora, con majestuosos bosques, donde el elevado álamo de virginia, el resultado de años y años, crecía junto al ligero bambú o el banano, el producto de la temporada, cada uno mostrando a su manera la maravillosa feracidad del suelo, mientras que innumerables flores trepadoras, ascendiendo por las

gigantes ramas de los árboles, se balanceaban en brillantes festones sobre sus cabezas, cargando el aire de aromas. Pero los sentidos de los españoles no estaban receptivos ante estos deliciosos efectos de la naturaleza. Sus mentes estaban ocupadas con otra idea.

Finalmente, al llegar a un tramo abierto de pradera, fueron detenidos por el río, o mejor dicho arroyo, llamado *Río de Canoas*^{*}, en general de no mucho caudal, pero que iba crecido en esta época debido a las copiosas lluvias. Había llovido fuerte ese día, aunque a intervalos había salido el sol con un calor intolerable, proporcionando un buen ejemplo de esas alternancias de calor y humedad que le dan tanta actividad a la vegetación en los trópicos, donde el proceso de aceleración parece haber funcionado siempre.

El río estaba más o menos a una legua de distancia del campamento de Narváez. Antes de buscar un vado practicable por el que cruzarlo, Cortés permitió a sus hombres que recuperaran sus exhaustas fuerzas tumbándose en el suelo. Las sombras de la tarde se habían cerrado a su alrededor y la luna que salía atravesando las oscuras masas de nubes brillaba con una luz débil e interrumpida. Era evidente que la tormenta todavía no había agotado su furia²⁰¹. Cortés no lo lamentó. Se decidió a atacar esa misma noche y entre la oscuridad y el rugir de la tempestad sus movimientos quedarían escondidos de forma más efectiva.

Antes de desvelar su decisión, se dirigió a sus hombres en una de esas conmovedoras arengas militares, a las que había recurrido en emergencias de gran trascendencia, como si quisiera sondear las profundidades de sus corazones y en caso de que alguno vacilara reanimarle con su propio espíritu heroico. Brevemente recapituló los grandes momentos de la campaña, los peligros que habían superado, las victorias que habían conseguido contra desventajas abrumadoras, el glorioso botín que habían ganado. Sin

embargo, ahora les iban a robar todo esto y no iban a ser hombres con una orden de la corona, sino aventureros, sin título mejor que el de la superioridad de la fuerza. Habían conseguido el derecho a reivindicar la gratitud de su país y de su soberano. Ahora este derecho iba a ser mancillado, los mismos servicios convertidos en delitos y sus nombres marcados con la infamia como los de los traidores. Pero por fin había llegado la hora de la venganza. Dios no abandonaría al soldado de la cruz. Aquellos a los que había conducido victoriosos a través de grandes peligros no serían ahora abandonados al fracaso. Y si fracasaban, era mejor morir como hombres valientes en el campo de batalla, que con la fama y la fortuna perdidas, perecer ignominiosamente como esclavos en la horca. Recalcó bien este último punto entre sus oyentes, sabiendo que no había ninguno entre ellos tan insensible como para no que le afectara.

Respondieron con fuertes aclamaciones y Velázquez de León y de Lugo, en nombre del resto, aseguraron al comandante que si fracasaban sería por su culpa, no por la de ellos. Le seguirían donde quiera que les guiara. El general quedó completamente satisfecho con el temperamento de sus soldados al sentir que su dificultad no estaba en elevar su entusiasmo, sino en señalarles la dirección adecuada. Hay algo notable. No hizo ninguna alusión a la desertión que sabía que existía en el campamento enemigo. En este último instante quería que sus soldados dependieran tan sólo en ellos mismos.

Anunció su propósito de atacar al enemigo esa misma noche, cuando se hubiera hundido en el sueño y la oscuridad amiga pudiera arrojar un velo sobre sus movimientos y ocultar lo escaso de sus efectivos. A esto las tropas, aunque agotadas por la incesante marcha y hambrientas como estaban, asintieron alegremente. En su situación, la incertidumbre era el peor de los males. Después distribuyó

las órdenes entre sus capitanes. A Gonzalo de Sandoval le asignó la importante tarea de apresar a Narváez. Fue nombrado *alguacil mayor*²⁰², para capturar al oficial como rebelde a su soberano y, en caso de que ofreciera resistencia, matarle allí mismo²⁰². Se le asignaron sesenta hombres con picas para ayudarle en esta difícil tarea, apoyado por varios de los capitanes más hábiles, entre los que estaban dos de los Alvarado, de Ávila y Ordaz. La mayor división de la fuerza se puso bajo las órdenes de Cristóbal de Olid o, según algunas autoridades, de Pizarro, miembro de esa familia tan renombrada en la posterior conquista de Perú. Debían apoderarse de la artillería y cubrir el asalto de Sandoval manteniendo a raya a los enemigos que intentaran interferir. Cortés se reservó sólo un cuerpo de veinte hombres para sí mismo, para actuar en cualquier punto que requiriera la ocasión. La contraseña era *Espíritu santo*, por ser la noche de Pentecostés. Después de hacer estos preparativos, se preparó para cruzar el río²⁰³.

Durante el intervalo en el que nos hemos ocupado de Cortés, Narváez se había quedado en Cempoala, pasando sus días en holgazanes y frívolos entretenimientos, de los que despertó finalmente tras la llegada de Duero, gracias a los reproches del viejo cacique de la ciudad. «¿Por qué tienes tan poca cabeza?» exclamó éste, «¿Piensas que Malinche es así? Puedes contar con que conoce tu situación exactamente y cuando menos te lo esperes estará sobre ti»²⁰⁴.

Alarmado ante esta insinuación y aquellas que le hacían sus amigos, Narváez finalmente se puso a la cabeza de sus tropas y el mismo día que Cortés llegó al río de Canoas, salió a encontrarle. Pero cuando llegó a esta barrera, Narváez no vio signos de ningún enemigo. La lluvia que caía en torrentes pronto caló a los soldados hasta la piel. Un poco afeminados por su larga y holgada estancia en Cempoala, comenzaron a murmurar sobre su incómoda situación. «¿De

que sirve quedarse a luchar contra los elementos? No había señales del enemigo y poca razón para temer su llegada con un tiempo tan malo. Sería más sabio volver a Cempoala y por la mañana estarían todos listos para la acción, en caso de que Cortés apareciera».

Narváez escuchó sus consejos, o más bien sus propias inclinaciones. Antes de volver sobre sus pasos, se precavió contra la sorpresa colocando a dos centinelas a no mucha distancia del río, para notificar la llegada de Cortés. También destacó un grupo de cuarenta caballos en otra dirección por la que pensó que no era improbable que pudiera avanzar el enemigo sobre Cempoala. Después de tomar estas precauciones, se retiró de nuevo antes de que anochara a su campamento.

Allí ocupaba el principal *teocalli*. Este era un edificio de piedra con la habitual base piramidal, cuya ascensión se efectuaba por un empinado tramo de escaleras en una de las caras de la pirámide. Se estableció en el edificio o santuario que lo coronaba junto con un fuerte grupo de arcabuceros y ballesteros. Otros dos *teocallis* de la misma zona fueron provistos de numerosos destacamentos de infantería. Su artillería, que consistía en diecisiete o dieciocho pequeños cañones, se situó en la zona inferior y quedó protegida por el resto de su caballería. Cuando hubo distribuido sus fuerzas de esta manera, volvió a sus aposentos y pronto encontró reposo con tanta indiferencia como si su rival estuviera en el otro lado del Atlántico en lugar de al otro lado del vecino arroyo.

Ese arroyo se había convertido en un furioso torrente gracias a las aguas del diluvio. Con dificultad se encontró un paso practicable. Las resbaladizas piedras, que rodaban bajo los pies, cedían a cada paso. La dificultad para pasar se acrecentaba enormemente por la oscuridad y la lluvia torrencial. Sin embargo, con sus largas picas, los españoles

consiguieron mantener el equilibrio, al menos todos menos dos que fueron arrastrados por la furia de la corriente. Cuando llegaron a la orilla opuesta se encontraron con nuevos impedimentos para atravesar una carretera, que, aunque nunca fue buena, ahora era el doble de difícil por el profundo lodo y el espeso matorral que la invadía.

Aquí se encontraron con una cruz, que ellos habían levantado en su anterior marcha al interior. La recibieron como un buen augurio y Cortés, arrodillándose ante el signo bendito, confesó sus pecados y declaró que su gran objetivo era el triunfo de la sagrada fe católica. El ejército siguió su ejemplo y después de hacer una confesión general recibieron la absolución de manos del padre Olmedo, que invocó la bendición del cielo sobre los guerreros que habían consagrado sus espadas a la gloria de la cruz. Después, levantándose y abrazándose unos a otros como compañeros en la buena causa, se encontraron maravillosamente vigorizados y refrescados. El incidente es curioso e ilustra muy bien el carácter de la época, en el que la guerra, la religión y la rapiña estaban tan íntimamente unidas. Junto a la carretera había un pequeño bosquecillo y Cortés y unos pocos de los que tenían caballos desmontaron, atando sus animales a los árboles donde pudieran encontrar algún resguardo de la tormenta. Depositaron aquí también su equipaje y todo artículo superfluo que pudiera entorpecer sus movimientos. El general les dijo las últimas palabras de consejo. «Todo», dijo, «depende de la obediencia. No dejéis que ningún hombre, por deseo de distinguirse, rompa las filas. Del silencio, la rapidez y sobre todo de la obediencia a vuestros oficiales depende el éxito de nuestra empresa».

Silenciosa y furtivamente siguieron camino sin tronar de tambores o sonido de trompeta, cuando repentinamente se encontraron con los dos centinelas que había apostado Narváez para avisar de su llegada. Todo se había realizado

en tal silencio que los dos vigías fueron sorprendidos en sus puestos y sólo uno, con dificultad, consiguió escapar. El otro fue llevado ante Cortés. Se hicieron todos los esfuerzos para obtener información sobre la actual posición de Narváez. Pero el hombre mantuvo un obstinado silencio y, aunque fue amenazado con la horca y se vio literalmente con una soga ajustada al cuello, no se pudo vencer el heroísmo espartano. Afortunadamente, nada había cambiado en las disposiciones de Narváez desde las noticias de Duero.

El otro centinela, que había escapado, llevó las noticias del acercamiento del enemigo al campamento. Pero los holgazanes soldados a quienes había interrumpido el sueño, no creyeron su informe. «El miedo le había engañado», dijeron, «y había confundido el ruido de la tormenta y el agitarse de los arbustos con el enemigo. Cortés y sus hombres estaban lo suficientemente lejos en el otro lado del río que además tardarían mucho en cruzar en una noche como ésa». El mismo Narváez estuvo de acuerdo con ese capricho ciego y el desacreditado centinela se escabulló avergonzado a su habitación amenazándoles en vano con las consecuencias de su incredulidad²⁰⁵.

Cortés, al no dudar que el informe del centinela habría alarmado al campamento enemigo, aceleró su paso. A medida que se acercaba, divisó una luz en una de las altas torres de la ciudad. «Son los aposentos de Narváez», exclamó a Sandoval, «y esa luz debe ser tu faro». Al entrar en las afueras de la ciudad, los españoles se sorprendieron de no encontrar a nadie moviéndose y ningún síntoma de alarma. No se escuchaba ningún ruido, excepto el acompasado sonido de sus propias pisadas medio ahogado por el rugido de la tempestad. Sin embargo, no se pudieron mover lo suficientemente en silencio como para evitar ser descubiertos, porque estaban desfilando por las calles de una poblada ciudad. Las noticias fueron llevadas rápidamente al

cuartel enemigo, donde en un instante todo fue agitación y confusión. Las trompetas llamaron a las armas. Los dragones saltaron a sus monturas, los artilleros a sus cañones. Narváez se puso rápidamente su armadura, llamó a sus hombres a su alrededor y convocó a los de los *teocallis* vecinos para que se reunieran con él en la zona. Dio sus órdenes con frialdad, porque por muy escasa que fuera su prudencia no desmerecía en presencia de espíritu o en coraje.

Todo esto sucedió en unos minutos. Pero en esos minutos, los españoles habían alcanzado la avenida que llevaba al campamento. Cortés ordenó a sus hombres que se mantuvieran cerca de las paredes de los edificios para que los cañonazos tuvieran espacio²⁰⁶. En cuanto se presentaron frente al recinto, la artillería de Narváez abrió fuego a discreción. Afortunadamente, las piezas apuntaban tan alto que la mayoría de las balas pasaron sobre sus cabezas y sólo derribaron a tres. No le dieron tiempo al enemigo para cargar. Con Cortés gritando la contraseña de la noche, «¡Espíritu santo! ¡Espíritu santo! ¡A ellos!» Olid y su división en un momento atacaron a los artilleros, a quienes ensartaron o derribaron con sus lanzas apoderándose de sus cañones. Otra división se enzarzó con la caballería haciendo un movimiento de distracción en favor de Sandoval, que con su pequeño y valiente grupo saltó a la enorme escalera del templo. Fueron recibidos con una lluvia de proyectiles; flechas y balas de mosquete que, con las prisas por disparar y la oscuridad de la noche, hicieron poco daño. Al minuto siguiente los asaltantes estaban en la plataforma, enzarzados mano a mano con sus enemigos. Narváez luchó valientemente en el centro, animando a sus seguidores. Su portaestandarte cayó a su lado con el cuerpo atravesado. Él mismo recibió varias heridas, porque su espada corta no era rival para las largas picas de los asaltantes. Finalmente,

recibió un golpe de una lanza que le sacó el ojo izquierdo. «¡Santa María!», exclamó el desgraciado hombre, «¡Me han asesinado!». Los seguidores de Cortés al oír el grito inmediatamente vociferaron «¡Victoria!».

Impedido y medio enloquecido por el tormento de su herida, Narváez fue arrastrado por sus hombres al santuario. Los asaltantes intentaron por todos los medios forzar la entrada, pero estaba defendida fuertemente. Finalmente, un soldado, apoderándose de una antorcha o una tea, la lanzó al techo de paja y en poco tiempo los materiales combustibles de los que estaba construido comenzaron a arder. El calor sofocante y el humo sacaron a los que estaban dentro. Un soldado llamado Farfan forcejeó con el comandante herido y lo derribó fácilmente. Después lo bajaron por la escalera rápidamente y le encadenaron con grilletes. Sus seguidores, viendo el destino de su jefe, no se resistieron más²⁰⁷.

Durante todo este tiempo, Cortés y las tropas de Olid se habían enfrentado a la caballería y la habían desbaratado, después de algunos intentos infructuosos por parte de ésta de atravesar el denso despliegue de picas, que derribó a algunos de ellos y mató a otros tantos. En ese momento el general se preparó para asaltar los otros *teocallis*, primero pidiendo a las guarniciones que se rindieran. Como se negaron, trajo las armas pesadas para convencerles, volviendo la artillería contra sus propios dueños. Acompañó este movimiento amenazador con ofertas del carácter más liberal; una amnistía por el pasado y plena participación en las ventajas de la conquista. Una de las guarniciones estaba bajo las órdenes de Salvatierra, el mismo oficial que dijo que le cortaría las orejas a Cortés. En cuanto supo el destino de su general, el héroe se vio asaltado por un violento ataque de enfermedad que le imposibilitó para posteriores acciones. La guarnición esperó tan sólo a una descarga de la artillería para aceptar los términos de la capitulación. Se dice que

Cortés tuvo en esta ocasión un ayudante inesperado. El aire estaba lleno de *cocuyos*, una especie de gran escarabajo que emite una intensa luz fosforescente de su cuerpo, lo suficientemente fuerte para permitir leer con ella. Estos fuegos volantes, vistos en la oscuridad de la noche, se convirtieron, por la excitada imaginación de los asediados, en un ejército con las mechas de mosquete encendidas. Tal es el informe de un testigo presencial²⁰⁸. Pero la facilidad con que el enemigo se rindió puede explicarse probablemente por la cobardía del comandante y la desafección de los soldados, a los que no les importaba irse bajo los estandartes de Cortés.

El cuerpo de caballería, apostado, como se recordará, por Narváez en una de las carreteras de Cempoala para interceptar a su rival, al saber lo que estaba pasando, no tardó en ofrecer su rendición. Se le pidió a cada uno de los soldados en el ejército vencido que, en señal de obediencia, rindieran sus armas a los alguaciles y que prestaran juramento a Cortés como Justicia Mayor y Capitán General de la colonia.

Hay diferentes recuentos en cuanto al número de muertos. Parece probable que no cayeran más de doce en el lado de los derrotados y en el de los ganadores la mitad de ese número. El pequeño número puede explicarse por la corta duración de la acción y la dirección aleatoria de los proyectiles en la oscuridad. El número de los heridos era mucho más considerable²⁰⁹.

En ese momento habían ganado completamente la contienda. Habían bastado sólo unas pocas horas para cambiar la situación de Cortés de la de forajido errante a la cabeza de un puñado de necesitados aventureros, un rebelde con su cabeza puesta precio, a la de jefe independiente con una fuerza a su disposición lo suficientemente fuerte no sólo para asegurar sus actuales conquistas, sino para abrir el

camino de ambiciones todavía más altas. Mientras el aire vibraba con las aclamaciones de los soldados, el victorioso general, asumiendo una actitud propia de su cambio de fortuna, tomó asiento en una silla de honor y con un rico manto bordado sobre los hombros recibió uno por uno a los oficiales y soldados, a medida que se acercaban a ofrecerle sus plácemes. Se permitió graciosamente a los privados que besaran su mano. A los oficiales les distinguió con unas palabras de cumplido o de cortesía, y cuando se presentaron Duero, Bermúdez, el tesorero y algunos más del bando derrotado, sus antiguos amigos, los abrazó cordialmente²¹⁰.

Narváez, Salvatierra y dos o tres más de los líderes hostiles fueron llevados frente a él encadenados. Fue un momento de profunda humillación para el antiguo comandante, en los que los sufrimientos del cuerpo, por muy agudos que fueran, probablemente quedaron olvidados ante los del alma. «Tened en mucho la ventura de que hoy habéis en tener presa a mi persona. Tienes buenas razones señor Cortés», dijo el frustrado guerrero, «para agradecer a la fortuna por haberte regalado esta victoria tan fácilmente y ponerme en tu poder». «Tengo mucho por lo que estar agradecido», replicó el general, «pero mi victoria sobre vos la tengo por uno de los menores de mis logros desde que llegué al país»²¹¹. Después ordenó que se curaran las heridas de los prisioneros y los envió con una fuerte guardia a Vera Cruz.

A pesar de la orgullosa humildad de su respuesta, Cortés difícilmente podía contemplar esta victoria sobre Narváez como otra cosa que uno de los logros más brillantes de su carrera. Con tan sólo unas decenas de sus seguidores, malamente vestidos, peor alimentados, debilitados por las marchas forzadas, con todo tipo de desventajas personales; escasos de armas y de pertrechos militares había atacado, derrotado y capturado a la fuerza completa del enemigo, tres

veces superior en número, bien provista de caballería y artillería, admirablemente equipada y repleta de municiones de guerra, en su propio campamento. La cantidad de tropas que se enzarzaron en cada bando era realmente poco considerable. Pero las proporciones no se ven afectadas por esto y la fuerza relativa de las partes hicieron de un resultado tan decisivo uno de los acontecimientos más notables en los anales de la guerra.

Es verdad que hubo algunas contingencias, que no se puede decir que estuvieran completamente bajo su control, de las que dependió la fortuna del día. Una parte fue obra de la casualidad. Si Velázquez de León, por ejemplo, le hubiera traicionado, la expedición hubiera fracasado²¹². Si el tiempo la noche del ataque hubiera sido bueno el enemigo hubiera visto seguramente su acercamiento y hubiera estado preparado para ello. Pero estas son las casualidades que se incluyen más o menos en todas las empresas. Él es el habilidoso general que sabe cómo hacer que le sean favorables, que la fortuna le sonría e incluso que los elementos luchen a su lado.

Si Velázquez de León resultó ser, como se probó, el oficial adecuado a quien el general le debía haber confiado el mando, fue su sagacidad la que primero discernió esto y le seleccionó para ello. Fue su habilidad la que convirtió a este peligroso enemigo en un amigo, y un amigo tan leal que en la hora de necesidad eligió unirse a su desesperada fortuna antes que a la del gobernador de Cuba, poderoso como era y siendo su pariente cercano. Fue la misma habilidad que le ganó a Cortés una influencia tal sobre sus soldados y les unió tanto que en el momento más oscuro ni uno solo se propuso traicionarle²¹³. Si el éxito del ataque puede adscribirse principalmente al tiempo oscuro y lluvioso que les cubría, se le debe a él que en esas condiciones se aprovechara de tal situación. Transcurrió el mínimo tiempo

posible entre la concepción del plan y su ejecución. En unos pocos días descendió gracias a unas marchas extraordinarias de la capital a la costa. Llegó como un torrente de las montañas arrasando el campamento enemigo y barriendo todo a su paso, antes de que ninguna barrera pudiera interponerse para pararle. Esta rapidez de movimientos, el resultado de una cabeza clara y una voluntad decidida, forma parte de la estrategia de los mayores capitanes y es una característica prominente en las proezas militares más brillantes. En esta ocasión fue sin duda una de las grandes causas del éxito.

Pero sería tener una visión limitada del tema considerar que la batalla que decidió el destino de Narváez se luchó únicamente en Cempoala. Había comenzado en México. Con el singular poder que ejercía sobre todo lo que tenía cerca, Cortés convirtió a los mismos emisarios de Narváez en sus propios amigos y agentes. Los informes de Guevara y sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo y el oro del general, todos se pusieron ajetreadamente a trabajar para debilitar la lealtad de los soldados y la batalla estaba medio ganada antes de que se diera siquiera un golpe. Se peleó tanto con oro como con acero. Cortés comprendió esto tan bien que convirtió la captura de Narváez en su principal objetivo. En un momento como éste, tenía completa confianza en que la indiferencia a su propia causa y la parcialidad hacia sí mismo traería rápidamente al resto del ejército bajo su estandarte. No se vio defraudado. Narváez dijo sinceramente, no en vano, algunos años después de este suceso, que «había sido derrotado por sus propias tropas, no por las de su rival; que se había comprado a sus seguidores para traicionarle»²¹⁴. Esto proporciona la única explicación de la breve e infructuosa resistencia.

Notas al pie

¹⁹² Eso dice Oviedo, y con razón: «Si aquel capitan Juan Velásquez de León no estuviera mal con su pariente Diego Velásquez, é se pasara con los 150 Hombres que havia llevado á Guaçacalco, á la parte de Pánfilo de Narváez su cuñado, acabado oviera Cortés su oficio», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 12.

¹⁹³ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 123, 124. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 115, 117. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 12.

¹⁹⁴ Pero, aunque irresistible contra la caballería, la larga pica de los alemanes demostró no ser rival contra la espada corta y la rodela de los españoles, en la gran batalla de Rávena, luchada unos pocos años antes de esta en 1512. Maquiavelo hace algunas excelentes reflexiones sobre los méritos comparativos de estas armas. *Arte della Guerra*, lib. 2, ap. Opere, tom. IV, p. 67.

¹⁹⁵ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 118.

«Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por vn peto, ó capacete, ó casco, ó babera de hierro, diéramos aquella noche qu-ato nos pidiera por ello, y todo qu-ato auíamos ganado» cap. 122.

¹⁹⁶ «Yo les respondí, que no via provisión de Vuestra Alteza, por donde le debiesse entregar la Tierra; é que si alguna trahia, que la presentasse ante mí, y ante el Cabildo de la Vera Cruz, segun órden, y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer, y cumplir; y que hasta tanto, por ningun interese, ni partido haria lo que él decia; ántes yo, y los que conmigo estaban, moriríamos en defensa de la Tierra, pues la habiamos ganado, y tenido por Vuestra Majestad pacífica, y segura, y por no ser Traydores y desleales á nuestro Rey [...] Considerando, que morir en servicio de mi Rey, y por defender, y amparar sus Tierras, y no las dejar usurpar, á mí, y á los de mi Compañía se nos seguia farta gloria», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 125-127.

¹⁹⁷ Tales son las naturales reflexiones de Oviedo, especulando sobre el tema algunos años después. «É tambien que me parece donaire, ó no bastante la excusa que Cortés da para fundar é justificar su ne gocio, que es decir, que el Narváez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés oviera ido á aquella tierra por mandado de S. M. ó con mas, ni tanta autoridad como llevaba Narváez; pues que es claro é notorio, que el Adelantado Diego Velásquez, que embió á Cortés, era parte, segun derecho, para le enviar á remover, y el Cortés obligado á le obedecer. No quiero decir mas en esto por no ser odioso á ninguna de las partes», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 12.

¹⁹⁸ Mariana menciona más de un ejemplo de esta artimaña en su historia de España, aunque los pasajes precisos han escapado de mi memoria.

¹⁹⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 119.

²⁰⁰ «É asimismo mandaba, y mandé por el dicho Mandamiento á todas las Personas, que con el dicho Narváez estaban, que no tuviesen, ni obedeciesen al dicho Narváez por tal Capitan, ni Justicia; ántes, dentro de cierto término, que en el dicho Mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese, lo que debian hacer en servicio de Vuestra Alteza: con protestacion, que lo contrario haciendo, procederia contra ellos, como contra Traydores, y aleves, y malos Vasallos, que se rebelaban contra su Rey, y quieren usurpar sus Tierras, y Señorios», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 127.

* - En español en el original. (N. del T.)

²⁰¹ «Y aun llovia de rato en rato, y entonces salia la Luna, que qu-ado allí llegámos hazia muy escuro, y llovia, y tambien la escuridad ayudó» *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 112.

* - En español en el original.

²⁰² El abogado de Narváez, en su queja ante la corona, se explaya sobre la diabólica barbaridad de estas órdenes. «El dho Fernando Cortés como traidor aleboso, sin apercibir al dho mi partte, con un diabólico pensamto é Infernal osadía, en contemtto é menosprecio de V. M. ó de sus provisiones R.s, no mirando ni asattando la lealtad qe debia á V.M., el dho Cortés dió un Mandamiento al dho Gonzalo de Sandoval para que prendiese al dho Pánfilo de Narváez, é si se defendiese qe lo mattase», *Demanda de Zavallos en nombre de Narváez*, manuscrito.

²⁰³ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 12, 47. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 122. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 1.

²⁰⁴ «Que hazeis, que estais mui descuidado? Pensais que Malinche, y los Teules que trae C-osigo, que son assí como vosotros? Pues yo os digo, que qu-ado no os cataredes, será aquí y os matará», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 121.

²⁰⁵ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 128. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, caps. 2, 3.

²⁰⁶ «Ya que se acercaban al Aposento de Narváez, Cortés, que andaba reconociendo, i ordenando á todas partes, dixo á la tropa de Sandoval: Señores, arrímaos á las dos aceras de la Calle, para que las balas del Artillería pasen por el medio, sin hacer daño». *Ibid.*, dec. 2, lib. 10, cap. 3.

²⁰⁷ *Demanda de Zavallos en nombre de Narváez*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

²⁰⁸ «Como hazia tan escuro auia muchos cocayos (ansí los llaman en Cuba) que relumbrauan de noche, é los de Narváez creyeron que er-a muchas de las escopetas», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*,

cap. 122.

²⁰⁹ Narváez, o mejor dicho su abogado, aumenta enormemente la cantidad de sus muertos. Pero su tarea era agrandar el daño sufrido por su empleador. El cotejo de este relato con el de Cortés y sus seguidores ofrece el mejor medio de aproximación a la verdad. «É allí le mattáron quince hombres qe murieron de las heridas qe les diéron é les quemáron seis hombres del dho Incendio qe despues parecióron las cabezas de ellos quemadas, é pusieron á sacomano todo quantto ttenian los que venían con el dho mi partte como si fueran Moros y al dho mi parte robáron é saqueáron todos sus vienes, oro, é Platta é Joyas», *Demanda de Zavallos en nombre de Narváez*, manuscrito.

²¹⁰ «Entre ellos venia Andrés de Duero, y Agustín Bermúdez, y muchos amigos de nuestro Capit-a, y assí como veni- a, ivan á besar las manos á Cortés, q estava sentado en vna silla de caderas, con vna ropa larga de color como nar-ajada, c -o sus armas debaxo, ac -opañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaua, y abraçaua, y las palabras de tatos cumplimi-etos que les dezia, era cosa de ver que alegre estava: y tenia mucha razon de verse en aquel p-u to tan señor, y puj-ate: y así coo le besaua la mano, se fuér-o cada vno á su posada», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 122.

²¹¹ *Ibid.*, loc. cit.

«Díxose que como Narváez vido a Cortés estando así preso le dixo: Señor Cortés, tened en mucho la ventura que habeis tenido, é lo muco que habeis hecho en tener mi persona, ó en tomar mi persona. É que Cortés le respondió, é dixo: Lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido; é luego le hizo poner á buen recaudo é le tubo mucho tiempo preso», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

²¹² Oviedo dice que los militares discutían sobre si Velázquez de León debiera haber obedecido las órdenes de Cortés antes que las de su familiar, el gobernador de Cuba. Se decidieron en favor de lo primero basándose en que había recibido su mando directamente de él. «Visto he platicar sobre esto á caballeros é personas militares sobre si este Juan Velásquez izo lo que debia, en acudir ó no á Diego Velasquez, ó Pánfilo en su nombre; É combienen los veteranos mílites é á mi parecer determinan bien la question, en que si Juan Velásquez tubo conducta de capitán para que con aquella Gente que él le dió ó toviese en aquella tierra como capitán particular le acudiese á él ó á quien le mandase. Juan Velásquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narváez siendo requerido de Diego Velásquez, mas si le hizo capitán Hernando Cortés, é le dió él la Gente, á él havia de acudir, como acudió, excepto si viera carta, á mandamiento expreso del Rey en contrario», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 12.

²¹³ El meditabundo Oviedo remite esta ascendencia a sus deslumbrantes y liberales maneras, que creaban un contraste tan fuerte con las del gobernador de Cuba. «En lo demas valerosa persona ha seido, é para mucho; y este deseo de mandar juntamente con que fué mui bien partido é gratificador de los que le

vinieron, fué mucha causa juntamente con ser mal quisto Diego Velásquez, para que Cortés se saliese con lo que emprendió, é se quedase en el oficio, é gobernación». *Ibid.*, manuscrito, lib. 33, cap. 12.

²¹⁴ Fue en una conversación con el mismo Oviedo, en Toledo, en 1525, en la que Narváez comentó con mucha acritud, como le era natural, sobre la conducta de su rival. El chismorreó, que nunca ha aparecido impreso, puede que tenga algún interés para el lector español. «Que el año de 1525, estando Cesar en la cibdad de Toledo, vi allí al dicho Narváez, é públicamente decia, que Cortés era vn traidor: É que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas é feas palabras llamándole alevoso é tirano, e ingrato á su Señor, é á quien le havia embiado á la Nueva España, que era el Adelantado Diego Velásquez á su propia costa, é se le havia alzado con la tierra, é con la Gente é Hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba mui al reves de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narváez (como yo se lo dixé) no puedo hallarle desculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que la que hizo. É á esto decia él que le havian vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le havia sobornado». *Ibid.*, lib. 33, cap. 12.

Capítulo VIII

Descontento de las tropas. Insurrección en la capital. Regreso de Cortés. Signos generales de hostilidad. Masacre de Alvarado. Alzamiento de los aztecas. 1520

La tempestad que había rugido de forma tan salvaje durante la noche se fue con la mañana, que amaneció brillante y despejada sobre el campo de batalla. A medida que ascendía la luz, la disparidad de las dos fuerzas que tan poco tiempo antes se habían enfrentado, se hacía más llamativa. Los de Narváez no pudieron ocultar su disgusto y se oyeron murmullos de desagrado, al comparar sus superiores efectivos y su equipamiento en perfecto estado, con los demacrados rostros y el rudo atuendo del puñado de enemigos. Por tanto, el general contempló con satisfacción cómo llegaban al campo sus morenos aliados de Chinantla, dos mil en número. Era un grupo de buenos y atléticos hombres y a medida que avanzaban en un orden un poco promiscuo, por así decirlo, con sus brillantes estandartes de plumaje y sus largas lanzas acabadas en *itztli* y cobre, brillando bajo el sol de la mañana, tenían cierto aire de disciplina militar. Llegaron ciertamente demasiado tarde para la acción, pero Cortés no se lamentó de exhibir ante sus nuevos seguidores el alcance de sus recursos en el país. Como ya no le hacían falta sus aliados indios, después de una cortés recepción y de una generosa recompensa, los mandó a casa²¹⁵.

Posteriormente se esforzó al máximo por aplacar el descontento de las tropas. Se dirigió a ellos en los tonos más

suaves y sugerentes y no fue frugal en sus promesas en absoluto²¹⁶. Acomodó la acción a la palabra. Algunos de ellos habían perdido sus equipos o su equipaje o caballos tomados y apropiados por los vencedores. Este último artículo tenía una tremenda demanda entre ellos y muchos soldados, cansados de las largas marchas hasta ahora hechas a pie, se habían apropiado, según pensaban, de un medio de transporte mucho más confortable además de prestigioso para el resto de la campaña. El general ordenó que todo fuera devuelto²¹⁷. «Estaban embarcados en la misma causa», dijo, «y deberían compartir entre ellos equitativamente». Fue aún más lejos y distribuyó entre los soldados de Narváez una cantidad de oro y otros artículos preciosos recolectados de las tribus vecinas o encontrados en las habitaciones de su rival²¹⁸.

Estos actos, aunque eran muy diplomáticos para con sus nuevos seguidores, causaron un gran disgusto entre los antiguos. «Nuestro comandante», gritaron, «ha abandonado a sus amigos por sus enemigos. Estuvimos a su lado en la hora de necesidad y somos recompensados con golpes y heridas, mientras que el botín ¡va a manos de nuestros enemigos!». La indignada soldadesca comisionó al padre Olmedo y a Alonso de Ávila para que presentaran sus quejas ante Cortés. Los embajadores las expusieron sin reservas, comparando la conducta de su comandante con los desagradecidos actos de Alejandro, quien cuando conseguía una victoria normalmente daba más a sus enemigos que a las tropas que le habían permitido derrotarles. Cortés quedó enormemente perplejo. Ganara o perdiera su camino parecía igualmente lleno de dificultades.

Intentó suavizar la irritación alegando la necesidad a la que obligaba la situación. «Nuestros nuevos camaradas», dijo, «son formidables por su número, y tanto es así que estamos mucho más en su poder que ellos en el nuestro.

Nuestra única manera de estar seguros es no hacerles tan sólo asociados, sino amigos. Si hubiera algún tipo de disgusto, tendríamos que volver a dar la batalla de nuevo, y si se unen, frente a una desventaja mucho mayor que antes. He considerado vuestros intereses», añadió, «tanto como los míos. Todo lo que tengo es vuestro. Pero, ¿por qué debería haber causa para el descontento, cuando todo el país, con sus riquezas está ante nosotros? Además, nuestras fuerzas aumentadas deberían asegurarnos de aquí en adelante un tranquilo control de él».

Pero Cortés no se apoyó únicamente en la argumentación para restaurar la tranquilidad. Sabía que ésta era incompatible con la inactividad e hizo preparativos para dividir las fuerzas inmediatamente y para emplearlas en diferentes servicios. Seleccionó un destacamento de doscientos hombres, bajo las órdenes de Diego de Ordaz, a quien ordenó formar el asentamiento planeado anteriormente en Coatzacoalcos. Un número parecido fue enviado con Velázquez de León para asegurar la provincia de Panuco, a unos tres grados al Norte, en el golfo de México. Veinte en cada destacamento salieron de sus antiguos veteranos.

Doscientos hombres fueron enviados a Vera Cruz, con órdenes de traer las jarcias, el hierro y todo lo que se pudiera sacar a tierra de la flota de Narváez y de dismantelar completamente los navíos. Designó a una persona llamada Caballero como superintendente del puerto, con órdenes de que si de aquí en adelante cualquier barco entraba en el puerto, debía dismantelarse de la misma manera y apresar a sus oficiales en tierra²¹⁹.

Pero mientras se ocupaba de estos planes de descubrimiento y conquista, recibió una sorprendente información de México, urgiéndole a que concentrara sus fuerzas precisamente en ese punto. La ciudad estaba en

estado de insurrección. En cuanto quedó resuelto el enfrentamiento con su rival, Cortés envió un correo con las noticias a la capital. En menos de quince días, ese mismo mensajero volvió con cartas de Alvarado que contenían la alarmante información de que los mexicanos habían tomado las armas y habían asaltado con fuerza a los españoles en sus propios cuarteles. El enemigo, añadía, había quemado los bergantines con los que Cortés se había asegurado un medio de retirada en caso de destrucción de los puentes. Habían intentado forzar las defensas y habían conseguido debilitarlas parcialmente y arrollando a la guarnición con una tempestad de proyectiles que había matado a varios y herido a un gran número. La carta concluía suplicando a su comandante que se apresurara a socorrerles si quería salvarles o mantener su dominio de la capital.

Estas noticias fueron un fuerte golpe para el general; parecía incluso el más fuerte, ya que llegaba en la hora de triunfo, cuando pensaba que tenía a todos sus enemigos a sus pies. No había tiempo para dudar. Perder su pie en la capital, la ciudad más grandiosa del mundo occidental, sería perder el control del país en sí, ya que todos la consideraban su cabeza²²⁰. Planteó el asunto abiertamente a sus soldados, llamando a que le siguieran a todos los que estuvieran dispuestos a salvar a sus compatriotas. Todos se declararon dispuestos a ir, mostrando una prontitud, dice Díaz, que más de uno hubiera tardado más en manifestar de haber podido conocer su futuro.

Cortés hizo los preparativos para la partida inmediata. Dio contraórdenes a Velázquez y Oviedo y les mandó que se unieran con sus fuerzas en Tlaxcala. Recuperó las tropas de Vera Cruz, dejando allí sólo a cien hombres en la guarnición, bajo las órdenes de Rodrigo Rangel, ya que no podía prescindir de los servicios de Sandoval en esta crisis. Dejó a sus hombres enfermos o heridos en Cempoala, bajo el

cuidado de un pequeño destacamento, ordenando que les siguieran en cuanto estuvieran en condiciones. Después de finalizar estos preparativos, salió de Cempoala, bien provisto de provisiones por el hospitalario cacique, que le acompañó durante algunas leguas en su viaje. El jefe totonaca parece haber tenido una afable capacidad para acomodarse al poder que estuviera en alza.

No ocurrió nada digno de mención durante la primera parte de la marcha. Las tropas encontraron en todos sitios una recepción amistosa por parte de los campesinos, que satisficieron sus necesidades con prontitud. Un poco antes de llegar a Tlaxcala, la ruta atravesaba por un terreno poco habitado y el ejército experimentó un considerable sufrimiento por la falta de comida y todavía más por la de agua. Su aflicción se acrecentó alarmantemente porque en la prisa de su marcha forzada viajaron con el sol del meridiano golpeando de pleno fieramente sobre sus cabezas. Varios flaquearon en el camino y arrojándose a los lados del camino parecían incapaces de esforzarse más, casi indiferentes ante la vida.

En esta situación extrema, Cortés envió por delante un pequeño destacamento a caballo para conseguir provisiones en Tlaxcala y continuó rápidamente en persona. Al llegar, encontró que los hospitalarios nativos habían preparado abundantes provisiones que se enviaron a las tropas, se recogió uno a uno a los rezagados y se administraron refrescos, y cuando el ejército recuperó la fuerza y los ánimos entró en la capital republicana.

En Tlaxcala reunieron pocas noticias más sobre los sucesos de México, que un rumor popular atribuía a la instigación y las maquinaciones secretas de Montezuma. Cortés fue cómodamente alojado en los aposentos de Maxixca, uno de los cuatro jefes de la república. Rápidamente le proporcionaron dos mil soldados. No había

necesidad de animarles cuando la guerra se libraba con sus antiguos enemigos, los aztecas²²¹.

El comandante español, al pasar revista a sus fuerzas, después de unirse los dos capitanes, comprobó que ascendían a unos mil hombres a pie y cien a caballo, sin contar las tropas tlaxcaltecas²²². En la infantería había unos cien arcabuceros, con casi otros tantos ballesteros y la parte del ejército que había traído Narváez estaba perfectamente equipada. Era inferior, sin embargo, a sus veteranos en lo que es mejor que cualquier equipamiento externo, el entrenamiento militar y la familiaridad con el peculiar servicio en el que estaban embarcados.

Dejando este lugar amistoso, los españoles tomaron una ruta más al Norte, ya que era más directa que aquella por la que habían entrado anteriormente en el valle. Era la carretera de Texcoco. Aun así, les obligaba a escalar otra vez la imponente cadena montañosa de las Cordilleras, que tiene su elevación más alta en los dos impresionantes volcanes por cuya base habían viajado anteriormente. Las laderas de la sierra estaban cubiertas de oscuros bosques de pinos, cipreses y cedros²²³, a través de los que de vez en cuando se divisaban breves visiones de valles y hondonadas insoldables, cuyas profundidades abajo a lo lejos, en el ardiente clima de los trópicos, se perdían entre la resplandeciente jungla de vegetación. Desde la cresta de la cadena montañosa la vista podía recorrer la amplia extensión del país, que habían cruzado hacía poco, hasta tan lejos como las llanuras de Cholula. En dirección Oeste contemplaban el valle de México desde la altura, aunque desde un punto de vista completamente diferente del que habían ocupado antes, pero que ofrecía también un bello espectáculo, con sus lagos temblando bajo la luz, sus alegres ciudades y mansiones flotando sobre el fondo, los pulidos *teocallis* coronados con fuego, las laderas cultivadas y sus

oscuras colinas de pórvido extendiéndose en una borrosa perspectiva hasta el límite del horizonte. A sus pies se encontraba la ciudad de Texcoco, que modestamente retirada detrás de sus profundos macizos de cipreses, contrastaba con su más ambiciosa rival en la otra orilla del lago, que parecía enorgullecerse como la dueña del valle, en los abiertos esplendores de sus encantos.

A medida que descendían sobre las pobladas llanuras, la recepción que les dieron los nativos fue muy diferente de la que habían experimentado en su anterior visita. No se veían grupos de curiosos aldeanos mirándoles a medida que pasaban y ofreciéndoles su sencilla hospitalidad. No se les negaron las provisiones que pidieron, pero se les dieron con un aire de mala gana que mostraba que no iban acompañadas de la bendición del que se las daba. Este aire de reserva se hizo más marcado a medida que el ejército entraba en las afueras de la capital de los acolhuas. Nadie vino a darles la bienvenida y la población parecía haber desaparecido, muchos de ellos se habían ido al vecino escenario de hostilidades de México²²⁴. Su fría recepción mortificó sensiblemente a los veteranos de Cortés, que juzgando por el pasado se habían jactado ante sus nuevos camaradas de la sensación que su presencia causaría entre los nativos. El mismo cacique del lugar, que como se recordará había sido nombrado bajo la influencia de Cortés, estaba ausente. El general interpretó estas circunstancias como un mal augurio, que incluso provocó un incómodo temor en su mente en cuanto a la suerte de la guarnición de México²²⁵.

Pero sus dudas pronto se disiparon con la llegada de un mensajero en canoa que venía de esa ciudad, de donde había escapado por la negligencia del enemigo o quizá con su complicidad. Traía despachos de Alvarado informando a su comandante de que los mexicanos habían abandonado en las

últimas dos semanas sus actividades hostiles y habían convertido sus operaciones en un bloqueo. La guarnición había sufrido enormemente, pero Alvarado expresaba su convicción de que el asedio se levantaría y la tranquilidad se restauraría con la llegada de sus compatriotas. Montezuma enviaba un mensaje también con el mismo contenido. Al mismo tiempo se exculpaba de haber tomado parte en las hostilidades, que según decía no sólo se habían preparado sin su conocimiento, sino que contra su inclinación y esfuerzos.

El general español, después de haberse detenido lo suficiente como para refrescar a sus cansadas tropas, retomó la marcha a lo largo de la margen sur del lago, que llevaba a la misma calzada por la que había entrado en la capital. Era el día consagrado a San Juan Bautista, el 24 de junio de 1520. Pero, ¡qué diferente era ahora la escena de la que presentaba la anterior entrada!²²⁶. No había multitudes alineadas junto a la carretera, ni canoas agolpándose en el lago llenas de admirados espectadores. Se podía ver de vez en cuando alguna piragua solitaria en la distancia, como un espía observando furtivamente sus movimientos que huía rápidamente en cuanto era divisada. Una quietud mortal flotaba sobre la escena, una quietud que hablaba más alto al corazón que las aclamaciones de la multitud.

Cortés cabalgaba malhumorado a la cabeza de sus batallones, encontrando, sin duda, abundante material para la meditación en este cambio de situación. Como si quisiera disipar estas sombrías reflexiones, ordenó a sus trompetas que tocaran y sus claras y estridentes notas arrastradas sobre las aguas le comunicaron a los habitantes de la fortaleza asediada que sus amigos estaban cerca. Fueron contestados por una alegre salva de artillería que pareció dar un júbilo momentáneo a las tropas, ya que aceleraron el paso, atravesaron el gran puente levadizo, viéndose así de

nuevo dentro de los muros de la ciudad imperial.

La apariencia de las cosas aquí no era como para disipar sus miedos. En algunos lugares contemplaron cómo se retiraban los puentes más pequeños, indicando demasiado claramente, ahora que sus bergantines estaban destruidos, lo fácil que sería cortar su retirada²²⁷. La ciudad parecía aún más desierta que Texcoco. Su población, antaño activa y populosa, había desaparecido. Y los españoles desfilaron por las calles vacías, el ruido de los cascos de sus caballos sobre el pavimento era contestado por un sordo y melancólico eco que caía pesadamente sobre sus corazones. Con sentimientos tristes llegaron a las puertas del palacio de Axayácatl. Las puertas se abrieron de par en par y Cortés y sus veteranos entraron rápidamente siendo cordialmente recibidos por sus compañeros de armas, mientras que ambas partes pronto olvidaron el presente en una interesante recapitulación del pasado²²⁸.

Las primeras preguntas del general fueron con respecto al origen del tumulto. Las versiones fueron varias. Algunos lo achacaban al deseo de los mexicanos de liberar a su soberano del cautiverio, otros a la intención de aislar a la guarnición mientras ésta se encontraba disminuida por la ausencia de Cortés y de sus paisanos. Todos, sin embargo, estuvieron de acuerdo en achacar la causa inmediata a la violencia de Alvarado. Era común entre los aztecas celebrar una fiesta anual en mayo en honor de su patrón el dios de la guerra. Era llamada la «indignación de Huitzilopotchli» y se conmemoraba con sacrificios, canciones religiosas y bailes en los que participaban muchos de los nobles, porque era una de las grandes fiestas que desplegaban la pompa del ritual azteca. Como se celebraba en el patio del *teocalli*, justo al lado del campamento español, y como parte del templo mismo estaba reservado a la capilla cristiana, los caciques pidieron permiso a Alvarado para realizar sus ritos ahí.

También pidieron, según se dice, que se permitiera la presencia de Montezuma. Alvarado rechazó esta última petición obedeciendo las instrucciones de Cortés, pero accedió a la primera, con la condición de que los aztecas no celebraran sacrificios humanos y vinieran sin armas.

El día señalado, por tanto, se reunieron en número de seiscientos, según el menor cómputo²²⁹. Iban vestidos con sus trajes de gala más imponentes, con los elegantes mantos de plumaje cuajados de piedras preciosas y sus cuellos, brazos y piernas adornados con collares y brazaletes de oro. Tenían ese amor por el brillante esplendor propio de las naciones semicivilizadas y en esas ocasiones desplegaban toda la pompa y profusión de sus bárbaros guardarropas.

Alvarado y sus soldados asistieron como espectadores, algunos de ellos apostándose a las puertas como por casualidad, mientras que otros se mezclaban entre la gente. Todos iban armados, una circunstancia que como era normal no llamó la atención. Los aztecas pronto se enfrascaron en la danza, acompañados de sus cantos religiosos y su música salvaje y discordante. Mientras estaban ocupados en esto, Alvarado y sus hombres, a una señal acordada, se lanzaron con las espadas desenvainadas sobre sus víctimas. Sin ninguna protección ni de armadura ni de armas de ningún tipo, fueron despedazados sin resistencia por sus atacantes, que en el sangriento trabajo, dice un contemporáneo, no mostraron ni un signo de piedad ni ningún reparo²³⁰. Algunos huyeron hacia las puertas, pero fueron atrapados por las largas picas de los soldados. Otros que intentaron escalar el Coatepantli, o Muralla de las Serpientes como era llamado, que rodeaba el lugar compartieron el mismo destino o fueron cortados en pedazos o disparados por la soldadesca implacable. Por el suelo, dice un escritor de la época, corrían ríos de sangre como el agua de una fuerte lluvia²³¹. ¡No quedó vivo ni un azteca de esta alegre

compañía! Fue una repetición de la terrible escena de Cholula, con el vergonzoso añadido de que los españoles, no contentos con asesinar a sus víctimas, les desvalijaron de los preciosos adornos que llevaban. En este triste día cayó la flor y nata de la nobleza azteca. No hubo ni una familia de renombre que no tuviera el llanto y la desolación entre sus muros. Y mucho tiempo después del sometimiento del país se seguían cantando muchas tristes baladas sobre los trágicos incidentes de la historia, adaptadas a los lastimeros aires nacionales²³².

Se han dado varias explicaciones de esta atroz acción. Pero pocos historiadores no han incluido la del mismo Alvarado. Según éste, se había tenido noticia a través de sus espías, algunos de ellos mexicanos, de que se planeaba una insurrección por parte de los indios. La celebración de esta fiesta estaba establecida como el momento en el que se alzarían, cuando los caciques se reunieran y podrían levantar fácilmente al pueblo para que los apoyaran. Alvarado, advertido de todo esto, les había prohibido llevar armas a su reunión. Fingiendo que se comprometían, habían ocultado sus armas en los arsenales vecinos, de donde las podían sacar rápidamente. Pero su golpe, anticipándose al de ellos, desbarató sus intenciones y, como esperaba con confianza, disuadiría a los aztecas de un intento similar en el futuro²³³.

Tal es la versión del asunto que dio Alvarado. Pero si es verdad, ¿por qué no verificó la aseveración desenmascarando las armas allí escondidas?, ¿por qué no reivindicó su conducta ante los ojos de los mexicanos en general, confesando públicamente la traición de los nobles, como hizo Cortés en Cholula? Todo tiene el aspecto de una disculpa inventada para cubrir su atrocidad tras cometer los hechos.

Algunos contemporáneos señalan un motivo muy

diferente para la masacre, que, según ellos, se originó en la codicia de los conquistadores, como mostró el desvalijamiento de los cuerpos de sus víctimas²³⁴. Bernal Díaz, que aunque no estaba presente había conversado familiarmente con los que sí estuvieron, los defiende de la acusación de este indigno motivo. Según él, Alvarado golpeó con intención de intimidar a los aztecas en caso de que se les ocurriera un movimiento de insurrección²³⁵. Pero el viejo cronista no nos informa de si tenía razón para temer algo o si tan siquiera intentó tenerla antes de la masacre.

Reflexionando, parece prácticamente imposible que una acción tan estúpida y que implicaba tanto peligro para los españoles mismos se perpetrara tan sólo por el deseo de apoderarse de los adornos que llevaban los nativos. Es más probable que esto lo pensarán luego, sugerido por los rapaces soldados ante el despliegue de botín que tenían ante sus ojos. Es posible que Alvarado recabara rumores de conspiración entre los nobles, rumores que quizá provinieran de los tlaxcaltecas, sus empedernidos enemigos y por ello muy poco dignos de crédito²³⁶. Se propuso desmantelarlo como su comandante había hecho en Cholula. Pero se olvidó de imitar el ejemplo de su líder a la hora de tomar precauciones contra un posterior alzamiento del pueblo. Y tuvo un error de cálculo terrible al confundir a los valientes y guerreros aztecas con los cholultecas.

No había terminado todavía la carnicería cuando las noticias se extendieron como el fuego por la capital. Los hombres apenas podían creer lo que oían. Todo lo que habían sufrido hasta ahora, la profanación de sus templos, el cautiverio de su soberano, los insultos acumulados sobre su persona, todo fue olvidado ante este único acto²³⁷. Todos los sentimientos de hostilidad y rencor largamente ahogados explotaron ahora en un grito de venganza. Todo sentimiento anterior de miedo supersticioso se fundió en otro de odio

inextinguible. Los sacerdotes no tuvieron necesidad de avivar estas pasiones en una llama, aunque esto no faltó. La ciudad a una se levantó en armas y al alba siguiente, casi antes de que los españoles pudieran protegerse tras sus defensas, fueron atacados con furia desesperada. Algunos de los atacantes intentaron escalar los muros, otros consiguieron parcialmente debilitar y prender fuego a las defensas. Es dudoso que hubieran podido tomar el lugar por asalto. Pero ante las súplicas de la guarnición, el mismo Montezuma intervino y, subiéndose a las almenas, se dirigió al pueblo, intentando mitigar su furia urgiéndoles consideraciones sobre su propia seguridad. Respetaron a su monarca hasta el punto de desistir de más intentos de asaltar la fortaleza, pero cambiaron sus operaciones por un bloqueo permanente. Comenzaron a hacer construcciones alrededor del palacio para prevenir la salida de los españoles. Suspendieron el *tianguetz* o mercado, para impedir la posibilidad de que sus enemigos obtuvieran provisiones y después se sentaron tranquilamente con sentimientos de triste desesperación, esperando el momento en que el hambre arrojara a las víctimas en sus manos.

La situación de los asediados, mientras tanto, era bastante angustiada. Ciertamente, sus almacenes de provisiones no estaban agotados, pero sufrieron enormemente la falta de agua, que dentro del recinto era demasiado salobre, porque el terreno estaba saturado por la sal del elemento circundante. En esta situación extrema, descubrieron, según se dice, un manantial de agua fresca en la zona. Tales manantiales eran conocidos en otras partes de la ciudad, pero al descubrirse por primera vez bajo estas circunstancias fue tomado nada menos que por un milagro. Aun así, sufrieron mucho por causa de los últimos encuentros. Siete españoles y muchos tlaxcaltecas habían caído y no había prácticamente ninguno, de ninguna de las dos naciones, que

no hubiera recibido varias heridas. En esta situación, lejos de sus propios paisanos y sin esperanzas de socorro desde el exterior, parecían no tener más alternativa que una lenta muerte por hambre o una, aún más terrible, en el altar del sacrificio. En esta sombría situación fueron aliviados por la llegada de sus camaradas²³⁸.

Cortés escuchó con calma las explicaciones que le dio Alvarado. Pero antes de que terminara debió parecerle claro que había hecho una mala elección para ese importante puesto. Sin embargo, el error era natural. Alvarado era un caballero de alta familia, valiente y caballeroso y su amigo personal. Tenía talento para la acción, poseía firmeza e intrepidez, al mismo tiempo que sus modales francos y deslumbrantes habían hecho a *Tonatiuh* un favorito especial de los mexicanos. Pero bajo esta llamativa fachada, el futuro conquistador de Guatemala ocultaba un corazón impetuoso, avaricioso y cruel. Carecía totalmente de moderación, que en la delicada posición que ocupaba suponía una cualidad de mayor valor que todas las demás.

Cuando Alvarado concluyó con sus respuestas a las diferentes preguntas de Cortés, el ceño de este último se oscureció al decirle a su lugarteniente: «Has hecho mal. Has traicionado la confianza depositada en ti. Tu conducta ha sido la de un loco». Y dando media vuelta bruscamente le dejó sin disimular su disgusto.

Sin embargo, no era este el momento para romper con alguien tan popular y, en tantos sentidos, tan importante para él como este capitán y menos aún de aplicarle el castigo que se merecía. Los españoles eran como marineros luchando contra una tormenta cuyo barco sólo podía evitar el naufragio mediante la destreza del piloto y la colaboración entregada de la tripulación. Las disensiones en un momento así podían ser fatales. Es cierto que Cortés se sentía fuerte con sus actuales recursos. Ahora se encontraba a la cabeza

de una fuerza que podía elevarse a unos mil doscientos cincuenta españoles escasos y ocho mil guerreros nativos, principalmente tlaxcaltecas²³⁹. Pero, aunque confiara en esto para aplastar la resistencia, el aumento de los efectivos también incrementaba la dificultad de subsistencia. Descontento consigo mismo, disgustado con su oficial e incómodo por las desastrosas consecuencias en las que se había visto envuelto debido a la intemperancia de Alvarado, se volvió irritable y se permitió un mal genio que no le era común en modo alguno, porque, aunque hombre de vivas pasiones por naturaleza, las mantenía bajo control²⁴⁰.

El día que Cortés llegó, Montezuma había abandonado sus aposentos para recibirle. Pero el comandante español, desconfiando, según parece por muy poco razonable que fuera, de su buena fe, le recibió tan fríamente que el monarca indio se retiró disgustado y abatido a sus habitaciones. Como el pueblo mexicano no mostraba ningún signo de sumisión y no traía provisiones para el ejército, el mal humor del general con el emperador continuó. Por tanto, cuando Montezuma envió a algunos de los nobles para pedir una entrevista con Cortés, este último, volviéndose a sus propios oficiales, exclamó altivamente: «¿Qué debo hacer con este rey perro que nos hace morirnos de hambre delante de sus ojos?».

Sus capitanes, entre los que estaba Olid, De Ávila y Velázquez, intentaron calmar su furia, recordándole en respetuosos tonos que de no ser por el emperador la guarnición podía haber sido arrasada por el enemigo. Este reproche tan sólo le irritó más. «¿Acaso», preguntó, repitiendo el insultante epíteto, «no nos traicionó el perro en sus comunicaciones con Narváez?, y ¿acaso no tolera que sus mercados estén cerrados y nos deja morir de hambre?». Después, volviéndose fieramente a los mexicanos, dijo: «¡Decidle a vuestro jefe y a su gente que abran los mercados

o lo haremos nosotros a sus expensas!»). Los jefes, que entendieron el significado de su anterior insulto al soberano, por su tono y gesto o quizá porque comprendían algo del idioma, abandonaron su presencia llenos de resentimiento y al comunicar su mensaje se cuidaron de que no perdiera nada de su efecto²⁴¹.

Poco después, Cortés, según se dice por sugerencia de Montezuma, liberó a su hermano Cuitláhuac, el señor de Iztapalapa, quien, como se recordará, había sido capturado bajo sospecha de colaboración con el jefe de Texcoco en su planeada revuelta. Se pensó que quizá podía servir para aplacar el actual tumulto y llevar al pueblo a un mejor estado de ánimo. Pero no volvió más al fuerte²⁴². Era un príncipe audaz y ambicioso y las ofensas que había recibido por parte de los españoles le habían dolido en lo más hondo. Era el presumible heredero de la corona, que por la ley de sucesión azteca pasaba con más frecuencia en línea colateral que en línea directa. El pueblo le recibió como al representante de su soberano y le eligió para ocupar el lugar de Montezuma durante su cautiverio. Cuitláhuac aceptó de buen grado el puesto de honor y de peligro. Era un experto guerrero y se empleó en reorganizar las desordenadas tropas y establecer un plan eficiente de operaciones. El efecto pronto fue visible.

Cortés mientras tanto tenía tan pocas dudas de su capacidad para dominar a los insurgentes que escribió sobre ello a la guarnición de Villa Rica, en la misma carta en la que informaba de su llegada segura a la capital. Pero, apenas había estado fuera el mensajero media hora cuando volvió sin palabras por el miedo y cubierto de heridas. «La ciudad», dijo, «está toda en armas. Los puentes levadizos han sido levantados y el enemigo estará pronto sobre ellos». Decía la verdad. No pasó mucho tiempo hasta que se escuchó un ronco y lúgubre sonido, como el rugido de aguas distantes.

Crecía más y más, hasta que desde el parapeto que rodeaba el recinto se vio cómo se oscurecían las grandes avenidas que llevaban a él por las masas de guerreros que llegaban vibrando en una marea confusa hacia el fuerte. Al mismo tiempo, las terrazas y azoteas en la vecindad, se llenaron de combatientes que parecían haber surgido como por arte de magia, blandiendo sus proyectiles²⁴³. Era un espectáculo como para consternar al más duro. Pero la oscura tormenta de la que era el preludeo y que se arremolinaba más y más profundamente alrededor de los españoles durante el resto de su residencia en la capital, constituirá el tema de un libro aparte.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés nació en 1478. Pertenece a una antigua familia de Asturias, si bien es cierto que en este último retiro de los intrépidos godos todas las familias claman ser antiguas. Fue prontamente presentado en la Corte y nombrado paje del príncipe Juan, el único hijo de Isabel y Fernando, en quien descansaban mercedamente sus esperanzas, así como las de la nación. Oviedo le acompañó al campamento en las últimas campañas de la guerra con los moros y estuvo presente en el memorable asedio de Granada. A la prematura muerte de su señor, en 1496, pasó a Italia y entró al servicio del rey Federico de Nápoles. A la muerte de este príncipe volvió a su país, y a comienzos del siglo XVI le encontramos de nuevo establecido en Castilla, donde ocupaba el puesto de cuidador de las joyas reales. En 1513 fue nombrado por Fernando el Católico *veedor*^{*} o inspector de las fundiciones de oro en las colonias americanas. Oviedo consecuentemente se trasladó al nuevo mundo, donde pronto tomó servicio bajo Pedrarias, el gobernador de Darién, y compartió el desastroso destino de esa colonia. Obtuvo algunos valiosos privilegios de la corona, construyó una fortaleza en Tierra Firme y entró en

negociaciones con los nativos. Por esto podemos presumir que era próspero, ya que le encontramos finalmente establecido con mujer y familia en La Española o Fernandina, como se llamaba entonces. Aunque continuó teniendo como principal residencia el nuevo mundo, hizo ocasionales visitas a España, y en 1526 publicó en Madrid su *Sumario*. Está dedicado al Emperador Carlos V y contiene un relato de las Indias occidentales, su geografía, clima, las razas que lo habitaban junto con sus animales y productos vegetales. El tema era de gran interés para las mentes inquisitivas de Europa y hasta entonces se había recogido poca información sobre el mismo. En 1535, en una posterior visita a España, Oviedo dio al mundo el primer volumen del gran trabajo, que había estado muchos años compilando, la *Historia de las Indias Occidentales*. El mismo año fue nombrado por Carlos V *alcayde** de la fortaleza de La Española. Continuó en la isla los siguientes diez años, dedicado activamente a la consecución de sus investigaciones históricas y después volvió por última vez a su tierra natal. El veterano erudito fue bien recibido en la Corte y obtuvo el honorable cargo de Cronista de las Indias. Ocupó este puesto hasta que llegó su muerte, que tuvo lugar en Valladolid, en 1557, a la edad de setenta y nueve años, mientras que estaba dedicado a la preparación del resto de su historia para la imprenta.

Considerando las buenas relaciones en las que se encontraba Oviedo con las personas más eminentes de la época, es singular que se haya conservado tan poco de su historia personal y de su carácter. Nic. Antonio habla de él como «un hombre de amplia experiencia, cortés en sus maneras y de gran honradez». Su larga y activa vida es una prueba suficiente de su experiencia y uno difícilmente dudará de su buena cuna, al saber la alta sociedad en la que se movía. Dejó un enorme número de manuscritos, que

abarcaban un amplio espectro tanto civil como de historia natural. Con mucho el más importante es su *Historia General de las Indias*. Está dividido en tres partes, que contienen cincuenta libros. La primera parte, que constaba de diecinueve libros, es la que, como ya se ha dicho, se publicó durante su vida. Ofrece de una manera más extensa los detalles de la historia natural y de geografía que estaban incluidos en su *Sumario*, con una narración, además, de los descubrimientos y conquistas de las islas. Una traducción de esta parte del trabajo fue realizada por Ramusio, con quien Oviedo estaba en correspondencia y está publicado en el tercer volumen de su inestimable colección. Las dos partes restantes se refieren a las conquistas de México y del Perú y otros países de América del Sur. Es esta parte del trabajo la que se ha consultado para estas páginas. El manuscrito fue depositado en la *Casa de Contratación** de Sevilla. Después pasó a manos del monasterio dominico de Montserrat. Pasado el tiempo, llegaron copias mutiladas del mismo a algunas colecciones privadas, cuando en 1775 don Francisco Cerda y Rico, un funcionario del departamento indio, estableció el lugar donde se encontraba el original y, movido por su celo literario, obtuvo una orden para su publicación. Bajo su supervisión, se preparó el trabajo para la imprenta, y el biógrafo de Oviedo, Álvarez y Baena nos asegura que pronto saldrá al mundo una edición completa del mismo, preparada con el mayor cuidado [Hijos de Madrid (Madrid, 1790), tom. II, pp. 354- 361]. Todavía está en manuscrito.

Ningún país ha sido más fructífero en el campo de la composición histórica que España. Sus baladas son crónicas hechas en verso. Las crónicas mismas datan de los siglos XII y XIII. Cada ciudad, cada pequeño pueblo, cada gran familia y muchas pequeñas tienen su cronista. Éstos a menudo eran simples cronistas monacales, que en la reclusión del convento encontraban tiempo para ocupaciones literarias. A

menudo, también, eran hombres que habían tomado parte en los episodios que describían, más expertos con la espada que con la pluma. Las composiciones de este último tipo tienen un carácter general de esa indiferencia ante la escritura sutil, que muestra una mente más concentrada en los hechos de los que se ocupa que en la forma de expresarlos. Los cronistas monacales, por otro lado, a menudo efectúan un pedante despliegue de erudición obsoleta que contrasta de forma curiosa con la textura casera de la narración. Las crónicas de ambos tipos de escritores pueden a menudo reclamar el mérito de un detallismo pintoresco y animado que evidencian que el tema era de vivo interés y que el escritor tenía puesto el corazón en él.

A Oviedo se le puede acusar de gran parte de la imperfección característica de la que he estado hablando. Su estilo no está redactado en un molde clásico. Sus pensamientos encuentran salida en frases tediosas e interminables que pueden llenar al lector de desesperación, y el hilo de la narración se rompe por episodios que no vienen al caso y que no llevan a ningún lugar. Se decía que su erudición era un poco escasa. Es muy creíble viendo el patético despliegue de citas latinas con el que adorna sus páginas, como un pobre galante que saca el mayor provecho de su pequeña provisión de atuendos. Da a entender que toma a Plinio el viejo como modelo, según aparece en el prefacio de su sumario. Pero su trabajo queda lejos de ese modelo de erudición y elocuencia que el gran escritor de historia natural nos ha legado.

Sin embargo, con sus obvios defectos, Oviedo mostró una curiosidad ilustrada y un vivo espíritu de observación, que le sitúan muy por encima del nivel de los cronistas comunes. Incluso se puede decir que desplegó un tono filosófico en sus reflexiones, aunque su filosofía deba verse como fría y poco escrupulosa, en todo lo referente a los derechos de los

aborígenes. Fue infatigable reuniendo materiales para sus narraciones y con este propósito mantuvo correspondencia con los hombres más eminentes de su época que habían participado en los hechos que conmemora. Incluso se dignó a recabar información de fuentes más humildes, de la tradición popular e informes de soldados comunes. Por ello, su trabajo a menudo presenta una mezcla de detalles inconsistentes y contradictorios, que dejan perplejo el juicio, haciendo extremadamente difícil, con esta distancia en el tiempo, esclarecer la verdad. Es quizá por esta razón por la que Las Casas halagó al autor declarando que «su trabajo era una invención sistemática, tan lleno de mentiras como de páginas». Sin embargo, se puede encontrar otra explicación para este severo juicio en el carácter diferente de los dos hombres. Oviedo compartía los sentimientos mundanos propios de los conquistadores españoles y, mientras que siempre estaba dispuesto a magnificar las hazañas de sus compatriotas, tenían en poco las quejas y los sufrimientos de los desgraciados aborígenes. Era incapaz de apreciar la generosa filantropía de Las Casas, o de elevarse hasta sus nobles miras, que sin duda ridiculizaba como las de una persona benevolente, quizá, pero fanática y visionaria. Las Casas, por otro lado, que había levantado su voz constantemente contra los abusos de los conquistadores, aborrecía los sentimientos declarados de Oviedo y era natural que su aversión a los principios se extendiera a la persona que los profesaba. Probablemente pocos hombres podrían ser tan poco competentes para valorarse el uno al otro.

Oviedo mostró la misma actividad a la hora de reunir materiales para la historia natural que la que había desplegado para la ilustración de la civil. Recolectó las diferentes plantas de las islas en su jardín y domesticó a muchos de los animales o los mantuvo encerrados bajo su

vigilancia donde pudiera estudiar sus hábitos peculiares. Por este camino, si no rivalizó con Plinio y Hernández en ciencia, al menos pudo proporcionar al hombre de ciencia datos del mayor interés e importancia.

Además de los escritos históricos, Oviedo dejó un trabajo en seis volúmenes, titulado con el enigmático nombre de *Quincuagenas*. Lo componen unos diálogos imaginarios entre los españoles más eminentes de la época, que versan sobre su historia personal, sus familias y genealogía. Es un trabajo de inestimable valor para el historiador de los tiempos de Isabel y Fernando y de Carlos V. Pero ha atraído poca atención en España, donde todavía está en manuscrito. Una copia completa de la *Historia de las Indias* de Oviedo se encuentra en los archivos de la Real Academia de la Historia en Madrid y tengo entendido que este organismo tiene preparada una edición para la imprenta. Los párrafos transcritos literalmente de otras narraciones, como las cartas de Cortés, que Oviedo traspasó sin escrúpulos, enteras y sin cortar a sus propias páginas, aunque aliviadas, eso sí, por ocasionales críticas de su propia cosecha, pueden omitirse perfectamente. Pero el resto del gran trabajo proporciona una masa de información variopinta que será una importante contribución a la historia colonial de España.

Una autoridad de frecuente referencia en estas páginas es la de Diego Muñoz Camargo, un noble tlaxcalteca mestizo que vivió en la última mitad del siglo dieciséis. Fue educado tempranamente en la fe cristiana y en castellano, en cuya lengua compuso su *Historia de Tlaxcala*. En este trabajo presenta al lector la serie de los diferentes miembros de la gran familia náhuatl, que llegaron sucesivamente a la meseta mexicana. Nacido y criado entre los aborígenes del país, cuando las prácticas paganas no estaban todavía del todo obsoletas, Camargo estaba en una posición perfecta para comprender la situación de los antiguos habitantes y su

trabajo proporciona mucha información auténtica y curiosa con respecto a las instituciones sociales y religiosas de la tierra en la época de la conquista. Su patriotismo se enciende a medida que relata las antiguas hostilidades de sus compatriotas con los aztecas y es curioso observar cómo la aversión de las naciones rivales sobrevivió a su subordinación común bajo el yugo castellano.

Camargo incluye en su narración un relato de este gran acontecimiento y de los posteriores asentamientos del país. Como miembro de la familia india, podríamos esperar que su crónica reflejase los prejuicios o al menos las parcialidades de los indios. Pero el converso cristiano cedía sus simpatías tan libremente a los conquistadores como a sus propios compatriotas. El deseo de magnificar los logros de estos últimos y al mismo tiempo hacer completa justicia de los poderes de los hombres blancos produce ocasionalmente el contraste más caprichoso en sus páginas, dándole a la historia un fuerte aire de inconsistencia. En cuanto a la ejecución literaria, el trabajo tiene poco mérito. Tanto, sin embargo, como se pudiera esperar de un indio nativo, que debía su conocimiento de la lengua a una instrucción tan imperfecta como la que pudo obtener de los misioneros. Sin embargo, en estilo de composición se puede comparar, y no desfavorablemente, con los escritos de algunos de los mismos misioneros.

El manuscrito original se guardó mucho tiempo en el convento de *San Felipe Neri* en México, donde Torquemada, según parece por referencias ocasionales, tuvo acceso a él. Ha escapado de la atención de otros historiadores, pero fue incluido por Muñoz en su magnífica colección y depositado en los archivos de la Real Academia de la Historia de Madrid, de cuya fuente se obtuvo la copia que obra en mi poder. Porta el título de *Pedazo de Historia Verdadera* y no tiene el nombre del autor ni división entre los libros o

capítulos.

Notas al pie

²¹⁵ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 6. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 123.

²¹⁶ Díaz, que lo había escuchado a menudo, nos comenta de esta manera su elocuencia. «Comenzó vn parlamento por tan lindo estilo, y plática, t-abi-e dichas cierto otras palabras mas sabrosas, y llenas de ofertas, q yo aquí no sabré escriuir». *Ibid.*, cap. 122.

²¹⁷ El capitán Díaz se había apropiado como parte del botín de los filisteos, según nos cuenta, de un caballo muy bueno con todo el equipamiento, una funda para la espada, tres dagas y una rodela, un equipamiento maravilloso para la campaña. Las órdenes del general no fueron, naturalmente, muy de su gusto. *Ibid.*, cap. 124.

²¹⁸ Narváez alega que Cortés le robó propiedad [por valor de 100.000 castellanos de oro! (*Demanda de Zavallos en nombre de Narváez*, manuscrito). De ser así, el pillaje del líder puede haber proporcionado los medios para su liberalidad con los privados.

²¹⁹ *Demanda de Zavallos en nombre de Narváez*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 124. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 130. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

La visita de Narváez dejó tristes huellas entre los nativos, que hicieron que fuera recordado por mucho tiempo. Un negro de su séquito trajo consigo la viruela. La enfermedad se extendió rápidamente por esa región del país y grandes cantidades de indios pronto cayeron víctimas de ella. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 6.

²²⁰ «Se perdía la mejor, y mas Noble Ciudad de todo lo nuevamente descubierto del Mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la Cabeza de todo, y á quien todos obedecían», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 131.

²²¹ *Ibid.*, ubi supra. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 13, 14. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 124, 125. Pedro Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 5. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

²²² Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 103. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap.7.

Bernal Díaz aumenta la cantidad hasta los 1.300 a pie y 96 a caballo (*ibid.*, cap. 125). Cortés la reduce a menos de la mitad de esta cifra (*Relación Segunda de Cortés*, ubi supra). El cálculo que aparece en el texto de las dos autoridades citadas anteriormente coincide prácticamente con las que se habían dado previamente de

los documentos oficiales de las fuerzas de Cortés y Narváez antes de la unión.

²²³ «Las sierras altas de Tetzcuco á que le mostrasen desde la mas alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tetzcuco, que son las sierras de Tlallocan altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto y puedo decir que son bastante para descubrir el un emisferio y otro, porque son los mayores puertos y mas altos de esta Nueva España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedras, cipreses y pinares», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

²²⁴ La historia explica parcialmente la razón. «En la misma Ciudad de Tescuco habia algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro de Alvarado y sus compañeros en México», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88.

²²⁵ «En todo el camino nunca me salió á recibir ninguna Persona de el dicho Mutezuma, como ántes lo solian facer; y toda la Tierra estaba alborotada, y casi despoblada: de que concebí la mala sospecha, creyendo que los Españoles que en la dicha Ciudad habian quedado, eran muertos», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 132.

²²⁶ «Y como asomó á la vista de la Ciudad de México, parecióle que estaba toda yerma, y que no parecia persona por todos los caminos, ni casas, ni plazas, ni nadie le salió á recibir, ni de los suyos, ni de los enemigos; y fué esto señal de indignacion y enemistad por lo que habia pasado», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 19.

²²⁷ «Pontes ligneos qui tractim lapideos intersecant, sublatos, ac vias aggeribus munitas reperit», Pedro Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 5.

²²⁸ *Probanza á pedimento de Juan de Lexalde*, manuscrito. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 133.

«Esto causó gran admiración en todos los que venian, pero que no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los Españoles acorralados. Venian todos muy cansados y muy fatigados y con mucho deseo de llegar á donde estaban sus hermanos; los de dentro cuando los vieron, recibieron singular consolacion y esfuerzo y recibieronlos con la artillería que tenian, saludándolos, y dándolos el parabien de su venida», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 22.

²²⁹ «É así los Indios, todos Señores, mas de 600 desnudos é con muchas joyas de oro é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban é cantaban é hacian su areito é fiesta segun su costumbre» (Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 54). Algunos escritores llevan el número hasta ochocientos y algunos hasta mil. Las Casas, con una exageración más modesta que la usual, lo aumenta tan sólo a dos mil. *Brevíssima Relazione*, p. 48.

²³⁰ «Sin duelo ni piedad Cristiana los acuchilló, i mató», Gómara, *Crónica de*

²³¹ «Fué tan grande el derramamiento de Sangre, que corrian arroyos de ella por el Patio, como agua cuando mucho llueve», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 20.

²³² «Y de aqui á que se acabe el mundo, ó ellos del todo se acaben, no dexarán de lamentar, y cantar en sus areytos, y bayles, como en romances, que acá dezimos, aquella calamidad, y perdida de la sucession de toda su nobleza, de que se preciauau de tantos años atras», Las Casas, *Brevíssima Relazione*, p. 49.

²³³ Véase la respuesta de Alvarado a las preguntas de Cortés, según nos las presenta Díaz (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 125) junto con algunas noticias adicionales en Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 66). Solís (*Conquista*, lib. 4, cap. 12) y Herrera (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 8); todos ellos parecen contentos con aprobar la versión del asunto que dio Alvarado. No encuentro otra autoridad, sea del peso que sea, en la misma vena caritativa.

²³⁴ Oviedo menciona una conversación que tuvo varios años después de esta tragedia con un noble español, don Thoan Cano, que llegó en el séquito de Narváez y estuvo presente en todas las operaciones posteriores del ejército. Se casó con la hija de Montezuma y se asentó en México después de la conquista. Oviedo le describe como un hombre sensato e íntegro. En respuesta a las preguntas del historiador relacionadas con la causa del levantamiento, le dijo que Alvarado había planeado la masacre gratuitamente por pura avaricia y que los aztecas encolerizados ante tal crueldad no provocada ni merecida se levantaron con toda razón para vengarla (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 54).

²³⁵ «Verdaderamente dió en ellos por metelles temor», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 125.

²³⁶ Tal es en realidad la versión de Ixtlilxochitl, sacada, según dice él, de los analistas nativos de Texcoco. Según ellos, los tlaxcaltecas, urgidos por su odio a los aztecas y su sed de saqueo, persuadieron a Alvarado, que no se resistió, de que los nobles planeaban una insurrección con ocasión de estas fiestas. El testimonio es importante y lo presento en palabras del autor. «Fué que ciertos Tlascaltecas (segun las Historias de Tescuco que son las que lo sigo y la carta que otras veces he referido) por envidia lo uno acordándose que en semejante fiesta los Mexicanos solian sacrificar gran suma de cautivos de los de la Nacion Tlascalteca, y lo otro que era la mejor ocasion que ellos podian tener para poder hinchar las manos de despojos y hartar su codicia, y vengarse de sus Enemigos (porque hasta entonces no habian tenido lugar, ni Cortés se les diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre hacia las cosas con mucho acuerdo) fuéron con esta invencion al capitán Pedro de Albarado, que estaba en lugar de Cortés, el qual no fué menester mucho para darles crédito porque tan buenos filos, y pensamientos tenia como ellos, y mas viendo que allí en aquella fiesta habian acudido todos los Señores y Cabezas

del Imperio y que muertos no tenían mucho trabajo en sojuzgarles», *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88.

²³⁷ Mártir recapitula bien estos sentimientos de agravio, mostrando que en opinión de los mismos españoles parecían tales, de aquellos al menos, cuyo juicio no estaba deformado por haber tomado parte en los acontecimientos. «Emori statuerunt malle, quam diutius ferre tales hospites qui regem suum sub tutoris vitæ specie detineant, civitatem occupent, antiquos hostes Tascaltecanos et alios præterea in contumeliam ante illorum oculos ipsorum impensa conseruent; [...] qui demum simulachra deorum confregerint, et ritus veteres ac ceremonias antiquas illis abstulerint», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 5.

²³⁸ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 13, 47. Gómara, cap. 105.

²³⁹ Dejó en la guarnición al partir de México, 140 españoles y unos 6.500 tlaxcaltecas, además de unos pocos guerreros cempoaltecas. Suponiendo que hubieran muerto en la batalla y por otras causas unos quinientos de éstos (una generosa suposición), todavía quedaría un número que, junto con los refuerzos que había traído ahora, elevarían la cantidad a la indicada en el texto.

²⁴⁰ «Y viendo que todo estaua muy al contrario de sus pensamientos, q a-u e comer no nos daua, estaua muy airado, y soberbio c-o la mucha g-ete de los Españoles que traia, y muy triste, y mohino», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126.

²⁴¹ La escena es referida por Díaz, que estaba presente (*ibid.*, cap. 126). Véase también la *Crónica* de Gómara, el capellán de Cortés (cap. 106). Es confirmado además por don Thoan Cano, un testigo presencial en su conversación con Oviedo.

²⁴² Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 8.

²⁴³ «El qual Mensajero bolvió dende á media hora todo descalabrado, y herido dando voces, que todos los Indios de la Ciudad venian de Guerra y que tenían todas las Puentes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de Gente por todas partes, que ni las calles ni Azoteas se parecian con Gente; la qual venia con los mayores alaridos, y grita mas espantable, que en el Mundo se puede pensar», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 134. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13.

* - En español en el original. (N. del T.)

LIBRO V
Expulsión de México

Capítulo I

Desesperado ataque al campamento. Furia de los mexicanos. Escapada de los españoles. Montezuma se dirige al pueblo. Herido de gravedad. 1520

El palacio de Axayácatl, en el que los españoles estaban acuartelados, era, como podrá recordar el lector, un vasto conjunto de edificios de piedra que sólo tenían un piso, excepto en el centro, donde se añadía otro piso, consistente en un grupo de habitaciones que se elevaban como torretas sobre el edificio principal. A su alrededor se extendía una enorme zona, rodeada por un muro de piedra de poca altura. Éste se apoyaba, a ciertos intervalos, en torres o baluartes, que le daban cierta fuerza, nada realmente en comparación con las fortificaciones europeas, pero lo suficiente como para resistir la rudimentaria ingeniería de asedio de los indios. El parapeto se había perforado en varias partes con troneras para la artillería, que en total eran trece piezas, y también se habían hecho aberturas más pequeñas en otras partes para comodidad de los arcabuceros. Las fuerzas españolas se alojaron en el gran edificio, pero el numeroso cuerpo de ayudantes tlaxcaltecas no podía haber tenido otro refugio que el que proporcionaban los barracones o cabañas que se construyeron rápidamente para dicho propósito en el espacioso patio. La mayoría de ellos probablemente durmió al raso en un clima más suave que aquel al que estaban acostumbrados en las duras colinas de su tierra nativa. Amontonados de esa manera en un pequeño y reducido espacio, el ejército podía ser convocado en un momento. Y

como el comandante español tenía mucho cuidado de imponer la disciplina y la vigilancia más estricta, era prácticamente imposible que pudieran ser sorprendidos. Por tanto, en cuanto la trompeta llamó a las armas al anunciarse el acercamiento del enemigo, todos los soldados estaban en su puesto, la caballería montada, los artilleros en sus cañones y los arqueros y arcabuceros apostados para ofrecer a los asaltantes una cálida recepción.

Llegaban en compañías o masas irregulares, en las que se dividía la muchedumbre, cada una lanzándose hacia adelante en densa columna desplegando una multitud de pendones de alegres colores con la luz reflejándose en sus cascos, flechas y lanzas, que se agitaba en desordenado despliegue. A medida que se acercaban al recinto, los aztecas lanzaron un espantoso alarido, o mejor dicho, ese estridente silbido que usaban en la lucha las naciones del Anáhuac, que se sobrepuso por encima del sonido de las caracolas y los tambores y sus otros rudimentarios instrumentos de música militar. A esto le siguió una tempestad de proyectiles, piedras, dardos y flechas, que cayeron como una densa lluvia sobre los asediados, mientras que desde las abarrotadas azoteas de los edificios colindantes se lanzaban descargas del mismo tipo¹.

Los españoles esperaron hasta que la primera columna llegara a la mejor distancia para que su fuego fuera efectivo, momento en el que una descarga general de la artillería y de los arcabuceros barrió las filas de los atacantes y los segó por cientos². Los mexicanos estaban familiarizados con los estallidos de estas formidables máquinas, ya que los habían escuchado descargar inofensivamente en los días de fiesta, pero nunca hasta entonces habían presenciado su mortal poder. Se quedaron aterrados por un momento, mientras que con miradas desconcertadas se tambaleaban bajo la furia del fuego³, pero pronto los bravos bárbaros, reagrupándose,

lanzaron un penetrante grito y se lanzaron sobre los cuerpos postrados de sus camaradas. Una segunda y una tercera descarga detuvieron su carrera y los desordenaron, pero aun así siguieron presionando, lanzando nubes de flechas, mientras que sus camaradas en las azoteas apuntaban de forma más precisa a los combatientes en el patio. Los mexicanos eran especialmente expertos en el uso de la honda⁴ y las piedras que lanzaban desde sus elevadas posiciones sobre las cabezas de sus enemigos causaron más bajas que las flechas. Cierto era que rebotaban sobre los cuerpos cubiertos de cota de malla de los caballeros y de aquellos que se encontraban enfundados en la panoplia de algodón o *escaupil*. Pero algunos de los soldados, especialmente los veteranos de Cortés y muchos de sus aliados indios, no tenían más que defensas ligeras y sufrieron enormemente por esta tempestad de piedras.

Los aztecas, mientras tanto, habían avanzado hasta llegar cerca de las murallas del atrincheramiento, con sus filas rotas y en desorden y sus miembros destrozados por el fuego constante de los cristianos. Pero aun así siguieron adelante, bajo la boca de los cañones. Intentaron escalar el parapeto, lo que por su altura media, no era un trabajo de gran dificultad. Pero en cuanto sus cabezas aparecían sobre la muralla les disparaban los infalibles tiradores del interior o eran derribados por un golpe del *maquahuitl* tlaxcalteca. Nada les amilanaba; enseguida aparecían otros para tomar el lugar de los caídos intentando sobrepasar la barrera, subiéndose a los cuerpos agonizantes de sus camaradas o fijando sus lanzas en las grietas del muro. Pero el intento demostró ser igualmente poco fructífero.

Derrotados en este punto, intentaron abrir una brecha en el parapeto golpeándolo con pesadas piezas de madera. Las defensas no estaban construidas siguiendo esos principios científicos, por los que una parte se construye para que

vigile y proteja a la otra. Los asediadores, por tanto, podían actuar a placer, con poca interferencia desde dentro de la plaza, ya que sus cañones no podían llevarse a una posición desde la que disparar y no podían subirse a ninguna parte de las murallas para defenderlas sin exponerse a los proyectiles de todo el ejército asaltante. El parapeto, sin embargo, demostró ser demasiado fuerte para los esfuerzos de los atacantes. En su desesperación intentaron prender fuego al campamento cristiano, disparando flechas ardiendo en su interior y escalando para lanzar sus teas por las troneras. El edificio principal era de piedra, pero los refugios temporales de los aliados indios y otras partes exteriores de la construcción eran de madera. Varios de éstos prendieron y la llama se extendió rápidamente por los materiales ligeros y combustibles. Este era un desastre frente al que los asediados no estaban en absoluto preparados. Tenían poca agua, que apenas alcanzaba para su propio consumo. Intentaron apagar las llamas tirando tierra encima. Pero fue en vano. Afortunadamente, el gran edificio era de materiales que desafiaron al destructivo elemento. Pero el fuego se extendió por algunas de las construcciones exteriores conectadas con el parapeto, con una furia que sólo pudo detenerse tirando una parte de la misma muralla, dejando por tanto abierta una formidable brecha. Ésta fue rápidamente protegida por orden del general con una batería de armas pesadas y una fila de arcabuceros que mantenían constantes descargas, a través de la abertura, sobre los atacantes⁵.

La lucha rugía ahora furiosa en ambos lados. Las murallas que rodeaban el palacio escupían un interminable manto de llamas y humo. Los quejidos de los heridos y de los moribundos se perdían entre los fieros gritos de batalla de los combatientes, el rugido de la artillería, el tableteo más agudo de los mosquetes y el silbido de los proyectiles indios.

Era la guerra entre los europeos y los americanos, o entre los hombres civilizados y los bárbaros; de la ciencia de unos contra las rudimentarias armas e ingeniería militar de los otros. Y mientras que las antiguas murallas de Tenochtitlan se estremecían bajo los truenos de la artillería, anunciaban que el hombre blanco, el destructor, había puesto pie dentro de sus límites⁶.

Finalmente llegó la noche y extendió su amable manto sobre el combate. Los aztecas raramente luchaban por la noche. Sin embargo, trajo poco descanso para los españoles, que constantemente esperaban el ataque y tenían abundante trabajo reparando las brechas de sus defensas y de las castigadas armaduras. Su asediante enemigo se mantuvo en armas durante la noche, dando muestras de su presencia de vez en cuando lanzando una piedra o una flecha sobre las murallas o con un solitario grito de desafío de algún guerrero más decidido que el resto, hasta que los demás sonidos se perdieron entre los vagos e ininteligibles murmullos que flotan sobre el aire de una gran asamblea.

Parece que Cortés no esperaba en absoluto la ferocidad que mostraron los mexicanos. Su experiencia anterior, su ininterrumpida carrera victoriosa con fuerzas mucho menores a sus órdenes, le había hecho infravalorar la eficiencia militar, si no el valor, de los indios. La aparente facilidad con que los mexicanos habían consentido las injurias hacia su soberano y hacia ellos mismos le había hecho tomar su coraje muy a la ligera. No podía creer que el ataque de ahora fuera nada más que una ebullición temporal del populacho que se consumiría por su propia furia. Y propuso, al día siguiente, salir e inflingir un castigo tal a sus enemigos que les hiciera recobrar el sentido y mostrarles quién era el señor de la capital.

Con las primeras luces, los españoles estaban en pie y armados, pero no antes de que sus enemigos dieran

muestras de hostilidad con proyectiles dispersos, que de vez en cuando se lanzaban sobre el recinto. A medida que la luz gris de la mañana avanzaba, mostraba al ejército asediador, que lejos de haberse reducido en número, llenaba la gran plaza y las avenidas vecinas en formaciones más densas que la tarde anterior. En lugar de una muchedumbre desordenada tenía la apariencia de algo similar a una fuerza regular con los batallones distribuidos bajo sus respectivos pendones, cuyos emblemas mostraban contribuciones de las principales ciudades y distritos del valle. Por encima de todos llamaba la atención el antiguo estandarte de México, con su bien conocido emblema, un águila lanzándose sobre un ocelote, desplegado sobre un rico manto de plumaje. Aquí y allí se podía ver a los sacerdotes mezclándose entre las filas de los asediadores, y con gestos frenéticos animarles a vengar el insulto a sus deidades.

La mayor parte del enemigo tenía poca ropa, a excepción del *maxtlatl* o faja alrededor de los riñones. Iban armados de maneras diversas, con lanzas largas acabadas en cobre o en piedra o, a veces, simplemente terminadas en punta y endurecidas sobre el fuego. Algunos estaban provistos de hondas y otros de dardos con dos o tres cabezas, con largas cuerdas atadas, mediante las cuales una vez disparados podían arrancarse del cuerpo del herido. Este era un arma formidable, muy temida por los españoles. Los que eran de un rango superior blandían el terrible *maquahuitl*, con sus afiladas y quebradizas cuchillas de obsidiana. Entre las variopintas bandas de guerreros, se veían muchos cuyo llamativo traje y aire de autoridad sugería que eran personas de alto rango militar. Sus pechos estaban protegidos por corazas de metal, sobre las que llevaban un brillante manto de plumaje. Portaban cascos que representaban a algún animal salvaje y feroz, coronados de pelo hirsuto o cubiertos por altas y elegantes plumas de muchos y brillantes colores.

Algunos pocos iban adornados con una cinta roja atada alrededor del pelo, que tenía mechones de algodón que indicaban el número de victorias logradas y su rango entre los guerreros de la nación. La variopinta asamblea mostraba claramente que los sacerdotes, los guerreros y los ciudadanos se habían unido al tumulto.

Antes de que el sol hubiera alcanzado con sus rayos el interior del campamento español, el enemigo se puso en acción, evidentemente preparándose para reanudar el asalto del día anterior. El comandante español decidió anticiparse a ellos con una fuerte salida, para la que ya había realizado los preparativos necesarios. Una descarga general de artillería y mosquetes esparció la muerte entre las filas del enemigo a lo lejos y a lo ancho y, antes de que tuvieran tiempo de recuperarse de su confusión, las puertas se abrieron de par en par y Cortés, saliendo fuera a la cabeza de su caballería, apoyado por un gran cuerpo de infantería y varios miles de tlaxcaltecas, galopó contra ellos. Tomados por sorpresa, les fue difícil ofrecer ninguna resistencia. Aquellos que lo hicieron fueron aplastados bajo las pezuñas de los caballos, cortados en pedazos por las espadas anchas o atravesados con las lanzas por los jinetes. La infantería continuó el golpe y la derrota por el momento fue general.

Pero los aztecas huyeron tan sólo para refugiarse detrás de una barricada o fuerte construcción de madera y tierra que habían situado cruzando la calle principal por la que eran perseguidos. Reuniéndose al otro lado ofrecieron una aguerrida resistencia y vertieron una andanada de sus armas ligeras sobre los españoles, quienes, recibidos al mismo tiempo con una lluvia de proyectiles desde las terrazas de las casas, fueron detenidos en su carrera y ligeramente desordenados⁷.

Cortés, obstaculizado de esta manera, solicitó unas pocas piezas de artillería pesada, que pronto barrieron las

barricadas y dejaron paso libre al ejército. Pero había perdido el ímpetu logrado en su rápido avance. El enemigo tuvo tiempo de recuperarse y enfrentarse a los españoles en condiciones más parejas. A medida que avanzaban también les atacaron por los flancos batallones frescos que se apelotaban en las calles y caminos adyacentes. Los canales bullían de botes llenos de guerreros que con sus formidables jabalinas buscaban cualquier brecha o punto débil en la armadura y haciendo estragos en los cuerpos de los tlaxcaltecas. Mediante repetidas y vigorosas cargas, los españoles consiguieron empujar a los indios, aunque muchos, con una desesperación que mostraba que amaban más la venganza que la vida, intentaron entorpecer los movimientos de sus caballos aferrándose a sus patas o, con más éxito, esforzándose por tirar a los jinetes de sus sillas. Y pobre del desafortunado caballero que fuera así desmontado, para morir despachado por el brutal *maquauhitl* o ser arrastrado a bordo de una canoa hasta el sangriento altar de sacrificio.

Pero la mayor molestia que soportaron los españoles fueron los proyectiles desde las azoteas, que eran a menudo grandes piedras, lanzadas con tal fuerza como para derribar al soldado más recio de su silla. Irritado hasta el extremo por estas descargas, contra las que ni siquiera sus escudos proporcionaban una protección adecuada, Cortés ordenó que se prendiera fuego a los edificios. Esto no fue un gran problema, ya que, aunque principalmente de piedra, estaban llenos de tapices, objetos de caña y otros materiales combustibles, que pronto estuvieron en llamas. Pero los edificios estaban separados entre sí por canales y puentes levadizos, por lo que las llamas no pasaban con facilidad a los edificios vecinos. Esto hizo que el trabajo de los españoles aumentara de forma incalculable y el avance de su trabajo de destrucción, afortunadamente para la ciudad,

fuera comparativamente lento⁸. No relajaron sus esfuerzos, sin embargo, hasta que hubieron quemado varios cientos de casas y los sufrimientos de los incendios, en los que los desdichados residentes murieron igual que los defensores, se añadieron a los horrores de la escena.

Ya había pasado gran parte del día. Los españoles habían vencido en todos los frentes. Pero el enemigo, aunque rechazado en todos los puntos, todavía mantenía el terreno. Cuando eran desbaratados por las furiosas cargas de la caballería, tardaban poco en reagruparse detrás de las defensas temporales que a diferentes intervalos se habían colocado en la calle y dando media vuelta comenzaba de nuevo la lucha sin merma en el coraje, hasta que los cañones de los asaltantes, eliminando las barreras, dejaba paso a los movimientos de los caballos. De esta manera, la acción era una sucesión de ofensivas y retiradas en las que ambas partes sufrían enormemente, aunque las pérdidas infligidas a los indios fueron probablemente diez veces mayores que las de los españoles. Pero los aztecas se podían permitir mejor la pérdida de cientos de vidas que sus antagonistas una sola. Y mientras que los españoles mostraban las formaciones destrozadas y sus efectivos obviamente disminuidos, el ejército mexicano, aumentado por las tropas tributarias que le llegaban de las calles vecinas, no mostraba, a pesar de todas sus pérdidas, ninguna señal de haber disminuido. Finalmente, saciados de matanza y exhaustos por los esfuerzos y el hambre, el comandante español replegó a sus hombres y tocó retirada⁹.

De vuelta al campamento vio a su amigo, el secretario Duero, en una calle adyacente, sin caballo y vehementemente enzarzado con un grupo de mexicanos, de los que se estaba defendiendo desesperadamente con su puñal. Cortés, azuzado por esta visión, profirió un grito de guerra y lanzándose entre el enemigo los ahuyentó como a

ganado con la furia de su aparición; después, recuperando el caballo de su amigo, le permitió que volviera a montar, y los dos caballeros, hundiendo las espuelas en sus monturas, se lanzaron entre sus oponentes uniéndose al cuerpo principal del ejército¹⁰. Tales despliegues de generosa valentía no eran extraños en estos enfrentamientos que incitan más hazañas de aventura personal que batallas con antagonistas más habilidosos en la ciencia de la guerra. El comportamiento caballeroso del general fue totalmente emulado por Sandoval, De León, Olid, Alvarado, Ordaz y sus otros bravos compañeros, quienes ganaron tal gloria a ojos de su líder que allanaron el camino para los mandatos independientes que posteriormente pusieron provincias y reinos a su disposición.

Los impertérritos aztecas se quedaron en la retaguardia de sus enemigos en retirada, incomodándoles a cada paso con nuevas andanadas de flechas y piedras, y cuando los españoles volvieron a entrar en la fortaleza las huestes indias acamparon alrededor, mostrando la misma obstinada resolución que la tarde anterior. Aunque fieles a sus antiguas costumbres de inactividad durante la noche, rompían la tranquilidad de esas horas con gritos de insulto y amenazas que llegaron a oídos de los asediados. «Los dioses os han enviado finalmente a nuestras manos», decían, «Huitzilopotchli ha estado pidiendo mucho tiempo sus víctimas a gritos. La piedra de sacrificio está lista. Los cuchillos están afilados. Las bestias salvajes del palacio están reclamando sus despojos con gruñidos. Y las jaulas», añadieron, burlándose de los tlaxcaltecas por su delgadez, «están esperando a los falsos hijos del Anáhuac, que serán engordados para el festival» Estas lúgubres amenazas, que sonaban terribles en los oídos de los asediados, que entendían demasiado bien su significado, iban mezcladas con lastimeras lamentaciones por su soberano, pidiendo a

los españoles que se lo entregaran.

Cortés sufría mucho de una grave herida que había recibido en la mano en la última acción. Pero la angustia de su mente debe haber sido aún mayor al rumiar sobre la oscura perspectiva que tenía por delante. Se había equivocado al juzgar el carácter de los mexicanos. Su largo y paciente aguante había sido una violencia contra su temperamento natural que, como prueba toda su historia, era arrogante y feroz por encima de todas las razas del Anáhuac. Una vez retirada la contención, que en deferencia a su monarca, más que a sus propios miedos, habían impuesto a su naturaleza, sus pasiones habían explotado con violencia contenida. Los españoles habían encontrado en los tlaxcaltecas un enemigo declarado, que no tenía nada de lo que quejarse ni injusticias que reparar. Luchaba bajo el vago temor de un mal que se cernía sobre su país. Pero los aztecas, hasta este momento los orgullosos señores del país, estaban agujijoneados por el insulto y la injuria, hasta que llegó a ese límite de la lealtad a uno mismo, que hace que la vida sea barata, en comparación con la venganza. Armado, por tanto, con la energía de la desesperación, el salvaje está prácticamente al mismo nivel que el hombre civilizado y una nación entera, tocada en lo más profundo por un sentimiento común, que se traga todas las consideraciones egoístas del interés y la seguridad personal, se convierte, sean cuales sean sus recursos, como el terremoto o el tornado, en la más formidable de las fuerzas de la naturaleza.

Puede que consideraciones de este tipo pasaran por la mente de Cortés, porque reflexionó sobre su propia impotencia para contener la furia de los mexicanos, y decidió, a pesar de su anterior tratamiento desdeñoso a Montezuma, emplear su autoridad para calmar el tumulto, una autoridad que con tanto éxito había ejercido en favor de Alvarado en una etapa anterior de la insurrección. Quedó

aún más reafirmado en su propósito la siguiente mañana, cuando los atacantes, redoblando sus esfuerzos, consiguieron escalar las defensas en un sector y hacer una entrada dentro del recinto. Es cierto que fueron recibidos con un espíritu tan decidido que no sobrevivió ninguno de los hombres que entraron. Pero en el ímpetu del ataque pareció por un momento que el lugar iba a ser arrasado por un asalto¹¹.

Cortés en ese momento envió a por el emperador azteca para pedirle que se interpusiera ante sus súbditos en favor de los españoles. Pero Montezuma no estaba de humor para acceder. Desde la vuelta del general se había quedado taciturno en sus habitaciones. Disgustado con el trato que había recibido, tenía aún mayor causa de mortificación al encontrarse de aliado de aquellos que eran abiertos enemigos de su nación. Desde sus habitaciones había contemplado las trágicas escenas en su capital y había visto a otro, el presunto heredero a su trono, ocupar el lugar que él debía haber ocupado a la cabeza de sus guerreros y luchando las batallas de su país¹². Afligido por su posición, indignado con aquellos que le habían puesto en ella, respondió fríamente: «¿Qué tengo yo que tratar con Malinche? No quiero oír de él. Tan sólo quiero morir. ¡A qué estado me ha reducido mi disposición a servirle!»¹³. Cuando Olid y el padre Olmedo le insistieron para que obedeciera, añadió: «No sirve de nada. No me creerán, ni a mí ni a las falsas palabras de Malinche. Nunca abandonaréis estos muros con vida». Sin embargo, al asegurarle que los españoles abandonarían gustosos si se les abría un pasillo entre sus enemigos, finalmente, movido probablemente más por el deseo de no malgastar la sangre de sus súbditos en mayor medida que la de los cristianos, consintió en reconvenir a su gente¹⁴.

Para darle más efectismo a su presencia, se puso sus ropas

imperiales. El *tilmatli*, el manto de blanco y azul flotaba sobre sus hombros, atado con un rico broche de verde *chalchihuite*. La misma piedra preciosa, con esmeraldas de tamaño poco común, engarzadas en oro, ornamentaba profusamente otras partes de su traje. Sus pies iban calzados con las sandalias doradas y la frente cubierta por el *copilli*, o diadema mexicana, que tenía una forma parecida a la tiara pontífica. Vestido de esta manera, rodeado por una guardia de españoles y varios nobles aztecas y precedido por el bastón de oro, el símbolo de la soberanía, el monarca indio subió a la torreta central del palacio. Su presencia fue inmediatamente reconocida por la gente y a medida que el séquito real avanzaba por las almenas, la escena, como por arte de magia cambió. Calló el sonido de los instrumentos, los fieros gritos de los atacantes y una quietud como de muerte dominó sobre toda la concurrencia que tan sólo un momento antes se agitaba de forma tan fiera, por el salvaje tumulto de la guerra. Muchos se postraron, otros hincaron la rodilla y todos se volvieron con ansiosa expectación hacia el monarca, a quien se les había enseñado a reverenciar con respeto servil y ante cuyo semblante estaban acostumbrados a volverse como del intolerable esplendor de la divinidad. Montezuma vio su ventaja y mientras estuvo frente a su pueblo sobrecogido pareció recuperar su antigua autoridad y confianza, al sentirse todavía rey. Con voz calmada, que fácilmente se escuchaba sobre la silenciosa concurrencia, según dicen los escritores españoles, se dirigió a ellos de esta manera.

«¿Por qué veo a mi gente en armas contra el palacio de mis padres? ¿Es que acaso pensáis que vuestro soberano es un prisionero y deseáis liberarle? Si fuere así, habríais actuado correctamente. Pero estáis equivocados. No soy un prisionero. Los extranjeros son mis huéspedes. Estoy con ellos sólo por mi elección y puedo dejarles cuando se me

antoje. ¿Habéis venido a expulsarles de la ciudad? No es necesario. Partirán voluntariamente si les abris camino. Volved pues a vuestras casas. Deponed las armas. Mostrad vuestra obediencia hacia mí, que tengo derecho a ella. Los hombres blancos volverán a su tierra y todo volverá a estar bien de nuevo dentro de las murallas de Tenochtitlan.»

Al declararse Montezuma amigo de los detestados extranjeros un murmullo recorrió la multitud, un murmullo de desprecio por el pusilánime príncipe que podía mostrarse tan insensible a los insultos y las injurias por las que su nación estaba en armas. La marea crecida de sus pasiones barrió cualquier barrera de antigua reverencia y tomando una nueva dirección descendió sobre la cabeza del desafortunado monarca, tan degenerado de sus guerreros ancestros. «Vil azteca», exclamaron, «mujer, cobarde, los hombres blancos te han hecho su mujer, válida sólo para tejer e hilar». Estas amargas burlas fueron pronto seguidas de demostraciones todavía más hostiles. Un jefe, se dice que de alto rango, dirigió una flecha o blandió una jabalina con aire de desafío contra el emperador¹⁵, y en un momento una nube de piedras y flechas descendió sobre el lugar donde se encontraba el séquito real. Los españoles que estaban encargados de defenderle habían bajado la guardia por la actitud respetuosa de la gente mientras éste se dirigía a ellos. Ahora interpusieron rápidamente sus escudos. Pero era demasiado tarde. Montezuma estaba herido por tres proyectiles uno de ellos, una piedra, cayó con tal violencia sobre su cabeza, cerca de la sien, que le dejó sin sentido en el suelo. Los mexicanos, impactados por su propio acto sacrílego, experimentaron un súbito cambio de sentimiento y, lanzando un lúgubre grito, se dispersaron atacados por el pánico en diferentes direcciones. Del multitudinario despliegue frente al palacio no quedó nadie.

El desgraciado príncipe mientras tanto fue llevado por sus

ayudantes a sus habitaciones. Al recobrase de la insensibilidad causada por el golpe, cayó sobre él lo desgraciado de su condición. Había probado lo más agrio de la degradación. Había sido injuriado, rechazado por su gente. El más ínfimo de la chusma había levantado su mano contra él. No tenía nada por lo que vivir. Fue en vano que Cortés y sus oficiales intentaron aliviar la angustia de su espíritu e imbuirle mejores pensamientos. No respondió una palabra. Su herida, aunque peligrosa, podía, con un buen tratamiento, no ser mortal. Pero Montezuma rechazó todos los remedios que se le recetaron. Se arrancó las vendas tantas veces como se le aplicaron, manteniendo mientras tanto el silencio más obstinado. Se sentó con los ojos abatidos, rumiando sobre su suerte en desgracia, sobre la imagen de su antigua majestad y la presente humillación. Había sobrevivido a su honor. Pero una chispa de su antiguo espíritu parecía arder en su pecho, ya que no estaba dispuesto a sobrevivir a su desgracia. De esta dolorosa escena se vieron pronto arrastrados el general español y sus seguidores por los nuevos peligros que amenazaban a la plaza¹⁶.

Notas al pie

¹ «Eran tantas las Piedras, que nos echaban con Hondas dentro de la Fortaleza que no parecia sino que el Cielo las llovía; é las Flechas, y Tiraderas eran tantas que todas las paredes y los Patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas» (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 134). No es de extrañar que encontraran dificultades para pasar entre las flechas si es correcta la versión de Herrera de que los asediados reunieron y quemaron cuarenta cargas de carreta de flechas cada día. *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 9.

² «Luego sin tardanza se juntaron los Mexicanos, en gran copia, puestos á punto de Guerra, que no parecia sino que habian salido debajo de tierra todos juntos, y comenzaron luego á dar grita y pelear, y los Españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habian traído, y con toda la gente que de nuevo habia venido, y los Españoles hicieron gran destrozo en los Indios, con la artillería, arcabuzes, y ballestas y todo el otro artificio de pelear» (Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 22). El buen padre se deshace en elocuencia en su descripción de la escena de la batalla.

³ El enemigo ofrecía una diana tan fácil, dice Gómara, que los cañoneros cargaron y dispararon sin preocuparse siquiera de apuntar sus piezas. «Tan recio, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros», *Crónica de Nueva España*, cap. 106.

⁴ «Hondas, que eran la mas fuerte arma de pelea que los Mejicanos tenían», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁵ «En la Fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte de ella, sin la poder remediar, hasta que la atajamos, cortando las paredes y derrocando un pedazo que mató el fuego. É si no fuera por la mucha Guardia, que allí puse de Escopeteros, y Ballesteros, y otros tiros de pólvora, nos entraran á escala vista, sin los poder resistir», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 134.

⁶ *Ibid.*, ubi supra. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 106. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 22. Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito, parte I, cap. 26. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126.

⁷ *Carta del Ejército*, manuscrito.

⁸ «Están todas en el agua, y de casa á casa vna puente leuadiza, pasalla á nado, era cosa muy peligrosa; porque desde las açuteas tirauan tanta piedra, y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demas desto, en algunas casas que les poníamos fuego, tardaua vna casa é se quemar vn día entero, y no se podía pegar fuego de vna casa á otra; lo vno, por estar apartadas la vna de la otra el agua en

medio; y lo otro, por ser de açuteas», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126.

⁹ «Los mexicanos lucharon con tal ferocidad», dice Díaz, «que si hubiéramos tenido la ayuda ese día de diez mil Hectores, y otros tantos Orlandos, no les hubiéramos hecho ninguna impresión. Había varios de nuestras tropas», añade, «que habían servido en las guerras italianas, pero ni ahí, ni en las batallas con los turcos habían visto nada parecido a la desesperación que mostraban estos indios», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126.

Véase, también, para estas últimas páginas, la *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 135. Ixtlilxochitl, *Relaciones*, manuscrito, *Probanza á pedimento de Juan de Lexalde*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 196.

¹⁰ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 9. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 69.

¹¹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 107.

¹² Cortés envió a Marina para conocer de Montezuma el nombre del valiente jefe que podía divisarse fácilmente desde las murallas animando y dirigiendo a sus compatriotas. El emperador le informó que era su hermano Cuicláhuac, el presunto heredero a su corona y el mismo jefe que el comandante español había liberado unos días antes. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 10.

¹³ «¿Que quiere de mí ya Malinche, que yo no deseo viuir ni oille? Pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traido», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126.

¹⁴ *Ibid.*, *ubi supra*. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88.

¹⁵ Acosta relata una tradición, por la que Guatemozin, el sobrino de Montezuma, quien le sucedió después en el trono, fue el hombre que disparó la primera flecha. Lib. 7, cap. 26.

¹⁶ He relatado este trágico suceso y las circunstancias que lo rodearon, como se han ofrecido, en mayor o menor detalle pero sustancialmente de la misma forma, por los escritores más acreditados de esa época y de la siguiente, varios de ellos testigos presenciales (véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 136. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 10. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 70. Acosta, *ubi supra*. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 5). También lo confirma Cortés en el documento que garantiza a

la hija favorita de Montezuma ciertos estados, en calidad de dote. Don Thoan Cano, que se casó con la princesa, aseguró a Oviedo que los mexicanos respetaron a Montezuma mientras le vieron y no se dieron cuenta cuando lanzaron los proyectiles de que estaba presente por estar oculto por los escudos de los españoles. Esta declaración poco probable es repetida por el capellán Gómara (*Crónica de Nueva España*, cap. 107). La rechaza Oviedo, sin embargo, quien dice que el mismo Alvarado presente en la escena, en una posterior conversación con él, le confirmó explícitamente la narración dada en el texto (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47). Los mexicanos dieron una versión muy diferente del asunto. Según ellos, Montezuma, junto con los señores de Texcoco y Tlatelolco, detenidos entonces como prisioneros en la fortaleza por los españoles, fueron todos ajusticiados con *garrote* y sus cadáveres arrojados por las murallas a sus compatriotas. Cito el original del padre Sahagún, que recogió la historia de los mismos aztecas.

«De esta manera determináron los Españoles á morir ó vencer varonilmente; y así habláron á todos los amigos indios, y todos ellos estuviéron firmes en esta determinacion: y lo primero que hicieron fué que diéron garrote á todos los Señores que tenían presos, y los echáron muertos fuera del fuerte: y antes que esto hiciesen les dijéron muchas cosas y les hicieron saber su determinacion, y que de ellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á sus manos, dijéronles, no es posible que vuestros Ídolos os libren de nuestras manos. Y desde las azoteas, fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada á manera de Tortuga. Y desde supiéron y viéron los de á fuera, que aquellos Señores tan principales habian sido muertos por las manos de los Españoles, luego tomáron sus cuerpos y les hicieron sus exequias, al modo de su Idolatría, y quemáron sus cuerpos, y tomáron sus cenizas, y las pusieron en lugares apropiadas á sus dignidades y valor», *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 23.

Casi no hace falta comentar lo absurdo de esta monstruosa imputación que sin embargo ha encontrado favor entre algunos de los últimos escritores. Independientemente de todas las demás consideraciones, los españoles difícilmente hubieran ideado la muerte del monarca indio, ya que, como el texcocano Ixtlilxochitl señala con razón, era el golpe más terrible que podía sucederles, al deshacer el último nudo que les unía con los mexicanos. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, *ubi supra*.

Capítulo II

Asalto al gran templo. Espíritu de los aztecas. Angustia en el campamento. Duros combates en la ciudad. Muerte de Montezuma. 1520

Enfrente del campamento español, a tan sólo unos rods (5,029 metros) de distancia, se encontraba el gran *teocalli* de Huitzilopotchli. Este montículo piramidal, con los santuarios que lo coronaban, elevándose en total hasta una altura de casi ciento cincuenta pies, proporcionaba una posición elevada que dominaba completamente el palacio de Axayácatl ocupado por los cristianos. Un grupo de quinientos o seiscientos mexicanos, muchos de ellos nobles y guerreros del mayor rango, tomaron el *teocalli*, desde donde descargaban tales andanadas de flechas sobre la plaza que nadie podía abandonar sus defensas por un momento sin peligro inminente, mientras los mexicanos, a cubierto bajo sus santuarios, estaban completamente a salvo del fuego de los asediados. Era necesario obviamente sacar al enemigo si los españoles querían aguantar más tiempo en sus cuarteles.

Cortés asignó esta misión a su ayuda de cámara, Escobar, dándole cien hombres a este propósito con órdenes de asaltar el *teocalli* y prender fuego a los santuarios. Pero ese oficial fue rechazado tres veces en el intento y después de los esfuerzos más desesperados se vio obligado a volver con considerables bajas y sin conseguir su objetivo.

Cortés, que veía la inmediata necesidad de tomar el puesto, decidió liderar el asalto él mismo. Había estado

sufriendo mucho de una herida en su mano izquierda que le había inhabilitado hasta el momento. De todas formas hizo que el brazo le fuera útil atándole una rodela¹⁷ y de esta manera, lisiado, salió a la cabeza de trescientos caballeros escogidos y varios miles de ayudantes.

En el patio del templo encontró a un numeroso grupo de indios preparados para disputarle el paso. Cargó contra ellos con brío, pero las piedras lisas y suaves del pavimento eran tan deslizantes que los caballos perdieron el equilibrio y muchos de ellos cayeron. Desmontando rápidamente, enviaron a los animales de regreso al campamento y renovaron el asalto; los españoles consiguieron dispersar a los guerreros indios sin mucha dificultad y abrirse paso libre para llegar al *teocalli*. El edificio, como recordará el lector, era una enorme estructura piramidal de unos trescientos pies cuadrados en la base. Un tramo de escaleras de piedra en el exterior en uno de los ángulos del montículo llevaba a la plataforma o camino terraza que rodeaba el edificio hasta que llegaba a un tramo de escaleras similar directamente encima del anterior que conducía a la siguiente terraza. Al haber cinco cuerpos o divisiones en el *teocalli*, era necesario atravesar toda su extensión cuatro veces, o lo que es lo mismo, casi una milla, para poder llegar a la cima, que como se recordará era una zona abierta coronada sólo por dos santuarios dedicados a las deidades aztecas¹⁸.

Cortés, después de haber limpiado el camino para el asalto, saltó a la escalera inferior seguido por Alvarado, Sandoval, Ordaz y otros valientes caballeros de su pequeño grupo, dejando una fila de arcabuceros y un fuerte cuerpo de aliados indios para detener al enemigo en la base del monumento. En la primera terraza, así como en las demás galerías superiores y en la cima, los guerreros aztecas estaban preparados para disputar el paso. Desde su posición elevada derramaban andanadas de proyectiles ligeros junto

con pesadas piedras, vigas y troncos ardientes que tronando por la escalera, derribaban a los españoles que subían, y esparcían la desolación entre sus filas. Los más afortunados, esquivando o saltando por encima de estos obstáculos, consiguieron ganar la primera terraza, donde lanzándose sobre los enemigos les obligaron, después de una breve resistencia, a retirarse. Los asaltantes presionaron apoyados con efectividad por el brioso fuego de los mosquetes más abajo, que acosaban de tal manera a los mexicanos en su expuesta posición, que se contentaron con refugiarse en la ancha cima del *teocalli*.

Cortés y sus camaradas estaban cerca de su retaguardia y los dos grupos pronto se encontraron cara a cara en este campo de batalla aéreo, enzarzados en un combate mortal en presencia de toda la ciudad, así como de las tropas en el patio que hicieron, como por mutuo acuerdo, un alto en sus propias hostilidades, contemplando con expectación silenciosa el espectáculo de los de arriba. La zona, aunque algo más estrecha que la base del *teocalli*, era lo suficientemente grande como para proporcionar un campo de batalla capaz de albergar a mil combatientes. Estaba pavimentado con piedras planas y anchas. No había ningún obstáculo en su superficie, excepto el enorme bloque de piedra del sacrificio y los templos de piedra que se elevaban hasta una altura de cuarenta pies en el extremo más alejado de la zona. Uno de éstos había sido consagrado con la cruz. El otro todavía estaba ocupado por el dios mexicano de la guerra. Los cristianos y los aztecas combatían por sus religiones bajo la misma sombra de sus respectivos santuarios, mientras que los sacerdotes indios, corriendo de aquí para allá con sus melenas cayendo salvajemente sobre sus mantos negros, parecían sostenerse en el aire, como otros tantos demonios de la oscuridad azuzando en su trabajo de masacre.

Las dos partes chocaron con la furia de hombres que no tiene más esperanza que la victoria. No se dio ni se pidió cuartel y huir era imposible. El borde de la zona no estaba protegido por parapeto ni almenas. El más mínimo desliz sería fatal y de vez en cuando pudo contemplarse a los combatientes que luchaban en un combate mortal, rodar juntos por los escarpados lados del precipicio¹⁹. Se dice que el mismo Cortés escapó por poco de este terrible destino. Dos guerreros, de fuerte complexión muscular, le agarraron y comenzaron a arrastrarle violentamente hacia el borde de la pirámide. Consciente de su intención, se resistió con todas sus fuerzas, y antes de que pudieran realizar su propósito consiguió librarse de sus garras y tirar a uno de ellos con su propio brazo por encima de las murallas. La historia no es improbable, ya que Cortés era un hombre de agilidad y fuerza poco común. Circunstancia que se ha repetido a menudo, aunque no por la historia contemporánea²⁰.

La batalla duró tres horas con una furia constante. El número de enemigos era el doble que el de los cristianos y parecía que era un enfrentamiento que se decidiría por los números y la fuerza bruta, más que por la superioridad en la ciencia. Pero no fue así. La invulnerable armadura de los españoles, su espada de temple insuperable y su habilidad en el uso de la misma le dieron una ventaja que sobrepasaba con mucho la inferioridad en fuerza física y número. Después de hacer todo lo que el coraje de la desesperación permite a los hombres hacer, la resistencia se fue debilitando en el bando de los aztecas. Fueron cayendo uno detrás de otro. Dos o tres sacerdotes que sobrevivieron fueron llevados en triunfo por los vencedores. Todos los demás combatientes quedaron como cadáveres extendidos sobre el sangriento campo de batalla o fueron lanzados desde las vertiginosas alturas. Sin embargo, las bajas de los españoles fueron considerables. Se elevaron a cuarenta y cinco de los

mejores hombres, y casi todos los demás estaban más o menos heridos por el desesperado combate²¹.

Los caballeros victoriosos se lanzaron en ese momento contra los santuarios. El piso inferior era de piedra, los dos superiores, de madera. Entrando en su interior tuvieron la mortificación de ver que habían quitado la imagen de la Virgen y la cruz²². Pero en el otro edificio todavía contemplaron la macabra figura de Huitzilopotchli, con su incensario de corazones humeantes y las paredes de su oratorio apestando a sangre, probablemente de sus propios paisanos. Con gritos de triunfo los cristianos arrancaron al tosco monstruo de su nicho y lo derribaron en presencia de los horrorizados aztecas, por las escaleras del *teocalli*. Después le prendieron fuego al edificio maldito. Las llamas rápidamente recorrieron las esbeltas torres enviando una luz cargada de presagios, sobre la ciudad, el lago y el valle, hasta la cabaña más remota entre las montañas. Era la pira funeraria del paganismo y proclamaba la caída de la sangrienta religión que tanto tiempo se había cernido sobre las bellas regiones del Anáhuac como una oscura nube²³.

Después de terminar esta gran tarea, los españoles descendieron las serpenteantes escaleras del *teocalli* con más libertad y paso más optimista, como si fueran conscientes de que la bendición del cielo descansaba ahora sobre sus hombros. Pasaron entre las polvorientas filas de guerreros indios del patio, demasiado deprimidos por las terribles escenas que habían contemplado como para ofrecer resistencia y llegaron a su campamento sanos y salvos. Esa misma noche continuaron el golpe con una incursión sobre la ciudad durmiente y quemaron trescientas casas, haciendo los horrores de la contienda todavía más impresionantes al ocurrir en la hora en que los aztecas, por su propio sistema de guerra, estaban menos preparados para ello²⁴.

Esperando encontrar el temperamento de los nativos un

poco más subyugado por estos reveses, Cortés decidió en este momento, con su habitual diplomacia, aprovechar su situación de superioridad para proponerles las condiciones de rendición. En consecuencia, invitó al enemigo a parlamentar, y como los jefes principales, acompañados de sus seguidores, se reunieron en la gran plaza, se subió a la torre antes ocupada por Montezuma e hizo signos de que les iba a hablar. Marina, como de costumbre, ocupó un lugar a su lado como intérprete. La multitud miró con verdadera curiosidad a la muchacha india, cuya influencia sobre los españoles era conocida de todos y cuya conexión con el general en particular había llevado a los aztecas a designarle por el nombre mexicano de Malinche²⁵. Cortés habló a través de los suaves y musicales tonos de su dama, relató a su público que ahora debían estar convencidos de que no podían tener esperanzas de seguir oponiéndose a los españoles. Habían visto a sus dioses pisoteados por el suelo, sus altares rotos, sus moradas quemadas, a sus guerreros caer por todos sitios. «Todo esto», continuó, «lo habéis atraído sobre vosotros con vuestra rebelión. Sin embargo, por el afecto que el soberano, a quien habéis tratado tan injustamente, todavía os tiene, detendré gustosamente mi mano si deponéis las armas y volvéis a vuestra obediencia. Pero si no», concluyó, «haré de vuestra ciudad un montón de ruinas y no dejaré un solo alma para llorarla».

Pero el comandante español no había comprendido todavía el carácter de los aztecas si pensó que los iba a intimidar con amenazas. Calmados en el exterior y lentos para el movimiento, eran los más difíciles de pacificar cuando se alzaban y ahora que habían sido tocados en sus sentimientos más profundos, la voz humana no podía calmar la tempestad. Sin embargo, puede que Cortés no se equivocara tanto con el carácter de la gente. Puede que sintiera que el único tono que podía adoptar era el

autoritario si quería tener alguna probabilidad de éxito, en su actual situación, en la que un lenguaje más suave y conciliador hubiera hecho seguramente fracasar su intento, al insinuar una conciencia de inferioridad.

Era cierto, respondieron, había destruido sus templos, hecho pedazos sus dioses, masacrado a sus compatriotas. Sin duda muchos más caerían bajo sus terribles espadas. Pero estarían contentos, mientras que por cada mil mexicanos pudieran verter la sangre de un hombre blanco²⁶. «Mira», siguieron, «sobre nuestras terrazas y nuestras calles, míralas abarrotadas de guerreros hasta donde te alcanza la vista. Nuestro número disminuye escasamente por nuestras pérdidas. El vuestro, por el contrario, disminuye cada hora. Estáis muriendo de hambre y de enfermedad. Os van faltando ya provisiones y agua. Pronto caeréis en nuestras manos. ¡ *Los puentes han sido destrozados y no tenéis escapatoria* !²⁷. Quedarán pocos de vosotros para saciar la venganza de nuestros dioses». Al concluir, enviaron una andanada de flechas sobre las almenas, que obligó a los españoles a descender para refugiarse en sus defensas.

El fiero e indómito espíritu de los aztecas llenó a los asediados de desesperación. Todo lo que habían hecho y sufrido, por tanto; sus batallas por el día, sus vigias por la noche, los peligros que habían afrontado, incluso las victorias que habían logrado, no servían de nada. Era demasiado evidente que ya no tenían el resorte de la antigua superstición para utilizar sobre los pechos de los nativos, quienes como una bestia salvaje que ha reventado las ataduras de su guardián, parecía ahora hinchada y exultante, plenamente consciente de su fuerza. El anuncio referente a los puentes cayó como una sentencia sobre los oídos de los cristianos. Todo lo que habían oído era demasiado verdad y se miraron unos a otros con miradas de ansiedad y de desesperación.

Sucedió lo mismo que a veces pasa entre la tripulación de un barco naufragado. Ante la terrible sensación de peligro, se perdió la subordinación. El espíritu de motín estalló, especialmente entre las tropas recientes del ejército de Narváez. No habían venido al país por la ambición, sino atraídos por el brillo de los informes de su opulencia y habían esperado ingenuamente volver en unos meses con los bolsillos bien llenos con el oro del monarca azteca. Pero qué diferente había sido su suerte. Desde el primer momento de su desembarco, habían tenido tan sólo problemas y desastres, privaciones de todo tipo, sufrimientos incomparables y ahora contemplaban como perspectiva un destino todavía más atroz. Amargamente se lamentaron de la hora en la que habían dejado los soleados campos de Cuba por estas regiones caníbales. Y de corazón maldijeron su propia estupidez al escuchar la llamada de Velázquez y todavía más por embarcarse bajo el estandarte de Cortés²⁸.

Exigían ahora con ruidosa vehemencia que se les sacara inmediatamente de la ciudad y rechazaron servir más en la defensa del lugar donde estaban encerrados como ovejas en el matadero, esperando tan sólo a ser arrastrados al sacrificio. Los veteranos de Cortés, más ordenados y con más espíritu militar, les reprocharon esta actitud. Habían compartido con su general los días de prosperidad y no estaban dispuestos a abandonarle en la tempestad. Era obvio, a poco que se reflexionara sobre ello, que la única posibilidad de salvar la vida, en la crisis actual, residía en la subordinación y la unión y que incluso esta posibilidad disminuiría enormemente bajo cualquier otro líder que el actual.

Presionados de esta manera por los enemigos por fuera y por las facciones por dentro, el líder demostró, como de costumbre, ser fiel a sí mismo. Circunstancias tan terribles que hubieran paralizado una mente normal, tan sólo le

estimularon a más acción y sacó todos sus recursos. Combinó, lo que es más difícil de ver, una especial frialdad y una constancia en su propósito con un espíritu emprendedor que bien podía ser llamado romántico. Con calma estudió su situación y sopesó las dificultades que le rodeaban, antes de llegar a una decisión. Independientemente del riesgo de una retirada frente a un enemigo vigilante y desesperado, era una profunda mortificación rendir la ciudad donde había dominado tanto tiempo como señor, abandonar los ricos tesoros que había asegurado para él y para sus seguidores, renunciar a los medios por los que esperaba propiciar el favor de su soberano y asegurarse una amnistía por sus acciones irregulares. Huir ahora era reconocerse a sí mismo más retirado de la conquista que nunca. Qué fin era éste para una carrera que había empezado con tan buenos auspicios. Qué contraste con sus magníficos alardes. Qué triunfo proporcionaría a sus enemigos. El gobernador de Cuba quedaría ampliamente vengado.

Pero si tales reflexiones humillantes se agolpaban en su mente, la alternativa de quedarse, en su agobiada situación, parecía aún más desesperada²⁹. Con sus hombres diariamente disminuyendo en fuerzas y en número, sus provisiones reducidas tanto que una pequeña ración de pan era todo el sustento del que disponía el soldado en sus extraordinarias fatigas³⁰, con las brechas ampliándose cada día en las débiles fortificaciones, con la munición, en definitiva, casi agotada, sería imposible mantener el lugar mucho más y nadie, excepto hombres de constitución de hierro como los españoles, podrían haber aguantado tanto contra el enemigo. El principal escollo era el momento y el modo en que sería conveniente abandonar la ciudad. La mejor ruta parecía ser la de Tlacopán (Tacuba). Porque la calzada, la parte más peligrosa del camino, estaba a tan sólo dos millas en esa dirección y situaría por tanto a los

fugitivos en tierra firme antes que ninguna otra de las avenidas. Sin embargo, previamente a la marcha definitiva, propuso hacer otra salida en esa dirección para reconocer el terreno y al mismo tiempo distraer la atención del enemigo de su verdadero propósito con un despliegue de operaciones activas.

Durante algunos días, sus trabajadores se habían dedicado a construir una máquina militar de su propia invención. Fue llamada manta e ideada de alguna manera sobre el principio de los manteletes usados en las guerras de la edad media. Sin embargo, era más complicada, ya que consistía en una torre hecha de troncos ligeros y tablones, con dos receptáculos uno sobre otro. Éstos debían ir llenos de mosqueteros y los lados tenían troneras, por las que se podía disparar continuamente al enemigo. La gran ventaja de este artilugio era que proporcionaba una defensa a las tropas contra los proyectiles que lanzaban de las terrazas. Estas máquinas, de las que se hicieron tres, se apoyaban en rodillos y tenían fuertes cuerdas por las que serían arrastradas por las calles por los ayudantes tlaxcaltecas³¹.

Los mexicanos contemplaron asombrados estas máquinas de guerra, y a medida que avanzaban las fortalezas rodantes escupiendo fuego y humo de sus entrañas el enemigo, incapaz de hacerse una idea de quién estaba dentro, se retiraba abatido. Al llevar las *mantas* bajo los muros de las casas, los españoles podían disparar con efectividad sobre los maliciosos ocupantes de las azoteas y cuando esto no los silenciaba, dejando caer una escalera o puente levadizo ligero, se tiraban sobre el tejado desde lo más alto de la manta, abrían un paso a la terraza y luchaban con los combatientes mano a mano. Sin embargo, no pudieron acercarse de esta manera a los edificios más altos desde los que los guerreros indios lanzaban unas masas tan pesadas de piedras y maderos como para desencajar las planchas que

cubrían las máquinas o, tronando contra sus lados, sacudir las ligeras construcciones hasta sus cimientos, amenazando a todos los de dentro con un daño indiscriminado. En realidad el éxito del experimento fue dudoso cuando la aparición del canal impidió que siguieran avanzando.

Los españoles descubrieron que la afirmación de sus enemigos se confirmaba. El puente que atravesaba la abertura había sido demolido y aunque los canales que atravesaban la ciudad no eran en general muy profundos, la retirada de los puentes no sólo impedía el movimiento de las torpes máquinas del general, sino que desconcertaba los de la caballería. Decidido a abandonar las *mantas*, ordenó llenar el hueco de piedra, madera y otros desperdicios de los edificios en ruinas y hacer un paso para el ejército. Mientras que esta labor se llevaba a cabo, los honderos y arqueros aztecas en el otro lado de la sima mantenían una mortificante descarga sobre los cristianos, aún más indefensos por la naturaleza de su actividad. Cuando se terminó el trabajo y se aseguró un paso sin riesgo, los caballeros españoles cabalgaron con brío contra el enemigo, que, incapaz de resistir el golpe de una columna revestida de acero, se retiró precipitadamente hasta donde el canal ofrecía una posición igualmente fuerte de defensa³².

No había menos de siete de estos canales cruzando la calle principal de Tlacopán³³ y en cada uno de ellos se repitió la escena, los mexicanos haciendo una valiente resistencia e infligiendo algunas pérdidas sobre sus perseverantes antagonistas. Estas operaciones llevaron dos días, hasta que, después de increíbles trabajos, el general español tuvo la satisfacción de encontrar la línea de comunicación completamente reestablecida por toda la avenida y los principales puentes colocados bajo la vigilancia de fuertes destacamentos de infantería. En esta coyuntura, cuando ya había llevado al enemigo hasta el último extremo de la calle,

donde toca con la calzada, fue informado que los mexicanos, descorazonados por sus reveses, deseaban abrir un diálogo con él sobre los términos del acuerdo y que sus jefes aguardaban su regreso al fuerte con ese propósito. Alegrado en demasía por estas nuevas, cabalgó de regreso inmediatamente acompañado por Alvarado, Sandoval y unos sesenta caballeros hasta su campamento.

Los mexicanos propusieron que liberara a los dos sacerdotes capturados en el templo, para que fueran los portadores de sus condiciones y sirvieran como mediadores en la negociación. Pero no regresaron. Todo había sido una trampa del enemigo, ansioso de obtener la liberación de los dos líderes religiosos, cuya presencia era indispensable en el probable acontecimiento de una nueva coronación.

Cortés, mientras tanto, confiando en la perspectiva de un rápido arreglo, estaba precipitadamente tomando un descanso con sus oficiales tras las fatigas del día, cuando recibió las alarmantes noticias de que el enemigo se había levantado en armas de nuevo con más furia que nunca, que había superado los destacamentos a las órdenes de Alvarado y estaban ocupados en demoler tres de los puentes. Agujoneado por la vergüenza de la facilidad con que le había engañado su astuto enemigo, o más bien sus optimistas esperanzas, Cortés se lanzó a la silla y, seguido por sus bravos compañeros, cabalgó de regreso a todo galope hasta la escena de la acción. Los mexicanos retrocedieron ante la impetuosa carga de los españoles. Los puentes fueron restaurados de nuevo y Cortés y su caballería cabalgaron por toda la calle empujando al enemigo, como a ganado asustado a punta de lanza. Pero antes de que pudiera volver sobre sus pasos tuvo la mortificación de encontrar que su infatigable enemigo, reagrupándose de las calles y callejones adyacentes, se había acercado de nuevo a su infantería, quienes, exhaustos, eran

incapaces de mantener su posición en uno de los puentes principales. Nuevos enjambres de guerreros aparecían de todas partes arrollando a la pequeña banda de caballeros cristianos con una tormenta de piedras, dardos y flechas que tableteaban como el granizo sobre su armadura y sobre la de sus bien pertrechados caballos. La mayoría de los proyectiles rebotaban inofensivos ante las buenas panoplias de acero o el bien acolchado algodón, pero, de vez en cuando, uno mejor dirigido penetraba en las juntas de los arneses y tiraba al jinete a tierra.

La confusión se hizo aún mayor alrededor del puente derribado. Algunos de los jinetes fueron empujados al canal y sus corceles se agitaban salvajemente sin el jinete. El mismo Cortés en esta crisis hizo más que nadie para cubrir la retirada de sus seguidores. Mientras que se estaban reparando los puentes se lanzó valientemente en medio de los bárbaros, golpeando a un enemigo con cada salto de su caballo, animando a sus hombres y esparciendo el terror entre las filas de sus oponentes con su bien conocido grito de batalla. Nunca desplegó más intrepidez o se expuso más emulando, como dice el cronista, las hazañas del romano Cocles³⁴. De esta manera contuvo la marea de los atacantes hasta que el último hombre había cruzado el puente, cuando al haber caído algunas de las placas se vio obligado a saltar un vacío de seis pies de anchura, entre una nube de proyectiles, antes de ponerse él mismo a salvo³⁵. Por el ejército corrió el informe de que el general había sido asesinado. Pronto se extendió por la ciudad, para gran alegría de los mexicanos, y llegó a la fortaleza, donde los asediados quedaron no menos consternados. Pero, felizmente para ellos, era falso. En realidad, recibió dos graves contusiones en la rodilla; por lo demás no estaba herido. En ningún momento había estado, sin embargo, en mayor peligro y su escapada y la de sus compañeros fue

considerada poco menos que un milagro. Más de un historiador serio achaca la conservación del puente por los españoles al vigilante cuidado de su patrón, el apóstol Santiago, a quien en estos desesperados conflictos se avistó con su caballo blanco como la leche, a la cabeza de los escuadrones españoles con una espada luminosa que resplandecía, mientras a su lado se divisó claramente a una dama vestida de blanco, que se suponía la Virgen, lanzando polvo a los ojos de los infieles. El hecho es atestiguado tanto por los españoles como por los mexicanos, estos últimos después de su conversión al cristianismo. Seguramente, nunca hubo un momento en el que la intercesión del santo tutelar se requiriera con más fuerza³⁶.

La llegada de la noche dispersó a los batallones indios, que, desvaneciéndose del campo como pájaros de mal agüero, abandonaron el disputado paso dejándolo en posesión de los españoles. Éstos, sin embargo, regresaron al fortín sin ninguno de los felices sentimientos del conquistador, sino con el paso lento y alicaído, con las armas melladas, las armaduras maltratadas y desmayados por la pérdida de sangre, el hambre y la fatiga. En estas condiciones todavía tenían que enterarse de una nueva desgracia, la muerte de Montezuma³⁷.

El monarca indio había declinado rápidamente desde que recibiera su herida, hundiéndose, tanto por la angustia de un espíritu herido como por la enfermedad. Continuó en el mismo estado descrito anteriormente, deprimido e insensible, manteniendo poca comunicación con los que le rodeaban, sordo al consuelo, rechazando obstinadamente cualquier remedio médico, así como alimentos. Percibiendo que llegaba su fin, algunos de los caballeros que estaban en la fortaleza, a quienes su amabilidad y sus modales les habían hecho tomarle aprecio, estaban ansiosos por salvar el alma del príncipe moribundo del triste destino de aquellos

que perecían en la oscuridad de la falta de fe. Por tanto, se presentaron ante él con el padre Olmedo a la cabeza y de la manera más ferviente le imploraron que abriera sus ojos al error de su credo y consintiera ser bautizado. Pero Montezuma, por mucho que se haya sugerido lo contrario, parece que nunca faltó a la fe heredada o que contemplara la posibilidad de apostatar, porque seguro que merece ese nombre en su más odiosa aplicación, quien, tanto cristiano como pagano, renuncia a su religión sin convicción de su falsedad³⁸. La verdad es que era una dependencia demasiado implícita en sus oráculos, lo que le había llevado a darles tan fácilmente la confianza a los españoles. Su relación con ellos, sin duda, no había agudizado su deseo de abrazar su comunión, y las calamidades del país se las podía atribuir al castigo de sus dioses por su hospitalidad a aquellos que habían profanado y destruido sus santuarios³⁹.

Cuando el padre Olmedo, por tanto, se arrodilló a su lado, con el crucifijo alzado y le suplicó cariñosamente que abrazara el símbolo de la redención humana, respondió fríamente al sacerdote, exclamando: «Puede que sólo me queden unos momentos de vida y en este instante no abandonaré la fe de mis padres»⁴⁰. Sin embargo, algo parecía que pesaba fuertemente sobre la mente de Montezuma. Esto era el destino de sus hijos, especialmente de sus tres hijas que había tenido de dos mujeres; porque había ciertos ritos del matrimonio que distinguían a la mujer legal de la concubina. Llamando a Cortés a su lado, le encomendó estos hijos a su cuidado como «las joyas más preciadas que nunca le pudiera dejar». Le suplicó al general que pusiera a su señor el emperador de su parte y que viera que no eran desposeídas, sino que se les permitía una parte de su legítima herencia. «Tu señor hará eso», concluyó, «aunque sólo sea por los amistosos oficios que he prestado a los españoles y por el amor que les he mostrado, aunque me

haya llevado a esta situación. Pero por esto no les deseo ningún mal»⁴¹. Tales fueron, según el propio Cortés, las palabras del monarca agonizante. Poco después, el 30 de junio de 1520⁴², expiró en los brazos de algunos de sus propios nobles que seguían siéndole fieles como ayudantes. «De esta manera», exclama un historiador nativo, uno de sus enemigos, un tlaxcalteca, «murió el desgraciado Montezuma, quien había ostentado el cetro con política y sabiduría tan consumada, y quien era tenido en la mayor reverencia y respeto que cualquier otro príncipe de su linaje o cualquier otro que se hubiera sentado en el trono en el mundo occidental. Con él se puede decir que se terminó la línea real de los aztecas y la gloria pasó por el imperio, que bajo su reinado había llegado a la cúspide de su prosperidad»⁴³. «Las nuevas de su muerte», dice el viejo cronista castellano Díaz, «fueron recibidas con verdadera pena por todos los caballeros y soldados del ejército que habían tenido acceso a su persona, porque todos le queríamos como a un padre, y no era de extrañar viendo lo bueno que era»⁴⁴. Este simple pero enfático testimonio de su excelencia, en un momento así, constituye en sí mismo la mejor refutación de las sospechas que han surgido de vez en cuando sobre su fidelidad a los cristianos⁴⁵.

No es fácil hacer el retrato de Montezuma con sus verdaderos colores, ya que se nos ha mostrado bajo dos aspectos del carácter más opuesto y contradictorio. En los relatos reunidos sobre él por los españoles al llegar al país, era representado uniformemente como aguerrido y guerrero, nada escrupuloso con los medios para satisfacer su ambición, vacuo y pérfido, el terror de sus enemigos, con un comportamiento altanero que le hacía ser temido hasta por su propia gente. Le encontraron, al contrario, no sólo completamente afable y gentil, sino dispuesto a renunciar a todas las ventajas de su posición y a ponerse en igualdad de

condiciones con los españoles, haciendo de sus deseos su ley, gentil en su trato incluso hasta el afeminamiento y constante en su amistad mientras que toda su nación estaba en armas contra ellos. Sin embargo, estos rasgos tan contradictorios estaban trazados con la suficiente verosimilitud. Deben explicarse por las extraordinarias circunstancias de su posición.

Cuando Montezuma ascendió al trono, tenía escasamente veintitrés años. Joven y ambicioso por extender su imperio se enzarzó constantemente en guerras y se dice que estuvo él mismo presente en nueve batallas campales⁴⁶. Era enormemente renombrado por sus habilidades militares, ya que pertenecía a la *Quachictin*, la orden militar más alta de su nación y una en la que pocos, incluso de los soberanos, habían sido admitidos⁴⁷. Posteriormente, prefirió la intriga a la violencia, más acorde a su carácter y a su educación sacerdotal. En esto era tan hábil como cualquier príncipe de su época y, mediante artes que no le honraban demasiado, consiguió arrebatar mucho territorio a sus parientes reales de Texcoco. Severo en la administración de justicia, estableció importantes reformas en las disposiciones de los tribunales. Introdujo otras innovaciones en la casa real, creando nuevos puestos, incorporando una espléndida magnificencia y modales de una etiqueta cortesana desconocidas en sus más rudos predecesores. En pocas palabras, prestaba una enorme atención a todo lo relacionado con la apariencia y la pompa de la realeza⁴⁸. Majestuoso y decoroso, cuidaba sobremanera su propia dignidad y se puede decir que era un gran «actor de la majestad» entre los potentados bárbaros del nuevo mundo, como Luis XIV lo fue entre los príncipes más refinados de Europa.

Estaba profundamente imbuido, por otra parte, de ese espíritu de fanatismo que proyectó una sombra sobre los

últimos días del monarca francés. Recibió a los españoles como los seres predichos por sus oráculos. El terror, lleno de preocupación con el que había evitado la oferta de visita, se fundaba en los mismos sentimientos que le llevaron a resignarse ante ellos de una forma tan ciega a su llegada. Se sentía apabullado por su genio superior. Inmediatamente concedió todo lo que le pidieron, sus tesoros, su poder, incluso su persona. Por ellos, abandonó sus habituales ocupaciones, sus placeres, sus hábitos más familiares. Se puede decir que renunció a su naturaleza y, como afirmaron sus súbditos, a cambiar de sexo y a convertirse en una mujer. Si bien no podemos rechazar nuestro desprecio por esta pusilanimidad del monarca azteca, debería verse mitigada por la consideración de que su pusilanimidad surgía de su superstición y esa superstición es en el salvaje el sustituto del principio religioso del hombre civilizado.

No es fácil contemplar el destino de Montezuma sin sentir la mayor compasión, verle arrastrado por el devenir de acontecimientos que estaba fuera de su poder evitar o controlar. Verle, como un majestuoso árbol, el orgullo de sus propios bosques indios, elevado en la pompa y majestad de sus ramas por encima de todos, por su misma eminencia una diana para el rayo, la primera víctima de la tempestad que arrasaría sus colinas nativas. Cuando el sabio rey de Texcoco se dirigió a su pariente real en la coronación, exclamó: «Feliz el imperio, que está ahora en el meridiano de su prosperidad, porque el cetro se le concede a alguien a quien protege el todopoderoso y las naciones le reverenciarán»⁴⁹. ¡Ay! El objeto de esta prometedora invocación vivió para ver su imperio deshacerse como el vaho de invierno, para ver a una raza extranjera caer como de las nubes sobre su tierra, verse a sí mismo prisionero en el palacio de sus padres, compañero de aquellos que eran los enemigos de sus dioses y de su gente, ser insultado y

vilipendiado, arrastrado por el barro, por el más ínfimo de sus súbditos, por aquellos que unos meses antes temblaban ante su mirada, exhalando su último suspiro en las habitaciones de un extranjero, ¡un solitario proscrito en el corazón de su propia capital! Fue una triste víctima del destino, un destino tan negro e irresistible en su avance como el que anida en las míticas leyendas de la antigüedad⁵⁰.

Montezuma en el momento de su muerte tenía cuarenta y un años, de los que había reinado dieciocho. Su persona y sus modales ya han sido descritos. Dejó numerosa descendencia con sus diferentes mujeres, la mayoría de las cuales, al perder su consideración después de la conquista, cayeron en la oscuridad al mezclarse con la masa de la población india⁵¹. Dos de ellas, sin embargo, una hija y una hermana, que abrazaron el cristianismo, se convirtieron en fundadoras de nobles casas en España⁵². El gobierno, deseoso de mostrar su gratitud por la enorme parte del imperio que provenía de sus ancestros, les concedió amplios estados e importantes honores hereditarios, y los condes de Montezuma y Tula, casándose con la mejor sangre de Castilla, indicaban con los nombres y títulos su ilustre descendencia de la real dinastía de México⁵³.

La muerte de Montezuma fue una desgracia para los españoles. Mientras que él vivió tenían en sus manos una valiosa garantía de la que en caso extremo podían sacar buen provecho. Ahora el último lazo que les conectaba con los nativos del país se había roto. Pero independientemente de los sentimientos de interés, Cortés y sus oficiales quedaron enormemente afectados por su muerte, por motivos personales, y cuando contemplaron los fríos restos del monarca de la mala suerte, puede que sintieran remordimiento, al contrastar su anterior condición floreciente con aquella a la que su amistad con ellos le había reducido.

El comandante español mostró todo el respeto por su memoria. Su cuerpo, ataviado con sus ropas reales, fue depositado decentemente en un féretro y llevado, a hombros de sus nobles, a sus súbditos en la ciudad. No se sabe a ciencia cierta qué honores se le rindieron a sus restos, si es que se le rindió alguno. Un sonido de gemidos claramente audible en la zona oeste de la ciudad fue interpretado por los españoles como los llantos de una procesión fúnebre que llevaba el cuerpo a descansar con los de sus ancestros, bajo las principescas sombras de Chapoltepec⁵⁴. Otros aseguran que fue llevado a un lugar de enterramiento en la ciudad llamada Copalco y allí incinerado con las habituales solemnidades y señales de lamentos por sus jefes, pero no sin algunos inmerecidos insultos del pueblo mexicano⁵⁵. Sea cual sea la verdad, la gente ocupada con las conmovedoras escenas en que estaban enzarzados probablemente no se preocupó mucho tiempo del monarca que no había participado en sus últimos movimientos populares. Tampoco es extraño que la misma memoria de su sepulcro pasara inadvertida con la terrible catástrofe que arrolló a la capital posteriormente y barrió todo vestigio de su superficie.

Notas al pie

¹⁷ «Salí fuera de la Fortaleza, aunque manco de la mano izquierda de una herida que el primer día me habían dado: y liada la rodela en el brazo fu' y á la Torre con algunos Españoles, que me siguieron», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 138.

¹⁸ Véase *Ante*, pp. 392-394.

Me he aventurado a repetir la descripción del templo aquí, ya que es importante que el lector, que quizá no vuelva a las páginas precedentes, tenga una imagen clara en la mente antes de que comience el combate.

¹⁹ Muchos de los aztecas, según Sahagún, viendo el destino de sus camaradas al caer en manos de los españoles, se tiraron de cabeza voluntariamente desde la elevada cima haciéndose añicos contra el suelo. «Y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba que los iban matando los que habían subido, comanzáron á arrojar del cu abajo, desde lo alto, los cuales todos morían despeñados, quebrados brazos y piernas, y hechos pedazos, porque el cu era muy alto; y otros los mismos Españoles los arrojaban de los alto del cu, y así todos cuantos allá habían subido de los Mexicanos murieron de mala muerte», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 22.

²⁰ Entre otros, véase Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 9. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 69, y Solís, de forma muy circunstancial, como de costumbre, *Conquista*, lib. 4, cap. 16.

El primero de estos autores tenía acceso a algunas fuentes contemporáneas, por ejemplo, la crónica del viejo soldado Ojeda, que ahora es imposible de encontrar. Es extraño que una hazaña tan extraña y valiente no hubiera sido comunicada por el mismo Cortés que no puede ser acusado de retraerse en tales cuestiones.

²¹ El capitán Díaz, un poco reticente a menudo, es enfático en sus encomios sobre el valor mostrado por su comandante en esta ocasión. «Aquí se mostró Cortés mui var-o, como si-epre lo fué. O que pelear, y fuerte batalla q aquí tuuímos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre, y llenos de heridas, é mas de quarenta soldados muertos» (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126). Las plumas de los viejos cronistas mantienen el paso de sus espadas en el desarrollo de esta brillante hazaña; «colla penna e colla spada», igualmente afortunado. Véase *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 138. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 106. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 22. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 9. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 69.

²² El arzobispo Lorenzana es de la opinión de que esta imagen de la Virgen ¡es la misma que se ve hoy en día en la iglesia de *Nuestra Señora de los Remedios*! (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 138, nota). No nos informa cómo

pudo la Virgen sobrevivir al saqueo de la ciudad y fue traída a la luz de nuevo. Pero cuanto más difícil de explicar, más indudable es el milagro.

²³ Ningún otro logro en la guerra provocó más sobrecogimiento entre los aztecas que este asalto al gran templo, en el que los hombres blancos parecieron desafiar igualmente a los poderes de los dioses y de los hombres. Después de la conquista se encontraron a menudo entre los nativos detalladas pinturas jeroglíficas que lo conmemoran. El sensato capitán Díaz intuye que aquellos que él vio hacían un recuento igualmente detallado de las heridas y bajas de los cristianos, como podrían garantizar los hechos (*ibid.*, *ubi supra*). Era la única manera en que los conquistados podían vengarse.

²⁴ «Sequenti nocte, nostri erumpentes in vna viarum arci vicina, domos combussère tercentum; in altera plerasque e quibus acrei molestia fiebat. Ita nunc trucidando, nunc diruendo, et interdum vulnera recipiendo, in pontibus et in viis, diebus noctibusque multis laboratum est utrinque» (Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 6). En el número de acciones y su resultado general, concretamente las victorias, las estériles victorias, de los cristianos, los escritores se ponen de acuerdo. Pero en cuanto al tiempo, lugar y circunstancias u orden, no hay dos que se pongan de acuerdo. ¿Cómo debería el historiador actual hacer un tejido a partir de estos variados y multicolores hilos?

²⁵ Es el nombre por el que todavía se la conoce en la música popular de México. ¿Recibió la famosa montaña tlaxcalteca *Sierra de Malinche*, antiguamente «Mattalcueye», su nombre en honor a la dama india? En cualquier caso, era un honor que bien se mereció de sus compatriotas de adopción.

²⁶ Según Cortés, se jactaron, en un tono un poco más altanero, que podían permitirse veinticinco mil por uno, «á morir veinte y cinco mil de ellos, y uno de los nuestros», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 139.

²⁷ «Que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho passaba». *Ibid.*, *loc. cit.* Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13.

²⁸ «Pues tambien quiero dezir las maldiciones que los de Narváez echauan á Cortés, y las palabras que dezian, que renegauan dél, y de la tierra, y aun de Diego Velásquez, que acá les ambió, que bien pacíficos estauan en sus casas en la Isla de Cuba, y estaban embelesados, y sin sentido», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, *ubi supra*.

²⁹ A pesar de esto, en la petición o carta desde Vera Cruz, dirigida por el ejército al emperador Carlos V después de la conquista, se indica expresamente que el principal motivo que finalmente indujo al general a abandonar la ciudad fue que le importunaron los soldados. *Carta del Ejército*, manuscrito.

³⁰ «La hambre era tanta, que á los Indios no se daba mas de vna Tortilla de racion, i á los Castellanos cinquenta granos de Maiz», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 9.

³¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 135. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 106.

El Dr. Bird, en su pintoresca novela de *Calavar*, ha hecho un buen uso de estas *mantas*, mejor, realmente de lo que se le puede permitir al historiador. Reivindica el privilegio del novelista, aunque se le debe reconocer que no abusa de este privilegio, ya que ha estudiado con gran cuidado el traje, las costumbres y los usos militares de los nativos. Ha hecho por ellos lo que Cooper ha hecho por las tribus salvajes del norte, tocando sus rudos rasgos con el brillante colorido de la imaginación poética. Ha sido igualmente afortunado al delinear el pintoresco escenario de la tierra. No debe sorprendernos que haya tenido menos suerte al intentar revivir el antiguo diálogo del caballero español. No hay nada más difícil que realizar con habilidad una moderna antigüedad. Requiere todo el genio y conocimiento de Scott para ejecutarla y que el entendido no detecte la falsificación.

³² *Carta del Ejército*, manuscrito. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 140. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 109.

³³ Clavijero se equivoca al llamar a esta calle la de Iztapalapa (*Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 120). No era la calle por la que los españoles entraron, sino por la que finalmente salieron, como indica correctamente Lorenzana la de Tlacopán o mejor dicho Tacuba, como los españoles corrompieron el nombre. Véase, p. 140, nota.

³⁴ Es Oviedo quien encuentra un paralelo para su héroe con este guerrero romano, el mismo que cita la conmovedora leyenda de Macaulay,

«who kept the bridge so well
In the braves days of old»

«Mui digno es Cortés que se compare este fecho suyo desta jornada al de Horacio Cocles, que se tocó de suso, porque con su esfuerzo, é lanza sola dió tanto lugar, que los caballos pudieran pasar, é hizo desembarazar la puente é pasó, á pesar de los Enemigos, aunque con harto trabajo», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13.

³⁵ Era un buen salto, para un caballero y caballo con armadura. Pero la afirmación del general al emperador (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 142) se ve completamente confirmada por Oviedo, que nos cuenta que la obtuvo de algunos que estaban presentes. «Y segun lo que yo he entendido de algunos que presentes se hallaron, demas de la resistencia de aquellos havia de la vna parte á la otra casi vn estado de saltar con el caballo sin le faltar muchas pedradas de diversas partes, é manos, é por ir él, é su caballo bien armados no los hirieron; pero no dexó de quedar atormentado de los golpes que le dieron», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, *ubi supra*.

³⁶ Verdaderamente, ¡«dignus vindice nodus»! La intervención de la caballería celestial en estas ocasiones es testificada de la manera menos cualificada por muchas autoridades respetables. Es edificante observar el combate que tiene lugar en la mente de Oviedo entre los dictados de una fuerte sensatez y un conocimiento superior y los de la superstición de la época. Era un combate desigual, claramente decantado hacia el segundo, en el siglo dieciséis. Cito el párrafo como característico de los tiempos. «Afirmar que se vido el Apóstol Santiago á caballo peleando sobre vn caballo blanco en favor de los Cristianos; é decian los Indios que el caballo con los pies y manos é con la boca mataba muchos de dellos, de forma, que en poco discurso de tiempo no pareció Indio, é reposaron los Cristianos lo restante de aquel dia. Ya se´ que los incrédulos ó poco devotos dirán, que mi ocupacion en esto destos miraglos, pues no los ví, es superflua, ó perder el tiempo novelando, y yo hablo, que esto é mas se puede creer; pues que los gentiles é sin fé, é Idolatras escriben, que ovo grandes misterios é miraglos en sus tiempos, é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el Diabolo, pues mas fácil cosa es á Dios é á la inmaculata Vírgin Nuestra Señor é al glorioso Apóstol Santiago, é á los santos á amigos de Jesu Christo hacer esos miraglos, que de suso estan dichos, é otros mayores», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

³⁷ «Multi restiterunt lapidabus et iaculis confossi, fuit et Cortesius grauitur percussus, pauci eua serunt inclumes, et hi adeò languidi, vt neque lacertos erigere quirent. Postquam vero se in arcem receperunt, non commodè satis conditas dapes, quibus reficerentur, inuenerunt, nec fortè asperi maiicij panis bucellas, aut aquam potabilem, de vino aut carnibus sublata erat cura» (Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 6). Véase también para la dura lucha de las páginas precedentes, Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 140-142. *Carta del Ejército*, manuscrito. Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito, parte I, cap. 26. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, caps. 9, 10. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 107.

³⁸ El sentimiento es expresado con singular energía en los versos de Voltaire:

«Mais renoncer aux dieux que l'on croit dans son cœur,
C'est le crime d'un lâche, et non pas une erreur;
C'est trahir à la fois, sous un masque hypocrite,
Et le dieu qu'on préfère, et le dieu que l'on quitte:
C'est mentir au Ciel même, à l'univers, à soi»
Alzire, Acte 5, sc. 5.

³⁹ Camargo, el converso tlaxcalteca, dice que varios conquistadores le contaron que Montezuma fue bautizado por su propio deseo en sus últimos momentos y que Cortés y Alvarado fueron los padrinos en la ceremonia. «Muchos afirman de

los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de la muerte, pidió agua de bautismo é que fué batizado y murió Cristiano, aunque en esto hay grandes dudas y diferentes pareceres; mas como digo que de personas fidedignas conquistadores de los primeros desta tierra de quien fuimos informados, supimos que murió batizado y Cristiano é que fuéron sus padrinos del bautismo Fernando Cortés y Don Pedro de Alvarado» (*Historia de Tlaxcala*, manuscrito). Según Gómara, el monarca mexicano deseó ser bautizado antes de la llegada de Narváez. La ceremonia se retrasó hasta la pascua para que pudiera hacerse con mayor efecto. Pero con la prisa y el bullicio de todo lo que después sucedió, se olvidó y murió sin que se le purificase de su mancha de infidelidad (*Crónica de Nueva España*, cap. 107). Torquemada, no muy a menudo un escéptico en lo que toca al honor de la fe, rechaza éstas como irreconciliables con el posterior silencio del mismo Cortés, así como de Alvarado, quienes hubieran proclamado por todo lo alto un suceso tan esperado y deseado en vano (*Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 70). El criticismo del padre es fuertemente apoyado por el hecho de que ninguna de las versiones anteriores es corroborada por escritores de ningún tipo, mientras que son contradichas por varios, por la tradición popular y alguna otra.

⁴⁰ «Respondió, Que por la media hora que le quedaba de vida, no se quería apartar de la religión de sus Padres», dice Díaz, «la tristeza que todos nosotros huví, mos por ello, y aun al Frayle de la Merced, que siempre estaua con él, y no le pudo atraer á que so bolviesse Christiano», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 127.

⁴¹ «*Aunque no le pesaba dello* ». Pero esto sería demasiado para que lo acepte la naturaleza humana y probablemente el lenguaje del príncipe indio sufriera algún ligero cambio, ya que pasó por la interpretación de Marina. El lector español encontrará la conversación original tal y como la relató Cortés en el notable documento. El general añade que cumplió lealmente con la petición de Montezuma, recibiendo a sus hijas, después de la conquista en su familia, donde *de acuerdo con el deseo de su real padre, fueron bautizadas*, e instruidas en las doctrinas y usos de la fe cristiana. Posteriormente fueron casadas con hidalgos castellanos y el gobierno les asignó buenas dotes. Véase la nota 36 de este capítulo.

⁴² Adopto la cronología de Clavijero, que no puede estar muy alejada de la realidad (*Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 131). Y, sin embargo, hay razones para suponer que muriera al menos un día antes.

⁴³ «De suerte que le tiraron con una pedrada con honda y le diéron en la cabeza de que vino á morir el desdichado Rey, habiendo gobernado este nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se puede imaginar, siendo el mas tenido y reverenciado y adorado Señor que en el mundo ha habido, y en su linaje, como es cosa pública y notoria en toda la maquina deste Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran Señor se acabáron los Reyes Colhuaques Mejicanos, y todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad su monarquía; y así no hay de que fiar en las cosas desta vida sino en solo Dios», *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁴⁴ «Y Cortés lloró por él, y todos nuestros Capitanes, y soldados: é hombres huvo entre nosotros de los que le conocíamos, y tratauamos, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar dello, viendo que tan bueno era», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 126.

⁴⁵ «Quería a los cristianos», dice Herrera, «al menos a juzgar por las apariencias» (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 10). «Dicen», señala el capellán del general, «que Montezuma, aunque a menudo apremiado para ello, nunca consintió la muerte de un español, ni la injuria de Cortés, a quien amaba extremadamente. Pero hay quienes lo discuten» (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 107). Don Thoan Cano asegura a Oviedo, que durante todos los disturbios de los españoles con los mexicanos, tanto durante la ausencia de Cortés, como después de su vuelta, el emperador hizo todo lo que pudo para proporcionar provisiones al campamento. Y finalmente el mismo Cortés, en un documento al que ya nos hemos referido, datado seis años después de la muerte de Montezuma, da un enfático testimonio de la buena voluntad que había mostrado a los españoles y especialmente le absuelve de cualquier participación en el último alzamiento, que dice el conquistador, «pensaba sofocar con su ayuda».

Los historiadores españoles en general, a pesar de alguna sugerencia ocasional de duda sobre su buena fe hacia sus compatriotas, hacen una honrosa mención de las muchas y excelentes cualidades del príncipe indio. Solís, sin embargo, el más eminente de todos, desestima el relato de su muerte con un comentario, que «sus últimas horas las gastó en pedir venganza y maldición contra su gente, hasta que rindió a Satán, con quien tuvo frecuente comunicación durante su vida, la posesión eterna de su alma» (*Conquista de México*, lib. 4, cap. 15). Afortunadamente, el historiador de las Indias podía saber tan poco de la suerte de Montezuma en el otro mundo como parece que sabía de la que tuvo en éste. ¿Fue fanatismo o un deseo de poner el carácter de su héroe en una luz todavía más brillante, lo que le llevó a oscurecer de manera tan inmerecida la de su rival indio?

⁴⁶ «Dicen que venció nueve Batallas, i otros nueve Campos, en desafio, vno á vno», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 107.

⁴⁷ Tan sólo uno de sus predecesores, Tizoc, es mostrado en las pinturas aztecas como perteneciente a esta orden caballeresca, según Clavijero. *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 140.

⁴⁸ «Era mas cauteloso, y ardidoso, que valeroso. En las Armas, y modo de su gobierno, fué muy justiciero; en las cosas tocantes á ser estimado y tenido en su Dignidad y Majestad Real de condicion muy severo, aunque cuerdo y graciosos», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88.

⁴⁹ El discurso entero es registrado por Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 68.

⁵⁰ «Τέχνη δ' ἀνάγκης ἄσθενεστέρα μακροῦ.

Τίς οὖν ἀνάγκης ἔστιν οἰακοστρός;
Μοῖραι τρίμορφοι, μνήμονές τ' Ἑρινύς.
Τούτων ἄρ' ὁ Ζεὺς ἔστιν ἄσθενέστερος;
Οἴκουν ἄν ἐκφύγοι γε τὴν πεπρωμένην.»
ÆSCHYL., *Prometh.*, v. 514-518.

⁵¹ Señor de Calderón, el último ministro español de México, me informa que más de una vez ha pasado por una morada india donde los indios de su séquito hacían una reverencia, diciendo que la ocupaba un descendiente de Montezuma.

⁵² Este hijo, bautizado con el nombre de Pedro, fue descendiente de una de las concubinas reales. Montezuma tenía dos mujeres legales. Con la primera de éstas, llamada Teçalco, tuvo un hijo que murió en la huida de México y una hija llamada Tecuichpo que abrazó el cristianismo y recibió el nombre de Isabel. Se casó muy joven con su primo Guatemozín y vivió lo suficiente después de su muerte como para casarse con tres castellanos, todos de honorable familia. De dos de éstos, don Pedro Gallejo y don Thoan Cano, descienden las ilustres familias de Andrada y Cano Montezuma.

Montezuma con su segunda mujer, la princesa Acatlan, dejó dos hijas, llamadas después de su conversión María y Leonor. La primera murió sin descendencia. Doña Leonor se casó con un caballero español, Cristóbal de Valderrama, de quien desciende la familia de los Sotelos de Montezuma. Desconozco a cuál de estas ramas pertenecen los condes de Miravalle, que nos comenta Humboldt (*Essai Politique*, tom. II, p. 73, nota).

La genealogía real está minuciosamente mostrada en un Memorial, que establecía las quejas de los nietos de Montezuma sobre cierta propiedad sobre la que tenían derechos sus respectivas madres. El documento, que no está fechado, se encuentra en los manuscritos de Muñoz.

⁵³ Es interesante saber que un descendiente del emperador azteca, don Joseph Sarmiento Valladares, conde de Montezuma, gobernó como Virrey, de 1697 a 1701, sobre los dominios de sus bárbaros ancestros (Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 93, nota). Solís habla de esta noble casa, grandes de España, que mezclaron su sangre con la de los Guzmanes y Mendozas. Clavijero ha seguido su linaje desde el hijo del emperador Iohualicahua, o don Pedro Montezuma, como fue llamado después de su bautizo, hasta el final del siglo XVIII (véase Solís, *Conquista*, lib. 4, cap. 15. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 302; tom. III, p. 132). El último de la línea del que he podido conseguir noticias murió hace poco en su país. Era muy rico y poseía grandes posesiones en España, pero según parece no era muy sabio. Cuando tenía setenta años o más, se fue a México con la vana esperanza que la nación, en deferencia a su ascendencia, le pusiera en el trono de sus ancestros indios que hacía tan poco había ocupado el presuntuoso Iturbide. Pero los modernos mexicanos, con todo lo que detestaban a los viejos españoles, no mostraron ningún respeto por la sangre real azteca. El desafortunado noble se retiró a Nueva Orleáns, donde poco después puso fin a su existencia volándose la

cabeza, no por la ambición, sin embargo, si la información es correcta, sino por un fracaso amoroso.

⁵⁴ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 107. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 10.

⁵⁵ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 4.

Capítulo III

Consejo de guerra. Los españoles evacúan la ciudad. Noche triste. Terrible matanza. Alto nocturno. Alcance de las bajas. 1520

Ya no quedaba ninguna pregunta sobre la necesidad de evacuar la capital. La única duda era la del momento de hacerlo y la ruta a seguir. El comandante español convocó al consejo de oficiales para deliberar sobre estos asuntos. Su propósito era retirarse a Tlaxcala y en aquella capital decidir, dependiendo de las circunstancias, sobre sus futuras operaciones. Después de alguna discusión, se pusieron de acuerdo en utilizar la calzada de Tlacopán como la avenida por la que abandonar la ciudad. Les llevaría ciertamente de vuelta por una ruta circundante, considerablemente más larga que incluso aquella por la que se habían acercado a la capital. Pero por esa misma razón era menos probable que estuviera protegida, por ser la menos esperada, y la misma calzada, al ser más corta que cualquiera de las otras entradas, situaría al ejército antes, en una relativa seguridad, en tierra firme.

Había algunas diferencias de opinión sobre la hora de la partida. Algunos argumentaban que sería preferible por el día, ya que les permitiría ver la naturaleza y el alcance del peligro y enfrentarlo. Era mucho más probable que la oscuridad entorpeciera más sus propios movimientos que los del enemigo, que conocía el terreno. En la noche habría mil obstáculos que podían impedirles actuar coordinadamente u obedecer o incluso entender las órdenes del comandante. Pero, por otro lado, se insistió en que la noche presentaba

muchas ventajas obvias a la hora de enfrentarse con un enemigo que raramente luchaba terminado el día. La última operación nocturna de los españoles había sorprendido a los mexicanos con la guardia baja y era poco probable que anticiparan una escapada tan rápida de sus enemigos. Con celeridad y precaución, por tanto, podían tener éxito en escaparse de la ciudad, probablemente hasta la calzada, antes de que se descubriera su retirada, y una vez que pudieran dejar atrás el peligro tenían poco miedo por el resto.

Estos puntos de vista se vieron fortalecidos, por los consejos de un hombre llamado Botello, que profesaba una misteriosa ciencia de astrología judicial. Había ganado crédito en el ejército gracias a ciertas predicciones que habían sido corroboradas por los hechos, esos golpes de suerte que hacen que la casualidad pase por cálculo entre la crédula multitud⁵⁶. Este hombre recomendó a sus compatriotas que evacuaran el lugar, fuera como fuera, por la noche, como la hora más propicia para ellos, aunque él moriría en ella. El evento demostró que el astrólogo conocía mejor su horóscopo que el de los demás⁵⁷.

Es posible que las predicciones de Botello tuvieran algún peso en la decisión de Cortés. La superstición era un rasgo de la época, y los españoles en general, como ya hemos visto, tenían todo el fanatismo que le era propio. Las temporadas sombrías disponen a la mente aún más a aceptar rápidamente lo maravilloso. También es muy probable que se aprovechara de la opinión del astrólogo, viendo que coincidía con la suya para influenciar a sus hombres e inspirarles mayor confianza. En cualquier caso se decidió abandonar la ciudad esa misma noche.

La primera preocupación del general era procurar un transporte seguro para el tesoro. Muchos de los soldados comunes habían convertido su parte del tesoro, como hemos visto, en cadenas de oro, collares y otros adornos que podían

llevar fácilmente encima. Pero el quinto real, junto con la parte de Cortés y una gran porción del rico botín de los principales caballeros, había sido convertido en barras y tejos de oro sólido y depositado en una de las cámaras fuertes del palacio. Cortés envió la parte de la corona y de los oficiales reales, asignándoles uno de los caballos más fuertes y una guardia de soldados castellanos para transportarla⁵⁸. Aun así, gran parte del tesoro, que pertenecía a la corona y a particulares, tuvo que ser abandonado por la falta de medios de transporte adecuados. El metal se quedó desparramado por el suelo provocando la codicia de los soldados. «Coged lo que queráis de él», dijo Cortés a sus hombres. «Mejor que lo tengáis vosotros que no estos perros mexicanos⁵⁹. Pero tened cuidado de no cargaros demasiado. El que viaja más ligero en la oscuridad viaja más seguro». Sus seguidores más precavidos tuvieron en cuenta este consejo, apropiándose de unos pocos artículos de poco volumen, aunque puede ser que de mayor valor⁶⁰. Pero las tropas de Narváez, atraídas por las riquezas de las que tanto habían oído hablar y de las que habían visto hasta el momento tan poco, no mostraron tal discreción. Para ellos parecía como si las mismas minas de México se les hubieran aparecido y, lanzándose sobre el traicionero botín, se cargaron con avaricia no sólo con tanto como pudieran llevar encima, sino con el que pudieron meter en sus bolsillos, en las cajas y en cualquier otro medio de transporte que tuvieran a su disposición⁶¹.

Cortés después estableció el orden de marcha. La vanguardia, compuesta de doscientos españoles a pie, la puso bajo las órdenes del valiente Gonzalo de Sandoval, apoyado por Diego de Ordaz, Francisco de Lugo y unos veinte caballeros más. La retaguardia, formada por el grueso de la infantería, se le confió a Pedro de Alvarado y Velázquez de León. El general mismo se puso al mando de la

«batalla» o centro, en la que iba el equipaje, algunas de las armas pesadas (la mayoría de las cuales, sin embargo, se quedaron en la retaguardia), el tesoro y los prisioneros. Éstos eran un hijo y dos hijas de Montezuma, Cacama, el depuesto señor de Texcoco y varios nobles a quienes Cortés retenía como una importante garantía en futuras negociaciones con el enemigo. Los tlaxcaltecas fueron distribuidos a partes iguales entre las tres divisiones y Cortés tenía bajo sus órdenes directas cien soldados con picas, sus propios veteranos, los más cercanos a su servicio, quienes, con Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Alonso de Ávila y dos o tres caballeros más, formaban un selecto cuerpo para actuar donde la ocasión lo requiriera.

El general había supervisado la construcción de un puente portátil para poner sobre los canales en la calzada. Esta tarea quedó a cargo de Magariño, con cuarenta soldados bajo sus órdenes; todos prometieron defender el paso hasta las últimas consecuencias. El puente debería retirarse cuando pasara todo el ejército sobre las grietas y transportado hasta la siguiente. Había tres de estas aberturas en la calzada y hubiera sido más afortunado para la expedición si la previsión del comandante hubiera hecho construir el mismo número de puentes. Pero el trabajo hubiera sido mucho y el tiempo era poco⁶².

A medianoche las tropas estaban armadas, listas para la marcha. El padre Olmedo celebró una misa en la que invocó la protección del todopoderoso al cruzar los terribles peligros de la noche. Las puertas se abrieron de par en par y, el uno de julio de 1520, los españoles salieron por última vez de las murallas de la antigua fortaleza, el escenario de tanto sufrimiento y de tan indómito coraje⁶³.

La noche estaba nublada y una fina llovizna que caía sin interrupción la hacía aún más oscura. La gran plaza frente al palacio estaba desierta y así lo había estado desde la muerte

de Montezuma. Los españoles siguieron por la gran avenida de Tlacopán, en la que hacía tan poco resonaba el tumulto de la batalla, lo más constante y silenciosamente que pudieron. Todo estaba ahora en silencio y tan sólo les recordaba el pasado la presencia ocasional de un cuerpo solitario o un oscuro montón de cadáveres, que señalaba con claridad dónde había sido más encarnizada la lucha. A medida que pasaban por las calles y avenidas que se abrían en la larga calle o miraban en los canales, cuya pulida superficie brillaba con una especie de lustre de ébano a través de la oscuridad de la noche, se imaginaban con facilidad que veían las sombrías formas de sus enemigos preparando una emboscada y listos para saltar sobre ellos. Pero era tan sólo su imaginación y la ciudad dormía sin ser molestada, ni siquiera por los prolongados ecos de las pezuñas de los caballos, ni por el ronco ruido de la artillería y del séquito de equipaje. Finalmente, un espacio más iluminado detrás de la oscura línea de edificios le mostró a la vanguardia del ejército que estaban saliendo a la calzada abierta. Bien se podían haber felicitado por haber escapado a los peligros de un asalto en la misma ciudad y por el hecho de que en poco tiempo estarían relativamente a salvo en la orilla opuesta, pero los mexicanos no estaban dormidos en absoluto.

A medida que los españoles se acercaban al punto donde la calle se abría hacia la calzada y se estaban preparando para plantar el puente portátil sobre la grieta abierta que veían ahora frente a ellos, varios centinelas indios que estaban situados ahí como en otras salidas de la ciudad, dieron la alarma y huyeron levantando a sus compatriotas con sus gritos. Los sacerdotes, que mantenían guardia en la cima de los *teocallis*, inmediatamente recogieron las noticias e hicieron sonar sus conchas, mientras que el enorme tambor en el desolado templo del dios de la guerra envió sus

solemnes tonos, que se escuchaban sólo en momentos de calamidad y que retumbaron en todos los rincones de la capital. Los españoles comprendieron que no había tiempo que perder. Se trajo el puente y se colocó con toda la prisa posible. Sandoval fue el primero en probar su fuerza y cabalgó por él seguido de su pequeño cuerpo de caballeros, su infantería y los aliados tlaxcaltecas que formaban la primera división del ejército. Después pasó Cortés y sus escuadrones con el equipaje, las carretas de munición y parte de la artillería. Pero antes de que pudieran cruzar el estrecho paso, se escuchó un ruido creciente como el de un enorme bosque agitado por el viento. Creció y creció, mientras que sobre las aguas negras del lago se oía un palmeteo como de muchos remos. Después llegaron unas pocas piedras y flechas que golpeaban al azar entre las apuradas tropas. Cada vez caían más rápido y con más furia, hasta que se convirtieron en una terrible tormenta al tiempo que el mismo cielo se desgarró con los aullidos y los gritos de guerra de las miríadas de combatientes que parecían apelotonarse sobre la tierra y el lago.

Los españoles avanzaron sin parar a través de esta lluvia de flechas, aunque los bárbaros, lanzando sus canoas contra los lados de la calzada, treparon y rompieron entre sus filas. Pero los cristianos, ansiosos sólo de escapar, rechazaron todo combate excepto el de la propia supervivencia. Los caballeros, espoleando a sus monturas, debilitaron a sus enemigos y cabalgaron sobre sus cuerpos postrados, mientras que los hombres a pie con sus buenas espadas o las culatas de sus mosquetes les empujaban de cabeza hacia los lados del dique.

Pero el avance de varios miles de hombres marchando en un frente que, probablemente, no tenía una anchura mayor de quince o veinte hombres, necesariamente toma mucho tiempo y las filas de cabeza habían llegado ya a la siguiente

brecha en la calzada antes de que los de la retaguardia atravesaran completamente la primera. Aquí se detuvieron, ya que no tenían medios para pasar, sufriendo todo el rato mientras tanto andanadas constantes del enemigo, que se apretaba en las aguas que rodeaban esta segunda abertura. Dolorosamente afligidos, la vanguardia envió repetidos mensajes a la retaguardia demandando el puente portátil. Finalmente, el último del ejército cruzó y Magariño y sus tenaces seguidores se esforzaron por elevar la pesada estructura. Pero se había agarrado sólidamente a los lados del dique. En vano tensaron cada nervio. El peso de tantos hombres y caballos y sobre todo de la artillería pesada había calzado las maderas tan firmemente a las piedras y la tierra, que estaba por encima de sus fuerzas sacarlo. Aun así, trabajaron entre un torrente de proyectiles, hasta que muchos de ellos muertos y todos heridos se vieron obligados a abandonar el intento.

Las noticias pronto se extendieron de hombre a hombre y en cuanto se comprendió su terrible significado, se elevó un grito de desesperación que por un momento ensordeció todos los ruidos de la contienda. Todos los medios de retirada estaban cortados. No quedaba prácticamente ninguna esperanza. La única era lo que en una situación tan desesperada cada uno pudiera hacer por sí mismo. El orden y la subordinación terminaron. El intenso peligro provoca un intenso egoísmo. Cada uno pensó sólo en su vida, avanzando, aplastaron a los débiles y a los heridos, sin preocuparse de si era amigo o enemigo. Las filas delanteras urgidas por las de retaguardia se apelotonaron al borde del abismo. Sandoval, Ordaz y los otros caballeros se lanzaron al agua. Algunos consiguieron nadar hasta la orilla opuesta siendo derribados al subir, cayendo de cabeza con sus monturas al lago. La infantería siguió en forma desordenada, lanzándose promiscuamente unos sobre los otros, a menudo

heridos por las saetas o golpeados por las mazas de guerra de los aztecas, mientras que muchas desgraciadas víctimas fueron arrastradas inconscientes a bordo de sus canoas, reservados para una muerte retrasada pero mucho más terrible⁶⁴.

La carnicería se extendió terroríficamente por la calzada. Sus bultos oscuros ofrecían una diana lo suficientemente clara para los proyectiles del enemigo, que a menudo derribaban a sus propios compatriotas en la furia ciega de la tempestad. Los más cercanos al dique dirigían sus canoas por el mismo con una fuerza que las destrozaba, y se agarraban a los cristianos, hasta que ambos caían rodando por la calzada. Pero los aztecas caían entre sus amigos mientras que sus antagonistas eran llevados triunfalmente al sacrificio. La lucha fue larga y mortal. Los mexicanos eran reconocidos por sus túnicas de algodón blanco, que se distinguían ligeramente en la oscuridad. Sobre los combatientes se elevó un clamor discordante y salvaje, en el que los horribles gritos de venganza se mezclaban con los gemidos de agonía, con las invocaciones a los santos y a la bendita Virgen y con los gritos de las mujeres⁶⁵, porque había varias mujeres, tanto nativas como españolas, que habían acompañado al campamento cristiano. Entre éstas, una llamada María de Estrada, a la que se recuerda de manera especial por el coraje que demostró luchando con la espada ancha y rodela como el más incondicional de los guerreros⁶⁶.

La apertura de la calzada, mientras tanto, estaba llena de restos de objetos, que habían sido allí arrojados, carros de munición, armas pesadas, balas de ricas telas esparcidas sobre las aguas, cofres de sólidos lingotes y cuerpos de hombres y caballos, hasta que sobre esta lúgubre ruina se formó gradualmente un paso por el que aquellos que estaban en la retaguardia pudieron escalar al otro lado⁶⁷. Se dice que

Cortés encontró un lugar vadeable, donde deteniéndose con el agua por las cinchas de la silla, intentó detener la confusión y guiar a sus seguidores por un paso más seguro hasta la orilla opuesta. Pero su voz se perdió en el salvaje griterío y, finalmente, lanzándose con la corriente, avanzó con unos pocos caballeros leales que se quedaron junto a él hacia la vanguardia, pero no antes de ver a su paje favorito, Juan de Salazar, muerto a su lado. Aquí encontró a Sandoval y sus compañeros, parados ante la tercera y última grieta, intentando animar a sus seguidores para que la superaran. Pero su resolución flaqueó. Era ancha y profunda, aunque el paso no estaba tan acosado por el enemigo como los anteriores. Los caballeros dieron de nuevo ejemplo lanzándose al agua. Los de a caballo y los de a pie siguieron como pudieron, unos nadando, otros agarrándose a muerte a las crines y a las colas de los animales que forcejeaban. Tuvieron más suerte, como había predicho el general, aquellos que viajaban más ligeros y muchos fueron los desdichados que arrastrados por el fatal oro que tanto amaban fueron enterrados con él en las aguas saladas del lago⁶⁸. Cortés con sus aguerridos camaradas Olid, Morla, Sandoval y algunos otros todavía seguían avanzando sacando los restos de su ejército de la terrible calzada. El barullo de la batalla disminuyó en la distancia, cuando les llegó el rumor de que la retaguardia iba a ser completamente arrollada si no se prestaba una rápida ayuda. Parecía casi un acto de desesperación, pero el generoso corazón de los caballeros españoles no se paró a calcular el peligro cuando les llegó el grito de socorro. Tirando de las bridas de sus caballos regresaron al galope al lugar de la acción, abriéndose camino por entre el barullo, cruzando a nado el canal y situándose en lo más espeso de la batalla en la orilla opuesta⁶⁹.

Las primeras luces de la mañana estaban alcanzando en

ese momento las aguas. Mostraban la espantosa confusión de la escena que había envuelto la oscuridad de la noche. Se veían las oscuras masas de combatientes que se extendían a lo largo del dique, luchando por el dominio, hasta que la misma calzada sobre la que estaban pareció temblar y tambalearse de lado a lado, como si fuera sacudida por un terremoto, mientras que el fondo del lago, hasta donde llegaba la vista, estaba oscurecido por las canoas repletas de guerreros, cuyas lanzas y porras, armadas con cuchillas de «cristal volcánico», brillaban bajo la luz de la mañana.

Los caballeros encontraron a Alvarado desmontado, defendiéndose con un pequeño grupo de seguidores contra una marea abrumadora de enemigos. Su buen caballo, que le había llevado en más de una dura batalla, había caído bajo él⁷⁰. Él mismo estaba herido en varios sitios e intentaba en vano reunir a su dispersa columna, que era arrastrada hasta el borde del canal por la furia del enemigo, que estaban en ese momento en posesión de toda la retaguardia, de donde recibían refuerzos de combatientes frescos de la ciudad a cada hora. La artillería en la primera parte del combate no se había cruzado de brazos y su lluvia de hierro, barriendo el dique, había segado a los atacantes por cientos. Pero nada podía resistirse a su ímpetu. Las primeras filas empujadas por las de atrás llegaron finalmente a las piezas y se derramaron sobre ellos como un torrente, arrastrando a los hombres y a los cañones en una ruina general. La decidida carga de los caballeros españoles que acababan de llegar les detuvo temporalmente, dando tiempo a sus compatriotas para que se reagruparan malamente. Pero fueron rápidamente arrastrados por la corriente que regresaba. Cortés y sus compañeros se vieron obligados a saltar de nuevo al lago, aunque no todos escaparon. Alvarado se quedó en el borde un momento, dudando qué hacer. Sin caballo como estaba para tirarse al agua frente a las hostiles

canoas que ahora se apelotonaban alrededor de la abertura no tenía muchas posibilidades de sobrevivir. Tuvo nada más que un segundo para pensar. Era un hombre de constitución fuerte y la desesperación le dio una fuerza sobrenatural. Hincando su larga lanza firmemente sobre los restos que se esparcían por el fondo del lago, saltó hacia delante con toda su fuerza y cubrió el amplio espacio de un salto. Los aztecas y los tlaxcaltecas contemplaron con un asombro estúpido, exclamando al ver la extraordinaria hazaña: «¡Este es verdaderamente el *Tonatiuh* (el hijo del sol)!»⁷¹. No sabemos la anchura de la abertura. Pero era tan grande que el valiente capitán Díaz, que bien recordaba el lugar, dice que el salto era imposible para ningún hombre⁷². Otros contemporáneos, sin embargo, no desacreditan la historia⁷³. Sin duda fue creencia popular de la época, hasta el día de hoy es conocida por todos los habitantes de la capital y el nombre del *Salto de Alvarado* que se le ha dado al lugar todavía conmemora una hazaña que rivaliza con las de los semidioses de las fábulas griegas⁷⁴.

Cortés y sus compañeros cabalgaron en ese momento hacia el frente, donde las tropas lentamente y de forma desordenada se alejaban de la fatal calzada. Tan sólo unos pocos de sus enemigos les siguieron o les molestaron con ocasionales andanadas de flechas desde el lago. La atención de los aztecas fue distraída por el rico botín que se esparcía por el campo de batalla, afortunadamente para los españoles, ya que de haberles seguido el enemigo con la misma ferocidad con que habían luchado, en su situación disminuida se habrían visto reducidos a un hombre. Pero les acosaron poco, por lo que pudieron desfilar por las aldeas adyacentes, o las afueras mejor dicho, de Popotla⁷⁵.

El comandante español desmontó allí de su cansada montura y, sentándose en los escalones de un templo indio, miró con tristeza las destrozadas filas a medida que pasaban

frente a él. ¡Qué espectáculo ofrecían! La caballería, muchos de sus miembros sin montura, estaba mezclada con la infantería que arrastraba sus debilitados miembros con dificultad, sus corazas hechas añicos y sus destrozadas ropas chorreando lodo salino, mostrando a través de sus rasgaduras muchas magulladuras y terribles heridas, las brillantes armas manchadas, los orgullosos penachos y estandartes habían desaparecido, el equipaje, la artillería, todo, en pocas palabras, lo que constituía el orgullo y el despliegue de la magnífica guerra estaba perdido para siempre. Cortés, al mirar con nostalgia sobre sus filas disminuidas y desordenadas, intentó en vano encontrar una cara familiar y echó de menos a más de un querido compañero que había estado a su lado durante todos los peligros de la conquista. Aunque acostumbrado a controlar sus emociones, o al menos a ocultarlas, la visión fue demasiado para él. Se cubrió la cara con las manos y las lágrimas que corrieron mostraron claramente la angustia de su espíritu⁷⁶.

Encontró algún consuelo, sin embargo, al ver a algunos de los caballeros en los que más confiaba. Alvarado, Sandoval, Olid, Ordaz, Ávila estaban a salvo. Tuvo también una sensación inexpresable cuando supo que la intérprete india Marina, a la que tanto quería y que era tan importante para el ejército, se había salvado. Había sido entregada, junto con la hija de un jefe tlaxcalteca, a varios de esta nación. Se la colocó, afortunadamente, en la delantera y su leal escolta la había llevado sana y salva a través de los peligros de la noche. Aguilar, el otro intérprete, también había escapado. Y con la misma satisfacción supo Cortés que se había salvado su constructor de barcos, Martín López⁷⁷. La preocupación del general por el destino de este hombre tan indispensable, como se demostró, para el éxito de las posteriores operaciones, mostraba que entre toda esta aflicción su

indómito espíritu deseaba la hora de la venganza.

Mientras tanto, la columna en marcha había llegado a la vecina ciudad de Tlacopán (Tacuba), en su día la capital de un principado independiente. Allí se detuvieron en la calle principal como si estuvieran desconcertados y completamente despistados sobre qué curso tomar, como un rebaño de ciervos aterrorizados que huyen de los cazadores con los aullidos de los perros y el cuerno todavía resonando en sus oídos, miraron alrededor con fiereza buscando alguna cañada o bosquecillo en el que ocultarse. Cortés, que se había montado rápidamente y cabalgado hasta el frente de nuevo, vio el peligro de quedarse en un lugar populoso, donde los habitantes pudieran castigar duramente a los soldados desde las *azoteas*, con poco riesgo para ellos mismos. Continuaron la marcha, por tanto, que pronto les llevó a campo abierto. Allí se esforzó por reorganizar sus desorganizados batallones y poner algo de orden⁷⁸.

Cerca, a no mucha distancia, a la izquierda, se elevaba un promontorio que encaraba una cadena montañosa que cierra el valle por el oeste. Se llamaba la colina de Otoncalpolco y a veces la colina de Montezuma⁷⁹. Estaba coronada por un *teocalli* indio, cuyas grandes construcciones de piedra cubrían un amplio espacio y que por su fuerte posición, que dominaba las llanuras vecinas, prometían un buen lugar de refugio para las exhaustas tropas. Pero los hombres desanimados y aturcidos por sus últimos reveses parecían incapaces por el momento de más esfuerzos y el lugar estaba tomado por un cuerpo de indios armados. Cortés vio la necesidad de desplazarlos si quería salvar los restos del ejército de la destrucción total. Este hecho demostró que tenía un control sobre sus voluntades aún mayor que las propias circunstancias. Animándoles a seguir, y apoyado por los aguerridos caballeros, consiguió infundir a los más lentos algo de su propio temperamento intrépido y guiarles por la

ascensión contra los enemigos. Pero estos últimos presentaron poca resistencia y, después de unas débiles andanadas de proyectiles que hicieron poco daño, dejaron el terreno a los asaltantes.

Estaba cubierto por un edificio de considerable tamaño y provisto de amplias habitaciones para el disminuido número de los españoles. Encontraron algunas provisiones y, según se dice, algunos pueblos amigos de otomíes de los alrededores les trajeron más durante el día. También había una cantidad de combustible en los patios, destinado a los usos del templo. Con éste hicieron fuegos para secar las ropas empapadas y se pusieron rápidamente a curarse entre ellos las heridas, endurecidas y extremadamente dolorosas por la exposición y el largo ejercicio. Descansados de esta manera, los destrozados soldados se tiraron por los suelos y los patios del templo y pronto encontraron un olvido temporal, que la naturaleza a menudo niega incluso en las situaciones más extremas de sufrimiento⁸⁰.

Había unos ojos entre la multitud que, sin embargo, bien podemos creer que no se cerraron tan rápidamente. Porque, ¡qué pensamientos agitados deben haber llenado la mente del comandante mientras contemplaba los pobres restos de sus seguidores, apiñados de esa manera en este miserable vivaque! ¡Y esto era todo lo que había sobrevivido del brillante despliegue con el que hace tan sólo unas semanas había entrado en la capital de México! ¿Dónde estaban ahora sus sueños de conquista y de imperio? Y ¿qué era él sino un desafortunado aventurero sobre el que se levantaría el dedo del desdén como a un loco? Dondequiera que se dirigiera, el horizonte era igualmente lúgubre, sin ningún punto de luz para animarle. Tenía delante de sí todavía un duro viaje, atravesando peligros y caminos desconocidos con guías de cuya lealtad no podía estar seguro. Y ¿cómo podía confiar de su recepción en Tlaxcala, el lugar a donde se dirigía, la tierra

de sus antiguos enemigos, donde había traído la desolación anteriormente como un enemigo y ahora como amigo a cada una de las familias dentro de sus fronteras?

Sin embargo, estas inquietas y lúgubres reflexiones, que podían haber derrumbado una mente común, no tuvieron poder sobre la de Cortés, o mejor dicho, tan sólo le sirvieron para renovar sus energías y acelerar sus percepciones, como la guerra de los elementos purifica y da elasticidad a la atmósfera. Repasó con una mirada descarnada sus últimos reveses, pero, confiando en sus propios recursos, vio una luz a través de la oscuridad que otros no pudieron. Incluso entre los restos esparcidos que estaban tirados a su alrededor, que en su demacrado aspecto y salvaje atuendo parecían una horda de famélicos forajidos, divisaba los materiales con los que reconstruir sus arruinadas fortunas. En la misma hora de la mayor turbación y desaliento general, no hay duda de que su espíritu heroico estaba meditando el plan de operaciones que después siguió con tan intrépida constancia.

Las pérdidas sufridas por los españoles en esta noche fatal, como cualquier otro suceso en la historia de la conquista, se contabilizan con enormes discrepancias. Si debemos creer la carta del propio Cortés, no pasaron de ciento cincuenta españoles y dos mil indios. Pero los informes del general, aunque hacen completa justicia a las dificultades que superaron y la importancia del resultado, son menos escrupulosos al establecer tanto el alcance de sus medios como el de las pérdidas. Thoan Cano, uno de los caballeros presentes, estima los muertos en mil ciento setenta españoles y ocho mil aliados. Quizá nos acerquemos más a la verdad tomando el cálculo de Gómara, capellán de Cortés y que tenía libre acceso, sin duda, no sólo a los papeles del general, sino a otras fuentes auténticas de información. Según él, el número de cristianos muertos y perdidos fue de cuatrocientos cincuenta, y el de los nativos,

mil. Esto, junto con las pérdidas recibidas en los conflictos de la semana anterior, puede reducir a los primeros a algo más de un tercio y a los segundos a un cuarto o quizá a un quinto de la fuerza original con la que entraron en la capital⁸¹. El castigo de la acción cayó sobre la retaguardia, de los que pocos escaparon. Estaba formada principalmente por los soldados de Narváez, que cayeron víctimas en gran medida de su avaricia⁸². La caballería había perdido a cuarenta y seis, que junto con sus anteriores pérdidas redujo el número de este cuerpo a veintitrés y algunos de éstos en un estado lamentable. La mayor parte del tesoro, el equipaje, los papeles del general, incluyendo sus cuentas y un detallado diario de los hechos desde la salida de Cuba, que al menos para la posteridad hubiera sido más valioso que el oro, habían sido tragados por las aguas⁸³. La munición, el pequeño pero bello tren de artillería con el que Cortés había entrado en la ciudad, todo había desaparecido por completo. No quedaba ni siquiera un mosquete, al haberlos tirado los hombres, ansiosos de quitarse de encima cualquier cosa que pudiera retrasar su escapada en aquella noche desastrosa. Nada, en pocas palabras, de su aparato militar se había salvado, excepto las espadas, su tullida caballería y unas pocas ballestas dañadas, que pudiera hacer valer la superioridad de los europeos sobre los bárbaros.

Los prisioneros, incluyendo, como ya se ha dicho, a los hijos de Montezuma y al cacique de Texcoco, habían muerto todos, según se dice, a manos de sus propios compatriotas, que en la furia del asalto indiscriminado desconocían que se encontraban ahí. Había también algunas personas de consideración entre los españoles cuyos nombres fueron inscritos en la misma sangrienta lista de muerte. Tales como Francisco de Morla, que cayó junto a Cortés al volver con él al rescate. Pero la mayor pérdida fue la de Juan Velázquez de León que, junto con Alvarado, había dirigido la retaguardia.

Era el puesto peligroso esa noche y cayó defendiéndolo valientemente al comienzo de la retirada. Era un excelente oficial, que poseía muchas de las cualidades caballerescas, aunque fuera un poco altivo en su comportamiento, siendo uno de los caballeros mejor conectados en el ejército. Su cercana relación con el gobernador de Cuba le hizo mirar primero con frialdad las pretensiones de Cortés, pero ya fuera por la convicción de que éste había sido juzgado erróneamente o por preferencia personal, se unió posteriormente a sus intereses con celo. El general correspondió a esto con su generosa confianza, asignándole, como hemos visto, una misión independiente y separada, donde una mala conducta o incluso un error hubiera sido fatal para la expedición. Velázquez demostró ser digno de su confianza y no había caballero en el ejército, con excepción quizá de Sandoval y de Alvarado, cuya pérdida pudiera lamentar tan profundamente el comandante. Tales fueron los desastrosos resultados de este terrible paso por la calzada, más desastroso que los ocasionados por cualquier otro revés que haya manchado las armas de los españoles en el nuevo mundo y que se ha bautizado en los anales nacionales como *la noche triste* ⁸⁴.

Notas al pie

⁵⁶ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

El astrólogo predijo que Cortés se vería en la más extrema necesidad y después tendría gran honor y fortuna (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128). Se mostró tan hábil en su arte como la sibila de las indias occidentales que predijo el destino de la desafortunada Josefina.

⁵⁷ «Pues el astrólogo Botello, no le aprouechó su astrología, que tambien allí murió». *Ibid.*, *ubi supra*.

⁵⁸ La disposición del tesoro se ha relatado con alguna discrepancia, aunque todos se ponen de acuerdo en este último resultado. El mismo general no escapó de la imputación de negligencia e incluso desfalco, totalmente infundada, por parte de sus enemigos. El relato del texto se apoya en la declaración, bajo juramento, de los nombres más respetables de la expedición dada en el documento al que ya nos hemos referido más de una vez. «Hizo sacar el oro é joyas de sus Altezas é le dió é entregó á los otros oficiales Alcaldes é Regidores, é les dixo á la rason que así se lo entregó, que todos viesen el mejor modo é manera que habia para lo poder salvar, que él allí estaba para por su parte hacer los que fuese posible é poner su persona á qualquier trance é riesgo que sobre los salvar le viniese [...] El qual les dió para ello una muy buena yegua, é quatro ó cinco Españoles de mucha confianza, á quien se encargó la dha yegua cargado con el otro oro», *Probanza á pedimento de Juan de Lexalde*.

⁵⁹ «Desde aquí se o doi, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

⁶⁰ El capitán Díaz nos cuenta que se contentó con cuatro *chalchihuites*, la piedra verde que era tan apreciada entre los nativos, que cogió con astucia de los cofres reales, antes de que el mayordomo de Cortés tuviera tiempo de cerrarlos. El premio demostró serle de gran servicio, al proporcionarle medios para conseguir comida y medicinas de la gente del país cuando estuvieron en gran necesidad más adelante. *Ibid.*, *loc. cit.*

⁶¹ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, *ubi supra*.

⁶² Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 109. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 143. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 13, 47.

⁶³ Hay alguna dificultad para precisar la fecha de su salida, como en realidad la de muchos de los acontecimientos de la conquista, los antiguos cronistas consideraban la cronología como algo un tanto superfluo. Ixtlilxochitl, Gómara y otros establecen la fecha el 10 de julio. Pero es totalmente contraria a la carta de Cortés, que establece que el ejército llegó a Tlaxcala el ocho de julio, no el diez como le malinterpreta Clavijero (*Storia Antica del Messico*, tom. III, pp. 135, 136,

nota) y por el detallado relato que el general hace de su progreso diario, parece que abandonaron la capital el último día de junio o mejor dicho la primera mañana de julio. Comp. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 142-149.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 143. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 13, 47. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 24. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 6. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 4. *Provanza en la Villa Segura*, manuscrito.

⁶⁵ «Pues la grita, y lloros, y lástimas q dezi-a demandando socorro: Ayudadme, q me ahogo, otros: Socorredme, q me mata, otros dem-adando ayuda á N. Señora Santa María, y a Señor Santiago», Bernal Díaz, *ibid.*, cap. 128.

⁶⁶ «Y asimismo se mostró mui valerosa en este aprieto, y conflicto María de Estrada, la qual con vna Espada, y vna Rodela en las Manos, hiço hechos maravillosos, y se entraba por los Enemigos con tanto corage, y ánimo, como si fuera vno de los mas valientes Hombres de el Mundo, olvidada de que era Muger [...] Casó esta, Señora con Pedro Sánchez Farfan, y diéronle en Encomienda el Pueblo de Tetela», Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 72.

⁶⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

«Por la gran priesa que daban de ambas partes de el camino, comenzáron á caer en aquel foso, y cayéron juntos, que de Españoles, que de Indios y de caballos, y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagaje quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasáron sobre los muertos», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 24.

⁶⁸ «É los que habian ido con Narváez arrojáronse en la sala, é cargáronse de aquel oro é plata quanto pudieron; pero los menos lo gozáron, porque la carga no los dexaba pelear, é los Indios los tomaban vivos cargados; é á otros llevaban arrastrando, é á otros mataban allí; É así no se salváron sino los desocupados é que iban en la delantera», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

⁶⁹ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 11. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

⁷⁰ «Luego encontráron con Pedro de Alvarado bien herido con vna lança en la mano á pie, que la yegua alaçana ya se la auian muerto», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

⁷¹ «Y los amigos vista tan gran hazaña quedáron maravillados, y al instante que esto viéron se arrojáron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heroico, espantable y raro, que ellos no habian visto hacer á ningun hombre, y

ansi adoraron al Sol, comiendo puñados de tierra, arrancando yervas del campo, diciendo á grandes voces, verdaderamente que este hombre es *hijo del Sol* » (Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito). El escritor consultó el proceso entablado por los descendientes de Alvarado en el que exponían los méritos de su antepasado, avalados por los más valientes capitanes tlaxcaltecas presentes en la conquista. Puede ser que el famoso salto fuera uno de estos «méritos» de los que habla el historiador. M. de Humboldt, citando a Camargo, que así lo considera (*Essai Politique*, tom. II, p. 75). Esto haría más que ninguna otra cosa para probar el hecho. Pero el lenguaje de Camargo no me parece que sea precisamente garantía para suponerlo.

⁷² «Se llama aora la puente del salto de Alvarado: y platicauamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razon, ni soltura de vn hombre que tal saltasse», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

⁷³ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 109. Camargo, *ibid.*, *ubi supra*. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. Aunque el último autor, sin embargo, dice francamente que muchos de los que habían visto el lugar declararon que parecía imposible. «Fué tan estremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningun hombre humano. En fin él lo saltó é ganó por ello la vida, é perdiéronla muchos que atras quedaban.»

⁷⁴ El lugar se le señala a todo viajero. Se encuentra en una acequia no muy ancha atravesada por un pequeño puente no muy lejos del extremo occidental de la Alameda. Ya que el lugar recibió su nombre en tiempos de Alvarado, es difícil que renegara de la historia. Pero ya que la longitud del salto, por muy extraño que sea, no se da en ningún lado, el lector no puede tener medio de juzgar sobre su probabilidad.

⁷⁵ «Fúe Dios servido de que los Mejicanos se ocupasen en recojer los despojos de los muertos, y que las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de la acequia, y á los caballos y otros bestias. Y por esto no siguiéron el alcance, y los Españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 25.

⁷⁶ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 89. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 109.

⁷⁷ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 12.

⁷⁸ «Tacuba», dice ese interesante viajero, Latrobe, «se encuentra cerca de la falda de las colinas y es hoy en día principalmente famosa por su gran y noble iglesia que fue erigida por Cortés. Y cerca se pueden encontrar rastros del campamento español. No me aventuro en la opinión, pero puede parecer por la coincidencia que esta fue la misma posición que eligió Cortés para su acampada,

después de la retirada que acabamos de mencionar y antes de comenzar su dolorosa ruta hacia Otumba» (*Rambler in Mexico*, letter 5). Es evidente, a partir de nuestro texto que Cortés no pudo establecer aquí ningún campamento, al menos en su retirada de la capital.

⁷⁹ Lorenzana, *Viage*, p. xiii.

⁸⁰ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 24. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 89.

⁸¹ La siguiente tabla puede ofrecer al lector una idea aproximada de las discrepancias en las estimaciones numéricas entre los testigos presenciales y los escritores que al tener acceso a los protagonistas son casi de la misma autoridad.

Cortés, ap. Lorenzana, p. 145		1.150 españoles,
2.000 indios muertos o desaparecidos		
Cano, ap. Oviedo, lib. 33,		
cap. 54		1.170
«	8.000	«
<i>Provança</i> , etc.		200
«	2.000	«
Oviedo, <i>Hist. de las Ind.</i> ,		
lib. 33, cap. 13		150
«	2.000	«
Camargo		450
«	4.000	«
Gómara, cap. 109		450
«	4.000	«
Ixtlilxochitl, <i>Historia de la</i>		
<i>nación Chichimeca</i> , cap. 88	450	« 4.000
«		
Sahagún, lib. 12, cap. 24		300
«	2.000	«
Herrera, dec. 2, lib. 10,		
cap. 12		150
«	4.000	«

Bernal Díaz no se toma la molestia de estar de acuerdo consigo mismo. Después de afirmar que la retaguardia, donde las bajas fueron mayores, constaba de 120 hombres, añade en el mismo párrafo, que 150 de ellos fueron asesinados,

cuyo número aumenta a 200 unas líneas más adelante. ¡Un cómputo igual de pícaro que el de Falstaff con sus asaltantes en Bucarán! Véase *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

La estimación de Cano incluye, es cierto, a aquellos que murieron en la marcha posterior, aunque su número fue muy bajo. La misma autoridad afirma que 270 de la guarnición, que ignoraban la planeada partida de sus paisanos, fueron abandonados pérfidamente en el palacio de Axayácatl, donde se rindieron con condiciones, aunque todos fueron sacrificados posteriormente por los aztecas. La improbabilidad de esta monstruosa historia, según la cual el ejército con todo su equipaje podía abandonar la fortaleza sin el conocimiento de sus camaradas y que esto fuera permitido también en un momento en el que la cooperación de cada hombre era tan importante, es demasiado obvia como para necesitar una refutación. Herrera relata, lo que es mucho más probable, que Cortés le dio unas órdenes especiales al capitán Ojeda de que no se abandonara con la prisa del momento a nadie que durmiera o estuviera herido en el campamento. *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 11.

⁸² «Pues los de Narváez, todos los mas en las puentes quedaron, cargados de oro», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

⁸³ Según Díaz, la parte del oro que fue confiada al convoy tlaxcalteca se conservó (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 136). Del documento anteriormente citado, *Provanza de Villa Segura*, manuscrito, parece que fuera la guardia castellana la que estuviera encargada de él.

⁸⁴ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 109. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. *Provanza en la Villa Segura*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

Capítulo IV

Retirada de los españoles. Penurias del ejército. Pirámides de Teotihuacan. Gran batalla de Otumba. 1520

Los mexicanos, durante el día que siguió a la retirada de los españoles, se quedaron tranquilamente en su mayor parte en la capital, donde encontraron ocupación en limpiar las calles y las calzadas de los muertos, que se esparcían acumulándose en montones que podían traer la peste. Puede que también se dedicaran a rendir los últimos honores a sus guerreros caídos, solemnizando los ritos funerarios con el sacrificio de sus desdichados prisioneros, quienes al contemplar su propio destino bien puede que envidiaran la suerte de los compañeros que habían dejado los huesos en el campo de batalla. Los españoles tuvieron una enorme fortuna en la extrema situación en la que se encontraban de que el enemigo les concediera este respiro. Pero Cortés sabía que no podía contar con que esto continuara y, sintiendo lo importante que era sacarle ventaja a su vigilante enemigo, ordenó a sus tropas que estuvieran preparadas para reanudar la marcha a medianoche. Se dejaron los fuegos encendidos, la mejor manera de engañar al enemigo, y a la hora establecida el pequeño ejército sin sonidos de trompetas o tambores, pero con renovado espíritu, partió de las puertas del *teocalli*, dentro de cuyas amistosas paredes habían encontrado un socorro tan oportuno. El lugar hoy en día está señalado por la iglesia cristiana dedicada a la Virgen, que lleva el nombre de *Nuestra Señora de los Remedios*, cuya imagen milagrosa, la misma que según se

dice trajeron los seguidores de Cortés⁸⁵, todavía extiende su influjo beneficioso sobre la vecina capital, y el viajero que se detiene dentro de la capilla que tiene consagrada puede sentir que se encuentra en el mismo lugar que se recuerda por el refugio que ofreció a los conquistadores en su hora de mayor abatimiento⁸⁶.

Se estableció que los enfermos y heridos ocuparan el centro transportados en literas o sobre las espaldas de los *tamames*, mientras que aquellos que estaban lo suficientemente fuertes para mantenerse en la silla montaran a grupas de la caballería. Los soldados aptos fueron enviados al frente o a la retaguardia, mientras que otros protegían los flancos, proporcionando de esa manera toda la seguridad posible a los inválidos.

El ejército en retirada mantuvo su camino sin incidencias a cubierto de la oscuridad. Pero, a medida que la mañana clareaba, contemplaron grupos de nativos moviéndose sobre las alturas, o cerniéndose a distancia como una nube de langostas sobre sus espaldas. No eran de la capital, sino que habían sido reclutados de los pueblos vecinos, hasta donde ya habían llegado las noticias de su desbandada. El hechizo que había cubierto hasta entonces a los hombres blancos había desaparecido. Los temidos *Taules* ya no eran invencibles⁸⁷.

Los españoles, guiados por los tlaxcaltecas, tomaron una ruta tortuosa por el Norte, pasando por Cuautitlán y rodeando el lago Tzompanco (Zumpango), alargando su marcha, pero manteniéndose a distancia de la capital. Desde las elevaciones, a medida que pasaban, los indios arrojaban piedras pesadas mezcladas con andanadas de dardos y flechas sobre las cabezas de los soldados. Algunos eran lo suficientemente atrevidos como para descender a la llanura y atacar los extremos de la columna. Pero eran rápidamente rechazados por los caballos y obligados a refugiarse en las

colinas donde el terreno era demasiado abrupto para que el jinete les siguiera. La verdad es que los españoles no se preocupaban de hacerlo; su objetivo era más bien huir que luchar.

De esta manera avanzaban lentamente, deteniéndose a intervalos para rechazar a sus atacantes cuando importunaban demasiado y les ponían en gran peligro con sus proyectiles y ataques esporádicos. Por la noche, las tropas normalmente encontraban refugio en alguna ciudad o poblado, del que los habitantes, anticipándose a su llegada, se habían llevado cuidadosamente todas las provisiones. Los españoles pronto se encontraron con grandes estrecheces para sobrevivir. Su principal sustento eran las bayas silvestres que crecían en los bosques o a los lados de la carretera. Eran afortunados si encontraban algunas espigas de grano sin arrancar. A menudo no quedaban nada más que los tallos y con ellos y la poca comida malsana se contentaban para satisfacer las necesidades de su apetito. Cuando un caballo resultó muerto, proporcionó un extraordinario banquete y el mismo Cortés recoge el hecho de haber formado parte del grupo que tan suntuosamente se agasajaron, devorando al animal hasta el pellejo⁸⁸.

De vez en cuando se veía a los desdichados soldados, desmayados por el hambre y la fatiga, dejarse caer sin vida en la carretera. Otros se fueron quedando atrás, incapaces de seguir el ritmo de la marcha y cayeron en las manos del enemigo, que seguía la pista del ejército como una bandada de buitres hambrientos, ansiosos de abalanzarse sobre los moribundos y los muertos. Otros que se apartaron demasiado intentando encontrar sustento, compartieron la misma suerte. El número de éstos, finalmente, y la conciencia del cruel destino para el que se les reservaba, obligó a Cortés a introducir una disciplina más estricta y a imponer castigos más severos que los que habían impuesto

hasta entonces, aunque a menudo no tenían ningún efecto, tal era la indiferencia al peligro bajo la presión abrumadora de sus calamidades presentes.

En sus largas penurias, los soldados dejaron de darle valor a aquellas cosas por las que antes se habían jugado la vida. Más de uno que había traído su tesoro de oro a salvo durante los peligros de la noche triste lo abandonó ahora como una carga insoportable y los rudos campesinos indios cosecharon con maravilloso placer los brillantes restos del botín de la capital⁸⁹.

A lo largo de estos agotadores días, Cortés desplegó su habitual serenidad y fortaleza. Siempre estaba en el lugar del peligro, exponiéndose generosamente en encuentros con el enemigo. En uno de éstos recibió una grave herida en la cabeza que posteriormente le causó muchos problemas⁹⁰. No comía mejor que el soldado más humilde y se esforzaba, con su rostro animoso y sus consejos, por fortalecer el coraje de aquellos que flaqueaban, asegurándoles que sus sufrimientos pronto terminarían al llegar a la amiga «tierra del pan»⁹¹. Sus oficiales leales cooperaban con él en estos intentos y se debe admitir que los soldados comunes, especialmente sus propios veteranos, mostraron en su mayoría la constancia y la resistencia tan características de su nación, justificando el alarde honesto de un viejo cronista de que «no hay gente tan capaz de soportar el hambre como los españoles y nadie que fuera sometido a prueba tan dura como los soldados de Cortés»⁹². Los tlaxcaltecas demostraron una fortaleza similar, entrenados en la dura escuela que les hacía estar familiarizados con los apuros y privaciones. Aunque alguna vez se tiraron al suelo en el extremo del hambre implorando a sus dioses que no los abandonaran, cumplieron su labor como soldados y, lejos de manifestar frialdad hacia los españoles como la causa de sus penurias, parecían aún más unidos a ellos por el sentimiento del sufrimiento común.

La séptima mañana el ejército alcanzó la ascensión que domina la llanura de Otompan, u Otumba, como se le llama comúnmente por la ciudad india, hoy en día un pueblo, que se encuentra en ella. La distancia de la capital es de escasamente unas nueve leguas. Pero los españoles habían viajado más de tres veces esa distancia en su tortuosa marcha alrededor de los lagos. Ésta se había realizado tan lentamente, que les llevó una semana, dos noches de las cuales las habían pasado en el mismo asiento, debido a la absoluta necesidad de descanso. No fue, por tanto, hasta el 7 de julio cuando alcanzaron las alturas que dominan la llanura que se extiende a lo lejos hasta el territorio de Tlaxcala, frente a la visión de las venerables pirámides de Teotihuacan, dos de los monumentos más notorios de la antigua civilización americana que existen ahora al norte del istmo. Durante todo el día anterior habían visto grupos dispersos de enemigos sobre ellos como nubes oscuras sobre las tierras altas, blandiendo sus armas y gritando en tonos vengativos: «¡Corred! Pronto os encontraréis donde no podréis escapar». Palabras de misterioso significado que comprendieron completamente la siguiente mañana⁹³.

Los monumentos de San Juan Teotihuacan son probablemente, a excepción del templo de Cholula, los restos más antiguos sobre el suelo mexicano. De acuerdo con sus tradiciones, los aztecas los encontraron al entrar al país, cuando Teotihuacan, la morada de los dioses, hoy en día una mezquina aldea, era una ciudad floreciente, el rival de Tula, la gran capital tolteca⁹⁴. Las dos pirámides principales estaban dedicadas a *Tonatiuh*, el sol, y a *Meztli*, la luna. La primera, que es con mucho la mayor, tiene, según recientes mediciones, seiscientos ochenta y dos pies de largo en la base y ciento ochenta pies de altura, dimensiones no muy inferiores a las de los monumentos similares de Egipto⁹⁵. Estaban divididas en cuatro pisos, de los cuales ahora se

pueden distinguir tres. De hecho, el tiempo las ha tratado tan mal y los materiales se han desplazado tanto por la traicionera vegetación de los trópicos, que envuelve con su manto de flores la ruina que causa, que no es fácil de discernir a primera vista la forma piramidal de las estructuras⁹⁶. Las enormes masas tienen tal parecido con los túmulos de América del Norte, que algunos han pensado que eran prominencias naturales transformadas por la mano del hombre en una forma regular, y decoradas con los templos y las terrazas, cuyos restos todavía cubren sus laderas. Pero otros, al no ver otro ejemplo de elevaciones similares en las anchas llanuras en las que se encuentran, suponen, con más probabilidades, que son una construcción artificial en su totalidad⁹⁷.

El interior está compuesto de arcilla mezclada con guijarros, con incrustaciones en la superficie de la piedra porosa y ligera, el *tetzontli*, tan abundante en las canteras cercanas. Sobre esto había una gruesa cubierta de estuco, que recordaba en su color rojizo a las encontradas en las ruinas de Palenque. Según la tradición, las pirámides están huecas, pero hasta ahora los intentos por descubrir la abertura en la dedicada al sol han sido infructuosos. En el túmulo más pequeño se ha encontrado una abertura en el lado sur a dos tercios de elevación. Está formada por una galería estrecha, que, después de avanzar por una distancia de varias yardas, termina en dos pozos u hoyos. El mayor de éstos es de unos quince pies de profundidad⁹⁸ y los lados están recubiertos con ladrillos de barro sin cocer. Pero no hay nada que indique para qué propósito fueron pensados. Puede que fuera para introducir las cenizas de algún poderoso jefe, como la solitaria cámara descubierta en la gran pirámide egipcia. No hay duda de que estos edificios estaban dedicados a usos religiosos y sería tan sólo una manera de acomodarlo a las prácticas de la antigüedad en el

continente oriental que hubieran servido como tumbas, además de templos⁹⁹.

Se dice que en la cima de la pirámide más pequeña se ven los restos evidentes de su uso religioso, que consisten en los restos de unas murallas de piedra que muestran una construcción de tamaño y fuerza considerable¹⁰⁰. No hay restos en la cima de la pirámide del sol. Pero el viajero que se tome el trabajo de ascender a su cima pelada, se verá ampliamente recompensado por el glorioso panorama que se abrirá ante sus ojos; hacia el Sudeste, las colinas de Tlaxcala, rodeadas por sus verdes plantaciones y campos de maíz, en cuyo centro se encuentra el pequeño pueblo, que una vez fue la capital de la República. Algo más al Sur, la vista pasa por las bellas planicies que rodean la ciudad de Puebla de Los Ángeles, fundada por los antiguos españoles y que todavía rivaliza en el esplendor de sus iglesias con las capitales más brillantes de Europa, y lejos hacia el Oeste puede contemplar el valle de México, extendido como un mapa, con sus lagos empequeñecidos, su principesca capital surgiendo con mayor gloria de sus ruinas y sus escarpadas colinas rodeándola misteriosamente como en los días de Montezuma.

Se dice que la cima de este montículo mayor estaba coronada por un templo en el que había una estatua colosal de su deidad principal, el sol, hecha de un solo bloque de piedra orientada al Este. Su pecho estaba cubierto por una coraza de oro y plata bruñidos, sobre la que caían los primeros rayos de la estrella ascendente¹⁰¹. Un anticuario, en la primera mitad del siglo pasado, dice haber visto fragmentos de la estatua. Todavía estaba en pie, según informan, durante la invasión de los españoles y fue demolida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano cayó más contundentemente sobre los monumentos aztecas que el propio tiempo¹⁰².

Las principales pirámides están rodeadas por un gran número de otras más pequeñas, que raramente superan los treinta y tres pies de altura, que, según la tradición, estaban dedicadas a las estrellas y servían como sepulcros para los grandes hombres de la nación. Están dispuestas de forma simétrica en avenidas que terminan a los lados de las grandes pirámides, que están orientadas a los puntos cardinales. La llanura sobre la que se levantan se llama *Micaotli*, o «Calzada de los muertos». Los campesinos al trabajar la tierra todavía encuentran numerosas cabezas de flecha y cuchillas de obsidiana, que atestiguan el carácter guerrero de su antigua población¹⁰³.

¿Qué pensamientos deben llenar la mente del viajero mientras camina entre estos recuerdos del pasado, mientras pisa sobre las cenizas de las generaciones que levantaron estas colosales construcciones que nos llevan del presente a las mismas profundidades del tiempo! Pero, ¿quiénes fueron sus constructores? ¿Fueron los enigmáticos olmecas, cuya historia, como la de los antiguos titanes, se ha perdido en las nieblas de la fábula? O como normalmente se rumorea, ¿los pacíficos y laboriosos toltecas, de quienes todo lo que podemos recabar se apoya en tradiciones que difícilmente sean más seguras? ¿Qué les ha sucedido a las razas que los construyeron? ¿Se quedaron en la tierra mezclándose y asimilándose con los fieros aztecas que les sucedieron? ¿O marcharon al Sur y encontraron un campo de expansión más amplio para su civilización como lo muestra el carácter más elevado de los restos arquitectónicos en las distantes regiones de América Central y del Yucatán? Todo es un misterio, sobre el que el tiempo ha arrojado un velo impenetrable que no puede levantar ninguna mano mortal. Una nación ha desaparecido (poderosa, populosa y bien avanzada y refinada, como muestran sus monumentos) sin un nombre. ¡Ha muerto sin dejar rastro!

Sin embargo, no parece que tales especulaciones hayan inquietado las mentes de los conquistadores, que no han dejado un solo párrafo en referencia a estas estructuras sagradas, aunque eran plenamente visibles a su paso, quizá incluso pasaron entre ellas. En los sufrimientos que padecían en el presente tenían poco tiempo libre para dedicárselo al pasado. De hecho, la nueva y peligrosa situación en la que se encontraron en este lugar debe haber excluido seguramente cualquier otro pensamiento de sus pechos que no fuera el del instinto de conservación.

A medida que el ejército ascendía por las laderas montañosas que cierran el valle de Otompan, los vigías vinieron con las noticias de que un poderoso cuerpo estaba acampado en el otro lado, aparentemente esperando su llegada. Pronto confirmaron las noticias con sus propios ojos, cuando coronaron la sierra y contemplaron una poderosa fuerza que se esparcía por el valle cubriendo toda su extensión y dándole la apariencia de estar cubierto de nieve, por la cota de algodón blanco de los guerreros¹⁰⁴. Eran las tropas de los pueblos circundantes y especialmente del populoso territorio de Texcoco, reunidas por petición de Cuitláhuac, el sucesor de Montezuma, y concentradas en este lugar para disputar el paso a los españoles. Todos los jefes de importancia se habían situado en el campo con toda la formación reunida bajo su estandarte, desplegando orgullosamente toda la pompa y rudimentario esplendor de su equipamiento militar. Hasta donde llegaba la vista, se podían divisar escudos y estandartes ondeando, cascos fantásticos, bosques de lanzas resplandecientes, la brillante cota de plumas del jefe y la basta panoplia de algodón de sus seguidores, todos mezclados en salvaje confusión y agitándose en todas direcciones como las olas de un océano embravecido¹⁰⁵. Era una visión como para llenar de desesperación el corazón más fuerte de entre los cristianos,

más aún después de la expectación por llegar a la tierra amiga, donde concluiría su dura peregrinación. Incluso Cortés, al comparar la enorme formación que se extendía ante él con sus propios escuadrones disminuidos, consumidos por la enfermedad y debilitados por el hambre y la fatiga, no pudo evitar la convicción de que su última hora había llegado¹⁰⁶.

Pero el suyo no era un corazón que se desalentara y sacó fuerza de la misma extremidad de la situación. No había lugar para la duda, porque no le quedaba alternativa. Escapar era imposible. No podía retirarse a la capital de la que había sido expulsado. Tenía que avanzar, romper a través del enemigo o morir. Rápidamente hizo los preparativos para la lucha. Dio a su fuerza un frente lo más ancho posible, protegiendo los flancos con su pequeño cuerpo de caballos, ahora reducido a veinte. Afortunadamente, en los dos últimos días no había permitido a los inválidos montar detrás de los jinetes, salvando a los caballos para que estuvieran en buenas condiciones y todo el ejército había descansado, como ya hemos visto, en el alto de dos noches y un día que habían hecho en el mismo lugar, un retraso, sin embargo, que le había dado al enemigo tiempo para reunir una fuerza suficiente como para disputarles el paso.

Cortés instruyó a los caballeros que no se desprendieran de sus lanzas y que las dirigieran directamente a la cara. La infantería debía dar estocadas y no mandobles con sus espadas, atravesando con ellas inmediatamente a sus enemigos y seguir adelante. Ante todo dirigirse a los líderes, ya que el general sabía bien cuánto dependían las guerras con los bárbaros de la vida de su comandante, cuya necesidad de subordinación les desconcierta ante cualquier otro control que no sea aquel al que están acostumbrados.

Después dirigió a las tropas unas pocas palabras de ánimo,

como tenía por costumbre, antes de los enfrentamientos. Les recordó las victorias que habían ganado ante probabilidades adversas casi tan descorazonadoras como la presente, demostrando la superioridad de la ciencia y la disciplina sobre los números. Los números, en realidad, no se debían tomar en cuenta cuando el brazo del Todopoderoso estaba de su lado. Y les declaró que estaba completamente seguro de que Él, que les había llevado a salvo a través de tantos peligros, no les abandonaría ahora a ellos y a su buena causa, para perecer en manos de los infieles. Su arenga fue breve, porque leyó en sus miradas esa determinación estable que hace las palabras innecesarias. Las circunstancias de su situación eran más convincentes para el corazón de cada soldado que cualquier tipo de elocuencia, llenándolo con ese sentimiento de desesperación que hace al brazo débil, fuerte y convierte al cobarde en héroe. Después de haberse encomendado, por tanto, fervientemente a la protección de Dios, de la Virgen y de Santiago, Cortés dirigió a sus batallones directamente contra el enemigo¹⁰⁷.

Fue un momento solemne, aquel en que el unido y pequeño grupo con rostros férreos y su habitual paso intrépido descendió por la llanura para ser tragado, como sucedió, por el vasto océano de sus enemigos. Éstos se lanzaron con ímpetu a su encuentro, haciendo que las montañas repicaran con sus discordantes aullidos y gritos de batalla y arrojando andanadas de piedras y flechas que por un momento taparon la luz del sol. Pero cuando las primeras líneas de los dos ejércitos se unieron, la superioridad de los cristianos se hizo notar a medida que su antagonista, cayendo frente a las cargas de la caballería, se veía empujado a la confusión por su propio número que empujaban desde detrás. La infantería española continuó el golpe y se abrió un ancho camino entre las líneas del enemigo, que, retrocediendo en todos los frentes, parecía dispuesto a dejar

paso libre a sus oponentes. Pero pronto volvieron sobre ellos con fuerza acumulada y, reorganizándose, se lanzaron sobre los cristianos, envolviendo por todos sitios al pequeño ejército, que con su erizado despliegue de espadas largas y jabalinas se mantuvo firme, en palabras de un contemporáneo, como una isla contra la que las olas, rugiendo y elevándose, lanzaban su fuerza en vano¹⁰⁸. Era una lucha desesperada de hombre a hombre. Los tlaxcaltecas parecieron renovar sus fuerzas al luchar a la vista de sus colinas natales, como hacían los españoles con el lúgubre destino del cautiverio ante sus ojos. Los caballeros cumplieron bien su tarea ese día, cargando, en pequeños cuerpos de cuatro o cinco hasta bien dentro de las líneas enemigas, cabalgando sobre las líneas rotas y, gracias a su ventaja temporal, dando fuerza y coraje a la infantería. No hubo allí una lanza que no apestara con la sangre del infiel. Entre todos los demás, se conmemora especialmente al joven capitán Sandoval por sus temerarias proezas. Manejando su fiera montura con facilidad, se lanzaba, cuando menos se esperaba en lo más espeso de la *mêlée*^{*}, derribando a los guerreros más irreductibles y regocijándose en el peligro, como si fuera su elemento natural¹⁰⁹.

Pero estos valientes despliegues de heroísmo tan sólo servían para introducir a los españoles cada vez más profundo en la masa del enemigo, con las mismas posibilidades prácticamente de abrirse camino entre los densos e interminables batallones que de tallar un paso con sus espadas a través de las montañas. Muchos de los tlaxcaltecas y algunos de los españoles habían caído y más de uno estaba herido. El mismo Cortés había recibido un segundo corte en la cabeza y su caballo estaba tan herido que se vio obligado a desmontar y tomar uno de la recua del equipaje, un animal de fuertes huesos que le llevó bien por entre la confusión del día¹¹⁰. El encuentro duraba ya varias

horas. El sol estaba alto en el cielo y esparcía un calor insoportable sobre la llanura. Los cristianos, debilitados por sus anteriores sufrimientos y desmayados por la pérdida de sangre, comenzaron a relajarse en sus desesperados esfuerzos. Sus enemigos, continuamente apoyados por relevos frescos de la retaguardia, todavía estaban con buena moral y, dándose cuenta rápidamente de su ventaja, presionaron con fuerza redoblada sobre los españoles. La caballería se caía de espaldas, con las patas llenas de gente, y la infantería, buscando un paso en vano entre la oscura muchedumbre del enemigo que acababa de cerrar la retaguardia, quedó desordenada. La marea de la batalla quedaría pronto decidida y parecía que todo lo que les quedaba por hacer era vender sus vidas lo más caro posible.

En este momento crítico, Cortés, cuya incansable mirada había estado recorriendo el campo en busca de algo que pudiera ofrecerle algún medio para detener la ruina que se les avecinaba, elevándose sobre sus estribos, divisó en la distancia, en medio de la multitud, al jefe, que por su traje y su *cortège** militar sabía que debía ser el comandante de las fuerzas de los bárbaros. Iba cubierto con un rico manto de plumaje y sobre su cabeza flotaba un penacho de bellas plumas, magníficamente engarzado en oro y piedras preciosas. Elevándose sobre éste y atada a su espalda, entre los hombros tenía una pequeña vara de la que colgaba una red de oro a modo de estandarte, el curioso, aunque habitual, símbolo de autoridad de los comandantes aztecas. El cacique, cuyo nombre era Cihuaca, iba sobre una litera y un cuerpo de jóvenes guerreros, cuyos alegres y adornados trajes mostraban que eran la flor y nata de la nobleza, le rodeaba protegiéndole a él y al emblema sagrado.

En cuanto el ojo de águila de Cortés recayó sobre este personaje, se iluminó triunfante. Volviéndose rápidamente hacia los caballeros a su lado, entre los que estaban

Sandoval, Olid, Alvarado y Ávila, señaló al jefe, exclamando: «¡Ahí tenéis vuestro objetivo! ¡Seguidme y apoyadme!» Después, lanzando su grito de batalla y espoleando con su tacón de hierro a su cansada montura, se zambulló de cabeza en lo más espeso del gentío. Sus enemigos se retiraron sorprendidos e intimidados por la ferocidad del ataque. Los que no lo hicieron fueron atravesados por su lanza o derribados por el peso de su caballo. Los caballeros le siguieron de cerca. Barrieron hacia delante con la furia de un trueno partiendo las sólidas filas por la mitad, regando su camino de moribundos y muertos y superando todos los obstáculos que estuvieran en medio. En unos pocos minutos estaban en presencia del comandante indio, y Cortés, derribando a sus seguidores, saltó con la fuerza de un león y atravesándole con su lanza le tiró por tierra. Un joven caballero, Juan de Salamanca, que se había quedado cerca del general, desmontó rápidamente y despachó al jefe caído. Después, arrancándole el estandarte, se lo entregó a Cortés como un trofeo al que tenía todo el mérito¹¹¹. Todo sucedió en un momento. La guardia, sobrepasada por lo repentino de la aparición, ofreció poca resistencia, y en lugar de eso huyó, comunicando su propio pánico a sus camaradas. Las noticias de la pérdida pronto se extendieron sobre el campo. Los indios, llenos de consternación, ahora tan sólo pensaban en escapar. En su terror ciego, sus filas se hicieron todavía más confusas. Se tropezaron entre ellos pensando que era el enemigo el que les perseguía¹¹².

Los españoles y los tlaxcaltecas no tardaron en aprovecharse del maravilloso cambio de las cosas. Su fatiga, sus heridas, el hambre y la sed, todo fue olvidado frente a los deseos de venganza y siguieron al enemigo que escapaba, repartiendo muerte con cada golpe y tomándose amplia retribución por todo lo que habían sufrido en los sangrientos pantanos de México¹¹³. Los persiguieron durante mucho

tiempo, hasta que el enemigo abandonó el campo, volvieron saciados de muerte para recoger el botín que habían abandonado. Era grande, porque el terreno estaba cubierto de los cuerpos de los jefes, hacia quienes los españoles, obedeciendo las instrucciones de su general, se habían dirigido especialmente y sus trajes desplegaban toda la pompa bárbara de ornamento que deleitaba a los guerreros indios¹¹⁴. Cuando sus hombres se habían indemnizado en cierto modo por los últimos reveses, Cortés los hizo formar de nuevo bajo el estandarte y, después de ofrecer un agradecido reconocimiento al Señor de las Huestes por su milagrosa preservación¹¹⁵, continuaron su marcha a través del valle ahora desierto. El sol estaba declinando en los cielos, pero antes de que las sombras de la tarde se espesaran alcanzaron el templo indio sobre un alto que proporcionaba una posición cómoda y fuerte para la noche.

Así fue la famosa batalla de Otompan, o de Otumba, como es comúnmente llamada por el nombre corrupto en español. Se luchó el 8 de julio de 1520. El volumen de las fuerzas indias ¡es calculado por los escritores castellanos en doscientos mil! ¡Y la de los muertos en veinte mil! Aquellos que admitan la primera parte de la estimación no encontrarán dificultad en creer la segunda¹¹⁶. Es casi tan difícil hacer un cálculo preciso de los números de una multitud desordenada de salvajes, como de los cantos de una playa o de las hojas caídas de otoño. Sin embargo, fue sin lugar a dudas una de las batallas más destacables que nunca se ganó en el nuevo mundo. Y esto no sólo por la disparidad de las fuerzas, sino de su condición desigual. Ya que los indios estaban plenos de fuerza, mientras que los cristianos estaban disminuidos por la enfermedad, el hambre y los prolongados sufrimientos, sin cañones o armas de fuego y faltándoles el aparato militar que tan a menudo habían provocado el terror en su enemigo bárbaro, les faltaba hasta

el terror que provocaba su nombre victorioso. Pero tenía de su lado la disciplina, la desesperada determinación y una confianza implícita en su comandante. Que triunfaran contra tales adversidades proporciona una deducción del mismo tipo que la establecida por las victorias de los europeos sobre las hordas semi civilizadas de Asia.

Sin embargo, aquí no todo se puede explicar por la superior disciplina y táctica. Porque la batalla se hubiera perdido ciertamente de no ser por la afortunada muerte del general indio. Y aunque la selección de la víctima puede decirse que era el resultado de un cálculo apareció, sin embargo, frente a los españoles por la casualidad más precaria. Es ciertamente uno más entre los ejemplos de la influencia que tuvo la fortuna a la hora de determinar el destino de las operaciones militares. La estrella de Cortés estaba en alza. De haber sido de otra manera, aquel día no hubiera sobrevivido ningún español para contar el sangriento relato de la batalla de Otumba.

Notas al pie

⁸⁵ Lorenzana, *Viage*, p. xiii.

⁸⁶ La última ocasión, según creo, de intercesión directa de la Virgen por la metrópolis fue en 1833, cuando se la trajo a la ciudad para prevenir el cólera. Sin embargo, se negó a pasar la noche en la ciudad y apareció a la mañana siguiente en su propio santuario de Los Remedios, mostrando, por el lodo que le salpicaba generosamente, que tenía que haber cubierto la distancia, de varias leguas, a través de los caminos llenos de lodo a pie. Véase Latrobe, *Rambler in Mexico*, letter 5.

⁸⁷ El epíteto por el que, según Díaz, se llamaba siempre a los castellanos por parte de los nativos y que, tenga razón o no, interpreta como *dioses* o *seres divinos* (véase *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 48, *et alibi*). Una de las estrofas de Ercilla sugiere la existencia de una ilusión similar entre los indios de sudamérica y una cura parecida.

«Por dioses, como dixen, eran tenidos
de los indios los nuestros; pero oliéron
que de muger y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendieron,
viéndolos á miserias sometidos,
el error ignorante conocieron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados»
La Araucana, parte I, canto 2.

⁸⁸ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 147.

El hambre les proporcionaba la salsa, dice Oviedo, que hacía la carne de caballo tan sabrosa como los famosos embutidos de Nápoles, el delicado cabrito de Ávila o la sabrosa ternera de Zaragoza. «Con la carne del caballo tubiéron buen pasto, é se consoláron ó mitigáron en parte su hambre, é se lo comiéron sin dexar cuero, ni otra cosa dél sino los huesos, é las vñas, y el pelo; é aun las tripas no les pareció de menos buen gusto que las sobreasados de Nápoles, ó los gentiles cabritos de Abila, ó las sabrosas Terneras de Zaragoza, segun la estrema necesidad que llevaban; por que despues que de la gran cibdad de Temixtitan havian salido, ninguna otra cosa comiéron sino mahiz tostado, é cocido, é yerbas del campo, y desto no tanto quanto quisieran ó ovieran menester», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13.

⁸⁹ Herrera menciona a un soldado que consiguió llevar su oro por valor de 3.000 castellanos a lo largo de la calzada y que después lo arrojó por consejo de Cortés. «Que el demonio se lleve tu oro», le dijo el comandante rotundamente, «si

te va a costar la vida», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 11.

⁹⁰ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 110.

⁹¹ El significado de la palabra Tlaxcala y así llamada por la abundancia de maíz que se cultivaba en el país. Boturini, *Idea*, p. 78.

⁹² «Empero la Nacion nuestra Española sufre mas hambre que otra ninguna, i estos de Cortés mas que todos», Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 110.

⁹³ Para las páginas finales véase Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 13. Gómara, *Crónica de Nueva España, ubi supra*. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 89. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 6. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 147, 148. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, caps. 25, 26.

⁹⁴ «Su nombre, que quiere decir habitación de los Dioses, y que ya por estos tiempos era ciudad tan famosa, que no solo competia, pero excedia con muchas ventajas á la corte de Tollan», Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 27.

⁹⁵ La pirámide de Micserinos tiene tan sólo 280 pies en la base y 162 de altura. La gran pirámide de Keops tiene 728 pies en la base y 448 de altura. Véase Denon, *Egypt Illustrated* (Londres, 1825), p. 9.

⁹⁶ «Se requiere una posición particular», dice Mr. Tudor, «unida a un poco de fe, para descubrir siquiera la forma piramidal» (*Tour in North America*, vol. II, p. 277). Sin embargo, Mr. Bullock dice: «La figura general del cuadrado, es tan perfecta como la de la gran pirámide de Egipto» (*Six Months in Mexico*, vol. II, cap. 26). Los dos son testigos presenciales. Este historiador se debe contentar a menudo con repetir las palabras del viejo lego francés:

«Si com je l'ai trouvé écrite,
Vos conterai la verité»

⁹⁷ Esta es la opinión de M. de Humboldt (véase su *Essai Politique*, tom. II, pp. 66-70). También habla sobre estos interesantes monumentos en su *Vues des Cordillères*, p. 25, *et seq.*

⁹⁸ Latrobe ofrece una descripción de esta cavidad, en la que él y sus compañeros entraron, *Rambler in Mexico*, let. 7.

⁹⁹ «Et tot templa deum Romæ, quot in urbe sepulcra

Herorum numerare livet: quos fabula manes

Nobilitat, noster populus veneratus adorat»

Prudentius, *Ocntra Sym.*, lib. 1.

¹⁰⁰ Bullock, quien a veces ha visto lo que se ocultaba a los ojos de otros viajeros, da las dimensiones (*Six Months in Mexico*, vol. II, cap. 26).

¹⁰¹ Tal es el relato que nos da el caballero Boturini. *Idea*, pp. 42, 43.

¹⁰² Tanto Ixtlilxochitl como Boturini, que visitaron estos monumentos, uno a principios del siglo XVII y el otro en la primera mitad del XVIII, testifican haber visto los restos de la estatua. Para 1757 ya habían desaparecido completamente, cuando Veytia examinó la pirámide. *Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 26.

¹⁰³ «Agricola, incurvo terram molitus aratro,
Exesa invenient scabra rubigine pila», etc.

¹⁰⁴ «Y como iban vestidos de blanco, parecía el campo nevado», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 13.

¹⁰⁵ «Vistosa confusión», dice Solís, «de armas y penachos, en que tenian su hermosura los horrores» (*Conquista*, lib. 4, cap. 20). Su descripción muestra la mano del gran artista que efectivamente era. Pero no debiera haber puesto armas de fuego en manos de sus compatriotas en esta ocasión.

¹⁰⁶ «Y cierto creímos ser aquel el último de nuestros días», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 148.

¹⁰⁷ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 14. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 27.

Cortés podía haberse dirigido a sus tropas como Napoleón lo hizo a las suyas en la famosa batalla de los mamelucos: «Desde estas pirámides cuarenta siglos os contemplan». Pero la situación de los españoles era demasiado crítica para un despliegue tan teatral.

* En francés en el original. (N. del T.)

¹⁰⁸ El símil es de Sahagún. «Estaban los Españoles como en una Isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes» (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 27). El venerable misionero recabó los detalles de la acción, según nos informa, de varios de los que estuvieron presentes en ella.

¹⁰⁹ El inspirado retrato que el épico bardo Ercilla dio del joven guerrero Tupacél puede aplicarse sin ninguna violencia a Sandoval, como lo describen los cronistas castellanos.

«Cubierto Tupacél de fina malla
saltó como un libero y suelto pardo
en medio de la tímida canalla,
haciendo plaza el bárbaro gallardo:

con silvos grita en desigual batalla:
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro, ó brava fiera»
La Araucana, Parte I, canto 8.

¹¹⁰ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, de. 2, lib. 10, cap. 13.

«Este caballo arriero», dice Camargo, «le sirvió en la conquista de Méjico, y en la última guerra que se dió se la mataron», *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

* En francés en el original. (N. del T.)

¹¹¹ El valiente caballero obtuvo posteriormente el permiso del emperador Carlos V de tomar este trofeo en su propio escudo, en conmemoración de su hazaña. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

¹¹² Los historiadores coinciden todos en celebrar este glorioso logro de Cortés; quien, concluye Gómara, «tan sólo con su brazo salvó a todo el ejército de la destrucción». Véase *Crónica de Nueva España*, cap. 110. También Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 27. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales* manuscrito, lib. 33, cap. 47. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 13. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 89.

¹¹³ «Pues á nosotros», dice el aguerrido capitán Díaz, «no nos dolian las heridas, ni teniamos hambre, ni sed, sino que parecia que no auiamos auido, ni passado ningun mal trabajo. Seguimos la vitoria matando, é hiriendo. Pues nuestros amigos lo de Tlascala estavan hechos vnos leones, y con sus espadas, y montantes, y otras armas que allí apañaron, hazianlo muy bi-e y esforçadamente», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, *loc. cit.*

¹¹⁴ *Ibid.*, *ubi supra*.

¹¹⁵ El beligerante apóstol Santiago, cabalgando como de costumbre sobre su corcel blanco como la leche, vino al rescate en esta ocasión, un suceso conmemorado por la dedicación de una ermita a su nombre en las cercanías (Camargo, *Historia de Tlaxcala*). Díaz, un escéptico en anteriores ocasiones, admite su indudable aparición en ésta (*ibid.*, *ubi supra*). Según el cronista texcocano, iba ayudado por la Virgen y San Pedro (*Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 89). Voltaire sensatamente señala: «Ceux qui ont fait les relations de ces étranges événemens les ont voulu relever par des miracles, qui ne servent en effect qu'à les rabaisser. Le vrai miracle fut la conduite de Cortés». Voltaire, *Essai sur les Mœurs*, cap. 147.

¹¹⁶ Véase Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47.

Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 13. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 110.

Capítulo V

Llegada a Tlaxcala. Recepción amistosa. Descontento del ejército. Envidia de los tlaxcaltecas. Embajada de México. 1520

La siguiente mañana, el ejército levantó el campamento temprano. El enemigo no parecía haber intentado reorganizarse. Sin embargo, se vieron durante la mañana nubes de rastreadores, manteniéndose a una respetuosa distancia, aventurándose de manera ocasional lo suficientemente cerca como para saludar a los españoles con andanadas de proyectiles.

En un sitio elevado descubrieron una fuente, una bendición que no se encontraba demasiado a menudo en estas áridas regiones y que fue celebrada con gratitud por los cristianos, por el descanso que proporcionaban sus frescas y abundantes aguas¹¹⁷. Un poco más adelante divisaron las rudas construcciones que servía de baluarte y frontera al territorio de Tlaxcala. Ante esta vista, los aliados lanzaron un alegre grito de felicidad al que se unieron sinceramente los españoles sintiendo que pronto estarían en terreno amistoso y hospitalario.

Pero estos sentimientos fueron rápidamente seguidos por otros de naturaleza muy diferente. A medida que se acercaban al territorio, sus mentes se vieron perturbadas por dolorosas aprensiones sobre la recepción que les ofrecería esa gente sobre la que estaban trayendo desolación y duelo y que, en caso de mala disposición, podían tan fácilmente aprovecharse de su actual condición de inválidos. «Pensamientos como éstos», dice Cortés, «pesaban tanto en

mi espíritu como cualquiera de los que tuve al ir a la batalla contra los aztecas»¹¹⁸. A pesar de eso, puso buena cara, como de costumbre, y animó a sus hombres a confiar en sus aliados, cuya anterior conducta proporcionaba suficientes argumentos como para creer en su fidelidad en el futuro. Les precavió, sin embargo, que, ya que su propia fuerza estaba tan dañada, pusieran el mayor cuidado en no ofender o dar razones para la envidia a sus briosos aliados. «Estad en guardia», continuó el intrépido general, «y todavía tenemos fuertes corazones y brazos vigorosos para llevarnos a través de ellos»¹¹⁹. Con estas preocupadas conjeturas, despidiéndose de los territorios aztecas, el ejército cristiano cruzó la frontera y pisó de nuevo el suelo de la República.

El primer lugar donde se detuvieron fue la ciudad de Hueyotlipan, un lugar de unos doce o quince mil habitantes¹²⁰. Fueron amablemente acogidos por la gente, que salió a recibirles invitando a las tropas a sus habitaciones y proporcionándoles todo el alivio de su sencilla hospitalidad. Sin embargo, no era tan desinteresada, según algunos españoles, como para que no intentaran recibir como remuneración una parte de los despojos de la última acción¹²¹. Las cansadas fuerzas permanecieron aquí dos o tres días, momento en el que, habiendo llegado ya las noticias de su llegada a la capital a no más de cinco leguas de distancia, el jefe Maxixca, su eficaz amigo en la anterior visita, y Xicoténcatl, el joven guerrero, que como se recordará comandaba las tropas de su nación en los sangrientos enfrentamientos con los españoles, vino con una enorme concurrencia de ciudadanos para dar la bienvenida a Tlaxcala a los fugitivos. Maxixca, abrazando cordialmente al comandante español, mostró la más profunda condolencia por sus desgracias. Que los hombres blancos hubieran resistido frente al poder confederado de los aztecas tanto tiempo era prueba suficiente de sus maravillosos poderes.

«Hemos hecho una causa común», dijo el señor de Tlaxcala, «y tenemos heridas comunes que vengar; y venga buena o mala suerte, ten por seguro que demostraremos ser verdaderos y leales amigos, y no abandonarte hasta la muerte»¹²².

Esta confianza y compasión cordial de parte de alguien que ejercía un control mayor sobre los consejos públicos que ningún otro gobernante despejó las dudas que se mantenían en la mente de Cortés. Aceptó rápidamente su invitación a continuar su marcha inmediatamente hasta la capital, donde encontraría mucho mejor acomodo para su ejército que en una pequeña ciudad fronteriza. Los enfermos y los heridos, puestos sobre hamacas, fueron transportados a hombros por los amistosos nativos, y a medida que las tropas llegaban a la ciudad los habitantes se acercaban apelotonándose en grupos para recibirlos, llenando el aire con sus alegres aclamaciones y salvajes estallidos de su rudimentaria música india. Entre el júbilo general, sin embargo, se escucharon gemidos y tristes lamentos, a medida que algunos desgraciados familiares o amigos, mirando ansiosamente entre las disminuidas filas de sus compatriotas, buscaba en vano algún rostro querido o conocido y al alejarse defraudados expresaban su pena en tonos que tocaron el corazón de todos los soldados del ejército. Con este acompañamiento mezcla de alegría y duelo (la variopinta trama de la vida humana) las columnas enormemente desgastadas de Cortés finalmente volvieron a entrar en la capital republicana¹²³.

El general y su séquito fueron acomodados en el rudimentario pero espacioso palacio de Maxixca. El resto del ejército se alojó en el distrito que presidía el señor tlaxcalteca. Aquí continuaron varias semanas, hasta que gracias a las atenciones de los hospitalarios ciudadanos y de todo el tratamiento médico que podía ofrecer su humilde

ciencia, curaron las heridas de los soldados y se recuperaron de la debilidad a la que habían quedado reducidos por sus largos sufrimientos sin parangón. Cortés fue uno de los que sufrieron gravemente. Perdió el uso de dos dedos de la mano izquierda¹²⁴. Además, había recibido dos heridas en la cabeza una de las cuales había empeorado tanto por las posteriores fatigas y la excitación mental que tomó una apariencia alarmante. Hubo de quitársele una parte del hueso¹²⁵. Posteriormente sufrió una fiebre y durante varios días el héroe que había enfrentado el peligro y la muerte en sus formas más terribles, yació tumbado en su cama tan indefenso como un niño. Su excelente constitución, sin embargo, superó la enfermedad y finalmente pudo reanudar su actividad diaria. Los españoles, con diplomática generosidad, correspondieron a la hospitalidad de sus anfitriones compartiendo con ellos el botín de su reciente victoria y Cortés alegró especialmente el corazón de Maxixca regalándole el trofeo militar que había ganado al comandante indio¹²⁶.

Pero mientras los españoles estaban recuperando su salud y sus ánimos de esa manera bajo el amistoso trato de sus aliados, así como la confianza y la tranquilidad de mente que se había hundido ante sus duros reveses, recibían noticias de vez en cuando que mostraban que su último desastre no se había limitado a la capital mexicana. Cuando descendió desde México para encontrarse con Narváez, Cortés había traído con él una cantidad de oro, que había dejado a buen recaudo en Tlaxcala. A esto había que añadir una suma considerable, reunida por el desafortunado Velázquez de León, en su expedición a la costa, así como contribuciones de otras fuentes. Debido al inquieto estado de la capital, el general al volver aquí pensó que era mejor dejar todavía en este lugar el tesoro bajo la custodia de un número de soldados inválidos que cuando estuvieran en condiciones de

marchar debían unirse a ellos en México. Un grupo de Vera Cruz, que constaba de cinco caballos y cuarenta a pie, había llegado desde entonces a Tlaxcala y haciéndose cargo de los inválidos y del tesoro, se dispuso a escoltarles hasta la capital. En este momento supo que habían sido interceptados en su camino y todos habían sido aislados con la completa pérdida del tesoro. Otros doce soldados, que marchaban en la misma dirección, habían sido masacrados en la provincia vecina de Tepeaca y constantemente llegaban relatos de algún desafortunado castellano, que, contando con el respeto que habían mostrado hasta ese momento a sus compatriotas y desconociendo los desastres de la capital, había caído víctima de la furia del enemigo¹²⁷.

Estas sombrías noticias llenaron la mente de Cortés de lúgubres temores por la suerte del asentamiento de Villa Rica, el último apoyo de sus esperanzas. Envió un mensajero de confianza inmediatamente a ese lugar y tuvo la inefable satisfacción de recibir una carta de respuesta del comandante de la guarnición, informándole de que la colonia estaba a salvo y de sus buenas relaciones con los vecinos totonacas. Era la mejor garantía de fidelidad de estos últimos, que habían ofendido a los mexicanos demasiado profundamente como para que pudieran esperar perdón.

Al tiempo que los asuntos de Cortés tomaban un cariz tan lúgubre hacia el exterior, experimentó una contrariedad, apenas poco mejor, en el descontento de sus seguidores. Muchos de ellos se habían hecho a la idea de que sus últimos y terribles reveses pondrían fin a la expedición, o al menos pospondrían cualquier idea de retomarla por el momento. Pero poco conocían a Cortés quienes razonaban así. Incluso mientras se retorció en su cama por la enfermedad, maduraba en su mente nuevos planes para reparar su honor y recuperar el imperio, que se había perdido más por la precipitación de otros que por su culpa. Esto quedó patente,

al quedar convaleciente, por las nuevas normas que fijó con respecto al ejército, así como por las órdenes que envió a Vera Cruz para recibir nuevos refuerzos.

El conocimiento de esto provocó mucha inquietud entre los soldados desafectos. Eran en su mayor parte los antiguos seguidores de Narváez, sobre los que, como ya hemos visto, había caído mayormente el castigo de la guerra. Muchos de ellos tenían posesiones en las islas y se habían embarcado en la expedición principalmente por el deseo de incrementarlas. Pero no habían conseguido ni oro ni gloria en México. Su actual servicio tan sólo les llenaba de disgusto y los menos en comparación, que habían sido lo suficientemente afortunados como para sobrevivir, se consumían por volver a sus ricas minas y a sus agradables granjas de Cuba, maldiciendo agriamente el día que las habían abandonado.

Al ver que el general prestaba poca atención a sus quejas, prepararon una protesta por escrito, en la que formalizaban sus exigencias. Le exponían lo imprudente de persistir en la empresa en su actual estado de pobreza, sin armas ni munición, casi sin hombres, y todo esto además enfrentándose a un poderoso enemigo, que había sido un rival insuperable cuando tenían toda la fuerza de sus anteriores recursos. Era una locura planteárselo. El intento les llevaría a todos a la piedra de los sacrificios. Su único camino era continuar su marcha hasta Vera Cruz. Cada hora de retraso podía ser fatal. La guarnición en esa plaza podía ser arrasada por carecer de fuerzas para defenderse, y de esa manera su última esperanza quedaría aniquilada. Sin embargo, una vez allí, podían esperar en relativa seguridad los refuerzos que se les unieran de las islas, mientras en caso de fracasar podían escapar con más facilidad. Concluyeron insistiendo en que se les permitiera volver inmediatamente al puerto de Villa Rica. Esta petición, o mejor dicho protesta, estaba firmada por todos los soldados desafectos y, después

de ser formalmente certificada por el notario real, se le entregó a Cortés¹²⁸.

Era un momento de prueba para él. Lo que le afectó más profundamente fue encontrar el nombre de su amigo, el secretario Duero, a cuyos buenos oficios debía principalmente su mandato, encabezando la lista. Sin embargo, no iba a apartarse de su propósito ni por un instante, y mientras los recursos externos parecían desaparecer y sus propios amigos flaqueaban, o le fallaban, seguía siendo fiel a sí mismo. Sabía que retirarse a Vera Cruz sería como abandonar la empresa. Una vez allí, su ejército pronto encontraría un pretexto y un modo para escindirse y volver a las islas. Todos sus ambiciosos planes quedarían malogrados. El gran premio, que ya había estado en sus manos, se perdería para siempre. Sería un hombre arruinado.

En su célebre carta a Carlos V dice que al reflexionar sobre su situación sintió la verdad del viejo proverbio «la suerte sonrío a los valientes». Los españoles eran los seguidores de la cruz y, confiando en la infinita bondad y misericordia de Dios, no podía creer que Él permitiera que ellos y su buena causa perecieran entre los paganos¹²⁹. Estaba decidido, por tanto, a no descender a la costa, sino a enfrentarse a todos los peligros, retomar sus pasos y desafiar al enemigo de nuevo en su capital».

En el mismo tono decidido respondió a sus seguidores descontentos¹³⁰. Utilizó todos los argumentos que podían conmover su orgullo y su honor como caballeros. Apeló al antiguo valor castellano, que nunca se había visto flaquear ante el enemigo, les suplicó que no desacreditaran las grandes hazañas que habían hecho que su nombre resonara en toda Europa, que no abandonaran la empresa a medio lograr para que otros más osados y aventureros la terminaran. ¿Cómo podían con algo de honor abandonar a

sus aliados a quienes habían implicado en la guerra y dejarles desprotegidos ante la venganza de los aztecas? Retirarse un solo paso hacia Villa Rica sería proclamar su propia debilidad. Descorazonaría a sus amigos y daría confianza a sus enemigos. Les imploró que continuaran con la confianza que siempre habían mostrado y que reflexionaran sobre el hecho de que si se habían encontrado con reveses últimamente, él, hasta el momento había cumplido todo y más de lo que había prometido. Ahora sería fácil recuperar sus pérdidas si tenían paciencia y permanecían en esta tierra aliada hasta que llegaran los refuerzos, que, de estar listos para acudir a su llamada, les permitirían actuar a la ofensiva. Sin embargo, si había alguien tan insensible a los motivos que tocan el corazón de un hombre valiente como para preferir la tranquilidad de la casa a la gloria de este gran logro, él no se pondría en su camino. Que se fuera en nombre de Dios. Que abandonaran a su general en su extrema necesidad. Se sentiría más fuerte con el servicio de unos pocos hombres valientes que rodeado de una hueste de falsos y pusilánimes¹³¹.

El grupo de desafectos, como ya se ha dicho, estaba formado principalmente por las tropas de Narváez. Cuando los veteranos del general escucharon este llamamiento¹³², su sangre se calentó de indignación al pensar en abandonarle a él o a la causa en tal crisis. Se juraron mantenerse a su lado hasta el último y los malcontentos silenciados, si no convencidos, por la generosa expresión de sentimiento de sus camaradas, consintieron en posponer su partida por el momento, cuando se les aseguró que no tendrían ningún obstáculo cuando se presentara un momento más favorable¹³³.

Apenas había arreglado esta dificultad, Cortés se vio amenazado por otra más seria, con la envidia que había surgido entre sus soldados y los aliados indios. A pesar de

las muestras de respeto por parte de Maxixca y sus inmediatos seguidores, había otros en la nación que miraban con mal ojo a sus huéspedes, por las calamidades a las que les habían conducido, y preguntaron de forma provocadora si además de esto iban a tener que soportar la presencia de los extranjeros y cargar con su mantenimiento. Estas explosiones de descontento no eran lo suficientemente secretas como para escapar a los oídos de los españoles, en los que ocasionaron no poca inquietud. Provenían en su mayor parte, es cierto, de personas de poca consideración, ya que los cuatro grandes jefes de la república parece que habían sido atraídos a los intereses de Cortés. Pero adquirieron mayor importancia con la aprobación del beligerante Xicontécatl, en cuyo interior todavía anidaban las brasas de esa implacable hostilidad que había desplegado con tanto coraje en el campo de batalla y las chispas de este temperamento ardiente ocasionalmente saltaban con el contacto directo con sus antiguos oponentes, al que ahora se veía obligado a regañadientes.

Cortés, que contemplaba alarmado unos crecientes sentimientos de distanciamiento que socavarían los cimientos sobre los que planeaba apoyar la palanca de futuras operaciones, utilizó todos los argumentos que se le ocurrieron para restaurar la confianza de sus propios hombres. Les recordó los buenos servicios que habían recibido del grueso de la nación. Tenían una garantía suficiente de la constancia futura de los tlaxcaltecas en el odio que habían mantenido durante largo tiempo hacia los aztecas, que los recientes desastres que habían sufrido de esa misma zona tan sólo podían haber agudizado. Y les espetó con mucha fuerza que de haberse tramado algún plan contra ellos los tlaxcaltecas se habrían aprovechado sin duda de su anterior condición de invalidez y no habrían esperado hasta que hubieran recuperado las fuerzas y los medios para

resistir¹³⁴.

Mientras Cortés se esforzaba de esa manera, con dudoso éxito por sofocar sus propias aprensiones, así como las que albergaban los pechos de sus seguidores, ocurrió algo que felizmente resolvió el asunto y reestableció permanentemente las relaciones en las que las dos partes se apoyarían mutuamente. Para esto hará falta señalar algunos sucesos que habían ocurrido en México desde la expulsión de los españoles.

A la muerte de Montezuma, su hermano, Cuitláhuac, el señor de Iztapalapa, según el uso que regulaba la descendencia de la corona azteca, fue elegido para sucederle. Era un príncipe activo, de larga experiencia en asuntos militares y por la fuerza de su carácter estaba bien provisto para mantener en pie la vacilante fortuna de la monarquía. Parece por otra parte haber sido un hombre de gusto liberal e incluso puede decirse ilustrado, a juzgar por los bellos jardines que había llenado de rarezas exóticas y que tanto había atraído la admiración de los españoles en su ciudad de Iztapalapa. Al contrario que su predecesor, detestaba a los hombres blancos y tuvo probablemente la satisfacción de celebrar su coronación con el sacrificio de muchos de ellos. Desde el momento de su liberación del campamento español, donde había sido detenido por Cortés, entró en el movimiento patriótico de su pueblo. Fue él quien dirigió los asaltos tanto en las calles de la ciudad como en la noche triste y por instigación suya se reunió la poderosa fuerza que disputó el paso a los españoles en el valle de Otumba¹³⁵.

Desde la evacuación de la capital, había estado muy ocupado reparando los daños recibidos, arreglando los edificios y los puentes y poniéndola en su mejor posición defensiva. Se había esforzado por mejorar la disciplina y las armas de sus tropas. Introdujo la lanza larga y uniendo los filos de espadas de los españoles a largas varas creó un arma

que sería formidable contra la caballería. Hizo un llamamiento a sus vasallos, lejanos y cercanos, para que estuvieran preparados para marchar a liberar la capital si fuera necesario, y para asegurarse de su buena voluntad les liberó de algunas de las pesadas cargas que normalmente tenían. Pero en este momento experimentó la inestabilidad de un gobierno que se apoyaba no en el amor, sino en el miedo. Los vasallos del valle vecino permanecieron fieles, pero otros se mantuvieron distantes, sin tener claro qué camino tomar, mientras que otros en las regiones más distantes les negaron obediencia, considerando este un momento favorable para arrojar el yugo que tanto tiempo les había irritado¹³⁶.

En esta emergencia, el gobierno envió una comisión a sus antiguos enemigos, los tlaxcaltecas. Constaba de seis nobles aztecas, que llevaban un regalo de algodón, sal y otros artículos que raramente se veían en los últimos años en la república. Los señores del estado, asombrados ante este acto de condescendencia sin precedentes por parte de su antiguo enemigo, llamaron al consejo o senado de los grandes jefes para dar audiencia a los enviados.

Ante este organismo, los aztecas presentaron el propósito de su misión. Invitaron a los tlaxcaltecas a enterrar sus antiguos agravios en el olvido y a cerrar un tratado con ellos. Todas las naciones del Anáhuac deberían hacer causa común en la defensa de su país contra los hombres blancos. Los tlaxcaltecas traerían sobre sus cabezas la ira de los dioses si daban refugio por más tiempo a los extranjeros que habían violado y destruido sus templos. Si contaban con el apoyo y la amistad de sus huéspedes, que tuvieran en cuenta el ejemplo de la suerte de México, que los había recibido amablemente entre sus muros que, a cambio, ellos habían llenado de sangre y cenizas. Les instaron, por veneración a su religión común, a no permitir que los hombres blancos,

ahora que estaban disminuidos, escaparan de sus manos, sino que los sacrificaran inmediatamente a los dioses, cuyos templos habían profanado. En tal caso, les ofrecían su alianza y el restablecimiento de esas relaciones amistosas que devolvería a la república la posesión de las comodidades y lujos de los que habían estado privados tanto tiempo.

La propuesta de los embajadores produjo diferentes efectos en su audiencia. Xicoténcatl optaba por acogerla inmediatamente. Era mucho mejor, dijo, unirse con los suyos, con aquellos que tenían su misma lengua, su misma fe y costumbres, que arrojar a los brazos de unos fieros extranjeros, que, por mucho que hablaran de religión, no adoraban a dios, sino al oro. Esta opinión era seguida por los jóvenes guerreros, que se prendieron inmediatamente con el fuego de su entusiasmo. Pero los jefes más ancianos, especialmente su ciego y anciano padre, uno de los cuatro dirigentes del estado, que parece haber apoyado decididamente los intereses de los españoles, y uno de ellos, Maxixca, su incondicional amigo, expresaron fuertemente su aversión a la propuesta alianza con los aztecas. Eran siempre los mismos, dijo el segundo, buenos en las palabras, pero falsos de corazón. Ahora les ofrecían amistad a los tlaxcaltecas. Pero era el miedo lo que les llevaba a ello, y cuando desapareciera el miedo volverían a su antigua hostilidad. ¿Quiénes sino sus insidiosos enemigos les habían privado durante tanto tiempo de lo imprescindible para la vida que ahora ofrecían tan generosamente?, ¿acaso no le debían a los hombres blancos que finalmente su nación lo poseyera? Sin embargo, ¿se les pedía que sacrificaran a los hombres blancos a los dioses! Los guerreros que, después de luchar las batallas de los tlaxcaltecas, ahora se arrojaban a su hospitalidad. Pero los dioses aborrecían la perfidia. Y, ¿acaso no eran sus huéspedes los mismos seres cuya llegada habían predicho los oráculos hacía tanto tiempo? Aprovechémonos

de ello, concluyó, unámonos y hagamos causa común con ellos hasta que hallamos humillado a nuestro altivo enemigo.

El discurso provocó una aguda réplica de Xicoténcatl, hasta que la pasión del anciano jefe pudo con su paciencia y, cambiando los argumentos por la fuerza, expulsó a su joven antagonista con cierta violencia de la sala del consejo. Un procedimiento tan contrario al habitual decoro del debate indio asombró a la asamblea. Pero lejos de atraer la censura sobre su autor, silenció efectivamente a la oposición. Incluso los exaltados seguidores de Xicoténcatl se retractaron de apoyar a un líder que había provocado una muestra tal de humillante desagrado en el dirigente al que más veneraban. Su propio padre le condenó y el patriótico y joven guerrero, dotado de una visión del futuro más clara que la de sus compatriotas, se quedó sin apoyo en el consejo, como se había quedado en el campo de batalla. La alianza ofrecida por los mexicanos fue unánimemente rechazada y los enviados, temiendo que incluso el carácter sagrado con el que estaban investidos no pudiera protegerles de la violencia, escaparon secretamente de la capital¹³⁷.

El resultado de la conferencia fue de la mayor importancia para los españoles, que, en su penosa situación especialmente si les hubieran tomado por sorpresa, hubieran estado a merced de los tlaxcaltecas. En cualquier caso, la unión de éstos con los aztecas hubiera decidido el futuro de la expedición, ya que con la pobreza de sus propios recursos, Cortés sólo podía esperar el éxito a la larga oponiendo hábilmente a unos pueblos indios contra otros.

Notas al pie

¹¹⁷ ¿No será la misma fuente a la que hace honorable mención Toribio en su relación topográfica del país? «Nace en Tlaxcala una fuente grande á la parte del Norte, cinco leguas de la principal ciudad; nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir *cabeza*, y así es, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor rio de los que entran en la mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatula», *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 16.

¹¹⁸ «El qual pensamiento, y sospecha nos puso en tanta aflicción, quanta traíamos viniendo peleando con los de Culúa», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 149.

¹¹⁹ «Y mas dixo, que tenia esperança en Dios que los hallaríamos buenos, y leales; é que si otra cosa fuesse, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con coraçones fuertes, y braços vigorosos, y que para esso fuésemos muy apercebidos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 128.

¹²⁰ Llamado Gualipan por Cortés (*ibid.*, p. 149). Un azteca hubiera tenido problemas para seguir la ruta de sus enemigos por sus itinerarios.

¹²¹ *Ibid.*, *ubi supra*.

Thoan Cano, que, sin embargo, era uno del ejército, lo niega y afirma que los nativos les recibieron como a sus hijos y que no querían ninguna recompensa.

¹²² «Y que tubiesse por cierto, que me serian muy ciertos, y verdaderos Amigos, hasta la muerte», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 150.

¹²³ Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, *ubi supra*. «Sobreviniéron las mugeres Tlascaltecas, y todas puestas de luto, y llorando á sus hijos y hermanos, las otra por sus parientes que habian ido con los Españoles, y quedaban todos allá muertos: no es menos, sino que de esto llanto causó gran sentimiento en el corazon del Capitan, y de todos los Españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarles por medio de sus Intérpretes», Sahagún, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 28.

¹²⁴ «Yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda», es la expresión del propio Cortés en su carta al emperador (*Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 152). Don Thoan Cano, sin embargo, cuyas simpatías (quizá por su alianza india) parecen estar tanto con los aztecas como con sus propios compatriotas, le aseguró a Oviedo que se estaba lamentando de la pérdida del general, que se podía ahorrar sus lamentos, ya que Cortés tenía tantos dedos en su mano en ese momento como cuando vino de Castilla. ¿Puede ser que la palabra manco en su carta no debiera interpretarse como «mutilado»?

¹²⁵ «Hiriéron á Cortés con Honda tan mal, que se le pasmó la Cabeça, ó porque

no le curáron bien, sacándole Cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó» Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 110.

¹²⁶ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 13. Bernal Díaz, *Ibid.*, *ubi supra*.

¹²⁷ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 150. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 15.

Herrera ofrece la siguiente inscripción grabada en una corteza de un árbol por algunos de estos desafortunados españoles. «Por esta carretera pasó Juan Yuste y sus desdichados compañeros, que fueron tan apretados por el hambre, que fueron obligados a dar barras sólidas de oro que pesaban ochocientos ducados por unas cuantas tartas de maíz», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. lib. 10, cap. 13.

¹²⁸ Recuerda a una protesta similar entre los soldados de Alejandro al llegar a Hystaspes, pero que tuvo más éxito, ya que realmente era más razonable, puesto que Alejandro continuaba avanzando por ambición de una conquista infinita, mientras que Cortés tan sólo intentaba conseguir su empresa original. Lo que en uno era locura en el otro era heroísmo.

¹²⁹ «Acordándome, que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que eramos Christianos y confiando en la grandíssima Bondad, y Misericordia de Dios, que no permitiría, que del todo pereciessemos, y se perdiese tanta, y tan nobles Tierra», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 152.

¹³⁰ Esta contestación, exclama Oviedo, muestra un hombre de espíritu invencible y alto destino. «Paréceme que la respuesta que á esto les dió Hernando Cortés, é lo que hizo en ello, fué vna cosa de ánimo invencible, é de varon de mucha suerte é valor», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 15.

¹³¹ «É no me hable ninguno en otra cosa; y él que desta opinion no estubiere váyase en buen hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde, ni desacordado de su propia honra», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, *loc. cit.*

¹³² Oviedo ha extendido la arenga de Cortés a varias páginas, en el curso de las cuales el orador cita a Jenofonte y toma prestado enormemente de la historia judía antigua un estilo de elocuencia que tiene más sabor a gabinete que a campamento. Cortés no era un pedante y sus soldados no eran eruditos.

¹³³ Para el relato de esta turbulenta situación, véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 129. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 152. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 15. Gómara, *Crónica de Nueva España*, caps. 112, 113. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 14.

Díaz es extremadamente violento con el capellán Gómara, por no distinguir entre los soldados viejos y las tropas de Narváez, a quienes implica por igual en la

pena de rebelión. La versión del capitán parece justa y la he seguido, por tanto, para el texto.

¹³⁴ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 15. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 14. Sahagún, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 29.

¹³⁵ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 47. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 166. Sahagún, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, caps. 27, 29.

O más bien «fue por instigación del gran demonio, el capitán de todos los diablos, llamado Satán, que regulaba todo en Nueva España por su libre albedrío y placer, antes de la llegada de los españoles», según el padre Sahagún, que comienza su capítulo con esta elocuente exhortación.

¹³⁶ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88. Sahagún, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 29. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 19.

¹³⁷ Los acontecimientos en el senado tlaxcalteca son relatados en mayor o menor detalle, aunque sustancialmente de la misma forma, por Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Sahagún, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 29. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 12, cap. 14.

Véase también Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 129. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. III.

Capítulo VI

Guerra con las tribus vecinas. Éxito de los españoles. Muerte de Maxixca. Llegada de los refuerzos. Regreso triunfante a Tlaxcala. 1520

El comandante español, tranquilizado por el resultado de las de liberaciones en el senado tlaxcalteca, decidió en ese momento realizar operaciones activas, ya que era la mejor manera de disipar el espíritu de división y descontento que inevitablemente trae una vida de ociosidad. Propuso ejercitar primero sus tropas contra algunas de las tribus vecinas que atacaron a los españoles que, confiando en el espíritu amistoso, habían pasado por sus territorios. Entre éstos estaban los tepeacanos, un pueblo que a menudo se había enzarzado en hostilidades con los tlaxcaltecas, y quienes, como se ha mencionado anteriormente, habían masacrado hacía poco a doce españoles en su marcha a la capital. Una expedición contra ellos recibiría con seguridad el apoyo de sus aliados y dejaría sentada la dignidad del nombre de los españoles, muy debilitada en la estimación de los nativos por los últimos desastres.

Los tepeacanos eran una tribu poderosa del mismo tronco primitivo que los aztecas, con quienes reconocían una alianza. Habían pasado ésta a los españoles en su primera marcha por el país, intimidados por las sangrientas derrotas de los vecinos tlaxcaltecas. Pero desde los problemas en la capital, se habían subyugado de nuevo bajo el cetro azteca. Su capital, ahora una pequeña aldea, era una floreciente ciudad en el tiempo de la conquista, situada en las feraces

llanuras que se extendían hacia la base del Orizaba¹³⁸. La provincia poseía además varias ciudades de tamaño considerable, llenas de una población fuerte y guerrera.

Como estos indios habían reconocido ya la autoridad de Castilla, Cortés y sus oficiales contemplaron su actual conducta como rebelión, y en un consejo de guerra se decidió que aquellos que habían participado en la última masacre habían incurrido claramente en la condena de esclavitud¹³⁹. Antes de cargar contra ellos, sin embargo, el general envió numerosos llamamientos pidiendo su rendición y ofreciéndoles perdón por el pasado, pero advirtiéndoles de que en caso de que lo rechazaran les amenazaba con el castigo más severo. A esto los indios, ahora en armas, devolvieron una desdeñosa contestación, retando a los españoles a encontrarse con ellos en el campo porque necesitaban víctimas para sus sacrificios.

Cortés, sin más demora, se puso a la cabeza de su pequeño grupo de españoles y un enorme refuerzo de guerreros tlaxcaltecas. Eran guiados por el joven Xicoténcatl, que ahora parecía dispuesto a enterrar la antigua animosidad y deseoso de recibir una lección de guerra bajo el jefe que le había frustrado tan a menudo en el campo¹⁴⁰.

Los tepeacanos recibieron al enemigo en sus fronteras. A continuación hubo una sangrienta batalla, en la que los caballos españoles perdían libertad de movimientos por el maíz alto que cubría la llanura. Finalmente, tuvieron éxito, y los tepeacanos, tras mantener la posición como buenos guerreros, acabaron arrasados, con grandes bajas. Un segundo enfrentamiento, que tuvo lugar unos pocos días después, se saldó con los mismos resultados decisivos y los victoriosos españoles, junto con sus aliados, marchando directos sobre la ciudad de Tepeaca, entraron en ella triunfantes¹⁴¹. No hubo más intentos de resistencia en toda la provincia, que, a fin de evitar más calamidades, le ofreció

rápida mente la rendición. Cortés, sin embargo, aplicó el castigo pensado sobre los lugares implicados en la masacre. Los habitantes fueron marcados con hierros al rojo como esclavos y, después de que se separara el quinto real, fueron distribuidos entre sus hombres y los aliados¹⁴². Los españoles estaban familiarizados con el sistema de *repartimientos* establecido en las islas, pero éste fue el primer caso de esclavitud en Nueva España. Estaba justificado en la opinión del general y sus casuistas militares por las irritantes ofensas del otro bando. La sentencia, sin embargo, no fue aceptada por la Corona¹⁴³, que, como muestra abundantemente la legislación colonial, nunca estuvo de acuerdo con el ansioso y mercenario espíritu de los colonos.

Satisfecho con este despliegue de su venganza, Cortés estableció su cuartel general en Tepeaca, que, situada en un campo cultivado, ofrecía cómodos medios para mantener el ejército, mientras que su posición en la frontera con México la convertía en un buen *point d'appui* para futuras operaciones.

El gobierno azteca, después de conocer el resultado de las negociaciones en Tlaxcala, se había dado prisa en fortificar su frontera en esa región. Se fortalecieron las guarniciones que se mantenía normalmente en esa frontera y grandes grupos de hombres marcharon en la misma dirección, con órdenes de ocupar posiciones fuertes en las fronteras. La conducta de estas tropas fue como de costumbre arrogante y de extorsión y disgustó enormemente a los habitantes de la región.

Entre los lugares en los que se asentaron los aztecas estaba Quahuquechollan¹⁴⁴, una ciudad que poseía treinta mil habitantes según los historiadores y que se encontraba a doce leguas o más del campamento español, hacia el sudoeste. Estaba situada en el extremo de un profundo valle descansando sobre un elevado bloque de colinas o mejor

dicho montañas y flanqueada por dos ríos con orillas extremadamente abruptas y altas. El único paso por el que era posible acercarse a la ciudad con facilidad estaba protegido por un muro de piedra de más de veinte pies de altura y de una anchura enorme¹⁴⁵. En este lugar, tan bien defendido por la naturaleza como por medios artificiales, el emperador azteca había apostado una guarnición de varios miles de guerreros, mientras que una fuerza mucho más formidable ocupaba las alturas que dominaban la ciudad.

El cacique de este puesto fuerte, incapaz de tolerar más el yugo de los mexicanos, envió a por Cortés, invitándole a ir a liberarle y prometiéndole cooperación por parte de los ciudadanos en el asalto a los cuarteles aztecas. El general aceptó entusiasmado la propuesta y destacó a Cristóbal de Olid, con doscientos españoles y un fuerte grupo de tlaxcaltecas, para apoyar al cacique aliado¹⁴⁶. Por el camino se unieron a Olid muchos voluntarios de la ciudad india y de la vecina capital de Cholula, todos igualmente deseosos de ofrecerles sus servicios. El número y la disponibilidad de estos ayudantes provocó las sospechas del caballero, que se fortalecieron con las conjeturas de los soldados de Narváez, cuya imaginación todavía se sentía acosada por los horrores de la *noche triste* y que veían en la pronta amistad de sus nuevos aliados la prueba de un insidioso entendimiento con los aztecas. Olid, contagiándose de esta desconfianza, marchó de regreso a Cholula, donde detuvo a los jefes sospechosos, que habían sido los más dispuestos a prestar sus servicios y los envió con una fuerte guardia hasta Cortés.

El general, después de un cuidadoso interrogatorio, quedó satisfecho con la integridad de los elementos sospechosos. Expresándoles su más profundo arrepentimiento por el tratamiento que habían recibido, lo arregló como pudo con generosos presentes, y como vio que era impropio delegar

un asunto tan importante en manos de otro, se puso él mismo a la cabeza del resto de sus tropas y se unió a su oficial en Cholula.

Había quedado con el cacique de la ciudad contra la que iba a marchar, que al aparecer de los españoles los habitantes se levantarían contra la guarnición. Todo sucedió como se había planeado. En cuanto los batallones cristianos aparecieron en la llanura situada frente a la ciudad, los habitantes atacaron a la guarnición con una furia extrema. Éstos, abandonando las defensas exteriores de la plaza, se retiraron a sus cuarteles en el *teocalli* principal, donde mantuvieron una dura lucha con sus adversarios. En el calor de esta batalla, Cortés, a la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería, cabalgó en el lugar y dirigió el asalto en persona. Los aztecas se defendieron con fiereza, pero llegaban constantemente nuevas tropas frescas para apoyar a los atacantes, se destruyó la construcción y se pasó por la espada a todos lo que estaban en su interior¹⁴⁷.

Las fuerzas mexicanas que estaban mientras tanto estacionadas en las alturas vecinas marcharon para apoyar a sus compatriotas en la ciudad y formaron en posición de batalla en las afueras, donde los encontraron las tropas de Tlaxcala. «Habían reunido», dice Cortés hablando del enemigo, «al menos treinta mil hombres y era algo digno de ver, un despliegue tan bello de guerreros brillando con oro y joyas y el abigarrado plumaje»¹⁴⁸. La acción fue muy disputada entre los dos ejércitos indios. Las afueras de la ciudad ardieron y en medio de las llamas, Cortés y sus escuadrones, lanzándose sobre el enemigo, finalmente rompieron sus filas y les obligaron a retirarse en desorden hacia la estrecha garganta de la montaña por la que antes habían descendido. El paso era abrupto y con precipicios. Los españoles y los tlaxcaltecas les siguieron de cerca, y las tropas ligeras, escalando la alta muralla del valle, se lanzaron

sobre los flancos del enemigo. El calor era intenso y ambas partes estaban tan exhaustas por sus esfuerzos, que era difícil, según dice el cronista, que uno siguiera y el otro escapara¹⁴⁹. No estaban, sin embargo, lo suficientemente cansados para matar. Los mexicanos fueron arrasados con terribles pérdidas. No encontraron compasión por parte de sus enemigos indios, que tenían una larga lista de agravios que saldar con ellos. Unos pocos buscaron cobijo escapando más arriba hacia el refugio de la sierra. Sus infatigables enemigos los persiguieron hasta que en una cima pelada de la cresta llegaron al campamento mexicano. Ocupaba un ancho tramo de terreno. Estaban esparcidos por el suelo varios utensilios, vestidos adornados y artículos de lujo y el número de los esclavos del séquito mostraba la pompa bárbara con que los nobles de México iban a sus campañas¹⁵⁰. Era un rico botín para los vencedores, que se esparcieron sobre el campamento desierto y cargaron con el expolio hasta que la amenazante oscuridad les obligó a descender¹⁵¹.

Cortés continuó el golpe atacando la ciudad fortaleza de Itzocan, guardada también por una guarnición mexicana y situada en las profundidades de un verde valle regado por canales artificiales y agraciado con toda la rica abundancia de esta feraz región de la meseta¹⁵². Se asaltó y se tomó el lugar, aunque estaba fuertemente defendido, obligándose a los aztecas a cruzar un río que discurría por debajo de la ciudad y, aunque los puentes ligeros que atravesaron fueron destrozados en su huida, ya fuera deliberadamente o por causalidad, los españoles, vadeando o nadando hasta la otra orilla, continuaron la persecución con el entusiasmo de perros de caza. Aquí también el botín fue grande y los ayudantes indios se apelotonaron a miles bajo los estandartes del jefe que con tanta seguridad los guiaba a la victoria y al saqueo¹⁵³.

Poco después Cortés volvió a sus cuarteles en Tepeaca. De ahí envió a sus oficiales en expediciones que generalmente terminaron con éxito. Sandoval, en concreto, marchó contra un gran grupo enemigo que se encontraba entre el campamento y Vera Cruz, les derrotó en dos batallas decisivas y reestableció de esa manera las comunicaciones con el puerto.

El resultado de estas operaciones fue la conquista de ese poblado y del cultivado territorio que se extiende entre el gran volcán al oeste y las imponentes faldas del Orizaba al este. También muchos lugares en la vecina provincia de Mixtecapán reconocieron la autoridad de los españoles y otros de la remota región de Oaxaca enviaron peticiones de protección. La conducta de Cortés hacia sus aliados le había ganado enorme crédito por su imparcialidad y equidad. Las ciudades indias en el territorio adyacente le llamaban como árbitro en sus diferencias entre sí y se le remitieron a su juicio casos de disputa en la sucesión del gobierno. Con su política, discreta y moderada, fue adquiriendo inconscientemente una ascendencia sobre sus Consejos que se le había negado a los fieros aztecas. Su autoridad se extendía cada día más, y en el mismo corazón de la tierra creció un nuevo imperio, formando un contrapeso al poder colosal que tanto tiempo la había ensombrecido¹⁵⁴.

Cortés ahora se sentía lo suficientemente fuerte como para realizar los planes de recuperar la capital que había estado rumiando desde el momento de su expulsión. Había infravalorado enormemente los recursos de la monarquía azteca. Ahora sabía, por amarga experiencia, que para derrotarla sus propias fuerzas y todas las que pudiera esperar reunir serían ineficaces sin un gran apoyo por parte de los mismos indios. Un gran ejército necesitaría enormes cantidades de provisiones para su mantenimiento y éstas no se podían obtener con regularidad durante un asedio

prolongado, sin la cooperación amistosa de los nativos. Ahora podía contar con ese apoyo por parte de Tlaxcala y los otros territorios indios cuyos guerreros estaban tan ansiosos de servir bajo sus estandartes. Su anterior contacto con ellos le había enseñado mucho sobre su carácter nacional y su sistema de guerra, mientras que los nativos que habían luchado bajo sus órdenes, aunque habían captado poco de las tácticas españolas, habían aprendido a actuar en concierto con los hombres blancos y a obedecerle implícitamente como su comandante. Esto era una mejora considerable entre unas tropas tan salvajes y desordenadas y aumentaba enormemente la fuerza que constituían los números.

La experiencia mostraba que en un futuro conflicto con la capital no serviría de nada confiar en las calzadas, sino que para vencer debía dominar el lago. Propuso, por tanto, construir un número de barcos como los construidos bajo sus órdenes en tiempos de Montezuma y que después fueron destruidos por los habitantes de la capital. Para esto todavía disponía de los servicios del mismo experimentado constructor de barcos, Martín López, que, como hemos visto, afortunadamente, había escapado de la muerte en la noche triste. Cortés envió a este hombre a Tlaxcala con órdenes de construir trece bergantines que pudieran transportarse en piezas a la capital a hombros de los indios para botarlos en las aguas del lago de Texcoco. Las velas, las jarcias y los objetos de hierro se trajeron de Vera Cruz, donde habían estado almacenados desde que se quitaron de los barcos desmantelados. Era una audaz idea la de construir una flota para transportarla a través de un bosque y una montaña antes de botarla en las aguas para las que se había pensado. Pero era propia del atrevido genio de Cortés, que, con la cooperación de sus incondicionales aliados tlaxcaltecas, no dudó de su capacidad para ejecutarlo.

Con no poco lamento supo en este momento Cortés de la muerte de su buen amigo Maxixca, el viejo señor de Tlaxcala, que había estado a su lado tan firmemente en la hora de su adversidad. Había caído víctima de esa terrible epidemia, la viruela, que estaba arrasando la tierra como el fuego sobre las praderas, derribando al príncipe y al aldeano y añadiendo otro mal a la larga lista que siguió a la marcha de los españoles. Fue traída al país, según se dice, por un esclavo negro en la flota de Narváez¹⁵⁵. Estalló primero en Cempoala. Los pobres nativos, ignorando el mejor modo de tratar la detestable enfermedad, buscaron alivio en su habitual práctica de bañarse en agua fría, lo que agravó enormemente su problema. Desde Cempoala se extendió rápidamente por las regiones vecinas y, penetrando en Tlaxcala, alcanzó la capital azteca, donde Cuitláhuac, el sucesor de Montezuma, fue una de las primeras víctimas. De ahí se expandió hacia las fronteras del Pacífico, dejando su paso repleto de los cuerpos muertos de los nativos que en la fuerte lengua de un contemporáneo morían en montones como el ganado atacado por una epidemia¹⁵⁶. No parece haber sido fatal para los españoles, muchos de los cuales seguramente ya habían sufrido esa enfermedad y que en cualquier caso conocían el método apropiado de curarla.

La muerte de Maxixca fue profundamente lamentada por las tropas, que perdían un aliado leal y enormemente eficaz. Con su último aliento les elogió ante su hijo y sucesor como los grandes seres cuya llegada había predicho el oráculo¹⁵⁷. Expresó el deseo de morir profesando la fe cristiana. Cortés en cuanto supo de su situación envió al padre Olmedo a Tlaxcala. El fraile encontró que Maxixca ya había hecho que se colocara un crucifijo frente a su cama de enfermo como objeto de su adoración. Después de explicar lo más claro que pudo las verdades de la revelación bautizó al moribundo jefe y los españoles tuvieron la satisfacción de pensar que el

alma de su benefactor quedaba exenta del terrible destino de la perdición eterna que pesaba sobre los desafortunados indios que morían lejos de la fe¹⁵⁸.

Sus últimos brillantes éxitos parecían haber reconciliado a la mayoría de los soldados desafectos con la idea de continuar la guerra. Había todavía unos pocos de ellos, el secretario Duero, Bermúdez el tesorero y otros de alto rango o ricos hidalgos que miraban con disgusto otra campaña y ahora reiteraban en voz alta su exigencia de un derecho de paso a Cuba. A esto Cortés, satisfecho con el apoyo con el que ya podía contar, no puso más objeciones. Una vez dado su consentimiento hizo todo lo que estaba en su mano para facilitar su partida y asegurarse de su comodidad. Ordenó que el mejor barco de Vera Cruz se pusiera a su disposición, que fuera bien provisto de provisiones y de todo lo necesario para el viaje y envió a Alvarado a la costa para que supervisara el embarque. Les dio la despedida más cortés asegurándoles que seguía teniéndoles en la misma estimación. Pero como demostró el suceso, aquellos que podían abandonarle en un momento de crisis tenían poca compasión por su suerte, y poco después encontramos a Duero en España apoyando las reclamaciones de Velázquez ante el emperador, en oposición a las de su antiguo amigo y comandante.

La pérdida de estos pocos hombres quedó ampliamente compensada por la llegada de otros, que la fortuna, por no utilizar términos mayores, arrojó en su camino de la manera menos esperada. Los primeros llegaron en un pequeño barco de Cuba enviados por el gobernador Velázquez con provisiones para la colonia de Vera Cruz. No sabía de los últimos acontecimientos en el país y la derrota de su oficial. En el barco había cartas, según se dice, de Fonseca, obispo de Burgos, ordenando a Narváez que enviara a Cortés, si no lo había hecho ya, a España para que fuera juzgado¹⁵⁹. El

alcalde de Vera Cruz, de acuerdo con las instrucciones del general, permitió al capitán del barco, que no tenía ninguna duda de que el país estaba en las manos de Narváez, tomar tierra. Salió de su error, al ser apresado junto con sus hombres en cuanto puso pie en tierra. Después tomaron posesión del barco y el comandante y su tripulación descubriendo su error fueron persuadidos sin mucha dificultad para que se unieran a sus hombres en Tlaxcala.

Un segundo barco, enviado poco después por Velázquez, compartió el mismo destino, y los que estaban a bordo consintieron también en participar en la expedición con Cortés.

Más o menos al mismo tiempo, Garay, el gobernador de Jamaica, fletó tres barcos con una fuerza armada para establecer una colonia en el Panuco, un río que desemboca en el Golfo unos pocos grados al norte de Villa Rica. Garay persistía en fundar este asentamiento, despreciando las reclamaciones de Cortés, que ya había entablado una comunicación amistosa con los habitantes de esta región. Pero las tripulaciones experimentaron una recepción tan ruda por parte de los nativos al desembarcar y perdieron tantos hombres que quedaron contentos de retornar a sus barcos. Uno de estos naufragó en una tormenta. Los otros pusieron rumbo al puerto de Vera Cruz para recuperar a los hombres muy debilitados por el hambre y la enfermedad. Aquí fueron amablemente recibidos, se cubrieron sus necesidades y se curaron sus heridas, cuando las generosas promesas de Cortés les indujeron a abandonar el desastroso servicio de su patrón y alistarse bajo su próspero estandarte. Los refuerzos obtenidos de estas fuentes ascendían a ciento cincuenta hombres bien provistos de armas y municiones, junto con veinte caballos. Gracias a esta extraña casualidad, Cortés se vio en posesión de los refuerzos que más necesitaba y además de manos de sus enemigos, cuyos

costosos preparativos se habían vuelto en beneficio del mismo hombre contra el que estaban pensados.

Su buena fortuna no se detuvo aquí. Un barco de las Canarias tocó en Cuba, cargado con armas y reservas militares para los aventureros del nuevo mundo. Su comandante oyó allí sobre los recientes descubrimientos en México y, pensando que le ofrecería un mercado favorable, dirigió su curso a Vera Cruz. No se equivocó. El alcalde, por órdenes del general, compró tanto el barco como el cargamento y la tripulación; contagiándose del espíritu de aventura, siguió a sus compatriotas al interior. Parecía haber una magia en el nombre de Cortés que arrastraba a todo el que lo oía bajo su estandarte¹⁶⁰.

Habiendo completado estos preparativos para consolidar sus nuevas conquistas, parecía no haber más razones para posponer su partida a Tlaxcala. Antes, los ciudadanos de Tepeaca le pidieron que dejara una guarnición con ellos para protegerles de la venganza de los aztecas. Cortés accedió a su petición y, considerando la situación central de la ciudad favorable para mantener sus conquistas, decidió establecer una colonia allí. Para esto seleccionó a sesenta de sus soldados, la mayoría de los cuales estaban impedidos por heridas o enfermedad. Designó los alcaldes, regidores y otros funcionarios de la magistratura civil. El lugar lo llamó *Segura de la Frontera* ¹⁶¹. Recibió valiosos privilegios como ciudad, unos años después, por parte del emperador Carlos V¹⁶² y creció hasta tener cierta consideración en la época de la Conquista. Pero su importancia decayó rápidamente. Incluso su nombre castellano, con el mismo capricho que ha decidido el destino de más de un nombre en nuestro país, fue gradualmente suplantado por el antiguo, y la pequeña aldea de Tepeaca es todo lo que ahora conmemora la que un día fue una floreciente capital india y la segunda colonia española en México.

Mientras estaba en Segura, Cortés escribió la célebre carta al emperador, la segunda en la serie, tan a menudo citada en las páginas precedentes. Retoma la narración a partir de la salida de Vera Cruz y muestra de forma breve y comprensible los hechos hasta el momento en que hemos llegado. En la última página, el general, después de notificar las dificultades bajo las que trabajaba, dice en su habitual espíritu varonil, que tiene en poco el peligro y la fatiga en comparación con el logro de su objetivo y confía que en poco tiempo los españoles recuperarán su anterior posición y repararán todas sus pérdidas¹⁶³.

Señala el parecido de México, en muchos de sus rasgos y productos, a su madre patria y solicita que sea llamado, por tanto, «Nueva España de la Mar Océana»¹⁶⁴. Por último, solicita que se envíe una comisión inmediatamente para investigar su conducta y para verificar la veracidad de sus afirmaciones.

Esta carta, que fue impresa en Sevilla el año después de su recepción, ha sido desde entonces reimpressa y traducida más de una vez¹⁶⁵. Provocó una gran sensación en la Corte y entre los amigos de la ciencia en general. Los anteriores descubrimientos en el nuevo mundo habían defraudado las expectativas que se habían creado después de la solución del gran dilema sobre su existencia. Tan sólo habían sacado a la luz a unas tribus rudimentarias, que, a pesar de sus amables e inofensivos modales, todavía se encontraban en el primitivo estado del barbarismo. Aquí había una narración auténtica sobre una vasta nación, potente y populosa, que mostraba una elaborada política social, bien avanzados en el arte de la civilización, ocupando un terreno que estaba lleno de tesoros minerales y con una infinita variedad de productos vegetales, reservas de riqueza tanto naturales como artificiales que parecían, por vez primera, cumplir los sueños dorados que el gran descubridor del nuevo mundo se

había permitido. Bien podía el erudito de la época regocijarse en la revelación de estas maravillas, que tantos habían deseado en vano contemplar, durante mucho tiempo¹⁶⁶.

Junto con esta carta iba otra al emperador, firmada, según parece, por casi todos los oficiales y soldados del campamento. Se explayaba sobre los obstáculos que tanto Velázquez como Narváez habían puesto en el camino de la expedición y el gran perjuicio que habían causado a los intereses reales. Después exponía los méritos de Cortés y suplicaba al emperador que le reafirmara en su autoridad y que no permitiera ninguna interferencia con alguien que, por su carácter personal, su conocimiento íntimo del terreno y de su gente y la lealtad de sus soldados, era el hombre mejor preparado en todo el mundo para conseguir la conquista del país¹⁶⁷.

A los quebraderos de cabeza de Cortés se añadía el ignorar por completo bajo qué luz se veía su conducta en España. Ni siquiera sabía si sus despachos enviados el año anterior desde Vera Cruz habían sido recibidos. México estaba tan apartado de cualquier relación con el mundo civilizado como si estuviera en las antípodas. Pocos barcos habían entrado y a ninguno se le había permitido abandonar sus puertos. El gobernador de Cuba, una isla que se encontraba a unos días en barco, todavía no sabía, como hemos visto, cuál había sido la suerte de su armada. Al llegar un barco o flota nueva a estas orillas, Cortés bien podía dudar si traía ayuda para su empresa o una comisión real para reemplazarle. Su espíritu optimista confiaba en lo primero, aunque lo último era mucho más probable, considerando la cercanía de su enemigo el gobernador con el obispo Fonseca, un hombre celoso de su autoridad y alguien que por su cargo a la cabeza del departamento indio tenía un control predominante sobre los asuntos del nuevo mundo.

Por tanto, la política de Cortés era la de no perder tiempo, avanzar en sus preparativos, por si acaso se le permitía a otro arrancarle los laureles que se encontraban ahora casi en su mano. Si pudiera reducir la capital azteca, sentía que podía estar a salvo, y que bajo cualquier luz que se vieran sus acciones en ese momento, sus servicios en ese caso las contrapesarían con mucho a los ojos tanto de la corona como del país.

El general escribió, también a la audiencia real de Santo Domingo, para interesarles en su causa. Envío cuatro barcos a la misma isla para obtener más suministros de armas y munición y para estimular mejor la avaricia de los aventureros y atraerles a la expedición añadió ejemplares de las bellas telas del país y de sus metales preciosos¹⁶⁸. Los fondos para obtener estos importantes suministros salieron probablemente del botín reunido en las últimas batallas y el oro que, como ya se ha dicho, el general había guardado en el convoy castellano.

Fue a mediados de diciembre cuando Cortés, después de terminar todos sus preparativos, inició su regreso a Tlaxcala a unas diez o doce leguas de distancia. Marchaba en la vanguardia del ejército y tomó el camino de Cholula. ¡Qué diferente era su situación de aquella en la que había abandonado la capital republicana hacía ahora menos de cinco meses! Su marcha fue un paseo triunfal, desplegando los diferentes estandartes e insignias militares que habían tomado al enemigo, largas filas de cautivos y todos los ricos botines de la conquista cosechados en más de un duro campo de batalla. A medida que el ejército pasaba por las ciudades y las aldeas, los habitantes salían a recibirles, y a medida que se acercaban a Tlaxcala, toda la población, hombres, mujeres y niños, se acercaron celebrando su regreso con canciones, bailes y música. Se colocaron arcos decorados con flores cruzando las calles por las que pasaban,

y un orador tlaxcalteca se dirigió al general a su entrada en la ciudad con un elevado panegírico sobre sus últimos logros, proclamándole el «vengador de la nación». Entre esta pompa y espectáculo triunfal, se vio a Cortés y a sus principales oficiales vestidos de riguroso luto en honor a su amigo Maxixca. Y este tributo de respeto a la memoria de su venerado gobernante tocó a los tlaxcaltecas más certeramente que todo el orgulloso despliegue de trofeos militares¹⁶⁹.

El primer acto del general fue confirmar al hijo de su amigo muerto en la sucesión, que le había disputado un hermano ilegítimo. El joven tenía sólo doce años y Cortés le convenció con facilidad para que siguiera el ejemplo de su padre y recibiera el bautismo. Después le ordenó caballero él mismo, el primer caso, probablemente, en el que se haya entregado una orden de caballería a un indio americano¹⁷⁰. El anciano Xicoténcatl también fue persuadido para que abrazara el cristianismo, y el ejemplo de sus gobernantes tuvo su consiguiente efecto a la hora de preparar las mentes de la gente para la recepción de la verdad. Cortés, ya fuera por sugerencia de Olmedo o por la naturaleza absorbente de sus propios asuntos, no siguió adelante por el momento en el trabajo de la conversión, sino que sabiamente dejó que la buena semilla ya plantada madurara en secreto hasta que llegara el momento de la cosecha.

El comandante español, durante su corta estancia en Tlaxcala, aceleró los preparativos de la campaña. Se dedicó a instruir a los tlaxcaltecas y a darles una idea de la disciplina y de las tácticas europeas. Hizo que se construyeran nuevas armas y que las antiguas se pusieran a punto. Se fabricó pólvora con la ayuda del azufre obtenido por los aventureros caballeros en la humeante garganta del Popocatepetl¹⁷¹. La construcción de los bergantines iba adelante con buen pie bajo la dirección de López con la ayuda de los tlaxcaltecas¹⁷².

La madera se obtuvo de los bosques y la brea, un artículo desconocido para los indios, se obtuvo de los pinos de la vecina sierra de Malinche. Las jarcias y otros accesorios fueron transportados por *tamames* desde Villa Rica, y para navidades el trabajo estaba tan avanzado que ya no había ninguna razón para que Cortés retrasara la marcha a México.

Notas al pie

¹³⁸ El nombre indio de la capital, el mismo que el de la provincia, *Tepejacac*, fue corrompido por los españoles en *Tepeaca*. Debe admitirse que ha ganado con el cambio.

¹³⁹ «Y como aquello vió Cortés, comunicólo con todos los nuestros Capitanes, y soldados: y fué acordado, que se hiziesse vn auto por ante Escriuano, que diesse fe de todo lo passado, y que se diesen por esclauos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 130.

¹⁴⁰ Los cronistas calculan que este ejército era de unos 50.000 guerreros, la mitad, según Toribio, de las fuerzas militares disponibles de la república. «De la cual (Tlascalala), como ya tengo dicho, solian salir cien mil hombres de pelea», *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 16.

¹⁴¹ «Esa noche», dice el crédulo Herrera, hablando de la fiesta que siguió a sus victorias, «los aliados indios tuvieron una enorme comida de piernas y brazos; porque además de un número increíble de asados en postes de madera, tenían ¡cincuenta mil cacerolas de estofado de carne humana!» (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 15). Un banquete como ése no le hubiera olido muy sabroso a Cortés.

¹⁴² «Y allí hizieron hazer el hierro con que se auian de herrar los que se tomauan por esclauos, que era una G., que quiere decir *guerra* », Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap 130.

¹⁴³ Solís, *Conquista*, lib 5, cap. 3.

* - En francés en el original.

¹⁴⁴ Llamada por los españoles Huacachula y deletreada en todas las variantes posibles por los antiguos escritores, que pueden ser excusados por tropezarse con una confusión tal de consonantes.

¹⁴⁵ «Y toda la Ciudad está de muy fuerte Muro de cal y canto, tan alto, como quatro estados por fuera de la Ciudad: é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la Muralla va su petril, tan alto, como medio estado, para pelear, tiene quatro entradas, tan anchas, como uno puede entrar á Caballo», *Relación Segunda de Cortés*, p. 162.

¹⁴⁶ El nombre de este caballero es deletreado generalmente como Olid por los cronistas. En una copia con su propia firma lo encontramos escrito como Oli.

¹⁴⁷ «Me hubiera gustado mucho atrapar a algunos con vida», dice Cortés, «que me podían haber informado de lo que estaba pasando en la gran ciudad y quien había reinado desde la muerte de Montezuma. Pero tan sólo pude salvar uno y estaba más muerto que vivo», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 159.

¹⁴⁸ «Y á ver que cosa era aquella, los quales eran mas de treinta mil Hombres, y

la mas lúcida Gente, que hemos visto, porque trahi an muchas Joyas de Oro, y Plata y Plumajes», *ibid.*, p. 160.

¹⁴⁹ «Alcanzando muchos por una Cuesta arriba muy agra; y tal, que quando acabámos de encumbrar la Sierra, ni los Enemigos, ni nosotros podíamos ir atras, ni adelante: é assí muchos de ellos muertos, y ahogados de la calor, sin herida ninguna», *ibid.*, p. 160.

¹⁵⁰ «Porque demas de la Gente de Guerra, tenian mucho aparato de Servidores, y fornecimiento para su Real», *ibid.*, p. 160.

¹⁵¹ La historia de la captura de este puesto es relatada de forma muy diferente por el capitán Díaz. Según él, Olid, cuando se había retirado a Cholula por la negación de sus hombres a avanzar, bajo la fuerte sospecha de que sus aliados abrigaban malas intenciones, recibió una reprimenda tan fuerte de Cortés que obligó a las tropas a reanudar la marcha y atacando al enemigo, «con la furia de un tigre», los arrasó por completo (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 132). Pero esta versión de los hechos no es refrendada, hasta donde yo sé, por ningún contemporáneo. Cortés es tan escueto en su informe, que a menudo es necesario suplir las omisiones con los detalles de otros escritores. Pero donde está seguro de sus afirmaciones, a menos que haya alguna razón para sospechar parcialidad, su práctica de escribir en el momento y las peculiares facilidades de información que le daba su posición le hacen decididamente la mejor autoridad.

¹⁵² Cortés, con un ojo menos sensible para lo pintoresco que su gran predecesor en el descubrimiento, Colón, sí era igual de rápido en detectar las posibilidades del terreno. «Tiene un Valle redondo muy fertil de Frutas, y Algodon, que en ninguna parte de los Puertos arriba se hace por la gran frialdad: y allí es Tierra caliente, y cáusalo, que está muy abrigada de Sierras; todo este Valle se riega por muy buenas Acequias, que tienen muy bien sacadas, y concertadas», *ibid.*, pp. 164, 165.

¹⁵³ Tan numerosos, según Cortés, que cubrían una colina y un valle hasta donde la vista alcanzaba, ascendiendo ¡a más de ciento veinte mil! (*ibid.*, p. 162). Cuando los conquistadores intentan cualquier cosa parecida a una contabilidad precisa, es igualmente seguro sustituirlo por «una multitud», «una gran fuerza», etc., dejando la cantidad a la imaginación del lector.

¹⁵⁴ Para las hostilidades con las tribus indias que se han señalado en las páginas precedentes, véase además de la Carta de Cortés, citada tan a menudo, Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 15. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, caps. 15, 16. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 90. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 130, 132, 134. Gómara, *Crónica*, caps. 114, 117. P. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 6. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

¹⁵⁵ «La primera fué de viruela, y comenzó de esta manera. Siendo Capitan y Governador Hernando Cortés al tiempo que el Capitan Pánfilo de Narváez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se habia visto, esta sazón estaba esta nueva Espala en extremo muy llena de gente», Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. I.

¹⁵⁶ «Morian como chinchas á montones» (*ibid.*, *ubi supra*). «Eran tantos los difuntos que morian de aquella enfermedad, que no habia quien los enterrase, por lo cual en México los echaban en las acequias, porque entónces habia muy grande copia de aguas y era muy grande el hedor el que salia de los cuerpos muertos», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 8, cap. I.

¹⁵⁷ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 136.

¹⁵⁸ *Ibid.*, *ubi supra*. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 19. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 39.

¹⁵⁹ Bernal Díaz, *Ibid.*, cap. 131.

¹⁶⁰ *Ibid.*, caps. 131, 133, 136. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, *ubi supra*. *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 154, 167. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 16.

¹⁶¹ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 156.

¹⁶² Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. 3, p. 153.

¹⁶³ «É creo, como ya á Vuestra Majestad he dicho, que en muy breve tomará al estado, en que antes yo lo tenia, é se restaurarán nuestras pérdidas pasadas», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 167.

¹⁶⁴ «Me pareció, que el mas conveniente nombre para esta dicha Tierra, era llamarse la Nueva España del Mar Océano: y assí en nombre de Vuestra Majestad se le puso aqueste nombre; humildemente suplico á Vuestra Alteza lo tenga por bien y mande, que se nombre assí» (*ibid.*, p. 169). El nombre de «Nueva España», sin más añadidos, ya se lo había dado Grijalva a Yucatán. *Ante*, libro 2, capítulo I.

¹⁶⁵ Fue datado, «De la Villa Segura de la Frontera de esta Nueva España, á treinta de Octubre de mil quinientos veinte años». Pero a consecuencia de la pérdida del barco que iba a llevarla, la carta no se envió hasta la primavera del año siguiente, dejando a la nación todavía en la ignorancia del destino de los valientes aventureros en México y sobre la magnitud de los descubrimientos.

¹⁶⁶ El sentimiento que provocaron estos descubrimientos se puede ver en la correspondencia de Pedro Mártir que entonces residía en la Corte de Castilla. Véase en particular su carta, fechada en marzo de 1521, a su noble pupilo el marqués de Mondéjar en la que habla con una satisfacción sin límites de las ricas reservas de ciencia que la expedición de Cortés había abierto al mundo. *Opus*

Epistolarum, ep. 771.

¹⁶⁷ Este memorando se encuentra dentro de esa parte de mi colección que hizo el antiguo presidente de la Academia española, Vargas Ponce. Está firmado por cuatrocientos cuarenta y cuatro nombres y es de señalar que este pergamino, que contiene todos los otros nombres del ejército conocidos, no contenga el de Bernal Díaz del Castillo. Sólo puede ser achacado a su enfermedad, ya que nos cuenta que se vio confinado a la cama por una fiebre en esta época. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 134.

¹⁶⁸ *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 179. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 18.

Alonso de Ávila fue como portador de los despachos a Santo Domingo. Bernal Díaz que no evita de vez en cuando algún ataque a su comandante, dice que Cortés estaba demasiado deseoso de librarse de este valiente caballero, porque era demasiado independiente y franco. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 136.

¹⁶⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 136. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 19.

¹⁷⁰ *Ibid.*, *ubi supra*.

«Híçolo», dice Herrera, «i armóle caballero, al vso de Castilla: i porque lo fuese de Jesu-Christo, le hiço bautiçar, i se llamó D. Lorenço Maxiscatzin».

¹⁷¹ Para un relato del modo en que Montañó y sus valientes compañeros obtuvieron este artículo, véase *Ante*, p. 334.

¹⁷² «Ansí se hicieron trece bergantines en el barrio de Atempa, junto á una hermita que se llama San Buenaventura, los quales hizo y otros Martín López uno de los primeros conquistadores, y le ayudó Niegues Gomez», *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

Capítulo VII

Guatemozin, emperador de los aztecas. Preparaciones para la marcha. Código militar. Los españoles cruzan la sierra. Entrada en Texcoco. Príncipe Ixtlilxochitl. 1520

Mientras sucedían los acontecimientos que hemos relatado en el capítulo anterior tuvo lugar un cambio importante en la monarquía azteca. El hermano y sucesor de Montezuma, Cuitláhuac, había muerto súbitamente de viruela, tras un breve reinado de cuatro meses, breve pero glorioso porque había contemplado el derrocamiento de los españoles y su expulsión de México¹⁷³. A la muerte de su guerrero jefe, se reunió a los electores, como de costumbre, para cubrir el trono vacante. Era una tarea de gran responsabilidad en las horas oscuras de su suerte. El *teoteuctli* o sumo sacerdote invocó la bendición del dios supremo en sus deliberaciones. Su rezo todavía existe. Fue la última que se hizo en una ocasión similar en Anáhuac y algunos extractos del mismo puede que interesen al lector como muestra de la elocuencia azteca.

«¡O señor! Ya sabes que los días de nuestro soberano han llegado a su fin, ya lo has puesto a tus pies. Mora en el lugar de su retiro; ha recorrido el camino que todos debemos recorrer; se ha ido a la casa a donde todos iremos, la casa de la eterna oscuridad, donde no llega la luz. Se ha retirado para descansar y nadie, por tanto, le disturbará a partir de ahora [...]. Todos éstos eran los príncipes, sus antecesores, que se sentaron en el trono imperial, dirigiendo los asuntos de tu

reino; porque tú eres el señor universal y el emperador, por cuya voluntad se dirige el mundo; y no necesitas consejo de nadie. Dejaron la carga insoportable del gobierno y se la colocaron como su sucesor. Sin embargo, estuvo sólo unos días en su reino, sólo unos días hemos disfrutado de su presencia, cuando le has llamado a tu lado para que siguiera a aquellos que han gobernado la tierra antes que él. Y grandes razones tiene para estar agradecido, de que le hayas liberado de una carga tan dolorosa y le hayas dado la tranquilidad y el descanso [...] ¿Quién ordenará los asuntos para el bien de la gente y del reino? ¿Quién nombrará a los jueces para que administren justicia entre tu gente? ¿Quién mandará tocar el tambor y la flauta y reunirá a los soldados veteranos y a los hombres poderosos en la batalla? ¡Nuestro Señor y nuestro amparo! ¿Elegirás en tu sabiduría a alguien que sea digno de sentarse en el trono de tu reino; uno que lleve la dolorosa carga del gobierno, que de consuelo y alegre a los pobres, igual que la madre ama a sus vástagos? [...] ¡Oh, Señor misericordioso! Derrama tu luz y tu gloria sobre este tu imperio! [...] Hágase como sea tu voluntad en todo y a través de todo»¹⁷⁴.

La elección recayó sobre Cuauhtemotzin o Guatemotzin, como eufónicamente lo corrompieron los españoles¹⁷⁵. Era sobrino de los dos últimos monarcas y estaba casado con su prima, la bella princesa Tecuichpo, la hija de Montezuma. «No tenía más de veinticinco años y era elegante en su persona para un indio», dice alguien que le había visto a menudo, «valiente y tan terrible que sus seguidores temblaban en su presencia»¹⁷⁶. No se amilanó ante el peligroso puesto que se le ofreció y, mientras veía organizarse a su alrededor la tempestad oscura, se preparó para enfrentarla como un hombre. Aunque joven, tenía amplia experiencia en materias militares y se había distinguido sobre todos los demás en los sangrientos

conflictos de la capital. Tenía una especie de odio religioso contra los españoles, como el que Aníbal se dice que juró y que ciertamente mantuvo contra sus enemigos romanos.

Mediante sus espías, Guatemozin supo de los movimientos de los españoles y de sus planes de asediar la capital. Se preparó para ésta enviando fuera a la parte de la población que no le valía, mientras que llamaba a sus vasallos poderosos de las cercanías. Continuó los planes de su predecesor de fortalecer las defensas de la ciudad, revisando sus tropas y las estimuló con premios para que se esforzaran en sus maniobras. Dio arengas a sus soldados para elevar su espíritu de resistencia desesperada. Animó a sus vasallos por todo el imperio a atacar a los hombres blancos donde fuera que se encontraran con ellos, poniendo precio a sus cabezas tanto si los traían muertos como si los traían vivos a México¹⁷⁷. Y no fue algo raro para los españoles encontrarse colgando en los templos de las plazas conquistadas las armas y los equipos de sus desafortunados paisanos que habían sido capturados y enviados a la capital para el sacrificio¹⁷⁸. Así era el joven monarca llamado al tambaleante trono de los aztecas, digno por su naturaleza audaz y magnánima de blandir el cetro de su país en el período más floreciente de su fama y ahora en sus penurias, dedicándose en el verdadero espíritu de un príncipe patriota a levantar su decadente fortuna o a perecer valientemente con ella¹⁷⁹.

Aquí debemos volver a los españoles en Tlaxcala, donde los dejamos preparándose para reanudar la marcha sobre México. Su comandante tuvo la satisfacción de ver sus tropas tolerablemente bien equipadas, variando de acuerdo con la condición de los diferentes refuerzos que habían ido llegando paulatinamente, pero en total superiores a los del ejército con el que había invadido el país por primera vez. Su fuerza completa era de poco menos de seiscientos hombres,

cuarenta de los cuales eran caballeros, junto con ochenta arcabuceros y ballesteros. El resto estaban armados con espada y escudo y con las picas de punta de cobre de Chinantla. Tenía nueve cañones de calibre medio y estaba pobremente provisto de pólvora¹⁸⁰.

A medida que sus fuerzas se disponían en orden de marcha, Cortés cabalgaba entre las filas, exhortando a los soldados, como de costumbre en él en estas ocasiones, a que fueran fieles a sí mismos y a la empresa en la que se habían embarcado. Les dijo que marchaban contra *rebeldes* que habían reconocido anteriormente su alianza con el soberano español¹⁸¹, contra bárbaros, los enemigos de su religión. Iban a luchar las batallas de la cruz y de la corona, a luchar sus propias batallas, a quitar la mancha de sus armas, a vengar sus agravios y la pérdida de sus queridos compañeros masacrados en el campo o en los malditos altares del sacrificio. Nunca hubo una guerra que ofreciera tan altos incentivos al caballero cristiano, una guerra que le abría las riquezas y el renombre en esta vida y una gloria imperecedera en la siguiente¹⁸².

De esta manera tocó el político jefe todos los resortes secretos de la devoción, el honor y la ambición en los pechos de su marcial audiencia, despertando el temple de los más mansos antes de guiarles en esta peligrosa empresa. Respondieron con aclamaciones que estaban preparados para morir en defensa de la fe y conquistarían o dejarían sus huesos junto a los de sus compatriotas en las aguas de Texcoco.

Después pasó revista ante el general el ejército de los aliados, que se estima en cifras muy diferentes por los distintos escritores, ¡entre ciento diez mil y cincuenta mil soldados! La palpable exageración, no menos que la discrepancia, muestra la poca confianza que se puede dar a cualquier cálculo. Es cierto, sin embargo, que era un

despliegue multitudinario, que consistía no sólo en la flor y nata de los guerreros tlaxcaltecas, sino también en los de Cholula, Tepeaca y los territorios vecinos que se habían sometido a la corona castellana¹⁸³.

Iban armados a la manera india, con arcos y flechas, el cristalino *macuahuitl* y la pica larga, un arma formidable que, como hemos visto, Cortés había introducido entre sus propias tropas. Estaban divididos en batallones, cada uno con su propio estandarte, desplegando las armas o el emblema de cada compañía. Los cuatro grandes jefes de la nación marchaban al frente, tres de ellos venerables por sus años y mostrando en la insignia con que se adornaban la evidencia de muchas gestas gloriosas de armas. El penacho de plumas multicolores flotaba sobre sus cascos engarzado en esmeraldas u otras piedras preciosas. Su *escaupil*, o jubón acolchado de algodón, estaba cubierto de elegantes mantos de plumaje y sus pies estaban protegidos por sandalias bordadas de oro. Cuatro jóvenes pajes les seguían llevando sus armas y otros cuatro llevaban otros tantos estandartes en los que estaban bordadas las armas de las cuatro grandes divisiones de la República¹⁸⁴. Los tlaxcaltecas, aunque frugales en extremo y rudos en su modo de vida, eran tan ambiciosos en el despliegue de su vestimenta militar como cualquiera de las razas de la meseta. A medida que desfilaban frente a Cortés le saludaron agitando sus estandartes y con la fanfarria de su salvaje música, a la que el general respondió levantando su gorro mientras pasaban¹⁸⁵. Los guerreros tlaxcaltecas, y especialmente el joven Xicoténcatl, su comandante, hicieron ver que aceptaban a sus señores europeos, no sólo en sus tácticas, sino en los detalles de la etiqueta militar.

Cortés, con la ayuda de Marina, se dirigió brevemente a sus aliados indios. Les recordó que iba a luchar batallas contra sus antiguos enemigos. Les pidió que le apoyaran de

una manera digna de su renombrada república. A aquellos que se quedaban en casa les encargó la ayuda y finalización de los bergantines, de los que tanto dependía el éxito de la expedición, y pidió que ninguno siguiera su estandarte si no estaba dispuesto a mantenerse hasta la rendición final de la capital¹⁸⁶. Este discurso fue respondido con gritos, o mejor dicho aullidos, de desafío, mostrando el júbilo que sentían sus confederados indios ante la perspectiva de la venganza final de sus afrentas largamente aplazadas y la humillación de su altivo enemigo.

Antes de comenzar la expedición, Cortés publicó un código de ordenanzas, como las denomina él, o reglamentaciones para el ejército demasiado notables como para pasarlas por alto. El preámbulo expone que en todas las instituciones, tanto divinas como humanas, si estas últimas tienen algún valor, el orden es la gran ley. Los antiguos cronistas nos informan que los más grandes capitanes en tiempos pasados debían su éxito tanto a la sabiduría de sus ordenanzas como a su valor y virtud. La situación de los españoles, un simple puñado de hombres como eran ellos, rodeados de incontables enemigos, tremendamente hábiles en el manejo de sus armas y en el arte de la guerra, evidentemente exigían un código de tal naturaleza. El documento después recuerda al ejército, que la conversión de los paganos es el trabajo más aceptable a los ojos del Todopoderoso, un trabajo que con toda seguridad recibirá su apoyo. Llama a todo soldado a contemplarlo como el primer objetivo de la expedición, *sin el que la guerra sería manifiestamente injusta y toda adquisición lograda con ella, un robo*¹⁸⁷.

El general solemnemente manifiesta que el principal motivo que opera en su corazón es el deseo de apartar a los nativos de su sombría idolatría e impartirles el conocimiento de una fe más pura y después recuperar para su señor, el

emperador, los dominios que por derecho le pertenecen¹⁸⁸.

Las ordenanzas después prohíben toda blasfemia contra Dios y los santos, un vicio mucho más frecuente entre las naciones católicas que entre las protestantes, que surge quizá menos de la indiferencia a la religión, que del temperamento físico, ya que el cálido sol del sur, bajo el que prevalece el catolicismo, estimula las sensibilidades hacia una expresión más violenta de la pasión¹⁸⁹.

Se dirige otra ley contra el juego, al que los españoles en todas las épocas tienen especial adicción. Cortés, siendo indulgente con la fuerte propensión natural, la autoriza bajo ciertas limitaciones, pero prohíbe el uso de los dados completamente¹⁹⁰. Después siguen otras leyes contra las peleas y los combates privados, contra las burlas personales y los sarcasmos irritantes contra las compañías rivales, reglas para la más perfecta disciplina de las tropas, tanto en el campamento como en el campo de batalla. Entre otras, hay una que prohíbe a los capitanes, bajo pena de muerte, cargar contra el enemigo sin órdenes, una práctica señalada como enormemente perniciosa y demasiado frecuente, que muestra el impetuoso espíritu y necesidad de verdadera subordinación militar en los audaces caballeros que seguían el estandarte de Cortés.

La última ordenanza prohíbe a todo hombre, oficial o privado, apoderarse de cualquier parte del botín tomado al enemigo, tanto si era oro, plata, piedras preciosas, plumajes, telas, esclavos o cualquier otro artículo, donde y como quiera que fuera obtenido, en la ciudad o en el campo, y les exige que lo traigan inmediatamente a presencia del general o del oficial designado para recibirlo. La violación de esta ley era castigada con muerte y la confiscación de la propiedad. Puede pensarse que un edicto tan severo acredita que por muy influido que estuviera el conquistador por las consideraciones espirituales no era de ninguna manera

insensible a las de carácter temporal¹⁹¹.

No se permitió que estas estipulaciones quedaran en papel mojado. El comandante español, poco después de su proclamación, dio ejemplo con dos de sus propios esclavos, a los que colgó por desvalijar a los nativos. Una sentencia similar se le impuso a un soldado por un delito parecido, aunque permitió que se le descolgara antes de ejecutarse completamente la condena. Cortés conocía bien el carácter de sus seguidores, espíritus rudos y turbulentos, que necesitaban que se les guiara con mano de hierro. Sin embargo, no deseaba reafirmar su autoridad en ocasiones menores. La intimidad en la que se encontraban debido a su peculiar situación, peligros y sufrimientos que compartían a partes iguales y un interés común en la aventura creaban una familiaridad entre los hombres y los oficiales, muy poco favorable para la disciplina militar. Las mismas maneras del general, francas y liberales, parecían invitar a esta libertad, que en situaciones ordinarias no intentaba reprimir, quizá por encontrarlo demasiado difícil, o al menos poco popular, ya que proporcionaba una válvula de escape para los espíritus de una licenciada soldadesca que, de ser coaccionada violentamente, podía haber explotado en un motín abierto. Pero los límites de esta tolerancia estaban claramente definidos y cualquier intento de sobrepasarlos o de violar los reglamentos establecidos del campamento, conllevaba un castigo rápido y seguro para el violador. Mediante esta severidad atemperada con indulgencia, enmascarando una voluntad de hierro bajo la conducta abierta de un soldado, Cortés estableció un control sobre su grupo de bravos y temerarios aventureros, que un pedante tirano, escrupuloso en la aplicación de la minuciosa etiqueta militar, nunca podría haber obtenido.

Las ordenanzas, que están fechadas el veintidós de diciembre, fueron proclamadas al ejército en asamblea el

veintiséis. Dos días después las tropas estaban en marcha y Cortés a la cabeza de sus batallones, con las banderas al viento y la música sonando, partió de las puertas de la capital republicana, que tan generosamente le había recibido en sus penurias y que ahora, por segunda vez, le proporcionaba los medios para consumir su gran empresa. La población de la ciudad, hombres, mujeres y niños se unieron a la retaguardia, despidiéndose por última vez de sus compatriotas e implorando a los dioses que coronaran sus armas con la victoria.

A pesar de la enorme fuerza reunida por los confederados indios, el general español sólo permitió a una pequeña parte de ellos que le ayudaran en este momento. Propuso establecer sus cuarteles generales en algún lugar del lago de Texcoco, desde donde pudiera acosar a la capital azteca, conquistando el campo circundante, cortando el abastecimiento y poniendo de esa manera a la ciudad en estado de bloqueo¹⁹².

Se proponía posponer el ataque directo sobre México hasta que la llegada de los bergantines le permitiera hacerlo con las mayores ventajas. Mientras tanto, no deseaba cargarse de una superflua multitud, a quienes sería difícil alimentar y prefería dejarles en Tlaxcala, desde donde podrían transportar los barcos cuando estuvieran finalizados hasta el campamento y ayudarle en sus posteriores operaciones.

A Cortés se le presentaban tres caminos por los que podía entrar en el valle. Eligió el más difícil, atravesando la agreste sierra que divide la meseta occidental y tan encrespado como para ser casi impracticable para el paso de un ejército. Juzgó sabiamente que en esta dirección sería menos probable sufrir ningún ataque por parte del enemigo, ya que podían confiar naturalmente en las dificultades del terreno para obtener protección.

El primer día las tropas avanzaron cinco o seis leguas, con Cortés cabalgando en la vanguardia, a la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería. Se detuvieron en la aldea de Texmelucan, en la base de una cadena montañosa que atraviesa el país tocando en su límite meridional el imponente Iztachihuatl o «mujer blanca», blanco con las nieves perpetuas¹⁹³. En esta aldea encontraron una amistosa recepción y la siguiente mañana comenzaron el ascenso a la sierra.

El sendero era inclinado y extremadamente abrupto. Espesos arbustos cubrían su superficie y los torrentes invernales los habían horadado con profundos canales pétreos, casi impracticables para la artillería, mientras que las desordenadas ramas de los árboles se extendían horizontalmente a lo largo del camino, haciéndolo igualmente dificultoso para la caballería. El frío, a medida que ascendían, se hizo intenso. Los españoles, acostumbrados últimamente a un clima cálido, o al menos templado, lo sintieron profundamente, aunque el gran esfuerzo con el que se abrieron paso en su ascensión proporcionaba el mejor medio para resistir el clima. La única vegetación que se podía ver en estas regiones más altas eran los pinos, que en oscuros bosques cubría las laderas de las montañas, hasta que incluso éstos desaparecían convertidos en una fina y atrofiada vegetación. Se hizo de noche antes de que los agotados soldados coronaran la pelada cresta de la sierra, donde no perdieron tiempo en encender los fuegos y, amontonándose alrededor de sus vivaques, se calentaron los congelados miembros y se prepararon para cenar.

Con las primeras luces del alba, las tropas estaban de nuevo en marcha. Se dijo misa y comenzaron el descenso, más difícil y doloroso que la ascensión del día anterior, porque, además de los obstáculos naturales del camino, lo encontraron repleto de enormes piezas de madera y árboles,

obviamente derribados con ese propósito por los nativos. Cortés ordenó a un grupo de tropas ligeras que limpiaran el camino de obstáculos y el ejército reanudó de nuevo su marcha, aunque con el temor de que el enemigo hubiera preparado una emboscada, para sorprenderles cuando estuvieran atrapados en el paso. Avanzaron con cautela, aguzando la vista para penetrar la espesa penumbra del bosque, donde el astuto enemigo podía estar agazapado. Pero no vieron signos de vida, excepto a los salvajes habitantes de los bosques y bandadas de *zopilotes*, el voraz buitre del país, que, anticipándose al sangriento banquete, vigilaban como espíritus del mal sobre la marcha del enemigo.

A medida que descendían, los españoles sintieron un cambio notable y muy bienvenido en la temperatura. El carácter de la vegetación cambió con ella y los fúnebres pinos, su único compañero anteriormente, dieron paso al robusto roble, al plátano y más abajo al elegante árbol de la pimienta, mezclando sus frutos rojos con el oscuro follaje del bosque, mientras que, todavía más abajo, podían contemplarse las chillonas plantas trepadoras balanceando sus alegres capullos sobre las ramas hablando de un clima más suave y voluptuoso.

Finalmente, el ejército salió a un nivel abierto, donde la vista, sin árboles o colinas que la obstaculizaran, podía extenderse a lo lejos y a lo ancho sobre el valle de México. Ahí se encontraba bañado por la dorada luz del sol, extendido como si estuviera dormido en los brazos de las gigantes colinas, que lo encerraban como una falange de genios guardianes a su alrededor. La magnífica visión, nueva para muchos de los espectadores, les llenó de embeleso. Ni siquiera los veteranos de Cortés pudieron contener su admiración, aunque a esto le siguió un sentimiento más amargo, al recordar los sufrimientos que habían caído sobre

ellos dentro de este recinto, bello pero traicionero. Nos hizo sentir, dice el conquistador de corazón de león, en sus cartas, que «no teníamos más elección que la victoria o la muerte, y una vez decididas nuestras mentes, avanzamos con un paso tan ligero como si fuéramos a cosa de mucho placer»¹⁹⁴.

A medida que los españoles avanzaban, contemplaron en lo alto de las colinas circundantes la llama de fuegos, que indicaban que el país estaba ya en alarma y reuniendo las fuerzas para oponerse a ellos. El general hizo un llamamiento a sus hombres de que fueran conscientes de su gran reputación, que se movieran en orden, cerraran las filas y obedecieran sin cuestionarse las órdenes de sus oficiales¹⁹⁵. En cada vuelta entre las colinas esperaban encontrarse con las fuerzas del enemigo reunidas para disputarles el paso. Y a medida que se les permitía pasar sin problemas y se acercaban a las llanuras abiertas, estaban preparados para verlas ocupadas por una formidable hueste que les obligaría a luchar de nuevo la batalla de Otumba. Pero aunque nubes de oscuros guerreros se veían de vez en cuando, acechando sobre las tierras altas, como observando su avance, no sufrieron interrupciones, hasta que alcanzaron una *barranca* a través de la que fluía un pequeño río cruzada por un puente en parte derruido. En el lado opuesto se hallaba situado un considerable destacamento de indios, como para disputar el paso, pero bien por no confiar en su número o intimidados por el seguro avance de los españoles, no les causaron ninguna molestia y se dispersaron rápidamente con unas pocas y resueltas cargas de la caballería. El ejército continuó su avance sin ser molestado hasta una pequeña ciudad llamada Coatepec, donde se detuvieron para pasar la noche. Antes de retirarse a sus aposentos, Cortés hizo la ronda del campamento con unos pocos de sus seguidores más leales para ver que todo estaba seguro¹⁹⁶. Parecía tener un ojo que nunca dormía y una constitución que no conocía

la fatiga. Era el indomable espíritu en su interior que le mantenía¹⁹⁷.

Bien se podía haber quedado en vela durante las guardias nocturnas por ansiedad o dudas. Ahora se encontraba a tan sólo tres leguas de Texcoco, la famosa capital de los acolhuas. Se propuso establecer sus cuarteles generales, si era posible, en este lugar. Sus numerosas moradas proporcionarían amplio alojamiento para su ejército. Una fácil comunicación con Tlaxcala por una ruta distinta a la que había atravesado le proporcionaría los medios para obtener rápidamente suministros de ese país aliado y para el transporte seguro de los bergantines una vez que estuvieran terminados, para botarlos en las aguas del Texcoco. Pero tenía buenas razones para desconfiar sobre la recepción que encontraría en la capital, porque allí había tenido lugar una importante revolución, desde la expulsión de los españoles de México, de la que será necesario dar una explicación.

El lector recordará que el cacique de ese lugar, llamado Cacama, fue depuesto por Cortés durante su primera residencia en la metrópolis azteca como consecuencia de una revuelta planeada contra los españoles y que la corona había pasado a su joven hermano, Cuicuitzca. El príncipe depuesto estaba entre los prisioneros que sacó Cortés y murió con los demás en el terrible paso de la calzada durante la *noche triste*. Su hermano, temeroso probablemente, después de la huida de los españoles, de continuar con sus propios vasallos, cuyas simpatías se encontraban del lado azteca, acompañó a sus amigos en la retirada y tuvo la fortuna de alcanzar Tlaxcala sano y salvo.

Mientras tanto, un segundo hijo de Nezahualpilli, llamado Coanacoch, reclamó la corona a la muerte de su hermano mayor, como su legítima herencia. Como se unió efusivamente a sus compatriotas y a los aztecas en su aversión a los hombres blancos, sus reclamaciones fueron

sancionadas por el emperador mexicano. Poco después de su coronación, el nuevo señor de Texcoco tuvo la oportunidad de demostrar su lealtad a su patrón imperial de una manera efectiva.

Un grupo de cuarenta y cuatro españoles, que no conocían los desastres de México, transportaban allí una enorme cantidad de oro al mismo tiempo que sus compatriotas se estaban retirando a Tlaxcala. Cuando pasaron por el territorio texcocano fueron atacados por orden de Coanacoch, la mayoría muertos en el sitio y el resto enviados para el sacrificio a México. Las armas y el equipo de estos desgraciados fueron colgadas como trofeos en los templos y sus pieles, arrancadas de sus cuerpos muertos, quedaron suspendidas sobre los sangrientos santuarios como la ofrenda más adecuada para sus deidades ofendidas¹⁹⁸.

Algunos meses después de este suceso, el príncipe exiliado, Cuicuitzca, cansado de vivir en Tlaxcala, y añorando su antiguo rango real, volvió secretamente a Texcoco, esperando, según parece, crear allí un partido a su favor. Pero si tales eran sus expectativas quedaron tristemente insatisfechas, porque en cuanto puso un pie en la capital fue traicionado por su hermano que por consejo de Guatemozín le sentenció a muerte como traidor a su país¹⁹⁹. Tal era la situación en Texcoco, cuando Cortés se acercó por segunda vez a sus puertas y bien podía dudar, no sólo de la naturaleza de su recepción, sino de si le dejarían entrar siquiera sin utilizar la fuerza de las armas.

Estos temores se disiparon la siguiente mañana, cuando antes de que sus tropas estuvieran completamente armadas, se anunció una embajada del señor de Texcoco. Consistía en varios nobles, algunos de los cuales eran conocidos por los compañeros de Cortés. Traían una bandera dorada en señal de concordia y un regalo de no mucho valor para Cortés.

Traían también un mensaje del cacique, implorando al general que perdonara a sus territorios, invitándole a establecer sus cuarteles en su capital y prometiéndole a su llegada convertirse en vasallo del soberano español.

Cortés ocultó la satisfacción con que escuchó estos acercamientos y exigió severamente a los enviados un recuento de los españoles que habían sido asesinados, insistiendo al mismo tiempo en la inmediata restitución de la carga. Pero los nobles indios se excusaron, echándole toda la culpa al emperador azteca, bajo cuyas órdenes se había perpetrado la acción y quien estaba en posesión del tesoro. Instaron a Cortés a que no entrara en la ciudad ese día, sino que pasara la noche en las afueras, para que su señor pudiera tener tiempo para preparar los alojamientos apropiados para él. El comandante español, sin embargo, no hizo caso de la sugerencia continuando la marcha y al mediodía del treinta y uno de diciembre de 1520 entró a la cabeza de sus legiones en las venerables murallas de Texcoco, «el lugar de descanso», como idóneamente se le denominaba²⁰⁰.

Quedó sorprendido, como la primera vez que visitó la populosa ciudad, por la soledad y el silencio que reinaban en sus calles. Le condujeron al palacio de Nezahualpilli, que se le asignó como su residencia. Consistía en un conjunto irregular de edificios bajos, que cubrían una amplia extensión de terreno, como la residencia real ocupada por las tropas en México. Era lo suficientemente espaciosa como para proporcionar alojamiento no sólo para todos los españoles, dice Cortés, sino para el doble de su número²⁰¹. A su llegada dio órdenes de que se debería prestar todo el respeto a los ciudadanos y a sus propiedades y prohibió a todos los españoles abandonar sus cuarteles bajo pena de muerte.

Sus órdenes no fueron lo suficientemente efectivas como

para evitar algunos excesos por parte de sus aliados indios, si el informe del cronista texcocano es correcto, quien afirma que los tlaxcaltecas quemaron uno de los palacios reales poco después de llegar. Era el depósito de los archivos nacionales y el incendio, como fuera que ocurriera, bien puede lamentarlo todo anticuario que podía haber encontrado en sus registros jeroglíficos alguna clave sobre las migraciones de las misteriosas razas que primero se establecieron en las tierras altas del Anáhuac²⁰².

Alarmado ante esta aparente deserción del lugar, así como por el hecho de que ninguno de sus principales habitantes vino a recibirle, Cortés ordenó a los soldados ascender al *teocalli* vecino y otear la ciudad. Pronto volvieron con el informe de que los habitantes estaban abandonando la ciudad en grandes números con sus familias y efectos, algunos en canoas por el lago y otros a pie por las montañas. El general ahora comprendió el significado de la insinuación del cacique de que los españoles pasaran la noche en las afueras, ganando tiempo para la evacuación de la ciudad. Temió que el cacique mismo hubiera huido. No perdió tiempo en destacar unas tropas para asegurar las principales avenidas, donde haría regresar a los fugitivos y arrestarían al cacique, si estaba entre ellos. Pero era demasiado tarde. Coanacoch ya estaba muy lejos en el lago de camino a México.

Cortés decidió en ese momento convertir este hecho en algo favorable para sus intereses poniendo a otro gobernante en el trono que fuera más servil a sus intereses. Convocó una reunión con las pocas personas importantes que todavía quedaban en la ciudad y, por su consejo y ostensible elección, promovió a un hermano del último soberano a esa dignidad, que declararon vacante. Este príncipe, que consintió ser bautizado, fue un servicial instrumento en manos de los españoles. Sobrevivió tan sólo

unos meses²⁰³ y fue seguido por otro miembro de la casa real llamado Ixtlilxochitl, que en realidad se puede decir que, como general de sus ejércitos, llevaba las riendas del gobierno en sus manos durante la vida de su hermano. Como esta persona estaba íntimamente relacionada con los españoles en las posteriores operaciones, a cuyo éxito contribuyó de forma esencial, es necesario contar algo de su historia anterior, que realmente está tan rodeada de maravillas como cualquiera de los fabulosos héroes de la antigüedad²⁰⁴.

Era hijo, de una segunda reina, del gran Nezahualpilli. Algunos prodigios alarmantes en el momento de su nacimiento y el sombrío aspecto de los planetas llevó a los astrólogos que le leyeron el horóscopo a aconsejar al rey, su padre, que le quitara la vida al infante, ya que si vivía hasta adulto estaba destinado a unir a los enemigos de su país y derrocar sus instituciones y su religión. Pero el viejo monarca respondió, dice el cronista, que «había llegado el momento en que los hijos de Quetzatcóatl llegarían del este para tomar posesión de la tierra y si el todopoderoso había elegido a su hijo para cooperar con ellos en el trabajo, se haría su voluntad»²⁰⁵.

A medida que el muchacho crecía, exhibía una maravillosa precocidad no sólo de talento, sino de actividades maliciosas, que proporcionaban un alarmante pronóstico para el futuro. Cuando tenía doce años, formó un pequeño grupo de seguidores de más o menos su misma edad o algo mayores, con los que practicaba los ejercicios militares de su nación, llevando a cabo imitaciones de luchas y ocasionalmente atacando a los pacíficos ciudadanos y provocando el tumulto y la confusión en la ciudad así como en el palacio. Algunos de los consejeros de su anciano padre, asociando su conducta con las predicciones de su nacimiento, vieron en ello síntomas tan alarmantes que

repetieron el consejo de los astrólogos de quitarle la vida al príncipe, si el monarca no quería ver su reino un día entregado a la anarquía. Este desagradable consejo fue comunicado al juvenil delincuente, que se exasperó de tal manera al oírlo que se puso a la cabeza de un grupo de sus forajidos y entrando en las casas de los ofensores consejeros les sacó a la calle y les aplicó el *garrote*^{*}, el modo en que se inflingía la pena capital en Texcoco.

Fue detenido y llevado ante su padre. Cuando se le preguntó por su increíble conducta respondió fríamente, «que no había hecho más que aquello a lo que tenía derecho. Los ministros culpables se habían merecido su destino intentando malquistar los sentimientos de su padre hacia él, sin ninguna otra razón que su enorme amor a la profesión de las armas, la profesión más honorable en el estado y una de las más dignas de un príncipe. Si los había matado, no era más que lo que le tenían preparado a él». El sabio Nezahulpilli, dice el cronista, encontró mucha fuerza en estas razones y al no ver nada bajo ni sórdido en la acción, sino más bien la ebullición de un espíritu audaz, que posteriormente en su vida podría llegar a grandes cosas, se contentó con darle una grave admonición al joven culpable²⁰⁶. No nos informa si esta admonición tuvo algún efecto saludable en su posterior comportamiento. Se dice, sin embargo, que a medida que crecía tomó parte activa en las guerras de su país y cuando sólo tenía diecisiete se había ganado la insignia de un valiente y victorioso capitán²⁰⁷.

A la muerte de su padre, disputó la sucesión a su hermano mayor, Cacama. El país estaba amenazado por la guerra civil cuando el asunto fue zanjado por su hermano mayor cediéndole una parte de sus territorios que se encontraba entre montañas. A la llegada de los españoles, el joven jefe, ya que tenía escasamente veintiún años, les hizo, como hemos visto, muchas demostraciones de amistad, provocadas

sin duda por su odio a Montezuma, que había apoyado las pretensiones de Cacama²⁰⁸. No fue, sin embargo, hasta que llegó a ser señor de Texcoco cuando mostró toda su buena voluntad. Desde ese momento, se convirtió en un íntimo amigo de los cristianos, apoyándoles con su autoridad personal y con todo el poder de sus fuerzas militares y sus recursos, que aunque muy disminuidos con respecto al antiguo esplendor de los días de su padre, eran todavía considerables y le convertían en un aliado muy estimable. Sus importantes servicios han sido agradecidamente recordados por los historiadores castellanos y la historia no le debería arrebatarse su justa recompensa de gloria, la triste gloria de haber contribuido, más que ningún otro jefe del Anáhuac, a remachar las cadenas del hombre blanco sobre los cuellos de sus compatriotas.

Los dos pilares sobre los que descansa principalmente la historia de la conquista, son las crónicas de Gómara y de Bernal Díaz, dos personas que son tan distintas como un cultivado y cortés hombre de la iglesia y un soldado iletrado.

El primero de ellos, Francisco López de Gómara, nació en Sevilla. A la vuelta de Cortés a España después de la conquista, Gómara se convirtió en su capellán y a la muerte de su patrón, continuó al servicio de su hijo, el segundo marqués del Valle. Fue entonces cuando escribió su Crónica, y las circunstancias bajo las que se realizó pueden llevarle a uno a conjeturar que la narración no se realizó bajo los principios más estrictos de la imparcialidad histórica. Y no le faltarían fundamentos a esa conjetura. La historia de la conquista es necesariamente la de los grandes hombres que la consiguieron. Pero Gómara ha dibujado el personaje de su héroe en un relieve tan marcado que oculta completamente a los de sus bravos compañeros de armas y al mismo tiempo

que cubre con un velo tiernamente las debilidades, siempre es escrupuloso a la hora de desplegar sus hazañas en toda la gloria del panegírico. Su situación puede excusar en cierta medida su parcialidad. Pero no le justificaba a los ojos del honesto Las Casas, que rara vez termina un capítulo de su propia narración de la conquista, sin administrar un completo correctivo a Gómara. Incluso llega al punto de acusar al capellán de «descarada falsedad», asegurándonos que «no tiene ojos ni oídos más que para lo que patrón había decidido dictarle». Que esto no es literalmente cierto, es evidente por el hecho de que la narración no fue escrita hasta muchos años después de la muerte de Cortés. La verdad es que Gómara sacó su información de las más altas fuentes, no sólo de la familia de su patrón, sino también de los más distinguidos protagonistas en el gran drama, con quienes su posición en la sociedad le ponía en íntima comunicación.

Organizó los materiales obtenidos de esta manera con una simetría mal entendida por los cronistas de la época. En lugar de las intrincadas incoherencias de éstos, su estilo despliega una elegante brevedad, es tan claro como conciso. A pesar de que los hechos estén un poco demasiado apelotonados para el lector y entretengan la mente demasiado como para permitir la reflexión, al menos tienden hacia un punto determinado y la historia, en lugar de arrastrarse lentamente hasta que nuestra paciencia y nuestro interés quedan exhaustos, mantiene una marcha hacia delante con regularidad. En pocas palabras, la ejecución del trabajo no sólo es superior a la de la mayoría de las narraciones contemporáneas, sino que hasta cierto punto puede aspirar al rango de composición clásica.

Debido a estas circunstancias, la historia de Gómara pronto obtuvo una circulación general y la celebridad, y mientras se permitió que más de una carta de Cortés y las

elaboraciones más trabajadas de Oviedo y Las Casas quedaran dormidas en manuscrito, los escritos de Gómara fueron impresos varias veces en su propia época y traducidos a varias lenguas europeas. La primera edición de la *Crónica de la Nueva España* apareció en Medina en 1533; fue publicada de nuevo en Amberes el año siguiente. Desde entonces ha formado parte de la colección de Barcia y, finalmente, en 1826 apareció a este lado del océano en la impresión mexicana. Las circunstancias que rodean a esta última edición son curiosas. El gobierno mexicano asignó una pequeña cantidad para sufragar los gastos de la traducción de lo que se suponía que era una crónica original de Chimalpain, un escritor indio que vivió a finales del siglo dieciséis. Se encargó la tarea de la traducción al laborioso Bustamante. Pero este erudito no había avanzado mucho en su traducción, cuando se dio cuenta de que el supuesto original era en realidad una traducción al azteca de la crónica de Gómara. Continuó, sin embargo, en sus labores editoriales, hasta que dio al público una edición americana de Gómara. Es todavía más notable el hecho de que el editor en sus diferentes compilaciones constantemente se refiere a este mismo trabajo como la *Crónica de Chimalpain*.

La otra autoridad a la que he hecho referencia es Bernal Díaz del Castillo, natural de Medina del Campo en la vieja Castilla. Nació en una familia pobre y humilde y en 1514 llegó buscando fortuna al nuevo mundo. Se embarcó como un soldado común bajo las órdenes de Córdoba en su primera expedición al Yucatán. Acompañó a Grijalva el año siguiente a la misma zona y finalmente se alistó bajo el estandarte de Cortés. Siguió a este jefe victorioso en su primera marcha por la meseta, descendió con él para atacar a Narváez, compartió los desastres de la *noche triste* y estuvo presente en el asedio y rendición de la capital. En pocas palabras, no hubo casi ningún suceso o acción de

importancia en toda la guerra en el que no tomara parte. Participó en ciento diecinueve batallas y encuentros diferentes, en varios de los cuales fue herido y en más de uno escapó por poco de caer en manos del enemigo. En todas éstas Bernal Díaz desplegó todo el valor del viejo castellano y una lealtad que le hizo inmune al espíritu de motín que tan a menudo disturbaba la armonía del campamento. En todas las ocasiones demostró ser leal a su comandante y a la causa en la que estaba embarcado. Y su lealtad queda atestiguada no sólo por su propio informe, sino por las enfáticas recomendaciones de su general, que le eligió por esta razón para puestos de confianza y responsabilidad que proporcionaron al futuro cronista el acceso a los medios de información relacionados con la conquista.

En la colonización del país, Bernal Díaz recibió su parte de *repartimientos* de tierra y de trabajadores. Pero el acuerdo no fue satisfactorio para él y murmuró en voz alta sobre la tacañería de su comandante, demasiado absorbido por el cuidado de sus propios emolumentos para pensar en sus seguidores. La división del botín es generalmente una tarea ingrata. Díaz se había acostumbrado durante demasiado tiempo a la vida de aventurero como para contentarse con una de aletargada seguridad. Participó en varias expediciones que realizaron los capitanes de Cortés y acompañó a este jefe en su terrible paso por los bosques de Honduras. Finalmente, en 1586, encontramos al veterano establecido como regidor de la ciudad de Guatemala, pacíficamente empleado en el recuento de los valerosos logros de su juventud. Ya había pasado casi medio siglo desde la conquista. Había sobrevivido a su general y prácticamente a todos sus compañeros. Tan sólo cinco quedaban del aguerrido grupo que había acompañado a Cortés en su expedición desde Cuba, y esos cinco, aceptando

las palabras del viejo cronista, eran «pobres, ancianos y enfermos, con hijos y nietos que buscaban apoyo en ellos, pero casi sin medios para permitírsele, acabando sus días como los habían comenzado con trabajos y problemas». Tal fue el destino de los conquistadores del dorado México.

Los motivos que llevaron a Bernal Díaz a tomar su pluma en un período tan tardío de su vida, fueron los de reivindicar para él y para sus camaradas su parte de reconocimiento en la conquista, que les pertenecía en justicia. Se les había privado de ella, según pensaba, por la exagerada reputación de su general, debido en parte sin duda a la influencia de los escritos de Gómara. Sin embargo, no fue hasta que había comenzado ya su propio trabajo, cuando Díaz encontró la obra del capellán. El contraste que ofrecía su dicción casera, con el claro y pulido estilo de su predecesor le llenó de tanto disgusto que arrojó su pluma desesperado. Pero cuando hubo avanzado en la lectura y vio las enormes imprecisiones y lo que él consideraba un desprecio a la verdad por parte de su rival, reanudó sus trabajos, decidido a mostrar al mundo una narración que pudiera al menos tener el mérito de la fidelidad. Tal es el origen de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

Se le puede conceder al cronista que ha logrado su objetivo. Al leer sus páginas, sentimos que cualesquiera que sean los errores en los que ha caído, por olvido de los antiguos anales o por inconsciente vanidad (de la que tenía una buena dosis) o de credulidad o de cualquier otra causa, en ningún lugar encontramos una perversión voluntaria de la verdad. En caso de haberlo intentado, su misma simplicidad le hubiera traicionado. Incluso en relación con Cortés, aunque intenta ajustar la verdad para equilibrar sus pretensiones con las de sus seguidores y mientras que expone libremente su astucia o su codicia y algunas veces su crueldad, le hace amplia justicia a sus grandes y heroicas

cualidades. Con todos sus defectos, está claro que considera a su jefe superior a cualquiera de los tiempos viejos o modernos. Incluso en el calor del reproche está dispuesto a testificar su lealtad y su apego personal. Cuando le asedian las calumnias a su comandante o sufre un desaire o indignidad, el leal cronista es rápido en adelantarse y protegerle. En pocas palabras, es evidente que, por mucho que a veces censure a Cortés, no permite que nadie más lo haga.

Bernal Díaz, el niño no instruido de la naturaleza, es un copista de lo más fiel y literal de ella. Transporta las escenas de la vida real mediante una especie de proceso de *daguerrotipo*, si se puede decir así, a sus páginas. Es entre los cronistas lo que De Foe entre los novelistas. Nos introduce en el centro del campamento, nos apiñamos alrededor del vivaque con los soldados, merodeamos con ellos en sus fatigosas marchas, escuchamos sus historias, sus murmullos de descontento, sus planes de conquista, sus esperanzas, sus triunfos, sus desacuerdos. Todas las escenas pintorescas y los incidentes románticos de la campaña se reflejan en sus páginas como en un espejo. El intervalo de cincuenta años no tuvo poder sobre el espíritu del veterano. El fuego de su juventud resplandece en cada línea de su ruda historia y al recordar las escenas del pasado, el recuerdo de sus bravos compañeros que murieron, le da quizá un colorido más cálido a la escena que si hubiera sido realizado en un período anterior. El tiempo, la reflexión y los miedos al futuro, que pueden invadir el ocaso de la vida, no tienen ningún poder sobre las opiniones establecidas de sus primeros días. No tiene dudas sobre el derecho de conquista de la cruz o de la justicia de los rigores infligidos a los nativos. Es todavía el soldado de la cruz y aquellos que cayeron a su lado en la lucha eran mártires de la fe. «¿Dónde están ahora mis compañeros?», pregunta, «¡han

caído en batalla o han sido devorados por los caníbales, o han sido arrojados para cebar a las fieras en sus jaulas! Ellos, cuyos restos debían haber sido reunidos bajo monumentos señalados con sus logros que merecen conmemorarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de Dios y de su Majestad y para dar luz a aquellos que se encontraban en la oscuridad y *también para ganar la riqueza que la mayoría de los hombres codician* ». El último motivo, expresado tardía e incidentalmente, puede que para muchos sea una clave mejor que cualquiera de los anteriores para la conducta de los conquistadores. En cualquier caso, es un ejemplo de la *naïveté* que da un encanto irresistible al antiguo cronista y que, a pesar de sí mismo, abre su corazón, por así decirlo, de par en par al lector.

Puede parecer extraordinario que, después de un intervalo tan largo, recuerde los incidentes de sus campañas con tanta frescura. Pero tenemos que considerar que fueron enormemente extraños y románticos, bien capaces de impresionar una imaginación joven y susceptible. Probablemente fueron repetidos una y otra vez por el veterano a sus familiares y amigos, hasta que cada pasaje de la guerra fue tan familiar para su mente como «el relato de Troya» para el rapsoda griego o las interminables aventuras de Sir Lancelot o de Sir Gawain para el bardo normando. El convertir esta narración en una crónica no fue más que repetirla otra vez.

Los méritos literarios del trabajo son muy humildes, como era de esperar de la condición del escritor. No tiene siquiera el arte de ocultar su propia vanidad vulgar que surge con una ostentación verdaderamente cómica en cada página de la narración. Y, a pesar de eso, debemos tener caridad ante esto, cuando nos damos cuenta de que se realiza sin ninguna disposición a despreciar los méritos de los demás y que su despliegue se puede achacar en parte a la especial

simplicidad del hombre. Honestamente confiesa su debilidad, aunque en realidad para excusarla. «Cuando mi crónica quedó terminada», dice, «la envié a dos licenciados, que estaban deseosos de leer la historia y por los que sentía todo el respeto que un ignorante siente por naturaleza ante un estudioso. Les supliqué, al mismo tiempo, que no hicieran cambio o corrección en el manuscrito, porque todo había sido puesto ahí de buena fe. Cuando leyeron el trabajo, me elogiaron por mi maravillosa memoria. El lenguaje, dijeron, era buen castellano antiguo, sin florituras ni excesos que tanto afectan a nuestros buenos escritores. Pero le señalaron que hubiera estado igual de bien, si no se hubiera alabado a él o a sus compañeros con tanta generosidad en vez de dejárselo a otros. A esto yo contesté que era común para los vecinos y los familiares hablar bien unos de otros, y que si no habláramos bien de nosotros mismos, ¿quién lo haría? ¿Quién presenció nuestras hazañas y nuestras batallas, como no fueran las nubes en el cielo y los pájaros que volaban sobre nuestras cabezas?».

A pesar del encomio generoso que hicieron los licenciados sobre el estilo del autor, éste es de una textura muy casera, abundando en coloquiales barbarismos y aderezado ocasionalmente con agudezas picantes del campamento. Tiene el mérito, sin embargo, de transmitir claramente los pensamientos del escritor y es bien apropiado para el carácter simple de los mismos. Su narración está organizada con menos habilidad de lo que es normal dentro de su oficio y abunda en las digresiones y repeticiones típicas de los cotillas vulgares al contar sus historias. Pero es superfluo criticar siguiendo las reglas del arte, un trabajo que ha sido escrito manifiestamente en la ignorancia total de esas reglas y que por mucho que podamos criticarlo será leído y releído por el estudioso y los eruditos, mientras que composiciones de cronistas más clásicos duermen tranquilamente en sus

estanterías.

¿Dónde se encuentra pues el encanto del trabajo? En el espíritu de verdad que lo invade, que nos muestra las situaciones como fueron y los sentimientos como realmente existieron en el corazón del escritor. Es esto lo que transmite un vivo interés a su historia y que se encuentra más comúnmente en las creaciones de escritores sin cultura que tan sólo se basan en los hechos, que en las del maduro y fastidioso erudito preocupado por el modo de expresarlo.

Por pura casualidad, esta inimitable crónica fue rescatada del olvido en el que han caído tantos trabajos de mayores pretensiones en la Península. Durante más de sesenta años después de su creación, el manuscrito quedó relegado a la oscuridad de una biblioteca privada, hasta que llegó a las manos del padre Alonso Remón, Cronista General de la Orden de la Merced. Tuvo la sagacidad de descubrir, bajo su rudimentaria apariencia exterior, su alto valor para ilustrar la historia de la conquista. Obtuvo la licencia para la publicación del trabajo y bajo sus auspicios apareció en Madrid en 1632, que es la edición usada para la preparación de estos volúmenes.

Notas al pie

¹⁷³ Solís rebaja a este príncipe con el comentario, «que reinó sólo unos días, lo suficiente sin embargo, por su indolencia y su apatía para borrar la memoria de su nombre entre la gente» (*Conquista*, lib. 4, cap. 16). De dónde tomó el historiador de las Indias los colores para este retrato, no puedo conjeturarlo, ciertamente no de las antiguas autoridades que de forma unánime definen el carácter y la conducta del soberano azteca bajo la luz mostrada en este texto. Cortés, que debía conocerle, le describe como «una persona a la que se tenía por muy sabia y valiente», *Relación Segunda de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 166. Véase también Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 29. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 19. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 88. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 16. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 118.

¹⁷⁴ El lector español verá que en la versión en el texto he condensado el original que abunda en tautologías y repeticiones características de las composiciones de la gente rudimentaria.

«Señor nuestro! Ya V. M. sabe como es muerto nuestro N.: ya lo habeis puesto debajo de vuestros pies: ya está en su recogimiento, y es ido por el camino que todos debemos ir y á la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde ni hay ventana, ni luz alguna: ya está en el reposo donde nadie le desasosegará [...] todos estos señores y reyes rigiéron, gobernáron, y gozáron del señorío y dignidad real, y del trono y sitial del imperio, los cuales ordenáron y concertáron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrío y motivo se rige todo el universo, y que no teneis necesidad de consejo de ningun otro. Ya estos dichos dejaron la carga intolerable del gobierno que trajeron sobre sus hombros, y lo dejaron á su sucesor N., el cual por algunos pocos dias tuvo en pie su señoría y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandasteis que fuese y le llamasteis, y por haberle descargado de tan gran carga, y quitado tan gran trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le lográmos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros mas para nunca mas volver al mundo [...]. ¿Quien ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío y reino? ¿Quien elegirá á los jueces particulares, que tengan carga de la gente baja por los barrios? ¿Quien mandará tocar el atambor y el pífano para juntar gente para la guerra? ¿Y quien reunirá y acaudillará á los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? Señor nuestro y amparador nuestro!tenga por bien V. M. de elegir, y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve á cuestras la carga pesada del régimen de la república, regocige y regale á los populares, bien así como la madre regalá a su hijo, poniéndole en su regazo [...] O señor nuestro humanísimo! Dad lumbre y resplandor de vuestra mano á esto reino! [...] Hágase como V. M. fuere servido en todo, y por todo», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. 5.

¹⁷⁵ Los españoles parecen haber cambiado la Qua al comienzo de los nombres aztecas por Gua de la misma manera que en la madre patria cambian el Wad al comienzo de los nombres árabes en Guad (véase Condé, *El Nubiense, Descripción de España*, notas, *passim*). El azteca tzin se añadía a los nombres de los soberanos y de los grandes señores como señal de reverencia. De tal manera Cuitlahua era llamado Cuitlahuatzin. Esta terminación, a menudo perdida por los españoles, se ha mantenido por accidente o quizá gracias a la eufonía en el nombre de Guatemozin.

¹⁷⁶ «Mancebo de hasta veynte y cinco años, bien gentil hombre para ser Indio, y muy esforçado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos tembaluan dél; y estaua casado con vna hija de Monteçuma, bien hermosa muger para ser India», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 130.

¹⁷⁷ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 19.

¹⁷⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 134.

¹⁷⁹ A más de uno le vendrá a la memoria la bella invocación que Racine puso en boca de Joad:

«Venez, cher rejeton d'une vaillante race,
Remplir vos défenseurs d'une nouvelle audace;
Venez du diadème à leurs yeux vous couvrir
Et périssez du moins en roi, s'il faut périr.»
ATHALIE, acte 4, scène 5.

¹⁸⁰ *Relación Tercera* de Cortés, ap. Lorenzana, p. 183.

La mayor parte, aunque no toda, según las autoridades, algo digno de mención, están de acuerdo en esta estimación de las fuerzas españolas.

¹⁸¹ «Y como sin causa ninguna todos los Naturales de Colúa, que son los de la gran Ciudad de Temixtitan, y los de todas las otras Provincias á ellas sujetas, no solamente se habian *rebelado* contra Vuestra Majestad», *ibid.*, *ubi supra*.

¹⁸² *Relación Tercera* de Cortés, ap. Lorenzana, p. 184.

«Porque demas del premio, que les davia en el cielo, se les seguirían en esto mundo grandíssima honra, riquezas inestimables», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 91.

¹⁸³ «Cosa muy de ver», dice el padre Sahagún, sin arriesgar el número preciso, «en la cantidad y en los aparejos que llevaban», *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 12, cap. 30. M.S.

¹⁸⁴ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 20.

¹⁸⁵ *Ibid.*, *ubi supra*.

¹⁸⁶ *Ibid.*, *loc. cit.*

¹⁸⁷ «Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales destas partes y reducillos ó á lo menos desear su salvacion y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe católica: porque si con otra intención se hiciese la dicha guerra seria injusta y todo lo que en ella se oviese Onoloxio é obligado á restitución», *Ordenanzas Militares*, manuscrito.

¹⁸⁸ «É desde ahora protesto en nombre de S.M. que mi principal intención é motivo es facer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe é creencia; y despues por los sozjugar é superditar debajo del yugo é dominio imperial é real de su Sacra Magestad, á quien jurídicamente el Señorío de todas estas partes», *Ordenanzas Militares*, manuscrito.

¹⁸⁹ «Ce n'est qu'en Espagne et en Italie», dice el agudo historiador de las repúblicas italianas, «qu'on reencontré cette habitude vicieuse, absolument inconnue aux peuples protestants, et qu'il ne faut point confondre avec les grossiers juremens que le peuple en tout pays mêle á ses discours. Dans tous les accès de colère des peuples du Midi, ils s'arraquent aux objects de leur culte, ils les menacent, et ils accablent de paroles outrageantes la Divinité elle-même, le Rédempteur ou ses saints», Sismondi, *Republiques Italiennes*, cap. 126.

¹⁹⁰ Lucio Marineo, que presencié todos los funestos efectos de esta propensión nacional en la Corte castellana, donde estaba residiendo por aquel entonces, estalla en el siguiente apóstrofe contra ella: «El jugador es el que dessea y procura la muerte de sus padres, el que jura falso por Dios y por la vida de su Rey y Señor, el que mata á su ánima, y la hecha en el infierno: ¿y que no hará el jugador q no averguenza de perder sus dineros, de perder el tiempo, perder el sueño, perder la fama, perder la honra, y perder finalmente la vida? Por lo cual como ya gran parte de los hombres siempre y donde quiera continuamente juegan, parésceme verdadera la opinion de aquellos que dicen *el infierno estar lleno de jugadores* », *Cosas Memorables de Espagna* (ed. Sevilla, 1539), fol. 165.

¹⁹¹ Estos reglamentos se relatan con mucha uniformidad por Herrera, Solís, Clavijero y otros, pero con una imprecisión tan palpable que está claro que nunca pudieron ver el documento original. La copia que obra en mi poder se tomó de la colección de Muñoz.

¹⁹² Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 127. El primero de los dos historiadores afirma que el número de aliados indios que siguieron a Cortés fue de ochenta mil, ¡el segundo de diez mil! ¿Quién sabe?

¹⁹³ Esta montaña, que con su vecina el Popocatepetl conforma la gran barrera (las *Herculis columnæ*) del valle de México, ha sido comparada, imaginativamente,

por su gran bulto dorsal con la espalda de un dromedario (*Tour in North America*, de Tudor, let. 22). Se eleva muy por encima del límite de las nieves perpetuas en los trópicos y su enorme cresta y laderas, envueltas en su ropaje blanco, forman uno de los objetos más impactantes en el magnífico *coup d'œil* que se les ofrece a los habitantes de la capital.

* En español en el original.

¹⁹⁴ «Y prometimos todos de nunca de ella salir, sin Victoria, ó dejar allí las vidas. Y con esta determinación íbamos todos tan alegres, como si fuéramos á cosa de mucho placer», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 188.

¹⁹⁵ «Y yo torné á rogar, y encomendar mucho a los Españoles, que hiciessen, como siempre habian hecho y como se esperaba de sus Personas; y que nadie no se desmandasse, y que fuessen con mucho concierto, y órden por su Camino», *ibid.*, *ubi supra*.

¹⁹⁶ «É como la Gente de pie venia algo cansada, y se hacia tarde, dormimos en una Poblacion, que se dice Coatepeque [...] É yo con diez de Caballo comenzé la Vela, y Ronda de la prima, y ice, que toda la Gente estuviese muy apercebida», *ibid.*, pp. 188, 189.

¹⁹⁷ Para las páginas precedentes, que relatan la marcha, además de la Carta de Cortés citada tan a menudo, véase Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 121. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 18. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 137. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 10, cap. 20. Ixtlilxochitl, *Relación de la Venida de los Españoles y Principio de la Ley Evangélica* (México, 1829), p. 9.

¹⁹⁸ Véase *Ante*, p. 544.

Las pieles de estos inmolados en la piedra del sacrificio eran una ofrenda común en los templos indios y los sacerdotes enloquecidos celebraban muchas de sus fiestas bailando públicamente ellos mismos embutidos en estos desagradables trofeos de sus víctimas. Véase Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, *passim*.

¹⁹⁹ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 187. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 19.

²⁰⁰ Texcoco, un nombre chichimeca, según Ixtlilxochitl, que significa «lugar de parada o de descanso», porque las diferentes tribus del norte paraban allí al entrar en el Anáhuac. *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 10.

²⁰¹ «La qual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los Españoles, no pudiéramos aposentar bien á placer en ella», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 191.

²⁰² «De tal manera que se quemáron todos los Archivos Reales de toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque

con esto toda la memoria de sus antiguayas y otras cosas que eran como Escrituras y recuerdos perecieron desde este tiempo. La obre de las Casas era la mejor y la mas artificiosa que hubo en esta tierra», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 91.

²⁰³ El historiador Ixtlilxochitl rinde el siguiente gran homenaje a la persona de su real familiar, cuyo nombre era Tecocol. Es extraño que no se encuentre su nombre, a excepción del trabajo de Sahagún, en ningún registro contemporáneo. «Fué el primero que lo fué e Tezcoco, con harta pena de los Españoles, porque fué nobilísimo y los quiso mucho. Fué D. Fernando Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto quanto podia ser cualquier Español por muy blanco que fuese, y que mostraba su persona y término descender, y ser del linage que era. Supo la lengua Castellana, y así casi las mas noches despues de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debía hacer acerca de las guerras», Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 12, 13.

* En español en el original. (N. del T.)

²⁰⁴ La coronación de Tecocol, como de hecho su misma existencia, pasa inadvertida por algunos historiadores y otros la mencionan de una manera tan equívoca, omitiendo su nombre indio, que es muy dudoso si se refiere a otro que no sea su joven hermano Ixtlilxochitl. El cronista texcocano, que lleva este melodioso nombre, es el único que ha dado los detalles de su historia. Le he seguido, por sus conexiones personales y por tener acceso a las mejores fuentes de información, aunque debo confesar que está demasiado dispuesto a tomar cosas por ciertas como para ser siempre la mejor autoridad.

²⁰⁵ «Él respondió, que era por demas ir contra lo determinado por el Dios Criador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y quando se acercaban las profecías de sus Antepasados, que haviase venir nuevas Gentes á poseer la Tierra, como eran los hijos de Quetzatcoatl que aguardaban subvenida de la parte oriental», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 69.

²⁰⁶ «Con que el Rey no supo con que ocacion poderle castigar, porque lo parecieron sus razones tan vivas y fundadas que su parte no habia hecho cosa indebida ni vileza para poder ser castigado, mas tan solo una ferocidad de ánimo; pronóstico de lo mucho que habia de venir á saber por las Armas, y así el Rey dijo, que se fuese á la mano», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 69.

²⁰⁷ *Ibid.*, *ubi supra*.

Entre otras anécdotas registradas de los primeros pasos del joven príncipe hay una que cuenta cómo empujó a su cuidadora a un pozo mientras cogía agua cuando sólo tenía tres años, para castigarla de ciertas conductas impropias que había presenciado. Pero ahorraré al lector el recital de estas asombrosas pruebas de precocidad, ya que es muy probable que su apetito por lo maravilloso no mantenga el paso del de el cronista de Texcoco.

[208](#) *Ante*, p. 204.

Capítulo I

Preparativos en Texcoco. Saqueo de Iztapalapa. Ventajas de los españoles. Sabia política de Cortés. Transporte de los bergantines. 1521

La ciudad de Texcoco era probablemente la mejor posición que Cortés podía haber elegido como cuartel general para su ejército. Proporcionaba todo el alojamiento necesario para asentar a un numeroso grupo de tropas y todas las facilidades para la subsistencia, como es propio en una ciudad grande y poblada¹. Proporcionaba además una multitud de artesanos y trabajadores para uso del ejército. Sus territorios, fronterizos con los de Tlaxcala, ofrecían un medio rápido para el intercambio con el país de sus aliados, mientras que su cercanía con México le permitía al general, sin mucha dificultad, determinar los movimientos en la capital. Su situación central, en pocas palabras, abría facilidades de comunicación con todas las partes del valle y lo convertía en un excelente *point d'appui*^{*} para futuras operaciones.

La primera preocupación de Cortés fue hacerse fuerte en el palacio que se le había asignado, y situar sus cuarteles en estado defensivo, para asegurarse contra la sorpresa no sólo de parte de los mexicanos, sino de los mismos texcocanos. Desde la elección de su nuevo gobernante, una gran parte de la población había vuelto a sus casas, después de asegurárseles protección a ellos y a sus propiedades. Pero el general español, a pesar de sus muestras de sumisión, desconfiaba mucho de su sinceridad, porque sabía que

muchos de ellos estaban íntimamente unidos a los aztecas por matrimonio y otras relaciones sociales, como para no tener simpatías hacia ellos². El joven monarca, sin embargo, parecía completamente de su lado y para protegerle de manera más efectiva, Cortés situó a varios españoles cerca de él, con la misión declarada de instruirle en su lengua y en su religión, aunque en realidad vigilaban su conducta y evitaban la correspondencia con aquellos que pudieran ser enemigos de los intereses españoles³.

Texcoco se encontraba a una media legua del lago. Sería necesario abrir una comunicación con éste para que los bergantines, cuando se montaran en la capital, pudieran botarse en sus aguas. Se propuso, por tanto, cavar un canal que fuera desde los jardines de Nezahualcóyotl, como eran llamados en honor al viejo monarca que los planeó, hasta el borde de las aguas. Para ese propósito, debía ahondarse lo suficiente un pequeño arroyo o riachuelo, que fluía en esa dirección e inmediatamente se destinó a ocho mil trabajadores indios a este gran trabajo, bajo la dirección del joven Ixtlilxochitl⁴.

Mientras tanto, Cortés recibió mensajes de diferentes lugares en la vecindad, proclamando su deseo de convertirse en vasallos de su soberano y de ponerse bajo su protección. El comandante español les pidió a cambio que enviaran a todo mexicano que pusiera pie en sus territorios. Algunos nobles aztecas enviados en misión a estas ciudades fueron, por tanto, entregados en sus manos. Se aprovechó de ellos para utilizarlos como portadores de un mensaje a su señor, el emperador. En él desaprobaba la necesidad de las presentes hostilidades. Aquellos que le habían ofendido más, dijo, no se encontraban ya entre los vivos. Estaba dispuesto a olvidar el pasado e invitaba a los mexicanos a salvar su capital de los horrores del asedio, mediante una rendición a tiempo⁵. Cortés no tenía ninguna esperanza de obtener un

resultado inmediato de este llamamiento. Pero pensó que quizá permanecería en las mentes de los mexicanos y que si había un partido entre ellos dispuesto a tratar con él, quizá les animara mostrando su disposición a cooperar con sus puntos de vista. En este momento, sin embargo, no había división de opiniones en la capital. Toda la población parecía animada como un solo hombre por un espíritu de resistencia.

En páginas anteriores hemos mencionado que el plan de Cortés al entrar en el valle era comenzar las operaciones con la rendición de las ciudades subordinadas antes de atacar la misma capital que, como un buen árbol cuyas raíces han sido cortadas una a una, se quedaría sin apoyo contra la furia de la tempestad. El primer punto de ataque que eligió fue la antigua ciudad de Iztapalapa, un lugar de cincuenta mil habitantes según su propio cálculo y que se encontraba a unas seis leguas de distancia en la estrecha lengua de tierra que divide las aguas del gran lago salado de las del de agua dulce. Era el dominio privado del último soberano de México donde, como el lector podrá recordar, recibió a los hombres blancos la noche antes de su entrada en la capital y les asombró con el despliegue de sus magníficos jardines. A este monarca no le debían ninguna buena voluntad, ya que había dirigido las operaciones de la *noche triste*. Ya no estaba vivo ciertamente, pero la gente de esta ciudad se contagió enormemente de este odio a los extranjeros y eran los vasallos más leales de la corona mexicana.

Una semana después de su llegada a sus nuevos cuarteles, Cortés, dejando la dirección de la guarnición a Sandoval, marchó contra esta ciudad india a la cabeza de doscientos españoles de a pie, dieciocho a caballo y entre tres y cuatro mil tlaxcaltecas. Su ruta recorría la orilla oriental del lago, engarzada con alguna que otra ciudad o aldea o, al contrario que hoy en día, oscurecida con bosques enormes de cipreses

y cedros, y abriéndose de vez en cuando en una ancha extensión desde donde se veía a la reina del valle elevándose gloriosamente sobre las aguas como si fuera orgullosamente consciente de su supremacía sobre las bellas ciudades que la rodeaban. Más allá, la vista seguía la oscura línea de la calzada que conectaba México con la tierra firme y que traía más de un recuerdo amargo para los españoles.

Aceleraron el paso y habiendo llegado a dos leguas de su destino se encontraron una poderosa fuerza azteca, reunida para disputarles el paso. Cortés instantáneamente les presentó batalla. Los bárbaros mostraron su habitual coraje, pero, después de una dura lucha, fueron obligados a dejar paso ante el constante valor de la infantería española, apoyada por la furia desesperada de los tlaxcaltecas, a quienes la visión de los aztecas parecía inflamar casi hasta la locura. El enemigo se retiró en desorden seguido de cerca por los españoles. Cuando estuvieron a media legua de Iztapalapa observaron un número de canoas llenas de indios que parecían estar trabajando sobre la mole que encerraba las aguas del lago salado. Enfrascados en el calor de la persecución les prestaron poca atención y continuando la caza entraron desordenadamente con los fugitivos en la ciudad.

Algunas de las casas se levantaban sobre tierra firme, algunas sobre pilares en el agua. Las primeras habían sido abandonadas por los habitantes, muchos de los cuales habían escapado en canoas por el lago, dejando tras de sí, en su rápida huida, sus efectos. Los tlaxcaltecas se lanzaron inmediatamente sobre las moradas vacías y cargaron con el botín, mientras el enemigo, recorriendo casi toda esta parte de la ciudad, buscó refugio en los edificios erigidos sobre las aguas o entre los juncos que sobresalían de su fondo poco profundo. En las casas también había muchos ciudadanos que se habían entretenido con su mujer y sus niños,

incapaces de encontrar medios de transporte para salir del lugar del peligro.

Cortés apoyado por sus propios hombres y por tantos de los aliados como pudo hacer que obedecieran sus órdenes, atacó al enemigo en este último lugar de su retirada. Ambos bandos lucharon con el agua hasta la cintura. Hubo un encuentro desesperado, en el que los aztecas lucharon con la furia de un tigre acorralado por los cazadores. Todo fue en vano. El enemigo era superado por todas partes. Los ciudadanos compartieron el destino de los soldados y hubo una masacre despiadada que no tuvo en cuenta la edad o el sexo. Cortés se esforzó por detenerla. Pero hubiera sido más fácil atraer a un lobo hambriento de la pieza que estaba devorando que al tlaxcalteca que ya había probado la sangre del enemigo. Más de seis mil incluyendo mujeres y niños, según las afirmaciones del propio conquistador, murieron en la batalla⁶.

Mientras tanto la oscuridad había caído, aunque fue reducida en cierto modo por la luz de las casas ardiendo que las tropas habían prendido en diferentes partes de la ciudad. Su posición insular evitó que las llamas se extendieran de un edificio a otro, pero los bloques solitarios proyectaban un fuerte y refulgente resplandor sobre las cercanías, que hacía la escena todavía más horrorosa. Como la resistencia había terminado, los soldados se abandonaron al pillaje y pronto desvalijaron las moradas de todo artículo portátil de algún valor.

Mientras estaban entretenidos en este trabajo de devastación, se escuchó un murmullo como el del ronco ondular de las aguas y pronto se elevó entre los indios el grito de que los diques se habían roto. Cortés comprendió ahora qué estaban haciendo los hombres que había visto en las canoas trabajando en el malecón que rodeaban la gran cuenca del lago Texcoco⁷. Había sido perforada por los

desesperados indios que de esa manera habían inundado el lugar permitiendo que las aguas del lago salado se esparcieran sobre el nivel inferior a través de la apertura. Muy alarmado, el general juntó a sus hombres y les hizo evacuar rápidamente la ciudad. De haberse quedado tres horas más, dice, no hubiera escapado ni un alma⁸. Llegaron tambaleándose bajo el peso del botín, vadeando con dificultad a través del agua que se elevaba rápidamente a su alrededor. Durante cierta distancia, su camino quedaba iluminado por el resplandor de los edificios ardiendo. Pero, a medida que la luz se extinguió en la distancia, caminaron con paso incierto con el agua a veces hasta las rodillas, a veces hasta la cintura, manteniéndose en pie con la mayor dificultad. A medida que se acercaban a la apertura en el dique, el arroyo se hacía más y más profundo y brotaba con tanta fuerza que los hombres eran incapaces de mantenerse en pie. Los españoles, luchando contra la corriente, se abrieron camino, pero muchos de los indios, que no sabían nadar, fueron arrastrados por las aguas. Todo el botín se perdió. La pólvora se estropeó, las armas y las ropas de los soldados quedaron empapadas de agua salada y el frío viento de la noche al soplar sobre ellos entumeció sus cansados miembros hasta que casi no podían arrastrarles. Al anoecer contemplaron el lago plagado de canoas llenas de indios que habían previsto el desastre y que ahora les recibían con lluvias de piedras, flechas y otros proyectiles mortales. Cuerpos de tropas ligeras, desplegados en la distancia inquietaban los flancos del ejército de la misma manera. Los españoles no tenían ningún deseo de cruzarse con el enemigo. Tan sólo deseaban retornar a sus cómodos cuarteles en Texcoco, donde llegaron ese mismo día, más desconsolados y fatigados que después de muchas largas marchas y más de una dura batalla⁹.

El cierre de la expedición, tan distinto de su brillante

comienzo, decepcionó mucho a Cortés. Sus pérdidas no fueron realmente muy grandes, pero este hecho le convenció de lo mucho que tenía que temer de la resolución de un pueblo que, con un espíritu digno de los antiguos holandeses, estaba dispuesto a enterrar su país bajo las aguas antes que rendirlo. Aun así, el enemigo tenía poco que celebrar, ya que, a parte del número de muertos, habían visto una de sus ciudades más florecientes saqueada y, en parte al menos, en ruinas, una de esas, además, que en sus obras públicas desplegaba lo más parecido a la civilización. ¡Tales son los triunfos de la guerra!

La expedición de Cortés, a pesar de los desastres que había encontrado, fue favorable para la causa española. El destino de Iztapalapa llenó de terror el valle. Las consecuencias pronto se hicieron ver en las comisiones que enviaron diferentes lugares ansiosos por ofrecer su rendición. Su influencia fue visible de hecho más allá de las montañas. Entre otros, el pueblo de Otumba, la ciudad cerca de la que los españoles habían ganado su famosa victoria, ofreció su alianza y pidió la protección de los poderosos extranjeros. Se excusaron, como de costumbre, de haber tomado parte en las anteriores hostilidades echándole la culpa a los aztecas.

Pero la plaza de mayor importancia que pidió su protección en ese momento fue Chalco, situada en el extremo oriental del lago del mismo nombre. Era una antigua ciudad, habitada por una tribu cercana a los aztecas y un día su gran rival. El emperador mexicano, desconfiando de su lealtad había puesto una guarnición dentro de sus murallas para mantenerles controlados. Los gobernantes de la ciudad enviaron en secreto un mensaje a Cortés, proponiéndole ponerse bajo su protección si les ayudaba a expulsar a la guarnición.

El comandante español no lo dudó, sino que

inmediatamente destacó una fuerza considerable bajo las órdenes de Sandoval para este fin. Durante la marcha, su retaguardia, compuesta de tlaxcaltecas, fue atacada duramente por algunas tropas ligeras mexicanas. Pero se tomó revancha en una batalla campal que tuvo lugar con el cuerpo central del enemigo a poca distancia de Chalco. Estaban congregados en una explanada cubierta con verdes cultivos de maíz y de maguey. El campo estaba atravesado por una carretera que hoy en día va de la ciudad antes mencionada a Texcoco¹⁰. Sandoval, cargando contra el enemigo a la cabeza de su caballería, los lanzó al desorden. Pero se reagruparon rápidamente, formaron de nuevo y comenzaron otra vez la batalla con mayor ánimo que nunca. En un segundo intento fue más afortunado y rompiendo por entre sus líneas con una carga desesperada, el bravo caballero consiguió, después de una acalorada pero inefectiva resistencia por su parte, desordenarlos y sacarlos completamente del campo. El ejército conquistador continuó su marcha hasta Chalco, que la guarnición mexicana ya había evacuado y fue recibido en triunfo por los ciudadanos reunidos que parecían ansiosos de dar testimonio de su gratitud por haberles librado del yugo azteca. Después de tomar las medidas que pudo para asegurarse el lugar de forma estable, Sandoval volvió a Texcoco, acompañado por los dos jóvenes señores de la ciudad, hijos del último cacique.

Fueron amablemente recibidos por Cortés y le informaron que su padre había muerto muy anciano hacía poco. Con su último suspiro expresó su penar por no haber vivido para ver a Malinche. Creía que los hombres blancos eran los seres predichos por el oráculo y que un día llegarían de oriente para tomar posesión de la tierra¹¹ y les impuso a sus hijos que en caso de que los extranjeros volvieran al valle les rindieran homenaje y alianza. Los jóvenes caciques

expresaron su disposición de hacerlo, pero como esto podría traer sobre ellos la venganza de los aztecas imploraron al general que les proporcionara una fuerza suficiente para su protección¹².

Cortés recibió peticiones similares de varias ciudades, que estaban dispuestas, si podían hacerlo con seguridad, a quitarse el yugo azteca. Pero no estaba en posición de poder cumplir con su petición. Ahora sentía más que nunca la insuficiencia de medios para su misión. «Le aseguro a su Majestad», escribe en su carta al emperador, «la mayor intranquilidad que siento después de todos mis trabajos y fatigas es por la incapacidad de socorrer y apoyar a nuestros amigos indios, los leales vasallos de su Majestad»¹³. Lejos de disponer de una fuerza capaz de esto, tenía escasamente lo justo para su propia protección. Su vigilante enemigo tenía la vista puesta en todos sus movimientos y en caso de que le faltara fuerza, por haber enviado demasiados destacamentos o por emplearlos a una distancia demasiado grande, se aprovecharían rápidamente de ello. Sus únicas expediciones hasta el momento habían sido en los alrededores, donde las tropas, después de asestar un golpe repentino y decisivo, podían volver enseguida a sus cuarteles. Allí se mantenía la vigilancia más extrema y los españoles vivían en constante espera de un ataque, como si el campamento estuviera montado bajo las murallas de México.

En dos ocasiones el general había salido enfrentándose con el enemigo en los alrededores de Texcoco. Una vez mil canoas, llenas de aztecas, cruzaron el lago para recolectar una enorme cosecha de maíz casi maduro en sus fronteras. Cortés pensó que era importante asegurárselo para él. Por tanto, marchó y presentó batalla al enemigo, expulsándoles del campo y barriendo la rica cosecha para los graneros de Texcoco. En otra ocasión un fuerte grupo de mexicanos se había establecido en algunas ciudades vecinas leales a sus

intereses. Cortés, saliendo de nuevo, les desalojó de sus cuarteles, les venció en varias escaramuzas y devolvió las plazas a la obediencia. Pero estas empresas demandaban todos sus recursos y le dejaban sin poderse permitir nada para sus aliados. En esta emergencia, su fructífero genio le sugirió un recurso para suplir la escasez de sus medios.

Algunas de las ciudades aliadas fuera del valle, observando los numerosos fuegos encendidos en las montañas, dedujeron que los mexicanos debían haber reunido una enorme fuerza y que los españoles debían estar duramente asediados en sus nuevos cuarteles. Enviaron mensajeros a Texcoco expresando sus temores y ofreciendo refuerzos que el general al partir había declinado. Él les agradeció enormemente la ayuda ofrecida, pero, aunque la rechazaba para sí mismo por ser innecesaria, les indicó de qué manera sus servicios podían ser útiles para la defensa de Chalco y otras plazas que habían solicitado su protección. Sin embargo, sus aliados indios tenían mortales enemistades con estos lugares, cuyos habitantes habían luchado demasiado a menudo bajo el estandarte azteca, como para verse envueltos repetidamente en guerras más allá de las montañas.

Cortés se dispuso de todo corazón a reconciliar estas diferencias. Les dijo a los bandos hostiles que debían estar dispuestos a olvidar sus correspondientes afrentas, ya que habían entrado en nuevas relaciones. Ahora eran vasallos del mismo soberano, embarcados en una misma empresa contra el formidable enemigo que tanto tiempo les había aplastado. Individualmente podían hacer poco, pero unidos podían protegerse uno a otro sus debilidades y mantener al enemigo a raya hasta que los españoles pudieran venir en su ayuda. Estos argumentos finalmente prevalecieron y el diplomático general tuvo la satisfacción de ver a las briosas y hostiles tribus olvidar la rivalidad que tanto tiempo habían

conservado y renunciando al placer de la venganza, tan querido por los bárbaros, abrazarse como amigos y campeones de una misma causa. A esta sabia política debe el comandante español tanto de sus posteriores éxitos como a sus armas¹⁴.

De esta manera los cimientos del imperio mexicano se deshacían a cada momento a medida que sus grandes vasallos alrededor de la capital, en quienes más confiaban, abandonaban uno tras otro su alianza. Los aztecas, estrictamente hablando, eran una pequeña parte de la población del valle. Ésta estaba compuesta principalmente de tribus afines, miembros de la misma gran familia de los náhuatl, que habían llegado a la meseta prácticamente al mismo tiempo. Eran rivales mutuos y fueron reducidos uno tras otro por los mexicanos, más guerreros, que les mantenían subyugados a menudo por la fuerza abierta, siempre por el miedo. El miedo era el gran principio de cohesión que unía a los discordantes miembros de la monarquía y esto se estaba ahora disolviendo rápidamente ante la influencia de un poder más fuerte que el de los aztecas. Esta no era la primera vez, ciertamente, que las razas intentaban recuperar la independencia. Pero todos esos intentos habían fracasado por falta de coordinación. Estaba reservado al genio de mando de Cortés el extinguir sus antiguas rivalidades hereditarias y, combinando sus dispersas fuerzas, infundirles un principio común de acción¹⁵.

Animado por el estado de las cosas, el general español pensó que era un momento favorable para presionar sus negociaciones con la capital. Se aprovechó de la presencia de algunos nobles mexicanos, tomados prisioneros en la última acción con Sandoval, para enviar otro mensaje a su señor. Era en esencia una repetición del primero con una renovada garantía de que si la ciudad volvía a su alianza con la corona

española, se confirmaría la autoridad de Guatemozin y se respetaría a sus súbditos y a sus propiedades. No hubo contestación a esta comunicación. El joven emperador indio tenía el espíritu tan intrépido como el de Cortés. Sobre su cabeza habían recaído todos los efectos de ese sistema de gobierno vicioso heredado de sus antecesores. Pero como veía su imperio resquebrajarse bajo sus pies, intentó levantarlo con su propia energía y recursos. Se anticipó a la desertión de algunos de sus vasallos estableciendo guarniciones dentro de sus murallas. Con otros se reconcilió eximiéndoles de los tributos o aligerando enormemente sus cargas o elevándoles a puestos de honor y autoridad en el Estado. Mostró al mismo tiempo su implacable animosidad hacia los cristianos, ordenando que cualquiera que fuera capturado dentro de sus dominios fuera enviado inmediatamente a la capital, donde se le sacrificaba con todas las ceremonias bárbaras prescritas por el ritual azteca¹⁶.

Mientras esto sucedía, Cortés recibió la bienvenida noticia de que los bergantines estaban terminados y esperando ser transportados hasta Texcoco. Destacó un grupo para la misión, que constaba de doscientos españoles a pie y quince a caballo, que puso bajo las órdenes de Sandoval. Este caballero había ido ascendiendo día a día en la estimación tanto del general como del ejército. Aunque era uno de los oficiales más jóvenes en el servicio, poseía una cabeza fría y un juicio maduro que le hacía apropiado para las misiones más delicadas y difíciles. Verdaderamente, había otros, como Alvarado y Olid, por ejemplo, cuya intrepidez les hacía igualmente competentes para lograr un brillante *coup-de-main**. Pero el coraje de Alvarado llegaba demasiado a menudo hasta la temeridad o era pervertido por la pasión, mientras que Olid, oscuro y dubitativo en su carácter, no era de completa confianza. Sandoval era de Medellín, el lugar de

nacimiento del mismo Cortés. Estaba íntimamente unido a su comandante y se había mostrado en todas ocasiones digno de su confianza. Era un hombre de pocas palabras, mostrando su valía más bien por sus hechos que por lo que decía. Su honesto comportamiento de soldado le hizo un favorito entre las tropas y tenía influencia incluso entre los enemigos. Desgraciadamente, murió en la flor de la vida. Pero mostró talento y habilidades militares que, de haber vivido más, hubieran colocado su nombre en la lista de los grandes capitanes de su nación.

La ruta de Sandoval le llevaba hasta Zoltepec, una pequeña ciudad donde había tenido lugar la masacre de cincuenta españoles que ya hemos mencionado. El caballero tenía órdenes de encontrar a los culpables si era posible y castigarlos por su participación en la acción.

Cuando los españoles llegaron al lugar encontraron que los habitantes, que ya habían visto su llegada, habían huido. En los templos abandonados descubrieron abundantes restos de la suerte de sus compatriotas, ya que, además de sus armas y ropas, y las pieles de sus caballos, se encontraron las cabezas de varios soldados preparadas de tal manera que pudieran conservarse, suspendidas como trofeos de victoria. En el edificio contiguo marcado con carboncillo en la pared encontraron la siguiente inscripción en castellano: «En este lugar el desgraciado Juan Yuste, con muchos otros de su compañía, estuvo prisionero»¹⁷. Este caballero era uno de los seguidores de Narváez y había venido con él al país en busca de oro, pero en su lugar había encontrado una muerte oscura y poco gloriosa. Los ojos de los soldados se llenaron de lágrimas al contemplar el lúgubre registro y sus pechos se hincharon de indignación al pensar en el horrible destino de los cautivos. Afortunadamente, los habitantes no se encontraban frente a ellos. Algunos pocos que posteriormente cayeron en sus manos fueron marcados

como esclavos. Pero la mayor parte de la población, que se arrojó de la manera más abyecta suplicando la misericordia de los españoles y echándole la culpa del asunto a los aztecas, fueron perdonados por el comandante español por piedad y desprecio¹⁸.

Después de esto continuó la marcha, pero apenas había cruzado las fronteras de la república cuando divisó las banderas al viento del convoy que transportaba los bergantines abriéndose camino a través de los desfiladeros de las montañas. Grande fue su satisfacción ante el espectáculo, porque había temido un retraso de varios días en Tlaxcala antes de que se completaran los preparativos para la marcha.

Había en total trece barcos de diferentes tamaños. Habían sido contruidos bajo la dirección del experimentado constructor de barcos Martín López, ayudado por tres o cuatro carpinteros españoles y los aliados nativos, algunos de los cuales mostraron no poca habilidad en la imitación. Los bergantines, una vez terminados, se habían probado en las aguas del Zahuapan. Después fueron desmontados y como López estaba impaciente por el retraso, las diferentes partes, las maderas, anclas, objetos de hierro, velas y el cordaje fue puesto a hombros de *tamames*, y bajo una escolta militar numerosa ya estaban bien avanzados en el camino a Texcoco¹⁹. Sandoval despidió a una parte del convoy indio por ser innecesario.

Se quedó con veinte mil soldados dividiéndolos en dos grupos iguales para la protección de los *tamames* en el centro²⁰. Su pequeño grupo de españoles se distribuyó de la misma manera. Los tlaxcaltecas en la vanguardia marchaban bajo las órdenes de un jefe que se enorgullecía del nombre de Chichimecatecl. Por alguna razón Sandoval después cambió el orden de marcha y colocó a esta división en la retaguardia, un cambio que ofendió enormemente al

aguerrido guerrero que la lideraba, quien reclamaba su derecho al frente, el lugar que él y sus antepasados siempre habían ocupado por ser el puesto de peligro. Se apaciguó algo al asegurarle Sandoval que era precisamente por esa razón por la que había sido trasladado a la retaguardia, el lugar donde era más probable que fueran atacados por el enemigo. Pero incluso entonces quedó enormemente insatisfecho al saber que el comandante español marcharía a su lado, temiendo, parece ser, que cualquier otro compartiera los laureles con él.

Lenta y dificultosamente, trabados con su pesada carga, las tropas se abrieron camino por los empinados promontorios y los duros pasos de montaña, ofreciendo, se puede suponer en su larga línea de marcha, más de un punto vulnerable para el enemigo. Pero aunque vieron de vez en cuando varios grupos pequeños de guerreros sobre sus flancos y la retaguardia, que les vigilaban, mantuvieron una respetuosa distancia, sin atreverse a enfrentarse con un enemigo tan formidable. Al cuarto día la caravana de guerreros llegó sana y salva frente a Texcoco.

Su llegada fue contemplada con alegría por Cortés y los soldados que la saludaron como la señal del pronto final de la guerra. El general, acompañado de sus oficiales, todos vestidos con sus mejores galas, salió a dar la bienvenida al convoy. Se extendía por un espacio de dos leguas y su avance era tan lento que pasaron seis horas antes de que las últimas filas entraran en la ciudad²¹. Los jefes tlaxcaltecas desplegaron la habitual magnificencia de vestimenta y las filas completas de la flor y nata de sus guerreros hicieron una brillante aparición. Marchaban al son del atabal y la corneta y a medida que atravesaban las calles de la capital, entre las aclamaciones de la soldadesca, hicieron que la ciudad vibrara con los gritos de «¡Castilla y Tlaxcala, larga vida a nuestro soberano el emperador!»²².

«¡Fue algo maravilloso», exclama el conquistador en sus cartas, «que pocos han visto o siquiera han oído hablar, este transporte de trece barcos de guerra a hombros de hombres, durante casi veinte leguas por las montañas!»²³. Fue realmente un logro espectacular que no es fácil de igualar en la historia antigua o en la moderna, que tan sólo alguien con el genio de Cortés podía haber ideado, o con un espíritu tan temerario como el suyo podía haber realizado con tanto éxito. Difícilmente podía haber previsto, cuando ordenó la destrucción de la flota con la que entró por primera vez en el país y con su habitual previsión ordenó que se guardaran los aparejos de hierro y las jarcias, los importantes usos para los que estaban reservados. Tan importantes que de guardarlos se puede decir que dependía el éxito de esta gran empresa²⁴.

Saludó a sus aliados indios con la mayor cordialidad, manifestándoles lo que apreciaba sus servicios con esos honores y atenciones que sabía que serían más gratos a sus ambiciosos espíritus. «Venimos», exclamaron los duros guerreros, «a luchar bajo tu estandarte, para vengar nuestras afrentas comunes o a morir a tu lado». Y con su habitual impaciencia, le urgieron a que les guiara inmediatamente contra el enemigo. «Esperad», replicó el general, sin rodeos, «hasta que hayáis descansado y tendréis las manos llenas»²⁵.

Notas al pie

* En francés en el original. (N. del T.)

¹ «Así mismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el Ejército y Guarniciones de Gente que andaban en favor de Cortés, y así hizo traer á la Ciudad de Tezcuco el Maiz que habia en las Troxes y Graneros de las Provincias sugetas al Reyno de Tezcuco», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 91.

² «No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus Enemigos, y los de esta Ciudad eran todos Deudos y Parientes mas cercanos, mas despues el tiempo lo desengaño, y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl, y de todos», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 92.

³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 137.

⁴ *Ibid.*, *ubi supra*. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 91.

⁵ «Los principales, que habian sido en hacerme la Guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasado fuesse pasado, y que no quisiessen dar causa á que destruyesse sus Tierras, y Ciudades, porque me pesaba mucho de ello», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 193.

⁶ «Murieron de ellos mas de seis mil ánimas, entre Hombres, y Mugerres, y Niños; porque los Indios nuestros Amigos, vista la Victoria, que Dios nos daba, no entendian en otra cosa, sino matar á diestro y á siniestro», *ibid.*, p. 195.

⁷ «Estándolas quemando, pareció que Nuestro Señor me inspiró, y trujo á la memoria la Calzada, ó Presa, que habia visto rota en el Camino, y representóseme el gran daño, que era», *ibid.*, *loc. cit.*

⁸ «Y certifico á Vuestra Majestad, que si aquella noche no pasaramos el Agua, ó aguardaramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de Agua, sin tener paso por parte ninguna», *ibid.*, *ubi supra*.

⁹ La misma carta al emperador es tan completa y precisa que es la mejor autoridad para este evento. La historia la relata también Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 138. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 18. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 92. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 2, *et auct. aliis*.

¹⁰ Lorenzana, p. 199, nota.

¹¹ «Porque ciertamente sus antepassados les auian dicho, que auian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hazia donde sale el Sol, y que por las cosas que han visto, eramos nosotros», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 139.

¹² *Ibid.*, ubi supra. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 200. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 122. *Venida de los Españoles*, p. 15.

¹³ «Y certifico á Vuestra Magestad, allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga, que tenia, era no poder ayudar, y socorrer á los Indios nuestros Amigos, que por ser Vasallos de Vuestra Magestad, eran molestados y trabajados de los Culúa», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 204.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 204, 205. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 19.

¹⁵ Oviedo, en su admiración por su héroe, estalla en el siguiente panegírico sobre su política, su prudencia y su ciencia militar que, como verdaderamente predice, debería hacer su nombre inmortal. Es un bello ejemplo del estilo del sagaz y antiguo cronista.

«Sin dubda alguna la habilidad y esfuerzo, é prudencia de Hernando Cortés mui dignas son que entre los caballeros, é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriven del capitan Viriato nuestro Español y Estremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas de aquel espejo de caballeria Julio César dictador, como parece por sus comentarios, é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escriviéron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un Mundo nuevo, é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable, é tan bárbara e bellicosa, é apacentada en carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él ó á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires é tan desviado é lejos de socorro é de su príncipe, cosas son de admiración», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 20.

* En francés en el original. (N. del T.)

¹⁶ Guatemozin acudió en esta difícil situación, entre otros jefes a Tangapan, señor de Michoacán, un estado independiente y poderoso del oeste que nunca había sido subyugado por el ejército azteca. Los informes que el emperador azteca le dio, a través de sus embajadores de los hombres blancos, eran tan alarmantes, según Ixtlilxochitl, quien cuenta la historia, que la hermana del rey voluntariamente se dejó morir de hambre por temor a la llegada de los terribles extranjeros. Su cuerpo fue depositado, como de costumbre, en las cámaras reservadas para la casa real hasta que se pudieran hacer los preparativos para incinerarla. Al cuarto día los ayudantes que estaban encargados de ella quedaron asombrados al ver que el cadáver mostraba signos de volver a la vida. La princesa, reestablecida, recuperando el habla, pidió la presencia de su hermano. A su llegada, le imploró que no pensara siquiera en dañar ni un pelo de las cabezas de los misteriosos visitantes. Se le había permitido, dijo, ver el destino de los difuntos en el otro mundo. Había contemplado las almas de todos sus antepasados

revolviéndose en un fuego eterno, mientras que las de aquellos que abrazaron la fe de los extranjeros estaban en la gloria. Como prueba de la verdad de sus afirmaciones añadió que su hermano vería en la gran fiesta que se acercaba a un joven guerrero armado con una antorcha más brillante que el sol en una mano y una espada en llamas en la otra, como la que llevaban los hombres blancos, pasando de este a oeste sobre la ciudad.

El historiador no nos cuenta si el monarca esperó a la visión o la contempló. Pero, basándose quizá en el milagro de la resurrección como una garantía suficiente, disolvió una poderosa fuerza que había reunido en las llanuras de Avalos para apoyar a su hermano de México.

Esta narración, con abundantes incidentes secundarios, que no es necesario repetir, fue conmemorada en un registro pictórico michoacano y contada al mismo historiador mexicano por el nieto de Tangapan (véase Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 91). Sea quien sea quien se la contó, no es difícil distinguir en ella los mismos píos dedos que crearon tantas saludables leyendas para el bien de la iglesia en el viejo continente y que ahora encuentran en la credulidad del nuevo una rica cosecha para el mismo trabajo piadoso.

¹⁷ «Aquí estuvo preso el sin ventura de Ju-a Iuste c-o otros muchos que traia en mi compañía», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 140.

¹⁸ *Ibid.*, *ubi supra*. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 19. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 206.

¹⁹ «Y despues de hechos por órden de Cortés, y probados en el rio que llaman de Tlaxcalla Zahuapan, que se atajó para probarlos los bergantines, y los tornáron á desbaratar por llevarlos á cuestras sobre hombros de los de Tlaxcalla á la ciudad de Tetzcuco, donde se echáron en la laguna, y se armáron de artillería y municion», Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

²⁰ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 207.

Bernal Díaz dice dieciséis mil (*ibid.*, *ubi supra*). Hay una maravillosa concordancia entre varios escritores castellanos sobre el número de las fuerzas, el orden de marcha y los hechos que ocurrieron en él.

²¹ «Estendíase tanto la Gente, que dende que los primeron comenzáron á entrar, hasta que los postreros hobiéron acabado, se pasáron, mas de seis horas; sin quebrar el hilo de la Gente», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 208.

²² «Dando voces y silvos y diciendo: Viua, viua el Emperador, nuestro Señor, y Castilla, Castilla y Tlascala, Tlascala» (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 140). Para los detalles sobre la expedición de Sandoval, véase también Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 19. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 124. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 84. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 92. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib.

I, cap. 2.

²³ «Que era cosa maravillosa de ver, y assí me parece que es de oír, llevar trece Fustas diez y ocho leguas por Tierra» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 207). «En rem Romano populo», exclama Mártir, «quando illustrius res illorum vivebant, no facilem!», *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 8.

²⁴ Hay registrados dos memorables ejemplos de un transporte similar de barcos por tierra, uno en la antigüedad, el otro en la historia moderna y ambos, curiosamente, en el mismo lugar, Tarentum, en Italia. El primero ocurrió en el asedio de la ciudad por Anibal (véase *Polybius*, lib. 8); el segundo, unos diecisiete siglos después, realizado por el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba. Pero la distancia que fueron transportados era ínfima. Un ejemplo más cercano es el de Balboa, el valiente descubridor del Pacífico. Hizo los preparativos para transportar cuatro bergantines a través de una distancia de veintidós leguas por el istmo de Darién, una fabulosa labor que no fue completamente exitosa ya que sólo dos llegaron a su destino (véase Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 2, cap. 11). Esto tuvo lugar en 1516 cerca de donde estaba Cortés y puede haber inspirado a su emprendedor espíritu la primera idea de su empresa, que fue más grande y con mayor éxito.

²⁵ «Y ellos me dijéron, que trahían deseo de se ver con los de Culúa, y que viesse lo que mandaba, que ellos, y aquella Gente venian con deseos y voluntad de se vengar, ó morir con nosotros; y yo les dí las gracias, y les dije, que reposassen, y que presto les daría las manos llenas», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 208.

Capítulo II

Cortés hace un reconocimiento de la capital. Ocupa Tacuba. Escaramuzas con el enemigo. Expedición de Sandoval. Llegada de refuerzos. 1521

En el transcurso de tres o cuatro días, el general español proporcionó a los tlaxcaltecas la oportunidad que tanto codiciaban y permitió a sus bullentes ánimos desatar su euforia en operaciones activas. Había meditado durante algún tiempo una expedición para reconocer la capital y sus alrededores y de camino castigar ciertos lugares que le habían enviado insultantes mensajes de desafío y que eran especialmente activos en sus hostilidades. Expuso su decisión tan sólo a algunos de sus principales oficiales porque desconfiaba de los texcocanos, de quienes sospechaba que estaban en correspondencia con el enemigo.

A comienzos de primavera, abandonó Texcoco a la cabeza de trescientos cincuenta españoles y todas las fuerzas de sus aliados. Se llevó con él a Alvarado y Olid y confió el cuidado de la guarnición a Sandoval. Cortés había tenido ya experiencia práctica de la incompetencia del primero de estos caballeros para un puesto delicado durante su breve pero desastroso gobierno de México.

Pero todas las precauciones no habían podido ocultar sus intenciones al vigilante enemigo, cuyos ojos espían todos sus movimientos, parecían incluso adivinar sus pensamientos y estar preparado para frustrar su ejecución. No había avanzado más de unas leguas cuando fue interceptado por un considerable grupo de mexicanos, que

se habían reunido para disputarle el avance. Siguió una reñida reyerta en la que se rechazó al enemigo del campo de batalla y el camino quedó abierto para los cristianos. Tomaron una ruta tortuosa hacia el Norte y su primer lugar de ataque fue la ciudad insular de Xaltocan, situada en el extremo norte del lago del mismo nombre, ahora llamado San Cristóbal. La ciudad estaba completamente rodeada por agua y comunicada con tierra firme por medio de calzadas de la misma manera que la capital mexicana. Cortés, cabalgando a la cabeza de la caballería, avanzó por el dique hasta que se vio obligado a detenerse al encontrar una ancha abertura en el mismo por la que las aguas descendían de tal manera que hacían impracticable, no sólo para los caballos, sino para la infantería. El lago estaba cubierto de canoas, llenas de guerreros aztecas que, anticipándose al movimiento de los españoles, habían acudido en ayuda de la ciudad. En ese momento iniciaron una furiosa descarga de piedras y flechas sobre los atacantes, mientras que ellos mismos estaban bastante bien protegidos de los mosquetes del enemigo con baluartes ligeros con los que habían protegido para ese propósito sus canoas.

Las duras andanadas de los mexicanos causaron algunas serias heridas entre los españoles y sus aliados y comenzaron a desordenarles, apelonados como se encontraban en la estrecha calzada, sin posibilidad de avanzar, cuando Cortés ordenó la retirada. Esto fue seguido de una nueva tempestad de proyectiles, acompañada de provocaciones y fieros aullidos de desafío. El grito de batalla de los aztecas, como el chillido de guerra de los indios de norteamérica, era una descorazonadora nota, según reconoce el propio conquistador en los oídos de los españoles²⁶. En este momento, el general afortunadamente obtuvo información por parte de un desertor, uno de los aliados mexicanos, de un vado por el que el ejército podía

atravesar el llano lago y entrar en el lugar. Inmediatamente destacó la mayor parte de la infantería para la misión, apostándose él mismo con el resto y con los caballos a la entrada del paso para cubrir el ataque y evitar cualquier interrupción desde la retaguardia.

Los soldados bajo la dirección del guía indio vadearon el lago sin mucha dificultad, aunque en algunos lugares el agua les llegaba hasta la cintura. Mientras pasaban fueron acosados por proyectiles enemigos, pero cuando ganaron tierra firme se tomaron amplia venganza y rápidamente pasaron a todos los que se resistieron por la espada. La mayor parte, junto con los aldeanos, huyeron en canoas. El lugar fue abandonado al pillaje. Las tropas encontraron en él muchas mujeres que habían sido abandonadas a su destino y éstas, junto con una considerable cantidad de prendas de algodón, oro y artículos de comida, cayeron en manos de los vencedores, que prendiendo fuego a la ciudad abandonada y volvieron triunfantes junto a sus camaradas²⁷.

Continuando su tortuosa ruta, Cortés se presentó sucesivamente ante otras tres plazas, todas ellas igualmente abandonadas por los habitantes anticipándose a su llegada²⁸. La principal de éstas, Azcapozalco, había sido antiguamente la capital de un estado independiente. Ahora era el gran mercado de esclavos de México, donde se traía a los desgraciados prisioneros y eran expuestos para la venta pública. También era la zona ocupada por los joyeros y el lugar de donde los españoles obtuvieron los orfebres que fundieron los ricos tesoros recibidos de Montezuma. Pero tan sólo encontraron una pequeña cantidad de metales preciosos y ni siquiera de objetos de valor, ya que la gente había tenido cuidado de retirar todas sus cosas. Respetaron los edificios teniendo en consideración que no habían encontrado ninguna resistencia.

Por la noche las tropas dormían en campo abierto

manteniendo la más estricta vigilancia ya que el país estaba levantado en armas y los fuegos ardían en todas las colinas, mientras que se divisaban ocasionalmente oscuras masas de enemigos en la distancia. Los españoles estaban atravesando ahora la región más opulenta del Anáhuac. Había ciudades y aldeas esparcidas por las colinas y los valles, que tenían cultivos que florecían a su alrededor, que ofrecían prueba de una densa e industriosa población. En el centro de esta brillante circunferencia se encontraba la metrópolis india, con su magnífica tiara de pirámides y templos, arrancando la mirada del soldado de cualquier otro objeto mientras rodeaban las orillas del lago. Cada palmo del terreno que pisaba el ejército les era familiar, familiar como las escenas de la infancia, aunque con asociaciones completamente diferentes, ya que se había escrito en sus memorias con letras de sangre. A la derecha se elevaba la colina de Montezuma, coronada con el *teocalli* bajo cuyo techo se habían reunido los destrozados restos del ejército el día después de su huida de la capital. Enfrente se encontraba la ciudad de Tacuba, a través de cuyas inhóspitas calles habían huido corriendo con miedo y consternación, y al este de ella se extendía la triste calzada.

El propósito del general era marchar inmediatamente sobre Tacuba y establecer por el momento su cuartel general en la antigua capital. Encontró una poderosa fuerza acampada en su interior, preparada para disputarle la entrada. Sin esperar su avance, cabalgó al galope contra ellos con su pequeño cuerpo de caballería. Los arcabuceros y ballesteros abrieron un vivo fuego contra los flancos extendidos y la infantería armada con las espadas y las lanzas con punta de cobre, apoyados por batallones indios, siguieron el ataque de los caballos con una presteza que puso pronto al enemigo en fuga. Los españoles normalmente comenzaban el ataque con una carga de caballería. Pero si la

ciencia de los aztecas hubiera sido igual a su coraje podían haber inclinado la balanza de la batalla, alguna que otra vez al menos, a su favor ya que con esa misma formidable arma los montañeros suizos, en un período de la historia tan sólo un poco anterior a éste, destruyeron y desbarataron completamente la famosa *ordonnance** de Carlos el Intrépido, la mejor caballería de su época. Pero los bárbaros ignoraban el valor de este arma a la hora de oponerse a la caballería. Y de hecho la apabullante aparición de los caballos de guerra y de su jinete todavía tenía un poder misterioso sobre sus imaginaciones que contribuía, quizá tanto como la misma fuerza de la caballería, a su turbación. Cortés guió a sus tropas sin más oposición hasta las afueras de Tacuba, el antiguo Tlacopán, donde se detuvo para pasar la noche.

La mañana siguiente encontró a los infatigables aztecas de nuevo en armas y en campo abierto delante de la ciudad preparados para ofrecerle batalla. Marchó contra ellos y, después de una acción duramente disputada, aunque de no mucha duración, los derrotó de nuevo. Huyeron en dirección a la ciudad pero fueron perseguidos por las calles a punta de lanza y obligados, junto con los habitantes, a evacuar la plaza. La ciudad fue entregada al pillaje y los aliados indios, no contentos con saquear las casas de todo lo que se pudiera sacar de ellas, las prendieron fuego, con lo que en poco tiempo un barrio de la ciudad, las viviendas más humildes probablemente, construidas con materiales ligeros y combustibles, estaba en llamas. Cortés y sus tropas hicieron todo lo que estuvo en sus manos para detener el incendio, pero los tlaxcaltecas eran una raza fiera, que no se dejaba guiar fácilmente en ningún momento, y cuando sus pasiones se encendían, era imposible, incluso para el mismo general, controlarlas. Era un temible ayudante y, debido a su insubordinación, a veces tan terrible para el amigo como para el enemigo²⁹.

Cortés propuso quedarse en sus actuales cuarteles generales unos días, durante los cuales estableció su residencia en el antiguo palacio de los señores de Tlacopán. Era un largo conjunto de edificios bajos, como la mayoría de las residencias reales del país, y ofrecía buen alojamiento para las fuerzas españolas. Durante su parada aquí, no hubo un día en el que el ejército no se enzarzara en uno o más encuentros con el enemigo. Concluyeron casi de forma uniforme a favor de los españoles, aunque prácticamente con los mismos daños para ellos que para sus aliados. Uno de los encuentros, de hecho, estuvo a punto de terminar con consecuencias mucho más fatales.

El general español, en el calor de una persecución, se había convertido en un señuelo en la gran calzada, la misma que en cierto momento había sido tan fatal para su ejército. Siguió al enemigo en retirada, hasta que alcanzó el extremo más cercano del puente, que había sido reparado desde la desastrosa acción de la *noche triste*. Cuando siguió adelante, los aztecas, con la rapidez del rayo, se volvieron contra él y observó un gran refuerzo en su retaguardia, todos frescos, preparados para apoyar a sus compatriotas. Al mismo tiempo, miríadas de botes, que no habían visto en el calor de la persecución, parecieron surgir como por arte de magia, cubriendo las aguas alrededor. Los españoles quedaron expuestos a una verdadera granizada de proyectiles, tanto desde la calzada como desde el lago, pero se mantuvieron inamovibles contra la tempestad, cuando Cortés, dándose cuenta demasiado tarde de su error, dio órdenes de retirada. Lentamente y con admirable frialdad, sus hombres retrocedieron paso a paso, ofreciendo un frente resuelto al enemigo³⁰. Los mexicanos avanzaron con su habitual vocerío, haciendo que en las orillas resonase el eco de sus gritos de guerra y golpeando a los españoles con sus picas y con los mástiles a los que habían atado las espadas

arrebatadas a los cristianos. Un caballero llamado Volante, que llevaba el estandarte de Cortés, fue derribado bajo una de estas armas y al caer al lago le recogieron los botes mexicanos. Era un hombre de constitución musculosa y mientras el enemigo le estaba sacando, consiguió liberarse de sus manos y agarrando los colores en su mano en un desesperado intento saltó de nuevo a la calzada. Finalmente, tras una dura lucha, en la que muchos españoles resultaron heridos y muchos de los aliados muertos, las tropas recuperaron el terreno, donde Cortés con todo el corazón dio gracias al cielo por lo que bien podía entender como una salvación providencial³¹. Fue una lección saludable, aunque no la debería haber necesitado después de lo sucedido en Iztapalapa, para advertirle de las astutas tácticas de su enemigo.

Uno de los objetivos principales de Cortés en esta expedición era conseguir una entrevista, si era posible, con el emperador azteca, o con alguno de los grandes señores de su Corte, e intentar otros medios para lograr un acuerdo que evitara el uso de las armas. Se le presentó la oportunidad para esa negociación cuando sus fuerzas se enfrentaban un día a las del enemigo, con un puente destrozado entre medias. Cortés, avanzando al frente de su gente, sugirió mediante señas sus intenciones pacíficas y que deseaba conferenciar con los aztecas. Respetaron la señal y, con la ayuda del intérprete, solicitó que si había algún gran jefe entre ellos se adelantara y mantuviera una negociación con él. Los mexicanos replicaron con burla que todos eran jefes y le ofrecieron que dijera abiertamente lo que tuviera que contarles. Como el general no respondió, preguntaron que por qué no hacían otra visita a la capital y burlándose añadieron: «Quizá Malinche no espera encontrar ahí a otro Montezuma, tan obediente a sus órdenes como el anterior»³². Algunos de ellos lanzaron a los tlaxcaltecas epítetos

tildándoles de *mujeres*, que, dijeron, nunca se hubieran adentrado tan cerca de la capital de no ser por la protección de los hombres blancos.

La animosidad de las dos naciones no se quedaba en estas inofensivas aunque ácidas chanzas, sino que se mostraba en desafíos constantes que se cruzaban diariamente entre los principales jefes. Éstos iban seguidos de combates en los que uno o más campeones luchaban en un lado, para reivindicar el honor de sus respectivos países. Se daba un buen campo de batalla a los guerreros que realizaban estos combates, à *l'outrance**, con el formalismo de un torneo europeo, desplegando un valor digno de las dos razas más aguerridas del Anáhuac y una habilidad en el manejo de sus armas que atrajo la admiración de los españoles³³.

Cortés llevaba ya seis días en Tacuba. No había nada que le retuviera allí, ya que había cumplido el objetivo principal de la expedición. Había humillado varias de las plazas que habían sido más activas en sus hostilidades y había reavivado la reputación de las armas castellanas, que había quedado empañada por sus anteriores reveses en esta parte del valle. También había comprobado la situación de la capital, que encontró mejor defendida de lo que había imaginado. Todos los estragos del año anterior parecían reparados y no quedaba rastro, ni siquiera para el ojo experto, de que la mano devastadora de la guerra hubiera pasado hacía tan poco sobre el lugar. Las tropas aztecas que pululaban por el valle parecían estar bien equipadas y mostraban un espíritu irreductible, como si se prepararan para resistir hasta el final. Es cierto que habían sido vencidos en todos los encuentros. En campo abierto no eran rival para los españoles, cuya caballería nunca pudieron comprender y cuyas armas de fuego fácilmente penetraban en la cota de algodón que conformaba la defensa más resistente del guerrero indio. Pero dentro de las largas calles y las

estrechas callejuelas de la metrópolis, donde cada casa era una fortaleza, los españoles, como había demostrado la experiencia, perderían gran parte de su superioridad. Con el emperador mexicano, confiado en la fuerza de sus preparativos, el general vio que no había posibilidad de llegar a un acuerdo. También vio la necesidad de efectuar sus propios preparativos lo más cuidadosamente posible, para sacar el máximo partido de sus recursos antes de arriesgarse con seguridad a despertar al león en su guarida.

Los españoles volvieron por la misma ruta por la que habían llegado. Su retirada fue interpretada como una huida por los nativos, que se pegaron a la retaguardia del ejército, profiriendo alardes presuntuosos y recibiendo a las tropas con andanadas de flechas que hicieron algún daño. Cortés recurrió a una de sus estratagemas para librarse de este incordio. Dividió su caballería en dos o tres grupos pequeños y las ocultó entre algunos arbustos espesos que flanqueaban ambos lados de la carretera. El resto del ejército continuó su marcha. Los mexicanos siguieron sin sospechar nada de la emboscada, cuando los caballos, saltando inesperadamente de donde estaban ocultos, desbarataron los flancos del enemigo y las columnas de infantería en retirada, dándose la vuelta súbitamente, iniciaron un brioso ataque que completó su consternación. Era una planicie ancha y nivelada que los mexicanos, atacados por el pánico, recorrieron casi completamente sin ofrecer resistencia, mientras que la caballería, alcanzando y atravesando a los fugitivos con sus lanzas, continuó la cacería durante varias millas en lo que Cortés denomina un estilo verdaderamente bello³⁴. El ejército no sufrió más molestias por parte del enemigo.

A su llegada a Texcoco, fueron recibidos con alegría por sus compañeros, que no habían tenido noticias de ellos durante las dos semanas transcurridas desde su partida. Los tlaxcaltecas, inmediatamente después de llegar, pidieron

permiso al general para llevar a su país el valioso botín que habían reunido en sus pillajes, una petición que por muy desagradable que fuera no podía negar³⁵.

Las tropas no habían estado en el campamento más de dos o tres días, cuando llegó una embajada de Chalco, solicitando de nuevo protección de los españoles contra los mexicanos, que les amenazaban desde diferentes puntos en la vecindad. Pero los soldados estaban demasiado exhaustos por las vigilias sin fin, las marchas forzadas, las batallas y las heridas, por lo que Cortés quiso darles un respiro para que se recuperaran antes de enzarzarse en una nueva expedición. Contestó a la petición de Chalco, enviando sus misivas a las ciudades aliadas, haciéndoles un llamamiento para que marcharan en ayuda de su confederado. No se debe suponer que entendieran el contenido de estas cartas. Pero el papel con sus misteriosos caracteres sirvió de garantía al oficial que lo llevó como intérprete de las órdenes del general.

Pero, aunque éstas fueron implícitamente obedecidas, los habitantes de Chalco sintieron el peligro tan opresivo, que pronto repitieron su petición de que vinieran los españoles en persona para salvarles. Cortés no lo dudó más, ya que era plenamente consciente de la importancia de Chalco, no sólo por sí misma, sino también por su situación, que dominaba una de las grandes avenidas a Tlaxcala y a Vera Cruz con las que no podía arriesgarse a perder comunicación. Sin más pérdida de tiempo, por tanto, destacó un cuerpo de trescientos españoles a pie y veinte a caballo bajo las órdenes de Sandoval, para la protección de la ciudad.

El activo oficial pronto se presentó en Chalco y, reforzado por las tropas de la ciudad y las de las ciudades confederadas, dirigió sus primeras operaciones contra Huaxtepec, una plaza de cierta importancia, que se encontraba a unas cinco leguas o más al Sur, entre las montañas. La custodiaba una poderosa fuerza mexicana, que

esperaba la oportunidad para descender sobre Chalco. Los españoles encontraron al enemigo reunido a cierta distancia de la ciudad, listo para recibirles. El terreno era accidentado y estaba cubierto de arbustos, poco favorables para la caballería que, en consecuencia, pronto se desordenó, y Sandoval, viendo que sus movimientos quedaban obstaculizados, ordenó después de sufrir algunas bajas, que se retiraran del campo de batalla. En su lugar trajo a los mosqueteros y a los ballesteros, que lanzaron un rápido fuego sobre las abarrotadas columnas de los indios. El resto de la infantería, con espadas y picas, cargó sobre los flancos del enemigo, que, desconcertado por el golpe, después de soportar bastantes bajas, se retiró de forma irregular, dejando el campo de batalla a los españoles.

Los vencedores propusieron pasar allí la noche al raso. Pero mientras hacían los preparativos para la cena, les levantaron al grito de «¡a las armas! ¡El enemigo está sobre nosotros!». En un instante el soldado de caballería estaba en su silla, el soldado había agarrado su mosquete o su buen acero toledano y la acción se reanudó con más furia que antes. Los mexicanos habían recibido refuerzos de la ciudad. Pero su segundo intento no fue más afortunado que el primero y los vencedores españoles, empujando a sus antagonistas, entraron y tomaron posesión de la ciudad, que ya había sido evacuada por los habitantes³⁶.

Sandoval instaló su cuartel en las habitaciones del señor de la plaza, rodeado de jardines que rivalizaban con los de Iztapalapa en magnificencia y los sobrepasaban en extensión. Se dice que tenían dos leguas de circunferencia, con casas de recreo y numerosos estanques provistos de peces y embellecidos con árboles, arbustos y plantas, nativas y exóticas, algunas seleccionadas por su belleza y fragancia y otras por sus propiedades medicinales. Estaban dispuestas científicamente y todo el recinto desplegaba un grado de

gusto y conocimiento horticultor, para el que no sería fácil encontrar parangón en esa época en las comunidades más civilizadas de Europa³⁷. Tal es el testimonio no sólo de los rudos conquistadores, sino de los hombres de ciencia que visitaron este bello repositorio en sus días de gloria³⁸.

Después de parar dos días para que sus fuerzas descansaran en este agradable lugar, Sandoval marchó hacia Jacapichtla, a unas doce millas en dirección Este. Era una ciudad, o mejor dicho una fortaleza, colgada sobre una prominencia rocosa, prácticamente inaccesible por lo empinado de su posición. Estaba protegida por una fuerza mexicana, que lanzó sobre los atacantes, nada más intentar escalar las alturas, fragmentos de roca que, retumbando en las paredes del precipicio, llevaron la ruina y la desolación a su paso. Los confederados indios desistieron del ataque descorazonados. Pero Sandoval, indignado de que la hazaña fuera demasiado difícil para un español, ordenó a sus caballeros que desmontaran y, declarando que «tomaría la plaza, o moriría en el intento», guió a sus hombres al alentador grito de «Santiago»³⁹. Con renovado coraje, siguieron ahora al aguerrido líder en la ascensión, bajo una tormenta de proyectiles ligeros, mezclados con enormes masas de piedra, que, rompiéndose en esquirlas, derribaban a los atacantes y causaron los más terribles estragos en sus filas. Sandoval, que había sido herido el día anterior, recibió una grave contusión en la cabeza, mientras que más de uno de sus valientes camaradas fueron derribados a su lado. Aun así, continuaron escalando, apoyándose en los arbustos o en rocas que sobresalían y parecieron empujarse a sí mismos tanto con la energía de sus voluntades como con la fuerza de sus cuerpos.

Después de increíbles esfuerzos, llegaron a la cima, cara a cara con la asombrada guarnición. Por un momento se detuvieron para tomar aliento, después saltaron con furia

sobre sus enemigos. La batalla fue corta, pero desesperada. La mayoría de los aztecas fueron pasados por la espada. A algunos les arrojaron de cabeza por las almenas, y otros, tirándose por el precipicio, murieron en las orillas de un pequeño arroyo que rodeaba su base, cuyas aguas quedaron tan contaminadas de sangre, que los vencedores no pudieron saciar su sed con ellas ¡durante toda una hora!⁴⁰.

Ahora que ya había cumplido el objetivo de su expedición reduciendo los fuertes que habían mantenido tanto tiempo a la ciudad de Chalco en vilo, Sandoval regresó en triunfo a Texcoco. Mientras tanto, el emperador azteca, que había estado atento a todo lo que pasaba, pensó que la ausencia de tantos guerreros ofrecía una oportunidad favorable para recuperar Chalco. Envió una flota de botes para este propósito cruzando el lago, con una numerosa fuerza a las órdenes de algunos de sus jefes más valientes⁴¹. Afortunadamente, los habitantes de Chalco, que estaban ausentes, alcanzaron la ciudad antes de la llegada del enemigo, aunque, a pesar de estar apoyados por sus aliados indios, estaban tan alarmados por la magnitud de esta formación hostil, que enviaron de nuevo mensajeros a los españoles, invocando su ayuda.

Los mensajeros llegaron al mismo tiempo que Sandoval y su ejército. Cortés quedó muy confundido por los informes contradictorios. Sospechó alguna negligencia por parte de su lugarteniente y descontento con su precipitada vuelta, cuando el asunto todavía no estaba resuelto, le ordenó que volviera inmediatamente con todas las fuerzas que estuvieran en condiciones de luchar. Sandoval se sintió profundamente indignado por esta actitud, pero no intentó exculparse y, obedeciendo a su comandante en silencio, se puso a la cabeza de sus tropas y marchó rápidamente de nuevo sobre la ciudad india⁴².

Antes de que llegara se había luchado ya una batalla entre

los mexicanos y los confederados, en la que estos últimos, que habían adquirido una confianza insólita por sus recientes éxitos, salieron victoriosos. Un número de nobles aztecas cayeron en sus manos en el enfrentamiento y fueron enviados a Sandoval para que los mandara como prisioneros a Texcoco. A su llegada allí, el caballero, herido por el indigno tratamiento que había recibido, se retiró a sus habitaciones sin presentarse siquiera ante su jefe.

Durante su ausencia, los interrogatorios de Cortés le habían convencido de su precipitada conducta y de la gran injusticia que había cometido con su lugarteniente. No había hombre en el ejército cuyos servicios apreciara tanto, como habían mostrado las situaciones de responsabilidad en las que le había colocado, y no había ninguno por el que pareciera tener más consideración personal. A la vuelta de Sandoval, por tanto, Cortés inmediatamente solicitó su presencia y con franqueza militar le dio una explicación que suavizó el irritado espíritu del caballero, algo que no era muy difícil, ya que éste tenía una naturaleza demasiado generosa y una devoción demasiado sincera por su comandante y la causa en la que ambos estaban embarcados como para albergar un insignificante sentimiento de resentimiento en su pecho⁴³.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, los trabajos seguían adelante activamente en el canal y faltaban dos semanas para acabar los bergantines. Mientras tanto se requería la mayor vigilancia para evitar que el enemigo, que ya había realizado tres intentos infructuosos de quemarlos en el astillero, los destruyera. Las precauciones sobre los texcocanos, que Cortés pensó que era necesario tomar, añadieron muchos problemas.

En este momento recibió embajadas de diferentes estados indios, algunos de ellos en las remotas orillas del golfo de México, ofreciéndole su alianza y solicitando su protección.

Esto se debía en parte a los buenos oficios de Ixtlilxochitl, que, como consecuencia de la muerte de su hermano, había ascendido ahora a la corona de Texcoco. Esta importante posición aumentó enormemente su consideración y autoridad por el país, de la que se aprovechó generosamente para atraer a los nativos bajo el dominio de los españoles⁴⁴.

El general recibió también en este momento la bienvenida noticia de la llegada de tres barcos a Villa Rica, con doscientos hombres a bordo, bien provistos de armas y munición y con setenta u ochenta caballos. Era un refuerzo muy oportuno. De dónde provenía no queda claro, lo más probable es que de La Española. Cortés, como se recordará, había enviado a por provisiones a aquel lugar y las autoridades de la isla, que tenían jurisdicción general sobre los asuntos de las colonias, se habían mostrado, en más de una ocasión, bien inclinadas hacia él, probablemente considerándole, bajo cualquier circunstancia, mejor preparado que ningún otro hombre para conseguir la conquista del país⁴⁵.

Los nuevos reclutas pronto alcanzaron Texcoco, ya que las comunicaciones con el puerto estaban abiertas y sin obstáculos. Entre ellos había varios caballeros de consideración, uno de ellos, Julián de Alderete, el tesorero real, llegó para supervisar los intereses de la corona.

También había un número de frailes dominicos, que trajeron una cantidad de bulas papales, ofreciendo indulgencias a aquellos que estaban dedicados a la lucha con el infiel. Los soldados no tardaron en fortalecerse con las buenas bendiciones de la iglesia, y el digno padre, después de llevar a cabo un próspero comercio con sus mercancías espirituales, tuvo la satisfacción de volver a casa al cabo de unos meses, bien cargado a cambio con los tesoros más sustanciosos de las Indias⁴⁶.

Notas al pie

²⁶ «De lejos comenzáron á gritar, como lo suelen hacer en la Guerra, que cierto es cosa espantosa oillos», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 209.

²⁷ *Ibid.*, loc. cit. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 141. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 20. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 13, 14. Ídem, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 92. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 125.

²⁸ Estas ciudades disfrutaban de los melodiosos nombres de Tenajoccan, Quauhtitlan y Azcapozalco. He intentado constantemente evitar al lector en el texto la acumulación innecesaria de nombres mexicanos que, como ya se habrá dado cuenta, no tienen ni siquiera brevedad para recomendarlos.

* En francés en el original. (N. del T.)

²⁹ Quemaron la plaza, según Cortés, como represalia de las afrentas infligidas por los habitantes sobre sus compatriotas en la retirada. «Y en amaneciendo los Indios nuestros Amigos comenzáron á saquear, y quemar toda la Ciudad, salvo el Aposento donde estabamos, y pusieron tanta diligencia, que aun de él se quemó un Quarto; y esto se hizo, porque quando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitan, pasando por esta Ciudad, los Naturales de ella juntamente con los de Temixtitan nos hicieron muy cruel Guerra, y nos matáron muchos Españoles», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 210.

³⁰ «Luego mandó, que todos se retraxessen; y con el mejor concierto que pudo, y no bueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pie contra pie, como quien haze represas», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 141.

³¹ «Desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y quando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios», *ibid.*, ubi supra.

* En francés en el original. (N. del T.)

³² «Pensais, que hay agora otro Mucteczuma, para que haga todo, lo que quisieredes?», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 211.

³³ «Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente», *ibid.*, ubi supra. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 20.

³⁴ «Y comenzamos á lanzear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas, como la palma, que fué muy hermosa cosa», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 212.

³⁵ Para los detalles de la expedición de Cortés, véase, además de sus propios comentarios tan a menudo citados, Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 30. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 85. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 125. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*,

pp. 13, 14. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 141.

³⁶ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 214, 215. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 146. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 142. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 21.

³⁷ «La qual Huerta», dice Cortés, que después pasó un día allí, «es la mayor, y mas hermosa, y mas fresca, que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil Ribera de Agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de Ballesta, hay Aposentos, y Jardines muy frescos, y infinitos Árboles de diversas Frutas, y muchas Yervas, y Flores olorosas, que cierto es cosa de admiracion ver gentileza, y grandeza de toda esta Huerta» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 221, 222). Bernal Díaz no es menos enfático en su admiración. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 142.

³⁸ El distinguido naturalista Hernández tiene abundante ocasión para citar este jardín que le proporcionó muchos especímenes para su gran trabajo. Tuvo la buena fortuna de ser conservado después de la conquista, cuando se le prestó especial atención a sus plantas medicinales para el uso en un gran hospital fundado en la vecindad. Véase Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 153.

³⁹ «É como esto vió el dicho Alguacil Mayor, y los Españoles, determináron de morir, ó subilles por fuerza á lo alto del Pueblo, y con el apellido de Señor Santiago comanzáron á subir», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 214. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 21.

⁴⁰ Eso dice el conquistador (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 215). Díaz, que no permite que nadie exagere más que él, dice: «Durante lo que le lleva a uno decir Ave Maria!» (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 142). Ninguno estaba presente.

⁴¹ El aguerrido capitán Díaz, que finge una sobriedad en sus estimaciones que a menudo le lleva a menospreciar las del capellán Gómara, dice que la fuerza constaba de 20.000 guerreros en 2.000 canoas. *Ibid.*, loc. cit.

⁴² «El Cortés no le quiso escuchar á Sandoual de enojo, creyendo que por su culpa, ó descuido, recibi-a mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilación, ni le oyr, le mandó bolver», *ibid.*, ubi supra.

⁴³ Además de las autoridades ya citadas para la expedición de Sandoval, véase Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 126. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 92. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 86.

⁴⁴ «Ixtlilxochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los Cristianos no tan solamente á los del Reyno de Tezcuco sino aun los de las Provincias remotas, rogándoles que todos se procurasen dar de paz al Capitan Cortés, y que aunque de las guerras pasadas algunos tuviesen la culpa, era tan

afable y deseaba tanto la paz que luego al punto los recibiría en su amistad», Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 92.

⁴⁵ Cortés habla de estos barcos, como si llegaran al mismo tiempo, pero no sugiere de dónde (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 216). Bernal Díaz, que sólo señala uno, dice que venía de Castilla (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 143). Pero el viejo soldado escribió mucho tiempo después de los acontecimientos que rememora y puede haber confundido el orden verdadero de las cosas. Parece difícilmente posible que un refuerzo tan importante llegara de Castilla, considerando que Cortés todavía no había recibido nada del patronazgo real, ni siquiera sanción que estimulara a los aventureros en la madre patria a alistarse bajo su bandera.

⁴⁶ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 143. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 21. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 6.

Capítulo III

Segunda expedición de reconocimiento. Encuentros en la sierra. Toma de Cuernavaca. Batallas en Xochimilco. Cortés escapa por poco. Entra en Tacuba. 1521

A pesar de la ayuda que se le había prestado a la gente de Chalco, resultó tan ineficaz que llegaron de nuevo enviados de esa ciudad a Texcoco, llevando un mapa jeroglífico en el que se describían varias fortalezas en las cercanías protegidas por los aztecas, desde las que esperaban ataques. Cortés decidió esta vez tomar el asunto en sus manos y batir el terreno de forma tan efectiva que hiciera de Chalco, si era posible, un sitio seguro. No se limitó a este objetivo, sino que propuso antes de su regreso pasar rodeando los lagos y reconocer el terreno al Sur de los mismos, de la misma manera que había hecho con el oeste. Durante su marcha, dirigiría sus armas contra algunas de las fortalezas en las que los mexicanos esperarían apoyarse durante el asedio. Todavía quedaban dos o tres semanas para que se terminaran los bergantines y si no se obtenían otros resultados de la expedición, al menos ocuparía a las tropas, cuyos turbulentos espíritus podían degenerar en descontento en la monótona existencia del campamento.

Seleccionó para la expedición treinta caballos y trescientos españoles de infantería, junto con un considerable cuerpo de guerreros tlaxcaltecas y texcocanos. El resto de la guarnición lo dejó bajo las órdenes de su leal Sandoval, quien, junto con el fiel señor de la ciudad,

vigilarían la construcción de los bergantines y los protegerían de los ataques de los aztecas.

El cinco de abril comenzó su marcha y el día siguiente llegó a Chalco, donde fue recibido por unos cuantos jefes confederados. Con la ayuda de sus fieles intérpretes, doña Marina y Aguilar, les explicó el objetivo de su actual expedición, declaró su propósito de comenzar pronto el bloqueo sobre México y pidió su cooperación con toda la fuerza de sus reclutamientos. A esto asintieron rápidamente y pronto recibió una prueba suficiente de su amistosa disposición con las fuerzas que se le unieron a la marcha, que ascendían, según alguien que pertenecía al ejército, a más de los que nunca habían seguido su estandarte⁴⁷.

Tomando dirección Sur, las tropas, después de abandonar Chalco, se adentraron en la sierra salvaje, que con sus hirsutos picos, hace las veces de formidable empalizada para defender el bello valle, al mismo tiempo que con sus abruptos brazos oculta más de un verde y fructífero prado para sí. A medida que los españoles pasaban a través de las profundas gargantas, rodeaban de vez en cuando la base de algún enorme acantilado o peñón rocoso, sobre el que los habitantes habían construido sus ciudades, de la misma manera que lo hacía la gente de Europa en la época feudal, una posición que, aunque muy favorable para lo pintoresco, sugiere un sentimiento de inseguridad como motivo, que nos reconcilia con la ausencia de este chocante apéndice del paisaje en nuestro más afortunado país.

Los ocupantes de estos pináculos aéreos se aprovecharon de su situación para derramar sobre las tropas piedras y flechas mientras desfilaban a través de los estrechos pasos de la sierra. Aunque muy molestos por sus continuas hostilidades, Cortés mantuvo su ritmo, hasta que rodeando la base de un acantilado almenado, ocupado por una fuerte guarnición de indios, fue tan duramente atacado, que sintió

que seguir adelante sin castigar la agresión sugeriría una falta de fuerza que podía suscitar el menosprecio ante los ojos de sus aliados. Por tanto, deteniéndose en el valle, destacó un pequeño grupo de tropas ligeras para que escalaran las alturas, mientras que él se quedaba con el cuerpo principal del ejército abajo, haciendo guardia en caso de que el enemigo les sorprendiera.

La región más baja del peñón rocoso era tan empinada que los soldados descubrieron que la ascensión no era una tarea fácil, intentándolo lo mejor que podían con manos y rodillas. Pero, a medida que entraban en el campo de visión de la guarnición, éstos dejaban rodar enormes masas de roca, que, saltando por el declive y rompiéndose en fragmentos, aplastaron a los primeros atacantes y destrozaron sus miembros de una manera espantosa. A pesar de eso continuaron su ascensión, aprovechándose ahora de algunos surcos, tallados por el torrente invernal, protegiéndose tras una pared vertical o algún árbol escuálido anclado entre las grietas de la montaña. Todo fue en vano. En cuanto salían a la vista, la avalancha rocosa rugía sobre sus cabezas con una furia contra la que el acero del casco y la coraza eran de tanta utilidad como una telaraña. Todo el grupo quedó más o menos herido. Ocho murieron en el lugar, una pérdida que el pequeño grupo difícilmente se podía permitir y el valiente insignia Corral, que lideraba el avance, vio el estandarte en su mano hecho jirones⁴⁸. Cortés, finalmente, convencido de la impracticabilidad del intento, por lo menos sin una pérdida más grave de la que estaba dispuesto a sufrir, ordenó la retirada. Fue justo a tiempo, ya que un gran grupo de enemigos se acercaba a toda marcha por el valle para atacarle.

No esperó su llegada, sino que, reagrupando sus rotas filas, encabezó su caballería y espoleó valientemente contra

ellos. En la llanura los españoles estaban en su terreno. Los indios, incapaces de oponerse a la furiosa carga, rompieron las filas y retrocedieron ante ellos. La huida pronto se convirtió en desbandada y los fieros caballeros, lanzándose sobre ellos a todo galope o embistiéndoles con las lanzas, se vengaron de su último revés. La persecución continuó durante algunas millas, hasta que el hábil enemigo se escapó entre los abruptos refugios de la sierra, donde los españoles no se preocuparon de seguirles. El tiempo era caluroso y como el campo estaba casi seco, los hombres y los caballos sufrieron enormemente. Antes de la tarde, alcanzaron un punto sobre el que daba sombra un bosquecillo de moreras silvestres en el que algunos escasos manantiales proporcionaron un mísero suministro para el ejército.

Cerca del lugar se elevaba otra cima rocosa de la sierra, protegida por una fuerza mayor que aquella con la que se había enfrentado anteriormente ese día, y a no mucha distancia se encontraba una segunda fortaleza a todavía mayor altura, aunque considerablemente menor que su vecina. Ésta estaba protegida por un grupo de guerreros que, como los del precipicio adyacente, pronto hicieron demostraciones activas de su hostilidad lanzando proyectiles sobre las tropas que se encontraban debajo. Cortés, ansioso de reparar la vergüenza de la mañana, ordenó un ataque sobre el pico mayor, que también parecía el más practicable. Pero, aunque se hicieron dos intentos con gran resolución, fueron rechazados con pérdidas para los asaltantes. Las paredes rocosas de la colina se habían cortado y alisado artificialmente para aumentar las dificultades naturales de ascensión. Las sombras de la noche se cerraron y Cortés reunió a sus hombres en el bosquecillo de moreras, donde durmieron al aire libre por la noche, profundamente disgustado por haber sido derrotado dos veces por el enemigo el mismo día.

Durante la noche las fuerzas indias, que ocupaban la altura adyacente, se pasaron a su hermana para ayudarles en el encuentro que, preveían, se renovaría a la mañana siguiente. En cuanto el general español se dio cuenta de esta maniobra con las primeras luces del alba, se aprovechó de ella con su habitual rapidez. Destacó un cuerpo de mosqueteros y ballesteros para ocupar el pico desierto, proponiéndose, en cuanto esto estuviera hecho, liderar el ataque en persona contra la otra. No pasó mucho tiempo antes de que se viera el estandarte español ondeando en el pico rocoso y el general inmediatamente guió a sus hombres al ataque. Y mientras la guarnición se enfrentaba a ellos con decisión en ese lugar, el destacamento en las alturas vecinas derramó sobre el lugar un fuego bien dirigido que creó muchas dificultades al enemigo, que en muy poco tiempo mostró su deseo de capitular⁴⁹.

Al entrar en la plaza, los españoles vieron que una explanada de cierta extensión se extendía por la cresta de la sierra y que estaba guardada no sólo por hombres, sino también por las mujeres y sus familias con sus efectos. No se hizo ninguna violencia por parte de los vencedores ni a las personas ni a las propiedades de los vencidos y el reconocimiento de esta benevolencia llevó a la guarnición india, que había ofrecido una resistencia tan tenaz el día anterior, a presentarles su rendición⁵⁰.

Después de un alto de dos días en esta aislada región, el ejército reanudó su marcha en dirección sudoeste hacia Huaxtepec, la misma ciudad que se había rendido a Sandoval. Aquí fueron amablemente recibidos por el cacique y agasajados en sus magníficos jardines, que Cortés y sus oficiales, que no los habían visto, compararon con los mejores en Castilla⁵¹. Continuando su camino por el salvaje laberinto de montañas, el ejército pasó por Yauhtepec y varios sitios más que estaban abandonados cuando llegaron.

Sin embargo, como los habitantes les seguían, armados sobre sus flancos y su retaguardia, ocasionándoles daño de vez en cuando, los españoles se vengaron quemando las ciudades desiertas.

De esta manera, aguantando sus fieros ataques, descendieron las abruptas laderas de las cordilleras, que por el Sur son mucho más empinadas que en el lado atlántico. De hecho, un solo día de viaje es suficiente para situar al viajero en un nivel de varios miles de metros inferior que en el que se encontraba por la mañana, haciéndole pasar en unas horas por los climas de muchas latitudes. La ruta del ejército les llevaba a través de acres cubiertos de lava y escoria que indicaba el carácter volcánico de la región, aunque con frecuencia se veía aliviado por parches de verde e incluso trozos de pródiga fertilidad, como si la naturaleza estuviera deseosa de compensar con estos extraordinarios esfuerzos la maldición de la esterilidad que había derramado sobre la tierra. El noveno día de marcha las tropas llegaron a la ciudad fortaleza de Quauhnahuac o Cuernavaca, como fue llamada desde entonces por los españoles⁵². Era la antigua capital de los tlaucas y la plaza más considerable por su riqueza y población en esta parte del país. Era tributaria de los aztecas y una guarnición de esta nación estaba acuartelada dentro de sus murallas. La ciudad estaba llamativamente situada en un alto de tierra rodeada de *barrancas**, excepto por un lado que se abría a un campo rico y bien cultivado. Porque, aunque el lugar se encontraba en una elevación de entre cinco y seis mil pies sobre el nivel del mar, tenía una orientación al Sur tan protegida por la barrera montañosa por el Norte, que su clima era suave y fantástico como el de regiones mucho más bajas.

Los españoles, al llegar ante esta ciudad, el límite de su avance hacia el Sur, se vieron separados de ella por las barrancas indicadas anteriormente, que parecían una de esas

simas frecuentes en los andes mexicanos, resultado sin duda de alguna terrible convulsión en épocas anteriores. Las laderas rocosas del barranco se hundían perpendicularmente y tan peladas que prácticamente no mostraban ningún vestigio de cactus o cualquier otra dura planta con las que la naturaleza en estas fructíferas regiones cubre con gracia sus deformidades. El fondo del abismo, sin embargo, mostraba un llamativo contraste, literalmente repleto de una rica y espontánea vegetación, ya que las enormes paredes de roca que cerraban estas barrancas, al mismo tiempo que la protegían de los fríos vientos de las cordilleras, reflejaban los rayos de un sol vertical hasta producir un calor casi sofocante en el recinto, estimulando al terreno hasta el grado de fertilidad de *tierra caliente*²⁴. Bajo la acción de este aparato digamos acelerador, los habitantes de las ciudades en los márgenes que se encontraban encima podían obtener fácilmente productos vegetales que se cultivan en los niveles más cálidos de las tierras bajas.

En el fondo del barranco se veía un pequeño arroyo, que, brotando de las entrañas rocosas de la sierra, descendía por el angosto canal y contribuía con su humedad constante a la exuberante fertilidad del valle. El riachuelo, que en ciertas temporadas del año aumentaba hasta convertirse en torrente, estaba atravesado, donde las inclinadas laderas de la barranca permitían un paso más practicable, por dos rudimentarios puentes, que habían sido derruidos, anticipándose a la llegada de los españoles. Éstos acababan de llegar al borde del abismo, que se interponía entre ellos y la ciudad. No era de mucha anchura, como ya se ha dicho, y el ejército reunido en su borde estaba directamente expuesto a los arqueros de la guarnición, sobre los que su propio fuego hacía poca mella, protegidos como estaban por sus defensas.

El general, molesto por su posición, envió un

destacamento a buscar un paso más abajo, por el que las tropas pudieran atravesar al otro lado. Pero, aunque las orillas de la garganta se hacían menos empinadas a medida que se descendía, no encontraron medio de cruzar el río, hasta que apareció de forma inesperada un paso sobre el que probablemente nadie se había atrevido a cruzar antes.

De los acantilados en el lado opuesto de la barranca surgían dos inmensos árboles que se elevaban a una enorme altura, inclinándose uno hacia el otro, entrelazando sus ramas hasta formar una especie de puente natural. Un tlaxcalteca pensó que no sería difícil cruzar a través de este pasillo en medio del aire al otro lado. El valiente montañés lo consiguió y fue pronto seguido por otros de sus compatriotas, entrenados en hazañas de agilidad y de fuerza entre sus colinas natales. Los españoles imitaron el ejemplo. Era un esfuerzo peligroso para un hombre armado el cruzar esta calzada aérea, zarandeado de un lado por el viento, donde el cerebro puede marearse y donde un solo movimiento de mano o de pie en falso le lanzaría hacia el abismo a sus pies. Tres de los soldados perdieron el agarre y se cayeron. El resto, veintitrés españoles y un considerable número de tlaxcaltecas, aterrizaron sanos y salvos en el otro lado⁵³. Allí, formando rápidamente, marcharon a toda velocidad sobre la ciudad. El enemigo, ocupado en su lucha con los castellanos en el borde opuesto de la garganta, fue tomado por sorpresa, ya que el ver a sus enemigos caer de las nubes sobre el campo de batalla probablemente no hubiera superado el efecto.

Presentaron una valiente resistencia, sin embargo, hasta que felizmente los españoles consiguieron reparar uno de los puentes en ruinas, lo suficiente para que pudiera cruzar la caballería y la infantería, aunque con mucho retraso. Los caballos, bajo las órdenes de Olid y Andrés Tapia, inmediatamente acudieron al socorro de sus compatriotas.

Fueron prestamente seguidos por Cortés a la cabeza del resto de los batallones, y el enemigo, empujado de un punto a otro, se vio obligado a evacuar la ciudad y a refugiarse en las montañas. Los edificios de un barrio de la ciudad fueron rápidamente atrapados por las llamas. La plaza fue abandonada al pillaje y, al ser uno de los más opulentos mercados del país, compensó ampliamente a los vencedores por los trabajos y el peligro que habían enfrentado. Los temblorosos caciques, regresando poco después a la ciudad, se presentaron ante Cortés suplicando misericordia, echándole la culpa como de costumbre a los mexicanos, se abandonaron a su clemencia. Satisfecho con su rendición, no permitió más violencia contra los habitantes⁵⁴.

Habiendo completado de esta manera el gran objetivo de su expedición por las montañas, el comandante español se dirigió hacia el Norte para volver a cruzar la formidable barrera que le separaba del valle. La ascensión, empinada y laboriosa, resultaba aún más difícil debido a fragmentos de roca y piedras sueltas que cubrían los pasos. Las laderas de las montañas y las cimas estaban llenas de espesos bosques de pinos y raquíuticos robles, que proyectaban una lúgubre sombra sobre la región, aumentada hoy en día por ser uno de los lugares preferidos por los bandidos.

El clima era tórrido y, como el rocoso suelo carecía completamente de agua, las tropas sufrieron duramente la sed. Varios de ellos, de hecho, se desmayaron en la carretera y unos pocos de los aliados indios murieron de agotamiento⁵⁵. La dirección de la marcha debe haber llevado al ejército a lo largo de la cuerda oriental de la montaña, llamada *Cruz del Marqués*^{*}, por una enorme cruz de piedra erigida allí para indicar la frontera entre los territorios concedidos por la corona a Cortés, como marqués del Valle. Gran parte de la ruta que acababan de cruzar las tropas se encontraba dentro del espléndido dominio que

posteriormente se asignaría al conquistador⁵⁶.

Los españoles encontraron en estas alturas una vista del valle de México muy diferente de cualquiera de las que habían tenido hasta entonces, que lo hizo más atractivo a sus ojos sin duda, por contraste con el salvaje panorama en el que habían estado últimamente. Era su parte más agradable y poblada, ya que no había lugar donde las ciudades y aldeas se apelotonaran tanto como alrededor del lago de agua dulce. Sin embargo, desde cualquier punto que se mirase, la atractiva región presentaba el mismo aspecto de belleza natural y cultivos, con sus florecientes villas y su bello lago en el centro, cuya oscura y lisa superficie refulgía como un espejo, profundamente incrustado en un enorme marco de pórfido en el que la había situado la naturaleza.

El punto de ataque elegido por el general fue Xochimilco, o «el campo de flores», como su nombre sugiere, por los jardines flotantes que navegaban anclados en las aguas cercanas⁵⁷. Era una de las más potentes y ricas ciudades del valle y un incondicional vasallo de la corona azteca. Se elevaba, como la misma capital, la mitad sobre el agua y se entraba a ella en esa parte a través de calzadas de no mucha longitud. La ciudad estaba compuesta de casas como las de la mayoría de las plazas del mismo tamaño en el país, la mayor parte pequeñas o cabañas de arcilla y bambú ligero, mezcladas con elevados *teocallis* y edificios de piedra que pertenecían a las clases más opulentas.

A medida que los españoles avanzaban, grupos de enemigos les enfrentaron en escaramuzas, aunque tras una ligera andanada de flechas se retiraban rápidamente. Como tomaron la carretera de Xochimilco, Cortés supuso que estaban preparados para resistir con una fuerza considerable. Superó sus expectativas.

Al atravesar la calzada principal, vio que estaba ocupada en su extremo más lejano por un número de guerreros,

estacionados en el lado opuesto del puente, que había sido derribado, preparados para disputarle el paso. Habían construido una barrera temporal de empalizadas que les protegía del fuego de mosquetes. Pero el agua en las cercanías era muy poco profunda y los caballeros y la infantería, lanzándose dentro, pronto alcanzaron el otro lado cerca de la ciudad, nadando o vadeando como podían, enfrentando una tormenta de proyectiles. Ahí se enfrentaron al enemigo y, mano a mano, después de un intenso encuentro, les empujaron hacia la ciudad; unos pocos, sin embargo, tomando la dirección del campo abierto, seguidos por la caballería. La gran mayoría, perseguidos acaloradamente por la infantería, fueron barridos por las calles y callejuelas sin mucha resistencia. Cortés con algunos de sus seguidores, descolgándose del tumulto, se mantuvo cerca de la entrada de la ciudad. No llevaba ahí mucho tiempo cuando fue atacado por un grupo fresco de indios, que se lanzaron súbitamente sobre el lugar desde un dique vecino. El general, con su habitual intrepidez, se lanzó en medio esperando detener su avance. Pero sus propios seguidores eran demasiado pocos para apoyarle y quedó abrumado por la multitud de los combatientes. Su caballo perdió pie y cayó y Cortés, que recibió un grave golpe en la cabeza, fue atrapado antes de que se pudiera levantar y arrastrado en triunfo por los indios. En este momento crítico, un tlaxcalteca que vio la grave situación en la que se encontraba el general, saltó en medio de los atacantes como un ocelote salvaje de sus propios bosques e intentó sacarle de sus garras. Dos de los sirvientes del general también fueron rápidamente al rescate y Cortés, con su ayuda y la del valiente tlaxcalteca, consiguió mantenerse en pie y liberarse de sus enemigos. Saltar sobre la silla y blandir su buena lanza fue cosa de un momento. Otros de sus hombres llegaron rápidamente y el cruce de armas al llegar a los

oídos de los españoles que habían ido de persecución, hizo que volvieran y, después de un enfrentamiento desesperado, expulsaran al enemigo de la ciudad. Su retirada, sin embargo, fue interceptada por la caballería, que volvía del campo abierto, atrapados así entre las dos columnas, fueron destrozados o se salvaron sólo tirándose al lago⁵⁸.

Este fue el mayor peligro personal en el que se había encontrado Cortés. Su vida estuvo en poder de los bárbaros y de no ser por la intención de tomarle prisionero, sin duda la hubiera perdido. A la misma causa se puede atribuir frecuentemente que los españoles hayan conservado la vida en estos enfrentamientos. El día siguiente buscó al tlaxcalteca que vino tan valientemente a su rescate y, como no pudo saber nada de él, achacó su protección a su patrón, San Pedro⁵⁹. Bien puede ser excusado por presumir que la interposición de su ángel de la guarda le protegió de la terrible condena del cautiverio, una condena que difícilmente se mitigaría en su caso. Ese corazón que por cualquier motivo pudo voluntariamente enfrentarse con tal peligro debía haber sido uno verdaderamente valiente. Sin embargo, sus seguidores hicieron lo mismo y además por una recompensa mucho menor.

El período que nos ocupa era todavía el tiempo de la caballería, esa emocionante y aventurera época, de la que nos podemos hacer nada más que una mala idea en los actuales días de sobria y práctica realidad. El español con su bello punto de honor, lleno de romanticismo, orgulloso valor y jactancia, era el verdadero representante de esa época. Los europeos en general no habían aprendido todavía a adaptarse a la vida de trabajos literarios o a la de la monotonía del comercio o a la labranza del suelo. Dejaban esto para los encapuchados encerrados en los claustros, el modesto burgués y el miserable siervo. Las armas eran una profesión solamente para gente de sangre noble, la única

carrera que el caballero de temple podía emprender con honor. El nuevo mundo, con sus extraños y misteriosos peligros, proporcionaba un noble escenario para el ejercicio de su vocación y el español entró en él con todo el entusiasmo del paladín de las novelas.

Otras naciones entraron en él también, pero con motivos diferentes. Los franceses, que enviaron sus misioneros para que convivieran con los paganos, en el buen trabajo de ganar sus almas para el paraíso, estaban contentos de llevar, si no buscar a veces, la corona del martirio. Los holandeses también tenían su misión, pero ésta consistía en el enriquecimiento mundano y encontraban una recompensa por los trabajos y sufrimientos en su productivo comercio con los nativos. Mientras que nuestros propios puritanos padres, con el verdadero espíritu anglosajón, abandonaron sus agradables casas cruzando las aguas y plantaron sus tiendas en la inhóspita espesura, para disfrutar de las delicias de la libertad civil y religiosa. Sin embargo, el español llegó al nuevo mundo en el verdadero espíritu del caballero andante, buscando la aventura, por muy peligrosa que fuera, cortejando el peligro por sí mismo según parece. Con espada y lanza, siempre estaba dispuesto a presentar batalla por la fe y, al elevar su antiguo grito de guerra de «Santiago», se imaginaba estar luchando bajo el estandarte del militar apóstol y sentía que su brazo era un digno contrincante para cien infieles. Era el fin de la época de la caballería y España, la España romántica, fue la tierra donde más brilló su luz sobre el horizonte.

No había anochecido todavía cuando Cortés y sus seguidores volvieron a entrar en la ciudad y el primer acto del general fue ascender al vecino *teocalli* y reconocer el territorio circundante. Allí contempló una vista que bien podía haber preocupado a un espíritu más valiente que el suyo. La superficie del lago salado estaba oscurecida por

canoas y la calzada, a lo largo de muchas millas, con escuadrones indios aparentemente marchando contra el campamento español. De hecho, en cuanto Guatemozin fue informado de la llegada de los hombres blancos a Xochimilco reunió sus tropas en una gran fuerza para liberar la ciudad. Ahora se encontraban en marcha y, como la capital estaba tan sólo a cuatro leguas de distancia, llegarían poco antes del anochecer⁶⁰.

Cortés hizo activos preparativos para la defensa del cuartel. Situó cuerpos de lanceros a lo largo del lugar donde era más probable que los aztecas desembarcaran. Dobló los centinelas y con sus principales oficiales hizo rondas repetidamente durante la noche. Además de otras razones para la vigilancia, las saetas de los ballesteros estaban casi agotadas y los arqueros estaban muy ocupados en preparar y ajustar astas a las cabezas de cobre, de las que se había dispuesto una gran cantidad para el ejército. Hubo poco sueño en el campamento esa noche⁶¹.

Pasó, sin embargo, sin ningún ataque por parte del enemigo. Aunque no había tormenta estaba enormemente oscuro. Pero, pese a que los españoles de guardia no podían ver nada, oían claramente el sonido de muchos remos en el agua a no mucha distancia de la orilla. Sin embargo, los que estaban a bordo de las canoas no intentaron desembarcar, desconfiando o prevenidos, puede ser, de los preparativos para su recepción. Con las primeras luces del alba estaban armados y, sin esperar el movimiento de los españoles, se lanzaron sobre la ciudad y les atacaron en sus cuarteles.

Los españoles que se habían reunido en el área alrededor del *teocalli* estaban en desventaja en la ciudad, donde las estrechas calles y callejuelas, muchas de ellas cubiertas de un cemento suave y resbaladizo, ofrecían muchos impedimentos para las maniobras de la caballería. Pero Cortés rápidamente formó a sus mosqueteros y ballesteros y

lanzó un fuego tan vivo y bien dirigido sobre las filas del enemigo que le desbandó y le obligó a recular. La infantería, con sus largas picas, continuó el golpe y los caballos, cargando a toda velocidad en cuanto los aztecas salieron de la ciudad, les barrieron durante varias millas por tierra firme.

Sin embargo, a alguna distancia se les unió un gran refuerzo de sus compatriotas y, reorganizándose, la marea de la batalla cambió y los caballeros arrastrados por ella dieron rienda a sus monturas y cabalgaron a todo galope de regreso a la ciudad. No habían avanzado mucho cuando llegaron hasta el cuerpo principal del ejército, que avanzaba rápidamente en su ayuda. Reforzados de esta manera, volvieron de nuevo a la carga y las huestes del rival se enfrentaron en plena carrera con el golpe de un terremoto. Durante un momento, la victoria pareció pender en la balanza, ya que el inmenso barullo se movía de un lado a otro según el impulso opuesto y se elevó un grito confuso a los cielos, en el que se mezclaba el aullido de guerra de los salvajes con el grito de guerra de los cristianos, un sonido todavía más extraño en estas aisladas orillas. Pero, finalmente, el valor castellano, o mejor dicho las armas y la disciplina españolas, salieron victoriosas. El enemigo, titubeante, cedió y, reculando paso a paso, la retirada pronto terminó en una desbandada, con una matanza tan terrible que no volvieron a intentar reiniciar la batalla.

Los vencedores eran ahora los señores indiscutibles de la ciudad. Era una plaza rica, bien provista de telas indias, algodón, oro, plumajes y otros artículos de lujo y de uso común, que proporcionaban un rico botín para los soldados. Mientras estaban ocupados con el trabajo del saqueo, un grupo de enemigos, desembarcando de sus canoas, cayó sobre unos rezagados cargados con mercancías e hizo prisioneros a cuatro de ellos. Causó más sensación entre las

tropas que si hubieran caído diez veces ese número en el campo. La verdad es que era raro que ningún español se dejara coger con vida. En este caso los pobres hombres habían sido tomados por sorpresa. Fueron rápidamente llevados a la capital y poco después sacrificados, siendo después cortadas sus piernas y brazos por orden del feroz y joven jefe de los aztecas y enviadas a las diferentes ciudades con el mensaje de que éste sería el destino de los enemigos de México⁶².

Por los prisioneros tomados en su último enfrentamiento, Cortés supo que las fuerzas que ya había mandado Guatemozin no eran más que una pequeña parte de sus tropas, que su política consistía en enviar destacamento tras destacamento, hasta que los españoles, por mucho que vencieran de una en una, finalmente, sucumbirían de pura extenuación y de esa manera serían derrotados por sus propias victorias.

Después de que los soldados hubieran saqueado la ciudad, Cortés no se preocupó de esperar otro ataque del enemigo en sus actuales cuarteles. La cuarta mañana desde su llegada reunió sus fuerzas en una llanura cercana. Llegaron, muchos de ellos tambaleándose bajo el peso del botín. El general contempló esto con cierta inquietud. Tenían que marchar, dijo, a través de un poblado país que estaba levantado en armas para disputarles el paso. Para garantizar su seguridad, tenían que moverse lo más rápido y ligeros que pudieran. La vista de tanto botín agudizaría el apetito de sus enemigos y les atraería como una bandada de águilas hambrientas sobre su presa. Pero su elocuencia se perdió entre sus hombres, que directamente le dijeron que tenían derecho al fruto de sus victorias y que lo que habían ganado con sus espadas sabían bien como defenderlo.

Viéndoles de esa manera tan entregados a su propósito el general no se preocupó por obstaculizar sus inclinaciones.

Ordenó que el equipaje fuera en el centro y colocó a parte de la caballería vigilándolo, dividiendo el resto entre el frente y la retaguardia, donde, por ser el punto más expuesto al ataque, también situó a los arcabuceros y a los ballesteros. Preparado de esa manera, reanudó su marcha, pero primero prendió fuego a los edificios combustibles de Xochimilco, como represalia por la resistencia que había encontrado allí⁶³. La luz de la ciudad en llamas se elevó alto en el cielo, enviando su resplandor agorero a lo ancho y largo, cruzando las aguas y contando a los habitantes en sus orillas que los terribles extranjeros, que hacía tanto previeron los oráculos, habían descendido como una llama devoradora sobre sus fronteras⁶⁴.

De vez en cuando se veían pequeños grupos de enemigos en la distancia, pero no se atrevían a atacar al ejército en su marcha, que antes del anochecer les llevó a Coyoacán, una gran ciudad a unas dos leguas de distancia de Xochimilco. Es difícil recorrer esta distancia en esta parte tan poblada del valle sin encontrarse con una plaza de tamaño considerable, a menudo la capital de lo que antiguamente había sido un estado independiente. Los habitantes, aunque miembros de diferentes tribus y hablando dialectos un poco distintos, pertenecían a la misma familia de naciones que había llegado de la región verdadera o imaginaria de Aztlán. Reunidas alrededor de su mar alpino, estas pequeñas comunidades continuaron manteniendo, después de su incorporación a la monarquía azteca, un espíritu de rivalidad en sus relaciones mutuas que, como en el caso de las ciudades del Mediterráneo en la época feudal, avivó sus energías mentales y situó al valle mexicano en una posición más alta en la escala de la civilización que la mayoría de las regiones del Anáhuac.

La ciudad a la que había llegado el ejército en esta ocasión había sido abandonada por sus habitantes y Cortés se detuvo

aquí dos días para que sus tropas se recuperaran y para prestar la atención necesaria a los heridos⁶⁵. Aprovechó el tiempo para reconocer el terreno circundante y, tomando con él un fuerte destacamento, descendió por la calzada que llevaba desde Coyoacán a la gran avenida de Iztapalapa⁶⁶. En el punto de intersección, llamado Xoloc, encontró una fuerte barrera o fortificación, tras la cual se hallaba atrincherada una fuerza mexicana. Sus arqueros hicieron algún daño a los españoles al ponerse al alcance de las flechas. Pero éstos, marchando intrépidamente de cara a la lluvia de flechas, asaltaron la construcción y, después de un obstinado enfrentamiento, expulsaron al enemigo de su posición⁶⁷. Cortés entonces avanzó un poco por la gran calzada de Iztapalapa, pero vio el otro extremo oscurecido por un numeroso despliegue de guerreros y, como no quería enzarzarse en hostilidades innecesarias, especialmente porque las municiones estaban casi agotadas, se retiró a su campamento.

El día siguiente, el ejército continuó su marcha tomando la carretera de Tacuba, que estaba tan sólo a unas millas de distancia. Por el camino sufrieron muchos ataques de grupos desordenados de enemigos, que, furiosos ante la visión del botín que los invasores se llevaban, realizaron repetidos ataques sobre sus flancos y retaguardia. Cortés contraatacó como en la anterior expedición, con una de sus propias estratagemas, pero con menos éxito que anteriormente, porque al perseguir con demasiado brío al enemigo en retirada cayó con su caballería en una emboscada que le habían preparado a su vez. Todavía no podía rivalizar con sus astutas tácticas. Los caballeros españoles fueron rodeados en un momento por su ingenioso enemigo y separados del resto del ejército. Pero, espoleando sus buenas monturas y cargando en una sólida columna todos juntos, consiguieron romper el cerco indio y escapar, excepto dos,

que cayeron en manos del enemigo. Eran los propios sirvientes del general, que le habían seguido fielmente durante toda la campaña, y éste quedó profundamente afectado por su pérdida, que era todavía más angustiosa teniendo en cuenta el sombrío destino que les esperaba. Cuando el pequeño grupo se reunió con el ejército que se había detenido, con cierta preocupación por su ausencia, bajo las murallas de Tacuba los soldados quedaron estupefactos ante el abatido semblante de su comandante, a quien sus emociones le habían traicionado visiblemente⁶⁸.

El sol todavía estaba alto en el cielo cuando entraron en la antigua capital de los tepanecas. La primera preocupación de Cortés fue subir al *teocalli* y otear el territorio circundante. Era un admirable punto de vista que dominaba la capital, que se encontraba a poco más de una legua de distancia y sus alrededores más inmediatos. Cortés fue acompañado por Alderete, el tesorero, y algunos otros caballeros que se habían unido hacía poco a su estandarte. El espectáculo todavía era nuevo para ellos y, mientras miraban la magnífica ciudad con su ancho lago cubierto de canoas y barcasas moviéndose rápidamente de un sitio a otro, algunas cargadas con mercancías o frutas y verduras para los mercados de Tenochtitlan, otras abarrotadas de guerreros, no pudieron contener su admiración ante la vida y la actividad de la escena, declarando que nada más que la mano de la providencia podía haber guiado sanos y salvos a sus compatriotas a través del corazón de este poderoso imperio⁶⁹.

En medio del admirado círculo, tan sólo se veía preocupada la frente de Cortés, y un suspiro que de vez en cuando salía audiblemente de su pecho mostraba el sombrío discurrir de sus pensamientos⁷⁰. «Confórtese», dijo uno de los caballeros para consolarle en su ruda manera por la reciente pérdida, mientras se acercaba a su comandante, «no

debería dejar que estas cosas pesaran demasiado en su corazón, después de todo es la fortuna de la guerra». La respuesta del general mostró la naturaleza de sus meditaciones. «Eres mi testigo», dijo, «de lo a menudo que me he esforzado por persuadir a esa capital de que se rinda pacíficamente. Me llena de gran pesar, el pensar en los esfuerzos y peligros que mis valientes seguidores todavía tienen que enfrentar antes de que podamos llamarla nuestra. Pero ha llegado el momento en que tenemos que ponernos manos a la obra»⁷¹.

No cabe duda de que Cortés, junto con todos los demás hombres de su ejército, sentía que estaba embarcado en una cruzada santa, y que, independientemente de las consideraciones personales, no podía servir mejor al Cielo que plantando la cruz en las torres manchadas de sangre de la metrópolis pagana. Pero era natural que sintiera algo de reparo al contemplar la imponente escena y pensar en la tempestad que se avecinaba y cómo los capullos en flor de la civilización que contemplaba su mirada pronto se marchitarían con el rudo aliento de la guerra. Era un espectáculo impactante el del gran conquistador rumiando así en silencio sobre la desolación que en breve traería sobre la tierra. Parece haber causado una profunda impresión sobre sus soldados, poco acostumbrados a tales pruebas de su sensibilidad y forma, el tema principal de algunos de esos *romances* o baladas nacionales con que el juglar castellano en los tiempos antiguos se deleitaba en conmemorar a los héroes favoritos de su país y que, a medio camino entre la tradición oral y las crónicas, han demostrado ser un registro tan imperecedero como la misma crónica⁷².

Tacuba era el punto al que Cortés había llegado en su anterior expedición rodeando la parte norte del valle. Por tanto, ahora ya había hecho el recorrido completo del gran lago, había reconocido los diferentes acercamientos a la

capital e inspeccionado con sus propios ojos los preparativos realizados para la defensa en las zonas opuestas. No tuvo ocasión de prolongar su estancia en Tacuba, cuya proximidad con México le traería pronto encima a toda su guerrera población.

La mañana siguiente temprano reanudó la marcha tomando la ruta que siguió en la anterior expedición al Norte por los pequeños lagos. Se encontró con menos ataques por parte del enemigo que en días anteriores, una circunstancia que se debía en gran parte, quizá, al estado del tiempo, enormemente tempestuoso. Los soldados, con sus prendas pesadas por la humedad, surcaron el camino con dificultad a través de carreteras fangosas anegadas por torrentes. En una ocasión, como nos informa su cronista militar, los oficiales desatendieron su obligación de hacer rondas por la noche y los centinelas la suya de montar guardias, confiando en que la violencia del tiempo les daría protección. Sin embargo, el destino de Narváez debía haberles enseñado a no confiar en los elementos.

En Acolman, en el territorio acolhua, se les unió Sandoval con el leal cacique de Texcoco y varios caballeros, entre los que se encontraban algunos recientemente llegados de las islas. Recibieron cordialmente a sus paisanos y les comunicaron las noticias de que el canal estaba terminado y los bergantines, equipados y arreglados, estaban preparados para botarlos en el lago. No parecía haber razones, por tanto, para posponer por más tiempo las operaciones contra México. Con esta bienvenida noticia, Cortés y sus victoriosas legiones hicieron su entrada por última vez en la capital acolhua, habiendo utilizado sólo tres semanas en completar el circuito del valle.

Notas al pie

⁴⁷ «Vinieron tantos, que en todas las entradas que yo auia ido, despues que en la Nueva España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos, como aora fuéron en nuestra compañía», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 144.

⁴⁸ «Todos descalabrados, y corriendo sangre, y las vanderas rotas, y ocho, muertos», *ibid.*, *ubi supra*.

⁴⁹ Para el ataque sobre las rocas, cuya topografía es imposible verificar a partir de la narración de los conquistadores, véase Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 144. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 218, 221. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 127. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 16, 17. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 21.

⁵⁰ Cortés, según Bernal Díaz, ordenó a las tropas que tomaron posesión del segundo fuerte, «que no tocaran un solo grano de maíz que perteneciera a los asediados». Díaz, dándole a esto una interpretación muy libre, procedió a cargar a los *tamames* con todo lo que no fuera maíz como justo botín. Fue interrumpido en sus labores, sin embargo, por el capitán del destacamento, que dio una interpretación más estricta a las órdenes del general, para gran descontento de éste, si debemos creer al aguerrido cronista. *Ibid.*, *ubi supra*.

⁵¹ «Adonde estaua la huerta que he dicho, que es la mejor que auia visto en toda mu vuda, y así lo torno á dezir, que Cortés, y el Tesorero Alderete, desque entonces le viéron, y paséaron algo de ella, se admiráron, y dixeronl, que mejor cosa de huerta no auian visto en Castilla», *ibid.*, *loc. cit.*

⁵² Este bárbaro nombre indio ha sido torturado en todas las variaciones posibles por los antiguos cronistas españoles. La ciudad pronto recibió de los españoles el nombre de Cuernavaca que lleva ahora y que se indica en los mapas modernos. «Prevalse poi quello di *Cuernavaca*, col quale é presentemente conosciuta dagli Spagnuoli», Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 185, nota.

* En español en el original. (N. del T.)

** En español en el original. (N. del T.)

* En español en el original. (N. del T.)

⁵³ El tenaz Díaz fue uno de los que realizaron esta peligrosa hazaña, aunque su cabeza se turbó tanto, según nos dice, que apenas sabía cómo llegó. «Porque de mí digo, que verdaderam-ete quando passaua, q lo ví mui peligroso, é malo de passar, y se me desvanecia la cabeça, y todavía passé yo, y otros veinte, ó treinta soldados, y muchos Tlascaltecas», *ibid.*, *ubi supra*.

⁵⁴ Para la historia anterior sobre la toma de Cuernavaca, véase Bernal Díaz, *ubi*

supra. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 21. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 93. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 1, cap. 8. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 87. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 223, 224.

⁵⁵ «Una Tierra de Pinales, despoblada, y sin ninguna agua, la qual y un Puerto pasámos con grandíssimo trabajo, y sin beber: tanto, que muchos de los Indios que iban con nosotros pereciéron de sed», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 224.

⁵⁶ La ciudad de Cuernavaca se incluyó en el patrimonio de los duques de Monteleone, descendientes y herederos del *conquistador*. Los españoles en la ruta de su marcha hacia el Norte no se desviaron mucho probablemente de la gran carretera que lleva de México a Acapulco, que todavía muestra en su parte superior las mismas características que en la época de la conquista.

⁵⁷ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 187, nota.

⁵⁸ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 226. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 8. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 21.

Esta es la versión del mismo general. Díaz, sin embargo, dice que estaba en deuda por su rescate con un castellano, llamado Olea, apoyado por algunos tlaxcaltecas y que su protector recibió tres graves heridas en esa ocasión (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 145). Esta fue una situación, sin embargo, en la que Cortés debía estar mejor informado que nadie y de la que además es poco probable que se olvidara. El viejo soldado la ha confundido probablemente con otra aventura similar de su comandante.

⁵⁹ «Otra Dia buscó Cortés al Indio, que le socorrió, i muerto, ni vivo no pareció; i Cortés, por la devocion de San Pedro, juzgó que él le avia ayudado», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 8.

⁶⁰ «Por el Agua á una muy grande flota de Canoas, que creo, que pasaban de dos mil; y en ellas venian mas de doce mil Hombres de Guerra; é por la Tierra llegó tanta multitud de Gente, que todos los Campos cubrian», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 227.

⁶¹ «Y acordóse que huviesse mui buena vela en todo nuestro Real, repartida á los puertos, é acequias por donde auian de venir á desembarcar, y los de acuallo mui á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calçada, y tierra firme, y todos los Capitanes, y Cortés con ellos, haziendo vela y ronda toda la noche», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 145.

⁶² Díaz, que tenía una fácil fe, afirma como un hecho que los miembros de los desafortunados hombres fueron cortados antes del sacrificio. «Manda cortar pies y braços á los tres tristes nuestros compañeros, y las embia por muchos pueblos

nuestros amigos que los que nos habían venido de paz, y les embia á dezir, que antes que bolvamos á Tezcuco, piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los coraçones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos» (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 145). Esto no es muy probable. Los aztecas, al contrario que nuestros indios norteamericanos, no torturaban a sus enemigos por pura crueldad, sino según unas regulaciones prescritas de su ritual. Los prisioneros eran una víctima religiosa.

⁶³ «Y al cabo dejándola toda quemada y asolada nos partimos; y cierto era mucho para ver, porque tenia muchas Casas, y Torres de sus Ídolos de cal y canto», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 228.

⁶⁴ Para otros detalles sobre las acciones en Xochimilco, véase Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 23. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, caps. 8, 11. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 18. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, caps. 87, 88. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 145.

La versión del propio conquistador sobre estos enfrentamientos no tiene su habitual perspicacia, quizá por su brevedad. Una confusión mayor de lo normal prevalece de hecho en los diferentes informes sobre los mismos, incluso en aquellos que provienen de contemporáneos, lo que hace muy difícil unificar una narración probable a partir de las autoridades, que no sólo se contradicen entre ellas, sino consigo mismas. Es difícil en todo momento que dos versiones de la batalla coincidan en todos los aspectos, tan limitado y diferente es necesariamente el alcance de observación para cada persona y tan difícil hacer una observación fría con la prisa y el calor del conflicto. Cualquiera que haya hablado con los supervivientes comprenderá inmediatamente esto y concluirá de manera acertada que sea donde sea que se busque la verdad, difícilmente estará en el campo de batalla.

⁶⁵ Esta plaza, recomendada por la extremada belleza de su situación, se convirtió después de la conquista en una de las residencias preferidas de Cortés, quien fundó allí un convento y ordenó en su testamento que sus huesos fueran llevados allí desde cualquier parte del mundo donde muriera. «Que mis huesos los lleven á la mi Villa de Coyoacan, y allí les den tierra en el Monesterio de Monjas, que mando hacer y edificar en la dicha mi Villa», *Testamento de Hernán Cortés*, manuscrito.

⁶⁶ Ésta, dice el arzobispo Lorenzana, era la moderna *calzada de la Piedad* (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 229, nota). Pero no es fácil reconciliar esto con el mapa más elaborado que M. de Humboldt ha dado del valle. Un corto brazo que llegaba de esta ciudad en los días de los aztecas, tocaba de forma oblicua la gran avenida del sur, por la que los españoles entraron por primera vez en la capital. Como las aguas, que un día rodearon completamente a México, se han reducido en su estrecha cuenca, la fisonomía de todo el paisaje ha sufrido un gran cambio y, aunque los cimientos de las principales calzadas todavía se conservan, no siempre es fácil discernir los vestigios de las antiguas avenidas.

⁶⁷ «Y llegámos á una Albarrada, que tenian hecha en la Calzada, y los Peones comenzáronla á combatir; y aunque fué muy re cia, y hubo mucha resistencia, y hiriéron diez Españoles, al fin se la ganáron, y matáron muchos de los Enemigos, aunque los Ballesteros, y Escopeteros quedaron sin Pólvara, y sin Saetas», *ibid.*, *ubi supra*.

⁶⁸ «Y estando en esto viene Cortés, con el qual nos alegrámos, puesto que él venia muy triste y como lloroso», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 145.

⁶⁹ «Pues quando viéron la gran ciudad de México, y la laguna, y tanta multitud de canoas, que vnas ivan cargadas con bastimentos, y otras ivan á pescar, y otras valdías, mucho se espantáron, porque no las auian visto, hasta en aquella saçon: y dixeron, que nuestra venida en esta Nueva España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era qui-e nos sostenia», *ibid.*, *ubi supra*.

⁷⁰ «En este instante suspiró Cortés c-o vna gr-a tristeza, mui mayor q la q de antes traia», *ibid.*, *loc. cit.*

⁷¹ «Y Cortés le dixo, que ya veia quantas vezes auia enviado á México á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola vna cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos auiamos de ver, hasta tornar á señorear; y que con la ayuda de Dios presto lo porniamos por la obra», *ibid.*, *ubi supra*.

⁷² Díaz da las *redondillas* de apertura del *romance*, que no he podido encontrar en ninguna colección impresa.

«En Tacuba está Cortés,
cõ su esquadron esforçado
triste estaua, y muy penoso,
triste, y con gran cuidado,
la vna mano en la mesilla,
y la otra en el costado», etc.

Capítulo IV

Conspiración en el ejército. Botadura de los bergantines. Asamblea de las fuerzas. Ejecución de Xicoténcatl. Marcha del ejército. Comienzo del asedio. 1521

Mientras Cortés estaba ocupado en reconocer el valle, como preparación para su asedio a la capital, una activa facción en Castilla trabajaba para subvertir su autoridad y derribar sus planes de conquista al mismo tiempo. La fama de sus brillantes hazañas se había extendido no sólo por las islas, sino por muchas partes de Europa, donde se sentía una admiración general por la invencible energía del hombre que sólo con su brazo, por decirlo así, podía mantener una contienda durante tanto tiempo con el poderoso imperio indio. La ausencia del monarca español de sus dominios y los problemas en el país pueden explicar por sí mismos la supina indiferencia que mostraba el gobierno por la prosecución de esta gran empresa. A las mismas causas se puede achacar que no se tuvieran en cuenta las causas de Velázquez y Narváez, apoyadas como estaban por un abogado tan importante como el obispo Fonseca, presidente del Consejo de Indias. Las riendas del gobierno habían caído en las manos de Adrián de Utrecht, sin ninguna sagacidad, más bien lento y tímido en su política y completamente incapaz de la acción decisiva, propia del audaz genio de su predecesor, el cardenal Jiménez.

En la primavera de 1521, el Consejo de Indias aprobó algunas ordenanzas que amenazaban con una importante innovación en los asuntos de Nueva España. Se decretó que

la Audiencia Real de La Española debería abandonar los procedimientos que ya se habían iniciado contra Narváez, por su trato al comisionado Ayllón, que ese desafortunado comandante debía ser liberado de su encierro en Vera Cruz y que se debía enviar un árbitro a México con autoridad para investigar las acciones y la conducta de Cortés y hacer amplia justicia al gobernador de Cuba. No faltaron personas en la Corte que miraran con poca satisfacción estos procedimientos, como una indigna retribución por los servicios de Cortés y que pensarán que el momento actual no era el más apropiado para tomar medidas que pudieran desanimar al general y quizá le pusieran en una situación desesperada. Pero el arrogante temperamento del obispo de Burgos anuló todas las objeciones y las ordenanzas, después de ser aprobadas por la regencia, fueron firmadas por ese organismo el 11 de abril de 1521. Una persona llamada Tapia, funcionario de la Audiencia de Santo Domingo, fue designada como nuevo comisionado para Vera Cruz. Afortunadamente se dieron unas circunstancias que pospusieron por el momento presente la ejecución de los planes y que permitieron a Cortés continuar sin molestias su carrera de conquista⁷³.

Pero mientras que de esta manera se le permitía continuar, al menos por el momento, en posesión de la autoridad vino a ser acosado por un peligro más cercano que amenazaba no sólo su autoridad, sino su vida. Esta fue una conspiración en el ejército, de un carácter más oscuro y peligroso que el que nunca se había formado en el mismo. La inició un soldado común, llamado Antonio Villafaña, nativo de Castilla la Vieja, del que nada se sabe más que su participación en esta acción. Pertenecía a las tropas de Narváez, esa levadura de desafección que había permanecido en el ejército y que se crecía con descontento en cada pequeña ocasión dispuesta a amotinarse en cualquier

momento. Habían continuado voluntariamente en el servicio, después de la secesión de sus camaradas en Tlaxcala, pero debido a las mismas esperanzas mercenarias que los habían embarcado en un principio en la expedición y precisamente en esto iban a quedar descontentos. Tenían poco del verdadero espíritu aventurero que distinguía a los viejos compañeros de Cortés y encontraban que los estériles laureles de la victoria eran una pobre recompensa por todos sus trabajos y sufrimientos.

A estos hombres se unieron otros que tenían causas de disgusto personal contra el general y también otros que contemplaban con desconfianza el resultado de la guerra. El sombrío destino de los compatriotas que habían caído en manos del enemigo, les llenaba de consternación. Se sentían víctimas del espíritu quimérico de su líder, que con medios tan poco adecuados estaba llevando al extremo a un enemigo tan feroz y formidable y se amilanaban con algo parecido al miedo ante la perspectiva de perseguir al enemigo hasta su propio territorio, donde multiplicaría su energía por la desesperación.

Estos hombres habrían abandonado gustosamente la expedición y regresado a Cuba, pero, ¿cómo podían hacerlo? Cortés tenía control sobre toda la ruta de la ciudad a la costa y ni un barco podía abandonar sus puertos sin su orden. Incluso si se le quitaba de en medio había otros, sus principales oficiales, dispuestos a ocupar su lugar y vengar la muerte de su comandante. Era necesario incluir a éstos en el plan de destrucción y se propuso, por tanto, asesinar junto a Cortés, a Sandoval, Olid, Alvarado y a dos o tres más, leales a sus intereses. Los conspiradores elevarían en ese momento el grito de libertad y no dudaban que entonces se les uniría la mayor parte del ejército o la suficiente al menos para actuar a placer. Propusieron ofrecer el mando, a la muerte de Cortés, a Francisco Verduga, un cuñado de

Velázquez. Era un honorable caballero y desconocía sus intenciones. Pero tenían pocas dudas de que aceptaría el mando obligado en cierto modo y esto aseguraría su protección por parte del gobernador de Cuba, quien estaría bien dispuesto por su odio a Cortés a mirar con indulgencia sus acciones.

Los conspiradores llegaron al punto de dar cargos a los oficiales subordinados, un *alguacil mayor** en lugar de Sandoval y un intendente general para suceder a Olid y algunos otros⁷⁴. La hora establecida para la ejecución del plan era poco después del regreso de Cortés de su expedición. Se fingió que acababa de llegar un paquete de Castilla, que se le presentaría mientras estuviera en la mesa, y mientras estaba ocupado en abrir las cartas, los conspiradores debían caer sobre él y sobre sus oficiales y despacharles con sus puñales. Tal era el inicuo plan ideado para la destrucción de Cortés y la expedición. Pero una conspiración, para tener éxito, especialmente en lo que se refiere a números debe dejar pasar poco tiempo entre su concepción y su ejecución.

El día anterior al fijado para perpetrar la acción, uno del grupo, sintiendo el natural reparo ante la comisión de tal crimen, fue a las habitaciones del general y solicitó una entrevista privada con él. Se lanzó a los pies de su comandante y reveló todos los detalles relacionados con la conspiración, añadiendo que se encontraría en poder de Villafaña un papel con todos los nombres de sus cómplices. Cortés, atónito ante el descubrimiento, no perdió un momento en aprovecharse de él. Envió a por Alvarado y Sandoval y otros dos oficiales más señalados por el conspirador y, después de comunicarles el asunto, fue inmediatamente a las habitaciones de Villafaña seguido de cuatro alguaciles.

Le encontraron hablando con tres o cuatro amigos, que

sacaron inmediatamente de la habitación y pusieron bajo custodia. Villafaña, confundido ante esta súbita aparición de su comandante, no tuvo prácticamente tiempo para coger el papel que contenía las firmas de los confederados de su pecho e intentar tragarlo. Pero Cortés detuvo su brazo y agarró el papel. A medida que su vista pasaba rápidamente por la lista fatal, quedó enormemente conmovido al encontrar los nombres de más de uno que tenía razones para ser altamente considerado en el ejército. Rompió el pergamino en pedazos y ordenó que se pusiera a Villafaña bajo custodia. Fue inmediatamente juzgado por un tribunal militar reunido rápidamente, que presidía el mismo general. Parece que no había duda de la culpabilidad del hombre. Fue condenado a muerte, y después de darle tiempo para la confesión y la absolucón, la sentencia se ejecutó, colgándole de la ventana de su propia habitación⁷⁵.

Aquellos que desconocían el asunto quedaron atónitos ante el espectáculo y el resto de los conspiradores llenos de consternación cuando vieron que su conspiración había sido descubierta y previeron un destino similar para ellos. Pero se equivocaron. Cortés no llevó el asunto más allá. Una breve reflexión le convenció de que hacerlo sería involucrarse en las complicaciones más desagradables e incluso peligrosas. Y por mucho que las personas implicadas en una acción tan estúpida merecieran la muerte, malamente se podía permitir la pérdida siquiera de los culpables siendo tan escasas sus filas. Decidió, por tanto, contentarse con el castigo del líder.

Reunió a sus tropas y explicó brevemente la naturaleza del delito por el que había sido castigado Villafaña. No había confesado, dijo, y el culpable secreto había muerto con él. Después expresó su dolor porque se pudiera haber encontrado a alguien entre sus filas capaz de un acto tan abyecto y afirmó que ignoraba haber injuriado a ninguno de entre ellos, pero si lo había hecho les invitaba francamente a

declararlo, ya que ansiaba proporcionarles cualquier reparación que estuviera en su poder⁷⁶. Pero no hubo nadie entre el público, cualesquiera que fueran sus quejas, que se atreviera a alzar la voz en aquel momento, los conspiradores, menos que nadie, se atrevieron a salir al frente de los descontentos, porque estaban bastante contentos con haber escapado, según creían, a ser descubiertos. El asunto pasó, por tanto, sin más consecuencias.

La conducta de Cortés en esta delicada coyuntura muestra una gran frialdad y conocimiento de la naturaleza humana. De haber permitido que el descubrimiento o siquiera la sospecha sobre los conspiradores se hiciera público, esto le hubiera situado en relaciones hostiles con ellos para el resto de su vida. Fue una revelación parecida, en la primera parte del reinado de Luis XI, a la que se debieron muchos de los males de sus últimos años⁷⁷. Una vez que se ha quitado la máscara ya no hay oportunidad de recurrir siquiera a las apariencias. La puerta parece cerrada a las reformas. La hostilidad, que podía haberse visto alterada por las circunstancias o conciliada por amabilidad, se queda convertida en un rencor mortal y profundo. Y Cortés hubiera estado rodeado de enemigos en su propio campamento más implacables que los del campamento azteca.

Tal y como sucedió, los soldados culpables habían sufrido temores demasiado serios como para poner sus vidas precipitadamente en un peligro similar. Se esforzaron al contrario por hacer demostraciones de lealtad y por cumplir diligentemente sus obligaciones para apartar cualquier sospecha de ellos. Cortés, por su parte, tuvo cuidado de mantener su habitual comportamiento, igualmente apartado de la desconfianza y, lo que es quizá más difícil, de la cortesía estudiada, lo que sugiere de una forma casi tan palpable la sospecha del que la recibe. Para conseguirlo

necesitó una gran destreza. Aun así, no olvidó el pasado. Había destruido ciertamente el pergamino que contenía la lista de los conspiradores. Pero el hombre que ha sabido una vez los nombres de aquellos que han conspirado contra su vida no necesita de un registro escrito para mantenerlos frescos en su memoria. Cortés estuvo atento sobre todos sus movimientos y tuvo cuidado de no colocarlos en ninguna situación en la que le pudieran causar daño⁷⁸.

Este intento de matar a su comandante causó una fuerte sensación en el ejército, donde sus muchas y asombrosas cualidades y sus brillantes talentos militares le habían convertido en el favorito. Estaban ansiosos por mostrar su reprobación de una acción tan vil, proveniente de su propio cuerpo y sintieron la necesidad de tomar algunas medidas efectivas para vigilar por la seguridad de alguien con el que sus propios destinos, así como la suerte de la misma expedición, estaban tan íntimamente relacionadas. Se estableció, por tanto, que se le debería proveer de una guardia de soldados, que se pusieron bajo las órdenes del leal caballero Antonio de Quiñones. Éstos formaron la guardia personal del general durante el resto de la campaña, vigilándole día y noche y protegiéndole de la traición en casa tanto como de la espada del enemigo.

Como se dijo al final del último capítulo, los españoles, a su regreso al campamento, supieron que los bergantines estaban terminados y que estaban completamente equipados y preparados, dispuestos para el servicio. El canal, también, después de haber ocupado a ocho mil hombres durante casi dos meses, estaba terminado.

Fueron unas obras de inmensos trabajos, ya que se extendía a través de media legua de largo y tenía doce pies de ancho y otros tantos de profundidad. Los lados estaban reforzados por empalizadas de madera o de sólida albañilería. A intervalos se construyeron compuertas y

esclusas y parte de la hendidura era sobre dura roca. Por este camino los bergantines podían introducirse ahora con seguridad en el lago⁷⁹.

Cortés decidió que una ocasión tan prometedora se celebrara con la debida solemnidad. El 28 de abril las tropas se reunieron armadas y toda la población de Texcoco se congregó para presenciar la ceremonia. Se celebró una misa y todos los hombres del ejército junto con el general se confesaron y recibieron el sacramento. El padre Olmedo ofreció rezos e invocó una bendición sobre la pequeña flota, la primera digna de tal nombre que se había botado en las aguas americanas⁸⁰. La señal la dio el disparo de un cañón, y los barcos, descendiendo por el canal uno detrás de otro, llegaron al lago en buen orden y, mientras surgían sobre su amplio seno con la música sonando y la enseña real de Castilla flotando orgullosa en sus mástiles, un grito de admiración se elevó entre la incontable multitud de espectadores que se mezcló con el rugir de la artillería y de los mosquetes de los barcos y de la orilla⁸¹. Era un espectáculo nuevo para los simples nativos y contemplaron con asombro los elegantes barcos que, revoloteando como pájaros marinos sobre sus niveas alas, saltaban ligeros sobre las aguas como regocijándose en su elemento. Tocó los severos corazones de los conquistadores con un resplandor de embeleso y sintiendo que el cielo había bendecido su empresa comenzaron espontáneamente de mutuo acuerdo a cantar el noble himno del *Te Deum*. Pero nadie tenía un interés más profundo en la visión, de entre la vasta multitud, que el comandante, ya que la contemplaba como el trabajo, en cierto modo, de sus propias manos y su pecho se hinchó de júbilo al sentir que ahora tenía un poder lo suficientemente fuerte como para dominar el lago y para hacer temblar las altivas torres de Tenochtitlan⁸².

El siguiente paso del general fue reunir a sus fuerzas en la

gran plaza de la capital. Comprobó que ascendían a ochenta y siete a caballo y ochocientos a pie, de los cuales ciento ochenta eran arcabuceros y ballesteros. Tenía tres grandes piezas de hierro y quince cañones más ligeros o falconetes de bronce⁸³. El cañón más pesado había sido transportado desde Vera Cruz a Texcoco poco antes por los leales tlaxcaltecas. Estaba bien provisto de balas y cargas, con unos diez mil pesos de pólvora y cincuenta mil flechas de cabeza de cobre, fabricadas según un patrón que él mismo les había proporcionado a los nativos⁸⁴. Los números y el equipamiento del ejército excedían con mucho a todo lo que había tenido en cualquier momento desde su huida de México y mostraban los buenos efectos de las últimas llegadas desde las islas. Realmente, teniendo en cuenta la flota, Cortés nunca había estado en tan buena posición para llevar adelante sus operaciones. Se enviaron trescientos hombres para tripular los barcos, trece, o mejor doce en número, ya que se descubrió que uno de los más pequeños era demasiado malo navegando como para ser de ninguna utilidad. La mitad de las tripulaciones eran necesarias para manejar los barcos. Hubo más de una dificultad para encontrar brazos para esto, ya que los hombres eran reacios a ese trabajo. Cortés seleccionó a aquellos de Palos, Moguer y de otras ciudades marítimas y, a pesar de las frecuentes quejas para que se les exonerara como hidalgos de esta ocupación tan baja, les obligó a realizar este servicio⁸⁵. Cada barco montó una pieza de artillería pesada y se puso bajo las órdenes de un oficial respetable, al que Cortés le dio un código general de órdenes para la dirección de la pequeña armada, de la que se proponía ponerse al mando personalmente.

Ya había enviado a por sus confederados indios, anunciándoles su propósito de asediar indefinidamente México y les hizo un llamamiento para que le

proporcionaran las tropas prometidas en el plazo de diez días como mucho. A los tlaxcaltecas les ordenó que se reunieran con él en Texcoco, los otros debían reunirse en Chalco, un lugar de encuentro más conveniente para las operaciones en la zona sur del valle. Los tlaxcaltecas llegaron dentro del tiempo prescrito, guiados por el joven Xicotécatl, apoyado por Chichemecatecl, el mismo guerrero altivo que había guiado los bergantines hasta Texcoco. Vinieron con una fuerza de cincuenta mil hombres, según Cortés⁸⁶, creando un brillante espectáculo con sus galas militares y marchando orgullosamente bajo el gran estandarte nacional blasonado con un águila extendida, las armas de la República⁸⁷. Con el paso tan despreocupado como si fueran al campo de batalla, desfilaron por las puertas de la capital haciendo que los muros vibraran con los amistosos gritos de «Castilla y Tlaxcala».

Las observaciones que Cortés había realizado en su última vuelta de *reconnaissance* le habían decidido a comenzar el asedio distribuyendo sus fuerzas en tres campamentos separados, que se proponía levantar en los extremos de las principales calzadas. Gracias a esta distribución de las tropas podría moverse conjuntamente con la capital y estar en la mejor posición para interceptar sus suministros provenientes del campo circundante. El primero de estos puntos era Tacuba, dominando la fatal calzada de la *noche triste*. Ésta fue asignada a Pedro de Alvarado, con una fuerza que constaba, según la versión de Cortés, de treinta caballos, ciento sesenta y ocho españoles de infantería y veinticinco mil tlaxcaltecas. Cristóbal de Olid comandaba el segundo ejército, de más o menos la misma magnitud, que debía tomar la posición de Coyoacán, la ciudad, que, como se recordará, dominaba la corta calzada conectada con Iztapalapa. Gonzalo de Sandoval estaba al cargo de la tercera división, de igual fuerza que las dos anteriores, pero

compuesta de las tropas indias reunidas en Chalco. Este oficial debía marchar sobre Iztapalapa y completar la destrucción de esa ciudad, comenzada por Cortés poco después de su entrada en el valle. Era un lugar demasiado importante como para quedarse en la retaguardia del ejército. El general pretendía apoyar el ataque con sus bergantines, después de lo cual los movimientos de Sandoval quedarían determinados por las circunstancias⁸⁸.

Después de anunciar a sus oficiales las disposiciones que tenían en mente, el comandante español reunió a sus tropas y les dio una de esas breves y animosas arengas con las que acostumbraba a encender los corazones de los soldados en estas ocasiones. «He dado el último paso», dijo, «os he traído hasta el objetivo por el que habéis suspirado durante tanto tiempo. Unos pocos días más os pondrán en las puertas de México, la capital de la que fuisteis expulsados con tanta ignominia. Pero ahora avanzamos bajo la sonrisa de la providencia. ¿Alguien lo duda? Dejadme que compare nuestra actual condición con aquella en la que nos encontrábamos no hace siquiera doce meses, cuando destrozados y descorazonados buscamos refugio en los muros de Tlaxcala, ni siquiera con aquella en la que nos encontrábamos hace unos meses cuando nos establecimos en Texcoco⁸⁹. Desde entonces nuestras fuerzas casi se han doblado. Estamos luchando las batallas de la fe, luchando por nuestro honor, por riquezas y por venganza. Os he traído cara a cara con el enemigo. A vosotros os toca hacer el resto»⁹⁰.

El discurso del audaz jefe fue contestado por una estruendosa aclamación de sus seguidores, que declararon que todo hombre cumpliría su labor bajo ese líder y tan sólo le pedían que les llevara ante el enemigo⁹¹. Cortés hizo que se leyeran de nuevo a las tropas los reglamentos del ejército publicados en Tlaxcala, asegurándoles que debían cumplirlos

al pie de la letra.

Se decidió que las fuerzas indias precederían a las españolas en un día de marcha y deberían esperar a sus confederados en las fronteras del territorio texcocano. Poco después de su partida, sucedió algo que dio un mal augurio para el futuro. Había surgido una pelea en el campamento de Texcoco entre un soldado español y uno tlaxcalteca en la que este último había quedado gravemente herido. Fue enviado de vuelta a Tlaxcala y el tema fue silenciado para que no llegara a oídos del general, quien se sabía que no lo pasaría por alto. Xicoténcatl era pariente cercano del herido, y el primer día de espera aprovechó para abandonar el ejército con un número de sus seguidores y partió a Tlaxcala. Se expresaron otras causas para su desertión⁹². Es cierto que desde el primer momento había mirado la expedición con mal ojo y había predicho que nada bueno podía salir de ella. Entró en ella con recelo, ya que, de hecho, en su corazón detestaba a los españoles.

Su compañero en el mando inmediatamente informó del hecho al general español, que todavía estaba acampado en Texcoco. Cortés, que vio inmediatamente las perniciosas consecuencias de esta desertión en un momento como el actual, destacó un grupo de texcocanos y tlaxcaltecas detrás del fugitivo con instrucciones de convencerle, si era posible, de que volviera a su obligación. Le alcanzaron en la carretera y le reprocharon su conducta, contrastándola con la de sus paisanos en general y con la de su propio padre en particular, el amigo constante de los hombres blancos. «Aún peor», replicó el jefe, «si hubiera seguido mi consejo nunca hubieran sido engañados por estos pérfidos extranjeros»⁹³. Viendo que sus quejas eran recibidas sólo con enfado y con provocaciones desdeñosas, los emisarios regresaron sin cumplir su objetivo.

Cortés no dudó sobre lo que tenía que hacer.

«Xicoténcatl», dijo, «siempre ha sido enemigo de los españoles, primero en el campo y desde entonces en la cámara del consejo, abiertamente o en secreto, sigue siendo su implacable enemigo. No tenía sentido parlamentar con este indio de falso corazón». Inmediatamente destacó a un pequeño grupo de caballos con un alguacil para arrestar al jefe, donde quiera que se encontrara, incluso si estaba en las calles de Tlaxcala, y traerle de vuelta a Texcoco. Al mismo tiempo envió información del comportamiento de Xicoténcatl al senado tlaxcalteca, añadiendo que la desertión entre los españoles se castigaba con la muerte.

Los emisarios de Cortés cumplieron punto por punto las órdenes. Arrestaron al jefe fugitivo, no queda claro si fue en Tlaxcala o en las cercanías, y lo trajeron prisionero a Texcoco, donde se elevaba una alta horca en la plaza central preparada para su recepción. Fue inmediatamente llevado al lugar de ejecución, su sentencia y la causa por la que se le castigaba fueron proclamadas públicamente y el desgraciado cacique expió su delito con la vil muerte del delincuente. Su enorme propiedad, que consistía en tierras, esclavos y algo de oro, fue toda confiscada para la Corona castellana⁹⁴.

De esta forma pereció Xicoténcatl en la flor de la vida, el guerrero más intrépido que ha liderado nunca un ejército indio en la batalla. Fue el primer jefe que resistió con éxito las armas de los invasores y de haber estado en general los nativos del Anáhuac imbuidos por un espíritu como el suyo, Cortés probablemente nunca habría puesto pie en la capital de Montezuma. Estaba dotado de una perspicacia para el futuro mucho más clarividente que la de sus compatriotas, porque vio que el europeo era un enemigo mucho más terrible que los aztecas. Sin embargo, una vez que consintió en combatir bajo la bandera de los hombres blancos, no tenía ningún derecho a desertar e incurrió en la pena prescrita por el código tanto de las naciones salvajes como

de las civilizadas. Se dice de hecho que el senado tlaxcalteca ayudó en su detención, habiendo contestado previamente a Cortés que su crimen era castigado con la muerte en sus propias leyes⁹⁵. Es un acto atrevido ejecutarlo entre su propia gente. Porque era un jefe poderoso, heredero de uno de los cuatro señoríos de la República. Sus cualidades caballerescas le hacían popular, especialmente entre los más jóvenes de sus compatriotas y sus ropas fueron hechas jirones después de su muerte y distribuidas como reliquias sagradas entre ellos. A pesar de ello, no se ofreció resistencia a la ejecución de la sentencia y no le siguió ninguna conmoción. Fue el único tlaxcalteca que se desvió de su lealtad a los españoles.

Según el plan de operaciones fijado por Cortés, Sandoval con su división debía dirigirse al Sur, mientras que Alvarado y Olid rodearían los lagos por el Norte. Estos dos caballeros, después de apoderarse de Tacuba, debían avanzar hasta Chapultepec y demoler el gran acueducto que había allí y que suministraba agua a México. El 10 de mayo comenzaron su marcha, pero en Acolman, donde pararon por la noche, surgió una disputa entre los soldados de las dos divisiones con relación a sus aposentos. De las palabras pasaron a los golpes e incluso se cruzó un desafío entre los líderes, que se empaparon de los sentimientos de enfado de sus seguidores⁹⁶. Inmediatamente se enviaron noticias de esto a Cortés, quien rápidamente envió mensajes a los dos fieros jefes implorándoles que por él y por la causa común dejaran de lado sus diferencias, que sólo podían terminar con su propia ruina y la de la expedición. Su reprimenda prevaleció, al menos para que se estableciera una muestra de reconciliación entre las dos partes. Pero Olid no era hombre que olvidara fácilmente o fuera olvidado y Alvarado, aunque franco y liberal, tenía un temperamento impaciente, que era mucho más fácil de excitar que de apaciguar. Nunca

volvieron a ser amigos⁹⁷.

Los españoles no encontraron oposición en su marcha. Las principales ciudades estaban abandonadas por los habitantes que habían ido a reforzar la guarnición de México o a refugiarse con sus familias en las montañas. Tacuba estaba igualmente desierta y las tropas se establecieron de nuevo en sus antiguas moradas en la señorial ciudad de los tepanecas⁹⁸.

La primera tarea fue cortar las tuberías que llevaban el agua de los arroyos reales de Chapoltepec para alimentar los numerosos estanques y fuentes que brillaban en los patios de la capital. El acueducto, en parte construido de ladrillos y en parte de piedra y mortero, se elevaba sobre un dique fuerte y estrecho que lo llevaba por un brazo del lago. El monumento en general era uno de los más agradables monumentos de la civilización mexicana. Los indios, conscientes de su importancia, habían situado un gran contingente de tropas para su protección. Hubo una batalla, en la que ambas partes sufrieron considerablemente, pero los españoles salieron victoriosos. Una parte del acueducto fue demolida y durante el asedio no llegó agua a la capital por este canal.

El día siguiente, las fuerzas combinadas descendieron por la fatal calzada, para apoderarse si era posible del puente más cercano. Vieron que el dique estaba cubierto por un enjambre de guerreros, tan numerosos como la multitud de canoas. Los intrépidos cristianos intentaron avanzar bajo un perfecto huracán de proyectiles desde agua y tierra, a pesar del cual avanzaron lentamente. La caballería se veía impedida por barricadas que cruzaba la calzada y la hacían inútil. Los lados de los barcos indios estaban protegidos por parapetos que escudaban a las tripulaciones de los arcabuces y las ballestas y cuando los guerreros que estaban sobre el dique eran empujados con fuerza por los lanceros, se

lanzaban sin miedo al agua como si fuera su elemento natural y, reapareciendo por los lados del dique, disparaban sus flechas y jabalinas con fatal eficacia. Después de un enfrentamiento largo y obstinado, los cristianos se vieron obligados a retirarse a su campamento deshonrados e, incluyendo a los aliados, con casi tanto daño recibido como el que habían infligido al enemigo. Olid, disgustado con el resultado del enfrentamiento, arremetió contra su compañero por haberles implicado con su temeridad gratuita y retiró sus fuerzas la siguiente mañana a su propia base en Coyoacán.

Los campamentos tenían una comunicación fácil al estar separado por sólo dos leguas. Encontraron de sobra trabajo en ir de incursión por el campo vecino en busca de provisiones y en repeler las salidas del enemigo, sobre el que se vengaron cortando sus aprovisionamientos. Pero su propia posición era precaria y esperaban con impaciencia la llegada de los bergantines bajo las órdenes de Cortés. Fue en la última parte de mayo cuando Olid estableció sus cuarteles en Coyoacán y es a partir de entonces cuando comienza el asedio de México⁹⁹.

Notas al pie

⁷³ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 15. *Relacion de Alonso de Verzara, Escrivano Público de Vera Cruz*, manuscrito, dec. 21.

* - En español en el original. (N. del T.)

⁷⁴ «Hazi-a Alguacil mayor é Alférez, y Alcaldes, y Regidores, y Contador, y Tesorero, y Ueedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes, y caballos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 146.

⁷⁵ *Ibid.*, loc. cit. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. I.

⁷⁶ *Ibid.*, ubi supra.

⁷⁷ Eso es lo que dice M. de Barante en su pintoresco *rifacimento* de las antiguas crónicas. «Les procès du connètable et de monsieur de Némours, bien d'autres révélations, avaient fait éclater leur mauvais couloir, ou du moins leur peu de fidélité pour le roi; ils en pouvaient donc douter qu'il désirât ou complît leur ruine», *Histoire des Ducs de Bourgogne* (París, 1838), tom. XI, p. 169.

⁷⁸ «Y desde allí adelante, aunque mostraua gran voluntad á las personas que eran en la c-ojuraci-o, siempre se rezelaua dellos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 146.

⁷⁹ Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 19. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 234.

«Obra grañidísima», exclama el conquistador, «y mucho para ver». «Fuéron en guarde de estos bergantines», añade Camargo, «mas de diez mil hombres de guerra con los maestros dellas, hasta que los armáron y echáron en el agua y laguna de Méjico, que fué obra de mucho efecto para tomarse Méjico», *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁸⁰ Los bergantines todavía se podían ver, conservados como preciosos recuerdos, mucho tiempo después de la conquista en los muelles de México. Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. I.

⁸¹ «Deda la señal, soltó la Presa, fuéron saliendo los Bergantines, sin tocar vno á otro, i apartándose por la Laguna, desplegaron las Vanderas, tocó la Música, disparáron su Artillería, respondió la del Ejército, así de Castellanos como de Indios», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 6.

⁸² *Ibid.*, ubi supra. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 234. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 19. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48.

El último cronista mencionado se permite un enorme estallido de júbilo ante este logro de su héroe, que en su opinión arroja a la sombra las presumidas

hazañas del gran Sesostris. «Otras muchas é notables cosas, cuenta este actor que he dicho de aqueste Rey Sessori, en que no me quiero detener, ni las tengo en tanto como esta tranchea, ó canja que es dicho, y los Bergantines de que tratamos, los quales diéron ocasion á que se oviesen mayores Tesoros é Provincias, é Reynos, que no tuvo Sessori, para la corona Real de Castilla por la industria de Hernando Cortés», *ibid.*, lib. 33, cap. 22.

⁸³ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 234.

⁸⁴ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 147.

⁸⁵ *Ibid.*, *ubi supra*.

La *hidalguía*, además de sus privilegios legales, traía consigo a su poseedor otros más extravagantes, si realmente se puede considerar un privilegio el ser excluido de más de una profesión humilde pero honesta gracias a las cuales el pobre hombre podía ganarse el pan. (Para una sorprendente relación de esto, véanse las *Cartas de Doblado* desde España, let. 2.) En ningún país ha proporcionado el *pobre noble* un tema tan rico para la sátira, como muestran abundantemente los escritos de Le Sage, Cervantes y Lope de Vega.

⁸⁶ «Y los Capitanes de Tlascaltecal con toda su gente, muy lúcida, y bien armada, [...] y segun la cuenta, que los Capitanes nos diéron, pasaban de cinquenta mil Hombres de Guerra» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 236). «I toda la Gente», añade Herrera, «tardó tres Dias en entrar, segun en sus Memoriales dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tezcuco tan gran Ciudad, cabian en ella», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 13.

⁸⁷ «Y sus v-anderas t-edidas, y el aue bl-aca q tienen por armas, q parece águila, con sus alas tendidas» (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 149). Clavijero considera que las armas de la república eran un águila con las alas extendidas en oro (Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. II, p. 145). Pero como Bernal Díaz habla de él como «blanco», puede haber sido la garza blanca que pertenecía a la casa de Xicoténcatl.

⁸⁸ La cantidad precisa de cada división, tal y como la da Cortés, es de 30 caballos, 168 de infantería castellana y 25.000 tlaxcaltecas para Alvarado; 33 caballos, 178 de infantería y 20.000 tlaxcaltecas en la de Olid, y 24 caballos, 167 de infantería y 30.000 indios para Sandoval (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 236). Díaz reduce el número de las tropas nativas a un tercio. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150.

⁸⁹ «Que se alegrassen, y esforzassen mucho, pues que veian, que nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros Enemigos: porque bien sabian, que quando habiamos entrado en Tesaico, no habiamos trahido mas de quarenta de Caballo, y que Dios nos habia socorrido mejor, que lo habiamos pensado», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 235.

⁹⁰ Oviedo extiende lo que a pesar de eso llama el «brebe é substancial oración» de Cortés, el triple de su duración, tal y como se encuentra en las páginas del

mismo general, en lo que es imitado por la mayoría de los otros cronistas. *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 22.

⁹¹ «Y con estas últimas palabras cesó; y todos respondieron sin discrepancia, é á una voce dicentes: Sirvase Dios y el Emperador nuestro Señor de tan bien capitan, y de nosotros, que así lo harémos todos como quien somos, y como se debe esperar de buenos Españoles, y con tanta voluntad, y deseo, dicho que parecia que cada hora les era perder vn año de tiempo por estar y á las manos con los Enemigos», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, *ubi supra*.

⁹² Según Díaz, el deseo de apoderarse de las tierras de su camarada Chichemecatecl, que se quedó con el ejército (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150); según Herrera, fue un amor lo que le llevó a casa (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 17). Los dos están de acuerdo en la aversión del jefe por los españoles y por la guerra.

⁹³ «Y la respuesta que le embió á dezir fué, que si el viejo de su padre, y Masse Escaci le huvieran creído, que no se huvieran señoreado tanto dellos, que les haze hazer todo lo que quiere: *y por no gastar mas palabras, dixo, que no queria venir* », Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150.

⁹⁴ Eso es lo que dice Herrera, que tuvo el memorial de Ojeda en su posesión, uno de los españoles que fue a detener al jefe (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 17, y Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 90). Bernal Díaz, por otro lado, dice que el jefe tlaxcalteca fue detenido y ejecutado en la carretera (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150). Pero este último cronista estaba probablemente ausente en ese momento con la división de Alvarado, en la que servía. Solís, sin embargo, prefiere su testimonio, basándose en que Cortés no se hubiera arriesgado a ejecutar a Xicoténcatl delante de sus propias tropas (*Conquista*, lib. 5, cap. 19). Pero los tlaxcaltecas ya estaban de camino a Tacuba. Tan sólo podían haber quedado unos pocos en Texcoco, que estaba ocupada por los ciudadanos y el ejército castellano, ninguno de los cuales era muy probable que se pusiera de parte del prisionero. Su ejecución allí sería más fácil que en territorio de Tlaxcala, que probablemente ya había alcanzado cuando fue detenido.

⁹⁵ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 17. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 90.

⁹⁶ «Y sobre ellos ya auíamos echado mano á las armas los de nuestra Capitanía contra los de la Christóual de Oli, y aun los Capitanes desafiados», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150.

⁹⁷ *Ibid.*, *loc. cit.* *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 237. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 130. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 22.

⁹⁸ La capital tepaneca, despojada de sus antiguos esplendores, es ahora tan sólo interesante por sus asociaciones históricas. «Estas llanuras de Tacaba», dice el

vehemente escritor de *Life in Mexico*, «un día el escenario de fieros y sangrientos conflictos y donde durante el asedio de México, Alvarado “el del salto” estableció su campamento, ahora muestran una escena muy tranquila. Tacuba en sí es ahora una pequeña villa de cabañas de barro, con algunos bellos árboles antiguos y muy pocas casas antiguas en ruinas, una iglesia en ruinas y algunos restos de un edificio que nos aseguran que fue el palacio del último monarca; mientras que otros declaran que fue el sitio donde estuvo el campamento de los españoles», vol. I, let. 13.

⁹² *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 237-239. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 94. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 22. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 50. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 130.

Clavijero establece esta fecha el día del Corpus Christi, 30 de mayo (Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 196). Pero los españoles abandonaron Texcoco el 10 de mayo, según Cortés, y no pudieron pasar tres semanas entre su partida y la ocupación de Coyoacán. Clavijero sortea esta dificultad, es cierto, datando el inicio de la marcha el 20, en lugar del 10 de mayo, siguiendo la cronología de Herrera, en lugar de la de Cortés. El general es con seguridad la mejor autoridad de las dos.

Capítulo V

Derrota de la flotilla india. Ocupación de las calzadas. Ataques desesperados. Quema de los palacios. Espíritu de los asediados. Barracones para las tropas. 1521

En cuanto Cortés recibió la noticia de que sus dos oficiales se habían establecido en sus respectivos puestos, ordenó a Sandoval marchar sobre Iztapalapa. La ruta del caballero discurría por territorio en su mayoría amigo y en Chalco su pequeño grupo de españoles se vio aumentado por la formidable acumulación de tropas indias que esperaban su llegada. Después de este encuentro continuó su marcha sin oposición hasta que llegó ante la ciudad hostil bajo cuyas murallas encontró una poderosa fuerza reunida para recibirles. A continuación hubo una batalla y los nativos, después de defender el terreno con tenacidad por un tiempo, fueron obligados a retirarse y a buscar refugio tanto en el agua como en esa parte de la ciudad que se encontraba sobre ella. El resto fue ocupado rápidamente por los españoles.

Mientras tanto Cortés había zarpado con su flota con la intención de apoyar a su lugarteniente por el agua. Al acercarse a la orilla sur del lago pasó bajo la sombra de un pico solitario, llamado desde entonces la «Roca del marqués». Estaba protegido por un cuerpo de indios que recibieron a la flota mientras pasaba con una lluvia de flechas y piedras. Cortés decidió castigar esta audacia y librar al lago de este problemático enemigo. Desembarcó inmediatamente con ciento cincuenta seguidores. Se puso él

mismo a la cabeza del grupo, escaló la empinada pendiente de cara a una torrencial tormenta de proyectiles y, llegando a la cima, pasó a la guarnición por la espada. También había un número de mujeres y niños reunidos en el lugar a los que perdonó la vida¹⁰⁰.

Sobre el pico había un fuego encendido, que servía para notificar a los habitantes de la capital cuándo la flota española había levado el ancla. Antes de que Cortés hubiera podido regresar al bergantín, las canoas y piraguas del enemigo habían salido de los puertos de México y se veían oscureciendo el lago durante varias rods. Había varios cientos de ellas, todas repletas de guerreros y avanzando rápido impulsados por sus remos sobre la tranquila superficie de las aguas¹⁰¹.

Cortés, que veía su flota, para usar su propio lenguaje, como «la llave de la guerra», sentía la importancia de descargar un golpe decisivo en el primer encuentro con el enemigo¹⁰². Por ello, descubrió con disgusto que sus velas resultaban inútiles por falta de viento. Con calma esperó la aparición de la escuadra india que, sin embargo, descansó sus remos a un poco más de la distancia de tiro de mosquete, como si dudaran sobre si enfrentarse a esos leviatanes de sus aguas. En este momento un ligero aire proveniente de tierra firme onduló la superficie del lago, poco a poco se avivó hasta convertirse en una brisa y Cortés, aprovechándose de este amistoso socorro, bien se le puede excusar en cualquier caso por tomarlo como un regalo especialmente enviado por el cielo, extendió su línea de batalla y embistió a toda vela contra el enemigo¹⁰³.

Las canoas en cuanto chocaron con la proa de sus formidables oponentes fueron destrozadas y enviadas al fondo debido al golpe o al daño recibido y pronto se inundaron y hundieron. El agua estaba cubierta de restos de canoas destrozadas y de los cuerpos de hombres luchando a

vida o muerte entre las olas e implorando en vano a sus compañeros que les subieran a sus ya repletos barcos. La flota española, al romper entre la muchedumbre de botes, enviaba andanadas a diestro y siniestro con un efecto terrible, completando la turbación de los aztecas. Éstos en vez de ofrecer resistencia, lanzaron escasamente una andanada de flechas e intentaron con todas sus fuerzas ganar de nuevo el puerto del que acababan de salir. No fueron mayor rival en la persecución que en la lucha, ya que su terrible antagonista, llevado por las alas del viento, corría de un lado para otro a su placer, esparciendo la muerte ampliamente a su alrededor y haciendo que las orillas retumbaran con los truenos de su artillería. Tan sólo unos pocos de la flotilla india alcanzaron puerto y deslizándose por los canales encontraron refugio en el interior de la ciudad, donde el calado más pesado de los bergantines les impedía seguirles. La victoria, más completa incluso de lo que el optimista temperamento de Cortés había pronosticado, acreditó la superioridad de los españoles y les convirtió a partir de este momento en los señores indiscutibles del mar azteca¹⁰⁴.

Estaba ya casi anocheciendo cuando la escuadra, costeando a lo largo de la gran calzada sur, ancló en el punto de unión, llamado Xoloc, donde el ramal de Coyoacán se encuentra con el dique principal. La avenida se hacía más ancha en este punto, lo suficiente como para permitir dos torres o templos almenados, construidos de piedra y rodeados de murallas del mismo material, que en conjunto resultaban una posición de cierta fuerza y que en ese momento estaba protegida por un cuerpo de aztecas. No eran muy numerosos y Cortés, desembarcando con sus soldados, consiguió sin mucha dificultad desalojar al enemigo y tomar posesión de la construcción.

Parece haber sido el plan original del general establecer su

cuartel en Coyoacán con Olid. Pero si así era, en este momento cambió su propósito y sabiamente lo estableció en este lugar, como la mejor posición para el campamento. Estaba a media legua de la capital y al mismo tiempo que dominaba su gran avenida del sur, tenía comunicación directa con la guarnición de Coyoacán, a través de la cual podía recibir provisiones del campo circundante. Por tanto, decidió establecer aquí su cuartel general. Inmediatamente ordenó que su pesado cañón de hierro fuera transportado de los bergantines a la calzada y dio órdenes a Olid de que se le uniera con la mitad de su fuerza, mientras que a Sandoval le ordenó que abandonara su actual situación y avanzara a Coyoacán, desde donde debía destacar cincuenta lanceros de su infantería al campamento de Cortés. Después de hacer estos preparativos, el general se ocupó activamente de reforzar las defensas de Xoloc y ponerlas en el mejor estado posible de defensa.

Durante los siguientes cinco o seis días después de acampar aquí los españoles sufrieron muchos ataques por parte del enemigo, que intentó demasiado tarde evitar que tomaran una posición tan cercana a la capital y que si hubieran sabido más de la ciencia militar hubiera realizado el esfuerzo de defender mejor. En contra de su práctica habitual, los indios realizaron ataques por la noche, además de por el día. El agua se agitaba con las canoas que se mantenían a distancia por temor a los bergantines, a pesar de lo cual se acercaban lo suficiente, especialmente a cubierto de la noche, para lanzar lluvias de flechas sobre el campamento cristiano, éstas caían en tal cantidad que ocultaban la superficie del suelo e impedían los movimientos de los soldados. Otros corrían a lo largo de la parte oeste de la calzada, ya que no estaba protegida por la flota española y utilizaban la arquería con efectos tan mortíferos que los españoles se vieron obligados a hacer una brecha temporal

en el dique lo suficientemente ancha para permitir que dos de sus barcos más pequeños pasaran, los cuales en el otro lado pronto obtuvieron el dominio completo de la cuenca interior, como ya lo tenían antes de la exterior. Aun así, los valientes bárbaros, avanzando a lo largo de la calzada, marchaban dentro del alcance de tiro de las murallas cristianas lanzando tales aullidos y discordantes gritos de batalla que parecía, en palabras de Cortés, «como si fuera el fin del mundo». Pero eran severamente castigados por su temeridad, ya que las baterías que dominaban los accesos del campamento abrían un fuego desolador que dispersaba a los atacantes y les hacía retirarse en confusión a su propio campamento¹⁰⁵.

Las dos avenidas principales de México, la del sur y la del oeste, estaban ahora ocupadas por los cristianos. Todavía quedaba una tercera, el gran dique de Tepejacac en el Norte, que de hecho, tomando la calle principal que pasaba en línea recta a través del corazón de la ciudad, podía verse como una continuación del dique de Iztapalapa. Todavía había abierta una vía de escape y de aprovisionamiento para los asediados y en este momento se aprovechaban de ello manteniendo sus comunicaciones con el país. Alvarado, que lo veía desde su posición en Tacuba, advirtió a su comandante, y este último ordenó a Sandoval que tomara una posición en la calzada. Este oficial, aunque sufriendo en ese momento de una grave herida de lanza que había recibido en las últimas escaramuzas, se apresuró a obedecer y de esta manera cerró la única vía de comunicación de los aztecas con el campo circundante, completando el bloqueo a la capital¹⁰⁶.

Pero Cortés no se contentaba con esperar pacientemente los efectos de un bloqueo prolongado, que pudiera agotar la paciencia de sus aliados y sus propios recursos. Decidió apoyarlo con activos ataques a la ciudad que desasosegaran

más a los asediados y aceleraran la rendición. Para este propósito ordenó un ataque simultáneo de dos de los comandantes en los otros dos puestos sobre los barrios más cercanos a sus campamentos.

El día establecido sus fuerzas estaban armadas al salir el sol. Se dijo misa como de costumbre y los confederados indios, mientras escuchaban con grave atención el majestuoso e imponente servicio, contemplaron con abierta admiración la reverencia devota que mostraban los cristianos, a quienes en su simpleza a su vez miraban como poco menos que divinidades¹⁰⁷. La infantería española marchaba en la vanguardia, guiada por Cortés, acompañado por un número de caballeros, desmontados como él mismo. No habían avanzado mucho por la calzada cuando fueron detenidos por una de las brechas abiertas que antes habían estado cruzadas por un puente. En la otra parte se había levantado una muralla de calicanto y detrás de ésta había apostado un fuerte grupo de aztecas, los cuales descargaron sobre los españoles, en cuanto avanzaron, una espesa andanada de flechas. Éstos se esforzaron en vano por sacarlos con armas de fuego y ballestas, pero estaban demasiado bien protegidos detrás de sus defensas.

Cortés entonces ordenó que dos de los bergantines, que se habían mantenido cada uno a un lado de la calzada para cooperar con el ejército, que se situaran para disparar sobre la posición ocupada por el enemigo. De esta manera, entre dos fuegos bien dirigidos, los indios se vieron obligados a retroceder. Los soldados a bordo de los barcos, saltando a tierra, brincaron como ciervos por los lados del dique. Pronto fueron seguidos por sus compatriotas bajo las órdenes de Cortés, quienes lanzándose al agua cruzaron a nado el espacio desprotegido y se unieron en la persecución del enemigo. Los mexicanos se retiraron, sin embargo, con cierto orden, hasta que llegaron a otra abertura en el dique

como la anterior, con el puente desmantelado y fortificada de la misma manera por un baluarte de piedra, detrás del cual se protegieron los aztecas en retirada nadando a través del hueco y reforzados por grupos frescos de sus compatriotas.

Defendieron bien el puesto, hasta que de nuevo los cañonazos de los bergantines les obligaron a ceder. De esta manera se hizo, brecha tras brecha, y en cada nueva victoria se elevaba un grito de las tripulaciones de los barcos que, contestado por las largas filas de los españoles y sus confederados en la calzada, hacían que el valle repitiera el eco en sus confines.

Cortés había llegado ya al final de la gran avenida, donde comenzaban las afueras. En este lugar se detuvieron para dar tiempo a la retaguardia a alcanzarles. Ésta se había retrasado rellenando las brechas de tal manera que fueran practicables para la artillería y la caballería y para asegurar un paso al resto del ejército en caso de retirada. Esta importante tarea fue encomendada a los aliados, que la realizaron derribando las murallas en los márgenes y arrojándolos a la sima y, cuando esto no era suficiente, porque el agua era demasiado profunda alrededor de la calzada del sur, desmontando las grandes piedras y los escombros del mismo dique, que era lo suficientemente ancho como para soportarlo, y añadiéndolas al montón, hasta que se elevaba por encima del nivel del agua.

La calle en la que los españoles entraron ahora era la gran avenida que atravesaba la ciudad de Norte a Sur y la misma por la que habían visitado por primera vez la capital. Era ancha y perfectamente recta y en la distancia se podían ver oscuras masas de guerreros agrupándose para apoyar a sus compatriotas que estaban preparados para disputar cualquier avance de los españoles. Los bordes estaban alineados por edificios cuyas terrazas estaban también llenas

de guerreros, que a medida que avanzaba el ejército, lanzaban sin piedad una tormenta de proyectiles sobre sus cabezas, que rebotaba inofensiva debido a la cota de malla, pero que demasiado a menudo encontraba su camino a través del más común *escaupil* del soldado, que ya estaba abierto con más de un roto enorme. Cortés eliminó este problema para el futuro, ordenó a los zapadores indios que derribaran los principales edificios a medida que avanzaban, probando éstos su inestimable servicio tanto en el trabajo de demolición como en el de reparación de las brechas¹⁰⁸.

Los españoles mientras tanto avanzaban lenta pero constantemente, a medida que el enemigo se retiraba ante el fuego persistente de los mosquetes, aunque volviéndose a intervalos para arrojar sus jabalinas y flechas contra sus perseguidores. De esta manera siguieron a lo largo de la gran calle, hasta que su camino quedó interrumpido por una amplia acequia o canal, en su tiempo atravesado por un puente del que sólo quedaban unas pocas tablas. Éstas habían sido rotas por los indios justo después de pasar sobre ellas e inmediatamente se vio un formidable despliegue de lanzas erizándose sobre la cima de la sólida muralla de piedra que protegía el otro extremo del canal. Cortés ya no estaba apoyado por sus bergantines, que no podían pasar a las afueras por lo poco profundo de los canales. Adelantó a sus arcabuceros, que, protegidos por los broqueles de sus camaradas, abrieron fuego contra el enemigo. Pero las balas caían inofensivas contra las murallas de piedra, mientras que los atacantes presentaban una diana muy fácil para sus oponentes.

El general entonces ordenó que se trajeran las armas pesadas y abrió un fuego vivo, que pronto descubrió una brecha en las defensas a través de la que los mosqueteros y los ballesteros lanzaron sus andanadas espesas como el granizo. Los indios se desperdigaron en desorden, después

de haber mantenido a sus antagonistas a raya durante dos horas¹⁰⁹. Éstos, saltando sobre las aguas poco profundas, escalaron la orilla opuesta sin más resistencia y empujaron al enemigo por las calles hacia la plaza donde la pirámide sagrada levantaba su colosal cuerpo por encima de los edificios de la ciudad.

Era un lugar demasiado familiar para los españoles. A un lado se elevaba el palacio de Axayácatl, su antiguo campamento, el escenario de enormes sufrimientos para muchos de ellos. Enfrente el conjunto de edificios bajos e irregulares donde un día vivió el desafortunado Montezuma, mientras que un tercer lado de la plaza estaba flanqueado por el Coatepantli, o muro de las serpientes, que rodeaba el gran *teocalli* con su pequeña ciudad de edificios sagrados. Los españoles se pararon a la entrada de la plaza, como oprimidos y, por un momento, sobrepasados por los amargos recuerdos que se agolpaban en sus mentes. Pero su intrépido líder, impaciente ante su vacilación, les ordenó con voz potente que avanzaran antes de que los aztecas tuvieran tiempo de reorganizarse, al mismo tiempo que, agarrando su escudo en una mano y levantando su espada por encima de la cabeza con la otra, lanzó su grito de guerra de «Santiago» y les condujo inmediatamente contra su enemigo¹¹⁰.

Los mexicanos, intimidados por la presencia del detestado enemigo, que, a pesar de todos sus esfuerzos, se había abierto camino de nuevo hasta el corazón de su ciudad, no ofrecieron más resistencia y se retiraron o, mejor dicho, huyeron en desbandada buscando refugio en el recinto sagrado del *teocalli*, donde los numerosos edificios esparcidos por su amplia extensión proporcionaban muchos buenos lugares para la defensa. Pudo verse a unos pocos sacerdotes, ataviados con sus típicos vestidos salvajes y manchados de sangre, elevándose en las terrazas que rodeaban los imponentes lados de la pirámide, cantando

himnos en honor de su dios y animando a los guerreros más abajo a batallar con valentía por sus altares¹¹¹.

Los españoles se lanzaron a través de las puertas abiertas en el recinto y un pequeño grupo ascendió por el serpenteante pasillo hacia la cima. No quedaba ningún vestigio de la cruz o de ningún otro símbolo de la pura fe a la que se había consagrado. Una nueva efigie del dios azteca de la guerra había ocupado el lugar de aquella que los cristianos habían demolido y elevaba su forma fantástica y espantosa en el mismo nicho que había ocupado su predecesor. Los españoles enseguida le quitaron su máscara de oro y las ricas joyas con las que estaba adornado y, lanzando a los sacerdotes que se resistían por los lados de la pirámide, se abrieron camino hasta sus camaradas en la zona. Justo en el último momento¹¹².

Los aztecas, indignados ante el atroz sacrilegio perpetrado ante sus ojos y reuniendo coraje de la inspiración del lugar bajo la misma presencia de sus deidades, elevaron un aullido de horror y furia vengativa al mismo tiempo que se colocaban con algo parecido al orden y saltaban con un impulso común sobre los españoles. Estos últimos, que se habían detenido junto a la entrada, aunque sorprendidos, hicieron un intento de mantener su posición en la puerta de entrada. Pero fue en vano, porque el precipitado empuje de los atacantes les arrastró inmediatamente hacia la plaza, donde fueron atacados por otros cuerpos de indios que aparecieron de las calles adyacentes. Destrozados y perdiendo su presencia de ánimo, las tropas no intentaron unirse, sino que, cruzando la plaza y abandonando al enemigo el cañón que allí estaba plantado, se fueron corriendo por la gran calle de Iztapalapa. Aquí pronto se mezclaron con los aliados, que bloquearon su paso y que, contagiándose del pánico de los españoles, aumentaron la confusión, mientras que la vista de los que huían, cegada por

los proyectiles que llovían sobre ellos desde las azoteas, hacían difícil distinguir al amigo del enemigo. Cortés en vano se esforzó por aguantar el torrente y recuperar el orden. Su voz quedó ahogada por el salvaje alboroto, mientras que era arrastrado como un tronco a la deriva por la furia del torrente.

Todo parecía perdido cuando se escuchó de pronto en las calles adyacentes el distante trote de caballos galopando sobre el pavimento. Se acercaban más y más y pronto emergió un cuerpo de caballería en la gran plaza. Aunque no eran más que un puñado, se lanzaron con valentía sobre lo más espeso del enemigo. Ya hemos tenido más de una ocasión de señalar el supersticioso miedo que tenían los indios al caballo y al jinete. Y, a pesar de que la larga estancia de la caballería en la capital, los había familiarizado en cierta medida con su presencia, había pasado tanto tiempo desde que los contemplaran por última vez, que todos sus anteriores misteriosos temores revivieron con toda su fuerza y cuando fueron atacados así súbitamente en el flanco fueron presa del pánico y cayeron en la confusión. Pronto se extendió por las líneas de cabeza y Cortés, al notar su ventaja, se volvió con la rapidez del rayo y apoyado en este momento por sus seguidores consiguió repeler al enemigo con algunas pérdidas, hasta el recinto.

En ese momento ya estaba entrada la tarde y como la noche pronto llegaría no hizo ningún intento más de aprovecharse de su ventaja. Ordenando que las trompetas tocaran a retirada, replegó a sus fuerzas en completo orden, llevándose con ellos la artillería que había sido abandonada en la plaza. Los aliados fueron los primeros en despejar el terreno, seguidos por la infantería española, mientras que la retaguardia iba protegida por los caballos, el orden inverso de marcha a su entrada. Los aztecas estaban cerca de las últimas filas y, aunque rechazados por las frecuentes cargas

de la caballería, todavía seguían en la distancia disparando sus ineficaces proyectiles y llenando el aire de gritos y aullidos salvajes, como una manada de lobos hambrientos defraudados con su presa. Era tarde cuando el ejército llegó a sus cuarteles de Xoloc¹¹³.

Cortés había estado bien apoyado por Alvarado y Sandoval en este ataque de la ciudad, aunque ninguno de estos comandantes había entrado en las afueras, impedidos quizá por las dificultades de paso, que en el caso de Alvarado eran mayores que las que se le presentaban a Cortés, por el gran número de brechas que cortaban el dique de su barrio. También se debía en parte a la falta de los bergantines, hasta que Cortés suplió la deficiencia destacando la mitad de su pequeña armada para apoyar a sus oficiales. Sin su cooperación, sin embargo, no podría haber avanzado tan lejos, ni quizá haber conseguido poner siquiera el pie en la capital. El éxito de este ataque llenó de consternación no sólo a los mexicanos, sino también a sus vasallos, ya que vieron que sus impresionantes preparativos para la defensa servían de poco contra el hombre blanco, que, a pesar de ellos, se había abierto camino hasta el mismo corazón de la capital. Varias de las plazas vecinas en consecuencia mostraron ahora disposición a romper su alianza y solicitar la protección de los españoles. Entre éstos estaba el territorio de Xochimilco, tan duramente tratado por los invasores y algunas tribus de otomíes, un pueblo rudo y valiente, que habitaban en los confines occidentales del valle¹¹⁴. Su apoyo era valioso, no tanto por los refuerzos adicionales que conllevaba, como por la mayor seguridad que daba al ejército, cuyos puestos avanzados estaban constantemente amenazados por estos guerreros bárbaros.

La ayuda más importante que recibieron los españoles en este momento provino de Texcoco, cuyo príncipe Ixtlilxochitl reunió todas sus fuerzas hasta un número de

cincuenta mil, si debemos creer a Cortés, y las llevó en persona al campamento cristiano. Por orden del general se distribuyeron entre las tres divisiones de asediadores¹¹⁵.

Reforzado de esta manera, Cortés se preparó para un segundo ataque sobre la capital, antes incluso de tener tiempo de recuperarse del anterior. Se ordenó a los lugartenientes en las otras calzadas que marcharan al mismo tiempo y que cooperaran con él en el ataque como anteriormente. Se llevó a cabo exactamente de la misma manera que la anterior entrada, con la infantería en la vanguardia seguidos de los aliados y de la caballería. Pero para desesperación de los españoles encontraron que dos tercios de las brechas habían vuelto a su estado anterior y que las piedras y otros materiales con los que les detuvieron habían sido retirados por su infatigable enemigo. Se vieron obligados de nuevo a traer el cañón, los bergantines recorrieron los lados y el enemigo fue desplazado y empujado de un puesto a otro, de la misma manera que en su anterior ataque. En pocas palabras, tuvo que hacerse todo el trabajo de nuevo. Hasta pasada una hora del mediodía el ejército no ganó las afueras.

Aquí su avance no fue tan dificultoso como anteriormente, ya que los edificios desde cuyas terrazas habían sufrido los mayores ataques habían sido derribados. Aun así, sólo se abrieron camino paso a paso entre la milicia mexicana, que disputaba su avance con el mismo espíritu que anteriormente. Cortés, que hubiera estado deseoso de evitarles todo esto a los habitantes de haber podido llegar a un acuerdo con ellos, los miraba con lástima, según se dice, tan desesperadamente empeñados en una guerra de exterminio. Pensó que no habría manera en la que pudiera afectar sus mentes de forma más efectiva que destruyendo algunos de sus edificios principales, a los que estaban acostumbrados a venerar como el orgullo y el adorno de la

ciudad¹¹⁶.

Marchando hacia la gran plaza, seleccionó el antiguo palacio de Axayácatl, sus anteriores cuarteles, como el primero a destruir. El amplio conjunto de edificios bajos estaba ciertamente construido en piedra, pero su interior, así como los torreones exteriores y sus tejados, eran de madera. Los españoles, cuyas asociaciones con la construcción eran tan sombrías, se lanzaron al trabajo de destrucción con una satisfacción parecida a la que la muchedumbre francesa pudo sentir en la demolición de la Bastilla. Se lanzaron antorchas y teas en todas las direcciones, las partes inferiores del edificio rápidamente prendieron fuego, que, recorriendo las inflamables colgaduras y los trabajos en madera del interior, se extendió rápidamente al segundo piso. Ahí el elemento se desató y, antes de que se viera desde fuera, lanzó por cada abertura y grieta una densa columna de humo que colgaba como un paño mortuario sobre la ciudad. Éste fue disipado por una brillante lengua de fuego que atrapó las zonas superiores del enorme conjunto hasta que los apoyos cedieron y la amplia extensión de cámaras almenadas cayó entre nubes de polvo y cenizas, con un terrible estruendo que por un momento detuvo a los españoles en su trabajo de devastación.

Tan sólo fue por un momento. En el otro extremo de la plaza, junto a la residencia de Montezuma, había varios edificios, como ya sabe el lector, dedicados a los animales. Uno de éstos quedó ahora señalado para su destrucción, la casa de los pájaros, llena de ejemplares de todas las variopintas especies que pululaban por los anchos bosques de México. Era un edificio etéreo y elegante, al estilo indio y contemplado en relación con su función, era sin lugar a dudas una prueba notable de refinamiento y gusto intelectual en un monarca bárbaro. Sus materiales, la madera y el bambú, ligeros y combustibles, formaban un chocante

contraste con los pesados edificios de piedra que lo rodeaban y lo hacían obviamente el más conveniente para el actual objetivo de los invasores. Se aplicaron las antorchas y la imaginativa estructura pronto quedó atrapada por las llamas, que lanzaron sus siniestros resplandores a lo largo y ancho de la ciudad y el lago. Sus habitantes alados o bien murieron en el fuego o tuvieron la fuerza suficiente para romper el enrejado de la jaula y volaron alto revoloteando por un tiempo sobre la ciudad querida, para luego huir con estridentes chillidos a sus bosques nativos más allá de las montañas.

Los aztecas contemplaron con inexpresable horror esta destrucción de la venerable morada de sus monarcas y sus monumentos de lujo y esplendor. Su furia se convirtió casi en locura al contemplar a sus odiados enemigos, los tlaxcaltecas, dedicados al trabajo de desolación, y ayudados por los texcocanos, sus propios aliados y a menudo sus propios familiares. Dieron rienda suelta a su furia en amargas imprecaciones, especialmente sobre el joven príncipe Ixtlilxochitl, que marchando hombro con hombro con Cortés, se expuso plenamente a los peligros de ese día. Los guerreros desde los tejados de las casas lanzaron los epítetos más insultantes sobre él mientras pasaba, denunciándole como traidor falso de corazón, infiel a su país y a su sangre, reproches no del todo inmerecidos, como confiesa cándidamente su familiar que relata el hecho¹¹⁷. Sin embargo, prestó poca atención a sus provocaciones, manteniendo su camino con la obstinada decisión de alguien fiel a la causa en la que se ha embarcado y cuando entró en la gran plaza se enzarzó con el líder de las fuerzas aztecas, arrancó de su mano una lanza que este último había ganado a los cristianos y le despachó con un golpe de su maza o *macuahuitl*, que le dejó sin vida en el suelo¹¹⁸.

El comandante español, después de terminar el trabajo de

destrucción, tocó retirada, ordenando que se adelantaran los aliados indios que le bloqueaban el paso. Los mexicanos, enloquecidos por sus pérdidas, en un salvaje arrebató de furia siguieron de cerca a la retaguardia y, aunque eran rechazados por la caballería, volvían lanzándose desesperadamente bajo los caballos, intentando arrancar a sus jinetes de la silla, contentos de perder su vida por un golpe al enemigo. Afortunadamente, la mayor parte de la milicia estaba enzarzada con los atacantes en el lado opuesto de la ciudad, pero, aun disminuidos de esta forma, rechazaron a los españoles bajo las órdenes de Cortés con tanta fuerza que pocos volvieron al campamento esa noche sin llevar en su cuerpo un recuerdo de la desesperada lucha¹¹⁹.

El día siguiente, y de hecho varios días después, el general repitió sus asaltos sin preocuparse de descansar como si él y sus hombres estuvieran hechos de hierro. En una ocasión avanzó parte del camino por la calle de Tacuba tomando tres de los puentes, deseoso si era posible de abrir comunicación con Alvarado, apostado en la calzada contigua. Pero los españoles en ese barrio no habían penetrado más allá de las afueras, dificultados todavía por el difícil carácter del terreno y careciendo quizá de algo de esa impetuosa fiereza, que siente el soldado que lucha bajo la mirada de su jefe.

En cada uno de estos asaltos, las brechas volvieron a encontrarse más o menos reestablecidas por los pertinaces mexicanos y los materiales, que habían sido colocadas en ellas con mucho trabajo, retirados de nuevo. Puede parecer extraño que Cortés no tomara medidas para protegerse de la repetición de este acto que causaba tanto retraso y engorro en sus operaciones. Señala esto en su carta al emperador en la que dice que para hacerlo habría necesitado establecer sus cuarteles en la ciudad misma, lo que le hubiera rodeado de enemigos y le hubiera cortado sus comunicaciones con el

país, o haber situado una guardia suficiente de españoles, ya que los nativos estaban fuera de lugar, para proteger las brechas por la noche, una tarea completamente fuera de las posibilidades de los hombres ocupados con un servicio tan duro durante el día¹²⁰.

Sin embargo, esto fue lo que hizo Alvarado, que apostó por la noche una guardia de cuarenta soldados para la defensa de la apertura más cercana al enemigo. Pasadas unas pocas horas se relevaba a esta guardia por un destacamento y éste de nuevo por un tercero, quedándose los dos primeros en sus puestos, de tal manera que, en caso de alarma, un cuerpo de ciento veinte soldados estaba preparado en el lugar para repeler un ataque. A veces, de hecho, toda la división se colocaba al raso en la brecha vecina, descansando completamente armados y preparados para la acción inmediata¹²¹.

Pero una vida como esa de constantes trabajos y vigilia era demasiado dura incluso para la tenaz constitución de los españoles. «Durante la larga noche», exclama Díaz, que sirvió en la división de Alvarado, «manteníamos nuestra aburrida vigilia, a pesar del viento, la humedad o el frío. Ahí estábamos dolidos de nuestras heridas recibidas en la batalla del día anterior»¹²². Era la época lluviosa, que va en ese país de julio a septiembre, y la superficie de las calzadas, inundada por las tormentas y rota por el constante movimiento de grupos tan grandes de hombres, quedaron convertidas en un pantano, o mejor dicho en lodazal, lo que se sumó de forma enorme a las incomodidades del ejército.

Las tropas bajo las órdenes de Cortés no estaban en una situación mucho mejor. Tan sólo unos pocos pudieron encontrar refugio en las rudimentarias torres que decoraban las defensas de Xoloc. La mayor parte se vio obligada a dormir al raso, expuestos a las inclemencias del tiempo. Todos los hombres, a no ser que sus heridas se lo

impidieran, eran obligados por las normas del campamento a dormir armados y a menudo se les despertaba a media noche de sus fugaces sueños con una llamada a las armas, ya que Guatemozin, al contrario de la práctica habitual de sus compatriotas, escogía a menudo las horas de oscuridad para dirigir un golpe contra el enemigo. «En pocas palabras», exclama el veterano soldado citado anteriormente, «nuestros enfrentamientos eran tan constantes, de día y de noche durante tres meses en los que estuvimos ante la capital, que narrarlos todos acabaría con la paciencia del lector y le haría creer que estaba leyendo las increíbles hazañas de un caballero errante de novelas»¹²³.

El emperador azteca llevaba a cabo sus operaciones según un plan sistemático, que mostraba un acercamiento a la ciencia militar. A menudo hacía ataques simultáneos sobre las tres divisiones de los españoles asentadas en las calzadas y sobre las plazas en sus extremos. Para llevar esto a cabo, forzaba el servicio no sólo de sus propias milicias en la capital, sino también de las grandes ciudades de las cercanías, que se movían de forma concertada con la consabida señal de los faros o del enorme tambor que tocaban los sacerdotes desde lo alto del templo. Uno de estos ataques generales, ya fuera por accidente o de forma premeditada, tuvo lugar la víspera del día de San Juan Bautista, el aniversario del día en el que los españoles hicieron su segunda entrada en la capital mexicana¹²⁴.

A pesar de la fuerte sangría de sus fuerzas por esta incesante batalla, el joven monarca consiguió aliviarles en cierto modo con diferentes destacamentos que se turnaron. Esto era evidente por los diferentes uniformes e insignias militares de los batallones indios que sucesivamente venían y desaparecían del campo. Por la noche se mantenía una estricta guardia en los cuarteles aztecas, algo que no era común en las naciones del Anáhuac. Los puestos de los

ejércitos enemigos estaban a la vista uno de otro. El de los mexicanos estaba normalmente situado cerca de alguna brecha ancha y su posición estaba marcada por un enorme frente de fuego. El momento en el que relevaban la guardia era indicado por el estridente silbato azteca, mientras se podían ver cuerpos de los hombres moviéndose detrás de las llamas, lo que proyectaba un resplandor aún más rojizo sobre las pieles canela de los guerreros.

Al mismo tiempo que estaba así de activo sobre el terreno, Guatemozin no se quedaba parado en el agua. Era demasiado sabio, ciertamente, como para enfrentarse a la armada española en combate abierto, así que recurrió a una estratagema mucho más propia del estilo guerrero indio. Situó un enorme número de canoas en una emboscada entre los altos juncos que ocupaban la orilla sur del lago y ordenó que se llevaran estacas al mismo tiempo a los bajíos cercanos. Varias piraguas o botes de un tamaño mayor partieron entonces y remaron cerca del lugar donde los españoles estaban amarrados. Dos de los bajeles más pequeños, suponiendo que las barcas indias llevaban provisiones a los asediados inmediatamente salieron tras de ellos como éstos habían previsto. Los barcos aztecas huyeron a buscar protección en la espesura de juncos, donde sus compañeros esperaban agazapados. Los españoles que les perseguían pronto se vieron atrapados entre las empalizadas bajo el agua. Inmediatamente se vieron rodeados por un auténtico enjambre de canoas indias, la mayoría de los hombres cayeron heridos; varios, incluidos los dos comandantes, muertos, y uno de los bergantines cayó, un premio inútil en manos de los vencedores. Entre los muertos se encontraba Pedro Barba, capitán de los ballesteros, un valiente oficial que se había distinguido enormemente en la conquista. Este desastre ocasionó enorme mortificación a Cortés. Fue una saludable lección

que le resultó muy útil durante el resto de la guerra¹²⁵.

De esta manera se luchó por agua y tierra, sobre la calzada, en la ciudad y en el lago. Aunque todo lo demás fallara, la capital azteca, fiel a sí misma y consciente de su antiguo renombre, opuso una valiente resistencia a sus enemigos en todas las direcciones. Como en un cuerpo cuyas extremidades han sido golpeadas por la muerte, todavía latía vida en el corazón y parecía revivir ahí por el momento, con un pulso más vigoroso que nunca.

Puede parecer extraordinario que Guatemozin fuera capaz de proveer para el mantenimiento de la populosa población que ahora se reunía en la metrópolis, especialmente cuando las avenidas estaban todas en posesión del ejército asediador¹²⁶. Pero, independientemente de los preparativos realizados a este respecto antes del asedio y del detestable sustento proporcionado diariamente por las víctimas del sacrificio, todos los días se obtenían, a través del lago, suministros del campo circundante. Durante un tiempo, se llevó a cabo escapando en gran medida de la observación e incluso cuando los bergantines tenían órdenes de navegar día y noche y barrer las aguas de botes que se empleaban en este servicio, muchas lograban, bajo la protección de la oscuridad, eludir la vigilancia de los bergantines y llevar su cargamento a puerto. Hasta que las grandes ciudades de las cercanías rompieron su alianza no comenzaron a fallar los suministros por falta de fuentes. Esta deserción se hizo más frecuente a medida que los habitantes se convencieron de que el gobierno, incapaz de defenderse a sí mismo, lo sería aún más a la hora de defenderles a ellos, y la metrópolis azteca vio a sus grandes vasallos caer uno tras otro como el árbol al que la descomposición le va robando partes junto con sus hojas con el primer golpe de la tormenta¹²⁷.

Las ciudades, que ahora reclamaban la protección del general español, proveían al campamento con un increíble

número de guerreros, un número que, de admitir el cálculo de ciento cincuenta mil que hace Cortés¹²⁸, tan sólo hubiera servido para estorbar sus operaciones sobre las extensas calzadas. Es cierto que el valle repleto de ciudades y aldeas estaba lleno de una población (en la que además cada hombre era un guerrero) que excedía la de hoy en día. Estas tropas fueron distribuidas entre las tres guarniciones que se encontraban en los extremos de las calzadas y muchos encontraron ocupación en salir por el campo en busca de provisiones y más todavía en luchar contra los lugares que todavía eran hostiles con los españoles.

Cortés les buscó ocupación en la construcción de barracones para sus tropas, que sufrían enormemente por la exposición constante a las lluvias de la estación, que se comprobó que caían con más fuerza por la noche que por el día. Se consiguió la madera y la piedra de los edificios demolidos en la ciudad. Se transportaron en los bergantines hasta la calzada y con estos materiales se construyó una fila de cabañas y barracones que se extendía a ambos lados de las fortificaciones de Xoloc. Puede dar una idea de la enorme anchura de la calzada en este lugar, una de las partes más profundas del lago, el decir que, aunque los barracones se construyeron paralelamente a los dos lados de la calzada, todavía quedaba sitio para que el ejército desfilara por en medio¹²⁹.

Con estas disposiciones se proporcionaron amplios alojamientos para las tropas españolas y para sus ayudantes indios, que en total ascendían a dos mil. El gran conjunto de aliados indios, con un pequeño destacamento de caballería e infantería, estaba acuartelado en el vecino puesto de Coyoacán, que servía para proteger la retaguardia del campamento y para mantener sus comunicaciones con el país. Una disposición similar de las fuerzas se realizó en las otras divisiones del ejército, que estaban a las órdenes de

Sandoval y Alvarado, aunque los alojamientos suministrados para el resguardo de las tropas en sus calzadas no eran tan importantes como los de la división de Cortés.

El campamento español disponía de provisiones que llegaban de las ciudades amigas de la vecindad y especialmente de Texcoco¹³⁰. Éstas consistían principalmente en pescado, las frutas del país, especialmente una especie de higo que da la *tuna* (*cactus opuntia*) y una especie de cerezas o algo muy parecido que crecía abundantemente en esta estación. Pero su principal comida eran las tortitas, tartas de harina india, aún muy comunes en México, para lo que se establecieron hornos bajo el cuidado de nativos en las ciudades con guarnición que dominaban las calzadas¹³¹. Los aliados, como parece muy probable, reforzaban su frugal comida con un ocasional banquete de carne humana, para lo que el campo de batalla desgraciadamente les proporcionaba enormes facilidades y que por mucho que espantara los sentimientos de Cortés, éste no consideró estar en una situación por el momento como para evitarlo¹³².

Así fue cómo la tormenta que se había estado formando finalmente estalló con toda su furia sobre la capital azteca. Sus desgraciados habitantes contemplaron las legiones hostiles que les rodeaban, con sus brillantes filas extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Se vieron abandonados por sus aliados y vasallos en su momento de mayor necesidad, contemplaron a los fieros extranjeros entrando en sus lugares secretos, violando sus templos, saqueando sus palacios, arruinando la bella ciudad día a día, incendiando sus afueras por la noche y atrincherándose en sólidos edificios bajo sus murallas como dispuestos a no apartar su pie mientras que quedara una piedra sobre otra. Veían todo esto, pero sus espíritus seguían enteros y aunque el hambre y la peste comenzaban a extenderse sobre ellos, seguían mostrando el mismo frente decidido a sus enemigos.

Cortés, que gustosamente habría evitado esto a la ciudad y sus habitantes, contemplaba esta decisión con asombro. Hizo conocer más de una vez, mediante prisioneros que liberó, su disposición a garantizar unos términos justos de capitulación. Día tras día, tenía total confianza en que se aceptaría su oferta. Pero día tras día quedaba decepcionado¹³³. Todavía tenía que conocer lo tenaz que era la memoria de los aztecas y que, fueran cuales fueran los horrores de su actual situación y sus miedos frente al futuro, se olvidaban todos ante el odio al hombre blanco.

Notas al pie

¹⁰⁰ «Fue una bella victoria», exclama el conquistador. «É entrámoslos de tal manera, que ninguno de ellos escapó, excepto las Mugerres, y los Niños; y en este combate me hiriéron veinte y cinco Españoles, pero fue muy hermosa Victoria», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 241.

¹⁰¹ Unos quinientos botes, según la propia estimación del general (*ibid.*, *loc. cit.*), pero más de cuatro mil, según Bernal Díaz (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150), quien, sin embargo, no estaba presente.

¹⁰² «Y como yo deseaba mucho, que el primer reencuentro, que con ellos obiessemos, fuesse de mucha victoria; y se hiciesse de manera que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la Guerra estaba en ellos», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 241, 242.

¹⁰³ «Plugo á nuestro Señor, que estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la Tierra muy favorable para embestir con ellos», *ibid.*, p. 242.

¹⁰⁴ *Ibid.*, *loc. cit.* Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 32.

Pido perdón por citar de nuevo unos versos de la bella descripción en *Madoc*, pertinente como lo es por su belleza.

«Their thousand boats, and the ten thousand oars
From whose broad bowls the waters fall and flash
And twice ten thousand feathered helms, and shields,
Glittering with gold and scarlet plumery.
Onward they come with song and swelling horn;
... On the other side
Advance the British barks; the refreshing breeze
Fills the broad sail; around the rushing keel
The waters sing, while proudly they sail on,
Lords of the water»
MADOC, Part 2, canto 25.

¹⁰⁵ «Y era tanta la multitud», dice Cortés, «que por el Agua, y por la Tierra no viamos sino Gente, y daban tantas gritas, y alaridos, que parecia que se hundia el Mundo», *ibid.*, p. 245. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 23. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 95. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 32.

¹⁰⁶ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 246, 247. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 150. Herrera, *Historia de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 17. *Defensa*, manuscrito, cap. 28.

¹⁰⁷ «Así como fué de día se dixo misa de Espíritu Santo, que todos los Christianos oyeron con mucha devocion; é aun los Indios, como simples, é no entendientes de tan alto misterio, con admiracion estaban atentos notando el silencio de los cathólicos y el acatamiento que al altar, y al sacerdote los Christianos toviéron hasta receivia la benedicion», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 24.

¹⁰⁸ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 32. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 95. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 23. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 247, 248.

¹⁰⁹ *Ibid.*, *ubi supra*. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 95.

Aquí termina el último trabajo citado del cronista texcocano que nos ha acompañado desde los primeros pasos de nuestra narración hasta este punto al final del asedio de la capital. Es imposible determinar si se perdieron las últimas páginas de este trabajo o el mismo fue interrumpido por la muerte. Pero la deficiencia se suple por un breve boceto de los principales acontecimientos del asedio, que ha dejado en otros trabajos. Tenía sin duda fuentes poco comunes de información gracias a su conocimiento de las lenguas indias y de la escritura pictórica, así como en los testimonios orales que se molestó en recopilar de los protagonistas de las escenas que describe. Todas estas ventajas se ven contrarrestadas demasiado a menudo por su peculiar incapacidad para discriminar, no diré entre la verdad y la falsedad histórica (ya que, ¿qué es la verdad?), sino entre lo probable o más bien posible y lo imposible. Pertenece a esa generación de los primeros conversos a la fe romana, vivía en un estado de penumbra de la civilización en el que, aunque los milagros no fueran fácilmente realizables, al menos era fácil creer en ellos.

¹¹⁰ «I con todo eso no se determinaban los Christianos de entrar en la Plaça; por lo qual diciendo Hernando Cortés, que no era tiempo de mostrar cansancio, ni cobardía, con vna Rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero», Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 18.

¹¹¹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 32.

¹¹² Ixtlilxochitl, en su *Relación décimo tercera*, que incluye entre otras cosas una breve mención a la toma de México, de la que ha hecho una edición para el mundo el industrioso Bustamante, otorga el mérito de esta hazaña al mismo Cortés. «En la capilla mayor donde estaba Hutzilopoxctli, que llegaron Cortés é Ixtlilxochitl á un tiempo, y ambos embistiéron con el ídolo. Cortés cogió la máscara de oro que

tenia puesta este idolo con ciertas piedras preciosas que estaba engastadas en ella», *Venida de los Españoles*, p. 29.

¹¹³ «Los de Caballo revolvían sobre ellos, que siempre alanceban, ó mataban algunos; é como la Calle era muy larga, hubo lugar de hacerse esto quatro, ó cinco veces. É aunque los Enemigos vian que recibian daño, venian los Perros tan rabiosos, en ninguna manera los podiamos detener, ni que nos dejasen de seguir», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 250. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 18. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 32. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 23.

¹¹⁴ La mayoría de los otomíes eran una raza indómita que vagabundeaban por los anchos caminos de la llanura lejos del Norte. Pero muchos de ellos que se abrieron camino hasta el valle, se mezclaron con los texcocanos e incluso con los tlaxcaltecas, convirtiéndose en algunos de los mejores soldados en sus ejércitos.

¹¹⁵ «Istrisuchil [Ixtlilxochitl,] que es de edad de veinte y tres, ó veinte y quatro años, muy esforzado, amado, y temido de todos» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 251). Entre los especialistas reina la mayor oscuridad con respecto a este príncipe, a quien parecen confundir muy a menudo con su hermano y predecesor en el trono de Texcoco. Es extraño que ninguno de los dos sea mencionado más que por Hernando, su nombre de bautismo y si Herrera tiene razón en la afirmación de que los dos tomaron este nombre, esto puede explicar en cierto modo este grado de confusión (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 18). Me he ajustado en lo principal al viejo cronista texcocano, que recopiló el relato de sus familiares, según nos cuenta, a partir de los archivos de su nación y de los testimonios orales de los contemporáneos del mismo príncipe. *Venida de los Españoles*, pp. 30, 31.

¹¹⁶ «Daban ocasion, y nos forzabana á que totalmente les destruyessemos. É de esta postrera tenia mas sentimiento, y me pesaba en el alma, y pensaba que forma ternia para los atemorizar, de manera, que viniessen en conocimiento de su yerro, y de el daño, que podian recibir de nosotros, y no hacia sinc quemalles, y derrocalles las Torres de sus Ídolos, y sus Casas», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 254.

¹¹⁷ «Y desde las azoteas deshonorarle llamándole de traidor contra su patria y deudos, y otras razones pesadas, que á la verdad á ellos les sobraba la razon; mas Ixtlilxochitl callaba y peleaba, que mas estimaba la amistad y salud de los Cristianos, que todo esto», *Venida de los Españoles*, p. 32.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 29.

¹¹⁹ Para las páginas precedentes relacionadas con el segundo asalto véase *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 254-256. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 33. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 24. *Defensa*, manuscrito, cap. 28.

¹²⁰ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 259.

¹²¹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 151.

Según Herrera, Alvarado y Sandoval no ocultaron su desaprobación del curso tomado por su comandante con respecto a las brechas. «I Alvarado, i Sandoval, por su parte, tambien lo hicieron mui bien, culpando á Hernando Cortés por estas retiradas, queriendo muchos que se quedara en lo ganado, por no bolver tantas veces á ello», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 19.

¹²² «Porque como era de noche, no aguardauan mucho, y desta manera que he dicho velauamos, que ni porque lluisse, ni vientos, ni frios, y aunque estauamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí auiamos de estar», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 151.

¹²³ «Porque nouenta y tres dias estuuimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras, y combates; é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada dia haziamos, porque me parece que seria gran prodigalidad, é seria cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadis, é de otros corros de caballeros», *ibid.*, *ubi supra*.

¹²⁴ *Ibid.*, *ubi supra*. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 33.

¹²⁵ *Ibid.*, *loc. cit.* Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 34.

¹²⁶ No recuerdo haber encontrado ningún cálculo de su número, ni valdría mucho en la flexible aritmética de los conquistadores. Sin embargo, debe haber sido enorme para permitirles enfrentarse a los atacantes tan rápida y eficientemente en todos los puntos.

¹²⁷ *Defensa*, manuscrito, cap. 28. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 34.

Las principales ciudades eran Mexicaltzinco, Cuitláhuac, Iztapalapa, Mizquiz, Huitzilopochco, Culhuacán.

¹²⁸ «Y como aquel dia llevábamos mas de ciento y cincuenta mil Hombres de Guerra», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 280.

¹²⁹ «Y vea Vuestra Majestad», dice Cortés al emperador, «que tan ancha puede ser la calzada, que va por lo mas hondo de la Laguna, que de la una parte, y de la otra iban estas Casas, y quedaba en medio hecha Calle, que muy á placer á pie, y á caballo ibamos, y veniamos en ella», *ibid.*, p. 260.

¹³⁰ La mayor dificultad, bajo la que trabajaron las tropas, según Díaz, era la de obtener los medicamentos necesarios para sus heridas. Pero esto se vio superado en gran medida por un soldado catalán, que, gracias a sus rezos y encantamientos, produjo curas maravillosas tanto en los españoles como en sus aliados. Estos últimos, como los más ignorantes, acudían en gran número a la tienda de este

militar Escolapio, cuyo éxito estaba relacionado sin lugar a dudas directamente con la fe de sus pacientes. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, ubi supra.*

¹³¹ Díaz se queja de esta sosa dieta (*ibid., loc. cit.*). Sin embargo, el higo indio es una agradable y nutritiva fruta, y la tortilla, hecha de harina de maíz, con una ligera infusión de lima, aunque no precisamente una *morceau friand*, puede pasar por una comida muy tolerable en un campamento. Según el animado autor de *Life in Mexico*, se hace hoy en día exactamente como en días de los aztecas. De ser así, se puede decir que una receta de cocina es lo único que no ha cambiado en este país de revoluciones.

¹³² «Quo strages», dice Mártir, «erat crudelior, eo magis copsioe ac opipare cœnabant Guazuzingui & Tascaltecani, cæterique prouinciales auxiliarii, qui soliti sunt hostes in prælio cadentes intra suos ventres sepelire; nec vetare ausus fuiste Cortesius» (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 8). «Y los otros les mostraban los de su Ciudad hechos pedazos, diciéndoles, que los habian de cenar aquella noche, y almorzar otro día, como de hecho lo hacian» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 256). Sin embargo, uno puede asustarse con la afirmación de Oviedo de que los monstruos carnívoros pescaban los cuerpos de los ahogados en el lago para aumentar su festín. «Ni podian ver los ojos de los Cristianos, é Católicos, mas espantable é aborrecida cosa, que ver en el Real de los Amigos confederados el continuo exercicio de comer carne asada, ó cocida de los Indios enemigos, é aun de los que mataban en las canoas, ó se ahogaban, é despues, el agua los echaba en la superficie de la laguna, ó en la costa, no los dexaban de pescar, é aposentar en sus vientres», *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 24.

¹³³ «Y sin duda el dia pasado, y aqueste yo tenia por cierto, que viniera de Paz, de la qual yo siempre con Victoria, y sin ella hacia todas las muestras, que podia. Y nunca por esso en ellos hallabamos alguna señal de Paz», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 261.

Capítulo VI

Asalto general de la ciudad. Derrota de los españoles. Su desastrosa situación. Sacrificio de los cautivos. Deserción de los aliados. Constancia de las tropas. 1521

El hambre estaba ahora abriéndose camino en el corazón de la ciudad asediada. Parecía cierto que, con su estricto bloqueo, la enorme población se vería finalmente obligada a capitular, aunque no se levantara el brazo contra ellos. Pero hacía falta tiempo, y los españoles, aunque constantes y con aguante por naturaleza, comenzaron a impacientarse por las duras condiciones, poco mejores que las que experimentaban los asediados. En ciertos aspectos su condición era incluso peor, expuestos como estaban a las frías y torrenciales lluvias que caían constantemente haciendo su situación extremadamente lóbrega y desastrosa.

En este estado de las cosas había muchos que hubieran acertado sus sufrimientos y se hubieran arriesgado a tomar la plaza con un *coup de main**. Otros pensaban que era mejor apoderarse del gran mercado de Tlatelolco, que por su situación en la parte noroeste de la ciudad podía proporcionar los medios de comunicación con los campamentos de Alvarado y Sandoval. Este lugar, rodeado por unos espaciosos pórticos, proporcionaría acomodo para una hueste numerosa, y una vez establecidos en la capital, los españoles estarían en una situación que les permitiría continuar el golpe con un efecto mayor que a distancia.

Estos argumentos fueron defendidos por varios oficiales, especialmente por Alderete, el tesorero real, una persona de

mucha consideración no sólo por su posición, sino por la capacidad y celo que había mostrado en su servicio. En deferencia a sus deseos, Cortés reunió un consejo de guerra y expuso el asunto ante éste. Los puntos de vista del tesorero fueron apoyados por muchos de los caballeros de gran temple, que buscaban con entusiasmo cualquier cambio en su actual vida triste y fatigosa, y Cortés, pensando probablemente que era más prudente adoptar el curso menos conveniente que obligar a una obediencia fría y reacia a su opinión, no se impuso¹³⁴.

Se fijó un día para el ataque, que se realizó simultáneamente por las divisiones de Alvarado y el comandante en jefe. Sandoval recibió órdenes de retirar la mayor parte de sus tropas de la calzada norte y unirse a Alvarado al mismo tiempo que se destacaría a setenta soldados elegidos para apoyar a Cortés.

La mañana elegida, los dos ejércitos, después de su habitual celebración de la misa, avanzaron por sus respectivas calzadas contra la ciudad¹³⁵. Estaban apoyados, además de por los bergantines, por una numerosa flota de barcos indios que debían abrirse paso por los canales y por una innumerable cantidad de aliados que finalmente sólo sirvió para entorpecer sus operaciones. Después de limpiar las afueras, aparecieron tres avenidas que llevaban a la plaza de Tlatelolco. La principal, mucho más ancha que las otras dos, era más una calzada que una calle, ya que estaba flanqueada por profundos canales en ambos lados. Cortés dividió sus fuerzas en tres grupos. Uno de ellos lo puso bajo el mando de Alderete, con órdenes de ocupar la calle principal. El segundo, a cargo de Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, el primero un caballero capaz y valiente, el último un hermano menor de don Pedro que poseía el intrépido espíritu propio de esa caballerosa familia. Éstos deberían adentrarse por una de las calles paralelas, mientras que el

general, a la cabeza de la tercera división, ocupaba la otra. Un pequeño cuerpo de caballería con dos o tres piezas de campo quedó situado como reserva enfrente de la gran calle de Tacuba, que se estableció como el punto de reunión de las divisiones¹³⁶.

Cortés dio las instrucciones más categóricas a sus capitanes; no avanzar un paso sin asegurarse los medios para la retirada, rellenando cuidadosamente los diques y las aberturas de la calzada. El incumplimiento de esta precaución por parte de Alvarado en un ataque que había hecho a la ciudad tan sólo unos días antes había tenido consecuencias tan serias para el ejército, que Cortés cabalgó él mismo hasta el cuartel de su oficial, con el fin de reprenderle públicamente por desobedecer sus órdenes. A su llegada al campamento, sin embargo, comprobó que su culpable capitán había resuelto el asunto con tanto valor, que la pretendida reprimenda, aunque bien merecida, se convirtió en una suave amonestación¹³⁷.

Una vez completados los preparativos, las tres divisiones marcharon inmediatamente por las distintas calles. Cortés, desmontando, se puso a la cabeza de su propio escuadrón, liderando su infantería. Los mexicanos retrocedieron a medida que avanzaba, presentando menos resistencia que de costumbre. Los españoles siguieron avanzando tomando barricada tras barricada y rellenando cuidadosamente los huecos con escombros para asegurarse el paso. Las canoas apoyaban el ataque moviéndose a lo largo de los canales y enfrentándose a las del enemigo, mientras que algunos de los tlaxcaltecas de hábiles pies, escalando las terrazas, pasaban de una casa a otra por donde estaban conectadas, disparando sobre los defensores que se encontraban más abajo en las calles. El enemigo, tomado aparentemente por sorpresa, parecía incapaz de soportar un momento la furia de los atacantes, y los victoriosos cristianos, animados por

los gritos de triunfo que lanzaban sus compañeros en las calles adyacentes, tan sólo deseaban ser los primeros en llegar al objetivo establecido.

La verdad es que la facilidad de la victoria llevó al general a sospechar que quizá estaba avanzando demasiado deprisa, que podía ser un truco del enemigo para llevarles al corazón de la ciudad y ahí rodearles o atacarles por la espalda. Tenía ciertas dudas, además, sobre si sus ardientes oficiales en el calor de la persecución no habrían olvidado, a pesar de sus órdenes, la necesaria precaución de rellenar las brechas. Por tanto, detuvo su escuadrón, preparado para frustrar cualquier movimiento insidioso de su adversario. Mientras tanto, recibió más de un mensaje de Alderete, informándole que casi había ganado el mercado. Esto tan sólo hizo que aumentaran los temores del general de que en la rapidez del avance hubiera descuidado asegurar el terreno. Decidió no confiar en más ojos que los suyos y tomando un pequeño grupo de tropas procedió inmediatamente a reconocer la ruta seguida por el tesorero.

No había avanzado mucho por la gran calle, o calzada, cuando su avance quedó detenido por una apertura de diez o doce pasos de anchura y con el agua a una altura de dos brazas de profundidad por la que se comunicaban los canales de los dos lados. Se había hecho un ligero intento de detener la abertura con cascotes de la calzada pero de una manera tan poco cuidadosa que no servía para nada, unas pocas piedras desordenadas y trozos de madera mostraban que se había abandonado el trabajo poco después de comenzado¹³⁸. Para añadir más preocupaciones, el general observó que se habían cortado los lados de la calzada en esta parte de la ciudad, y era evidente que recientemente. Vio en todo esto la mano de su astuto enemigo y tuvo pocas dudas de que su exaltado oficial se había lanzado a una trampa que habían puesto deliberadamente frente a él. Profundamente

alarmado, se puso a reparar el error lo más rápido posible, ordenando a sus hombres que rellenaran el enorme hueco.

Pero apenas habían empezado el trabajo cuando los sordos ecos de la lucha en la distancia fueron seguidos de un espantoso sonido de aullidos mezclados con gritos de guerra que parecían rasgar el mismo cielo. A esto le siguió un ruido de carrera como el pisoteo de una abigarrada multitud, lo que indicaba que la marea de la batalla había cambiado de curso y se estaba dirigiendo hacia el lugar donde Cortés y su pequeño grupo de caballeros estaban situados.

Su conjetura se probó cierta. Alderete había seguido a los aztecas en retirada con un entusiasmo que aumentaba con cada paso de su avance. Había tomado las barricadas que defendían la brecha sin mucha dificultad y mientras avanzaba dio órdenes de que se sellara la abertura. Pero la sangre de los briosos caballeros estaba encendida por la persecución y nadie se preocupó de pararse para una ocupación tan indigna como rellenar los diques, mientras que pudiera conseguir los laureles tan fácilmente en la lucha, así que todos siguieron avanzando, exhortándose y animándose mutuamente, con la convicción de ser los primeros en alcanzar la plaza de Tlatelolco. De esta manera permitieron que se les llevara al corazón de la ciudad, cuando de pronto el cuerno de Guatemozin, el símbolo sagrado, que sólo se escuchaba en situaciones de peligro, emitió una aguda nota desde la cima del *teocalli* vecino. En un instante, los aztecas en fuga, como enloquecidos por el toque, se giraron sobre sus talones y se lanzaron sobre sus perseguidores. Al mismo tiempo, incontables enjambres de guerreros de las calles y callejas adyacentes se derramaron sobre los flancos de los atacantes, llenando el aire con los fieros e inhumanos aullidos que llegaron a los oídos de Cortés ahogando por un momento la salvaje disonancia que reinaba en otros barrios de la capital¹³⁹.

El ejército, tomado por sorpresa y sacudido por la furia de los asaltantes, fue lanzado al desorden más absoluto. Amigos y enemigos, blancos e indios se mezclaron en una masa promiscua. Lanzas, espadas y cachiporras blandían al unísono en el aire. Los golpes caían indiscriminadamente. Con el deseo de escapar, se pisoteaban unos a otros. Cegados por los proyectiles que ahora llovían sobre ellos desde las azoteas, andaban a tumbos, prácticamente sin saber en qué dirección, o caían golpeados por manos que no podían ver. Avanzaron como un torrente crecido que cae por una pendiente empinada y rodando en una confusa marea hacia la brecha abierta en cuyo extremo estaban apostados Cortés y sus compañeros, horrorizados ante la vista de la ruina que se avecinaba. Las primeras filas pronto se lanzaron sobre el abismo, pisándose unos a otros bajo la corriente, algunos intentaron infructuosamente nadar, otros, con más éxito, trepar sobre los bultos de sus asfixiados camaradas. Muchos al intentar escalar el otro lado del resbaladizo dique cayeron en el agua o los guerreros los lanzaron a las canoas, que añadieron a los horrores de la derrota una fresca andanada de dardos y jabalinas que derramaban sobre los fugitivos.

Cortés, mientras tanto, con sus valientes compañeros, mantuvo inmutable su posición en el otro lado de la brecha. «Me había decidido», dice, «a morir, antes que abandonar a mis pobres compañeros en su necesidad»¹⁴⁰. Con las manos extendidas intentó rescatar tantos como pudo de la tumba acuática y del destino más temible del cautiverio. Igualmente en vano, intentó reestablecer algo parecido a la presencia de ánimo y el orden entre los trastornados fugitivos. Era perfectamente conocido entre los aztecas, y su posición ahora lo convirtió en una diana ostensible para sus armas. Dardos, piedras y flechas cayeron a su alrededor tan espesos como el granizo, pero resultaban inofensivas ante su casco y armadura de acero. Finalmente, un grito de «Malinche»,

«Malinche», se elevó entre el enemigo, y seis fuertes y atléticos guerreros, lanzándose sobre él, intentaron violentamente arrastrarle a bordo de su bote. En la refriega recibió una grave herida en la pierna que por el momento le inhabilitó. Parecía no tener salvación cuando un leal seguidor, Cristóbal de Olea, dándose cuenta del peligro que corría su general, se lanzó sobre los aztecas y de un golpe cortó el brazo del salvaje y después hundió su espada en el cuerpo de otro. Fue rápidamente apoyado por un camarada llamado Lerma y por un jefe tlaxcalteca que, luchando sobre el cuerpo postrado de Cortés, despachó a tres atacantes más, aunque el heroico Olea pagó cara su devoción, ya que cayó mortalmente herido junto a su general¹⁴¹.

Entre los soldados pronto se extendió la noticia de que el comandante había caído preso, y Quiñones, el capitán de su guardia, con otros, se lanzó al rescate, consiguiendo liberar a Cortés de las garras de sus enemigos, que estaban forcejeando con él en el agua y sacándole en brazos le pusieron de nuevo en la calzada. Uno de sus pajes mientras tanto había avanzado algo a pesar de la presión, llevando un caballo para que montara su señor. Pero el joven recibió una herida en la garganta de una jabalina, lo que le impidió realizar su objetivo. Otro de sus ayudantes tuvo más suerte. Fue Guzmán, su chambelán, pero mientras sujetaba las riendas a Cortés para que éste subiera fue atrapado por los aztecas y con la rapidez del pensamiento arrastrado en sus canoas. El general se quedó un poco, no queriendo abandonar el lugar mientras que su presencia pudiera ser de alguna utilidad. Pero el leal Quiñones, tomando su caballo por las riendas, apartó la cabeza de la brecha exclamando al mismo tiempo que «la vida de su señor era demasiado importante como para desperdiciarla aquí»¹⁴².

Aun así, no era nada fácil abrirse camino entre la aglomeración. La superficie de la calzada, pisoteada por los

hombres y los caballos, estaba llena de barro hasta la altura de las rodillas y en algunas partes estaba tan destrozada que el agua de los canales fluía por encima. La apretada masa, en su esfuerzo por salir de su peligrosa situación, se bamboleaba de un lado al otro como un borracho. Los que estaban en los flancos a menudo se veían empujados por los resbaladizos bordes del dique debido a la presión de sus camaradas, donde los recogían las canoas del enemigo, cuyos gritos de triunfo proclamaban la salvaje alegría que sentían con cada nueva víctima para el sacrificio. Dos caballeros cabalgando junto al general perdieron el equilibrio y cayeron rodando por la cuesta hasta el agua. Uno fue apresado y su caballo muerto. El otro felizmente consiguió escapar. El valiente abanderado Corral tuvo una suerte parecida. Resbaló al canal y el enemigo se confió con su premio, mientras él conseguía subir de nuevo a la calzada con la rasgada insignia de Castilla todavía hondeando sobre su cabeza. Los bárbaros lanzaron un grito de rabia y desilusión por la pérdida del trofeo, al que la gente del Anáhuac, como ya hemos visto, le daba la mayor importancia, casi tanta a sus ojos como la captura del comandante en jefe¹⁴³.

Cortés finalmente consiguió llegar a tierra firme y alcanzar el lugar abierto ante la gran calle de Tacuba. Aquí, bajo un fuerte fuego de artillería, reunió sus destrozados escuadrones y cargando a la cabeza de un pequeño cuerpo a caballo que al no haber entrado en acción estaba aún fresco, rechazó al enemigo. Después ordenó la retirada de las otras dos divisiones. Una vez reunidas las dispersas fuerzas de nuevo, el general, enviando delante a sus aliados indios, se puso a la retaguardia con un cuerpo selecto de caballería para cubrir la retirada del ejército que se realizó con pocas bajas adicionales¹⁴⁴.

Andrés Tapia fue enviado a la calzada oeste para informar

a Sandoval y Alvarado del fracaso de su empresa. Mientras tanto, los dos capitanes se habían adentrado mucho en la ciudad. Animados por los gritos triunfantes de sus compatriotas en las calles vecinas, habían avanzado con extraordinario vigor, para no quedar detrás en la carrera por la gloria. Casi habían llegado a la plaza del mercado, que quedaba más cerca de sus cuarteles que de los del general, cuando escucharon el sonido del terrorífico cuerno de Guatemozin¹⁴⁵, seguido del sobrecogedor aullido de los bárbaros, que también había sobresaltado a Cortés, hasta que finalmente los sonidos del conflicto que se alejaba murieron en la distancia. Los dos capitanes comprendieron en ese momento que el día tenía que haber sido duro para sus compatriotas. Pronto tuvieron más pruebas de ello, cuando los victoriosos aztecas, volviendo de la persecución de Cortés, se unieron a las fuerzas de aquellos que estaban enzarzados con Sandoval y Alvarado y cayeron sobre ellos con redoblada furia. Al mismo tiempo tiraron rodando sobre la tierra dos o tres cabezas sanguinolentas de los españoles gritando el nombre de «Malinche». Los capitanes, horrorizados ante el espectáculo, aunque dieron poco crédito a las palabras del enemigo, inmediatamente ordenaron la retirada. Realmente, no tenían fuerza para mantener el terreno contra los furiosos ataques de los asediados, que se lanzaban sobre ellos enjambre tras enjambre, con una desesperación de la que, según dice uno que allí estuvo, «aunque parece que estuviera ahora presente ante mis ojos, no puedo más que dar una ligera idea al lector, tan sólo Dios nos pudo traer sanos y salvos de vuelta de los peligros del día»¹⁴⁶.

Los fieros bárbaros siguieron a los españoles hasta las mismas trincheras. Pero aquí se encontraron con el fuego cruzado de los bergantines que, destrozando las empalizadas colocadas para obstruir sus movimientos, enfilaron

completamente la calzada, y después por el de la pequeña batería apostada frente al campamento que, bajo la habilidosa mano de un ingeniero llamado Medrano, barría todo el desfiladero. Atacados de esta manera de frente y por el costado, las esparcidas columnas de los aztecas se vieron obligadas a retirarse y a buscar refugio bajo las defensas de la ciudad.

En el campamento reinaba una enorme ansiedad por la suerte de Cortés, ya que Tapia había sido detenido en el camino por algunas partidas de enemigos, que Guatemozin había apostado allí para interrumpir las comunicaciones entre los campamentos. Sin embargo, finalmente llegó, aunque sangrando de numerosas heridas. Sus noticias, al mismo tiempo que tranquilizaban a los españoles en cuanto a la seguridad del general, no disiparon su inquietud en otros aspectos.

Sandoval en concreto estaba deseoso de saber el actual estado de las cosas y las intenciones de Cortés. Como sufría de tres heridas que había recibido ese día, decidió visitar el cuartel del comandante en jefe en persona. Era mediodía cuando Sandoval volvió a montar en su buen caballo, en cuya velocidad y fuerza sabía que podía confiar completamente, ya que las agitadas escenas de la mañana no habían durado más que unas horas. Era un noble animal, bien conocido en todo el ejército y digno de su valiente jinete, a quien había llevado a salvo a través de todas las marchas y sangrientas batallas de la conquista¹⁴⁷. Por el camino se encontró con los vigías de Guatemozin, que le persiguieron y le lanzaron una andanada de flechas y proyectiles, que afortunadamente no encontraron puntos vulnerables en su armadura ni en la de su bien protegido portador.

Al llegar al campamento comprobó que las tropas estaban muy extenuadas y desanimadas con el desastre de la

mañana. Tenían buenas razones para estarlo. Además de los muertos y del gran número de heridos, sesenta y dos españoles, junto con una multitud de aliados, habían caído en manos del enemigo, un enemigo que nunca había perdonado a un cautivo. La pérdida de dos piezas de campo y siete caballos coronaba su propia desgracia y los triunfos de los aztecas. Esta pérdida, tan insignificante en las guerras europeas, era una enorme aquí, donde tanto los caballos como la artillería, las armas más poderosas contra los bárbaros, sólo se podían conseguir con enorme coste y dificultad¹⁴⁸.

Cortés se había comportado a lo largo de este duro día con su habitual intrepidez y frialdad. El único momento en el que se le vio titubear había sido cuando los mexicanos lanzaron frente a él las cabezas de varios españoles gritando al mismo tiempo «Sandoval», «Tonatiuh», el epíteto bien conocido de Alvarado. A la vista de los sangrientos trofeos se quedó pálido, pero, recuperando su habitual confianza enseguida, intentó animar los ánimos alicaídos de sus seguidores. Por tanto, ahora recibía a su lugarteniente con gesto alegre, pero se veía una sombra de tristeza detrás de esta compostura exterior, mostrando lo pesado que había caído la desgracia de *punte cuidada*^{*}, como la llamó tristemente, sobre su corazón.

A las preocupadas preguntas del caballero sobre la causa del desastre, respondió: «Es por mi culpa, que ha caído sobre mí, Sandoval, hijo», porque ese era el epíteto cariñoso con el que Cortés se dirigía a su oficial más amado y de confianza. Después le explicó la causa inmediata en la negligencia del tesorero. La conversación continuó y el general declaró su intención de detener las hostilidades activas durante unos días. «Debes tomar mi lugar», continuó, «ya que estoy demasiado herido en este momento como para cumplir con mis obligaciones. Debes vigilar la seguridad de los

campamentos. Presta especial atención a Alvarado. Es un soldado valiente, lo sé bien, pero no sé si los perros mexicanos pueden haberle tomado en desventaja»¹⁴⁹. Estas pocas palabras mostraban la estimación que tenía el general por sus dos lugartenientes, ambos igualmente valientes y caballerosos, pero uno uniendo a estas cualidades la circunspección tan esencial para el éxito en peligrosas empresas, de la que el otro claramente carecía. El futuro conquistador de Guatemala tenía que acumular sabiduría, como de costumbre, de los amargos frutos de sus propios errores. Bajo el entrenamiento de Cortés fue como aprendió a ser un soldado. El general, después de terminar sus instrucciones, abrazó afectuosamente a su lugarteniente y le dejó irse a sus aposentos.

Había avanzado ya la tarde cuando llegó a ellos, pero el sol todavía se entretenía sobre las colinas occidentales y derramaba sus rayos por todo el valle, iluminando las viejas torres de Tenochtitlan con un apacible resplandor que malamente armonizaba con las oscuras escenas de lucha que habían sucedido hacía tan poco en la ciudad. La tranquilidad del momento, sin embargo, se rompió súbitamente por los extraños sonidos del gran tambor en el templo del dios de la guerra, sonidos que traían recuerdos de la *noche triste*^{*}, con todas sus terribles imágenes, a la mente de los españoles, ya que esa fue la única ocasión en la que lo habían escuchado¹⁵⁰. Supusieron que habría algún acto solemne religioso dentro de los sacrílegos límites del *teocalli*, y los soldados, sobresaltados por las tristes vibraciones que se podían escuchar a leguas de distancia por el valle, volvieron sus miradas al lugar de donde provenían. Allí contemplaron una larga procesión rodeando los monumentales costados de la pirámide, porque el campamento de Alvarado estaba plantado a poco menos de una milla de la ciudad y los objetos son claramente discernibles a una gran distancia en

la transparente atmósfera de la meseta.

A medida que la hilera de sacerdotes y guerreros alcanzaba la plana cima del *teocalli*, los españoles vieron las figuras de varios hombres desnudos hasta las caderas, algunos de los cuales, por lo blanco de su piel, reconocieron como sus compatriotas. Eran las víctimas del sacrificio. Sus cabezas estaban alegremente adornadas con coronas de plumas y llevaban abanicos en sus manos. Se les azuzaba con golpes y se les obligaba a tomar parte en las danzas en honor al dios azteca de la guerra. Los desgraciados cautivos, privados después de sus tristes galas, fueron extendidos uno tras otro sobre la piedra del sacrificio. Sobre su superficie convexa, sus pechos se levantaron de forma conveniente para los diabólicos propósitos del sacerdote ejecutor que cortó por la mitad las costillas con un fuerte golpe de su afilada hoja de *itztli* y metiendo su mano en la herida arrancó el corazón, que caliente y hediondo fue depositado en un incensario de oro frente al ídolo. El cuerpo de la víctima sacrificada fue arrojado por las empinadas escaleras de la pirámide, que, como se recordará, estaban situadas en el mismo ángulo que el altar, un tramo detrás de otro, y los restos mutilados recogidos por los salvajes que estaban abajo, que pronto prepararon con ellos el festín caníbal que completaba el abominable trabajo¹⁵¹.

Podemos imaginarnos qué sensaciones debían tener los estupefactos españoles ante este horrible espectáculo, tan cercano que casi podían reconocer a sus desgraciados amigos, ver sus forcejeos y retorcimientos de sus cuerpos, escuchar, o imaginar que escuchaban, sus gritos de agonía. Sin embargo, estaban demasiado lejos como para prestarles ayuda. Sus miembros temblaban al pensar en lo que un día podía ser su propio destino, y los más valientes entre ellos, que hasta este momento habían ido a la batalla tan descuidados y ligeros de corazón como irían a un banquete o

a una fiesta, eran incapaces a partir de este momento de enfrentarse a su feroz enemigo sin que un sentimiento enfermizo, muy afín al miedo, cayera sobre ellos¹⁵².

No fue este el efecto que produjo este espectáculo en las fuerzas mexicanas, reunidas al final de la calzada. Como buitres enloquecidos por el olor de la distante carroña, lanzaron un penetrante grito y mientras gritaban que «ese sería el destino de todos sus enemigos», barrieron en un fiero torrente por el dique. Pero los españoles no iban a dejar que se les tomara por sorpresa y antes de que la horda bárbara hubiera llegado a sus líneas abrieron un fuego tan mortal desde la batería de cañones pesados, apoyados por los mosquetes y los ballesteros, que los atacantes se vieron obligados a retirarse lentamente, aunque terriblemente destrozados, a su anterior posición.

Los cinco días siguientes pasaron en un estado de inactividad, excepto hasta donde era necesario para repeler las salidas que de vez en cuando hacía la milicia de la capital. Los mexicanos, mientras tanto, eufóricos por su éxito, se abandonaron a la celebración, cantando y bailando y agasajándose con las destrozadas reliquias de sus víctimas. Guatemozin además envió por los alrededores varias cabezas de los españoles, así como de los caballos, haciendo un llamamiento a sus antiguos vasallos para que abandonaran el estandarte de los hombres blancos, a no ser que quisieran compartir el destino de los enemigos de México. Los sacerdotes animaban ahora al joven monarca y al pueblo declarando que el pavoroso Huitzilopochtli, su ofendida deidad, apaciguada por los sacrificios ofrecidos en sus altares, tomarían a los aztecas de nuevo bajo su protección y enviaría a sus enemigos a sus manos antes de que pasaran ocho días¹⁵³.

Esta cómoda predicción, creída con confianza por los mexicanos, fue escupida en los oídos del ejército asediador

en tonos exultantes y de desafío. Por mucho que los españoles lo despreciaran, tuvo un efecto muy distinto en sus aliados. Éstos habían empezado a estar disgustados con un servicio tan lleno de peligros y de sufrimientos y ya tan prolongado más allá de los plazos habituales de las hostilidades indias. Tenían menos confianza que los españoles. La experiencia había mostrado que no eran ni invencibles ni inmortales y sus recientes reveses les hacían incluso desconfiar de la capacidad de los cristianos de rendir la metrópolis azteca. Recordaron las ominosas palabras de Xicotécatl, «una guerra tan sacrilega no puede traer nada bueno para la gente del Anáhuac». Sintieron que su brazo se levantaba contra los dioses de su país. La predicción del oráculo caía pesadamente sobre sus corazones. Tenían pocas dudas de que se cumpliría y tan sólo tenían ganas de evitar el golpe sobre sus cabezas con una secesión de la causa a tiempo.

Se aprovecharon, por tanto, del aliado amparo de la noche para escabullirse de sus cuarteles. Compañía tras compañía desertaron de esta manera, tomando la dirección de sus respectivas casas. Aquellos que pertenecían a las grandes casas del valle, cuya alianza era más reciente, fueron los primeros en abandonarla. Su ejemplo fue seguido por los antiguos aliados de la milicia de Cholula, Tepeaca, Texcoco e incluso los leales tlaxcaltecas. Hubo, es cierto, algunas excepciones a esto, y entre ellas Ixtlilxochitl, el joven señor de Texcoco, y Chichemecatecl, el valiente jefe tlaxcalteca, quien junto con algunos de sus inmediatos seguidores se mantuvo fiel al estandarte bajo el que se habían enlistado. Pero su número era insignificante. Los españoles contemplaron con desesperación el impresionante despliegue, en el que confiaban como apoyo, fundirse silenciosamente ante el aliento de la superstición. Sólo Cortés mantuvo un semblante animoso. Trató la predicción

con desprecio como una invención de los sacerdotes y envió a sus mensajeros tras los escuadrones en retirada, suplicándoles que pospusieran su partida o que al menos se detuvieran en el camino hasta que el tiempo, que pronto pasaría, demostrara la falsedad de la profecía.

La situación de los españoles en esta crisis debe confesarse que tomaba un aspecto bastante lúgubre. Abandonados por la deserción de sus aliados, con las municiones casi agotadas, con sus acostumbrados suministros de los alrededores cortados, acosados por continuas vigiliias y fatigas, mortificados por heridas de las que todo hombre tenía su parte, con un país enemigo a su espalda y un mortal enemigo enfrente, bien se les podía excusar por titubear en su empresa. Encontraron abundante ocupación por el día en hacer incursiones por el campo y en mantener su posición en las calzadas contra el enemigo, ahora doblemente temerarias por el éxito y por las promesas de los sacerdotes, mientras que por la noche sus sueños se veían perturbados por el resonar del lúgubre tambor, cuyo sonido, retumbando lejos sobre las aguas, anunciaba la sentencia de muerte de sus asesinados compañeros. Noche tras noche se llevaban nuevas víctimas al gran altar del sacrificio y mientras que la ciudad brillaba con la iluminación de miles de hogueras sobre las terrazas y las viviendas y en las zonas de los templos la sombría fiesta que se mostraba a través del resplandor del fuego como la obra de los ministros del infierno, era claramente visible desde el campamento más abajo. Uno de los últimos en sufrirlo fue Guzmán, el desgraciado chambelán de Cortés, que estuvo cautivo dieciocho días antes de enfrentar su condena¹⁵⁴.

Aun así, en este momento de sufrimiento, los españoles no flaquearon. En caso de haber vacilado hubieran aprendido una lección de fortaleza de algunas de sus mujeres, que continuaron con ellos en el campamento y que

desplegaron un heroísmo en esta ocasión del que la historia ha guardado algunos ejemplos. Una de ellas, protegida por la armadura de su marido, montaba guardia a menudo en su lugar cuando estaba exhausto. Otra, poniéndose rápidamente un *escaupil* de soldado y cogiendo una espada y una lanza, fue vista en una ocasión reuniendo a sus compatriotas y guiándoles de nuevo contra el enemigo. Cortés hubiera convencido a estas amazonas para que se quedaran en Tlaxcala, pero ellas respondieron con orgullo que, «era el deber de las esposas castellanas no abandonar a sus maridos en el peligro, sino compartirlo con ellos y morir si era necesario». Y bien cumplieron con su deber¹⁵⁵.

Entre todas estas penurias y múltiples engorros de su situación, los españoles se mantuvieron fieles a su propósito. No relajaron en nada la severidad del bloqueo. Sus campamentos todavía ocupaban las únicas avenidas de la ciudad y sus baterías, barriendo los largos desfiladeros con cada nuevo ataque de los aztecas, segaban por cientos a los atacantes. Sus bergantines todavía surcaban las aguas, cortando la comunicación con la orilla. Es cierto que la pérdida de las canoas de ayuda dejaba un paso abierto para la introducción ocasional de provisiones en la capital¹⁵⁶. Pero el total de estas provisiones era pequeño y su gran población, mientras se regocijaban con su ventaja temporal y las engañosas afirmaciones de sus sacerdotes, estaban empezando a hundirse bajo las garras de un enemigo interior más terrible que el que estaba apostado frente a sus puertas.

Notas al pie

* En francés en el original. (N. del T.)

¹³⁴ Tal es la versión que da explícitamente Cortés al emperador (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 264). Bernal Díaz, por el contrario, habla del ataque diciendo que lo planeó en un principio el general (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 151). Sin embargo, Díaz no tenía los mejores medios para saberlo y Cortés difícilmente hubiera enviado a casa una versión de los hechos tan palpablemente errónea que podía ser fácilmente descubierta.

¹³⁵ Esta puntillosa realización de la misa por parte del ejército, hubiera tormenta o sol de día o de noche, entre amigos o entre enemigos, provoca un encendido elogio del arzobispo editor de Cortés. «En el Campo, en una Calzada, entre Enemigos, trabajando, día y noche nunca se omitia la Missa, páraque toda la obra se atribuyesse á Dios, y mas en unos Meses, en que incomodan las Agua las Habitaciones, ó malas Tiendas», Lorenzana, p. 266, nota.

¹³⁶ En la división del tesorero, según la carta del general, había 70 españoles a pie, 7 u 8 a caballo y 15.000 ó 20.000 indios; en la de Tapia, 80 a pie y 10.000 aliados, y en la suya, 8 a caballo, 100 de infantería y un «número infinito de aliados» (*ibid.*, *ubi supra*). Lo poco preciso del lenguaje muestra que unos pocos miles más o menos no eran de gran importancia en la estimación de las fuerzas indias.

¹³⁷ «Otro dia de mañana acordé de ir á su Real para le reprehender lo pasador [...] Y visto, no les imputé tanta culpa, como antes parecia tener, y platicado cerca de lo que habia de hacer, yo me bolví á nuestro Real aquel dia», *ibid.*, pp. 263, 264.

¹³⁸ «Y hallé, que habian pasado una quebrada de la Calle, que era de diez, ó doce pasos de ancho; y el Agua, que por ella pasaba, era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que la pasáron habian echado en ella madera, y cañas de carrizo, y como pasaban pocos á pocos, y con tiento, no se habia hundido la madera y cañas», *ibid.*, p. 268. Véase Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48.

¹³⁹ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 138. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 37. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 26.

El cuerno de Guatemozin resonó en los oídos de Bernal Díaz muchos días después de la batalla. «Guatemuz y manda tocar su corneta, era vna señal q quando aquella se tocasse, era q auian de pelear sus Capitanes de manera, q hiciesen presa, ó morir sobre ello; y retumbaua el sonido, q se metia en los oidos, y de q lo oyérõ aquellos sus esquadrones, y Capitanes: saber yo aquí dezir aora, con q ra bia, y esfuerço se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 152.

¹⁴⁰ «É como el negocio fué tan de súbito, y ví que mataban la Gente, determiné

de me quedar allí, y morir peleando», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 268.

¹⁴¹ Ixtlilxochitl, que de buen grado haría a su pariente real una especie de legatario de todos los actos de heroísmo sin dueño o que sean dudosos, reclama con firmeza que fue él en esta ocasión. Una pintura, dice, en una de las puertas de un monasterio de Tlatelolco registró por mucho tiempo el hecho de que fue el jefe texcocano el que salvó la vida de Cortés (*Venida de los Españoles*, p. 38). Pero Camargo le da todo el crédito de esta acción a Olea, sobre el testimonio de «un famoso guerrero tlaxcalteca», presente en la acción, que se lo comunicó (*Historia de Tlaxcala*, manuscrito). Lo mismo mantiene firmemente Bernal Díaz, paisano de Olea, a cuya memoria rinde un caluroso tributo, como uno de los mejores y más valientes soldados del ejército (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 152, 204). Saavedra, el cronista poeta (algo más cronista que poeta), que apareció en el lugar antes de que todos los que habían luchado en la conquista lo abandonaran, también le da los laureles a Olea, cuyo destino conmemora en versos que al menos aspiran a la fidelidad histórica:

«Túvole con las manos abraçado,
Y Francisco de Olea el valeroso,
Vn valiente Español, y su criado,
Le tiró vn tajo brauo y riguroso:
Las dos manos á cercen le ha cortado,
Y él le libró del trance tabajoso.
Huuo muy gran rumor, porque dezian,
Que ya en prision amarga le tenian.

«Llegáron otros Indios arriscados,
Y á Olea matáron en vn punto,
Cercáron á Cortés por todos lados,
Y al miserable cuerpo ya difunto:
Y viendo sus sentidos recobrados,
Puso mano á la espada y daga junto.
Antonio de Quiñones llegó luego,
Capitan de la guarda ardiendo en fuego»
El peregrino indiano, canto 20.

¹⁴² «É aquel Capitan que estaba con el General, que se decia Antonio de Quiñónez, dixole: Vamos, Señor, de aquí, y salvemos vuestra Persona, pues que ya esto está de manera, que es morir desesperado atender; é sin vos, ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo, sino poquedad, porfiar aquí otra

cosa», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 26.

¹⁴³ Puede que fuera la misma insignia que según Mr. Bullock estaba atesorada en el Hospital de Jesús, «donde», dice, «contemplamos el mismo estandarte bordado bajo el que el gran capitán quitó este inmenso imperio de las manos de Montezuma», *Six Months in Mexico*, vol. I, cap. 10.

¹⁴⁴ Para este desastroso capítulo, además de la Carta de Cortés y la Crónica de Díaz, tan a menudo citadas, véase Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 33. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 138. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 94. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 26, 48.

¹⁴⁵ «El resonido de la corneta de Guatemuz». El cuerno mágico de Astolfo no era más terrible.

«Dico che'l corno è di sì orribil suono,
Ch'ovunque s'oda, fa fuggir la gente.
Non può trovarsi al mondo un cor sì buono,
Che possa non fuggir come lo sente.
Rumor di vento e di tremuoto, e'l tuono,
A par del suon di questo, era niente»
Orlando Furioso, canto 15, st. 15.

¹⁴⁶ «Por q yo lo sé aquí escribir q aora q me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viesse, mas bueluo, y así es verdad, q si Dios no nos diera esfuerço, segun estauamos todos heridos: él nos saluó q de otra manera no nos podíamos llegar á nuestros ranchos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 152.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁴⁷ Esta famosa montura, que podría rivalizar con el Babieca del Cid, se llamaba Montilla, y cuando alguien hacía un elogio sin límites a un caballo decía: «Es tan bueno como Montilla». Eso es lo que dice ese príncipe de los cronistas, Díaz, que se cuida mucho de que ni animales ni hombres queden defraudados en su justa recompensa en estas campañas contra el infiel. Era de color castaño, según parece, con una estrella en la frente y con un pie blanco. Véase *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 152, 205.

¹⁴⁸ Bien se podía perdonar a los caballeros el no arriesgar gratuitamente sus caballos si, como afirma Díaz, tan sólo podían ser repuestos al coste de ochocientos dólares por pieza. «Porque costaua en aquella sazón vn caballo ochocientos pesos, y aun algunos costauan á mas de mil», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 151. Véase también *Ante*, libro II, cap. 3, nota

14.

¹⁴⁹ «Mira pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis q estoy herido y coxo; ruego os pongais cobro en estos tres reales; bien sé q Pedro de Aluarado, y sus Capitanes, y soldados aurán batallado, y hecho como caualleros, mas temo el gran poder destes perros no les ayan desbaratado», *ibid.*, cap. 152.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁵⁰ «Vn tambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaua tanto, que se oia dos, ó tres leguas», *ibid.*, *loc. cit.*

¹⁵¹ *Ibid.*, *ubi supra*. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48.

«Sacándoles los corazones, sobre una piedra que era como un pilar cortado, tan grueso como un hombre y algo mas, y tan alto como medio estadio; allí á cada uno echado de espaldas sobre aquella piedra, que se llama Techcatl, uno le tiraba por un brazo, y otro por el otro, y tambien por las piernas otros dos, y venia uno de aquellos Sátrapas, con un pedernal, como un hierro de lanza enhastado, en un palo de dos palmos de largo, le daba un golpe con ambas manos en el pecho; y sacando aquel pedernal, por la misma llaga metia la mano, y arrancábale el corazon, y luego fregaba con él la boca del Ídolo; y echaba á rodar el cuerpo por las gradas abajo, que serian como cinquenta ó sesenta gradas, por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando cabezazos con la cabeza, *hasta que llegaba abajo aun vivo* », Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España* manuscrito, lib. 12, cap. 35.

¹⁵² Al menos tal es la honesta confesión del capitán Díaz, un soldado tan tenaz como cualquiera en el ejército. Se consuela, sin embargo, con la reflexión de que el temblor en sus miembros sugería más un exceso de coraje que una falta del mismo, ya que surgía de un vivo sentimiento de los grandes peligros a los que su espíritu temerario estaba a punto de lanzarle. El pasaje en el original proporciona un buen ejemplar de lo inimitablemente ingenuo que es el cronista. «Digan agora todos aquellos caualleros, que desto del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á que fin echarán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo, ó á mucho esfuerço, porque como he dicho, sentia yo en mi pensamiento, que auia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerça, auia de temer la muerte mas que otras vezes, y por esto me temblaua el coraçon, y temia la muerte», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

¹⁵³ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 20. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 41, 42.

«Y nos dezian, que de ai á ocho dias no auia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo auian prometido la noche antes de sus Dioses», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 153.

¹⁵⁴ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 36. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 41, 42.

El erudito español verá que no he recurrido a mi imaginación para el cuadro de estos horrores. «Digamos aora lo que los Mexicanos hazian de noche en sus grandes, y altos Cues; y es, q tañian su maldito atambor, que dixe otra vez que era el de mas maldito sonido, y mas triste q se podia inuétar, y sonaua muy lexos; y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas, y teñia grandes lumbres, y dau-a gr-adíssimos gritos, y siluos, y en aquel inst-ate estauan sacrificando de nuestros c-opañeros, de los q tomar-o á Cortés, que supímos q sacrificaron diez dias arreo, hasta que los acabáron, y el postrero dexár-o á Christonal de Guzmán, q viuo lo tuuíéron diez y ocho dias, segun dixér-o tres Capitanes Mexicanos q pr-edimos», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 153.

¹⁵⁵ «Que no era bien, que Mugerres Castellanas dexasen á sus Maridos, iendo á la Guerra, i que adonde ellos muriesen, morirían ellas» (Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 22). El historiador ha embalsamado algunos de los nombres de estas heroínas en sus páginas, que tienen sin duda pleno derecho a compartir los honores de la conquista: Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martín, Isabel Rodríguez y Beatriz Bermúdez.

¹⁵⁶ *Ibid.*, *ubi supra*.

Capítulo VII

Éxitos de los españoles. Infructuosas ofertas a Guatemozin. Derribo de los edificios. Terrible hambruna. Las tropas toman la plaza del mercado. Catapulta. 1521

De esta manera pasaron los ocho días prescritos por el oráculo y el sol que se elevó el noveno día contempló la bella ciudad acosada aún por todos los costados por su inexorable enemigo. Fue un gran error por parte de los sacerdotes aztecas (un error muy común entre los falsos profetas, ansiosos de producir un efecto de asombro en sus seguidores) fijar un plazo tan corto para que se cumpliera su predicción¹⁵⁷.

Los jefes texcocanos y tlaxcaltecas mandaron a sus tropas la noticia del fracaso de la profecía, haciéndoles un llamamiento para que volvieran al campamento español. Los tlaxcaltecas que se habían detenido en el camino volvieron, avergonzados de su credulidad y con sus antiguos sentimientos de animosidad aumentados por el truco con el que habían sido engañados. Su ejemplo fue seguido por muchos de sus confederados con la frivolidad propia de un pueblo cuyas convicciones son el resultado, no de la razón, sino de la superstición. En poco tiempo el general español se vio a la cabeza de una fuerza auxiliar, que, si bien no tan numerosa como antes, era más que adecuada para todos sus propósitos. Los recibió con una diplomática amabilidad y al mismo tiempo que les recordaba que eran culpables de un gran delito por haber abandonado de esa manera a su

capitán, les dijo que estaba dispuesto a olvidarlo en virtud a sus servicios pasados. Tenían que tener en cuenta que sus servicios no eran necesarios para los españoles, que habían continuado el asedio con el mismo vigor durante su ausencia que cuando estaban ellos. Pero no quería que aquellos que habían compartido con él los peligros de la guerra no participaran de los triunfos y estuvieran presentes en la caída del enemigo que, con una confianza mejor fundada que la de los sacerdotes en su predicción, prometió no tardaría mucho.

Sin embargo, las amenazas y maquinaciones de Guatemozin seguían teniendo efecto en las provincias más distantes. Antes de que volvieran todos los confederados, Cortés recibió una embajada de Cuernavaca, a diez o doce leguas de distancia y otra de algunas ciudades leales de los otomíes, más lejanas, implorando su protección como aliados de los españoles, contra sus formidables vecinos que les amenazaban con hostilidades. En la situación que los españoles se encontraban no estaban tanto en condición de dar socorro tanto como de recibirlo¹⁵⁸. La mayoría de los oficiales estaban en contra de atender esta petición, cuyo cumplimiento disminuiría aún más sus ya menguadas fuerzas. Pero Cortés sabía la importancia, ante todo, de no delatar su incapacidad para ofrecerla. «Cuanto mayor sea nuestra debilidad», dijo, «más tenemos que cubrirla bajo una muestra de fuerza»¹⁵⁹.

Inmediatamente despachó a Tapia con un cuerpo de unos cien hombres en una dirección y a Sandoval con una fuerza un poco mayor en la otra, con órdenes de no prolongar su ausencia por más de diez días¹⁶⁰. Los dos capitanes cumplieron su misión con prontitud y con efectividad. Cada uno se enfrentó y derrotó a su adversario en batalla campal, arrasó los territorios hostiles y volvió dentro del tiempo prescrito. Pronto fueron seguidos por embajadores de las

plazas conquistadas, solicitando alianza con los españoles, y el suceso concluyó con la unión de nuevos confederados y, lo que era más importante, la convicción en los antiguos de que los españoles estaban dispuestos y eran capaces de protegerles.

La fortuna, que raras veces muestra su ceño fruncido o sus favores en solitario, siguió mostrando su buena voluntad a los españoles, en este momento enviando un barco a Vera Cruz cargado con munición y reservas militares. Era parte de la flota destinada para la costa de Florida por el romántico antiguo caballero Ponce de León. La carga fue inmediatamente requisada por las autoridades y enviada sin demora al campamento, donde llegó en el momento más apropiado ya que la falta de pólvora en concreto había comenzado a dejarse sentir seriamente¹⁶¹. Con las fuerzas así renovadas, Cortés decidió reanudar las operaciones activas, pero con un plan que difería mucho del seguido con anterioridad.

En anteriores deliberaciones sobre el mismo tema, se presentaron ante el general dos cursos a seguir. Uno era el de atrincherarse en el corazón de la capital y desde ahí llevar a cabo las hostilidades, la otra era el modo de actuar que habían seguido hasta ahora. Ambas tenían serias objeciones que esperaba aplacar con la táctica que había decidido seguir ahora y que consistía en no avanzar un paso sin cerciorarse de la completa seguridad del ejército, no sólo de su retirada inmediata, sino de sus futuros avances. Cada brecha de la calzada, cada canal en las calles, debía rellenarse de forma sólida, de tal manera que la construcción no pudiera destruirse de nuevo. Los materiales para esto se sacarían de los edificios, todos los cuales, tanto privados como públicos, cabaña, templo o palacio debían demolerse a medida que avanzaba el ejército. ¡No se respetaría ningún edificio a su paso! Debían arrasarse todos indiscriminadamente hasta que

en palabras del mismo conquistador, «el agua se convirtiera en tierra seca» y se lograra un terreno liso y abierto para las maniobras de la caballería y la artillería¹⁶².

Cortés llegó a esta terrible decisión con gran dificultad. Sinceramente deseaba librar a la ciudad, «la cosa más bella en el mundo»¹⁶³, como entusiastamente la denomina, y que hubiera proporcionado el más glorioso trofeo de su conquista. Pero en un lugar donde cada casa era una fortaleza y cada calle estaba cortada por canales que tanto entorpecían sus movimientos, la experiencia probaba que era en vano pensar en hacerlo y conquistarla. Había la misma esperanza de llegar a un acuerdo pacífico con los aztecas, que, lejos de estar destrozados por todo lo que habían sufrido hasta el momento y la perspectiva de males futuros, mostraban un espíritu tan altivo e implacable como siempre¹⁶⁴.

Los aliados indios recibieron las intenciones del general con una satisfacción sin límites y respondieron a su llamada de ayuda con miles de zapadores armados con sus *coas* o azada del país, todos mostrando la mayor presteza en ayudar en el trabajo de destrucción¹⁶⁵. En poco tiempo las brechas en las grandes calzadas se rellenaron tan efectivamente que nunca más fueron tocadas. El mismo Cortés dio ejemplo llevando piedras y maderas él mismo¹⁶⁶. Los edificios en las afueras fueron completamente arrasados, los canales estaban llenos de cascotes y se abrió un espacio ancho alrededor de la ciudad para las maniobras de la caballería que la barrían con libertad y sin resistencia. Los mexicanos no miraron indiferentes estos preparativos para arrasar su ciudad y dejarlos desnudos y desprotegidos frente al enemigo. Hicieron incesantes esfuerzos para impedir los trabajos de los sitiadores, pero éstos, bajo la protección de sus cañones, que mantenían un fuego continuo, seguían avanzando en el trabajo de desolación¹⁶⁷.

El brillo de la fortuna que hacía tan poco había sonreído a los mexicanos desapareció de nuevo, y la oscura niebla, después de haberse levantado por un momento, descendió sobre la capital más espesa que nunca. El hambre, con todo su terrible cortejo de males, avanzaba rápidamente entre la apiñada población. Las provisiones acumuladas para el asedio se habían agotado. El ocasional suministro de víctimas humanas o el obtenido por alguna piragua solitaria de las costas vecinas era demasiado escaso como para que se notara¹⁶⁸. Algunos hicieron un escaso alimento a partir de una sustancia mucílaga recogida en pequeñas cantidades de la superficie del lago y los canales¹⁶⁹. Otros apaciguaban el apetito devorando ratas, lagartos y otros odiosos reptiles, que todavía no habían abandonado la hambrienta ciudad. Sus días parecían contados. Pero la página de la historia tiene más de un ejemplo para mostrar que no hay límites a lo que puede aguantar la humanidad cuando está animada por el odio y la desesperación.

Con la espada suspendida sobre la capital de esta manera, el comandante español, deseoso de hacer un esfuerzo más para salvarla, persuadió a tres nobles aztecas, capturados en una de las últimas acciones, para llevar un mensaje de su parte a Guatemozin, aunque lo realizaron de mala gana por miedo a las consecuencias para sí mismos. Cortés le dijo al emperador que se había hecho todo lo que los hombres valientes podían hacer en defensa de su país. No quedaba esperanza ni posibilidad de escape para los mexicanos. Sus provisiones estaban agotadas, sus comunicaciones cortadas, sus vasallos les habían abandonado, incluso sus dioses les habían traicionado. Estaban solos con todas las naciones del Anáhuac contra ellos. No había más esperanza que la rendición inmediata. Suplicaba al joven monarca que tuviera compasión de sus valientes súbditos que estaban cayendo a diario ante sus ojos y de la bella ciudad cuyos majestuosos

edificios se estaban rápidamente convirtiendo en ruinas. «Regresad a la alianza», concluye, «que una vez profesasteis al soberano de Castilla. El pasado será olvidado. Se respetarán las personas y la propiedad, en pocas palabras, todos los derechos de los aztecas. Se le ratificará en su autoridad y España tomará de nuevo a su ciudad bajo su protección»¹⁷⁰.

Los ojos del joven monarca se encendieron y sus oscuras mejillas se tornaron repentinamente rojas de ira al escuchar las humillantes propuestas. Pero, aunque su pecho brillaba con el fiero temperamento del indio, poseía las buenas cualidades del «gentil caballero», dice uno de sus enemigos que lo conocía bien¹⁷¹. No hizo daño a los enviados, pero, después de que pasara el calor del momento, reflexionó con calma sobre el asunto y llamó al consejo de hombres sabios y guerreros para deliberar sobre él. Algunos estaban a favor de aceptar las propuestas, por ser la única posibilidad de mantenerse vivos. Pero los sacerdotes tenían un punto de vista diferente sobre el asunto. Sabían que el triunfo del cristianismo vendría indefectiblemente seguido de la ruina de su propia orden. «La paz es buena», dijeron, «pero no con los hombres blancos». Recordaron a Guatemozin el destino de su tío Montezuma y la recompensa que había recibido por toda su hospitalidad, del arresto y encierro de Cacama, el cacique de Texcoco, de la masacre de los nobles de Alvarado, de la insaciable avaricia de los invasores que habían arrebatado al país sus tesoros, de la profanación de los templos, de las afrentas e insultos que habían vertido sin medida sobre su gente y su religión. «Mejor», dijeron, «creer en las promesas de sus propios dioses, que habían protegido tanto tiempo a su nación. Mejor, si es necesario, dar nuestras vidas inmediatamente por nuestro país que arrastrarlo a la esclavitud y al sufrimiento entre los falsos extranjeros»¹⁷².

La elocuencia de los sacerdotes, mencionando astutamente las ofensas a su pueblo, calentaron la sangre a Guatemozin. «Ya que es así», exclamó abruptamente, «pensemos sólo en cubrir las necesidades del pueblo. No dejemos por tanto que ningún hombre que valore su vida hable de rendición. Al menos podemos morir como guerreros»¹⁷³.

Los españoles esperaron dos días la respuesta de la embajada. Finalmente llegó con un ataque general de los mexicanos, que, lanzándose por todas las puertas de la ciudad, como un río que ha reventado su contención, barrió ola tras ola, amenazando con sobrepasarles por su cantidad, hasta las mismas trincheras de los sitiadores. Afortunadamente, la posición de éstos en los diques aseguró sus flancos y lo estrecho del desfiladero dio a la pequeña batería de cañones todas las ventajas de una grande. El fuego de artillería y mosquetes resplandecía sin descanso por las distintas calzadas, eructando nubes de humo sulfúrico, que al desplazarse, espeso, sobre las aguas, se asentó oscuro alrededor de la ciudad india y la ocultó del campo que la rodeaba. Los bergantines tronaban al mismo tiempo sobre los flancos de las columnas, que después de algunos esfuerzos ineficaces para mantenerse, se retiraron en una salvaje confusión hasta que su imponente furia murió en tristes murmullos dentro de la capital.

Cortés continuó entonces sin parar con el plan establecido de devastación de la ciudad. Día tras día, los diferentes ejércitos entraron por sus respectivas partes de la ciudad, Sandoval probablemente dirigía las operaciones contra el distrito noroeste. Los edificios hechos del poroso *tetzontli*, aunque generalmente bajos, eran tan macizos y extensos y los canales eran tan numerosos que su avance era necesariamente lento. Sin embargo, cada día reunían nuevas adhesiones de fuerzas en las tropas que iban al campamento,

provenientes del campo circundante y que se unían al trabajo de destrucción con una buena voluntad desbordante, que mostraba la voluntad por romper el detestado yugo de los aztecas. Éstos bramaban con furia impotente al contemplar cómo sus señoriales edificios, sus templos, todo lo que se habían acostumbrado a venerar, era arrasado tan despiadadamente, los canales construidos con tanto esfuerzo y lo que para ellos parecía ciencia, llenos de cascotes, su floreciente ciudad, en pocas palabras, convertida en un desierto sobre el que el insultante enemigo cabalgaba ahora triunfante. Lanzaron muchas burlas sobre los aliados indios. «Adelante», decían con amargura, «cuanto más destrocéis más tendréis después que construir. Si conquistamos tendréis que construir para nosotros y si vuestros amigos blancos conquistan, os harán hacer lo mismo para ellos»¹⁷⁴. Los hechos justificaron la predicción.

En su rabia se lanzaron ciegamente sobre las divisiones que protegían a los zapadores indios. Pero eran siempre rechazados por la impetuosa carga de la caballería, o recibidos con las lanzas largas de Chinantla, que prestaron un buen servicio a los sitiadores en sus operaciones. Al final del día, sin embargo, cuando los españoles retiraban sus fuerzas cuidando de sacar del terreno primero a la enorme hueste de confederados, los mexicanos generalmente se reunían para un ataque más formidable. Salían de cualquier calle y camino, como otros tantos arroyos de montaña, barriendo sobre el ancho plano limpiado por el enemigo, y cayendo con ímpetu sobre sus flancos y retaguardia. En esos momentos infligían considerables bajas a su vez, hasta que una emboscada que Cortés les tendió entre los edificios adyacentes al gran templo les hizo tanto daño que se vieron obligados a actuar con más reserva.

De vez en cuando la guerra se revestía de un carácter caballeresco en los enfrentamientos personales de los

combatientes. Se retaban a duelo entre ellos, especialmente entre los guerreros nativos. Estos combates se llevaban a cabo generalmente en las azoteas, cuyas anchas y lisas superficies proporcionaban un buen campo de batalla. En una ocasión, un mexicano de poderosa constitución, blandiendo una espada y un escudo, que había ganado a los cristianos, desafió a los enemigos a batirse en una lucha uno a uno. Un joven paje de Cortés, llamado Núñez, obtuvo permiso de su señor para aceptar el jactancioso reto del azteca y, saltando a la azotea, consiguió después de un duro enfrentamiento vencer a su antagonista, que luchaba en desventaja con armas con las que no había entrenado y, atravesándole el cuerpo, trajo su botín triunfante y lo puso a los pies del general¹⁷⁵.

La división de Cortés se había abierto ya camino hasta la gran calle de Tacuba por el Norte, que abría la comunicación con el campamento de Alvarado y cerca de la que estaba el palacio de Guatemozin. Era un espacioso conjunto de edificios que bien podía llamarse una fortaleza. Aunque abandonado por su real señor, estaba protegido por un fuerte contingente de aztecas que lo defendieron por un tiempo, lo que no sirvió de mucho frente a las máquinas de asedio de los sitiadores. Pronto quedó en llamas y sus paredes desmoronándose se convirtieron, como las de otros edificios señoriales de la capital, en polvo, el orgullo y admiración de los aztecas y algunos de los frutos más bellos de su civilización. «Fue triste presenciar su destrucción», exclama Cortés, «pero era parte de nuestro plan de operaciones y no teníamos otra alternativa»¹⁷⁶.

Estas operaciones habían consumido ya varias semanas, por lo que se estaba acercando el final de julio. Durante este tiempo, el bloqueo se había mantenido con el rigor más extremo y los desgraciados habitantes estaban sufriendo las calamidades del hambre. De vez en cuando atrapaban

algunos rezagados en las cercanías del campamento cristiano, a donde habían ido en busca de comida. Se les trataba con amabilidad por orden de Cortés, que esperaba inducir a los demás a seguir su ejemplo y de esa manera proporcionar los medios para conciliar a los habitantes, lo que podía abrir el camino para la rendición. Pero pocos hubo que estuvieran dispuestos a abandonar el refugio de la capital y preferían arriesgarse con el sufrimiento de sus compatriotas antes que confiarse a la clemencia de sus sitiadores.

De estos pocos rezagados, sin embargo, los españoles escucharon un terrible relato de las calamidades que sufría la gran población en el interior de la ciudad. Todos los medios ordinarios de subsistencia se habían terminado hace tiempo y ahora sobrevivían como podían, con las raíces que eran capaces de desenterrar, con las cortezas que roían de los árboles, alimentándose de hierba o, en pocas palabras, cualquier cosa por muy horrible que fuera que pudiera apaciguar el apetito. Su única bebida era el agua salobre del terreno saturada con la sal del lago¹⁷⁷. Bajo esta desagradable dieta y las enfermedades que provocaba, la población estaba pereciendo gradualmente. Los hombres enfermaban y morían a diario con todos los atroces tormentos producidos por el hambre, y los pálidos y escuálidos supervivientes parecían no esperar más que su hora.

Los españoles tenían confirmación visible de todo esto cuanto más penetraban en la ciudad, aproximándose al distrito de Tlatelolco, ocupado en ese momento por los asediados. Vieron que la tierra había sido escarbada en busca de raíces y hierbas, los árboles privados de sus tallos verdes, el follaje y la corteza. Tropas de famélicos indios iban y venían en la distancia, deslizándose como fantasmas entre las escenas de su anterior residencia. En las calles y los patios o llenando los canales había cuerpos muertos sin

enterrar. Era un signo definitivo de lo extremo de la situación de los aztecas, porque tenían el entierro de los muertos como una obligación imperiosa y solemne. En la primera parte del asedio, lo habían realizado religiosamente. En fases posteriores todavía tenían cuidado de retirar sus muertos de la vista, llevando sus restos dentro de las casas. Pero el número de éstos y sus propios sufrimientos habían aumentado de forma tan terrible que se habían ido quedando indiferentes ante ello y permitían que sus amigos y familiares yacieran y se pudrieran en el lugar donde habían expirado¹⁷⁸.

A medida que los invasores entraban en las moradas, aparecía un espectáculo más horrible, los suelos estaban cubiertos de los bultos postrados de sus miserables inquilinos, algunos agonizantes, otros degenerados en su corrupción; hombres, mujeres y niños, respirando la venenosa atmósfera y mezclados promiscuamente, madres con sus hijos en brazos muriendo de hambre ante sus ojos, mientras que eran incapaces de proporcionarles el alimento de la naturaleza; hombres lisiados por sus heridas con sus cuerpos terriblemente destrozados, intentando en vano arrastrarse cuando el enemigo entraba. Aun así, incluso en ese estado desdeñaban pedir clemencia y miraban a los invasores con la hosca fiereza del tigre herido que los cazadores han perseguido hasta su guarida. El comandante español dio estrictas órdenes de que se mostrara clemencia con estas pobres víctimas impedidas. Pero los aliados indios no hacían distinción. Un azteca, bajo cualquier circunstancia, era un enemigo, y espantosos gritos de triunfo derribaban los edificios en llamas sobre sus cabezas, haciendo que se consumieran los muertos y los vivos en una pira funeraria común.

Sin embargo, siendo como eran los sufrimientos de los aztecas, no les inclinaron a la sumisión. Había muchos que

por una constitución más fuerte o por las circunstancias más favorables en las que se encontraban todavía mostraban toda su inusitada energía de cuerpo y mente y mantenían el mismo comportamiento impertérrito y decidido que antes. Rechazaban fieramente los intentos de acercamiento de Cortés, declarando que morirían antes de rendirse y añadiendo con un amargo tono de júbilo que los invasores al menos quedarían decepcionados en sus expectativas de tesoro, ya que estaba escondido donde nunca lo podrían encontrar¹⁷⁹.

Las mujeres, según se dice, compartían este desesperado, más bien debería ser llamado heroico, espíritu. Eran infatigables curando a los heridos y vendando sus heridas, ayudaban a los soldados en la batalla proporcionándoles la munición india de piedras y flechas, preparaban las hondas, cordaban los arcos y desplegaban en pocas palabras toda la constancia y el coraje que mostraron las nobles damas de Zaragoza en nuestros días y aquellas de Cartago en los tiempos de la antigüedad¹⁸⁰.

Cortés había entrado ya en una de las grandes avenidas que llevaban a la gran plaza del mercado de Tlatelolco, el barrio, hacia el que también se dirigían los movimientos de Alvarado. Tan sólo había un canal en su camino, pero éste era de gran anchura y estaba fuertemente defendido por los arqueros aztecas. En esta crisis, el ejército una tarde, mientras estaban en sus trincheras de la calzada, se vio sorprendido por una luz extraña que se elevaba del enorme *teocalli* en esa parte de la ciudad, que al estar en el Norte era la más distante de su posición. Este templo, dedicado al temible dios de la guerra, era inferior sólo a la pirámide de la gran plaza y sobre él los españoles habían visto más de una vez a sus desgraciados compatriotas ser llevados al matadero. Supusieron que el enemigo estaba ocupado en alguna diabólica ceremonia, cuando la llama, elevándose

más y más, indicó que los mismos santuarios estaban en fuego. Ante la visión surgió un grito de júbilo de los soldados reunidos, ya que se aseguraban unos a otros que Alvarado se había apoderado del edificio.

Era cierto. El valiente oficial, cuya posición sobre la calzada oeste le situaba directamente sobre el distrito de Tlatelolco, había obedecido las instrucciones de su comandante al pie de la letra, derribando todos los edificios a su paso y llenando los diques con sus ruinas. Finalmente, se encontró frente al gran *teocalli* en las cercanías del mercado. Ordenó a la compañía, bajo las órdenes de un caballero llamado Gutiérrez de Badajoz, que asaltaran el lugar, protegido por un destacamento de guerreros, mezclados con sacerdotes, aún más fieros y salvajes que los soldados. La guarnición, lanzándose hacia abajo por las serpenteantes terrazas, cayó sobre los atacantes con tal furia que les obligó a retirarse llenos de confusión y con algunas pérdidas. Alvarado ordenó que otro destacamento les apoyara. Este último estaba en ese momento enzarzado con un destacamento de aztecas que se les había pegado a la retaguardia mientras ascendían por las galerías del *teocalli*. Aprisionados de esa manera entre los dos enemigos, por arriba y por abajo, la posición de los españoles era crítica. Con la espada y el escudo se lanzaron con desesperación sobre los mexicanos que subían y los empujaron hasta el patio inferior, donde Alvarado los asedió con tales andanadas de mosquetes que pronto les desbandaron y les obligaron a ceder terreno. Librados de esta molestia en la retaguardia, los españoles volvieron a la carga. Empujaron al enemigo hasta lo alto de la pirámide y al llegar a la ancha cima tuvo lugar un fiero encuentro en medio del aire, un encuentro de esos donde la muerte es la consecuencia segura de la derrota. Finalizó, como de costumbre, con la derrota de los aztecas, que fueron asesinados en el mismo

lugar, todavía húmedo con la sangre de sus propias víctimas, o lanzados de cabeza por los laterales de la pirámide.

La zona estaba cubierta con los diferentes símbolos del bárbaro culto del país y con dos majestuosos santuarios, ante cuyos sonrientes ídolos se habían desplegado las cabezas de varios cautivos cristianos, inmolados en sus altares. Aunque cubiertos por largas y enmarañadas melenas y espesas barbas, los españoles pudieron reconocer en los lívidos rostros a sus camaradas caídos en manos del enemigo. Cayeron lágrimas de sus ojos al contemplar el triste espectáculo y al pensar en la espantosa muerte que sus compatriotas habían sufrido. Retiraron las tristes reliquias con decente cuidado y después de la conquista las depositaron en tierra sagrada en un lugar donde desde entonces se encuentra la iglesia de los mártires¹⁸¹.

Completaron el trabajo prendiendo fuego a los santuarios para que el lugar no volviera a contaminarse por estos abominables ritos. Las llamas se elevaron lentamente por las majestuosas torres, en las que la madera se mezclaba con la piedra hasta que, finalmente, estallando en un brillante resplandor, lanzó su espiral de humo a tanta altura que pudo verse prácticamente desde todos los rincones del valle. Esto fue lo que contemplaron los soldados de Cortés e hizo las veces de faro, que indicaba los progresos de las armas cristianas tanto para amigos como enemigos.

El comandante en jefe y su división, animados por el espectáculo, hicieron en su ataque del día siguiente esfuerzos más decididos para situarse junto a sus compañeros bajo las órdenes de Alvarado. El único impedimento en el camino que tenían que cruzar era el ancho canal citado anteriormente, y en la otra orilla, las consumidas figuras de los guerreros aztecas que se reunían para disputar el paso como tenebrosas sombras vagabundeando, como nos cuenta el antiguo poeta, sobre las

orillas del río infernal. Sin embargo, lanzaban una lluvia de proyectiles que no eran sombras sobre las cabezas de los trabajadores indios mientras éstos estaban ocupados en rellenar el ancho agujero con las ruinas de los edificios circundantes. Aun así trabajaban desafiando la lluvia de flechas, reemplazando a los que caían. Y cuando finalmente se terminó el trabajo, la caballería cabalgó sobre la vasta llanura a toda carga contra el enemigo, seguidos de una enorme formación de lanceros que derribaron cualquier oposición con su invencible falange.

Los españoles estaban ahora en el mismo terreno que la división de Alvarado. Poco después, el jefe, acompañado por varios de su séquito, cabalgó hacia sus líneas y abrazó cordialmente a sus compatriotas y compañeros de armas por primera vez desde que comenzara el asedio. Ahora se encontraban muy cerca del mercado. Cortés, tomando algunos caballeros con él, galopó hacia allí. Era un vasto recinto, como ya sabe el lector, que cubría más de un acre¹⁸². Sus dimensiones eran apropiadas para las inmensas multitudes que se reunían provenientes de todas las partes del valle en los florecientes días de la monarquía azteca. Estaba rodeado de pórticos y pabellones para el acomodo de los artesanos y comerciantes que desplegaban allí las diferentes telas y mercancías. Los techos planos de las galerías estaban ahora cubiertos de multitudes de hombres y mujeres que miraban con silenciosa consternación a los hombres vestidos de acero que profanaban estos recintos con su presencia, por primera vez desde su expulsión de la capital. La multitud, compuesta en su mayor parte probablemente de hombres desarmados, pareció tomada por sorpresa, al menos no mostraron resistencia, y el general, después de mirar lentamente el terreno, pudo regresar cabalgando sin problemas hacia donde estaba el ejército.

Al llegar allí, ascendió al *teocalli*, donde ahora flotaba

trionfante el estandarte de Castilla suplantando los restos de la superstición azteca. El conquistador, mientras caminaba entre los rescoldos ardientes de la cima, contempló con calma la escena de desolación que había más abajo. Los palacios, templos, los ajetreados mercados de industria y comercio, los resplandecientes canales, cubiertos con sus ricas cargas de las zonas circundantes, la pompa real de bosquecillos y jardines, todos los esplendores de la ciudad imperial, la capital del mundo occidental, habían desaparecido para siempre y en su lugar sólo quedaba una yerma desolación. Qué espectáculo tan diferente al que contemplaron sus ojos un año antes mientras recorría los mismos escenarios desde las alturas del vecino *teocalli* con Montezuma a su lado. Siete octavos de la ciudad estaban ahora en ruinas con la ocasional excepción quizá de algún templo colosal, que se hubiera tardado demasiado en demoler¹⁸³. El resto, incluyendo el distrito de Tlatelolco, era todo lo que les quedaba a los aztecas, cuya población, aún grande después de las bajas, estaba apiñada en un área que difícilmente hubiera podido acomodar a un tercio de ellos. Era el barrio que se extendía entre las grandes calzadas del norte y del oeste y en la capital moderna corresponde ahora al *Barrio de Santiago* y sus alrededores. Era la residencia favorita de los indios después de la conquista¹⁸⁴, aunque hoy en día está escasamente poblado por casas humildes, que conforman las desordenadas afueras, por así decirlo, de la metrópolis. Aun así, todavía posee algunos escasos vestigios de lo que fue en días más orgullosos y el historiador curioso y de vez en cuando el trabajador, al levantar el suelo, descubre un resplandeciente fragmento de obsidiana o la moldeada cabeza de una lanza o de una flecha o alguna otra reliquia guerrera que prueba que en este lugar los aztecas en retirada defendieron por última vez la independencia de país¹⁸⁵.

El día siguiente Cortés, a la cabeza de sus batallones, hizo una segunda entrada en el gran *tianguetz*. Pero esta vez los mexicanos estaban mejor preparados para su llegada. Estaban reunidos en una fuerza considerable en la espaciosa plaza. A continuación hubo un duro, aunque corto, encuentro. Su fuerza no era igual a su espíritu y se deshicieron ante el fuego a discreción de los mosquetes, dejando a los españoles como señores del recinto.

Su primera acción fue prender fuego a los pequeños templos dentro de la plaza del mercado, o más probablemente en las cercanías. A medida que ascendían las llamas, los aztecas, aterrorizados, rompieron en lastimeros llantos ante la destrucción de sus deidades, en las que confiaban para su protección¹⁸⁶.

El siguiente paso del general se tomó por sugerencia de un soldado llamado Sotelo, un hombre que había servido a las órdenes del gran Capitán en las guerras italianas, donde según él había adquirido el conocimiento de la ciencia de la ingeniería moderna. Ofreció sus servicios para construir una especie de catapulta, una máquina para descargar piedras de gran tamaño, que podían sustituir al séquito de demolición en la tarea de derribar los edificios. Como la munición, a pesar de los generosos suministros que de vez en cuando llegaban al campamento, comenzaban ahora a escasear, Cortés aceptó con entusiasmo una propuesta tan apropiada para sus exigencias. Se consiguió madera y piedra y se dedicaron unas manos bajo la dirección de autodenominado ingeniero a la construcción del pesado aparato que se levantó sobre una sólida plataforma en el centro de la plaza del mercado. Era una construcción de los príncipes aztecas y se utilizaba como andamio sobre el que los saltimbanquis y juglares podían exhibir sus hazañas maravillosas para el entretenimiento de la población que se deleitaba enormemente con estas actuaciones¹⁸⁷.

La erección de la máquina llevó varios días, durante los cuales se suspendieron las hostilidades, mientras los artesanos eran protegidos de interrupciones por un fuerte destacamento de infantería. Finalmente, los trabajos terminaron y los asediados, que con silencioso sobrecogimiento habían contemplado desde las azoteas los progresos de la misteriosa máquina, que debía convertir el resto de la capital en ruinas, contemplaron ahora con terror su funcionamiento. Se colocó una piedra de enorme tamaño en la madera. La maquinaria se puso en funcionamiento y el fragmento de roca fue lanzado con una fuerza tremenda desde la catapulta. Pero, en lugar de tomar la dirección de los edificios aztecas, se elevó perpendicularmente en el aire y, descendiendo sobre el lugar del que había saltado, convirtió la malaventurada maquinaria en astillas. Fue un fracaso total. Los aztecas se liberaron de sus miedos y la soldadesca hizo muchos gestos de burla por la catástrofe, a expensas de su comandante que mostraba enorme vejación por la desilusión y aún más por su propia credulidad¹⁸⁸.

Notas al pie

¹⁵⁷ Aun así, no se puede culpar demasiado a los sacerdotes si, como afirma Solís, «el demonio se paseaba muy ocupado en esos días, insinuando en los oídos de sus huéspedes, lo que no podía en sus corazones», *Conquista* a, lib. 5, cap. 22.

¹⁵⁸ «Y teníamos necesidad antes de ser socorridos, que de dar socorro», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 272.

¹⁵⁹ «Dios sabe», dice el general, «el peligro en el que todos estábamos, pero como nos convenía mostrar mas esfuerzo y ánimo, que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza assí con los Amigos como con los Enemigos» *Ibid.*, p. 275.

¹⁶⁰ La fuerza de Tapia constaba de 10 caballos y 80 a pie, el alguacil jefe, como era llamado Sandoval, tenía 18 caballos y 100 de infantería. *Ibid.*, *loc. cit.* También Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, 33, cap. 26.

¹⁶¹ «Pólvora y Ballestas, de que teníamos muy estrema necesidad», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 272.

¹⁶² La forma calmada y simple en la que el *conquistador*, como de costumbre, afirma esto en sus *Comentarios*, tiene algo de terrible por su misma simplicidad. «Acordé de tomar un medio para nuestra seguridad, y para poder mas estrechar á los Enemigos; y fué, que como fuésemos ganando por las Calles de la Ciudad, que fuessen derrocando todas las Casas de ellas, del un lado, y del otro; por manera, que no fuésemos un paso adelante, sin lo dejar todo asolado, y lo que era Agua, hacerlo Tierra-firme, aunque hobiesse toda la dilacion, que se pudiesse seguir», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 279.

¹⁶³ «Porque era la mas hermosa cosa del Mundo», *ibid.*, p. 278.

¹⁶⁴ «Mas antes en el pelear, y en todos sus ardidés, los hallábamos con mas ánimo, que nunca», *ibid.*, p. 279.

¹⁶⁵ Sin embargo, difícilmente podemos creer la afirmación de los historiadores texcoanos de que cien mil indios acudieron al campamento para este propósito. «Viniesen todos los labradores con sus coas para este efecto con toda brevedad: [...] *llegáron mas de cien mil de ellos* », Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 42.

¹⁶⁶ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 153.

¹⁶⁷ Sahagún, que recopiló la historia de los protagonistas y del aspecto del paisaje, antes de que la devastación fuera completamente reparada, escribe con la animación de un testigo. «La guerra por agua y por tierra fué tan por fiada y tan sangrienta, que era espanto de verla, y no hay posibilidad, para decir las particularidades que pasaban; eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos, que se arrojaban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol; era tan grande la vocería, y grita, de hombres y mugeres, y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de grima; era tan grande la polvareda, y ruido, en derrocar y

quemar casas, y robar lo que en ellas habia, y cautivar niños y mugeres, *que parecia un juicio* », *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 38.

¹⁶⁸ La carne de los cristianos no pudo siquiera proporcionarles el alimento acostumbrado, ya que los mexicanos decían que era insoportablemente amarga, un milagro, según lo considera el capitán Díaz, realizado para la ocasión. *Ibid.*, cap. 153.

¹⁶⁹ *Ibid.*, *ubi supra*.

Una vez secado al sol, este residuo viscoso tenía un sabor parecido al del queso y formaba parte de la dieta de las clases más pobres en todas las épocas, según Clavijero. *Storia Antica del Messico*, tom. 2, p. 222.

¹⁷⁰ Bernal Díaz, *ibid.*, cap. 154.

¹⁷¹ «Mas como el Guatemuz era mancebo, y muy gentil-hombre y de buena disposición», *ibid.*, *loc. cit.*

¹⁷² «Mira primero lo que nuestros Dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello y no te fies de Malinche, ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de qui- e nos harán esclauos, y nos atormentarán», *ibid.*, *ubi supra*.

¹⁷³ «Y entonces el Guatemuz medio enojado les dixo: Pues assí quereis que sea guardad mucho el maiz, y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando: y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demander pazes, si no yo le mataré: y allí todos prometiéron de pelear noches, y días, y morir en la defensa de su ciudad», *ibid.*, *ubi supra*.

¹⁷⁴ «Los de la Ciudad como veian tanto estrago, por esforzarse, decian á nuestros Amigos, que no ficiessen sino quemar, y destruir, que ellos se las harian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian, que habia de see assí, y si no, que las habian de hacer para nosotros», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 286.

¹⁷⁵ *Ibid.*, pp. 282-284. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. I, cap. 22; lib. 2, cap. 2. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 140. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 28. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 43.

¹⁷⁶ «No se entendió sino en que mar, y allanar Casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, eramos forzado seguir aquella órden», *ibid.*, p. 286.

¹⁷⁷ «No tenian agua dulce para beber, ni para de ninguna manera de comer; bebian del agua salada y hedionda, comian ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos, y murieron muchos», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 39. También *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p.

¹⁷⁸ «Y es verdad y juro amen, que toda la laguna, y casas, y barbacoas estauan llenas de cuerpos, y cabeças de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriua» (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156). Clavijero considera que era un plan de los mexicanos dejar a los muertos sin enterrar, para que el hedor molestara y echara atrás a los españoles (*Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 231, nota). Pero esta política hubiera funcionado en mayor detrimento de los propios asediados que de los asediadores, cuya presencia en la capital era transitoria. Es mucho más natural achacarlo a la misma causa que ha conducido a una conducta similar bajo circunstancias similares en todos los sitios, ya sea por pestilencia o hambruna.

¹⁷⁹ Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito, cap. 28. Mártir, *De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 8. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 45. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 289. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 29.

¹⁸⁰ «Muchas cosas acaecieron en este cerco, que entre otras generaciones estobieran discantadas é tenidas en mucho, en especial de las Mugerres de Temixtitan, de quien ninguna mencion se ha fecho. Y soy certificado, que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tobiéron en servir á sus maridos, y en curar los heridos, é en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, é en otros oficios para mas que mugeres», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48.

¹⁸¹ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 29. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 155. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 287-289.

¹⁸² *Ante*, p. 387.

El *tianguetz* se mantuvo con enormes dimensiones, aunque con menos magnificencia, después de la conquista, cuando lo describe el padre Sahagún. «Entraron en la plaza ó Tianguetz de este Tlaltilulco (lugar muy espacioso mucho mas de lo que ahora es) el cual se podia llamar emporio de toda esta nueva España: al cual venian á tratar gentes de toda esta nueva España, y aun de los Reinos a ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los Reinos de Quahtimalla y Xalisco (cosa cierto muy de ver), yo lo ví por muchos años morando en esta Casa del Señor Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la Conquista», *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 37.

¹⁸³ «É yo miré dende aquella Torre, lo que tenemos ganado de la Ciudad, que sin duda de ocho partes tenemos ganado las siete», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 289.

¹⁸⁴ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

Los restos de los antiguos cimientos todavía se pueden distinguir en este

barrio, mientras que en todos los demás *etiam periêre ruinæ*.

¹⁸⁵ Bustamante, el editor mexicano de Sahagún, menciona que tiene en su posesión varios de estas reliquias militares. «Toda la llanura del santuario de nuestra Señor de los Ángeles y de Santiago Tlaltilolco se ve sembrada de fragmentos de lanzas cortantes, de macanas, y de flechas de piedra obsidiana, de que usaban lo Mexicanos ó sea Chinapos, y yo he recogido no pocos que conservo en mi poder», *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 12, nota 21.

¹⁸⁶ «Y como comenzó á arder, levantóse una llama tan alta que parecia llegar al cielo, al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el Tianguetz comenzaron a llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oirlos; porque quemado aquel delubr satánico luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 37.

¹⁸⁷ Todavía se pueden ver restos de la construcción, según M. de Humboldt, dentro de los límites del pórtico de la capilla de Santiago, *Essai Politique*, tom. II, p. 44.

¹⁸⁸ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 155. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 290. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 37.

Capítulo VIII

Terribles sufrimientos de los asediados. Espíritu de Guatemozin. Sangrientos ataques. Captura de Guatemozin. Evacuación de la ciudad. Fin del asedio. Reflexiones. 1521

No hubo ocasión de recurrir a métodos artificiales para precipitar la ruina de los aztecas. Se aceleraba cada hora por causas más potentes que las que surgen por simples medios humanos. Ahí estaban, encajonados en sus cuarteles cerrados y sofocantes, nobles, plebeyos y esclavos, hombres, mujeres y niños, algunos en casas, más frecuentemente en casuchas, ya que esta parte de la ciudad no era la mejor, otros al aire libre en canoas o en las calles, tiritando bajo las frías lluvias de la noche y quemados por el caliente sol del día¹⁸⁹. Un viejo cronista menciona el caso de dos mujeres de rango que se quedaron tres días y tres noches con el agua al cuello entre los juncos con un puñado de maíz como sustento¹⁹⁰. Los medios ordinarios de subsistencia hacía tiempo que habían desaparecido. Vagaban en busca de algo, por muy repugnante que fuera, que pudiera mitigar los fieros ataques del hambre. Algunos cazaban insectos y lombrices en las orillas del lago o recolectaban hierbas del agua salada y el musgo de su fondo, mientras lanzaban de vez en cuando una mirada nostálgica a las verdes colinas lejanas, que muchos de ellos habían abandonado para compartir el destino de sus hermanos de la capital.

En su favor, los escritores españoles dicen que, en su extrema situación, no se dejaron arrastrar a la violación de

las leyes de la naturaleza alimentándose unos de otros¹⁹¹. Pero, desgraciadamente, esto lo contradicen las autoridades indias que afirman que más de una madre en su agonía devoró a los vástagos que ya no podía mantener. Esto se cuenta de más de un asedio en la historia y es más probable aquí, donde las sensibilidades debían estar suavizadas por la familiaridad con las brutales prácticas de la superstición nacional¹⁹².

Pero todo esto era insuficiente y cientos de desdichados hambrientos morían cada día por lo extremo del sufrimiento. Algunos se arrastraban en las casas y expiraban su último suspiro solos y en silencio. Otros caían en las calles públicas. Donde quiera que murieran, ahí se quedaban. No había nadie para enterrarlos o retirarlos. La familiaridad con el espectáculo les hacía indiferentes. Lo contemplaban con sorda desesperación, esperando su propio turno. No había quejas ni lamentaciones, sino una profunda e impronunciable congoja.

Si en otras partes de la ciudad se podían ver los cuerpos esparcidos en las calles, aquí se podían ver amontonados. «Eran tantos», dice Bernal Díaz, «que no se podía andar más que entre los cuerpos»¹⁹³. «¡Un hombre no podía plantar su pie en tierra», dice Cortés aún más fuerte, «más que sobre el cadáver de un indio!»¹⁹⁴. Estaban apilados uno sobre otros, los vivos mezclados con los muertos. Se estiraban sobre los cuerpos de sus amigos y se quedaban a dormir allí. La muerte estaba por todos sitios. La ciudad era un enorme osario, en el que todo se estaba pudriendo y descomponiendo rápidamente. Un vapor venenoso se elevaba de la masa de putrefacción bajo la acción de la alternancia de calor y lluvias, impregnando de tal forma la atmósfera que los españoles, incluyendo al mismo general, en su breve visita a los cuarteles enfermaron y se generó una peste que barrió incluso más gente que el hambre¹⁹⁵.

Las mentes de los hombres estaban alteradas por estos extraños y acumulados horrores. Recurrieron a todos los ritos supersticiosos que prescribía su religión para detener la peste. Pidieron a sus sacerdotes que intercedieran ante los dioses. Pero los oráculos permanecían en silencio o daban sólo sombrías respuestas. Sus deidades les habían abandonado y en su lugar veían signos de una cólera celestial que auguraba todavía peores males por delante. Muchos, después del asedio, declararon que entre otros prodigios, contemplaron un arroyo de luz de un color rojo sangre que provenía del Norte en la dirección de Tepejacac, que se precipitaba, como un torbellino, barriendo el distrito de Tlatelolco, soltando chispas y partículas de fuego hasta que se cerró en el centro del lago¹⁹⁶. En el estado desordenado de sus nervios, un misterioso terror tomó posesión de sus sentidos. Con frecuencia ocurrían prodigios y los fenómenos más familiares de la naturaleza eran convertidos en prodigios¹⁹⁷. Aturdidos por sus calamidades, la razón quedaba desconcertada y se convirtieron en la diversión de las invenciones más salvajes y supersticiosas.

En medio de estas espantosas escenas, el joven emperador de los aztecas mantuvo, según todas las versiones, la calma y el coraje. Con su bella capital reducida a ruinas ante sus ojos, sus nobles y leales súbditos muriendo alrededor, su territorio arrebatado palmo a palmo, hasta que casi no le quedaba sitio para estar en él, rechazó todas las invitaciones a capitular y mostró el mismo espíritu indomable que tenía al comienzo del asedio. Cuando Cortés, a la espera de que las calamidades de los asediados le inclinara a entrar en negociaciones, persuadió a un prisionero noble para que llevara a Guatemozin sus propuestas, el joven y fiero monarca, según el general, ordenó inmediatamente que fuera sacrificado¹⁹⁸. Tenemos que recordar que el que lo dice es un español.

Cortés, que había suspendido las hostilidades durante varios días con la esperanza vana de que las calamidades de los mexicanos les llevarían a la sumisión, decidió llevarles a esto mediante un ataque general. Encerrados como estaban dentro de un estrecho barrio de la ciudad, su posición favorecía un intento de estas características. Ordenó a Alvarado que se mantuviera preparado e indicó a Sandoval, quien además de la calzada tenía a su cargo la flota que se encontraba en el distrito de Tlatelolco, que apoyara el ataque con cañonazos sobre las casas que estaban cerca del agua. Después lideró a sus fuerzas hacia la ciudad o mejor dicho a través del horrible vacío que ahora la rodeaba.

Al entrar en el territorio indio salieron a recibirle varios de los jefes indios que, extendiendo hacia él sus esqueléticos brazos, exclamaron: «Eres el hijo del sol. Pero el sol es rápido en su viaje. ¿Por qué, pues, eres tan lento? ¿Por qué te entretienes tanto en poner fin a nuestras miserias? Mejor mátanos de una vez para que podamos ir con nuestro dios Huitzilopochtli, que nos espera en el cielo para darnos descanso de nuestros sufrimientos»¹⁹⁹.

Cortés quedó conmovido por esta lastimera súplica y respondió que no deseaba su muerte, sino su rendición. «¿Por qué rechaza vuestro señor tratar conmigo», dijo, «cuando sólo una hora sería suficiente para aplastarle a él y a todo su pueblo?». Después les emplazó a que le pidieran a Guatemozin que conferenciara con él, asegurándoles que lo podría hacer seguro, porque no se le atacaría.

Los nobles, después de cierta persuasión, asumieron la misión, que fue recibida por el joven monarca de una manera que mostraba (si la anécdota a la que nos hemos referido antes fue cierta) que la desgracia finalmente se había impuesto algo sobre su altivo espíritu. Consintió en realizar la entrevista, aunque no ese día, sino en el siguiente, en la gran plaza de Tlatelolco. Cortés, satisfecho, se retiró

inmediatamente de la ciudad y retomó su posición en la calzada.

A la mañana siguiente, se presentó en el lugar indicado, después de que Alvarado estableciera un fuerte cuerpo de infantería para protegerse de la traición. La plataforma de piedra en el centro de la plaza estaba cubierta con mantas y alfombras y había preparado un banquete para refrescar al hambriento monarca y a sus nobles. Después de hacer estos arreglos esperó la hora de la entrevista.

Pero Guatemozin, en lugar de aparecer él mismo, envió a sus nobles, los mismos que habían llevado la invitación del general y que ahora excusaban la ausencia de su señor por causa de enfermedad. Cortés, aunque desilusionado, ofreció una amable recepción a los enviados, considerando que todavía podía proporcionar medios para abrir la comunicación con el emperador. Les persuadió sin muchos ruegos de que participaran del alegre festín frente a ellos, lo cual hicieron con voracidad que hablaba de lo dura que había sido su abstinencia. Después los despidió con una considerable cantidad de provisiones para su señor, presionándole para que consintiera en entrevistarse sin lo que era imposible que se aclararan sus diferencias.

Los enviados indios volvieron en poco tiempo, llevando con ellos un regalo de telas de algodón, de poco valor, de parte de Guatemozin, que seguía declinando encontrarse con el general español. Cortés, aunque profundamente desilusionado, no quería abandonar su propósito. «Vendrá, seguramente», dijo a los enviados, «cuando vea que permito que vayáis sin sufrir daño, vosotros que habéis sido mis constantes enemigos, no menos que él a través de la guerra. No tiene nada que temer de mí»²⁰⁰. Se despidió de nuevo de ellos con la promesa de recibir una respuesta al día siguiente.

La mañana siguiente, los jefes aztecas entraron en los

cuarteles españoles anunciando a Cortés que Guatemozin conferenciaría con él al mediodía en la plaza del mercado. El general fue puntual, pero sin éxito. Ningún monarca o ministro apareció por ahí. Estaba claro que el príncipe indio no confiaba en las promesas de su enemigo. Puede que por su mente cruzara algún pensamiento sobre Montezuma. Después de esperar tres horas, la paciencia del general se agotó y cuando supo que los mexicanos estaban ocupados en preparativos para la defensa, se dispuso inmediatamente a atacar²⁰¹.

Los confederados se habían quedado fuera de las murallas, ya que no quería llevarles ante la presa, antes de que estuviera preparado para poner la correa. En este momento ordenó que se le unieran y, apoyado por la división de Alvarado, marchó inmediatamente contra el enemigo. Les encontró preparados para recibirle. Sus guerreros más capaces iban en la vanguardia cubriendo a sus camaradas débiles y lisiados. Ocasionalmente se veía a mujeres mezcladas en las filas y también los niños llenaban las azoteas, donde, con rostros golpeados por el hambre y ojos demacrados, miraban desafiantes y con odio a sus invasores.

A medida que los españoles avanzaban, los mexicanos profirieron un fiero grito de guerra y lanzaron nubes de flechas con su acostumbrado espíritu, mientras que las mujeres y los niños dejaban caer dardos y piedras desde sus elevadas posiciones en las terrazas. Pero los proyectiles se lanzaban con manos demasiado débiles como para hacer daño y cuando los escuadrones se acercaron, la pérdida de fuerza se hizo todavía más notable en los aztecas. Sus golpes caían débilmente y sin un claro objetivo, aunque algunos, es cierto, de constitución más fuerte o reuniendo fuerza de la desesperación, mantuvieron hasta el final una lucha desesperada.

Los arcabuceros lanzaron en ese momento su mortal

fuego. Los bergantines replicaron con sucesivas andanadas en la zona opuesta. Los asediados, atrapados como un ciervo rodeado por cazadores, eran derribados por todos lados. La carnicería fue terrible. La tierra quedó repleta de cadáveres, hasta que los enloquecidos combatientes se vieron obligados a escalar sobre los montículos humanos para llegar el uno al otro. El suelo enlodado estaba saturado de sangre que corría como el agua y tiñó los canales de carmesí²⁰². Todo era griterío y una terrible confusión. Los terroríficos aullidos de los bárbaros, los juramentos e imprecaciones de los españoles, los gritos de los heridos, los chillidos de las mujeres y los niños, los duros golpes de los conquistadores, la lucha a muerte de sus víctimas, los rápidos y sonoros ecos de los mosquetes, el silbido de innumerables proyectiles, el estruendo y crujido de los edificios en llamas, aplastando a cientos en sus ruinas; las cegadoras cantidades de polvo y de humo sulfuroso envolviendo todo en su siniestra mortaja creaban una escena terrible incluso para los soldados de Cortés, endurecidos como estaban por muchos episodios de guerra y por la larga familiaridad con la sangre y la violencia. «Los lastimeros gritos de las mujeres y los niños, en particular», dice el general, «bastaban para romperle a uno el corazón»²⁰³. Cortés ordenó que se les respetase y que cualquiera que lo solicitase recibiera clemencia. Lo recalcó especialmente a sus confederados y colocó hombres entre ellos para contener su violencia²⁰⁴. Pero había puesto en marcha una máquina demasiado terrible para poder controlarla. Hubiera sido más fácil desviar un huracán en plena furia que las pasiones de una horda de salvajes furibunda. «Nunca he visto una raza tan despiadada», exclama, «o nada que tuviera la forma de un hombre tan desprovisto de humanidad»²⁰⁵. No hacían distinción de sexo ni edad y en este momento de venganza parecían devolver las ofensas acumuladas de un siglo. Finalmente, saturados de

muerte, el comandante español tocó retirada. Ya era hora, si de acuerdo con su propia afirmación (esperamos que fuera una exageración) habían perecido cuarenta mil almas²⁰⁶. Sin embargo, su destino era envidiable comparado con el de los que sobrevivieron.

Durante la larga noche que siguió, no se percibió ningún movimiento en la zona azteca. No se vio una luz, ni se escuchó un ruido a excepción de los roncros quejidos de los desdichados heridos o moribundos retorciéndose en su agonía. Todo estaba oscuro y en silencio, la oscuridad de la tumba. El último golpe parecía haberlos dejado completamente aturcidos. Habían partido con esperanza y se encontraban en una desesperación sombría. Aun así, a pesar de todo esto, no mostraban ninguna disposición a rendirse. Cada nueva herida se hundía más hondo en sus almas y les llenaba de un odio más profundo hacia sus enemigos. La fortuna, los amigos, los familiares, la casa, todo había desaparecido. Ahora que no tenían nada por lo que vivir, estaban felices de desprenderse de la misma vida.

La escena en el campamento cristiano era muy diferente, donde, eufóricos con sus recientes éxitos, todo estaba vivo y bullicioso con los preparativos para el día siguiente. Se veían hogueras brillando en las calzadas, en las tiendas y en los barracones centelleaban las luces y los sonidos de música y alborozo proclamaban la alegría de los soldados ante la perspectiva de terminar la fatigosa campaña.

La mañana siguiente el comandante español reunió sus fuerzas de nuevo, después de haber decidido continuar el golpe del día anterior antes de que el enemigo tuviera tiempo de reorganizarse y poner fin de una vez a la guerra. Había acordado con Alvarado la noche anterior ocupar la plaza del mercado de Tlatelolco y la descarga de un arcabuz debía ser la señal del ataque simultáneo. Sandoval debía mantener la calzada norte y con la flota vigilar los

movimientos del emperador indio e interceptar la huida a tierra firme, que Cortés sabía que preparaba. Permitirle hacer esto sería dejar un formidable enemigo en sus cercanías, que en cualquier momento podía avivar la llama de la insurrección por todo el país. Ordenó a Sandoval que, fuera como fuera, no hiciera daño al emperador y que no disparara más que en defensa propia²⁰⁷.

Fue el memorable 13 de agosto de 1521, el día de San Hipólito (razón por la que fue elegido como el santo patrón del México moderno), cuando Cortés lideró a su guerrera formación por última vez a través de los oscuros y ennegrecidos alrededores de la capital india. Al entrar en la zona india, se detuvo con la intención de dar a sus desdichados habitantes una oportunidad más de escapar antes de asestar el golpe fatal. Obtuvo una entrevista con algunos de los principales jefes en la que les reprobó la conducta de su jefe. «Seguramente no os verá a todos perecer», dijo el general, «cuando os puede salvar tan fácilmente». Después les instó a imponerse a Guatemozin para que conferenciara con él, repitiéndole las garantías de seguridad.

Los mensajeros fueron con su misión y pronto volvieron con el *cihuacotal*, un magistrado de alta autoridad entre los mexicanos, a la cabeza. Dijo con aire melancólico, en el que se veía su propio desengaño, que «Guatemozin estaba dispuesto a morir donde estaba, y que no mantendría una entrevista con el comandante español» añadiendo en un tono de resignación, «haz lo que desees». «Vete, pues», replicó el severo conquistador, «y prepara a tus compatriotas para la muerte. Su hora ha llegado»²⁰⁸.

Retrasó el ataque unas horas más. Pero la impaciencia de las tropas ante esta dilación aumentó con el rumor de que Guatemozin y sus nobles se estaban preparando para escapar con sus efectos en las piraguas y canoas atracadas

en la orilla del lago. Convencido de lo infructuoso y poco político que era posponerlo por más tiempo, Cortés realizó los últimos preparativos para el ataque y se situó su lugar en la azotea, donde dominaba el escenario de las operaciones.

Cuando los atacantes llegaron a presencia del enemigo, los encontraron apiñados en la confusión más extrema, todas las edades y sexos, en masas tan densas que casi se tiraban unos a otros por el borde de la calzada al agua. Algunos escalaban a las terrazas, otros se apoyaban debilitados contra las paredes de los edificios. Sus miserables y destrozadas ropas le daban un salvajismo a su apariencia que aumentaba aún más la ferocidad de su expresión cuando miraban a los ojos del enemigo, en la que el odio se mezclaba con la desesperación. Cuando los españoles se habían acercado a distancia de flecha, los aztecas lanzaron una descarga de impotentes proyectiles, mostrando, hasta el último, el decidido espíritu, aunque sin la fuerza, de sus mejores días. Se dio entonces la señal fatídica con la descarga de un arcabuz, seguida rápidamente por el trueno de la artillería pesada, el traqueteo de las armas de fuego y los infernales gritos de los confederados al saltar sobre sus víctimas. No es necesario manchar la página con la repetición de los horrores del día anterior. Algunos de los desdichados aztecas se lanzaron al agua y fueron recogidos por las canoas. Otros se hundieron y se ahogaron en los canales. El número de éstos se hizo tan grande que se formó un puente sobre sus cuerpos muertos, por el que los atacantes pudieron pasar al lado opuesto. Otros, especialmente las mujeres, suplicaron clemencia que, según nos asegura el cronista, les fue concedida en todos los casos por los españoles y, en contra de las instrucciones y súplicas de Cortés, en todos negada por los confederados²⁰⁹.

Mientras esta carnicería tenía lugar, se vio cómo algunos escapaban en las barcas alineadas en la orilla y recorrían

buena parte del lago. Eran constantemente interceptados por los bergantines que irrumpían a través de las endeblés líneas de botes, lanzando sus andanadas a derecha e izquierda, ya que las tripulaciones de los botes les atacaban fieramente. La batalla se desarrollaba con tanta dureza en la tierra como en el agua. Se destrozaron y hundieron muchos de los barcos indios. Algunos pocos, sin embargo, cubiertos por el humo que se derramaba negro sobre las aguas, conseguían librarse de la confusión y se daban prisa por llegar a la orilla opuesta.

Sandoval había encargado especialmente a sus capitanes que vigilaran los movimientos de cualquier barco en el que fuera probable que se ocultara Guatemozin. En ese momento se divisaron tres o cuatro de las piraguas más grandes, que, deslizándose por las aguas, cruzaban rápidamente el lago. Un capitán llamado Garcí Holguín, que estaba a las órdenes de uno de los mejores bajeles de la flota, se lanzó inmediatamente a la caza. El viento era favorable y ganaba constantemente terreno a los fugitivos, que remaban con un vigor que tan sólo la desesperación puede dar. Pero fue en vano y, después de una corta carrera, Holguín, poniéndose junto a una de las piraguas que bien por su apariencia o por información que había recibido pensó que podía llevar al emperador indio, ordenó a sus hombres que apuntaran sus ballestas al bote. Pero antes de que pudiera descargarlas se elevó un grito de él diciendo que el señor estaba ahí. En ese mismo momento un joven guerrero, armado con una rodela y un *maquahuitl*, se levantó como para golpear a los atacantes. Pero como el capitán español ordenó a sus hombres que no dispararan, soltó sus armas y exclamó: «Yo soy Guatemozin, llevadme ante Malinche, soy su prisionero, pero no hagáis daño a mi mujer y a mis seguidores»²¹⁰.

Holguín le aseguró que sus deseos serían respetados y le ayudaron a subir a bordo del bergantín seguido de su mujer

y ayudantes. Éstos eran unos veinte en número, incluido Coanacoch, el señor depuesto de Texcoco, el señor de Tlacopán y otros caciques y dignatarios cuyo rango probablemente les había salvado de las calamidades generales del asedio. Cuando los cautivos estuvieron sentados en la cubierta del barco, Holguín pidió al príncipe azteca que pusiera fin al combate ordenando a su gente en las otras canoas que se rindieran. Pero con aire desdeñoso respondió: «No es necesario. No lucharán más cuando vean que el príncipe ha sido capturado». Decía la verdad. Las noticias de la captura de Guatemozin se extendieron rápidamente por la flota y por la orilla, donde los mexicanos seguían enzarzados en la batalla con el enemigo. Sin embargo, se detuvo inmediatamente. No opusieron más resistencia y aquellos que estaban en el agua siguieron a los bergantines que llevaban a su monarca cautivo a tierra. Parecía como si la lucha se hubiera mantenido tanto tiempo para distraer la atención del enemigo y cubrir la huida de su señor²¹¹.

Mientras tanto, Sandoval, al recibir las noticias sobre la captura, llevó sus propios bergantines junto con los de Holguín y pidió que se le entregara el prisionero real. Pero el capitán reclamó que era su premio. Surgió una disputa entre las partes, las dos ansiosas de obtener la gloria de la hazaña y quizá el privilegio de conmemorarlo en su blasón. La controversia continuó tanto tiempo que llegó a oídos de Cortés, quien en su posición en la azotea supo, con no poca satisfacción, de la captura de su enemigo. Inmediatamente dio órdenes a sus oficiales en disputa que trajeran a Guatemozin ante él para que pudiera dirimir sus diferencias²¹². Les encomendó al mismo tiempo que trataran al prisionero con respeto. Después hizo los preparativos para la entrevista, ordenó que la terraza fuera cubierta de alfombras y telas carmesíes y dispuso una mesa para

cubrirlo con provisiones de las que el desgraciado príncipe estaba tan necesitado²¹³. Su encantadora dama india, doña Marina, estaba presente para actuar de intérprete. Había estado a su lado a través de todas las difíciles escenas de la conquista y allí estaba ahora para presenciar su triunfante culminación.

Guatemozin al desembarcar fue escoltado por una compañía de infantería y llevado a presencia del comandante español. Subió a la azotea con paso calmo y seguro y era fácilmente distinguible de sus ayudantes nobles, aunque su ausente mirada negra ya no estaba encendida con su acostumbrado fuego y sus facciones tenían una expresión de pasiva resignación que decía poco del fiero y fogoso espíritu que ardía en su interior. La cabeza era grande, los miembros bien proporcionados, su tez más clara que la de su nación bronceada y toda su conducta especialmente suave y atractiva²¹⁴.

Cortés se acercó con estudiada y digna cortesía para recibirlo. El monarca azteca probablemente conocía al conquistador, porque rompió primero el silencio para decir: «He hecho todo lo que he podido para defenderme y defender a mi gente. Ahora me veo reducido a este estado. Puedes hacer conmigo lo que deseas». Después, posando su mano en el pomo de un puñal que el general llevaba en el cinturón añadió con vehemencia: «Mejor acabar conmigo con esto y quitarme la vida de una vez»²¹⁵. Cortés estaba lleno de admiración ante la orgullosa conducta del joven bárbaro, mostrando en sus reveses un espíritu digno de un antiguo romano. «No temas», respondió, «serás tratado con todos los honores. Has defendido tu capital como un bravo guerrero. Un español sabe respetar el valor en un enemigo»²¹⁶. Después le preguntó dónde había dejado a la princesa, su mujer, y al ser informado de que todavía estaba bajo la protección de la guardia española a bordo del

bergantín, el general envió para que se la escoltara hasta su presencia.

Era la hija menor de Montezuma, y apenas era aún una mujer. Con la coronación de su primo, Guatemozin, se había desposado con él como su legítima esposa²¹⁷. Sus contemporáneos la celebran por sus encantos personales, y la bella princesa, Tecuichpo, todavía es conmemorada por los españoles, ya que a partir de ella, mediante sucesivos matrimonios, han descendido algunas de las ilustres familias de su propia nación²¹⁸. Fue amablemente recibida por Cortés, que le mostró todas las respetuosas atenciones propias de su rango. Su nacimiento, sin duda, le proporcionaba un interés adicional y puede que sintiera un punto de reparo al contemplar en su hija al desgraciado Montezuma. Invitó a los reales cautivos a participar de un refrigerio, que su exhausta condición hacía tan necesario. Mientras tanto, el comandante español hizo los preparativos para la noche, ordenó a Sandoval que escoltara a los prisioneros a Coyoacán, a donde se proponía seguirles inmediatamente. Los otros capitanes, Olid y Alvarado, debían retirar las fuerzas a sus respectivos cuarteles. Era imposible para ellos continuar en la capital donde los venenosos efluvios de los cadáveres sin enterrar cargaban el aire de infección. Tan sólo se estacionó una pequeña guardia para mantener el orden en los arrasados suburbios. Era ya por la tarde cuando Guatemozin se rindió²¹⁹ y el asedio podía considerarse terminado. La tarde oscureció y la lluvia comenzó a caer antes de que las diferentes divisiones abandonaran la ciudad²²⁰.

Durante la noche una tremenda tempestad como los españoles no habían visto y que sólo se ven en los trópicos explotó sobre el valle de México. El trueno, retumbando en el rocoso anfiteatro de colinas, bramaba sobre el agua torrencial, sacudiendo los *teocallis* y los destrozados edificios

vecinos de Tenochtitlan, los pocos que sobrevivieron, hasta lo más profundo. El relámpago parecía partir en dos la bóveda celeste, ya que sus vivos resplandores envolvían toda la escena en un resplandor tenebroso por un momento para ser de nuevo tragados por la oscuridad. La guerra de los elementos estaba al unísono con la fortuna de la arruinada ciudad. Parecía como si las deidades del Anáhuac, espantadas de sus antiguas moradas, hubieran salido gritando y aullando despavoridas con la detonación, mientras abandonaban a su suerte a la capital caída²²¹.

El día después de la rendición, Guatemozin solicitó al comandante español que permitiera a los mexicanos abandonar la ciudad y cruzar el país sin ser molestados. A esto Cortés contestó rápidamente de manera afirmativa, ya que sin esto realmente no podía tomar las medidas para purificar la capital. Dio órdenes, por tanto, para la evacuación del lugar, ordenando que nadie, español o confederado, cometiera violencia sobre los aztecas ni obstruyera en forma alguna su partida. El número total de éstos se estima entre treinta mil y setenta mil, sin contar las mujeres y los niños, que habían sobrevivido a la espada, la peste y el hambre²²². Lo cierto es que tardaron tres días en desfilar por las diferentes calzadas en un séquito lastimero²²³, maridos y mujeres, padres e hijos, los enfermos y los heridos, apoyándose unos en los otros buscando descanso a medida que andaban debilitados, escuálidos y medio cubiertos de andrajos, que mostraban con cada paso terribles heridas, algunas recibidas hacía poco, otros supurando por no haberse curado durante mucho tiempo y llevando con ellos una atmósfera de contagio. Sus destrozadas figuras y sus rostros golpeados por el hambre contaban toda la historia del asedio. A medida que las tambaleantes filas llegaban a la orilla opuesta se les vio pararse de vez en cuando como para mirar el lugar que hacía tan poco estaba

coronado por la ciudad imperial, un día su agradable hogar y querido por más de un glorioso recuerdo.

Al salir sus habitantes, se tomaron inmediatamente medidas para purificar el lugar. Se mantuvieron muchos fuegos ardiendo día y noche, especialmente en el barrio infectado de Tlatelolco, se reunieron los montones de muertos que estaban esparcidos pudriéndose en las calles y se les dio tierra. Es imposible hacer un cálculo probable de los muertos en el asedio. Las versiones varían ampliamente de ciento veinte mil, la estimación más baja, a doscientos cuarenta mil²²⁴. El número de los españoles que cayeron es comparativamente mucho menor, pero el de los aliados debe haber sido grande, si el historiador de Texcoco no se equivoca al afirmar que perecieron treinta mil de sus compatriotas²²⁵. Que el número de los muertos dentro de la ciudad era inmenso es indudable, cuando consideramos que, además de su enorme población, estaba abarrotada con la de las ciudades vecinas que, desconfiando de su fuerza para resistir al enemigo, buscaron protección dentro de sus murallas.

El botín encontrado, es decir, los tesoros en oro y joyas, el único botín valioso a los ojos de los españoles, fue muy inferior a sus expectativas. No superó, según la afirmación del propio general, los ciento treinta mil castellanos de oro, incluyendo la parte del soberano que, teniendo en cuenta muchos de los artículos de curiosa y costosa confección a los que renunció voluntariamente el ejército, excedió con mucho su legítimo quinto²²⁶. Aun así, los aztecas debían poseer un tesoro mucho más grande, aunque sólo fuera por los restos de lo que recuperaron de los españoles en la memorable noche de su expulsión de la capital. Puede que parte del botín se sacara de la ciudad, parte gastado en las preparaciones para la defensa y otra parte enterrada bajo la tierra o arrojada al agua del lago. Sus amenazas no eran en

vano. Al menos tuvieron la satisfacción de defraudar la avaricia de sus enemigos.

Cortés ya no necesitaba más a los aliados indios. Reunió a los jefes de los diferentes escuadrones, les dio las gracias por sus servicios, señaló su valor en términos de halago y, después de distribuir regalos entre ellos, asegurándoles que su señor el emperador les recompensaría por su fidelidad con más generosidad, les despidió. Se llevaron con ellos una generosa parte de botín que habían cogido de las casas, de lo que no provocaba la avaricia de los españoles, y volvieron triunfantes, un triunfo miope, por el éxito de su expedición y la caída de la dinastía azteca.

También fue grande la satisfacción de los españoles ante este brillante fin de su larga y laboriosa campaña. Realmente estaban decepcionados con lo escaso del tesoro que encontraron en la ciudad conquistada. Pero el soldado normalmente está demasiado absorto con el presente como para darle demasiada importancia al futuro y, aunque su descontento se mostró después de una forma más clamorosa, ahora sólo pensaban en el triunfo y se abandonaron a la celebración. Cortés celebró el acontecimiento con un banquete tan suntuoso como lo permitían las circunstancias al que fueron invitados todos los caballeros y oficiales. Largo y escandaloso fue su jolgorio, llegando a tales excesos que provocó la animadversión del padre Olmedo, quien insinuó que esta no era manera apropiada de mostrar su reconocimiento por los favores que les había brindado el Todopoderoso. Cortés admitió la justicia de este reproche, pero imploró un poco de indulgencia para la licencia del soldado en el momento de la victoria. Se fijó el día siguiente para conmemorar el acontecimiento de una manera más apropiada.

Se formó una procesión de todo el ejército con el padre Olmedo a la cabeza. Las sucias y rotas banderas de Castilla

que habían ondeado sobre tantos campos de batalla proyectaban ahora sus sombras sobre el pacífico despliegue de soldados mientras que se movían lentamente, escuchando la letanía y mostrando la imagen de la Virgen y el símbolo bendito de la redención humana. El reverendo padre pronunció un discurso en el que brevemente recordó a las tropas lo agradecidos que debían estar a la providencia por llevarles a salvo a través de su peligroso peregrinaje y alargándose sobre la responsabilidad contraída con su actual situación, implorándoles que no abusaran de los derechos de conquista, sino que trataran a los desgraciados indios con humanidad. Posteriormente se administró el sacramento al comandante en jefe con un solemne agradecimiento al dios de las batallas que les había permitido llevar el estandarte de la cruz triunfante sobre este bárbaro imperio²²⁷.

De esta manera, cayó la capital de los aztecas tras un asedio de casi tres meses de duración, sin paralelos en la historia por la constancia y el coraje de los asediados, rara vez superado por la gravedad de los sufrimientos; sin par, si hemos de ser justos, por la constancia y el coraje cuando recordamos que la puerta para la capitulación en los más honrosos términos quedó abierta ante ellos durante todo el bloqueo y que, rechazando tercamente cada propuesta del enemigo, hasta el último hombre prefirió morir antes que rendirse. Más de tres siglos habían pasado desde que los aztecas, una tribu pobre y errante del lejano noroeste, llegaron a la meseta. Allí construyeron su miserable conjunto de chozas sobre el lugar que, según la tradición nos cuenta, ordenó el oráculo. Sus conquistas, limitadas en un principio a sus cercanías, gradualmente cubrieron el valle, después, cruzando las montañas, barrieron la amplia extensión de la meseta, descendieron por sus abruptas laderas y arrasaron hasta el golfo de México y los distantes

confines de América Central. Su mísera capital, mientras tanto, siguiendo el ritmo de ampliación de su territorio, se había convertido en una floreciente ciudad, llena de edificios, monumentos artísticos y de una numerosa población, que la situó como la primera entre las capitales del mundo occidental. En esta situación, vino una raza del remoto este, extranjeros como ellos mismos, cuya llegada había sido también predicha por el oráculo y, apareciendo en la meseta, les atacaron en su momento más álgido de prosperidad y les borraron del mapa de las naciones para siempre. Toda la historia tiene un aire más de fábula que de historia, un romance de leyenda, un cuento de hadas.

Sin embargo, no podemos lamentarnos de la caída de un imperio que hizo tan poco para promover la felicidad en sus súbditos o los verdaderos intereses de la humanidad. A pesar del brillo que le proporcionó en sus últimos días la gloriosa defensa de la capital, la benigna munificencia de Montezuma, el intrépido heroísmo de Guatemozin, los aztecas eran decididamente una raza fiera y brutal, que difícilmente ni en sus mejores aspectos podría excitar nuestra simpatía y estima. Su civilización, tal y como era, no era propiamente suya, sino un reflejo quizá imperfecto de una raza a la que habían sucedido en la tierra. Era, en relación con los aztecas, un generoso injerto en una depravada cepa que no podía haber dado como fruto la perfección. Gobernaban sobre sus extensos dominios con una espada en lugar de con un cetro. No hicieron nada para mejorar la condición, o promover de ninguna manera, el progreso de sus vasallos. Sus vasallos eran siervos, usados tan sólo para ocuparse de sus placeres, sobrecogidos por guarniciones armadas, aplastados por impuestos en la paz y por contribuciones militares en la guerra. No ampliaban, como los romanos, a los que se parecían por la naturaleza de sus conquistas, los derechos de la ciudadanía que

conquistaban. No los amalgamaban en una gran nación con derechos e intereses comunes. Los mantenían como extranjeros, incluso aquellos que en el valle se encontraban junto a las mismas murallas de la capital. La metrópolis azteca, el corazón de la monarquía, no tenía un sentimiento, ni una pulsación en común con el resto del cuerpo político. Era un extranjero en su propia tierra.

Los aztecas no sólo no hicieron progresar la situación de sus vasallos, sino que, moralmente hablando, hacían mucho para degradarlos. ¿Cómo puede una nación donde se imponen los sacrificios humanos, y especialmente combinados con el canibalismo, avanzar en el camino de la civilización? ¿Cómo pueden tomarse en consideración los intereses de la humanidad, cuando el hombre se iguala al nivel de las bestias en su muerte? La influencia de los aztecas introducía su siniestra superstición en las tierras que antes no la conocían o donde al menos no estaba implantada con mucha fuerza. El ejemplo de la capital era contagioso. A medida que ésta aumentaba en opulencia, las celebraciones religiosas se realizaban con una magnificencia cada vez más terrible, de la misma manera que los espectáculos de gladiadores de los romanos aumentaban su pompa con el creciente esplendor de la capital. Los hombres se familiarizaban con escenas de horror y con las más detestables abominaciones. Mujeres y niños, toda la nación se acostumbraba y asistía a ellas. El corazón se endurecía, los modales se hacían feroces, la débil luz de la civilización, transmitida por una raza más suave, se hacía más y más pálida, a medida que miles y miles de miserables víctimas a través de todo el imperio eran cebados en jaulas, sacrificados en sus altares, cocinados y servidos en sus banquetes. Toda la tierra fue convertida en un completo caos humano. El imperio de los aztecas no cayó antes de tiempo.

Es innecesario discutir, ya que se ha comentado en un

capítulo anterior, si estas atrocidades sin parangón proporcionan un pretexto suficiente para la invasión de los españoles o nos contentamos, como los protestantes, con encontrar una justificación para ello en los derechos naturales y la necesidad de civilización, o como la iglesia católica, en la voluntad del Papa (razones la una o la otra por las que se han defendido las conquistas de la mayoría de las naciones cristianas en el este y en el oeste). Es más realista preguntarse si, dando por supuesto el derecho, la conquista de México fue llevada a cabo con la consideración debida a las exigencias de humanidad. Y en este punto debemos admitir que, con toda la indulgencia por la ferocidad de la época y la laxitud de sus principios, hay pasajes que todo español que celebre la fama de sus compatriotas estaría contento de eliminar de su historia. Pasajes que no pueden justificarse por la defensa propia o por necesidad de ningún tipo y que dejarán para siempre una mancha en los anales de la conquista. Y, aun así, en su conjunto, la invasión hasta la toma de la capital fue llevada a cabo sobre principios menos repugnantes para la humanidad que muchas, quizá cualquiera, de las conquistas de la corona de Castilla en el nuevo mundo.

Puede parecer poco elogio decir que los seguidores de Cortés no utilizaron perros de caza para atrapar a sus desgraciadas víctimas, como en otras partes del continente, ni exterminaron una pacífica y sumisa población por gratuita crueldad como en las islas. Sin embargo, es significativo que no estuvieran tan contagiados del espíritu de la época y que sus espadas raramente se mancharan con sangre, a no ser que fuera indispensable para el éxito de la empresa. Incluso en el último asedio de la capital, los sufrimientos de los aztecas, terribles como eran, no implican ninguna crueldad fuera de lo normal en los vencedores, no eran mayores que las que infligían a sus propios

compatriotas en casa y en más de una memorable ocasión, las naciones más refinadas, no sólo de la antigüedad, sino de nuestra época. Eran las inevitables consecuencias que se derivan de la guerra, cuando en lugar de confinarse a su legítimo campo, se lleva al hogar, a la pacífica comunidad de la ciudad, no siendo sus habitantes militares y estando sus mujeres y sus niños aún más indefensos. En este caso, realmente, los sufrimientos de los asediados se debían achacar en gran medida a sí mismos, a su patriótica y desesperada lealtad. No era el deseo, como seguro que no era el interés de los españoles, destruir la capital o sus habitantes. Cuando cualquiera de éstos caía en sus manos, se les recibía con amabilidad, se atendían sus necesidades y se tomaban todas las medidas para infundirles el espíritu de conciliación y esto, además, debe tenerse en cuenta, a pesar del terrible destino que sufrían los prisioneros cristianos. Las puertas para una capitulación justa se mantuvieron abiertas, aunque inútilmente, hasta el último momento.

El derecho de conquista necesariamente implica el de aplicar todo tipo de fuerza necesaria para superar la resistencia que se presente ante la consecución de ese derecho. Para los españoles haber hecho otra cosa de lo que hicieron hubiera sido abandonar el asedio y con ello la conquista del país. Haber permitido que los habitantes con su brioso monarca escaparan hubiera prolongado las miserias de la guerra trasladándola a otra parte más inaccesible. Literalmente, en lo que se refiere al éxito de la expedición, no tenían opción. Si nuestra imaginación queda acongojada por la cantidad de sufrimiento en esta y en similares escenas de la conquista debería recordarse que es el resultado natural de grandes masas de hombres enzarzados en un conflicto. La cantidad de sufrimiento no muestra en sí misma la cantidad de crueldad que la causó y no es más que justicia para los conquistadores de México

decir que la misma brillantez e importancia de sus hazañas ha dado una triste fama a sus errores y los ha resaltado más de lo que se merecen. Es necesario que se afirme todo esto, no para excusar sus excesos, sino para que podamos hacernos una idea más imparcial de su conducta, al compararla con la de otras naciones bajo circunstancias similares y que no podemos contemplarlas con especial oprobio por males que necesariamente surgen de la guerra²²⁸. Yo no he corrido un velo sobre estos males, ya que el historiador no debería amilanarse a la hora de describir con sus verdaderos colores las atrocidades de una situación sobre la que es muy fácil que el éxito coloque un falso halo de gloria, pero que, destrozando por la mitad los fuertes lazos de la solidaridad humana, compra sus triunfos armando la mano del hombre contra su hermano, haciendo un salvaje del hombre civilizado y que aviva las llamas del infierno en el pecho del salvaje.

Pensemos lo que pensemos de Cortés desde un punto de vista moral, contemplado como un logro militar nos llenamos de asombro. Que un puñado de aventureros, malamente armados y equipados, desembarcara en las orillas de un poderoso imperio habitado por una fiera y guerrera raza y desafiando las reiteradas prohibiciones de su soberano se abrieran paso hasta el interior, que lo hicieran sin conocer el idioma del lugar, sin mapas ni brújulas para guiarse, sin ninguna idea de las dificultades que se iban a encontrar, desconociendo completamente si el próximo paso les llevaría hacia una nación hostil o hacia un desierto, como si palparan su camino en la oscuridad, por así decirlo. Que, aunque casi arrasados en su primer encuentro con los habitantes, siguieran adelante hasta la capital del imperio y una vez llegados allí se lanzaran sin dudarle entre sus habitantes. Que lejos de amilanarse por el extraordinario espectáculo que allí se exhibía de poder y civilización se

reafirmaran en su deseo original. Que atraparan al monarca, ejecutaran a sus ministros ante las miradas de sus súbditos y una vez que fueron expulsados en completa ruina de sus murallas, reunieran sus esparcidos restos y después de una serie de operaciones, realizadas con consumada diplomacia y atrevimiento, consiguieran rendir la capital y establecer su dominio sobre el país. Que todo esto fuera realizado por un mero puñado de aventureros indigentes, es un hecho poco menos que milagroso, demasiado sorprendente para las probabilidades que se le exigen a la ficción y sin paralelo en las páginas de la historia.

Sin embargo, esto no se debe entender demasiado literalmente, ya que no sería justo para los aztecas, al menos en su poderío militar, contemplar la conquista como un logro únicamente de los españoles. Esto sería armarles con el escudo mágico de Ruggiero y la lanza mágica de Astolfo, que derribaba a cientos de un golpe. El imperio indio fue conquistado en cierta manera por indios. El primer terrible encuentro de los españoles con los tlaxcaltecas, que casi fue su ruina, les aseguró de hecho su éxito. Les aseguró un fuerte punto de apoyo nativo, al que retirarse en momentos de peligro y alrededor del cual podían reunir a las razas hermanas del país para un gran e irresistible ataque. La monarquía azteca cayó bajo las manos de sus propios súbditos, bajo la dirección de la sagacidad y la ciencia europeas. En caso de haber estado unidos puede que hubieran ofrecido resistencia a los invasores. Tal y como sucedió, la capital quedó separada del resto del país y el proyectil que podía haber sido relativamente inofensivo, de haber estado unido el imperio por un principio común de lealtad y patriotismo, se abrió camino por cada grieta y rendija de la mal unida construcción, enterrándola en sus propias ruinas. Su destino puede servir como una impactante prueba de que un gobierno que no descansa en

las simpatías de sus súbditos no puede sobrevivir mucho, de que las instituciones humanas, cuando no están unidas hacia la prosperidad humana y el progreso, deben caer, si no ante la creciente luz de la civilización, por mano de la violencia, la violencia interna o externa. ¿Y quién se lamentaría de que cayeran?

Con los acontecimientos de este libro termina la historia de Solís de la *Conquista de Méjico*; una historia que es, desde muchos puntos de vista, la más notable en castellano. Don Antonio de Solís nació en una familia respetable en octubre de 1610 en Alcalá de Henares, el semillero de la ciencia cuyo nombre está asociado en España con los hombres más insignes del Estado y de la Iglesia. Solís, ya siendo muy joven, mostró la chispa de su futuro genio, especialmente en la vivacidad de su imaginación y en una sensibilidad hacia lo bello. Mostró una decidida inclinación por la composición dramática y compuso una comedia a la edad de diecisiete que hubiera recibido crédito en una edad más madura. Posteriormente se dedicó con diligencia al estudio de la ética, cuyos frutos son visibles en las reflexiones morales que le dan un carácter didáctico a la más ligera de sus composiciones.

A la edad habitual entró en la universidad de Salamanca y pasó el curso habitual del canon de derecho civil. Pero el espíritu imaginativo de Solís se deleitaba mucho más en las dulces fiestas de las musas que en la severa disciplina de los colegios y compuso algunas piezas para el teatro, muy estimadas por su riqueza de dicción y por la delicada e ingeniosa textura de la intriga. Su gusto por la composición dramática fue sin duda animado por la familiaridad con Calderón, para cuyos dramas preparó varias *loas*, o prólogos. Los modales amistosos y los brillantes logros de Solís le recomendaron al favor del conde de Oropesa, virrey de

Navarra, quien le hizo su secretario. Las cartas que escribió mientras estuvo al servicio de este noble y algunas posteriores se han mostrado en parte al público y son muy recomendables por la suavidad y elegancia de expresión características de todos los escritos del autor.

La creciente reputación de Solís atrajo la atención de la Corte, y en 1661 fue nombrado secretario de la reina madre, un puesto que había rechazado bajo Felipe IV, siendo también nombrado para el puesto más importante de Historiador de las Indias, un nombramiento que estimuló su ambición para una audaz carrera diferente de cualquier reto al que se hubiera enfrentado hasta entonces. Cinco años después de este hecho, a la edad de sesenta y seis, hizo un cambio enormemente importante en su modo de vida al abrazar la profesión religiosa, tomando los hábitos religiosos en 1666. A partir de este momento, suspendió sus relaciones con la musa del teatro y, si debemos dar crédito a sus biógrafos, incluso rechazó por escrúpulos de conciencia comenzar la composición de dramas religiosos, llamados *autos sacramentales*, aunque el campo estaba ahora libre ante él por la muerte del poeta Calderón. Pero tal sensibilidad de conciencia parece difícil de reconciliar con la publicación de sus diferentes comedias que tuvo lugar en 1681. Es cierto, sin embargo, que se dedicó celosamente a su nueva profesión y a los estudios históricos en los que su oficio de cronista le había involucrado. Finalmente, los frutos de estos estudios se ofrecieron al mundo en su *Conquista de Méjico*, que apareció en Madrid en 1684. Tenía pensado continuar el trabajo, según se dice, a los tiempos después de la conquista. Pero, si así era, desgraciadamente se lo impidió la muerte, que le sobrevino unos dos años después de la publicación de su historia, el 13 de abril de 1686. Murió a la edad de setenta y seis, muy respetado por sus virtudes y admirado por su genio, pero en la pobreza con que el genio y la virtud se

pagan tan a menudo.

Los diferentes poemas de Solís fueron recopilados y publicados unos pocos años después de su muerte en un cuarto volumen; que ha sido reimpresso desde entonces. Pero su gran trabajo, aquel sobre el que descansará para siempre su fama, es su *Conquista de Méjico*. A pesar de que el campo de la historia había sido ocupado por tantos eminentes eruditos españoles, Solís todavía tenía un nuevo camino que abrir. Sus predecesores, con todos sus méritos, habían mostrado una extraña ignorancia de los principios del arte. Habían contemplado la escritura histórica no como un trabajo de arte, sino como una ciencia. Se habían acercado a ella desde ese lado únicamente y, por tanto, la habían separado de su legítima conexión con las bellas letras. Tan sólo habían pensado en lo útil y nada en lo bello, se habían dedicado al trabajo de instruir, no al de dar placer, al hombre de letras que estudia para acumular conocimiento, no al hombre ocioso que busca en los libros solaz y recreo. Tales escritores nunca están en las manos de muchos, ni siquiera dentro de los hombres cultos. Están condenados a la librería del estudiante, que trabaja duramente en pos de la verdad y se fija poco en la basta cubierta bajo la que pueda estar tapada. Algunos de los más distinguidos historiadores nacionales, como por ejemplo Herrera y Zurita, dos de los más grandes nombres de Castilla y Aragón, caen bajo esta censura. Despliegan agudeza, fuerza de argumentación, juicio crítico, maravillosa paciencia y diligencia en la acumulación de detalles para sus variadas y voluminosas compilaciones, pero en todas las gracias de la composición, en la elegancia de estilo, la construcción hábil de la historia y la selección de los incidentes, son lamentablemente deficientes. Con todos sus altos méritos considerados intelectualmente, tienen tantas carencias en lo concerniente al arte que no pueden ser populares ni reverenciados como

clásicos por la nación.

Solís entendió que sus predecesores no se habían apropiado de este campo y tuvo la habilidad de aprovecharse de ello. En lugar de extenderse sobre un amplio tema, en el que debería gastar sus esfuerzos en frías y estériles generalidades, fijó su atención en un gran tema (un tema que, por sus pintorescas circunstancias, los incidentes románticos de la historia, el carácter aventurero de sus protagonistas y sus hazañas, se asociaba con más de un orgulloso y patriótico sentimiento en los pechos de los españoles), un tema, en breve, que, debido al brillante contraste que proporcionaba de civilización europea con los esplendores bárbaros de una dinastía india, estaba especialmente dotado para la encendida imaginación del poeta. Por tanto, fue bajo este prisma poético como lo estudió la mirada de Solís. Distribuyó todo el tema con admirable habilidad, manteniendo las partes subordinadas por debajo y destacando lo más importante y mediante un cuidadoso estudio de sus proporciones dotó al conjunto de una admirable simetría. En lugar de desconcertar la atención con variedad de objetos, presentaba una idea grande y predominante, que esparcía su luz, si se puede decir así, sobre todo el trabajo. En lugar de los numerosos episodios, que llevaban como pasillos sin salida a la nada, guiaba al estudiante a través de una gran carretera que le conducía directo hacia el objetivo. Con cada paso que damos en la narración, nos sentimos avanzando. La historia nunca titubea o se queda quieta. Se mantiene esa admirable *liason** de las partes, por la que una parte se apoya en otra y cada acontecimiento precedente prepara el camino por el que debe continuar. Incluso aquellas interrupciones ocasionales, el gran escollo del historiador, que no puede evitar debido a la importante relevancia que los sucesos que las causan tienen en la historia, se manejan con tanta destreza que,

aunque el interés se queda en suspenso, nunca se pierde. Tales lugares de parada en realidad están realizados de tal manera que proporcionan un descanso bienvenido después de las conmovedoras escenas en las que estaba zambullido el lector durante largo tiempo, igual que el viajero exhausto por las fatigas de su viaje, encuentra descanso en lugares que por sí mismos son poco recomendables.

El trabajo llevado a cabo de esa manera proporciona el interés de un gran espectáculo, de un drama bien ordenado, en el que una escena sucede a otra, un acto a otro acto, cada uno abriendo y preparando la mente para el que sigue, hasta que el conjunto se consuma con un gran y decisivo *dénouement**. Con este *dénouement*, la caída de México, Solís cerró su historia, prefiriendo dejar la impresión completa e inalterada en la mente del lector, antes que debilitarla alargando la narración hasta la muerte del conquistador. En esto realmente logró el efecto.

Solís puso el mismo cuidado en el estilo que el que mostró en la estructura de la historia. Está elaborada con el mayor arte y despliega esa variada belleza y brillo que nos recuerda a los abigarrados y bellos bosques, que, bajo un gran lustre, despliegan todos los ricos tonos que hay bajo la superficie. Sin embargo, este estilo no encuentra gran favor entre los críticos extranjeros, que tienden a considerarlo tímido, artificial y ampuloso. Pero hay que ver cómo el crítico extranjero interpreta el estilo, esa impalpable esencia que rodea el pensamiento como si fuera una atmósfera, dándole su vida y un peculiar tono de color, distinta en las diferentes naciones, como las atmósferas que envuelven los diferentes planetas de nuestro sistema y que requieren ser comprendidas, para poder interpretar el carácter de los objetos que se ven a través de ellas. Nadie más que el nativo puede pronunciarse con confianza sobre el estilo, influenciado como está por asociaciones locales que

determinan su propiedad y su elegancia. En el juicio de eminentes críticos españoles, el estilo de Solís reclama los méritos de la perspicuidad, abundancia y la elegancia clásica. Ni siquiera el extranjero será insensible a su poder de transmitir una imagen vívida a la vista. Las palabras son los colores del escritor y Solís las usa con la habilidad de un artista consumado, desplegando el oscuro tumulto de la batalla, descansando la mente con escenas de tranquila magnificencia o de indulgente lujo y reposo.

Solís se formó, hasta cierto punto, sobre los modelos históricos de la antigüedad. Puso en boca de sus personajes discursos de ocasión, discursos de su propia composición. La práctica puede reclamar altas autoridades tanto entre los historiadores modernos como entre los antiguos, especialmente entre los grandes historiadores italianos. Tiene sus ventajas, al permitir al escritor transmitir de forma dramática los sentimientos de los protagonistas y de esa manera mantener el encanto de la ilusión histórica al no introducir nunca la figura del historiador. También tiene otra ventaja, la de exhibir los propios sentimientos del autor bajo la cubierta de los de su héroe, un modo más efectivo que si fueran introducidos como propios. Pero para alguien educado en la escuela de los grandes historiadores ingleses, la práctica tiene algo de insatisfactorio y desagradable. Hay en ella algo parecido a la decepción. El lector es incapaz de determinar cuáles son los sentimientos de los personajes y cuáles los del autor. La historia toma un aire de romance y el desconcertado estudiante vagabundea por ella bajo una luz incierta, dudando si pisa sobre el hecho o la ficción.

Está abierto a otra objeción, cuando, como a menudo ocurre, viola la propiedad en la caracterización. No hay nada más difícil que mantener la armonía de la obra, cuando lo nuevo se pone sobre lo viejo, la imitación de la antigüedad en la misma antigüedad. Las declamaciones de Solís son muy

valiosas como ejemplares de elocuencia. Pero demasiado a menudo están fuera de lugar, y los rudos personajes, en cuyas bocas los pone, tienen tan pocas posibilidades de haberlo dicho, como los héroes romanos de tener una peluca de moda y una espada, con las que se pavoneaban en el teatro en la época de Luis XIV.

En cuanto al valor de las investigaciones de Solís en la compilación de su trabajo, no es fácil pronunciarse, porque las páginas no están apoyadas por ninguna de las notas y referencias que nos permiten seguir el rastro que va del autor moderno hasta la cantera de donde sacó sus materiales. No era el uso de la época. La gente de esa época, y de hecho de tiempos precedentes, se contentaba con tomar la palabra del autor sobre los hechos. No exigían por qué afirmaba una cosa o dudaba de otra, si construyó su historia sobre la autoridad de un amigo o de un enemigo, de un escritor de buena reputación o de mala. En breves palabras, no demandaban una razón para creerlo. Se contentaban con fiarse. Esto era muy cómodo para el historiador. Le ahorra un enorme trabajo en el proceso y le libra de la detección de un error, o al menos de negligencia. Lo evitaba con todo aquel que no le acompañara escrupulosamente por el mismo terreno. Los que tengan posibilidad de hacer esto con Solís probablemente saldrán del examen con una idea poco favorable de sus investigaciones, encontrarán que, aunque su situación le daba acceso a los más valiosos depósitos en el reino, raramente llega a documentos originales, sino que se contenta con los más obvios y accesibles, que raramente discrimina entre un testimonio contemporáneo y uno de fechas posteriores, en una palabra que en todo lo relacionado con el valor científico de la historia queda por debajo de su docto predecesor Herrera a pesar de lo rápida que fue la composición de este último.

Otra objeción que se le puede hacer a Solís es su

intolerancia o, mejor dicho, su fanatismo. Este defecto, tan repugnante para el espíritu filosófico que debería presidir las labores del historiador, lo compartía, ciertamente, con muchos de sus compatriotas. Pero en él alcanzaba una cota poco común; lo que es especialmente desafortunado, ya que al ser el tema, la lucha entre el cristiano y el infiel, naturalmente sacó a relucir este defecto en toda su amplitud. En lugar de contemplar al ignorante pagano con la habitual dosis de aversión con la que era contemplado en la península, después de la dominación de Granada, él les consideraba como parte de una gran confederación de Satán, no sólo respirando el espíritu y actuando bajo la invisible influencia del príncipe de las tinieblas, sino manteniéndose en comunicación personal con él, parece haberlos contemplado, en pocas palabras, como su ejército regular y organizado. Desde este punto de vista, cualquier acto del desgraciado enemigo era un delito. Incluso los buenos actos eran malinterpretados o remitidos a malvados motivos, ya que, ¿cómo podía originarse algo bueno con el espíritu del mal? No es necesario ofrecer más prueba de los resultados de esta manera de pensar, que la que proporciona el desfavorecido e infundado retrato que nos deja el historiador de Montezuma, incluso en su momento de agonía. La guerra de conquista era, en definitiva, a los ojos del historiador, un conflicto entre la luz y la oscuridad, entre el principio del bien y el principio del mal, entre los soldados de Satán y la caballería de la cruz. Era una guerra santa, en la que la santidad de la causa cubría los pecados de los conquistadores y todos, hasta el más ínfimo de los soldados que cayeron en ella, podían aspirar a la corona de mártir. Con unas simpatías tan monopolizadas, ¿qué espacio quedaba para el criticismo imparcial que es la vida de la historia?

La soberbia parcialidad del historiador hacia los

conquistadores es aumentada por la de los sentimientos de patriotismo, un patriotismo bastardo, que identifica la propia gloria del escritor con la de sus compatriotas, le hace ciego a sus errores. Esta parcialidad es especialmente evidente con Cortés, el héroe de la obra. Las luces y sombras del retrato están todas dispuestas en relación con su principal personaje. Lo bueno pasa ostentosamente ante nuestros ojos, mientras que lo malo desaparece de la vista. Solís no se detiene aquí, sino que con el lustre artístico que hace que la peor parezca la mejor causa, nos pide que admiremos a su héroe a veces por sus mismas transgresiones. Nadie, ni siquiera el mismo Gómara, elogia eso del gran conquistador y, cuando sus puntos de vista se contradicen con las afirmaciones del honesto Díaz, Solís siempre encuentra un motivo para discrepar, con algún siniestro propósito del veterano. Sabe más de Cortés, sobre sus acciones y motivos, que su compañero de armas o su admirador capellán.

De esta manera Solís ha presentado una bella imagen de su héroe, pero es un héroe de novela, un personaje sin un defecto. Un eminente crítico castellano le ha elogiado por «haber realizado su historia con tanto arte que se ha convertido en un panegírico». Esto puede ser cierto, pero si una historia es un panegírico, entonces no es historia.

Sin embargo, aun con todos estos defectos, cuya existencia ningún crítico cándido estará dispuesto a negar, el historiador Solís ha encontrado tanto favor entre sus compatriotas, que ha sido impreso y reimpresso con todos los refinamientos del lujo editorial. Ha sido traducido a las principales lenguas de Europa y es tal el encanto de su composición y su exquisito acabado como obra de arte, que será con toda seguridad tan imperecedero como la lengua en la que está escrito o el recuerdo de los hechos que relata.

En este momento también debemos abandonar al padre Sahagún, que nos ha acompañado a través de toda la

narración. Como su información fue recopilada a partir de las tradiciones de los nativos, los contemporáneos de la conquista, ha sido de considerable importancia a la hora de corroborar o contradecir las afirmaciones de los conquistadores. Sin embargo, su valor a este respecto queda muy perjudicado por el salvaje y aleatorio carácter de muchas de las tradiciones aztecas, tan absurdas como para llevar sus propias refutaciones con ellas. Cuando las pasiones se alistan, ¿qué es demasiado absurdo como para darle crédito?

El Libro duodécimo, como parece por su prefacio, el noveno libro originalmente, de esta *Historia de la Nueva España* está dedicado a la narración de la conquista. En 1585, treinta años después de la primera versión, rescribió esta parte de su gran trabajo, movido a ello como nos cuenta «por el deseo de corregir los defectos de la primera narración, en la que algunas cosas se habían introducido que mejor era omitir y otras cosas omitidas que merecían ser escritas»*. Puede suponerse que el oprobio que el misionero había atraído sobre su cabeza por su honesta relación de las tradiciones aztecas le hiciera más circunspecto en este *rifacimento** de su anterior narración. Pero no es esto lo que he encontrado, ni tampoco que hubiera ningún esfuerzo para mitigar las afirmaciones que golpeaban más duramente sobre sus compatriotas. Como esta copia manuscrita debe haber sido la que el mismo autor creyó más correcta, ya que es su última revisión y es más copiosa que la narración impresa, me he guiado en general por ella.

El señor de Bustamante se equivoca al suponer que la edición de este duodécimo libro, que publicó en México, en 1829, es de la copia *reformada* de Sahagún. El manuscrito citado en estas páginas es indudablemente una trascripción de esa copia. Ya que en el prefacio de la misma, como hemos visto, el propio autor lo declara. En el valor intrínseco de las

dos versiones hay, después de todo, poca diferencia.

Notas al pie

¹⁸⁹ «Estaban los tristes Mejicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos contra los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del Sol, y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 39.

¹⁹⁰ Torquemada obtuvo la anécdota de un sobrino de una de las matronas indias, en aquel entonces ella misma muy vieja. *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 102.

¹⁹¹ *Ibid.*, ubi supra. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

¹⁹² «De los niños, no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comían (que era una gran lástima de ver, y mayormente de sufrir)» (Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 39). El historiador obtuvo sus relatos de los mismos mexicanos poco después de que pasaran. Uno recuerda las terribles denuncias de Moisés: «La más delicada y tierna de las mujeres de tu pueblo, la que no habría osado posar en tierra la planta de su pie, mirará con malos ojos al hombre que se acostaba en su seno, y a su hijo y a su hija, y a la placenta que sale entre sus piernas y a los hijos que dé a luz, pues los comerá a escondidas, por la falta de todo, en el asedio y la angustia a que te reducirá tu enemigo en tus ciudades», *Deuteronomio*, cap. 28, vs. 56, 57.

¹⁹³ «No podíamos andar sino entre cuerpos, y cabeças de Indios muertos», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

¹⁹⁴ «No tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 291.

¹⁹⁵ Bernal Díaz, *ibid.*, ubi supra. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 41. Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito, cap. 28.

¹⁹⁶ «Un torbellino de fuego como sangre embuelto en brasas y en centellas, que partía de hacia Tepeacac (que es donde está ahora Santa María de Guadalupe) y fué haciendo gran ruido, hacia donde estaban acorralados los Mejicanos y Tlatilulcanos; y dió una vuelta para enrededor de ellos, y no dicen si los empeció algo, sino que habiendo dado aquella vuelta, se entró por la laguna adelante; y allí desapareció», Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 40.

¹⁹⁷ «Inclinatis ad credendum animis» dice el filósofo historiador romano, «loco omnium etiam fortuita», Tácito, *Hist.*, lib. 2, sec. I.

¹⁹⁸ «Y como lo llevaron delante de Guatimucin su Señor, y él le comenzó a hablar sobre la Paz, dizque luego lo mandó matar y sacrificar», *Relación Tercera de*

Cortés, ap. Lorenzana, p. 293.

¹⁹⁹ «Que puyes ellos me tenían por Hijo del Sol, y el Sol en tanta brevedad como era en un día y una noche daba la vuelta á todo el Mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar, y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir, y irse al Cielo para su Ochilobus, [Huitzilopochtli,] que los estaba esperando para descansar», *ibid.*, p. 292.

²⁰⁰ «Y yo les torné á repetir, que no sabia la causa, porque él se recelaba venir ante mí, pues veía que á ellos, que yo sabia q habían sido los causadores principales de la Guerra, y que la habían sustentado, les hacía buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba, que le tornassen á hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia, y yo lo hacai por su provecho», *ibid.*, pp. 294, 295.

²⁰¹ El testimonio es de lo más enfático e inequívoco ante estos esfuerzos repetidos por parte de Cortés de pactar pacíficamente con los aztecas. Además de su propia carta al emperador, véase Bernal Díaz, cap. 155. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, lib. 2, caps. 6, 7. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 100. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 44-48. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, caps. 29, 30.

²⁰² «Corrian Arroios de Sangre por las Calles, como pueden corres de Agua, quando llueve, y con ímpetu, y fuerça», Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 103.

²⁰³ «Eran tanta la grita, y lloro de los Niños, y Mugerres, que no había Persona, á quien no quebrantasse el corazon» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 296). Era una raza impetuosa y obstinada, exclama su reverendo editor, el arzobispo, con un caritativo comentario: «Gens durae cervicis. Gens absque consilio». Nota.

²⁰⁴ «Como la gente de la Cibdad se salía á nuestros había el general proveido, que por todas las calles estuviesen Españoles para estorbar á los amigos, que no matasen aquellos tristes, que eran sin número. É tambien dixo á todos los amigos capitanes, que no consintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salian», Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 30.

²⁰⁵ «La qual crueldad nunca en Generacion tan recia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los Naturales de estas partes», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 296.

²⁰⁶ *Ibid.*, *ubi supra*. Ixtlilxochitl dice que 50.000 fueron asesinados y cayeron en esta terrible masacre. *Venida de los Españoles*, p. 48.

²⁰⁷ «Adonde estauan retraídos el Guatemuz con toda la flor de sus Capitanes, y personas mas nobles que en México auia, y le mandó que no matasse, ni hiriesse á ningunos Indios, saluo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiesse», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la*

Nueva España, cap. 156.

²⁰⁸ «Y al fin me dijo, que en ninguna manera el Señor vernia ante mi; y antes queria por allá morir, y que á él pesaba mucho de esto, que hiciesse yo lo que quisiese; y como ví en esto su determinacion, yo le dije; que se bolviesse á los supos, y que él, y ellos se aparejassen, porque los queria combatir, y acabar de matar, y así se fue», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 298.

²⁰⁹ Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 48. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 7. *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 297, 298. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 142.

²¹⁰ Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, p. 49.

«No me tiren, que yo soy el Rey de México, y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues á mi muger, ni á mis hijos; ni á ninguna muger, ni á ninguna cosa de lo que aquí traygo, sino que me tomes á mí, y me lleues á Malinche» (Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156). M. de Humboldt se ha tomado muchos esfuerzos por identificar el lugar de la captura de Guatemozin, que ahora es tierra seca, lo que considera que sucedió en algún sitio entre la Garita del Peralvillo, la plaza de Santiago de Tlatelolco y el puente de Amaxac. *Essai Politique*, tom. II, p. 76.

²¹¹ Para el anterior relato sobre la captura de Guatemozin, contado con pequeñas discrepancias, aunque con más o menos detalle por los diferentes escritores, véase Bernal Díaz, *ibid.*, *ubi supra*, *Relación Tercera de Cortés*, p. 299. Gonzalo de las Casas, *Defensa*, manuscrito. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 30. Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 101.

²¹² El general, según Díaz, reprendió a sus oficiales por una discusión tan a destiempo, recordándoles los funestos efectos de una disputa similar entre Marius y Sylla, con respecto a Jugurtha (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156). Este ejemplo de pedantería tiene todo el sabor de deberse más al viejo cronista que a su comandante. El resultado final (no del todo extraño en estos casos) fue que el emperador no concedió a ninguna de las partes, sino a Cortés, el derecho exclusivo de conmemorar la captura de Guatemozin, poniendo su cabeza, junto con las de otros siete príncipes cautivos, en los extremos de su escudo.

²¹³ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 12, cap. 40, manuscrito.

²¹⁴ Para un retrato de Guatemozin tomo prestado de nuevo la leal pluma de Díaz, que le conoció bien, al menos su persona. «Guatemoz era de muy gentil disposición, assí de cuerpo, como de fayciones, y la cata algo larga, y alegre, y los ojos mas parecian que quando miraua, que era con grauedad, y halagüeños, y no auia falta en ellos, y era de edad de veinte y tres, ó veinte y quatro años, y el color

tiraua mas á blanco, que al color, y matiz de essotros Indios morenos», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

²¹⁵ «Llegóse á mi, y díjome en su lengua: que ya él habia hecho todo, lo que de su parte era obligado para defenderse á sí, y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiesse de él lo que yo quisiesse; y puso la mano en un puñal, que yo tenia diciéndome, que le diesse de puñaladas, y le matasse» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 300). Este notable relato por el mismo conquistador es confirmado por Díaz, que no parece haber visto la carta de su comandante. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

²¹⁶ *Ibid.*, cap. 156. También Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 48. Mártir (*De Orbe Novo*, dec. 5, cap. 8), quien, con el epíteto de magnánimo rey testifica la admiración que el altivo espíritu de Guatemozin provocó en la Corte de Castilla.

²¹⁷ La ceremonia matrimonial, que distinguía a la «esposa legítima» de la concubina, es descrita por don Thoan Cano, en su conversación con Oviedo. Según esto, parece ser que los únicos herederos legítimos que dejó Montezuma a su muerte fueron un hijo y una hija, esta misma princesa.

²¹⁸ Para más información sobre la hija de Montezuma, véase el libro VII, capítulo III, de esta Historia.

²¹⁹ El acontecimiento se conmemora anualmente o mejor dicho se conmemoraba bajo el gobierno colonial, con una solemne procesión alrededor de las murallas de la ciudad. Tenía lugar el 13 de agosto, el aniversario de la rendición, y la componían los principales caballeros y ciudadanos a caballo encabezados por el Virrey y desplegando el venerable estandarte del conquistador.

²²⁰ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 42. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

«Una vez que se hubo rendido el señor de México», dice Cortés, en su carta al emperador, «la guerra, por bendición del cielo, llegó a su fin el miércoles 13 de agosto de 1521. De tal manera que desde que plantamos por primera vez pie frente a la capital que fue el 30 de mayo hasta su final ocupación, pasaron setenta y cinco días» (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 300). No es fácil decir cuál fue el acontecimiento que sucedió el 30 de mayo para establecer el comienzo del asedio. Clavijero considera que fue la ocupación de Coyoacán por Olid (*Storia Antica del Messico*, tom. III, p. 196). Pero no sé en qué autoridad se basa. Ni Bernal Díaz, ni Herrera, ni Cortés establecen esa fecha. Realmente, Clavijero dice que Alvarado y Olid abandonaron Texcoco el 20 de mayo, mientras que Cortés dice que fue el 10 de mayo. Quizá, Cortés fecha a partir del momento en que Sandoval se establece en la calzada norte y cuando comenzó el asedio completo de la ciudad. Bernal Díaz, más de una vez dice que el asedio duró tres meses, contando probablemente a partir del momento en que su propia división a las órdenes de Alvarado tomó su posición en Tacuba.

²²¹ Aparentemente, no pareció disturbar el sueño de las tropas, que habían quedado tan ensordecidas por el incesante ruido del asedio que ahora que éstos habían cesado, «nos sentíamos», dice Díaz, en su estilo casero, «como hombres que habían escapado súbitamente de un campanario, donde habían estado encerrados por meses con un repique de campanas sonando en nuestros oídos», *ibid.*, *ubi supra*.

²²² Herrera (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 7) y Torquemada (*Monarchia Indiana*, lib. 4, cap. 101) estiman que eran 30.000. Ixtlilxochitl dice que 60.000 guerreros entregaron sus armas (*Venida de los Españoles*, p. 49) y Oviedo aumenta la cifra todavía más hasta 70.000 (*Historia de las Indias Occidentales*, lib. 33, cap. 48). Después de las pérdidas del asedio, estos números son sorprendentes.

²²³ «Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calçadas llenas de Indios é Indias, y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dexauan de salir, y tan flacos, y suzios, é amarillos, é hediondos, que era lástima de los ver», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.

²²⁴ Cortés estima las bajas del enemigo en los diferentes ataques en 67.000, que junto con los 50.000 que reconoce como muertos por el hambre y la enfermedad darían un total de 117.000 (*Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 298, *et alibi*). Pero esto excluye a los que cayeron con anterioridad al vigoroso plan de demolición de la ciudad. Ixtlilxochitl, que raras veces permite que nadie le gane en cifras, sitúa los muertos en números redondos en 240.000, incluyendo la flor y nata de la nobleza azteca (*Venida de los Esp.*, p. 51). Bernal Díaz observa más generalmente: «He leído la historia de la destrucción de Jerusalem, pero dudo si hubo allí tanta mortandad como en el asedio, porque allí estaba reunido en la ciudad un inmenso número de guerreros indios de todas las provincias y ciudades súbditos de México, la mayoría de los cuales perecieron» (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156). «He conversado», dice Oviedo, «con muchos hidalgos y otras personas y les he oído decir que el número de muertos fue incalculable, mayor que el de Jerusalem como lo describe Josephus» (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 30, cap. 30). Como la estimación del historiador judío asciende a 1.100.000 (*Antiquities of the Jews*, traducción inglesa, book VII, cap. XVII), la comparación puede sorprender a la fe más complaciente. Sería más seguro prescindir de la aritmética, donde los datos son demasiado vagos y resbaladizos como para permitir una base para llegar a la verdad.

²²⁵ *Ibid.*, *ubi supra*.

²²⁶ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 301.

Oviedo da algunos detalles más en relación con la cantidad del tesoro y concretamente sobre el quinto real, a los que ya tendré ocasión de referirme más adelante. *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap 31.

²²⁷ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 2, cap. 8.

Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 156.
Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, manuscrito, lib. 12, cap. 42.
Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 30.
Ixtlilxochitl, *Venida de los Españoles*, pp. 51, 52.

²²⁸ Nadie ha vertido este oprobio con mano tan generosa sobre las cabezas de los conquistadores como sus propios descendientes, los modernos mexicanos. El editor de Ixtlilxochitl, Bustamante, concluye una animada invectiva contra los invasores recomendando que se elevara un monumento en el lugar, ahora tierra firme, donde se apresó a Guatemozín, que como sugería la misma inscripción debería «dedicarse a la execración eterna de la memoria de estos bandidos» (*Venida de los Españoles*, p. 52, nota). Uno supondría que por las venas del indignado editor y sus compatriotas corre sangre pura azteca, sin mácula de sangre castellana o al menos, que sus simpatías por la raza conquistada le hacían ansioso por reinstaurar sus antiguos derechos. A pesar de estas explosiones de generosa indignación que, sin embargo, sazonan abundantemente los escritos de los mexicanos de nuestros días, no comprobamos que la Revolución o cualquiera de la numerosa camada de *pronunciamientos* haya tenido como resultado la devolución de un acre de su antiguo territorio.

* «En el libro nono, donde se trata esta Conquista, se hicieron ciertos defectos; y fué, que algunas cosas se pusieron en la narración de este Conquista que fueron mal puestas; y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa, este año de mil quinientos ochenta y cinco, enmende este Libro», manuscrito.

* - En italiano en el original. (N. del T.)

LIBRO VII

Conclusión. Posterior carrera de Cortés

Capítulo I

Tortura de Guatemozin. Rendición del país. Reconstrucción de la capital. Misión a Castilla. Quejas contra Cortés. Se ve confirmado en su autoridad. 1521-1522

La historia de la conquista de México termina con la rendición de la capital. Pero la historia de la conquista está tan íntimamente fundida con la del extraordinario hombre que la realizó, que parecería una carencia de la narración si no se continuara hasta el final de su carrera personal. Esta parte del tema ha sido muy mal tratada por los escritores precedentes. Me aprovecharé, por tanto, de los materiales originales que obran en mi poder, para dar un breve boceto de la brillante, aunque accidentada, fortuna que marcó la posterior carrera de Cortés.

La primera efervescencia del triunfo fue seguida en el ejército, por sentimientos muy distintos, a medida que contemplaban los escasos tesoros que sacaban de la ciudad conquistada y a medida que rumiaban sobre la inadecuada compensación que recibirían por todos sus esfuerzos y sufrimientos. Algunos de los soldados de Narváez, con sentimientos de amarga decepción, se negaron por completo a aceptar su parte. Algunos murmuraron de forma audible contra el general y otros contra Guatemozin, quien dijeron que podía revelar, si quisiera, el lugar donde estaban escondidos los tesoros. Los blancos muros de los barracones se cubrieron con epigramas y sátiras a modo de pasquines dirigidas hacia Cortés, a quien acusaban de tomar «un quinto como botín del Comandante en jefe y otro como

rey». Como Guatemozin se negó a hacer ninguna revelación con relación al tesoro o bien dijo que no había ninguna que hacer, los soldados insistieron en voz alta en torturarlo. Pero Cortés no estaba preparado para este acto de violencia, tan contrario a la promesa de protección que acababa de hacer al príncipe indio, y se resistió ante la demanda, hasta que los hombres, instigados, según se dice, por el tesorero real, Alderete, acusaron al general de entenderse en secreto con Guatemozin y de planear un fraude a los soberanos españoles y a ellos mismos. Estas inmerecidas provocaciones azuzaron a Cortés, y en mala hora entregó al príncipe azteca a manos de sus enemigos para que dispusieran de él a placer.

Pero el héroe que había enfrentado la muerte en sus más terribles formas no iba a ser intimidado por el sufrimiento corporal. Cuando su compañero, el cacique de Tacuba, que fue torturado junto a él, testificó su angustia con sus gruñidos, Guatemozin le reprendió fríamente exclamando, «¿te piensas pues que yo estoy disfrutando de mi baño!»¹. Finalmente, Cortés, avergonzado por el abyecto papel que se veía obligado a representar, rescató al príncipe azteca de sus torturadores antes de que fuera demasiado tarde para éste, aunque no lo suficiente para su propio honor, que había dejado manchar de forma indeleble por su tratamiento al prisionero real.

Todo lo que se le pudo sacar a Guatemozin en la extremidad de sus sufrimientos fue la confesión de que gran parte del oro había sido arrojado al lago. Pero, aunque se emplearon los mejores buceadores bajo la inspección del mismo Cortés para buscar en el lodoso fondo del lago, tan sólo se sacaron unos pocos objetos de poco valor. Tuvieron más suerte al buscar en el estanque de los jardines de Guatemozin, donde se descubrió un sol, como lo llaman, probablemente una de las ruedas de calendario azteca, hecho de oro puro de gran tamaño y grosor. El cacique de Tacuba

había confesado que una parte del tesoro se había enterrado en la tierra de una de sus propias villas. Pero cuando los españoles le llevaron al lugar, alegó que «su único motivo para decirlo era la esperanza de morir por el camino». Los soldados, defraudados en sus expectativas, con el habitual capricho de una muchedumbre licenciosa, cambiaron en este momento su tono y acusaron abiertamente a su comandante de crueldad hacia su prisionero. La acusación era bien merecida, pero no viniendo de ellos².

Las noticias de la caída de México fueron llevadas por el viento a través de toda la meseta y descendieron por las anchas pendientes de las cordilleras. Aparecieron muchos enviados de las remotas tribus indias, ansiosos de saber la verdad de las increíbles noticias y contemplar con sus propios ojos las ruinas de la detestada ciudad. Entre éstos estaban los embajadores del reino de Michoacán, un poderoso e independiente estado, habitado por una de las razas hermanas náhuatl y que se encontraba situado entre el valle de México y el Pacífico. La embajada pronto fue seguida por el rey del país en persona, que vino con gran séquito hasta los cuarteles castellanos. Cortés le recibió con igual pompa, asombrándole con las brillantes maniobras de la caballería y los truenos de su artillería y le escoltó en uno de los bergantines mientras rodeaban la caída ciudad, cuyos conjuntos de palacios y templos en llamas eran todo lo que ahora quedaba de la temible capital del Anáhuac. El monarca indio contempló en silencioso sobrecogimiento la escena de desolación y con entusiasmo imploró la protección de los seres invencibles que la habían causado³. Su ejemplo fue seguido por los embajadores de las remotas regiones que nunca habían tenido relación con los españoles. Cortés, que veía las fronteras de su imperio extenderse de esa forma, se aprovechó de la favorable disposición de los nativos para determinar los productos y recursos de los diferentes países.

Dos pequeños destacamentos fueron enviados a la amiga ciudad de Michoacán, a través de cuyo territorio pasaron hasta las fronteras del gran océano del sur. Ningún europeo había descendido por sus orillas tan al norte del ecuador. Los españoles avanzaron con entusiasmo en sus aguas, erigiendo una cruz en su arenosa orilla y tomaron posesión de ellas con todas las habituales formalidades en nombre de sus católicas majestades. A su regreso visitaron algunos de los ricos distritos más al norte, célebres a partir de entonces por sus tesoros minerales y trajeron de regreso ejemplares de oro y perlas californianas, junto con un relato de su descubrimiento del océano. La imaginación de Cortés se encendió y su alma se llenó de ilusión ante las espléndidas perspectivas que sus descubrimientos habían abierto. «Lo que más me alegra», escribe al emperador, «son las noticias que me han traído del gran océano. Ya que en él, como nos informan los cosmógrafos y los eruditos que saben más sobre las indias, están desperdigadas las ricas islas repletas de oro y especias y piedras preciosas»⁴. Inmediatamente buscó un lugar propicio para establecer una colonia en las orillas del Pacífico e hizo los arreglos necesarios para la construcción de cuatro barcos para explorar los misterios de estos mares desconocidos. Esto fue el comienzo de sus nobles empresas para el descubrimiento del golfo de California.

Aunque la mayor parte del Anáhuac, intimidada por los éxitos de los españoles, había ofrecido su alianza, había algunos que mostraban una disposición menos sumisa. Cortés envió inmediatamente fuertes destacamentos bajo los órdenes de Sandoval y Alvarado para reducir al enemigo y establecer colonias en las provincias conquistadas. Los coloristas informes que Alvarado, que tenía un rápido olfato para el oro, envió de la riqueza mineral de Oaxaca, provocaron sin duda que Cortés seleccionara esta región

como su dominio particular.

El comandante en jefe con su pequeña banda de españoles, que ahora reclutaba diariamente refuerzos de las islas, todavía ocupaba las estancias de Coyoacán, que habían tomado al terminar el asedio. Cortés no decidió inmediatamente en qué parte del valle establecería la nueva capital que debía ocupar el lugar de la antigua Tenochtitlan. La situación de ésta, rodeada por agua y expuesta a ocasionales inundaciones, tenía algunas desventajas obvias. Pero no cabía duda de que la nueva ciudad debía construirse en algún lugar de la elevada y central meseta del valle, al que tanto los españoles como los indios consideraban como la cabeza del imperio colonial de España. Finalmente, decidió mantener el sitio de la antigua ciudad, llevado a ello, según dice, «por su pasado renombre y la memoria», nada envidiable con seguridad, «que se tenía de ella entre las naciones», y comenzó los preparativos para la reconstrucción de la capital en una escala de magnificencia que debería, según sus propias palabras, «evarla al nivel de reina de las provincias circundantes, de la misma manera que lo había sido antaño»⁵.

El trabajo lo debía realizar la población india, sacada de todos los rincones del valle, incluyendo a los propios mexicanos, muchos de los cuales todavía vagabundeaban por los alrededores de su antigua morada. Al principio mostraban cierta reticencia e incluso síntomas de hostilidad, cuando sus conquistadores les convocaban a este humillante trabajo. Pero Cortés tuvo la habilidad de atraer hacia sus intereses a algunos de los principales jefes y bajo su autoridad y dirección se llevó a cabo el trabajo de sus compatriotas. Los profundos bosquecillos del valle y los bosques de sus colinas circundantes proporcionaron cedros, cipreses y otras maderas nobles, para el interior de los edificios, y las canteras de *tetzontli* y las ruinas de los

antiguos edificios proporcionaron abundante piedra. Como los aztecas no empleaban bestias de carga, se hizo necesario un inmenso número de manos para el trabajo. Se empleó en las obras a todos los que estaban bajo el control directo de Cortés. El lugar, hasta hacía tan poco tiempo desierto, bullía con multitudes de indios de diferentes tribus y con europeos, estos últimos dirigiendo mientras que los otros trabajaban. La profecía de los aztecas se había cumplido⁶. Y el trabajo de reconstrucción siguió adelante con una rapidez como la mostrada por un déspota asiático que concentra a la población de un imperio para la construcción de una capital propicia⁷.

Sin embargo, la situación de Cortés, a pesar del éxito de sus ejércitos, provocaba más causas de preocupación. No había recibido una palabra de ánimo de casa, de hecho ni una palabra, ni de ánimo ni de censura. Todavía era un tema de dolorosa incertidumbre de qué forma consideraría el gobierno de la nación su irregular actuación. Ahora preparaba otra carta al emperador, la tercera en las series publicadas, escrita en el mismo estilo sencillo y enérgico que ha dado derecho a que sus Comentarios, como se pueden llamar, se compararan con los de César. Está fechada en Coyoacán, el 15 de mayo de 1522, y en ella recapituló los sucesos del último asedio de la capital y sus posteriores operaciones, acompañados por muchas sagaces reflexiones, como de costumbre, sobre el carácter y los recursos del país. Con esta carta se propuso enviar el quinto real de los expolios de México y una rica colección de artefactos, especialmente de oro y joyas trabajados en formas raras e imaginativas. Una de estas joyas era una esmeralda cortada en forma piramidal de tamaño tan extraordinario que la base era tan ancha como la palma de la mano⁸. La colección se aumentó con ejemplares de muchos productos naturales, así como de animales típicos del país.

El ejército escribió una carta para acompañar a la de Cortés, en la que se extendían sobre sus diversos servicios e imploraban al emperador que ratificara sus acciones y le confirmara en su actual autoridad. La importante misión fue encomendada a dos de los oficiales de confianza del general, Quiñones y Ávila. Demostró ser desafortunado. Los agentes tocaron en las Azores, donde Quiñones perdió la vida en una pelea. Ávila, reanudando el viaje, fue capturado por un corsario francés y los ricos tesoros de los aztecas fueron a parar al tesoro de su muy cristiana majestad. Francisco I contempló con comprensible envidia los tesoros que su imperial rival obtenía de sus dominios coloniales e insinuó expresando malhumorado el deseo de «ver la cláusula en el testamento de Adán que otorgaba a sus hermanos de Castilla y Portugal el derecho de dividirse el nuevo mundo entre ellos». Ávila encontró la manera, a través de manos privadas, de transmitir las cartas, la parte más importante de su cargamento, a España, donde alcanzaron la Corte sanas y salvas⁹.

Mientras esto sucedía, las cosas en España tomaban un giro desfavorable para Cortés. Puede parecer extraño que las brillantes hazañas del conquistador de México atrajeran tan poco interés por parte del gobierno en casa. Pero el país estaba en ese momento distraído con las funestas contiendas de las *comunidades*^{*}. El soberano estaba en Alemania, demasiado absorbido por los problemas del imperio como para permitirse tiempo para los de su propio reino. Las riendas del gobierno estaban en manos de Adrián, el preceptor de Carlos, un hombre cuyos hábitos ascéticos y estudiosos le cualificaban mejor para presidir una universidad de monjes que para ocupar, como sucesivamente hizo, los puestos más importantes de la cristiandad, primero como regente de Castilla, después como cabeza de la Iglesia. Sin embargo, el lento y dubitativo

Adrián no podía haber pasado en silencio los importantes servicios de Cortés, más que por la hostil interferencia de Velázquez, el gobernador de Cuba, apoyado por Fonseca, obispo de Burgos, el director del departamento colonial español. Este prelado, gracias a su elevado rango, poseía la autoridad suprema en todo lo relacionado con las Indias y la había ejercido desde el primer momento, como ya hemos visto, de la manera más perjudicial para los intereses de Cortés. Ahora tuvo la habilidad de obtener una orden judicial del regente, con la que pretendía arruinar al conquistador en el mismo momento en que su gran empresa se había visto coronada por el éxito. El documento, después de recapitular los delitos de Cortés en relación con Velázquez, designa a un comisionado con plenos poderes para visitar el país, establecer una investigación en la conducta del general, suspenderle de sus funciones e incluso prenderle y confiscar sus propiedades, hasta que se pudiera conocer la decisión de la Corte castellana. La orden fue firmada por Adrián, en Burgos, el 11 de abril de 1521 y refrendada por Fonseca¹⁰.

La persona elegida para esta delicada tarea de detener a Cortés y traerle para ser juzgado en el escenario de sus propios descubrimientos y en el corazón de su propio campamento se llamaba Cristóbal de Tapia, *veedor* o inspector de las fundiciones de oro en Santo Domingo. Era un hombre débil y vacilante, tan poco competente para enfrentarse a Cortés en asuntos civiles, como Narváez se había mostrado en cuestiones militares.

El comisionado, investido con su limitada autoridad, desembarcó en diciembre en Villa Rica. Pero fue fríamente recibido por los magistrados de la ciudad. Discutieron sus credenciales, con el argumento de algún defecto de forma técnico. Se objetó además que su comisión estaba fundada en obvias distorsiones al gobierno y, a pesar de una carta de

lo más amable y elogiosa que recibió de Cortés, felicitándole, como un viejo amigo por su llegada, el *veedor* pronto comprobó que no se le iba a permitir adentrarse en el país, ni ejercer ningún control allí. Amaba el dinero y como Cortés conocía la parte débil de su «viejo amigo» le propuso comprarle sus caballos, esclavos y equipaje a un precio tentador. A los defraudados sueños de ambición siguieron gradualmente los de avaricia y el desconfiado comisionado consintió en reembarcarse con dirección a Cuba, bien cargado de oro, si bien no de gloria, y provisto de material fresco para la acusación contra las prepotentes medidas de Cortés¹¹.

De esta manera, en indiscutible posesión de la autoridad, el comandante español siguió adelante con sus planes para el asentamiento de sus conquistas. Los panuches, un pueblo fiero a las orillas del Panuco en la costa atlántica, se habían levantado en armas contra los españoles. Cortés marchó a la cabeza de una fuerza considerable adentrándose en el país, los derrotó en dos batallas campales y, después de una dura campaña, redujo a la belicosa tribu.

Una posterior insurrección se castigó con mayor severidad. Se levantaron contra los españoles, masacraron a quinientos de sus opresores y amenazaron con la destrucción del vecino asentamiento de San Esteban. Cortés ordenó a Sandoval que castigara a los insurgentes, y este oficial, después de una campaña increíblemente dura, arrolló por completo a los bárbaros, capturó a cuatrocientos de sus jefes y, después de las pretendidas formalidades de un juicio, sentenció a cada uno de los hombres a la estaca o a la horca. «Gracias a lo cual», dice Cortés, «¡alabado sea Dios!, la seguridad de los españoles quedó asegurada y la provincia de nuevo recuperó la tranquilidad y la paz»¹². Había omitido mencionar en esta carta su poco generoso tratamiento a Guatemozin. Pero la manera abierta e ingenua, por decirlo

así, en que detalla estos hechos al emperador muestra que no le achacó ningún descrédito a esta acción. Era sólo la recompensa por la *rebelión*, una palabra que se ha convertido en la apología para más atrocidades que cualquier otra, excepto la palabra *religión*.

Durante este intervalo, la gran cuestión con respecto a Cortés y la colonia había llegado a un momento decisivo. El general debía haber sucumbido ante los insidiosos e implacables ataques de sus enemigos, de no ser por la constante oposición de unos pocos y poderosos amigos celosamente dedicados a sus intereses. Entre ellos se puede mencionar a su propio padre, don Martín Cortés, una persona discreta pero eficiente¹³, y el duque de Béjar, un poderoso noble, que desde el primer período se había adherido ardientemente a la causa de Cortés. Gracias a sus representaciones, el tímido regente se convenció finalmente de que las medidas de Fonseca eran perjudiciales para los intereses de la corona y se emitió una orden inhabilitándole para interferirse en cualquier asunto relacionado con Cortés.

Mientras el exasperado prelado se irritaba ante esta afrenta, los dos comisionados, Tapia y Narváez, llegaron a Castilla. Este último había sido enviado a Coyoacán después de la rendición de la capital, donde su actitud servil formaba un chocante contraste con el porte arrogante que había asumido en su primera entrada en el país. Cuando entró en presencia de Cortés, se arrodilló y hubiera besado su mano de no ser porque éste le levantó del suelo, y durante su residencia en sus alojamientos le trató con todo el respeto. El general poco después permitió a su desgraciado rival volver a España, donde se convirtió, como se podía prever, en un enemigo implacable y enconado¹⁴.

Estos dos personajes, reforzados por el descontento prelado, levantaron varias acusaciones contra Cortés, con toda la acritud que la vanidad mortificada y la sed de

venganza pueden inspirar. Adrián ya no estaba en España, ya que había sido llamado al sillón en San Pedro, pero Carlos V, después de su larga ausencia, había vuelto a sus dominios, en julio de 1522. Inmediatamente se llenó la cabeza real con acusaciones sobre Cortés por un lado y reivindicaciones por otro, hasta que el joven monarca, perplejo e incapaz de decidir sobre los méritos de la cuestión, remitió todo el asunto de la decisión a la junta elegida para ese propósito. La componían en su mayoría miembros de su propio Consejo privado y en parte miembros del departamento de Indias, con el gran Canciller de Nápoles presidiéndola. Constituía en general un tribunal de la mayor respetabilidad por su integridad y sabiduría¹⁵.

Este erudito cuerpo dio una paciente y comedida audiencia a las partes. Los enemigos de Cortés le acusaron de haberse apoderado de la flota que Velázquez le había encomendado y que había sido fletada a costa del gobernador y haberla destrozado posteriormente, de haber usurpado después poderes despreciando la prerrogativa real, del injustificable tratamiento a Narváez y a Tapia, cuando éstos habían sido legalmente comisionados para supervisarle, de crueldad con los nativos y especialmente con Guatemozin, de malversar el tesoro real y remitir sólo una pequeña parte de los pagos a la corona, de desperdiciar las ganancias de los países conquistados en inútiles y baldíos planes y especialmente de reconstruir la capital con un plan de extravagancia sin precedentes, de utilizar, en breve, un sistema de violencia y extorsión sin respeto por los intereses públicos o cualquier otro fin más que su propio y egoísta engrandecimiento.

En respuesta a estas graves acusaciones, los amigos de Cortés adujeron pruebas para demostrar que había sufragado con sus propios fondos dos tercios del coste de la expedición. Los poderes de Velázquez se extendían sólo al

tráfico, no a la fundación de una colonia. Sin embargo, los intereses de la corona requerían esto último. El ejército, por tanto, había tenido que asumir necesariamente este poder, pero al hacerlo habían enviado notificación de sus actos al emperador y solicitado su confirmación de los mismos. La ruptura con Narváez fue culpa del mismo comandante, ya que Cortés le hubiera recibido amistosamente, de no ser por las violentas medidas de su rival, amenazando con arruinar la expedición, obligándole a un curso opuesto. El tratamiento de Tapia fue justificado bajo la base de las alegaciones que se le expusieron a este oficial en la municipalidad de Cempoala. La violencia de Guatemozin se cargó a la cuenta de Alderete, el tesorero real, que había instigado a los soldados a demandarla. Los envíos a la corona quedaba claramente demostrado que, lejos de no alcanzar el legítimo quinto, lo habían sobrepasado con mucho. Si el general había gastado los ingresos del país en costosas empresas y trabajos públicos, lo hacía en interés del país y había incurrido en una pesada deuda forzando al máximo su propio crédito para los mismos grandes objetivos. Tampoco negaron que con el mismo espíritu estaba ahora reconstruyendo México en una escala que fuera proporcionada a la metrópolis de un vasto y opulento imperio.

Se extendieron sobre la oposición que había sufrido en toda su carrera por parte del gobernador de Cuba y mayor aún por parte del gobernador de Burgos, cuyo anterior desempeño de su cargo, en lugar de proporcionarle la ayuda que se podría esperar, había desanimado a los refuerzos, detenido las provisiones, embargado propiedades que de tiempo en tiempo había enviado a España, pretendiendo falsamente que sus pagos a la corona provenían del gobernador de Cuba. En breve, tales y tan numerosos fueron los obstáculos que encontró en su camino, que se había oído

a Cortés decir que «había encontrado más difícil luchar contra sus propios compatriotas que contra los aztecas». Concluyeron extendiéndose sobre los brillantes resultados de su expedición y preguntando si el Consejo estaba dispuesto a deshonorar a un hombre que enfrentando tales obstáculos y escasamente con otros recursos que los que encontró él mismo, había ganado un imperio para Castilla, como no poseía ningún otro potentado europeo¹⁶.

Este último llamamiento fue irresistible. Por muy irregular que hubieran sido sus procedimientos, nadie podía negar la grandeza de los resultados. No había un español que pudiera quedarse insensible a tales servicios, o que no hubiera gritado «¡Vergüenza!» ante este vergonzoso pago que se les daba. Había tres flamencos en el Consejo, pero parece que no hubo disensión en el organismo. Se decidió que ni Velázquez ni Fonseca pudieran interferir en adelante en los asuntos de Nueva España. Las dificultades del primero con Cortés se consideraron como un pleito privado, y como tal, la reparación debería buscarse por el canal legal habitual. Las acciones de Cortés se confirmaron en su totalidad. Se le nombró Gobernador, Capitán General y Justicia Mayor de Nueva España, con poderes para nombrar todos los cargos civiles y militares y para expulsar del país a cualquier persona cuya residencia allí pudiera ser perjudicial para los intereses de la corona. Este fallo del Consejo fue ratificado por Carlos V y la comisión que investía a Cortés con estos amplios poderes la firmó el emperador en Valladolid el 15 de octubre de 1522. Se le proporcionó un salario generoso para permitir que el gobernador de Nueva España mantuviera su cargo con una dignidad apropiada. Los principales oficiales fueron recompensados con honores y sustanciosos emolumentos, y las tropas, junto con algunos privilegios, gratos para la vanidad del soldado, recibieron la promesa de generosas concesiones de tierra. El emperador les halagó

aún más con una carta escrita al ejército de su propio puño y letra en la que reconocía sus servicios de la manera más completa¹⁷.

A partir de este momento la influencia de Fonseca en el departamento indio estaba acabada. No sobrevivió mucho a este disgusto, ya que murió el año siguiente. Ningún hombre se encontraba en una situación en la que pudiera hacer más por la prosperidad de su país que el obispo de Burgos. Durante más de treinta años, incluso desde el primer amanecer del descubrimiento, bajo Colón, había mantenido control supremo sobre los asuntos coloniales y le correspondía a él, por tanto, en amplio grado transmitirle ardor a la empresa y promocionar las jóvenes fortunas de las colonias. Pero se posó sobre ellas como un cáncer. Miraba con mal ojo a los más ilustres descubridores españoles y tan sólo intentaba lanzar impedimentos en su camino. Tal había sido la conducta con Colón y con Cortés. Mediante una política sabia y generosa podía haber situado su nombre entre las luces de su época. Tal y como fue, tan sólo sirvió para dar mayor relieve a éstos, en contraste con su propia naturaleza oscura y maligna. Su carrera muestra la soberbia ascendencia que la profesión eclesiástica poseía en Castilla en el siglo XVI, cuando podía elevar a un hombre a una posición tan importante, para la que era completamente inapropiado y mantenerle allí después de demostrarlo¹⁸.

Los mensajeros que llevaban la comisión de Cortés a México tocaron Cuba en su camino, donde las noticias se proclamaron con sonidos de trompeta. Fue un golpe mortal para las aspiraciones de Velázquez. Exasperado por el fracaso de sus planes, empobrecido por el coste de las expediciones de las que otros habían recogido los frutos, todavía confiaba en que finalmente se le reparara y albergaba la dulce esperanza de la venganza largamente dilatada. La esperanza ahora había desaparecido. Existía una

ligera posibilidad de reparación, bien lo sabía, en el tedioso y peliagudo litigio ante los tribunales castellanos. Arruinado en su fortuna, deshonrado ante la nación, el altivo espíritu del gobernador se hundió en el polvo. No encontró alivio, sino que cayó en una profunda melancolía y en unos meses murió, si la información es correcta, con el corazón roto¹⁹.

El retrato que normalmente se da de Velázquez no es muy favorable. Sin embargo, Las Casas habla amablemente de él, y cuando sus prejuicios no se ven involucrados, no suele haber mejor autoridad. Pero Las Casas le conoció cuando en sus primeros días el misionero desembarcó por primera vez en Cuba. El gobernador le trató con cortesía e incluso con confianza y era natural que la condescendencia de un hombre de alta familia y posición causara su impresión en los sentimientos del pobre eclesiástico. En la mayoría de las versiones se le describe como una persona altiva e irascible, celoso de autoridad y codicioso de riquezas. Discutió con Grijalva, el predecesor de Cortés, aparentemente sin causa. Con la misma razón rompió con Cortés antes de que abandonara el puerto. Se propuso objetivos que eran incompatibles por naturaleza. Propuso que otros lucharan sus batallas y que él ganara los laureles, que otros hicieran los descubrimientos y que él cosechara los frutos de ellos. Nadie sino una mente enferma hubiera aceptado estas condiciones, y una mente enferma no los hubiera podido lograr. El nombramiento de Cortés le sitúa en una posición falsa para el resto de su vida. Sus esfuerzos para deshacer esta situación tan sólo empeoraron las cosas. El nombramiento de Cortés como comandante fue un error casi tan grande como los sucesivos nombramientos de Narváez y de Tapia. La vida de Velázquez no fue más que una serie de errores.

La proclamación de la comisión del emperador, confirmando a Cortés en la suprema autoridad de Nueva

España, fue recibida con una aclamación general. El ejército se alegró de tener al menos asegurado no sólo la amnistía por su irregular actuación, sino un distinguido reconocimiento de sus servicios. El nombramiento de Cortés para el mando supremo tranquilizó su mente con respecto al pasado y le abrió el escenario de nuevas empresas. Los soldados se felicitaron por los amplios poderes que se le habían conferido a su comandante y mientras sumaban sus cicatrices y sus servicios, se permitían sueños dorados y las expectativas más vagas y peregrinas. No es extraño que sus expectativas quedaran frustradas.

Notas al pie

¹ «¿Estoy yo en algun deleite ó baño?» (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 145). La versión literal no es tan poética como «el lecho de flores» en que se ha convertido normalmente esta exclamación de Guatemozin.

² La relación más detallada de esta vergonzosa transacción la ofrece Bernal Díaz, uno de los elegidos para acompañar al señor de Tacuba a su villa (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 157). Narra el suceso con adecuada indignación, pero excusa a Cortés de tomar parte voluntariamente en él.

³ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 308.

La simple afirmación del conquistador contrasta fuertemente con la pomposa narración de Herrera (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 3, cap. 3) y con la del padre Cavo, que puede que saque un poco de su propia imaginación. «Cortés en una canoa ricamente entapizada, llevó á el Rey Vehichilze, y á los nobles de Michoacán á México. Este es uno de los palacios de Mochtheuzoma (les decia); allí está el gran templo de Huitzilopuctli; estas ruinas son del grande edificio de Quauhtemoc, aquellos de la gran plaza del mercado. Conmovido Vehichilzi de este espectáculo, se le saltaron las lágrimas», *Los Tres Siglos de México* (México, 1836), tom. I, p. 13.

⁴ «Que todos los que tienen alguna ciencia, y experiencia en la Navegacion de las Indias, han tenido por muy cierto, que descubriendo por estas Partes la Mar del Sur, se habian de hallar muchas Islas ricas de Oro, y Perlas, y Piedras preciosas, y Especería, y se habian de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables», *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 302, 303.

⁵ «Y crea Vuestra Majestad, que cada dia se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué Principal, y Señora de todas estas Provincias, que lo será tambien de aquí en adelante», *ibid.*, p. 307.

⁶ *Ante*, p. 682.

⁷ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 4, cap. 8. Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 32. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 162.

«En la cual (la edificacion de la ciudad) los primeros años andaba mas gente que en la edificacion del templo de Jerusalem, porque era tanta la gente que andaba en las obras, que apenas podia hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas» (Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. I). Ixtlilxochitl suple cualquier hueco que pudiera quedarle a la imaginación, llenándolo con 400.000 nativos que, según él, empleó Cortés en este trabajo. *Venida de los Españoles*, p. 60.

* En español en el original. (N. del T.)

⁸ «Sirvieron al Emperador con muchas piedras, i entre ellas con una esmeralda

fina, como la palma, pero cuadrada, i que se remataba en punta como pirámide» (Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 146). Mártir confirma la descripción de esta maravillosa esmeralda, que dice «se informó al rey y al consejo que era casi tan ancha como la palma de la mano y que aquellos que la habían visto pensaban que no se podía procurar por ninguna suma», *De Orbe Novo*, dec. 8, cap. 4.

⁹ *Ibid.*, ubi supra. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 169.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁰ El documento también confiere poderes similares en relación con una investigación sobre el tratamiento de Narváez al licenciado Ayllón. Todo el documento se cita en una declaración redactada por el notario, Alonso de Vergara, exponiendo los procedimientos de Tapia y la municipalidad de Villa Rica, fechado en Cempoala, el 24 de diciembre de 1521. El manuscrito forma parte de la colección de don Vargas Ponce, en los archivos de la Academia de la Historia de Madrid.

¹¹ *Relación de Vergara*, manuscrito; *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 309-314. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 158.

Los regidores de México y otros lugares protestaron contra Cortés, abandonando el valle para encontrarse con Tapia, con el argumento de que su presencia era necesaria para intimidar a los nativos (manuscrito, Coyoacán, 12 dic. 1521). El general accedió ante la fuerza de una petición, que no es improbable, fuera realizada por sugerencia suya.

* En español en el original. (N. del T.)

¹² «Como ya (loado nuestro Señor) estaba toda la Provincia muy pacífica, y segura», *Relación Cuarta de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 367.

¹³ La colección Muñoz de manuscritos contiene un poder notarial que Cortés entregó a su padre, autorizándole a llevar todas las negociaciones con el emperador y con personas privadas, para realizar todos los juicios en su parte, pagar y recibir dinero, etc.

¹⁴ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 158.

¹⁵ Sayas, *Annales de Aragón* (Zaragoza, 1666), caps. 63, 78.

Es suficiente garantía de la respetabilidad de este tribunal el que encontremos en él el nombre del doctor Galíndez de Carvajal, un eminente jurista castellano, encanecido al servicio de Isabel y Fernando, de cuya confianza disfrutaba en alto grado.

¹⁶ Sayas, *Annales de Aragón*, cap. 78. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 4, cap 3. *Probanza en Villa Segur a*, manuscrito. *Declaraciones de Puertocarrero y de Montejo*, manuscritos.

¹⁷ *Nombramiento de Gobernador y Capitan General y Justicia Mayor de Nueva España*, manuscrito. También Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 168.

¹⁸ El carácter de Fonseca ha sido seguido por la misma mano que siguió el de Colón (el *Life and Voyages of Columbus*, de Irving, apéndice, 32). Hombre con hombre, pasarán a la posteridad en la bella página del historiador, aunque el carácter de los dos ha sido escrito con plumas tan diferentes una de la otra como la pluma de oro y de hierro que Poalo Giovio cuenta que empleaba para sus composiciones.

¹⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 158.

Capítulo II

México moderno. Colonización del país. Condiciones de los nativos. Misioneros cristianos. Cultivo del terreno. Viajes y expediciones. 1522-1524

En menos de cuatro años desde la destrucción de México había surgido una nueva ciudad de sus ruinas que, si bien era inferior a la antigua capital en extensión, la sobrepasaba en magnificencia y en fuerza. Ocupaba de forma tan exacta el mismo lugar de su antecesor, que la *plaza mayor*, estaban en el mismo sitio que antes cubría el gran *teocalli* y el palacio de Montezuma, mientras que las principales calles partían como antes de este punto central y, atravesando toda la ciudad, terminaban en las principales calzadas. Sin embargo, habían tenido lugar grandes alteraciones en el estilo de la arquitectura. Se ensancharon las calles y muchos de los canales se rellenaron al mismo tiempo que se levantaron los edificios sobre un plano más cercano al gusto y las necesidades de la población europea.

En el lugar del templo del dios azteca de la guerra se elevaba una señorial catedral dedicada a San Francisco y, como para completar el triunfo de la cruz, los cimientos se levantaron sobre las imágenes rotas de los dioses aztecas²⁰. En una esquina de la plaza, en el terreno que un día cubría la casa de pájaros, se levantaba un convento franciscano, un magnífico conjunto, erigido pocos años después de la conquista por un hermano laico, Pedro de Gante, hijo natural, según se dice, de Carlos V²¹. En el lado opuesto de la misma plaza, Cortés ordenó que se construyera su propio

palacio. Era un edificio de piedra labrada y se dice que en el interior se utilizaron siete mil vigas de cedro²². El gobierno lo destinó posteriormente para residencia de los virreyes, y a los descendientes del conquistador, los duques de Monteleone, se les permitió que erigieran otra residencia en otra parte de la plaza, en el lugar en que, por una coincidencia de mal agüero, había estado el palacio de Montezuma²³.

Las casas ocupadas por los españoles eran de piedra, combinando con elegancia una sólida fuerza que las hacía tan aptas para la defensa como cualquier fuerte²⁴. Los edificios indios eran en general de inferior calidad. Se desperdigaban por el antiguo distrito de Tlatelolco, donde la nación había mantenido su última resistencia por la libertad. Esta parte de la ciudad también estaba provista de una espaciosa catedral y treinta iglesias menores dan fe del cuidado de los españoles por el bienestar espiritual de los nativos²⁵. Ocupándose de este rebaño indio y cuidando de los hospitales con los que rápidamente se dotó a esta ciudad, pasó el buen padre Olmedo los últimos días de su vida, acosado por crecientes dolencias²⁶.

Para dar mayor seguridad a los españoles, Cortés hizo que se levantara una poderosa fortaleza en un lugar conocido desde entonces como el *Matadero* ²⁷ *. Se le dotó de un patio con un puerto, y los bergantines que habían servido en el asedio de México se conservaron ahí mucho tiempo como recuerdos de la conquista. Cuando el fuerte estuvo terminado, el general, debido a los malos oficios de Fonseca, se encontró sin artillería ni munición para su defensa. Suplió esta deficiencia haciendo que se fundiera en sus propias fundiciones un cañón de cobre, común en el país, y estaño, que se obtenía con más dificultad de las minas de Tasco. Gracias a esto y a la contribución que recibió de los barcos, se las ingenió para apostar en sus murallas setenta piezas de

artillería. Las balas de piedra, que se usaban mucho en aquella época, eran fáciles de hacer, pero para la fabricación de pólvora, aunque había nitrato de sobra, se vio obligado a buscar azufre con una peligrosa expedición a las entrañas del gran volcán²⁸. Tales eran los recursos que desplegaba Cortés, que le permitían suplir cualquier carencia y triunfar sobre cualquier obstáculo que la malicia de sus enemigos ponía en su camino.

La siguiente preocupación que tuvo el general fue proporcionar una población para la capital. Invitó a los españoles mediante concesiones de tierras y de casas, mientras que a los indios, con diplomática liberalidad, se les permitió vivir bajo el gobierno de sus propios jefes como antes y disfrutar de varias inmunidades. Con estas facilidades, el barrio español de la ciudad, vecino a la gran plaza, se jactaba en unos pocos años de dos mil familias, mientras que el distrito de Tlatelolco incluía no menos de treinta mil²⁹. Se reanudaron los diferentes oficios y ocupaciones, los canales volvieron a cubrirse de barcas, dos vastos mercados en los respectivos barrios de la capital desplegaban todos los diferentes productos y manufacturas de los alrededores y la ciudad bullía con una población industrial y activa, en la que el hombre blanco y el indio, el conquistador y el conquistado, se mezclaban promiscuamente en una confusión pacífica y pintoresca. No habían pasado veinte años de la conquista cuando un misionero que la visitó tuvo la confianza o la credulidad para afirmar que «Europa no podría alardear de ninguna ciudad tan bella y opulenta como México»³⁰.

La metrópolis de nuestros días parecería estar en una situación diferente con respecto a la que levantaron los españoles, ya que las aguas no fluyen a través de sus calles, ni bañan el amplio círculo de sus murallas. Estas aguas se han retirado dentro de la disminuida cuenca del Texcoco y

las calzadas que antiguamente atravesaban las profundidades del lago no se distinguen ahora de las otras avenidas de la capital. Pero la ciudad, embellecida ciertamente por las obras de los sucesivos virreyes, es básicamente la misma que en los días de los conquistadores y el mastodónico esplendor de los pocos edificios que quedan del período primitivo, junto con la magnificencia y simetría general de su trazado, atestigua la visión de futuro de su fundador, que miraba más allá del presente hacia las necesidades de las generaciones futuras.

La atención de Cortés no se limitaba únicamente a la capital. Se preocupó de fundar asentamientos en cualquier parte del país que proporcionaba una posición favorable para ellos. Fundó Zacatula en las orillas del mal llamado Pacífico, Coliman en el territorio de Michoacán, San Esteban en la costa atlántica, probablemente no muy lejos del emplazamiento de Tampico, Medellín (llamado así en honor a su lugar de nacimiento) cerca de la moderna Vera Cruz y un puerto cerca del río Antigua, del que derivó su nombre. Se decidió que tomaría el lugar de Villa Rica, que, como la experiencia había demostrado, debido a su situación tan expuesta, no proporcionaba ninguna protección a los barcos contra los vientos que barrían el golfo de México. Antigua, protegida dentro de las entradas de la bahía, proporcionaba una posición mucho más ventajosa. Cortés fundó allí una cámara de comercio, unió el asentamiento con la capital mediante una carretera y predijo orgullosamente que su ciudad se convertiría en el gran emporio del país³¹. Pero en esto se equivocó. Por algún motivo no muy claro, a finales del siglo XVI, se llevó la entrada del puerto hasta la moderna Vera Cruz, que probablemente sin ninguna superioridad por su situación topográfica, o siquiera la salubridad del clima, se ha mantenido desde entonces como la gran capital comercial de Nueva España.

Cortés promovió el asentamiento de sus diferentes colonias con liberales concesiones de tierra y privilegios de las municipalidades. La gran dificultad fue introducir mujeres para que vivieran en el país y sin ellas sentía que las colonias, como un árbol sin raíces, perecerían pronto. Con una disposición singular, exigió a cada colono, si era casado, que trajera a su mujer en el plazo de dieciocho meses, bajo pena de perder su propiedad. Si era demasiado pobre para hacerlo por sí mismo, el gobierno le ayudaría. Otra ley imponía la misma penalización a todos los solteros que no se consiguieran una esposa dentro del mismo período. El general parece haber considerado el celibato como un lujo demasiado grande para un país joven³².

Su propia esposa, doña Catalina Suárez, se encontraba entre las que vinieron de las islas a Nueva España. Según Bernal Díaz, su llegada no le produjo especial satisfacción³³. Es posible, ya que entró en matrimonio con ella con reticencia, y su baja condición y conexiones parecían interponerse de alguna manera en su camino para futuros avances. Sin embargo, vivieron felizmente juntos durante varios años, según el testimonio de Las Casas³⁴, y fuera lo que fuera lo que sentía, tuvo la generosidad o la prudencia de no mostrar sus sentimientos al mundo. A su llegada, doña Catalina fue escoltada por Sandoval hasta la capital, donde fue amablemente recibida por su esposo y se le rindieron todos los honores que merecía por su elevado rango. Pero el clima de la meseta no era apropiado para su constitución y murió tres meses después de su llegada³⁵. Un hecho tan favorable a sus aspiraciones mundanas, no pudo más que, como veremos a continuación, provocar el escándalo de las más maliciosas, aunque sobra decir que infundadas, sugerencias.

En la distribución del terreno entre los conquistadores, Cortés adoptó el perverso sistema de *repartimientos**,

practicado entre todos sus compatriotas. En una carta al emperador, afirmó que la capacidad superior de los indios de Nueva España le había hecho contemplar como algo doloroso condenarlos a la servidumbre como a los indios de las islas. Pero en una valoración posterior había comprobado que los españoles estaban tan agobiados y empobrecidos que no podían pensar en mantenerse por sí mismos en la tierra sin forzar los servicios de los nativos y por esta razón finalmente había desechado sus propios escrúpulos atendiendo a sus repetidas quejas³⁶. Este fue el espantoso pretexto usado en ocasiones similares por sus compatriotas para cubrir su flagrante acto de injusticia. La corona, sin embargo, en sus instrucciones al general desaprobó el acto y anuló los *repartimientos*³⁷. Todo fue en vano. Las necesidades, o mejor dicho la avaricia, de los colonos eludieron fácilmente las ordenanzas reales. La legislación colonial de España muestra, en la repetición de promulgaciones contra la esclavitud, el eterno tira y afloja que existió entre la corona y los colonos y la impotencia de la primera para hacer respetar medidas repugnantes a los intereses, en cualquier caso a la avaricia, de los segundos. Nueva España no proporciona una excepción a la regla.

Los tlaxcaltecas, en gratitud por sus destacados servicios, fueron eximidos por recomendación de Cortés de la condena de la esclavitud. Se debería añadir que el general, al conceder los *repartimientos*, estableció muchas reglamentaciones humanas para limitar el poder del señor y asegurar al nativo tantos privilegios como fueran compatibles con todo grado de servicio obligatorio³⁸. Estas limitaciones, es cierto, se incumplían demasiado a menudo, y en los distritos mineros en concreto, la situación de los pobres indios era a menudo deplorable. Sin embargo, la población india, encerrándose en sus propias aldeas y viviendo bajo sus propios magistrados, ha continuado

demostrando con su número, menor que antes de la conquista, lo enormemente superior que era su situación a la de muchas otras partes del vasto imperio colonial de España³⁹. Esta situación se ha mejorado gradualmente, bajo la influencia de puntos de vista morales más altos e ideas más amplias de gobierno, hasta que en el México republicano se ha permitido a los serviles descendientes de los antiguos señores de la tierra elevarse nominalmente, al menos, a un nivel comparable al de los hijos de sus conquistadores.

Por mucho que mostrara desprecio por los derechos políticos de los nativos, Cortés manifestó una encomiable solicitud por su bienestar espiritual. Solicitó al emperador que le enviara hombres santos al país, no obispos y consentidos preladados, que demasiado a menudo despilfarraban los fondos de la iglesia en un ritmo de vida desenfrenado, sino personas devotas, miembros de hermandades religiosas, cuyas vidas pudieran ser un comentario apropiado a sus enseñanzas. Tan sólo de esta manera (y el comentario es digno de mención) podrán ejercer influencia sobre los nativos, que están acostumbrados a ver la menor desviación de la moral en sus propios sacerdotes castigada con todo el rigor de la ley⁴⁰. Siguiendo estas sugerencias, doce frailes franciscanos embarcaron para Nueva España a donde llegaron a principios de 1524. Eran hombres de una pureza de vida intachable, alimentados con el conocimiento del claustro y, como muchos otros que la iglesia católica ha enviado en misiones apostólicas semejantes, tenían en poco los sacrificios personales en la sagrada causa a la que estaban dedicados⁴¹.

La presencia de los reverendos padres en el país fue recibida con general regocijo. Los habitantes de las ciudades por las que pasaban salían en pleno a darles la bienvenida, se

formaban procesiones de nativos llevando velas de cera en las manos y las campanas de las iglesias tocaban un feliz repique en honor de su llegada. Se les proporcionaron casas de descanso durante su ruta hasta la capital y cuando entraron en ella fueron recibidos por una brillante cabalgata de los principales caballeros y ciudadanos con Cortés a la cabeza. El general, desmontando y arrodillándose, besó los hábitos del padre Martín de Valencia, el principal de la comunidad. Los nativos quedaron llenos de admiración al ver al virrey arrodillándose ante hombres con los pies descalzos y ropas hechas jirones que les daban un aspecto de mendigos; a partir de entonces les contemplaron como seres de naturaleza superior. El cronista indio de Tlaxcala no oculta su admiración ante esta edificante condescendencia de Cortés, que declara como «uno de los actos más heroicos de su vida»⁴².

Los misioneros no perdieron tiempo en el buen trabajo de la conversión. Comenzaron a predicar a través de intérpretes, hasta que adquirieron un competente conocimiento del idioma. Abrieron escuelas y fundaron universidades, en las que los jóvenes nativos eran instruidos en los conocimientos profanos así como en los religiosos. El ardor de los neófitos indios igualaba al de sus profesores. En unos pocos años cualquier vestigio de los antiguos *teocallis* fue barrido de la faz de la tierra. Los zafios ídolos del país y, desgraciadamente, los manuscritos jeroglíficos compartieron el mismo destino. Sin embargo, los misioneros y los conversos hicieron mucho para reparar estas pérdidas con sus numerosas relaciones de las instituciones aztecas, reunidas a partir de más de una fuente auténtica⁴³.

La tarea de la conversión avanzaba de manera próspera entre las diferentes tribus de la gran familia náhuatl. En unos veinte años desde la primera llegada de los misioneros, uno de su propia orden pudo hacer el pío alarde de que

nueve millones de conversos, un número que probablemente exceda la población del país, había entrado a formar parte del redil cristiano⁴⁴. El culto azteca era notable por su pesado ceremonial y preparó a sus devotos para la pompa y los esplendores del rito romano. No fue difícil pasar de los fastos y fiestas de una religión a los fastos y fiestas de otra, transferir su culto de los fantásticos ídolos de propia creación a las bellas formas en escultura y pintura que decoraban la catedral cristiana. Es cierto que poco podían haber entendido de los dogmas de su nueva fe y puede que poco de su espíritu vital. Pero si el filósofo puede sonreírse ante la reflexión de que la conversión en estas circunstancias era más bien de forma que de sustancia, el filántropo se consolará al considerar lo que ganó la causa de la humanidad y la buena moral con la sustitución de estos impolutos ritos en lugar de las brutales abominaciones de los aztecas.

Los conquistadores se establecieron en las partes del país que mejor se adaptaban a sus inclinaciones. Muchos ocuparon las laderas surorientales de la cordillera hacia el valle de Oaxaca. Otros muchos se extendieron sobre la ancha superficie de la meseta, que, por su posición elevada, recordaba a las mesetas de sus propias Castillas. Aquí también tenían al alcance esas inagotables minas que desde entonces han vertido su lluvia de plata sobre Europa. Los recursos minerales de la tierra no fueron ciertamente advertidos o explorados completamente hasta un período muy posterior, pero algunos, como las minas de Zacatecas, Guanajuato y Tasco, el último de los cuales también lo era en tiempos de Montezuma, comenzaron su explotación en tiempos de los conquistadores⁴⁵.

Pero la mejor riqueza de los primeros colonos fueron los productos vegetales de la tierra, tanto indígenas como los introducidos de fuera gracias a la sabia economía de Cortés.

Había recomendado fervientemente a la corona que pidiera a todas las naves que vinieran al país que trajeran una cierta cantidad de semillas y plantas⁴⁶. Puso como condición para las concesiones de tierra en la meseta que el propietario de toda finca plantara un número concreto de viñas en ella⁴⁷. Más aún, estipuló que nadie podría tener un título claro de su propiedad hasta que no la hubiera ocupado por ocho años⁴⁸. Sabía que sólo la residencia permanente podía crear ese interés en la tierra que llevara a su cultivo eficiente y que el sistema opuesto había causado el empobrecimiento de las mejores plantaciones de las islas. Sus diferentes reglamentos, algunos de ellos bastante desagradables para los colonos, aumentaron los recursos agrícolas del país, añadiendo los granos más importantes y otras verduras, para las que el variado clima de Nueva España estaba admirablemente adaptado. La caña de azúcar fue trasplantada de las vecinas islas a la parte más baja del país y, junto con el índigo, el algodón y la cochinilla, formaban una materia prima mucho más deseable que sus metales preciosos. Bajo el sol de los trópicos, el melocotón, la almendra, la naranja, el vino y la oliva, antes desconocidas allí, florecían en los jardines de la meseta al doble de altura a la que están suspendidas las nubes en verano sobre nuestras cabezas. La importación de una fruta o verdura europea era aclamada por los simples colonos con placer. La primera cosecha de las recién llegadas fue celebrada con una fiesta y los invitados se felicitaron unos a otros como con la aparición de un viejo amigo que trae el recuerdo del pasado y las tiernas asociaciones con su tierra natal.

Aunque ocupado con la economía interna del país, Cortés estaba todavía absorbido por sus grandes planes de descubrimiento y de conquista. En el capítulo anterior le veíamos preparando una pequeña flota en Zacatula para explorar las orillas del Pacífico. Cuando estaba a punto de

terminarse ardió en el muelle. Esto supuso una seria calamidad, ya que la mayoría de los materiales debían transportarse a través de todo el país desde Villa Rica. Cortés, sin embargo, con su habitual prontitud, tomó medidas para reparar la pérdida. Escribe al emperador que pronto habría otra escuadra preparada en el mismo puerto y que «no duda que pondrá a Su Majestad en posesión de más tierras y reinos de los que la nación ha tenido nunca noticia»⁴⁹. Este magnífico alarde muestra el sentimiento común de los españoles en esa época, que miraban al Pacífico como el afamado mar de la India, tachonado de islas de oro y repleto de los ricos tesoros del Este.

Un objetivo principal de esta escuadra era descubrir el estrecho que debía conectar el Atlántico con el Pacífico. En el golfo de México se fletó otra escuadra, que constaba de cinco barcos para tomar la dirección de Florida, con el mismo objetivo de encontrar el estrecho. Ya que Cortés creía (hoy en día nosotros nos reiríamos ante esa ilusión) que se podía encontrar uno en esa dirección que conduciría al navegante a las aguas surcadas por las quillas de Magallanes⁵⁰.

El descubrimiento del estrecho era el gran objetivo al que iba dirigida la actividad náutica de esa época, como lo había sido desde tiempos de Colón. Significó en el siglo XVI lo que el paso del noroeste ha significado en nuestra época, el gran *ignus fatuus* de los navegantes. La vasta extensión del continente americano había sido determinada por los viajes de Cabot en el Norte y de Magallanes hacía muy poco por el Sur. La proximidad en ciertas regiones de los dos grandes océanos que bañaban las orillas occidental y oriental había quedado establecida por los descubrimientos de Balboa y de Cortés. Los eruditos españoles no podían creer que la naturaleza hubiera creado un plano tan contradictorio, aparentemente, con los intereses de la humanidad como

para interponer a través de toda la longitud del gran continente tal barrera a la comunicación entre las aguas adyacentes. La correspondencia de los hombres de ciencia⁵¹, las instrucciones de la Corte, las cartas de Cortés, como las de Colón, tocaban frecuentemente este tema. «Su majestad puede tener la certeza», escribe, «de que sabiendo yo cuanto ansía el descubrimiento de *este gran secreto de un estrecho*, pospondré todos los intereses y proyectos míos, algunos de ellos de la mayor importancia para realizar este gran objetivo»⁵².

En parte con este mismo punto de vista, ordenó el general que se preparara una importante armada y se pusiera bajo las órdenes de Cristóbal de Olid, el valiente oficial que como recordará el lector se había encargado de una de las divisiones del ejército asediador. Debía dirigirse hacia Honduras y establecer una colonia en la costa noroeste. Un destacamento de la escuadra de Olid debería después navegar por su costa sur en dirección a Darién en busca del misterioso estrecho. Había informes de que el país estaba lleno de oro, tan lleno que «los pescadores usaban pesos de oro para sus redes». La vida de los descubridores españoles era un largo ensueño. Ilusión tras ilusión, iban una detrás de la otra como las pompas que un niño lanza desde su pipa, tan brillantes y bellas como vacías. Vivían en un mundo encantado⁵³.

Junto con estas expediciones marítimas Cortés preparó una poderosa expedición por tierra. Se la encomendó a Alvarado, que con una gran fuerza de españoles e indios debía descender por la pendiente sur de la cordillera y penetrar en los países que se extendían detrás del rico valle de Oaxaca. Las campañas de este audaz y codicioso jefe terminaron con la importante conquista de Guatemala. El general exigió a sus capitanes que le enviaran una detallada descripción de los países que visitaran, los productos de la

tierra y sus recursos generales. El resultado fueron varios comunicados valiosos e interesantes⁵⁴. En sus órdenes para la conducta de estas expediciones impuso un trato considerado a los nativos e inculcó una política que puede ser llamada humana hasta donde la humanidad es compatible con el sistema de subyugación⁵⁵. Desgraciadamente, el carácter de sus oficiales demasiado a menudo convirtió estas órdenes en papel mojado.

En la continuación de sus grandes empresas Cortés, en el corto período de tres años después de la conquista, había reducido bajo el dominio de Castilla una extensión de territorio de más de cuatrocientas leguas de largo, como él mismo afirma, en la costa atlántica y más de quinientas en el Pacífico y, con la excepción de unas pocas provincias interiores de poca importancia, había impuesto en ellas una situación de completa tranquilidad⁵⁶. Al realizar esto había gastado enormemente los ingresos de la corona, obtenidos de los tributos que los indios pagaban como antiguamente lo hacían a sus propios soberanos, incurriendo además él mismo en una gran deuda, por lo que exigió una remuneración al gobierno. La celebridad de su nombre y los deslumbrantes informes sobre los países conquistados atraían manadas de aventureros a Nueva España, lo que proporcionaba al general reclutamientos para sus diferentes empresas.

Quienquiera que desee formarse un juicio apropiado de este notable hombre no debe limitarse a la historia de la conquista. Su carrera militar realmente le sitúa al mismo nivel que los mayores capitanes de su época. Pero el período posterior a la conquista proporciona puntos de vista diferentes y en cierto modo más nobles para el estudio de su personalidad. Porque es entonces cuando le vemos diseñando un sistema de gobierno para las variopintas y antagónicas razas, por decirlo de alguna manera, que ahora

por primera vez entraban en un único dominio, reparando los desperfectos de la guerra y empleando sus esfuerzos para detectar los recursos latentes del país y para estimular la producción hasta su punto más alto. La narración puede parecer insulsa, después del recital de hazañas tan audaces y aventureras como las de los paladines de las novelas. Pero tan sólo examinando esta narración nos podemos hacer una concepción adecuada del agudo y polifacético carácter de Cortés.

Notas al pie

* En español en el original. (N. del T.)

* En español en el original. (N. del T.)

²⁰ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 4, cap. 8.

²¹ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 271. Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 58.

²² Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, *ubi supra*.

²³ Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 72.

²⁴ *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

²⁵ *Ibid.*, *ubi supra*.

²⁶ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 177.

²⁷ *Relación Quarta de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 376, nota.

²⁸ Para una relación de esta singular empresa, véase *Ante*, p. 334.

²⁹ Cortés, recontando sólo la población india, dice treinta mil vecinos (*Relación Quarta*, ap. Lorenzana, p. 375). Gómara, hablando de México unos años después, calcula el número de los propietarios de casa españoles en la cifra del texto. *Crónica de Nueva España*, cap. 162.

³⁰ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 3, cap. 7.

Sin embargo, es un lenguaje poco más fuerte que el del Conquistador Anónimo, «Così ben ordinato et di si belle piazze et strade, quanto d'altre città che siano al mondo», *Relatione d'un gentil' huomo*, ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

³¹ «Y tengo por cierto, que aquel Pueblo ha de ser, despues de esta Ciudad, el mejor que obiere en esta Nueva España» (*Relación Quarta*, ap. Lorenzana, p. 382). El arzobispo confunde esta ciudad con la moderna Vera Cruz. Pero la descripción que el general hace del puerto rebate esta suposición y confirma nuestra confianza en la afirmación de Clavijero, de que la actual ciudad fue fundada por el conde de Monterrey, en la época mencionada en este libro. Véase p. 191, nota.

* En español en el original. (N. del T.)

³² *Ordenanzas Municipales*, Tenochtitlan, marzo 1524, manuscrito.

Las ordenanzas hechas por Cortés para el gobierno del país durante su virreinato todavía se guardan en México y la copia que obra en mi posesión me fue transmitida de esa capital. Ofrecen amplia evidencia del sabio y perspicaz espíritu que envolvía cada uno de los temas digno de la atención de un gobernante ilustrado y citaré del original las singulares disposiciones mencionadas en el texto.

«Item. Por quanto en esta tierra hay muchas personas que tienen Indios de en comienda y no son casados, por hende por que conviene así para *la salud de sus*

conciencias de los tales por estar en buen estado, como por la poblacion é noblecimiento de sus tierras, mando que las tales personas se casen, traigan y tengan sus mugeres en esta tierra dentro de un año y medio, des pues que fueren pregonadas estas dichas Ordenanzas, é que no haciendo lo por el mismo caso sean privados y pierdan los tales Indios que así tienen.»

³³ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 160.

³⁴ *Ante*, p. 116.

³⁵ De asma, según Bernal Díaz (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, ubi supra*), aunque su muerte parece ser demasiado repentina para ser atribuida a una enfermedad. Volveré sobre el tema más adelante.

³⁶ *Relación Tercera de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 319, 320.

³⁷ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 5, cap. I.

³⁸ *Ibid.*, dec. 4, lib. 6, cap. 5. *Ordenanzas*, manuscrito.

Las ordenanzas establecen el servicio de los indios, las horas que pueden estar empleados, la comida, la compensación y similares. Exigen al *encomendero* que les proporcione medios apropiados para la instrucción religiosa y lugares de culto. Pero, ¿qué garantía son las buenas leyes que en su misma naturaleza implican la tolerancia de un gran abuso?

³⁹ Don Francisco Navarro y Noriega calcula la población completa de Nueva España en 1810 en unos 6.000.000, de los cuales más de la mitad son indios puros. El autor tenía los mejores medios para llegar a un resultado correcto. Véase Humboldt, *Essai Politique*, tom. I, pp. 318, 319, nota.

⁴⁰ *Relación Cuarta de Cortés*, ap. Lorenzana, pp. 391-394.

La petición de los conquistadores fue suscrita por el gobierno, que además prohibió «que abogados y eruditos duchos en leyes pusieran pie en el país, con la justificación de que la experiencia muestra que seguro que con sus malas prácticas disturbarían la paz de la comunidad» (Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 5, cap. 2). Estas leyes no son más que un mediocre tributo al carácter de las dos profesiones en Castilla.

⁴¹ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte I, cap. I. Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito.

⁴² «Cuyo hecho del rotísimo y humilde recibimiento fué uno de los heroicos hechos que este Capitan hizo, porque fué documento para que con mayor fervor los naturales desta tierra viniesen á la conversión de nuestra fee» (Camargo, *Historia de Tlaxcala*, manuscrito. Véase también Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 171). El arzobispo Lorenzana no se queda corto junto con el historiador tlaxcalteca en su admiración por el celo religioso del gran conquistador, que nos asegura, «le abruma completamente, al mostrar mucho más del misionero apostólico que del soldado», Lorenzana, p. 303, nota.

⁴³ Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte, 3, cap. I.

El Padre Sahagún, que ha realizado en este sentido un servicio mayor que ningún otro, describe con simple brevedad el rápido proceso de demolición. «Acogíamos a los hijos de los caciques», dice, «en nuestros colegios, donde les enseñábamos a leer, a escribir y a cantar. Los niños de los nativos más pobres eran reunidos en el patio y se les instruía en la fe cristiana. Después de la enseñanza uno o dos hermanos llevaban a los pupilos a algún *teocalli* vecino y trabajando en él por un par de días, lo derribaban. De esta manera demolieron en poco tiempo todos los templos aztecas, grandes y pequeños, *de tal manera que no quedara vestigio de ellos* » (*Historia General de las cosas de la Nueva España*, tom. III, p. 77). Este pasaje ayuda a explicar por qué sobreviven tan pocas reliquias arquitectónicas de los indios en México.

⁴⁴ «De esta manera que á mi juicio y verdaderamente serán bautizado en este tiempo que digo, que serán quince años, mas de nueve millones de ánimas de Indios», Toribio, *Historia de los Indios de Nueva España*, manuscrito, parte 2, cap. 3.

⁴⁵ Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 43. Humboldt, *Essai Politique*, tom. III, pp. 115, 145. *Exposición* de don Lucas Alamán (México, 1828), p. 59.

⁴⁶ «Pára que cada Navío traiga cierta cantidad de Plantas, y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la Poblacion, y perpetuacion de ella», *Relación Quarta* de Cortés, ap. Lorenzana, p. 397.

⁴⁷ «Item, que cualquier vesino que tubiere Indios de repartimiento sea obligado á poner en ellos en cada un año con cada cien Indios de los que tuvieren de repartimiento mil sarmientos, encogiendo la mejor que pudiese hallar», *Ordenanzas Municipales*, año 1524, manuscrito.

⁴⁸ *Ordenanzas Municipales*, año de 1524, manuscrito.

⁴⁹ «Tengo de ser causa, que Vuestra Cesarea Megestad sea en estas partes Señor de mas Reynos, y Señoríos que los que hasta hoy en nuestra Nación se tiene noticia», *Relación Quarta* de Cortés, ap. Lorenzana, p. 374.

⁵⁰ «Estimo en mucho a Hernando Cortés», exclama Oviedo, «como el más grande capitán y el más experimentado en cuestiones militares de los que he conocido, creo que esa opinión muestra que no era un gran cosmógrafo» (*Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 41). Oviedo vivió para ver su falacia.

⁵¹ Mártir, *Opus Epist.*, ep. 811.

⁵² *Relación Quarta de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 385.

⁵³ La ilusión en casa se mantenía en cierta medida por el deslumbrante despliegue de oro y joyas que remitían de tiempo en tiempo, trabajadas en formas imaginativas y a menudo fantásticas. Uno de estos artículos enviado a casa por Cortés era una pieza de artillería hecha de oro y plata de fina manufactura, cuyo metal únicamente costaba 25.500 *pesos de oro*. Oviedo, que la vio en palacio, habla

con admiración de este magnífico juguete. *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 41.

⁵⁴ Entre éstos se debe mencionar especialmente las Cartas de Alvarado y Diego de Godoy, transcritas por Oviedo en su *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito (lib. 33, caps. 42-44) y traducidas por Ramusio para su rica colección, *Viaggi*, tom. III.

⁵⁵ Véase, entre otras, sus órdenes para sus familiares, Francisco Cortés, *Instrucción Civil y Militar por la Expedición de la Costa de Colima*. El documento está fechado en 1524 y forma parte de la colección Muñoz de manuscritos.

⁵⁶ *Relación Cuarta de Cortés*, ap. Lorenzana, p. 371.

«Bien podemos asombrarnos», exclama su arzobispal editor, «que Cortés y sus soldados pudieran invadir y subyugar, en tan poco tiempo, países, muchos de ellos tan abruptos y de difícil acceso, que incluso en el día de hoy es difícil entrar en ellos», *ibid.*, nota.

Capítulo III

Deserción de Olid. Terrible marcha a Honduras. Ejecución de Guatemozin. Doña Marina. Llegada a Honduras. 1524-1526

En el último capítulo vimos cómo Cristóbal de Olid había sido enviado por Cortés para establecer una colonia en Honduras. La expedición terminó con consecuencias que no se habían previsto. Aturdido por el poder, Olid, al llegar a su destino, decidió reivindicar una jurisdicción independiente para sí mismo. Su distancia de México, se engañaba a sí mismo, podía permitirle hacerlo impunemente. No comprendió el carácter de Cortés cuando supuso que la distancia sería suficiente para proteger a un rebelde de su venganza.

Pasó mucho tiempo antes de que el general tuviera noticias de la deserción de Olid. Pero, en cuanto lo supo, envió a Honduras a un capitán de confianza, un familiar suyo, Francisco de las Casas, con instrucciones de arrestar al oficial en desobediencia. Las Casas naufragó en la costa y cayó en manos de Olid, pero al pasar el tiempo consiguió levantar una insurrección en el asentamiento, arrestar a Olid y decapitar al desgraciado delincuente en la plaza del mercado de Naco⁵⁷.

De estos sucesos, Cortés sólo tuvo noticia de lo relativo al naufragio de su lugarteniente. Vio todas las maliciosas consecuencias que podía provocar el ejemplo de Olid, especialmente si su deserción quedaba impune. Decidió tomar el asunto en sus propias manos y guiar una

expedición en persona a Honduras. De esa manera también podría determinar con una inspección personal los recursos del país, que tenían fama de ser grandes en cuanto a riqueza mineral y podría quizá determinar el punto de comunicación entre los grandes océanos que tanto tiempo había eludido los esfuerzos de los descubridores españoles. Aún se veía más urgido a ello por la incómoda situación en la que se encontraba últimamente en la capital. Desde la madre patria se habían enviado recientemente varios funcionarios con el ostensible propósito de administrar los ingresos coloniales. Pero servían como espías de la conducta del general, causándole muchas pequeñas molestias y enviando a la Corte informes maliciosos sobre sus propósitos y procedimientos. Cortés, en pocas palabras, ahora que había sido nombrado gobernador general del país, tenía menos poder real que cuando no tenía ningún nombramiento legal.

La fuerza de españoles que llevó consigo probablemente no excedía de cien a caballo y cuarenta, quizá cincuenta, a pie, a la que había que añadir unos tres mil ayudantes indios⁵⁸. Entre ellos estaban Guatemozin y el cacique de Tacuba, junto con otros pocos del más alto rango, cuya consideración entre sus compatriotas podía convertirles en el obvio núcleo alrededor del cual pudieran reunirse los descontentos. El séquito personal del general que constaba de varios pajes, hombres jóvenes de buena familia, y entre ellos Montejo, el futuro conquistador del Yucatán, un mayordomo y un maestresala, varios músicos, bailarines, juglares y bufones, puede parecer más propio de la afeminación de un sátrapa oriental, que del duro valor de un caballero español⁵⁹. Sin embargo, la acusación de afeminamiento queda suficientemente desmentida por la terrible marcha que realizaron.

El 12 de octubre de 1524, Cortés comenzó su marcha. A medida que descendía por la cordillera, se encontró con

muchos de sus antiguos compañeros de armas, que recibieron a su comandante con una sincera bienvenida, y algunos de ellos abandonaron sus propiedades para unirse a la expedición⁶⁰. Se detuvo en la provincia de Coatzacoalcos (Huasacualco), hasta que pudo obtener noticias de los nativos de Tabasco con respecto a su ruta. Le proporcionaron un mapa, mostrando los principales lugares donde los comerciantes indios que recorrían estas salvajes regiones tenían costumbre de parar. Con la ayuda de este mapa, una brújula y los guías que de vez en cuando podía recoger en su camino, se propuso atravesar el amplio y nivelado camino que forma la base del Yucatán y que se extiende desde el río Coatzacoalcos hasta la punta del golfo de Honduras. «Le ofreceré a su majestad», comienza en su célebre carta al emperador describiendo la expedición, «un relato, como de costumbre, de los sucesos más notables de mi viaje, cada uno de los cuales forma por sí mismo el tema de una narración aparte». Cortés no exageraba⁶¹.

El comienzo de la marcha llevaba por una llanura baja y pantanosa, cruzada por numerosos arroyuelos, que forman el nacimiento del río de Tabasco y de los otros ríos que desembocan al Norte en el golfo de México. Los arroyos menores se vadeaban o atravesaban en canoas, permitiendo que sus caballos los cruzaran a nado mientras ellos los llevaban de las riendas. Los ríos de mayor tamaño los cruzaban con puentes flotantes. Puede dar una idea de las dificultades a las que se enfrentaron en este camino, cuando se afirma que los españoles se vieron obligados a construir no menos de cincuenta de estos puentes en una distancia de menos de cien millas⁶². Uno de éstos medía más de novecientos pasos de largo. Sus problemas aumentaron enormemente por la dificultad de obtener sustento, ya que los nativos a menudo incendiaban las aldeas a su llegada, dejando a los aventureros, cansados del viaje, tan sólo una

pila de ruinas humeantes.

Sería inútil llenar la página con los nombres de las ciudades indias que encontró en su ruta el ejército, que pueden ser obsoletos ahora y que en cualquier caso nunca se abrieron paso en el mapa del país⁶³. El primer lugar de consideración al que llegaron fue Iztapan, agradablemente situado en medio de una fructífera región en las orillas de uno de los afluentes del río de Tabasco. Tal era la necesidad a la que se habían visto reducidos por el hambre y la fatiga los españoles en el curso de unas pocas semanas, que la visión de esta aldea en estas terribles soledades fue bienvenida por sus seguidores, dice Cortés, «con un grito de alegría que fue repetido por el eco en todo el bosque circundante». El ejército no se encontraba ahora muy lejos de la ciudad de Palenque, el objeto de tanta especulación en nuestra época. La aldea de *Las Tres Cruces*, ciertamente situada a unas veinte o treinta millas de Palenque, se dice que conmemora todavía el paso de los conquistadores con la existencia de tres cruces que éstos dejaron ahí. Sin embargo, no se hace ninguna alusión a la antigua capital. ¿Era entonces la morada de una populosa y floreciente comunidad que un día la ocupó, a juzgar por la extensión y magnificencia de sus restos? ¿O ya era incluso entonces un montón de desmoronadas ruinas, enterradas bajo una espesura de vegetación y, de esa manera, ocultas a la vista de los que la rodeaban? De ser lo primero, no se explica muy bien el silencio de Cortés.

Al abandonar Iztapan, los españoles se enfrentaron con un paisaje que tenía las mismas características de un terreno bajo y pantanoso, alterado ocasionalmente por parcelas cultivadas y cubierto con bosques de cedros y palo de Brasil que parecía completamente interminable. El follaje que colgaba proyectaba una sombra tan espesa que los soldados no podían ver dónde plantaban el pie⁶⁴. Para añadir otro más

a sus problemas, sus guías les abandonaron y cuando se subieron a las cimas de los árboles más altos tan sólo pudieron ver la misma línea interminable y poco alentadora de bosques agitándose. La brújula y el mapa eran las únicas pistas para sacarles de este sombrío laberinto y Cortés y sus oficiales, entre los que estaba el constante Sandoval, extendiendo su mapa en el suelo, estudiaban con ansiedad la posible dirección de su ruta. Sus escasas provisiones mientras tanto se habían terminado completamente y aplacaban las ansias del apetito con las raíces que podían desenterrar de la tierra o con las nueces y frutos que crecían en los árboles salvajes. Muchos enfermaron y entre los indios muchos cayeron por el camino y murieron de completa inanición.

Cuando finalmente las tropas salieron de estos funestos bosques, su camino quedaba cortado por un río de gran profundidad y mucho más ancho que cualquiera que hubieran cruzado hasta ese momento. Los soldados, descorazonados, rompieron en murmullos contra su comandante, que les estaba metiendo cada vez más dentro de una interminable espesura, donde terminarían enterrando sus huesos. En vano les animó Cortés a que construyeran un puente flotante que les llevara a la orilla opuesta del río. Parecía un trabajo de terrible magnitud, que sus escasas fuerzas no podían enfrentar. Tuvo más suerte en su llamamiento a los ayudantes indios, hasta que sus propios hombres, avergonzados por la rápida obediencia de éstos, se unieron al trabajo con una animosa buena voluntad que les permitió, aunque a punto de caer de fatiga, realizarla en cuatro días. Era realmente la única manera con la que podían tener esperanza de salir de esta peligrosa situación. El puente constaba de mil piezas de madera cada una con una anchura de un hombre y de sesenta pies de largo⁶⁵. Cuando consideramos que la madera estaba toda en pie en el

bosque antes de comenzar la labor, se debe admitir que fue un logro digno de los españoles. Las vigas bien unidas formaban una sólida estructura que nada, dice Cortés, excepto el fuego, podía destruir. Provocó la admiración de los nativos, que vinieron desde lejos para verlo y «el puente de Cortés» se mantuvo allí durante muchos años como un duradero monumento de la energía y la perseverancia de ese comandante.

La llegada del ejército a la orilla opuesta del río provocó nuevas dificultades. El terreno era tan blando y estaba tan saturado de agua, que los caballos se hundían hasta las cinchas y a veces al meterse en lodazales quedaban casi enterrados en el barro. Tan sólo pudieron sacarlos con gran dificultad cubriendo el terreno húmedo con hojas y ramas, cuando una corriente de agua que se abrió paso por entre el corazón de la ciénaga proporcionó a los agotados animales la posibilidad de efectuar la escapada nadando⁶⁶. A medida que los españoles salían de estas profundidades fangosas llegaban a un terreno ancho y elevado que por sus campos cultivados repletos de maíz, *ají*, o pimiento del país y de planta de *yuca*, indicaba que se acercaban a la fructífera provincia de Aculan. Era el comienzo de la cuaresma de 1525, un período memorable por un suceso del que ofreceré los detalles de la narración de Cortés.

El general fue informado en este lugar por uno de los indios conversos de su séquito de que Guatemozin junto con el cacique de Tacuba y algunos otros de los principales nobles indios habían comenzado una conspiración para masacrar a los españoles. Aprovecharían el momento en que el ejército estuviera ocupado en el paso de un desfiladero o en alguna terrible ciénaga como aquella de la que acababan de escapar, donde, en desventaja, serían fácilmente dominados por el mayor número de mexicanos. Después del asesinato de las tropas, los indios continuarían su marcha

hasta Honduras y detendrían los asentamientos españoles allí. Su éxito daría lugar a un levantamiento en la capital y en realidad en todo el país, hasta que exterminaran al último español y se apoderaran de los barcos en los puertos y de esa manera evitar que las noticias se extendieran a través del mar.

En cuanto Cortés supo los detalles de esta formidable trama arrestó a Guatemozin y a los principales señores aztecas en su séquito. Éstos admitieron el hecho de la conspiración, pero alegaron que había sido Guatemozin el que la había planeado y que ellos habían rechazado participar en ella. Guatemozin y el señor de Tacuba ni admitieron ni negaron la verdad de la acusación, sino que mantuvieron un obstinado silencio. Tal es la afirmación de Cortés⁶⁷. Sin embargo, Bernal Díaz, que estaba presente en la expedición, nos asegura que tanto Guatemozin como el cacique de Tacuba se declararon inocentes. Dijeron que, ciertamente, habían hablado juntos, más de una vez, de los sufrimientos que estaban padeciendo y habían dicho que la muerte era preferible a ver a tantos de sus seguidores muriendo diariamente a su alrededor. También admitieron que algunos aztecas habían estado discutiendo un proyecto de levantamiento contra los españoles, pero Guatemozin les puso freno desde el primer momento, y sin su conocimiento y consentimiento ningún plan parecido podría haberse puesto en práctica⁶⁸. Estas protestas no les sirvieron de nada a los desafortunados príncipes, y Cortés, quedándose satisfecho con su culpabilidad, o fingiendo que lo hacía, ordenó su inmediata ejecución.

Al ser llevado ante el fatídico árbol, Guatemozin desplegó el intrépido espíritu digno de sus mejores días. «Sabía lo que era», dijo, «confiar en tus falsas promesas, Malinche. Sabía que me habías sentenciado a este destino, ya que no caí por mi propia mano cuando entraste en mi ciudad de

Tenochtitlan. ¿Por qué me asesinas de forma injusta? Responderás ante Dios»⁶⁹. El cacique de Tacuba, alegando su inocencia, declaró que no deseaba nada más que morir junto a su señor. Los desgraciados príncipes, junto con algunos de sus nobles inferiores (ya que su número se desconoce) fueron ejecutados colgados de las enormes ramas de una *ceiba* que daba sombra sobre la carretera⁷⁰.

Tal fue el triste final de Guatemozin, el último emperador de los aztecas, por no decir «el último azteca», ya que, a partir de este momento, con su espíritu quebrado y sin una cabeza, el resto de la nación se resignó, casi sin oposición, al severo yugo de sus opresores. Entre los nombres de los príncipes bárbaros hay pocos que merezcan un lugar más alto en los anales que Guatemozin. Era joven y su carrera pública no fue larga, pero sí gloriosa. Fue llamado al trono en la época convulsa en que la monarquía expiraba, cuando las naciones unidas del Anáhuac y los fieros europeos rugían a las puertas de la capital. Era un puesto de enorme responsabilidad, pero la conducta de Guatemozin justificó plenamente su elección para ocuparlo. Nadie puede evitar su admiración ante el intrépido espíritu que pudo prolongar la defensa de su ciudad, mientras que no quedaba piedra sobre piedra y nuestras simpatías en ese momento caen inevitablemente más del lado de la balanza del rudo jefe que lucha por la libertad de su país, que del de su civilizado y victorioso antagonista⁷¹.

Al repasar las circunstancias de la muerte de Guatemozin no se le puede dar mucho peso a la acusación de conspiración que se le imputaba. Que los indios, al rumiar sobre sus actuales calamidades y sufrimientos, hubieran hablado alguna vez de venganza no hubiera sido sospechoso. Pero que Guatemozin hubiera comenzado o siquiera sancionado cualquier quimérico plan de insurrección como el mencionado anteriormente, es enormemente improbable.

La explicación que dio el príncipe del asunto, tal y como la ofrece Díaz, merece por lo menos el mismo crédito que la acusación del in formador indio⁷². La falta de testimonios y la distancia en el tiempo nos hacen difícil, hoy en día, dirimir la cuestión. Tenemos un criterio más seguro en la opinión de aquellos que fueron testigos de la transacción. Aparece en boca del viejo cronista tantas veces citado: «La ejecución de Guatemozin», dice Díaz, «fue de lo más injusta, y todos pensamos mal de ella»⁷³.

La explicación más probable del asunto parece ser que Guatemozin era un cautivo problemático y ciertamente formidable. Eso se puede inferir de la carta del propio Cortés al emperador⁷⁴. El caído soberano de México, por la ascendencia de su carácter, así como por su anterior rango, mantenía su influencia entre sus compatriotas, lo que hubiera permitido con un soplo, como si dijéramos, convertir su animosidad atenuada, aunque no extinta, en rebelión. Los españoles durante los primeros años de la conquista vivían en constante temor de un alzamiento de los aztecas. Esto es evidente por numerosos pasajes en los escritos de la época. Bajo este temor, consintió Cortés en embarcarse junto con su cautivo real en esta terrible expedición. Y le tenía tanta desconfianza, que, incluso estando todavía en México, no montaba en bote alguno o se alejaba a mucha distancia, según Gómara, sin que le acompañara Guatemozin⁷⁵.

Dos personas que estaban en tales relaciones entre sí tan sólo podía ser objeto de la mutua desconfianza y aversión. La triste condición de los españoles en la actual marcha, que les exponía en alto grado a un repentino ataque de sus astutos vasallos, aumentó las sospechas de Cortés. Predispuesto de esta manera a pensar mal de Guatemozin, el general prestó oído a la primera acusación contra él. Las acusaciones se convirtieron en pruebas y la condena siguió

inmediatamente a los cargos. Con un solo golpe se propuso librarse a sí mismo y al estado de un peligroso enemigo, el más peligroso, ya que era un enemigo encubierto. De haber consultado su propio honor y su buen nombre, la cabeza de Guatemozin hubiera sido la última sobre la que hubiera permitido que recayera daño alguno. «Le tenía que haber alabado», por tomar el campechano símil de su encomiasta Gómara, «como oro en paño, el mejor trofeo de sus victorias»⁷⁶.

Cualesquiera que fueran los verdaderos motivos de su conducta en este asunto, parece que dejó la mente de Cortés muy intranquila. Durante mucho tiempo estuvo de mal humor e irritado y le costaba dormir por la noche. En una ocasión estaba caminando por la habitación superior de un *teocalli* en el que se alojaba, perdió pie en la oscuridad y cayó desde una altura de doce pies al suelo, lo que le produjo una grave contusión en la cabeza, algo demasiado evidente como para ocultarlo, aunque intentó, comenta el cotilla Díaz, disimularlo lo mejor que pudo ante los soldados⁷⁷.

Poco después de la triste escena de la ejecución de Guatemozin, las cansadas tropas entraron en la ciudad principal de la gran provincia de Aculan, una próspera comunidad de comerciantes, que llevaban a cabo un provechoso comercio con las regiones más lejanas de América central. Cortés señala en términos generales la excelencia y belleza de sus edificios y la hospitalaria recepción que experimentó por parte de sus habitantes.

Después de renovar fuerzas en estos alojamientos, los españoles abandonaron la capital de Aculan, cuyo nombre se puede encontrar en el mapa, y continuaron el trabajoso camino en dirección a lo que hoy en día se llama lago de Petén. En ese momento era propiedad de una tribu emigrante de la fuerte familia maya y su capital se encontraba en el lago, «con sus casas y sus elevados *teocallis*

brillando al sol», dice Bernal Díaz, «de tal forma que se la podía ver a una distancia de dos leguas»⁷⁸. Estos edificios, contruidos por una de las razas del Yucatán, desplegaban sin duda las mismas peculiaridades de construcción que los restos que todavía se pueden ver en la notable península. Pero por muchos que fueran sus méritos arquitectónicos quedan despachados con una frase por los conquistadores.

Los habitantes de la isla mostraron un espíritu amigable y una docilidad distinta del temperamento guerrero de sus compatriotas del Yucatán. Escucharon voluntariamente a los misioneros españoles que acompañaban a la expedición mientras éstos exponían las doctrinas cristianas a través de la interpretación de Marina. La intérprete india estuvo presente a lo largo de toda esta larga marcha, la última en la que estuvo junto a Cortés. Como también será esta la última vez que aparecerá en estas páginas; mencionaré antes de despedirme de ella una circunstancia interesante que ocurrió cuando el ejército atravesaba la provincia de Coatzacoalcos. Ésta, como se recordará, era la provincia natal de Marina, donde su infame madre la vendió cuando era una niña a unos comerciantes extranjeros, para asegurar la herencia a un hermano menor. Cortés se detuvo allí algunos días para mantener una conferencia con los caciques de los alrededores sobre temas de gobierno y religión. Entre los convocados a esta reunión estaba la madre de Marina, que vino acompañada de su hijo. En cuanto aparecieron, todos quedaron sorprendidos por el gran parecido del cacique con su hija. Las dos partes se reconocieron mutuamente, aunque no se habían visto desde su separación. La madre, aterrorizada, se imaginó que la habían traído a una trampa para castigar su conducta inhumana. Pero Marina corrió inmediatamente a su lado e intentó aplacar sus miedos, asegurándole que no sufriría daño y dirigiéndose a los presentes dijo «que estaba segura de que su madre no sabía

lo que hacía cuando la vendió a los mercaderes y que la perdonaba». Después, abrazando tiernamente a su inhumano pariente, le dio las joyas y pequeños ornamentos que llevaba puestos para ganar, al parecer, su afecto perdido. Marina añadió que «se sentía mucho más feliz que antes, ahora que había sido instruida en la fe cristiana y había abandonado el sangriento rito de los aztecas»⁷⁹.

En el curso de la expedición a Honduras, Cortés entregó a Marina a un caballero castellano, don Juan de Zamarrillo, con quien se casó como su legítima esposa. Se le asignaron propiedades en su provincia natal, donde probablemente pasó el resto de sus días. A partir de este momento el nombre de Marina desaparece de las páginas de la historia. Pero los españoles lo han mantenido siempre en agradecido recuerdo, por la importante ayuda que les prestó en la realización de la conquista mientras que los nativos por la amabilidad y simpatía que les mostró en sus desgracias. Más de una balada india conmemora las graciosas virtudes de Malinche, su epíteto azteca. Todavía hoy en día, su espíritu, si los informes son ciertos, vigila la capital que ayudó a tomar y los campesinos quedan admirados de vez en cuando por la aparición de una princesa india, entrevista débilmente a través de las sombras de la tarde revoloteando entre los bosques y grutas de la colina real de Chapoltepec⁸⁰.

Del conquistador Marina tuvo un hijo, don Martín Cortés. Ascendió a gran consideración y fue nombrado *comendador* de la orden de Santiago. Posteriormente se le acusó de planes de traición contra el gobierno y ni los extraordinarios servicios de su padre, ni sus propios méritos, le pudieron proteger de una cruel persecución. En 1568, el hijo de Hernando Cortés fue vergonzosamente sometido a tortura en la misma capital que su padre había ganado para la corona castellana.

Los habitantes de la isla de Petén (para volver de nuestra

digresión) escucharon con atención la predicación de los frailes franciscanos y consintieron en demoler inmediatamente sus ídolos y erigir una cruz entre sus ruinas⁸¹. Una circunstancia singular muestra el valor de estas aceleradas conversiones. Cortés, al partir, dejó entre este pueblo amistoso uno de sus caballos que había quedado impedido por una herida en la pata. Los indios sentían una reverencia por el animal, conectada en cierto modo con el misterioso poder de los hombres blancos. Cuando sus visitantes se fueron le ofrecieron flores al caballo y, según se dice, le prepararon muchos platos sabrosos de carne de aves, como hubieran administrado a sus propios enfermos. Bajo esta extraordinaria dieta, el pobre animal languideció y murió. Los atemorizados indios elevaron su efigie en piedra y, colocándola en uno de los *teocallis*, la rindieron homenaje como a una deidad. En 1618, cuando dos frailes franciscanos llegaron para predicar el evangelio en estas regiones, poco más conocidas por los españoles en ese momento que antes de la llegada de Cortés, uno de los objetos más notables que encontraron fue esta estatua de un caballo que recibía el homenaje de los adoradores indios como el dios del trueno y el relámpago⁸².

Sería tedioso contar todos los peligros y apuros que sufrieron los españoles durante el resto de su viaje. Sería repetir los incidentes de la anterior narración, los mismos obstáculos en su camino, las mismas terribles condiciones de hambre y fatiga, calamidades más cansinas para el espíritu que los encuentros con el enemigo, que, si bien más peligrosos, también son más excitantes. Es más fácil luchar contra los hombres que contra la naturaleza. Sin embargo, no debería omitir el pasaje de *Sierra de los Pedernales*, que, aunque tan sólo medía veinticuatro millas de largo, les llevó un mínimo de doce días en cruzarla. Las afiladas piedras destrozaron las patas de los caballos, al mismo tiempo que

muchos se perdieron al caer por los precipicios y barrancos, de tal manera que cuando llegaron al otro lado, habían perecido sesenta y ocho de estos valiosos animales y el resto estaban en una condición inservible en su mayor parte⁸³.

La temporada de lluvias había llegado y torrentes de agua, cayendo día y noche, empaparon a los aventureros hasta los huesos, lo que se sumó duramente a sus calamidades. Los ríos, crecidos más allá de su volumen habitual, se lanzaban con un terrible ímpetu que desafiaba la construcción de los puentes, y tan sólo con la mayor dificultad y tendiendo troncos de árboles de una enorme roca a otra, de las que estos arroyos estaban repletos, realizaron el peligroso paso a la orilla opuesta⁸⁴.

Finalmente, el destrozado séquito se acercó al Golfo Dolce, al comienzo de la bahía de Honduras. Su ruta no debió pasar muy lejos de la ciudad de Copán, la célebre ciudad cuyas ruinas arquitectónicas han proporcionado un modelo tan noble para el lápiz de Catherwood. Pero los españoles lo pasaron en silencio. Sin embargo, no nos podemos asombrar de que en este momento de la empresa pasaran sin fijarse en la cercanía de una ciudad en la espesura, aunque era tan gloriosa como la capital de Zenobia, ya que prácticamente habían llegado a los asentamientos españoles, el objetivo de su largo y trabajoso peregrinaje.

El lugar al que se estaban aproximando ahora era Naco o San Gil de Buena Vista, un asentamiento español en el Golfo Dolce. Cortés avanzó con cautela, preparado para caer sobre la ciudad por sorpresa. Había mantenido su marcha con el firme paso del indio norteamericano, que, después de atravesar ciénagas y montañas y los bosques más intrincados, guiado por el espíritu de venganza, sigue adelante hacia su objetivo y que una vez que ha llegado se lanza inmediatamente sobre su desprevenida víctima. Antes

de que Cortés realizara el asalto, sus exploradores, afortunadamente, se encontraron con algunos habitantes del lugar de los que recabaron las noticias de la muerte de Olid y del reestablecimiento de su autoridad. Cortés, por tanto, entró en el lugar como un amigo y fue cordialmente recibido por sus compatriotas, enormemente asombrados, dice Díaz, «por la presencia entre ellos del general tan renombrado a lo largo de estos países»⁸⁵.

La colonia estaba sufriendo en este momento de hambre y en poco tiempo se vio reducida a tal extremo que las tropas hubieran probablemente encontrado su tumba en el mismo sitio hacia al que habían mirado como el objetivo de sus trabajos, de no ser por la oportuna llegada de un barco con provisiones de Cuba. Con una perseverancia que nada podía arredrar, Cortés examinó el país circundante y pasó un mes más explorando deprimentes ciénagas repletas de enfermizas exhalaciones e infectadas con fiebres biliosas y con bandadas de venenosos insectos que no dejaban descansar ni de día ni de noche. Finalmente, embarcó con una parte de sus fuerzas a bordo de dos bergantines y, después de tocar uno o dos puertos en la bahía, ancló en Trujillo, el principal asentamiento en la costa. El oleaje era demasiado alto para que pudiera desembarcar, pero los habitantes, rebosantes de alegría con su llegada, se lanzaron a las aguas poco profundas y con entusiasmo devolvieron al general en brazos a la orilla⁸⁶.

Después de haber recuperado las fuerzas y los ánimos de sus hombres, el infatigable comandante se preparó para una nueva expedición, cuyo objetivo era explorar y someter la extensa provincia de Nicaragua. Es fácil sentirse asombrado ante el aventurero espíritu del hombre, que sin doblegarse por los terribles sufrimientos de su reciente marcha, se preparaba tan pronto para otra empresa igualmente terrible. Es difícil en esta época de sobrio sentido concebir el carácter

de un caballero castellano del siglo VXI, para el que hubiera sido difícil encontrar un digno homólogo en cualquier otra nación, incluso en esa época, o realmente en cualquier lugar excepto en esos relatos de caballería que, por muy salvajes y extravagantes que puedan parecer, eran mucho más fieles al carácter que a la situación. Tan sólo la excitación de explorar lo extraño y lo desconocido era compensación suficiente para el aventurero español por todos sus trabajos y padecimientos. Parece haber sido preparado por la providencia que una raza de hombres así existiera al mismo tiempo que el descubrimiento del nuevo mundo, que se sacaran a la luz esas regiones llenas de peligros y dificultades tan terroríficas que hubieran intimidado y desanimado al espíritu ordinario de aventura. Sin embargo, Cortés, aunque lleno de este espíritu, se proponía fines más nobles que los del mero y vulgar aventurero. En la expedición de Nicaragua se proponía, como había hecho en la de Honduras, establecer los recursos del país en general y sobre todo la existencia de la comunicación entre los grandes océanos en sus límites. Si no existía, al menos demostraría este hecho, cuyo conocimiento, tomando prestadas sus palabras, era casi igual de importante.

El general se propuso a sí mismo el objeto de aumentar el imperio colonial de Castilla. La conquista de México era sólo el comienzo de una serie de conquistas. Para el guerrero que había conseguido esto nada parecía imposible y prácticamente nada lo hubiera sido de haber estado convenientemente apoyado. No es imaginar demasiado ver al conquistador de México avanzando por las provincias del vasto istmo, Nicaragua, Costa Rica y Darién, hasta plantar su victorioso estandarte en las orillas del golfo de Panamá, y mientras que allí lo agitaban las brisas del dorado sur, tierra de incas, verle reuniendo informaciones de esta tierra como para estimularle a llevar sus armas aún más lejos y anticipar,

quizá, la espléndida carrera de Pizarro.

Pero fue sacado de estos sueños de ambición repentinamente por noticias que le convencieron de que su ausencia en México se había prolongado demasiado y que tenía que volver sin demora si quería salvar la capital o el país.

Notas al pie

⁵⁷ *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

⁵⁸ *Carta de Albornos*, manuscrito, México, 15 dic. 1525. *Carta Quinta* de Cortés.

Las autoridades no se ponen de acuerdo exactamente sobre los números, que probablemente fueron cambiando a cada paso que daban en su marcha por la meseta.

⁵⁹ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 174.

⁶⁰ Entre éstos estaba el capitán Díaz, que, sin embargo, abandonó la agradable granja que ocupaba en la provincia de Coatzacoalcos de mal talante para acompañar la expedición. «Pero Cortés lo ordenaba y no nos atrevíamos a decir que no», dice el veterano. *Ibid.*, cap. 175.

* En español en el original. (N. del T.)

⁶¹ Esta célebre carta, que nunca se ha publicado, se designa normalmente como la *Carta Quinta* de Cortés. Su longitud es prácticamente la misma que la más larga de las otras cartas impresas del conquistador, está escrita en el mismo estilo claro, simple y eficiente y tan llena de interés como cualquiera de las precedentes. Ofrece una detallada narración de la expedición a Honduras, junto con acontecimientos que ocurrieron el año siguiente. No lleva fecha, pero fue probablemente escrita ese año desde México. El manuscrito original se encuentra en la biblioteca imperial de Viena, ya que como el cetro de Alemania lo blandió por un tiempo la misma mano que el castellano, contiene muchos documentos de valor para la ilustración de la historia de España.

⁶² «Es tierra muy baja y de muchas sienagas, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar, ni se sirve sino de canoas, y con pasarla yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida de ella, que puede aver veinte leguas, se hizieron mas de cinquenta puentes, que sin se hazer, fuera imposible pasar», *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito.

⁶³ He examinado algunos de los mapas más antiguos del país, elaborados por los cosmógrafos españoles, franceses y holandeses, para determinar la ruta de Cortés. En la universidad de Harvard se puede encontrar una inestimable colección de estos mapas, realizada por el erudito alemán Ebeling. Tan sólo he podido localizar en ellos cuatro o cinco de los lugares indicados por el general. Son los lugares mencionados en el texto, aunque pocos pueden servir para mostrar la dirección general de la marcha del ejército.

⁶⁴ «Donde se ponian los pies en el suelo açia arriba la claridad del cielo no se veia, tanta era la espesura y alteza de los árboles, que aunque se subian en algunos, no podian descubrir un tiro de piedra», *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito.

⁶⁵ «Porque lleva mas de mil bigas, que la menor es casi tan gorda como un

cuerpo de un hombre, y de nueve y diez brazas de largo», *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito.

⁶⁶ «Pasada toda la gente y cavallos de la otra parte delalcon dímos luego en una gran çienaga, que durava bien tres tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamas las gentes viéron, donde todos los cavallos desensillados se sumieron hasta las orejas sin parecerse otra cosa, y querer forcejear á salir, sumianse mas, de manera que allí perdímos la esperanza de poder escapar cavallos ningunos, pero todavía comenzamos á trabajar y componerles haçes de yerba y ramas grandes de bajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediávanse algo, y andando trabajando y yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio de un calejon de agua y cieno, que los cavallos comanzáron algo á nadar, y con esto plungo á nuestro Señor que salieron todos sin peligro ninguno», *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito.

⁶⁷ *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito.

⁶⁸ *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 177.

⁶⁹ *Ibid.*, *ubi supra*.

⁷⁰ Según Díaz, tanto Guatemozin como el príncipe de Tacuba habían abrazado la religión de sus conquistadores y fueron confesados por un fraile franciscano antes de su ejecución. La misma autoridad nos asegura además «que eran, *para los indios*, muy buenos cristianos y creían bien y sinceramente» (*ibid.*, *loc. cit.*). A uno le vienen a la cabeza las últimas horas de Caupolicán, convertido al cristianismo por los mismos hombres que le ataron a la estaca. Véase la escena pintada con el aterrador colorido de un maestro en la Araucana, canto 34.

⁷¹ La bella esposa de Guatemozin, la princesa de Tecuichpo, la hija de Montezuma, vivió mucho tiempo después de su muerte para dar su mano a tres castellanos, todos de ascendencia noble (véase *Ante*, pp. 511, nota 52). Se la describe como tan bien instruida en la fe católica como cualquier mujer de Castilla, enormemente graciosa y encantadora en sus modales y como mujer que contribuyó enormemente con su ejemplo y gracias al respeto que inspiraba en los aztecas a la pacificación del país conquistado. Este agradable retrato, bien merece la pena señalar, proviene de su marido Don Thoan Cano.

⁷² Los cronistas indios relatan la pretendida conspiración de Guatemozin como una invención de Cortés. El mismo informador posteriormente torturado por el cacique de Texcoco declaró que no había revelado nada parecido al comandante español. Ixtlilxochitl apuesta por la verdad de esta historia (*Venida de los Españoles*, pp. 83-93). ¿Pero quién apostaría por Ixtlilxochitl?

⁷³ «Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 177.

⁷⁴ «Guatemazin, Señor que fué de esta Ciudad de Temixtitan, á quien yo

después que la gané he tenido siempre preso, teniéndole por hombre bullicioso, y le llevé conmigo», *Carta Quinta*, manuscrito.

⁷⁵ «Y le hacian aquella mesma reverencia, i ceremonias, que á Moctezuma, i creo que por eso le llevaba siempre consigo por la Ciudad á Caballo, si cabalgaba, i sino á pie como él iba», *Crónica de Nueva España*, cap. 170.

⁷⁶ «I Cortés debiera guardarlo vivo, como Oro en paño, que era el triumpho, i gloria de sus Victorias», *Crónica de Nueva España*, cap. 170.

⁷⁷ *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, ubi supra.*

⁷⁸ *Ibid.*, cap. 178.

⁷⁹ Díaz, que estaba presente, atestigua la veracidad de esta versión con el más solemne juramento. «Y todo esto que digo, se lo oí muy certificadamente y se lo juro amen», *ibid.*, cap. 37.

⁸⁰ *Life in Mexico*, let. 8.

El imparcial autor no pretende haber sido honrado con una visión de la aparición.

⁸¹ Villagutierre dice que los Iztacs, por cuyo nombre eran conocidos los habitantes de estas islas, no destruyeron sus ídolos mientras los españoles estuvieron ahí [*Historia de la Conquista de la Provincia de Itza* (Madrid, 1701), pp. 49, 50]. El historiador se equivoca, ya que Cortés afirma expresamente que las imágenes fueron destrozadas y quemadas en su presencia. *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

⁸² El hecho lo recoge Villagutierre, *Conquista en el Itza*, pp. 100-102, y Cojullado, *Historia de Yucatán*, lib. I, cap. 16.

⁸³ «Y querer dezir la aspereza y fragosidad de este Puerto y sierras, ni quien lo dixese lo sabria significar, ni quien lo oyese podria entender, sino que sepa V. M. Que en ocho leguas que duró hasta este puerto estuvimos en las andar doze dias, digo los postreros en llegar al cabo de él, en que murieron sesenta y ocho cavallos despeñados y desxaretados, y todos los demas vinieron heridos y tan lastimados que no pensámos aprovecharnos de ninguno», *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

⁸⁴ «Si algún pobre desgraciado se aturdía en su paso», dice Cortés, «caía inevitablemente en el abismo y perecía. Hubo más de veinte de estos terribles pasos», *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

⁸⁵ «Espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés q tan nombrado era en todas estas partes de las Indias, y en Castilla, no sabi-a que se hazer de placer», *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 179.

⁸⁶ *Ibid.*, cap. 179 et seq. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 8, caps. 3, 4. *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

Capítulo IV

Tumultos en México. Regreso de Cortés. Desconfianza de la Corte. Cortés regresa a España. Muerte de Sandoval. Brillante recepción de Cortés. Se le confieren honores. 1526-1530

La información a la que hacíamos referencia en el capítulo anterior se la transmitió a Cortés en una carta el licenciado Zuazo, uno de los funcionarios a quien el general había encomendado la administración del país durante su ausencia. Contenía todos los detalles de los tumultuosos acontecimientos en la capital. En cuanto Cortés lo abandonó, saltaron las disensiones entre los diferentes miembros del gobierno provisional. El desgobierno aumentó a medida que su ausencia se prolongaba. Finalmente, se recibieron noticias de que Cortés junto con todo su ejército había perecido en las ciénagas de Chiapas. Los miembros del gobierno no mostraron ningún reparo en dar crédito a esta historia. Hicieron abiertamente ostentación de su autoridad, proclamaron la muerte del general, celebraron ceremonias funerarias en su honor, tomaron posesión de sus propiedades donde quiera que la encontraron, dedicando píamente una pequeña parte de lo recaudado a encargar misas por su alma, mientras que el resto se utilizó para pagar lo que se llamó su deuda con el Estado. Se apropiaron de igual manera de la propiedad de otras personas embarcadas en la expedición. De estos ultrajes pasaron a otros contra los españoles residentes en la ciudad, hasta que los misioneros franciscanos abandonaron la capital

disgustados, mientras que la población india estaba tan duramente oprimida que había grandes temores de un levantamiento general. Zuazo, que comunicó estas noticias, imploraba a Cortés que volviera rápidamente. Era un hombre moderado y la oposición que había mostrado a estas medidas tiránicas de sus camaradas le había valido el exilio⁸⁷.

El general, enormemente alarmado por este relato, vio que no le quedaba más alternativa que abandonar sus planes de conquista y volver inmediatamente si quería mantener el imperio que había ganado. Por tanto, adoptó las medidas necesarias para fundar la administración de las colonias en Honduras y embarcó con un pequeño número de servidores para México.

No llevaba mucho en el mar cuando se encontró con una terrible tempestad que dañó seriamente su barco y le obligó a volver a puerto para hacer reparaciones. Un segundo intento resultó igualmente un fracaso, y Cortés, sintiendo que su buena estrella le había abandonado, vio en este repetido desastre un indicio del cielo de que no iba a volver⁸⁸. Se contentó, por tanto, con enviar a un mensajero de confianza para informar a sus amigos de que estaba sano en Honduras. Después organizó procesiones y rezos públicos para determinar la voluntad del cielo y para aplacar su furia. Su salud mostró en este momento los efectos de sus recientes sufrimientos y cayó bajo una devastadora fiebre. Su ánimo se hundió con él y cayó en un estado de sombrío abatimiento. Bernal Díaz, hablando de él en esta época, dice que nada podía ser más pálido y consumido que su persona y que estaba tan poseído por la idea de su cercano final que se consiguió un hábito de franciscano, ya que era común que se amortajara a los muertos con el hábito de alguna de las órdenes monásticas, para ser enterrados⁸⁹.

De esta deplorable apatía Cortés salió gracias a nuevos consejos para que acelerara su presencia en México y a los

sensatos esfuerzos de su buen amigo Sandoval, que acababa de volver hacía poco de una incursión al interior. Gracias a su persuasión, el general consintió en probar fortuna de nuevo en el mar. Se embarcó a bordo de un bergantín con unos pocos seguidores y se despidió de las desastrosas orillas de Honduras el 25 de abril de 1526. Casi había llegado a las costas de Nueva España cuando un fuerte temporal le sacó de su curso y le empujó a la isla de Cuba. Después de estar un tiempo allí para recuperar sus exhaustas fuerzas, zarpó de nuevo el 16 de mayo, y en ocho días tomó tierra cerca de San Juan de Ulúa, desde donde fue a pie unas cinco leguas hasta Medellín.

Cortés estaba tan cambiado por la enfermedad que no era fácilmente reconocible. Pero en cuanto se supo que el general había vuelto, muchedumbres de gente, blancos y nativos, se juntaron de toda la región circundante para recibirle. Las noticias se extendieron a lo ancho y largo como el viento y su llegada a la capital fue un paseo triunfal. Los habitantes venían de una distancia de ocho leguas para verle y se felicitaban mutuamente por la presencia del único hombre que podía rescatar al país de su estado de anarquía. Fue una resurrección de entre los muertos. Tan diligentemente habían circulado los informes de su muerte y tan generalmente habían sido creídos⁹⁰.

En todas las grandes ciudades donde se detuvo fue suntuosamente recibido. Se instalaron arcos triunfales cruzando la carretera y las calles se cubrieron de flores a su paso. Después de una noche de descanso en Texcoco, hizo su entrada en la capital con gran pompa. El ayuntamiento salió a recibirle y una brillante cabalgata de ciudadanos armados formó su escolta, mientras que el lago se cubría de barcas indias, todos curiosamente vestidos con sus vestidos de gala como en el día de su primera llegada entre ellos. Las calles resonaban con música, bailes y sones de celebración a

medida que la procesión seguía su camino hacia el gran convento de San Francisco, donde se celebraba una misa de acción de gracias por el regreso del general, que después tomó aposento de nuevo en su señorial residencia⁹¹. Era junio de 1526, cuando Cortés volvió a entrar en México, casi dos años habían pasado desde que lo abandonara iniciando su difícil marcha a Honduras, una marcha que no le llevó a importantes resultados, pero que consumió prácticamente el mismo tiempo y terminó con sufrimientos casi tan terribles como los de la propia conquista de México⁹².

Cortés no abusó de su actual ventaja. Ciertamente, estableció medidas contra sus enemigos, pero las siguió de forma tan lánguida como para incurrir en la acusación de debilidad. Es el único caso en que ha sido acusado de debilidad y como se trataba de la acusación de sus propias afrentas puede pensarse que no proyecta ningún descrédito sobre su carácter⁹³.

Pero no se le permitió que disfrutara mucho tiempo de las mieles del triunfo. En el mes de julio recibió noticias de la llegada de un *juez de residencia** a la costa enviado por la Corte de Madrid para supervisarle temporalmente en el gobierno. A la corona de Castilla, a medida que se extendía su imperio colonial, le resultaba cada vez más difícil vigilar su administración. Se veía obligada, por tanto, a poner vastos poderes en manos de los virreyes y, como la sospecha comúnmente acompaña a la debilidad, siempre estaba dispuesta a escuchar acusaciones contra estos poderosos vasallos. En tales casos el gobierno adoptaba la solución de enviar un comisionado o *juez de residencia* con autoridad para investigar la conducta del acusado, para suspenderle mientras tanto de sus obligaciones y, después de un examen judicial, reinstalarle en él o destituirle directamente según el veredicto del proceso. Los enemigos de Cortés habían estado ocupados durante un tiempo en minar su influencia en la

Corte y en infundir sospechas sobre su lealtad en el pecho del emperador. Desde su ascensión al gobierno del país habían redoblado su maliciosa actividad y atacaban su estimación pública con las imputaciones más estúpidas. Le acusaban de apropiarse del oro de la corona para sus propios usos y especialmente de esconder los tesoros de Montezuma. Se decía que había hecho falsos informes de las provincias que había conquistado para poder defraudar al erario público sus legítimos ingresos. Que había distribuido los principales cargos entre sus propios subalternos y había obtenido una influencia sin límites, no sólo sobre los españoles, sino sobre los nativos, quienes estaban todos dispuestos a obedecer sus órdenes. Había gastado grandes sumas en fortificar tanto la capital como su propio palacio y era evidente, por la magnitud de sus planes y de sus preparativos, que planeaba romper la alianza y establecer un reino independiente en Nueva España⁹⁴.

El gobierno, enormemente alarmado ante estos preocupantes cambios cuya veracidad no podía estimar, designó un comisionado con plenos poderes para investigar el asunto. La persona elegida para este delicado puesto fue Luis Ponce de León, un hombre de alta familia, joven para un puesto como éste, pero de juicio maduro y distinguido por su moderación y equidad. El nombramiento de un ministro como él muestra que la Corona quería tratar con justicia a Cortés.

El emperador escribió al mismo tiempo de su puño y letra al general anunciándole este paso y asegurándole que no se tomaba por desconfianza de su integridad, sino para proporcionarle la oportunidad de poner esa integridad fuera de toda duda ante el mundo⁹⁵.

Ponce de León llegó a México en julio de 1526. Fue recibido por Cortés y el Ayuntamiento de la ciudad con todo el respeto, y las dos partes intercambiaron cortesías que

auguraban que los procedimientos futuros se llevarían a cabo en un espíritu de armonía. Desgraciadamente, este buen comienzo fue malogrado por la muerte del comisionado a las pocas semanas de llegar, una circunstancia que no tardó en proporcionar otra causa en la detestable masa de acusaciones vertidas sobre Cortés. El comisionado cayó víctima de una fiebre maligna que se llevó a unos cuantos de los que habían llegado con él en el barco⁹⁶.

En su lecho de muerte, Ponce de León delegó su autoridad a un enfermizo anciano, que le sobrevivió unos pocos meses y pasó las riendas del gobierno a una persona llamada Estrada o Strada, el tesorero real, uno de los oficiales enviados desde España para encargarse de las finanzas y que era personalmente hostil a Cortés. Los residentes españoles querían convencer a Cortés de que se asegurara por lo menos una parte idéntica de la autoridad, a la que consideraban que Estrada no tenía derecho por no tener título suficiente. Pero el general, con singular moderación, declinó una lucha en esta materia y decidió atenerse a órdenes más claras de la voluntad de su soberano. Para su mortificación, el nombramiento de Estrada fue confirmado y este dignatario rápidamente se las ingenió para infligir a su rival todas las molestias mediante las que una mente mezquina en posesión de un poder inesperado intenta hacer notar su superioridad sobre una mente superior. Las recomendaciones de Cortés no se tuvieron en cuenta, se mortificó e insultó a sus amigos, a sus ayudantes se les ultrajó con injurias. Uno de los sirvientes de su amigo Sandoval, por un delito leve, fue sentenciado a perder la mano, y cuando el general protestó contra estos actos de violencia fue imperiosamente obligado a abandonar la ciudad. Los españoles, indignados ante esta humillación, se hubieran levantado en armas en su defensa, pero Cortés no permitió ninguna resistencia y, señalando simplemente que

«está bien que aquellos que con el precio de su sangre han ganado la capital, no se les permitiera pisarla», se retiró a su villa preferida de Coyoacán, a unas millas de distancia, para esperar ahí el resultado de estos extraños procedimientos⁹⁷.

Las sospechas de la Corte de Madrid, mientras tanto, avivadas por el aliento de la calumnia, habían llegado a su punto más ridículo. Uno hubiera supuesto que parecía que el general estaba organizando una revuelta en las colonias y proponía nada menos que la invasión de la madre patria. Al recibir noticias de que en breve podía llegar un barco de Nueva España, se mandaron órdenes a los diferentes puertos del reino e incluso a Portugal de que detuvieran el cargamento, con la esperanza de que contuviera pagos a la familia del general que pertenecieran a la corona, mientras que sus cartas, que proporcionaban una narración luminosa de todos sus actos y descubrimientos, fueron vetadas a la imprenta. Afortunadamente, sin embargo, tres cartas que constituían la parte más importante de la correspondencia del conquistador habían sido presentadas al público unos años antes por la infatigable imprenta de Sevilla.

La Corte, por otra parte, se dio cuenta de la incompetencia del tesorero Estrada para una coyuntura tan delicada como la actual, por lo que encargó todo el asunto de la investigación a una comisión a la que se le dio el título de Real Audiencia de Nueva España. Este cuerpo estaba investido de plenos poderes para examinar las acusaciones contra Cortés, con instrucciones de enviarle de regreso a Castilla, como medida preliminar, pacíficamente si podían, pero por la fuerza si era necesario. Temiendo todavía que su beligerante vasallo pudiera desafiar la autoridad de este tribunal, el gobierno recurrió a una artimaña para forzar su regreso. Se ordenó al presidente del Consejo de Indias que le escribiera reclamando su presencia en España para defenderse de las acusaciones de sus enemigos y ofreciendo

su colaboración personal en su defensa. El emperador después escribió una carta a la Audiencia que contenía las órdenes de que Cortés volviera ya que el gobierno deseaba consultarle asuntos relacionados con las Indias y otorgarle una recompensa digna a sus altos méritos. Esta carta debía mostrársele a Cortés⁹⁸.

Pero no era necesario poner en marcha toda esta complicada maquinaria para lograr una medida a la que Cortés ya estaba decidido. Orgullosamente consciente de su inquebrantable lealtad y de los beneficios que había prestado a su país, se sentía profundamente afectado por este indigno pago que recibía por ellos, especialmente en el mismo escenario de sus logros. Decidió no permanecer más tiempo allí, donde era objeto de semejantes humillaciones, y trasladarse inmediatamente a España, presentarse ante su soberano, hacer valer vigorosamente su inocencia y reclamar reparaciones por sus afrentas y una justa recompensa por sus servicios. Al final de su carta al emperador, en la que detalla su dolorosa expedición a Honduras, después de extenderse sobre los magníficos planes que había pensado para descubrir el mar del sur y defendiéndose de la acusación de despilfarro, concluye con la altiva, aunque enternecedora, declaración de que «confía en que su Majestad reconocerá a tiempo sus méritos, aunque si eso desgraciadamente no llegara, el mundo al menos quedaría convencido de su lealtad y él mismo tendría la seguridad de haber cumplido con su deber y no podía pedir mejor herencia para sus hijos»⁹⁹.

En cuanto se conoció la intención de Cortés, se originó una sensación general por todo el país. Incluso Estrada se ablandó, sintió que había ido demasiado lejos y que no era su política obligar a su noble enemigo a buscar refugio en su propia tierra. Se abrieron negociaciones y se hizo un intento de reconciliación a través del obispo de Tlaxcala. Cortés

recibió estos intentos de acercamiento con un espíritu amable, pero su resolución era inquebrantable. Después de hacer los preparativos necesarios en México, por tanto, abandonó el valle y se trasladó inmediatamente a la costa. De haber tenido las ambiciones criminales que le imputaban sus enemigos, podía haber estado dolorosamente tentado por las repetidas ofertas de apoyo que se le hicieron a lo largo del viaje, tanto de buena como de mala fe, si retomaba el gobierno y afirmaba su independencia de Castilla. Pero estos acercamientos desleales fueron rechazados con el desprecio que merecían¹⁰⁰.

A su llegada a Villa Rica recibió la dolorosa noticia de la muerte de su padre, don Martín Cortés, a quien tenía la esperanza de ver pronto después de su larga ausencia. Después de celebrar sus exequias con todas las muestras de respeto filial, hizo los preparativos para una pronta partida. Dos de los mejores barcos del puerto se prepararon con todo lo necesario para el largo viaje. Iba acompañado por su amigo el leal Sandoval, Tapia y otros caballeros que le eran más fieles. También se llevó con él a varios jefes aztecas y tlaxcaltecas y entre ellos al hijo de Montezuma y a otro de Maxixca, el leal y viejo señor de Tlaxcala, los cuales estaban deseosos de acompañar al general a Castilla. Se llevó a casa una amplia colección de plantas y minerales, como ejemplares de los recursos naturales del país, algunos animales salvajes y pájaros de brillante plumaje, algunas telas de delicada confección, especialmente del espléndido plumaje y un número de malabaristas y bufones que asombraron enormemente a los europeos por la maravillosa facilidad con que realizaban sus actuaciones y se pensó que sería un digno regalo para su santidad el papa¹⁰¹. Finalmente, Cortés desplegó su magnificencia en un rico tesoro de joyas, entre las que había esmeraldas de extraordinario tamaño y brillo, oro en una cantidad de doscientos mil *pesos de oro* y

quince mil marcos de plata. «En fin», dice Herrera, «vino como un gran señor»¹⁰².

Después de un viaje corto y feliz, Cortés contempló de nuevo las costas de su tierra natal, cruzando la barra de Saltes, entró en el pequeño puerto de Palos en mayo de 1528, el mismo lugar donde Colón había desembarcado treinta y cinco años antes a su regreso del descubrimiento del mundo occidental. Cortés no fue recibido con el entusiasmo y las fiestas públicas que saludaron al gran navegante, y de hecho los habitantes no estaban preparados para su llegada. De Palos se trasladó rápidamente al convento de La Rábida, el mismo lugar que también había acogido hospitalariamente a Colón. Los historiadores mencionan una curiosa circunstancia relacionada con esta breve estancia en Palos. Francisco Pizarro, el conquistador de Perú, había llegado allí, venido a España para solicitar ayuda para su gran empresa¹⁰³. Se encontraba entonces al comienzo de su brillante carrera, como bien se podía decir que Cortés estaba en el ocaso de la suya. Era un viejo conocido y familiar, según se afirma, del general, cuya madre era una Pizarro¹⁰⁴. El encuentro de estos dos extraordinarios hombres, los conquistadores del norte y del sur, en el nuevo mundo, nada más pisar las costas de su país de origen, tras una ausencia llena de incidentes y que ambos lo hicieran en el lugar consagrado por la presencia de Colón, tiene algo de llamativo para la imaginación. Por eso mismo ha atraído la atención de uno de los más ilustres de entre los poetas vivos, que en un breve pero bello boceto ha descrito la escena en el colorido genuino de la época¹⁰⁵.

Mientras descansaba de las fatigas del viaje en La Rábida ocurrió algo que afligió a Cortés profundamente y que puso una oscura nube sobre su regreso. Esto fue la muerte de Gonzalo de Sandoval, su fiel amigo y compañero de fortuna durante tanto tiempo. Fue llevado enfermo a una

destartalada posada en Palos poco después de desembarcar y su enfermedad avanzó tan rápidamente que era evidente que su constitución, probablemente dañada por los extraordinarios esfuerzos que había hecho en los últimos años, sería incapaz de resistir. Inmediatamente mandaron buscar a Cortés, quien llegó a tiempo para administrarle el último consuelo de amistad al moribundo caballero. Sandoval esperó su cercano final con compostura y, después de dedicar la atención que el breve intervalo permitía al asentamiento de sus preocupaciones espirituales y temporales, expiró en brazos de su comandante.

Sandoval murió a la prematura edad de treinta y uno¹⁰⁶. Era en muchos sentidos el más eminente de los grandes capitanes formados bajo la mirada de Cortés. Era de buena familia y nacido en Medellín, también el lugar de nacimiento del general, por quien sentía la más alta consideración. Cortés pronto descubrió sus cualidades poco comunes y lo demostró eligiendo constantemente al joven oficial para las misiones más difíciles. Su conducta en estas ocasiones justificó plenamente su elección. Era decididamente un favorito entre los soldados, ya que, aunque estricto en la aplicación de la disciplina, se cuidaba de la comodidad de sus hombres y pensaba poco en sí mismo. No poseía la avaricia tan típica del caballero castellano y parecía no tener más ambición que la de realizar fielmente las obligaciones de su profesión. Era un hombre llano, que no tenía ni la extravagante conducta ni la magnificencia en el vestir que distinguía a Alvarado, el azteca *Tonatiuh*. La expresión de su rostro era abierta y viril, su pelo castaño se rizaba pegado a su cabeza, su estructura era fuerte y vigorosa. Ceceaba al hablar, lo que hacía su voz poco clara. La verdad es que no era un orador, pero, aunque lento en el hablar, era rápido y enérgico en la acción. Tenía precisamente las cualidades que le hacían apto para la peligrosa empresa en la que se había

embarcado. Había cumplido su tarea y, después de haber escapado a la muerte que le esperaba en cada paso de su camino, podría parecer que había llegado a casa tan sólo para encontrarla en su tierra natal.

Sus exequias fueron realizadas con toda solemnidad por los padres franciscanos de La Rábida y sus restos, seguidos hasta su lugar de descanso por los camaradas que tan a menudo habían estado junto a él en la batalla, se depositaron en el cementerio del convento, que, envuelto en su bosque de pinos, se elevaba, como puede elevarse ahora en una prominencia que dominaba el infinito del agua que hacía tan poco había surcado el aventurero soldado¹⁰⁷.

Poco después de este triste suceso, Cortés y su séquito comenzaron su viaje al interior. El general permaneció unos días en el castillo del duque de Medina Sidonia, el más poderoso de los nobles andaluces, quien le acogió hospitalariamente y a su partida le regaló varios nobles caballos árabes. Cortés primero dirigió sus pasos a Guadalupe, donde pasó nueve días ofreciendo rezos y encargando misas en el altar de Nuestra Señora por el alma de su amigo partido.

Antes de su marcha de La Rábida, había escrito a la Corte informando de su llegada al país. Fue grande la sensación que provocó allí esta noticia, mayor aún porque los últimos informes de sus traidoras acciones la habían hecho completamente inesperada. Su llegada produjo un cambio inmediato de sentimiento. Toda causa de envidia desapareció y, al retirarse las nubes que se habían asentado sobre la mente del monarca, el emperador tan sólo parecía ansioso de mostrar su aprecio por los distinguidos servicios del tan temido vasallo. Se enviaron órdenes a diferentes lugares en la ruta para que le proporcionaran acomodo digno y se hicieron los preparativos para una brillante recepción en la capital.

Mientras tanto, Cortés había conocido en Guadalupe a varias personas de rango y entre ellas de la familia del *comendador* de León, un noble de la mayor consideración en la Corte. La conversación del general, enriquecida con el arsenal de una vida de aventuras, y sus maneras, en las que la autoridad de la costumbre del mando quedaba templada por la franca y descuidada libertad del soldado, causaron una impresión enormemente favorable en sus nuevos amigos, y sus cartas a la Corte, donde todavía no se le conocía, aumentaron el interés que ya se sentía por este destacable hombre. Las noticias de su llegada se habían extendido ya a lo ancho y largo del país, y cuando reanudó el viaje las carreteras presentaban un espectáculo como no se había visto desde el regreso de Colón. Cortés no solía distinguirse por su ostentación en el vestir, aunque le gustaba desplegar la pompa de un gran señor en el número y magnificencia de sus criados. Su séquito se veía ahora aumentado por los jefes indios, que, con el esplendor de sus galas bárbaras, ofrecían un brillo adicional, así como novedad al espectáculo. Pero su persona era el centro de la curiosidad. Las casas y las calles de las grandes ciudades y villas estaban abarrotadas de espectadores, ansiosos por contemplar al héroe que tan sólo con su brazo, por así decirlo, había ganado un imperio para Castilla y que, para tomar prestado el lenguaje del viejo historiador, «venía con la pompa y la gloria no tanto de un vasallo como de un monarca independiente»¹⁰⁸.

A medida que se acercaba a Toledo, en esa época la ciudad rival de Madrid, la presión de la multitud aumentó, hasta que fue recibido por el duque de Béjar, el conde de Aguilar y otros de sus constantes amigos, quienes a la cabeza de un gran cuerpo de los principales nobles y caballeros de la ciudad salieron a recibirle y le acompañaron a los alojamientos preparados para su residencia. Fue un momento de orgullo para Cortés y que, al desconfiar de la

recepción de sus compatriotas, para lo que tenía buenas razones, le proporcionó más satisfacción que la brillante entrada que unos años antes había hecho en la capital de México.

Al día siguiente fue llevado ante el emperador, y Cortés, arrodillándose con gracia para besar la mano de su soberano, le presentó una memoria que sucintamente enumeraba sus servicios y el pago que había recibido por ellos. El emperador graciosamente le levantó y comenzó a hacerle muchas preguntas relacionadas con los países que había conquistado. Carlos quedó contento con las respuestas del general y su inteligente mente quedó enormemente satisfecha al inspeccionar los curiosos ejemplares de ingeniería india que sus vasallos habían traído consigo desde Nueva España. En posteriores conversaciones el emperador consultó repetidamente a Cortés sobre el mejor modo de administrar el gobierno de las colonias y por consejo suyo introdujo importantes reglamentos, especialmente para mejorar las condiciones de los nativos y para fomentar la industria local.

El monarca aprovechaba cualquier oportunidad para mostrar la confianza que depositaba en Cortés. En todas las ocasiones públicas aparecía con él a su lado y una vez que el general estuvo enfermo de una fiebre, Carlos le hizo una visita en persona y se quedó algún tiempo en los aposentos del enfermo. Esto era una extraordinaria muestra de condescendencia en la altiva Corte de Castilla y sobre ella se expanden con apropiado énfasis los historiadores de la época, que parecen verla como una amplia compensación por todos los sufrimientos y servicios de Cortés¹⁰⁹.

Este último había triunfado completamente sobre sus opositores. Los cortesanos, con el rápido instinto que distingue a esta tribu, imitaron el ejemplo de su señor e incluso la envidia era silenciada entre el general homenaje

que se le rendía al hombre que hasta hace tan poco tiempo era el objeto de las calumnias más envenenadas. Cortés, sin título, sin otro nombre que el que se había forjado él mismo, era elevado, por así decirlo, al nivel de los nobles más orgullosos de la tierra.

Todavía lo fue de manera más efectiva por los sustanciales honores que le concedió su soberano en el curso de los siguientes años. Mediante un documento fechado el 6 de julio de 1529, el emperador le elevó a la dignidad de marqués del valle de Oaxaca¹¹⁰, y el título de Marqués, cuando se usaba sin el nombre de la persona en concreto, siempre ha quedado reservado en las colonias, en cierto modo a Cortés, como el título de «Almirante» lo fue para Colón¹¹¹.

Otros dos documentos, fechados en el mismo mes de julio, asignaban a Cortés una vasta extensión de tierra en la rica provincia de Oaxaca, junto con enormes propiedades en la ciudad de México y otros lugares del valle¹¹². El magnífico dominio que se concedía, pues, comprendía más de veinte ciudades y villas grandes y veintitrés mil vasallos. El lenguaje en el que el obsequio se redactó realza enormemente su valor. El preámbulo del documento, después de extenderse sobre los «buenos servicios prestados por Cortés en la conquista, y los grandes beneficios resultantes de ello, tanto con respecto al aumento del imperio de Castilla como al avance de la Santa Fe Católica», reconoce «los sufrimientos que ha padecido en la realización de este glorioso trabajo y la fidelidad y la obediencia, con la que, como buen y leal vasallo, siempre ha servido a la corona»¹¹³. Declara en conclusión que concede esta recompensa por sus méritos, porque es «la obligación de un príncipe, honrar y recompensar a aquellos que le sirven bien y lealmente, para que la memoria de sus grandes hazañas se perpetúe y otros se vean incitados por su ejemplo a realizar ilustres hazañas por el estilo». El inequívoco testimonio de

su inquebrantable fidelidad que daba de esta manera el soberano era lo más gratificante para Cortés. Cualquier alma generosa que haya sufrido una sospecha injusta estimará rápidamente lo gratificante que llega a ser. El posterior lenguaje del general muestra lo profundamente afectado que quedó con todo ello¹¹⁴.

Sin embargo, había un grado en la escala, que la gratitud real no se pudo superar. Ni las peticiones de Cortés, ni las del duque de Béjar, ni las de otros poderosos amigos pudieron convencer al emperador para que le reincorporara al gobierno de México. El país, pacificado, ya no necesitaba de su genio dirigente para controlarlo y Carlos se cuidó de no situar de nuevo a su formidable vasallo en una situación en la que pudiera revivir la durmiente chispa de los celos y la desconfianza. La política de la corona era emplear a una clase de sus súbditos para efectuar sus conquistas y otra clase para gobernarlas. Para esta última función se elegía a hombres en los que el fuego de la ambición quedara templado por un juicio más frío debido a su naturaleza o a la sobria influencia de la edad. Ni siquiera a Colón se le había permitido presidir sobre las colonias y menos probable era aún conceder este poder a alguien que poseía un temperamento tan ambicioso como el de Cortés.

Pero, aunque el emperador rechazó encargarle el gobierno civil de la colonia, le reincorporó a su mando militar. Mediante una ordenanza real fechada también en julio de 1529, el marqués del valle fue nombrado capitán general de Nueva España y de las costas del mar del sur. Se le confirieron poderes para hacer nuevos descubrimientos en el océano del sur, con el derecho de gobernar sobre las tierras que colonizara¹¹⁵, y mediante una posterior concesión se convertiría en propietario de una doceava parte de sus descubrimientos¹¹⁶. El gobierno no tenía intención de prescindir de los servicios de un comandante tan hábil. Pero

cautelosamente se esforzaba por apartarlo del escenario de sus anteriores triunfos y abrir de par en par una nueva carrera de ambición que pudiera estimularle para aumentar aún más los dominios de la corona.

Iluminado de esa manera por el brillo del favor real, «rivalizando», para usar la expresión casera de un viejo cronista, «con Alejandro en la fama de sus hazañas, y con Craso en la de sus riquezas»¹¹⁷, con brillantes maneras y una presencia que, aunque mostraba los efectos del duro servicio, no había perdido todavía todo el atractivo de la juventud, Cortés podía considerarse ahora como una envidiable alianza para las mejores casas de Castilla. No pasó mucho tiempo antes de que hiciera la corte, lo que fue favorablemente recibido, a un miembro de esa noble casa que le había apoyado de forma tan constante en sus horas más oscuras. El nombre de la dama era doña Juana de Zúñiga, hija del segundo conde de Aguilar y sobrina del duque de Béjar¹¹⁸. Era mucho más joven que él, bella y, como demostraron los hechos, no carente de temple. Uno de sus presentes a la joven prometida provocó la admiración y la envidia de buena parte de la Corte. Eran cinco esmeraldas de maravilloso tamaño y brillo. Estas joyas habían sido talladas por los aztecas en forma de flores, peces y otras formas fantásticas con un exquisito estilo y factura, lo que aumentaba su valor original¹¹⁹. Era probable que fueran parte del tesoro del desafortunado Montezuma y siendo fáciles de llevar pudieran escapar del desastre general de la *noche triste*. La reina de Carlos V, se dice (puede que fuera un vano rumor de la Corte), había sugerido su deseo de ser propietaria de algunas de estas magníficas chucherías, y el hecho de que Cortés prefiriera dárselas a su bella prometida provocó algunos sentimientos de distanciamiento en el pecho real que tuvieron una desfavorable influencia en la futura fortuna del marqués.

A finales del verano de 1529, Carlos V abandonó España para marchar a sus dominios de Italia. Cortés le acompañó por el camino, probablemente hasta el lugar de embarque, y en la capital de Aragón le encontramos, según el historiador nacional, provocando el mismo interés y admiración general entre la gente que el que había provocado en Castilla. A su vuelta, parecía no tener ya más razón para prolongar su estancia en el país por más tiempo. Estaba cansado de la vida de lujo inactivo que había llevado el último año y que era tan extraña a sus activos hábitos y a las escenas de sobresalto a las que estaba acostumbrado. Decidió, por tanto, volver a México, donde su extensa propiedad necesitaba de su presencia y donde se le abría un nuevo campo para la empresa honrosa.

Notas al pie

⁸⁷ *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 185. *Relacion del Tesorero Strada*, manuscrito, México, 1526.

⁸⁸ *Carta Quinta* de Cortés, manuscrito.

⁸⁹ *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 184, et seq. *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

⁹⁰ *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 189, 190. *Carta de Cortés al Emperador*, manuscrito, México, sept., II, 1526.

⁹¹ *Carta de Ocaño*, manuscrito. 31 de agosto de 1526. *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

⁹² «Lo que Cortés sufrió» dice Mr. Robertson, «en esta marcha, una distancia, según Gómara de 3.000 millas» (la distancia debe haber sido enormemente exagerada) «por el hambre, por la hostilidad de los nativos, por el clima y por dificultades de todo tipo, no tiene paralelo en la historia sino en lo que ocurre en las aventuras de otros descubridores y conquistadores del nuevo mundo. Cortés dedicó a este terrible servicio unos dos años y, aunque no se distinguió por ningún suceso espléndido, mostró durante el curso del mismo un enorme coraje personal, más fortaleza de mente, más perseverancia y más paciencia que en cualquier otro período o episodio de su vida» (*History of America*, nota 96). Los comentarios del historiador son justos, como los pasajes que he tomado prestados de la extraordinaria narración del conquistador pueden demostrar.

⁹³ «Y esto yo lo oí dezir á los del Real Consejo de Indias, estando presente el señor Obispo Fray Bartolomé de las Casas, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron á flojedad», Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 190.

* - En español en el original. (N. del T.)

⁹⁴ *Memorial de Luis Cárdenas*, manuscrito. *Carta de Diego de Ocaña*, manuscrito. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 8, caps. 14, 15.

⁹⁵ *Carta del Emperador*, manuscrito, Toledo, 4 de noviembre de 1525.

⁹⁶ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 192. *Carta de Cortés al Emperador*, manuscrito, México, 11 de sept. de 1526.

⁹⁷ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 2, cap. I, y lib. 3, cap. 8.

⁹⁸ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 2, cap. I, y lib. 3, cap. 8.

⁹⁹ «Todas estas entradas están ahora para partir casi á una, plega á Dios de los guiar como él se sirva, que yo aunque V. M. mas me mande desfavorecer no tengo de dejar de servir, que no es posible, que por tiempo V. M. no conozca mis servicios, y ya que esto no sea, yo me satisfago con hazer lo que debo, y con saber que á todo el mundo tengo satisfecho, y les son notorios mis servicios y lealtad, con que los hago, y no quiero otro mayorazgo sino este», *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

¹⁰⁰ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 194. *Carta de Ocaña*, manuscrito, 31 de agosto de 1526.

¹⁰¹ El papa Clemente VII, perteneciente a la feliz familia de los Medici, y los cardenales quedaron encantados con los trucos de los malabaristas indios, según Díaz, y Su Santidad, que, debe añadirse, recibió de Cortés al mismo tiempo un sustancioso donativo de oro y joyas, testificó públicamente mediante rezos y procesiones solemnes, que daba una gran importancia a los servicios prestados a la cristiandad por los conquistadores de México, recompensándoles con bulas que les garantizaban la plena absolución de sus pecados. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 195.

¹⁰² «Y en fin venia como gran Señor», *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 3, cap. 8.

¹⁰³ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 4, cap. I. Cavo, *Los Tres Siglos de México*, tom. I, p. 78.

¹⁰⁴ Pizarro y Orellana, *Varones Ilustres*, p. 121.

¹⁰⁵ Véase la conclusión de *Voyage of Columbus* de Roger.

¹⁰⁶ Bernal Díaz dice que Sandoval tenía veintidós años cuando llegó por primera vez a Nueva España en 1519. *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 205.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁰⁷ *Ibid.*, cap. 195.

¹⁰⁸ «Vino de las Indias despues de la conquista de México, con tanto acompañamiento y majestad, que mas parecia de Príncipe, ó señor poderosísimo, que de Capitan y vasallo de algun Rey ó Emperador», Lanuza, *Historias Eclesiásticas y Seculares de Aragón* (Zaragoza, 1622), lib. 3, cap. 14.

¹⁰⁹ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 183. Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 4, cap. 1. Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 195.

¹¹⁰ *Título de Marqués*, manuscrito, Barcelona, 6 de julio de 1529.

¹¹¹ Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 30, nota.

Según Lanuza, el emperador le ofreció la orden de Santiago, pero la declinó

porque no tenía adjunta ninguna *encomienda* (*Historia de Aragón*, tom. I, lib. 3, cap. 14). Pero Caro de Torres, en su *Historia de las órdenes militares de Castilla*, enumera a Cortés entre los miembros de la hermandad compostelana. *Historia de las Órdenes Militares* (Madrid, 1629), fol. 103, *et seq.*

¹¹² *Merced de las Tierras Inmediatas á México*, manuscrito, Barcelona, 23 de julio de 1529. *Merced de los Vasallos*, manuscrito, Barcelona, 6 de julio de 1529.

¹¹³ «É nos habemos recibido y tenemos de vos por bien servido en ello, y acatando los grandes provechos que de vuestros servicios han redundado, así para el servicio de Nuestro Señor y aumento de su santa fe católica, y en las dichas tierras que estaban sin conocimiento ni fe se han plantado, como el acrecentamiento que dello ha redundado á nuestra corona real destos reynos, y los trabajos que en ello habeis pasado, y la fidelidad y obediencia con que siempre nos habeis servido como bueno é fiel servidor y vasallo nuestro, de que somos ciertos y confiados», *Merced de los Vasallos*, manuscrito.

¹¹⁴ «La buena recepción que experimenté a mi regreso por parte de su Majestad», dice Cortés, «sus amables expresiones y generoso tratamiento, no sólo me hicieron olvidar todos mis trabajos y sufrimientos sino que incluso me hicieron lamentar que no pudiera durar más a su servicio» (*Carta de Cortés al Lic. Núñez*, manuscrito, 1535). Este memorando, enviado a su agente en Castilla, estaba pensado para el emperador.

¹¹⁵ *Titulo de Capitán General de la Nueva España y Costa del Sur*, manuscrito, Barcelona, 6 de julio de 1529.

¹¹⁶ *Asiento y Capitulación que hizo con el Emperador Don H. Cortés*, manuscrito, Madrid, 27 de octubre de 1529.

¹¹⁷ «Que segun se dezia, excedia en las hazañas á Alexandro Magno, y en las riquezas á Crasso» (Lanuz, *Historia de Aragón*, lib. 3, cap. 14). Las rentas del marqués del valle, según L. Marineo Siculo, que vivía en la Corte en esa época, eran de unos 60.000 ducados al año. *Cosas Memorables de España* (Alcalá de Henares, 1539), fol. 24.

¹¹⁸ Doña Juana era de la casa de Arellano y del linaje real de Navarra. Su padre no era un noble muy rico. L. Marineo Siculo, *Cosas Memorables de España*, fols. 24, 25.

¹¹⁹ Una de estas piedras preciosas era tan valiosa como la turquesa de Shylock. Algunos mercaderes genoveses en Sevilla ofrecieron a Cortés, según Gómara, 40.000 ducados por ellas. El mismo autor da una descripción más detallada de las joyas que puede interesar a algunos lectores. Muestra el ingenio del artista que sin acero pudo cortar tan bellamente un material tan duro. Una esmeralda tenía la forma de una rosa, la segunda la de un pequeño cuerno, una tercera la de un pez con ojos de oro, la cuarta era como una pequeña campana con una bella perla por badajo y en el borde había esta inscripción en español: «Bendito sea el que te creó». La quinta, que era la más valiosa, era una pequeña copa con un pie de oro y

cuatro pequeñas cadenas del mismo metal unidas a una enorme perla como botón. Los bordes de la copa eran de oro, sobre los que estaba grabada esta sentencia en latín: «Inter». *Natos mulierum non surrexit major*. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 184.

Capítulo V

Cortés visita México de Nuevo. Se retira a sus estados. Sus viajes de descubrimiento. Regreso final a Castilla. Fría recepción. Muerte de Cortés. Su carácter. 1530-1547

A principios de la primavera de 1530, Cortés se embarcó para Nueva España. Iba acompañado de la marquesa, su esposa, junto con su anciana madre, que había tenido la suerte de vivir para ver la ascensión de su hijo, así como por un magnífico séquito de pajes y ayudantes como correspondía a la casa de un poderoso noble. ¡Qué diferente de la desesperada situación en la que veintiséis años antes se había lanzado a la aventura, como un salvaje aventurero para buscarse el pan allende los mares!

El primer punto de su destino fue La Española, donde debía quedarse hasta que recibiera noticias de la organización del nuevo gobierno que debía tomar el poder en México¹²⁰. En el capítulo anterior se dijo que la administración del país había sido encomendada a un organismo llamado la Real Audiencia, una de cuyas primeras obligaciones era investigar las acusaciones contra Cortés. Se puso a la cabeza de esta junta a su declarado enemigo Núñez de Guzmán, y la investigación se llevó a cabo con todo el rencor de la hostilidad personal. Existe un notable documento, llamado *Pesquisa Secreta*, que contiene un registro de los procedimientos contra Cortés. Fue preparado por el secretario de la Audiencia y firmado por varios miembros. El documento es muy largo, abarcando casi cien páginas de folio. Se da el nombre y el testimonio de cada

testigo y el conjunto forma una masa de detestables detalles más dignos de un proceso en un pequeño tribunal municipal que la de un gran funcionario de la Corona.

Las acusaciones son ocho, incluyendo, entre otros delitos, el deliberado plan de romper la alianza con la Corona, el del asesinato de los dos comisionados que habían sido enviados para supervisarle, el del asesinato de su mujer Catalina Suárez¹²¹, el de extorsión y prácticas licenciosas, de delitos, en pocas palabras, que por su naturaleza privada parecerían no tener nada que ver con su conducta como hombre público. Los testimonios son vagos y a menudo contradictorios; los testigos son en su mayor parte personajes oscuros y las pocas personas de consideración entre ellos resultan haber sido elegidos de entre las filas de sus más decididos enemigos. Cuando se considera que, además, la investigación se llevó a cabo en ausencia de Cortés, ante un tribunal cuyos miembros eran personalmente hostiles a él y que no se le proporcionó ninguna descripción de las acusaciones y no tuvo oportunidad consecuentemente de refutarlas, es imposible con esta distancia de tiempo darle ninguna importancia a este papel como documento legal. Cuando le añadimos que no se tomó sobre él ninguna acción por parte del gobierno a quien se le envió, estamos dispuestos a tomarlo simplemente como un monumento de la maldad de sus enemigos. Ha sido rescatado por un anticuario curioso de la oscuridad en la que se le había mantenido durante tanto tiempo en el Archivo de Indias de Sevilla, pero no puede ser de mayor utilidad para el historiador que para mostrar que un gran nombre en el siglo XVI exponía a su poseedor a calumnias tan malignas como siempre desde entonces¹²².

Las arbitrarias medidas de la Audiencia y la opresiva conducta de Guzmán, especialmente hacia los indios, provocaron general indignación en la colonia y llevaron a

serios temores de insurrección. Se hizo necesario supervisar una administración tan imprudente y sin principios. Pero Cortés se encontraba detenido dos meses en la isla por los lentos movimientos de la Corte castellana, hasta que le llegaron noticias del nombramiento de una nueva Audiencia para el gobierno del país. La persona elegida para presidirla era el obispo de Santo Domingo, un prelado cuya reconocida sabiduría y virtud dieron un favorable augurio para la conducta de su administración. Después de esto, Cortés reanudó su viaje y desembarcó en Villa Rica el 15 de julio de 1530.

Tras permanecer durante un tiempo en la zona, donde recibió algunas pequeñas molestias de la Audiencia, continuó hasta Tlaxcala y proclamó públicamente sus poderes como capitán general de Nueva España y del mar del Sur. Un edicto emitido por la emperatriz durante la ausencia de su marido había prohibido a Cortés acercarse a más de diez millas de la capital mexicana, mientras las actuales autoridades estuvieran allí¹²³. La emperatriz temía la colisión entre las partes. Cortés, sin embargo, estableció su residencia en la orilla opuesta del lago, en Texcoco.

En cuanto en la metrópolis se supo de su llegada, multitudes tanto de españoles como de nativos cruzaron el lago para ofrecerle sus respetos a su antiguo comandante, ofrecerle sus servicios y presentarle sus múltiples quejas. Parecía como si toda la población de la capital se lanzara sobre la ciudad vecina, donde los marqueses mantenían la pompa de un potentado independiente. Los miembros de la Audiencia, indignados ante el mortificante contraste que ofrecía con su disminuida Corte, impusieron fuertes multas a los nativos que encontraran en Texcoco y, fingiendo considerarse a sí mismos en peligro, hicieron preparativos para la defensa de la ciudad. Pero estos beligerantes movimientos terminaron con la llegada de la nueva

Audiencia, aunque Guzmán tuvo la habilidad de mantener el control de la provincia del Norte, donde se ganó una reputación por crueldad y extorsión sin paralelo incluso en los anales del nuevo mundo.

Todo parecía ahora asegurar la tranquila residencia de Cortés. Los nuevos magistrados le trataron con notable respeto y le pedían consejo en las medidas más importantes del gobierno. Desgraciadamente, este estado de las cosas no continuó por mucho tiempo y surgió un malentendido entre las partes, con respecto al recuento de vasallos asignados a Cortés por la Corona, que el marqués pensó se hacía sobre principios perjudiciales para sus intereses y contrarios a las intenciones de la concesión¹²⁴. Todavía quedó más disgustado al enterarse de que se le había encomendado a la Audiencia por parte de la comisión una jurisdicción concurrente con él en asuntos militares¹²⁵. Esto llevó en ocasiones a una interferencia que el orgulloso espíritu de Cortés, acostumbrado desde hacía tanto tiempo al gobierno independiente, difícilmente podía admitir. Después de someterse a ella por un tiempo, abandonó la capital a disgusto para no volver más allí, estableciendo su residencia en la ciudad de Cuernavaca.

Era la plaza ganada por su propia espada a los aztecas, antes del asedio de México. Se encontraba en la ladera sur de las cordilleras y dominaba una amplia extensión de terreno, la parte de sus dominios más bella y floreciente. Había levantado un majestuoso palacio en el lugar, y a partir de entonces hizo de esta ciudad su residencia preferida¹²⁶. Estaba bien situada para supervisar sus vastas posesiones y en este momento se dedicó a que se cultivaran de la manera precisa. Introdujo la caña de azúcar de Cuba, que creció de forma exuberante en el rico suelo de las vecinas tierras bajas. Importó numerosas ovejas merinas y otro ganado, que encontraron abundantes pastos en la zona que rodeaba

Tehuantepec. Sus tierras estaban espesamente pobladas de bosquecillos de moreras, que proporcionaban alimento para el gusano de seda. Fomentó el cultivo de cáñamo y de lino y, gracias a su juiciosa y emprendedora administración, mostró la capacidad del suelo para el cultivo de productos valiosos desconocidos hasta entonces en la tierra. Y sacó el mayor partido de estos productos, levantando ingenios de azúcar y otras construcciones para el procesamiento de las materias primas. De esta manera sentó las bases para la opulencia de su familia, tan sustanciosa, si bien no tan rápida, como la que derivaba de las minas. Sin embargo, tampoco se le negó esta última fuente de riqueza y extrajo oro de la región de Tehuantepec y plata de la región de Zacatecas. La cantidad que se sacaba de estas minas no era tan abundante como posteriormente. Pero el coste de trabajarlas, por otro lado, era mucho menor en las primeras fases de la operación, cuando el material estaba mucho más cerca de la superficie¹²⁷.

Pero este modo de vida tranquilo no contentó por mucho tiempo su espíritu incansable y aventurero y buscó salida aprovechándose de su nuevo viaje de descubrimiento para explorar los misterios del gran océano del Sur. En 1527, dos años antes de su regreso a España, había enviado una pequeña escuadra a las Molucas. La expedición tuvo como resultado algunas importantes consecuencias, pero, como no están relacionadas con Cortés, su narración encontrará un lugar más propicio en los anales marítimos de España, donde ha sido ofrecido por esa hábil mano que tanto ha hecho por el país en este departamento¹²⁸.

Cortés estaba preparando enviar otra escuadra de cuatro barcos en la misma dirección, cuando sus planes se interrumpieron por su visita a España y su pequeña armada sin terminar quedó reducida a polvo en los astilleros, gracias a la malicia de la Audiencia Real, que retiró los obreros

empleados en su construcción. Cortés en este momento fletó otras dos escuadras en los años 1532 y 1533 y envió un viaje de descubrimiento al Noroeste¹²⁹. Sin embargo, tuvieron mala suerte; en la última expedición se tocó la costa de la península de California y se efectuó un desembarco en su extremo meridional en Santa Cruz, probablemente el moderno puerto de La Paz. Uno de los barcos, arrastrado a la costa de Nueva Galicia, fue apresado por Guzmán, el antiguo enemigo de Cortés que gobernaba ese territorio, robó la tripulación y el barco quedó detenido como un legítimo trofeo. Cortés, indignado ante este atropello, demandó justicia de la Audiencia Real y como ese organismo era demasiado débil para hacer valer sus propios decretos a su favor, se tomó la venganza por sus propias manos¹³⁰.

Realizó una marcha rápida, aunque difícil, sobre Chiametla, el escenario del expolio de Guzmán, y como éste no se cuidó de enfrentarse a su encendido antagonista, Cortés recuperó su barco, aunque no el cargamento. Allí se le unió una pequeña escuadra que había fletado de su propio puerto de Tehuantepec, un puerto que en el siglo XVI prometía ocupar el lugar que desde entonces ocupa el de Acapulco¹³¹. Los barcos estaban provistos con todo lo necesario para establecer una colonia en la nueva región descubierta y transportaban cuatrocientos españoles y *trescientos esclavos negros*, que Cortés había reunido para ese propósito. Con esta intención cruzó el golfo, el Adriático (con el que un viejo cronista lo compara) del mundo occidental.

Nuestros límites no nos permiten entrar en los detalles de esta desastrosa expedición, que no tuvo importantes resultados, ni para su patrocinador ni para la ciencia. Bastará con decir que en su realización Cortés y sus seguidores se vieron arrastrados a la mayor extremidad por el hambre, que de nuevo cruzó el golfo, fue zarandeado por

terribles tempestades sin piloto para guiarles, fue lanzado contra las rocas, donde su destartalado barco casi quedó convertido en astillas y, después de una serie de peligros y desastres tan formidables como cualquiera que había enfrentado en tierra, consiguió, gracias a su indomable energía, poner su derruido bajel a salvo en el mismo puerto de Santa Cruz, de donde había partido.

Mientras estos hechos tenían lugar, la nueva Audiencia Real, después de un fiel cumplimiento de su misión, había sido sustituida por la llegada del virrey, el primero que se había mandado desde España. Cortés, aunque investido con poderes similares, tan sólo tuvo el título de gobernador. Este fue el comienzo del sistema, seguido después por la corona, de encomendar la administración colonial a una persona cuyo alto rango y consideración personal le convirtiera en la digna representación de su majestad. La envidia de la Corte no permitía que un sujeto investido de tan amplia autoridad se mantuviera mucho tiempo en el mismo puesto para que no ideara peligrosos planes de ambición, sino que, al expirar unos años, normalmente se le pedía que regresara o se le transfería a otra provincia del vasto imperio colonial. La persona que ahora se enviaba a México era don Antonio de Mendoza, un hombre moderado y de buen sentido práctico, perteneciente a esa ilustre familia que en el reino precedente proporcionó tantos personajes distinguidos a la iglesia, al campo de batalla y a las letras.

La larga ausencia de Cortés había provocado la mayor preocupación en la mente de su esposa, la marquesa del Valle. Escribió al virrey nada más llegar éste, suplicándole que le confirmara, si era posible, la suerte de su marido y si podía encontrársele, que acelerara su vuelta. El virrey en consecuencia envió dos barcos en busca de Cortés, pero es dudoso que le encontraran antes de su partida de Santa Cruz. Es cierto que volvió sano y salvo después de su larga

ausencia a Acapulco y que pronto fue seguido de los supervivientes de su destrozada colonia.

Impasible ante sus repetidos reveses, Cortés, empeñado en un descubrimiento digno de su reputación, fletó tres barcos más y los puso bajo las órdenes de un oficial llamado Ulloa. Esta expedición, que partió en julio de 1539, consiguió resultados más importantes. Ulloa se adentró hasta la cabeza del golfo, después, volviendo y recorriendo la costa de la península, dobló su extremo sur y ascendió hasta el grado veintiocho, veintinueve de latitud norte en su parte occidental. Después de esto, enviando a casa a uno de la escuadra, el audaz navegante mantuvo su rumbo norte, pero nunca más se oyó de él¹³².

De esa manera terminaron las empresas marítimas de Cortés, bastante desastrosas desde el punto de vista monetario, ya que le costaron trescientos mil *castellanos* de oro, sin recuperar un ducado¹³³. Incluso se vio obligado a pedir prestado dinero y a empeñar las joyas de su esposa para conseguir fondos para su última empresa¹³⁴, incurriendo de esa manera en una deuda que, aumentada por las grandes cargas de su principesco modo de vida, pendieron sobre él durante el resto de su vida. Pero, aunque desastrosas desde el punto de vista económico, sus generosos esfuerzos añadieron importantes contribuciones a la ciencia. En el curso de estas expediciones y las emprendidas por Cortés antes de su visita a España, se había costado el Pacífico desde la bahía de Panamá hasta el Río Colorado. Se había circunvalado la gran península de California hasta la isla de Cedros o Cerros, como se ha corrompido el nombre desde entonces. Se descubrió que esta vasta extensión de tierra, que se suponía un archipiélago de islas, formaba parte del continente y su contorno general, según parece por los mapas de la época, se entendía tan claramente como en nuestros días¹³⁵. Finalmente, el

navegante había explorado las entradas del golfo de California, o *mar de Cortés*, como en honor del gran descubridor es llamado con más propiedad por los españoles. También había determinado que, en lugar de la salida que antes se suponía que había en su extremo norte, este océano desconocido estaba encerrado entre los brazos del enorme continente. Estos fueron los resultados que podían haber constituido la gloria y haber satisfecho la ambición de un hombre común, pero se pierden en el brillante renombre de los anteriores logros de Cortés.

A pesar de las dificultades del marqués del Valle, aún hizo más esfuerzos para agrandar los límites del descubrimiento y se preparaba para fletar otra escuadra de cinco navíos que se proponía poner bajo las órdenes de su hijo natural, don Luis. Pero el virrey Mendoza, cuya imaginación se había inflamado por los relatos de un monje itinerante con respecto a un *El Dorado* en el Norte, reclamó el derecho de descubrimiento en esa dirección. Cortés protestó contra esto como una injerencia injustificable en sus poderes. Surgieron también otros temas de colisión entre ellos, hasta que el marqués, disgustado con el continuo freno a su autoridad y a sus empresas, se dirigió a Castilla para exigir una reparación¹³⁶. Finalmente, decidió ir allí para defender sus reclamaciones en persona y obtener, si era posible, remuneración por las pesadas cargas en las que había incurrido con sus exploraciones marítimas, así como por la expoliación de su propiedad por la Audiencia Real durante su ausencia del país. Finalmente, para procurar una asignación de vasallos sobre principios de mejor acomodo con las intenciones originales de la concesión. Con estos objetivos en mente, se despidió de su familia y, tomando consigo a su hijo mayor y heredero, don Martín, entonces de tan sólo ocho años de edad, se embarcó en México en 1540 y, después de un viaje favorable, plantó pie de nuevo en las

costas de su tierra natal.

El emperador estaba ausente del país. Pero Cortés fue honorablemente recibido en la capital, donde se le proporcionaron amplios acomodos para él y para su séquito. Cuando se presentó ante el Consejo Real de las Indias para acelerar su causa, se le distinguió con especiales señales de respeto. El presidente salió a la puerta del patio a recibirle y se le proporcionó asiento entre los miembros del Consejo¹³⁷. Pero todo se evaporó en esta baldía muestra de cortesía. La justicia, proverbialmente lenta en España, no enmendó su forma de funcionar para Cortés y al pasar el año no se encontró más cerca de la consecución de su objetivo que la primera semana después de su llegada a la capital.

El año siguiente, 1541, encontramos al marqués del Valle embarcado como voluntario en la memorable expedición contra Argel. Carlos V, al volver a sus dominios, comenzó un asedio a esa plaza fuerte de los corsarios en el Mediterráneo. Cortés acompañó a las fuerzas destinadas a encontrarse con el emperador y embarcó a bordo del barco del Almirante de Castilla. Pero una furiosa tempestad dispersó a la armada y el barco del almirante naufragó contra la costa. Cortés y su hijo escaparon nadando, pero en la confusión del momento perdió el inestimable conjunto de joyas señalado en el capítulo anterior, «una pérdida», dice un viejo escritor, «que hizo que la expedición cayera más pesadamente sobre el marqués del Valle que sobre cualquier otro hombre del reino, excepto el emperador»¹³⁸.

No hace falta enumerar los detalles del desastroso asedio en el que el valor musulmán, ayudado por los elementos, desafió a las fuerzas combinadas de los cristianos. Se convocó un consejo de guerra y se decidió abandonar la empresa y regresar a Castilla. Esta determinación fue recibida con indignación por Cortés, que ofreció con el apoyo del ejército reducir la plaza él mismo y tan sólo se

lamentó de no tener a su lado a un puñado de aquellos valientes veteranos que le habían servido en la conquista de México. Pero sus ofertas se achacaron a las de un romántico entusiasta. No había sido invitado a tomar parte en las discusiones del consejo de guerra. Era una clara muestra de indignidad, pero los cortesanos, cansados del servicio, estaban mucho más inclinados a regresar inmediatamente a España que a arriesgarse a la oposición de un hombre que una vez que había plantado un pie nunca se había oído que lo hubiera levantado hasta realizar su objetivo¹³⁹.

A su llegada a Castilla, Cortés no tardó en elevar su queja ante el emperador. Sus peticiones fueron recibidas por el monarca con cortesía, una fría cortesía, que no convencía de su sinceridad. Su posición se había visto considerablemente alterada desde su última visita al país. Más de diez años habían pasado y ahora estaba ya demasiado entrado en años como para prometer nuevas empresas prácticas en el futuro. En realidad, sus últimas empresas habían sido especialmente desafortunadas. Incluso sus anteriores éxitos sufrieron el menosprecio natural de un hombre en su declinante estrella. Pronto fueron eclipsadas por los magníficos logros en Perú, que habían desatado una marea de oro en el país, lo que formaban un impactante contraste con los ríos de riqueza que hasta ahora habían fluido escasamente de las minas de plata de México. Cortés tuvo que aprender que la gratitud de una Corte está relacionada mucho más con el futuro que con el pasado. Se encontraba en la posición de un pretendiente importuno, cuyas reclamaciones, por muy justas que fueran, eran demasiado grandes como para que se las reconocieran de inmediato. Descubrió, como Colón, que era posible merecer demasiado¹⁴⁰.

En el mes de febrero de 1544 envió una carta al emperador (es la última carta que le escribió) solicitando atención para su pleito. Comienza aludiendo con orgullo a sus servicios

pasados a la Corona. «Había esperado que los esfuerzos de juventud le hubieran asegurado el descanso cuando llegara a viejo. Durante cuarenta años su vida había transcurrido con poco sueño, mala comida y con las armas constantemente a su lado. Se había expuesto gratuitamente al peligro y gastado su fortuna en explorar regiones distantes y desconocidas, para poder extender el nombre de su soberano y atraer bajo su cetro muchas y poderosas naciones. Todo esto lo había hecho no sólo sin la ayuda de casa, sino enfrentando los obstáculos que sus rivales, que ansiaban como sabandijas su sangre, le habían puesto en el camino. Ahora se encontraba viejo, débil y endeudado. Mejor hubiera sido para él no conocer las generosas intenciones del emperador, como sugerían sus concesiones, ya que entonces se hubiera dedicado al cuidado de sus tierras y no se hubiera visto obligado, como ahora lo estaba, a litigar con los funcionarios de la corona, contra quienes era más difícil defenderse que ganar tierra al enemigo». Concluía suplicando a su soberano que «ordenara al Consejo de Indias, junto con los otros tribunales que tenían competencia en su causa, que llegaran a una decisión, ya que era demasiado viejo para errar como un vagabundo, sino que más bien debería permanecer durante lo poco que le quedaba de vida en casa y saldar sus cuentas con el cielo, ocupándose de los asuntos de su alma más que de los de su fortuna¹⁴¹.

Este llamamiento a su soberano, que tiene algo conmovedor al provenir de un altivo espíritu como el de Cortés, no tuvo como efecto el aceleramiento de la decisión del pleito. Todavía se demoró de semana en semana y de mes en mes engatusado por las engañosas esperanzas del litigante, que probaba toda la amargura del alma que surge de la esperanza aplazada. Después de tres años más, que pasaron en esta humillante y baldía ocupación, decidió

abandonar su ingrato país y regresar a México.

Había llegado hasta Sevilla acompañado de su hijo, cuando cayó víctima de una indigestión causada probablemente por alguna irritación y los problemas de la mente. Ésta derivó en disentería y sus fuerzas disminuyeron tan rápidamente bajo la enfermedad que era evidente que su mortal carrera se acercaba a su fin. Se dispuso para ello haciendo los preparativos necesarios para la liquidación de sus asuntos. Había hecho su testamento hacía poco y ahora lo validó. Es un documento muy largo y en algunos aspectos notable.

El grueso de su propiedad se le concedía a su hijo don Martín, que entonces tenía quince años. En el testamento establece su mayoría de edad en los veinticinco, pero a los veinte sus tutores deberían concederle toda su renta, para mantener la pompa necesaria de su rango. En un papel que acompaña el testamento, Cortés especifica los nombres de los agentes a quienes encarga la administración de sus vastos estados, diseminados por muchas provincias, y solicita a sus albaceas que confirmen el nombramiento, ya que estos agentes han sido seleccionados por él, debido a un conocimiento de sus especiales cualidades. Nada puede mostrar mejor la concienzuda supervisión que entre todos los asuntos públicos urgentes había dedicado a los detalles de su amplia y extendida propiedad.

Hace una liberal previsión para sus otros hijos y provee una generosa asignación para varios de su antigua servidumbre y criados de su hacienda. En otra cláusula entrega considerables sumas a la caridad y destina los ingresos de sus propiedades en la ciudad de México a fundar y financiar permanentemente tres instituciones públicas, un hospital en la capital que debía dedicarse a Nuestra Señora de la Concepción, un colegio en Coyoacán para la educación de misioneros que predicaran el evangelio entre los nativos

y un convento en el mismo lugar para monjas. Ordena que, donde quiera que muera, sus restos se lleven a enterrar en la iglesia de este convento, situado en su ciudad favorita.

Después de declarar que ha tomado los mayores cuidados para determinar la cantidad de tributos pagados por sus vasallos indios a sus soberanos nativos, impone a sus descendientes que, en caso de que a partir de ese momento el pago excediera el valor correcto, les deberían devolver el equivalente. En otra cláusula expresa su duda sobre si es correcto exigir servicios personales de los nativos y ordena que se haga una estricta investigación sobre la naturaleza y el valor de dichos servicios que él había recibido y que en cualquier caso se debería dar una justa compensación por los mismos. Finalmente, hace esta notable declaración: «Ha sido una larga cuestión si se pueden tener con conciencia en propiedad esclavos indios. Ya que este punto todavía no se ha decidido, encargo a mi hijo Martín y sus descendientes que no ahorren esfuerzos en llegar a un conocimiento exacto de la verdad, ya que es una cuestión que concierne profundamente la conciencia de todos ellos, no menos que la mía»¹⁴².

Tales escrúpulos de conciencia, que no se esperarían en Cortés, eran todavía más difíciles de esperar encontrarlos en los españoles de la siguiente generación. El estado de opinión con respecto a la gran cuestión de la esclavitud en el siglo XVI, al comienzo del sistema, tiene puntos de comparación con nuestros días, cuando podemos esperar que llegue su conclusión. Las Casas y los dominicos de la primera época, los abolicionistas de nuestros días, lanzaban sus inflexibles invectivas contra el sistema, sobre la amplia base de la igualdad natural de derechos del hombre. La gran masa de propietarios se preocupaba poco por la cuestión del derecho y estaban satisfechos con la conveniencia de la institución. Otros, más considerados y con más conciencia,

al mismo tiempo que admitían su maldad, encontraban un argumento para su tolerancia en la excusa de su necesidad, contemplando la constitución del hombre blanco como distinta en un clima cálido para el trabajo del cultivo de la tierra¹⁴³. La condición de la esclavitud en el siglo XVI difería materialmente en un aspecto importante con respecto a su condición en el siglo XIX. En el XVI, las semillas del mal, sembradas hacía tan poco, podían haber sido comparativamente fáciles de erradicar. Pero en nuestra época han desarrollado fuertes raíces en el sistema social y no pueden ser bruscamente manejadas sin sacudir los mismos cimientos del tejido social. Es fácil concebir que un hombre que reconoce toda la desdicha de la institución y sus males para la humanidad, puede, sin embargo, vacilar a la hora de ponerle remedio, hasta que se consiga que el remedio en sí no sea peor que la enfermedad. ¿Quién, que tenga confianza en la imposición final del derecho y la progresiva civilización de las especies, puede dudar que el remedio llegará con el tiempo?

Cortés nombra a todos sus albaceas y a los tutores de sus hijos, el duque de Medina Sidonia, el marqués de Astorga y el conde de Aguilar. Como sus albaceas en México designa a su mujer, la marquesa, el arzobispo de Toledo y otros dos prelados. El testamento fue ejecutado en Sevilla el 11 de octubre de 1547¹⁴⁴.

Encontrándose enormemente incómodo por la presencia de visitantes a los que obligatoriamente se veía expuesto en Sevilla a medida que perdía las fuerzas, se retiró a la villa vecina de Castilleja de la Cuesta, acompañado de su hijo, que cuidaba de su padre moribundo con filial solicitud. Cortés parece haber contemplado su inminente final con la compostura que no siempre se encuentra en aquellos que han enfrentado la muerte con indiferencia en el campo de batalla. Finalmente, después de haber confesado con

devoción sus pecados y haber recibido el sacramento, expiró el 2 de diciembre de 1547, a los sesenta y tres años de edad¹⁴⁵.

Los habitantes de las zonas vecinas estaban deseosos de mostrar alguna señal de respeto por la memoria de Cortés. Sus exequias fúnebres se celebraron con la debida solemnidad con un largo séquito de nobles andaluces y de ciudadanos de Sevilla y su cuerpo fue transportado a la capilla del monasterio de San Isidro en esa ciudad, donde fue depositado en la cripta familiar de los duques de Medina Sidonia¹⁴⁶. En el año 1562 fueron retirados por orden de su hijo don Martín y llevados a Nueva España, no como se indicaba en su testamento a Coyoacán, sino al monasterio de San Francisco en Texcoco, donde se depositaron junto a los de una hija y su madre, doña Catalina Pizarro. En 1629, los restos de Cortés cambian nuevamente de lugar y a la muerte de don Pedro, cuarto marqués del Valle, las autoridades de México decidieron trasladarlos a la iglesia de San Francisco en la capital. La ceremonia se llevó a cabo con la pompa apropiada para la ocasión. Se formó una procesión militar y religiosa con el arzobispo de México a la cabeza. Iba acompañado de los grandes dignatarios de la Iglesia y del Estado, las distintas asociaciones con sus respectivos estandartes, las diferentes hermandades religiosas y los miembros de la Audiencia. El féretro que contenía las reliquias de Cortés fue cubierto con un terciopelo negro y transportado por los jueces de los tribunales reales. En cada lado había un hombre con armadura completa, llevando a la derecha un estandarte de blanco puro con las armas de Castilla bordadas en oro y a la izquierda un estandarte de terciopelo negro bordado igualmente con el escudo de armas de la casa de Cortés. Detrás del cuerpo venía el virrey y una numerosa escolta de caballeros españoles, mientras que la cola iba cerrada por un batallón de infantería, armado con

picas y arcabuces y con sus estandartes arrastrando por el suelo. Con esta pompa fúnebre, con el sonido de la lastimera música y el lento retoque de los tambores sordos, la procesión avanzó con paso lento hasta que llegaron a la capital, donde las puertas se abrieron de par en par para recibir los restos mortales del héroe que un siglo antes había realizado tales prodigios de valor.

Sin embargo, no se permitió a sus huesos que descansaran aquí, y en 1794 fueron trasladados al Hospital de Jesús de Nazaret. Era un lugar más apropiado, ya que era la misma institución, que bajo el nombre de Nuestra Señora de la Concepción había fundado y mantenido Cortés y que con un destino no muy frecuente en similares obras de caridad, ha sido administrada hasta el día de hoy sobre los nobles principios de su fundación. Las enmohecidas reliquias del guerrero, depositadas ahora en una urna de cristal protegida por barras y placas de plata, se colocaron en la capilla y sobre ellas se levantó un sencillo monumento, desplegando las armas de la familia y coronado por un busto del conquistador, realizado en bronce por Tolsa, un escultor digno del mejor período de las artes¹⁴⁷.

Desgraciadamente para México, el relato no termina ahí. En 1823, la muchedumbre patriótica de la capital, en su celo por conmemorar la era de la independencia nacional y su desprecio por los «antiguos españoles», se dispusieron a abrir la tumba que contenía las cenizas de Cortés y lanzarlas al viento. Las autoridades no interfirieron en esta ocasión y los amigos de la familia, como se relata comúnmente, entraron en la cripta a medianoche y retiraron en secreto las reliquias, evitando que se cometiera un sacrilegio que dejaría una mancha difícil de borrar en el escudo de la bella ciudad de México. Humboldt hace cuarenta años señaló que «podemos atravesar la América española desde Buenos Aires a Monterrey y en ningún sitio veremos que se haya

levantado un monumento nacional de gratitud pública a Cristóbal Colón ni a Hernán Cortés»¹⁴⁸. ¡Se le reservaba a nuestra época la concepción del plan de violar el descanso del muerto e insultar sus restos! Sin embargo, los hombres que planearon este atentado no eran descendientes de Montezuma vengando las injusticias a sus padres y reivindicando su legítima herencia. Eran los descendientes de los antiguos conquistadores y de sus compatriotas, que se basaron en el derecho de conquista para su título definitivo de la tierra.

Cortés no tuvo hijos de su primer matrimonio. De su segundo dejó cuatro, un hijo, don Martín, el heredero de sus honores y de persecuciones todavía más graves que las de su padre¹⁴⁹, y tres hijas, que cerraron espléndidas alianzas. Dejó además varios hijos naturales, a quienes menciona concretamente en su testamento y para los que provee honrosamente. Dos de éstos, don Martín, el hijo de Marina, y don Luis Cortés, alcanzaron considerable distinción y fueron nombrados *comendadores** de la orden de Santiago.

La línea masculina de los marqueses del Valle se terminó en la cuarta generación. El título y las propiedades pasaron a la línea femenina y por su matrimonio quedaron unidas a las de la casa de Terranova, descendientes del gran capitán Gonzalo de Córdoba. Mediante un posterior matrimonio pasaron a la familia de los duques de Monteleone, un noble napolitano. El actual propietario de estos magníficos honores y de los vastos dominios, tanto en el viejo como en el nuevo mundo, vive en Sicilia y puede presumir de ser descendiente, como pocos príncipes pueden hacerlo, de dos de los más ilustres comandantes del siglo XVI, el «Gran Capitán» y el conquistador de México.

La historia personal de Cortés ha sido tan minuciosamente detallada en la anterior narración, que tan

sólo será necesario mencionar algunos de los rasgos más prominentes de su carácter. Ciertamente, la historia de la conquista, como ya he tenido ocasión de señalar, es necesariamente la de Cortés, que es, si se puede decir así, no sólo el alma, sino el cuerpo de la empresa, presente en todos sitios en persona, en lo espeso de la batalla o en la construcción de los edificios, con su espada o su mosquete, a veces liderando a sus soldados y otras veces dirigiendo su pequeña armada. Las negociaciones, las intrigas, la correspondencia las lleva todas él y, como el César, escribió sus propios comentarios en el calor de las conmovedoras escenas que conforman la trama de los mismos. Su personalidad está marcada con los rasgos más opuestos, abarcando cualidades aparentemente incompatibles. Era avaricioso pero generoso, audaz hasta la desesperación y sin embargo cauto y calculador en sus planes, magnánimo pero muy astuto, cortés y afable en su conducta y sin embargo inexorablemente severo, laxo en sus nociones de moralidad pero (bastante a menudo) un triste fanático. El gran rasgo de su carácter era la constancia de su propósito, una constancia que ni se intimidaba por el peligro, ni se frustraba por las decepciones, ni se debilitaba por impedimentos y retrasos.

Era un caballero andante, en el sentido literal de expresión. De toda la banda de caballeros aventureros que envió España en el siglo XVI en la carrera del descubrimiento y la conquista, no había ninguno más profundamente imbuido en el espíritu de la aventura romántica que Hernando Cortés. Los peligros y las dificultades en lugar de disuadirle parecían tener encanto a sus ojos. Eran necesarios para elevarle a una conciencia completa de sus poderes. Luchaba con ellos desde el principio y, si se me permite expresarme así, parecía preferir el inicio de sus empresas por el lado más difícil. Concibió desde el primer momento de su desembarco en México el

plan de su conquista. Cuando vio la fuerza de su civilización, no se retiró de su propósito. Al ser atacado por la fuerza superior de Narváez, se mantuvo en él y cuando le expulsaron de la capital en completa ruina todavía mantenía su idea original. Ya hemos visto cómo la llevó a cabo con éxito. Después de los pocos años de reposo que siguieron a la conquista, su espíritu aventurero le empujó a esa terrible marcha a través de las ciénagas de Chiapas y después de otro intervalo a buscar fortuna en el tormentoso golfo de California. Cuando encontró que no quedaba otro continente por conquistar, hizo serias propuestas al emperador para equipar una flota a su cargo, con la que navegaría hasta las Molucas y sometería a las islas de las especias para la Corona de Castilla¹⁵⁰.

Este espíritu de caballero andante puede llevarnos a infravalorar sus talentos como general y a contemplarle bajo la luz de un aventurero con suerte. Pero esto sería hacerle una injusticia, ya que Cortés era verdaderamente un gran general, si eso es un hombre que realiza unas gestas tan grandes con los recursos que su propio genio ha creado. No hay probablemente en toda la historia una empresa tan vasta que haya sido realizada con medios aparentemente tan inadecuados. Se puede decir sin faltar a la verdad que realizó la conquista con sus propios recursos. Si debe su éxito a la cooperación de las tribus indias, fue la fuerza de su genio la que obtuvo el mando de tal material. Detuvo el brazo que estaba alzado para golpearle y le hizo batallar de su parte. Venció a los tlaxcaltecas y los convirtió en sus incondicionales aliados. Venció a los soldados de Narváez doblando así sus efectivos. Cuando sus propios hombres desertaron él no desertó. Les hizo regresar gradualmente y les obligó a obedecer su voluntad, hasta que eran como un solo hombre. Reunió a la colección más variopinta de mercenarios que nunca lucharon bajo un estandarte,

aventureros de Cuba y de las islas ansiosos de oro, hidalgos que venían al país a ganar laureles, caballeros arruinados que esperaban enmendar sus fortunas en el nuevo mundo, vagabundos que huían de la justicia, los avariciosos seguidores de Narváez y sus propios temerarios veteranos, hombres que prácticamente no tenían ningún lazo común y que ardían con el espíritu de envidia y facción, salvajes tribus de nativos de todas las partes del país que habían sido enemigos jurados desde la cuna y que se habían unido sólo para cortarse mutuamente el gazarate y para conseguir víctimas para el sacrificio, hombres, en definitiva, de diferentes razas, lenguas e intereses, con prácticamente nada en común entre ellos. Sin embargo, esta variopinta congregación se reunía en un campamento, obligados a inclinarse ante la voluntad de un hombre, a relacionarse en armonía, a respirar, por decirlo así, un espíritu y a moverse por un solo principio de acción. Es en este maravilloso poder sobre las discordantes masas reunidas de esta manera bajo su estandarte donde reconocemos el genio del gran comandante no menos que en la habilidad de sus operaciones militares.

Su poder sobre las mentes de sus soldados era el resultado natural de la confianza de éstos en sus habilidades. Pero también debe atribuirse a sus maneras populares la feliz unión de la autoridad y el compañerismo que le hacían apto para comandar una banda de aventureros andantes. No le hubiera ayudado el separarse con la señorial reserva de un general de fuerzas regulares. Estaba embarcado con sus hombres en una aventura común y prácticamente en términos de igualdad, ya que tenía su puesto sin garantía legal. Pero al mismo tiempo que consentía esta libertad y familiaridad con sus soldados, nunca permitió que interfiriera con su estricta obediencia, ni que perjudicara la severidad de la disciplina. Cuando fue elevado a mayor

consideración, aunque fingía más rango, todavía permitía a sus veteranos la misma intimidación. «Prefería», dice Bernal Díaz, «que le llamáramos “Cortés”, a ningún otro título, y con buena razón», continúa el entusiasta caballero, «ya que el nombre de Cortés es tan famoso en nuestros días como lo fue el de César entre los romanos, o el de Aníbal entre los cartagineses»¹⁵¹. Mostró la misma amable preocupación por sus antiguos camaradas hasta el último momento de su vida, ya que destinó una suma en su testamento para la celebración de dos mil misas para las almas de aquellos que habían luchado con él en las campañas de México¹⁵².

Su carácter ha sido inconscientemente trazado por la mano de un maestro.

«And oft the chieftain deigned to aid
And mingle in the mirth they made;
For, though, with men of high degree,
The proudest of the proud was he,
Yet, trained in camps, he knew the art
To win the soldiers' hardy heart.
They love a captain to obey,
Boisterous as March, yet fresh as May;
With open hand, and brow as free,
Lover of wine, and misntrelsy;
Even the first to scale a tower,
As venturous in a lady's bower;
Such buxom chief shall lead his host
From Indian's fires to Zembla's frost»

Cortés sin mucha violencia podía haber encajado en este retrato de Marmion.

Cortés no era un vulgar conquistador. No conquistaba por la mera ambición de la conquista. Si destruyó la antigua capital de los aztecas, fue para construir una capital aún más magnífica sobre sus ruinas. Si asoló la tierra y destrozó las

instituciones que existían, empleó el breve tiempo de su administración compendiando planes para introducir allí un cultivo mejorado y una civilización mayor. En todas sus expediciones tomaba buen cuidado de estudiar los recursos del país, su organización social y sus capacidades físicas. Imponía a sus capitanes que cumplieran especialmente estos objetivos. Si ansiaba oro, como la mayoría de los caballeros españoles en el nuevo mundo, no era para atesorarlo, no sólo para prodigarlos en el mantenimiento de su principesco modo de vida, sino para asegurarse fondos con los que continuar sus gloriosos descubrimientos. Lo prueban sus costosas expediciones al golfo de California. Sus empresas no se realizaron sólo con objetivos mercenarios, como lo muestran las variadas expediciones que puso en pie para el descubrimiento de la comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. En sus planes de ambición mostró respeto por los intereses de la ciencia, lo que alude en parte a la natural superioridad de su mente, pero en parte sin duda a la influencia de su anterior educación. Realmente es difícil que una persona con su temperamento díscolo y vivo hubiera mejorado en la universidad, pero se trajo de allí un tinte de erudición raramente encontrado entre los caballeros del período y que tuvo su influencia ampliando sus propias concepciones. Sus célebres cartas están escritas con una sencillez elegante que, como ya he tenido ocasión de señalar, ha hecho que se las compare a la narrativa militar de César. No será fácil encontrar en las crónicas del período una exposición tan concisa y comprensible, no sólo de los sucesos de las campañas, sino de las circunstancias más dignas de noticia sobre el carácter de los países conquistados.

Cortés no era cruel, al menos no lo era comparado con la mayoría de los que le siguieron en su oficio de acero. El camino del conquistador necesariamente tiene que ir

señalado por la sangre. No era demasiado escrupuloso, ciertamente, en la ejecución de sus planes. Barrió los obstáculos que se ponían en su camino y su fama quedó oscurecida por la comisión de más de un acto que hasta sus más decididos apologistas encontrarán difícil de justificar. Pero no era cruel gratuitamente. No permitía ningún ultraje a los enemigos que no opusieran resistencia. Esto puede parecer poca alabanza, pero es una excepción en la conducta habitual de sus compatriotas en sus conquistas y es algo estar por delante de tu época. Era severo, se puede añadir, haciendo cumplir sus órdenes de respetar a las personas y sus propiedades. Con su licenciosa banda era a veces peligroso hacerlo. Después de la conquista, sancionó el sistema de *repartimientos*, pero también lo hizo Colón. Se esforzó por regularlo con las leyes más humanas y continuó sugiriendo muchos cambios importantes para mejorar la condición de los nativos. El mejor comentario de su conducta a este respecto, es la deferencia que le mostraban los indios y la confianza con la que acudían a él buscando protección en todos sus problemas posteriores.

En la vida privada parece haber tenido el poder de atraer sinceramente a aquellos que le rodeaban. La influencia de este lazo es patente en cada página de Bernal Díaz, aunque su trabajo fuera escrito para reivindicar las reclamaciones de los soldados en oposición a las del general. Parece que llevó una vida feliz con su primera mujer en su humilde retiro de Cuba, y contempló a la segunda, a juzgar por las expresiones de su testamento, con confianza y amor. Sin embargo, no puede ser absuelto de los cargos de galanteos licenciosos que entraban también a menudo en el carácter del aventurero militar de esa época. También parecería, por los frecuentes pleitos en los que se vio envuelto, que era de carácter irritable y polémico. Pero se debe ser muy indulgente con la irritabilidad de un hombre que ha estado demasiado tiempo

acostumbrado a un dominio independiente, ha soportado pacientemente los frenos y controles de los espíritus mezquinos, incapaces de comprender el noble carácter de sus empresas. «Pensaba silenciar a sus enemigos», dice un eminente escritor, «con el brillo de la nueva carrera en la que se había embarcado. No pensó que estos enemigos se habían levantado contra las dimensiones y la rapidez de su éxito»¹⁵³. Fue recompensado por sus esfuerzos con la mala interpretación de sus motivos, con las calumniosas acusaciones de malversación de los ingresos públicos y de aspirar a un reino independiente. Pero, aunque podamos admitir fundamento para muchas de las quejas alegadas por Cortés, cuando consideramos el quejumbroso tono de su correspondencia y la frecuencia de sus litigios, sentimos una natural suspicacia de que su orgulloso espíritu era demasiado sensible a pequeños desaires y demasiado celoso de ofensas imaginarias.

Queda un rasgo más del carácter de este notable hombre que debe señalarse, su fanatismo, el defecto de la época, ya que seguro que sólo puede ser llamado un defecto¹⁵⁴. Cuando vemos la mano, roja con la sangre del desgraciado nativo, elevarse para invocar la bendición del cielo sobre la causa que defiende, experimentamos algo parecido a una sensación de disgusto ante el acto y una duda sobre su sinceridad. Pero esto es injusto. Deberíamos retrotraernos (no me cansaré de repetirlo) a la época, la edad de las cruzadas. Ya que todo caballero español, por muy sórdidos y egoístas que fueran sus motivos privados, se sentía como un soldado de la cruz. Muchos de ellos hubieran muerto en su defensa. Quienquiera que haya leído la correspondencia de Cortés o aún mejor haya seguido las circunstancias de su carrera difícilmente dudará que estaría entre los primeros en dar su vida por la fe. Más de una vez arriesgó su vida, su fortuna y el éxito de toda la empresa por el modo prematuro

y nada diplomático en que forzó la conversión de los nativos¹⁵⁵. Para el espíritu más racional de hoy en día, iluminado por una cristiandad más pura, puede parecer difícil reconciliar las graves desviaciones de la moral con tal devoción a la causa de la religión. Pero la religión que se enseñaba en esos días era de una forma y elaborado ceremonial. En la puntillosa atención a la disciplina, se permitió que el espíritu de la cristiandad se evaporara. La mente, ocupada con las formas, piensa poco en la sustancia. En un culto que se dirige de manera demasiado exclusiva a los sentidos, suele pasar que la moral se divorcia de la religión y la medida del bien y del mal se determina por el credo antes que por la conducta.

En la primera parte de la Historia he dado una descripción de la persona de Cortés¹⁵⁶. Servirá como cierre para esta revisión de su carácter el relato de sus modales y sus hábitos personales que nos dejó Bernal Díaz, el viejo cronista que nos ha acompañado a lo largo de toda nuestra narración y que es perfectamente apto ahora para proporcionarnos la conclusión de la misma. Ningún hombre conoció a su comandante mejor y si el declarado objeto de su trabajo puede llevar naturalmente a un menosprecio de Cortés, éste queda más que contrarrestado por la calidez de su relación personal y por el *esprit de corps* que le guía a tomarse en serio el renombre de su general.

«En toda su apariencia y presencia», dice Díaz, «en su discurso, su mesa, su vestido, en todo, en pocas palabras, tenía el aire de un gran señor. Sus ropas estaban de acorde con la moda de la época, le daba poco valor a la seda, damascos o terciopelos y vestía de forma sencilla y extremadamente pulcra¹⁵⁷, ni tampoco llevaba enormes cadenas de oro, sino una fina de exquisita factura, de la que colgaba una joya que tenía la figura de nuestra señora la Virgen y su precioso hijo, con una inscripción en latín

tallada sobre ella. En su dedo llevaba un espléndido anillo de diamantes, y de su capa, que a la moda de la época era de terciopelo, colgaba una medalla cuyo diseño no recuerdo. Era servido con magnificencia, ya que se convirtió en un hombre de rango, con ayudas de cámara y mayordomos y muchos pajes, y el servicio de su mesa era espléndido, con una gran cantidad de platos tanto de oro como de plata. Al mediodía comía generosamente, bebiéndose casi una pinta de vino mezclado con agua. Por la noche cenaba bien, aunque no era melindroso en cuanto a la comida, preocupándose poco por las exquisiteces de la mesa, excepto ciertamente en aquellas ocasiones en que le daba a estos temas cierta importancia¹⁵⁸.

«Sabía latín y por lo que entendí era Licenciado en leyes y cuando conversaba con eruditos que le hablaban en latín respondía en la misma lengua. También tenía algo de poeta, su conversación era simpática y tenía una dicción agradable. Cuando asistía a los servicios de la iglesia era de lo más puntual, devoto a su manera y caritativo con los pobres¹⁵⁹.

«Cuando juraba, solía decir, “sobre mi conciencia”, y cuando le sacaban de quicio, “que el diablo te lleve”.» Con sus hombres era muy paciente, y éstos a veces eran impertinentes e incluso insolentes. Cuando se enfurecía mucho, las venas de su cuello y su frente se hinchaban, pero no pronunciaba ningún reproche ni contra los oficiales ni contra los soldados.

«Le gustaban las cartas y los dados y cuando jugaba siempre estaba de buen humor, generoso en bromas y conversación. Era afable con sus seguidores, especialmente con aquellos que vinieron con él de Cuba. En sus campañas prestaba una atención especial a la disciplina, haciendo a menudo rondas él mismo durante la noche y comprobando que los centinelas cumplieran su obligación. Entraba en los cuarteles de sus soldados sin ceremonia y reprendía a

aquellos que encontraba sin sus armas y su equipo, diciendo, “mala es la oveja que no puede llevar su propia lana”. En la expedición de Honduras tomó el hábito de dormir después de sus comidas, sintiéndose mal si no lo hacía, y por muy caluroso o tormentoso que fuera el tiempo, sacaba un tapete de su capa, lo ponía debajo de un árbol y dormía profundamente por un rato. Era franco y sumamente liberal en su disposición hasta los últimos años de su vida, cuando se le acusó de mezquindad. Pero deberíamos pensar que sus dineros se emplearon en grandes y costosas empresas y que ninguna de éstas, después de la conquista, se vieron coronadas con el éxito. Quizá tenía predestinado recibir la recompensa en un mundo mejor, y yo así lo creo, ya que era un buen caballero, sincero en su devoción a la Virgen, al Apóstol San Pedro y a todos los demás santos»¹⁶⁰.

Tal es el retrato de Hernando Cortés, el conquistador de México, que nos ha dejado la mano más competente para trazarlo.

Notas al pie

* - En español en el original (N. del T).

¹²⁰ *Carta de Cortés al Emperador*, manuscrito, Texcoco, 10 de octubre de 1530.

¹²¹ La muerte de doña Catalina ocurrió de forma tan oportuna para la ascendiente fortuna de Cortés que esta acusación de asesinato por parte de su marido ha encontrado más crédito entre el vulgo que las otras acusaciones que se le imputaron. Cortés, por la razón que sea, quizá por la convicción de que la acusación era demasiado monstruosa para obtener crédito, nunca condescendió a alegar su inocencia. Pero, además de los argumentos mencionados en el texto para desacreditar la acusación en general, deberíamos considerar que esta acusación en particular atrajo tan poco la atención en Castilla, donde tenía abundantes enemigos, que no encontró dificultad a su regreso siete años después, en formar una alianza con una de las casas más nobles del reino, que ningún escritor de ese momento (excepto Bernal Díaz, que la trata como una completa calumnia), ni siquiera Las Casas, el severo acusador de los conquistadores, insinúa una sospecha de su culpabilidad y que finalmente, no se hace ninguna alusión de ningún tipo en el proceso abierto varios años después de su muerte por los familiares de doña Catalina para recuperar la propiedad de Cortés, que se pretendía que provenía de su matrimonio con él, una causa realizada con acritud y prolongada durante varios años. No he visto los documentos relacionados con este juicio que todavía se conservan en los archivos de la casa de Cortés, pero el hecho me lo ha comunicado un distinguido mexicano, que los ha examinado cuidadosamente y no puedo más que contemplarlo como concluyente, que la familia, al menos, de doña Catalina no le daba crédito a la acusación.

Sin embargo, se le ha dado tanto crédito en México, donde la memoria de los antiguos españoles no se tiene en especial favor hoy en día, que ha formado el objeto de una elaborada discusión en los periódicos públicos de esa ciudad.

¹²² Este sorprendente documento, que forma parte de la colección de don Vargas Ponce, no está fechado. Fue redactado sin duda en 1529, durante la visita de Cortés a Castilla. El siguiente título está en su encabezado.

«Pesquisa secreta.

Relacion de los cargos que resultan de la pesquisa secreta contra Don Hernando Cortés, de los cuales no se le dió copia ni traslado á la parte del dicho Don Hernando, así por ser los dichos cargos de la calidad que son, como por estar la persona del dicho Don Hernando ausente como está. Los cuales yo Gregorio de Saldaña, escribano de S. M. y escribano de la dicha Residencia, saqué de la dicha pesquisa secreta por mandado de los Señores, Presidente y Oidores de la Audiencia y Chancillería Real que por mandado de S. M. en esta Nueva España reside. Los cuales dichos Señores, Presidente y Oidores, envían á S. M. para que los mande ver, y vistos mande proveer lo que á su servicio convenga», manuscrito.

¹²³ Manuscrito, Tordelaguna, 22 de marzo de 1530.

¹²⁴ La principal queja alegada era que los esclavos, muchos de ellos mantenidos temporalmente por sus señores según los antiguos usos aztecas, entraban dentro de los censos. La reclamación forma parte de un catálogo de quejas recopilado por Cortés en un memorando al emperador. Es un documento claro y serio. *Carta de Cortés á Núñez*, manuscrito.

¹²⁵ *Ibid.*, manuscrito.

¹²⁶ El palacio ha quedado convertido en ruinas y el lugar tan sólo es notable hoy en día por su belleza natural y sus asociaciones históricas. «Fue la capital», dice Madame de Calderón, «de la nación Tlahuica y después de la conquista, Cortés construyó aquí un espléndido palacio, una iglesia y un convento para franciscanos, creyendo que había puesto los cimientos de una gran ciudad [...] Sin embargo es un lugar de poca importancia, aunque favorecido por la naturaleza y el palacio del conquistador es un barracón medio en ruinas, aunque un objeto de lo más pintoresco, elevándose sobre una colina tras la que comienza el gran volcán blanco. Hay algunas buenas casas y los restos de la iglesia que Cortés construyó, célebre por su atrevido arco», *Life in Mexico*, vol. II, let. 31.

¹²⁷ Estos detalles relacionados con la economía agrícola de Cortés los he sacado en parte de una discusión muy convincente, preparada, en enero de 1828, para la cámara de diputados por don Lucas Alamán, en defensa de los derechos territoriales que poseían hasta ese día el descendiente del conquistador, el duque de Monteleone.

¹²⁸ Navarrete, *Colección de Viages y descubrimientos* (Madrid, 1837), tom. V, *Viages al Maluco*.

¹²⁹ *Instrucción que dió Marques del Valle á Juan de Avellaneda*, etc., manuscrito.

¹³⁰ *Provisión sobre los Descubrimientos del Sur*, manuscrito, septiembre 1534.

¹³¹ El río Huasacualco dio grandes dificultades para transportar materiales para construir barcos en el Pacífico a lo largo del istmo desde Vera Cruz. Humboldt, *Essai Politique*, tom. IV, p. 50.

¹³² *Instrucción del Marques del Valle*, manuscrito.

La narración más precisa y auténtica del viaje de Ulloa se encontrará en Ramusio (tom. III, pp. 340-354). Procede de uno de los oficiales de la escuadra. Mis límites no me permitirán dar los detalles de los viajes de Cortés, que, aunque no carecen de interés, no tuvieron consecuencias permanentes. Un buen sumario de sus expediciones en el golfo, lo da Navarrete en la *Introducción a su Relacion de Viage*, hecho por las goletas Sutil y Mexicana (Madrid, 1802), pp. vi-xxvi, y el lector inglés encontrará una breve narración de los mismos en la valiosa *Memoir on the Northwest Coast of North America*, de Greenhow (Washington, 1840), pp. 22-27.

¹³³ *Memorial al Rey del Marqués del Valle*, manuscrito, 25 de junio de 1540.

¹³⁴ *Provisión sobre los Descubrimientos del Sur*, manuscrito.

¹³⁵ Véase el mapa preparado por el piloto Domingo del Castillo en 1541, ap. Lorenzana, p. 328.

¹³⁶ En la colección de Vargas Ponce hay una petición de Cortés exponiendo sus quejas y demandando investigación de la conducta del virrey. No tiene fecha. *Petición contra Don Antonio de Mendoza Virrey, pidiendo residencia contra él*, manuscrito.

¹³⁷ Bernal Díaz, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 200.

¹³⁸ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 237.

¹³⁹ Sandoval, *Historia de Carlos V*, lib. 12, cap. 25. Ferreras (trad. D'Hermilly), *Hist. d'Espagne*, tom. IX, p. 231.

¹⁴⁰ Voltaire nos cuenta que un día, Cortés, incapaz de obtener una audiencia con el emperador, se abrió paso a través de la multitud que rodeaba al emperador, y cuando Carlos preguntó «quién era ese hombre», él contestó, «alguien que te ha dado más reinos que ciudades tenías antes» (*Essai sur les Mærs*, cap. 147). No he encontrado ninguna autoridad para esta anécdota, más que improbable en cualquier caso. Sirvió, sin embargo, para establecer una moraleja, lo más importante en el filósofo de Ferney.

¹⁴¹ La carta está fechada el 3 de febrero de 1544 en Valladolid.

¹⁴² «Item, Porque acerca de los esclavos naturales de la dicha Nueva España, así de guerra como de rescate, ha habido y hay muchas dudas y opiniones sobre si se han podido tener con buena conciencia ó no, y hasta ahora no está determinado: Mando que todo aquello que generalmente se averiguare, que en este caso se debe hacer para descargo de las conciencias en lo que toca á estos esclavos de la dicha Nueva España, que se haya y cumpla en todos los que yo tengo, é encargo. Y mando á D. Martín mi hijo subcesor, y á los que después dél subcedieran en mi Estado, que para averiguar esto hagan todas las diligencias que convengan al descargo de mi conciencia y suyas», *Testamento de Hernán Cortés*, manuscrito.

¹⁴³ Este es el argumento que Las Casas contradice en su elaborada memoria dirigida al gobierno en 1542, sobre el mejor método para detener la destrucción de los aborígenes.

¹⁴⁴ Este interesante documento está en los Archivos reales de Sevilla y una copia del mismo forma parte de la valiosa colección de don Vargas Ponce.

¹⁴⁵ Zúñiga, *Annales de Sevilla*, p. 504. Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 237.

En su última carta al emperador, fechada en febrero del 1544, habla de sí mismo diciendo que tiene «sesenta años». Pero probablemente no tenía intención de ser absolutamente exacto. La afirmación de Gómara de que nació en 1485

(*Crónica de Nueva España*, cap. I) fue confirmada por Díaz, quien nos cuenta que Cortés solía decir que cuando llegó por primera vez a México, en 1519, tenía treinta y cuatro años (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, cap. 205). Esto coincidiría con la edad mencionada en el texto.

¹⁴⁶ *Noticia del Archivero de la Santa Iglesia de Sevilla*, manuscrito.

¹⁴⁷ Los detalles completos de la ceremonia descrita en el texto se pueden encontrar en una copia del documento original que existe en los Archivos del Hospital de Jesús de Nazaret en México.

¹⁴⁸ *Essai Politique*, tom. II, p. 60.

¹⁴⁹ Don Martín Cortés, segundo marqués del Valle, fue acusado, como su padre, de un intento de crear un reino independiente en Nueva España. Sus hermanos naturales, don Martín y don Luis, se vieron implicados en la misma acusación junto con él, y el primero, como se ha señalado anteriormente, fue por la misma razón sometido a tortura. Varios más de sus amigos, bajo la acusación de secundar sus planes de traición, fueron condenados a morir. El marqués se vio obligado a retirarse con su familia a España, donde la investigación se llevaba a cabo, y sus amplias propiedades en México fueron incautadas hasta que terminara el proceso, un período de siete años, desde 1567 hasta 1574, momento en el que fue declarado inocente. Pero su propiedad sufrió un daño irreparable, bajo la calamitosa administración de los oficiales reales durante el período de su incautación.

* En español en el original. (N. del T.)

¹⁵⁰ «Yo me ofresco á descubrir por aquí to da la especería, y otras Islas si huviere cerca de Moluco, ó Melaca, y la China, y aun de dar tal orden que V. M. no aiga la especería por via de rescate, como la ha el Rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia, y los naturales de aquellas Islas le reconozcan y sirvan como á su Rey y señor natural, porque yo me ofresco con el dicho aditamento de enviar á ellas tal armada, ó *ir yo con mi persona por manera que la sojuse y pueble*», *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

¹⁵¹ La comparación con Aníbal está mejor fundada de lo que probablemente imagina el viejo soldado. La descripción del guerrero cartaginés que hizo Livio es maravillosamente aplicable a Cortés, mejor quizá que la del imaginario personaje citado unas líneas más abajo en el texto. «Plurium audacia ad pericula capessenda, plurimum consilii Inter. Ipsa pericula erat: nullo labore aut corpus fatigari, aut animus vinci poterat. Caloris ac frigoris patientia par: cibi potionisque desiderio naturali, non voluptate, modus finitus: vigilarum somnique nec die, nec nocte discriminata tempora. Id, quod gerendis rebus superesset, quieti datum; ea neque molli strato, neque silentio arcessita. Multi sæpe militari sagulo opertum, humi jacentem, inter custodias stationesque militum, conspexerunt. Vestitus nihil inter æquales excellens; arma atque equi conspiciebantur. Equitum peditumque idem longue primus erat; princeps in proelium ibat; ultimus conserto proelio

excedebat» (*Hist.*, lib. xxi, sec. 5). El lector que reflexione sobre el destino de Guatemozin puede que piense que el extracto debería incluir la «perfidia plus quám Punica», en la siguiente frase.

¹⁵² *Testamento de Hernán Cortés*, manuscrito.

¹⁵³ Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 267.

¹⁵⁴ Cavo cuenta una extraordinaria anécdota sobre el fanatismo (¿deberíamos llamarlo política?) de Cortés. «En México», dice el historiador, «se cuenta comúnmente que después de la conquista, ordenó que los domingos y las fiestas todos deberían asistir, bajo castigo de cierto número de azotes, a la lectura de las sagradas escrituras. El general fue culpable de omisión en una ocasión y después de haber escuchado la admonición del cura, se sometió con edificante humildad, a ser castigado por él, ante el indescriptible asombro de los indios», *Historia de los Tres Siglos*, tom. I, p. 151.

¹⁵⁵ «Al Rey infinitas tierras, Y á Dios *infinitas almas* »,

Dice Lope de Vega, conmemorando en este pareado la doble gloria de Cortés. Era el punto de vista en el que se contemplaba la conquista por todo devoto español en el siglo XVI.

¹⁵⁶ *Ante*, p. 175.

¹⁵⁷ Así dice Gómara: «Vestia mas pulido que rico. Era un hombre limpísimo», *Crónica de Nueva España*, cap. 238.

¹⁵⁸ «Fue muy gran comedor, i templado en el beber, teniendo abundancia. Sufria mucho la hambre con necesidad», *ibid.*, *ubi supra*.

¹⁵⁹ Destinaba mil ducados todos los años en su limosna habitual, según Gómara. «Grandísimo lisonjero; daba cada un año mil ducados de limosna ordinaria», *ibid.*, *ubi supra*.

¹⁶⁰ *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*.

Nota preliminar

El siguiente trabajo estaba pensado en un principio para cerrar el libro de la Introducción, al que en realidad pertenece. Fue escrito hace tres años, al mismo tiempo que esa parte del trabajo. No conozco ningún trabajo de relevancia relacionado con el tema que estamos discutiendo que haya aparecido desde entonces, a excepción del valioso tratado sobre las antigüedades americanas de Mr. Bradford. Pero en lo referente a esa parte de la materia que versa sobre la arquitectura americana, los dos trabajos de Mr. Stephens, que contienen una relación de sus viajes a América Central y al Yucatán, han supuesto una contribución de lo más importante, especialmente el último de ellos. Ciertamente, un terreno que anteriormente era tan precariamente conocido, ha sido explorado diligentemente de tal manera que ahora disponemos de toda la luz que razonablemente se puede esperar para ayudarnos a conformar una opinión en relación a los misteriosos monumentos del Yucatán. Tan sólo queda que las exquisitas ilustraciones de Mr. Catherwood se publiquen a mayor escala en Francia e Inglaterra, como los grandes trabajos sobre el tema, para exponer una representación más adecuada de estas magníficas ruinas de la que se puede dar en los márgenes de una página de octava.

Pero, a pesar de la importancia de las investigaciones de Mr. Stephens, no las he utilizado para añadir nada al borrador original de este ensayo, ni he basado mis conclusiones en ningún momento en su autoridad. Estas conclusiones se han creado a partir de un cuidadoso estudio

de las narraciones de Dupaix y Waldeck, junto con la de sus espléndidas ilustraciones de los restos de Palenque y Uxmal, dos de los principales lugares explorados por Stephens y los datos adicionales que ha recabado del vasto terreno que inspeccionó, lejos de quebrantar mis deducciones previas, tan sólo han servido para confirmarlas. El único objeto de mis especulaciones sobre estos restos era establecer su posible origen o, mejor dicho, ver qué luz, si es que había alguna, podían arrojar sobre el origen de la civilización azteca. El lector, al comparar mis reflexiones con las de Mr. Stephens en los últimos capítulos de sus dos trabajos, verá que, en cuanto al origen y la posible antigüedad de estas estructuras, he llegado a conclusiones idénticas a las suyas. Conclusiones formadas bajo circunstancias tan diferentes sirven para corroborarse unas a otras y, aunque el lector encontrará aquí algunas cosas que hubieran sido diferentes de haber sido guiado por la luz que alumbra ahora el camino, prefiero no remover los cimientos sobre los que descansan mis argumentos ni dañar su valor, si es que tiene alguno, como un testimonio diferenciado e independiente.

PARTE I

Origen de la civilización mexicana. Analogías con el viejo mundo

Cuando los europeos tocaron por primera vez las orillas de América era como si hubieran descendido sobre otro planeta; tan diferente era todo de lo que habían visto hasta entonces. Conocieron nuevas variedades de plantas y razas animales desconocidas, al mismo tiempo que el hombre, el señor de todas las cosas, era igualmente extraño en su tez, lengua e instituciones¹. Era lo que enfáticamente llamaron un nuevo mundo. Como su fe les había enseñado que todos los seres de la creación provenían de una misma fuente, sintieron una perplejidad natural sobre el modo mediante el que estas regiones lejanas y aisladas podían haber conseguido sus habitantes. La misma curiosidad sintieron sus compatriotas en casa y los eruditos europeos agitaron sus cerebros con especulaciones sobre la mejor manera de solucionar este interesante problema.

En cuanto a la presencia de animales allí, algunos imaginaron que los dos hemisferios habían estado unidos en su día por su extremo septentrional, lo suficiente como para permitir un paso cómodo². Otros, incomodados por la dificultad que suponía transportar animales de los trópicos a través de las regiones árticas, revivieron la historia de la Atlántida de Platón, esa inmensa isla, hoy en día sumergida, que pudo extenderse desde las orillas de África hasta las fronteras orientales del nuevo continente, al mismo tiempo que contemplaban como vestigios de la misma convulsión de la naturaleza las verdes islas que salpicaban el Pacífico, en su

día las cimas montañosas de un vasto continente, hoy sepultado bajo las aguas³. Algunos, desconfiando de la existencia de revoluciones, de las que no quedaba ningún registro, supusieron que los animales podían haberse abierto camino a través del océano de diversos modos; los pájaros de alas más fuertes volando sobre los lugares más estrechos, mientras que los cuadrúpedos domesticados podían haber sido transportados fácilmente por hombres en barcos e incluso los más feroces como los tigres y otros parecidos podían haber sido transportados de la misma manera cuando eran jóvenes, «¡para el entretenimiento y el placer de la caza!»⁴. Había otros que mantenían la opinión igualmente probable de que los ángeles que se habían ocupado sin duda de ellos en el arca, también habían supervisado su posterior distribución sobre las diferentes partes del globo⁵. Hasta ese punto se veían reducidas incluso las mentes pensantes, en su búsqueda de conciliar las interpretaciones literales de las Escrituras con los fenómenos de la naturaleza. La filosofía de los últimos tiempos entiende que seguir las sugerencias de la ciencia que llevan la aparición de nuevas especies de animales a una creación posterior al diluvio, en aquellos lugares para los que por su constitución y sus hábitos estaban obviamente pensadas, no implica apartarse de esta sagrada autoridad⁶.

El hombre no parecía ofrecer las mismas dificultades en la discusión que las especies inferiores. Está preparado por la naturaleza para todos los climas, el ardiente sol de los trópicos y la helada atmósfera del norte. Vagabundea indistintamente sobre las arenas del desierto, las soledades de las nieves polares y el océano sin caminos. Ni las montañas ni los mares le intimidan y, gracias a la ayuda de artefactos mecánicos, realiza viajes en los que las aves más valientes perecerían. Sin necesidad de ascender a las altas latitudes norteadas, donde los continentes de Asia y América

se acercan hasta unas cincuenta millas el uno del otro, sería fácil para los habitantes de la Tataria oriental o Japón dirigir su canoa de isla en isla, hasta cruzar a la costa americana, sin siquiera estar en el océano más de dos días seguidos⁷. La comunicación es algo más difícil en el lado atlántico. Pero, incluso aquí, Islandia estaba ocupada por colonias de europeos muchos cientos de años antes del descubrimiento de Colón y el paso de Islandia a América es relativamente fácil⁸. Independientemente de estos canales, en el hemisferio sur se abrieron otros, mediante las numerosas islas del Pacífico. La población de América no es un problema tan grande en comparación con la de estos pequeños puntos. Pero la experiencia muestra lo practicable que puede haber sido la comunicación incluso entre estos lugares tan inaccesibles⁹. Se ha recogido a salvajes en sus canoas, después de haber estado a la deriva por cientos de leguas en el océano abierto y manteniéndose con el agua de lluvia y el pescado que pudiera atrapar¹⁰. Las ocasiones en las que ha sucedido no son raras y sería extraño que estos barcos errantes no se chocaran de vez en cuando con el continente, que se extiende cruzando el globo, de forma continua, casi de polo a polo. Sin duda, la historia nos podría dar más de un ejemplo de hombres que, arrastrados de esta manera hasta las costas americanas, mezclaron su sangre con la de las razas primitivas que las ocupaban.

La verdadera dificultad no es, como con los animales, explicar cómo podía el hombre haber llegado a América, sino de qué región concreta llegó. Al reconocer todo el nuevo mundo, se ha descubierto que contenía dos grandes familias, una en el estado más bajo de la civilización, compuesta de cazadores, y otra casi tan avanzada en refinamientos como los imperios semicivilizados de Asia. Las razas más avanzadas en los diferentes continentes de América probablemente no conocían la existencia la una de

la otra y tenían tan pocos intercambios como con las tribus bárbaras que les rodeaban. Sin embargo, poseían una estructura y una organización física similar, al menos con un carácter más uniforme que el que se encuentra en cualquier otra parte del globo. Tenían ciertos usos e instituciones en común y hablaban idiomas de una construcción similar, curiosamente distintos de aquellos que se hablaban en el hemisferio oriental.

¿A partir de cuándo comenzó el refinamiento de estas razas más avanzadas?, ¿era tan sólo un desarrollo mayor del mismo carácter indio que vemos en las latitudes más altas, que desafía cualquier intento de una civilización permanente?, ¿se asentaba sobre una raza de un grado mayor en la escala original aunque abriéndose camino hacia arriba con sus propias fuerzas, de forma autodidacta?, ¿era, en pocas palabras, una civilización indígena? o bien ¿la tomó, en cierto grado, prestada de las naciones del mundo oriental? Si era indígena, ¿cómo podemos explicar la extraña coincidencia con oriente en instituciones y opiniones? Si era oriental, ¿cómo explicaremos la gran diferencia de lengua y el desconocimiento de las artes más simples y útiles que, una vez aprendidas, parecería difícilmente posible que se olvidaran? Este era el enigma de los escitas, que ningún Edipo ha tenido todavía el ingenio suficiente para descifrar. Sin embargo, es una cuestión de profundo interés para cualquier observador inteligente y curioso de sus especies. Y consecuentemente ha ocupado la mente del hombre, desde el primer descubrimiento del país hasta el día de hoy, cuando los extraordinarios monumentos sacados a la luz en América Central han proporcionado un nuevo impulso a la investigación, al sugerir la probabilidad, la posibilidad más bien, de que se pudieran ofrecer evidencias más claras que cualquiera de las hasta ahora conocidas para determinar el hecho de una verdadera comunicación con el otro

hemisferio.

No es mi intención añadir muchas páginas a los volúmenes ya escritos sobre este inagotable tema, que, como recuerda un escritor de mente filosófica que ha hecho más que nadie para solucionar este misterio, es de naturaleza demasiado especulativa para la historia, casi una filosofía¹¹. Pero este trabajo quedaría incompleto si no se ofreciera al lector los medios para que juzgue él mismo sobre los verdaderos orígenes de la peculiar civilización que se ha descrito anteriormente, mostrándole los puntos que se alegan de parecido con el antiguo continente. Al hacer esto me deberé limitar a mi tema concreto: los mexicanos, o a lo que, de uno u otro modo, tenga cierta relación con este tema, proponiéndome afirmar sólo puntos de parecido verdaderos que estén apoyados por pruebas y apartarme lo más lejos posible de las ilusiones con que han sido investidos por la credulidad pía por un lado y por sistemas visionarios prefabricados por el otro.

Una analogía obvia se encuentra en las *tradiciones cosmogónicas* y los *usos religiosos*. Ya he presentado al lector el sistema azteca de los cuatro grandes ciclos, al final de cada uno de los cuales el mundo se destruía, para ser regenerado de nuevo¹². La creencia en estas convulsiones periódicas de la naturaleza, mediante la mediación de uno u otro de los elementos, era común a muchos países del hemisferio oriental y, aunque variando en los detalles, el parecido general de las líneas maestras proporciona argumentos a favor de un origen común¹³.

Ninguna tradición ha sido más extendida entre las naciones que la del diluvio. Independientemente de la tradición, ciertamente, parecería que viene sugerida de forma natural por la estructura interior de la tierra y por los lugares elevados en los que se encuentran depositadas sustancias marinas. Era una noción recibida, bajo una forma

u otra, tanto en los pueblos más civilizados del viejo mundo como entre los bárbaros del nuevo¹⁴. Los aztecas combinaban esta tradición con algunas circunstancias especiales de un carácter más arbitrario, que se parecían a las versiones orientales. Creían que dos personas sobrevivieron al diluvio, un hombre llamado Coxcox y su mujer. Sus cabezas quedan representadas en pinturas antiguas, junto con un bote flotando en las aguas a los pies de una montaña. También se muestra una paloma con el signo jeroglífico de lenguas en su boca que distribuye entre los hijos de Coxcox, que nacieron mudos¹⁵. Los pueblos vecinos de Michoacán, que habitan las mismas altas llanuras de los Andes, tenían además la tradición de que el bote en el que Tezpi, su Noé, escapó estaba lleno de diferentes tipos de animales y pájaros. Después de cierto tiempo, se envió un buitres desde el barco, pero se quedó alimentándose de los cuerpos muertos de los gigantes, que se habían quedado en la tierra a medida que las aguas se habían retirado. Se envió entonces al pequeño colibrí, *huitzitzilin*, y éste volvió con una ramita en su pico. La coincidencia de estas dos versiones con las narraciones caldea y hebrea son obvias. Sería deseable que la autoridad para la versión michoacana fuera más satisfactoria¹⁶.

En el camino entre Vera Cruz y la capital, no muy lejos de la moderna ciudad de Puebla, se eleva una venerable reliquia, que el lector ya ha conocido en el curso de la narración, llamada el templo de Cholula. Es, como recordará, un montículo piramidal, construido, o mejor dicho, moldeado con ladrillos, que se eleva hasta una altura de casi ciento ochenta pies. La tradición popular de los nativos es que fue erigido por una familia de gigantes que habían escapado de la gran inundación y querían elevar el edificio hasta las nubes, pero los dioses, ofendidos por su presunción, enviaron fuego del cielo sobre la pirámide y les obligaron a abandonar el intento¹⁷. La coincidencia parcial

de esta leyenda con la versión hebrea de la torre de Babel, que recibieron también otras naciones orientales, no se puede negar¹⁸. Pero alguien que no haya estudiado el tema, difícilmente dará crédito a las audaces hipótesis que se han levantado sobre bases tan endeblés.

Otro punto de coincidencia se encuentra en la diosa Cioacoatl, «nuestra señora y madre», «la primera diosa que surgió», «quien legó los sufrimientos del nacimiento a las mujeres como un tributo a la muerte», «a través de quien el pecado vino al mundo». Tal era el sorprendente lenguaje que los aztecas aplicaban a esta venerada deidad. Era representada habitualmente con una serpiente cerca y su nombre significaba «mujer-serpiente». En todo esto vemos muchas cosas que nos recuerdan a la madre de la familia humana, la Eva de las naciones siria y hebrea¹⁹.

Pero ninguna de estas deidades del país sugirió tan sorprendentes analogías con las Escrituras como Quetzalcóatl, que el lector ya conoce²⁰. Era el hombre blanco, que llevaba una larga barba, que vino del este y quien, después de presidir en la época dorada del Anáhuac, desapareció tan misteriosamente como había llegado, en el gran océano Atlántico. Como prometió volver en el futuro, todas las generaciones posteriores esperaban con confianza su reaparición. En estas circunstancias hay poco que recuerde al cristianismo. Pero los curiosos anticuarios de México descubrieron que se le debía a este dios la institución de comunidades eclesiásticas, que recordaban a las sociedades monásticas del viejo mundo, la de los ritos de la confesión y la penitencia ¡e incluso el conocimiento de las grandes doctrinas de la trinidad y la encarnación!²¹. Un grupo, con una pía labor, recopiló pruebas para demostrar su identidad con el apóstol Tomás²², mientras que otros, con una confianza menos escrupulosa, vieron en su anticipado advenimiento para renovar la nación, el tipo oculto de ¡el

Mesías!²³.

Sin embargo, deberíamos ser caritativos con los misioneros que desembarcaron por primera vez en este mundo de maravillas, donde, al mismo tiempo que el hombre y la naturaleza tenían un aspecto tan extraño, quedaron sorprendidos por fogonazos ocasionales de ritos y ceremonias que les recordaban a aquellas de una fe más pura. En su sorpresa no reflexionaron sobre si estas cosas pudieran ser acaso la expresión natural del sentimiento religioso común a todas las naciones que han alcanzado una moderada civilización. No investigaron sobre si otro pueblo idólatra practicaba las mismas cosas. No podían evitar su sorpresa mientras contemplaban la Cruz, el sagrado emblema de su propia fe, elevado como objeto de culto en los templos del Anáhuac. Se encontraron con él en varios lugares y todavía hoy se puede ver la imagen de una cruz esculpida en bajo relieve en los muros de uno de los edificios de Palenque, al mismo tiempo que se le ofrece como en adoración una figura que tiene cierto parecido con la de un niño²⁴.

Su sorpresa aumentó cuando contemplaron un rito religioso que les recordaba a la comunión cristiana. En estas ocasiones se hacía una imagen de la deidad tutelar de los aztecas de harina de maíz, mezclada con sangre y después de que los sacerdotes la consagraran, se distribuía entre la gente que, a medida que la comían, ¡«mostraban signos de humillación y pesar, declarando que era la carne de la deidad»!²⁵. ¿Cómo podría el católico no reconocer la solemne ceremonia de la eucaristía?

Con los mismos sentimientos contemplaban otra ceremonia, la del bautismo azteca, en la que después de una solemne invocación, se tocaban la cabeza y los labios del niño con agua y se le daba un nombre, mientras que se le imploraba a la diosa Cioacóatl, que presidía los nacimientos,

¡«que el pecado que se nos dio al comienzo del mundo no visitara al niño, sino que lo limpiara con estas aguas, para que pudiera vivir y nacer de nuevo»!²⁶.

Es cierto que estos ritos se realizaban con muchos detalles, muy distintos de los ritos de cualquier iglesia cristiana. No tenían conciencia de que la cruz era el símbolo de culto de la mayor antigüedad, en Egipto y en Siria²⁷, y que naciones paganas sobre las que no había caído nunca la luz de la cristiandad practicaban ritos parecidos a los de la comunión²⁸ y el bautismo²⁹. En su asombro no sólo magnificaron lo que vieron, sino que fueron confundidos a perpetuidad por las ilusiones de sus propias imaginaciones encendidas. En esto los ayudaron admirablemente los conversos mexicanos, orgullosos de demostrar, y creyéndose en parte ellos mismos, una correspondencia entre su propia fe y la de sus conquistadores³⁰.

El ingenio del cronista se puso a prueba a la hora de encontrar analogías entre las historias de los aztecas y las de los testamentos, el antiguo y el nuevo. La migración de Aztlán al Anáhuac era propia del éxodo judío³¹. Los lugares donde los mexicanos se detuvieron en el camino, se identificaron con los del viaje de los israelitas³², y se descubrió que el mismo nombre de México era prácticamente idéntico al nombre hebreo del Mesías³³. Los jeroglíficos proporcionaron un campo infinito para el despliegue de esta agudeza crítica. Se leyeron en estos misteriosos caracteres los pasajes más notables en el antiguo y el nuevo Testamento, y el ojo de la fe podía rastrear allí ¡la historia completa de la Pasión, el Salvador colgado de la cruz y la Virgen María con sus ángeles guardianes!³⁴.

Las teorías cristianas y judías se mezclaron de forma extraña y los cerebros de los buenos padres quedaron aún más perplejos por la mezcla de abominaciones paganas tan estrechamente entrelazadas con las prácticas más ortodoxas.

En su confusión, contemplaban el conjunto como una ilusión del Diablo, que falsificaba los ritos de la cristiandad y las tradiciones del pueblo elegido, para poder atraer a sus pobres víctimas hacia su propia destrucción³⁵.

Pero, aunque no es necesario recurrir a esta extraordinaria suposición, ni siquiera a traer a un apóstol de entre los muertos o a cualquier posterior misionero, para explicar las coincidencias con el cristianismo, se debe reconocer que estas coincidencias proporcionan un argumento a favor de una primitiva comunicación con la gran hermandad de naciones del viejo continente, entre quienes estaban tan ampliamente difundidas ideas similares. La probabilidad de tal comunicación, especialmente con Asia oriental, se fortalece por el parecido entre las instituciones sacerdotales y algunos ritos religiosos, como los del matrimonio³⁶, o el entierro de los muertos³⁷, por la práctica de sacrificios humanos e incluso el canibalismo, restos del cual se pueden discernir en las razas mongolas³⁸ y, finalmente, por una correspondencia en los usos y maneras sociales, tan impactantes que la descripción de la Corte de Montezuma bien puede pasar por la del Gran Kan, tal y como la describieron Maundeville y Marco Polo³⁹. Ocuparía demasiado espacio entrar en detalles en esta materia, sin lo que, sin embargo, no se podría sentir la fuerza del razonamiento, ni demostrarse completamente. Lo han hecho otros y de vez en cuando se han señalado coincidencias ocasionales en el capítulo anterior.

Es cierto que hay que tener mucho cuidado a la hora de deducir la identidad o siquiera el parecido entre naciones, a partir de una semejanza parcial de sus hábitos e instituciones. Cuando están relacionados con los usos y está fundado en el capricho, no prueba más que cuando nace de una sugerencia espontánea de la naturaleza, común a todo el mundo. El parecido en el primer caso puede achacarse a una

casualidad; en el segundo, a la constitución del hombre. Pero hay ciertas peculiaridades arbitrarias que, al encontrarse en diferentes naciones, sugieren razonablemente la idea de una comunicación previa entre ellas. ¿Quién puede dudar de la existencia de una afinidad, o al menos un intercambio entre tribus que tienen el mismo y extraño hábito de enterrar a los muertos en posición sentada, como era practicado, hasta cierto punto, por la mayoría, si no todos, los aborígenes desde Canadá hasta la Patagonia?⁴⁰ La costumbre de quemar el cuerpo, propia tanto de los mongoles como de los aztecas, es en sí misma una prueba muy débil de un origen común. El cuerpo debería colocarse en la misma posición y quizá ésta sea tan natural como cualquier otra. Pero cuando a esto se le añade la circunstancia de recoger las cenizas en una urna y depositar con éstas únicamente una piedra preciosa, la coincidencia es notable⁴¹. Coincidencias tan concretas son frecuentes, mientras que la acumulación de otras de carácter más general, aunque individualmente de poca importancia, refuerzan la probabilidad de una comunicación con el este.

Una prueba de mayor rango se encuentra en las analogías en la *ciencia*. Ya hemos visto el peculiar sistema cronológico de los aztecas, su método de distribuir los años en ciclos y de calcular mediante series periódicas en lugar de números. Las diversas naciones asiáticas de la familia mongola utilizan un procedimiento similar, desde la India a Japón. En realidad, sus ciclos constan de sesenta años en lugar de cincuenta y dos, y para nombrar sus series periódicas utilizaban los nombres de los elementos y los signos del zodiaco, de lo que los mexicanos no tenían conocimiento. Pero el principio era exactamente el mismo⁴².

Hay una correspondencia que es casi tan extraordinaria entre los jeroglíficos usados por los aztecas para los signos de los días y los de los signos zodiacales que los asiáticos orientales utilizaban como uno de los términos para sus

series. El calendario mongol ha tomado prestados sus símbolos de animales. Cuatro de los doce son iguales que los aztecas. Otros tres son tan parecidos como lo permiten las diferentes especies de animales de los dos hemisferios. Los otros cinco no se refieren a ninguna criatura que se encontrara entonces en el Anáhuac⁴³. El parecido llegó todo lo lejos que pudo⁴⁴. El parecido de estos símbolos convencionales, entre las diferentes naciones del este, no puede más que llevarnos a la convicción de un origen común para el sistema. ¿Por qué no se debería aplicar una conclusión parecida al calendario azteca, que, aunque lo utiliza para los días, en lugar de para los años, era al igual que el asiático, utilizado con fines cronológicos y adivinatorios?⁴⁵.

Pasaré por alto el parecido que también tienen los persas en el modo de ajustar el tiempo mediante un sistema de intercalación parecido⁴⁶, y de los egipcios en la celebración de la notable fiesta del solsticio de invierno⁴⁷, ya que, aunque suficientemente curiosos, las coincidencias pueden ser accidentales y añaden poco al peso de la evidencia que ofrecen la coincidencia de las combinaciones de un carácter tan complejo y artificial como los que se han presentado anteriormente.

Entre todas estas analogías intelectuales, se podría esperar encontrar alguna en el *lenguaje*, el vehículo que normalmente muestra el rastro de su origen, incluso cuando la ciencia y la literatura, que están incluidas en él, se han separado enormemente. Sin embargo, no hay ninguna investigación que haya llegado a resultados menos satisfactorios. Las lenguas que se extienden por el continente occidental exceden en número a aquellas que se encuentran en una población similar en el oriental⁴⁸. Muestran la notable anomalía de diferenciarse tanto en etimología como coinciden en organización y, por otro lado,

al mismo tiempo que tienen una ligera afinidad con las lenguas del viejo mundo en el primer punto, no tienen ningún parecido en el segundo⁴⁹. El mexicano se hablaba en una extensión de trescientas leguas. Pero dentro de las fronteras de Nueva España se encontraron más de veinte lenguas, no simplemente dialectos, sino en muchos casos lenguas radicalmente diferentes⁵⁰. Sin embargo, todas estas lenguas, con una excepción, coincidían en esa peculiar estructura sintética, que parece haber moldeado todos los dialectos indios desde la tierra de los esquimales hasta la Tierra de Fuego⁵¹, un sistema que al incluir el mayor número de ideas dentro del menor espacio posible, condensa frases enteras en una sola palabra⁵², desplegando un curioso mecanismo en el que algunos creen ver la mano del filósofo y otros tan sólo los espontáneos esfuerzos del salvaje⁵³.

Las afinidades etimológicas que se han detectado con el antiguo continente no son muy numerosas y se han extraído de forma indiscriminada de todas las tribus que están esparcidas por América. En general, se han encontrado más analogías con las lenguas de Asia que de ningún otro lugar. Pero su cantidad es demasiado despreciable como para contrarrestar la conclusión opuesta que se deduce a partir de la diferencia de su estructura⁵⁴. Una excepción notable se encuentra en la lengua otomí, que cubre un territorio más amplio que ninguna otra, después de la mexicana, en Nueva España⁵⁵ y que, tanto por su composición monosilábica, tan diferente de aquellas que la rodean, como por su vocabulario, muestra una especial afinidad con el chino⁵⁶. La existencia de este idioma aislado en el corazón de este vasto continente ofrece un tema curioso para la especulación, mucho más allá de las regiones de la historia.

Las lenguas americanas, tan numerosas y tan ampliamente diversificadas, ofrecen un enorme campo para la investigación, que, a pesar de las labores de varios

distinguidos filólogos, se mantiene aún sin explorar. Únicamente después de una amplia comparación de ejemplos, se puede confiar en las conclusiones basadas en la analogía. La dificultad de hacer estas comparaciones aumentan con el tiempo, debido a la facilidad que la peculiar estructura de las lenguas indias proporciona para nuevas combinaciones, mientras que la insensible influencia del contacto con el hombre civilizado, a la hora de producirlas, nos lleva a una desconfianza aún mayor de nuestras conclusiones.

La teoría del origen asiático de la civilización azteca obtiene una confirmación más sólida a la luz que ofrece la *tradicón*, que, brillando con constancia desde el Noroeste, atraviesa las oscuras sombras que han arrojado igualmente la historia y la mitología alrededor de las antigüedades del país. Se han encontrado tradiciones de origen occidental o noroccidental entre las tribus más bárbaras⁵⁷ y muchos mexicanos las han mantenido de forma oral y en mapas jeroglíficos, donde se anotaban cuidadosamente las diferentes etapas de su migración. Pero, ¿quién puede leerlas hoy en día?⁵⁸ Se admite, sin embargo, que coinciden en señalar la poblada región del norte como el prolífico origen de las razas americanas⁵⁹. En esta región eran situadas su Aztlán y su Huehuetallapan, las brillantes moradas de sus ancestros, cuyos logros militares rivalizaban con los que las naciones teutónicas han recogido de Odín y los héroes míticos de Escandinavia. De esta región llegaron sucesivamente los toltecas, los chichimecas y las razas hermanas de los nahuas hasta la gran meseta de los Andes, extendiéndose sobre sus colinas y sus valles hasta el Golfo de México⁶⁰.

Los anticuarios han intentado detectar laboriosamente algún resto que hubiera sobrevivido de estas migraciones. En los distritos noroeste de Nueva España, a miles de millas

de distancia de la capital, se han descubierto dialectos que muestran cierta afinidad cercana con el mexicano⁶¹. A lo largo del río Gila se pueden ver restos de populosas ciudades, que bien podrían ser dignas de los aztecas por su estilo arquitectónico⁶². El territorio al norte del gran río Colorado no ha sido bien explorado, pero en latitudes más altas, en la vecindad de Nooka, todavía existen tribus cuyos dialectos, tanto en la terminación como en el sonido general de las palabras, tienen un considerable parecido con el mexicano⁶³. Estos son los vestigios, escasos y débiles realmente, que todavía quedan para atestiguar la verdad de las tradiciones, que en sí mismas se han mantenido constantes y consistentes a través del lapso de siglos y de las migraciones de las sucesivas razas.

Las conclusiones que sugieren las analogías morales e intelectuales con Asia oriental obtienen un apoyo considerable en las de la *naturaleza física*. Los aborígenes del mundo occidental se distinguían por ciertas peculiaridades estructurales, que han llevado a los fisiólogos a contemplarlos como una raza aparte. Estas peculiaridades se muestran en su tez rojiza, cercana al color canela, su pelo negro y liso, extremadamente brillante, su escasa barba, a menudo totalmente ausente⁶⁴, sus pómulos altos, los ojos oblicuamente dirigidos hacia las sienas, narices prominentes y unas frentes estrechas que caen hacia atrás con una inclinación mayor que ninguna otra raza excepto la africana⁶⁵. Sin embargo, hay desviaciones de este estándar general, de la misma manera, aunque no hasta el mismo punto, que en otras partes del mundo, aunque estas desviaciones no parecen estar influenciadas por las mismas leyes de posición local⁶⁶. Los anatomistas también han percibido en los cráneos desenterrados en los túmulos y en aquellos de los habitantes de las altas planicies de las cordilleras una obvia diferencia con los de las tribus más

bárbaras. Esto se aprecia especialmente en una frente más amplia, lo que sugiere una clara superioridad intelectual⁶⁷. Estas características parecen tener una gran semejanza con las de la familia mongola y especialmente con los pueblos de la Tartaria Oriental⁶⁸, de tal manera que, a pesar de ciertas diferencias reconocidas por los fisiólogos, un observador común no podría diferenciar los cráneos de las dos razas fácilmente. No se puede sacar ninguna conclusión, sin embargo, sin una amplia comparación. La que se ha hecho hasta la fecha se ha fundamentado principalmente sobre ejemplares de las tribus bárbaras⁶⁹. Quizá una comparación más detallada con las razas más civilizadas pueda proporcionar una prueba más fuerte de su cercanía⁷⁰.

Buscando analogías con el viejo mundo, no deberíamos pasar en silencio los *restos arquitectónicos* del país, que, ciertamente, debido a su parecido con las estructuras piramidales de oriente, han sugerido a más de un anticuario la idea de un origen común⁷¹. Los invasores españoles atacaron los edificios indios, especialmente aquellos de carácter religioso, con toda la furia del fanatismo. El mismo espíritu se conservó en las generaciones que les siguieron. La guerra contra los monumentos del país nunca ha cesado y los pocos que se han salvado de los fanáticos han sido casi todos demolidos para servir a otros propósitos. Hoy en día quedan apenas más restos de los majestuosos edificios, tan ensalzados por los primeros españoles que visitaron el país, que los que se pueden encontrar en aquellas regiones de Europa y Asia que un día se agitaban con pobladas ciudades, los grandes mercados del lujo y el comercio⁷². Sin embargo, algunos de estos restos, como el templo de Xochicalco⁷³, los palacios de Tezcotzinco⁷⁴, la colosal piedra del calendario en la capital, son de tal magnitud y están trabajados con la habilidad suficiente como para atestiguar un poder mecánico en los aztecas digno de compararse con el de los antiguos

egipcios.

Pero si los restos en tierra mexicana son escasos, se multiplican a medida que descendemos hacia las laderas surorientales del rico valle de Oaxaca y penetramos en los bosques de Chiapas y el Yucatán. En medio de estas solitarias regiones, encontramos las ruinas recientemente descubiertas de varias ciudades antiguas, Mitla, Palenque e Itzalana o Uxmal⁷⁵, que argumentan una civilización más refinada que ninguna otra encontrada en el continente americano y, aunque no fueron los mexicanos los que construyeron estas ciudades, como se deben, sin embargo, al trabajo de razas afines, esta investigación resultaría incompleta sin realizar un intento por determinar la luz que pudieran arrojar sobre el origen de la civilización india y en consecuencia de la azteca⁷⁶.

Se han encontrado pocas obras de arte en los alrededores de ninguna de las ruinas. Algunas de ellas, que consistían en jarrones de barro o mármol, fragmentos de estatuas y similares, son estrafalarias o incluso monstruosas; otras muestran mucha elegancia y belleza de diseño y aparentemente están bien realizadas⁷⁷. Puede parecer extraordinario que no se haya encontrado hierro en los propios edificios, ni herramientas de hierro, si tenemos en cuenta que el material utilizado es principalmente granito, muy duro y que está cuidadosamente tallado y pulido. En las canteras cercanas a Mitla⁷⁸, entre grandes bloques de granito imperfectamente cortados, junto con fragmentos de pilares y arquivadas, se han recogido cinceles y hachas de cobre rojo. Igualmente, también en las canteras cercanas a Tebas se han descubierto herramientas de un tipo similar, y la dificultad, o mejor la imposibilidad, de cortar tales masas de la roca viva con ninguna de las herramientas que poseemos excepto el hierro, ha confirmado a un ingenioso escritor en su suposición de que este metal debe haberse empleado por los

egipcios, pero que su tendencia a la descomposición, especialmente en terreno nitroso, ha impedido que se conserve ningún ejemplar⁷⁹. Sin embargo, tras un lapso de varios miles de años, se ha encontrado hierro en algunos restos de la antigüedad y es cierto que los mexicanos, en el tiempo de la conquista, utilizaban sólo instrumentos de cobre, con una aleación de estaño y polvo de sílice, para cortar las piedras más duras y algunas de ellas de enormes dimensiones⁸⁰. Este hecho, junto con la circunstancia adicional de que sólo se han encontrado herramientas similares en América Central, refuerza la conclusión de que el hierro no se conoció allí, ni en el antiguo Egipto.

Pero, ¿cuáles son las naciones del viejo continente cuyo estilo arquitectónico se parece más a los extraordinarios monumentos de Chiapas y Yucatán? Probablemente no se encontrarán puntos de semejanza numerosos ni decisivos. Existen, por supuesto, algunas analogías tanto con el estilo arquitectónico egipcio como con el asiático, en cuanto a la base piramidal formada por terrazas sobre las que reposan los edificios que recuerdan también a los *teocalli* de los toltecas y los mexicanos. Igualmente, se observa una especial disposición a ajustar la situación de sus edificios mediante los puntos cardinales. Las paredes de ambos están cubiertas de figuras y jeroglíficos que en los americanos, como en los egipcios, puede estar destinado, quizá, a anotar las leyes y los anales históricos de la nación. Se ha descubierto que estas figuras, así como los propios edificios han estado teñidos con diversos tintes, principalmente bermellón⁸¹, un color que también era el favorito de los egipcios que pintaron con él sus colosales esculturas y templos de granito⁸². Pese a estos puntos de similitud, la arquitectura de Palenque nos recuerda poco a la de los egipcios o a la oriental. Es, verdaderamente, más conforme a la europea, en la elevación perpendicular de los muros, el

tamaño moderado de las piedras y la ordenación general de las partes. Debe, sin embargo, admitirse que tiene un carácter de originalidad peculiar.

Pueden buscarse más pruebas positivas de comunicación con el Este en su escultura y en las formas convencionales de sus jeroglíficos. Pero las estatuas que hay en los edificios de Palenque están en relieve, a diferencia de las egipcias, que normalmente son *intaglio*^{*}. Los egipcios no fueron muy afortunados en sus representaciones de la figura humana, que siempre repiten el mismo modelo invariable de perfil, por la mayor facilidad de ejecución que esto representaba sobre la vista frontal; el ojo completo se coloca a un lado de la cabeza y la faz es similar en todos y completamente carente de expresión⁸³. Los artistas de Palenque eran igualmente torpes a la hora de representar las diversas actitudes del cuerpo, al que también delineaban de perfil. Pero las partes se ejecutaban con mucha corrección y a veces con elegancia: la vestimenta es rica y variada y el ornamentado tocado, indicativo, tal vez, como el azteca, del nombre y posición del sujeto, se iguala en su magnificencia con el gusto oriental. Los rostros son variados y a menudo, expresivos. El contorno de la cabeza es verdaderamente extraordinario, describiendo casi un semicírculo desde la frente a la punta de la nariz, y contraído hacia la coronilla, bien por la presión artificial practicada por algunos aborígenes o bien por alguna descabellada opinión del ideal de belleza⁸⁴. Pero, aunque sean superiores en la ejecución de los detalles, el artista de Palenque era inferior a los egipcios en el número y variedad de los objetos exhibidos, ya que el de los templos tebanos comprende animales y hombres, así como cualquier objeto de uso o de arte elegante que pueda concebirse.

Los jeroglíficos son demasiado escasos en los edificios americanos para permitir ninguna deducción definitiva. Sin

embargo, al comparar los del Códice Dresde, probablemente de este mismo sector del país⁸⁵, con los que hay en el monumento de Xochicalco y con las más bastas escrituras pictóricas de los aztecas, no es fácil distinguir nada que indique un sistema común. Sin embargo, es menos obvio el parecido a los caracteres egipcios, cuyas refinadas y delicadas abreviaturas se acercan casi al estadio del arte y, aunque algo torpes, sugieren, mediante las convencionales y arbitrarias formas de los jeroglíficos, que su carácter era simbólico y quizá fonético⁸⁶. Dificilmente puede esperarse que su misterioso significado se descifre alguna vez. El idioma de la raza que lo empleó, la raza misma, son desconocidos. Y no parece probable que se encuentre otra piedra Rosetta con su inscripción trilingüe para suplir las formas de comparación y guiar al Champollion americano por el camino de su descubrimiento.

Es imposible contemplar estos misteriosos monumentos de una civilización perdida sin sentir una fuerte curiosidad sobre quiénes fueron sus arquitectos y cuál es su posible antigüedad. Los datos en los que se basan nuestras conjeturas sobre su edad, no son muy sustanciales, aunque algunos encuentran en ellos garantía para una antigüedad de miles de años, contemporáneos con la arquitectura de Egipto y el Indostán⁸⁷. Pero la interpretación de los jeroglíficos y la aparente edad de los árboles son datos vagos e insatisfactorios⁸⁸. Y, ¿hasta qué punto podemos llevar una argumentación basándonos en la condición descolorida y ruinoso de los restos, cuando encontramos tantos edificios de la Edad Media oscuros y descomponiéndose mientras que los mármoles de la Acrópolis y el granito de Paestum todavía brillan con su primitivo esplendor?

Se pueden encontrar, sin embargo, pruebas indudables de una edad considerable. Entre los edificios han crecido árboles que miden, según dicen, más de nueve pies de

diámetro⁸⁹. Un hecho todavía más sorprendente es la acumulación de restos vegetales en uno de los patios que llega hasta una altura de nueve pies sobre el pavimento⁹⁰. Esto en nuestras latitudes sería decisivo para remontarlo a un pasado lejano. Pero en el rico suelo del Yucatán y bajo el ardiente sol de los trópicos la vegetación explota con una exuberancia incontenible y las generaciones de plantas se suceden sin interrupción, dejando acumulaciones de depósitos que hubieran muerto en el invierno septentrional. Otra prueba de su antigüedad la proporciona el hecho de que en uno de los patios de Uxmal el suelo de granito sobre el que se levantaron las figuras en relieve de las tortugas ha quedado casi pulido debido a las multitudes que han pisado sobre él⁹¹, un hecho curioso que provoca conclusiones tanto en cuanto a su antigüedad como en cuanto a lo poblado que estaba el lugar. Finalmente, tenemos autoridades que nos permiten llevar la fecha de muchas de estas ruinas hasta un cierto período, ya que los primeros españoles que entraron en el país las encontraron en un estado de abandono y probablemente en ruinas. Sus referencias ciertamente son breves y esporádicas, ya que los antiguos conquistadores tenían poco respeto por las obras de arte⁹², y estas construcciones tuvieron suerte de haber dejado de ser templos activos de los dioses, ya que seguramente ningún mérito arquitectónico las hubiera salvado del destino general de los monumentos en México.

Si nos es tan difícil establecer la antigüedad de estos edificios, ¿qué podemos esperar saber sobre sus arquitectos? Poco es lo que se puede obtener del rudimentario pueblo que les rodeaba. El antiguo cronista texcocano, que tan a menudo cito, la mejor autoridad para las tradiciones de su país, nos dice que los toltecas, al desmoronarse su imperio (que él sitúa antes que la mayoría de las autoridades, a mediados del siglo X), migrando del Anáhuac, se

extendieron por Guatemala, Tecuantepec, Campeche y las costas de las islas vecinas a ambos lados del istmo⁹³. Esta afirmación, importante, considerando la fuente, se ve confirmada por el hecho de que varias de las naciones de esa región adoptaron sistemas astronómicos y cronológicos, así como instituciones sacerdotales muy similares a las aztecas⁹⁴, que, como hemos visto, provenían también seguramente de los toltecas, sus predecesores más avanzados en la tierra.

Si se pensara que una fecha tan reciente de construcción de los edificios americanos es incompatible con el olvido de su origen, se debería recordar lo traicionera que es la tradición y lo fácilmente que se cortan los eslabones de la cadena. Los constructores de las pirámides ya habían sido olvidados antes de la época de los primeros historiadores griegos⁹⁵. Los anticuarios todavía discuten sobre si la alarmante inclinación de ese milagro arquitectónico que es la torre de Pisa, levantándose como lo hace en el centro de una populosa ciudad, fue premeditada o fruto de una casualidad. Y ya hemos visto lo pronto que los texcocanos, viviendo entre las ruinas de sus propios palacios reales, construidos justo antes de la conquista, habían olvidado su historia mientras que el viajero más inquisitivo remite su construcción a algún período remoto anterior a los aztecas⁹⁶.

El lector ya ha visto los principales puntos en los que coinciden la civilización del antiguo México y la del hemisferio oriental. Al exponérselos he intentado confinarme a aquellas que se apoyan en bases históricas consistentes y no tanto ofrecer mi opinión como permitirle que él mismo se forme una. Sin embargo, hay algunos impedimentos materiales en su camino que no deben quedar en silencio. Éstos no consisten en explicar el hecho de que al mismo tiempo que los sistemas mitológicos y científicos de los aztecas proporcionan algunos impactantes puntos de

analogía con los asiáticos, se diferencian en muchas más cosas, ya que el mismo fenómeno se encuentra entre las naciones del viejo mundo, que parecen haber tomado prestadas unas de otras sólo las ideas que mejor se acomodaban a su genio e instituciones particulares. La dificultad tampoco se halla en explicar la gran diferencia que hay entre las lenguas americanas y las del otro hemisferio, ya que la diferencia que hay entre ellas no es mayor que la que existe entre sí mismas y nadie defendería un origen separado para cada una de las tribus aborígenes⁹⁷. Pero es difícilmente posible reconciliar el conocimiento de la ciencia de oriente con la total ignorancia de algunas de las artes más útiles y conocidas, como el uso de la leche y el hierro, por ejemplo, artes tan simples y, sin embargo, tan importantes para las comodidades domésticas que una vez que se han adquirido difícilmente pueden perderse.

Los aztecas no tenían animales domesticados útiles. Y hemos visto que utilizaban el bronce como sustituto del hierro para todas sus necesidades mecánicas. Sin embargo, el bisonte o la cabra salvaje de América, que se extienden en rebaños incontables sobre las magníficas praderas del oeste, ofrece leche como el animal domesticado de la misma especie en Asia y Europa⁹⁸, y el hierro estaba esparcido en grandes masas sobre la superficie de la meseta. Sin embargo, ha habido pueblos bastante civilizados en Asia oriental que prácticamente desconocían el uso de la leche⁹⁹. Las zonas del búfalo no estaban tanto en la costa oeste, como en las laderas orientales de las Montañas Rocosas¹⁰⁰, y los migratorios aztecas bien podían dudar de si los salvajes y burdos monstruos que veían de vez en cuando brincando con tanta furia sobre las distantes planicies podían ser domesticados, como los dóciles animales que habían dejado pastando en las verdes praderas de Asia. El hierro también, aunque se podía encontrar en la superficie de la tierra, era

más duro y difícil de trabajar que el cobre, que también se encontraba en grandes cantidades en su ruta. Es posible además que su migración fuera anterior a la edad del hierro de su nación, ya que hemos visto a más de un pueblo en el viejo mundo utilizando bronce y cobre con una ignorancia total, aparentemente, de un material más práctico¹⁰¹. Tal es la explicación, ciertamente insatisfactoria, pero la mejor que surge de esta curiosa anomalía.

La consideración de estas y otras dificultades parecidas ha llevado a algunos escritores a contemplar la antigua civilización americana como puramente indígena. Lo miremos como lo miremos, el tema está lleno de escollos. Ciertamente, fijando la atención en una parte del mismo, es fácil llegar a una conclusión. De este modo, mientras que algunos dudan poco a la hora de declarar que la civilización americana es original, otros con no menos certeza, creen discernir en ella un origen hebreo, o egipcio, o chino, o tártaro, a medida que sus ojos quedan atrapados por la luz de una analogía demasiado exclusivista de su campo. El número de enfoques contradictorios deja perplejo en sí mismo el juicio y nos impide llegar a una conclusión precisa y definitiva. Realmente, esta tendencia, en un tema tan escabroso, indica una mente poco filosófica. Sin embargo, donde hay más duda suele haber más dogmatismo.

Puede que el lector de las páginas precedentes considere que las conclusiones generales no son llamativas por su novedad.

Primera: que las coincidencias son lo suficientemente fuertes como para autorizar la creencia de que la civilización del Anáhuac fue influenciada en cierto grado por la de Asia oriental.

Y segunda: que las discrepancias son tales como para llevar esa comunicación a un período muy remoto, tan remoto que esta influencia externa ha sido demasiado débil

como para interferir materialmente en el crecimiento de lo que se puede contemplar, en sus rasgos esenciales, como una civilización indígena y peculiar.

Notas al pie

¹ Ciertamente los nombres de muchos animales en el nuevo mundo han sido tomados del viejo, pero las especies son muy diferentes. «Cuando los españoles desembarcaron en América», dice un eminente naturalista, «no encontraron un sólo animal que conocieran, ni uno de los cuadrúpedos de Europa, Asia o África», Lawrence, *Lectures on Physiology, Zoology, and the Natural History of Man* (Londres, 1819), p. 250.

² Acosta, lib. I, cap. 16.

³ El conde Carli muestra mucho ingenio y conocimiento apoyando la famosa tradición egipcia, registrada por Platón en su *Timæus*, de cuya buena fe el filósofo italiano no duda en absoluto. *Lettres Americaines*, tom. II, lets. 36-39.

⁴ García, *Origen de los Indios de el Nuevo Mundo* (Madrid, 1729), cap. 4.

⁵ Torquemada, *Monarchia Indiana*, lib. I, cap. 8.

⁶ Prichard, *Researches into the Physical History of mankind* (Londres, 1826), vol. I, p. 81, *et seq.*

Puede que encuentre una autoridad ortodoxa de respetable antigüedad para una hipótesis similar en San Agustín, quien sugiere directamente su creencia de que «Del mismo modo que por voluntad divina, en el tiempo de la creación, la tierra produjo seres vivos de su especie, debe haber tenido lugar un proceso parecido después del diluvio en islas demasiado remotas para que llegaran los animales desde el continente», *De Civitate Dei*, ap. Opera (Parisiis, 1636), tom. II, p. 58.

⁷ Beechey, *Voyage to the Pacific and Beering's Strait* (Londres, 1831), Part 2, Appendix. Humboldt, *Examen Critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent* (París, 1636), tom. II, p. 58.

⁸ Por mucho escepticismo que se pueda abrigar sobre la visita de los vikingos en el siglo XI a la costa del gran continente, probablemente se ha asentado en las mentes de muchos eruditos a partir de la publicación de los documentos originales por parte de la Real Sociedad de Copenhagen [véase, especialmente, *Antiquitates Americanæ* (Hafuiæ, 1837), pp. 79-200]. No es tan fácil determinar hasta qué punto llegaron en dirección sur.

⁹ El ejemplo más notable, probablemente, de un intercambio entre puntos remotos lo proporciona el capitán Cook, que descubrió que los habitantes de Nueva Zelanda no sólo eran de la misma religión, sino que hablaban el mismo idioma que la gente de Otaheite, a una distancia de 2.000 millas. La comparación de los dos vocabularios demuestra el hecho. *Cook's Voyages* (Dublín, 1784), vol. I, lib. I, cap. 8.

¹⁰ El elocuente Lyell termina una enumeración de algunos casos extraordinarios y bien probados de este tipo, señalando: «Si se separara ahora a

toda la humanidad, con la excepción de una familia, que habitara el nuevo o el viejo continente o Australia, o incluso alguna isla coralina del Pacífico, podríamos esperar que sus descendientes, aunque nunca fueran más avanzados que los habitantes de las islas de los mares del sur o los esquimales, se extendieran, con el paso de los años por toda la tierra, diseminados en parte por la tendencia de la población a aumentar por encima de los medios de subsistencia en un distrito limitado y en parte por la deriva accidental a orillas distantes de canoas debido a las corrientes y mareas», *Principles of Geology* (Londres, 1832), vol. II, p. 121.

¹¹ «La question générale de la première origine des habitans d'un continent est au-delà des limites prescrites à l'histoire: peut-être même n'est elle pas une question philosophique», Humboldt, *Essai Politique*, tom. I, 349.

¹² *Ante*, p. 54.

¹³ La caprichosa división del tiempo en cuatro o cinco ciclos o edades se ha encontrado entre los hindúes (*Asiatic Researches*, vol. II, mem. 7), los tibetanos (Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 210), los persas [Bailly, *Traité de l'Astronomie* (París, 1787), tom. I, discours préliminaire], los griegos (Hesiodo, v. 108, *et seq.*) y otros pueblos sin duda. Las cinco edades de la cosmogonía griega estaban más relacionadas con fenómenos morales que físicos, prueba de una mayor civilización.

¹⁴ Las versiones caldea y hebrea del diluvio son prácticamente iguales. El paralelismo es seguido por las ingeniosas *Lectures on the Jewish Scriptures and Antiquities* de Parfrey (Boston, 1840), vol. II, lects. 21, 22. Entre los escritores paganos, ninguno se acerca tanto a la narración de las Escrituras como Luciano, quien en su explicación de las tradiciones griegas habla del arca y los pares de diferentes animales (*De Deâ Siria*, sec. 21). Lo mismo se encuentra en el *Bhagawatn Purana*, un poema hindú de gran antigüedad (*Asiatic Researches*, vol. II, mem. 7). La simple tradición de una inundación universal se mantuvo entre la mayoría de los aborígenes, probablemente proveniente del mundo occidental. Véase el *Researches* de McCulloh, p. 147.

¹⁵ Esta tradición de los aztecas queda registrada en un antiguo mapa jeroglífico, publicado por primera vez en el *Giro del Mondo* de Gemelli Carreri (véase tom. VI, p. 38, ed. Napoli, 1700). Su autenticidad, así como la integridad del mismo Carreri, sobre el que se han lanzado ciertas sospechas [véase el *America* de Robertson (Londres, 1796), vol. III, nota 26] ha sido reivindicada por Boturini, Clavijero y Humboldt, todos los cuales pisaron en los escalones del viajero italiano (Boturini, *Idea*, p. 54. Humboldt, *Vues des Cordillères*, pp. 223-224. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 24). El mapa es una copia de otro que había en la curiosa colección de Sigüenza. Tiene todo el aspecto de una genuina pintura azteca, con la apariencia de haber sido retocada, especialmente en las vestiduras, por algún artista posterior. La pintura de las cuatro edades en el *Códice Vaticano*, n.º 3730, también representa las dos figuras en el bote, escapando del gran cataclismo. *Antiquities of Mexico*, vol. I, fig. 7.

¹⁶ No he encontrado ninguna otra justificación para esta notable tradición de Clavijero (*Storia Antica del Messico*, dissert. I) una autoridad buena, aunque ciertamente no la mejor, ya que no nos da ninguna razón para que le tengamos fe. Humboldt, sin embargo, no desconfía de la tradición (véase *Vues des Cordillères*, p. 226). No es tan escéptico como Vater, quien, en alusión a las historias del diluvio, señala: «He omitido a propósito señalar el parecido de nociones religiosas, ya que no sé cómo es posible separar de estos puntos de vista toda la influencia de las ideas cristiana, aunque fuera tan sólo debido a una confusión imperceptible en la mente del narrador», *Mithridates, oder allgemeine Spra chenkunde* (Berlín, 1812), theil III, Abtheil 3, p. 82, nota.

¹⁷ Esta historia, tan irreconciliable con la tradición vulgar azteca, que admite sólo dos supervivientes del Diluvio, todavía estaba viva entre los nativos del lugar, cuando M. de Humboldt visitó la zona (*Vues des Cordillères*, pp. 31, 32). Coincide con la que da el intérprete del *Códice Vaticano* (*Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 192, *et seq.*), un escritor, probablemente un monje del siglo XVI, en quien la ignorancia y el dogmatismo pugnaban por dominar. Véase la preciosa muestra de ambos en su relato de la cronología azteca, en las mismas páginas a las que nos hemos referido anteriormente.

¹⁸ Una tradición muy similar a la hebrea existe entre los caldeos y los hindúes (*Asiatic Researches*, vol. III, mem. 16). Los nativos de Chiapas, también siguiendo al obispo Núñez de la Vega, tenían una historia que Humboldt da por genuina (*Vues des Cordillères*, p. 148), que no sólo coincide con la versión de las Escrituras sobre la manera en la que se construyó Babel, sino también con la posterior dispersión y la confusión de lenguas. ¡Una maravillosa coincidencia! ¿Pero quién garantiza la veracidad de la tradición? El obispo vivió a finales del siglo XVII. Obtuvo su información de unos mapas jeroglíficos y unos manuscritos indios, que Boturini intentó recuperar en vano. Mientras exploraba éstos pidió prestada la ayuda de los nativos, que, según nos informa Boturini, frecuentemente llevaban a errores y absurdos, de lo cual da varios ejemplos (*Idea*, p. 116, *et seq.*). El mismo Boturini cae en un error igualmente grande, en relación con un mapa de esta misma pirámide de Cholula, que Clavijero demuestra que, lejos de ser una antigüedad original, era una falsificación posterior (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 130, nota). Es imposible hacer buen pie en las arenas movedizas de la tradición. Cuanto más lejos nos apartamos de la conquista, más difícil se hace decidir qué pertenece a los primitivos aztecas y qué a los conversos cristianos.

¹⁹ Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. I, cap. 6, caps. 28, 33.

Torquemada, no contento con el honesto registro de su antecesor, cuyos manuscritos vio, nos dice que la Eva mexicana tenía dos hijos: Caín y Abel (*Monarchia Indiana*, lib. 6, cap. 31). Los antiguos intérpretes de los Códices Vaticano y Telleriano añaden además a la tradición que trajo el pecado y el dolor al mundo al arrancar la rosa prohibida (*Antiquities of Mexico*, vol. VI, explicación de la fig. 7, 20), y Veytia recuerda haber visto un mapa tolteca o azteca, ¡que

representaba un jardín con un solo árbol en él, alrededor del que estaba enroscado una serpiente con cara humana! (*Historia antigua de Méjico*, lib. I, cap. I). Después de esto podemos estar preparados para la deliberada convicción de Lord Kingsborough ¡de que «los aztecas tenían un claro conocimiento del Viejo Testamento y lo más probable es que también del Nuevo, aunque un poco corrompido por el tiempo y los jeroglíficos»!, *Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 409.

²⁰ *Ante*, pp. 53, 54.

²¹ Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. I, cap. 15.

²² *Ibid.*, lib. I, cap. 19. Un lamentable argumento, incluso para un casuista. Véase también la elaborada disquisición del doctor Mier (*apud* Sahagún, lib. 3, suplem.), que resuelve el tema dejando completamente satisfecho a su relator, Bustamante.

²³ Véase, entre otros, la lectura de lord Kingsborough del *Códice Borgia* y a los intérpretes del *Códice Vaticano* (*Antiquities of Mexico*, vol. VI, explicación de las figs. 3, 10, 41), dotado al igual que su señoría, y sir Hudibras, en desvelar enmarañados misterios:

«Whose primitive tradition reaches,
As far as Adam's first green breeches»

²⁴ *Antiquités Mexicaines*, exped. 3, pl. 36.

Las figuras están rodeadas de jeroglíficos del carácter más arbitrario, quizá fonéticos (véase Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 2, lib. 3, cap. I. Gómara, *Crónica de la Nueva España*, cap. 15, ap. Barcia, tom. II). [Mr. Stephens considera que la célebre «Cruz de Cozumel», que se ha conservado en Mérida, que reclama el mérito de ser la misma que adoraban originalmente los nativos de Cozumel, es, después de todo, nada más que una cruz que fue erigida por los españoles en uno de sus propios templos en esa isla después de la conquista. Considera que esto «invalida completamente la prueba más fuerte que se tiene hoy en día, de que la cruz era reconocida por los indios como un símbolo de adoración» (*Travels in Yucatán*, vol. II, cap. 20). Pero aunque esto sea cierto, que la cruz de Cozumel sea tan sólo una reliquia cristiana, lo que el ingenioso viajero ha hecho algo extremadamente probable, su deducción no es admisible de ninguna manera. Nada sería más natural que los frailes de Mérida se esforzaran por darle celebridad a su convento convirtiéndolo en propietario de un monumento tan notable, como sería la mismísima reliquia que probaba a sus ojos, que la cristiandad había sido predicada anteriormente entre los nativos. Pero la prueba real de la existencia de la cruz, como un objeto de culto en el nuevo mundo, no se apoya en monumentos tan falsos como éstos, sino en el inequívoco testimonio de los propios descubridores españoles.

²⁵ «Lo recibían con gran reverencia, humillación y lágrimas, diciendo que

comian la carne de su Dios», Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, lib. I, cap. 18. También Acosta, lib. 5, cap. 24.

²⁶ *Ante*, p. 57. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 6, cap. 37.

Para que el lector pueda comprobar él mismo lo parecidos y al mismo tiempo lo distintos que eran el rito azteca y el cristiano, aquí le ofrezco la traducción de la versión de Sahagún completa. «Cuando se había preparado todo lo necesario para el bautismo, se reunía a todos los familiares del niño y se llamaba a la comadrona, que era la persona que realizaba el rito del bautismo. Al despuntar el alba se congregaban en el patio de la casa. Cuando el sol había ascendido, la comadrona, tomando al niño en sus brazos pedía un pequeño cuenco de barro para el agua, mientras que los que la rodeaban le colocaban los adornos que se habían preparado para el bautismo en el centro del patio. Para realizar el rito del bautismo, se situaba con la cara dirigida hacia el oeste, e inmediatamente comenzaba a realizar ciertas ceremonias [...] Después de esto salpicaba con agua la cabeza del infante, diciendo: “¡O hijo mío! Toma y recibe el agua del Señor del mundo, que es nuestra vida y se nos da para que nuestro cuerpo aumente y se renueve. Es para lavar y purificar. Rezo para que estas gotas celestiales entren en tu cuerpo y allí habiten; para que puedan destruir y apartar de tí todo mal y pecado que se te dio antes del comienzo del mundo; ya que todos nosotros estamos bajo su poder por ser todos los hijos de Chalchivilycue” [la diosa de las aguas]. Después lavaba el cuerpo del niño con agua, y hablaba de esta manera: “De donde quiera que vengas, tú que vienes a hacer daño a este niño, déjale y apártate de él, porque ahora vive de nuevo y ha nacido de nuevo; ahora está purificado y limpio y nuestra madre Chalchivilycue lo ha traído de nuevo al mundo.” Habiendo rezado de esta manera, la comadrona tomaba al niño con las dos manos y levantándolo al cielo, decía: “O Señor, tú que ves aquí a tu criatura, que tú has enviado a este mundo, a este lugar de dolor, sufrimiento y penitencia. Dale, o Señor tus dones y tu inspiración, porque tú eres el Gran Dios y contigo está la Gran Diosa.” Mientras se realizaban estas ceremonias se mantenían ardiendo antorchas de pino. Cuando estas terminaban le daban al niño el nombre de alguno de sus antecesores con la esperanza de que pudiera darle nuevo esplendor. El nombre se lo daba la misma matrona o sacerdotisa que le bautizaba».

²⁷ Entre los símbolos egipcios encontramos varios ejemplares de cruz. Uno, según Justus Lipsius, significaba «la vida por venir» [véase su tratado, *De Cruce* (Lutetiæ Parisiorum, 1598), lib. 3, cap. 8]. Encontramos otro en el catálogo de Champollion, que él interpreta como «apoyo o salvación» (*Précis*, tom. II, Tableau Gén., n.º 277, 348). McCulloh (*Researches*, p. 330, *et seq.*) y Humboldt en su último trabajo (*Géographie du Nouveau Continent*, tom. II, p. 354, *et seq.*) han recopilado algunos ejemplos curiosos de la reverencia que le tenían a este símbolo los antiguos.

²⁸ «Ante, Deos homini quod conciliare valerte Far erat»

Dice Ovidio (*Fastorum*, lib. I, V. 337). El conde Carli ha señalado un uso similar

del pan sagrado y el vino o el agua en los misterios griegos y egipcios (*Lettres Améric.*, tom. I, let. 27).

²⁹ Los escritores clásicos señalan el agua utilizada para la purificación y otros ritos religiosos. Así, Eurípides:

«Ἄγνοις καθαρμοῖς πρώτᾳ νιν νίψαι θέλω.
Θάλασσα κλύζει πάντα τάντα τάνθρώπων κακά.»
Ifiginia en taur, vv. 1192, 1194.

Las notas de este lugar en la admirable edición de Variorum de Glasgow, 1821, contienen referencias a varios pasajes de contenido similar en diferentes autores.

³⁰ La dificultad de obtener cualquier cosa parecida a un informe fidedigno por parte de los nativos es objeto de queja de más de un escritor y explica el gran cuidado que se tomó Sahagún, por comparar las narraciones unas con otras. Véase *Historia General de las cosas de la Nueva España*, prólogo. Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, prólogo. Boturini, *Idea*, p. 116.

³¹ El paralelismo se llevó hasta tal punto por Torquemada, que fue obligado a retirar el capítulo que lo contenía en la publicación de su libro. Véase el Proemio a la edición de 1723, sec. 2.

³² «El diablo», dice Herrera, «decidió imitar en todo, la salida de los israelitas de Egipto y sus posteriores vagabundeos» (*Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 3, lib. 3, cap. 10). Pero todo lo que han hecho los analistas monacales y los misioneros, para demostrar el paralelismo con los hijos de Israel, queda corto comparado con los eruditos trabajos de lord Kingsborough, que se extienden a lo largo de casi doscientos folios (véase *Antiquities of Mexico*, tom. VI, pp. 282-410).

³³ La palabra Π'WD, de la que deriva Cristo, «el ungido», es prácticamente igual (no «exactamente igual», como afirma lord Kingsborough (*Antiquities of México*, vol. VI, p. 186), a la de Mexi, o Mesi, el jefe que según se dice guio a los aztecas a las llanuras del Anáhuac.

³⁴ *Interp. del Códice Telleriano-Remensis, et Vaticano, Antiquities of Mexico*, vol. VI. Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, lib. 3, suplem. Veytia, *Historia antigua de Méjico*, lib. I, cap. 16.

³⁵ Esta opinión encuentra favor entre los mejores escritores españoles y mexicanos, desde la conquista en adelante. Solís no ve nada improbable de hecho, «que una maligna influencia, tan frecuentemente citada en la historia sagrada, se encontrara también en la profana», *Historia de la Conquista*, lib. 2, cap. 4.

³⁶ La ceremonia de matrimonio de los hindúes, en concreto, contiene curiosos puntos de analogía con la mexicana (véase *Asiatic Researches*, vol. VII, Mem. 9). La institución de un sacerdocio muy numeroso, con las prácticas de la confesión y la

penitencia, era propio de los tártaros (Maundeville, *Voiage*, cap. 23), y en Tíbet y Japón se han encontrado organizaciones monásticas desde edad muy temprana. Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 179.

³⁷ «Sin duda», dice el ingenioso Carli, «la costumbre de quemar los cuerpos, recoger las cenizas en una urna, enterrarlas bajo un montículo piramidal con la inmolación de las mujeres y criados en el funeral, todo recuerda a las costumbres de Egipto y del Hindostán», *Lettres Améric.*, tom. II, let. 10.

³⁸ Marco Polo señala un pueblo civilizado en el sudeste de China y otro en Japón, que se bebían la sangre y comían la carne de sus cautivos, estimándola como la comida más sabrosa del mundo, «la più saporita et migliore, che si possa truovar al mondo» (*Viaggi*, lib. 2, cap. 75, libs. 3, 13, 14).

³⁹ Marco Polo, *Viaggi*, lib. 2, cap. 10. Maundeville, *Voiage*, cap. 20, *et alibi*.

Véase también un llamativo paralelismo entre los asiáticos orientales y los americanos en el apéndice a las *Historical Researches* de Ranking, un trabajo que incluye muchos detalles curiosos de la historia y costumbres orientales, como apoyo a una imaginativa teoría.

⁴⁰ Morton, *Crania Americana* (Philadelphia, 1839), pp. 224-246.

El diligente autor demuestra este hecho concreto con ejemplos sacados de un gran número de naciones en América del Norte y del Sur.

⁴¹ Gómara, *Crónica de Nueva España*, cap. 202, ap. Barcia, tom. II. Clavijero, *Storia Antica del Messico*, tom. I, pp. 94, 95. McCulloh (*Researches*, p. 198), quien cita los *Asiatic Researches*.

El doctor McCulloh, en su único volumen, ha reunido probablemente una masa mayor de material para la ilustración de la historia aborigen del continente que cualquier otro escritor en este idioma. En la selección de los datos ha mostrado mucha sagacidad, así como laboriosidad y, si el carácter formal y algo desagradable del estilo le ha sido desfavorable en cuanto al interés popular, el trabajo debería tener interés para aquellos que estén estudiando las antigüedades indias. Sus imaginativas especulaciones sobre el tema de la mitología azteca puede que entretenga a aquellos que no pueda convencer.

⁴² *Ante*, p. 85, *et seq.*

⁴³ Esto quedará más patente enumerando los signos del zodiaco que los asiáticos orientales utilizan como *nombres de los años*. Entre los mongoles, éstos eran: 1. ratón, 2. buey, 3. leopardo, 4. liebre, 5. cocodrilo, 6. serpiente, 7. caballo, 8. oveja, 9. mono, 10. gallina, 11. perro, 12. cerdo. Los manchús tártaros, los japoneses y los tibetanos utilizan prácticamente los mismos signos, sustituyendo, sin embargo, el 3. tigre, 5. dragón, 8. cabra. En los signos mexicanos, para los nombres de los días también nos encontramos con *liebre, serpiente, mono, perro*. En lugar de «leopardo», «cocodrilo» y «gallina», ninguno de los cuales era conocido en México en la época de la conquista, encontramos el *ocelote*, el *lagarto* y el *águila*.

El calendario lunar de los hindúes muestra una correspondencia igualmente extraordinaria. Siete de los términos coinciden con los de los aztecas, concretamente , *serpiente, caña, cuchilla, sendero del sol, cola de perro, casa* (Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 152). Estos términos, como se podrá ver, responden a una elección todavía más arbitraria, al no estar confinados a animales, ya que los jeroglíficos del calendario azteca provenían indistintamente de ellos y de otros objetos, como los signos de nuestro zodiaco.

M. de Humboldt resalta estas analogías científicas de la forma más clara y ocupan una enorme parte, para el investigador filosófico la más interesante, de su gran trabajo (*Vues des Cordillères*, pp. 125-194). No ha incluido en sus tablas, sin embargo, el calendario mongol, que proporciona una aproximación todavía más cercana al mexicano que el de las demás razas tártaras. Comp. Ranking, *Researches*, pp. 370, 371, nota.

⁴⁴ Hay cierta inexactitud en la definición que Humboldt hace del ocelote, como «tigre», «jaguar» (*ibid.*, p. 159). Es más pequeño que el jaguar, aunque casi tan feroz, y es tan elegante y bello como el leopardo, al cual se parece más. Es nativo de Nueva España, donde el tigre es desconocido [véase Buffon, *Histoire Naturelle* (París, an. 8), tom. II, *vox, Ocelotl*]. La adopción de este último nombre, por tanto, en el calendario azteca lleva a una deducción un tanto exagerada.

⁴⁵ Tanto tártaros como aztecas nombraban el año con su signo como el «año de la liebre», o «del conejo», etc. Los símbolos asiáticos, igualmente, lejos de limitarse a los años y los meses, presidían también sobre los días e incluso las horas (Humboldt, *Vues des Cordillères*, p. 165). Los mexicanos también tenían signos astrológicos apropiados para las horas. Gama, *Descripción*, parte 2, p. 117.

⁴⁶ *Ante*, p. 86, nota.

⁴⁷ Achilles Tatiús señala una costumbre entre los egipcios, que a medida que el sol descendía hacia Capricornio, se vestían de luto, pero a medida que los días se alargaban, sus miedos cedían, se vestían de blanco y coronados de flores, se entregaban a la celebración, como los aztecas. Este relato, transcrito por el traductor al francés de Carli y por M. de Humboldt, es criticado de forma más extensa por M. Jomard en el *Vues des Cordillères*, p. 309, *et seq.*

⁴⁸ Jefferson [*Notes on Virginia* (Londres, 1787), p. 164], confirmado por Humboldt (*Essai Politique*, tom. I, p. 353). Mr. Gallatin llega a una conclusión diferente [*Transactions of American Antiquarian Society* (Cambridge, 1836, vol. II, p. 161)]. El gran número de dialectos y lenguas americanas queda bien explicado por la vida antisocial del cazador, que requería que el país se parcelara en territorios pequeños y separados para la subsistencia.

⁴⁹ Los filólogos han detectado ciertamente dos excepciones curiosas en el Congo y en el primitivo vasco, de las que, sin embargo, las lenguas indias difieren en muchos puntos esenciales. Véase el informe de Du Ponceau, ap. *Transactions of the Lit. And Hist. Committee of the Am. Phil. Society*, vol. I.

⁵⁰ Vater (*Mithriades*, theil III. Abtheil 3, p. 70), quien establece los límites dentro de los cuales se diseminaban las razas de lengua mexicana entre el río Gila y el istmo de Darién. Clavijero calcula el número de dialectos en treinta y cinco. He utilizado la afirmación más cautelosa de M. de Humboldt, quien añade que catorce de estas lenguas han sido fijadas en diccionarios y gramáticas. *Essai Politique*, tom. I, p. 352.

⁵¹ Nadie ha hecho más para demostrar este importante dato que ese estimable erudito, Mr. Du Ponceau. Y la franqueza con la que admite la excepción que molestaba a su hipótesis preferida, muestra que es mucho más fiel a la ciencia que al sistema. Véase un interesante relato de esto mismo en su discurso para el Instituto. *Mémoire sur le Système Grammaticale des Langues de quelques Nations Indiennes de l'Amérique* (París, 1838).

⁵² La lengua mexicana, en concreto, es enormemente flexible, admitiendo combinaciones tan fácilmente que las ideas más simples a menudo quedan enterradas bajo una carga de accesorios. Las formas de expresión, aunque pintorescas, se convertían en algo demasiado pesado. Un «sacerdote», por ejemplo, era llamado *notlazomahuizteopixcatatzin*, lo que significa «venerable ministro de Dios, que amo como a mi padre». Una palabra que aún a más significados es *amatlacuilolquitcatlaxtlahuitli*, que significaba «la recompensa que se da a un mensajero que lleva un mapa jeroglífico que porta una información».

⁵³ Véase, en concreto, para el último punto de vista, los argumentos de Mr. Gallatin, en su aguda y maestra disquisición sobre las tribus indias, una disquisición que arroja más luz sobre los intrincados temas de los que trata, que todos los volúmenes que la han precedido. *Transactions of the American Antiquarian Society*, vol. II, introduc., sec. 6.

⁵⁴ Esta anatomía comparada de las lenguas de los dos hemisferios comenzó con Barton [*Origin of the tribes and Nations of America* (Philadelphia, 1797)], y ha sido ampliada por Vater (*Mithriades*, theil III, abtheil I, p. 348, *et seq.*). Una selección de las analogías más impactantes se puede encontrar también en Malte Brun, libro 75, tabla.

⁵⁵ Otjomi, de *otho* «quieto» y *mi* «nada» (Nájera, Disqui., *ut infra*). La etimología sugiere la condición de esta ruda nación de guerreros, que, reducidos de forma imperfecta por las armas aztecas, deambulaban por las tierras altas al norte del valle de México.

⁵⁶ Véase Nájera Dissertatio, *De Lingua Othomitorum*, ap. *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. V, New Series.

El autor, un erudito mexicano, ha ofrecido un análisis de lo más satisfactorio de esta notable lengua, única entre las lenguas del nuevo mundo, como el vasco en el viejo, solitario naufragio quizá de una época primitiva.

⁵⁷ Barton, p. 92. Heckewelder, cap. I, ap. *Transactions of the Hist. And Lit.*

Estas tradiciones han sido recopiladas por M. Warden, en las *Antiquités Mexicaines*, part. 2, p. 185, *et seq.*

⁵⁸ El reciente trabajo de Mr. Delafield [*Inquiry into the Origin of the antiquities od America* (Cincinnati, 1839)] contiene un grabado de uno de estos mapas, que se dice que obtuvo Mr. Bullock de la colección de Boturini. En la página 10 del catálogo de ese anticuario se especifican dos iguales. Este mapa tiene toda la apariencia de una pintura azteca genuina, del tipo más rudimentario. Podemos reconocer los símbolos de algunas fechas y lugares con otros que denotan el aspecto del país, si era fértil o yermo, en estado de guerra o de paz, etc. Pero en general es demasiado vago y sabemos tan poco de las alusiones como para obtener cualquier tipo de conocimiento de él sobre la ruta de la migración azteca.

El célebre mapa de Gemelli Carreri contiene los nombres de muchos lugares en la ruta, interpretados quizá por el mismo Sigüenza, a quien pertenecía (*Giro del Mondo*, tom. VI, p. 56). Clavijero se ha esforzado por determinar las diferentes localidades con alguna precisión (*Storia Antica del Messico*, tom. I, p. 160, *et seq.*). Pero, debido a que se encuentran todas dentro de las fronteras de Nueva España y, de hecho, al sur del río Gila arrojan poca luz, por supuesto, sobre el polémico tema de la primitiva morada de los aztecas.

⁵⁹ Esto se puede deducir con cierta seguridad de la concordancia de las interpretaciones tradicionales de los mapas de los diferentes pueblos del Anáhuac, según Veytia, quien, sin embargo, admite que es «prácticamente imposible» a la luz de los conocimientos actuales establecer la ruta precisa que tomaron los mexicanos (*Historia Antigua de Méjico*, tom. I, cap. 2). Lorenzana no es tan modesto: «Los Mexicanos por tradicion viniéron por el norte», dice, «y saben ciertamente sus mansiones» (*Historia de Nueva España*, p. 81, nota). Hay algunos anticuarios que ven mejor en la oscuridad.

⁶⁰ Ixtlilxochitl, *Historia de la nación Chichimeca*, manuscrito, cap. 2, *et seq.* *Idem*, *Relaciones*, manuscrito. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, *ubi supra*. Torquemada, *Monarchia Indiana*, tom. I, lib. I.

⁶¹ En la provincia de Sonora, especialmente a lo largo del Golfo de California. La lengua Cora sobre todo, de la cual se ha publicado una gramática regularizada y que se habla en Nueva Vizcaya, a unos 30° norte, tan parecida al mexicano que Vater las remite a un origen común. *Mithriades*, theil III, abtheil 3, p. 143.

⁶² En la orilla sur de este río hay unas ruinas de enormes dimensiones, descritas por el misionero Pedro Font, en la visita que hizo a este lugar en 1775 (*Antiquities of Mexico*, vol. VI, p. 538). En un lugar del mismo nombre, Casas Grandes, a unos 33° norte, como la anterior una supuesta parada de los aztecas, se pueden encontrar restos todavía más extensos, de hecho lo suficientemente grandes según el último viajero, Lieut. Hardy, para una población de entre 20.000 y 30.000 almas. El paisaje está cubierto por millas con estos restos, así como con utensilios de cerámica, obsidiana y otras reliquias. Un dibujo que nos ha

transmitido el autor de una jarra o vaso pintado puede recordar a uno etrusco. «También había buenos ejemplares de imágenes de barro al estilo egipcio», señala, «que son, *al menos para mí, tan absolutamente carentes de interés*, que no me preocupé por conseguir ninguna de ellas» [*Travels in the interior of Mexico* (Londres, 1829), pp. 464-466]. El teniente no era ni un Boturini ni un Belzoni.

⁶³ Vater ha examinado las lenguas de tres de estas naciones, entre los 50 y los 60 grados norte y contrastó sus vocabularios con el mexicano, demostrando la probabilidad de un origen común de muchas de las palabras. *Mithridates*, theil III, abtheil 3, p. 212.

⁶⁴ M. de Humboldt señala que los mexicanos se distinguen de los demás aborígenes que él ha visto, por la cantidad tanto de barba como de bigote (*Essai Politique*, tom. I, p. 361). El mexicano moderno, sin embargo, por muy destrozado que esté en espíritu y fortuna, tiene poco parecido, probablemente, tanto físico como moral con sus ancestros, los fieros e independientes aztecas.

⁶⁵ Prichard, *Physical History*, vol. I, pp. 167-169, 182, *et seq.* Morton, *Crania Americana*, p. 66. McCulloh, *Researches*, p. 18. Lawrence, *Lectures*, pp. 317, 565.

⁶⁶ De esta manera encontramos entre el tinte general cobrizo o canela, prácticamente todas las gradaciones de color, desde el blanco europeo hasta un negro prácticamente africano, mientras que la tez varía caprichosamente entre las diferentes tribus en las cercanías unas de otras. Véanse ejemplos en Humboldt (*Essai Politique*, tom. I, pp. 358, 359); también Prichard (*Physical History*, vol. II, pp. 452, 522, *et alibi*), un escritor cuyas diferentes investigaciones y juicio desapasionado han convertido su trabajo en un libro de texto en esta rama de la ciencia.

⁶⁷ Tal es la conclusión del doctor Warren, cuya excelente colección le ha proporcionado amplios medios para el estudio y la comparación (véase sus *Remarks before the British Assotiation for the Advancement of Sciencie*, ap. Londres Athenæum, oct. 1837). En los ejemplares recogidos por el doctor Morton, sin embargo, las tribus bárbaras parecerían tener un ángulo facial un poco mayor y una mayor cantidad de cerebro que las semicivilizadas. *Crania Americana*, p. 259.

⁶⁸ «On ne peut se refuser d'admettre que l'espèce humaine n'offre pas de races plus voisines, que le sont celles des Américaines, des Mongols, des Mantchoux, et des Malais», Humboldt, *Essai Politique*, tom. I, p. 367. También Prychard, *Physical History*, vol. I, pp. 184-186; vol. II, pp. 365-367. Lawrence, *Lectures*, p. 365.

⁶⁹ El espléndido trabajo del doctor Morton sobre los cráneos americanos ha llegado muy lejos en el camino de proporcionar la información necesaria. De los alrededor de ciento cincuenta ejemplares de cráneo, de los que ha determinado las dimensiones con una admirable precisión, un tercio pertenece a las razas semicivilizadas y de ellos trece son mexicanos. El número de estos últimos es demasiado pequeño como para fundamentar ninguna conclusión general sobre ellos, considerando la gran diversidad encontrada entre los individuos de la misma

nación, por no decir de los pueblos hermanos. Las observaciones de Blumenbach sobre los cráneos americanos se realizaron, principalmente, según Prichard (*Physical Researches*, vol. I, pp. 183, 184), a partir de ejemplares de las tribus caribe, tan poco propicias quizá como cualquiera del continente.

⁷⁰ Sin embargo, estos ejemplares no son tan fáciles de conseguir. Con unas ventajas poco comunes, para conseguirlos yo mismo en México, no he logrado obtener ningún ejemplar auténtico de cráneo azteca. La dificultad puede comprenderse fácilmente al considerar el tiempo que ha pasado desde la conquista y que los lugares de entierro de los antiguos aztecas han continuado en uso por sus descendientes. El doctor Morton se refiere más de una vez a estos ejemplares, como los «genuinos cráneos toltecas provenientes de cementerios en México, anteriores a la conquista» (*Crania Americana*, pp. 152, 155, 231, *et alibi*). Pero, ¿cómo sabe que los cráneos son toltecas? Se calcula que esa nación abandonó el país alrededor de mediados del siglo XI, hace casi ocho siglos (según Ixtilxochitl, un siglo antes) y parece mucho más probable que los ejemplares que hoy en día se encuentran en estos cementerios pertenezcan a alguna de las razas que han ocupado desde entonces el país, que a una tan lejana. La presunción es manifiestamente demasiado débil como para autorizar una conclusión segura.

⁷¹ La torre de Belus, con sus pisos menguantes, descrita por Herodoto (*Clio*, sec. 181), ha sido elegida como el modelo de teocalli, lo que lleva a Vater con cierta perspicacia a señalar que es extraño que no aparezcan más pruebas de esto en la erección de estructuras similares de los aztecas en todo el curso de su viaje por el Anáhuac (*Mithriades*, theil III, abtheil 3, pp. 74, 75). El erudito Niebuhr encuentra elementos del templo mexicano en la mítica tumba de Porsena [*Roman History*, traducción inglesa (Londres, 1827), vol. I, p. 88]. El parecido con las pirámides acumuladas que forman este monumento no es demasiado obvio, comp. Plinio (*Hist. Nat.*, lib. 36, sec. 19). Ciertamente se puede pensar que el anticuario ha invadido el territorio del poeta cuando encuentra en la *fábula* etrusca, «cúm omnia excedat fabulositas», como Plinio la caracteriza, el origen de la ciencia azteca.

⁷² Véase la poderosa descripción de Lucan, *Pharsalia*, lib. 9, v. 966.

El bardo latino ha sido superado por el italiano, en la bella estancia, que comienza con «*Giace l'altra Cartago*» (*Gierusalemme Liberata*, C. 15, s. 20), que se puede decir que ha sido continuado por Lord Byron en un canto, el cuarto de *Childe Harold*.

⁷³ Los restos más notables en el mismo territorio de México son el templo y la fortaleza de Xochicalco, a no muchas millas de la capital. Se levanta sobre una prominencia rocosa de casi una legua de circunferencia, cortada en terrazas con una fachada de piedra. El edificio que hay en la cima es de setenta y cinco pies de largo y sesenta y seis de ancho. Es de granito tallado, colocado sin cemento, pero con una gran exactitud. Fue construido en la habitual forma de pirámide aterrazada, que se eleva en una sucesión de pisos cada uno menor que el inmediatamente inferior. El número de éstos es hoy en día incierto, ya que sólo

queda entero el inferior. Es suficiente, sin embargo, para mostrar el bello estilo de ejecución gracias a las agudas y salientes cornisas y los signos jeroglíficos que lo cubren, todos tallados en la dura piedra. Como los bloques separados que se han encontrado entre las ruinas están esculpidos con bajorrelieves de la misma manera, es probable que todo el edificio estuviera cubierto de ellos. Parece probable, ya que el mismo modelo se extiende por las diferentes piedras, que el trabajo fue realizado una vez elevadas las murallas.

En la colina que hay debajo se han horadado galerías subterráneas de seis pies de ancho y alto y de un largo de ciento ocho pies, donde terminan en dos salones cuyos techos abovedados están conectados por una especie de galería con los edificios más arriba. Estas obras subterráneas están también cubiertas de piedra tallada. El tamaño de los bloques y la dureza del granito del que están hechos han convertido los edificios de Xochicalco en una exquisita cantera para los propietarios de las refinerías de azúcar cercanas, que se han apropiado de los pisos superiores del templo para su innoble propósito. Los Barberini al menos construyeron palacios bellos en sí mismos como obras de arte con el saqueo del Coliseo.

Véase la descripción completa de este notable edificio, tanto en Dupaix como en Alzate (*Antiquités Mexicaines*, tom. I, Exp. I, pp. 15-20; tom. III, Exp. I, pl. 33). Se ha hecho una reciente investigación por orden del gobierno mexicano, cuyo informe difiere en algunos detalles de lo dicho anteriormente. *Revista Mexicana*, tom. I, mem. 5.

⁷⁴ *Ante*, pp. 130, 131.

⁷⁵ Es imposible contemplar los esmerados dibujos de Waldeck, donde parece que el tiempo prácticamente no ha dejado su huella sobre la superficie de piedra bellamente cincelada y los claros matices son imperceptiblemente desfigurados por las huellas del clima, sin que podamos contemplar el trabajo del artista como una restauración, un retrato fiel, puede ser, de esos edificios en sus días de gloria, pero no en los de su declive. Cogolludo, que los vio a mediados del siglo XVII, habla de ellos con admiración como de trabajos «de maestros arquitectos» de cuya historia no ha conservado ninguna tradición. *Historia de Yucatán* (Madrid, 1688), lib. 4, cap. 2.

⁷⁶ En el texto original hay una descripción de algunas de estas ruinas, especialmente de las de Mitla y Palenque. Habría sido una novedad en el tiempo en que se escribió, ya que la única noticia de estos edificios estaban en las colosales publicaciones de lord Kingsborough y en las *Antiquités Mexicaines*, no muy accesible a la mayoría de los lectores. Pero resulta innecesario repetir las descripciones que ahora le son familiares a todo el mundo y están mucho mejor realizadas de que yo pudiera hacerlo, en las inspiradas páginas de Stephens.

⁷⁷ Véase, en concreto, dos bustos de terracota con cascos, encontrados en Oaxaca, que bien podrían pasar por griegos, tanto en el estilo de la cabeza como de los cascos que las cubren. *Antiquités Mexicaines*, tom. III, Exp. 2, pl. 36.

⁷⁸ Dupaix habla de estas herramientas como hechas de puro cobre, pero indudablemente tendrían alguna aleación mezclada, como solían hacer los aztecas y los egipcios; de otra forma, los filos se doblarían fácilmente a causa de los duros elementos sobre los que se empleaban.

⁷⁹ Wilkinson, *Ancient Egyptians*, vol. III, pp. 246-154.

⁸⁰ *Ante*, p. 103.

* - En italiano en el original. (N. del T.)

⁸¹ Waldeck, *Atlas Pittoresque*, p. 73.

El fuerte de Xochicalco también estaba coloreado con pintura roja (*Antiquités Mexicaines*, tom. I, p. 20) y un cemento del mismo color cubría la pirámide tolteca en Teotihuacan, según Mr. Bullock, *Six Months in Mexico*, vol. II, p. 143.

⁸² *Description de l'Egypte*, Antiq., tom II, cap. 9, sec. 4.

La enorme imagen de la esfinge estaba originariamente coloreada en rojo (*Clarke's Travels*, vol.V, p. 202). Realmente, muchos de los edificios, así como de las esculturas de la antigua Grecia, exhiben aún huellas de haber estado pintadas.

⁸³ Las diversas causas de esta condición de inmovilidad del arte en Egipto durante tantos siglos son expuestas claramente por el duque di Serradifalco, en su *Antichità della Sicilia* (Palermo, 1834, tom. II, pp. 33, 34); una obra en la que el autor, aunque ilumina las antigüedades de una pequeña isla, ha arrojado un aluvión de luz sobre la cultura de las artes y la literatura de la antigua Grecia.

⁸⁴ «El ideal no es siempre lo bello», como señala con verdad Winckelmann refiriéndose a las figuras egipcias (*Historie d'Art chez les Anciens*, lib. 4, cap. 2, trad. fr.). No es imposible, sin embargo, que los retratos mencionados en el texto puedan ser copias del natural. Algunas de las rudas tribus de América desfiguraban las cabezas de sus hijos en formas totalmente fantásticas y Garcilaso de la Vega habla de una nación descubierta por los españoles en Florida, con una formación aparentemente no muy distinta de las de Palenque. «*Tienen cabezas increíblemente largas, y ahusadas para arriba*, que las ponen así con artificio, atándoselas desde el punto, que nascen las criaturas, hasta que son de nueve ó diez años», *La Florida* (Madrid, 1723), p. 190.

⁸⁵ Para información de este notable códice, véase *Ante*, p. 81. Existe realmente un parecido en el uso de líneas rectas y puntos, entre la escritura de Palenque y el manuscrito de Dresde. Posiblemente, estos puntos denotan años, como los redondeles en el sistema mexicano.

⁸⁶ Los jeroglíficos están colocados en líneas perpendiculares. Las cabezas están uniformemente vueltas hacia la derecha, como en el manuscrito de Dresde.

⁸⁷ «Les ruines», dice el entusiasta caballero Le Noir, «sans nom, à qui l'on a donné celui de *Palenque*, peuvent remonter comme les plus anciennes ruines du monde à trois mille ans. Ceci n'est point mon opinion seule; c'est celle de *tous* les

voyageurs qui ont vu les ruines dont il s'agit, de *tous* les archéologues qui en ont examiné les dessins ou lu les descriptions, enfin des historiens qui ont fait des recherches, et qui n'ont rien trouvé dans les annales du monde qui fasse soupçonner l'époque de la fondation de tels monuments, dont l'origine se perd dans la nuit des temps» (*Antiques Mexicaines*, tom. II, examen, p. 73). El coronel Galindo, enardecido ante la contemplación de las ruinas americanas, proclamó a este país la verdadera cuna de la civilización, de donde pasó a la China y más tarde a Europa, que, pese a lo que su «tonta vanidad» pueda pretender, no ha hecho sino ¡iniciar la marcha de la mejora! Véase su *Letter on Copan*, ap. Trans. of Am. Ant. Soc., vol. II.

⁸⁸ De estas fuentes de información, y especialmente a partir del número de anillos concéntricos en algunos árboles antiguos y la incrustación de estalactitas que se han encontrado en ruinas de Palenque, Mr. Waldeck calcula su antigüedad entre dos y tres mil años (*Voyage en Yucatan*, p. 78). El criterio, en lo relativo a los árboles, no es seguro en un avanzado estado de crecimiento, y en cuanto a las formaciones de estalactitas, están obviamente afectadas por demasiadas circunstancias fortuitas, como para proporcionar la base para un cálculo preciso.

⁸⁹ Waldeck, *Voyage en Yucatan*, p. 76.

⁹⁰ *Antiquités Mexicaines*, examen, p. 76.

Sin embargo, no lo suficientemente profundo como para justificar la conjetura del capitán Dupaix de la existencia antediluviana de estos edificios, especialmente considerando que la acumulación se producía en un lugar protegido de un patio interior.

⁹¹ Waldeck, *Voyage en Yucatán*, p. 97.

⁹² El capellán de Grijalva habla con admiración de las «elevadas torres de calicanto, algunas de ellas muy antiguas», que se encuentran en el Yucatán [*Itinerario de la isola de Iucha than, novamente ritrovata per il signor Joan de Grijalva, per il suo capellano*, manuscrito (1518)]. Bernal Díaz, con expresiones de asombro parecidas, remite curiosas reliquias de la antigüedad a los judíos (*Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*, caps. 2, 6). Alvarado, en una carta a Cortés, se extiende sobre los «maravillosos et grandes edificios» que se podían contemplar en Guatemala (Oviedo, *Historia de las Indias Occidentales*, manuscrito, lib. 33, cap. 42). Según Cogolludo, los españoles, que no pudieron encontrar ninguna tradición sobre su origen, los remitieron a los cartagineses y a los fenicios (*Historia de Yucatán*, lib. 4, cap. 2). Cita el siguiente párrafo muy enfático de Las Casas: «Ciertamente la tierra de Yucatán da á entender cosas mui especiales, y de mayor antigüedad, por las grandes admirables, y excesivas maneras de edificios, y letreros de ciertos caracteres, que en otra ninguna parte se hallan» (*loc. cit.*). Ni siquiera el inquisitivo Mártir ha recabado detalles relacionados con ellas, señalando únicamente los edificios de esta región con expresiones generales de admiración (*De Insulis nuper Inventis*, pp. 334-340). Lo que es casi tan sorprendente es el silencio de Cortés, que atravesó el país por la base del Yucatán en su famosa

expedición a Honduras, de la que ha ofrecido muchos detalles que con gusto hubiéramos cambiado por una palabra relacionada con estos interesantes monumentos. *Carta Quinta de Cortés*, manuscrito.

Debo añadir que algunos de los comentarios del párrafo anterior del texto hubieran sido omitidos, de haber dispuesto de las investigaciones de Mr. Stephens en el momento de escribirlo. Especialmente en el caso de las reflexiones sobre el posible estado de estas construcciones en la época de la conquista, momento en el que parece que algunas de ellas eran todavía utilizadas para su fin original.

⁹³ «Asimismo los Tultecas que escapáron se fuéron por las costas del Mar del Sur y Norte, como, son Huatimala, Tecuantepec, Cuauhzzacualco, Campechy, Tecolotlan, y los de las Islas y Costas de una mar y otra, que despues se viniéron á multiplicar», Ixtlilxochitl, *Relaciones*, manuscrito, n.º 5.

⁹⁴ Herrera, *Historia General de las Indias Occidentales*, dec. 4, lib. 10, caps. 1-4. Cogolludo, *Historia del Yucatán*, lib. 4, cap. 5. Pedro Mártir, *De Insulis nuper Inventis, ubi supra*.

M. Waldeck llega justamente a la conclusión opuesta, concretamente a la de que los habitantes del Yucatán eran el origen verdadero de la civilización tolteca y azteca (*Voyage en Yucatán*, p. 72). «La duda debe ser nuestro terreno en todo», exclama el honesto capitán Dupaix, «la verdadera fe siempre hace excepciones», *Antiquités Mexicaines*, tom. I, p. 21.

⁹⁵ «Inter omnes eos non constat a quibus factæ sint, justísimo casu, obliteratis tantæ vanitatis auctoribus», Plinio, *Historia Natural*, lib. 36, cap. 17.

⁹⁶ *Ante*, p. 131.

⁹⁷ Al menos, esto es cierto en la etimología de estas lenguas y así fue aducido por Mr. Edward Everett en sus conferencias sobre la civilización aborígen de América, que forman parte de un curso que este agudo y altamente competente erudito impartió durante varios años.

⁹⁸ La raza mixta de búfalo y ganado europeo se conocía antiguamente en los condados noroccidentales de Virginia, dice Mr. Gallatin (*Sinopsis*, sec. 5), quien, sin embargo, se equivoca al afirmar que «no se tiene noticia de que los indios domesticaran el bisonte» (*ubi supra*). Gómara habla de una nación que habitaba cerca de los 40° latitud norte, en las fronteras noroccidentales de Nueva España, cuya principal riqueza eran manadas de estos animales (*buyes con una giba sobre la cruz*), de los cuales sacaban su vestido, su comida y bebida, esta última parece haber sido sólo la sangre del animal. *Historia de las Indias*, cap. 214, ap. Barcia, tom. II.

⁹⁹ Pueblos de partes de China, por ejemplo, y sobre todo de Cochín China, que nunca ordeñaban sus vacas, según Macartney, citado por Humboldt, *Essai Politique*, tom. III, p. 58, nota. Véase también p. 118.

¹⁰⁰ Las regiones originarias del búfalo eran las vastas praderas de Missouri y vagaban por el amplio terreno que se extiende al este de las Montañas Rocosas,

desde los 55° norte hasta las fuentes de arroyos entre el Mississippi y el Río del Norte. Las llanuras de Columbia, dice Gallatin, estaban tan vacías de caza como de árboles (*Synopsis*, sec. 5). Que se podían encontrar bisontes de vez en cuando al otro lado de las montañas queda claro a partir de la afirmación de Gómara (*Historia de las Indias*, loc. cit.). Véase también Late, que rastrea sus vagabundeos al sur hasta el río Vaquimi (;?) en la provincia de Sinaloa en el golfo de California. *Novus Orbis* (Lug. Bat. 1633), p. 286.

¹⁰¹ *Ante*, p. 103.

Así, Lucretius,

«Et prior æris erat, quam ferri cognitus usus,
Quo facilis magis est natura, et copia maior.
Ære solum terræ tractabant, æreque belli
Miscebant fluctus»
De rerum natura, lib. 5.

Según Carli, los chinos conocían el hierro 3000 años antes de Cristo (*Lettres Américaines*, tom. II, p. 63). Sir J. G. Wilkinson, en una investigación muy elaborada sobre la primera aparición del hierro entre los pueblos de Europa y Asia occidental, no encuentra indicios del mismo hasta antes del siglo XVI antes de la era cristiana (*Ancient Egyptians*, vol. III, pp. 241-246) El origen de las artes más útiles está perdido en la oscuridad. Su misma utilidad es una de las causas de esto, debido a la rapidez con la que se difunden entre las naciones distantes. Otra causa es que en las primeras etapas del descubrimiento, los hombres están más ocupados intentando conseguirlo que de registrarlos en la historia, hasta que el tiempo convierte a la historia en ficción. Cualquier escolar está familiarizado con ejemplos.

Bibliografía utilizada por Prescott

ACOSTA, José de: *Naturall and Morall Historie of the East and West indies.*

– *Historia natural y moral de las indias.*

ANDERSON, Aeneas: *A narrative of the British Embassy to China, in the years 1792, 1793 and 1794.*

ARGENSOLA, Bartolomé: *Anales de Aragón.*

AYLLÓN, Lucas Vázquez de: *Carta el emperador*

– *Parecer del Lic. Ayllón al adelantado Diego Velásquez.*

– *Relación que hizo el licenciado Lucas Vázquez de Ayllon, de sus diligencias para estorbar el rompimiento entre Cortés y Narváez.*

BATEL: *Droit des Gen.*

BIRD, Robert Montgomery: *Calavar.*

BLANCO WHITE: *Letters from Spain.*

BOTURINI BERNARDUCCI, Lorenzo: *Idea de una Nueva Historia de la América Septentrional, fundada sobre material copioso de figuras, manuscritos de autores indios, últimamente descubiertos.*

BULLOCK, W.: *Six Months in Mexico.*

BUSTAMANTE, Carlos M.^a de: *Mañanas de la alameda de México.*

– *Galería de Antiguos Príncipes Mexicanos.*

– *Texcoco en los Ultimos Tiempos de sus Antiguos Reyes.*

CAMARGO, Diego Muñoz: *Historia de Tlaxcala.*

CARLI, Giovanni Rinaldo: Lettres Américaines.

CARO DE TORRES, Francisco: Historia de las Órdenes militares de Santiago, Clatrava y Alcántara.

CASAS, Gonzalo de las: Defensa.

CAVO, Andrés: Historia de los tres siglos de México.

CHAMBER, Robert: History of the rebellion of 1745.

CHAMPOLLION, Jean Francois (el joven): Precis du systeme hieroglyphique des anciens egyptiens.

CLAVIJERO, Abad Francisco Javier: Storia Antica del Messico.

CONDE, Jose Antonio: Historia de la dominación de los árabes en España.

CONSTANT, Benjamín: De la religión.

CORTÉS, Hernán: Relación Primera.

— Relación Segunda.

— Relación Tercera.

— Memorial al Rey del Marqués del Valle.

— Provisión sobre los Descubrimientos del Sur.

— Testamento de Hernán Cortés.

DAVILLA PADILLA, Agustín: Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la orden de los predicadores.

DE LA JEUNESSE: Histoire Naturelle.

DENON, Dominique Vivant: Egypt Illustrated.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.

DUPAIX: Monuments of New Spain.

DURÁN, Agustín: Romances caballerescos e históricos.

ELPHINSTONE, Mountstuart: History of India.

FERRERAS, Jean de: Histoire General d'Espagne.

- GAMA, Antonio de León y : Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras.
- GIOVIO, Paolo: Elogia vivorum bellica virtute illustrium.
- GÓMARA, Francisco López de: Crónica de la Nueva España.
- GRANADOS Y GÁLVEZ, José Joaquín: Tardes Americanas.
- GREENHOW, Robert: Memoir on the Northwest COSAT of North America.
- GUIZOT, M.: Cours d'Histoire Moderne.
- HALLAM: Middles Ages.
- HERNANDEZ, Francisco: De Historia Plantarum Novae Hispana.
- HERODOTO: Los nueve libros de historia, Melpómene.
- HERREN: Historical Researches.
- HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de: Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas i tierra firme del mar océano.
- HORACIO: In Canidiam.
- HUMBOLDT, Alexander Von: Vues des Cordilleres et les monuments des peuples indigènes de l'Amérique et l'autre des cartes géographiques et physiques.
- Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne.
 - Atlas Géographique et Physique de la Nouvelle Espagna.
- IRVING, Washington: Voyages And Discoveries Of The Companions Of Columbus.
- IXTLILXOCHITL, Fernando de Alva: Relación de la Venida de los Españoles y Principio de la Ley Evangélica.
- Historia de la nación Chichimeca.
- KENT, James: Commentaries on American Law.

KINGSBOROUGH: *Antiquities of Mexico.*

KNICKERBOCKER, Diedrich: *History of New York.*

LA PLACE: *Exposition due Système du Monde.*

LABORDE: *Intinéraire Descriptif de l'Espagne.*

LAET, Joannes de: *Novus orbis seu Descriptionis Indiae Occidentalis libri XVIII.*

LATROBE, Charles Joseph: *Rambler in Mexico.*

LANUZA, Vincencio Blasco de: *Historias eclesiásticas y seculares de Aragon.*

LAS CASAS, Fray Bartolomé: *Brevísima Relacion de la Destruycion de las Indias.*

— *Historia de las Indias.*

LIVIO, Tito: *Historia.*

LÓPEZ COGOLLUDO, Diego: *Historia del Yucatán.*

LORENZANA, Francisco Antonio: *Historia de Nueva España.*

— *Viajes de Cortés.*

ABAD MABLY: *De la Manière d'écrire l'histoire.*

MAQUIAVELO, Nicolás: *Discorsi sopra Tito Livio.*

MARIANA, Juan de: *Historia General de España.*

MARINEO SÍCULO, Lucio: *Obra de las cosas memorables de España.*

MÁRTIR DE ANGLERÍA, Pedro: *De Orbe Novo.*

— *De Insulis nuper inventis.*

— *Opus epistolarum.*

MAUNDEVILLE, Sir John: *The Voiage and Travaille.*

McCULLOH, James Haines: *Researches, Philosophical and Antiquarian, concerning the Aboriginal History of America.*

MILMAN, H. H.: *History of the decline and Fall of the Roman Empire.*

MORATÍN, Nicolás Fernandez de: Las naves de Corés destruidas.

MORTON: New England Memorial.

NAVARRETE, Martín Fernandez de: Colección de Viajes y Descubrimientos.

NIEBUHR, Barthold Georg: History of Rome.

OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo Fernández de: Historia general y natural de las Indias.

PIZARRO Y ORELLANA, Fernando: Varones ilustres del nuevo mundo.

PLINIO: Historia Natural.

POLO, Marco: Viaggi.

PRESCOTT, William H.: History of Ferdinand and Isabella.

PUFFENDORF, Samuel: De Jure Naturali et Gentium.

RAFFLES, Sir Thomas Stamford Bingley: History of Java.

RANKING, John: Historical Researches on the Conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez, and Talomeco, in the Thirteenth Century, by the Mongols, Accompanied with Elephants; and the Local Agreement of History and Tradition, with the Remains of Elephants and Mastodontes, Found in the New World.

RAYNAL, Abad: A Philosophical and Political History of the Settlements and Trade of the Europeans in the East and West Indies.

RITTER: History of Ancient Philosophy.

ROBERTSON, William: History of America.

— The History of the Reign of Charles V.

ROGER: Voyage of Columbus.

ROWE: Dedication of «Tamerlaine».

SAHAGÚN, Bernardino de : Historia general de las cosas de Nueva España.

SANDOVAL, Prudencio de: Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.

SISMONDI, J. C. L. Simonde de: Histoire des républiques italiennes du moyen age.

SMITH, Adam: The Wealth of Nations.

SOLÍS, Antonio: Historia de la conquista de Mexico.

SPINETO, Marqués de : Lecture On The Elements Of Hieroglyphics and Egyptian Antiquities.

STEPHENS, John L.: Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan .

SUETONIO: Vita Galbæ.

TERNAUX COMPANS: Recueil de Pièces relatives à la Conquête du Mexique.

TEZOSOMOC, Hernando de Alvarado: Crónica Mexicana.

FRAY TORIBIO BENAVENTE «Motolinía»: Historia de los Indios de la Nueva España.

TORQUEMADA, Fray Juan de: Monarquía indiana.

TUDOR, Henry: Narrative of a Tour in North America, Comprising Mexico, the Mines of Real del Monte...

VATTEL, Emmerich de: The law of nations.

VEYTIA, Mariano Fernández de Echeverría: Historia antigua de México.

VILLAGUTIERRE, Juan de: Historia de la conquista de la provincia de Itza.

VOLTAIRE: Essai sur les moeurs.

— Alzire.

WALDECK, Jean Frederick Comte de: Voyage Pittoresque et Archaeologique dans le Province d'Yucatan.

WARBURTON, William: Divine Legation.

WARD: Mexico.

WHEATON: Reports of cases in the Supreme Court of the

United States.

WILKINSON, J. Gardner: The Manners and Customs of the Ancient Egyptians.

ZUAZO, Alonso: Carta del Licenciado Zuazo.

ZÚNIGA, Diego Ortiz: Anales Eclesiásticos y Seculares de Sevilla.

ZURITA: Rapport sur le Différentes Classes de Chefs de la Nouvelle Espagne.

– Relación por el Regimiento de Vera Cruz.

– Itinerario de la isola de Iucha Than, novamente ritrovata per il signor Joan de Grijalva, per il suo capellano .

– Memorial de Benito Martinez, capellán de D. Velázquez, contra H. Cortés.

– Declaración de Puertocarrero.

– Carta de Diego Velázquez al Lic. Figueroa.

– Provanza en Villa Segura.

– Jugemens d'Oleron.

– Memorias de la Real Academia de la Historia.

– Mémoires du Duc de Sully.

– El Processo y Pesquisa hecha por la Real Audiencia de la Española é tierra nuevamente descubierta. Para el Consejo de su Majestad.

– Demanda de Zavallos en nombre de Narváez.

– Provanza fecha en la nueva España del mar océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde, en nombre de Hernando Cortés.

– Carta de Villa de Vera Cruz á el Emperador.

– Relacion de Alonso de Verzara, Escrivano Público de Vera Cruz.

– Petición contra Don Antonio de Mendoza Virrey,

pediendo residencia contra él.

- Noticia del Archivero de la Santa Iglesia de Sevilla.
- Relación de Vergara.
- Ordenanzas Municipales.
- Carta de Albornos.
- Relacion del Tesorero Strada.
- Memorial de Luis Cárdenas.
- Carta de Diego de Ocaña.
- Título de Marqués.
- Merced de las Tierras Inmediatas á México.
- Merced de los Vasallos.
- Titulo de Capitán General de la Nueva España y Costa del Sur.
- Asiento y Capitulación que hizo con el Emperador Don H. Cortés.

Índice

Índice	5
Mapas	11
Introducción	16
Nota del traductor	30
Prefacio	33
LIBRO I. Introducción. Visión general de la civilización azteca	41
Capítulo I. México antiguo. Clima y producción. Razas primitivas. El imperio azteca	42
Capítulo II. Sucesión a la corona. La nobleza azteca. Sistema judicial. Leyes y recaudación. Instituciones militares	60
Capítulo III. Mitología mexicana. El estamento sacerdotal. Los templos. Sacrificios humanos	88
Capítulo IV. Los jeroglíficos mexicanos. Manuscritos. Aritmética. Cronología. Astronomía	120
Capítulo V. Agricultura azteca. Artes mecánicas. Mercaderes. Costumbres domésticas	157
Capítulo VI. Los texcocanos. Su edad de oro.	

Príncipes hábiles. Decadencia de su monarquía	186
LIBRO II. Descubrimiento de México	229
Capítulo I. España bajo el reinado de Carlos V. Evolución del descubrimiento. Política colonial. Conquista de Cuba. Expediciones al Yucatán. 1516-1518	230
Capítulo II. Hernando Cortés. Sus primeros pasos. Visita al nuevo mundo. Su estancia en Cuba. Dificultades con Velázquez. Armada a las órdenes de Cortés. 1518	247
Capítulo III. Celos de Velázquez. Cortés embarca. Equipamiento de su flota. Su persona y carácter. Cita en La Habana. Fuerza de su armamento	265
Capítulo IV. Viaje a Cozumel. Conversión de los nativos. Jerónimo de Aguilar. El ejército llega a Tabasco. Gran batalla con los indios. Introducción del cristianismo. 1519	278
Capítulo V. Viaje por la costa. Doña Marina. Los españoles toman tierra en México. Entrevista con los aztecas. 1519	301
Capítulo VI. Consideraciones sobre Montezuma. Situación de su imperio. Extraños pronósticos. Embajada y presentes. Campamento español. 1519	313
Capítulo VII. Problemas en el campamento.	

Plan de una colonia. Manejos de Cortés. Marcha a Cempoala. Acciones con los nativos. Fundación de Vera Cruz. 1519	332
Capítulo VIII. Nueva embajada azteca. Destrucción de los ídolos. Despachos enviados a España. Conspiración en el campamento. El hundimiento de la flota. 1519	355
LIBRO III. Marcha a México	389
Capítulo I. Sucesos en Cempoala. Los españoles ascienden a la meseta. Paisaje pintoresco. Negociaciones con los nativos. Embajada a Tlaxcala	390
Capítulo II. La república de Tlaxcala. Sus instituciones. Sus comienzos. Discusiones en el senado. Batallas desesperadas. 1519	409
Capítulo III. Victoria decisiva. Consejo Indio. Ataque nocturno. Negociaciones con el enemigo. Héroe de Tlaxcala. 1519	430
Capítulo IV. Descontento en el ejército. Espías tlaxcaltecas. Paz con la república. Embajada de Montezuma. 1519	449
Capítulo V. Los españoles entran en Tlaxcala. Descripción de la capital. Intento de conversión. Embajada azteca. Invitación a Cholula. 1519	463

Capítulo VI. La ciudad de Cholula. El gran templo. Marcha a Cholula. Recepción de los españoles. Conspiración detectada. 1519	479
Capítulo VII. Terrible masacre. Tranquilidad reestablecida. Reflexiones sobre la masacre. Acciones posteriores. Enviados de Montezuma. 1519	495
Capítulo VIII. Reanudación de la marcha. Ascensión al gran volcán. Valle de México. Impresión de los españoles. Conducta de Montezuma. Descenso al valle. 1519	513
Capítulo IX. Entorno de México. Entrevista con Montezuma. Entrada en la capital. Acogedora recepción. Visita al emperador. 1519	535
LIBRO IV. Estancia en México	569
Capítulo I. El lago de Texcoco. Descripción de la capital. Palacios de Montezuma. La familia real. Modo de vida de Montezuma. 1519	570
Capítulo II. El mercado de México. El gran templo. Santuarios interiores. Los cuarteles españoles. 1519	593
Capítulo III. Inquietud de Cortés. Arresto de Montezuma. Trato recibido de los españoles. Ejecución de sus oficiales. Montezuma con grilletes. Reflexiones. 1519	615

Capítulo IV. El comportamiento de Montezuma. Su vida en los cuarteles españoles. Planes de insurrección. Atrapado el señor de Texcoco. Posteriores medidas de Cortés. 1520	635
Capítulo V. Montezuma jura lealtad a España. Los tesoros reales. Su división. Culto cristiano en el Teocalli. Descontento de los aztecas. 1520	650
Capítulo VI. Suerte de los emisarios de Cortés. Medidas en la corte castellana. Preparativos de Velázquez. Narváez desembarca en México. Diplomática conducta de Cortés. Salida de la capital. 1520	668
Capítulo VII. Cortés desciende la meseta. Negocia con Narváez. Se prepara para asaltarle. El campamento de Narváez. Atacado por la noche. Derrota de Narváez. 1520	689
Capítulo VIII. Descontento de las tropas. Insurrección en la capital. Regreso de Cortés. Signos generales de hostilidad. Masacre de Alvarado. Alzamiento de los aztecas. 1520	712
LIBRO V. Expulsión de México	740
Capítulo I. Desesperado ataque al campamento. Furia de los mexicanos.	

Escapada de los españoles. Montezuma se dirige al pueblo. Herido de gravedad. 1520	741
Capítulo II. Asalto al gran templo. Espíritu de los aztecas. Angustia en el campamento. Duros combates en la ciudad. Muerte de Montezuma. 1520	759
Capítulo III. Consejo de guerra. Los españoles evacúan la ciudad. Noche triste. Terrible matanza. Alto nocturno. Alcance de las bajas. 1520	787
Capítulo IV. Retirada de los españoles. Penurias del ejército. Pirámides de Teotihuacan. Gran batalla de Otumba. 1520	809
Capítulo V. Llegada a Tlaxcala. Recepción amistosa. Descontento del ejército. Envidia de los tlaxcaltecas. Embajada de México. 1520	830
Capítulo VI. Guerra con las tribus vecinas. Éxito de los españoles. Muerte de Maxixca. Llegada de los refuerzos. Regreso triunfante a Tlaxcala. 1520	846
Capítulo VII. Guatemozin, emperador de los aztecas. Preparaciones para la marcha. Código militar. Los españoles cruzan la sierra. Entrada en Texcoco. Príncipe Ixtlilxochitl. 1520	867

LIBRO VI	900
Capítulo I. Preparativos en Texcoco. Saqueo de Iztapalapa. Ventajas de los españoles. Sabia política de Cortés. Transporte de los bergantines. 1521	901
Capítulo II. Cortés hace un reconocimiento de la capital. Ocupa Tacuba. Escaramuzas con el enemigo. Expedición de Sandoval. Llegada de refuerzos. 1521	921
Capítulo III. Segunda expedición de reconocimiento. Encuentros en la sierra. Toma de Cuernavaca. Batallas en Xochimilco. Cortés escapa por poco. Entra en Tacuba. 1521	939
Capítulo IV. Conspiración en el ejército. Botadura de los bergantines. Asamblea de las fuerzas. Ejecución de Xicotécatl. Marcha del ejército. Comienzo del asedio. 1521	964
Capítulo V. Derrota de la flotilla india. Ocupación de las calzadas. Ataques desesperados. Quema de los palacios. Espíritu de los asediados. Barracones para las tropas. 1521	984
Capítulo VI. Asalto general de la ciudad. Derrota de los españoles. Su desastrosa situación. Sacrificio de los cautivos.	1012

Deserción de los aliados. Constancia de las tropas. 1521	
Capítulo VII. Éxitos de los españoles. Infructuosas ofertas a Guatemozin. Derribo de los edificios. Terrible hambruna. Las tropas toman la plaza del mercado. Catapulta. 1521	1034
Capítulo VIII. Terribles sufrimientos de los asediados. Espíritu de Guatemozin. Sangrientos ataques. Captura de Guatemozin. Evacuación de la ciudad. Fin del asedio. Reflexiones. 1521	1056
LIBRO VII. Conclusión. Posterior carrera de Cortés	1097
Capítulo I. Tortura de Guatemozin. Rendición del país. Reconstrucción de la capital. Misión a Castilla. Quejas contra Cortés. Se ve confirmado en su autoridad. 1521-1522	1098
Capítulo II. México moderno. Colonización del país. Condiciones de los nativos. Misioneros cristianos. Cultivo del terreno. Viajes y expediciones. 1522-1524	1117
Capítulo III. Deserción de Olid. Terrible marcha a Honduras. Ejecución de Guatemozin. Doña Marina. Llegada a	1135

Honduras. 1524-1526

Capítulo IV. Tumultos en México. Regreso de Cortés. Desconfianza de la Corte. Cortés regresa a España. Muerte de Sandoval. 1155

Brillante recepción de Cortés. Se le confieren honores. 1526-1530

Capítulo V. Cortés visita México de Nuevo. Se retira a sus estados. Sus viajes de descubrimiento. Regreso final a Castilla. Fría 1177 recepción. Muerte de Cortés. Su carácter.

1530-1547

APÉNDICE 1210

Nota preliminar 1211

PARTE I. Origen de la civilización mexicana. 1213
Analogías con el viejo mundo

Bibliografía utilizada por Prescott 1255